Maria Valtorta

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

VOLUMEN PRIMERO

NACIMIENTO Y VIDA OCULTA
DE MARÍA Y JESÚS
Capítulos 1 - 43

PRIMER AÑO
DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS
Capítulos 44 - 140

SEGUNDO AÑO
DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS
Capítulos 141 - 312

TERCER AÑO
DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS
Capítulos 313 - 540

PREPARACIÓN
A LA PASIÓN DE JESÚS
Capítulos 541 - 686

PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS
Capítulos 587 - 613

GLORIFICACIÓN
DE JESÚS Y MARÍA
Capítulos 614 - 649

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

María Valtorta y sus Escritos

María Valtorta es una personalidad muy conocida en el mundo y, sin embargo, para muchos su nombre es nuevo, porque no resonó nunca en alas de la publicidad sino que se abrió camino secretamente, casi como si hubiera ido llamando con discreción de puerta en puerta, o mejor: de corazón en corazón. Sus obras comenzaron a publicarse en Italia hacia la mitad de la década de los cincuenta y desde aquí, poco a poco, su nombre llegó hasta los más apartados rincones de la tierra.
Quien conoce este nombre sabe que pertenece a una gran escritora que fue, ante todo, una mística. Como mística y como escritora, la personalidad de María Valtorta es muy singular.
Aunque sus padres eran nativos del norte de Italia (Lombardía), María Valtorta nació en el Sur, en Caserta, el 14 de marzo de 1897, y transcurrió el resto de su vida en varias ciudades de la Italia septentrional. Desde niña experimentó hacia Cristo un reclamo casi profético: acompañarlo en el dolor, voluntariamente acogido y generosamente ofrecido. Siguiendo su ejemplo, asoció al dolor el amor, hasta el punto de que se identificaran en una cosa sola. Y a través de los sufrimientos, que no eran, por cierto, un fin anhelado en la edad de los sueños y las esperanzas, cumplió en la madurez su vocación de donarse por completo.
Era hija de un hombre bueno y afable, oficial del ejército, pero tuvo una madre tan despótica, que obstaculizó y reprimió las legitimas aspiraciones de la única hija, que era inteligente, sensible, volitiva, generosa, propensa a la cultura y atraída hacia una profunda espiritualidad. A causa de su madre, que dos veces truncó su incipiente interés sentimental, María no se casó. Y, también por su madre, no pudo gozar plenamente del vínculo afectivo con su padre ni cursó los estudios más adecuados a su personalidad ni pudo ser libre en su práctica religiosa.
Pero la constricción más dura para María fue la que soportó en los últimos veintisiete años de su vida, cuando se vio obligada a guardar cama permanentemente por una parálisis de los miembros inferiores, cuyo origen se remontaba al bastonazo en los riñones que, en su juventud, le había propinado un subversor.
En 1942, cuando hacía ya ocho años que estaba paralizada, conoció al Padre Romualdo M. Migliorini, un fraile Servita ex misionero, que llegó en calidad de prior y párroco a Viareggio, donde la familia Valtorta se había establecido desde hacía tiempo, luego de varios cambios de residencia.
El Padre Migliorini se convirtió en guía espiritual de María y la indujo a escribir sus memorias. Y ella, en poco más de un mes, volcó en los cuadernos que el mismo religioso le había proporcionado un raudal de recuerdos y sentimientos, revelando un excepcional talento literario al narrar sin reticencias su historia apasionadamente humana y heroicamente ascética.
Antes de enfermarse, María Valtorta habla practicado algunas formas de apostolado activo, ya como enfermera samaritana en el hospital militar de Florencia, ya como delegada cultural de las jóvenes de la Acción Católica en su parroquia de Viareggio. Pero sólo después de haber escrito desde su lecho de enferma la **Autobiografía,** comprendió cuál era el proyecto de Dios a su respecto. Ofreciendo sin reservas, junto con sus sufrimientos, sus dotes naturales, se convirtió en la "pluma del Señor" y en el instrumento de una manifestación sobrenatural que, por amplitud y profundidad, está considerada -

excepción hecha de la Sagrada Escritura - única en la historia de la Iglesia.
Escribió sin interrupción desde 1943 hasta 1947, y con intermitencias en los años siguientes hasta 1951. Usaba los cuadernos que el buen Padre Migliorini le seguía proporcionando, en los cuales escribía fluidamente de su propio puño, con una pluma estilográfica. Aun en las fases agudas de su enfermedad y, a veces, entre dolores atroces, siguió escribiendo personalmente, sin dictar nunca, para no ser reemplazada ni siquiera en el acto de escribir. Ella misma había fabricado una carpeta que apoyaba sobre las rodillas, de modo que sirviera de soporte al cuaderno.
La enfermedad crónica y la intensa actividad como escritora no impidieron que María Valtorta, que quiso permanecer ignorada durante su vida, siguiera los acontecimientos del mundo, recibiera visitas de personas conocidas, escribiera cartas y se dedicara a labores femeninas (sin contar con sus plegarias y penitencias, de las cuales fue testigo Marta Diciotti, asistente providencial y fiel compañera desde 1935).
Mas una vez terminada su misión de escritora, comenzó a entrar en un estado de dulce apatía, de misteriosa incomunicabilidad, que se fue acentuando a medida que pasaban los años, como si cada vez más la absorbiera una contemplación interior que, sin embargo, no alteraba su aspecto exterior. Sin recobrarse nunca -exceptuando algunos momentos de lucidez llenos de significado -, terminó sus días, en la casa de Viareggio, el 12 de octubre de 1961.
Descansa en Florencia, en una capilla del Claustro Grande del complejo monumental de la Santísima Anunciación.

María Valtorta escribió de una vez, sin un esquema preparatorio y sin rehacer sus escritos, más o menos quince mil páginas. Esta notable producción literaria está publicada, en el original italiano, en quince volúmenes **además de la Autobiografia.** De ellos, diez volúmenes encierran la obra mayor y cinco las obras menores.
La obra mayor es **L'Evangelo come mi è stato rivelato.** En sus diez volúmenes narra el nacimiento y la infancia de María y de su hijo Jesús, los tres años de la vida pública de Jesús, su pasión, muerte, resurrección y ascensión al Cielo, Pentecostés, los albores de la Iglesia y la asunción de María. Describe paisajes, ambientes, personas y acontecimientos con el brío de una representación. Delinea caracteres y situaciones con habilidad introspectiva. Expone alegrías y dramas con el sentimiento de quien es partícipe de ellos realmente. Explica circunstancias históricas, ritos, costumbres, características ambientales y culturales sagradas y profanas, con datos y detalles que los especialistas exentos de prejuicios consideran irreprochables. Y, sobre todo, expone a través de la extensa narración de la vida terrenal de Cristo, toda la doctrina del cristianismo que la Iglesia Católica nos transmite.
Las demás obras de María Valtorta son: el **Libro di Azaria** (comentario de las Misas festivas), las **Lezioni suIl' Epistola di Paolo ai Romani** (cuyo título ya expresa el contenido) y un grupo de tres volúmenes titulados, respectivamente, **I quaderni del 1943, 1 quaderni del 1944, 1 quaderni dal 1945 al 1950.** Los tres volúmenes comprenden una miscelánea de textos que se refieren a explicaciones doctrinales, ilustraciones de pasajes bíblicos, directivas espirituales, notas de crónica, narraciones evangélicas, descripciones del martirio de primeros cristianos, para terminar con un comentario sobre el Apocalipsis.

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.
El título, *El Evangelio como me ha sido revelado,* traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé,* y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato,* inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.
El precedente título, El *Hombre-Dios,* correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio,* el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.
Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.……
Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual……..
Las notas que no llevan la sigla NdT (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla MV significa *María Valtorta, y D* significa *Director de la edición italiana.*

EL EDITOR

(Centro Editoriale Valtortiano, srl.,
viale Piscicelli 89-91 03036 Isola del Liri – ITALIA)

Índice del volumen primero * on line *

NACIMIENTO Y VIDA OCULTA DE MARÍA Y JESÚS

1.Pensamiento introductor. Dios quiso un seno sin mancha.

2. Joaquín y Ana hacen voto al Señor.

3. En la fiesta de los Tabernáculos. Joaquín y Ana poseían la Sabiduría.

4. Ana, con una canción, anuncia que es madre. En su seno está el alma inmaculada de María.

5. Nacimiento de la Virgen María. Su virginidad en el eterno pensamiento del Padre.

6. Purificación de Ana y ofrecimiento de María, que es la Niña perfecta para el reino de los Cielos.

7. María niña con Ana y Joaquín. En sus labios ya está la Sabiduría del Hijo.

8. María recibida en el Templo. En su humildad, no sabía que era la Llena de Sabiduría.

9. La muerte de Joaquín y Ana fue dulce, después de una vida de sabia fidelidad a Dios en las pruebas.

10. Cántico de María. Ella recordaba cuanto su espíritu había visto en Dios.

11. María confía su voto al Sumo Sacerdote.

12. José designado para esposo de la Virgen.

13. Esponsales de la Virgen y José, que fue instruido por la Sabiduría para ser custodio del Misterio.

14. Los Esposos llegan a Nazaret.

15. Como conclusión del Pre-Evangelio.

16. La Anunciación.

17. La desobediencia de Eva y la obediencia de María.

18. María anuncia a José la maternidad de Isabel y confía a Dios la justificación de la suya.

19. María y José camino de Jerusalén.

20. Salida de Jerusalén. El aspecto beatífico de María. Importancia de la *
oración para María y José.

21. La llegada de María a Hebrón y su encuentro con Isabel.

22. Las jornadas en Hebrón. Los frutos de la caridad de María hacia Isabel.

23. Nacimiento de Juan el Bautista. Todo sufrimiento se aplaca sobre el seno de Maria.

24. La circuncisión de Juan el Bautista. María es Fuente de Gracia para quien acoge la Luz.

25. Presentación de Juan el Bautista en el Templo y partida de María. La

Pasión de José.

26. José pide perdón a María. Fe, caridad y humildad para recibir a Dios.

27. El edicto de empadronamiento. Enseñanzas sobre el amor al esposo y la confianza en Dios.

28. La llegada a Belén.

29. Nacimiento de Jesús. La eficacia salvadora de la divina maternidad de María.

30. El anuncio a los pastores, que vienen a ser los primeros adoradores del Verbo hecho Hombre.

31. Visita de Zacarías. La santidad de José y la obediencia a los sacerdotes.

32. Presentación de Jesús en el Templo. La virtud de Simeon y la profecía de Ana.

33. Canción de cuna de la Virgen.

34. Adoración de los Magos. Es "evangelio de la fe".

35. Huida a Egipto. Enseñanzas sobre la última visión relacionada con la llegada de Jesús.

36. La Sagrada Familia en Egipto. Una lección para las familias.

37. Primera lección de trabajo a Jesús, que se sujetó a la regla de la edad.

38. María, maestra de Jesús, Judas y Santiago.

39. Preparativos para la mayoría de edad de Jesús y salida de Nazaret.

40. Jesús examinado en su mayoría de edad en el Templo.
*

41. La disputa de Jesús con los doctores en el Templo. La angustia de la Madre y la respuesta del Hijo.

42. La muerte de José. Jesús es la paz de quien sufre y de quien muere.

43. Como conclusión de la vida oculta.

PRIMER AÑO DE LA VIDA PUBLICA DE JESUS

44. Adiós a la Madre y salida de Nazaret. Llanto y oración de la Corredentora.

45. Predicación de Juan el Bautista y Bautismo de Jesús. La manifestación divina.

46- Jesús tentado por Satanás en el desierto. Cómo se vencen las tentaciones

47. El encuentro con Juan y Santiago. Juan de Zebedeo es el puro entre los discípulos.

48. Juan y Santiago refieren a Pedro su encuentro con el Mesías.

49. El encuentro con Pedro y Andrés después de un discurso en la sinagoga. Juan de Zebedeo, grande también en la humildad.

50. En Betsaida, en casa de Pedro. Encuentro con Felipe y Natanael.

51. María manda a Judas Tadeo a invitar a Jesús a las bodas de Caná.

52. Las bodas de Caná. El Hijo, no sujeto ya a la Madre, lleva a cabo para Ella el primer milagro.

53. Los mercaderes expulsados del Templo.

54. El encuentro con Judas de Keriot y con Tomás. Simón Zelote curado de la lepra.

55. Un encargo confiado a Tomás.

56. Simón Zelote y Judas Tadeo unidos en común destino.

57. En Nazaret con Judas Tadeo y con otros seis discípulos.

58. Curación de un ciego en Cafarnaúm.

59. Curación de un endemoniado en la sinagoga de Cafarnaúm.

60. Curación de la suegra de Simón Pedro.

61. Jesús agracia a los pobres después de exponer la parábola del caballo amado por el rey.

62. Los discípulos buscan a Jesús, que está orando en la noche.

63. El leproso curado cerca de Corazín.

64. El paralítico curado en Cafarnaúm.

65. La pesca milagrosa y la elección de los primeros cuatro apóstoles.

66. Judas de Keriot en Getsemaní se hace discípulo.

67. El milagro de los puñales partidos, en la Puerta de los Peces.

68. Jesús enseña en el Templo estando con Judas Iscariote.

69. Jesús instruye a Judas Iscariote.

70. En Getsemaní con Juan de Zebedeo. Comparación entre el Predilecto y Judas de Keriot.

71. Judas Iscariote presentado a Juan y a Simón Zelote.

72. Hacia Belén con Juan, Simón Zelote y Judas Iscariote.

73. En Belén, en casa de un campesino y en la gruta de la Natividad.

74. En la posada de Belén y en las ruinas de la casa de Ana.

75. Jesús encuentra a los pastores Elías y Leví.

76. En Yuttá, en casa del pastor Isaac. Sara y sus niños.

77. En Hebrón en casa de Zacarías. El encuentro con Áglae.

78. En Keriot. Muerte del anciano Saúl.

Nacimiento y vida oculta
de María y Jesús.

21. La llegada de María a Hebrón y su encuentro con Isabel.

1 de abril de 1944.

[1]Me encuentro en un lugar montañoso. No son grandes montañas, pero tampoco puede decirse que sean simples colinas. Tienen cimas y sinuosidades ya propias de las verdaderas montañas, como las que se ven en nuestros Apeninos tosco-umbrianos. La vegetación es tupida y bonita. Abunda el agua fresca que mantiene verdes los pastos y fértiles los huertos, casi todos plantados de manzanos, higueras y vid; esta última, en torno a las casas. Debe ser primavera, como se deduce de que las uvas sean ya de un cierto volumen, como semillas de veza; y de que las flores de los manzanos asemejen a numerosas bolitas de color verde intenso; así como del hecho de que en lo alto de las ramas de las higueras hayan aparecido ya los primeros frutos, todavía en estado embrional, pero ya bien definidos. Y los prados son una verdadera alfombra esponjosa y de mil colores en que pacen, o descansan, las ovejas: manchas blancas sobre el fondo de esmeralda de la hierba.

[2]María sube en su burrito por una vía que está en bastante buen estado, y que debe ser de primer orden. Sube, porque, efectivamente, el pueblo, de aspecto bastante ordenado, está más arriba. Mi interno consejero* me dice: «Este lugar es Hebrón». Usted me hablaba de Montana. Yo no sé qué hacer. A mí se me indica con este nombre. No sé si será «Hebrón» toda la zona o sólo el pueblo. Yo oigo esto, y esto es lo que digo.
María está entrando en el pueblo. Atardece. Algunas mujeres, en las puertas de las casas, observan la llegada de la forastera y chismean entre sí. La siguen con la mirada y no se quedan tranquilas hasta que la ven detenerse delante de una de las casas más lindas, situada en el centro del pueblo y que tiene delante un huerto-jardín, y detrás y alrededor un huerto de árboles frutales bien cuidado, que se extiende luego dando lugar a un vasto prado que sube y baja por las sinuosidades del monte, para terminar en un bosque de altos árboles, tras el cual no sé qué más hay. Todo ello cercado por un seto de morales o rosales silvestres. No lo distingo bien porque - no sé si usted lo tiene presente - tanto la flor como el ramaje de estas matas espinosas son muy semejantes, y mientras no aparece el fruto en las ramas es fácil confundirse. En la parte delantera de la casa, es decir, por el lado paralelo al pueblo, la propiedad está cercada por un pequeño muro blanco, a lo largo de cuya parte alta hay ramas de verdaderos rosales, todavía sin flores, aunque ya llenas de capullos. En el centro, una cancilla de hierro, cerrada. Se comprende que se trata de la casa de una de las personalidades del pueblo, y de gente que vive desahogadamente, pues, efectivamente, todo en ella da signos, si no de riqueza y de pompa, sí, sin duda, de bienestar. Y mucho orden.

---

* *Mi interno consejero…*: debe relacionarse con 34.1, 41. 10 y 45. 1.

[3]María se baja del burrito y se acerca a la puerta de hierro. Mira por entre las barras. No ve a nadie. Entonces trata de que la oigan. Una mujercita (la más curiosa de todas, que la ha seguido) le hace señales para que se fije en un extraño objeto que sirve para llamar: dos piezas de metal

dispuestas en equilibrio en una especie de yugo, las cuales, moviendo el yugo con una gruesa cuerda, chocan entre sí haciendo el sonido de una campana o de un gong.

María tira de la cuerda, pero lo hace de forma tan delicada que el sonido es sólo un ligero tintineo que nadie oye. Entonces la mujercita, una viejecilla toda ella nariz y barbilla puntiaguda, y con una lengua que vale por diez juntas, se agarra a la cuerda y se pone a tirar, a tirar, a tirar. Una llamada que despertaría a un muerto. «Se hace así, mujer. Si no, ¿cómo va a querer que la oigan? Sepa que Isabel es anciana, y también Zacarías. Y ahora, además de sordo, está mudo. Los dos sirvientes son también viejos, ¿sabe? ¿Ha venido alguna otra vez? ¿Conoce a Zacarías? ¿Es usted...?».

Aparece un viejecillo renco que salva a María de este diluvio de informaciones y preguntas. Debe ser jardinero o labrador. Lleva en la mano un pequeño rastrillo y una hoz atada a la cintura. Abre. María entra mientras le da las gracias a la mujer, pero... ¡ay!, la deja sin respuesta. ¡Qué desilusión para la curiosa!

Nada más entrar, dice: «Soy María de Joaquín y Ana, de Nazaret. Prima de vuestros señores».

[4]El viejecillo inclina la cabeza y saluda, luego da una voz: «¡Sara! ¡Sara!». Y abre otra vez la verja para coger el borriquillo, que se había quedado afuera porque María, para librarse de la pegajosa mujercita, se había colado dentro muy rápida, y el jardinero, tan rápidamente como Ella, había cerrado la verja delante de las narices de la chismosa. Pasa al burro y, mientras lo hace, dice: «¡Ah..., gran dicha y gran desgracia para esta casa! El Cielo ha concedido un hijo a la estéril. ¡Bendito sea por ello el Altísimo! Pero Zacarías volvió de Jerusalén mudo hace ya siete meses. Se hace entender con gestos, o escribiendo. ¿Ha tenido noticia de ello? Mi señora, en medio de esta alegría y este dolor, la ha echado mucho de menos. Siempre hablaba de usted con Sara. Decía: "¡Si estuviese aquí conmigo mi pequeña María...! Si hubiera seguido hasta ahora en el Templo, habría enviado a Zacarías a traerla. Pero el Señor ha querido que fuese la esposa de José de Nazaret. Sólo Ella podría consolarme en este dolor y ayudarme a rezar a Dios, porque todo en Ella es bondad. En el Templo todos la echan de menos y están tristes. La pasada fiesta, cuando fui con Zacarías la última vez a Jerusalén a dar gracias a Dios por haberme dado un hijo, oí de sus maestras estas palabras: 'Al Templo parecen faltarle los querubines de la Gloria desde que la voz de María no suena ya entre estas paredes' ". ¡Sara! ¡Sara! Mi mujer es un poco sorda. Ven, ven, que te llevo yo».

[5]En vez de Sara, aparece, en la parte alta de una escalera adosada a un lado de la casa, una mujer ya muy anciana, ya llena de arrugas, con el pelo muy canoso - pero que ha debido ser negrísimo, a juzgar por lo negras que tiene las pestañas y las cejas y por el color moreno de su cara -. Contrasta en modo extraño, con su visible vejez, su estado, ya muy patente, a pesar de la ropa amplia y suelta que lleva. Mira protegiéndose los ojos de la luz con la mano. Reconoce a María. Levánta los brazos hacia el cielo con una exclamación de asombro y de alegría, y se apresura, en la medida en que puede, hacia abajo al encuentro de la recién llegada. Y María - cuyos movimientos son siempre moderados - esta vez se echa a correr rápida como un cervatillo y llega al pie de la

escalera al mismo tiempo que Isabel. Y recibe en su pecho con viva efusión de afecto a su prima, que, al verla, llora de alegría.

Permanecen abrazadas un momento. Luego Isabel se separa con una exclamación de dolor y alegría al mismo tiempo, y se lleva las manos al abultado vientre. Agacha la cabeza, palideciendo y sonrojándose alternativamente. María y el sirviente extienden los brazos para sujetarla, pues ella vacila como si se sintiera mal.

Pero Isabel, después de un minuto de estar como recogida dentro de sí, alza su rostro, tan radiante que parece rejuvenecido, mira a María sonriendo con veneración como si estuviera viendo un ángel y se inclina en un intenso saludo diciendo: «¡Bendita tú entre todas las mujeres! ¡Bendito el Fruto de tu vientre! (lo dice así, dos frases bien separadas) ¿Cómo he merecido que venga a mí, sierva tuya, la Madre de mi Señor? Sí, ante el sonido de tu voz, el niño ha saltado en mi vientre como jubiloso, y cuando te he abrazado el Espíritu del Señor me ha dicho una altísima verdad en el corazón. ¡Dichosa tú, porque has creído que a Dios le fuera posible lo que posible no aparece a la humana mente! ¡Bendita tú, que por tu fe harás realidad lo que te ha sido predicho por el Señor y fue predicho a los Profetas para este tiempo! ¡Bendita tú, por la Salud que engendras para la estirpe de Jacob! ¡Bendita tú, por haber traído la Santidad a este hijo mío que siento saltar de júbilo en mi vientre como cabritillo alborozado porque se siente liberado del peso de la culpa, llamado a ser el precursor, santificado antes de la Redención por el Santo que se está desarrollando en ti!».

María, con dos lágrimas como perlas, que le bajan desde los risueños ojos hasta la boca sonriente, el rostro alzado hacia el cielo, levantados también los brazos, en la posición que luego tantas veces tendrá su Jesús, exclama: «El alma mía magnifica a su Señor» y continúa el cántico como nos ha sido transmitido. Al final, en el versículo: «Ha socorrido a Israel, su siervo etc.», recoge las manos sobre el pecho y se arrodilla muy curvada hacia el suelo adorando a Dios.

6El sirviente, cuando había visto que Isabel no se sentía mal y que quería manifestar su pensamiento a María, se había retirado prudentemente; ahora vuelve del huerto acompañado de un anciano de aspecto majestuoso, de barba y pelo enteramente blancos, el cual, con vistosos gestos y sonidos guturales, saluda desde lejos a María.

«Zacarías está llegando» dice Isabel tocando en el hombro a la Virgen, que está orando absorta. «Mi Zacarías está mudo. Está bajo sanción divina por no haber creído. Ya te contaré luego. Ahora espero en el perdón de Dios porque has venido tú; tú, llena de Gracia».

María se levanta. Va hacia Zacarías. Se inclina hasta el suelo ante él. Le besa la orla de la vestidura blanca que le cubre hasta los pies. Esta vestidura es muy amplia y está sujeta a la cintura por una ancha franja bordada.

Zacarías, con gestos, da la bienvenida a María, y juntos van donde Isabel. Entran todos en una vasta habitación, muy bien puesta, de la planta baja. Ofrecen asiento a María y mandan que le sirvan una taza de leche recién ordeñada - todavía tiene la espuma - y unas pequeñas tortas.

Isabel da órdenes a la sirvienta, quien, embadurnadas de harina todavía las manos y el pelo más blanco de cuanto en realidad lo es, por la harina que tiene, por fin ha hecho acto de presencia. Quizás estaba haciendo el pan. Da órdenes también al sirviente - al que oigo llamar Samuel - para que lleve el baulillo de María a la habitación que le indica. Todos los deberes de una señora de casa para con su huésped.

Entretanto, María responde a las preguntas que Zacarías le hace escribiendo con un estilo en una tablilla encerada. Por las respuestas, comprendo que le está preguntando por José y por cómo se encuentra siendo su prometida. Y comprendo también que a Zacarías le es negada toda luz sobrenatural acerca de la gravidez de María y su condición de Madre del Mesías. Es Isabel quien, acercándose a su marido y poniéndole con amor una mano en el hombro, como para hacerle una casta caricia, le dice: «María también es madre. Regocíjate por su felicidad». Y no dice nada más. Mira a María; y María la mira, pero no la invita a decir nada más, por lo cual guarda silencio.

7Dulce, dulcísima visión que me cancela el horror que me quedó al ver el suicidio de Judas!

Ayer por la tarde, antes del sopor, vi el llanto de María, inclinada hacia la piedra de la unción, sobre el cuerpo sin vida del Redentor. Estaba a su lado derecho, dando la espalda a la boca de la gruta sepulcral. La luz de las antorchas iluminaba su cara y me hacía ver su pobre rostro devastado por el dolor, lavado por el llanto. Cogía la mano de Jesús, la acariciaba, se la calentaba en sus mejillas, la besaba, extendía los dedos... besaba uno a uno estos dedos ya inmóviles. Luego acariciaba el rostro de Jesús, se inclinaba a besar la boca abierta, los ojos semicerrados, la frente herida. La luz rojiza de las antorchas daba un aspecto más vivo aún a las llagas de todo ese cuerpo torturado y hacía más verídica la crudeza del suplicio padecido y la realidad de su estar muerto.

Y así me quedé contemplando mientras permaneció lúcida mi inteligencia. Luego, despertada del sopor, he orado y me tranquilicé para dormir verdaderamente. Entonces me comenzó la visión que he descrito. Pero la Madre me dijo: «No te muevas. únicamente mira. Mañana escribirás». Durante el sueño he vuelto a soñar todo. Me he despertado a las 6'30 y he vuelto a ver cuanto ya había visto despierta y en sueño. He escrito mientras veía. Luego ha venido usted y le he podido preguntar si tenía que meter lo que sigue. Son pequeños cuadros separados que tratan del tiempo de permanencia de María en casa de Zacarías.

22. Las jornadas en Hebrón. Los frutos de la caridad de Maria hacia Isabel.

2 de abril de 1944.

1Veo a María cosiendo sentada en la sala de la planta baja. Parece que

es por la mañana. Isabel va y viene, ocupándose de la casa. Cada vez que entra, se acerca a depositar una caricia en la rubia cabeza de María, más rubia aún ahora por el contraste con las paredes, más bien oscuras, y bajo el rayo del luminoso sol que entra por la puerta abierta que da al jardín.

Isabel se inclina a mirar el trabajo de María - es el bordado que tenía en Nazaret - y alaba su belleza.

«Tengo, también lino para hilar» dice María.

«¿Para tu Niño?».

«No. Lo tenía ya cuando todavía no pensaba que...». María no acaba la frase, pero yo entiendo: «...cuando todavía no pensaba que iba a ser Madre de Dios».

«Pero ahora tendrás que usarlo para Él. ¿Es bonito? ¿Es fino? Ya sabes que los niños necesitan una tela suavísima».

«Sí, lo sé».

«Yo había empezado... Tarde, porque quería estar segura de que no era un engaño del Maligno; a pesar de que... sentía en mí una alegría tal, que, no, no podía provenir de Satanás. Luego... he sufrido mucho. Soy vieja, Maria, para encontrarme en este estado. [2]He sufrido *mucho*. Tú no sufres...».

«Yo no. Nunca me he sentido tan bien».

«¡Ya! ¡Claro! En ti no hay mancha, si Dios te ha elegido para ser Madre suya. Por tanto, no estás sujeta a los sufrimientos de Eva. El Fruto concebido en ti es santo».

«Es como si tuviera un ala en el corazón y no un peso; es como llevar dentro todas las flores y todas las avecillas que cantan en primavera, y toda la miel y todo el sol... ¡Oh, me siento dichosa!».

«¡Bendita eres! Yo también, desde que te he visto, he dejado de sentir peso, cansancio y dolor. Me siento nueva, joven, liberada de las miserias de mi carne de mujer. Mi hijo saltó primero dichoso ante el sonido de tu voz, luego se tranquilizó gozoso. Y me parece como si le llevase dentro en una cuna viva, y como si le viera dormir completamente satisfecho y dichoso, y respirar como un pajarito feliz bajo el ala de su madre... [3]Ahora me voy a poner manos a la obra. No sentiré ya el peso. Veo poco, pero...».

«¡Deja, Isabel! Me encargo yo de hilar y tejer para ti y para tu niño. Yo soy rápida y veo bien».

«Pero tendrás que ocuparte del tuyo...».

«¡Bueno, hay tiempo de sobra!... Primero me ocupare de ti, que ya vas a tener pronto al pequeñuelo; luego de mi Jesús».

Decirle lo dulce de la expresión y voz de María, decirle cómo se aljofára su ojo de un suave, dichoso llanto, cómo Ella sonríe al pronunciar este Nombre, mirando al cielo luminoso y azul, es superior a las posibilidades humanas. Parece como si el éxtasis la arrobara por el solo hecho de pronunciar «Jesús».

Isabel dice: «¡Qué nombre más hermoso! ¡El Nombre del Hijo de Dios, Salvador nuestro!».

«¡Oh..., Isabel!». María revela una expresión tristísima y ha aferrado las manos que su parienta tenía cruzadas sobre el vientre abultado. «Dime, tú que, cuando yo llegué, fuiste investida del Espíritu del Señor y que profetizaste lo que el mundo ignora. Dime, ¿qué tendrá que hacer para salvar

al mundo mi Criatura? Los Profetas... ¡Oh!... ¡Los Profetas que hablan del Salvador!... Isaías... ¿recuerdas Isaías! "El es el Varón de los dolores. Por sus moretones recibimos la salud. Él ha sido traspasado y está llagado por nuestras iniquidades... Plugo al Señor quebrantarle con dolores... Tras la condena fue levantado..." ¿De qué elevación habla? Le llaman Cordero, y yo pienso... yo pienso en el cordero pascual, el cordero mosaico, y concateno esto con la serpiente que Moisés levantó en una cruz. ¡Isabel!... ¡Isabel! ¿Qué le harán a mi Criatura? ¿Qué tendrá que sufrir para salvar al mundo?». María se echa a llorar.

Isabel la quiere consolar diciendo: «María, no llores. Es tu Hijo, pero también es Hijo de Dios. Dios se preocupará de su Hijo y de ti, que eres su Madre. Si bien es cierto que muchos le tratarán cruelmente, también lo es que otros muchos le amarán. ¡Muchos!... Por los siglos de los siglos. El mundo dirigirá su mirada al que de ti nacerá y, junto con El, te bendecirá a ti, que eres Manantial de redención. ¡La suerte de tu Hijo! Proclamado Rey de toda la creación. Piensa en esto, María. Rey, por haber rescatado toda la creación; como tal, será su Rey universal. Y también en la tierra, en el tiempo, será amado. El que nacerá de mí precederá al tuyo y le amará. Se lo dijo el ángel a Zacarías. Él me lo escribió... [4]¡Qué dolor ver mudo a mi Zacarías! De todas formas, espero que cuando nazca el niño el padre sea liberado de este castigo. Pide tú por ello, tú que eres la Sede de la Potencia de Dios y la Causa de la alegría del mundo. Yo, para obtener esto, como puedo hago ofrenda de mi criatura al Señor, porque es suya, pues Él se la ha prestado a su sierva para proporcionarle la alegría de ser llamada "madre". Es el testimonio de cuanto Dios me ha hecho. Quiero que se llame Juan. ¿No es él, mi niño, acaso, una gracia? Y ¿no es Dios quien me la ha dado?».

«Y Dios - yo también estoy convencida de ello - te concederá esa gracia. Yo oraré... contigo».

«¡Siento tanto dolor viéndole mudo!...». Isabel llora. «Cuando escribe - pues ya no puede hablarme - es como si montes y mares estuvieran entre mí y mi Zacarías. Después de tantos años de dulces palabras, ahora sólo silencio de su boca... sobre todo ahora, que sería verdaderamente hermoso hablar del que ha de venir. Incluso yo misma evito hablar para no verle cómo se fatiga respondiéndome con gestos. ¡He llorado tanto...! ¡Cuánto te he echado de menos! El pueblo mira, chismosea y critica. El mundo es así. Cuando se padece una pena o se tiene una alegría, tenemos necesidad de alguien capaz de comprender, no de criticar. Ahora es como si toda la vida fuera mejor. Estoy alegre desde que llegaste; siento que mi prueba pronto quedará superada y que pronto mi dicha será completa. Será así, ¿no es verdad? Yo me resigno a todo, pero... ¡si Dios perdonara a mi marido! ¡Oh, poder oírle orar de nuevo!...».

[5]María la acaricia y la anima, y le propone, para distraerla, salir un poco al soleado jardín.

Caminan bajo una pérgola bien cuidada, hasta una torrecilla rural, en cuyos agujeros hacen sus nidos las palomas.

María les esparce comida sonriendo, pues se le han echado encima zureando

intensamente. Su revoloteo dibuja en torno a Ella círculos iridiscentes. Se le posan sobre la cabeza, sobre los hombros, en los brazos y en las manos, alargando los picos rosados para arrebatarle los granitos de la concavidad de las manos, picoteando con gracia los róseos labios de la Virgen, y los dientes, que le brillan con el sol. María saca de un saquito el blondo trigo, y ríe en medio de ese carrusel de avidez impetuosa.
«¡Cuánto te quieren!». dice Isabel. «Pocos días llevas con nosotros y ya te quieren más que a mí, que las he cuidado siempre».
El paseo continúa hasta llegar a un recinto cerrado en el fondo del huerto. Hay unas veinte cabritas con sus cabritillos.
«¿Has vuelto del pasto?» pregunta María a un pastorcillo acariciándole.
«Sí, porque mi padre me ha dicho: "Vete a casa, que dentro de poco va a llover y hay ovejas que pronto van a parir. Preocúpate de que tengan hierba seca y cama de paja preparada". Viene por allí». Y señala hacia más allá del bosque, de donde llega un trémulo balitar.
Maria acaricia a un cabritillo que se restriega en ella, rubio como un niño. Y ella e Isabel beben la leche recién ordeñada que el pastorcillo les ofrece.

Llegan las ovejas con un pastor hirsuto como un oso. Debe ser, no obstante, un buen hombre porque lleva sobre sus hombros una oveja quejumbrosa. La deja en el suelo despacio; explica que está para dar a luz un cordero, que no podía caminar sino con dificultad, que se la ha puesto sobre los hombros y que se ha dado una buena carrera para llegar a tiempo. Y el niño conduce al redil a la oveja, que va cojeando a causa de los dolores.

María se ha sentado en una piedra y juega con los cabritillos y los corderos, ofreciendo a sus rosados morritos flores de trébol. Un cabritillo blanco y negro le pone las patitas sobre un hombro y le olisquea los cabellos. «No es pan» dice María riendo. «Mañana te traigo una corteza. Ahora tranquilo».

También Isabel, ya sosegada, ríe.

[6]Veo a María hilando premurosamente bajo la pérgola en que la uva aumenta de volumen. Debe haber pasado ya un poco de tiempo, pues las manzanas comienzan a tomar color rojo en los árboles, y las abejas zumban cerca de las flores de la higuera ya formadas.

Isabel está verdaderamente gruesa y camina pesadamente. María la mira con atención y amor. También a María, que se ha levantado para recoger el huso, que se le ha caído lejos, se la ve más llena a la altura de los costados, y su expresión ha cambiado. Ahora es más madura. Antes era niña, ahora es mujer.

Está anocheciendo y las mujeres entran en casa; en la habitación se encienden las lámparas. En espera de la cena, María teje.

«¿No te cansa nunca?». pregunta Isabel señalando el telar.
«No, tenlo por seguro».
«A mí este calor me deja sin fuerzas. No he vuelto a tener dolores, pero ahora el peso es grande para mis riñones, que ya son viejos».

«¡Animo! Pronto serás liberada de ese peso. ¡Qué feliz te sentirás entonces! [7]Yo ardo en deseos de ser madre. ¡Mi Niño, mi Jesús! ¿Cómo

será?».

«Tan guapo como tú, María».

«¡Oh, no! ¡Más guapo! El es Dios, yo soy su sierva. Me refería a si será rubio o moreno, si tendrá los ojos como el cielo sereno o como los de los ciervos de las montañas. Yo me le imagino más hermoso que un querubín, de cabellos rizados y color oro; los ojos del color de nuestro mar de Galilea cuando las estrellas empiezan a asomarse al confín del cielo; una boquita pequeñina y roja como el corte de una granada apenas abierta por el sol que la madura; sus mejillas, un rosáceo como éste de esta pálida rosa; dos manitas que, de lo pequeñitas y lindas que serán, podrán estar dentro de la corola de una azucena; dos piececitos que podrían caberme en el hueco de la mano, más delicados y lisos que un pétalo de flor. Mira, yo pongo en la idea que me he hecho de Él todo lo que de hermoso me sugiere la tierra. Ya oigo su voz. Cuando llore - un poco llorará por hambre o por sueño mi Niño, y ello causará siempre un gran dolor a su Mamá, que no podrá, no, no podrá oírle llorar sin sentirse traspasar el corazón -, cuando llore, su voz será como ese balido que ahora oímos, de corderito de pocas horas que está buscando la mama y el calor de la lana materna para dormir. En la risa, en esa risa que llenará de cielo mi corazón, enamorado de mi Criatura - puedo estar enamorada de Él porque es mi Dios, y amarle con amor de enamorada no es contravenir a mi consagrada virginidad -, en la risa, su voz será como el zurear jubiloso de este pichoncito, contento porque ha comido, satisfecho en el nido calentito. Pienso en El dando sus primeros pasos... un pajarillo saltando en un prado florido. El prado será el corazón de su Mamá, que estará bajo sus piececitos de rosa con todo su amor para que no encuentre nada que le produzca dolor. ¡Cuánto le voy a querer a mi Niño, a mi Hijo!

8 ¡Y también José le amará!».

«Sí, pero tendrás que decírselo también a José».

Se le nubla el rostro a María, que suspira. «Tendré que decírselo... Yo habría querido que se lo dijera el Cielo, porque es muy difícil de decir».

«¿Quieres que se lo diga yo? Le llamamos para la circuncisión de Juan...».

«No. Mira, he dejado en manos de Dios la tarea de instruirle - y lo hará - acerca del feliz destino de nutricio del Hijo de Dios. El Espíritu me dijo aquella tarde: "Guarda silencio. Déjame a mí la tarea de justificarte". Y lo hará. Dios no miente nunca. Es una gran prueba, pero con la ayuda del Eterno será superada. De mi boca, ninguno - aparte de ti, a quien el Espíritu se lo ha revelado - debe saber lo que la benevolencia del Señor ha hecho a su sierva».

«He guardado silencio siempre, incluso con Zacarías, que hubiera exultado de gozo si lo hubiera sabido. Él cree que eres madre según la naturaleza».

«Sí, lo sé. Así lo he querido por prudencia. Los secretos de Dios son santos. El ángel del Señor no le ha revelado a Zacarías mi maternidad divina. Habría podido hacerlo, si Dios hubiese querido, porque Dios sabía que ya era inminente el momento de la Encarnación de su Verbo en mí. Pero Dios le ha tenido escondida esta luz de gozo a Zacarías, que no aceptaba, por considerarlo imposible, vuestra paternidad y maternidad tardías. Me he puesto en sintonía con la voluntad de Dios, y, ya ves, tú has sentido el

secreto que vive en mí, y él no ha advertido nada. Hasta que no se desprenda el diafragma de su incredulidad ante la potencia de Dios, se verá separado de las luces sobrenaturales».

Isabel suspira y guarda silencio.

8Entra Zacarías. Ofrece unos rollos a María. Es la hora de la oración de la cena. María reza en voz alta en vez de Zacarías. Luego se sientan a la mesa.

«Cuando te marches, ¡cómo echaremos de menos el no tener quien ore en lugar de nosotros!» dice Isabel mirando a su mudo.

«Tú rezarás para ese entonces, Zacarías» dice María.

Él menea la cabeza y escribe: «No podré volver a orar en representación de otros. Me he hecho indigno de ello desde que dudé de Dios».

«Zacarías, tú rezarás. Dios perdona».

El anciano se enjuga una lágrima y suspira.

Terminada la cena, María vuelve al telar.

«¡Vale ya!» dice Isabel. «Es demasiado cansancio».

«Está próxima la hora, Isabel. Quiero hacerle a tu niño un equipo digno del predecesor del Rey de la estirpe de David».

Zacarías escribe: «¿De quién nacerá El, y dónde?».

María responde: «Donde han dicho los Profetas, y de quien elija el Eterno. Todo lo que nuestro Señor altísimo hace está bien hecho».

Zacarías escribe: «¡Entonces, en Belén! En Judea. Mujer, iremos a venerarle. Tú también vendrás con José a Belén».

Y María, inclinando hacia su telar la cabeza, dice: «Iré».

La visión cesa así.

10Dice María:

«El primer acto de caridad para con el prójimo ha de ejercitarse con el prójimo. No veas en esto un juego de palabras. La caridad se tiene hacia Dios y hacia el prójimo. En la caridad hacia el prójimo está comprendida también la que tiene por objeto nosotros mismos. Pero, si nos amamos más que a los demás, ya no somos caritativos, somos egoístas. Incluso en las cosas lícitas debemos ser tan santos, que demos siempre prioridad a las necesidades de nuestro prójimo. Estad seguros, hijos, de que Dios completa la deficiencia de los generosos con medios de su potencia y bondad.

11Esta certeza me impulsó a ir a Hebrón para ayudar en su estado a mi parienta. Pues bien, a este detalle mío de ayuda humana, Dios, dando sin medida como El hace, añadió un inesperado don de ayuda sobrenatural. Yo había ido para aportar ayuda material; Dios santificó mi recta intención haciendo, de la misma, santificación del fruto del vientre de Isabel y anulando, a través de esta santificación - por la cual el Bautista fue presantificado -, el sufrimiento físico de esta madura hija de Eva que había concebido a una edad inusitada.

Isabel, mujer de fe intrépida y de confiado abandono a la voluntad de Dios, mereció comprender el misterio encerrado en mí. El Espíritu le habló a través de ese vuelco de su

vientre. El Bautista pronunció su primer discurso de Anunciador del Verbo a través de los velos y los diafragmas de venas y de carne que le separaban de su santa madre, y que a la vez la unían a ella.

No ocultó mi condición de Madre del Señor a esta mujer que merecía saberlo, a quien además la Luz se había manifestado. Ocultarla habría sido negarle a Dios la alabanza que era justo darle, el sentimiento de alabanza que yo llevaba en mí y que, no pudiéndolo manifestar a nadie, lo manifestaba a la hierba, a las flores, a las estrellas, al sol, a los canoros pájaros, a las pacientes ovejas, a las aguas cantarinas y a la luz de oro que me besaba descendiendo del cielo. Pero, orar dos juntos es más dulce que decir uno solo su oración. Yo hubiera querido que el mundo entero hubiera conocido mi destino; no por mí, sino porque todos se hubiesen unido a mi para alabar a mí Señor.

La prudencia me prohibió revelarle a Zacarías la verdad. Habría significado ir más allá de la obra de Dios, y, si bien era cierto que yo era su Esposa y Madre, seguía siendo su Sierva y no debía - porque Él me había amado sin medida - permitirme colocarme en su lugar y sobrepasar un decreto suyo

Isabel, en su santidad, comprendió y guardó silencio, porque el que es santo es siempre sumiso y humilde.

12 El don de Dios debe hacernos cada vez mejores. Cuanto más recibimos de Él, más debemos dar, porque cuanto más recibimos, más es signo de que Él está en nosotros y con nosotros, y cuanto más está en nosotros y con nosotros, más debemos esforzarnos en alcanzar su perfección.

Ello explica por qué yo, posponiendo mi labor, trabajé para Isabel. No me dejé llevar del miedo de la falta de tiempo. Dios es dueño del tiempo, y provee a las necesidades de quien en El espera, incluso en las cosas ordinarias. El egoísmo no acelera, retarda; la caridad no retarda, acelera: tenedlo siempre en cuenta.

13 ¡Cuánta paz en la casa de Isabel! Si no hubiera tenido la preocupación de José y esa, esa, esa preocupación de que mi Niño era el Redentor del mundo, me habría sentido feliz. Pero ya la Cruz extendía su sombra sobre mi vida, ya me era sonido fúnebre la voz de los Profetas...

Yo me llamaba María. La amargura siempre se mezclaba con las dulzuras que Dios vertía en mi corazón, amargura que fue cada vez más en aumento, hasta la muerte de mi Hijo. Y, no obstante, cuando Dios nos destina, María, a ser víctimas por su honor, ¡oh, qué dulce es ser trituradas en el molino, como el trigo, para hacer de nuestro dolor el pan que consolide a los débiles y los haga capaces de obtener el Cielo!

Ya es suficiente. Estás cansada y te sientes feliz. Descansa con mi bendición».

23. Nacimiento de Juan el Bautista. Todo sufrimiento se aplaca sobre el seno de Maria.

3 de abril de 1944.

[1]En medio de las cosas repugnantes que nos ofrece el mundo de ahora, baja del Cielo - y no sé cómo puede hacerlo, dado que yo soy como una ramita seca a merced del viento en estos continuos choques contra la maldad humana, tan discordante con lo que vive en mí - baja del Cielo, digo, esta visión de paz.

[2]Continúa la casa de Isabel. Es una hermosa tarde de verano, aún clara con un último sol, y de todas formas ya adornada en el cielo por un arco falcado de luna, que parece una coma de plata en una vasta tela azul intenso de fina seda.

Los rosales huelen fuertemente, y las abejas, gotas de oro zumbadoras, dan sus últimos vuelos en el aire quieto y caliente de la tarde. De los prados viene un gran olor de heno secado al sol, un olor casi de pan, de pan caliente, recién hecho. Quizás viene también de los muchos lienzos que están tendidos por todas partes para secarse y que ahora Sara está plegando. María pasea dándole el brazo a su prima. Muy despacito van y vienen, bajo el emparrado semioscuro.

María está pendiente de todo y, a pesar de estar dedicada a Isabel, se da cuenta de que Sara está atareada en doblar un largo lienzo que ha quitado de un seto. «Espérame aquí, sentada» le dice a su parienta; y va a ayudar a la anciana sirvienta, estirando la tela para alisarla, y doblándola con cuidado. «Se siente todavía el sol, están calientes» dice sonriendo; y, para que se sienta contenta la mujer, añade: «Esta tela después de tu blanqueo ha quedado más bonita que nunca. Nadie tiene tanta maña como tú». Sara se marcha todo contenta con su carga de fragantes telas.

María vuelve con Isabel y dice: «Otros poquitos pasos. Te vendrán bien». Y, dado que Isabel está cansada y no le apetece moverse, le dice: «Vamos sólo a ver si todas tus palomas están en sus nidos y si el agua de su pilón está limpia. Luego nos volvemos a casa».

[3]Las palomas deben ser las predilectas de Isabel. Llegadas ante la rústica torrecilla donde ya se han recogido todas las palomas (las hembras están en los nidos; los machos, delante de éstos y no se mueven, pero en viendo a las dos mujeres las saludan con su arrullo), Isabel se emociona. La debilidad de su estado la vence y le produce temores que le hacen llorar. Se los manifiesta a su prima: «Si yo muriese... ¡pobres palomitas mías! Tú no permanecerás aquí. Si te quedaras en mi casa, no me importaría morirme. He gozado de la máxima alegría que una mujer puede recibir, una alegría que ya me había resignado a no conocer nunca. Ni de la misma muerte puedo presentarle quejas al Señor, porque Él, ¡bendito sea!, me ha colmado de su benevolencia. Pero, está Zacarías... y estará el niño: uno, viejo, que se encontraría como perdido en un desierto sin su mujer; el otro, tan pequeñito, que sería como una flor destinada a morir helada, por no tener a su mamá.

¡Pobre niño, sin las caricias de su madre!...».

«Pero, ¿por qué estás tan triste? Dios te ha dado la alegría de ser madre, y no te la va a quitar cuando llega a su plenitud. El pequeño Juan tendrá todos los besos de su mamá y Zacarías gozará de todos los cuidados de su fiel esposa hasta la más avanzada ancianidad. Sois dos ramas de un mismo árbol. No morirá uno dejando al otro solo».

«Tú eres buena y quieres consolarme, pero yo soy muy anciana para tener un hijo, y ahora que estoy para darle a luz tengo miedo».

«¡Oh, no! ¡Está aquí Jesús! Donde está Jesús no se debe tener miedo. Mi Niño te quitó el dolor cuando era como un capullo recién formado; tú lo dijiste. Ahora, que cada vez va desarrollándose mas y que vive ya como criatura mía; ahora, que siento palpitar su corazón en mi garganta y es como si tuviera posado en ella un pajarito de nido con un corazoncito de suave palpitar, alejará de ti todo peligro. Debes tener fe».

«La tengo. Pero, si yo muriese... no le dejes a Zacarías inmediatamente. Sé que piensas en tu casa, pero, quédate un poco, para ayudarle a mi marido en el momento del primer dolor».

«Me quedaré, para complacerme en la alegría de ambos, y sólo te dejaré cuando estés fuerte y te sientas aliviada. Estáte tranquila, Isabel; todo irá bien. En tu casa no faltará nada mientras dure tu dolor. Zacarías será servido por la más amorosa de las siervas, y tus flores y tus palomas estarán cuidadas y a unas y a otras las encontrarás avivadas y bonitas para recibir cálidamente a la dueña cuando vuelva. [4]Regresemos a casa ahora, te estás poniendo pálida...».

«Sí, me parece que tengo otra vez dolores. Quizás haya llegado la hora. María, ora por mí».

«Te sostendré con la oración hasta que tus dolores se transformen en gozo».

Y las dos mujeres entran despacio en la casa. Isabel se retira a sus habitaciones. María, hábil y previsora, da órdenes y prepara todo lo que puede necesitarse, y trata de confortar a Zacarías, que está preocupado.

En la casa que vela esta noche, con voces nuevas, de mujeres llamadas para ayudar, María está en pie, vigilante como un faro en una noche de tormenta. Toda la casa gravita sobre Ella, que, dulce y sonriente, provee a todo; y ora. Cuando no se la llama para esto o aquello, se recoge en oración. Está en la habitación en que se reunían siempre para las comidas y el trabajo.

Con Ella está Zacarías, paseando turbado. Ya han orado juntos. María luego ha seguido orando; incluso ahora, que el anciano, cansado, se ha sentado en su sillón junto a la mesa y se ha quedado en silencio, soñoliento. Cuando ve que está dormido del todo - la cabeza sobre los brazos cruzados apoyados en la mesa -, Ella se desata las sandalias para hacer menos ruido, y camina descalza; luego, con menos rumor del que puede hacer una mariposa volando por una habitación, coge el manto de Zacarías y se lo extiende encima al anciano con una suavidad tal, que éste continúa durmiendo bajo el calorcito de la lana protectora del fresco nocturno, que entra a ondadas por la puerta, frecuentemente abierta. Luego sigue orando; cada vez con más intensidad; de rodillas, con los brazos levantados, cuando el quejido de

Isabel, que sufre, se agudiza.

[5]Sara entra y la llama con señas. María sale con sus pies descalzos al jardín. «La señora la llama» dice.

«Voy». María va por el lado externo de la casa, sube la escalera... Parece un ángel blanco moviéndose en la noche quieta llena de astros. Entra en la habitación de Isabel.

«¡Oh! ¡María! ¡María! ¡Cuánto dolor! ¡No puedo más, María! ¡Cuánto dolor hay que padecer para ser madre!».

María la acaricia con amor y la besa.

«¡María! ¡María! ¡Deja que ponga mis manos sobre tu vientre!».

María coge esas dos manos rugosas e hinchadas, las pone sobre su abdomen ya algo abultado y las mantiene apretadas con sus manitas lisas Y gráciles. Y ahora, que están las dos solas, habla en tono suave y dice: «Jesús está aquí, oyéndote y viéndote. Ten confianza, Isabel. Su corazón santo late con más fuerza, porque está actuando para bien tuyo. Lo siento latir como si lo tuviera entre una mano y otra. Yo entiendo las palabras de mi Niño hechas de latidos. Ahora me está diciendo: "Dile a la mujer que no tema. Todavía un poco de dolor. Luego, con el primer sol, entre las tantas rosas que esperan ese rayo matutino para abrir sus pétalos sobre su tallo, su casa tendrá la rosa más bonita, Juan, mi Precursor"».

Isabel apoya también la cara en el vientre de María y llora silenciosamente.

María está un tiempo así, pues parece que el dolor va pasando a una fase de relajación reparadora. Luego indica a todos que estén tranquilos. Ella permanece en pie, blanca y hermosa bajo el tenue claror de una lámpara de aceite, como un ángel al lado de quien sufre. Ora. La veo mover los labios. De todas formas, aun cuando no se los viese mover, comprendería que está orando por la expresión arrobada del rostro.

[6]El tiempo pasa. Le vuelve el dolor a Isabel. María la besa de nuevo y se retira. Baja rápida a la luz de la luna y corre a ver si el anciano duerme todavía. Duerme, gimiendo en el sueño. María hace un gesto de piedad. Se pone de nuevo a orar.

Pasa el tiempo. El anciano sale bruscamente de su sueño y levanta su rostro, confuso, como de quien no recordase bien por qué estaba ahí. Luego recuerda, hace un gesto y profiere una exclamación gutural, y escribe: «¿No ha nacido todavía?». María indica que no, y Zacarías: «¡Cuánto dolor! ¡Pobre esposa mía! ¿Lo logrará sin morir a cambio?».

María coge la mano del anciano tratando de infundirle ánimo: «Para el alba, dentro de poco, el niño ya habrá nacido. Todo irá bien. Isabel es fuerte. ¡Qué bonito va a ser este día - pues está cercana la aurora - en que tu niño va a ver la luz! ¡El más bello de tu vida! Grandes gracias te tiene reservadas el Señor, y tu hijo es su anunciador».

Zacarías menea tristemente la cabeza y señala a su boca muda. Quisiera decir muchas cosas, pero no puede.

María se da cuenta de ello y responde: «El Señor hará completa tu alegría. Cree en Él completamente, espera infinitamente, ama totalmente. El Altísimo te escuchará más de lo que pudieras esperar. Él quiere esta fe tuya total como purificación de tu pasada

desconfianza. Di en tu corazón conmigo: "Creo". Dilo a cada uno de los latidos de tu corazón. Los tesoros de Dios se abren para quien cree en Él y en su poderosa bondad».

[7]La puerta está entornada y la luz comienza a penetrar por ella. María la abre. El alba ha puesto toda blanca la tierra aljofarada de rocío. Se percibe un fuerte olor de tierra húmeda y hierba, y los primeros silbos de pájaros se llaman de rama a rama.

El anciano y María salen a la puerta. Están pálidos por la noche pasada en vela; la luz del alba los pone aún más pálidos. María calza de nuevo sus sandalias y va al pie de la escalera, atenta a ver si se oye algo. Una mujer se asoma, María hace unos gestos y vuelve. Todavía nada.

Luego va a una habitación y regresa con leche caliente. Se la da a beber al anciano. Después va donde las palomas, y desaparece de nuevo en esa habitación; quizás es la cocina. Se mueve aquí y allá, está atenta a todo. Se la ve tan ágil y tan serena, que parece como si hubiera dormido el mejor de los sueños.

Zacarías pasea arriba y abajo nerviosamente por el jardín. María le mira con piedad. Luego entra otra vez en la misma habitación y, arrodillada junto a su telar, ora intensamente, pues la queja de la sufriente se hace más aguda. Se curva hasta el suelo para suplicarle al Eterno. Zacarías vuelve, entra y la ve postrada en ese modo; el pobre anciano llora. María se alza y le coge de la mano. Es mucho más joven que él, pero parece Ella la madre de esa vejez desolada sobre la que extiende sus consuelos.

[8]Permanecen así, el uno al lado del otro, bajo este sol que pone rosicler el aire de la mañana. Estando así, llega a sus oídos el jubiloso anuncio: «¡Ha nacido! ¡Ha nacido! ¡Un niño! ¡Oh, padre dichoso! ¡Un niño lozano como una rosa, bonito como el Sol, fuerte y bueno como la madre! ¡Alégrate, padre bendecido por el Señor, que te ha dado un hijo para que lo ofrezcas a su Templo! ¡Gloria a Dios, que ha concedido posteridad a esta casa! ¡Benditos seáis tú y el hijo que te ha nacido! ¡Que su linaje perpetúe tu nombre por los siglos de los siglos, generación tras generación, y permanezca siempre en alianza con el Señor eterno! ».

María, llorando de alegría, bendice al Señor. Luego, los dos acogen al pequeñuelo, que le ha sido traído al padre para que lo bendiga. Zacarías no va con Isabel; coge al niño, que grita como un desesperado. Pero no va donde su esposa.

María sí que va, llevando amorosa al pequeñuelo, el cual se ha quedado callado nada más que María le ha cogido en brazos. La comadre, que va tras Ella, se percata de este hecho. «Mujer - dice a Isabel - tu hijo se ha callado enseguida, cuando Ella le ha cogido en sus brazos. ¡Mira qué tranquilo duerme; y bien sabe el Cielo lo inquieto y fuerte que es! ¡Mira, ahora parece un pichoncito!».

María deposita a la criatura junto a la madre y acaricia a Isabel, poniendo en orden su pelo gris. «La rosa ha nacido - le dice con voz suave - y tú vives. Zacarías está dichoso».

«¿Habla?».

«Todavía no. Pero, espera en el Señor. Ahora descansa. Yo estoy contigo».

9 Dice María:

«Mi presencia había santificado al Bautista, pero no había cancelado a Isabel la condena proveniente de Eva. "Darás a luz con dolor" había dicho el Eterno.

Sólo yo, sin mancha y sin haber tenido unión matrimonial humana, quedé exenta de engendrar con dolor. La tristeza y el dolor son los frutos de la culpa. Yo, que era la Inculpable, tuve que conocer también el dolor y la tristeza, porque era la Corredentora. Pero no conocí el tormento del generar; no, este tormento no lo conocí.

Y, no obstante, créeme, hija, no hubo, ni habrá jamás tormento puerperal semejante al mío de Mártir de una Maternidad espiritual cumplida en el más duro lecho, el de *mi* cruz, al pie del patíbulo del Hijo que se me moría. ¿Qué madre se verá obligada a generar de esa manera? ¿Qué madre se verá obligada a amalgamar el suplicio del desgarro de sus entrañas por los estertores de su Hijo moribundo, con el suplicio de sentírsele retorcer las entrañas al tener que superar el horror de deber decir: "Os amo; venid a mí, que soy Madre vuestra" a los que estaban matando a ese Hijo nacido del más sublime amor que jamás haya visto el Cielo, del amor de un Dios con una virgen, del beso de Fuego, del abrazo de Luz, que se hicieron Carne, y que del vientre de una mujer hicieron el Tabernáculo de Dios?

"¡Cuánto dolor para ser madre!" dice Isabel. ¡Mucho! Sí, pero insignificante, comparado con el mío.

10 "Déjame poner las manos en tu vientre". ¡Ah, si cuando sufrís me pidierais siempre esto!

Yo soy la eterna Portadora de Jesús. Él está dentro de mi pecho, como tú le viste el año pasado, cual Hostia en el ostensorio. Quien a mí viene, a Él le encuentra; quien en mí se apoya, a Él le toca; quien a mi se dirige, con Él habla. Yo soy su vestidura. Él es el alma mía. Mi Hijo está ahora más unido a mí que durante los nueve meses de gestación. A quien a mí viene y apoya su cabeza en mi regazo, todo dolor se le adormece, toda esperanza le florece, toda gracia le fluye.

Yo oro por vosotros. Recordadlo. La beatitud de estar en el Cielo, viviendo en el esplendor de Dios, no me distrae de mis hijos que padecen en la tierra. Yo oro. Todo el Cielo ora porque el Cielo ama. El Cielo es caridad que vive, y la Caridad tiene piedad de vosotros. Pero, aunque sólo estuviera yo, habría suficiente oración para cubrir las necesidades de quien espera en Dios. Porque no ceso de orar por todos vosotros, santos y malvados, para dar: a los santos, la alegría; a los malvados, el salvífico arrepentimiento.

Venid, venid, hijos de mi dolor. Os espero al pie de la Cruz para distribuir gracias».

24. La circuncisión de Juan el Bautista. María es Fuente de Gracia para quien acoge la Luz.

4 de abril de 1944.

[1]Veo ambiente de fiesta en la casa. Es el día de la circuncisión.

María se ha preocupado de que todo esté lindo y en orden. Las habitaciones resplandecen de luz. Lucen por todas partes los más bellos paños, los más bellos atavíos. Hay mucha gente. María se mueve ágil entre los grupos, toda hermosa con su más bonito vestido blanco.

Isabel, reverenciada como una matrona, goza feliz su fiesta. El niño está en su regazo, saciado ya de leche.

[2]Llega la hora de la circuncisión.

«Zacarías le llamaremos. Tú eres anciano. Justo sería ponerle tu nombre al niño» dicen unos hombres.

«¡De ninguna manera!» exclama la madre. «Su nombre es Juan. Su nombre debe dar testimonio de la potencia de Dios».

«¿Pero se puede saber cuándo ha habido un Juan en nuestra parentela?».

«No importa. Tiene que llamarse Juan».

«¿Tú qué dices, Zacarías? ¿Quieres tu nombre, no es verdad?».

Zacarías dice que no, con gestos. Coge una tablilla y escribe: «Su nombre es Juan», y, nada más terminar de escribir, añade, ya su liberada lengua: «porque Dios nos ha hecho objeto de una gran gracia, a mí, su padre, y a su madre, como también a este nuevo siervo suyo, el cual consumirá su vida en aras de la gloria del Señor y será llamado grande por los siglos y ante los ojos de Dios, porque pasará convirtiendo a los corazones al Señor altísimo. Lo dijo el ángel y yo no lo creí. Mas ahora creo y entra la Luz en mí. La Luz está entre nosotros y vosotros no la veis. Su destino es el de no ser vista, pues el espíritu de los hombres está lleno de estorbos, y además es perezoso. Pero mi hijo sí que la verá y hablará de Ella y hará que a Ella se vuelvan los corazones de los justos de Israel. ¡Bienaventurados los que crean en Ella y crean siempre en la Palabra del Señor! Y bendito seas Tú, Señor eterno, Dios de Israel, porque has visitado y redimido a tu pueblo, suscitando en él un poderoso Salvador en la casa de su siervo David. Como prometiste por boca de los santos Profetas, ya desde los tiempos antiguos: librarnos de nuestros enemigos y de las manos de los que nos odian, para ejercitar tu misericordia hacia nuestros padres y mostrar que te acuerdas de tu santa alianza. Éste es el juramento que hiciste a Abraham, nuestro padre: concedernos que, sin temor, de las manos de nuestros enemigos libres, te sirviéramos con santidad y justicia en presencia tuya toda la vida» y continúa así hasta el final. (He escrito hasta aquí porque,

como usted puede ver, Zacarías ahora se dirige directamente a Dios).

Los presentes se quedan estupefactos, tanto del nombre como del milagro, como de las palabras de Zacarías.

Isabel, que al oír la primera palabra de Zacarías ha gritado de alegría, ahora está llorando abrazada a María, que la acaricia contenta.

[3]No veo la circuncisión. Veo sólo que traen a Juan y que chilla desesperado. No le calma ni siquiera la leche de su mamá. Tira patadas como un potrillo. Pero María le toma en sus brazos y le acuna, y él se calla y se queda tranquilo.

«¡Fijaos!» dice Sara, «¡sólo se calla cuando le coge en brazos Ella!».

La gente se va marchando lentamente. En la habitación se quedan únicamente María, con el pequeñín en sus brazos, e Isabel, dichosa.

[4]Entra Zacarías y cierra la puerta. Mira a María con lágrimas en los ojos. Hace ademán de hablar. Guarda silencio. Continúa adelante. Se arrodilla ante María y le dice: «Bendice al mísero siervo del Señor. Bendícele. Tú puedes hacerlo, tú que le llevas en tu seno. La palabra de Dios me ha hablado cuando he reconocido mi error, cuando he creído en todo cuanto me había sido dicho. Yo te veo a ti y veo tu destino feliz. Adoro en ti al Dios de Jacob. Tú, mi primer Templo, donde el sacerdote, regresado, puede de nuevo orar al Eterno. Bendita tú, que has obtenido gracia para el mundo y le traes el Salvador. Perdona a tu siervo si no ha visto antes tu majestad. Con tu venida nos has traído todas las gracias. En efecto, doquiera que vas, ¡oh Llena de Gracia!, Dios obra sus prodigios; santas son las paredes en que tú entras, santos se hacen los oídos que oyen tu voz y la carne que tú tocas, santos los corazones, porque tú confieres Gracia, Madre del Altísimo, Virgen profetizada y esperada para darle al pueblo de Dios el Salvador».

[5]María sonríe, encendida de humildad, y habla: «Gloria al Señor, a Él sólo. De Él y no de mí viene toda gracia, y Él te la dona para que le ames y sirvas con perfección en los años que te quedan, para merecer su Reino, que será abierto por mi Hijo a los Patriarcas, a los Profetas, a los justos del Señor. Y tú, ahora que puedes orar ante el Santo, ora por la sierva del Altísimo; que, si ser Madre del Hijo de Dios es destino dichoso, ser Madre del Redentor debe ser destino de atroz sufrimiento. Ora por mí, que hora a hora siento crecer mi peso de dolor, y durante toda una vida tendré que llevarlo; no lo veo en sus detalles particulares, pero sí siento que será un peso mayor que si sobre estos hombros míos de mujer se posase el mundo y tuviera que ofrecérsele al Cielo. ¡Yo, yo sola, una pobre mujer! ¡Mi Niño! ¡El Hijo mío! El tuyo no llora si yo le acuno; pero, ¿voy a poder acunar yo al mío para calmarle el dolor?... Ora por mi, sacerdote de Dios. Mi corazón tiembla como una flor en medio de un temporal. Miro a los hombres y los amo, pero detrás de sus rostros veo aparecer al Enemigo, y veo cómo los hace enemigos de Dios, de Jesús, de mi Hijo...».

Y la visión cesa con la palidez de María y esas lágrimas suyas que hacen luciente su mirada.

6Dice María:

«A quien reconoce su error arrepintiéndose y acusándose con humildad y corazón sincero, Dios le perdona; no sólo le perdona, sino que le recompensa. ¡Oh, qué bueno es mi Señor con los humildes y sinceros, con los que creen en El y en El se abandonan!

7Arrojad de vuestro espíritu todo lo que le traba y le hace perezoso. Disponedle para que acoja la Luz, que es, cual faro en las tinieblas, guía y santo conforto.

¡Amistad con Dios, beatitud de sus fieles, riqueza no igualada por nada, quien te posee nunca está solo ni siente la amargura de la desesperación! No anulas el dolor, santa amistad, porque el dolor fue destino de un Dios encarnado y puede ser destino del hombre; eso sí, le haces dulce en su amargura, y añades una luz y una caricia que, cuales celestes toques, alivian la cruz.

Y, cuando la Bondad divina os dé una gracia, usad el bien recibido para dar gloria a Dios. No seáis como esos insensatos que de un objeto bueno se hacen un arma dañosa, o como los gastadores que de la abundancia acaban haciendo miseria.

8Me causáis demasiado dolor, hijos tras cuyos rostros veo aparecer al Enemigo, a aquel que arremete contra mi Jesús. ¡Demasiado dolor! Yo quisiera ser para todos el Manantial de la Gracia, pero hay demasiados entre vosotros que no quieren la Gracia. Pedís "gracias", pero con el alma privada de Gracia. ¿Cómo podrá la Gracia socorreros si sois enemigos suyos?

9El gran misterio del Viernes santo se aproxima. Todo en los templos le recuerda y le celebra. Pero es necesario que le celebréis y le recordéis en vuestros corazones, y que os deis golpes de pecho, como los que bajaban del Gólgota, y que digáis: "Éste es realmente el Hijo de Dios, el Salvador", y que digáis: "Jesús, por tu Nombre, sálvanos", y que digáis: "Padre, perdónanos", y, en fin, es necesario decir: "Señor, yo no soy digno; pero, si Tú me perdonas y vienes a mí, mi alma quedará curada. Yo no quiero, no, no quiero pecar ya mas, para no volver a enfermarme y para no ser de nuevo detestado por ti".

Orad, hijos, con las palabras de mi Hijo. Decidle al Padre por vuestros enemigos: "Padre, perdónalos". Invocad al Padre, que se ha apartado indignado por vuestros errores: "Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado? Yo soy pecador, pero, si me abandonas, moriré. Vuelve, Padre santo, que yo me salve". Poned vuestro eterno bien, vuestro espíritu, en manos del único que lo puede conservar ileso del demonio: "Padre, en tus manos dejo mi espíritu". Si humilde y amorosamente cedéis vuestro espíritu a Dios, El ciertamente le guiara como hace un padre con su pequeñuelo; no permitirá que nada dañe vuestro espíritu.

Jesús, en sus agonías, oró para enseñaros a orar. Os lo recuerdo en estos días de Pasión.

10Y tú, María, tú que ves mi gozo de Madre y te extasías con ello, piensa y recuerda que he poseído a Dios a través de un dolor progresivamente más intenso, que bajó a mí con la Semilla de Dios y, cual árbol gigante, fue creciendo hasta tocar el Cielo con su copa y el infierno

con sus raíces, cuando recibí en mi regazo el despojo exánime de la Carne de mi carne, y vi y conté sus laceraciones, y toqué su Corazón desgarrado, para apurar aquél hasta su última gota».

25. Presentación de Juan el Bautista en el Templo y partida de Maria. La Pasión de Jose.

5-6 de abril de 1944.

[1]Durante la noche entre el miércoles y el jueves de la Semana Santa, veo cuanto sigue.

Zacarías, Isabel, María (ésta con el pequeño Juan en brazos) y Samuel (con un cordero y una cesta con la paloma) están bajando de un cómodo carro, al que viene atado el burrito de María. Se apean delante de la caballeriza de costumbre - que debe ser la etapa de todos los peregrinos que vienen al Templo - para dejar sus cabalgaduras.

María llama a un hombre de baja estatura, el dueño de la caballeriza, y le pregunta si durante el día precedente o en las primeras horas de la mañana ha llegado algún nazareno. «Ninguno, mujer» contesta el viejecillo. María se queda extrañada, pero no dice nada más.

Le encarga a Samuel que le busque un puesto al burro. Luego alcanza a los dos ancianos padres y refiere el retardo de José: «Algo le habrá entretenido, pero seguro que viene hoy». Vuelve a coger al niño - se le había dejado a Isabel - y se encaminan hacia el Templo.

[2]Los hombres que están de guardia le reciben a Zacarías con honor, y los otros sacerdotes le saludan y felicitan. Zacarías, hoy, con sus vestiduras sacerdotales y la alegría del padre que se siente feliz, está guapísimo. Parece un patriarca. Creo que Abraham debía asemejarse a él cuando jubilaba por ofrecer a Isaac al Señor.

Veo la ceremonia de la presentación del nuevo israelita y la purificación de la madre. Es todavía más pomposa que la de María, porque por el hijo de un sacerdote los sacerdotes hacen mucha fiesta. Acuden en masa y se ponen manos a la obra diligentes en torno al grupito de las mujeres y del recién nacido.

También otras personas se han acercado curiosas. Oigo los comentarios. Dado que María lleva en brazos al pequeñuelo mientras se dirigen al lugar establecido, la gente cree que es la madre.

Pero una mujer dice: «No puede ser. ¿No veis que está encinta? El niño no tiene más de unos pocos días y Ella está ya abultada».

«Ya... pero» dice otro «sólo puede ser Ella la madre. La otra es vieja. Será una parienta. No puede ser madre a esa edad».

«Vamos detrás de ellos y así vemos quién tiene razón».

Bien grande viene a ser el asombro cuando se ve que la que cumple el rito de la purificación es Isabel, que ofrece su corderillo balante para el holocausto y su paloma por el pecado.

«La madre es aquélla. ¿Has visto?».
«¡No!».
«Sí».
La gente, incrédula, sigue cuchicheando. Cuchichean tanto, que el grupo sacerdotal que está presente en el rito se ve obligado a emitir un «¡Chsss!» imperativo. La gente se calla un momento, pero musita aún más fuerte cuando Isabel, radiante de santo orgullo, toma al niño y se adentra en el Templo para presentarle al Señor.
«Es ella realmente».
«Es siempre la madre quien lo ofrece».
«Y entonces, ¿qué milagro es éste?».
«¿Qué será ese niño concedido en edad tan tardía a esa mujer?».
«¿Qué signo es éste?».
«¿No sabéis - dice uno que en ese momento llega jadeante - que es hijo del sacerdote Zacarías, de la estirpe de Aarón, aquel que quedó mudo estando ofreciendo el incienso en el Santuario?».
«¡Misterio! ¡Misterio! ¡Y ahora ya puede hablar otra vez! El nacimiento del hijo le ha soltado la lengua».

«¿Qué espíritu será el que le habló y le incapacitó la lengua para acostumbrarle al silencio sobre los secretos de Dios?».

«¡Misterio! ¿Qué verdad será la que conoce Zacarías?».
«¿No será que su hijo es el Mesías esperado por Israel?».
«Ha nacido en Judea, no en Belén, ni de una virgen. No puede ser Mesías».
«¿Y entonces quién?».
Mas la respuesta queda en los silencios de Dios y la gente se queda con su curiosidad. Cumplido el ceremonial, los sacerdotes ahora también agasajan a la madre y al pequeñuelo; la única que pasa poco observada es María; es más, incluso la evitan casi con repulsión cuando se dan cuenta del estado suyo.

3 Terminadas todas las felicitaciones, la mayor parte vuelve a la calle. María quiere pasar de nuevo por la caballeriza para ver si ya ha llegado José... No ha llegado. Y se queda desilusionada y pensativa.

Isabel se preocupa por Ella. «Hasta la hora sexta podemos estar aquí, pero luego tenemos que irnos para llegar a casa antes de la primera vigilia... es todavía demasiado pequeño para estar más tiempo de noche».

Y María, tranquila y triste, dice: «Me quedaré en un patio del Templo, iré donde mis maestras... No sé. Algo haré».

Zacarías interviene con una propuesta que enseguida aceptan como una buena resolución. «Vamos a casa de los familiares de Zebedeo. José, sin duda, te buscará allí, y, si él no fuera allí, te será fácil encontrar a alguien que te acompañe hacia Galilea, porque en esa casa hay un continuo ir y venir de pescadores de Genesaret».

Toman el borriquillo y van adonde estos parientes de Zebedeo, los cuales son los mismos de la casa en que se detuvieron José y María cuatro meses antes.

Las horas pasan deprisa y José no aparece. María domina su contrariedad acunando al niño; pero se la ve pensativa. Como para esconder su estado, no se ha quitado nunca el manto, a pesar de que el intenso calor les hace sudar a todos.

[4]Por fin se oye llamar fuerte a la puerta. Es el anuncio de la llegada de José. El rostro de María resplandece sosegado.

José la saluda, porque Ella se ha presentado antes y le ha saludado con reverencia: «¡La bendición de Dios sea contigo, María!».

«Y contigo, José. ¡Alabado sea el Señor porque has venido! Zacarías e Isabel iban a marcharse ya para estar en casa antes de que fuera de noche».

«Tu mensajero llegó a Nazaret estando yo en Caná para unos trabajos. Lo supe anteayer por la tarde. Me puse en marcha enseguida. Pero, por mucho que haya venido sin detenerme, he llegado tarde, porque había perdido una herradura el burro. ¡Perdona!».

«¡Perdona tú, por haber estado tanto tiempo lejos de Nazaret! La verdad es que se sentían tan felices de tenerme con ellos, que pensé darles hasta ahora esta satisfacción».

«Has hecho bien, Mujer. ¿Dónde está el niño?».

Entran en la habitación donde Isabel está dando de mamar a Juan, antes de marcharse. José felicita a los padres por la fortaleza del niño, que ha sido separado del pecho para mostrárselo a José, y que chilla y patalea como si le estuvieran despellejando. Ante esta protesta, todos se echan a reír. También ríen los parientes de Zebedeo, y se unen a la conversación. Habían venido trayendo fruta fresca, leche y pan para todos, y una gran bandeja de pescado.

[5]María habla muy poco. Está tranquila y silenciosa, sentada en su rinconcito, con las manos bajo su manto sobre el regazo. Habla poco y se mueve poco, incluso cuando bebe una taza de leche, y al comer un racimo de uvas doradas con un poco de pan. Mira a José apenada y escrutadora al mismo tiempo.

También él la mira. Pasado un rato, inclinándose hacia su hombro, le pregunta: «¿Estás cansada? ¿Te duele algo? Estás pálida y triste».

«Me duele separarme de Juanín. Le quiero. Le he tenido sobre mi corazón desde pocos momentos después de nacer...».

José no pregunta nada más.

Ha llegado la hora de la partida de Zacarías. El carro se para delante de la puerta. Todos se acercan. Las dos primas se abrazan con amor. María besa una y otra vez al pequeñuelo antes de depositarle sobre el regazo de su madre, que ya está sentada en el carro. Luego saluda a Zacarías y le pide su bendición. Al arrodillarse delante del sacerdote, el manto se le desliza de los hombros y las formas le aparecen en la luz intensa de la tarde estiva. No sé si José las percibe en este momento en que está ocupado en saludar a Isabel. El carro se pone en movimiento.

[6]José con María entran de nuevo en casa. Ella vuelve a su sitio del rincón semioscuro. «Si no te importa viajar de noche, yo propondría salir con la puesta del Sol. El calor, durante el día, es fuerte; la noche, en cambio, estará fresca y serena. Lo digo por ti, para que no cojas demasiado sol. Para mí no es nada el estar bajo el sol intenso, pero tú...».

«Como quieras, José. Yo también veo conveniente caminar de noche».

«La casa - dice José - está toda en orden, como también el huertecillo. ¡Vas a ver qué flores más bonitas! Vas a llegar a tiempo de verlas florecer

todas. El manzano, la higuera y la vid están repletos de frutos como nunca lo han estado; y he tenido que apuntalar el granado, pues sus ramas están cargadísimas de frutos, maduros ya como jamás se vio en esta época. Y el olivo... Dispondrás de aceite en abundancia. Ha tenido una florescencia milagrosa y no se ha perdido ni una flor. Todas son ya pequeñas aceitunas. Cuando estén maduras, el árbol parecerá lleno de oscuras perlas. Tan bonito como tu huerto no hay ningún otro en Nazaret. La familia está asombrada. Alfeo dice que se trata de un prodigio».

«Obra de tus cuidados».

«¡Oh, no! ¡Yo soy sólo un pobre hombre! ¿Qué he hecho yo realmente? Cuidar un poco los árboles, echar un poco de agua a las flores... Mira, te he hecho una fuente donde acaba el huerto, al lado de la gruta, y he dispuesto allí un pilón. Así no tendrás que salir para coger agua. La he traído de ese manantial que está encima del olivar de Matías. Es pura y abundante. Te he hecho llegar un pequeño regato. He construido un canalillo bien tapado, y ahora llega y canta como un arpa. Me dolía el que tuvieras que ir a la fuente del pueblo y volver cargada con las ánforas llenas de agua».

«Gracias José. ¡Tú eres bueno!».

Los dos esposos guardan silencio ahora, como cansados. José incluso se queda traspuesto. María ora.

[7]Cae la tarde. Los huéspedes insisten en que antes de ponerse en camino coman otra vez. José come pan y pescado; María, sólo fruta y leche.

Luego inicia la marcha. Montan sus burritos. José ha atado sobre su asno, como cuando venían, el baulillo de María, y, antes de que Ella monte en el borriquillo, comprueba que la albardilla esté bien segura. Veo que José observa a María cuando se monta, pero no dice nada.

Bajo las primeras estrellas que empiezan a latir en el cielo, comienza el viaje. Se apresuran, quizás para llegar a las puertas antes de que las cierren. Al salir de Jerusalén y coger la vía de Galilea, ya el cielo sereno está repleto de estrellas y hay un gran silencio en el campo. Sólo se oye el canto de algún ruiseñor y el choque de las pezuñas de los dos borriquillos contra el terreno duro de la vía abrasada por el verano.

[8]Dice María:

«Es la víspera de Jueves santo. A algunos les parecerá que la visión está fuera de lugar. Y, sin embargo, tu dolor de amante de mi Jesús Crucificado está en tu corazón, y permanece aunque se presente una dulce visión. Ésta es como el calorcillo producido por una llama: por una parte, fuego todavía; por otra, ya no. El fuego es la llama, no su calor, que no es sino una derivación de ella. Ninguna visión beatífica o pacífica podrá quitar de tu corazón ese dolor. Considéralo más valioso que tu misma vida, porque es el don mayor que Dios puede conceder a quien cree en su Hijo. Además, mi visión, dentro de su paz, no desentona con las solemnidades de esta semana.

[9]Mi José sufrió también su Pasión, que comenzó en Jerusalén cuando notó mi estado; y duró algunos días, como en el caso de Jesús y mío. No fue, espiritualmente, poco dolorosa. Sólo fue la santidad de mi justo esposo lo que la contuvo, y en tal modo, tan digno y secreto, que ha pasado los siglos siendo poco notada.

¡Oh, nuestra primera Pasión! ¿Quién podrá referir su íntima y silenciosa intensidad, y mi dolor al constatar que aún no me había llegado del Cielo la ayuda que esperaba, de revelarle a José el Misterio?

Comprendí que lo ignoraba al verle conmigo con la misma actitud respetuosa que de costumbre. Si él hubiera sabido que llevaba en mí al Verbo de Dios, habría adorado a ese Verbo cerrado en mi seno con actos de veneración propios de Dios. Sí, José habría realizado esos actos, y yo no habría rehusado recibirlos, no por mí, sino por Aquel que estaba en mí y que yo llevaba, de la misma forma que el Arca de la alianza llevaba el código de piedra y los vasos de maná.

¿Quién podrá describir mi batalla contra el desánimo que pretendía subyugarme para persuadirme de que había esperado en vano en el Señor? ¡Oh, creo que fue la rabia de Satanás! Sentí surgirme la duda a las espaldas, y sentí cómo alargaba ésta sus gélidas zarpas para aprisionarme el alma y detener su oración. La duda... tan peligrosa, letal para el espíritu. Letal, porque es el primer elemento agente de la enfermedad mortal que tiene por nombre "desesperación"; contra él se debe reaccionar con todas las fuerzas, para no perecer en el alma y perder a Dios.

¿Quién podrá exponer con exacta verdad el dolor de Jose, sus pensamientos, la turbación de sus sentimientos? El se encontraba, cual barquichuela en medio de una gran tempestad, en un remolino de ideas contrapuestas, en un torbellino de reflexiones a cuál más mordiente y penosa. Era un hombre aparentemente traicionado por su mujer. Veía que se derrumbaban juntos su buen nombre y la estima del mundo; por causa de Ella se veía ya señalado con el dedo y compadecido por el pueblo. Ante la evidencia de un hecho, veía caer muertos el afecto y la estima puestos en mí.

10 Su santidad aquí resplandece aún más alta que la mía. De ello doy testimonio con afecto de esposa, porque quiero que améis a mi José, a este hombre sabio y prudente, a este hombre paciente y bueno, el cual no está desligado del misterio de la Redención, antes bien, está íntimamente relacionado con él, porque por este misterio apuró el dolor y se consumió, salvándoos al Salvador con su sacrificio y santidad.

Si hubiera sido menos santo, hubiera actuado humanamente, denunciándome como adúltera para que me hubieran lapidado y pereciera conmigo el hijo de mi pecado. Si hubiera sido menos santo, Dios no le habría concedido la guía de su luz en tan ardua prueba. Pero José era santo. Su espíritu puro vivía en Dios, y tenía una caridad encendida y fuerte, y por la caridad os salvó al Salvador, tanto cuando no me acusó ante los ancianos, como cuando, dejándolo todo con diligente obediencia, salvó a Jesús en Egipto.

11 Aunque breves numéricamente, los tres días de la Pasión de José fueron de tremenda intensidad; como también la mía, esta primera pasión mía. En efecto, yo comprendía su sufrimiento, y no podía aliviarle en modo alguno, por obediencia al decreto de Dios que me había dicho: "Guarda silencio!".

¡Ay, y, llegados a Nazaret, cuando le vi marcharse, tras un lacónico saludo, cabizbajo y como envejecido en poco tiempo, y no volver por la

tarde como solía hacer, os digo, hijos, que mi corazón lloró con grandísima aflicción! Sola, cerrada en mi casa, en la casa en que todo me recordaba el Anuncio y la Encarnación, y donde todo me recordaba a José, desposado conmigo en intachable virginidad, tuve que resistir contra el abatimiento y las insinuaciones de Satanás, y esperar, esperar, tener esperanza, y orar, orar, orar, y perdonar, perdonar, perdonar la sospecha de José, su movimiento interior de justa indignación.

Hijos, es necesario esperar, orar, perdonar, para obtener que Dios intervenga en favor nuestro. Vivid también vosotros vuestra pasión, merecida por vuestras culpas. Yo os enseño a superarla y convertirla en gozo. Esperad sin medida, orad con confianza, perdonad para ser perdonados; el perdón de Dios será, hijos, la paz que deseáis.

12 Por ahora no os digo nada más. Hasta pasado el triunfo pascual, silencio. Es la Pasión. Sed compasivos para con vuestro Redentor. Oíd sus quejidos, contad sus heridas y sus lágrimas, cada una de las cuales fue vertida por vosotros, fue padecida por vosotros. Desaparezca cualquier otra visión ante esta que os recuerda la Redención que por vosotros se ha cumplido».

26. Jose pide perdón a María. Fe, caridad y humildad para recibir a Dios.

31 de mayo de 1944.

1 Después de 53 días, la Madre reanuda sus manifestaciones con esta visión, y me dice que la escriba en este libro. La alegría me invade. Ver a María, en efecto, es poseer la Alegría.

2 Así, veo el huertecillo de Nazaret. María está hilando a la sombra de un tupidísimo manzano repleto de frutos, que ya empiezan a tomar color rojo y que parecen, con su redondez y color rosado, carrillos de niño.

Sin embargo, María no tiene, de ninguna manera, ese color. Le ha desaparecido la linda coloración que, en Hebrón, avivaba su cara. En la palidez de marfil de su rostro, sólo los labios trazan una curva de pálido coral. Bajo los párpados semicerrados hay dos sombras oscuras y los bordes de los ojos están hinchados como en quien ha llorado. No veo los ojos, porque Ella está con la cabeza más bien agachada, pendiente de su trabajo y, sobre todo, de un pensamiento suyo, que debe afligirla, pues la oigo suspirar como quien tuviera un pesar en el corazón.

Está toda vestida de blanco, de lino blanco; es que hace mucho calor, a

pesar de que la frescura todavía intacta de las flores me dice que es por la mañana. Tiene la cabeza descubierta, y el Sol, que juega con las frondas del manzano movidas por un ligerísimo viento, y se filtra con agujas de luz hasta tocar la tierra oscura de los parterres, deposita en su cabeza rubia aritos de luz en que los cabellos parecen de oro obrizo.

De la casa no viene ningún ruido, ni tampoco de los lugares cercanos. Se oye sólo el murmullo del regatillo que va a un pilón del fondo del huerto.

[3]María se estremece al oír un golpe dado con resolución a la puerta de la casa. Apoya rueca y huso y se levanta para ir a abrir. A pesar de que el vestido sea suelto y amplio, no llega a ocultar completamente la rotundidad de su pelvis.

Se encuentra de frente a José. María palidece, hasta incluso en los labios. Ahora su rostro parece una hostia de lo pálido que está. María mira con ojo que escruta tristemente; José, con ojo que parece suplicar. Guardan silencio, mirándose. María rompe el silencio: «¿A esta hora, José? ¿Necesitas algo? ¿Qué deseas decirme? Ven».

José entra y cierra la puerta. Todavía guarda silencio.

«Habla, José. ¿Qué deseas de mí?».

«Tu perdón». José se curva como si quisiera arrodillarse. Pero María, siempre tan reservada al tocarle, le agarra con resolución por los hombros y se lo impide.

El color aparece y desaparece del rostro de María, ora completamente roja, ora de nieve como antes. «¿Mi perdón? No tengo nada que perdonarte, José. No debo sino agradecerte una vez más todo cuanto has hecho aquí dentro, en mi ausencia, y el amor que me tienes».

José la mira. Veo formarse dos gruesas gotas en la cavidad de su ojo profundo, permanecer como en el borde de un recipiente, y luego deslizarse por las mejillas y por la barba. «Perdóname, María. He desconfiado de ti. Ahora veo. Soy indigno de poseer tan gran tesoro. He faltado a la caridad, te he acusado en mi corazón, te he acusado injustamente porque no te había preguntado la verdad. He faltado contra la ley de Dios no amándote como yo me habría amado a mí mismo...».

«¡Oh, no, no has faltado!».

«Sí, María. Si yo hubiera sido acusado de un delito así, me habría defendido. Tú... No te concedía defenderte, porque ya iba a tomar decisiones sin preguntarte primero. He faltado contra ti ofendiéndote con una sospecha. El solo hecho de sospechar ya es ofensa, María. El que sospecha no conoce. Yo no te he conocido como debía. Pero, por el dolor que he sufrido... tres días de suplicio..., perdóname, María».

«No tengo nada que perdonarte. Es más, te pido yo perdón por el dolor que te he causado».

«¡Oh, dolor sí que fue! ¡Cuánto dolor! Fíjate, esta mañana me han dicho que tengo las sienes canosas y arrugas en la cara. ¡Estos días han significado más de diez años de vida! [4]Pero, María, ¿por qué has sido tan humilde de celarme a mí, tu esposo, tu gloria, y permitirme que sospechara de ti?».

José no está de rodillas, pero sí tan curvado que es como si lo estuviera. María le pone su manita en la cabeza, y sonríe. Parece como si le absolviera. Dice: «Si no lo hubiera sido de modo perfecto, no habría merecido concebir al Esperado, que viene a anular la culpa de soberbia que ha destruido al

hombre. Y además no he hecho sino obedecer... Dios me pidió esta obediencia... Me ha costado mucho... por ti, por el dolor que te produciría... pero, tenía que obedecer. Soy la Esclava de Dios, y los siervos no discuten las órdenes que reciben; las ejecutan, José, aunque provoquen lágrimas de sangre».

María, mientras dice esto, llora silenciosamente, tan silenciosamente que José, agachado como está, no lo advierte hasta que no cae una lágrima al suelo. Entonces, levanta la cabeza y - es la primera vez que le veo hacer este gesto - aprieta las manitas de María entre las suyas, oscuras y fuertes, y besa la punta de sus rosados y delgados dedos, de esos dedos que sobresalen del anillo de sus manos como capullos de melocotonero.

5 «Ahora habrá que tomar las medidas necesarias para que...». José no sigue; mira al cuerpo de María, y Ella se pone como la púrpura, y se sienta de golpe para apartar sus formas de la mirada que la observa. «Habrá que actuar rápidamente. Yo vendré aquí... Cumpliremos la ceremonia de la boda... La próxima semana. ¿Te parece bien?».

«Todo lo que tú haces está bien, José. Tú eres el jefe de la casa; yo, tu sierva».

«No. Yo soy tu siervo. Yo soy el beato siervo de mi Señor que crece en tu seno. Bendita tú entre todas las mujeres de Israel. Esta tarde aviso a los parientes. Y después... ya estando yo aquí, nos dedicaremos a preparar todo para recibir... ¡Oh, cómo podré recibir en mi casa a Dios; en mis brazos, a Dios? ¡Moriré de gozo!... ¡Jamás podré osar tocarle!...».

«Podrás, como yo, por gracia de Dios».

«Pero tú eres tú. ¡Yo soy un pobre hombre, el más pobre de los hijos de Dios!...».

«Jesús viene por nosotros, pobres, para hacernos ricos en Dios; viene a nosotros dos porque somos los más pobres y reconocemos que lo somos. Exulta, José. La estirpe de David tiene a su Rey esperado, y nuestra casa va a ser más fastuosa que el palacio de Salomon, porque aquí estará el Cielo y compartiremos con Dios el secreto de paz que después conocerán los hombres. Crecerá entre nosotros dos. Nuestros brazos le servirán de cuna al Redentor durante su crecimiento, y nuestras fatigas le procurarán el pan... ¡Oh, José! Oiremos la voz de Dios llamándonos "padre y Madre!" ¡Oh!...».

María llora de alegría; ¡un llanto tan feliz...! Y José, arrodillado ahora, a sus pies, llora, con su cabeza casi oculta en el amplio vestido de María que cae, formando pliegues, sobre las pobres baldosas de la reducida estancia.

La visión termina en este momento.

6 Dice María:

«Que nadie interprete erróneamente mi palidez. No provenía de miedo humano. Humanamente no podía esperar sino la lapidación. Pero no temía por eso. Sufría por el dolor de José. Y, en cuanto al pensamiento de que me acusara, no me turbaba tampoco por mí; lo único que me contrariaba era que él, insistiendo en acusarme, hubiera podido faltar a la caridad. Cuando le vi, por este motivo, la sangre me fue toda al corazón; era el momento en que un justo, ofendiendo a la Caridad, habría podido ofender a la Justicia. Y el hecho de que un justo hubiera cometido una falta - él, que no la cometía nunca - me hubiera producido un dolor supremo.

[7]Si yo no hubiera sido humilde hasta el extremo límite - como he dicho a José - no habría merecido llevar en mí a Aquel que, para borrar la soberbia en la raza, siendo Dios, se anonadaba a sí mismo hasta la humillación de ser hombre.
[8]Te he mostrado esta escena, no recogida por ningún Evangelio, porque quiero atraer la atención, demasiado extraviada, de los hombres hacia las condiciones esenciales para agradar a Dios y para recibir su continuo hacerse presente en los corazones.
Fe. José creyó ciegamente en las palabras del enviado celeste. No pedía otra cosa sino creer, porque tenía la convicción sincera de que Dios era bueno y de que el Señor no le depararía el dolor de ser un hombre traicionado, defraudado por su prójimo, un hombre de quien su prójimo se burlara, pues esperaba en el Señor. No pedía otra cosa sino creer en mí, porque, siendo honesto como era, sólo con dolor podía pensar que otro no lo fuera. Él *vivía* la Ley, y la Ley dice: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Nuestro amor hacia nosotros mismos es tanto que nos creemos perfectos aun cuando no lo somos; y, ¿por qué, entonces, vamos a desamar al prójimo pensándole imperfecto?
Caridad absoluta. Caridad que sabe perdonar, que quiere perdonar: perdonar de antemano, disculpando dentro del propio corazón las faltas del prójimo; perdonar en el momento, concediendo todos los atenuantes al culpable.
Humildad tan absoluta como la caridad. Saber reconocer que se ha cometido falta incluso con el simple pensamiento, y no tener ese orgullo, que es más nocivo que la culpa antecedente, de no querer decir: "He cometido un error". Menos Dios, todos cometen errores. ¿Quién podrá decir: "Yo nunca cometo errores"? Y esa humildad aún más difícil de saber callar las maravillas de Dios en nosotros - cuando el darle gloria no requiera proclamarlas - para que el prójimo, que no tiene esos dones especiales de Dios, no se sienta menos. ¡Oh, si quiere Dios, si quiere, se manifestará en su siervo! Isabel me "vio" como yo era cuando llegó la hora, y mi esposo supo lo que yo realmente era cuando le llegó la hora de saberlo.
[9]Dejad que sea el Señor quien se preocupe de proclamaros siervos suyos. El tiene amorosa prisa de hacerlo, porque toda criatura elevada a una misión especial es una nueva gloria que se añade a la suya, ya infinita, porque es testimonio de lo que el hombre es en el estado en que Dios le quería: una perfección subordinada que refleja a su Autor. ¡Permaneced en la sombra y en el silencio, oh vosotros, predilectos de la Gracia, para poder oír las *únicas* palabras de "vida" que existen, para poder merecer el tener sobre vosotros y en vosotros el Sol que, eterno, resplandece!

> ¡Oh, Luz beatísima que eres Dios, que eres la alegría de tus siervos,
> resplandece sobre estos siervos tuyos y así exulten en su humildad,
> alabándote a ti, sólo a ti, que dispersas a los soberbios y en cambio elevas a
> los esplendores de tu Reino a los humildes que te aman».

27. El edicto de empadronamiento. Enseñanzas sobre el amor al esposo y la confianza en Dios.

4 de junio de 1944.

1 De nuevo veo la casa de Nazaret, la pequeña habitación en que María habitualmente come. Ahora Ella está trabajando en una tela blanca. La deja para ir a encender una lámpara, pues está atardeciendo y no ve ya bien con la luz verdosa que entra por la puerta entornada que da al huerto. Cierra también la puerta.

Observo que su cuerpo está ya muy engrosado, pero sigue viéndosela muy hermosa. Su paso continúa siendo ágil; todos sus movimientos, donosos. No se ve en Ella ninguna de esas sensaciones de peso que se notan en la mujer cuando está próxima a dar a luz a un niño. Sólo en el rostro ha cambiado. Ahora es "la mujer". Antes, cuando el Anuncio, era una jovencita de carita serena e ingenua (como de niño inocente). Luego, en la casa de Isabel, cuando el nacimiento del Bautista, su rostro se había perfeccionado, adquiriendo una gracia más madura. Ahora es el rostro sereno, pero dulcemente majestuoso, de la mujer que ha alcanzado su plena perfección en la maternidad.

Ya no recuerda a esa "Virgen de la Anunciación" de Florencia que usted tanto aprecia, padre. Cuando era niña, yo sí que la veía reflejada en ella. Ahora el rostro es más alargado y delgado; el ojo, más pensativo y grande. En pocas palabras: como es María actualmente en el Cielo. Porque ahora ha asumido el aspecto y la edad del momento en que nació el Salvador.

Tiene la eterna juventud de quien no sólo no ha conocido corrupción de muerte, sino que ni siquiera ha conocido el marchitamiento de los años. El tiempo no ha tocado a esta Reina nuestra y Madre del Señor que ha creado el tiempo. Es verdad que en el suplicio de los días de la Pasión - suplicio que para Ella empezó muchísimo antes, podría decir que desde que Jesús comenzó la evangelización - se la vio envejecida, pero tal envejecimiento era sólo como un velo corrido por el dolor sobre su incorruptible cuerpo. Efectivamente, desde cuando Ella vuelve a ver a Jesús, resucitado, torna a ser la criatura fresca y perfecta de antes del suplicio: como si al besar las santísimas Llagas hubiera bebido un bálsamo de juventud que hubiese cancelado la obra del tiempo y, sobre todo, del dolor. También hace ocho días, cuando he visto la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés, veía a María "hermosísima y, en un instante, rejuvenecida", como escribía; ya antes había escrito: "Parece un ángel azul". Los ángeles no experimentan la

vejez. Poseen eternamente la belleza de la eterna juventud, del eterno presente de Dios que en sí mismos reflejan.

La juventud angélica de María, ángel azul, se completa y alcanza la edad perfecta - que se ha llevado consigo al Cielo y que conservará eternamente en su santo cuerpo glorificado, cuando el Espíritu pone el anillo nupcial a su Esposa y la corona en presencia de todos - ahora, y no ya en el secreto de una habitación ignorada por el mundo, con un arcángel como único testigo.

He querido hacer esta digresión porque la consideraba necesaria. Ahora vuelvo a la descripción.

María, pues, ahora ya es verdaderamente "mujer", llena de dignidad y donaire. Incluso su sonrisa se ha transformado, en dulzura y majestad. ¡Qué hermosa está María!

[2]Entra José. Da la impresión de que vuelve del pueblo, porque entra por la puerta de la casa y no por la del taller. María levanta la cabeza y le sonríe. También José le sonríe a Ella... no obstante, parece como si lo hiciera forzado, como quien estuviera preocupado. María le observa escrutadora y se levanta para coger el manto que José se está quitando, para doblarlo y colocarlo encima de un arquibanco.

José se sienta al lado de la mesa. Apoya en ella un codo y la cabeza en una mano mientras con la otra, absorto, se peina y despeina alternativamente la barba.

«¿Estás preocupado por algo?» pregunta María. «¿Te puedo servir de consuelo?».

«Tú siempre me confortas, María. Pero esta vez es una gran preocupación... por ti».

«¿Por mí, José? ¿Y qué es, pues?».

«Han puesto un edicto en la puerta de la sinagoga. Ha sido ordenado el empadronamiento de todos los palestinos. Hay que ir a anotarse al lugar de origen. Nosotros tenemos que ir a Belén...».

[3]«¡Oh!» interrumpe María, llevándose una mano al pecho.

«¿Te preocupa, verdad? Es penoso. Lo sé».

«No, José, no es eso. Pienso... pienso en las Sagradas Escrituras: Raquel, madre de Benjamín y esposa de Jacob, del cual nacerá la Estrella, el Salvador. Raquel, que está sepultada en Belén; de la que se dijo: "Y tú, Belén Efratá, eres la más pequeña entre las tierras de Judá, mas de ti saldrá el Dominador", el Dominador prometido a la estirpe de David; Él nacerá allí...».

«¿Piensas... piensas que ya ha llegado el momento? ¡Oh! ¿Qué podemos hacer?». José está enormemente preocupado y mira a María con ojos llenos de compasión.

Ella lo percibe, y sonríe. Su sonrisa es más para sí que para él. Es una sonrisa que parece decir: «Es un hombre; justo, pero hombre. Y ve como hombre, piensa como hombre. Sé compasiva con él, alma mía, y guíale a la visión de espíritu». Y su bondad la impulsa a tranquilizarle. No mintiendo, sino tratando de quitarle la preocupación, le dice: «No sé, José. El momento está muy cercano, pero, ¿no podría el Señor alargarlo para aliviarte esta preocupación? El todo lo puede. No temas».

«¡Pero el viaje!... Y además, ¡con la cantidad de gente que habrá!... ¿Encontraremos un buen lugar para alojarnos? ¿Nos dará tiempo a volver? Y si ... si eres Madre allí, ¿cómo

nos las arreglaremos? No tenemos casa... No conocemos a nadie...».

«No temas. Todo saldrá bien. Dios provee para que encuentre un amparo el animal que procrea, ¿y piensas que no proveerá para su Mesías? Nosotros confiamos en El, ¿no es verdad? Siempre confiamos en Él. Cuanto más fuerte es la prueba, más confiamos. Como dos niños, ponemos nuestra mano en su mano de Padre. Él nos guía. Estamos completamente abandonados en Él. Mira cómo nos ha conducido hasta aquí con amor. Ni el mejor de los padres podría haberlo hecho con más esmero. Somos sus hijos y sus siervos. Cumplimos su voluntad. Nada malo nos puede suceder. Este edicto también es voluntad suya. ¿Qué es César, sino un instrumento de Dios? Desde que el Padre decidió perdonar al hombre, ha predispuesto los hechos para que su Hijo naciera en Belén. Antes de que ella, la más pequeña de las ciudades de Judá, existiera, ya estaba designada su gloria. Para que esta gloria se cumpla y la palabra de Dios no quede en entredicho - y lo quedaría si el Mesías naciera en otro lugar - he aquí que ha surgido un poderoso, muy lejos de aquí, y nos ha dominado, y ahora quiere saber quiénes son sus súbditos, *ahora*, en un momento de paz para el mundo... ¡Qué es una pequeña molestia nuestra comparada con la belleza de este momento de paz! Fíjate, José, ¡un tiempo en que no hay odio en el mundo! ¿Existe, acaso, hora más feliz que ésta, para que surja la "Estrella" de luz divina y de influjo redentor? ¡Oh, no tengas miedo, José! Si inseguros son los caminos, si la muchedumbre dificulta la marcha, los ángeles serán nuestra defensa y nuestro parapeto; no de nosotros, sino de su Rey. Si no encontramos un lugar donde ampararnos, sus alas nos harán de tienda. Nada malo nos sucederá, no puede sucedernos: Dios está con nosotros».

4José la mira y la escucha beato. Las arrugas de la frente se alisan, la sonrisa vuelve. Se pone en pie, ya sin cansancio y sin pena. Sonríe. «¡Bendita tú, Sol del espíritu mío! ¡Bendita tú, que sabes ver todo a través de la Gracia que te llena! No perdamos tiempo, pues, porque hay que partir lo antes posible y... volver cuanto antes, porque aquí todo está preparado para el... para el...».

«Para el Hijo *nuestro,* José. Tal debe ser a los ojos del mundo, recuérdalo. El Padre ha velado de misterio esta venida suya, y nosotros no debemos descorrer el velo. Él, Jesús, lo hará, llegada la hora...».

La belleza del rostro, de la mirada, de la expresión, de la voz de María al decir este «Jesús» no es describible. Es Ya el éxtasis, y con este éxtasis cesa la visión.

5Dice María:

«No añado mucho, porque mis palabras son ya enseñanza.

Eso sí, reclamo la atención de las mujeres casadas sobre un punto. Demasiadas uniones se transforman en desuniones por culpa de las mujeres, las cuales no tienen hacia el marido ese amor que es todo (arnabilidad, compasión, consuelo). Sobre el hombre no pesa el sufrimiento, físico que oprime a la mujer¡ pero sí todas las preocupaciones morales: necesidad de trabajo, decisiones que hay que tomar, responsabilidades ante el poder establecido y ante la propia familia... ¡Oh, cuántas cosas pesan sobre el hombre, y cuánta necesidad tiene también él de consuelo! Pues bien, es tal el egoísmo, que la mujer le

añade al marido cansado, desilusionado, abrumado, preocupado, el peso de inútiles quejas, e incluso a veces injustas. Y todo porque es egoísta; no ama.
Amar no significa satisfacer los propios sentidos o la propia conveniencia. Amar es satisfacer a la persona amada, por encima de los sentidos y conveniencias, ofreciéndole a su espíritu esa ayuda que necesita para poder tener siempre abiertas las alas en el cielo de la esperanza y de la paz.

6Hay otro punto en el que querría que centrarais vuestra atención. Ya he hablado de ello; no obstante, insisto. Se trata de la confianza en Dios.

La confianza compendia las virtudes teologales. Si uno tiene confianza, es señal de que tiene fe; si tiene confianza, es señal de que espera y de que ama. Cuando uno ama, espera y cree en una persona, tiene confianza. Si no, no. Dios merece esta confianza nuestra. Si se la damos a veces a pobres hombres capaces de cometer faltas, ¿por qué negársela a Dios, que no comete falta alguna?

La confianza es también humildad. El soberbio dice: "Voy a actuar por mí mismo. No me fío de éste, que es un incapaz, un embustero y un avasallador". El humilde dice: "Me fío. ¿Por qué no me voy a fiar? ¿Por qué debo pensar que yo soy mejor que él?". Y así, con mayor razón, de Dios dice: "¿Por qué voy a tener que desconfiar de Aquel que es bueno? ¿Por qué voy a tener que pensar que me basto por mí mismo?". Dios se dona al humilde, del soberbio se retira.

La confianza es, además, obediencia; y Dios ama al obediente. La obediencia es signo de que nos reconocemos hijos suyos, de que le reconocemos como Padre; y un padre, cuando es *verdadero* padre, no puede hacer otra cosa sino amar. Dios es para nosotros Padre verdadero y perfecto.

7Hay un tercer punto que quiero que meditéis. Se funda también en la confianza.

Ningún hecho puede acaecer si Dios no lo permite. Por lo cual, ya tengas poder, ya seas súbdito, será porque Dios lo ha permitido. Preocúpate, pues, ¡oh tú que tienes poder!, de no hacer de este poder tuyo tu mal. En cualquier caso sería "tu mal", aunque en principio pareciese que lo fuera de otros. En efecto, Dios permite, pero no sin medida; y, si sobrepasas el punto señalado, asesta el golpe y te hace pedazos. Preocúpate, pues, tú que eres súbdito, de hacer de esta condición tuya una calamita para atraer hacia ti la celeste protección. No maldigas nunca. Deja que Dios se ocupe de ello. A Él, Señor de todos, le corresponde bendecir o maldecir a los seres que ha creado.

Ve en paz».

28. La llegada a Belén.

5 de junio de 1944.

1Veo una vía de primer orden muy transitada. Jumentos que van

cargados de todo tipo de cosas y de personas. Jumentos que regresan. La gente azuza a sus cabalgaduras. Otros, los que van a pie, caminan deprisa porque hace frío.

Hay un aire terso y seco, el cielo está sereno; todo tiene, no obstante, ese filo neto de los días de pleno invierno. El campo, desnudo, parece mas grande; está poco crecida y ya requemada por los vientos invernales la hierba de los pastos en que las ovejas buscan un poco de alimento, y también de sol, que está saliendo poco a poco. Están pegadas las unas a las otras, porque también ellas tienen frío; y balan, levantando el morro y mirando al Sol como diciendo: «¡Ven pronto, que hace frío!». El terreno es ondoso. Las sinuosidades se hacen cada vez más netas; es propiamente una zona de colinas, con depresiones herbosas y laderas, con pequeños valles y cimas. El camino pasa por el medio en dirección sudeste.

María va montada en un borriquillo pardo, toda arropada en su grueso manto. En la parte de adelante de la albardilla está ese arnés ya visto en el viaje hacia Hebrón; encima, el baulillo con las cosas más necesarias.

José camina al lado llevando las riendas. De vez en cuando le pregunta a María si está cansada.

Ella le mira sonriendo y le responde que no; pero a la tercera vez añade: «Tú sí que estarás cansado, que vas a pie».

«¡Oh!, ¿yo? Para mí no es nada. Lo que pienso es que si hubiera encontrado otro asno podrías ir más cómoda y además llegaríamos antes. Pero, me ha sido imposible encontrarlo; ahora todos necesitan una cabalgadura. ¡Ánimo de todas formas! Pronto llegaremos a Belén. Al otro lado de aquel monte está Efratá».

Ahora guardan silencio. La Virgen cuando calla parece recogerse internamente en oración. Sonríe dulcemente por un pensamiento suyo, y, cuando mira a la gente, parece como si no viera en ella lo que es (un hombre, una mujer, un anciano, un pastor, un rico o un pobre), sino eso que sólo Ella ve.

«¿Tienes frío?» pregunta José, dado que empieza a levantarse viento.

«No, gracias».

Pero José no se fía. Le toca los pies, que penden por el lado del borriquillo, los pies calzados en las sandalias y que apenas si se ven sobresalir del largo vestido; debe sentirlos fríos porque menea la cabeza y se quita una manta que llevaba en bandolera y arropa con ella las piernas de María, y se la extiende también sobre el regazo, de forma que sus manos, bajo la cobija y el manto, estén bien calientes.

[2]Encuentran a un pastor, que corta el camino con su rebaño, pasando de los pastos de la derecha a los de la izquierda. José se inclina hacia él para decirle algo. El pastor hace un gesto afirmativo. José toma el borriquillo y tira de él detrás del rebaño hasta el prado. El pastor saca de una alforja una tosca escudilla, ordeña a una gruesa oveja de ubres llenas, da la escudilla a José y éste a su vez se la ofrece a María.

«¡Que Dios os bendiga a los dos! - dice María -. A ti, por tu amor; y a ti por tu bondad. Oraré por ti».

«¿Venís de lejos?».

«De Nazaret» responde José.

«¿Y vais hacia...?».

«A Belén».

«Largo viaje para esta mujer en este estado. ¿Es tu esposa?».
«Es mi esposa».
«¿Tenéis dónde ir?».
«No».
«¡Mala cosa! Belén está llena de gente llegada de todas partes para inscribirse o para ir a otro lugar. No sé si encontraréis alojamiento. ¿Conoces bien este lugar?».
«No mucho».
«Bueno, pues... yo te digo... por Ella (y señala a María). Preguntad por la posada. Estará llena. Más que nada os lo digo como referencia. Está en una plaza, en la más grande. Se llega por este mismo camino, no hay pérdida posible. Delante hay una fuente. La posada es grande y baja y tiene un portal grande. Estará llena. De todas formas, si no encontráis nada en ella ni en las otras casas, id a la parte de atrás de la posada, hacia el campo. En el monte hay unos establos que algunas veces les sirven a los mercaderes que van a Jerusalén para meter a los animales que no tienen sitio en la posada. Son establos - ya sabéis - que están en el monte; por tanto, húmedos, fríos y sin puerta. Pero son al menos un refugio; esta mujer.. no puede quedarse en la calle. Quizás allí encontráis un sitio... y heno para dormir y para el burro... ¡Y que Dios os acompañe!».
«¡Y que alegre tus días!» responde María. José en cambio dice: «La paz sea contigo».

[3]Vuelven al camino. Salvan una prominencia del terreno desde la que se ve una depresión más vasta limitada por delicadas pendientes. En la cuenca y arriba y abajo por las laderas hay casas y más casas: es Belén.

«Estamos en la tierra de David, María. Ahora podrás descansar. Te veo muy cansada...».

«No. Estaba pensando... estoy pensado...». María le coge la mano a José y, sonriendo con beatitud, le dice: «Tengo la firme impresión de que ha llegado el momento».
«¡Dios de misericordia! ¿Qué hacemos?».

«No te preocupes, José. Permanece firme. ¿No ves lo tranquila que estoy yo?».

«Pero estás sufriendo mucho».
«¡Oh! ¡no! Estoy llena de gozo. Siento un júbilo tal, tan fuerte, tan hermoso, tan incontenible, que mi corazón late fortísimamente y me dice: "¡Va a nacer! ¡Va a nacer!". Lo dice en cada latido. Es mi Niño, que llama a mi corazón y me dice: "Mamá, estoy aquí, vengo a darte el beso de Dios". ¡Oh, qué alegría, José mío!».
José, sin embargo, no está jubiloso. Piensa más bien en la urgencia de encontrar un lugar donde ampararse, y acelera el paso. Puerta por puerta lo solicita... Nada. Todo lleno. Llegan a la posada... Está llena, incluso con gente prácticamente al raso bajo el rústico pórtico que rodea el vasto patio interior.
José deja a María montada en su burrito, dentro del patio, y sale para buscar en las otras casas. Vuelve desconsolado. No hay ningún sitio. El rápido crepúsculo invernal comienza a extender sus velos. José le suplica al posadero, suplica a los que han venido de fuera: ellos son hombres, y están sanos; aquí hay una mujer que está para dar a luz a un hijo; que tengan piedad... Nada.
Un rico fariseo, que los está mirando con desprecio manifiesto, cuando María se acerca, se separa como si hubiera sido una leprosa la que se hubiera acercado. José le mira, y se le enciende de indignación el rostro. María le pone una mano en su muñeca, para calmarle, y le dice: «No insistas. Vamos. Dios proveerá».

[4]Salen. Siguen el muro de la posada. Tuercen por una callejuela encajonada entre aquélla y unas casas pobres. Giran hacia la parte de atrás de la posada. Buscan. Hay una especie de grutas. Por lo bajas que son y lo húmedas que están, diría que más que establos son bodegas. Las más lindas ya están ocupadas. José siente caérsele el alma a los pies.

«¡Eh! ¡Galileo!» le grita por detrás un viejo. «Allí, en el fondo, bajo aquellas ruinas, hay una guarida. Quizás todavía no se ha metido nadie».

Se apresuran hacia esa "guarida". Es realmente una guarida. Entre las ruinas de lo que sería un edificio, hay una abertura; dentro, una gruta, más que una gruta una cavidad excavada en el monte. Diríase que son los cimientos de la antigua construcción, cuyos restos derrumbados, apuntalados con troncos de árbol casi sin desbastar, hacen de techo.

Para ver mejor, puesto que hay poquísima luz, José trae yesca y piedra de chispa, y enciende una lamparita que ha sacado del talego que lleva cruzado al pecho. Entra. Un mugido le saluda. «Ven, María; está vacía, sólo hay un buey». José sonríe. «¡Mejor que nada...!».

[5]María baja del burrito y entra.

José ha colgado la lamparita de un clavo que está hincado en uno de los troncos de sostén. Se ve la techumbre llena de telas de araña, y pajas esparcidas por todo el suelo (que es de tierra batida y su superficie es completamente irregular; con hoyos, guijarros, detritos y excrementos). En la parte del fondo, un buey, con heno colgándole de la boca, se vuelve y mira con ojos tranquilos. Hay un tosco taburete y dos piedras en un ángulo ennegrecido - señal de que en ese lugar se enciende fuego - que está junto a una tronera.

María se acerca al buey. Tiene frío. Le pone las manos sobre el cuello para sentir su calorcillo. El buey muge; se deja. Parece como si hubiera comprendido. Se deja también cuando José le separa un poco para coger abundante heno del pesebre para hacerle a María una yacija - el pesebre es doble: está el en que come el buey, y, encima, una especie de estante con heno de reserva; éste es el que coge José. Y le hace sitio al burrito, que, cansado y hambriento, en seguida se pone a comer.

José encuentra también un cubo volcado y todo abollado. Sale - porque fuera había visto un regato - y vuelve con agua para el borriquillo. Luego se hace con un haz de ramajes que estaba en un rincón y trata de barrer un poco el suelo. Después extiende el heno, hace con él una yacija, junto al buey, en el ángulo más seco y resguardado; pero siente que este mísero heno está húmedo, y suspira. Enciende el fuego y, con una paciencia de cartujo, lo seca a manojos cerca del calor.

María, sentada en el taburete, cansada, mira sonriente. Ya está. María se dispone mejor sobre el mullido heno, con los hombros apoyados en un tronco. José termina de... aparejar la estancia extendiendo su manto como si fuera una cortina en la apertura que hace de puerta. Una protección muy relativa. Luego le ofrece a la Virgen pan y queso, y le da a beber agua de un boto.

«Duerme ahora» le dice. «Yo velaré, para que la lumbre no se apague. Menos mal que hay leña. Esperemos que dure y que arda. Así podré ahorrar aceite de la lámpara».

María se echa obedientemente. José, con la manta que tenía en los pies y con el manto de la misma María, la tapa.

«¿Y tú?... Vas a pasar frío».
«No, María. Estoy junto al fuego. Trata de descansar. Mañana irá mejor».
María cierra los ojos sin insistir más. José se pone en su rinconcillo, sentado en el taburete, con unas - pocas - ramillas secas al lado; no creo que duren mucho.

Están colocados así: María a la derecha, dando la espalda a la... puerta, semioculta por el tronco y por el cuerpo del buey, que está recostado ahora en la cama de paja; José a la izquierda y de cara a la puerta, en diagonal por tanto; estando frente al fuego, da la espalda a María, pero, de vez en cuando, se vuelve a mirarla, y la ve tranquila, como si durmiera. Rompe lentamente sus ramitas, y las va echando, una a una, en el débil fuego para que no se apague, para que dé luz, para que la poca leña dure. La única luz, ora más viva, ora mortecina, es la del fuego; la lámpara está ya apagada; en la penumbra resalta sólo el blancor del buey y del rostro y manos de José. Todo el resto es una masa que se confunde en la penumbra densa.

6«No hay dictado» dice María. «La visión habla por sí sola. Tarea vuestra es entender la lección de caridad, humildad y pureza que de ella emana. Descansa. Velando, descansa, como yo velaba esperando a Jesús. Vendrá a traerte su paz».

29. Nacimiento de Jesús. La eficacia salvadora de la divina maternidad de María.

6 de junio de 1944.

1Continúa mí visión del interior de este pobre refugio de piedra en que han encontrado amparo, unidos en la suerte a unos animales, María y José.

El fueguecillo se adormila junto con su guardián. María levanta lentamente la cabeza de su yacija y mira. Ve que José tiene la cabeza reclinada sobre el pecho como si estuviera meditando... será - piensa - que el cansancio ha sobrepujado su buena voluntad de permanecer despierto, y sonríe bondadosa; luego, con menos ruido del que puede hacer una mariposa posándose en una rosa, se sienta, para después arrodillarse. Ora con una sonrisa beata en su rostro. Ora con los brazos extendidos casi en cruz, con las palmas hacia arriba y hacia adelante... y no parece cansarse de esa posición molesta. Luego se postra con el rostro contra el heno, adentrándose aún más en su oración; y la oración es larga.

José sale bruscamente de su sueño; ve mortecino el fuego y casi oscuro el establo. Echa un puñado de tamujo muy fino. La llama vuelve a chispear. Y va añadiendo ramitas cada vez mas gruesas; en efecto, el frío debe ser punzante, el frío de esa noche invernal, serena, que penetra por todas las partes de esas ruinas. El pobre José, estando como está

cerca de la puerta - llamemos así a la abertura a la que hace de cortina su manto -, debe estar congelado. Acerca las manos a la llama, se quita las sandalias, acerca también los pies; así se calienta. Luego, cuando el fuego ha adquirido ya viveza y su luz es segura, se vuelve; no ve nada, ni siquiera la blancura del velo de María que antes dibujaba una línea clara sobre el heno oscuro. Se pone en pie y se acerca despacio a la yacija.
«¿No duermes, María?» pregunta.
Lo pregunta tres veces, hasta que Ella torna en sí y responde: «Estoy orando».
«¿No necesitas nada?».
«No, José».
«Trata de dormir un poco, de descansar al menos».
«Lo intentaré, pero la oración no me cansa».
«Hasta luego, María».
«Hasta luego, José».
María vuelve a su posición de antes. José, para no ceder otra vez al sueño, se pone de rodillas junto al fuego, y ora. Ora con las manos unidas en el rostro; de vez en cuando las separa para alimentar el fuego, y luego vuelve a su ferviente oración. Menos el ruido del crepitar de la leña y el del asno, que de tanto en tanto pega con una pezuña en el suelo, no se oye nada.

2 Un inicio de luna se insinúa a través de una grieta de la techumbre. Parece un filo de incorpórea plata que buscase a María. Se alarga a medida que la Luna va elevándose en el cielo y, por fin, la alcanza. Ya está sobre la cabeza de la orante, nimbándosela de candor.

María levanta la cabeza como por una llamada celeste y se yergue hasta quedar de nuevo de rodillas. ¡Oh, qué hermoso es este momento! Ella levanta la cabeza, que parece resplandecer bajo la luz blanca de la Luna, y una sonrisa no humana la transfigura. ¿Qué ve? ¿Qué oye? ¿Qué siente? Sólo Ella podría decir lo que vio, oyó y sintió en la hora fúlgida de su Maternidad. Yo sólo veo que en torno a Ella la luz aumenta, aumenta, aumenta; parece descender del Cielo, parece provenir de las pobres cosas que están a su alrededor, parece, sobre todo, que proviene de Ella.

Su vestido, azul oscuro, parece ahora de un delicado celeste de miosota; sus manos, su rostro, parecen volverse azulinas, como los de uno que estuviera puesto en el foco de un inmenso zafiro pálido. Este color, que me recuerda, a pesar de ser más tenue, el que veo en las visiones del santo Paraíso, y también el que vi en la visión de la venida de los Magos, se va extendiendo progresivamente sobre las cosas, y las viste, las purifica, las hace espléndidas.

El cuerpo de María despide cada vez más luz, absorbe la de la luna, parece como si Ella atrajera hacia sí la que le puede venir del Cielo. Ahora ya es Ella la Depositaria de la Luz, la que debe dar esta Luz al mundo. Y esta beatífica, incontenible, inmensurable, eterna, divina Luz que de un momento a otro va a ser dada, se anuncia con una alba, un lucero de la mañana, un coro de átomos de luz que aumenta, aumenta como una marea, sube, sube como incienso, baja como una riada, se extiende como un velo...
La techumbre, llena de grietas, de telas de araña, de cascotes que sobresalen y están en equilibrio por un milagro de estática, esa techumbre negra, ahumada, repelente, parece la bóveda de una sala regia. Los pedruscos son bloques de plata; las grietas, reflejos de ópalo; las telas de araña, preciosísimos baldaquinos engastados de plata y diamantes. Un

voluminoso lagarto, aletargado entre dos bloques de piedra, parece un collar de esmeraldas olvidado allí por una reina; y un racimo de murciélagos en letargo, una lámpara de ónix de gran valor. Ya no es hierba el heno que cuelga del pesebre más alto, es una multitud de hilos de plata pura que oscilan temblorosos en el aire con la gracia de una cabellera suelta.

La madera oscura del pesebre de abajo parece un bloque de plata bruñida. Las paredes están recubiertas de un brocado en que el recamo perlino del relieve oculta el candor de la seda. Y el suelo... ¿Qué es ahora el suelo? Es un cristal encendido por una luz blanca; los salientes parecen rosas de luz arrojadas al suelo como obsequio; los hoyos, cálices valiosos de cuyo interior ascenderían aromas y perfumes.

[3]La luz aumenta cada vez más. El ojo no la resiste. En ella desaparece, como absorbida por una cortina de incandescencia, la Virgen... y emerge la Madre.

Sí. Cuando mi vista de nuevo puede resistir la luz, veo a María con su Hijo recién nacido en los brazos. Es un Niñito rosado y regordete, que gesticula, con unas manitas del tamaño de un capullo de rosa; que menea sus piececitos, tan pequeños que cabrían en el corazón de una rosa; que emite vagidos con su vocecita trémula, de corderito recién nacido, abriendo una boquita que parece una menuda fresa de bosque, y mostrando una lengüecita temblorosa contra el rosado paladar; que menea su cabecita, tan rubia que parece casi desprovista de cabellos, una cabecita redonda que su Mamá sostiene en la cavidad de una de sus manos, mirando a su Niño, adorándole, llorando y riendo al mismo tiempo... Y se corva para besarle, no en la inocente cabeza, sino en el centro del pecho, sobre ese corazoncito que palpita, que palpita por nosotros... en donde un día se abrirá la Herida. Su Mamá se la está curando anticipadamente, con su beso inmaculado.

El buey se ha despertado por el resplandor, se levanta haciendo mucho ruido con las pezuñas, y muge. El asno vuelve la cabeza y rebuzna. Es la luz la que los saca del sueño, pero me seduce la idea de pensar que hayan querido saludar a su Creador, por ellos mismos y por todos los animales.

[4]Y José, que, casi en rapto, estaba orando tan intensamente que era ajeno a cuanto le rodeaba, también torna en sí, y por entre los dedos apretados contra el rostro ve filtrarse la extraña luz. Se descubre el rostro, levanta la cabeza, se vuelve. El buey, que está en pie, oculta a María, pero Ella le llama: «José, ven».

José acude. Cuando ve, se detiene, como fulminado de reverencia, y está casi para caer de rodillas en ese mismo lugar; pero María insiste: «Ven, José» y, apoyando la mano izquierda en el heno y teniendo con la derecha estrechado contra su corazón al Infante, se alza y se dirige hacia José, quien, por su parte, se mueve azarado por el contraste entre su deseo de ir y el temor a ser irreverente.

Junto a la cama para el ganado los dos esposos se encuentran, y se miran llorando con beatitud.

«Ven, que ofrecemos a Jesús al Padre» dice María. José se pone de rodillas. Ella, erguida, entre dos troncos sustentantes, alza a su Criatura en sus brazos y dice: «Heme aquí - por El, ¡oh Dios!, te digo esto -, heme aquí para hacer tu voluntad. Y con El yo, María, y José, mi esposo. He aquí a tus siervos, Señor, para hacer siempre, en todo momento y en todo lo que

suceda, tu voluntad, para gloria tuya y por amor a ti».
Luego María se inclina hacia José y, ofreciéndole el Infante le dice: «Toma, José».
«¿Yo? ¿A mí? ¡Oh, no! ¡No soy digno!». José se siente profundamente turbado, anonadado ante la idea de deber tocar a Dios.
Pero María insiste sonriendo: «Bien digno eres de ello tú, y nadie lo es más que tú, y por eso el Altísimo te ha elegido. Toma, José, tenle mientras yo busco su ropita».
José, rojo como una púrpura, alarga los brazos y toma ese copito de carne que grita de frío; una vez que lo tiene entre sus brazos, no persiste en la intención de mantenerle separado de sí por respeto, sino que lo estrecha contra su corazón rompiendo a llorar fuertemente: «¡Oh! ¡Señor! ¡Dios mío!»; y se inclina para besar los piececitos. Los siente fríos y entonces se sienta en el suelo y le recoge en su regazo, y con su indumento marrón y con las manos trata de cubrirle, calentarle, defenderle del cierzo de la noche. Quisiera acercarse al fuego, pero allí se siente esa corriente de aire que entra por la puerta. Mejor quedarse donde está, o, mejor todavía, entre los dos animales, que hacen de escudo al aire y dan calor. Y se pone entre el buey y el asno dando la espalda a la puerta, con su cuerpo hacia el Recién Nacido para hacer de su pecho una hornacina, cuyas paredes laterales son: una cabeza gris, con largas orejas; un hocico grande, blanco, con unos ojos húmedos buenos y un morro que exhala vapor.
[5]María ha abierto el baulillo y ha sacado unos pañales y unas fajas, ha ido al fuego y las ha calentado. Ahora se acerca a José y envuelve al Niño en esos paños calentitos, y con su velo le cubre la cabeza. «¿Dónde le ponemos ahora?» pregunta.

José mira alrededor, piensa... «Mira - dice -, corremos un poco más para acá a los dos animales y la paja, y bajamos ese heno de allí arriba y le ponemos a Él aquí dentro. La madera del borde le resguardará del aire, el heno será su almohada, el buey con su aliento le calentará un poquito. Mejor el buey. Es más paciente y tranquilo». Y se pone manos a la obra mientras María acuna a su Niño estrechándole contra su corazón, con su carrillo sobre la cabecita para darle calor.

José reaviva el fuego, sin ahorrar leña, para hacer una buena hoguera, y se pone a calentar el heno, de forma que según lo va secando, para que no se enfríe, se lo va metiendo en el pecho; luego, cuando ya tiene suficiente para un colchoncito para el Infante, va al pesebre y lo dispone como una cunita. «Ya está» dice. «Ahora sería necesaria una manta, porque el heno pica; y además para taparle...».

«Coge mi manto» dice María.
«Vas a tener frío».
«¡Oh, no tiene importancia! La manta es demasiado áspera; el manto, sin embargo, es suave y caliente. Yo no tengo frío en absoluto. ¡Lo importante es que El no sufra más!».
José coge el amplio manto de suave lana azul oscura y lo dispone doblado encima de la paja, y deja un borde colgando fuera del pesebre. El primer lecho del Salvador está preparado.
Su Madre, con dulce paso ondeante, le lleva al pesebre, en él le coloca, y le tapa con la parte del manto que había quedado fuera y con ella arropa también la cabecita desnuda, que se hunde en el heno, protegida apenas por el fino velo de María. Queda sólo destapada la carita, del tamaño de un puño de hombre, y los Dos, inclinados hacia el pesebre, le miran con beatitud mientras duerme su primer sueño; en efecto, el calorcito de

los paños y de la paja le ha calmado el llanto y le ha hecho conciliar el sueño al dulce Jesús.

6Dice María:

«Te había prometido que El vendría a traerte su paz. ¿Te acuerdas de la paz que tenías durante los días de Navidad, cuando me veías con mi Niño? Entonces era tu tiempo de paz, ahora es tu tiempo de sufrimiento. Pero ya sabes que es en el sufrimiento donde se conquista la paz y toda gracia para nosotros y para el prójimo. Jesús-Hombre tornó a ser Jesús-Dios después del tremendo sufrimiento de la Pasión; tornó a ser Paz, Paz en el Cielo del que había venido y desde el cual, ahora, derrama su paz sobre aquellos que en el mundo le aman. Mas durante las horas de la Pasión, Él, Paz del mundo, fue privado de esta paz. No habría sufrido si la hubiera tenido, y debía sufrir, sufrir plenamente.

7Yo, María, redimí a la mujer con mi Maternidad divina, mas se trataba sólo del comienzo de la redención de la mujer. Negándome, con el voto de virginidad, al desposorio humano, había rechazado toda satisfacción concupiscente, mereciendo gracia de parte de Dios. Pero no bastaba, porque el pecado de Eva era árbol de cuatro ramas: soberbia, avaricia, glotonería, lujuria. Y había que quebrar las cuatro antes de hacerle estéril en sus raíces.

8*Vencí la soberbia humillándome hasta el fondo.*

Me humillé delante de todos. No hablo ahora de mi humildad respecto a Dios; ésta deben tributársela al Altísimo todas las criaturas. La tuvo su Verbo. Yo, mujer, debía también tenerla. ¿Has reflexionado, más bien, alguna vez, en qué tipo de humillaciones tuve que sufrir de parte de los hombres y sin defenderme en manera alguna? Incluso José, que era justo, me había acusado en su corazón. Los demás, que no eran justos, habían pecado de murmuración sobre mi estado, y el rumor de sus palabras había venido, como ola amarga, a estrellarse contra mi humanidad.

Y éstas fueron sólo las primeras de las infinitas humillaciones que mi vida de Madre de Jesús y del género humano me procuraron. Humillaciones de pobreza; la humillación de quien debe abandonar su tierra; humillaciones a causa de las reprensiones de los familiares y de las amistades, que, desconociendo la verdad, juzgaban débil mi forma de ser madre respecto a mi Jesús, cuando empezaba ya a ser un hombre; humillaciones durante los tres años de su ministerio; crueles humillaciones en el momento del Calvario; humillaciones hasta en el tener que reconocer que no tenía con qué comprar ni sitio ni perfumes para enterrar a mi Hijo.

9*Vencí la avaricia de los Progenitores renunciando con antelación a mi Hijo.*

Una madre no renuncia nunca a su hijo, si no se ve obligada a ello. Ya sea la patria, o el amor de una esposa, o el mismo Dios quienes piden el hijo a su corazón, ella se resiste a la separación. Es natural que sea así. El hijo crece dentro de nosotras, y el vínculo de su persona con la nuestra jamás queda completamente roto. A pesar de que el conducto del vital ombligo haya sido cortado, siempre permanece un nervio que nace en el corazón de

la madre (un nervio espiritual, más vivo y sensible que un nervio físico) y arraiga en el corazón del hijo, y que siente como si le estiraran hasta el límite de lo soportable, si el amor de Dios o de una criatura, o las exigencias de la patria alejan al hijo de la madre; y que se rompe, lacerando el corazon, si la muerte arranca un hijo a su madre.

Yo renuncié, desde el momento en que le tuve, a mi Hijo. A Dios se lo di, a vosotros os lo di. Me despojé del Fruto de mi vientre para dar reparación al hurto de Eva del fruto de Dios.

10 *Vencí la glotonería, tanto de saber como de gozar, aceptando saber únicamente lo que Dios quería que supiera,* sin preguntarme a mí misma, sin preguntarle a Él, más de cuanto se me dijera. Creí sin indagar. Vencí la gula de gozar porque me negué todo deleite del sentido. Mi carne la puse bajo las plantas de mis pies. Puse la carne, instrumento de Satanás, y con ella al mismo Satanás, bajo mi calcañar para hacerme así un escalón para acercarme al Cielo. ¡El Cielo!... Mi meta. Donde estaba Dios. Mi única hambre. Hambre que no es gula sino necesidad bendecida por Dios, por este Dios que quiere que sintamos apetito de Él.

11 *Vencí la lujuria,* que es la gula llevada a la exacerbación. En efecto, todo vicio no refrenado conduce a un vicio mayor. Y la gula de Eva, ya de por sí digna de condena, la condujo a la lujuria; efectivamente, no le bastó ya el satisfacerse sola sino que quiso portar su delito a una refinada intensidad; así conoció la lujuria y se hizo maestra de ella para su compañero. Yo invertí los términos y, en vez de descender, siempre subí; en vez de hacer bajar, atraí siempre hacia arriba; y de mi compañero, que era un hombre honesto, hice un ángel.

Es ese momento en que poseía a Dios, y con Él sus riquezas infinitas, me apresuré a despojarme de todo ello diciendo: "Que por Él se haga tu voluntad y que El la haga". Casto es aquel que controla no sólo su carne, sino también los afectos y los pensamientos. Yo tenía que ser la Casta para anular a la Impúdica de la carne, del corazón y de la mente. Me mantuve comedida sin decir ni siquiera de mi Hijo, que en la tierra era sólo mío, como en el Cielo era solamente de Dios: "Es mío y para mí le quiero".

12 Y a pesar de todo no era suficiente para que la mujer pudiera poseer la paz que Eva había perdido. Esa paz os la procuré al pie de la Cruz, viendo morir a Aquel que tú has visto nacer. Y, cuando me sentí arrancar las entrañas ante el grito de mi Hijo, quedé vacía de toda feminídad de connotación humana: ya no carne sino ángel. María, la Virgen desposada con el Espíritu, murió en ese momento; quedó la Madre de la Gracia, la que os generó la Gracia desde su tormento y os la dio. La hembra, a la que había vuelto a consagrar mujer la noche de Navidad, a los pies de la Cruz conquistó los medios para venir a ser criatura del Cielo.

Esto hice yo por vosotras, negándome toda satisfacción, incluso las satisfacciones santas. De vosotras, reducidas por Eva a hembras no superiores a las compañeras de los animales, he hecho - basta con que lo queráis - las santas de Dios. Por vosotras subí, y, como a José, os elevé. La roca del Calvario es mi Monte de los Olivos. Ése fue mi impulso para llevar

al Cielo, santificada de nuevo, el alma de la mujer, junto con mi carne, glorificada por haber llevado al Verbo de Dios y anulado en mí hasta el último vestigio de Eva, la última raíz de aquel árbol de las cuatro ramas venenosas, aquel árbol que tenía hincada su raíz en el sentido y que había arrastrado a la caída a la humanidad, y que hasta el final de los siglos y hasta la última mujer os morderá las entrañas. Desde allí, donde ahora resplandezco envuelta en el rayo del Amor, os llamo y os indico cuál es la Medicina para venceros a vosotras mismas: la Gracia de mi Señor y la Sangre de mi Hijo.

13 Y tú, voz mía, haz descansar a tu alma con la luz de esta alborada de Jesús para tener fuerza en las futuras crucifixiones que no te van a ser evitadas, porque te queremos aquí, y aquí se viene a través del dolor; porque te queremos aquí, y más alto se viene cuanto mayor ha sido la pena sobrellevada para obtener Gracia para el mundo.

Ve en paz. Yo estoy contigo».

30. El anuncio a los pastores, que vienen a ser los primeros adoradores del Verbo hecho Hombre.

7 de junio de 1944. Víspera del Corpus Christi.

1 Y ahora veo extensos campos. La Luna está en su cenit surcando tranquila un cielo colmado de estrellas. Parecen bullones de diamante hincados en un enorme palio de terciopelo azul oscuro; la Luna ríe en medio con su carota blanquísima de la que descienden ríos de luz láctea que pone blanca la tierra. Los árboles, desnudos, sobre este suelo emblanquecido, parecen más altos y negros; y los muros bajos, que acá o allá se levantan como lindes, parecen de leche. Una casita lejana parece un bloque de mármol de Carrara.

A mi derecha veo un recinto, dos de cuyos lados son un seto de espinos; los otros dos, una tapia baja y tosca. En ésta apoya la techumbre de una especie de cobertizo ancho y bajo, que en el interior del recinto está construido parte de fábrica y parte de madera: como si en verano las partes de madera se debieran quitar y se transformase así el cobertizo en un pórtico. De dentro del cercado viene, de tanto en tanto, un balar intermitente y breve. Deben ser ovejas que sueñan, o que quizás creen que pronto se hará de día, por la luz que da la Luna; una luz que es tan intensa que incluso es excesiva y que aumenta como si el astro se estuviera acercando a la Tierra o centellease debido a un misterioso incendio.

2 Un pastor se asoma a la puerta, se lleva un brazo a la frente para proteger los ojos y mira hacia arriba. Parece imposible que uno tenga que proteger los ojos de la luz de la Luna, pero, en este caso es tan intensa que

ciega, especialmente si uno sale de un lugar cerrado oscuro. Todo está en calma, pero esa luz produce estupor.

El pastor llama a sus compañeros. Salen todos a la puerta: un grupo numeroso de hombres rudos, de distintas edades. Entre ellos hay algunos que apenas si han llegado a la adolescencia, otros ya tienen el pelo cano. Comentan este hecho extraño. Los más jóvenes tienen miedo, especialmente uno, un chiquillo de unos doce años, que se echa a llorar, con lo cual se hace objeto de las burlas de los más mayores.

«¿A qué le tienes miedo, tonto?» le dice el más viejo. «¿No ves qué serenidad en el ambiente? ¿No has visto nunca resplandecer la Luna? ¿Has estado siempre pegado a las faldas de tu madre, como un pollito a la gallina, no? ¡Pues anda que no tendrás que ver cosas! Una vez, yo había llegado hasta los montes del Libano, e incluso los había sobrepasado, hacia arriba. Era joven, no me pesaba andar - incluso era rico entonces - ...Una noche vi una luz de tal intensidad que pensé que estuviera volviendo Elías en su carro de fuego. El cielo estaba todo de fuego. Un viejo - entonces el viejo era él - me dijo: "Un gran advenimiento está para llegar al mundo". Y para nosotros supuso una desventura, porque vinieron los soldados de Roma. ¡Oh, muchas cosas tendrás que ver, si la vida te da años!...».

[3]Pero, el pastorcillo ya no le está escuchando. Parece haber perdido incluso el miedo. De hecho, alejándose del umbral de la puerta, dejando a hurtadillas la espalda de un musculoso pastor, detrás del cual estaba refugiado, sale al redil herboso que está delante del cobertizo. Mira hacia arriba y se pone a caminar como un sonámbulo, o como uno que estuviera hipnotizado por algo que le embelesara. Llegado un momento grita: «¡Oh!» y se queda como petrificado, con los brazos un poco abiertos.

Los demás se miran estupefactos.

«Pero, ¿qué le pasa a ese tonto?» dice uno.

«Mañana le mando con su madre. No quiero locos cuidando a las ovejas» dice otro.

El anciano que estaba hablando poco antes dice: «Vamos a ver antes de juzgar. Llamad también a los que están durmiendo y coged palos. No vaya a ser un animal malo o gente malintencionada...».

Entran llamando a los otros pastores, y salen con teas y garrotes. Llegan donde el muchacho.

«Allí, allí» susurra sonriendo. «Más arriba del árbol, mirad esa luz que se está aproximando. Parece como si siguiera el rayo de la Luna. Mirad. Se acerca. ¡Qué bonita es!».

«Yo lo único que veo es una luz más viva».

«Yo también».

«Yo también» dicen los otros.

«No. Yo veo como un cuerpo» dice uno. Le reconozco: es el pastor que ofreció leche a María.

«¡Es un... es un ángel!» grita el niño. «Mirad, está bajando, y se acerca... ¡De rodillas ante el ángel de Dios!».

Un «¡oh!» largo y lleno de veneración se alza del grupo de los pastores, que caen rostro en tierra. Cuanto más ancianos son, más contra el suelo se les ve por la aparición fulgente. Los jovencitos están de rodillas, pero miran al ángel, que se aproxima cada vez

mas, hasta detenerse, candor de perla en el candor de luna que le circunda, suspendido en el aire, moviendo sus grandes alas, a la altura de la tapia del recinto.
«No temáis. No vengo como portador de desventura, sino que os traigo el anuncio de un gran gozo para el pueblo de Israel y para todo el pueblo de la tierra». La voz angélica es como una armonía de arpa acompañada del canto de gargantas de ruiseñores.
«Hoy en la ciudad de David ha nacido el Salvador». Al decir esto, el ángel abre más grandes las alas, y las mueve como por un sobresalto de alegría, y una lluvia de chispas de oro y de piedras preciosas parece desprenderse de ellas. Un verdadero arco iris de triunfo sobre el pobre redil.

«...el Salvador, que es Cristo». El ángel resplandece con mayor luz. Sus dos alas, ahora ya detenidas, tendiendo su punta hacia el cielo, como dos velas inmóviles sobre el zafiro del mar, parecen dos llamas que suben ardiendo.

«...¡Cristo, el Señor!». El ángel recoge sus dos fúlgidas alas y con ellas se cubre - es como un manto de diamante sobre un vestido de perla -, se inclina como adorando, con las manos cruzadas sobre su corazón; su rostro, inclinado sobre su pecho, queda oculto entre la sombra de los vértices de las alas recogidas. No se ve sino una oblonga forma luminosa, inmóvil durante el tiempo que dura un "Gloria".

Se mueve de nuevo. Vuelve a abrir las alas, levanta ese rostro suyo en que luz y sonrisa paradisíaca se funden, y dice: «Le reconoceréis por estas señales: en un pobre establo, detrás de Belén, encontraréis a un niño envuelto en pañales en un pesebre, pues para el Mesías no había un techo en la ciudad de David». El ángel se pone serio al decir esto; más que serio, triste.

4 Y del Cielo vienen muchos - ¡oh, cuántos! - muchos ángeles semejantes a él, una escalera de ángeles que desciende exultando y anulando la Luna con su resplandor paradisíaco, y se reúnen en torno al ángel anunciador, batiendo las alas, emanando perfumes, con un arpegio de notas en que las más hermosas voces de la creación encuentran un recuerdo, alcanzada en este caso la perfección del sonido. Si la pintura es el esfuerzo de la materia para transformarse en luz, aquí la melodía es el esfuerzo de la música para hacer resplandecer ante los hombres la belleza de Dios; y oír esta melodía es conocer el Paraíso, donde todo es armonía de amor, que de Dios emana para hacer dichosos a los bienaventurados, y que de éstos va a Dios para decirle: «¡Te amamos!».

El "Gloria" angélico se extiende en ondas cada vez más vastas por los campos tranquilos, y con él la luz. Las aves unen a ello un canto que es saludo a esta luz precoz, y las ovejas sus balidos por este sol anticipado. Mas a mí, como ya con el buey y el asno en la gruta, me place creer que es el saludo de los animales a su Creador, que viene a ellos para amarlos como Hombre además de como Dios.

El canto se hace más tenue, y la luz, mientras los ángeles retornan al Cielo...

5 ...Los pastores vuelven en sí.

«¿Has oído?».

«¿Vamos a ver?».

«¿Y las ovejas?».

«¡No les sucederá nada! ¡Vamos para obedecer a la palabra de Dios!...».
«Pero, ¿a dónde?».

«¿Ha dicho que ha nacido hoy? ¿y que no ha encontrado sitio en Belen?». El que habla ahora es el pastor que ofreció la leche. «Venid, yo sé. He visto a la Mujer y me ha dado pena. He indicado un lugar para Ella, porque pensaba que no encontrarían hospedaje, y al hombre le he dado leche para Ella. Es muy joven y hermosa. Debe ser tan buena como el ángel que nos ha hablado. Venid. Venid. Vamos a coger leche, quesos, corderos y pieles curtidas. Deben ser muy pobres y… ¡quién sabe qué frío no tendrá Aquel a quien no oso nombrar! Y pensar que yo le he hablado a la Madre como si se tratara de una pobre esposa cualquiera!...».

Entran en el cobertizo y, al poco rato, salen; quién con unas pequeñas cantimploras de leche, quién con unos quesitos de forma redondeada dentro de unas rejillas de esparto entretejido, quién con cestas con un corderito balando, quién con pieles de oveja curtidas.
«Yo llevo una oveja. Ha parido hace un mes. Tiene la leche buena. Les puede venir bien, si la Mujer no tiene leche. Me parecía una niña, ¡y tan blanca!... Un rostro de jazmín bajo la luna» dice el pastor que ofreció la leche. Y los guía.

[6]Caminan bajo la luz de la luna y de las teas, tras haber cerrado el cobertizo y el recinto. Van por senderos rurales, entre setos de espinos deshojados por el invierno.

Van a la parte de atrás de Belén. Llegan al establo, yendo no por la parte por la que fue María, sino por la opuesta, de forma que no pasan por delante de los establos más lindos, y aquél es el primero que encuentran. Se acercan a la entrada.

«¡Entra!».
«No me atrevo».
«Entra tú».
«No».
«Mira, al menos».
«Tú, Leví, mira tú que has sido el primero que ha visto al ángel, que es señal de que eres mejor que nosotros». La verdad es que antes le han llamado loco... pero ahora les conviene que él se atreva a lo que ellos no tienen el valor de hacer.
El muchacho vacila, pero luego se decide. Se acerca a la entrada, descorre un poquito el manto, mira, y... se queda extático.
«¿Qué ves?» le preguntan ansiosos en voz baja.

«Veo a una mujer, joven y hermosa, y a un hombre inclinados hacia un pesebre, y oigo.... oigo que llora un niñito, y la mujer le habla con una voz... ¡oh, qué voz!».

«¿Qué dice?».
«Dice: "¡Jesús, pequeñito! ¡Jesús, amor de tu Mamá! ¡No llores, Hijito!". Dice: "Ay, si pudiera decirte: 'Toma la leche, pequeñin'! Pero no la tengo todavía". Dice: "¡Tienes mucho frío, amor mío! Y te pincha el heno. ¡Qué dolor para tu Mamá oírte llorar así, y no poderte aliviar!". Dice: "¡Duerme, alma mía! ¡Que se me rompe el corazón oyéndote llorar y viéndote verter lágrimas!", y le besa y se ve que le está calentando los piececitos con sus manos, porque está inclinada con los brazos dentro del pesebre».
«¡Llama! ¡Que te oigan!».

«Yo no. Tú, que nos has traído y que la conoces».
El pastor abre la boca, pero se limita a farfullar unos sonidos.

7 José se vuelve y va a la puerta. «¿Quiénes sois?».

«Pastores. Os traemos comida y lana. Venimos a adorar al Salvador».

«Entrad».
Entran. Las teas iluminan el establo. Los viejos empujan a los niños delante de ellos. María se vuelve y sonríe. «Venid» dice. «¡Venid!» y los invita con la mano y la sonrisa; toma al que había visto al ángel y le acerca hacia sí, hasta el mismo pesebre. El niño mira con beatitud.
Los otros, invitados también por José, se arriman con sus dones y los depositan, con breves y emocionadas palabras, a los pies de María. Luego miran al Niño, que está llorando quedo, y sonríen emocionados y dichosos.
Uno de ellos, más intrépido, dice: «Toma, Madre. Es suave y está limpia. La había preparado para mi hijo, que está para nacer. Yo te la doy. Arropa a tu Hijo en esta lana; la sentirá suave y caliente». Y le ofrece una piel de oveja, una piel preciosa de abundante lana blanca y larga.
María alza a Jesús y le envuelve en la piel. Luego se lo muestra a los pastores, los cuales, de rodillas sobre el heno del suelo, le miran extasiados.
Sintiéndose más valerosos, uno de ellos propone: «Habría que darle un sorbo de leche, o mejor: agua y miel. Pero no tenemos miel. Se les da a los niñitos. Yo tengo siete hijos y entiendo de ello...».
«Aquí está la leche. Toma, Mujer».
«Pero está fría. Tiene que ser caliente. ¿Dónde está Elías? Él tiene la oveja».
Elías debe ser el de la leche, pero no está; se había quedado afuera y ahora está mirando por el portillo, y en la oscuridad de la noche se difumina.
«¿Quién os ha conducido aquí?».
«Un ángel nos ha dicho que viniéramos, luego Elías nos ha guiado hasta aquí. Pero, ¿dónde está ahora?».
La oveja le delata con un balido.
«Ven. Se te requiere».
Entra con su oveja, avergonzado por ser el más notado.

«¿Eres tú!» dice José habiéndole reconocido; María, por su parte, le sonríe diciendo: «Eres bueno».

Ordeñan a la oveja y, con la punta de un paño embebido de leche caliente y espumosa, María moja los labios del Niño, el cual absorbe ese dulzor cremoso. Todos sonríen, y más aún cuando, con la punta de tela todavía entre sus labiecitos, Jesús se duerme bajo el calor de la lana.

8 «Pero aquí no podéis quedaros. Hace frío y hay humedad. Y además... demasiado olor a animales. No es bueno... y.. no está bien para el Salvador».

«Lo sé» dice María suspirando profundamente «pero, no hay sitio para nosotros en Belén».

«Animo, Mujer. Nosotros te buscaremos una casa».
«Se lo digo a mi ama» dice el de la leche, Elías. «Es buena. Os recibirá, aunque tuviera que ceder su propia habitación. Nada más que amanezca se lo digo. Su casa está llena de gente, pero os dejará un sitio».
«Por lo menos para mi Niño. Yo y José podemos estar incluso en el suelo. Pero, para el

Pequeñuelo...».
«No te angusties, Mujer; yo me ocupo de eso. Y diremos a muchos lo que nos ha sido comunicado. No os faltará nada. Por el momento, recibid lo que nuestra pobreza os puede dar. Somos pastores...».
«Nosotros también somos pobres, y no os podemos pagar» dice José.
«¡Oh..., ni lo queremos! ¡Aunque pudierais, no querríamos! El Señor ya nos ha retribuido. Él ha prometido la paz a todos. Los ángeles decían esto: "Paz a los hombres de buena voluntad". Pero a nosotros nos la ha dado ya, porque el ángel ha dicho que este Niño es el Salvador, que es Cristo, el Señor. Somos pobres e ignorantes, pero sabemos que los Profetas dicen que el Salvador será el Príncipe de la Paz. Y a nosotros nos ha dicho que viniéramos a adorarle. Por eso nos ha dado su paz. ¡Gloria a Dios en el Cielo altísimo y gloria a este Cristo suyo, y bendita seas tú, Mujer, que le has engendrado! Eres santa porque has merecido llevarle en ti. Como Reina, mándanos; que servirte será para nosotros motivo de felicidad. ¿Qué podemos hacer por ti?».
«Amar a mi Hijo y conservar siempre en el corazón estos pensamientos».
«¿Y para ti? ¿No deseas nada? ¿No tienes familiares a los que quieras comunicar que Él ha nacido?».
«Sí, los tengo... pero no están cerca de aquí, están en Hebrón...».
«Voy yo» dice Elías. «¿Quiénes son?».
«Zacarías, el sacerdote, e Isabel, mi prima».
«¿Zacarías? ¡Le conozco bien! En verano subo a esos montes porque tienen pastos abundantes y buenos, y soy amigo de su pastor. Después de que te vea establecida voy adonde Zacarías».
«Gracias Elías».
«Nada de gracias. Es un gran honor para mí, que soy un pobre pastor, ir a hablar con el sacerdote y decirle que ha nacido el Salvador».
«No. Le dirás: "Ha dicho María de Nazaret, tu prima, que Jesús ha nacido y que vayas a Belén"».
«Eso diré».
«Que Dios te lo pague. [9]Me acordaré de ti, de todos vosotros...».
«¿Le hablarás a tu Niño de nosotros?».
«Lo haré».
«Yo soy Elías».
«Y yo, Leví».
«Y yo, Samuel».
«Y yo, Jonás».
«Y yo, Isaac».
«Y yo, Tobías».
«Y yo, Jonatán».
«Y yo, Daniel».
«Simeón, yo».
«Yo me llamo Juan».
«Yo, José; y mi hermano, Benjamín. Somos gemelos».
«Recordaré vuestros nombres».
«Tenemos que marcharnos... pero volveremos... ¡Y te traeremos a otros para adorar!...».
«¿Cómo volver al aprisco dejando a este Niño?».

«¡Gloria a Dios que nos lo ha mostrado!».
«Déjanos besar su vestido» dice Leví con una sonrisa de ángel.
María alza despacio a Jesús y, sentada sobre el heno, ofrece los piececitos arropados para que los besen. Y los pastores se inclinan hasta el suelo y besan esos piececitos minúsculos cubiertos por la tela. Quien tiene barba primero se la adereza. Casi todos lloran y, cuando tienen que marcharse, salen caminando hacia atrás, dejando allí su corazón...
La visión me termina así, con María sentada en la paja con el Niño en su regazo, y José mirando y adorando, apoyado con un codo en el pesebre.

10 Dice Jesús:
«Hoy hablo Yo. Estás muy cansada, pero ten paciencia todavía durante un poco.
Es la víspera del Corpus Christi. Podría hablarte de la Eucaristía y de los santos que se hicieron apóstoles de su culto, del mismo modo que te he hablado de los santos que fueron apóstoles del Sagrado Corazón. Pero quiero referirme a otra cosa y a una categoría de adoradores de mi Cuerpo, que son los precursores del culto al mismo, los pastores; ellos son los primeros adoradores de mi Cuerpo de Verbo hecho Hombre.
Una vez te dije - y esto mismo lo dice también mí Iglesia - que los Santos Inocentes son los protomártires de Cristo.
Ahora te digo que los pastores son los primeros adoradores del Cuerpo de Dios. En ellos se encuentran todos los requisitos que se necesitan para ser adoradores del Cuerpo mío, para ser almas eucarísticas.
Fe segura: ellos creen pronta y ciegamente en el ángel.
Generosidad: dan todo lo que poseen a su Señor.
Humildad: se acercan a otros más pobres que ellos, humanamente, con una modestia de actos que hace que no se sientan rebajados; y se profesan siervos de ellos.
Deseo: lo que no pueden dar por sí mismos, se las ingenian para procurarlo con apostolado y esfuerzo.
Prontitud de obediencia: María desea que sea avisado Zacarias, y Elías va en seguida. No lo deja para otro momento.
Amor, en fin: no saben irse de ese lugar. Tú dices: "dejan allí su corazón". Dices bien.
¿Y no habría que comportarse así también con mi Sacramento?
11 Otra cosa. Esta enteramente para ti. Observa a quien se revela el ángel en primer lugar, y quién es el que merece escuchar las efusiones del ánimo de María. Leví: el niño.
A quien tiene alma de niño Dios se le manifiesta, y le muestra sus misterios y permite que escuche las palabras divinas y de María. Y quien tiene alma de niño tiene también la santa intrepidez de Leví y dice: "Déjame besar el vestido de Jesús". Se lo dice a María, porque es siempre María la que os da a Jesús. Ella es la Portadora de la Eucaristía. Ella es la Píxide Viva.
Quien va a María me encuentra a mí. Quien me pide a Ella de Ella me recibe. La sonrisa de mi Madre, cuando una criatura le dice: "Dame a tu Jesús para que yo le ame" - tan feliz se siente -, hace que el color del Cielo se cambie en un esplendor más vivo de júbilo. Dile pues: "Déjame besar el vestido de Jesús, déjame besar sus llagas". Atrévete incluso a

más. Di: "Déjame reclinar mi cabeza en el Corazón de tu Jesús para sentirme así beata". Ven. Descansa. Como Jesús en la cuna, entre Jesús y María».

31. Visita de Zacarías. La santidad de José y la obediencia a los sacerdotes.

8 de junio de 1944.

1Veo la larga sala donde presencié el encuentro de los Magos con Jesús y su acto de adoración. Comprendo que me encuentro en la casa hospitalaria que ha acogido a la sagrada Familia. Asisto a la llegada de Zacarías. Isabel no está.

La dueña de la casa sale presurosa, por la terraza que circunda la casa, al encuentro del huésped que está llegando... Le acompaña hasta una puerta y llama; luego, discreta, se retira.

José abre y, al ver a Zacarías, exulta de júbilo. Le pasa a una habitacioncíta pequeña, de las dimensiones de un pasillo. «María está dándole la leche al Niño. Espera un poco. Siéntate, que estarás cansado». Y le deja sitio en su recostadero, sentándose a su lado. Oigo que José pregunta por el pequeño Juan, y que Zacarías responde: «Crece vigoroso como un potrillo. De todas formas, ahora está sufriendo un poco por los dientes. Por eso no hemos querido traerle. Hace mucho frío. Así que tampoco ha venido Isabel. No podía dejarle sin la leche. Lo ha sentido mucho; pero, ¡está siendo una estación tan fría...!».
«Sí, efectivamente, muy fría» responde José.
«Me dijo el hombre que me enviasteis que cuando nació el Niño estabais sin casa. ¡Lo que habréis tenido que pasar!...».
«Sí, verdaderamente lo hemos pasado muy mal; pero era mayor el miedo que la precariedad en que nos encontrábamos. Teníamos miedo de que esta precariedad le pudiera perjudicar al Niño. Y los primeros días tuvimos que pasarlos allí. A nosotros no nos faltaba nada, porque los pastores habían transmitido la buena nueva a los betlemitas y muchos vinieron con dones. Pero faltaba una casa, faltaba una habitación resguardada, un lecho... y Jesús lloraba mucho, especialmente por la noche, por el viento que entraba por todas partes. Yo encendía un poco de fuego, pero poco, porque el humo le hacía toser al Niño... y así el frío seguía. Dos animales calientan poco, ¡y menos todavía en un sitio donde el aire entra por todas partes! Faltaba agua caliente para lavarle, faltaba ropa seca para cambiarle... ¡Oh! ¡Ha sufrido mucho! Y María sufría al verle sufrir. ¡Sufría yo... conque te puedes hacer una idea Ella, que es su Madre! Le daba leche y lágrimas, leche y amor.. Ahora aquí estamos mejor. Yo había hecho una cuna muy cómoda y María había puesto un colchoncito blando. ¡Pero la tenemos en Nazaret! ¡Ah, si hubiera nacido allí, habría sido distinto!».

«Pero el Cristo tenía que nacer en Belén. Así estaba profetizado».

2María ha oído que hablaban y entra. Está toda vestida de lana blanca.

Ya no lleva el vestido oscuro que tenía durante el viaje y en la gruta. Con este de ahora está enteramente blanca, como ya la he visto otras veces; no lleva nada en la cabeza. En sus brazos sí, a Jesús, que está durmiendo, satisfecho de leche, envuelto en sus blancos pañales.

Zacarías se alza reverente y se inclina con veneración. Luego se acerca y mira a Jesús dando señales de un grandísimo respeto. Está inclinado, no tanto para verle mejor, cuanto para rendirle homenaje. María se lo ofrece. Zacarías le toma con tal adoración que parece como si estuviera elevando un ostensorio. Efectivamente, está cogiendo en brazos la Hostia, la Hostia ya ofrecida, que será inmolada sólo cuando se haya dado a los hombres como alimento de amor y de redención. Zacarías devuelve Jesús a María.

3 Se sientan. Zacarías refiere de nuevo - esta vez a María - el motivo por el cual Isabel no ha venido, y cómo ello la ha apenado. «Durante estos meses ha estado preparando ropa para tu bendito Hijo. Te lo he traído. Está abajo, en el carro».

Se levanta y va afuera. Vuelve con un paquete voluminoso y con otro más pequeño. De uno y de otro - José en seguida le ha liberado del grande - saca inmediatamente los presentes: una suave colcha de lana tejida a mano, pañales y vestiditos. Del otro, miel, harina blanquísima, mantequilla y manzanas, para María, y tortas amasadas y cocidas por Isabel y muchas otras cositas que manifiestan el afecto maternal de la agradecida prima hacia la joven Madre.

«Le dirás a Isabel que le quedo agradecida, como también a ti. Me habría gustado mucho verla, pero comprendo las razones. También me hubiera gustado ver de nuevo al pequeño Juan...».

«Le veréis para la primavera. Vendremos a veros».

«Nazaret está demasiado lejos» dice José.

4 «¿Nazaret? Pero si debéis quedaros aquí. El Mesías debe crecer en Belén. Es la ciudad de David. El Altísimo le ha traído, a través de la voluntad de César, a nacer en la tierra de David, la tierra santa de Judea. ¿Por qué llevarle a Nazaret? Ya sabéis qué es lo que piensan los judíos de los nazarenos. El día de mañana este Niño deberá ser el Salvador de su pueblo. La capital no debe despreciar a su Rey por el hecho de despreciar a su ciudad de proveniencia. Vosotros sabéis como yo lo insidioso que es en sus razonamientos el Sanedrín y lo desdeñosas que son las tres castas principales... Además aquí, no lejos de mí, podré ayudaros bastante, y podré poner todo lo que tengo - no tanto de cosas materiales cuanto de dones morales - al servicio de este Recién Nacido. Y cuando esté en edad de entender me sentiré dichoso de ser maestro suyo, como de mi hijo, para que así, incluso, cuando sea mayor, me bendiga. Tenemos que pensar en el gran destino suyo, y que, por tanto, debe poderse presentar al mundo con todas las cartas para poder ganar fácilmente su partida. Está claro que El poseerá la Sabiduría, pero el solo hecho de que haya tenido a un sacerdote por maestro le hará más acepto a los difíciles fariseos y a los escribas, y le facilitará la misión».

[5]María mira a José, José mira a María. Por encima de la cabeza inocente del Niño, que duerme rosado y ajeno a lo que le rodea, se entreteje un mudo intercambio de preguntas. Son preguntas veladas de tristeza. María piensa en su casita; José, en su trabajo. Aquí habría que partir de cero, en un lugar en que, apenas unos días antes, nadie los conocía. En este lugar no hay ninguna de esas cosas amadas dejadas allí, y que habían sido preparadas para el Niño con gran amor.

Y María lo dice: «¿Cómo hacemos? Allí hemos dejado todo. José ha trabajado para mi Jesús sin ahorrar esfuerzo ni dinero. Ha trabajado de noche, para trabajar durante el día para los demás y ganar así lo necesario para poder comprar las maderas más bonitas, la lana más esponjosa, el lino más cándido, para preparar todo para Jesús. Ha hecho colmenas, ha trabajado hasta de albañil para darle otra distribución a la casa, de forma que la cuna pudiera estar en mi habitación hasta que Jesús fuese más grande, y que luego pudiese dar espacio a la cama; porque Jesús estará conmigo hasta que sea un jovencito».

«José puede ir a recoger lo que habéis dejado».

«¿Y dónde lo metemos? Como tú sabes, Zacarías, nosotros somos pobres. No tenemos más que el trabajo y la casa. Y ambos nos dan para tirar adelante sin pasar hambre. Pero aquí... trabajo encontraremos, quizás, pero tendremos que pensar de todas formas en una casa. Esta buena mujer no nos puede hospedar permanentemente, y yo no puedo sacrificar a José más de lo que ya lo está por mí».

«¡Oh, yo! ¡Por mí no es nada! Me preocupa el dolor de María, el dolor de no vivir en su casa...».

Le brotan a María dos lagrimones.

«Yo creo que debe amar esa casa como el Paraíso, por el prodigio que allí tuvo lugar en Ella... Hablo poco, pero entiendo mucho. Si no fuera por este motivo, no me sentiría afligido. A fin de cuentas, lo único es que trabajaré el doble, pero soy fuerte y joven como para trabajar el doble de lo acostumbrado y cubrir todas las necesidades. Si María no sufre demasiado... si tú dices que se debe hacer así... por mí... aquí estoy. Haré lo que estiméis más justo. Basta con que le sea útil a Jesús».

«Ciertamente será útil. Pensad en ello y veréis los motivos».

«Se dice también que el Mesías será llamado Nazareno...». objeta María.

«Cierto. Pero, al menos hasta que se haga adulto, haced que crezca en Judea. Dice el Profeta: "Y tú, Belén Efratá, serás la más grande, porque de ti saldrá el Salvador". No habla de Nazaret. Quizás ese apelativo se le dará por un motivo que desconocemos. Pero su tierra es ésta».

«Tú lo dices, sacerdote, y nosotros... y nosotros con dolor te escuchamos... y seguimos tu consejo. ¡Y qué dolor!... ¿Cuándo veré aquella casa donde fui Madre?». María llora quedo. Y yo entiendo este llanto suyo... ¡Vaya que si lo entiendo!

La visión me termina con este llanto de María.

[6]Dice luego María:

«Sé que comprendes mi llanto. De todas formas, me verás llorar más intensamente.

Por el momento voy a aliviar tu espíritu mostrándote la santidad de José, que era hombre, o sea, que no tenía más ayuda de su espíritu que su santidad. Yo, en mi condición de Inmaculada, tenía todos los dones de Dios; no sabía que lo era, pero en mi alma éstos eran activos y me daban fuerza espiritual. El, sin embargo, no era inmaculado. La humanidad estaba en él con todo su peso gravoso, y debía elevarse hacia la perfección con todo ese peso, a costa del esfuerzo continuo de todas sus facultades por querer alcanzar la perfección y ser agradable a Dios.

¡Oh, sí, verdaderamente santo era mi esposo! Santo en todo, incluso en las cosas más humildes de la vida: santo por su castidad de ángel, santo por su honestidad de hombre, santo por su paciencia, por su laboriosidad, por su serenidad siempre igual, por su modestia, por todo.

Esa santidad brilla también en este hecho acaecido. Un sacerdote le dice: "Conviene que te establezcas aquí"; y él, aun sabiendo que su decisión le acarreará el tener que trabajar mucho más, dice: "Por mí no es nada. Lo que me preocupa es el sufrimiento de María. Si no fuera por esto, yo, por mí, no me afligiría; es suficiente con que le sea útil a Jesús". Jesús, María: sus angélicos amores. Mi santo esposo no tuvo otro amor en este mundo... y se hizo a sí mismo siervo de este amor.

Le han hecho protector de las familias cristianas, de los trabajadores, de muchas otras categorías (moribundos, esposos...); pues bien, a mayor razón, debería hacérsele protector de los consagrados. Entre los consagrados de este mundo al servicio de Dios, quienquiera que sea, ¿habrá alguno que se haya ofrecido como él al servicio de su Dios, aceptando todo, renunciando a todo, soportándolo todo, llevando todo a cabo con prontitud, con espíritu gozoso, con constancia de ánimo como él? No, no lo hay.

7Y observa otra cosa; o, mejor, dos.

Zacarías es un sacerdote; José, no. Y, sin embargo, observa cómo él, que no lo es, tiene su espíritu en el Cielo más que quien lo es. Zacarías piensa humanamente, y humanamente interpreta las Escrituras, porque - no es la primera vez que lo hace - se deja guiar demasiado por su buen sentido humano. Ya fue castigado por ello, pero vuelve a caer en lo mismo, aunque menos gravemente. Ya respecto al nacimiento de Juan había dicho: "¿Cómo podrá ser esto, si yo soy viejo y mi mujer estéril?". Ahora dice: "Para allanarse el camino, el Cristo debe crecer aquí"; y piensa - con esa pequeña raíz de orgullo que persiste incluso en los mejores - que él le puede ser útil a Jesús - no útil como quiere serlo José (sirviéndole), sino útil siendo maestro suyo (!) -. Dios le perdonó de todas formas por la buena intención; pero, ¿necesitaba, acaso, maestros el "Maestro"?

Traté de hacerle ver la luz en las profecías, mas él se sentía más docto que yo y usaba a su modo esta impresión suya. Yo habría podido insistir y vencer, pero - y ésta es la segunda observación que te presento - respeté al sacerdote; por su dignidad, no por su saber.

8Por lo general, Dios ilumina siempre al sacerdote. Digo "por lo general". Es iluminado cuando es un verdadero sacerdote. No es el hábito el que consagra; consagra el alma. Para juzgar si uno es un verdadero sacerdote, debe juzgarse lo que sale de su alma. Como dijo mi Jesús: del alma salen las cosas que santifican o que contaminan, las que informan todo

el modo de actuar de un individuo. Pues bien, cuando uno es un *verdadero* sacerdote, generalmente siempre Dios le inspira. ¿Y los otros, que no son tales?: tener con ellos caridad sobrenatural, orar por ellos.

Y mi Hijo te ha puesto ya al servicio de esta redención, y no digo más. Alégrate de sufrir porque aumenten los verdaderos sacerdotes. Descansa en la palabra de aquel que te guía. Cree y presta obediencia a su consejo. [9]Obedecer salva siempre. Aunque no sea en todo perfecto el consejo que se recibe.

Tú has visto que nosotros obedecimos, y el fruto fue bueno. Verdad es que Herodes se limitó a ordenar el exterminio de los niños de Belén y de los alrededores. Pero, ¿no habría podido, acaso, Satanás llevar estas ondas de odio, propagarlas, mucho más allá de Belén, y persuadir a un simil delito a todos los poderosos de Palestina para lograr matar al futuro Rey de los judíos? Sí, habría podido. Y esto habría sucedido en los primeros tiempos del Cristo, cuando el repetirse de los prodigios ya había despertado la atención de las muchedumbres y el ojo de los poderosos. Y, si ello hubiera sucedido, ¿cómo habríamos podido atravesar toda Palestina para ir, desde la lejana Nazaret, a Egipto, tierra que daba asilo a los hebreos perseguidos, y, además, con un niño pequeño y en plena persecución? Más sencilla la fuga de Belén, aunque - eso sí - igualmente dolorosa.

La obediencia salva siempre, recuérdalo; [10]y el respeto al sacerdote es siempre señal de formación cristiana. ¡Ay - y Jesús lo ha dicho - ay de los sacerdotes que pierden su llama apostólica! Pero también ¡ay de quien se cree autorizado a despreciarlos!, porque ellos consagran y distribuyen el Pan verdadero que del Cielo baja. Este contacto los hace santos cual cáliz sagrado, aunque no lo sean. De ello deberán responder a Dios. Vosotros consideradlos tales y no os preocupéis de más. No seáis más intransigentes que vuestro Señor Jesucristo, el cual, ante su imperativo, deja el Cielo y desciende para ser elevado por sus manos. Aprended de El. Y, si están ciegos, o sordos, o si su alma está paralítica y su pensamiento enfermo, o si tienen la lepra de unas culpas que contrastan demasiado con su misión, si son Lázaros en un sepulcro, llamad a Jesús para que les devuelva la salud, para que los resucite.

Lamadle, almas víctimas, con vuestro orar y vuestro sufrir. Salvar un alma es predestinar al Cielo la propia. Pero salvar un alma sacerdotal es salvar un número grande de almas, porque todo sacerdote santo es una red que arrastra almas hacia Dios, y salvar a un sacerdote, o sea, santificar, santificar de nuevo, es crear esta mística red. Cada una de sus capturas es una luz que se añade a vuestra eterna corona.

Vete en paz».

32. Presentación de Jesús en el Templo.
La virtud de Simeon y la profecia de Ana.

1 de febrero de 1944.

[1]Veo que de una casita modestísima sale una pareja de personas. Por una escalerita externa baja una jovencísima madre con un niño en brazos envuelto en un lienzo blanco.

Reconozco a esta Mamá nuestra. Es la misma de siempre: pálida y rubia, grácil y muy fina en todos sus movimientos. Va vestida de blanco y arropada con un manto azul pálido, cubre su cabeza un velo blanco. Lleva con mucho cuidado a su Niño.

Al pie de la escalera la está aguardando José al lado de un burrito pardo. José, tanto por lo que se refiere a la túnica como al manto, está vestido todo de color marrón claro. Mira a María y le sonríe. Cuando María llega hasta el burrito, José se pasa las riendas del borriquillo al brazo izquierdo y para que María pueda sentarse mejor en la albardilla del asno, toma un momento al Niño, que duerme tranquilo. Luego le vuelve a dar a Jesús y se ponen en camino.

José va andando al lado de María, sujetando siempre por las riendas al jumento y poniendo cuidado en que éste vaya derecho y sin tropiezos. María tiene a Jesús en el regazo, y, como si tuviera miedo a que cogiese frío, le extiende encima un borde de su manto. Los dos esposos hablan poquísimo, pero se sonríen frecuentemente.

El camino, que no es ningún modelo de vía, en una campiña desnuda por la estación que corre, se articula en varias direcciones. Algún que otro viajero se cruza con ellos dos, o los alcanza, pero son raros.

[2]Luego pueden verse algunas casas y unos muros que recintan una ciudad. Los dos esposos entran en ella por una puerta y comienzan el recorrido por la calzada urbana, hecha de adoquines muy separados. El camino es ahora mucho más difícil, ya porque haya un tráfico que en todo momento hace que el burro se detenga, ya porque éste, por las piedras y los agujeros de las piedras que faltan, haga continuamente movimientos bruscos, los cuales incomodan a María y al Niño.

La calle no es horizontal; sube, aunque ligeramente; es estrecha, entre casas altas de puertecitas estrechas y bajas, de escasas ventanas que dan a la calle. Arriba el cielo se asoma en multitud de listas azules entre unas casas y otras, o más exactamente entre unas terrazas y otras; abajo, en la calle, hay gente y rumor de voces, y se cruzan otras personas a pie o en burros, o llevando jumentos cargados, y otras que van detrás de una caravana de camellos que dificulta el paso. En un momento dado, pasa, con gran ruido de cascos y de armas, una patrulla de legionarios romanos, que desaparece tras un arco que está a caballo de uno y otro lado de una vía muy estrecha y pedregosa.

José gira a la izquierda y toma una calle más ancha y más bonita. Al fondo de la misma veo el muro almenado que ya conozco.

María, al llegar a una puerta en que hay una especie de paradero para otros burros, baja

del suyo. Digo "paradero" porque es una especie de cabaña grande, o, mejor, de cobertizo, donde hay paja esparcida por el suelo y unos palos con unas argollas para atar a los cuadrúpedos.

José da algunas monedas a un hombre que ha venido. Con ellas se procura un poco de heno, luego saca un cubo de agua de un pozo tosco que hay en un ángulo y da las dos cosas al burrito. Después se llega de nuevo hasta donde María y ambos entran en el recinto del Templo.

[3]Se dirigen, primero, hacia un pórtico donde están aquellos a quíenes Jesús, pasado el tiempo, pegará egregiamente con un azote, o sea, los vendedores de tórtolas y corderos y los cambistas. José compra dos pichones blancos. No cambia el dinero. Se entiende que tiene ya el que necesita.

José y María se dirigen hacia una puerta lateral que tiene ocho escalones - creo que también las otras puertas; es como si el cubo del Templo estuviera elevado respecto al resto del suelo -. Ésta tiene un gran atrio, como los portales de nuestras casas de ciudad (para que se haga usted una idea), pero más vasto y ornado. En él, a la derecha y a la izquierda, hay como dos altares, dos volúmenes rectangulares cuya finalidad de momento no entiendo bien (parecen pilas, poco profundas: la parte interna es más baja, en algunos centímetros, respecto al borde externo).

Viene un sacerdote - no sé si motu proprio o es que José le ha llamado -. María ofrece los dos pobres pichones, y yo, que comprendo cuál será su suerte, dirijo la mirada a otra parte. Observo la decoración de la recargadísima puerta, del techo y del atrio. Me parece ver con el rabillo del ojo que el sacerdote asperja a María con agua. Debe ser agua porque no veo manchas en su vestido. Luego María, que junto con los dos pichones había dado un montoncillo de monedas al sacerdote - me había olvidado de decirlo -, entra con José en el Templo propiamente dicho, acompañada por el sacerdote.

Miro a todas partes. Es un lugar decoradísimo. Cabezas de ángeles esculpidas y palmas y ornatos se extienden por las columnas, las paredes y el techo. La luz penetra por unas curiosas ventanas alargadas, estrechas, naturalmente sin cristales, y abiertas en diagonal con respecto a la pared. Supongo que será para impedir que entre el agua cuando llueve torrencialmente.

[4]María se adentra hasta un determinado punto en que se detiene. Unos metros más adelante hay otros escalones y encima hay otra especie de altar, tras el cual hay otra construcción.

Ahora me doy cuenta de que no estaba en el Templo, como creía, sino en lo que rodea al Templo propiamente dicho, o sea, al Santo; traspasar su linde, aparte de los sacerdotes, parece que nadie puede hacerlo. Lo que yo creía que era el Templo, por tanto, no es sino un vestíbulo cerrado, que rodea por tres partes al Templo, que custodia el Tabernáculo. No sé si me he explicado bien; de todas formas, yo no soy ni arquitecta ni ingeniera.

María ofrece el Niño - que se ha despertado y dirige a su alrededor sus ojitos inocentes, con esa mirada de asombro propia de los niños de pocos días - al sacerdote. Éste le toma y le eleva extendiendo los brazos, vuelto hacia el Templo, dando la espalda a esa especie de altar que está encima de aquellos escalones. El rito ha quedado cumplido. La Madre recibe de nuevo al Niño y el sacerdote se marcha.

[5]Algunos miran curiosos. Entre ellos se abre paso un viejecito que camina encorvado y renco apoyándose en un bastón. Debe ser muy anciano - para mí, sin duda, de más de ochenta años -. Se acerca a María y le solicita por un momento al Pequeñuelo. María, sonriendo, se lo concede.

Simeón - que yo siempre había creído que pertenecía a la casta sacerdotal y que, sin embargo, a juzgar al menos por el vestido, es un simple fiel - le toma y le besa. Jesús le sonríe con ese gesto mimoso, incierto, de los lactantes. Parece que le observa curioso, porque el viejecillo llora y ríe al mismo tiempo, y sus lágrimas crean todo un bordado de destellos que se insinúa entre las arrugas y que perla su larga barba blanca hacia la cual Jesús tiende sus manitas. Es Jesús, pero es un niñito pequeñín, y todo lo que se mueve delante de Él atrae su atención, y se le antoja cogerlo para entender mejor lo que es. María y José sonríen, como también las otras personas que están presentes, que celebran la hermosura del Pequeñuelo.

Oigo las palabras del santo anciano y veo la mirada de asombro de José, la mirada emocionada de María, y las de la pequeña multitud (quién se muestra asombrado y emocionado, quién, al oír las palabras del anciano, ríe irónicamente). Entre éstos hay algún barbudo y pomposo miembro del Sanedrín, y menean la cabeza mirando a Simeón con irónica piedad. Deben pensar que ha perdido la razón por la edad.

[6]La sonrisa de María se difumina en su avivada palidez cuando Simeón le anuncia el dolor. A pesar de que Ella ya *lo sepa*, esta palabra le traspasa el espíritu. Se acerca más a José, María, buscando consuelo; estrecha con pasión a su Niño contra su pecho, y bebe, como alma sedienta, las palabras de Ana, la cual, siendo mujer, siente compasión de su sufrimiento y le promete que el Eterno le mitigará con sobrenatural fuerza la hora del dolor. «Mujer, a Aquel que ha dado el Salvador a su pueblo no le faltará el poder de otorgar el don de su ángel para confortar tu llanto. Nunca les ha faltado la ayuda del Señor a las grandes mujeres de Israel, y tú eres mucho más que Judit y que Yael. Nuestro Dios te dará corazón de oro purísimo para aguantar el mar de dolor por el que serás la Mujer más grande de la creación, la Madre. Y tú, Niño, acuérdate de mí en la hora de tu misión».

Y aquí me cesa la visión.

2 de febrero de 1944.

[7]Dice Jesús:

«De la descripción que has hecho, brotan para todos dos enseñanzas.

Primera: no se manifiesta la verdad a aquel sacerdote que, aun estando inmerso en los ritos, tiene su espíritu ausente; antes bien, se revela a un simple fiel.

E1 sacerdote - siempre en contacto con la Divinidad, orientado al cuidado de cuanto concierne a Dios, dedicado a todo aquello que es superior a la carne - habría debido intuir en seguida quién era el Niño que ofrecían al Templo esa mañana. Mas, para poder intuir, necesitaba tener un espíritu vivo, y no solamente una vestidura externa de un espíritu que, si no estaba

muerto, sí al menos muy soñoliento.

El Espíritu de Dios puede, si quiere, tronar como un rayo y sacudir como un terremoto al espíritu más cerrado; puede hacerlo. Pero, generalmente - porque es Espíritu de orden como es Orden Dios en cada una de sus Personas y en su modo de actuar -, se efunde y habla, no digo donde existe mérito suficiente para recibir su manifestación - en ese caso, muy pocas veces se manifestaría, y tú no conocerías tampoco sus luces -, sino en donde ve la "buena voluntad" de merecer su manifestación.

¿Cómo se hace notoria esta buena voluntad? Con una vida hecha toda de Dios hasta donde os es posible. En la fe, en la obediencia, en la pureza, en la caridad, en la generosidad, en la oración. No en las prácticas. En la oración. Hay menos diferencia entre la noche y el día que entre las prácticas y la oración. Ésta es comunión de espíritu con Dios, de la cual salís con vigor nuevo y decididos a ser cada vez más de Dios. Aquéllas son una costumbre cualquiera, con objetivos diversos pero siempre egoístas, y que os deja como erais; es más, os agrava con culpa de embuste o de desidia.

8 Simeón tenía esta buena voluntad. La vida no le había escatimado ni trabajos ni pruebas. Pero él no había perdido su buena voluntad. Los años y las vicisitudes no habían mellado, ni removido, su fe en el Señor, en sus promesas, como tampoco habían cansado su buena voluntad de ser cada vez más digno de Dios. Y Dios, antes de que los ojos de su siervo fiel se cerrasen a la luz del Sol - en espera de volver a abrirse al Sol de Dios rutilante desde los Cielos, abiertos a mi ascensión después del Martirio - le mandó el rayo de luz del Espíritu para que le guiara al Templo y ver así la Luz que había venido al mundo.

"Movido por el Espíritu Santo" dice el Evangelio. ¡Oh! ¡si los hombres supieran qué perfecto Amigo es el Espíritu Santo; qué Guía, qué Maestro! ¡Oh, si amaran los hombres, e invocaran, a este Amor de la Santísima Trinidad, a esta Luz de la Luz, a este Fuego del Fuego, a esta Inteligencia, a esta Sabiduría! ¡Cuánto más sabrían de aquello que es necesario saber!

Mira, María; mirad, hijos. Simeón esperó durante toda una larga vida "ver la Luz"; saber que se había cumplido la promesa de Dios. Pero no dudó nunca. Nunca se dijo a sí mismo: "Es inútil que persevere en esperar y en orar". Perseveró. Y obtuvo "ver" lo que no vieron ni el sacerdote ni los miembros del Sanedrín, que estaban llenos de soberbia y completamente ofuscados: al Hijo de Dios, al Mesías, al Salvador en esa carne infantil que le daba calor y sonrisas. Recibió, a través de mis labios de Niño, la sonrisa de Dios, como primer premio por su vida honrada y pía.

9 *Segunda* lección: las palabras de Ana. Ella, profetisa, también ve en mí, recién nacido, al Mesías. Esto, dada su capacidad de profecía, sería natural; pero, escucha, escuchad lo que, impulsada por la fe y la caridad, dice a mi Madre... e iluminad con ello vuestro espíritu, ese espíritu vuestro que tiembla en este tiempo de tinieblas y en esta Fiesta de la Luz. Dice: "A Aquel que ha otorgado un Salvador no le faltará el poder de enviar a su ángel para confortar tu llanto, el *vuestro*".

Considerad que Dios se ha dado para cancelar la obra de Satanás en los espíritus. ¿No va a poder derrotar *ahora* a los diablos que os torturan? ¿No

va a poder enjugar vuestro llanto, dispersando a estos diablos y volviendo a enviar de nuevo la paz de su Cristo? ¿Por qué no se lo pedís con fe? Pero con fe verdadera, impetuosa, una fe ante la cual el rigor de Dios - indignado por tantas culpas vuestras - caiga con una sonrisa, y llegue el perdón, que es ayuda, y venga su bendición, como arco iris, a esta tierra que se hunde en un diluvio de sangre querido por vosotros mismos.

Considerad que el Padre, después de haber castigado a los hombres con el diluvio, se dijo a sí mismo y dijo a su Patriarca: "No volveré a maldecir la tierra a causa de los hombres, porque los sentidos y los pensamientos del corazón humano están inclinados al mal ya desde la adolescencia; por tanto no volveré a castigar a todo ser vivo, como he hecho". Y se ha mostrado fiel a su palabra; no ha vuelto a mandar el diluvio. Sin embargo, vosotros ¿cuántas veces os habéis dicho, y habéis dicho a Dios: "Si nos salvamos *esta* vez, si nos salvas, no volveremos jamás a hacer guerras, nunca jamás" para hacerlas luego y cada vez más tremendas? ¿Cuántas veces, ¡oh falsos!, y sin respeto hacia el Señor y hacia vuestra palabra? Y, no obstante, Dios os ayudaría una vez más si la gran masa de los fieles le llamase con fe y amor impetuoso.

¡Oh, vosotros - demasiado pocos para contrapesar a los muchos que mantienen vivo el rigor de Dios - vosotros, los que, a pesar del tremendo presente amenazador, que crece por momentos, permanecéis de todas formas devotos a El, depositad vuestras fatigas a los pies de Dios! Él sabrá enviaros a su ángel, como envió al Salvador al mundo. No temáis. Estad unidos a la Cruz, que siempre ha vencido las insidias del demonio, el cual viene, con la crueldad de los hombres y con las tristezas de la vida, a tratar de reducir a la desesperación - o sea, a que queden separados de Dios - a los corazones a los que no puede atrapar de otra manera».

33. Canción de cuna de la Virgen.

28 de noviembre de 1944.

[1]Esta mañana he tenido un suave despertar. Estando aún entre las nieblas del sopor, oía una voz purísima cantar dulcemente una calma canción de cuna. Parecía, por lo lenta y arcaica que era, una pastoral navideña. Yo seguía ese motivo y esa voz, gozándome en ella cada vez más, recobrando la lucidez bajo su onda. Y la he recobrado y he comprendido. He dicho: «¡Te saludo, María, llena de Gracia!» (porque quien cantaba era Mamá). Ella, por su parte, después de decirme: «Yo también te saludo. ¡Ven y alégrate!», ha alzado la voz.

Y la he visto, en la casa de Belén, en la habitación que ocupa Ella,

acunando a Jesús para dormirle. En la estancia estaba el telar de María y unas labores de costura. Parecía que María hubiera dejado el trabajo para darle la leche al Niño, cambiarle los fajos, mejor, la ropa, porque era ya un niño de algunos meses, yo diría que seis u ocho al máximo; y parecía que tuviera intención de seguir trabajando una vez que el Niño se hubiera dormido.

Caía la tarde. El ocaso, ya casi cumplido, había sembrado el cielo sereno de vedijas de oro. Había rebaños que, paciendo las últimas hierbas de un prado florido, regresaban al aprisco, y balaban alzando el morrito.

El Niño tenía dificultad en dormirse; parecía un poco inquieto, como si estuviera incómodo por los dientes o por otra de esas cositas que dan molestias a los niños pequeños.

[2]Escribí, como pude, el canto, en la penumbra de esa hora del amanecer, sobre un pedazo de papel. Ahora lo transcribo aquí.

«Nubecitas todas de oro - cuales greyes del Señor.
En el prado florecido - un rebaño mira allá.
Aun teniendo los rebaños - todos los que hay sobre la tierra
tú serías el corderito - que siempre querría más

Duerme, duerme, duerme, duerme…
No llores más…

Mil estrellas relucientes - contemplando desde el cielo.
Esas tus pupilas dulces - no las hagas más llorar.
Y tus ojos de zafiro - astros de mi pecho son.
¡Y tu llanto es mi dolor! - ¡Oh, no, no, no llores más!...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

Ángeles resplandecientes - todos los del Paraíso
cual corona en torno a ti - por ver tu rostro, sonrientes.
Y tú lloras, inocente - porque quieres a tu lado
que te arrulle tu Mamá - Nana, nana, nana, na...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

Pintará el cielo de rosa - la alborada que retorna
y Mamá aún no reposa - porque tú no llores más.
Dirás "¡Mamá!" en despertando - "¡Hijo!" Ella te dirá;
beso, amor y vida juntos - con la leche te dará...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

¿Cómo estar sin tu Mamá? - aunque soñaras el Cielo.
¡Ven! ¡Ven! ¡Ven! Bajo este velo - que dormir Ella te hará.
Y mi pecho por almohada - y mis brazos como cuna.
¡Y no temas cosa alguna - que contigo estoy aquí!...

Duerme, duerme, duerme, duerme...
No llores más...

Yo contigo estaré siempre - vida de m¡ corazón...
Ya duerme... Como una flor - reclinada sobre el pecho...
Ya duerme ... ¡Chist! ¡despacio! - Quizás ve a su Padre Santo...
Su visión enjuga el llanto - de mi Jesús dulce amado...

Duerme ya, ya duerme, duerme
y su llanto enjugado está...».

[3]Describir la gracia de la escena es imposible. Se trata sólo de una madre acunando a un pequeñuelo; ¡pero son *esa* Madre y *ese* Pequeñuelo! Por tanto, puede hacerse una idea de qué gracia, qué amor, qué pureza, qué Cielo hay en esta pequeña, grande, delicada escena que me regocija con su recuerdo, del cual, como confirmación, queda la melodía que repito para mis adentros, para podérsela cantar a usted; aunque yo no tengo la voz de plata purísima de María, la voz virginal de la Virgen... y pareceré un organillo que pierde aire. No importa, haré lo que pueda. ¡Qué hermosa pastoral para cantarla alrededor de la Cuna de Navidad!

La Madre, primero, estaba meciendo suavemente la cuna de madera; mas luego, viendo que Jesús todavía rebullía, se lo ha puesto junto a su cuello, sentada cerca de la ventana abierta - al lado, la cunita - y, con un vaivén ligero al ritmo de la melodía, ha repetido dos veces la nana, hasta que el pequeño Jesús ha cerrado sus ojitos, ha vuelto la cabecita apoyándola sobre el pecho materno y se ha dormido así, con la carita aplastada contra el calorcito de ese pecho, con una manita apoyada sobre un seno de su Mamá junto a su carrillito rosado, y la otra cayendo sobre el regazo materno. El velo de María daba sombra a la Criaturita santa.

Luego María se levantó con infinito cuidado y puso a su Jesús en la cunita, le tapó con las sábanas, extendió un velo para protegerle de las moscas y del aire, y se quedó contemplando a su Tesoro durmiente. Tenía una mano en el corazón; la otra, apoyada todavía en la cuna, preparada para mecerla si hubiera habido posibilidad de que se hubiera vuelto a despertar; y sonreía, dichosa, un poco inclinada hacia la cuna, mientras las sombras y el silencio descendían sobre la tierra e invadían la habitación virginal.
¡Qué paz! ¡Qué belleza! ¡Y yo me siento dichosa!

[4]No es una visión grandiosa. Quizás, en el conjunto general de las otras, será considerada inútil, porque no revela nada de especial. Lo sé. Pero para mí es una auténtica gracia, y tal la considero porque hace apacible a mi

espíritu; le hace puro, amoroso, como si le hubieran recreado las manos de nuestra Madre. Creo que en este sentido también le gustará a usted. Somos "niños"... ¡Mejor así! Somos gratos tos a Jesús. Que la gente, las personas doctas y complicadas, piensen lo que quieran; que nos llamen incluso "pueriles". Nosotros no pensamos en eso, ¿verdad?

34. Adoración de los Magos. Es “evangelio de la fe”.

28 de febrero de 1944.

1 Mi interno consejero me dice:

«A estas contemplaciones que vas a tener, que Yo te voy a manifestar, llámalas "evangelios de la fe"*, porque vendrán a ilustrarte a ti y a los demás el poder de la fe y de sus frutos, así como a confirmaros en la fe en Dios».

2 Veo Belén, pequeña y blanca, recogida como una parvada bajo el claror de las estrellas. Dos calles principales la cortan en cruz: una, que llega desde fuera, y es la vía principal, que luego prosigue más allá del pueblo; la segunda va de un extremo a otro de éste, y ahí termina. Hay otras callecitas que dividen a este pueblecillo, pero sin la más mínima norma de planificación urbana como nosotros concebimos, sino adaptándose más bien al terreno sinuoso y a las casas que han ido surgiendo aquí o allá, según el capricho del suelo o del constructor. Estando unas hacia la derecha, otras hacia la izquierda, algunas formando arista con la calle que pasa por ellas, estas casas obligan a las calles a ser como una cinta que se desenrede tortuosamente, en vez de algo rectilíneo que vaya de una a otra parte sin desviarse. Una placita de vez en cuando, o bien por un mercado, o bien por una fuente, o porque se ha construido desperdigadamente sin criterio: restos de suelo al sesgo en que no es posible ya construir nada.

En el punto en que de forma particular me parece estar, hay precisamente una de estas placitas irregulares. Debería haber sido cuadrada, o, al menos, rectangular; sin embargo ha resultado un trapecio tan extraño que parece un triángulo acutángulo con el vértice truncado. En el lado más largo - la base del triángulo - hay una construcción ancha y baja, la más grande del pueblo. La rodea un muro liso y desnudo, abierto sólo en dos puntos: dos puertas, que ahora están perfectamente cerradas. Al otro lado del

muro, sin embargo, en su vasto cuadrado, se abren en el primer piso muchas ventanas; en la planta baja hay unos pórticos que rodean a unos patios que tienen paja y detritos en el suelo y sus correspondientes pilones para abrevar a los caballos o a otros animales. En las toscas columnas de las arcadas hay unas argollas para atar a los animales, y, en uno de los lados, existe un vasto cobertizo para cobijar a rebaños y cabalgaduras. Comprendo que se trata de la posada de Belén.

En los otros dos lados iguales de la placita hay casas más o menos grandes, unas con un poco de huerto delante, otras no; efectivamente, algunas de ellas tienen la fachada hacia la plaza, mientras que otras, por el contrario, la parte de

---

* Otros episodios de los "*evangelios de la fe*" no pertinentes a la presente Obra, quedan recogidos en las publicaciones de las obras menores de MV.

atrás. Finalmente, en el lado más corto, de frente al caravasar, hay una única casita con una escalerita externa que introduce a mitad de la fachada en las habitaciones del piso habitado. Todas las casas están cerradas porque es de noche. No hay nadie por las calles, dada la hora.

[3]Veo intensificarse la luz nocturna que llueve del cielo lleno de estrellas, hermosísimas en el cielo oriental, tan vivas y grandes que parecen cercanas y se ve fácil llegarse adonde esas flores resplandecientes que están en el terciopelo del firmamento, y tocarlas. Levanto la mirada para tratar de comprender el origen de este aumento de luz... Una estrella, cuyo insólito tamaño le hace asemejarse a una pequeña Luna, avanza por el cielo de Belén. Las otras parecen eclipsarse y apartarse, cual siervas al paso de su reina, pues el resplandor es tan grande que las sumerge y las anula. Su globo, que parece un enorme zafiro pálido encendido internamente por un Sol, va dejando una estela en la que con el predominante color del zafiro claro se funden los amarillos de los topacios, los verdes de las esmeraldas, los opalescentes de los ópalos, los sanguíneos destellos de los rubíes y el delicado titilar de las amatistas. Todas las piedras preciosas de la Tierra están presentes en esa estela que barre el cielo con un movimiento veloz y ondulante, como si estuviera viva. El color que predomina, no obstante, es el que emana del globo de la estrella: el paradisíaco color de pálido zafiro que desciende a colorar de plata azul las casas, las calles, el suelo de Belén, cuna del Salvador. No es ya esa pobre villa que para nosotros no sería ni siquiera un pueblo; es una villa fantástica de fábula, en que todo es de plata, y el agua de las fuentes y de los pilones es de diamante líquido.

El efluvio de resplandor se hace más vivo. La estrella se detiene encima de la casita que está situada en el lado más corto de la plazuela. Ni los que en aquélla habitan ni los betlemitas la ven, pues están durmiendo en sus casas cerradas. Pero la estrella acelera sus latidos de luz; su cola vibra y ondula más intensamente trazando casi semicírculos en el cielo, que se ilumina todo por la red de astros que la estrella arrastra, por esta red llena de

joyas resplandecientes que tiñen de los más hermosos colores a las otras estrellas, casi como si les transmitieran una palabra de alegría.

La casita ahora está toda bañada de este fuego líquido de gemas. El techo de la breve terraza, la escalerita de piedra oscura, la pequeña puerta... todo es como un bloque de pura plata sembrado todo de polvo de diamantes y perlas. Ningún palacio de la Tierra ha tenido jamás, ni la tendrá, una escalera como ésta, hecha para recibir el paso de los ángeles, para ser usada por la Madre que es Madre de Dios; sus pequeños pies de Virgen Inmaculada pueden apoyarse sobre ese cándido esplendor, esos sus pequeños pies destinados a descansar sobre los escalones del trono de Dios. Y, sin embargo, la Virgen está ajena de ello; Ella vela orante junto a la cuna de su Hijo. En su alma tiene resplandores que superan a éstos con que la estrella embellece las cosas.

[4]Por la calle principal avanza una caravana. Caballos enjaezados, caballos guiados de las riendas, dromedarios y camellos montados o que transportan su carga. El sonido de los cascos produce un rumor como el del agua de un torrente cuando roza las piedras y choca contra ellas. Llegados a la plaza, todos se detienen. La caravana, bajo la luz radiante de la estrella, tiene un esplendor fantástico. Los jaeces de las riquísimas cabalgaduras, los indumentos de sus jinetes, las caras, los equipajes... todo resplandece, uniendo y avivando su brillo de metal, de cuero, de seda, de piedras preciosas, de pelaje... con el brillo estelar. Y los ojos relucen, y ríen las bocas, porque en los corazones se ha encendido otro fulgor: el de una alegría sobrenatural.

Mientras los siervos se encaminan hacia el caravasar con los animales, tres de la caravana se bajan de sus repectivas cabalgaduras; un siervo las conduce inmediatamente a otra parte, y ellos, a pie, se dirigen hacia la casa. Se postran, rostro en tierra, para besar el suelo. Son tres potentados, a juzgar por sus riquísimas vestiduras. Uno de ellos, de piel muy oscura, que se ha bajado de un camello, se arropa con una toga de cándida seda esplendente; ciñen su frente y su cintura preciosos aros; del de la cintura pende un puñal o una espada, cuya empuñadura está cuajada de gemas. Los otros dos, que montaban espléndidos caballos, están vestidos así: uno, de paño de rayas bellísimo en que predomina el color amarillo, elaborado a manera de dominó, largo, ornado con capucha y cordón, tan recamados que parecen una única labor de filigrana de oro; el otro lleva una camisa sedeña, que, formando bolsas, sobresale del pantalón amplio y largo ceñido a los pies, y va envuelto en un finísimo chal, tan ornado todo él de flores y tan vivas éstas, que asemeja a un jardín florido, y lleva en la cabeza un turbante sujetado por una cadenita, toda ella con engastes de diamantes.

Tras haber venerado la casa en que está el Salvador, se ponen de nuevo en pie y se dirigen al caravasar, ya abierto a los pajes que se habían adelantado para llamar a la puerta.

Y aquí cesa la visión. [5]Tres horas después vuelve: es la escena de la adoración de los Magos a Jesús.

Ahora es de día. Un hermoso Sol resplandece en el cielo de la tarde. Un

paje de los tres Magos cruza la plaza y sube la escalerita de la casa. Entra. Vuelve a salir. Regresa a la posada.

Salen los tres Sabios, cada uno seguido de su propio paje. Atraviesan la plaza. Los escasos transeúntes se vuelven a mirar a estos pomposos personajes que pasan muy lentamente, con solemnidad. Entre cuando el paje ha entrado y la entrada de éstos, ha transcurrido ampliamente un cuarto de hora; los habitantes de la casita así han podido prepararse para recibir a los que llegan.

Los tres están vestidos aún más ricamente que la noche precedente. Las sedas resplandecen, las gemas brillan, un gran penacho de preciosas plumas, sembrado de escamas aún más preciosas, ondula trémulo e irradia destellos sobre la cabeza del que lleva el turbante.

Los pajes llevan: uno, un cofre todo taraceado, cuyos refuerzos metálicos son de oro burilado; el segundo, una labradísima copa, cubierta por una aún más labrada tapa, toda de oro; el tercero, una especie de ánfora ancha y baja, también de oro, cubierta con una tapa en forma de pirámide en cuyo vértice hay un brillante. Debe pesar, pues los pajes lo llevan con esfuerzo, especialmente el del cofre.

Suben por la escalera y entran. Entran en una habitación que va de la parte de la calle al dorso de la casa. Por una ventana abierta al sol, se ve el huertecillo posterior. Hay puertas en las otras dos paredes; desde ellas los propietarios curiosean. Éstos son: un hombre, una mujer y, entre jovencitos y niños, tres o cuatro.

[6]María está sentada con José, en pie, a su lado. Tiene al Niño en su regazo. No obstante, cuando ve entrar a los tres Magos, se levanta y hace una reverencia. Está toda vestida de blanco. ¡Qué hermosa, con su sencillo vestido blanco que la cubre desde la base del cuello hasta los pies, desde los hombros hasta sus delgadas muñecas; qué hermosa, con su cabeza pequeña coronada de trenzas rubias, con ese rostro suyo más vivamente rosado por la emoción, con esos ojos que sonríen dulcemente, con esa su boca que se abre para saludar diciendo: «Dios sea con vosotros»! Tanto es así, que los tres Magos, impresionados, se detienen un instante. Pero luego caminan otro poco y se postran a sus pies. Y le ruegan que se siente.

Ellos no, no se sientan, a pesar de los ruegos de Ella; permanecen de rodillas, relajados sobre los talones. Detrás, también de rodillas, los tres pajes; se han detenido apenas traspasado el umbral de la puerta, han depositado delante de ellos los tres objetos que llevaban y están esperando.

Los tres Sabios contemplan al Niño, que creo que puede tener de nueve meses a un año, pues su aspecto es muy vivaz y pujante; está sentado sobre el regazo de su Mamá, y sonríe y balbucea con una vocecita de pajarillo. Está vestido todo de blanco como su Mamá; en sus diminutos piececitos, unas pequeñas sandalias. Es un vestidito muy sencillo: una tuniquita de la que sobresalen los bonitos piececitos inquietos y las manitas gorditas que querrían agarrar todas las cosas, y, sobre todo, la lindísima carita en que brillan los ojos azul oscuros y la boca hace hoyitos a los lados riendo y descubriendo los primeros dientecitos diminutos. Los ricitos de Jesús son tan lúcidos y vaporosos, que parecen polvo de oro.

[7]El más anciano de los Sabios toma la palabra en nombre de los tres, para explicarle a María que durante una noche del pasado diciembre vieron encenderse una nueva estrella en el cielo, de inusitado esplendor. Jamás las

cartas del cielo habían registrado ese astro, jamás lo habían mencionado. No se conocía su nombre, porque no lo tenía. Nacida, entonces, del seno de Dios, esa estrella había brillado para manifestar a los hombres una bendita verdad, un secreto de Dios. Pero los hombres no le habían prestado atención, porque tenían hundida el alma en el fango; no alzaban la mirada hacia Dios y no sabían leer las palabras que El escribe - alabado sea eternamente por ello - con astros de fuego en la bóveda del cielo.

Ellos la habían visto y se habían esforzado por entender su voz. Y, perdiendo contentos el poco sueño que concedían a sus miembros, y aun olvidándose del alimento, se habían sumido en el estudio del zodiaco; las conjunciones de los astros, el tiempo, la estación, el cálculo de las horas pasadas y de las combinaciones astronómicas les habían dicho el nombre y el secreto de la estrella. Su nombre: "Mesías"; su secreto: "ser el Mesías venido al mundo". Y se habían puesto en camino para adorarle. Cada uno de ellos sin que los otros lo supieran. Por montes y desiertos, por valles y ríos, viajando incluso durante la noche, habían venido hacia Palestina, porque la estrella se movía en esa dirección. Para cada uno de ellos, desde tres puntos distintos de la tierra, se movía en esa dirección. Se habían encontrado después del Mar Muerto. La voluntad de Dios los había reunido allí, y juntos habían continuado, comprendiéndose a pesar de que cada uno hablaba su propia lengua, y comprendiendo y pudiendo hablar la lengua del país por un milagro del Eterno.

Juntos se habían dirigido a Jerusalén, dado que el Mesías debía ser el Rey de esta ciudad, el Rey de los judíos; pero en el cielo de esa ciudad la estrella se había ocultado, sintiendo ellos rompérseles de dolor el corazón, y se habían examinado para saber si quizás se hubieran hecho indignos de Dios. Pero, habiéndolos tranquilizado su conciencia, fueron adonde el rey Herodes para preguntarle en qué palacio había nacido el Rey de los judíos que ellos habían venido a adorar. El rey, convocados los príncipes de los sacerdotes y los escribas, había interrogado acerca del lugar en que podía nacer el Mesías, a lo que éstos habían respondido: «En Belén de Judá».

Y habían venido hacia Belén. La estrella, dejada ya la Ciudad santa, había aparecido de nuevo ante sus ojos, y, de noche, el día anterior había aumentado sus resplandores: el cielo todo era un fuego; luego se había parado sobre esta casa, reuniendo toda la luz de las otras estrellas en su haz luminoso. Así, habían comprendido que ahí estaba el Nacido divino. Y ahora le estaban adorando, ofreciendo sus pobres presentes y, sobre todo, su propio corazón, el cual jamás cesaría de bendecir a Dios por la gracia concedida y de amar a su Hijo, cuya santa Humanidad estaban viendo. Luego volverían a informar al rey Herodes, pues también él deseaba adorarle.

8 «Este es el oro que a todo rey corresponde poseer; esto, el incienso, como corresponde a Dios; y esto, ¡oh Madre!, esto es la mirra, porque tu Hijo es, además de Dios, Hombre, y habrá de conocer, de la carne y de la vida humana, la amargura y la inevitable ley de la muerte. Nuestro amor quisiera no pronunciar estas palabras y concebirle eterno también en la carne

como eterno es su Espíritu. Pero, ¡oh Mujer!, si nuestros mapas, y, sobre todo, nuestras almas, no yerran, Él es, este Hijo tuyo, el Salvador, el Cristo de Dios, y, por tanto, deberá, para salvar a la Tierra, cargar sobre sí mismo el peso del mal de la Tierra, uno de cuyos castigos es la muerte. Esta resina es para esa hora, para que la carne santa no conozca la podredumbre de la corrupción y conserve la integridad hasta su resurrección. ¡Y que por este presente nuestro Él se acuerde de nosotros y salve a sus siervos dándoles su Reino!». De momento - añade - Ella, la Madre, para ser santificados por Él, dé a su Niño «a nuestro amor, para que, besando sus pies, descienda sobre nosotros la bendición celeste».

María, que ha superado la turbación suscitada por las palabras del Sabio y ha celado la tristeza de la fúnebre evocación bajo una sonrisa, ofrece al Niño. Lo deposita en los brazos del más anciano, que le besa - y Jesús le acaricia - y luego le pasa a los otros dos.

Jesús sonríe y juguetea con las cadenitas y las cintas de los indumentos de los tres, y mira con curiosidad el cofre abierto, lleno de una cosa amarilla que brilla, y ríe al ver que el sol hace un arco iris al herir el brillante de la tapa de la mirra.

9Los tres Magos devuelven el Niño a María y se levantan. También se pone en pie María. Inclinan mutuamente la cabeza en gesto de reverencia. Antes el más joven había dado una orden al siervo y éste había salido. Los tres siguen hablando todavía un poco. No saben decidirse a separarse de esa casa. Lágrimas de emoción en sus ojos... Al final se dirigen hacia la salida acompañados por María y José.

El Niño ha querido bajar y darle la manita al más anciano de los tres, y anda así, de la mano de María y del Sabio, los cuales se inclinan para tenerle de la mano. Jesús, con su pasito todavía inseguro de infante, ríe, golpeando con sus piececitos sobre la franja que el sol dibuja en el suelo.

Llegados al umbral de la puerta - téngase presente que la habitación tenía la misma largura de la casa - los tres se despiden arrodillándose una vez más y besando los piececitos de Jesús. María, inclinada hacía el Pequeñuelo, le toma la manita y la guía y hace así ésta un gesto de bendición sobre la cabeza de cada uno de los Magos. Es éste ya un signo de cruz trazado por los pequeños dedos de Jesús, guiados por María.

Tras ello, los tres bajan la escalera. La caravana ya está ahí esperando preparada. Los bullones de las cabalgaduras reflejan el Sol del ocaso. La gente se ha agolpado en la placita para ver este insólito espectáculo.

Jesús ríe dando palmadas con sus manitas. Su Mamá le ha alzado y le ha apoyado en el ancho parapeto que limita el descansillo, y le tiene con un brazo sujeto contra su pecho para que no se caiga. José, que ha bajado con los tres Magos, sujeta a cada uno de ellos el estribo al subirse éstos a los caballos o al camello.

Ya todos, siervos y señores, están a caballo. Se da orden de marcha. Los tres, como último saludo, se inclinan hasta tocar el cuello de la cabalgadura. José hace una reverencia. María también, volviendo a guiar la manita de Jesús en un gesto de adiós y bendición.

10Dice Jesús:

«¿Y ahora? ¿Qué deciros ahora, almas que sentís morir la fe? Estos Sabios de oriente no disponían de nada que los confirmara en la verdad; nada sobrenatural. Sólo tenían el cálculo astronómico y la propia reflexión perfeccionada por una vida íntegra. Y, con todo, tuvieron fe. Fe en todo: fe en la ciencia, fe en la conciencia, fe en la bondad divina.

En la ciencia, en cuanto que creyeron en el signo de la estrella nueva, que no podía sino ser "ésa", la que la humanidad desde hacía siglos estaba esperando: *el Mesías.* En la conciencia, en cuanto que tuvieron fe en la voz de la misma, la cual, recibiendo "voces" celestes, les decía: "Esa estrella es la que signa la venida del Mesías". En la bondad, en cuanto que tuvieron fe en que Dios no los engañaría, y en que, dado que su intención era recta, los ayudaría en todos los modos para alcanzar el objetivo.

Y lo lograron. Sólo ellos, entre tantos otros estudiosos de los signos, comprendieron ese signo, porque sólo ellos tenían en el alma el ansia de conocer las palabras de Dios con un fin recto, cuyo principal pensamiento consistía en dar en seguida a Dios honor y gloria.

11 No buscaban el provecho personal. Antes bien, les esperaban dificultades y gastos, y no piden compensación humana alguna. Piden solamente que Dios se acuerde de ellos y los salve para la eternidad.

De la misma forma que su pensamiento no está puesto en ninguna compensación humana posterior, tampoco tienen, cuando deciden el viaje, ninguna preocupación humana. Vosotros habríais hecho mil cavilaciones: "¿Cómo me las voy a arreglar para hacer un viaje tan largo por países y entre gentes de lenguas distintas? ¿Me van a creer, o, por el contrario, me encarcelarán por espía? ¿Qué ayuda me van a ofrecer cuando tenga que pasar desiertos, ríos, montes? ¿Y el calor? ¿Y el viento de los altiplanos? ¿Y las fiebres pantanosas de las zonas palúdicas? ¿Y las riadas dilatadas por las lluvias? ¿Y las comidas distintas? ¿Y el lenguaje distinto? Y... y... y". Así razonáis vosotros. Ellos no razonan así. Dicen, con sincera y santa audacia: 'Tú, ¡oh Dios!, lees nuestro corazón y ves qué fin perseguimos. Nos ponemos en tus manos. Concédenos la sobrehumana alegría de adorar a tu Segunda Persona hecha Carne para la salud del mundo".

Ello es suficiente. Se ponen en camino desde las lejanas Indias. (Jesús me dice luego que con "Indias" quiere decir Asia meridional, donde ahora están Turquestán, Afganistán y Persia). Se ponen en camino desde las cadenas montañosas mongólicas, en cuyo espacio se mueven, libérrimos, sólo águilas y buitres, donde Dios habla con el fragor de los vientos y de los torrentes y escribe palabras de misterio en las inmensas páginas de los neveros. Se ponen en camino desde las tierras en que nace el Nilo, y discurre, vena verde-azul, hacia el corazón azul del Mediterráneo. Ni picos, ni zonas selvosas, ni arenas - océanos secos y más peligrosos que los marinos - detienen su paso. Y la estrella brilla sobre sus noches, negándoles el sueño. Cuando se busca a Dios, los hábitos animales deben ceder ante los anhelos impacientes y las necesidades suprahumanas.

Reciben la estrella desde septentrión, desde oriente y desde meridión, y, por un milagro de Dios, avanza para los tres hacia un punto; como también, por otro milagro, los reúne tras muchas millas en ese punto; y, por otro, les da, anticipando la sabiduría pentecostal, el don de entenderse y de hacerse entender como en el Paraíso, donde se habla una sola

lengua: la de Dios.

> [12]Sólo un momento de turbación los sobrecoge: cuando la estrella desaparece. Ellos - humildes porque eran *realmente grandes* - no piensan que ello sea debido a la maldad de los demás - no habiendo merecido ver la estrella de Dios los hombres corrompidos de Jerusalén -, sino que piensan que ellos son los que se han hecho indignos de Dios, y se examinan con temblor y con contricción ya preparada para pedir perdón.

Mas su conciencia los tranquiliza. Habituadas sus almas a la meditación, tenían una conciencia sensibilísima, afinada por una atención constante, por una aguda introspección, que había hecho de su interior un espejo en que se reflejaban las más ligeras sombras de los hechos cotidianos. Habían hecho de su conciencia una maestra, una voz que los advertía y les gritaba ante la mas pequeña, no digo falta, sino mirada a la falta, a lo que es humano, a la complacencia de lo que es *yo*. Y por eso, cuando se ponen frente a esta maestra, frente a este espejo severo y nítido, saben que no les mentirá. Los tranquiliza y recobran el vigor.

> "¡Oh, qué dulce el sentir que en nosotros no hay nada que sea contrario a Dios; sentir que Él mira con complacencia al corazón del hijo fiel y lo bendice! Este sentir produce aumento de fe y confianza, y esperanza y fortaleza y paciencia. Es momento de tempestad, mas ésta pasará, porque Dios me ama y sabe que le amo, y me seguirá ayudando": esto dicen quienes poseen esa paz que procede de una conciencia recta, reina de todas sus acciones.
>
> [13]He dicho que eran «humildes porque eran realmente grandes". ¿En vuestras vidas, sin embargo, qué sucede? Que uno, no porque sea grande, sino por su mayor despotismo - y se hace poderoso por su despotismo y por vuestra necia idolatría -, no es jamás humilde. Existen pobres desgraciados que, por el solo hecho de ser mayordomos de un déspota, conserjes en algún organismo, funcionarios de un arrabal - a fin de cuentas al servicio de quien los ha hecho lo que son - se dan aires de semidioses. ¡Bueno, pues dan pena!...
>
> Ellos, los tres Sabios, eran realmente grandes, en primer lugar por virtudes sobrenaturales, en segundo lugar, por ciencia, y, por último, por riqueza. Y no obstante se sienten nada: polvo sobre el polvo de la tierra, respecto al Dios altísimo, que crea los mundos con una sonrisa suya, y los esparce como granos de trigo para saciar los ojos de los ángeles con collares hechos de estrellas.

Se sienten nada respecto al Dios altísimo que ha creado el planeta en que viven, y que le ha hecho vario, colocando, cual Escultor infinito de obras inmensas, aquí, con un toque de su pulgar, una corona de suaves colinas, allá una cadena de cumbres y de picos semejante a vértebras de la tierra; de este cuerpo desmesurado cuyas venas son los ríos; pelvis, los lagos; corazones, los océanos; vestiduras, los bosques; velos, las nubes; ornatos, los glaciares de cristal; gemas, las turquesas y las esmeraldas, los ópalos y los berilos de todas las aguas que cantan, con las selvas y los vientos, el gran coro de alabanza a su Señor.

Se sienten nada en su sabiduría respecto al Dios altísimo de quien les viene y que les ha dado ojos más potentes que esas dos pupilas por las que ven las cosas: ojos del alma que

saben leer en las cosas esa palabra no escrita por mano humana, sino grabada por el pensamiento de Dios.
Se sienten nada en su riqueza: átomo respecto a la riqueza del Posesor del universo, que disemina metales y gemas en los astros y planetas, y riquezas sobrenaturales, inagotables riquezas, en el corazón de aquel que le ama.

14 Y, llegados ante una pobre casa de la más mísera de las ciudades de Judá, no menean la cabeza diciendo: "Imposible", sino que se inclinan reverentes, se arrodillan, sobre todo con el corazón, y adoran. Ahí, detrás de esas paredes, está Dios; ese Dios que siempre invocaron, sin atreverse, ni por asomo, a esperar que podrían verle. Le invocaron, más bien, por el bien de toda la humanidad, por "su propio" bien eterno. ¡Ah, sólo esto soñaban para ellos: poder verle, conocer, poseerle en la vida que no conocerá ni alboradas ni ocasos!

Él está ahí, tras esas pobres paredes. ¿Quién sabe si, quizás, su corazón de Niño, que es el corazón de un Dios, no siente estos tres corazones que vueltos hacia el polvo del camino tintinean: "Santo, Santo, Santo. Bendito el Señor, Dios nuestro. Gloria a Él en los Cielos altísimos, y paz a sus siervos. Gloria, gloria, gloria y bendición"? Ellos se lo preguntan con temblor de amor. Y, durante toda la noche y la mañana siguiente preparan, con la más viva oración, su espíritu para la comunión con el Dios-Niño.

No se dirigen a este altar - regazo virginal sobre el que está la Hostia divina - como hacéis vosotros, o sea, con el alma llena de preocupaciones humanas. Se olvidan del sueño y de la comida, toman las vestiduras más bellas - no por humana ostentación, sino por honorar al Rey de los reyes -. En los palacios de los soberanos, los dignatarios entran con las vestiduras más bellas; ¿no debían, acaso, ellos ir adonde este Rey con sus indumentos de fiesta? ¿Y qué fiesta mayor que ésta para ellos?

En sus lejanas patrias, muchas veces tuvieron que ataviarse elegantemente por otros hombres de su mismo rango; para festejarlos u honrarlos. Era justo, pues, humillar ante los pies del Rey supremo púrpuras y joyas, sedas y plumas preciosas. Era justo poner a sus pies, ante sus delicados piececitos, las telas de la Tierra, las gemas de la Tierra, plumajes, metales de la Tierra, para que estas cosas de la Tierra - son obras suyas - adorasen también a su Creador. Y se hubieran sentido felices si la Criaturita les hubiera ordenado que se extendieran en el suelo haciendo una alfombra viva para sus pasitos de Niño, y los hubiera pisado, Él, que había dejado las estrellas por ellos, que sólo eran polvo, polvo, polvo.

15 Eran humildes y generosos, y obedientes a las "voces" que venían de lo Alto. Tales "voces" ordenan llevar presentes al Rey recién nacido. Y ellos llevan los presentes. No dicen: "Es rico y por tanto no lo necesita. Es Dios y por tanto no conocerá la muerte". Obedecen. Y son ellos los primeros en ayudar al Salvador en su pobreza. Y ¡qué providente era ese oro para quien en un futuro próximo sería un fugitivo!, ¡cuánto significado tenía esa resina para quien a no tardar sería matado!, ¡qué pío ese incienso para quien había de sentir el hedor de las lujurias humanas en ebullición en torno a su pureza infinita!

Humildes, generosos, obedientes, respetuosos unos con otros. Las

virtudes engendran siempre otras virtudes. De las virtudes orientadas a Dios proceden las virtudes orientadas al prójimo. Respeto, que a fin de cuentas es caridad. Defieren al más anciano hablar por los tres, y ser el primero en recibir el beso del Salvador y en llevarle de la mano. Los otros podrán volverle a ver, pero él no. Es viejo. Cercano está ya su día de regreso a Dios. A este Cristo le verá, tras su espantosa muerte, y le seguirá por la estela de los salvados en el regreso al Cielo, mas no le volverá a ver en esta Tierra. Quédele, pues, como viático, el calorcito de esta diminuta mano que se abandona en la suya ya rugosa.

Y los demás no tuvieron ninguna envidia del sabio anciano; antes bien, aumentó su veneración por él: en efecto, había merecido más que ellos y durante más tiempo. El Dios-Infante esto lo sabía. La Palabra del Padre todavía no hablaba, pero su acto era ya palabra. ¡Bendita sea esta palabra suya, inocente, que designa a éste como su predilecto!

16 Mas hay, todavía, hijos, otras dos enseñanzas en esta visión.

Cómo José sabe estar dignamente en "su" puesto. Está presente como custodio y tutor de la Pureza y de la Santidad, pero sin usurpar sus derechos. María, con su Jesús, es quien recibe dones y palabras; José exulta por Ella y no se siente herido de ser una figura secundaria. José es un justo, *es el Justo*, y es justo siempre, y en este momento también lo es. No se embriaga con los vapores de la fiesta. Permanece humilde, justo.

Se alegra de esos regalos. No por él mismo, sino pensando que con ellos va a poder hacerles más cómoda la vida a su Esposa y a su dulce Niño. En José no hay avaricia. Es un trabajador y va a seguir trabajando; pero otra cosa es que "Ellos", sus dos amores, puedan vivir con desahogo y comodidad. Ni él ni los Magos saben que esos regalos van a ser útiles para una fuga, para una vida en el exilio (en las que los haberes se disipan como una nube bajo la acción del viento), y para regresar a la patria, tras haber perdido todo: clientes, mobiliario, enseres; sólo con las paredes de la casa, que Dios la protegería porque en ese lugar Él se había unido a la Virgen y se había hecho Carne.

José es humilde - él, que es custodio de Dios y de la Madre de Dios y Esposa del Altísimo - hasta el punto de sujetar el estribo a estos vasallos de Dios. Es un pobre carpintero, debido a que el despotismo humano ha despojado a los herederos de David de sus regios haberes, pero sigue siendo de estirpe real y posee rasgos de rey. De él hay que decir también: "Era humilde porque era realmente grande".

17 Ultima, delicada, indicativa enseñanza.

Es María quien toma la mano de Jesús, que todavía no sabe bendecir, y la guía en el gesto santo.

Es siempre María la que toma la mano de Jesús y la guía. Y ahora sucede lo mismo. Ahora Jesús sabe bendecir, pero a veces su mano traspasada cae cansada y desesperanzada porque sabe que es inútil bendecir. Vosotros destruís mi bendición. Cae también indignada, porque vosotros me maldecís. Y entonces es María la que retira el desdén de esta mano besándola. ¡Oh, el beso de mi Madre! ¿Quién podría resistir a ese beso? Luego toma con sus finos dedos - finos, pero ¡cuán amorosamente imperiosos! - mi muñeca, y me fuerza a bendecir.

No puedo decir que no a mi Madre. Pero tenéis que ir a Ella para hacerla Abogada vuestra. Ella es mi Reina antes de ser vuestra Reina, y su amor por vosotros guarda indulgencias que ni siquiera el mío conoce. Y Ella, incluso sin palabras, sólo con las perlas de su llanto y con el recuerdo de mi Cruz - cuyo signo me hace trazar en el aire - toma la defensa de vuestra causa recordándome: "Eres el Salvador. Salva".

18 He aquí, hijos, el "evangelio de la fe" en la aparición de la escena de los Magos. Meditad e imitad, para bien vuestro».

35. Huida a Egipto. Enseñanzas sobre la última visión relacionada con la llegada de Jesús.

9 de junio de 1944.

1 Mi espíritu ve la siguiente escena.

Es de noche. José está durmiendo en su modesto lecho, en su diminuta habitación. Su sueño es pacífico, como el de quien está descansando del mucho trabajo cumplido con honradez y diligencia.

Le veo en la oscuridad de la estancia, oscuridad apenas interrumpida por un hilo de luz lunar que penetra por una rendija de la hoja de la ventana, que está sólo entornada, no cerrada del todo, como si José tuviera calor en esta pequeña habitación, o como si quisiera tener ese hilo de luz para saberse medir al amanecer y levantarse diligentemente. Está girado sobre uno de los lados, y sonríe mientras duerme, quién sabe ante qué visión que está soñando.

Pero su sonrisa se transforma en congoja. Emite el típico suspiro profundo de quien está teniendo una pesadilla, y se despierta sobresaltado. Se sienta en la cama, se restriega los ojos, mira a su alrededor, y mira hacia la ventanita de la que proviene ese hilo de luz. Es plena noche; no obstante, coge la prenda de vestir que está extendida a los pies de la cama y, todavía sentado en el lecho, se la pone encima de la túnica blanca de manga corta que tenía sobre la piel. Levanta las mantas, pone los pies en el suelo y busca las sandalias. Se las pone y se las ata. Se pone en pie y se dirige hacia la puerta que está frente a su cama; no hacia la que está lateral a la misma y que conduce al salón en que fueron recibidos los Magos.

Llama suavemente con la punta de los dedos: un casi insensible tic-tic. Debe haber oído que se le invita a entrar, pues abre con cuidado la puerta y la vuelve a entornar sin hacer ruido. Antes de ir a la puerta había encendido una lamparita de aceite, de una sola llama; por tanto, se ilumina con ella. Entra... En una habitacioncita sólo un poco más grande que la suya, con una cama pequeña y baja al lado de una cuna, ya ardía una lamparita: la llamita oscilante, en un rincón, parece una estrellita de luz tenue y dorada que permite ver sin molestar a quien esté dormido.

[2]Pero María no está dormida, está arrodillada junto a la cuna. Tiene un vestido claro y está orando, y velando a Jesús, que duerme tranquilo. Jesús tiene la edad de la visión de los Magos. Es un niño de un año aproximadamente, un niño guapo, rosado y rubio, y está durmiendo, con su cabecita ensortijada hundida en la almohada y una manita bien cerrada junto a la garganta.

«¿No duermes?» pregunta José en voz baja denotando asombro. «¿Por qué? ¿Jesús no está bien?».

«¡Oh, no! Él está bien. Yo estoy rezando. Luego me echaré a dormir. ¿Por qué has venido, José?». Mientras habla, María sigue arrodillada donde estaba antes.

José, en voz bajísima para no despertar al Niño, pero en tono apremiante, dice: «Tenemos que irnos de aquí en seguida, *en seguida*. Prepara el baulillo y un fardo con todo lo que puedas meter en ellos. Yo me encargo de preparar lo demás, llevaré lo más que pueda... Cuando empiece a clarear huimos. Lo haría incluso antes, pero tengo que hablar con la dueña de la casa...».

«¿Y por qué esta huida?».

«Después te lo explico mejor. Es por Jesús. Un ángel me ha dicho: "Toma al Niño y a la Madre y huye a Egipto". No pierdas tiempo. Yo ya empiezo a preparar todo lo que pueda».

[3]No era necesario decirle a María que no perdiese tiempo. Apenas ha oído hablar de ángel, de Jesús y de huida, ha comprendido que un peligro se cierne sobre su Criatura, y de un salto se ha puesto en pie; su cara más blanca que un cirio, una mano contra el pecho, angustiada. En seguida se ha puesto en movimiento, ágil, ligera, y ha empezado a colocar la ropa de vestir en el baulillo y en un fardo grande que ha extendido primero sobre su cama aún intacta. Sin duda está angustiada, pero no pierde las riendas; hace las cosas con rapidez pero no sin orden. De vez en cuando, pasando junto a la cuna, mira al Niño, que duerme ajeno a lo que está sucediendo.

«¿Necesitas ayuda?» pregunta cada cierto tiempo José, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

«No, gracias» responde siempre María.

Hasta que el fardo - que debe pesar bastante - no está lleno, no llama a José para que la ayude a cerrarlo y a quitarlo de encima de la cama., No obstante, José quiere hacerlo solo; coge el largo fardo y se lo lleva a su cuarto.

«¿Cojo también las mantas de lana?» pregunta María.

«Coge todo lo más que puedas; todo el resto lo perderemos. Toma todo lo que puedas. Nos servirá porque... ¡porque tendremos que estar fuera mucho tiempo, María!...». José está muy apenado al decir esto, y María... se puede uno hacer idea de cómo está; suspirando, dobla las colchas suyas y las de José, y éste las ata con una cuerda. «Dejamos los bordados y las esterillas» dice mientras está atando las colchas. «A pesar de que voy a tomar tres burros, no puedo cargarlos demasiado, pues el camino será largo e incómodo, parte entre montañas y parte por el desierto. Tapa bien a Jesús. Las noches serán frías, tanto en las montañas como en el desierto. He cogido los regalos de los Magos, porque en aquella tierra nos vendrán bien. Todo lo que tengo lo gasto para comprar los dos burros.

Debo comprarlos, porque no podemos devolverlos. Voy ahora, antes de que amanezca. Sé dónde buscarlos. Tú termina de prepararlo todo». Y se marcha.

María recoge todavía algunos objetos. Observa a Jesús y sale, para volver con unos vestiditos que parecen todavía húmedos - quizas se lavaron el día antes -; los dobla y los envuelve en un pedazo de tela y los coloca junto con las otras cosas. Ya no queda nada más.

Se vuelve mirando a su alrededor y ve, en un rincón, un juguete de Jesús: una ovejita tallada en madera. La toma en sus manos... un sollozo entrecortado... un beso: la madera conserva las huellas de los dientecitos de Jesús, y las orejas de la ovejita están del todo llenas de mordisquitos. María acaricia ese objeto sin valor en sí, de una pobre madera clara, pero de mucho valor para Ella, ya que le habla del afecto de José por Jesús, y de su Niño. Lo pone también con las otras cosas encima del baulillo cerrado.

4 Ahora ya sí que no queda nada. Sólo Jesús, que está en su cunita. María piensa que sería conveniente también preparar al Niño. Va donde la cuna y la menea un poco para despertar al Pequeñuelo. Mas Él solamente refunfuña un poco; se da la vuelta y sigue durmiendo. María le acaricia delicadamente los ricitos. Jesús, bostezando, abre la boquita. María se inclina hacia Él y le besa en la mejilla. Jesús termina de despertarse. Abre los ojos. Ve a su Mamá y sonríe, y tiende las manitas hacia su pecho.

«Sí, amor de tu Mamá. Sí, la leche. Antes que de costumbre... ¡De todas formas, Tú siempre estás preparado para mamar, corderito mío santo!». Jesús ríe y juguetea, agitando los piececitos por fuera de las mantas, y los brazos, con una de esas manifestaciones de alegría de los niños pequeños que tan bonitas son de ver. Hinca los piececitos contra el estómago de su Mamá, se curva en forma de arco y apoya su cabecita rubia en el pecho de Ella, y luego se echa bruscamente para atrás y se ríe agarrando con sus manitas las cintas que ciñen al cuello el vestido de María tratando de abrirlo. Con su camisita de lino, se le ve a Jesús guapísimo, regordete, rosado como una flor.

María se inclina. Así, inclinada, sobre la cuna como protección, llora y sonríe al mismo tiempo, mientras el Niño balbucea esas palabras, que no son palabras, de todos los niños pequeños, entre las cuales se oye nítida y repetidamente la palabra "mamá". La mira, asombrado de verla llorar. Alarga una manita hacia los brillantes hilos de llanto, que se la mojan al hacer la caricia. Primorosamente, vuelve a apoyarse en el pecho materno y en él se recoge enteramente, acariciándoselo con su manita.

María le besa por entre el pelo y le toma en brazos, se sienta y se pone a vestirle: ya tiene el vestidito de lana, ya las diminutas sandalitas. Le da la leche. Jesús mama con avidez la leche buena de su Mamá, y, cuando ya le parece que por la parte derecha viene menos, va a buscar a la izquierda, y ríe al hacerlo, mirando a su Mamá de abajo arriba, para luego dormirse de nuevo - apoyado aún el carrillo róseo y redondo en el seno blanco y redondo - sobre el pecho de Ella.

María se levanta muy despacito y le coloca sobre la manta acolchada de su cama. Le tapa con su manto. Vuelve a la cuna y dobla las mantitas. Piensa en si conviene o no coger también el colchoncito. ¡Tan pequeño

como es... se puede llevar! Lo pone, junto con la almohada, con las cosas que ya estaban encima del baulito. Y llora ante la cuna vacía. ¡Pobre Madre, perseguida en su Criatura!

5José regresa. «¿Estás preparada? ¿Está preparado Jesús? ¿Has cogido sus mantas y su camita? No podemos llevarnos la cuna, pero por lo menos que tenga su colchoncito. ¡Oh, pobre Pequeñuelo, perseguido a muerte!».

«¡José!» grita María agarrándose al brazo de José.

«Sí, María, *a muerte.* Herodes le quiere muerto... porque tiene miedo de Él... Esa fiera inmunda tiene miedo de este Inocente, por su reino humano. No sé lo que hará cuando comprenda que ha huido; pero para entonces nosotros ya estaremos lejos. No creo que se vengue buscándole incluso en Galilea. Ya sería difícil para él descubrir que somos galileos; más difícil aún, saber que somos de Nazaret y *quiénes somos* exactamente. A no ser que Satanás le eche una mano en agradecimiento de sus. fieles servicios. Mas... si eso sucede... Dios nos ayudará igualmente. No llores, María, que el verte llorar es para mí un dolor mucho mayor que el de tener que marchar al exilio».

«¡Perdóname, José! No lloro por mí, ni por los pocos bienes que pierdo. Lloro por ti... ¡Ya mucho te has tenido que sacrificar! Ahora, otra vez, te quedas sin clientes, sin casa... ¡Cuánto te cuesto, José!».

«¿Cuánto! No, María. No me cuestas nada. Me consuelas. Siempre me consuelas. No pienses en el mañana. Tenemos el caudal que nos han dado los Magos. Nos servirán de ayuda al principio. Luego me buscaré un trabajo. Un obrero honrado y competente se abre camino en seguida. Ya lo has visto aquí. No me da abasto el tiempo para el cúmulo de trabajo».

«Sí, lo sé. Pero, ¿quién te va a aliviar tu nostalgia?».

«¿Y a ti? ¿Quién te va a aliviar la nostalgia de esa casa que tanto amas?».

«Jesús. Teniéndole a Él, tengo todo lo que allí tenía».

«Y yo también teniendo a Jesús tengo ya esa patria que he esperado hasta hace pocos meses, y... tengo a mi Dios. Ya ves que no pierdo nada de lo que más amo. Basta con salvar a Jesús; si es así, todo nos queda. Aunque no volviéramos a ver este cielo, estos campos, o los aún más amados campos de Galilea, siempre tendremos todo, porque le tendremos a El.

6Ven, María, que empieza a clarear. Llega el momento de saludar a la huéspeda y de cargar nuestras cosas. Todo irá bien».

María se pone en pie, obediente. Se arropa en su manto; mientras tanto, José prepara un último bulto, se lo carga y sale.

María levanta delicadamente al Niño, le arropa en un mantón y le aprieta contra su pecho. Mira las paredes que durante meses la han hospedado y, rozándolas apenas, las toca con una mano. ¡Bendita esa casa, que ha merecido ser amada y bendecida por María!

Sale. Cruza la habitacioncita que era de José, entra en la estancia grande. La dueña de la casa, en lágrimas, la besa y se despide de Ella, y, levantando un borde del mantón, besa al Niño en la frente. Él duerme tranquilo. Bajan por la escalerita exterior.

Hay un primer claror de alborada que apenas permite ver. En la escasa luz se ven tres burros. El más fuerte lleva los enseres. Los otros van sólo con la albarda. José está manos

a la obra para asegurar bien el baulillo y los paquetes en la albarda del primero. Veo, atados en un haz, y colocados encima del fardo, sus utensilios de carpintero.
Nuevos saludos y nuevas lágrimas. María se monta en su burrillo, mientras la patrona tiene a Jesús en brazos y le besa una vez más; luego se lo devuelve a María. Monta también José, el cual ha atado su asno al que lleva los equipajes, para estar libre y poder así controlar el de María.
La huida comienza mientras Belén, que sueña todavía la fantasmagórica escena de los Magos, duerme tranquila, sin saber lo que le espera.
Y la visión cesa así.

7 Dice Jesús

«Y también esta serie de visiones terminan así. Con el permiso de los doctores difíciles hemos ido mostrándote las escenas que precedieron, acompañaron y siguieron a mi Llegada; no por ellas mismas, que son muy conocidas, sino para aplicación, en ti y en los demás, del sentido sobrenatural que de ellas deriva, y dároslo como norma de vida. Estas escenas son muy conocidas, aunque haya que decir que han sido alteradas por elementos que han ido superponiéndose con los siglos, debido siempre a ese modo de ver, humano, que, pretendiendo dar mayor gloria a Dios - y por ello queda perdonado - transforma en irreal lo que sería tan bonito dejar real. Porque ello no disminuye mi Humanidad ni la de María, de la misma manera que este ver las cosas en su realidad no ofende ni a mi Divinidad ni a la Majestad del Padre ni al Amor de la Trinidad santísima; antes bien, con ello resplandecen los méritos de mi Madre y mi perfecta humildad, y refulge la bondad omnipotente del eterno Señor.

El Decálogo es la Ley; mi Evangelio, la doctrina que os la hace más clara y más atractiva de seguirse. Serían suficientes esta Ley y esta Doctrina para obtener, de los hombres, santos.

Pero vuestra humanidad os pone tantas dificultades - humanidad que, verdaderamente, en vosotros sobrepuja demasiado al espíritu -, que no podéis seguir estos caminos, y caéis, u os detenéis descorazonados. Os decís a vosotros mismos, y a quienes quisieran haceros caminar citándoos los ejemplos del Evangelio: "Pero Jesús, María, José... (y así todos los santos) no eran como nosotros. Eran fuertes; han sufrido, pero han sido inmediatamente consolados; fueron aliviados incluso de ese poco dolor que sufrieron; no sentían las pasiones... Eran seres que ya estaban fuera de la tierra".

8 ¡Ese poco dolor!... ¡No sentían las pasiones!...

El dolor fue amigo fiel nuestro, con los más variados aspectos y nombres.

Las pasiones... No uséis mal la palabra, llamando "pasiones" a los vicios que os sacan del camino recto. Llamadlos sinceramente "vicio", y, además, capitales. No es que nosotros ignorásemos los vicios. Teníamos ojos y oídos, y Satanás hacía danzar ante nosotros y a nuestro alrededor estos vicios, mostrándonoslos en los viciosos con toda su carga de suciedad, o tentándonos con insinuaciones. Mas estas porquerías y estas insinuaciones, tendida como estaba la voluntad a querer agradar a Dios, en vez de producir lo que se había propuesto Satanás, producían lo contrario. Y cuanto más insistía él, más nos refugiábamos nosotros en la luz de Dios, por asco hacia las tinieblas fangosas que nos

ponía ante los ojos del cuerpo y del espíritu.

Pero no hemos ignorado las pasiones en sentido filosófico *en nosotros*. Amamos la patria, y con ella a nuestra pequeña Nazaret, más que a cualquier otra ciudad de Palestina. Tuvimos afectos hacia nuestra casa, hacia los parientes y los amigos. ¿Por qué no íbamos a haberlos tenido? Pero no nos hicimos esclavos de los afectos, porque *nada* sino Dios debe ser señor; antes bien hicimos de ellos buenos compañeros nuestros.

Mi Madre gritó de alegría cuando, pasados aproximadamente cuatro años, volvió a Nazaret y puso pie en su casa, y besó esas paredes entre las cuales su "Sí" abrió su seno para recibir la Semilla de Dios. José saludó con alegría a los parientes, a los sobrinitos, crecidos en número y en edad. Gozó al verse recordado por sus conciudadanos y al ver que por sus dotes en el oficio le buscaron en seguida. Yo fui sensible a la amistad. Sufrí por la traición de Judas como por una crucifixión moral. ¿Y qué?: ni mi Madre ni José antepusieron su amor a la casa, o a los familiares, a la voluntad de Dios.

9Y Yo no escatimé palabras - si había que decirlas - que me habrían de acarrear el rencor de los hebreos o la animadversión de Judas. Yo sabía - y podría haberlo hecho - que bastaba el dinero para sujetarle a mí; pero hubiera sido no a mí como Redentor sino a mí como rico. Yo, que multipliqué los panes, si hubiera querido, habría podido multiplicar el dinero; pero no había venido para proporcionar satisfacciones humanas. A nadie. Mucho menos a los que había llamado. Yo había predicado sacrificio, desapego, vida casta, puestos humildes. ¿Qué Maestro habría sido Yo, qué Justo, si hubiese dado dinero a uno para su sensualismo mental y físico, sólo porque ése hubiera sido el modo de sujetarle a mí?

Para ser grandes en mi Reino hay que hacerse "pequeños". Quien quiera ser "grande" a los ojos del mundo no es apto para reinar en mi Reino; paja es para el lecho de los demonios. Porque la grandeza del mundo está en antítesis con la Ley de Dios.

El mundo llama "grandes" a quienes - con medios casi siempre ilícitos - saben conseguir los mejores puestos y, para hacerlo, hacen del prójimo escabel, y ponen su pie encima y le aplastan; llama "grandes" a los que saben matar para reinar - matar moral o materialmente - y arrebatan puestos o se enseñorean de las naciones y se enriquecen desangrando a los demás, arrebatándoles la riqueza individual o colectiva. El mundo llama frecuentemente "grandes" a los delincuentes. No. La "grandeza" no está en la delincuencia, está en la bondad, la honradez, el amor, la justicia. ¡Observad qué venenosos frutos - recogidos en su malvado, demoníaco jardín interior - vuestros "grandes" os ofrecen!

10Deseo hablar de la última visión, dejando de lado otras cosas - total, sería inútil, porque el mundo *no quiere* oír la verdad que le concierne -. Esta visión da luz acerca de un detalle citado dos veces en el Evangelio de Mateo, una frase repetida dos veces: "¡Levántate, toma al Niño y a *su Madre* y huye a Egipto!"; "¡Levántate, toma al Niño y *a su Madre* y vuelve a la tierra de Israel!". Y has podido ver cómo en la habitación estaba María sola con el Niño.

La virginidad de María después del parto y la castidad de José sufren

muchas agresiones por parte de quienes, siendo sólo lodo putrefacto, no admiten que uno pueda ser ala y luz. Desdichados, cuyo ánimo está tan corrompido y cuya mente está tan prostituida a la carne, que son incapaces de pensar que uno como ellos pueda respetar a una mujer, viendo en ella el alma y no la carne; incapaces de elevarse a sí mismos viviendo en una atmósfera sobrenatural, tendiendo no a las cosas carnales, sino a las divinas.

Pues bien, a estos que combaten contra la suprema belleza, a estos gusanos incapaces de transformarse en mariposa, a estos reptiles cubiertos por la baba de su lujuria, incapaces de comprender la belleza de una azucena, Yo les digo que María *fue virgen y siguió siéndolo*, y que *sólo* su alma se desposó con José, como también su espíritu *únicamente* se unió al Espíritu de Dios, y por obra de Éste concibió al Único que llevó en su seno: a mí, a Jesucristo, Unigénito de Dios y de María.

No se trata de una tradición que haya florecido después, por un amoroso respeto hacia mi Bienaventurada Madre; se trata de una verdad conocida ya desde los primeros tiempos.

Mateo no nació siglos más tarde; era contemporáneo de María. Mateo no era un pobre ignorante que hubiera vivido en los bosques y que fuera propenso a creerse cualquier patraña. Era un funcionario de hacienda, como diríais ahora vosotros (nosotros entonces decíamos recaudador). Sabía ver, oír, entender, escoger entre la verdad y la falsedad. Mateo no oyó las cosas por referencias de terceros, sino que las recogió del labio de María, preguntándole a Ella, llevado de su amor hacia el Maestro y hacia la verdad.
Y no quiero pensar que estos que niegan la inviolabilidad de María piensen que Ella quizás pudo mentir. Mis propios parientes, si hubiera habido otros hijos, hubieran podido desmentir su testimonio: Santiago, Judas, Simón y José eran condiscípulos de Mateo. Por tanto éste hubiera podido fácilmente confrontar las versiones, si hubiese habido otras versiones. Y sin embargo Mateo nunca dice: "¡Levántate y toma contigo a tu mujer!". Dice: "¡Toma contigo a la Madre de Él!". Y antes dice: "Virgen desposada con José"; "José, su esposo".

11 Y que éstos no objeten que se trataba de un modo de hablar de los hebreos, como si decir "la mujer de" fuera una infamia. No, negadores de la Pureza. Ya desde las primeras palabras del Libro se lee: "...y se unirá a su *mujer*". Se la llama "compañera" hasta el momento de la consumación física del vínculo matrimonial, y luego se la llama "la mujer de" en distintos momentos y en distintos capítulos. Así se las llama a las esposas de los hijos de Adán; y a Sara, llamada "mujer de" Abraham: "Sara, *tu mujer*". Y también: "Toma contigo a *tu mujer* y a tus dos hijas", a Lot. Y en el libro de Rut está escrito: "La Moabita, *mujer de* Majlón". Y en el primer libro de los Reyes se dice: "Elcana tuvo dos *mujeres*"; y luego: "Elcana después conoció a *su mujer* Ana"; y también: "Elí bendijo a Elcana y a *la mujer de* este". Y también en el libro de los Reyes está escrito: "Betsabé, *mujer de* Urías Eteo, vino a ser *mujer de* David y le dio a luz un hijo". Y ¿qué se lee en el libro azul de Tobías, lo que la Iglesia os canta en vuestras bodas, para aconsejaros que seáis santos en el matrimonio? Se lee: "Llegado Tobit con *su mujer* y con su hijo..."; y también: "Tobit logró huir con su hijo y con *su mujer*".

Y en los Evangelios, o sea, en tiempos contemporáneos a Cristo, en que, por tanto, se

escribía con lenguaje moderno respecto a aquellos tiempos - por lo que no pueden sospecharse errores de transcripción - se dice, y precisamente lo dice Mateo en el capitulo 22: "...y el primero, habiendo tomado *mujer,* murió y dejó *su mujer* a su hermano". Y Marcos en el capítulo 10: "Quien repudia a su *mujer*...". Y Lucas llama a Isabel *mujer de* Zacarías, cuatro veces seguidas; y en el capítulo 8 dice: "Juana, *mujer de* Cusa".
Como podéis ver, este nombre no era un vocablo proscrito por quien estaba en las vías del Señor, un vocablo inmundo, no digno de ser proferido, y mucho menos escrito, donde se tratara de Dios y de sus obras admirables. Y el ángel, diciendo: "el Niño y su Madre", os demuestra que María fue verdadera Madre suya, pero *no* fue la mujer de José; siempre fue: *la Virgen desposada con José*.

Y ésta es la última enseñanza de estas visiones. Y es una aureola que resplandece sobre las cabezas de María y de José. La Virgen inviolada. El hombre justo y casto. Las dos azucenas entre las que crecí oyendo sólo fragancias de pureza.

12A ti, pequeño Juan*, te podría hablar sobre el dolor de María por su doble, brusca separación de la casa y de la patria. Pero no hay necesidad de palabras. Tú lo comprendes y ello te hace morir. Dame tu dolor. Sólo quiero esto. Es mas que cualquier otra cosa que puedas darme. Es viernes, María. Piensa en mi dolor y en el de María en el Gólgota para poder soportar tu cruz.

Nuestra paz y nuestro amor quedan contigo».

---

* *pequeño Juan* es el apelativo dado a María Valtorta. Aparece frecuentemente en la Obra. Su primera explicación se encuentra en 70.8/9.

36. La Sagrada Familia en Egipto. Una lección para las familias.

25 de enero de 1944 (12 de la noche).

1La suave visión de la Sagrada Familia. El lugar está en Egipto. No tengo dudas de ello porque veo el desierto y una pirámide.
Veo una casucha de un solo piso, el bajo, toda blanca. Una pobre casa de una *muy pobre* gente. Las paredes están apenas revocadas y cubiertas de una mano de cal. La casita tiene dos puertas, una junto a la otra, que introducen en sus *dos únicas* habitaciones, en las que, por ahora, no entro. La casita está en medio de un pedazo de tierra arenosa rodeada por una protección de cañas hincadas en el suelo: una protección muy débil contra los ladrones; puede servir sólo como defensa contra algún perro o gato vagabundo. Claro, ¿a quién le van a venir ganas de robar donde se ve que no hay ni sombra de riqueza?
Esta poca tierra que el seto de cañas limita ha sido cultivada pacientemente como una pequeña huerta, a pesar de ser árida y poco fértil. Para hacer más tupido y menos escuálido el seto, han traído unas plantas trepadoras, que me parecen modestos convólvulos. Sólo en uno de los lados, hay un arbusto de jazmines en flor y una mata de

rosas de las más comunes. En la huertecilla, en los pocos cuadros del centro, noto que hay unas modestísimas verduras, bajo un árbol dejado crecer libremente, que no sé qué clase de árbol es, y que da un poco de sombra al terreno soleado y a la casita. A este árbol está atada una cabrita blanca y negra, que está comiendo y rumiando las hojas de algunas ramas dejadas caer al suelo.

2Allí cerca, sobre una estera extendida en el suelo, está el Niño Jesús. Me da la impresión de que tiene unos dos años, o dos años y medio como mucho. Está jugando con unos pedazitos de madera tallados, que parecen ovejitas o caballitos, y con unas virutas de madera de color claro, menos rizadas que sus bucles de oro. Con sus manitas regordetas está tratando de poner estos collares de madera en el cuello de sus animalitos.

Está tranquilo y sonriente. Muy guapo. Una cabecita toda de bucles de oro muy tupidos; piel clara y delicadamente rosácea; ojitos vivos, brillantes, de color azul intenso. La expresión, naturalmente, es distinta, pero reconozco el color de los ojos de mi Jesús (dos zafiros oscuros y bellísimos).

Viste una especie de larga camisita blanca, que será, sin duda, su túnica; con las mangas hasta el codo. Los pies, en este momento, al desnudo. Las diminutas sandalias están sobre la estera y juega también con ellas el Niño: mete en la suela sus animalitos, y tira de la correa de la sandalia, como si fuera un carrito. Son unas sandalias muy sencillas: una suela y dos correas, que salen: una, de la puntera; otra, del talón; la de la puntera tiene un punto en que se bifurca y una parte pasa por el ojo de la correa del talón para anudarse luego con la otra parte, formando un anillo en la garganta del pie.

3Un poco separada - también a la sombra del árbol - está la Virgen. Está tejiendo en un tosco telar; mientras, vigila al Niño. Veo que las finas y blancas manos van y vienen entramando, y el pie, calzado con sandalia, mueve el pedal. La viste una túnica de color flor de malva, un violeta rosáceo, como el de ciertas amatistas. Tiene la cabeza descubierta, con lo cual puedo ver cómo sus cabellos rubios están separados en dos en la cabeza y peinados sencillamente con dos trenzas que a la altura de la nuca le forman un bonito moño. Las mangas de la túnica son largas y más bien estrechas. No lleva ningún adorno, aparte de su belleza y de su expresión dulcísima. El color del rostro, del pelo y de los ojos, la forma de la cara, son como siempre que la veo. Aquí parece jovencísima. Aparenta apenas veinte años.

En un momento dado se levanta; se inclina hacia el Niño y, cuidadosamente, le pone otra vez las sandalias y se las ata; le acaricia y le besa en la cabecita y en los ojitos. El Niño farfulla unas palabras y Ella responde, pero no entiendo las palabras. Luego vuelve a su telar, extiende sobre la tela y sobre la trama un paño, coge la banqueta en que estaba sentada y se la lleva a la casa. El Niño la sigue con la mirada, sin importunarla cuando Ella le deja solo.

Se ve que el trabajo ha terminado y que empieza a caer la tarde. En efecto, el Sol baja hacia las arenas desnudas y un verdadero fuego invade el cielo detrás de la pirámide lejana.

María vuelve. Coge de la mano a Jesús para que se levante de la esterilla. El Niño obedece sin resistencia. Mientras su Mamá está recogiendo los juguetes y la estera y llevando esas cosas a casa, Él corre hacia la cabrita con un trotecillo de sus bien

torneadas piernecitas, y le echa los bracitos al cuello. La cabrita bala y frota su morrito en los hombros de Jesús.

María vuelve. Tiene ahora un largo velo sobre la cabeza y una ánfora en la mano. Coge a Jesús de la manita y se encaminan los dos, rodeando la casa, hacia la otra fachada.

Yo los sigo, admirando la gracia de la escena: la Virgen conformando su paso al del Niño, y el Niño a su lado dando saltitos o pasitos rápidos. Veo cómo se alzan y se posan los rosados talones, con la gracia propia de los pasos de los niños, sobre la arena del senderillo. Me doy cuenta de que su túnica no le llega a los pies, sino sólo hasta la mitad del muslo. Es primorosa, sencillísima, y está sujeta a la cintura por un cordoncito también blanco.

Veo que en la parte delantera de la casa el seto está interrumpido por una tosca cancilla; María la abre para salir al camino (un mísero camino al extremo de una ciudad - o pueblo -, donde el centro habitado termina en el campo abierto, que aquí está constituido de arena y alguna que otra casita, pobre como ésta, con alguna que otra mísera huerta).

No veo a nadie. María mira hacia el centro, no hacia el campo, como si esperara a alguien, luego se dirige a un pilón - o pozo - que está a unos cuantos metros más arriba, sombreado en círculo por palmeras. Y veo que el terreno en ese lugar tiene hierba verde.

[4]Veo que se acerca por el camino un hombre; no demasiado alto, pero robusto. Reconozco en él a José. Viene sonriente. Es más joven que cuando le vi en la visión del Paraíso. Aparenta como mucho cuarenta años. Su pelo y barba son tupidos y negros; la piel, más bien tostada; los ojos, oscuros. Un rostro honesto y agradable, un rostro que inspira confianza.

Al ver a Jesús y a María acelera el paso. Trae sobre el hombro izquierdo una especie de sierra y una especie de cepillo de carpintero, y en la mano otras herramientas del oficio, no iguales que las de ahora, pero sí muy parecidas. Parece como si estuviera regresando de haber hecho algún trabajo en casa de alguno. Su vestido es de un color entre avellana y marrón; no muy largo - le llega sólo hasta un buen trozo por encima del tobillo -, con las mangas cortas, hasta el codo. Lleva a la cintura una correa de cuero - me parece -. Se trata de un vestido típicamente de trabajo. Calzan sus pies unas sandalias cruzadas a la altura del tobillo.

María sonríe y el Niño emite unos gritos de alegría mientras tiende hacia adelante su bracito libre. Cuando se encuentran los tres, José se inclina para ofrecerle al Niño un fruto - por el color y la forma, creo que es una manzana -. Luego le tiende los brazos y el Niño deja a su Mamá y se acurruca entre los brazos de José, e inclina su cabecita para apoyarla en la cavidad que forma el cuello de él. José besa a Jesús y Jesús besa a José. Una acción llena de afectuosa gracia.

Me he olvidado de decir que María, diligentemente, había cogido las herramientas de trabajo de José para que pudiera abrazar al Niño sin ningún estorbo.

Luego José, que se había acuclillado para ponerse a la altura de Jesús, se alza de nuevo. Coge sus herramientas con la mano izquierda y mantiene al pequeño Jesús estrechado contra su robusto pecho con la derecha; así, se encamina hacia la casa mientras María va a la fuente a llenar su ánfora.

Entrado en el recinto de la casa, José baja al suelo al Niño, coge el telar de María y lo lleva a casa; luego ordeña a la cabrita. Jesús observa atentamente estas operaciones, como también la de cerrar a la cabrita en un cuartito hecho en uno de los lados de la casa.
Se pone la tarde. Veo el rojo del ocaso hacerse violáceo sobre la arena que parece temblar por el calor; y la pirámide parece más oscura.

José entra en la casa, en una habitación que debe ser taller, cocina y comedor al mismo tiempo. Se ve que el otro cuarto es el destinado al descanso; pero en él yo no entro. Hay una tenue lumbre encendida. Hay un banco de carpintero, una pequeña mesa, unas banquetas, unas repisas donde están los pocos platos y vasos que tienen y también dos lámparas de aceite. En uno de los rincones, el telar de María. Y... mucho, mucho orden y limpieza; es una morada pobrísima, pero está limpísima.

Quisiera hacer esta observación: en todas las visiones que tienen por objeto la vida humana de Jesús, he notado que, tanto Él, como María, como José, como Juan, tienen *siempre* en orden y limpios el vestido y la cabeza; vestidos modestos, peinados sencillos pero de una limpieza que les hace aparecer señoriales.

[5]María vuelve con el ánfora. Ha llegado rápido el crepúsculo. Cierran la puerta. Una lamparita, que José ha encendido y colocado sobre su banco, da claridad a la habitación; encorvado hacia éste, él sigue trabajando, en unas pequeñas tablas. Mientras tanto María prepara la cena. También la lumbre da claridad a la habitación. Jesús, con sus manitas apoyadas en el banco y con la cabecita mirando hacia arriba, observa lo que hace José.

Luego se sientan a la mesa después de haber rezado. No se hacen - es natural - el signo de la cruz, pero rezan; José dirige la oración, María responde. No entiendo las palabras. Debe ser un salmo. Lo dicen en una lengua que me es totalmente desconocida.

Se sientan a cenar. Ahora la lamparita está encima de la mesa María tiene a Jesús en su regazo y le da a beber la leche de la cabrita y moja en la leche unas rebanadas de un pan pequeño y de forma redondeada, de corteza y miga duras. Parece un pan hecho con centeno y cebada. Tiene mucho salvado, claro, porque es pan moreno. Entre tanto, José come pan y queso: una raja delgada de queso y mucho pan. Luego María sienta a Jesús en una banquetita que está a su lado y trae a la mesa una verduras cocidas - creo que están hervidas y condimentadas en la forma en que normalmente hacemos nosotros - y, después de servirse José, también las come Ella. Jesús mordisca tranquilo su manzana, y descubre sonriendo sus dientecitos blancos. La cena termina con unas aceitunas o dátiles. No sé bien, porque, para ser aceitunas, son demasiado claras, pero, para ser dátiles, son demasiado duros. Vino, nada. Es una cena de gente pobre.

Pero tanta es la paz que se respira en esta habitación, que no podría dármela igual la visión de ningún pomposo palacio. ¡Y cuánta armonía!

[6]Jesús esta tarde no habla. No me ilustra la escena. Su enseñanza es sólo este don de visión. Bendito sea siempre e igualmente por ello.

26 de enero de 1944.

[7]Dice Jesús:

«La lección, para ti y para los demás, está en las cosas que has visto. Es una lección de humildad, de resignación y de armonía. Sirva de ejemplo a todas las familias cristianas, y, de forma particular, a las que viven en este peculiar y doloroso momento.

[8]Has visto una casa pobre; una casa pobre - y esto es lo doloroso - en un país extranjero.

Muchos, sólo por el hecho de ser unos fieles "pasables", que rezan y me reciben a mí bajo las especies eucarísticas, que rezan y comulgan por "sus" necesidades, no por las necesidades de las almas y para la gloria de Dios - porque es muy raro el que al orar no sea egoísta -, muchos, sólo por este hecho, esperan poder disfrutar de una vida material fácil al amparo del más mínimo dolor, de una vida próspera y feliz.

José y María Te tenían a mí, Dios verdadero, como Hijo suyo, y, no obstante, no tuvieron ni siquiera ese mínimo bien de ser pobres en su patria, en el país donde se los conocía; donde, por lo menos, tenían una casita "suya" y al menos la preocupación del alojamiento no añadía angustia a las muchas otras, en el país en que, por ser conocidos, habría sido más fácil encontrar trabajo y proveer a las necesidades de la vida. Son dos expatriados precisamente por tenerme a mí. Un clima distinto, un país distinto - ¡y tan triste respecto a los dulces campos de Galilea! -, lengua distinta, costumbres distintas, allí, entre una gente que no los conocía y que, como es normal entre los pueblos, desconfiaba de expatriados y desconocidos.

Les faltaban los queridos y cómodos muebles de "su" casita, y esas otras muchas cosas, humildes pero necesarias, que allí había y que entonces no parecían tan necesarias, mientras que aquí, rodeados de esta nada, habrían parecido incluso bonitas (como lo superfluo que hace deliciosas las casas de los ricos). Sentían la nostalgia de la tierra y de la casa, y la preocupación de esas pobres cosas dejadas allí, de la huertecita que quizás ninguno cuidaría, de la vid y de la higuera y de las otras plantas útiles. Les apremiaba la necesidad de conseguir el alimento cotidiano, el vestido, el fuego todos los días; y la necesidad de atenderme a mí, un Niño, al cual no se le podía dar la comida que a sí mismo uno puede darse. Y tenían el corazón lleno de pesares: por las nostalgias, la incógnita del mañana, la desconfianza de la gente, reacia como es, especialmente en los primeros momentos, a acoger ofertas de trabajo de dos desconocidos.

Y a pesar de todo, ya has visto cómo en esta morada se respira serenidad, sonrisa, concordia; y cómo, de común acuerdo, se trata de embellecerla - incluso la mísera huertecita - para que se asemeje más a la que han dejado y para hacerla más confortable. Y cómo en ellos hay un solo pensamiento: hacerme esa tierra menos hostil, a mí, Santo; hacerme esa tierra menos mísera, a mí, que vengo de Dios. Es un amor de creyentes y de padres, que se manifiesta en mil cuidados, que van desde la cabrita - comprada con muchas horas extra de trabajo - hasta los juguetitos tallados en la madera que sobraba, o hasta esa fruta cogida sólo para mí, negándose a sí mismos un bocado.

¡Oh, amado padre mío de la Tierra, cuánto te ha querido Dios, Dios Padre en las Alturas; Dios Hijo, que se ha hecho Salvador, en la Tierra!

En esta casa no hay nerviosismos, caras largas o sombrías, como no hay tampoco el echarse en cara recíprocamente nada, y mucho menos a Dios, que no los ha colmado de bienestar material. José no acusa a María de ser causa de su incomodidad, como tampoco María acusa a José de no saberle dar un mayor bienestar. Se aman santamente, eso es todo, y, por tanto, su preocupación no es el propio bienestar, sino el del cónyuge El verdadero amor no conoce egoísmo. El verdadero amor es siempre casto, aunque no sea perfecto en la castidad como el de los dos esposos vírgenes. La castidad unida a la caridad conlleva todo un bagaje de otras virtudes y, por tanto, hace, de dos que se aman castamente, dos cónyuges perfectos.

> El amor de mi Madre y de José era perfecto. Por tanto era impulso de todas las virtudes, especialmente de la caridad para con Dios, que en todo momento era bendecido, a pesar de que su santa voluntad resultase penosa para la carne y para el corazón; era bendecido porque por encima de la carne y del corazón, en estos dos santos, vivía y dominaba más intensamente el espíritu, el cual magnificaba agradecido al Señor por haberlos elegido para ser los custodios de su eterno Hijo.

9 En aquella casa se hacía oración. Demasiado poco se reza en las casas ahora. Se levanta el día y desciende la noche, empezáis a trabajar y os sentáis a la mesa... sin un pensamiento para el Señor, que os ha permitido ver un nuevo día, que os ha permitido llegar a una nueva noche, que ha bendecido vuestros esfuerzos y ha concedido que éstos os fueran medio para obtener ese alimento, ese fuego, esos vestidos, ese techo que, sí, también le son necesarios a vuestra condición humana. Siempre es "bueno" lo que viene de Dios, que es bueno. Aunque ello sea pobre y escaso, el amor le da sabor y substancia; ese amor que os hace ver en el eterno Creador al Padre que os ama.

> En aquella casa había frugalidad. La habría habido aunque el dinero no hubiera faltado. Se comía para vivir, no para gozo de la gula con la insaciabilidad de los comilones y los caprichos de los glotones, que se llenan hasta rebosar o desperdician dinero en alimentos caros sin pensar siquiera en quien escasea de comida o no la tiene, sin reflexionar en que si fueran moderados ellos muchos podrían ser aliviados de las dentelladas del hambre.
>
> En aquella casa había amor por el trabajo. Este amor hubiera existido aunque el dinero hubiera abundado; porque, trabajando, el hombre obedece al mandato de Dios y se libera del vicio que, cual tenaz hiedra, aprieta y ahoga a los ociosos, que son como bloques de piedra inmóviles. Bueno es el alimento, sereno es el descanso, contento se siente el corazón, cuando uno ha trabajado bien y disfruta de su tiempo de reposo entre un trabajo y otro. El vicio, con sus múltiples facetas, no arraiga ni en la casa ni en la mente de quien ama el trabajo; al no arraigar el vicio, prospera el afecto, la estima, el respeto mutuo, y crecen los tiernos vástagos en un ambiente puro, viniendo a ser así a su vez origen de futuras familias santas.

En aquella casa reinaba la humildad. ¡Cuán vasta lección de humildad para vosotros, soberbios! María habría tenido, humanamente, miles de motivos para ensoberbecerse y para obtener que el cónyuge la adorase. Muchas mujeres lo hacen, y sólo por ser un poco más cultas, o de ascendencia más noble, o más acaudaladas que el marido. María es Esposa y Madre de Dios, y, sin embargo, sirve - no se hace servir - al cónyuge, y es toda amor para con él. José es la cabeza en esa casa; ha sido juzgado por Dios digno de ser

cabeza de familia, de recibir de Dios al Verbo encarnado y a la Esposa del Espíritu Santo para custodiarlos. Y, con todo, se muestra solícito en aligerar a María de esfuerzos y labores, y se ocupa de los más humildes quehaceres que puede haber en una casa, para que María no se fatigue; y no sólo esto, sino que, como puede, en la medida de sus posibilidades, la alivia y se las ingenia para hacerle cómoda la casa y alegre de flores la pequeña huerta.
En aquella casa se respetaba el orden: sobrenatural, moral y material. Dios, como Señor supremo que es, recibe culto y amor: éste es el *orden sobrenatural.* José es el cabeza de familia, y recibe afecto, respeto y obediencia: *orden moral.* La casa es un don de Dios, como también el vestido y los enseres; en todas las cosas se manifiesta la Providencia de Dios, de ese Dios que proporciona la lana a las ovejas, plumas a los pájaros, hierba a los prados, heno a los animales, semillas y ramas a las aves; de ese Dios que teje el vestido del lirio de los valles. Casa, vestido, enseres: estas cosas hay que recibirlas con gratitud, bendiciendo la mano divina que las otorga, tratándolas con respeto, como don del Señor; no mirándolas, porque sean pobres, con enfado; y sin maltratarlas abusando de la Providencia: éste es el *orden material.*
10No has comprendido la conversación en dialecto nazareno, ni tampoco las palabras de la oración, pero las cosas que has visto han servido de gran lección. ¡Meditadla, vosotros, los que tanto sufrís ahora por haber faltado en tantas cosas a Dios, incluso en aquellas en que jamás faltaron los santos Esposos que me fueron Madre y padre!
Y tú regocíjate con el recuerdo del pequeño Jesús; sonríe pensando en sus pasitos infantiles. Dentro de poco le verás caminar bajo una cruz; entonces será una visión de llanto».

37. Primera lección de trabajo a Jesús, que se sujetó a la regla de la edad.

21 de marzo de 1944.

1Veo aparecer, dulce como un rayo de sol en día lluvioso, a mi Jesús, pequeñuelo de unos cinco años aproximadamente, todo rubio y todo lindo con un sencillo vestidito azul celeste que le llega hasta la mitad de sus bien contorneados muslos.
Está jugando con la tierra en el pequeño huerto. Está haciendo montoncillos de tierra, y plantando encima ramitas, como si fueran bosques en miniatura; con piedrecitas marca los senderos. Luego intenta hacer un pequeño lago en la base de sus minúsculas colinas. Para ello coge un fondo de alguna pieza vieja de loza y lo entierra hasta el borde; luego lo llena de agua con una botija que zambulle en un pilón usado como lavadero o para regar el huerto. Pero lo único que consigue es mojarse el vestido, sobre todo las mangas. El agua se sale del plato desportillado, y, tal vez, rajado, y... el lago se seca.
José ha salido a la puerta y, silencioso, se queda un tiempo mirando todo ese trabajo que está haciendo el Niño, y sonríe. En efecto, es un espectáculo que hace sonreír de alegría. Luego, para impedir que Jesús se moje más, le llama. Jesús se vuelve sonriendo, y, viendo a José, corre hacia él con sus bracitos tendidos hacia adelante. José, con el borde

de su indumento corto de trabajo, le seca las manitas llenas de tierra y se las besa. Y comienza un dulce diálogo entre los dos.

Jesús explica su trabajo y su juego, así como las dificultades que había encontrado para llevarlo a cabo. Quería hacer un lago como el de Genesaret (por ello supongo que le habían hablado de él o que le habían llevado a verlo). Quería hacerlo en pequeño, como entretenimiento. Aquí estaba Tiberíades, allí Magdala, allí Cafarnaúm. Esta era la vía que llevaba, pasando por Caná, a Nazaret. Quería botar al lago una barquitas - estas hojas son barcas - e ir a la otra orilla. Pero, el agua se sale...

José observa y se interesa tomándolo todo con seriedad. Luego propone hacer él "mañana" un pequeño lago, no con el plato desportillado, sino con un pequeño recipiente de madera, bien estucado y empecinado, en el que Jesús podrá botar verdaderas barquitas de madera que José le va a enseñar a hacer . 2Precisamente en este momento le iba a traer unas pequeñas herramientas de trabajo, adecuadas para Él; para que pudiera aprender, sin mayor esfuerzo, a usarlas.

«¡Así te podré ayudar!» dice Jesús con una sonrisa.
«Así me podrás ayudar, y te harás un hábil carpintero. Ven a verlas».
Y entran en el taller. Y José le muestra un pequeño martillo, una sierra pequeña, unos minúsculos destornilladores, una garlopa como de juguete; todo ello puesto encima de un banco de carpintero recién hecho: un banco adecuado a la estatura del pequeño Jesús.
«¿Ves cómo se sierra? Se apoya este pedazo de madera así. Se coge la sierra así, y, con cuidado de no ir a los dedos, se sierra. Prueba tú...».

Y empieza la lección. Y Jesús, rojo del esfuerzo y aprentando los labios, sierra con cuidado, y luego alisa la tablita con la garlopa, y, a pesar de que esté no poco torcida, le parece bonita, y José le alaba y le enseña a trabajar, con paciencia y amor.

3María regresa - estaba fuera de casa -, se asoma a la puerta y mira. Ninguno de los dos la ve porque están vueltos de espaldas. La Madre sonríe al ver el interés con que Jesús usa la garlopa, y el afecto con que José le enseña.

Pero Jesús debe sentir esa sonrisa. Se vuelve. Ve a su Mamá y corre hacia Ella con su tablita medio cepillada y se la enseña. María observa con admiración y se inclina hacia Jesús para darle un beso. Le pone en orden los ricitos despeinados, le seca el sudor de su cara acalorada, y, afectuosa, le escucha cuando Jesús le promete que le va a hacer una banquetita para que trabaje más cómoda.

José, erguido junto al minúsculo banco, apoyada su mano en uno de los lados, mira y sonríe.
He presenciado la primera lección de trabajo a mi Jesús. Y toda la paz de esta Familia santa está en mí.

4Dice Jesús:

«Te he confortado, alma mía, con una visión de mi niñez, feliz dentro de su pobreza por haber estado rodeada del afecto de dos santos mayores que los cuales el mundo no tiene ninguno.

[5]Se dice que José fue el padre nutricio mío. ¡Cierto es que, si bien no pudo, como hombre, darme la leche con que me nutrió María, sí se quebrantó a sí mismo trabajando para darme pan y confortación, y tuvo una dulzura de sentimientos de verdadera madre! De él aprendí - y jamás alumno alguno tuvo un maestro mejor - todo aquello que hace del niño un hombre; un hombre, además, que ha de ganarse el pan.

Si bien mi inteligencia de Hijo de Dios era perfecta, hay que reflexionar y creer que Yo no quise saltarme sin más la regla de la edad. Por eso, humillando mi perfección intelectiva de Dios hasta el nivel de una perfección intelectiva humana, me sujeté a tener como maestro a un hombre, a tener necesidad de un maestro. Y el hecho de haber aprendido con rapidez y buena voluntad no me quita el mérito de haberme sujetado a un hombre, como tampoco le quita a este hombre justo el de haber sido él quien nutrió mi pequeña mente con las nociones necesarias para la vida.

Esas gratas horas pasadas al lado de José (quien, como a través de un juego, me puso en condiciones de ser capaz de trabajar), esas horas, no las olvido ni siquiera ahora que estoy en el Cielo. Y cuando miro a mi padre putativo, veo nuevamente el huertecito y el humoso taller, y me parece ver a mi Madre asomándose con esa sonrisa suya que hacía de oro el lugar y dichosos a nosotros.

[6]¡Cuánto deberían las familias aprender de estos esposos perfectos, que se amaron como ningunos otros lo hicieran!

José era la cabeza. Clara e indiscutible era su autoridad familiar; ante ella se plegaba reverente la de la Esposa y Madre de Dios; a ella se sujetaba el Hijo de Dios. Todo lo que José decidía, bien hecho estaba; sin discusiones, sin obstinaciones, sin resistencia alguna. Su palabra era nuestra pequeña ley. ¡Y, a pesar de ello, cuánta humildad tuvo! Jamás abusó de su poder, jamás dictaminó cosa alguna contra todo canon, simplemente por ser el jefe. La Esposa era su dulce consejera, y aunque Ella, en su profunda humildad, se considerase la sierva de su consorte, éste extraía, de su sabiduría de Llena de Gracia, la luz para conducirse en todo lo que acaecía. Y Yo así fui creciendo, cual flor protegida por dos vigorosos árboles, entre estos dos amores que se entrelazaban por encima de mí para protegerme y amarme.

No. Mientras la edad me hizo ignorar el mundo, Yo no sentí nostalgia del Paraíso. Presentes estaban Dios Padre y el Divino Espíritu, pues María estaba llena de Ellos. Y los ángeles allí moraban, porque nada les hacía alejarse de esa casa. Y hasta podría decir que uno de ellos se había revestido de carne y era José, alma angélica liberada del peso de la carne, dedicada sólo a servir a Dios y a su causa y a amarle como le aman los serafines. ¡Oh, la mirada de José!: pacífica y pura como la de una estrella ajena a toda concupiscencia terrena. Era nuestro descanso y nuestra fuerza.

[7]Hay muchos que piensan que Yo no sufrí humanamente cuando la muerte apagó esa mirada de santo, esa mirada celadora presente en nuestra casa. Si bien, siendo Dios - y, como tal, conociendo la feliz ventura de José - no me apenó su partida (que tras breve estancia en el Limbo le había de abrir

el Cielo), como Hombre sí lloré en esa casa privada de su amorosa presencia. Lloré por el amigo desaparecido. ¿Y es que, acaso, no debía haber llorado por este santo mío, en cuyo pecho, de pequeño, yo había dormido, y del cual había recibido amor durante tantos años?

8Finalmente pongo ante la consideración de los padres cómo sin contar con una erudición pedagógica José supo hacer de mí un hábil artesano. Apenas llegado Yo a la edad que me permitía manejar las herramientas, no dejándome saborear la ociosidad, me encaminó al trabajo, y se sirvió sobre todo de mi amor por María para estimularme a trabajar: hacer aquellos objetos que le fueran útiles a Mamá. Y así se inculcaba el debido respeto que todo hijo debería tener hacia su madre, y sobre este respetuoso y amoroso fulcro apoyaba la formación del futuro carpintero.

¿Dónde están ahora las familias en que a los pequeños se les haga amar el trabajo como medio para realizar algo grato a los padres? Los hijos, actualmente, son los déspotas de la casa. Se desarrollan indiferentes, duros, mezquinos para con sus padres, a quienes consideran a su servicio, como si fueran sus esclavos; no los aman, y de ellos reciben a su vez poco amor. En efecto, al mismo tiempo que hacéis de vuestros hijos unos déspotas caprichosos, os separáis de ellos desentendiéndoos vergonzosamente.

Padres del siglo veinte, vuestros hijos son de todos menos vuestros: son de la nodriza, de la institutriz, del colegio, si sois ricos; de los compañeros, de la calle, de las escuelas, si sois pobres. No son vuestros. Vosotras, madres, los generáis, nada más; vosotros, padres, hacéis lo mismo. Y, sin embargo, un hijo no es sólo carne; es mente, es corazón, es espíritu. Creed, pues, que nadie tiene más deber y derecho que un padre y una madre de formar esta mente, este corazón, este espíritu.

9La familia existe, debe existir. No hay teoría o progreso alguno que pueda válidamente demoler esta verdad sin provocar un desastre. Una institución familiar desmoronada sólo puede dar futuros hombres y mujeres cada vez más depravados, causa a su vez de calamidades crecientes. En verdad os digo que sería preferible que no os casarais más, que no engendrarais más sobre esta tierra, en lugar de tener estas familias menos unidas que un clan de monos, estas familias que no son escuela de virtud, de trabajo, de amor, de religión, sino un caos en que todos viven autónomamente, como engranajes desengranados que al final terminan por romperse.

Seguid, seguid destruyendo. Ya estáis viendo y sufriendo los frutos de vuestra acción quebrantadora de la forma más santa de la vida social. Seguid, seguid, si queréis. Pero luego no os quejéis de que este mundo sea cada vez más infernal, morada de monstruos devoradores de familias y naciones. ¿Así lo queréis? Pues sea así».

38. María, maestra de Jesús, Judas y Santiago.

29 de octubre de 1944.

1Dice Jesús:

«Ven, pequeño Juan, y observa. Retrocede a los años de mi niñez, agarrada de mi mano, de esta mano mía que te guía. Todo cuanto veas *deberá* incluirse en el Evangelio de mi infancia, donde *quiero* que quede recogida también la visión relativa a la permanencia de la Familia en Egipto. Lo pondréis de la siguiente manera: la Familia en Egipto; luego, la primera lección de trabajo de Jesús niño; luego, la que vas a describir ahora, luego, la escena de la mayoría de edad (prometida hoy, 25-11)*; por último, la visión de Jesús entre los doctores en el Templo en su 12ª Pascua. Motivo tiene también lo que ahora vas a ver; es más, proyecta luz sobre algunos puntos de mis primeros años, y sobre las relaciones entre los parientes. Esto es un regalo para ti, en esta fiesta mía de la Regalidad; para ti, que sientes cómo se transvasa a ti la paz de la casa de Nazaret cuando la ves. Escribe».

2Veo la habitación que habitualmente usan como comedor, la misma en que María teje o cose. Es la habitación contigua al taller de José, cuyo diligente trabajar se siente; aquí hay, por el contrario, silencio. María está cosiendo unas piezas de lana alargadas, ciertamente tejidas por Ella, que tienen aproximadamente medio metro de anchas y un poco más del doble de largas; creo entender que están destinadas a ser un manto para José.

Por la puerta abierta de la parte del huerto-jardín se ve el seto formado por unas matas de enredado ramaje de esas margaritas pequeñas de color azul-violeta que comúnmente se llaman "Marías" o "Cielo estrellado". Desconozco su exacto nombre botánico. Están florecidas. Por tanto, debe ser otoño. De todas formas, los árboles tienen todavía un follaje verde tupido y hermoso, y las abejas, desde dos colmenas adosadas a una pared soleada, vuelan zumbando, danzando y brillando al sol, de una higuera a la vid, de ésta a un granado lleno de redondos frutos, algunos de los cuales han estallado ya por exceso de vigor y muestran sus collares de jugosos rubíes, alineados en el interior de su verde-rojo cofre, de compartimentos amarillos.

3Bajo los árboles, Jesús está jugando con otros dos niños de más o menos su misma edad. Son de pelo rizado, no rubios. Es más, uno de ellos es intensamente moreno: una cabecita de corderito negro que hace resaltar aún más la blancura de la piel de su carita redonda en que se abren dos ojazos de un azul tendente al

---

* *la escena de la mayoría de edad (prometida hoy, 25-11):* relacionarlo con el principio del capítulo siguiente, el número 39.

violáceo; bellísimos. El otro es menos rizado y de un color castaño oscuro, tiene ojos castaños y coloración más morena, aunque con una tonalidad rosácea en los carillos. Jesús, con su cabecita rubia, entre los otros dos, oscuros, parece ya aureolado de fulgor. Están jugando en concordia con unos pequeños carritos en los que hay... distintas mercancías: hojas, piedrecitas, virutas, pedacitos de madera. Eran mercaderes, sin duda, y Jesús era el que compraba para su Mamá, a la que le lleva ora una cosa, ora otra; María, sonriendo, acepta los objetos comprados.

Pero después de un poco el juego cambia. Uno de los dos niños propone: «¿Por qué no hacemos el Éxodo a través de Egipto? Jesús es Moisés; yo, Aarón; tú... María».

«¡Pero si yo soy chico!».

«¡No importa! ¿Qué más da? Tú eres María y bailas ante el becerro de oro, que será aquella colmena».

«Yo no bailo. Soy un hombre y no quiero ser una mujer; soy un fiel, y no quiero bailar ante el ídolo».

Jesús interviene diciendo: «Pues no hacemos este pasaje. Podemos hacer ese otro de cuando le eligen a Josué sucesor de Moisés. Así no está ese feo pecado de idolatría y Judas estará contento de ser hombre y sucesor mío. ¿Verdad que estás contento?».

«Sí, Jesús. Pero entonces Tú tienes que morir, porque Moisés muere después. No quiero que Tú mueras; Tú, que siempre me quieres tanto».

«Todos morimos... Pero Yo antes de morir bendeciré a Israel, y, dado que aquí sólo estáis vosotros, en vosotros bendeciré a todo Israel».

Es aceptada la propuesta. Pero luego surge una cuestión: si el pueblo de Israel, después de tanto caminar, llevaba o no los carros que tenía al salir de Egipto. Hay disparidad de ideas.

Se recurre a María. «Mamá, Yo digo que los israelitas tenían todavía los carros. Santiago dice que no. Judas no sabe a quién de los dos dar la razón. ¿Tú sabes si los tenían?».

«Sí, Hijo. El pueblo nómada tenía todavía sus carros. En los descansos los reparaban. Montaban en ellos los más débiles. Se cargaba en ellos aquellos víveres o cosas que un pueblo tan numeroso necesitaba. Todas las demás cosas iban en los carros, menos el Arca, que la llevaban a mano». La cuestión está resuelta.

[4]Los niños van al final del huerto y, desde allí, entonando salmos, vienen hacia la casa. Jesús viene delante cantando salmos con su vocecita de plata. Detrás de Él vienen Judas y Santiago portando un pequeño carrito elevado al rango de Tabernáculo. Pero, dado que además de a Aarón y a Josué tienen que representar también al pueblo, se han quitado los cinturones y se han atado al pie los otros carros en miniatura, y así caminan, serios como si fueran verdaderos actores.

Hacen el recorrido de la pérgola, pasan por delante de la puerta de la habitación donde está María, y Jesús dice: «Mamá, pasa el Arca, salúdala». María se levanta sonriendo y se inclina ante su Hijo, que, radiante, pasa, aureolado de sol.

Acto seguido Jesús trepa un poco por el lado del monte que limita la

casa, o mejor, el huerto. Arriba de la gruta, erguido, dirige unas palabras a... Israel. Manifiesta los preceptos y las promesas de Dios, señala a Josué como caudillo, le llama a sí - Judas también sube arriba de la peña -, le anima y le bendice. Luego pide una... tabla (es la hoja ancha de una higuera) y escribe el cántico, y lo lee; no todo, pero sí una buena parte de él, y al hacerlo da la impresión de que realmente lo estuviera leyendo en la hoja. A continuación se despide de Josué, el cual le abraza llorando, y sube más arriba, justo hasta el borde de la peña. Allí bendice a todo Israel, es decir, a los dos niños que están prosternados en tierra, y luego se acuesta sobre la corta hierbecilla, cierra los ojos y... muere.

5María se había quedado, sonriente, a la puerta, y, cuando le ve echado en el suelo, rígido, grita: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Levántate! ¡No estés así! ¡Mamá no quiere verte muerto!».

Jesús se levanta del suelo, sonríe, y va hacia Ella corriendo, y la besa. Se acercan lo mismo Santiago y Judas, y María los acaricia también.

«¿Cómo puede acordarse Jesús de ese cántico tan largo y difícil y de todas esas bendiciones?» pregunta Santiago.

María sonríe y responde sencillamente: «Tiene una memoria muy buena y está muy atento cuando yo leo».

«Yo, en la escuela, estoy atento, pero con tanta lamentación me viene el sueño... Entonces, ¿no voy a aprender nunca?».

«Aprenderás. Tranquilo».

6Llaman a la puerta. José atraviesa con paso rápido huerto y habitación, y abre.

«¡La paz sea con vosotros, Alfeo y María!».

«Y con vosotros. Paz y bendición».

Es el hermano de José con su mujer. Un rústico carro tirado por un robusto burro está parado en la calle.

«¿Habéis tenido buen viaje?».

«Sí, bueno. ¿Y los niños?».

«Están en el huerto con María».

Ya los niños venían corriendo a saludar a su mamá. También María está viniendo, trayendo a Jesús de la mano. Las dos cuñadas se besan.

«¿Se han portado bien?».

«Sí, muy bien, y han sido muy cariñosos. ¿La familia está toda bien?».

«Todos están bien. Nos han dado recuerdos para vosotros. De Caná os mandan muchos regalos: uvas, manzanas, queso, huevos, miel. Y... José, he encontrado exactamente lo que tú querías para Jesús. Está en el carro, en aquella cesta redonda». La mujer de Alfeo, sonriendo, se curva hacia Jesús, que la está mirando con unos ojos maravillados, abiertísimos; y le besa en esos dos pedacitos de azul y dice: «¿Sabes lo que he traído para ti? Adivina».

Jesús piensa, pero no adivina. Probablemente lo hace a propósito, para que José tenga la alegría de dar una sorpresa. En efecto, José entra trayendo consigo una cesta redonda. La deposita en el suelo a los pies de Jesús, desata la cuerda que está sujetando la tapadera, la levanta... y una ovejita toda

blanca, un verdadero copo de espuma, aparece, dormida sobre un heno muy limpio.

«¡Oh!» exclama Jesús con estupor y beatitud, mientras hace ademán de echarse hacia el animalito, pero... no, se vuelve y corre adonde José, que aún está agachado, y le abraza y le besa dándole las gracias.

Los primitos miran con admiración al animalito, que ahora está despierto y alza su rosado morrito y bala buscando a su mamá. Sacan de la cesta a la ovejita y le ofrecen un manojo de tréboles. Ella come, mirando a su alrededor con sus mansos ojos.

Jesús repite una y otra vez: «¡Para mí! ¡Para mí! ¡Padre, gracias!».

«¿Te gusta mucho?».

«¡Oh, mucho! Blanca, limpia... una cordera... ¡oh!» y le echa sus brazitos al cuello a la ovejita, pone su cabeza rubia sobre la cabecita, y se queda así, satisfecho.

«También os he traído a vosotros otras dos» dice Alfeo a sus hijos. «Pero son de color oscuro. Vosotros no sois ordenados como lo es Jesús y, si hubieran sido blancas, las tendríais mal. Serán vuestro rebaño, las tendréis juntas, y así vosotros dos, golfos, no estaréis ya más por ahí por las calles tirando piedras».

Los dos niños van corriendo al carro para ver a estas otras dos ovejas, más negras que blancas.

Jesús por su parte se ha quedado con la suya. La lleva al huerto, la da de beber, y el animalito le sigue como si le conociera desde siempre. Jesús la llama. Le pone por nombre «Nieve». Ella responde balando jubilosa.

Los llegados ya están sentados a la mesa. María les sirve pan, aceitunas y queso. Trae también una ánfora de sidra o de agua de manzanas, no lo sé; veo que es de un color dorado muy claro.

Los niños juegan con los tres animales y ellos se ponen a conversar. Jesús quiere que estén las tres ovejas, para darles a las otras también agua y un nombre: «La tuya, Judas, se llamará "Estrella" por el signo ese que tiene en la frente; y la tuya "Llama", porque tiene un color como el de ciertas llamas de brezo lánguido».

«De acuerdo».

Los mayores dicen - es Alfeo el que habla -: «Espero haber resuelto así la historia de las peleas entre muchachos. Tu idea, José, ha sido la que me ha iluminado. Dije: "Mi hermano quiere una cordera para Jesús, para que juegue un poco. Yo me llevo dos para esos golfos, para que estén un poco tranquilos y no tener siempre problemas con otros padres por cabezas o rodillas rotas. Un poco la escuela y un poco las ovejas, lograré tenerlos quietos". [7]Por cierto, este año tendrás que mandar tú también a Jesús a la escuela. Ya es tiempo».

«Yo no voy a mandarle jamás a Jesús a la escuela» dice María con tono resoluto. Resulta insólito oírla hablar así, y además antes que José (!).

«¿Por qué? El Niño tiene que aprender, para que a su debido tiempo sea capaz de afrontar el examen de la mayoría de edad...».

«El Niño sabrá; pero no irá a la escuela. Está decidido».

«Pues serías la única que actuara así en Israel».

«Pues seré la única, pero actuaré así. ¿No es verdad, José?».

«Así es; Jesús no tiene necesidad de ir a la escuela. María se ha formado en el Templo y

es una verdadera doctora en el conocimiento de la Ley. Será su Maestra. Es también mi deseo».
«Le estáis mimando demasiado al Muchacho».
«Eso no puedes decirlo. Es el mejor de Nazaret. ¿Le has visto alguna vez llorar o cogerse alguna pataleta o negarse a obedecer o faltar al respeto?».
«No. Pero un día será así si le seguís mimando».
«Tener al lado a los hijos no es mimarlos; es quererlos, con mente cabal y buen corazón. Nosotros amamos así a nuestro Jesús, y, dado que María es una mujer más instruida que el maestro, será Ella la Maestra de Jesús».
«Y cuando sea hombre, tu Jesús será una mujercita temerosa hasta de las moscas».
«No lo será. María es una mujer fuerte y sabe educarle virilmente; y yo no soy ningún mezquino, y sé dar ejemplos viriles. Jesús es un niño sin defectos físicos ni morales. Por tanto se desarrollará recto y fuerte en el cuerpo y en él espíritu. Estáte seguro de esto, Alfeo. No dejará fea a la familia. Y, además, ya lo he decidido y es suficiente».
«Lo habrá decidido María. Tú sólo...».
«¿Y si así fuera? ¿No es acaso bonito que dos personas que se aman estén en la disposición de tener el mismo pensamiento y la misma voluntad, porque mutuamente abrazan el deseo del otro y lo hacen propio? Si María desease estupideces, yo le diría que no, pero lo que pide son cosas llenas de sabiduría, y yo las apruebo y hago mías. Nosotros nos amamos como el primer día... y lo seguiremos haciendo mientras vivamos, ¿verdad, María?».

«Sí, José. Y aun en el caso - y ojalá no suceda jamás - de que uno de los dos muriese y el otro no, nos seguiríamos amando».

José le acaricia a María la cabeza, como si fuera una hija pequeña, y Ella a su vez le mira con ojos serenos y amorosos.

[8]La cuñada interviene diciendo: «Tenéis realmente razón. ¡Si yo fuera capaz de enseñar!... En la escuela nuestros hijos aprenden el bien y el mal; en casa, sólo el bien. Pero yo no sé hacerlo... Si María...».

«¿Qué quieres, cuñada? Habla libremente. Tú sabes que te quiero y que me siento contenta cada vez que puedo satisfacerte en algo».

«No, yo lo que pensaba... era... Santiago y Judas son sólo un poco mayores que Jesús. Ya van a la escuela... ¡pero, para lo que saben!... Por el contrario, Jesús ya sabe muy bien la Ley.... Yo quisiera... bueno, ¿si te pidiera que los tuvieras también a ellos cuando enseñas a Jesús? Creo que ganarían en bondad y en conocimientos. Al fin y al cabo son primos y sería justo que se quisieran como hermanos... ¡Qué feliz me sentiría!».
«Si José y tu marido quieren, yo por mí estoy dispuesta. Hablar para uno o para tres es igual. Repasar la Escritura es motivo de gozo. Que vengan».
Los tres niños, que habían entrado despacito, han oído estas palabras y están a la espera del veredicto.
«Te harán desesperar, María» dice Alfeo.
«¡No! Conmigo siempre se portan bien. ¿Verdad que os vais a portar bien si yo os enseño?».

Los dos niños acuden a su lado corriendo, uno a la derecha, el otro a la izquierda. Le ponen los brazos en torno a los hombros apoyando en ellos sus cabecitas, y hacen promesas de *todo* el bien posible.

«Déjales que prueben, Alfeo, y déjame probar también a mí. Yo creo

que no quedarás descontento de la prueba. Que vengan todos los días desde la hora sexta hasta la tarde. Será suficiente, créelo. Conozco el arte de enseñar sin cansar. A los niños hay que tenerlos cautivados y distraídos al mismo tiempo. Hay que comprenderlos, amarlos y ser amados para conseguir de ellos. Y vosotros me queréis, ¿no?».

La respuesta es dos fuertes besos.

«¿Lo ves?».

«Ya lo veo. Sólo me queda decirte: "Gracias". Y Jesús ¿qué va a decir cuando vea a su mamá entretenida en otros? ¿Tú qué dices, Jesús?».

«Yo digo: "'Bienaventurados los que le prestan atención y levantan su morada junto a la de Ella". Como con la Sabiduría, dichoso aquel que es amigo de mi Madre. Me gozo viendo que aquéllos a quienes amo son sus amigos».

«¿Quién pone tales palabras en labios de este Niño?» pregunta Alfeo asombrado.

«Nadie, hermano, nadie de este mundo».

La visión cesa en este momento.

9 Dice Jesús:

«Y María fue Maestra mía, de Santiago y de Judas. Y éste es el motivo por el cual hubo entre nosotros amor fraternal, además de por el parentesco; por la ciencia y por haber crecido juntos, como tres sarmientos con un único palo como soporte: la Madre mía. Que en verdad mi dulce Madre era doctora como nadie en Israel. Sede de la Sabiduría, *de la verdadera Sabiduría,* Ella nos instruyó para el mundo y para el Cielo. Digo que "nos instruyó" porque yo fui alumno suyo no en modo distinto de mis primos. Y el "sello" colocado sobre el misterio de Dios fue mantenido contra las pesquisas de Satanás, mantenido bajo la apariencia de una vida común.

¿Te has deleitado con esta delicada escena? Queda ahora en paz. Jesús está contigo».

39. Preparativos para la mayoría de edad de Jesús y salida de Nazaret.

25 de noviembre de 1944.

1 He recibido una promesa suya. Yo le decía: «Jesús, ¡cuánto me gustaría ver la ceremonia de la mayoría de edad tuya!». Y Él me respondió: «Será lo primero que te dé en cuanto podamos estar "nosotros" sin menoscabo del misterio. Y la vas a poner después de la escena que te he dado hace poco tiempo (29-10) de mi Madre como Maestra mía y de Judas y Santiago. La pondrás entre ésta y la Disputa en el Templo».

19 de diciembre de 1944.

2 Veo a María encorvada hacia una batea, o, mejor, un barreño de barro, mezclando algo que despide vapor en el aire frío y sereno que llena el huerto

de Nazaret.

Debe ser pleno invierno. Lo deduzco del hecho de que, menos los olivos, todos los árboles están deshoiados y exhaustos. Arriba, un cielo tersísimo y un Sol que aun siendo radiante no logra templar la tramontana que hay, que sopla y hace chocar unas con otras las desnudas ramas u ondular las ramitas entre grises y verdes de los olivos.

La Virgen María lleva un vestido tupido de color marrón casi negro, que la cubre enteramente. Se ha colocado delante una tela basta, a manera de mandil, para protegerlo. Saca de la tina el palo con que estaba removiendo el contenido. Veo que del palo caen gotas de un bonito color bermejo. María observa, se moja un dedo con las gotas que caen, y prueba el color en el mandil. Parece satisfecha.

Entra en la casa y vuelve a salir con muchas madejas de blanquísima lana, y las echa, una a una, en la tina, con paciencia y cautela.

[3]Mientras está haciendo esto, entra su cuñada - que viene del taller de José - María de Alfeo. Se saludan. Se hablan.

«¿Queda bien?» pregunta María de Alfeo.

«Espero que sí».

«Me aseguró esa gentil que se trata de la misma tinta y del mismo sistema de teñir que utilizan en Roma. Si me lo dio es porque se trataba de ti y por haber hecho aquellas labores. Ella dice que no hay quien borde como tú, ni siquiera en Roma. Debes haber perdido la vista haciéndolas...».

María sonríe y hace un movimiento de cabeza como diciendo: «¡Son cosas sin importancia!».

La cuñada mira las últimas madejas de lana antes de pasárselas a María, y exclama: «¡Qué bien las has hilado! Son hilos tan finos y uniformes que parecen cabellos. Tú todo lo haces bien... y ¡qué rápida! ¿Estas últimas serán más claras?».

«Sí, para la túnica; el manto es más oscuro».

Las dos mujeres se ponen a trabajar juntas: primero, en la tina; luego sacan las madejas, ya de un lindo color purpúreo, y corren veloces a sumergirlas en el agua helada que llena el pilón, colocado bajo la fina vena que mana y cae produciendo notas de risitas apenas perceptibles. Aclaran una y otra vez y luego extienden las madejas sobre unas cañas aseguradas a los árboles de unas ramas a otras.

«Con este viento se secarán bien y rápido» dice la cuñada.

«Vamos donde José. Hay lumbre. Debes estar helada» dice María Stma. «Has sido buena conmigo ayudándome. He acabado pronto y con menos esfuerzo. Gracias».

«¡Oh! ¡María! ¿Qué no haría yo por ti! Estar a tu lado es motivo siempre de gozo. Además... todo este trabajo es por Jesús. Y, ¡es tan encantador tu Hijo!... Ayudándote a ti para la celebración de su mayoría de edad, me parecerá sentirme yo también madre suya».

Y las dos mujeres entran en el taller, lleno de ese olor a madera cepillada que es típico de los talleres de carpintero.

[4]Y la visión sufre una interrupción... para continuar después, en el momento de la partida de Jesús para Jerusalén a los doce años.

Su figura es bellísima. Está tan desarrollado, que parece un hermano menor de su joven Madre (ya le llega a María a los hombros); su cabeza,

rubia y ensortijada, de melena hasta más abajo de las orejas - ya no tiene el pelo corto, como en los primeros años de su vida - parece un casco de oro repleto de relucientes bucles laborados.

Va vestido de rojo, un bonito rojo de rubí claro: una túnica que le llega hasta los tobillos dejando ver sólo los pies, calzados con sandalias; es una túnica suelta, de mangas largas y amplias. En el cuello, en los bordes de las mangas y en la base, grecas tejidas con colores sobrepuestos, muy bonitas...

(al copiar la visión esperar al resto, que estará en el nuevo cuaderno).

20 de diciembre, de 1944.

Veo el momento en que Jesús entra, acompañado de su Madre, en el - digámoslo así - comedor de la casa de Nazaret.

Jesús tiene doce años. Es un muchacho alto, bien formado, fuerte, aunque no gordo; parece, por su complexión, más adulto de lo que realmente es; le llega ya a su Madre a la altura de los hombros. Su rostro es todavía redondeado y rosado, es todavía el rostro de Jesús niño, rostro que, con el paso del tiempo, con la edad juvenil y viril, se habrá de alargar, y tomará un cromatismo indefinido, una tonalidad como la de ciertos alabastros delicados que tienden apenas al amarillo-rosa.

Sus ojos - también sus ojos - son todavía ojos de niño. Son grandes y miran bien abiertos, con una chispa de alegría perdida en la seriedad de la mirada. *Pasado el tiempo,* ya no estarán tan abiertos... Los párpados descenderán hasta medio cerrar los ojos, para velarle al Puro y Santo el exceso de mal que hay en el mundo. Solamente en los momentos de los milagros, o cuando ponga en fuga a los demonios o a la muerte, o para curar las enfermedades y los pecados; solamente entonces los abrirá, y centellearán, aún más que ahora. Pero, ni siquiera entonces tendrán esta chispa de alegría mezclada con la seriedad... La muerte y el pecado estarán cada vez más cerca y más presentes, y, con ambos, el conocimiento - con su faceta humana - de la inutilidad del sacrificio a causa de la voluntad contraria del hombre. Sólo en rarísimos momentos de alegría, por estar con los redimidos, y especialmente con los puros - generalmente niños - brillarán de júbilo estos ojos santos y buenos.

Ahora, estando con su Madre, en su casa, y con San José frente a Él, sonriéndole con amor, y con esos primitos suyos que le admiran, y con su tía, María de Alfeo, que le está acariciando, se siente feliz. Mi Jesús tiene necesidad de amor para sentirse feliz, y en este momento lo tiene.

Está vestido con una túnica suelta, de lana, de color rojo rubí claro, suave, perfectamente tejida, fina y compacta al mismo tiempo. En el cuello, por la parte de delante, en la base de las mangas largas y amplias, y en la base de la túnica, que llega hasta abajo dejando apenas ver los pies calzados con sandalias nuevas y bien hechas - no las usuales suelas sujetas al pie con unas correas -, tiene una greca, no bordada, sino tejida en un color más oscuro sobre el color rubí de la túnica. Deduzco que debe ser obra de su Madre, porque la cuñada la admira y alaba.

Su bonito pelo rubio tiene ya una tonalidad más cargada que cuando era un niño pequeño, con reflejos cobrizos en los aros de los bucles que terminan bajo las orejas; ya no son

esos ricitos cortos y vaporosos de la infancia, pero tampoco es la melena de la edad adulta, ondulada, que termina a la altura de los hombros en delicada forma tubular; de todas maneras ya tiende a ésta, en color y forma.

5«He aquí a nuestro Hijo» dice María levantando con su mano derecha la izquierda de Jesús. Parece como si se lo quisiera presentar a todos y confirmar la paternidad del Justo, que sonríe. Y añade: «Bendícele, José, antes de partir para Jerusalén. No fue necesaria la bendición para su inicio en la escuela, primer paso en la vida; hazlo ahora que Él va al Templo para ser declarado mayor de edad. Y bendíceme también a mí. Tu bendición... (María contiene el llanto) le fortalecerá a Él y me dará fuerza a mí para separarme de Él un poco más...».

«María, Jesús será siempre tuyo. La fórmula no lesionará nuestras mutuas relaciones. Yo no te voy a disputar a este Hijo, amado nuestro. Ninguno merece como tú el guiarle en la vida, ¡oh Santa mía!».

María se inclina, toma la mano de José y la besa: es la esposa, y ¡qué respetuosa y amante de su consorte!

José acoge este signo de respeto y de amor con dignidad, mas luego alza esa misma mano y la deposita sobre la cabeza de su Esposa diciéndole: «Sí. Te bendigo, Bendita, y a Jesús contigo. Venid, mis únicos tesoros, honor y finalidad míos». José se muestra solemne: con los brazos extendidos y las palmas vueltas hacia abajo sobre las dos cabezas inclinadas, igualmente rubias y santas, pronuncia la bendición: «El Señor os guarde y os bendiga, tenga misericordia de vosotros y os dé paz. El Señor os dé su bendición». Y luego dice: «En marcha. La hora es propicia para el viaje».

6María coge un manto, amplio, de color granate oscuro, y en elegantes pliegues lo dispone sobre el cuerpo de su Hijo. ¡Y cómo le acaricia al hacerlo!

Salen. Cierran. Se ponen en marcha. Otros peregrinos van en la misma dirección. Fuera del pueblo, las mujeres se separan de los hombres. Los niños van con quien quieren. Jesús se queda con su Madre.

Los peregrinos caminan - la mayoría entonando salmos - por las campiñas llenas de hermosura en el más jubiloso tiempo de primavera. Frescos prados, tiernos cereales, frescos follajes en los árboles poco ha florecidos; hombres cantando por los campos y por los caminos, cantos de pájaros en celo entre las frondas; límpidos arroyos, espejo de las flores de las orillas; corderitos saltarines al lado de sus madres.. Paz y alegría bajo el más hermoso cielo de abril.

La visión cesa así.

40. Jesús examinado en su mayoría de edad en el Templo.

21 de diciembre de 1944.

[1]El Templo en días de fiesta. Muchedumbre de gente entrando o saliendo por las puertas de la muralla, o cruzando los patios o los pórticos; gente que entra en esta o en aquella construcción sita en uno u otro de los distintos niveles en que está distribuido el conjunto del Templo.

Y también entra, cantando quedo salmos, la comitiva de la familia de Jesús; todos los hombres primero, luego las mujeres. Se han unido a ellos otras personas, quizás de Nazaret, quizás amigos de Jerusalén, no lo sé.

José, después de haber adorado con todos al Altísimo desde el punto en que se ve que los hombres podían hacerlo - las mujeres se han quedado en un piso inferior -, se separa, y, con su Hijo, cruza de nuevo, en sentido inverso, unos patios; luego tuerce hacia una parte y entra en una vasta habitación que tiene el aspecto de una sinagoga (!) - ¿Es que había sinagogas en el Templo! -; habla con un levita, y éste desaparece tras una cortina de rayas para volver después con algunos sacerdotes ancianos. Creo que son sacerdotes; son, eso sí, no cabe duda, maestros en cuanto al conocimiento de la Ley y tienen por eso como misión examinar a los fieles.

[2]José presenta a Jesús. Antes ambos se habían inclinado con gran reverencia ante los diez doctores, los cuales se habían sentado con majestuosidad en unas banquetas bajas de madera. José dice: «Éste es mi hijo. Desde hace tres lunas y doce días ha entrado en el tiempo que la Ley destina para la mayoría de edad. Mas yo quiero que sea mayor de edad según los preceptos de Israel. Os ruego que observéis que por su complexión muestra que ha dejado la infancia y la edad menor; os ruego que le examinéis con benignidad y justicia para juzgar que cuanto aquí yo, su padre, afirmo, es verdad. Yo le he preparado para este momento y para que tenga esta dignidad de hijo de la Ley. El sabe los preceptos, las tradiciones, las decisiones, conoce las costumbres de las fimbrias y de las filacterias, sabe recitar las oraciones y las bendiciones cotidianas. Puede, por tanto, conociendo la Ley en sí y en sus tres ramas, Halasia, Midrás y Haggadá, guiarse como hombre. Por ello, deseo ser liberado de la responsabilidad de sus acciones y de sus pecados. Que de ahora en adelante quede sujeto a los preceptos y pague en sí las penas por las faltas respecto a ellos. Examinadle».

«Lo haremos. [3]Acércate, niño. ¿Tu nombre?».

«Jesús de José, de Nazaret».

«Nazareno... Entonces, ¿sabes leer?».

«Sí, rabí. Sé leer las palabras escritas y las que están encerradas en las palabras mismas».

«¿Qué quieres decir con ello?».

«Quiero decir que comprendo el significado de la alegoría o del símbolo celados bajo la apariencia; de la misma forma que no se ve la perla pero está dentro de la concha fea y cerrada».

«Respuesta no común, y muy sabia. Raramente se oye esto en boca de adultos, ¡así que fíjate tú, oírselo a un niño, y además, por si fuera poco, nazareno!...».

Se ha despertado la atención de los doctores y sus ojos no pierden de vista un instante al hermoso Niño rubio que los está mirando seguro; sin petulancia, sí, pero también sin

miedo.
«Eres honra de tu maestro, el cual, ciertamente, era muy docto».
«La Sabiduría de Dios estaba recogida en su corazón justo».
«¿Estáis oyendo? ¡Dichoso tú, padre de un hijo así!».
José, que está en el fondo de la sala, sonríe y hace una reverencia.

4 Le dan a Jesús tres rollos distintos y le dicen: «Lee el que está cerrado con una cinta de oro».

Jesús lo desenrolla y lee. Es el Decálogo. Pero, leídas las primeras palabras, un juez le quita el rollo y dice: «Sigue de memoria». Jesús sigue, tan seguro que parece como sí estuviera leyendo. Y cada vez que nombra al Señor hace una profunda reverencia.

«¿Quién te ha enseñado a hacer eso? ¿Por qué lo haces?».
«Porque es un Nombre santo y hay que pronunciarlo con signo interno y externo de respeto. Ante el rey, que lo es por breve tiempo, se inclinan los súbditos, y es sólo polvo, ¿ante el Rey de los reyes, ante el altísimo Señor de Israel, presente, aunque sólo visible al espíritu, no habrá de inclinarse toda criatura, que de Él depende con sujeción eterna?».
«¡Muy bien! Hombre, nuestro consejo es que pongas a tu Hijo bajo la gula de Hil.lel o de Gamaliel. Es nazareno... pero sus respuestas permiten esperar de Él un nuevo gran doctor».

«Mi hijo es mayor de edad. Hará lo que Él quiera. Yo, si su voluntad es honesta, no me opondré».

5 «Niño, escucha. Has dicho: "Acuérdate de santificar las fiestas, teniendo en cuenta que el precepto de no trabajar en día de sábado fue dicho no sólo para ti, sino también para tu hijo y tu hija, para tu siervo y tu sierva, e incluso para el jumento". Entonces, dime: si una gallina pone un huevo en día de sábado, o si una oveja pare, ¿será lícito hacer uso de ese fruto de su vientre, o habrá que considerarlo como cosa oprobiosa?».

«Sé que muchos rabíes - el último de los cuales, en vida aún, es Siammai - dicen que el huevo puesto en día de sábado va contra el precepto. Pero Yo pienso que hay que distinguir entre el hombre y el animal, o quien cumple un acto animal como dar a luz. Si le obligo al jumento a trabajar, yo, al imponerme con el azote a que trabaje, cumplo también su pecado. Pero, si una gallina pone un huevo que ha ido madurando en su ovario, o si una oveja pare en día de sábado - porque ya está en condiciones de nacer su cría -, entonces no. Tal obra, en efecto, no es pecado, como tampoco lo son, a los ojos de Dios, ni el huevo puesto ni el cordero parido en sábado».
«¿Y cómo puede ser eso, si todo trabajo, cualquiera que fuere, en día de sábado, es pecado?».

«Porque el concebir y generar corresponde a la voluntad del Creador y están regulados por leyes dadas por Él a todas las criaturas. Pues bien, la gallina no hace sino obedecer a esa ley que dice que después de tantas horas de formación el huevo está completo y ha de ponerse; y la oveja lo mismo, no hace sino que obedecer a esas leyes puestas por Aquel que todo hizo, el cual estableció que dos veces al año, cuando ríe la primavera por los campos floridos y cuando el bosque se despoja de su follaje y el frío intenso oprime el pecho del hombre, las ovejas se emparejasen para dar luego leche, carne y sustanciosos quesos en las estaciones opuestas, en los meses de más arduo

trabajo por las mieses, o de más dolorosa escasez a causa de los hielos. Pues entonces, si una oveja, llegado su tiempo, da a luz a su criatura, ¡oh, ésta bien puede ser sagrada incluso para el altar, porque es fruto de obediencia al Creador! ».

6«Yo no seguiría examinándole. Su sabiduría es asombrosa y supera a la de los adultos».

«No. Se ha declarado capaz de comprender incluso los símbolos. Oigámoslo».

«Que antes diga un salmo, las bendiciones y las oraciones».

«También los preceptos».

«Sí. Di los midrasiots».

Jesús dice sin vacilar una letanía de «no hagas esto... no hagas aquello...». Si nosotros debiéramos tener todavía todas estas limitaciones, siendo rebeldes como somos, le aseguro que no se salvaría ninguno...

«Vale. Abre el rollo de la cinta verde».

Jesús abre y hace ademán de leer.

«Más adelante, más».

Jesús obedece.

«Basta. Lee y explica, si es que te parece que haya algún símbolo».

«En la Palabra santa raramente faltan. Somos nosotros quienes no sabemos ver ni aplicar. Leo: cuarto libro de los Reyes*, capítulo veintidós, versículo diez: "Safán, escriba, siguiendo informando al rey, dijo: 'El Sumo Sacerdote Jilquías me ha dado un libro'. Habiéndolo leído Safán en presencia del rey, éste, oídas las palabras de la Ley del Señor, se rasgó las vestiduras y dio..."».

«Sigue hasta después de los nombres».

«"...esta orden: 'Id a consultarle al Señor por mí, por el pueblo, por todo Judá, respecto a las palabras de este libro que ha sido encontrado; pues la gran ira de Dios se ha encendido contra nosotros porque nuestros padres no escucharon, siguiendo sus prescripciones, las palabras de este libro..."».

«Basta. Este hecho sucedió hace muchos siglos. ¿Qué símbolo encuentras en un hecho de crónica antigua?».

«Lo que encuentro es que no hay tiempo para lo eterno. Y Dios es eterno, y nuestra alma, como eternas son también las relaciones entre Dios y el alma. Por tanto, lo que había provocado entonces el castigo es lo mismo que provoca los castigos ahora, e iguales son los efectos de la culpa».

«¿Cuáles?».

«Israel ya no conoce la Sabiduría, que viene de Dios; y es a Él, y no a los pobres seres humanos, a quien hay que pedirle luz; pero la luz no se recibe sin justicia y fidelidad a Dios. Por eso se peca, y Dios, en su ira, castiga».

---

* El *cuarto libro de los Reyes* corresponde en la actual denominación de los libres de la Biblia al 2º libro de los Reyes (1 Reyes = 1 Samuel; 2 Reyes = 2 Samuel; 3 Reyes = 1 Reyes; 4 Reyes = 2 Reyes).

En toda la Obra se conservarán las citas bíblicas según los cánones de la "vulgata", que estaba en uso cuando MV escribía.

«¿Nosotros ya no sabemos? ¿Qué dices, niño! ¿Y los seiscientos trece preceptos?».

«Los preceptos existen, pero son palabras. Los sabemos, pero no los ponemos en práctica. Por tanto, *no sabemos*. El símbolo es éste: todo hombre, en todo tiempo, tiene necesidad de consultar al Señor para conocer su voluntad, y debe atenerse a ella para no atraer su ira».

7 «El niño es perfecto. Ni siquiera la celada de la pregunta insidiosa ha confundido su respuesta. Que sea conducido a la verdadera sinagoga».

Pasan a una habitación de mayores dimensiones y más pomposa. Aquí lo primero que hacen es rebajarle el pelo. José recoge los rizos. Luego le aprietan la túnica roja con un largo cinturón dando varias vueltas en torno a la cintura; le ciñen la frente y un brazo con unas cintas, y le fijan con una especie de bullones unas cintas al manto. Luego cantan salmos, y José alaba al Señor con una larga oración, e invoca toda suerte de bienes para su Hijo.

Termina la ceremonia. Jesús sale acompañado de José. Vuelven al lugar de donde habían venido, se unen de nuevo con los varones de la familia, compran y ofrecen un cordero, y luego, con la víctima degollada, van adonde las mujeres.

María besa a su Jesús. Es como si hiciera años que no lo viera. Le mira - ahora tiene indumento y pelo más de hombre - le acaricia...

Salen y todo termina.

Índice del volumen segundo * on line *

79. Volviendo donde los pastores. Las joyas de Aglae y una parábola sobre su conversión.

80 En el monte del ayuno y en la peña de la tentación.

81. En el vado del Jordán con los pastores Simeón, Juan y Matías. Un plan para liberar a Juan el Bautista.

82. En Jericó. Judas Iscariote cuenta cómo ha vendido las joyas de Áglae.

83 Jesús sufre a causa de Judas, que es enseñanza viva para los apóstoles de todos los tiempos.

84. El encuentro con Lázaro de Betania.

85. Antes de ir al Getsemaní, Jesús y el Zelote suben al Templo, donde está hablando Judas Iscariote.

86. El encuentro con el soldado Alejandro en la Puerta de los Peces.

87. Con pastores y discípulos en las cercanías de Doco. Isaac se queda en Judea.

88. Donde el pastor Jonás, en la llanura de Esdrelón.

89. Adiós a Jonás y llegada de Jesús a Nazaret.

90. La llegada a Nazaret de los discípulos con los pastores.

91. Primera lección a los discípulos en Nazaret, en un olivar.

92. Segunda lección a los discípulos en Nazaret, junto a la casa.

93. Tercera lección a los discípulos en Nazaret, en el huerto de la casa.
Palabras de consuelo a Judas de Alfeo.

94. Curación de la Beldad de Corazín. Jesús habla en la sinagoga de Cafarnaúm.

95. Santiago de Alfeo recibido como discípulo.
Jesús habla junto al banco de Mateo.

96. Jesús responde a la acusación de haber curado en sábado a la Beldad de Corazín.

97. La llamada de Mateo.

98. Encuentro con la Magdalena en el lago y lección a los discípulos cerca de Tiberíades.

99. En Tiberíades en la casa de Cusa.

100. En Nazaret en casa del anciano y enfermo Alfeo. No es fácil la vida del apóstol.
*

101. Jesús pregunta a su Madre acerca de los discípulos.

102. Encuentro con el ex pastor Jonatán y curación de Juana de Cusa.

103. En los altos del Líbano, donde los pastores Benjamín y Daniel.

104. Aava reconciliada con su marido.
Noticias sobre la muerte de Alfeo y sobre el rescate de Jonás.

105. En Nazaret por la muerte de Alfeo. Lenta conversión del primo Simón.

106- Expulsión de Nazaret. Jesús consuela a su Madre.
Reflexiones sobre cuatro contemplaciones.

107. Jesús y su Madre en casa de Juana de Cusa.

108. Discurso a los vendimiadores y curación del niño paralítico.

109. En los campos de Jocanán y en los de Doras. Muerte de Jonás.

110. En casa de Jacob en las cercanías del lago Merón.

111. Encuentro con Salomón en el vado del Jordán.
Parábola sobre la conversión de los corazones.

112. De Jericó a Betania. El encuentro con Marta, que habla de María.

113. Regreso a Betania después de la fiesta de los Tabernáculos.

114. En el convite de José de Arimatea. Encuentro con Gamaliel y Nicodemo.

115. Curación del niño arrollado por el caballo de Alejandro.
Jesús expulsado del Templo

116. En Getsemaní con Jesús, los discípulos hablan de los paganos y de la "velada".
El coloquio con Nicodemo.

117. Lázaro pone a disposición de Jesús una casita en el llano de Agua Especiosa.

118. Comienzo de vida común en Agua Especiosa. Discurso de apertura.

119. Los discursos en Agua Especiosa: *Yo soy el Señor tu Dios.*
Jesús bautiza como Juan.

120. Los discursos en Agua Especiosa: *No te harás dioses ante mí.*
*

121. Los discursos en Agua Especiosa: *No profieras en vano mi Nombre.*
La visita de Manahén.

122. Los discursos en Agua Especiosa: *Honra a tu padre y a tu madre*.
Curación de un deficiente mental.

123. Los discursos en Agua Especiosa: *No fornicarás.*
La afrenta de cinco hombres notables.

124. Se da alojamento a la "velada" en la casita de Agua Especiosa.

125. Los discursos en Agua Especiosa: *Santifica las fiestas.*
El niño de las piernas fracturadas.

126. Los discursos en Agua Especiosa: *No matarás.* Muerte de Doras

127. Los discursos en Agua Especiosa: *No tentarás al Señor tu Dios*.
Testimonio de Juan el Bautista.

128. Los discursos en Agua Especiosa: *No desearás la mujer del prójimo.*
El joven lujurioso.

129. La curación, en Agua Especiosa, de un romano endemoniado.

130. Los discursos en Agua Especiosa: *No dirás falsos testimonios.*
El pequeño Asrael.

131. Los discursos en Agua Especiosa: *No robes y no desees los bienes ajenos.*
El pecado de Herodes.

132. Discurso de conclusión, en Agua Especiosa, antes de la fiesta de la Purificación.

133. El trabajo oculto de Andrés. Una carta a Jesús de su Madre.
Jesús debe dejar Agua Especiosa.

134. La curación de Jerusa en Doco.

135. Llegada a Betania. La Magdalena escucha el discurso de Jesús.

136. En la fiesta de las Encenias, en casa de Lázaro, se hace memoria del nacimiento de Jesús.

137. Jesús regresa a Agua Especiosa, pero debe abandonar el lugar.

138. Despedida del encargado de Agua Especiosa, y del arquisinagogo Timoneo, que se hace discípulo.

139. En los montes de las cercanías de Emaús.
El carácter de Judas Iscariote y las cualidades de los buenos.

140. En Emaús, en casa del arquisinagogo Cleofás.
Un caso de incesto. Fin del primer año.

SEGUNDO AÑO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

141. Yendo hacia Arimatea con los discípulos y con José de Emaús,

142. Con los doce hacia Samaria.

143. La samaritana Fotinái.

144. Los samaritanos invitan a Jesús a Sicar.

145. El primer día en Sicar.

146. El segundo día en Sicar. Jesús se despide de los samaritanos.

147. Curación de una mujer de Sicar y conversión de Fotinái.

148. Jesús visita a Juan el Bautista en las cercanías de Enón.

149. La visita a Juan el Bautista, motivo de instrucción a los apóstoles.

150. Jesús en Nazaret, en casa de su Madre. Ella deberá seguir a su Hijo.

151. En Caná en casa de Susana, que se hará discípula. El oficial del rey.

152. María Salomé es recibida como discípula.

153. Las mujeres allegadas a los discípulos al servicio de Jesús.

154. Jesús en Cesarea Marítima habla a los galeotes. Las fatigas del apostolado.

155. Curación de la niña romana en Cesarea.

156. Analía, la primera de las vírgenes consagradas.

157. Instrucciones a las discípulas en Nazaret.

158. En el lago de Genesaret con Juana de Cusa.

159. Discurso en Guerguesa.
La respuesta sobre el ayuno a los discípulos de Juan el Bautista.

Segundo año
de la vida pública de Jesús.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN SEGUNDO

101. Jesús pregunta a su Madre acerca de los discípulos.
Tarde del 13 de febrero de 1944.

1 Ahora veo - aproximadamente dos horas después de la anteriormente descrita - la casa de Nazaret. Reconozco la pequeña habitación del adiós*, que da al huerto, donde ahora plantas y árboles están completamente cubiertos de frondas.

Jesús está con María. Sentados el uno junto al otro en el asiento de piedra que está adosado a la casa. Parece que la cena ya ha tenido lugar y que, mientras los otros - si hay otros (yo no veo a ninguno) - se han retirado, Madre e Hijo se deleitan mutuamente en una dulce conversación.

La voz interna me dice que ésa es una de las primeras veces que Jesús vuelve a Nazaret después del Bautismo, después del ayuno del desierto y, sobre todo, de la constitución del Colegio Apostólico.

Él narra a su Madre sus primeras jornadas de evangelización, las primeras conquistas de corazones.

María está pendiente de los labios de su Jesús. Está más delgada, más pálida, como si hubiera sufrido en este tiempo; bajo sus ojos se han excavado dos sombras, como las de quien mucho llora y piensa. Pero ahora está feliz y sonríe. Sonríe acariciando la mano de su Jesús. Se siente feliz de tenerle ahí, de estar corazón a corazón con Él, en el silencio de la tarde que cae.

Debe de ser verano, porque ya la higuera tiene sus primeros frutos maduros, que llegan incluso hasta la casa, y Jesús, poniéndose en pie, coge algunos de ellos; los más hermosos se los da a su Madre, pelándolos con cuidado y ofreciéndolos en una corona de piel vuelta como si fueran capullos blancos estriados de rojo, en una corola de pétalos: cándidos, dentro; violáceos, fuera. Los ofrece sobre la palma de su mano y sonríe al ver que su Madre los saborea.

2 Luego, a quemarropa, le pregunta: «Mamá, ¿has visto a los discípulos? ¿Qué piensas de ellos?».

María, que iba a llevarse a la boca el tercer higo, levanta la cabeza, suspende el gesto, se estremece... mira a Jesús.

«¿Qué piensas de ellos, ahora que te los he dado a conocer a todos?» insta Jesús.

«Creo que te quieren y que podrás conseguir mucho de ellos. Juan... ámale a Juan como sabes amar. Es un ángel. Yo estoy tranquila cuando pienso que está contigo. También Pedro... es bueno. Más duro, porque es más anciano, pero genuino y convencido. Y también su hermano. Ellos te quieren tal y como son capaces de hacerlo por ahora. Más adelante te querrán más. También nuestros primos, ahora que se han convencido, te serán

fieles. Pero, el hombre de Keriot...

---

* *la pequeña habitación del adiós* está descrita en 44. 1.

ése no me gusta, Hijo. Su ojo no es límpido y su corazón menos aún; me da miedo».

«Contigo es todo respeto».

«*Demasiado respeto.* También contigo es todo respeto. Pero no es por ti como Maestro; es por ti como futuro Rey, de quien espera provecho y lustre. En Keriot no era nada, apenas un poco más que los demás. Espera obtener a tu lado un papel de importancia y... ¡Jesús!, no quiero ofender a la caridad, pero pienso, aunque no quiero pensarlo, que, en el caso de que Tú le defraudes, él no dudará en suplantarte, en tratar de hacerlo. Es ambicioso, ávido y vicioso. Más apto para ser. cortesano de un rey terreno que no apóstol tuyo, Hijo mío. ¡Me da miedo!». Y la Mamá mira a su Jesús con dos ojos asustados en su cara pálida.

3 Jesús suspira. Piensa. Mira a su Madre. Le sonríe para animarla: «*Esto* también es necesario, Mamá. Si no fuera él, sería otro. Mi Colegio tiene que representar al mundo, y, en el mundo, no todos son ángeles, ni todos son del temple de Pedro y Andrés. Si eligiera todas las perfecciones, ¿cómo podrían las pobres almas enfermas atreverse a esperar hacerse mis discípulas? Yo he venido a salvar lo perdido, Mamá. Juan de por sí está salvado. Pero, ¡cuántos no lo están!».

«No tengo miedo de Leví. Él se ha redimido, porque se ha querido redimir. Ha dejado su pecado junto con su banco de tasador y se ha transformado en un alma nueva para ir contigo. Pero Judas de Keriot, no; es más, el orgullo hace cada vez más suya su vieja alma fea. Pero Tú sabes estas cosas, Hijo. ¿Por qué me las preguntas? Yo no puedo hacer más que orar y llorar por ti. Tú eres el Maestro, maestro también de tu pobre Mamá».

La visión cesa aquí.

102. Encuentro con el ex pastor Jonatán y curación de Juana de Cusa.

8 de febrero de 1945.

1 Los discípulos están detrás, cenando, en el espacioso taller de José. El banco hace de mesa. Todo lo que se requiere para la cena está encima del banco. Pero veo que el taller es también dormitorio. Sobre los otros dos tablones del carpintero hay esteras que los convierten en lechos. Unas yacijas bajas (esteras sobre cañizos) han sido colocadas al pie de las paredes. Los apóstoles hablan entre sí y con el Maestro.

«¿Entonces es verdad que vas a subir al Líbano?» pregunta Judas Iscariote.

«No prometo nunca si luego no voy a mantener, y en este caso lo he prometido dos veces: a los pastores y a la nodriza de Juana de Cusa. He esperado los cinco días que le había dicho y he añadido aún hoy por prudencia. Pero ahora parto. En cuanto salga la Luna nos pondremos en marcha. Será un largo camino, aunque usemos la barca hasta Betsaida. No obstante, será para mi corazón motivo de gozo saludar también a Benjamín y a Daniel. Ya ves qué almas tienen los pastores. ¡Oh!, merece la pena ir a honrarlos; efectivamente, ni siquiera Dios mengua honrando a un siervo suyo, antes bien acrecienta su justicia».

«¡Con este calor!... piensa lo que haces. Lo digo por ti».

«Las noches son ya menos sofocantes. El Sol aún durante un poco está en León, y las tormentas hacen menos abrasador el calor. Y, además, os lo repito: no obligo a nadie a venir. Todo espontáneo en mí y en torno a mí. Si tenéis otras ocupaciones o si os sentís cansados, quedaos. Nos volveremos a ver después».

«Eso, Tú lo has dicho. Yo tendría que ocuparme de asuntos de mi casa. Llega el tiempo de la vendimia y mi madre me había rogado que viera a algunos amigos... Ya sabes, yo soy, en el fondo, el cabeza de familia; quiero decir que soy el hombre de mi familia».

Pedro barbotea: «Menos mal que se acuerda de que la madre es siempre la primera después del padre».

Judas, bien porque no oiga, bien porque no quiera oír, no muestra entender el barboteo, que, por lo demás, Jesús frena con una mirada, mientras Santiago de Zebedeo, sentado al lado de Pedro, le da un tirón de la túnica para que se calle.

«Ve, Judas, ¿cómo no? Es más, debes ir. No se debe desobedecer a la madre».

«Entonces me voy enseguida, con tu permiso. Estaré en Naím con tiempo para encontrar todavía alojamiento. Adiós, Maestro; adiós, amigos».

«Sé amigo de la paz, y merece tener siempre a Dios contigo. Adiós» dice Jesús, mientras los demás se despiden de él al unísono.

No se ve mucha pena al verle partir; más bien lo contrario... Pedro, quizás por temor a que Judas se arrepienta, le ayuda a apretar los cordones de su talego y a metérselo en bandolera, le acompaña hasta la puerta del taller (que ya estaba abierta, como la otra que da al huerto - sin duda para ventilar la habitación agobiante después de un día tórrido -), está en la puerta mirándole marcharse y, cuando le ve que realmente se aleja, hace un gesto de alegría y de irónico adiós, y vuelve frotándose las manos. No dice nada... ya ha dicho todo. Alguno que ha visto lo sucedido se ríe disimuladamente.

[2]Pero Jesús no lo advierte, porque está escrutando a su primo Santiago, el cual se ha puesto colorado y se ha entristecido, dejando de comer sus aceitunas. Le pregunta: «¿Qué te pasa?».

«Has dicho: "No se debe desobedecer a la madre...". ¿Y nosotros, entonces?».

«No sientas escrúpulo. En general se debe hacer así, cuando no se es más que *hombre* e hijo de una carne; mas, cuando se ha adquirido otra naturaleza y otra paternidad, no. Deben seguirse las prescripciones y deseos de ésta, que es más alta. Judas ha llegado antes de ti y antes que Mateo... pero aún está muy atrás; es necesario que se forme, y lo hará muy lentamente. Tened caridad con él; ¡ten caridad, Pedro! Yo lo comprendo... pero te digo: ten caridad. Soportar a las personas molestas es una virtud nada

común. Úsala».

«Sí, Maestro... pero, cuando le veo tan... tan... Bien, cállate, Pedro, total... Él entiende... tengo la impresión de ser una vela que está demasiado tirante por el viento... Crujo, me hace crujir este esfuerzo, y se me rompe siempre algo... Ahora bien, Tú sabes, bueno... no sabes, porque como barquero no vales nada... Por tanto te lo digo yo: si a una vela, por demasiada tensión, se le rompen todas las amarras, te juro que le da un voleo tal al inexperto barquero, que le atonta... Bueno, pues yo siento que... corro el riesgo de que se me rompan todos los lazos... y entonces... Es mejor, sí, que de vez en cuando se vaya él. Así la vela, faltándole el viento, se calma, y a mí me da tiempo a reforzar las amarras».

Jesús calla y menea la cabeza, compadeciendo al justo y fogoso Pedro.

[3]Un estrépito de cascos herrados y un vocerío de chicos llega de fuera. «¡Aquí es! ¡Aquí es! ¡Para, hombre!». Y, antes de que Jesús y los discípulos encuentren una explicación, ante el vano de la puerta se presenta el cuerpo oscuro de un caballo humoso de sudor, y baja un hombre; éste se apresura a entrar como un bólido y se postra a los pies de Jesús besándoselos con veneración.

Todos miran asombrados. «¿Quién eres? ¿Qué quieres?».

«Jonatán soy».

Responde un grito de José, que, por estar sentado detrás del alto banco, y por lo fulminante de la llegada, no ha podido reconocer al amigo. El pastor corre hasta el hombre postrado: «¡Tú! ¡Si eres tú!...».

«Sí. Adoro a mi adorado Señor. Treinta años de esperanza - ¡oh, larga espera! -, que florecen ahora como flor solitaria de agave; y florecen en un instante, en un éxtasis beato, más beato aún que aquél, lejano. ¡Oh, mi Salvador!».

Mujeres, niños y algún hombre , entre los cuales el buen Alfeo de Sara, que tiene todavía un pedazo de pan y queso en la mano, se arremolinan en la entrada y hasta dentro de la espaciosa estancia.

«Álzate, Jonatán. Iba a ir a buscarte, como también a Benjamín y Daniel...».

«Lo sé...».

«Álzate, para darte el beso que ya he dado a tus compañeros». Le obliga a levantarse y le besa.

«Lo sé» repite el fornido anciano, de buen porte y buena vestimenta.

«Lo sé. [4]*Ella* tenía razón. No era delirio propio de uno que está muriendo. ¡Oh, Señor Dios! ¡Cómo ve el alma y cómo te oye, cuando Tú la llamas!». Jonatán está emocionado.

Pero se repone. No pierde su tiempo. Activo, a pesar de su actitud adorante, se centra en su objetivo: «Jesús, Salvador y Mesías nuestro, he venido a rogarte que vengas conmigo. He hablado con Ester y me ha dicho... Pero antes, antes Juana había hablado contigo y me había dicho... ¡Oh, no os burléis de un hombre dichoso, vosotros que escucháis, dichoso y angustiado hasta obtener tu "Voy"! Ya sabes que estaba de viaje con la patrona moribunda. ¡Qué viaje! De Tiberíades a Betsaida fue bueno; pero luego, dejada la barca y tomado un carro, a pesar de haberlo acondicionado lo mejor que podía, fue una tortura. Se viajaba despacio y de noche, pero ella sufría. En Cesarea de Filipo estuvo a punto de

morir de los vómitos de sangre. Nos detuvimos... A la tercera mañana, hace siete días, me manda llamar. De lo blanca y agotada que estaba, parecía ya muerta. Pero cuando la llamé abrió sus dulces ojos de gacela agonizante y me sonrió. Me indicó con la manita helada que me curvase - porque tiene sólo un hilo de voz - y me dijo: "Jonatán, llévame a casa; pero *inmediatamente"*. Era tan grande el esfuerzo de su orden - ella que es siempre más dulce que una buena niña - que se le colorearon las mejillas y, durante un momento, recobraron el fulgor sus ojos. Continuó diciéndome: "He soñado con mi casa de Tiberíades. Dentro estaba Uno con rostro de estrella, alto, rubio, con ojos de cielo y una voz más dulce que sonido de arpa. Me decía: 'Yo soy la Vida. Ven. Vuelve. Te espero para dártela'. Quiero ir". Yo decía: "¡Pero, patrona!... ¡No puedes! ¡Estás mal! Ahora, cuando estés mejor, veremos". Lo consideraba delirio de moribundo. Pero ella se echó a llorar y luego... - es la primera vez que lo ha dicho en estos seis años que la tengo como patrona; e incluso, de ira, se sentó (ella, que no tiene fuerzas para nada) – y luego me dijo: "Siervo, lo quiero. Yo soy tu patrona. ¡Obedece!"; y cayó envuelta en sangre. Creí que moría... y me dije: "Démosle gusto. ¡Muerte por muerte!... No sentiré el remordimiento de no haberla complacido al final, después de haber querido hacerlo siempre". ¡Qué viaje! No quería descansar ella, aparte de las horas entre tercia y sexta. He agotado a los caballos para abreviar. Hemos llegado a Tiberíades esta mañana a la hora de nona. Ester me ha referido... Entonces he entendido que eras Tú quien la había llamado, porque coincidían la hora y el día en que Tú prometías un milagro a Ester y te aparecías al espíritu de mi patrona. Ha querido proseguir en cuanto fue la hora de nona, y a mí me ha mandado adelante... ¡oh, ven, Salvador mío!».

«Voy en seguida. La fe merece premio. Quien me desea me tiene. Vamos».

«Espera. He arrojado mientras venía una bolsa a un joven, diciendo: "Tres, cinco, los asnos que queráis, si no tenéis caballos; rápido, a la casa de Jesús". Estarán para llegar. Así abreviaremos. Espero encontrarla cerca de Caná. Si al menos...».

«¿Qué, Jonatán?».

«Si al menos estuviera viva...».

«Viva está. Pero, aunque estuviese muerta, Yo soy Vida. [5]Aquí está mi Madre».

La Virgen, avisada sin duda por alguien, efectivamente está acudiendo seguida de María de Alfeo. «Hijo, ¿te vas?».

«Sí, Madre. Voy con Jonatán. Ha venido. Sabía que podría dártele a conocer. Por eso he esperado un día más».

Jonatán ha expresado primero un profundo saludo con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora se arrodilla y realza ligeramente la túnica de María y besa su borde diciendo: «¡Saludo a la Madre de mi Señor!».

Alfeo de Sara dice a los curiosos: «¿Qué decís a esto? ¿No deberíamos avergonzarnos de ser sólo nosotros quienes no tenemos fe?».

Un estrépito numeroso de cascos se oye en la calle. Son los borricos. Creo que son todos los de Nazaret; y son tantos, que bastarían para un escuadrón. Mientras Jonatán escoge los mejores y contrata, pagando sin escatimar, y toma consigo a dos nazarenos con otros borricos (por miedo a que algún animal, por el camino, pierda las herraduras, y para que puedan volver con toda esta rebuznadora caballería asnal), María y la otra María ayudan a cerrar sacos y talegos.

María de Alfeo dice a sus hijos: «Dejaré aquí vuestras camas, y las acariciaré... Me parecerá estaros acariciando a vosotros. Sed buenos, dignos de Jesús, hijos... y Yo... yo me sentiré feliz...» y mientras dice esto vierte gruesos lagrimones.
María ayuda por su parte a su Jesús, y le acaricia con amor, haciendo mil recomendaciones y encargos para los otros dos pastores libaneses - porque Jesús declara que no volverá antes de encontrarlos -.

[6]Se ponen en marcha. Ha caído la tarde y el cuarto creciente de la Luna se alza ahora. A la cabeza va Jesús con Jonatán; detrás, todos los demás. Mientras están en la ciudad van al paso, porque la gente se arremolina. Pero, en cuanto salen, van al trote, en una caravana sonora de cascos y cascabeles.

«Está en el carro con Ester» explica Jonatán. «¡Oh, patrona mía! ¡Qué alegría, hacerte feliz! ¡Llevarte a Jesús! ¡Oh, mi Señor! ¡Tenerte aquí, a mi lado! ¡Tenerte!... Tienes justamente el rostro de estrella que ella te ha visto, y eres rubio y con ojos de cielo, y tu voz es realmente un sonido de arpa... ¡Oh, pero tu Madre!... ¿La vas a llevar a la patrona un día?».

«Irá la patrona a Ella. Serán amigas».

«¿Sí?... Sí, puede serlo, Juana está casada y ha sido madre, pero tiene un alma pura como una virgen. Puede estar junto a María bendita».
Jesús se vuelve por una fresca carcajada de Juan, seguida de la de todos los demás.
«Quien provoca la risa soy yo, Maestro. En la barca me siento más seguro que un gato... ¡pero, aquí encima!... ¡Parezco una cuba dejada a su aire sobre el puente de un navío en manos del ábrego!» dice Pedro.
Jesús sonríe y le anima, prometiendo concluir pronto la trotada.
«No es nada. Si los muchachos se ríen, no es nada malo. Vamos, vamos a llevar la felicidad a esta buena mujer».
Jesús se vuelve una vez más por otra explosión de risas.

Pedro exclama: "No, esto no te lo digo, Maestro. Y... ¿por qué no? Sí que lo digo. Estaba diciendo: «nuestro *supremo* ministro se va a tirar de los pelos, al saber que ha faltado justo cuando se podía pavonear con una dama". Y ellos se ríen. De todas formas es así. Estoy seguro de que, si se lo hubiera imaginado, no hubiera tenido viñas paternas que tutelar».

Jesús no rebate.

[7]Se recorre rápido el camino sobre estos borriquillos bien nutridos. Con el claro de luna dejan atrás Caná.

«Si me permites, te precedo. Paro el carro. Los movimientos bruscos la hacen sufrir mucho».

«Ve, sí».
Jonatán pone el caballo al galope.

Siguen y siguen bajo la luz blanca de la Luna. Luego... la forma oscura de un voluminoso carro cubierto, parado en el borde del camino. El asno en que va Jesús, instigado por Él, alcanza un pequeño galope sesgado. Jesús llega al carro. Se apea.

«¡El Mesías!» anuncia Jonatán.
La anciana nodriza se arroja del carro al camino, del camino al polvo. «¡Oh, sálvala! Se está muriendo».
«Aquí estoy». Y Jesús sube al carro, donde hay, extendido, un considerable número de

almohadones y sobre ellos un cuerpo exiguo. Hay un farolito en un ángulo, y copas y ánforas. Y una joven criada llorando, que está secando el sudor helado de la moribunda. Jonatán acude con uno de los faroles del carro.
Jesús, se inclina hacia la mujer decaída, verdaderamente moribunda. No hay diferencia entre el candor del vestido de lino y la palidez, incluso ligeramente azulada, de las manos y del rostro esqueléticos. Sólo las pobladas cejas y las largas pestañas negrísimas proporcionan un color a ese rostro de nieve. Ni siquiera tiene ya ese rojo infausto de los tísicos en los pómulos descarnados. Los labios, semiabiertos por el respiro dificultoso, son apenas una sombra de un rosa violáceo.
Jesús se arrodilla a su lado y la observa. La nodriza le coge una mano y la llama, pero el alma, ya en los umbrales de la vida, no oye nada.
Habiendo llegado los discípulos y los dos jóvenes de Nazaret, se agolpan en torno al carro.
Jesús pone una mano sobre la frente de la moribunda, la cual un momento abre los ojos nublados y vagos para volver a cerrarlos luego.
«Ya no oye nada» gime la nodriza. Y llora con más fuerza.
Jesús hace un gesto: «Madre, oirá. Ten fe». Y luego llama: «¡Juana! ¡Juana! ¡Soy Yo! Soy Yo quien te llama. Soy la Vida. Mírame, Juana».
La moribunda abre con una mirada más viva sus grandes ojos negros, y mira al rostro que hacia ella se ha inclinado. Manifiesta un movimiento de alegría y una sonrisa. Mueve despacio los labios: una palabra que no llega a adquirir sonido.
«Sí, Yo soy. Has venido y Yo he venido, a salvarte. ¿Puedes creer en mí?».
La moribunda asiente con la cabeza. Toda la vitalidad está concentrada en la mirada (como también toda la palabra, no pudiendo expresarla de otra manera).
«Pues bien (Jesús, aunque permanezca de rodillas y con la izquierda sobre la frente de ella, se endereza y toma el aspecto de milagro), pues bien, Yo lo quiero, queda curada, levántate». Quita la mano y se alza en pie.

Una fracción de minuto y Juana de Cusa, sin ningún tipo de ayuda, se sienta, emite un grito, y se arroja a los pies de Jesús gritando con voz fuerte y dichosa: «¡Oh, amarte, mi Vida! ¡Para siempre! ¡Tuya! ¡Para siempre tuya! ¡Nodriza! ¡Jonatán! ¡Estoy curada! ¡Rápido! ¡Corred a decírselo a Cusa! ¡Que venga a adorar al Señor! ¡Oh, bendíceme, sigue haciéndolo, sigue, sigue! ¡Oh, mi Salvador!». Llora y ríe besando los indumentos y las manos de Jesús.

«Te bendigo, sí. ¿Qué más quieres que te haga?».
«Nada, Señor. Sólo quererme y dejar que yo te quiera».
«¿Y no querrías un niño?».
«¡Oh, un niño!... En tus manos lo dejo, Señor. Yo te abandono todo: mi pasado, mi presente, mi futuro. Te debo todo, todo te doy. Da Tú a tu sierva lo que consideres mejor».

«Entonces, la vida eterna. Sé feliz. Dios te ama. [8]Yo me marcho. Te bendigo y os bendigo».

«No, Señor. Quédate un tiempo en mi casa, que ahora es realmente rosal florido. Permíteme que vuelva a ella contigo... ¡Dichosa de mí!».
«Voy. Pero tengo a mis discípulos».

«*Mis* hermanos, Señor. Juana tendrá, tanto para ellos como para ti,

comida y bebida, y todo tipo de refrigerio. ¡Concédemelo! ».

«Vamos. Que se vuelvan los burros, seguidnos a pie. El camino ya es poco. Iremos lentamente para que podáis seguirnos. Adiós, Ismael y Aser. Despedidme una vez más de mi Madre y de mis amigos».

Los dos nazarenos, estupefactos, parten con sus rebuznadores asnos, mientras el carro emprende el retorno con su carga de alegría, ahora. Detrás van los discípulos en grupo comentando el hecho.

Y todo termina.

103. En los altos del Lilbano, donde los pastores Benjamín y Daniel.

10 de febrero de 1945.

[1]Jesús camina al lado de Jonatán siguiendo un terraplén verde y, por tanto, umbroso. Detrás van los apóstoles hablando entre si.

Pedro separándose de ellos, se adelanta, y, franco como siempre, pregunta a Jonatán: «¿Pero no era más rápido el camino que va a Cesarea de Filipo? Hemos cogido éste y... ¿cuándo vamos a llegar? ¡Tú con la patrona has ido por aquél!».

«Con una enferma, me he atrevido a todo. Date cuenta de que yo soy de un cortesano de Antipas, y Filipo, después de aquel sucio incesto, no ve muy bien a los cortesanos de Herodes... Mira, no es por mí por quien temo. Lo que no quiero es crearos dificultades ni enemigos, y menos aún al Maestro. La Tetrarquía de Filipo tiene necesidad de la Palabra, como la tiene la de Antipas; si os odian, ¿cómo podéis...? Al regreso, si lo veis conveniente, vais por ese camino».

«Alabo tu prudencia, Jonatán. Pero al regreso tengo intención de pasar hacia las tierras fenicias» dice Jesús.

«Están envueltas en las tinieblas del error».

«Tocaré frontera, para recordarles que hay una Luz».

«¿Crees que Filipo se desquitaría en un siervo del perjuicio que le ha causado su hermano?».

«Sí, Pedro. Son iguales. Dominados por todos los más bajos instintos, no hacen distinción. Parecen animales y no hombres, créelo».

«Y, sin embargo, teniendo en cuenta que Juan, hablando en nombre de Dios, ha hablado

también en su nombre y favor, debería estimarnos, o sea, estimarle a Él, que es pariente de Juan».
«No os preguntaría ni siquiera de donde venís, ni quienes sois. Viéndoos conmigo - si me reconociera, o si algún enemigo de la casa de Antipas me señalara como siervo de su Procurador - seríais encarcelados inmediatamente. ¡Si supierais cuánto fango hay tras las vestiduras de púrpura! Venganzas, atropellos, delaciones, lujurias y hurtos son la pasta de su alma. ¿Alma?... ¡bien!, llamémosla así. Yo creo que ya no tienen alma. Vosotros mismos podéis verlo: para bien, pero... ¿por qué ha recobrado Juan la libertad? Por una venganza entre dos oficiales de la Corte. Uno, para quitarse de en medio al otro - tan favorecido por Antipas, que tenía a Juan en custodia -, por una suma abrió de noche el calabozo... Yo creo que atontó a su rival con un vino drogado, y a la mañana siguiente... el desdichado pagó con su cabeza la evasión del Bautista. Te digo que es un asco».
«¿Y tu patrón está de acuerdo? Me parece bueno».
«Lo es. Pero no puede actuar de otro modo. Su padre y el padre de su padre fueron de la Corte de Herodes el Grande. El hijo lo ha tenido que ser por fuerza. No lo aprueba, pero no puede más que limitarse a mantener a su mujer lejos de esa corte de vicios».
«¿Y no podría decir "me das asco" y marcharse?».
«Podría, pero, a pesar de que sea muy bueno, todavía no es capaz de tanto. Eso significaría casi ciertamente la muerte. Y ¿quién quiere morir por honestidad de espíritu llevada a su punto más alto? Un santo como el Bautista. Pero nosotros... ¡pobrecillos!».

2 Jesús, que les ha dejado hablar entre sí, interviene: «Dentro de no mucho, en todo lugar de la tierra conocida, el número de los santos contentos de morir por esta honestidad hacia la Gracia y por amor a Dios será denso como flores en un prado abrileño».

«¿Sí? Me gustaría saludar a estos santos y decirles: "¡Rogad por el pobre Simón de Jonás!"» dice Pedro.

Jesús le mira fijo y sonriente.
«¿Por qué me miras así?».
«Porque tú, prestándoles auxilio, los verás, y los verás cuando te lo presten a ti».
«¿En qué, Señor?».
«Para ser la Piedra consagrada por el Sacrificio, sobre la que se celebre y edifique mi Testimonio».
«No te entiendo».
«Entenderás».
Los otros discípulos, que se habían acercado y que han escuchado, cuchichean entre sí. Jesús se vuelve: «En verdad os digo que todos seréis probados con uno u otro suplicio: por ahora, el de la renuncia a las comodidades, a los afectos, a las cosas útiles; luego irá siendo una cosa cada vez más vasta, hasta llegar a aquella, excelsa, que os ciña con una diadema inmortal. Sed fieles. Todos vosotros lo seréis. Y obtendréis esto».
«¿Nos matarán los judíos, el Sanedrín acaso, por nuestro amor a ti?».
«Jerusalén lava los umbrales de su Templo con la sangre de sus Profetas y sus Santos. Y también el mundo espera ser lavado... Abundan los templos de dioses horrendos. En un futuro serán templos del Dios verdadero y la lepra del paganismo quedará purificada con el agua lustral de la sangre de los mártires».

«¡Oh! ¡Dios Altísimo! ¡Señor! ¡Maestro! ¡Yo no soy digno de tanto! ¡Soy débil! ¡Le temo al dolor! ¡Oh! ¡Señor!... O despide a tu inútil siervo, o

dame fuerza. No querría menoscabar tu imagen, Maestro, con mi ruindad». - Pedro se ha arrojado a los pies del Maestro y le está suplicando verdaderamente con el corazón en la voz.

«Álzate, mi Pedro. No temas. Todavía mucho has de caminar... y llegará la hora en que no quieras sino cumplir el último esfuerzo. Y entonces tendrás todo, del Cielo y de ti mismo. Yo te estaré mirando admirado».

«Tú lo dices... y yo lo creo. ¡Pero soy un tan pobre hombre!».

3 Se ponen de nuevo a caminar...

...y después de una buena interrupción, cuando ya se ha dejado la llanura para encumbrarse hasta la parte alta de un monte boscoso y progresivamente elevado, continúo viendo. Ni siquiera debe ser el mismo día, porque, mientras antes de la interrupción la mañana era ya tórrida, ahora apenas empieza una hermosa aurora que enciende, en todos los tallitos, pequeños diamantes líquidos. Bosques y más bosques de coníferas han quedado abajo, pero sigue habiendo bosques arriba, dominadores desde lo alto, bosques que como verdes catedrales acogen entre sus intercolumnios a los peregrinos incansables.

Este Líbano es verdaderamente una cadena estupenda. No sé si es Líbano todo el complejo o este monte sólo. Sé que veo sierras boscosas erguirse en nudo alto y enredado de crestas y barrancos, de valles y mesetas a lo largo de las cuales discurren, para luego precipitarse abajo, torrentes que parecen cintas de plata ligeramente verde-azul. Aves de todo tipo llenan de cantos y vuelos los bosques de coníferas, que son todo un perfume de resinas en esta hora matutina. Volviendo la mirada hacia abajo - mejor, hacia Occidente -, se ve lejos reír el mar, amplio, quieto, solemne, y toda la costa que se extiende hacia el Norte, hacia el Sur, con sus ciudades, sus puertos y los raros cursos de agua que desembocan en el mar y que dibujan, apenas, una coma luciente sobre la tierra árida (con la poca agua suya que el sol del verano seca) y un signo amarillento de dedo en el azul del mar.

«Son hermosos estos lugares» observa Pedro.

«Y no hace tampoco mucho calor» dice Simón.

«Con estos árboles, el sol molesta poco...» añade Mateo.

4 «¿Han cogido de aquí los cedros del Templo?» pregunta Juan.

«De aquí. Son éstos los bosques que dan las maderas más bellas. El patrón de Daniel y Benjamín tiene muchísimos, además de tener ricos rebaños. Sierran los árboles en el propio lugar y luego los transportan hacia abajo por aquellas acanaladuras o a fuerza de brazos. Trabajo difícil cuando los troncos deben ser usados enteros, como fue el caso del Templo. No obstante, paga bien y hay muchos a su servicio; además es bastante bueno. No es como el feroz Doras. ¡Pobre Jonás! » responde Jonatán.

«¿Pero cómo es posible que los que están a su servicio sean casi esclavos? Cuando le dije: "Déjale plantado y ven con nosotros, que Simón de Jonás podrá ofrecerte en el peor de los casos un pan", me respondió: "No puedo si no pago mi rescate". ¿Qué historia es ésta?».

«Doras - y no sólo él en Israel - habitualmente hace esto: cuando ve que uno que está a su servicio es bueno, le conduce con aguda astucia a la esclavitud. Le carga en cuenta falsas

sumas que el pobre hombre no puede pagar; cuando la suma es suficiente, dice: "Tú eres esclavo mío por deudas"».
«¡Qué vergüenza! ¡Y además es fariseo!».
«Sí. Jonás mientras tuvo ahorros pudo pagar.. luego... Un año el granizo, otro la sequía, el trigo y la uva dieron poco, Doras multiplicó el daño por diez... y otra vez por diez. Posteriormente Jonás cayó enfermo debido al excesivo trabajo. Doras le prestó la suma necesaria, pero quiso el doce por uno. Como Jonás no lo tenía, añadió esto al resto. En pocas palabras: pasados unos años, se había acumulado una deuda que le hizo esclavo; y jamás le dejará marcharse... siempre encontrará otras disculpas y otras deudas...» - Jonatán está triste pensando en su amigo.
«¿Y tu patrón no podía...?».
«¿Qué? ¿Hacer que le trataran como a un ser humano? ¿Pero quién se enfrenta a los fariseos? Doras es uno de los más poderosos; creo que incluso es pariente del Sumo Sacerdote... Al menos eso se dice. Una vez, cuando le dieron de palos a Jonás hasta dejarle exánime, y yo lo supe, lloré tanto, que Cusa me dijo: "Pago yo su rescate por hacerte feliz". Pero Doras se le rió delante de su cara y no aceptó nada. ¡Ése!... tiene los campos más ricos de Israel... pero, te lo juro, han sido abonados con la sangre y las lágrimas de sus siervos».
Jesús mira a Simón Zelote y éste mira a Jesús. Ambos están apenados.
«¿Y este de Daniel es bueno?».
«Al menos, humano. Quiere, pero no oprime, y, dado que los pastores son honestos, los trata con amor; son los que mandan en los pastos. A mí me conoce y me respeta porque soy un doméstico de Cusa y... podría serle útil... Pero, Señor, ¿por qué el hombre es tan egoísta?».
«Porque el amor fue estrangulado en el Paraíso Terrenal. Yo vengo, no obstante, a aflojar el lazo y a dar nueva vida al amor».

5 «Hemos llegado a la propiedad de Eliseo. Los pastos están aún lejanos, pero a esta hora las ovejas casi siempre están en los apriscos, por el sol. Voy a ver si están». Y Jonatán se marcha casi corriendo.

Vuelve después de un rato con dos pastores entrecanos y robustos, los cuales realmente se precipitan abajo por la pendiente para ir a donde Jesús.

«La paz a vosotros».
«¡Oh! ¡Nuestro Niño de Belén!» dice uno de ellos; el otro: «Bendita seas, Paz de Dios, que has venido a nosotros». Los dos hombres están pronos sobre la hierba. El saludo a un altar no es tan profundo como éste dedicado al Maestro.
«Levantaos. Os devuelvo la bendición, y me alegra hacerlo porque la bendición desciende con gozo sobre quien es digno de ella».
«¡Oh, dignos nosotros!...».
«Sí, vosotros, que habéis sido siempre fieles».
«¿Quién no lo habría sido? ¿Quién puede borrar aquella hora? ¿Quién puede decir: "No es verdad lo que vimos"? ¿Quién puede olvidar que Tú nos sonreíste durante meses, cuando, volviendo entre las ovejas al atardecer, te llamábamos y Tú, al son de nuestros caramillos, batías las manitas?... ¿Le recuerdas, Daniel? Casi siempre vestido de blanco en los brazos de su Madre; te nos mostrabas entre rayos de sol en el prado de Ana, o a la ventana; parecías una flor depositada sobre la nieve del vestido materno».
«Y aquella vez que viniste, dando los primeros pasos, a acariciar a un corderito menos

rizado que Tú... ¡Qué feliz se te veía! Y nosotros no sabíamos qué hacer de nuestras rudas personas. Habríamos deseado ser ángeles para aparecerte menos burdos...».
«¡Amigos míos!, Yo veía vuestro corazón, y eso veo también ahora».
«¡Y nos sonríes como entonces!».
«¡Y has venido hasta aquí, donde los pobres pastores!».
«Donde mis amigos. Ahora estoy contento. Os he vuelto a encontrar a todos y ya no os perderé. ¿Podéis dar hospedaje al Hijo del hombre y a sus amigos?».

«¡Señor! ¿Tú lo pides? No nos falta ni pan ni leche, pero si tuviéramos sólo un bocado te lo daríamos con tal de tenerte con nosotros. ¿Verdad, Benjamín?».

«¡Hasta el corazón te daríamos por alimento, nuestro anhelado Señor!».
«Vamos, entonces. Hablaremos de Dios...».
«Y de tus parientes, Señor. ¡José, tan bueno! ¡María..., oh, la Madre! Fijaos, mirad este narciso bañado de rocío, hermoso y puro con su corola como una estrella adiamantada. Ella, sin embargo... ¡oh, esto no es sino fealdad en comparación con la Madre! Una sonrisa suya era purificación; encontrarla, una fiesta; oírla, santificarse. ¿Te acuerdas de aquellas palabras también tú, Benjamín?».

«Sí. Te las puedo repetir, Señor. Porque cuanto Ella nos dijo en los meses en que pudimos oírla está escrito aquí (y se señala el pecho). Es la página de *nuestra* sabiduría. Nosotros podemos comprenderla porque es palabra de amor y el amor lo entienden todos. Ven, Señor, entra y bendice esta morada feliz».

Entran en una estancia cercana al vasto redil y todo termina.

104. Aava reconciliada con su marido. Noticias sobre la muerte de Alfeo y sobre el rescate de Jonás.

11 de febrero de 1945.

[1]Jesús se encuentra en esa bellísima ciudad marítima que en el mapa presenta un golfo natural amplio y bien protegido. Este golfo tiene capacidad para muchos navíos, y le hace aún más seguro un fuerte espigón portuario. Debe ser muy usado incluso militarmente, porque veo trirremes romanas con soldados a bordo. Están desembarcando, no sé si por un cambio de turno de tropas o para reforzar la guarnición. El puerto, o sea, la ciudad portuaria, me recuerda vagamente a Nápoles, dominada por los montes vesubianos.

Jesús está sentado dentro de una modesta casa cercana al puerto. Está claro que se trata de una mansión de pescadores - quizás amigos de Pedro, o de Juan, porque veo que ambos se encuentran muy a gusto en la casa y con los que en ella habitan -. No veo al pastor José, y, naturalmente, tampoco veo a Judas Iscariote, que está todavía ausente. Jesús habla con sencillez con

los componentes de la familia y con otros que han venido a escucharle. No es, sin embargo, una predicación como tal, son palabras llanas, de consejo, de consuelo; como sólo Él puede ofrecer.

Vuelve Andrés, que parece que había salido a algún encargo porque trae en sus manos unos panes. Se acerca todo colorado - concentrar la atención sobre él debe suponerle un verdadero suplicio - y, más que decir, bisbisea: «Maestro, ¿podrías venir conmigo? Se... se trataría de hacer un poco de bien. Sólo Tú puedes».

Jesús se pone en pie sin preguntar ni siquiera qué bien es ése.

2 Sin embargo, Pedro pregunta: «¿A dónde le llevas? Está muy cansado. Es la hora de la cena. Le pueden esperar mañana».

«No... es una cosa que hay que hacer en seguida. Es...».

«¡Habla, gacela espantada! ¿Pero vosotros creéis que un hombre hecho y derecho debe ser así!... ¡Parece un pez enmarañado en la red! ».

Andrés se pone todavía más colorado. Jesús, atrayéndole hacia sí, le defiende: «A mí me gusta así. Déjale. Tu hermano es como agua salubre. Trabaja en lo profundo y sin hacer ruido. Sale de la tierra como un hilo de agua, pero quien se acerca a él queda curado. Vamos, Andrés».

«Voy también yo. Quiero ver a dónde te lleva» contesta Pedro.

Andrés suplica: «No, Maestro. Yo y Tú solos. Si hay gente, no se puede... Es cosa de corazones...».

«¿Qué pasa? ¿Ahora te dedicas a hacer de paraninfo?».

Andrés no le responde a su hermano. Dice a Jesús: «Un hombre quiere repudiar a su esposa y... y yo he intervenido, pero no sé hacerlo. Si hablas Tú... te saldrá bien, porque el hombre no es malo; es... es... él te lo dirá».

Jesús sale con Andrés sin decir nada más.

Pedro permanece un poco en duda. Luego dice: «Yo también voy; quiero al menos ver a dónde van». Y sale, a pesar de que los otros le digan que no lo haga.

Andrés va a torcer por una callecita de aspecto popular. Pedro le sigue detrás. Se mete por una placita llena de comadres. Y Pedro detrás. Entra en un portal que da a un amplio patio circundado de casitas bajas y pobres - digo portal porque hay un arco, pero la puerta no existe -. Y Pedro detrás. Jesús entra en una de estas casitas con Andrés. Pedro se aposta fuera.

Una mujer le ve y le pregunta: «¿Eres familia de Aava? ¿Y esos dos también? ¿Habéis venido a llevárosla?».

«¡Cállate, cotorra! No me deben ver».

¡Hacer callar a una mujer! Es una cosa difícil. Pedro le lanza una mirada que la fulmina, pero entonces ella va a hablar con otras comadres. El pobre Pedro, en un momento, se encuentra rodeado por un círculo de mujeres, chicos y hombres, que sólo por imponerse silencio unos a otros hacen un rumor que denuncia su presencia. Pedro se consume interiormente, se enfada... pero no sirve de nada.

3 Del interior de la casa se oye la voz llena, hermosa, serena de Jesús, junto a la voz rota de una mujer y junto a la de un hombre, cerrada, ronca.

«Si ha sido siempre buena esposa, ¿por qué repudiarla? ¿Alguna vez te ha faltado?».

«No, Maestro, ¡te lo juro! Le he querido como a la pupila de mis ojos» gime la mujer.

Y el hombre, breve y duro, dice: «No, no me ha faltado nada más que en ser estéril; y yo quiero hijos. No quiero la maldición Dios sobre mi nombre».
«Tu mujer no tiene la culpa de serlo».
«Me echa la culpa, a mí y a los míos, como si hubiera sido una traición...».
«Mujer, sé sincera. ¿Sabías que eras estéril?».
«No. Era y soy en todo como todas. El médico lo ha dicho también. Pero no logro tener hijos».
«¿Ves como no te ha engañado? Ella también sufre por ello. Responde también tú sinceramente: si ella fuese madre, ¿la repudiarías?».

«No. Lo juro. No tengo motivo para ello. Sucede que el rabino me lo ha dicho, como también me lo ha dicho el escriba: "La estéril es la maldición de Dios en casa y tú tienes el derecho y el deber de darle libelo de divorcio y no contrariar tu virilidad privándola de hijos". [4]Yo hago lo que la Ley dice».

«No. Escucha. La Ley dice: "No cometas adulterio" y tú estás para cometerlo. El mandamiento inicial es éste y ninguna otra cosa. Y si, por la dureza de vuestros corazones, Moisés concedió el divorcio, fue para impedir uniones ilícitas y concubinatos odiosos a Dios. Luego, progresivamente, vuestro vicio trabajó sobre la cláusula de Moisés recabando las malvadas cadenas y las homicidas piedras que son las condiciones actuales de la mujer, víctima siempre de vuestro despotismo, de vuestro capricho, de vuestra sordera y ceguera de afectos. Yo te lo digo: No te es lícito hacer lo que pretendes. Tu acto ofende a Dios. ¿Repudió acaso Abraham a Sara? ¿Y Jacob a Raquel? ¿Y Elcana a Ana? ¿Y Manué a su esposa? ¿Conoces al Bautista? ¿Si? Pues bien, ¿no fue estéril su madre hasta la vejez y después dio a luz al santo de Dios, así como también la espesa de Manué dio a luz a Sansón, y Ana de Elcana a Samuel, y Raquel a José, y Sara a Isaac? Dios premia la continencia del esposo, su piedad hacia la estéril, su fidelidad al desposorio, y es un premio celebrado por los siglos, así como también da sonrisa al llanto de las estériles que ya no lo son ni se encuentran humilladas, sino que se hallan gloriosas regocijándose de ser madres. No te es lícito ofender el amor de esta mujer. Sé justo y honesto. Dios te premiará más de lo que mereces».

«Maestro, sólo Tú hablas así... Yo no sabía. Había preguntado a los doctores y me habían dicho: "Hazlo". Pero no me dijeron ni una .palabra respecto a que Dios premie con dones un acto bueno. Estamos en sus manos... y nos cierran los ojos y el corazón con mano de hierro. No soy malo, Maestro. No te enojes conmigo».

«No te rechazo. Me produces más compasión que esta pobre mujer que está llorando, porque su dolor acabará cuando termine su vida; el tuyo comenzará entonces, y para toda la eternidad. Piénsalo».
«No, no comenzara. No lo quiero. ¿Me juras por el Dios de Abraham que cuanto dices es verdad?».
«Yo soy Verdad y Ciencia. Quien cree en mí tendrá en Él justicia, sabiduría, amor y paz».
«Te quiero creer. Sí. Te quiero creer. No sé... siento en ti algo que no hay en los demás. Ahora voy al sacerdote y le digo: "Ya no la repudio. Me quedo con ella, y sólo le pido a

Dios que me ayude a sentir menos el dolor de no tener hijos". Aava, no llores. Le diremos al Maestro que vuelva para mantenerme calmado, y tú... sigue queriéndome».
La mujer llora con más fuerza, por el contraste entre el dolor de antes y la alegría actual. Jesús, por el contrario, sonríe: «No llores. Mírame. Mírame, mujer».
Ella levanta la cabeza. Mira su rostro luminoso con su rostro lagrimoso.

«Hombre, ven aquí. Ponte de rodillas junto a tu esposa. Ahora yo os bendigo y santifico vuestra unión. Escuchad: "Señor Dios de nuestros padres, que hiciste a Adán del barro y le diste a Eva como compañera para que poblasen de hombres la tierra educándolos en tu santo temor, desciende con tu bendición y tu misericordia, abre y fecunda las entrañas que el Enemigo tenía cerradas para portar a un doble pecado de adulterio y de desesperación. Ten piedad de estos dos hijos, Padre santo, Creador supremo. Hazlos felices y santos. Ella, fecunda como una vid; él, protector como el olmo que la sujeta. Desciende, Vida, a dar vida. Desciende, Fuego, a calentar, Desciende, Poderoso, a obrar. ¡Desciende! Haz que para la fiesta de alabanza por las fecundas mieses del próximo año te ofrezcan su vivo manípulo, su primogénito, hijo consagrado a ti, Eterno, que bendices a quienes esperan en ti"». Jesús ha orado con voz de trueno, con las manos tendidas sobre las dos cabezas inclinadas.

5 La gente no se contiene más y se arremolina en torno; Pedro en primera línea.

«Levantaos. Tened fe y sed santos».

«¡No te vayas, Maestro!» suplican los dos reconciliados.
«No puedo quedarme. Volveré. Bastantes veces».
«No te vayas, no te vayas. Háblanos también a nosotros» grita la multitud.
Mas Jesús bendice pero no se detiene. Promete sólo volver pronto. Y, seguido por una pequeña multitud, se dirige hacia su casa hospitalaria.
«Hombre curioso, ¿qué debería hacer contigo?» pregunta por el camino a Pedro.
«Lo que quieras, pero, ahora ya... yo he estado allí...».
Entran en la casa, despiden a la gente, que comenta las palabras que han oído, y se ponen a cenar.
Pedro se siente todavía curioso. «Maestro, ¿pero realmente tendrán un hijo?».
«¿Me has visto alguna vez prometer cosas que no se cumplan? ¿Crees que Yo me permito usar la confianza en el Padre para mentir y provocar desilusiones?».
«No... pero... ¿podrías hacer esto con todos los esposos?».
«Podría. Pero lo hago sólo donde veo que un hijo puede significar un impulso hacia la santificación. Donde significaría obstáculo, no lo hago».
Pedro se alborota el pelo entrecano y calla.

6 Entra el pastor José. Está completamente lleno de polvo del camino, como quien hubiera andado mucho.

«¿Tú? ¿Por qué?» pregunta Jesús, después del beso de saludo.
«Tengo cartas para ti. Tu Madre me las ha dado, y una es suya. Aquí están». Y José entrega tres pequeños rollos de una especie de pergamino fino, atados con una cinta. La más voluminosa de las cartas está incluso cerrada con un sigilo, otra tiene sólo el nudo, la tercera muestra un sigilo roto. «Ésta es de tu Madre» dice José, indicando la que tiene el nudo.

Jesús la desenrolla y la lee; primero en voz baja, luego alto. «"A mi amado Hijo, paz y bendición. Ha llegado a mí a la hora prima de las calendas de la luna de Elul un enviado de Betania. Se trata de Isaac, pastor. Le he dado en tu nombre un ósculo de paz, y refrigerio como personal agradecimiento. Me ha traído estas dos cartas que ahora te envío, diciéndome de palabra que el amigo Lázaro de Betania te insta para que condesciendas con lo que te pide. Amado Jesús, mi bendito Hijo y Señor, yo también tendría dos cosas que pedirte. Una, recordarte que me prometiste llamar a tu pobre Mamá para instruirla en la Palabra; la segunda, que no vengas a Nazaret sin haber hablado conmigo antes"».

Jesús se detiene bruscamente y se alza en pie, yendo a ponerse entre Santiago y Juan. Los abraza estrechamente y termina repitiendo, sin leer, las palabras: «"Alfeo ha vuelto al seno de Abraham la pasada luna llena, con gran duelo de la ciudad..."», Los dos hijos lloran sobre el pecho de Jesús, que termina: «"...En el último momento te hubiera deseado a su lado, pero Tú estabas lejos. Esto, no obstante, es un consuelo para María, que ve en ello perdón de Dios, y debe dar paz también a mis sobrinos". ¿Habéis oído? Ella lo dice, y Ella sabe lo que, dice».

«Dame la carta» suplica Santiago.

«No. Te perjudicaría».

«¿Por qué? ¿Qué puede decir que sea más penoso que la muerte de un padre?...».

«Que nos ha maldecido» suspira Judas.

«No. No es eso» dice Jesús.

«Lo dices... para no transpasar nuestro corazón. Pero es así».

«Lee, entonces».

Y Judas lee: «"Jesús, te ruego, y conmigo María, que no vengas a Nazaret hasta que el duelo no haya terminado. El amor hacia Alfeo hace injustos a los nazarenos respecto a ti, y tu Madre llora por ello. El buen amigo Alfeo me consuela, y pone calma en el pueblo. Ha tenido mucha resonancia lo que han contado Aser e Ismael de la mujer de Cusa, pero Nazaret es ahora un mar agitado por vientos contrarios. Te bendigo, Hijo mío, y te pido paz y bendición para mi alma. Paz a mis sobrinos. Mamá"».

Los apóstoles hacen comentarios y consuelan a los dos hermanos, que están llorando.

7 Pedro dice: «¿Y esas, no las lees?».

Jesús hace un gesto de asentimiento y abre la de Lázaro. Llama a Simón Zelote. Leen juntos en un ángulo. Luego abren el otro rollo y lo leen también. Debaten. Veo que Simón trata de persuadirle de algo a Jesús, pero no lo consigue.

Jesús, con los rollos en la mano, se coloca en medio de la estancia y dice: «Oíd, amigos. Somos todos una familia y no hay secretos entre nosotros, y, si tener oculto el mal es piedad, dar a conocer el bien es justicia. Oíd lo que escribe Lázaro de Betania:

"Al Señor Jesús paz y bendición, y paz y salud a mi amigo Simón. He recibido tu carta y, como siervo que soy, he puesto mi corazón, mi palabra y todos mis medios a tu servicio para satisfacerte y tener el honor de serte siervo no inútil. He ido a ver a Doras a su castillo de Judea, a rogarle que me vendiera a su siervo Jonás como Tú deseas. Confieso que, si no hubiera sido petición de Simón, amigo fiel, para ti, no habría afrontado a ese

chacal burlón, cruel y funesto. Pero por ti, mi Maestro y Amigo, me siento capaz de afrontar hasta incluso a Satanás. Ello porque pienso que quien trabaja para ti te tiene cercano y está, por tanto, protegido. Y ciertamente he recibido ayuda, porque he vencido, contra todas las previsiones. Dura fue la discusión y humillantes las primeras negativas. Tres veces tuve que agachar la cabeza ante este esbirro con poder. Luego me impuso una espera de días. Finalmente, la carta; digna de un áspid. Yo casi no oso decirte: 'Cede para conseguir el objetivo', porque él no es digno de tu presencia; pero no hay otra forma. He aceptado en tu nombre y he firmado. Si he hecho mal, repréndeme. No obstante - créeme - he tratado de servirte lo mejor que podía. Ayer ha venido un discípulo tuyo, judío, diciendo que venía en tu nombre a saber si había alguna noticia que llevarte. Ha dicho llamarse Judas de Keriot. No obstante, he preferido esperar a Isaac para entregarle la carta. Y me ha extrañado mucho el que hubieras mandado a otros, sabiendo que todos los sábados viene aquí Isaac, para su reposo sabático. No tengo mas que decirte. Sólo, besándote los pies santos, te ruego conducirlos adonde tu siervo y amigo Lázaro, como prometiste. A Simón, salud. A ti, Maestro y Amigo, un ósculo de paz solicitando tu bendición. Lázaro".

Y ahora la otra: "A Lázaro, salud. He decidido. Por una suma doble obtendrás a Jonás. No obstante, pongo estas condiciones, y no pienso cambiar respecto a ellas bajo ningún motivo. Quiero que primero Jonás termine la cosecha de este año, o sea, su entrega se efectuará para la luna de tisri, al final de la luna. Quiero que venga personalmente a recogerle Jesús de Nazaret, al cual le pido que entre bajo mi techo, para conocerle. Quiero pago inmediato a la vista de contrato en regla. Adiós. Doras"».

8 «¡Qué peste!» grita Pedro. «Pero, ¿quién paga? Quién sabe lo que pide, y nosotros... ¡estamos siempre sin un centésimo!».

«Simón paga. Para darme esta alegría a mí y al pobre Jonás. No adquiere más que una reliquia de hombre, que de ninguna manera le prestará servicio; pero adquiere un gran mérito en el Cielo».

«¿Tú? ¡Oh!». Todos muestran asombro. Hasta los hijos de Alfeo salen de su aflicción por el estupor.

«Él es. Es justo que ello sea conocido».

«Sería también justo saber por qué Judas de Keriot ha ido donde Lázaro. ¿Quién le había enviado? ¿Tú?».

Jesús no le responde a Pedro. Se muestra muy serio y pensativo. Sale de su meditación sólo para decir: «Preocupaos de que José cene y repose, luego nos retiraremos a descansar. Yo prepararé la contestación para Lázaro... ¿Isaac está todavía en Nazaret?».

«Me espera».

«Iremos todos».

«¡Noo! Tu Madre dice...». Todos se agitan.

«Callad. Quiero que sea así. Mi Madre habla con su corazón de amor. Yo juzgo con mi razón. Prefiero hacer esto mientras no esté Judas, y deseo tender la mano amiga a mis primos Simón y José, y llorar con ellos antes de que termine el duelo. Luego volveremos a Cafarnaúm, a Genesaret, al lago en definitiva, esperando al final de la luna de Tisrí. Y tomaremos a las Marías con nosotros. Vuestra madre tiene necesidad de amor. Se lo daremos. Y la mía tiene necesidad de paz. Yo soy su paz».

«¿Crees que en Nazaret?...» pregunta Pedro.

«No creo nada».

«¡Ah, bueno! Porque si le causasen algún daño o algún dolor... ¡se las tendrían que ver conmigo!» dice Pedro todo agitado.
Jesús le acaricia, pero está absorto en otros pensamientos. Yo diría que está triste. Luego va hacia donde Judas y Santiago, se pone entre los dos y se sienta, teniéndolos abrazados para consolarlos.
Los demás hablan bajo para no turbar su dolor.

105. En Nazaret por la muerte de Alfeo. Lenta conversión del primo Simón.

12 de febrero de 1945.

[1]Atardece en medio de un gran arrebol de ocaso que, como un fuego que se va apagando, se vuelve cada vez más oscuro hasta asumir casi un color violeta rubificado. Una coloración espléndida, rara, que pincela, difuminándose lentamente, el occidente, hasta desaparecer en el cobalto oscuro del cielo donde el oriente avanza cada vez más con sus estrellas y con su arco de luna creciente, ya camino de la segunda fase. Los agricultores acuden raudos a sus casas - las bajas casitas de Nazaret -, que muestran ya los hogares encendidos, por los aros de humo que salen de ellas.

Jesús está para entrar en la ciudad y, contrariamente a cuanto desearían los otros, no quiere que ninguno vaya a avisar a su Madre. «No va a suceder nada. ¿Por qué intranquilizarla antes?» dice.

Ya está entre las casas. Algún saludo, algún cuchicheo a sus espaldas, algún volverse de espaldas maleducado o dar portazos cuando pasa el grupo apostólico.

La gesticulación de Pedro es un verdadero poema, pero también los demás están un poco inquietos. Los hijos de Alfeo parecen dos condenados: caminan con la cabeza baja a ambos lados de Jesús, observando, no obstante, todo; de vez en cuando se miran asustados, o en su mirar manifiestan temor por Jesús. Él, como si no pasara nada, responde a los saludos con su habitual afabilidad, y se inclina para acariciar a los niños, los cuales, en su simplicidad, no toman parte por éste o por aquél y son siempre amigos de su Jesús, que siempre se muestra tan afectuoso con ellos.

Uno - un tonelito muy regordete que tendrá como mucho cuatro años -, separándose del vestido materno, acude corriendo a su encuentro y le tiende los bracitos diciendo: «¡Súbeme!» y, dado que Jesús le complace y le sube en brazos, éste le besa con su boquita toda embadurnada del higo que está chupando, y luego lleva su amor hasta el punto de... ofrecerle a Jesús un trocito de higo, diciendo: «¡Toma! ¡Está bueno!». Jesús acepta el

ofrecimiento y ríe de que ese hombrecito naciente le haya metido el trocito de higo en la boca.

2Isaac, cargado de jarros, viene de la fuente. Ve a Jesús, deja los jarros y, corriendo a su encuentro, grita: «¡Mi Señor! Tu Madre ha vuelto ahora a casa. Estaba donde su cuñada. Pero... - pregunta - ¿recibiste la carta?».

«Estoy aquí por este motivo. No digas nada a mi Madre, por ahora. Primero voy a casa de Alfeo».

Isaac, prudente, no dice más que: «Te obedeceré» y, tomando sus ánforas, va directamente a casa.

«Pongámonos en camino. Vosotros, amigos, nos esperaréis aquí. Estaré poco tiempo en casa de Alfeo».

«¡Nooo! Nosotros no entramos en la casa del luto. Estaremos fuera, eso sí. ¿Verdad?» dice Pedro.

«Pedro tiene razón. Nos tendrás cerca, aunque estemos en la calle».

Jesús cede a la voluntad de todos, pero sonríe y dice: «No me harán nada. Creedlo. No son malos. Sólo están humanamente exaltados. Vamos».

Llegan a la calle donde está la casa. Llegan a la entrada del huerto. Jesús continúa; detrás, Judas y Santiago.

3Jesús llega al umbral de la puerta de la cocina. Dentro, junto al fuego, está María de Alfeo, cocinando y... llorando. En un ángulo, Simón y José, con otros hombres, sentados en grupo. Entre ellos está Alfeo de Sara. Están allí, callados como estatuas. ¿Será costumbre? No lo sé.

«Paz a esta casa y paz al espíritu que la ha dejado».

La viuda emite un grito y hace un movimiento instintivo de cerrarle el paso a Jesús, de ponerse entre Él y los otros. Simón y José se levantan, hoscos y confundidos; pero Jesús no muestra darse cuenta de su actitud hostil. Va hacia los dos hombres (Simón tiene ya sus cincuenta años, y quizás más, a juzgar por el aspecto) extendiendo hacia ellos sus manos en gesto de amorosa iniciativa. Los dos hombres se muestran más turbados que nunca, pero no osan comportarse maleducadamente. Alfeo de Sara tiembla angustiado, sufre visiblemente. Los otros hombres se muestran reservados, en espera de una indicación.,

«Simón, tú, ya cabeza de familia, ¿por qué no me recibes afablemente? Vengo a llorar contigo. ¡Cuánto habría deseado estar con vosotros en la hora del duelo! Pero me encontraba lejos, no por culpa mía. Eres justo, Simón. Y lo debes decir».

El hombre sigue con actitud reservada.

«Y tú, José, que tienes un nombre muy estimado por mí, ¿por qué no acoges mi beso? ¿No me permitís llorar con vosotros? La muerte es lazo para los verdaderos afectos. Y nosotros nos quisimos. ¿Por qué ahora debe haber desunión?».

«Por ti nuestro padre ha muerto resentido» dice José con dureza. Y Simón: «Debías haberte quedado. Sabías que estaba agonizando. ¿Por qué te marchaste? Te quería a su lado...».

«No habría podido hacer por él más de cuanto hice. Y vosotros lo sabéis...».

Simón, más justo, dice: «Es verdad. Sé que viniste y que te echó. Pero era un enfermo, un hombre afligido».

«Lo sé. De hecho dije a tu madre y a tus hermanos: "No le guardo rencor, porque comprendo su corazón". Pero por encima de todos está Dios. Y Dios quería este dolor

para todos. Para mi que, creedlo, he sufrido como si me hubieran arrancado carne viva; para vuestro padre, que en esta pena ha comprendido una gran verdad, la cual durante toda la vida le había permanecido oscura; para vosotros, que con este dolor tenéis el modo de ofrecer un sacrificio más beneficioso que el becerro inmolado; y para Santiago y Judas, que ahora ya no están menos formados que tú, mi Simón, porque tanto dolor – para ellos es la mayor carga y los oprime como rueda de molino - los ha hecho adultos y de perfecta edad ante los ojos de Dios».

«¿Qué verdad ha visto nuestro padre? Una sola: que su sangre, en la última hora, le era enemiga» rebate José con dureza.

«No. Que el espíritu es más que la sangre. Ha comprendido el dolor de Abraham y por eso Abraham le ha ayudado» responde Jesús.

«¡Ojalá fuera verdad! Pero ¿quién lo asegura?».

«Yo, Simón. Y, más que Yo, la muerte de tu padre. ¿No ha anhelado mi presencia? Tú lo has dicho».

«Lo he dicho. Es verdad. Quería que viniera Jesús. Y decía: "¡Al menos que no muera el espíritu! Él puede hacerlo. Le he rechazado y no volverá. ¡Oh, muerte sin Jesús, qué horror eres! ¿Por qué le obligué a irse?". Sí, esto decía, como también: "Él me preguntó muchas veces: '¿Debo marcharme?' yo le eché. Ahora ya no vuelve". Te anhelaba, te anhelaba. Tu Madre te mandó recado, pero no te encontraron en Cafamaúm y él lloró mucho, y con sus últimas fuerzas tomó la mano de tu Madre y quiso tenerla cercana. A duras penas podía hablar, pero decía: "La Madre es un poco el Hijo. Me agarro a su Madre para tener algo de Él, porque tengo Miedo de la muerte". ¡Pobre padre mío!».

[4]Se produce una escena oriental de gritos y actos de dolor, en la que todos toman parte; también Santiago y Judas, que se han atrevido a entrar. Jesús, que solamente llora, es el más tranquilo.

«¿Lloras? ¿Entonces le querías?» pregunta Simón.

«¡Simón! ¿Lo preguntas? Si hubiera podido, ¿crees que habría permitido este dolor suyo? Yo estoy con el Padre, pero no por encima del Padre».

«Curas a los moribundos, y a él no le curaste» dice ásperamente José.

«No creía en mí».

«Esto es verdad, José» observa su hermano Simón.

«No creía y tampoco deponía el rencor. Yo no puedo hacer nada donde hay incredulidad y odio. Por eso, os digo: no sigáis odiando a vuestros hermanos. Vedlos. Que su congoja no resulte gravada por vuestro rencor. Vuestra madre está más acongojada por este odio vivo que por la muerte, que termina en sí misma, y en vuestro padre termina en la paz porque su deseo de mí le significó perdón de Dios. Ni hablo de mí, ni abogo por mí. Yo estoy en el mundo, pero no soy del mundo. Aquel que dentro de mí vive me compensa lo que el mundo me niega; sufro con mi humanidad, pero elevo el espíritu por encima de la tierra y siento júbilo por las cosas celestes. ¡Pero ellos!... No faltéis a la ley del amor y de la sangre. Amaos. En Santiago y Judas no existe ofensa a la sangre. Pero, aun en el caso de que existiera, perdonad. Mirad con ojo justo las cosas y veréis que los más ofendidos han sido ellos, incomprendidos en las necesidades del alma raptada por Dios. Y a pesar de todo no guardan rencor, sino que sólo desean el amor. ¿No es verdad, primos?».

Judas y Santiago, a los cuales la madre tiene estrechamente abrazados, asienten entre lágrimas.

«Simón, eres el mayor, da ejemplo...».

«Yo... por mí... Pero el mundo... pero Tú...».
«¡Oh, el mundo! Olvida y cambia a cada amanecer.. Y Yo... Ven, dame tu beso fraterno. Yo te quiero. Esto lo sabes. Despójate de estas escamas que te hacen duro y no son tuyas sino que te vienen de persona a ti ajena y menos justa que tú. Tú juzga siempre con tu recto corazón».
Simón, todavía un poco reticente, abre los brazos. Jesús le besa y luego le conduce adonde sus hermanos. Se besan entre llanto y lamentos.
«Ahora tú, José».
«No. No insistas. Tengo presente el dolor de nuestro padre».
«En verdad tú lo perpetúas con tu rencor».
«No importa. Soy fiel».

Jesús no insiste. [5]Se vuelve hacia Simón: «La tarde está avanzada. Pero, si quisieras... *Nuestro* corazón arde por el deseo de venerar sus restos mortales. ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde le habéis puesto?».

«Detrás de la casa. Donde el olivar cesa contra el barranco. Un sepulcro digno».

«Te lo ruego. Llévame. María, sé fuerte. El esposo exulta porque ve a sus hijos en tu seno. Quedaos. Yo voy con Simón. ¡Estad en paz! ¡Estad en paz! José, te digo a ti cuanto dije a tu padre: "No hay rencor en mí. Te quiero. Cuando quieras que venga, llámame. Vendré a llorar contigo. Adiós"». Y Jesús sale con Simón...
Los apóstoles miran de reojo con curiosidad, pero se sienten contentos al ver a Jesús y Simón en armonía.
«Venid también vosotros» dice Jesús. «Son mis discípulos, Simón. Ellos también desean honrar a tu padre. Vamos».
Van por el olivar y todo termina.

[6]Dice Jesús:

«Aquí pondréis la tercera y cuarta visión habidas el día 13 de febrero de 1944.

Como ves, Simón - menos obstinado - se rindió, si no completamente sí al menos en parte, a la justicia, con santa prontitud. Es cierto que no se hizo discípulo mío, y menos aún apóstol - como en tu ignorancia le llamaste hace ahora un año -, en seguida, después de este encuentro por la muerte de Alfeo, pero sí, al menos, espectador no enemigo. Incluso fue tutor de su madre y de la mía en momentos en que había necesidad de que un hombre las protegiera y defendiera de las sátiras de la gente. No fue fuerte hasta el punto de imponerse contra quien me llamaba "loco". Todavía era "demasiado hombre", y se avergonzaba un poco de mí y se preocupaba por los peligros que podía correr toda la familia a causa de mi apostolado contrario a las sectas. No obstante, ya estaba en el camino del Bien, por el cual, luego, después del Sacrificio, supo proseguir, cada vez más firme, hasta confesarme con la sangre. La Gracia obra en ocasiones fulminantemente, otras veces lentamente, mas siempre obra en donde existe la voluntad de ser justo.

Ve en paz. Queda en paz en medio de tus dolores. El tiempo preparatorio para la Pascua empieza. Lleva por mí la Cruz. Te bendigo,

María de la Cruz de Jesús».

106. Expulsión de Nazaret. Jesús consuela a su Madre. Reflexiones sobre cuatro contemplaciones.

Tarde del 13 de febrero de 1944.

[1]Veo una amplia sala cuadrada. Digo sala, a pesar de que comprendo que se trata de la sinagoga de Nazaret - como me dice el íntimo consejero -, porque no hay sino paredes desnudas pintadas de un amarillo pajizo y en una parte una especie de cátedra. Hay también un alto ambón que tiene encima unos rollos. Ambón, estante... llámelo como mejor le parezca. Es, en definitiva, una especie de plano inclinado sujeto por un pie; sobre él están alineados unos rollos.

Hay gente orando. No como rezamos nosotros, sino vueltos todos hacia un lado con las manos separadas: más o menos como el sacerdote en el altar.

Hay lámparas dispuestas así: * sobre la cátedra y el ambón.

No veo la finalidad de * * estar contemplando esto, que no cambia y que me queda fijo * * así por un tiempo, pero Jesús me dice que escriba lo * * que veo, y yo lo hago.*

[2]Me encuentro de nuevo en la sinagoga de Nazaret. Ahora el rabino está leyendo. Oigo la cantinela de voz nasal, pero no entiendo las palabras, pues las pronuncian en una lengua que yo no sé.

Entre la gente está también Jesús con sus primos apóstoles y con otros (también parientes, sin duda, pero no sé quiénes son).

Después de la lectura el rabino dirige la mirada, en actitud de muda expectativa, hacia la multitud.

Jesús pasa adelante y solicita encargarse hoy de la reunión de la asamblea.

Oigo su hermosa voz, que lee el paso de Isaías citado por el Evangelio **: «El espíritu del Señor está sobre mí...». Y oigo el comentario que hace al respecto, diciendo de sí mismo que es «el portador de la Buena Nueva, de la ley del amor,

---

* *y yo lo hago.* Sigue inmediatamente, en el cuaderno autógrafo, la visión colocada en el capítulo 101, que empieza con las palabras: *Ahora veo - aproximadamente dos horas después de la anteriormente descrita* - … Ponerlo en relación con la nota de la página 143.

** *citado por el Evangelio:* en Lucas 4, 18-19.

que pone misericordia donde antes había rigor; por la cual todos aquellos que, por la culpa de Adán, padecen enfermedad en el espíritu, y, como reflejo, en la carne - porque el pecado siempre suscita el vicio y el vicio enfermedad incluso física - obtendrán la salud; por la cual todos los prisioneros del Espíritu del mal obtendrán la liberación. Yo he venido - dice - a romper estas cadenas, a abrir de nuevo el camino de los Cielos, a proporcionar luz a las almas que han sido cegadas, oído a las sordas. Ha llegado el tiempo de la Gracia del Señor. Ella está entre vosotros, Ella es esta que os habla. Los Patriarcas desearon ver este día, cuya existencia ha sido proclamada por la voz del Altísimo y cuyo tiempo predijeron los Profetas, y ya, llevada a ellos por ministerio sobrenatural, saben que el alba de este día ha roto, y su entrada en el Paraíso está ya cercana, exultando por ello en sus espíritus; santos a quienes no falta sino mi bendición para ser ciudadanos del Cielo. Vosotros lo estáis viendo. Venid hacia la Luz que ha surgido. Despojaos de vuestras pasiones para resultar ágiles en el seguir a Cristo. Tened la buena voluntad de creer, de mejorar, de desear la salud, y la salud os será dada; la tengo en mi mano, pero sólo se la doy a quien tiene buena voluntad de poseerla, porque sería una ofensa a la Gracia el darla a quien quiere continuar sirviendo a Satanás».

3El murmullo se desata en la sinagoga.
Jesús mira en torno a sí. Lee los rostros y el interior de los corazones y prosigue: «Comprendo lo que estáis pensando. Vosotros, dado que soy de Nazaret, querríais un favor de privilegio; mas esto por vuestro egoísmo, no por potencia de fe. Así que os digo que, en verdad, a ningún profeta se le recibe bien en su patria. Otros lugares me han acogido, y me acogerán, con mayor fe, incluso aquellos cuyo nombre es motivo de escándalo entre vosotros. Allí cosecharé mis seguidores, mientras que en esta tierra no podré hacer nada, porque se me presenta cerrada y hostil. Os recuerdo a Elías y Eliseo. El primero halló fe en una mujer fenicia; el segundo, en un sirio: en favor de aquélla y de éste pudieron realizar el milagro. Los de Israel que estaban muriéndose de hambre y los leprosos de Israel no obtuvieron pan o curación, porque su corazón no tenía la buena voluntad, perla fina que el profeta, de haber existido, hubiera visto. Lo mismo os sucederá a vosotros, hostiles e incrédulos ante la Palabra de Dios».

4La multitud se alborota e impreca, e intenta ponerle la mano encima a Jesús, pero los apóstoles-primos*(Judas, Santiago y Simón) le defienden, y entonces los enfurecidos nazarenos le echan fuera de la ciudad. Van detrás con amenazas - no solamente verbales - hasta el comienzo del monte. Pero Jesús se vuelve y los inmoviliza con su mirada magnética, y pasa incólume entre ellos. Desaparece luego, camino arriba, por un sendero.

---

* *los apóstoles-primos* son Judas y Santiago. El primo Simón, también presente, es erróneamente llamado apóstol por la escritora, a la que Jesús corrige en 105.6.

5 Veo un pequeño, pequeñísimo, grupo de casas, un puñado de casas. Hoy lo llamaríamos anejo rural. Está más alta que Nazaret, la cual se ve más abajo. Dista de ésta pocos kilómetros. Es un caserío misérrimo.

Jesús, sentado encima de una pequeña tapia, junto a una casucha, habla con María. Quizás es una casa amiga, o por lo menos de gente hospitalaria, según las leyes de la hospitalidad oriental. Jesús se ha refugiado en ella después de haber sido echado de Nazaret, para esperar a los apóstoles que se habían dispersado por la zona mientras estaba con su Madre.

Con Él sólo se encuentran los tres apóstoles-primos*, que están recogidos dentro de la cocina y hablan con una mujer anciana a la que Tadeo llama madre. Por ello comprendo que se trata de María de Cleofás. Es una mujer más bien anciana, y la reconozco como la que estaba con María en las bodas de Caná. Claro es que María de Cleofás y sus hijos se han retirado para que Jesús y su Madre puedan hablar libremente.

6 María está afligida. Ha venido a saber lo de la sinagoga y está triste. Jesús la consuela. María le suplica a su Hijo que se mantenga lejos de Nazaret, donde todos están mal predispuestos hacia Él, incluyendo a los otros familiares que le consideran un loco que está deseando suscitar rencores y disputas. Pero Jesús hace un gesto sonriendo; parece como si dijera: "¿Por esta pequeñez? ¡Olvídate de ello!". Pero María insiste.

Entonces Él responde: «Mamá, si el Hijo del Hombre hubiera de ir únicamente a donde le aman, tendría que retirar su paso de esta Tierra y volverse al Cielo. Tengo en todas partes enemigos, porque se odia la Verdad, y Yo soy la Verdad. Pero no he venido para encontrar un amor fácil. He venido para hacer la voluntad del Padre y redimir al hombre. El amor eres tú, Mamá, mi amor, el que me compensa todo. Tú y este pequeño rebaño que todos los días se va acrecentando con alguna oveja que arranco a los lobos de las pasiones y llevo al redil de Dios. Lo demás es el deber. He venido para cumplir este deber y debo cumplirlo, si es preciso estampanándome contra las piedras de los corazones que oponen firme resistencia al bien. Es más, sólo cuando caiga, bañando de sangre esos corazones, los ablandaré estampando en ellos el Signo mío, que anula el del Enemigo. Mamá, he bajado del Cielo para esto. No puedo sino desear cumplir esto».

«¡Oh! ¡Hijo! ¡Hijo mío!» - María habla con voz acongojada. Jesús la acaricia. Noto que María lleva en la cabeza, además del velo, el manto; más velada que nunca, como una sacerdotisa.

7 «Me ausentaré durante un tiempo por darte gusto. Cuando esté cerca, mandaré a alguien a avisarte».

---

* *los tres apóstoles-primos* como la nota precedente.

«Manda a Juan. Viéndole a Juan me parece verte un poco a ti. Su madre se prodiga en atenciones hacia mí y hacia ti. Es verdad que espera un lugar privilegiado para sus hijos. Es mujer y madre, Jesús. Hay que comprenderla.

Te hablará también a ti de ellos. No obstante, te es sinceramente devota. Cuando quede liberada de la humanidad - que fermenta tanto en ella como en sus hijos, como en los demás, como en todos -, Hijo mío, será grande en la fe. Es doloroso que todos esperen de ti un bien humano, un bien que, aunque no sea humano, es egoísta. Pero es que el pecado está en ellos con su concupiscencia. Aún la hora bendita, y tan temida a pesar de que el amor a Dios y al hombre me la hagan desear, no ha llegado. Hora en que Tú anularás el Pecado. ¡Oh! ¡Esa hora! ¡Cómo tiembla el corazón de tu Madre por esa hora! ¿Qué te harán, Hijo, Hijo Redentor, de quien los Profetas refieren tanto martirio?».

«No pienses en ello, Mamá. Te lo digo una vez más. Dios te ayudará en esa hora. Dios nos ayudará a ti y a mí. Después, la paz. Ahora ve, que cae la tarde y el camino es largo. Yo te bendigo».

[8]Dice Jesús:

«Pequeño Juan, mucho trabajo hoy. Pero es que llevamos un día de retraso y no se puede ir despacio. Te he dado la fuerza para esto, hoy.

Te he concedido las cuatro contemplaciones* para poderte hablar acerca de los dolores de María y míos, preparatorios de la Pasión. Debería haberte hablado de ellos ayer, sábado, día dedicado a mi Madre, pero he sentido piedad. Hoy se recupera el tiempo perdido. Después de los dolores que te he dado a conocer, María ha tenido también éstos; y Yo con Ella.

[9]Mi mirada había leído el interior del corazón de Judas Iscariote. Nadie debe pensar que la Sabiduría de Dios no haya sido capaz de comprender ese corazón. Mas, como le dije a mi Madre, él era necesario. ¡Ay de él por haber sido el traidor! Pero un traidor era necesario. Hombre con doblez, astuto, codicioso, lujurioso, ladrón, más inteligente y culto que la generalidad, había sabido imponerse a todos. Audaz, me allanaba el camino, aun siendo un camino difícil. Le gustaba, sobre todo, destacar y poner de relieve su puesto de confianza conmigo. No era servicial por instinto de caridad, sino solamente porque era uno de esos que vosotros diríais que está siempre en un "activismo". Ello le permitía también tener la bolsa y acercarse a la mujer; dos cosas que, junto con la tercera (los cargos humanos), deseaba desmedidamente.

---

* *las cuatro contemplaciones,* cuyo comentario comienza aquí, fueron escritas en bloque en la misma fecha: *13 de febrero de 1944, por la tarde*; pero han tenido colocaciones distintas. La primera corresponde a 106.1; la segunda corresponde a todo el capítulo 101; la tercera corresponde a 106.2/4; la cuarta corresponde a 106.5/7 y va seguida del comentario.

La Pura, la Humilde, la Desasida de las riquezas terrenas no podía no sentir repugnancia por esa serpiente. También Yo lo sentía. Y Yo sólo y el Padre y el Espíritu sabemos qué vencimientos de mí mismo debí poner para poder soportarle cerca. Pero esto te lo explicaré en otro momento.

10 No ignoraba Yo tampoco la hostilidad de los sacerdotes, fariseos, escribas y saduceos. Eran zorros astutos que trataban de empujarme hacia su guarida para despedazarme. Tenían hambre de mi sangre, y trataban de colocarme trampas por todas partes para capturarme, para tener un motivo de acusación, para quitarme de en medio. Durante tres años fue larga la insidia, y ésta no se aplacó sino cuando me supieron muerto. Esa noche durmieron felices. La voz de su acusador se había extinguido para siempre. Eso creían. No. Todavía no se ha apagado. Jamás se apagará; truena, truena y maldice a quienes ahora son como ellos. ¡Cuánto dolor sufrió mi Madre por su culpa! Y Yo no olvido ese dolor.

11 Que la multitud fuera voluble, no era una cosa nueva. Es la fiera que lame la mano del domador si está armada de azote o si ofrece un pedazo de carne para saciar su hambre. Pero es suficiente que el domador se caiga o que no pueda seguir usando el azote, o que no disponga de otras presas para saciarle el hambre, para que se le abalance y le despedaze. Basta con decir la verdad y ser buenos para ser odiados por la multitud después del primer momento de entusiasmo: la verdad es reproche y admonición, la bondad despoja del azote y hace que los no buenos dejen de sentir miedo; de aquí el "crucifícale" después de haber dicho "hosanna". Mi vida de Maestro estuvo colmada de estas dos voces. La última fue "crucifícale". El "hosanna" fue como el aliento que toma el cantor para tener el respiro suficiente y así poder dar el agudo. María, en la tarde del Viernes Santo, oyó de nuevo dentro de sí todos los hosannas mentirosos hechos gritos de muerte hacia su querido Hijo, y esto la traspasó. No lo olvido tampoco.

12 ¡La humanidad de los apóstoles... cuánta! Llevaba sobre mis brazos verdaderos bloques de piedra que gravitaban hacia el suelo, para alzarlos hacia el Cielo. Incluso los que no se veían a si mismos como ministros de un rey terreno, como Judas Iscariote, los que no pensaban, como él, en subir - si se prestaba la ocasión - al trono en vez de mí, ellos, sí, ansiaban siempre, a pesar de todo, la gloria. Llegó el día en que incluso mi Juan y su hermano tendieron a esta gloria que os deslumbra como un espejismo hasta en las cosas celestes. No me refiero a una santa aspiración al Paraíso - que deseo que tengáis -, me refiero a un deseo humano de que vuestra santidad sea conocida. No sólo esto; se trata de una avaricia de cambista, de usurero, que hace que, por un poco de amor ofrecido a quien Yo os he dicho que debéis daros con todo vuestro ser, pretendáis un puesto a su derecha en el Cielo.

No, hijos, no. Antes hay que saber beber todo el cáliz que Yo bebí. Todo: con su caridad como respuesta al odio, con su castidad contra las voces del sentido, con su heroicidad en las pruebas, con su holocausto por amor a Dios y a los hermanos. Luego, una vez cumplido todo el propio deber, decir además: "Somos siervos inútiles", y aguardar a que el Padre mío y vuestro os conceda, por su bondad, un puesto en su Reino. Hay que despojarse, como me has visto despojado en el Pretorio, de todo lo humano, quedándose sólo con lo indispensable: el respeto hacia el don de Dios que es la vida, y hacia los hermanos, a los cuales podemos ser más útiles desde el Cielo que en la Tierra, y dejar que Dios os imponga la estola inmortal blanqueada en la sangre del Cordero.

13 Te he mostrado los dolores preparatorios de la Pasión. Otros te

mostraré. Aun no dejando de ser dolores, el contemplarlos ha supuesto un descanso para tu alma. Ya basta. Queda en paz».

107. Jesús y su Madre en casa de Juana de Cusa.

13 de febrero de 1945.

[1]Veo a Jesús yendo hacia la casa de Juana de Cusa. Cuando el doméstico portero ve quién es el que llega, da tal grito de júbilo, que toda la casa se revoluciona. Jesús entra sonriente, bendiciendo.

Juana acude desde el jardín todo florido para arrojarse a besar los pies del Maestro. Viene también Cusa, el cual primero se postra y luego besa la orla de la túnica de Jesús.

Cusa es un hombre apuesto, de unos cuarenta años. No muy alto, pero bien proporcionado, cabellos negros que sólo a la altura de las sienes presentan algún que otro hilo de plata, ojos vivos y oscuros, colorido pálido y barba cuadrada, negra, bien cuidada.

Juana es más alta que su marido. De la pasada enfermedad sólo conserva una acentuada delgadez, que, no obstante, ya no es esquelética como entonces. Parece una palma delgada y flexible que termina en una linda y pequeña cabeza de profundos ojos negros, dulcísimos. Tiene una cabellera negra-corvina graciosamente peinada. La frente, lisa y alta, parece aún más blanca bajo ese negro puro, y la pequeña boca, bien dibujada, destaca, con su rojo sano, entre los carrillos de delicada palidez (como la de los pétalos de ciertas camelias). Es una mujer guapísima... Y es ella la que da la bolsa a Longinos en el Calvario. En aquel momento llora, deshecha y completamente velada; aquí sonríe y lleva la cabeza descubierta. Pero es ella.

«¿A qué debo el gozo de tenerte como huésped?» pregunta Cusa.

«A la necesidad que tengo de hacer un alto en el camino y esperar a mi Madre. Vengo de Nazaret... y debo llevar conmigo a mi Madre durante un tiempo. Iré con Ella a Cafarnaúm».

«¿Por qué no te quedas en mi casa? No soy digna de ello, pero...» dice Juana.

«Bien digna de ello eres. Solo que con mi Madre está su cuñada, que se ha quedado viuda hace pocos días».

«La casa es suficientemente grande como para hospedar a más de uno, y Tú me has proporcionado tanta alegría, que ningún punto de ella te está vedado. Ordena, Señor, Tú que has alejado la muerte de esta morada y le has devuelto mi rosa florecida y floreciente» dice Cusa apoyando el deseo de su mujer, a la que debe querer mucho (lo comprendo por el modo en que la mira).

«No ordeno, pero sí acepto. Mi Madre está cansada y ha sufrido mucho en estos últimos tiempos. Teme por mí y deseo mostrarle que hay quien me estima».

«¡Tráela aquí, entonces! Le daré mi amor de hija y sierva» exclama Juana.

Jesús da el beneplácito.

Cusa sale a dar en seguida las órdenes oportunas. Mientras tanto la visión se desdobla: dejando a Jesús en el espléndido jardín de Cusa, hablando con él y con su mujer, [2]yo sigo y veo la llegada del carro, cómodo

y veloz, con que Jonatán ha ido a recoger a María a Nazaret.

Naturalmente, la ciudad se revoluciona por este hecho, y, cuando María y su cuñada, obsequiadas por Jonatán como dos reinas, suben al carro, después de confiarle a Alfeo de Sara las llaves de casa, el alboroto crece. El carro se pone en marcha, mientras Alfeo se venga del acto vil cometido con Jesús en la sinagoga, diciendo: «¡Los samaritanos son mejores que nosotros! ¿Veis cómo uno de Herodes venera a su Madre?... ¡Y nosotros...! ¡Me avergüenzo de ser nazareno!».

Se produce un verdadero tumulto entre los dos partidos. Hay quien se separa del partido adverso para acercarse a Alfeo y preguntar mil cosas.

«¡Pues claro!» responde Alfeo. «Huéspedes de la casa del Procurador. Habéis oído que ha dicho su intendente: "Mi señor te suplica que honres su casa". Honrar, ¿comprendéis? Y se trata del rico y poderoso Cusa, y su mujer es una princesa real. ¡Honrar! Y nosotros, o sea, vosotros, le habéis tirado piedras. ¡Qué vergüenza!».

Los nazarenos no replican y Alfeo gana coraje. «¡Ya de por sí teniéndole a Él se tiene todo!, no hace falta apoyo de hombre. Pero, ¿os parece inútil tener como amigo a Cusa? ¿Os parece apropiado que nos desprecie? ¿Sabéis que es el Procurador del Tetrarca? ¡Nada, ¿eh?! ¡Sed, sed samaritanos con el Cristo! Os atraeréis el odio de los grandes. Y entonces... ¡ah..., entonces ahí os quiero ver, sin ayuda del Cielo y sin ayuda de la Tierra! ¡Necios! ¡Malos! ¡Incrédulos!». La granizada de improperios y reproches continúa, mientras los nazarenos se marchan cabizbajos como perros apaleados. Alfeo se queda solo como un arcángel vengador a la entrada de la casa de María...

3...Ya es francamente de noche cuando, por la espléndida calle que costea el lago, llega, tirado por fuertes caballos al trote, el carro de Jonatán. Los criados de Cusa, que estaban de centinelas a la puerta, dan la señal y acuden con lámparas, aumentando la tenue claridad que esparce la Luna.

Juana y Cusa vienen. También Jesús aparece sonriente, y, detrás de Él, el grupo apostólico. Cuando María baja, Juana se prosterna y saluda: «Gloria a la Flor de la estirpe real. Gloria y bendición a la Madre del Verbo Salvador», y Cusa se postra como no lo podría hacer ni siquiera ante Herodes, y dice: «Bendita sea esta hora que a mi te conduce. Bendita Tú, Madre de Jesús».

María responde, delicada y humilde: «Bendito nuestro Salvador, y benditos los buenos que aman a mi Hijo».

Entran todos en la casa, acogidos con los más vivos signos de deferencia.

Juana tiene cogida la mano de María y le sonríe diciendo: «Me permitirás que te sirva, ¿no es verdad?».

«No a mí. A Él, sírvele siempre a Él y ámale y me habrás dado ya todo. El mundo no le ama... Éste es mi dolor».

«Lo sé. ¿Por qué este desamor de una parte del mundo, mientras que otros darían la vida por Él?».

«Porque Él es el signo de contradicción para muchos. Porque Él es el fuego que, depura el metal. El oro se purifica, las escorias caen al fondo y se tiran. Se me dijo esto desde su

más tierna edad... Y día a día la profecía se cumple...».
«No llores, María. Nosotros le amaremos y le defenderemos» dice Juana con tono consolador.
Y, sin embargo, María sigue llorando silenciosamente, vista sólo por Juana, en el rincón semioscuro donde están sentadas.
Todo termina.

108. Discurso a los vendimiadores y curación del niño paralítico.

14 de febrero de 1945.

[1]Todos los campos de Galilea están en el festivo trabajo de la vendimia. Los hombres, encaramados sobre altas escaleras, recogen uva de las pérgolas y de las parras; las mujeres, en cestos, sobre la cabeza, llevan racimos de oro y rubí a donde esperan los pisaúvas. Cantos, risas, bromas corren de loma a loma, de huerto a huerto, junto al olor de mostos y a un gran zumbar de abejas que parecen ebrias de tan veloces y danzarinas como van de los sarmientos aún restantes, aún ricos de racimos, a los cestos y a los tinos donde se pierden los granos, que ellas buscan, en el caldo turbio de los mostos. Los niños - cual faunos, pringados de zumo - trisan como golondrinas corriendo por la hierba, por los patios, por los caminos.

Jesús se dirige hacia un pueblo que está a poca distancia del lago y que, a pesar de ello, es de llanura. Parece un amplio álveo entre dos lejanos sistemas montañosos orientados hacia el Norte. La llanura está bien regada, porque la atraviesa un río - creo que es el Jordán -. Jesús pasa por la calzada principal. Muchos le saludan con el grito: «¡Rabí! ¡Rabí!». Jesús pasa bendiciendo.

Antes de llegar al pueblo hay una rica propiedad, al principio de la cual un matrimonio anciano está esperando al Maestro. «Entra. Cuando el trabajo cese, todos acudirán aquí para oírte. ¡Cuánta alegría llevas contigo! Emana de ti y se extiende como la savia por los sarmientos, y se transforma en vino de gozo para los corazones. [2]¿Aquélla es tu Madre?» dice el dueño de la casa.

«Es Ella. Os la he traído porque ahora también forma parte del grupo de mis discípulos; el último recibido, el primero en orden de fidelidad. Es el Apóstol. Me predicó aún antes de que Yo naciera... Madre, ven. Un día - eran los primeros tiempos en que evangelizaba - esta madre fue tan dulce con tu Hijo cansado, que hizo que no llorase tu recuerdo».

«Que el Señor te otorgue su don, mujer piadosa».
«Ya lo poseo porque tengo al Mesías y te tengo a ti. Ven. La casa es fresca y la luz que hay en ella es moderada. Podrás descansar. Estarás fatigada».

«Sólo me supone cansancio el odio del mundo. ¡Seguirle y oírle...! Ha sido mi deseo desde la más lejana infancia».

«¿Sabías que eras la futura Madre del Mesías?».
«¡Oh, no! Sí esperaba vivir tanto como para poder oírle y servirle; última entre sus

evangelizados, pero fiel, ¡fiel!».
«Le oyes y le sirves, y eres la primera. Yo también soy madre y tengo hijos sabios; cuando los oigo hablar, mi corazón salta de orgullo. ¿Qué sientes Tú oyéndole a Él?».
«Un delicado éxtasis. Me sumerjo en mi nada, y la Bondad - que es Él mismo - me eleva consigo. Entonces veo con simple mirada la Verdad eterna y Ella se hace carne y sangre de mi espíritu».
«¡Bendito corazón tuyo! Es puro, por ello comprende así al Verbo. Nosotros somos más duros porque estamos llenos de culpas...».
«Quisiera dar a todos mi corazón para esto, para que el amor fuera en ellos luz para comprender. Porque, créelo, es el amor - y yo soy su Madre y por tanto en mí es natural el amor - lo que hace fácil toda empresa».
La dos mujeres siguen hablando, la anciana junto a la muy joven, siempre muy joven Madre de mi Señor; mientras, Jesús habla con el dueño de la casa, junto a los tinos, donde grupos y más grupos de vendimiadores vuelcan racimos y más racimos. Los apóstoles, sentados a la sombra de una pérgola de jazmines, saborean con buen apetito uva y pan.

[3]Ya declina el día y el trabajo cesa lentamente. Todos los colonos están ya en el amplio patio rústico, donde hay un fuerte olor de uvas pisadas. De casas cercanas vienen también otros campesinos.

Jesús sube por una pequeña escalera que da a un ala: una galería de arcos bajo la cual se conservan sacos de productos agrícolas y herramientas. ¡Cómo sonríe Jesús subiendo esos pocos peldaños! Le veo sonreír entre el ondear de sus esponjosos cabellos agitados por una brisa vespertina. Y quisiera saber por qué sonríe de forma tan luminosa. La alegría de esta sonrisa entra en mi corazón, muy triste hoy, como ese vino de que hablaba el dueño de la casa, confortándole.

(No es la primera cosa que hoy me consuela. Ya desde esta mañana - y usted me había visto llorar a causa de un siempre vivo dolor de espíritu - Él, durante la Comunión, se me había aparecido como de costumbre cuando usted dice: «Ecce Agnus Dei». Pero no se había limitado a mirarle con amor, Padre, y a sonreírme a mí. Se había separado de su lado, a la izquierda de la cama, y había pasado a la derecha con su paso largo, ligeramente flexionado hacia adelante, y había venido a la derecha, haciéndome caricias, sensibles, con sus largas manos y diciéndome: «¡No llores!».... Mas ahora su sonrisa me inunda de paz).

Se vuelve. Se sienta en el último peldaño, en el punto más alto de la escalera, que se transforma en una tribuna para los más afortunados oyentes, es decir, para los dueños de la casa, para los apóstoles y para María, la cual, siempre humilde, ni siquiera había tratado de subir a ese puesto de honor, sino que la había conducido a él la señora. Está sentada justamente un peldaño más abajo que Jesús, de manera que su cabeza está a la altura de las rodillas de su Hijo, y, estando sentada de lado, Ella le puede mirar a la cara, con su mirada de paloma enamorada. El delicado perfil de María destaca nítido como en un mármol contra el muro oscuro de la rústica galería.

Más abajo están los apóstoles y los dueños de la casa. En el patio, todos los aldeanos: unos en pie, otros sentados en el suelo, otros encaramados en los lagares o en las higueras que hay en los cuatro ángulos del patio.

[4]Jesús habla lentamente, hundiendo la mano en un amplio saco de trigo

colocado detrás de las espaldas de María; parece como si estuviera jugando con esos granos o los estuviera acariciando con gusto, mientras con la derecha gesticula sosegadamente.

«Me han dicho: "Ven, Jesús, a bendecir el trabajo del hombre". Heme aquí. En nombre de Dios lo bendigo. Efectivamente, todo trabajo, si es honesto, merece bendición por parte del Señor eterno. Pero he dicho esto: la primera condición para obtener de Dios bendición es ser honestos en todas las acciones.

Veamos juntos cuándo y cómo las acciones son honestas. Lo son cuando se cumplen teniendo presente en el espíritu al eterno Dios. ¿Puede acaso pecar uno que diga: "Dios me está mirando. Dios tiene sus ojos puestos en mí, y no pierde ni un detalle de mis acciones"? No. No puede. Porque pensar en Dios es un pensamiento saludable y le impide al hombre pecar más que cualquier amenaza humana.

¿Pero al eterno Dios se le debe sólo temer? No. Escuchad. Os fue dicho: "Teme al Señor tu Dios". Y los Patriarcas temblaron, y temblaron los Profetas cuando el Rostro de Dios, o un ángel del Señor, se apareció a sus espíritus justos. Y ciertamente es verdad que en tiempo de cólera divina la aparición de lo sobrenatural debe hacer temblar el corazón. ¿Quién, aun siendo puro como un párvulo, no tiembla ante el Poderoso, ante cuyo fulgor eterno están en actitud de adoración los ángeles, rostro en tierra en el aleluya paradisíaco? Dios atenúa con un piadoso velo el insostenible fulgor de un ángel, para concederle al ojo humano poder mirarle sin que se le queden abrasadas pupila y mente. ¿Qué será entonces ver a Dios?

Pero esto es así mientras dura la ira. Cuando ésta queda substituida por la paz y el Dios de Israel dice: "He jurado y mantengo mi pacto. He ahí a quien envío, y soy Yo, aun no siendo Yo sino mi Palabra que se hace Carne para ser Redención", entonces el amor debe suceder al temor, y sólo amor debe dársele al eterno Dios, con alegría, porque el tiempo de paz ha llegado para la Tierra; la paz ha llegado entre Dios y el hombre. Cuando los primeros vientos de la primavera esparcen el polen de la flor de la vid, el agricultor debe temer aún, dado que la intemperie y los insectos pueden tenderle al fruto muchas insidias, mas cuando llega la feliz hora de la vendimia, ¡ah!, entonces cesa todo temor y el corazón se regocija por la certeza de la cosecha.

El Vástago de la estirpe de José, habiendo sido previamente anunciado por las palabras de los Profetas, ha venido; ahora está entre vosotros. Él es Racimo opimo que os trae el zumo de la Sabiduría eterna y no pide sino ser cogido y exprimido y ser así Vino para los hombres. Él es Vino de alegría sin fin para aquellos que se nutran con Él. Pero, ¡ay de aquellos que habiendo tenido a su alcance este Vino lo hayan rechazado, y tres veces desdichados aquellos que después de haberse nutrido con Él lo hayan rechazado o mezclado en su interior con la comida de Satanás!

[5]Y así vuelvo al primer concepto. La primera condición para obtener la bendición de Dios, tanto en las obras del espíritu como en las del hombre, es la honestidad de propósitos.

Honesto es el que dice: "Sigo la Ley, no para obtener de ella alabanza por parte de los hombres, sino por fidelidad a Dios". Honesto es aquel que dice: "Sigo a Cristo, no por los

milagros que hace, sino por los consejos que me da de vida eterna". Honesto es quien dice: "Trabajo, no por ávido lucro, sino porque también el trabajo ha sido puesto por Dios como medio de santificación por su valor formativo, mortificante, preservativo, elevante; trabajo para poder ayudar a mi prójimo; trabajo para poder hacer resplandecer los prodigios de Dios, que de un granito minúsculo hace una macolla de espigas, de una semilla de uva hace una gran cepa, de la semilla de un fruto hace un árbol, y de mí, hombre, pobre nada, sacado de la nada por voluntad suya, hace un ayudante suyo en la obra infatigable de perpetuar los cereales, vides y árboles frutales, como en la de poblar la Tierra de hombres".

Hay personas que trabajan como acémilas, pero sin otra religión aparte de la de aumentar sus riquezas. ¿Que muere de aprietos y cansancio delante de él el compañero que ha sido menos favorecido por la suerte? ¿Que se mueren de hambre los hijos de este miserable? ¿Y qué le importa al ávido acumulador de riquezas? Hay otros todavía más duros, que no trabajan pero obligan a trabajar, y atesoran con el sudor ajeno. Y hay otros que dilapidan lo que avaramente arrebatan al esfuerzo ajeno. En verdad, en éstos el trabajo no es honesto. Y no digáis: "Y a pesar de todo Dios los protege". No. No los protege. Hoy gozarán de una hora de triunfo, pero no pasará mucho tiempo sin que los alcance la severidad divina, que, en el tiempo o en la eternidad, les recordará este precepto: "Yo soy el Señor tu Dios, ámame sobre todas las cosas y ama a tu prójimo como a ti mismo". ¡Oh, entonces, verdaderamente, si esas palabras resuenan eternamente, serán más tremendas que los rayos del Sinaí!

[6]Muchas, demasiadas son las palabras que se os dicen. Yo os digo sólo éstas: "Amad a Dios. Amad al prójimo". Son como el trabajo que hace fecundo al sarmiento, realizado con la vid en primavera. El amor a Dios y al prójimo es como la grada que limpia el suelo de las hierbas nocivas del egoísmo y de las malas pasiones; es como la hazada que excava un círculo en torno a la cepa para que quede aislada del contagio de hierbas parásitas y nutrida con frescas aguas de riego; es como cizalla que elimina lo superfluo para condensar la energía y dirigirla hacia donde dará fruto; es lazo que aprieta y sostiene junto al robusto palo; es, finalmente, sol que madura los frutos de la buena voluntad haciendo de ellos frutos de vida eterna.
Exultáis ahora porque el año ha sido bueno, ricas las mieses y opima la vendimia. Pero en verdad os digo que este júbilo vuestro es menos que un diminuto granito de arena en relación con el júbilo sin medida que será vuestro cuando el eterno Padre os diga: "Venid, fecundos sarmientos míos injertados en la verdadera Vid. Vosotros os prestasteis a toda operación, aunque fuera penosa, con tal de dar abundante fruto, y ahora venís a mí cuajados de los zumos dulces del amor a mí y al prójimo. Floreced en mis jardines durante toda la eternidad".

Tended a este eterno goce. Perseguid con fidelidad este bien. Agradecidos, bendecid al Eterno, que os ayuda a alcanzarlo. Bendecidle por la gracia de su Palabra, bendecidle por la gracia de la buena cosecha. Amad con gratitud al Señor y no tengáis miedo. Dios da el ciento por uno a quien le ama».

Jesús habría terminado, pero todos gritan: «¡Bendícenos, bendícenos! ¡Danos tu bendición!».

Jesús se levanta, extiende los brazos y dice con voz de trueno: «Que el Señor os bendiga y guarde, os muestre su faz y tenga piedad de vosotros. Que el Señor vuelva hacia vosotros su rostro y os dé su paz. Que el nombre del Señor esté en vuestros corazones, en vuestras casas y en vuestros campos».

[7]La multitud, la pequeña multitud reunida, prorrumpe en un griterío de alegría y de aclamaciones al Mesías, mas luego calla y se abre para dejar pasar a una madre que lleva en brazos a un niño paralítico de unos diez años. Ella le coloca echado a los pies de la escalera, como si se lo ofreciera a Jesús.

«Es una criada mía. Su hijo varón se cayó el año pasado desde la terraza y se partió la columna. Toda la vida tendrá que yacer sobre la espalda» explica el dueño de la casa.

«Ha esperado en ti todos estos meses...» añade la dueña.

«Dile que se acerque».

Pero la pobre mujer está tan emocionada, que parece como si tuviera ella la parálisis. Tiembla toda y se le enredan los pies en el largo vestido al subir los altos escalones con su hijo en brazos.

María, piadosa, se pone en pie y baja hacia ella. «Ven. No temas. Mí Hijo te quiere. Dame a tu niño. Así podrás subir mejor. Ven, hija. Yo también soy madre» (y le coge el niño, al cual sonríe dulcemente). Y sube con el peso de esta conmovedora carga sobre sus brazos. La madre del niño la sigue, llorando.

Ya está María ante Jesús. Se arrodilla y dice: «¡Hijo! ¡Por esta madre!». No dice nada más.

Jesús ni siquiera solicita su consabido "¿qué deseas que te haga? ¿Crees que puedo hacerlo?". No. Hoy sonríe y dice: «Mujer, ven aquí».

La mujer se coloca justo junto a María. Jesús le pone una mano sobre la cabeza y se limita a decir: «Alégrate». Aún no ha terminado de decir esta palabra y el niño, que hasta ahora había estado extendido como un cuerpo muerto, colgándole las piernas en brazos de María, se sienta como impulsado por un resorte y prorrumpe en un grito de alegría «¡Mamá!», y corre a refugiarse en el pecho materno.

Los gritos de hosanna parece como si quisieran penetrar en el cielo completamente rojo del atardecer.

La mujer, con su hijo apretado contra el corazón, no sabiendo qué decir, lo pregunta: «Qué… qué tengo que hacer para decirte que soy feliz?». A lo que Jesús, que sigue acariciándola, contesta: «Ser buena, amar a Dios y a tu prójimo, educar en este amor a tu hijo».

Pero la mujer no se muestra todavía satisfecha. Quisiera... quisiera... y, por fin, pide: «Dadle un beso Tú y tu Madre a mi niño».

Jesús se inclina y le besa, y María también. Y mientras la mujer se marcha feliz, entre las aclamaciones de un cortejo de amigos, Jesús le explica a la dueña de casa: «No ha hecho falta más. Él estaba en los brazos de mi Madre. Incluso sin mediar palabra alguna le habría curado, porque Ella se siente feliz cuando puede consolar una aflicción, y Yo deseo hacerla feliz».

Entonces Jesús y María se intercambian una de esas miradas cuyo significado es tan profundo, que sólo quien las ha visto las puede entender.

109. En los campos de Jocanán y en los de Doras. Muerte de Jonás.
15 de febrero de 1945.

1 Vuelvo a ver, de día, el llano de Esdrelón; un día medio nublado de finales de otoño. Ha debido caer durante la noche una de las primeras lluvias de los tristes meses invernales, porque la tierra está húmeda, si bien no fangosa. Sopla todavía el viento, un viento húmedo que se lleva las hojas amarillentas y penetra hasta los huesos con su aliento cargado de humedad.

En los campos hay escasas yuntas de bueyes tirando del arado. Levantan fatigosamente la tierra densa y pesada de esta fértil llanura para prepararla a recibir la semilla. Lo que me da pena es ver que en ciertos lugares son los mismos hombres los que hacen el trabajo de los bueyes, empujando la reja del arado con toda la fuerza de sus brazos, e incluso del pecho, apretando fuertemente los pies contra el suelo removido, trabajando como esclavos en esta operación que cansa incluso a los robustos juvencos.
También Jesús mira y ve, y se entristece su rostro, hasta llorar incluso.

Los discípulos - once porque Judas aún no ha vuelto y los pastores ya no están - hablan entre sí, y Pedro dice: «Pequeña, pobre, fatigosa es también la barca... ¡Pero cien veces mejor que este servicio de animales de tiro!», y pregunta: «Maestro, ¿serán ya siervos de Doras?».

Responde Simón Zelote: «No lo creo. Sus campos están al otro lado de aquellos árboles frutales, me parece. Todavía no los vemos».

2 Pero Pedro, curioso siempre, deja el camino y va por un lindero entre dos parcelas. En los bordes se han sentado un momento cuatro delgados y sudorosos agricultores. Están jadeantes por el esfuerzo realizado. Pedro les pregunta: «¿Sois de Doras?».

«No. Pero somos de su pariente, de Jocanán. ¿Y tú quién eres?».

«Soy Simón de Jonás, pescador de Galilea hasta la luna de Ziv. Ahora, Pedro de Jesús de Nazaret, el Mesías de la Buena Nueva». Pedro dice esto con el respeto y la gloria con que uno diría: "Pertenezco al alto y divino César de Roma", y mucho más todavía; su honesto rostro resplandece de la alegría de profesarse de Jesús.
«¡Oh, el Mesías! ¿Dónde, dónde está?» dicen los cuatro infelices.
«Aquél es. Aquél, alto y rubio, vestido de rojo oscuro. Aquél, el que mira ahora hacia aquí esperándome sonriente».
«¿Si fuéramos nosotros... nos rechazaría?».

«¿Rechazaros? ¿Por qué? Es el amigo de los desdichados, de los pobres, de los oprimidos, y me da la impresión de que vosotros... sí, realmente sois de ésos...».
«¡Claro que lo somos! ¡Y cómo! De todas formas, de ninguna manera como los de Doras. Al menos disponemos del pan que queramos y no nos azotan sino en el caso de que interrumpamos nuestro trabajo, pero...».
«De modo que si ahora ese señorito de Jocanán os encontra aquí hablando, os...».
«Nos azotaría como no lo hace ni con sus perros...».
Pedro silba en modo significativo. Luego dice: «Entonces será mejor así...» y, abocinando las manos en torno a la boca, llama fuerte: «Maestro. Ven aquí. Que hay corazones que sufren y te necesitan».
«¡¿Pero qué estás diciendo?! ¡¿Él?! ¡¿Aquí, donde nosotros?! ¡Pero si nosotros no somos más que unos despreciables siervos!». Los cuatro hombres están aterrorizados de tanta osadía.
«A nadie le gusta que le azoten, y si pasa por aquí ese "distinguido" fariseo, no quisiera recibir yo también una ración...» dice Pedro riendo mientras zarandea con su manota al más aterrorizado de los cuatro.

[3]Jesús, con su largo paso, ya está llegando. Los cuatro hombres no saben qué hacer. Quisieran correr a su encuentro, pero el respeto los paraliza (pobres a quienes la maldad humana ha transformado en seres atemorizados de todo). Caen rostro en tierra, adorando desde ahí al Mesías, que se llega a ellos.

«La paz a todos los que me anhelan. El que me anhela anhela el bien, y Yo le quiero como a un amigo. Levantaos. ¿Quiénes sois?».

Pero los cuatro apenas alzan el rostro del suelo, permaneciendo de rodillas y mudos.

Habla Pedro y dice: «Son cuatro siervos del fariseo Jocanán, familiar de Doras. Querrían hablarte, pero... si llega él les dan de palos; por eso te he dicho: "Ven". ¡Venga, muchachos, que no os come! Tened confianza. Considerad que es un amigo vuestro».

«Nosotros... nosotros sabemos de ti... por Jonás...».
«Por él vengo. Sé que me ha anunciado. ¿Qué sabéis de mí?».
«Que eres el Mesías. Que te vio cuando eras niño. Que los ángeles, con tu venida, cantaron la paz a los buenos. Que fuiste perseguido... pero que te salvaste, y que ahora has buscado a tus pastores y... y los quieres. Esto lo decía ahora, esto último. Y nosotros pensábamos: si es bueno como para amar y buscar a unos pastores, sin duda también a nosotros nos querrá un poco... Necesitamos verdaderamente a alguien que nos quiera...».

«Yo os quiero. [4]¿Sufrís mucho?».

«¡Oh!... Pero más todavía los de Doras. ¡Si Jocanán nos encontrase aquí hablando!... Pero hoy está en Gerguesa. Todavía no ha vuelto de los Tabernáculos. No obstante, su intendente esta noche vendrá a medir el trabajo y luego nos dará la ración de alimento. Pero no importa, recuperaremos el tiempo no descansando para la comida de la hora sexta».

«Dime, muchacho. ¿No sería yo capaz de empujar ese apero? ¿Es un trabajo difícil?» pregunta Pedro.

«Difícil no, pero sí fatigoso. Se requiere fuerza».
«La tengo. Déjame ver. Si soy capaz, tú hablas y yo hago de buey. Tú, Juan, Andrés y

Santiago, ¡venga!, a la lección. Pasamos de los peces a los gusanos del suelo. ¡Hala!». Pedro pone su mano sobre el eje transversal del timón. Por cada arado hay dos hombres, uno a este lado, el otro al otro lado de la larga barra del timón. Mira e imita todos los movimientos del campesino. Siendo fuerte y estando descansado, trabaja bien. El hombre le alaba.

«Soy un maestro de la aradura» exclama contento el buen Pedro. «¡Venga, Juan, ven aquí! Un toro y un juvenco por arado. En el otro, Santiago y el mudo ternero de mi hermano. ¡Venga! ¡Ah... eup!», y los dos pares de aradores van parejos removiendo la tierra y trazando los surcos por el largo campo. Llegados al linde, vuelven el arado y hacen el nuevo surco. Parece como si hubieran trabajado siempre en el campo.

5 «¡Qué buenos son tus amigos!» dice el más audaz de los siervos de Jocanán. «¿Los has hecho tú así?».

«Yo he dado una regla a su bondad. Como tú haces con las tijeras de podar. Pero la bondad ya estaba en ellos. Ahora florece bien porque hay quien la cuida».

«También son humildes. ¡Amigos tuyos y servir así a unos pobres siervos...!».

«Conmigo, sólo puede estar quien ama la humildad, la mansedumbre, la honestidad y el amor; sobre todo el amor, porque quien ama a Dios y al prójimo posee como consecuencia todas las virtudes y consigue el Cielo».

«¿Nosotros también podremos conseguirlo, nosotros que no tenemos tiempo para rezar, para ir al Templo, para ni siquiera levantar la cabeza del surco?».

«Responded: ¿guardáis odio a quien tan duramente os trata? ¿Hay en vosotros rebelión y acusación contra Dios por haberos colocado entre los ínfimos de la Tierra?».

«¡No, no, Maestro! Es nuestro destino. Pero cuando, cansados, nos dejamos caer sobre la yacija, decimos: "Bien, pues el Dios de Abraham sabe que estamos tan agotados que no podemos decirle más que: '¡Bendito sea el Señor!' "; también decimos: "Un día más hemos vivido sin pecar"... Ya sabes... podríamos robar un poquito, comer con el pan un fruto, o echar algo de aceite en las verduras cocidas. Pero el patrón ha dicho: "A los siervos les basta el pan y las verduras cocidas, y durante la recolección un poco de vinagre en el agua para calmar la sed y dar energía". Y nosotros lo hacemos. En fin... se podría estar peor».

«Os digo que en verdad el Dios de Abraham sonríe por vuestros corazones, mientras que muestra rostro acerbo a quienes le insultan en el Templo con engañosas oraciones mientras no aman a sus semejantes».

«¡Pero entre iguales se aman! Al menos... eso parece, porque se veneran recíprocamente con regalos y reverencias. Es con nosotros con quienes no tienen amor. Pero nosotros somos distintos de ellos, y es justo».

«No. En el Reino del Padre mío no es justo, y distinto será el modo de juzgar. No recibirán honores los ricos y poderosos por el hecho de serlo, sino sólo aquellos que hayan amado siempre a Dios, queriéndole por encima de sí mismos y por encima de cualquier otra cosa, como el dinero, el poder, la mujer, la mesa; y amando a sus propios semejantes, que son *todos* los hombres, sean ricos o pobres, conocidos o desconocidos, doctos o sin cultura, buenos o malvados. Sí, también hay que amar a los malvados. No por su maldad, sino por piedad hacia su alma, herida de muerte por ellos

mismos. Hay que amarlos con un amor que suplique al Padre celeste curarlos y redimirlos. En el Reino de los Cielos serán bienaventurados los que hayan honrado al Señor con verdad y justicia y hayan amado a los padres y a los familiares por respeto; los que no hayan robado *en modo alguno* ni nada, o sea, los que hayan dado y pretendido lo justo incluso en el trabajo de los servidores; los que no hayan matado ni reputaciones ni criaturas, y no hayan deseado matar, aunque los modos de actuar de los demás hayan sido crueles como para soliviantar el corazón en actitud desdeñosa y de sublevación; quienes no hayan jurado lo falso, dañando al prójimo y lesionando la verdad; quienes no hayan cometido adulterio o cualquier otro acto vicioso carnal; quienes mansa y resignadamente hayan aceptado su suerte sin envidias hacia los demás. De éstos es el Reino de los Cielos. El mendigo puede ser un rey bienaventurado allí arriba, mientras que el Tetrarca con su poder no será nada; es más, más que nada: será pasto de Satanás si ha actuado contra la ley eterna del Decálogo».

6Los hombres le están escuchando con la boca abierta de admiración.

Con Jesús están Bartolomé, Mateo, Simón, Felipe, Tomás, Santiago y Judas de Alfeo; los otros cuatro continúan su trabajo, colorados, sudorosos, pero alegres. Basta Pedro para tenerlos alegres a todos.

«¡Qué razón tenía Jonás llamándote Santo! En ti todo es santo: las palabras, la mirada, la sonrisa; ¡jamás hemos sentido el alma tanto!».

«¿Hace mucho que no veis a Jonás?».

«Desde que está enfermo».

«¿Enfermo?».

«Sí, Maestro. No puede más. Antes a duras penas lograba moverse, después de las faenas estivas y de la vendimia ya realmente es que no se tiene en pie; y a pesar de todo... le hace trabajar ese... ¡Oh..., dices que hay que amar a todos, pero es muy difícil amar a las hienas, y Doras es peor que una hiena! ».

«Jonás le ama...».

«Sí, Maestro. Pienso que es tan santo como aquéllos a quienes, por fidelidad al Señor Dios nuestro, han matado con martirio».

«Dices bien. ¿Cómo te llamas?».

«Miqueas, y éste Saulo y éste Joel y éste Isaías».

«Le recordaré vuestros nombres al Padre. ¿Y decís que Jonás se encuentra muy enfermo?».

«Sí, nada más terminar el trabajo se deja caer sobre el forraje y nosotros no le vemos. Nos lo dicen otros siervos de Doras».

«¿Está trabajando a esta hora?».

«Si está en pie, sí. Debería estar al otro lado de aquel pomar».

«¿Ha sido buena la cosecha de Doras?».

«Se ha hablado de ella en toda la región. Los árboles estaban apuntalados porque los frutos tenían un tamaño verdaderamente milagroso. Doras ha tenido que mandar hacer nuevos lagares, porque la uva, de tanta como había, no habrían podido meterla en los que se venían usando».

«¡Entonces Doras habrá premiado a su siervo!».

«¡¿Premiado?! ¡Señor, qué mal le conoces!».

«Pero si Jonás me dijo que hace años le dio una paliza mortal por haber desaparecido algunos racimos, y que pasó a ser esclavo por deudas habiéndole acusado el patrón de pérdidas por la escasa cosecha. Este año, que ha tenido una abundancia milagrosa, habría debido premiarle».
«No. Le azotó ferozmente, acusándole de no haber obtenido los años precedentes la misma abundancia por no haber cuidado la tierra como se debía».
«¡Este hombre es una fiera salvaje!» exclama Mateo.

«No. Es un hombre sin alma» dice Jesús. 7«Os dejo, hijos, con una bendición. ¿Tenéis pan y comida para hoy?».

«Tenemos este pan» - y, sacando un pan oscuro de un talego que estaba en el suelo, se lo enseñan.

«Tomad mi comida. No tengo más que esto. Pero Yo hoy estaré en casa de Doras y...».
«¿Tú en casa de Doras?».
«Sí. Para rescatar a Jonás. ¿No lo sabíais?».
«Aquí ninguno sabe nada. Pero.... no te fíes, Maestro; serás como una oveja en el antro del lobo».
«No podrá hacerme nada. Tomad mi comida. Santiago, da cuanto tenemos, incluso nuestro vino. Que haya un poco de gozo también para vosotros, pobres amigos, en el alma y en el cuerpo. ¡Pedro, vamos!».
«Voy, Maestro. Sólo queda este surco por terminar» y corre hacia Jesús, congestionado por la fatiga; se seca con el manto que se había quitado, se lo vuelve a poner y ríe contento.
Los cuatro no cesan de dar las gracias.
«¿Pasarás por aquí, Maestro?».
«Sí, esperadme. Saludaréis incluso a Jonás. ¿Podéis hacerlo?».

«¡Claro! La tierra debía estar arada para la noche. Está hecho más de dos tercios de ella, ¡y qué bien y que rápido! ¡Son fuertes tus amigos!... Que Dios os bendiga. Hoy para nosotros es más que la fiesta de los Ácimos. ¡Que Dios os bendiga a todos, a todos, a todos!».

8Jesús va derecho hacia el pomar, lo cruzan, llegan a los campos de Doras. Más campesinos al arado, o agachados para limpiar los surcos de las hierbas arrancadas; pero Jonás no está. Reconocen a Jesús y, sin dejar de trabajar, le saludan.

«¿Dónde está Jonás?».
«Después de dos horas ha caído sobre el surco y le han llevado a casa. ¡Pobre Jonás! Poco tiempo más deberá sufrir. Está realmente en las últimas. Jamás tendremos un amigo mejor».
«Me tenéis a mí en la Tierra y a él en el seno de Abraham. Los muertos quieren a los vivos con dúplice amor: el propio y el que asumen estando con Dios (por tanto, amor perfecto)».
«¡Ve en seguida con él! ¡Que te vea ahora que sufre!».
Jesús bendice y continúa su camino.
«¿Y ahora qué piensas hacer? ¿Qué le piensas decir a Doras?» preguntan los discípulos.
«Voy a ir como si no supiera nada. Si se siente descubierto, es capaz de cebarse en Jonás y en sus siervos».
«Tiene razón tu amigo: es como un chacal» dice Pedro a Simón.
«Lázaro no dice nunca sino la verdad y no es maldecidor; cuando le conozcas, le querrás»

responde Simón.

[9]Se ve la casa del fariseo: ancha, baja, bien construida, entre árboles ya despojados de sus frutos; una casa de campo, pero rica y cómoda. Pedro y Simón se adelantan para avisar.

Sale Doras. Un viejo de semblante duro, propio de un anciano avaricioso: ojos irónicos, boca de sierpe que esboza bruscamente una sonrisa falsa detrás de una barba más blanca que negra. «Salud, Jesús» dice en tono familiar y con clara ostentación de benevolencia.

Jesús no dice: «Paz»; responde: «Que ella vuelva a ti».

«Entra. La casa te acoge. Has sido puntual como un rey».

«Como una persona honesta» replica Jesús.

Doras se ríe, como si se hubiera tratado de una gracia.

Jesús se vuelve y les dice a los discípulos, que no han sido invitados a entrar: «Entrad». Y añade: «Son mis amigos».

«Que entren... pero... ¿ése no es el recaudador de tributos, hijo de Alfeo?».

«Éste es Mateo, el discípulo del Cristo» - dice Jesús, en un tono que... el otro entiende y... vuelve a reírse más forzadamente que antes.

Doras pretende aplastar al "pobre" maestro galileo bajo la opulencia de su casa, fastuosa por dentro, fastuosa y gélida; los servidores parecen esclavos. Caminan encorvados; si entran en escena, desaparecen furtivamente y con rapidez, como quien teme siempre un castigo. Se tiene la impresión de una casa en que reinan la frialdad y el odio.

Pero Jesús no se apabulla ante la exposición de riquezas, ni ante el recuerdo de censo y parentela... y Doras, que percibe la indiferencia del Maestro, le lleva consigo por el pomar-jardín, mostrando árboles raros y ofreciendo sus frutos - los servidores los acercan en bandejas y copas de oro -. Jesús degusta y alaba la exquisitez de la fruta, parte conservada en una especie de almíbar (melocotones primorosos), parte fruta natural (peras de singular tamaño).

«Soy el único que las tiene en toda Palestina, y creo que ni siquiera en toda la península las hay como éstas. Las he mandado traer de Persia, y de más lejos aún. La caravana me costó el precio de un talento. Ni siquiera los Tetrarcas disponen de estos frutos; quizás ni siquiera César los tiene. Cuento las piezas y exijo todos los huesos. Las peras sólo se consumen en mi mesa, porque no quiero que se lleven ni una semilla. A Anás le mando algunas peras, pero sólo de las cocidas porque así son estériles».

«Son plantas de Dios, y los hombres son todos iguales».

«¿Iguales? ¡No, hombre, no! ¿Yo igual que... que tus galileos?».

«El alma viene de Dios, y Él las crea iguales».

«¡Pero yo soy Doras, el fiel fariseo!...» - diciendo esto parece esponjarse como un pavo. Jesús le asaetea con sus ojos de zafiro, cada vez más encendidos (signo que en Él denuncia que rebosa de piedad o de severidad). Jesús es mucho más alto que Doras y le domina; está majestuoso con su vestido purpúreo al lado del pequeño y un poco encorvado fariseo, apergaminado, que lleva un vestido de una holgura y una abundancia de franjas impresionante.

Doras, después de un rato de autoadmiración, exclama: «Pero Jesús, ¿por qué has enviado a casa de Doras, el puro fariseo, a Lázaro, hermano de una meretriz? ¿Amigo tuyo,

Lázaro? ¡No debes permitirlo! ¿No sabes que está anatematizado porque su hermana, María, es una meretriz?».
«No conozco más que a Lázaro y sus acciones, que son honestas».
«Pero el mundo recuerda el pecado de esa casa y ve que su mancha se extiende entre los amigos... No vayas a esa casa. ¿Por qué no eres fariseo? Si lo deseas... yo soy poderoso... hago que te acojan como tal a pesar de que seas galileo. Yo lo puedo todo en el Sanedrín. Está en mi mano Anás como lo está esta orla de mi manto. Te temerían más».
«Deseo sólo ser amado».

«Yo te amaré. [10]¿Ves como ya te amo al condescender a tu deseo dándote a Jonás?».

«He pagado por él».
«Es verdad, y estoy asombrado de que hayas podido abonar tal suma».
«No Yo, un amigo por mí».
«Bien, bien. No quiero indagar. Mira como es verdad que te amo y deseo satisfacerte: tendrás a Jonás después de la comida. Sólo por ti hago este sacrificio...» y se ríe con su cruel risa.
Jesús, con los brazos cruzados a la altura del pecho, cada vez más severo, le traspasa con la mirada. Todavía están en el huerto-jardín en espera de la comida.

«Pero Tú tienes que concederme una cosa. Satisfacción por satisfacción. Yo te doy mi mejor siervo, por tanto me privo de una futura ganancia. Este año tu bendición - sé que viniste cuando comenzaba el calor fuerte - me ha proporcionado una recolección que ha hecho famosas mis propiedades. Bendice pues ahora mis rebaños y mis campos. El próximo año no echaré de menos a Jonás... y, entre tanto, encontraré uno como él. Ven, da tu bendición. Dame la satisfacción de que me celebren en toda Palestina y de tener rediles y graneros saturados de bienes. Ven». Y le aferra y trata de arrastrarle, invadido por la fiebre del oro.

Pero Jesús se resiste: «¿Dónde está Jonás?» pregunta severo.
«En la aradura. No ha querido marcharse sin hacer este trabajo para su buen patrón, pero antes de terminar de comer vendrá. Mientras, ven a bendecir rebaños, campos, árboles frutales, cepas y almazaras. Todo, todo... ¡Ah, qué fértiles serán el año próximo! ¡Ven!».
«¿Dónde está Jonás?» truena Jesús más fuerte.
«¡Pero si ya te lo he dicho! Está dirigiendo la aradura. Es el primero entre mis servidores y no trabaja: preside».
«¡Embustero!».
«¿Yo? ¡Lo juro por Yeohveh!».
«¡Perjuro!».
«¿Yo? ¿Yo perjuro? ¿Yo que soy el fiel más fiel? ¡Cuidado cómo hablas!».
«¡Asesino!». Jesús ha ido levantando la voz, y la última palabra es un trueno.
Los discípulos hacen un círculo en torno a Él, los criados se asoman a las puertas, temerosos. El rostro de Jesús transparenta una severidad insostenible. Los ojos parecen emanar rayos fosforescentes.

Doras siente un momento de miedo. Se hace más pequeño, madeja de estofa finísima junto a la alta persona de Jesús, vestida de pesada lana rojo oscuro. Pero luego la soberbia vuelve a hacerse con él. Doras se pone a gritar con su voz chillona (exactamente como la de los zorros): «En mi casa

doy órdenes sólo yo. Vete, vil galileo».

«Me iré después de maldecirte a ti, a tus campos, a tus rebaños y a tus cepas, para éste y para los futuros años».

«¡No, eso no! Sí. Es verdad. Jonás está enfermo, pero se le está cuidando, se le está cuidando bien. Retira tu maldición».

11 «¿Dónde está Jonás? Que un criado me conduzca a él, *inmediatamente*. Yo le he pagado, y, dado que para tí es una mercancía, una máquina, tal lo considero; y, puesto que le he comprado, le quiero,».

Doras saca del pecho un pequeño silbato de oro y silba tres veces. Una nube de servidores de la casa y de las tierras acude de todas partes; corren - encorvados hasta el punto de que casi rozan el suelo - hasta donde está el temido patrón.

«Traedle a Jonás a éste y entregadlo. ¿A dónde vas?».

Jesús ni siquiera responde. Sigue a los servidores que, presurosos, han cruzado el jardín en dirección a las casas de los campesinos, los misérrimos cuchitriles de los míseros campesinos.

Entran en el tugurio de Jonás. Éste está completamente esquelético, jadeante a causa de la fiebre, semidesnudo, sobre un cañizo; como colchón, un vestido remendado; como manta, un manto aún más roto. La joven de la otra vez le cuida como puede.

«¡Jonás! ¡Amigo mío! ¡He venido a llevarte conmigo!».

«¿Tú? ¡Mi Señor! Me estoy muriendo... pero me siento feliz de tenerte aquí».

«Amigo fiel, ahora eres libre. No morirás aquí. Te llevo a mi casa».

«¿Libre? ¿Por qué? ¿A tu casa? ¡Ah, sí! Me prometiste que vería a tu Madre».

Jesús, combado hacia el miserable lecho del infeliz, es todo amor, mientras que Jonás, de alegría, parece reanimarse.

«Pedro, tú eres fuerte, levanta a Jonás. Vosotros, poned aquí vuestro manto; es demasiado duro este lecho para uno en su estado».

Los discípulos se despojan de sus mantos con prontitud, los pliegan en varios dobleces y los extienden; con algunos hacen la almohada. Pedro deposita su carga de huesos y Jesús tapa a Jonás con su propio manto.

«Pedro, ¿tienes dinero?».

«Sí, Maestro, ten cuarenta denarios».

«Bien. ¡Vamos! ¡Animo, Jonás! Todavía un poco de esfuerzo; luego mucha paz en mi casa, con María...».

«María... sí... ¡tu casa!». El pobre Jonás está en el límite de sus fuerzas y llora; lo único que es capaz de hacer es llorar.

«Adiós, mujer; el Señor te bendecirá por tu misericordia».

«Adiós, Señor. Adiós, Jonás. Ora, orad por mí». La joven llora...

12 Llegados al umbral de la puerta, aparece Doras. Jonás tiene una reacción de temor y se cubre el rostro; mas Jesús le pone una mano sobre la cabeza y sale a su lado, más severo que un juez. La mísera comitiva sale al rústico patio y toma el sendero del huerto.

«¡Ese lecho es mío; te he vendido el siervo, no la cama!».

Jesús le arroja a los pies la bolsa sin decir nada.

Doras la coge, la vacía: «Cuarenta denarios y cinco didracmas. ¡Es poco!».

Jesús mira fijamente, de arriba abajo, - es imposible describir su gesto - al codicioso y

repugnante cómitre, y no responde.
«Al menos dime que retiras tu maldición».
Jesús le fulmina con una nueva mirada y una breve frase: «Te remito al Dios del Sinaí», y pasa erguido, al lado de la tosca camilla que, con cuidado, transportan Pedro y Andrés. Doras, viendo que todo es inútil y que la condena es cierta, grita: «¡Volveremos a vernos, Jesús! ¡No pienses que te has librado de mis zarpas! ¡Te haré la guerra a muerte! Llévate si quieres ese pingajo de hombre; ya no me sirve. Me ahorro la sepultura. ¡Vete, vete, maldito Satanás! Pero te pondré en contra a todo el Sanedrín. ¡Satanás! ¡Satanás!».
Jesús no hace ni siquiera ademán de haber oído. Los discípulos están consternados.

13 Jesús se ocupa sólo de Jonás; busca los senderos más llanos, más protegidos, hasta que llega a un cruce de caminos en la propiedad de Jocanán. Los cuatro campesinos corren a saludar al amigo que parte y al Salvador, que los bendice.

Pero el camino de Esdrelón a Nazaret es largo y además no se puede ir deprisa con esa conmovedora carga humana. A lo largo de la calzada principal no hay ningún carro, ninguna carreta, nada. Continúan caminando en silencio. Jonás parece dormir, mas no suelta la mano de Jesús.

Al atardecer, un carro militar romano pasa a su lado. «En nombre de Dios, parad» dice Jesús levantando el brazo.
Dos soldados detienen el carro; el comandante, un hombre todo pomposo, se asoma, descorriendo un poco el toldo con que acababan de cubrir el carro porque empezaba a llover. «¿Qué quieres?» le pregunta a Jesús.

«Tengo un amigo que está agonizando. Lo que os pido es un lugar para él en el carro».

«No se podría hacer.. pero... sube. Al fin y al cabo, no somos perros».
Se sube la camilla.
«¿Tu amigo? ¿Tú quién eres?».
«El rabí Jesús de Nazaret».
«¿Tú? ¡Oh!...» el militar le mira con curiosidad. «Si eres Tú, entonces... montad cuantos más podáis. La única cosa es que tratéis de que no se os vea... Así está ordenado... pero, por encima de las órdenes está la humanidad, ¿no? Y Tú eres bueno, yo lo sé. Nosotros, los soldados, sabemos todo... ¿Que cómo es que lo sé? Hasta las piedras hablan, bien o mal; y nosotros tenemos oídos para oírlas, para servir al César. Tú no eres un falso Cristo como los demás de antes, sediciosos y rebeldes. Tú eres bueno. Roma lo sabe. Este hombre... está muy mal».
«Por eso le llevo donde mi Madre».
«¡Mmm! ¡Poco tiempo podrá cuidarle! Dale un poco de vino. Está en esa cantimplora. Tú, Aquila, instiga a los caballos, y tú, Quinto, dame la ración de miel y de mantequilla; es mía, pero le sentará bien. Tiene mucha tos y la miel es medicinal».
«Eres bueno».

«No. Soy menos malo que muchos, y estoy contento de tenerte conmigo. 14 Acuérdate de Publio Quintiliano, de la Itálica. Estoy en Cesarea, pero ahora voy a Tolemaida. Inspección de rigor».

«No estás en enemistad conmigo».
«¿Yo? Soy enemigo de los malos, jamás de los buenos. Y desearía ser yo también bueno. Dime: para nosotros, hombres de armas, ¿qué doctrina predicas?».

«Una es la doctrina, para todos: justicia, honestidad, continencia, piedad. Ejercer el propio oficio sin abusos. Incluso en la dura necesidad de las armas, seguir la humanidad. Tratar de conocer la Verdad, o sea, a Dios Uno y Eterno; sin este conocimiento toda acción queda privada de gracia y, por tanto, de premio eterno».
«Pero, una vez muerto, ¿para qué me sirve el bien que haya hecho?».
«Quien se llega al Dios verdadero encuentra ese bien en la otra vida».
«¿Renazco otra vez? ¿Llego a ser tribuno, o incluso emperador?».
«No. Eres como Dios, desposándote con su eterna beatitud en el Cielo».
«¿Cómo? ¿En el Olimpo yo? ¿Entre los dioses?».

«No hay dioses. Existe el Dios verdadero, el que Yo predico, el que te oye y signa tu bondad y tu deseo de conocer el Bien».

«¡Esto me gusta! No sabía que Dios se pudiera ocupar de un pobre soldado pagano».

«Él te ha creado, Publio; por eso te ama y querría tenerte consigo».

«Bueno, ¿y por qué no? Pero... nadie nos habla de Dios... nunca...».
«Iré a Cesarea y me oirás».
«Sí, iré a oírte. Allí está Nazaret. Querría servirte más, pero si me ven...».
«Bajo, y te bendigo por tu bondad».
«Adiós, Maestro».
«Que el Señor se muestre a vosotros, soldados. Adiós».

15 Bajan. Se ponen a caminar de nuevo.

«Dentro de poco descansarás, Jonás» dice Jesús para animarle.

Jonás sonríe. Cada vez más tranquilo, a medida que la tarde va cayendo y que está seguro de estar lejos de Doras.

Juan con su hermano se adelanta corriendo para avisar a María. Y, cuando la pequeña comitiva llega a Nazaret, casi desierta al caer de la tarde, María está ya en el umbral de la puerta esperando a su Hijo.
«Madre, éste es Jonás. Se acoge a tu dulzura para empezar a gustar su Paraíso. ¿Contento, Jonás?».
«¡Contento! ¡Contento!» susurra como en éxtasis el exhausto.
Le llevan a la pequeña habitación en donde murió José.
«Estás en la cama de mi padre, y aquí está mi Madre, y aquí estoy Yo. ¿Ves? Nazaret se hace así Belén, y tú ahora eres el pequeño Jesús entre dos que te quieren, y éstos son los que veneran en ti al siervo fiel. No ves a los ángeles, pero sus alas de luz espiran sobre ti y cantan las palabras del salmo natalicio...».

Jesús derrama su dulzura sobre el pobre Jonás, que se va apagando por momentos. Parece como si hubiera resistido hasta este momento para morir aquí... Pero su estado es beato. Sonríe, trata de besar la mano de Jesús, la de María, y de decir, decir... pero el jadeo quiebra la palabra. María, como una madre, le conforta. Y él repite: «Sí... sí», con su sonrisa beata en ese rostro suyo esquelético.

Los discípulos, que están a la puerta del huerto, guardan silencio y observan con conmoción.
«Dios ha escuchado tu prolongado deseo. La Estrella de tu larga noche viene a ser ahora la Estrella de tu eterna mañana. Tú sabes su Nombre» dice Jesús.

«¡Jesús, el tuyo! ¡Oh! ¡Jesús! Los ángeles... ¿Quién me está cantando el

himno angélico? El alma lo está oyendo... También el oído lo quiere escuchar... ¿Quién, para que yo duerma feliz?... ¡Tengo mucho sueño! ¡He trabajado mucho! Muchas lágrimas... Muchos insultos... Doras... yo le perdono... pero no quiero oír su voz y la oigo... Es como la voz de Satanás en la hora de mi muerte. ¡Alguien que me cubra esa voz con las palabras provenientes del Paraíso!».

Es María quien con la misma melodía de su canción de cuna entona dulcemente: «Gloria a Dios en los altos Cielos y paz a los hombres aquí abajo». Y lo repite dos o tres veces porque ve que Jonás oyéndola se calma.

«Ya no habla Doras» dice, pasado un rato. «Sólo los ángeles... Era un Niño... en un pesebre... entre un buey y un asno... y era el Mesías... y yo le adoré... y con él estaban José y María...». La voz se pierde en un breve gorgoteo dando paso al silencio.

«¡Paz en el Cielo al hombre de buena voluntad! Ha muerto. Le pondremos en nuestro pobre sepulcro. Merece esperar la resurrección de los muertos junto al padre mío justo» dice Jesús.

Y mientras, advertida no sé por quién, entra María de Alfeo, todo cesa.

110. En casa de Jacob en las cercanías del lago Merón.

17 de febrero de 1945.

1 Yo diría que, además del lago de Galilea y del Mar Muerto, Palestina tiene otro pequeño lago o rebalsa, una laguna en suma, cuyo nombre ignoro. Para calcular medidas yo no valgo nada, pero, a ojo, diría que esta pequeña depresión puede ser de unos tres kilómetros por dos. Poca, bien poca cosa como se ve. Confiérenle gracia, no obstante, su entorno verde y su superficie, tan azul y sosegada, que parece una gran lámina de esmalte azul cielo veteada en el centro por una pincelada más clara, y ligeramente más movida, quizás por la corriente del río que se introduce en ella al Norte para salir al Sur y que, por lo pequeña que es la laguna - creo que sobre todo es poco profunda -, no pierde su corriente, sino que, como vena viva en un agua parada, denota esta vitalidad y presencia suyas con el color distinto y el ligero fruncimiento de las aguas.

No hay barcas de vela en la laguna; sólo alguna pequeña barquita de remos, desde donde un solitario pescador echa o extrae sus nasas de pesca, o que sirven para pasar al otro lado a un viandante que quiere abreviar el camino. Y rebaños, rebaños, rebaños... que descienden, sin duda, de los pastos montanos porque avanza el otoño, y pacen en estas márgenes de prados verdes y feraces.

2 Por el vértice sur del lago - puesto que es de forma oval - pasa una via de comunicación de primer orden que se extiende de Este a Oeste - o, mejor, más o menos de nordeste a sudoeste -, bastante bien conservada y muy frecuentada por transeúntes dirigidos hacia los pueblos esparcidos por esa zona. Por esta calzada camina Jesús con los suyos.

El día está más bien gris y Pedro observa: «Hubiera sido mejor no ir a

donde esa mujer. Los días se acortan cada vez más y el tiempo es cada vez más desapacible... y Jerusalén está todavía muy lejos».

«Llegaremos a tiempo. Y, créeme, Pedro, hacer el bien es más obediencia a Dios que hacer una ceremonia externa. Esa mujer ahora bendice a Dios con todos sus hijos en torno al cabeza de familia, que está tan curado, que podrá hallarse en Jerusalén para los Tabernáculos, mientras que habría debido estar durmiendo ya, para ese tiempo, entre vendas y bálsamos, en un sepulcro. No corrompas nunca la fe con la exterioridad de los actos. No se debe criticar nunca. ¿Cómo puedes asombrarte de los fariseos, si tú también caes en un error de piedad y cierras el corazón al prójimo diciendo: "Sirvo, a Dios y basta"?».

«Tienes razón, Maestro; soy más ignorante que un borrico».

«Y Yo te tengo conmigo para hacerte sabio. No tengas miedo. Cusa me ha ofrecido el carro casi hasta Yabboq. Desde allí al vado hay poco camino. Ha insistido tanto, y con razones tan justas, que he cedido, a pesar de que Yo juzgue que el Rey de los pobres debe servirse de los medios de los pobres; pero la muerte de Jonás ha impuesto un retardo y tengo que adaptar mi pensamiento a este imprevisto».

[3]Los discípulos hablan de Jonás compadeciendo su mísera vida y envidiando su feliz muerte.

Simón Zelote susurra: «No he podido hacerle feliz y dar al Maestro un *verdadero* discípulo, madurado en largo martirio e inquebrantable fe... y lo siento. ¡El mundo tiene mucha necesidad de criaturas fieles, convencidas de Jesús, para equilibrar a los muchos que niegan y negarán!».

«No importa, Simón» responde Jesús. «Él se siente más feliz *ahora*, y es más activo. Y tú has hecho más de lo que hubiera hecho cualquier otro por él y por mí, y por él también te doy las gracias; ahora él sabe quién fue el que le liberó, y te bendice».

«Entonces maldice a Doras» exclama Pedro.

Y Jesús le mira y le pregunta: «¿Tú crees? Estás equivocado. Jonás era un justo, ahora es un santo. En vida ni odió ni maldijo; ni odia ni maldice ahora. Pone su mirada en el Paraíso, desde su lugar de espera, y se regocija porque sabe que pronto el Limbo dejará salir a los que están esperando. No hace nada más».

«Y en Doras... ¿incidirá tu anatema?».

«¿En qué sentido, Pedro?».

«Pues... haciéndole meditar y cambiar... o... sometiéndole a castigo».

«Le he remitido a la Justicia de Dios*; Yo, el Amor, le he abandonado».

«¡Misericordia! ¡No quisiera estar en él!».

«¡Ni yo tampoco!».

«¡Y yo tampoco!».

«Ninguno querría, porque ¿qué será la Justicia del Perfecto?» dicen los discípulos.

«Será éxtasis para los buenos; será rayo para los perversos, amigos. En verdad os digo: ser durante toda la vida esclavo, leproso, mendigo, es felicidad de rey al lado de una hora, una sola hora, de castigo divino».

[4]«Llueve, Maestro, ¿qué hacemos? ¿A dónde vamos?». Efectivamente, sobre el lago, que se ha oscurecido reflejando el cielo completamente

cubierto de nubes plúmbeas, caen y rebotan las primeras gruesas gotas de una lluvia que promete intensificarse.

«A alguna casa. Pediremos amparo en nombre de Dios».

«Esperemos encontrar uno bueno como aquel romano. No creía que fueran así... Siempre me había alejado de ellos considerándolos impuros, pero veo que... sí, si hago cuentas son mejores que muchos de nosotros» dice Pedro.

«¿Te agradan los romanos?» pregunta Jesús.

«¡Bueno!... no veo que sean peores que nosotros. Sólo son samaritanos...».

Jesús sonríe y no dice nada.

Llega a su altura una pequeña mujer que va arreando a ocho ovejas.

«Mujer, ¿sabes decirnos dónde podemos encontrar un techo?...» pregunta Pedro.

«Yo sirvo a un hombre pobre y solo. Pero si queréis venir… Creo que mi patrón os acogerá con bondad».

«Vamos».

Caminan bajo el aguacero, rápidos, entre las ovejas, que van trotando con sus cuerpos obesos para escaparse del chaparrón. Dejan la calzada principal para tomar un caminito que conduce a una pequeña casa baja. La reconozco como la casa del campesino Jacob, el de Matías y María, los dos huerfanitos de la visión** de agosto, me parece.

«¡Ahí está! Corred mientras llevo las ovejas al aprisco. Al otro lado de la tapia hay un patio por el que se va a la casa. Estará en la cocina. No os fijéis en si es de pocas palabras... Está angustiado por muchas cosas».

---

* *Le he remitido a la Justicia de Dios*: el sentido de esta afirmación se aclara en 191.8 y en 261.2.

** visión que se halla incluida en el capítulo 298.

La mujer va hacia un cuchitril que está a la derecha. [5]Jesus, con los suyos, gira a la izquierda.

Se ve la era con el pozo, y el horno en el fondo, y el manzano a un lado. La puerta de la cocina está abierta de par en par. En ésta arde un fuego de pequeñas ramas y un hombre está reparando un apero agrícola roto.

«Paz a esta casa. Te pido refugio para la noche, para mí y mis compañeros» dice Jesús en el umbral de la puerta.

El hombre alza la cabeza. «Entra - dice - y que Dios te restituya la paz que ofreces. Pero... ¡paz aquí?... La paz es enemiga de Jacob desde hace un tiempo. ¡Pasa, pasa!... Entrad todos. El fuego es lo único que puedo daros con abundancia... porque... ¡Oh, pero... pero si Tú, ahora que te has quitado la capucha (Jesús se había tapado la cabeza con el extremo del manto, teniéndolo agarrado con la mano por debajo de la garganta) y te veo bien... Tú eres, sí, eres el rabí galileo, el que llaman Mesías y hace milagros...! ¿Eres Tú? Dilo, en nombre de Dios».

«Soy Jesús de Nazaret, el Mesías. ¿Me conoces?».

«Te oí hablar durante la pasada luna en casa de Judas y Ana... Estaba entre los vendimiadores porque... soy pobre... Una cadena de desgracias: pedrisco, orugas,

enfermedades en las plantas y en las ovejas... Para mí, sólo con una mujer a mi servicio, me bastaba mi haber. Pero ahora me he entrampado porque me persigue la mala suerte... Para no vender todas las ovejas he trabajado en casa ajena... ¡Mis tierras?... ¡Estaban tan quemadas, y las vides y los olivos se habían quedado tan estériles, que parecía que hubiera pasado por ellas la guerra! Desde que se me murió la mujer, hace ya seis años, parece como si Satanás se estuviera divirtiendo. ¿Te das cuenta? Estoy trabajando en este arado, pero tiene la madera toda rota. ¿Qué puedo hacer? No soy carpintero, y ato, ato... pero no sirve. Y ahora tengo que tratar de evitar los mas mínimos gastos... Voy a vender otra oveja para reparar los aperos. Tengo goteras... pero me acucia más el campo que la casa. ¡Mala suerte! Las ovejas están todas preñadas... Esperaba rehacer el rebaño... ¡En fin!».

«Veo que vengo a ser una carga donde ya hay mucha».

«¿Tú una carga? No. Te oí hablar y… se me grabó en el corazón lo que decías. Es verdad que he trabajado honradamente, y, sin embargo... Pero pienso que quizás no era todavía lo bastante bueno. Pienso que quizás quien era buena era mi mujer, que tenía piedad de todos; pobre Lía, muerta demasiado pronto, demasiado para su marido... Pienso que el bienestar de entonces venía por ella del Cielo. Y quiero ser mejor, por lo que Tú dices y por imitar a mi esposa. No pido mucho... sólo permanecer en esta casa donde ella murió, donde yo nací... y disponer de un pan para mí y la criada que me hace de mujer y de pastora y me ayuda como puede. No tengo más personas a mi servicio. Tenía dos y me eran suficientes, trabajando, como trabajaba, también yo en las tierras y en el olivar... Pero el pan que tengo, a duras penas alcanza para mí...».

«No te prives de él por nosotros...».

«No, Maestro. Aunque no tuviera más que un pedazo de pan, te lo daría. Es para mí un honor tenerte... Jamás lo hubiera esperado. Si te manifiesto mis miserias es porque eres bueno y comprendes».

«Sí, comprendo. [6]Dame ese martillo. No se hace así. Así rompes la madera. Dame también ese punzón, pero primero ponle al rojo; se taladrará mejor la madera, con lo cual podremos pasar la clavija de hierro sin esfuerzo. Déjame. Yo he sido carpintero...».

«¿Trabajar Tú para mí? ¡No!».

«Déjame. Tú me das hospedaje, Yo te ayudo; entre los hombres el amor mutuo debe ser dando cada uno lo que pueda».

«Tú das la paz, das la sabiduría, das el milagro... ¡das ya mucho, mucho!».

«Doy también el trabajo. ¡Venga, obedece!».

Y Jesús, sólo con la túnica, trabaja rápido y con práctica en el astillado timón; taladra, ata, emperna, hace pruebas hasta que siente que está fuerte.

«Podrá trabajar todavía mucho tiempo, hasta el año que viene, y entonces podrás hacerle nuevo».

«Yo también lo creo. Esa reja ha estado en tus manos y me bendecirá la tierra».

«No te la bendecirá por esto, Jacob».

«¿Por qué entonces, mi Señor?».

«Porque practicas la misericordia. No te cierras en el rencor del egoísmo y de la envidia,

sino que aceptas mi doctrina y la pones en práctica.. Bienaventurados los misericordiosos: obtendrán misericordia».

«¿En qué la practico contigo, Señor? Casi no tengo lugar ni alimento para tu necesidad; no tengo más que la buena voluntad, y nunca como ahora me ha pesado el ser indigente, por no tener con qué darte el debido honor a ti y a tus amigos».

«Me basta tu deseo. En verdad te digo que incluso un sólo cáliz de agua dado en mi nombre es cosa grande a los ojos de Dios. Yo era un cansado viandante bajo la tormenta, tú me has dado hospedaje. Llega la hora del alimento y me dices: "Te ofrezco cuanto tengo". Se hace de noche y tú me ofreces un techo amigo. ¿Qué más quieres hacer? Ten confianza, Jacob. El Hijo del hombre no mira la pompa del recibimiento y de la comida, mira el sentimiento del corazón. El Hijo de Dios le dice al Padre: "Padre, bendice a mis benefactores y a todos aquellos que en mi nombre son misericordiosos con los hermanos". Esto digo para ti».

7La criada, que mientras Jesús trabajaba con la grada ha hablado con el patrón, vuelve con algo de pan, con leche que acaba de ordeñar, pocas manzanas algo secas y una bandeja de aceitunas.

«No tengo más» se justifica el hombre.

«¡Oh, Yo veo en tu comida un alimento que tú no ves! Y de ése me nutro porque tiene sabor celeste».

«¿Será que te alimentas, Tú, Hijo de Dios, de algún alimento que te traen los ángeles? Quizás vives del pan del espíritu».

«Sí. Más que el cuerpo, tiene valor el espíritu, y no en mí sólo. Pero no me nutro de pan angélico, sino del amor del Padre y de los hombres. Esto lo encuentro en tu mesa y bendigo por ello al Padre que a ti me ha conducido con amor, y te bendigo a ti que con amor me acoges y amor me das: éste es mi alimento, y hacer la voluntad del Padre mío».

«Bendice, entonces, y ofrece Tú, por mí, el alimento a Dios. Hoy eres el Cabeza de familia y siempre serás mi Maestro y Amigo».

Jesús toma y ofrece el pan teniéndolo sobre las palmas levantadas en alto, y ora con un salmo, creo. Luego se sienta, parte y distribuye...

Todo así termina.

111. Encuentro con Salomón en el vado del Jordán. Parábola sobre la conversión de los corazones.

18 de febrero de 1945.

1«¡Qué extraño que el Bautista no esté aquí!» dice Juan al Maestro.

Están todos en la margen oriental del Jordán, a la altura del famoso vado donde un tiempo bautizaba el Bautista.

«Y tampoco está en la otra ribera» observa Santiago.

«Le habrán echado el guante de nuevo esperando otra bolsa» comenta Pedro. «¡Son gentuza esos tipos de Herodes!».
«Vamos a pasar allí y preguntamos» dice Jesús.
Así lo hacen, y preguntan a un barquero de la otra ribera: «¿Ya no bautiza aquí el Bautista?».

«No. Está en los confines de Samaria. ¡Tan bajo hemos caído! Un santo tiene que pasar a campo samaritano para salvarse de los ciudadanos de Israel. [2]¿Y por qué os asombráis si Dios nos abandona? Yo sólo me asombro de una cosa: ¡que no haga de toda Palestina una Sodoma y Gomorra!...».

«No lo hace por los justos que hay en ella, por los que, sin ser todavía del todo justos, sienten sed de justicia y siguen las doctrinas de quienes predican santidad» responde Jesús.

«Dos, entonces: el Bautista y el Mesías. Al primero le conozco porque yo también le he servido aquí en el Jordán, pasándole en la barca a algún fiel sin pedir nada, porque él dice que debemos contentarnos con lo justo. Me parecía justo conformarme con la ganancia por otros servicios, y me parecía que era injusto el pedir paga por llevar a un alma hacia la purificación. Me han tomado por loco los amigos, pero en fin... Si yo estoy contento de lo poco que tengo, ¿quién puede quejarse? Por lo demás, veo que aún no me he muerto de hambre, y espero que cuando muera me sonría Abraham».
«Así es, hombre. ¿Quién eres?» pregunta Jesús.
«¡Oh!, tengo un nombre muy grande y me río de ello, porque sólo tengo sabiduría para el remo. Me llamo Salomón».
«Tienes la sabiduría de juzgar que quien coopera con una purificación no debe corromperla con el dinero. Yo te digo: No sólo Abraham, sino el Dios de Abraham te sonreirá cuando mueras, como a hijo fiel».

«¡Oh, Dios! ¿Lo dices de verdad? [3]¿Quién eres?».
«Soy un justo».

«Te he dicho que hay dos justos en Israel: uno es el Bautista; el otro, el Mesías. ¿Eres Tú el Mesías?».
«Soy Yo».
«¡Oh, eterna misericordia! Pero... un día oí a unos fariseos que decían... Bueno, dejémoslo... No quiero ensuciarme la boca. Tú no eres eso que decían de ti. ¡Lenguas más bífidas que las de las víboras!...».
«Soy Yo y te digo: No estás muy lejos de la Luz. Adiós, Salomón. La paz sea contigo».
«¿A dónde vas, Señor?» - el hombre está asombrado por la revelación y ha asumido un tono completamente distinto. Antes era un bonachón que hablaba, ahora es un fiel que adora.
«A Jerusalén, por Jericó. Voy a los Tabernáculos».
«¿A Jerusalén? Pero... ¿también Tú?».
«Soy hijo de la Ley Yo también. No anulo la Ley. Os doy luz y fuerza para seguirla con perfección».
«¡Pero Jerusalén ya te odia! Quiero decir, los grandes, los fariseos de Jerusalén. Te he dicho que he oído... ».

«Déjalos. Ellos hacen su deber, lo que *creen* que es su deber; Yo hago el mío. En verdad te digo que hasta que no sea la hora no podrán nada».

«¿Qué hora, Señor?» preguntan los discípulos y el barquero.
«La del triunfo de las Tinieblas».
«¿Vas a vivir hasta el fin del mundo?».
«No. Habrá una tiniebla más atroz que la de los astros apagados y que la de nuestro planeta, muerto con todos sus hombres. Será cuando los hombres sofoquen la Luz que Yo soy. En muchos el delito ya se ha producido. Adiós, Salomón».
«Te sigo, Maestro».
«No. Ven dentro de tres días al Bel Nidrás. La paz a ti».

4 Jesús se pone en camino entre sus discípulos, que van pensativos.

«¿Qué pensáis? No temáis ni por mí ni por vosotros.
Hemos pasado por la Decápolis y la Perea, y por todas partes hemos visto agricultores trabajando en los campos. En unos lugares, la tierra estaba todavía cubierta por rastrojos y malas hierbas; árida, dura, ocupada por plantas parásitas que los vientos estivos habían llevado y sembrado arrebatando sus semillas a las desolaciones desérticas: eran las tierras de los perezosos y vividores. En otros lugares la tierra había sido ya abierta por la reja del arado, y limpiada, con el fuego y la mano, de piedras, espinos y malas hierbas. Lo que antes era un mal, o sea, las plantas inútiles, he aquí que con la purificación del fuego y del tajo, se había transformado en bien: en abono, en sales útiles para la fecundación. La tierra habrá llorado bajo el dolor de la hoja que la abría y hurgaba, y bajo el mordisco del fuego que corría por sus heridas. Mas reirá más hermosa en primavera, diciendo: "El hombre me torturó para proporcionarme esta opulenta mies que me embellece". Y éstas eran las tierras de los voluntariosos. En otros lugares, la tierra estaba ya esponjosa, limpia incluso de cenizas, un verdadero lecho nupcial para el desposorio de la gleba con la semilla y para el fecundo connubio que proporciona tanta gloria de espigas: éstos eran los campos de aquellos cuya generosidad llegaba hasta la perfección de la operosidad.

Pues bien, igual sucede con los corazones. Yo soy la Reja de Arado y mi palabra es Fuego, para predisponer al triunfo eterno.

Hay quien, perezoso o vividor, aún no me busca, no me requiere, se satisface con su vicio, con las pasiones malvadas, que parecen frondas de hojas y de flores y en realidad son zarzas y espinas que laceran a muerte el espíritu, lo atan y hacen de él haz para los fuegos de la Gehena. Por ahora la Decápolis y Perea son así... y no sólo ellas. No se me piden milagros porque no se quiere el tajo de la palabra ni la quemazón del fuego. Pero llegará su hora. En distinto lugar, hay quien acepta este tajo y esta quemazón, y piensa: "Es penoso, pero me purifica y me hará fecundo para el Bien". Éstos son los que, si bien no tienen el heroísmo de *hacer,* dejan que Yo haga. Es el primer paso en mi camino. Hay, en fin, quienes ayudan con su diligente, diuturno trabajo a mi trabajo; éstos no es que caminen, sino que vuelan por el camino de Dios; éstos son los discípulos fieles: vosotros y los otros que están diseminados por Israel».

5 «Pero somos pocos... contra muchos; somos humildes... contra los poderosos. ¿Cómo defenderte si quisieran hacerte algún daño?».
«Amigos. Recordad el sueño de Jacob. Él vio una multitud incalculable de ángeles que subían y bajaban por la escalera que le unía con el Cielo. Una multitud; y no era más que una parte de las legiones angélicas... Pues bien, ni todas las legiones que cantan "aleluya" a Dios en el Cielo, aunque bajaran y se pusieran en torno a mí para defenderme, cuando

llegue la hora *podrían algo.* La justicia ha de cumplirse...».

«¡Querrás decir la injusticia! Porque Tú eres santo y si te hacen algún daño, si te odian, son unos injustos».

«Por eso digo que en algunos el delito se ha cumplido ya. Quien da vida en su corazón a pensamientos de homicidio es ya un homicida; si de hurto, es ya un ladrón; si de adulterio, es ya un adúltero; si de traición, es ya un traidor. El Padre sabe las cosas, y Yo también, pero Él me deja ir, y Yo voy; para esto he venido. Mas el grano madurará y será sembrado dos veces antes de que el Pan y el Vino sean dados en alimento a los hombres».

«¡Se hará un banquete de júbilo y de paz, entonces!».

«¿De paz? Sí. ¿De júbilo? También. Pero... ¡Oh.... Pedro, oh.... amigos, cuántas lágrimas habrá entre el primero y el segundo cáliz! Sólo después de beber la última gota del tercer cáliz, el júbilo será grande entre los justos, y segura la paz para los hombres de recta voluntad».

«Tú estarás presente... ¿no es verdad?».

«¿Yo?... ¿Acaso falta alguna vez al rito el cabeza de familia? ¿Y no soy Yo la Cabeza de la gran familia del Cristo?».

6 Simón Zelote, que ha estado siempre callado, dice, como hablando consigo mismo: «"¿Quién es Este que viene con las vestiduras teñidas de rojo? Está hermoso con su vestido y camina en la grandeza de su fuerza". "Soy Yo quien habla con justicia y protege salvíficamente". «¿Por qué, entonces, tus vestidos están teñidos de rojo y tus vestiduras están como las de quien prensa la uva?". "Yo solo, por mí mismo, he prensado la uva. Ha llegado el año de mi redención"».

«Tú has comprendido, Simón» observa Jesús.

«He comprendido, mi Señor».

Los dos se miran; los demás los miran asombrados y entre sí se preguntan: «¿Pero habla de las vestiduras rojas que lleva Jesús ahora, o de la púrpura de rey con que se ornará cuando llegue la hora?».

Jesús se abstrae. Parece como si no oyese nada más.

Pedro toma aparte a Simón y le pide: «Tú que eres sabio y humilde, explica a mi ignorancia tus palabras».

«Sí, hermano. Su nombre es Redentor. Los cálices del banquete de paz y júbilo entre el hombre y Dios, y Tierra y Cielo, los llenará Él, por sí mismo, de su Vino, prensándose a sí mismo en el sufrimiento por amor de todos nosotros. Por eso estará presente, a pesar de que las potestades de las Tinieblas, entonces, hayan sofocado aparentemente la Luz, que es Él. 7 ¡Oh, hay que amarle mucho a este Cristo nuestro porque mucho será desamado! Hagamos que en la hora del abandono no nos pueda llegar y reprender el lamento davídico: "Una jauría de perros (y entre ellos también nosotros) se ha puesto alrededor de mí"»,

«¿Tú crees?... Pero si nosotros le defenderemos aun a costa de morir con Él».

«Nosotros le defenderemos... Pero somos hombres, Pedro, y nuestra audacia se fundirá aun antes de que le descoyunten a Él los huesos... Sí, nosotros haremos como el agua helada del cielo: un rayo la licúa en lluvia; luego el viento, en el suelo, vuelve a convertirla en hielo. ¡Así nosotros, así

nosotros! Nuestra presente audacia de ser discípulos suyos - porque su amor y su cercanía nos condensan en viril intrepidez - se disolverá bajo la acción del rayo agresor de Satanás y de los satanases. Y de nosotros ¿qué quedará entonces? Pero luego, tras la infame y necesaria prueba, la fe y el amor nos harán de nuevo compactos y seremos como un cristal que no teme incisión alguna. Eso sí, sabremos y podremos esto si le amamos mucho mientras le tenemos con nosotros. Entonces... sí, creo que entonces no seremos, por su palabra, ni enemigos ni traidores».

«Tú eres sabio, Simón. Yo... soy un iletrado. Me avergüenzo de preguntarle a Él tantas cosas, y me duele cuando siento que son cosas de lágrimas... Mira su rostro: parece como si lo estuviera lavando un llanto secreto. Observa sus ojos: no miran ni al cielo ni al suelo; están abiertos a un mundo para nosotros desconocido. Y ¡qué cansado y combado es su caminar! Su actitud pensativa le hace parecer más viejo. ¡Oh, no puedo verle así! ¡Maestro, Maestro, sonríe; no puedo verte tan lleno de amargura! ¡Te quiero como a un hijo! ¡Te daría mi pecho como almohada, para que durmieras y soñaras otros mundos!... ¡Oh, perdona si te he dicho "hijo"! Es que te quiero, Jesús».

«Soy el Hijo... ese nombre es mi Nombre. Pero ya no estoy triste. ¿Lo ves? Sonrío porque vosotros sois amigos míos. [8]Ved allí, al fondo, Jericó, toda roja con el ocaso. Que dos de vosotros vayan a buscar alojamiento. Yo y los demás iremos a esperaros al lado de la sinagoga. Id».

Y todo termina mientras Juan y Judas Tadeo se ponen en camino en busca de una casa hospitalaria.

112. De Jericó a Betania. El encuentro con Marta, que habla de María.

19 de febrero de 1945.

[1]La plaza del mercado de Jericó, con sus árboles, con sus vendedores gritando... En un ángulo, Zaqueo, el recaudador, centrado en sus... extorsiones legales o ilegales; creo que se dedica también algo a la compraventa de joyas, pues veo que pesa y valora collares y objetos de metal noble en general; no sé si se los dan en vez de monedas por no poder pagar de otra forma los impuestos, o si se los venden por otras necesidades.

Le toca el turno a una grácil mujer, toda cubierta por un manto de color pardo. Lleva el rostro también tapado con un paño de finísimo lino muy tupido, amarillento, que impide ver su cara. Sólo se nota la gracilidad del cuerpo, que se manifiesta tal a pesar de todo ese indumento pardo que lo cubre. Debe ser joven, al menos a juzgar por esa mínima parte que de ella se ve, o sea, una mano que aparece un momento bajo el manto para entregar una pulsera de oro, y los pies, que calzan sandalias no demasiado sencillas,

provistas de pala y de un entramado de tiras de cuero que dejan ver sólo los dedos, de piel lisa y juveniles, y un poco del tobillo, sutil y blanquísimo. Da su brazalete sin pronunciar palabra, recibe el dinero sin poner objeciones y se da media vuelta para marcharse.

Me doy cuenta ahora de que detrás de ella estaba el Iscariote observándola atentamente; me doy cuenta también de que, cuando ella hace ademán de marcharse, Judas le dice una palabra que no logro coger. Mas ella, como si fuera muda, no responde y se va ligera envuelta en su fardo de indumentos.

Judas pregunta a Zaqueo: «¿Quién es?».

«No pregunto el nombre a mis clientes, especialmente cuando son dóciles como ésa».

«Joven, ¿verdad?».

«Parece».

«¿Pero, es judía?».

«¡¿Yo qué sé?! El oro es amarillo en todos los países».

«Déjame ver esa pulsera».

«¿Quieres comprarla?».

«No».

«Pues entonces nada. ¿Qué piensas, que se va a poner a hablar por ella?».

«Quería comprobar si veía quién era...».

«¿Tanto te interesa? ¿Eres nigromante que adivina, o perro policía que sigue el olor? Déjalo, olvídate de ello. Si es así, o es honesta e infeliz o está leprosa. Por tanto... nada que hacer».

«No es hambre de mujer» responde despreciativo Judas.

«Será así... pero, con esa cara, me cuesta creerlo. Bueno, si no querías más que eso, apártate; tengo otras personas a las que servir».

Judas se marcha enojado y pregunta a un vendedor de pan y a uno de fruta si conocen a la mujer que antes había comprado pan y manzanas donde ellos, y si saben dónde vive.

No lo saben y responden: «Hace un tiempo que viene, cada dos o tres días, pero no sabemos dónde está».

«¿Pero cómo habla?» insta Judas.

Los dos se echan a reír y uno responde: «Con la lengua».

Judas reacciona insolentemente y se marcha... [2]y va a caer justo en medio del grupo de Jesús y los suyos, que vienen a comprar pan y companaje para su comida diaria. La sorpresa es recíproca y... no muy entusiasta.

Jesús se limita a decir: «¿Estás aquí?»; y, mientras Judas farfulla algo, Pedro da en una fragorosa carcajada y dice: «Eso es: estoy ciego y soy un incrédulo; no veo las cepas, no creo en el milagro».

«¿Pero qué dices?» preguntan dos o tres discípulos.

«Digo, la verdad. Aquí no hay cepas. Y no puedo creer que Judas, aquí, entre este polvo, vendimie, sólo porque es discípulo del Rabí».

«Hace bastante tiempo que ha terminado la vendimia» responde duro Judas.

«Y Keriot está a muchas millas de distancia» termina Pedro.

«Tú en seguida me atacas. Eres enemigo mío».

«No. Soy menos pazguato de lo que quisieras».

«¡Basta!» impone Jesús, no sin severidad. Se dirige a Judas: «No pensaba verte aquí. Te creía cuando menos en Jerusalén para los Tabemáculos».
«Voy mañana. Estaba aquí esperando a un amigo de familia que...».
«Por favor: basta».
«¿No me crees, Maestro? Te juro que yo...».
«No te he preguntado nada y te ruego que no digas nada. Estás aquí y ya está. ¿Tienes pensado venir con nosotros o todavía tienes asuntos que resolver? Contesta abiertamente».
«No... he terminado. Total, ese al que me refería no viene y yo voy para la fiesta a Jerusalén. Y tú, ¿a dónde vas?».
«A Jerusalén».
«¿Hoy mismo?».
«Esta tarde estoy en Betania».
«¿Donde Lázaro?».
«Donde Lázaro».
«Entonces voy yo también».

«Pues ven hasta Betania. Luego, Andrés, con Santiago de Zebedeo y Tomás, irán al Get-Samní para preparar las cosas y esperarnos a todos, y *tú irás con ellos*» Jesús marca de tal forma las palabras que Judas no reacciona.

«¿Y nosotros?» pregunta Pedro.

«Tú, mis primos y Mateo iréis a donde os voy a mandar, para volver por la tarde. Juan, Bartolomé, Simón y Felipe se quedarán conmigo, o sea, irán por Betania comunicando que el Rabí ha llegado y que les va a hablar a la hora nona».

[3]Caminan veloces por los campos desnudos. Hay aire de borrasca, no en el cielo sereno sino en los corazones, y todos lo perciben y marchan en silencio.

Cuando llegan a Betania - viniendo de Jericó por ese camino, la casa de Lázaro se encuentra entre las primeras -, Jesús despide al grupo que tiene que ir a Jerusalén; luego al otro, al que manda hacia Belén diciendo: «Id seguros. Encontraréis a mitad de camino a Isaac, Elías y los demás. Decid que estaré en Jerusalén muchos días y que los espero para bendecirlos».

Entre tanto, Simón ha llamado a la puerta y le han abierto. Los servidores avisan y acude Lázaro.

Judas Iscariote, que se había adelantado algunos metros, vuelve atrás con la disculpa de decirle a Jesús: «Te he disgustado, Maestro. Lo comprendo. Perdóname», y aprovecha para mirar de refilón hacia la casa por la puerta abierta en el jardín.
«Sí, de acuerdo. Ve. Ve. No hagas esperar a los compañeros».
Judas se ve obligado a marcharse.
Pedro susurra: «Esperaba que hubiera un cambio de orden».
«Eso nunca, Pedro. Sé lo que hago. Compadécete de ese hombre...».
«Trataré de hacerlo, pero no prometo... Adiós, Maestro. Ven, Mateo, y vosotros dos. Vamos rápido».
«Mi paz con vosotros, siempre».

[4]Jesús entra con los cuatro discípulos restantes y después del beso con Lázaro presenta a Juan, a Felipe y a Bartolomé; luego los despide, quedándose sólo con Lázaro.

Van hacia la casa. Esta vez, bajo el bonito pórtico, hay una mujer, es Marta: alta, aunque no tanto como su hermana, morena (la otra es rubia y de tez sonrosada); es una hermosa joven de cuerpo mas bien llenito - armónicamente - y bien modelado, de cabeza menuda y cabellera muy oscura, bajo la cual presenta una frente morenita y lisa, y dos dulces y dóciles ojos negros, largos, aterciopelados entre las pestañas oscuras; tiene la nariz ligeramente curvada hacia abajo y una boca pequeña, muy roja entre el color morenito de los carrillos; sonríe mostrando sus fuertes y candidísimos dientes.

Viste de lana color azul marino, con galones en rojo y verde oscuro en torno al cuello y a los extremos de las amplias mangas, cortas, hasta el codo, de las que salen otras mangas de lino finísimo y blanco estrechadas a la muñeca por un cordoncito que las frunce; esta camisita finísima y blanca, ceñida con un cordón, sobresale también por la parte alta del pecho, en la raíz del cuello; lleva por cinturón una banda azul, roja y verde, de paño muy fino, que le ciñe el límite de las caderas y le cuelga del lado izquierdo con una borla de flecos: un vestido rico y casto.

«Tengo una hermana, Maestro: ésta es. Es Marta; buena y pía, el consuelo y el honor de la familia, y la alegría del pobre Lázaro. Antes era la primera y única alegría mía; ahora es la segunda, porque la primera eres Tú».

Marta se postra y besa la orla del vestido de Jesús.

«Paz a la hermana buena y a la mujer casta. Levántate».

Marta se alza y entra en la casa con Jesús y Lázaro. Luego solicita ausentarse para las labores domésticas.

«Es mi paz...» susurra Lázaro, y mira a Jesús (una mirada escrutadora, que Jesús, no obstante, muestra no haber visto).

5 Lázaro pregunta: «¿Y Jonás?».

«Ha muerto».

«¿Muerto? Entonces...».

«Cuando le he conseguido estaba ya muriéndose. Pero ha muerto libre y feliz en mi casa, en Nazaret, entre mi Madre y Yo».

«¡Doras te le ha acabado antes de dártele!».

«De fatiga, sí, y también de golpes...».

«Es un demonio y te odia. Odia a todo el mundo esa hiena... ¿A ti no te ha dicho que te odia?...».

«Me lo ha dicho».

«Desconfía, Jesús, de él. Es capaz de todo. Señor… ¿qué te ha dicho Doras? ¿No te ha dicho que evites mi compañía? ¿No te ha dado una imagen ignominiosa del pobre Lázaro?».

«Creo que tú me conoces suficientemente como para entender que juzgo por mí, y con justicia, y que cuando amo lo hago sin pensar en si este amor puede acarrearme un bien o un mal según las luces del mundo».

«Pero ese hombre es feroz, cuando hiere o provoca un daño es atroz... Me ha torturado hace unos días con su visita y con sus palabras... ¡Oh... es mucho ya mi tormento!, ¿por qué querer privarme también de ti?».

«Yo soy el consuelo de los afligidos y el compañero de los

abandonados. He venido *también por esto*».

«¡Ah! ¿Entonces sabes que...? ¡Oh, vergüenza mía!».

«No. ¿Por qué *tuya*? Lo sé. ¿Y qué? ¿Voy acaso a anatematizarte a ti, que sufres? Yo soy Misericordia, Paz, Perdón, Amor hacia todos. ¿Qué seré entonces para con los inocentes? Tú no tienes el pecado por el que sufres. Si *siento incluso piedad por ella*, ¿cómo puedo ensañarme contigo?».

«¿La has visto?».

«La he visto. No llores».

Mas Lázaro - la cabeza relajada encima de los brazos cruzados y apoyados sobre una mesa - llora con penosos sollozos.

Marta se asoma y mira. Jesús le hace una seña de que se esté callada. Y ella se marcha, cayéndosele unos lagrimones silenciosamente.

Lázaro se va calmando poco a poco. Se siente humillado a causa de su debilidad. Jesús le consuela. Luego, viendo que su amigo desea estar solo un momento, sale al jardín y pasea entre los cuadros donde resiste todavía alguna rosa purpúrea.

6Pasado un poco, Marta se acerca a Él. «Maestro... ¿Lázaro ha hablado?».

«Sí, Marta».

«Lázaro no es capaz de hallar consuelo desde que sabe que Tú lo sabes y que la has visto...».

«¿Cómo lo sabe?».

«Primero aquel hombre que estaba contigo y que se dice discípulo tuyo, ese que es joven, alto, moreno y sin barba... luego Doras. Éste nos ha fustigado con su desprecio; el otro dijo sólo que la habíais visto en el lago... con sus amantes...».

«¡No lloréis por esto! ¿Creéis que Yo ignoraba vuestra herida? La conocía desde cuando Yo estaba en el Padre... No te abatas, Marta. Levanta corazón y frente».

«Ruega por ella, Maestro. Yo oro... pero no se perdonar del todo, y quizás el Eterno rechaza la oración».

«Has dicho bien: hay que perdonar para ser perdonados y escuchados. Yo ruego ya por ella, pero dame tu perdón y el de Lázaro. Tú, hermana buena, puedes hablar y obtener aún más que Yo. Su herida está demasiado abierta y le escuece demasiado como para que algo la roce, aunque sea mi mano. Tú puedes hacerlo. Dadme vuestro perdón pleno, santo, y Yo haré...».

«Perdonar... No podremos. Nuestra madre murió de dolor por sus infames acciones, y… eran todavía leves respecto a las de ahora. Veo las torturas de nuestra madre... las tengo siempre presentes. Y veo lo que sufre Lázaro».

«Es una enferma, Marta, una desquiciada. Perdonad».

«Es una endemoniada, Maestro».

«¿Y qué es la posesión diabólica, sino una enfermedad del espíritu, contagiado por Satanás hasta el punto de degenerarse transformándose en una entidad espiritual diabólica? ¿Cómo explicar, si no, ciertas perversiones en los humanos; perversiones que le hacen al hombre mucho peor que las fieras cuando están furiosas, más libidinoso que los simios en su lujuria, etc., y hacen de él un híbrido, en el cual se encuentran fundidos el hombre, el animal y el demonio? Ésta es la explicación de lo que nos asombra como una monstruosidad inexplicable en tantas criaturas. No llores. Perdona. Yo veo. Yo tengo

una vista más alta que la del ojo y del corazón. Tengo vista de Dios. Veo. Y te digo: perdona porque está enferma».
«¡Pues entonces cúrala!».
«La curaré. Ten fe. Te daré este motivo de dicha. Pero tú perdona y dile a Lázaro que lo haga. Perdona. Sigue amándola. Acércate a ella. Háblale como si fuera una como tú. Háblale de mí...».
«¿Cómo quieres que te comprenda a ti, que eres Santo?».

«Parecerá que no comprende. Pero mi Nombre de por sí es ya salvación. Haz que piense en mí y que me nombre. ¡Oh, Satanás huye cuando mi Nombre es pensado por un corazón! Sonríe, Marta, ante esta esperanza. Mira esta rosa: la lluvia de estos días la había puesto mustia, pero el sol de hoy, mira, la ha abierto; y así es aún más hermosa, porque la lluvia que ha quedado entre pétalo y pétalo la enjoya de diamantes. Así será vuestra casa... Llanto y dolor ahora; luego... alegría y gloria. Ve. Díselo a Lázaro mientras Yo, en la paz de tu jardín, ruego al Padre por María y por vosotros...».

Todo termina así.

113. Regreso a Betania después de la fiesta de los Tabernáculos.

20 de febrero de 1945.

[1]No sé como voy a poder escribir tanto, porque siento que Jesús se quiere presentar con su Evangelio vivido y he estado sufriendo toda la noche para recordar la visión que sigue. Las palabras oídas, para no olvidarlas, las he plasmado, como podía, con verdaderos garabatos.

[2]Y ahora - son las 11 - veo esto.

Jesús, de nuevo, está donde Lázaro. Por lo que oigo, comprendo que los Tabernáculos se han celebrado ya y que ha vuelto a Betania debido a la insistencia de su amigo, el cual no querría nunca estar separado de Jesús. También comprendo que está en casa de Lázaro sólo con Simón y Juan, mientras los demás están esparcidos por los alrededores. Y, en fin, comprendo que ha habido un encuentro de amigos, todavía fieles a Lázaro, invitados por él para que conocieran a Jesús.

Comprendo todo esto porque Lázaro continúa - con más detalle - ilustrando las características morales de cada uno. [3]Así, habla de José de Arimatea, definiéndole "hombre justo y verdadero israelita." Dice: «No se atreve a decirlo - porque teme al Sanedrín, que ya te odia, y del cual forma parte -, pero espera que Tú seas el Anunciado por los Profetas. Él mismo me ha pedido venir para conocerte y juzgar acerca de ti en primera persona, puesto que no le parecía justo lo que de ti decían tus enemigos... Hasta de

Galilea han ido fariseos para acusarte de pecado. Pero José ha juzgado así: "Quien obra milagros tiene consigo a Dios. Quien tiene a Dios no puede estar en pecado; es más, debe ser alguien amado por Dios". Y querría que fueras a Arimatea, a su casa. Me ha dicho que te lo proponga. Y yo te pido que escuches su petición, que también es mía».

«He venido para los pobres y para los que sufren en alma y cuerpo, más que para los poderosos que ven en mí sólo un objeto de interés. Pero iré a casa de José. No hay en mí toma de posición contra los poderosos. Un discípulo mío, ese que por curiosidad y por importancia autodeclarada vino a tu casa sin orden mía - pero es joven y se ha de ser indulgente con él -, puede dar testimonio de mi respeto a las castas poderosas que se autoproclaman "las tutoras de la Ley" y... - dan a entender - "*las sustentadoras* del Altísimo" - ¡está claro que el Eterno se sostiene Él solo! -. Ninguno entre los doctores ha tenido nunca el respeto que Yo he tenido hacia los oficiales del Templo».

«Lo sé. Y son muchos los que lo saben, realmente muchos... Pero sólo los mejores dan a este acto el nombre justo. Los demás... lo llaman "hipocresía"».

«Cada uno da lo que dentro de sí tiene, Lázaro».

«Es verdad. Ve, no obstante, a casa de José. Él desearía que fueras para el próximo sábado».

«Iré. Puedes hacérselo saber».

4«También Nicodemo es bueno. Es más... me ha dicho... Bueno, ¿puedo manifestarte una crítica acerca de uno de tus discípulos?».

«Dila. Si es justo, lo que dice será cierto; si injusto, criticará una conversión, porque el Espíritu da luz al espíritu del hombre si es hombre recto; y el espíritu del hombre guiado por el Espíritu de Dios tiene sabiduría sobrehumana y lee la verdad de los corazones».

«Me ha dicho: "No critico la presencia de los ignorantes ni de los publicanos entre los discípulos del Cristo. Pero no juzgo digno de estar entre los suyos a aquel que no sé si está con Él o contra Él, como un camaleón que toma color y aspecto de lo que le rodea"».

«Es Judas Iscariote. Lo sé. Pero, creedlo todos, la juventud es vino que fermenta y luego se depura. Al fermentar aumenta de volumen y hace espuma y rebasa por todas partes debido a una exuberancia de fuerza. El viento de primavera lo comba todo en todas las direcciones, y parece un enloquecido desordenador de frondas; y, no obstante, debemos estarle agradecidos por ser fecundador de flores. Judas es vino y viento, pero malvado no es. Su modo de actuar crea trastornos, turba, incluso irrita, y hace sufrir; pero no todo en él es malvado... es un potro de sangre ardiente».

«Tú lo dices... Yo no soy competente para juzgarle. 5De él me ha quedado la amargura de haberme dicho que Tú la habías visto...».

«Pero esa amargura se mitiga ahora con miel, por mi promesa...».

«Sí. Pero yo me acuerdo de aquel momento... El sufrimiento no se olvida aunque haya cesado».

«¡Lázaro, Lázaro! Te turbas por demasiadas cosas... ¡muy mezquinas, por cierto! Deja que pasen los días: pompas de aire que se desvanecen y no vuelven con sus colores alegres o tristes; y mira al Cielo, que no desaparece y que es para los justos».

«Sí, Maestro y Amigo. No quiero juzgar el hecho de que Judas esté

contigo, ni el que Tú le tengas contigo. Pediré que no te perjudique».
Jesús sonríe y todo termina.

114. En el convite de José de Arimatea. Encuentro con Gamaliel y Nicodemo.

21 de febrero de 1945.

[1]Arimatea es todavía montañosa. No sé por qué me la imaginaba llana. En realidad está entre montes que van decreciendo hacia el llano fértil que en ciertas vueltas del camino aparece a Occidente, para difuminarse en el horizonte, en esta mañana de noviembre, en medio de una niebla baja que parece una extensión de agua sin límite.

Jesús está con Simón y Tomás. No tiene otros apóstoles consigo. Tengo la impresión de que valora sabiamente los efectos de los tipos de personas con que debe tratar, llevando consigo, según los distintos ambientes, a aquellos que pueden ser aceptados sin crear demasiado contraste en el huésped de que se trate. Estos judíos deben ser más... susceptibles que mujercitas románticas...

Oigo que están hablando de José de Arimatea. Tomás, que quizás le conoce muy bien, señala las posesiones de éste - vastas y valiosas - que se extienden por la montaña, especialmente por la parte de Jerusalén, siguiendo el camino que desde la capital viene hacia Arimatea y une después este lugar con Joppe. Oigo que hablan de esto, y que Tomás hace un canto también a las tierras que José posee a lo largo de los caminos de la llanura.

«¡Al menos aquí no se trata como animales a los hombres! ¡Oh..., ese Doras!» dice Simón.

Efectivamente, aquí los trabajadores están bien nutridos y bien vestidos, y reflejan ese algo que expresa satisfacción, propio de quien se encuentra a gusto. Los trabajadores saludan respetuosamente: naturalmente ya saben quién es el que va por los campos de Arimatea hacia la casa de su patrón; saben quién es ese Hombre alto y apuesto, y, observándole, hacen comentarios en voz baja.

[2]En el punto en que ya se ve la casa, hay un servidor de José, que se postra y pregunta: «¿Eres Tú el Rabí esperado?».

«Soy Yo» responde Jesús.

El hombre se despide con profundo respeto y se marcha corriendo a avisar a su patrón. Efectivamente, no ha llegado aún Jesús al límite de la casa - circundada completamente por un alto seto de plantas de hoja perenne, que substituye, en ésta, a la alta pared que tiene la casa de Lázaro, y que la aísla de la calle, pero que no es más que una continuación del jardín que rodea la casa, muy poblado de árboles, y ahora también muy desnudo de hojas -, no ha llegado aún, cuando José de Arimatea, vistiendo amplios indumentos de franjas, le sale al encuentro y se inclina reverentemente con las manos

cruzadas sobre el pecho. No es el saludo humilde de quien reconoce en Jesús el Dios hecho Carne y que hace acto de sumisión postrándose, besando sus pies y la orla de la túnica; no es esto, pero, de todas formas, es un saludo de profundo respeto. Jesús, igualmente, se inclina y da su saludo de paz.

«Entra, Maestro. Me haces feliz aceptando la invitación. No esperaba en ti tanta condescendencia».

«¿Por qué? Voy también a casa de Lázaro y...».

«Lázaro es amigo tuyo... yo soy un desconocido».

«Eres un alma que busca la Verdad. La Verdad, por tanto, no te rechaza».

«¿Tú eres la Verdad?».

«Yo soy Camino, Vida y Verdad. Quien me ame y me siga tendrá en sí el Camino cierto, la Vida beata, y conocerá a Dios, porque Dios, además de ser Amor y Justicia, es Verdad».

«Eres un gran Doctor. Toda palabra tuya espira sabiduría». Luego se vuelve a Simón: «Me alegro de que tú también tornes, después de tanta ausencia, a mi casa».

«No he estado ausente por propia voluntad. Tú sabes cuál fue mi suerte y cuántas lágrimas hubo en la vida del pequeño Simón, al que tu padre amaba».

«Lo sé. Y creo que no desconoces que jamás hubo en mi boca palabra alguna que te pudiera perjudicar».

«Sé todo. Mi fiel servidor me ha dicho que *también a ti* te debo el que me fueran respetados los bienes. Que Dios te lo pague».

«Yo era algo en el Sanedrín, y lo usé esto para beneficiar, con justicia, a un amigo de casa».

«Muchos eran los amigos de la *mía,* y muchos eran *algo* en el Sanedrín; pero, no tenían tu justicia».

«¿Y éste, quién es? Me resulta conocido... pero no sé dónde...».

«Soy Tomás, llamado Dídimo...».

«¡Ah, eso es! ¿Vive aún tu anciano padre?».

«Vive. En sus negocios, con mis hermanos. Yo le he dejado por el Maestro. Pero él se ha alegrado de ello».

«Es un verdadero israelita, y, puesto que ha creído que Jesús de Nazaret es el Mesías, no puede sino sentirse feliz de que su hijo esté entre sus predilectos».

3 Están ya en el jardín, junto a la casa.

«No le he dejado a Lázaro que se marchara. Está en la biblioteca leyendo un extracto de las últimas sesiones del Sanedrín. No quería detenerse porque... Sé que ya sabes... Por eso no quería detenerse. Pero he dicho: "No. No es justo que te avergüences de esa manera. En mi casa nadie te afrentará. Quédate. Quien se aísla está solo contra todo un mundo. Y, dado que el mundo es más malo que bueno, al *solo* se le derriba y pisotea". ¿Es correcto lo que he dicho?».

«Es correcto lo que has dicho y has actuado bien» responde Jesús.

«Maestro... hoy va a estar aquí Nicodemo y... Gamaliel. ¿Te molesta?».

«¿Por qué iba a sentirme molesto? Reconozco que es un hombre sabio».

«Sí. Deseaba verte y... y quería resistir firme en su posición. Ya sabes... ideas. Dice que él ya ha visto al Mesías y que está esperando el signo que le prometió, llegada la hora de su manifestación. Pero dice también que Tú eres "un hombre de Dios". No dice "el

Hombre". Dice "un hombre de Dios". Sutilezas rabínicas, ¿verdad? ¿No te sientes ofendido por ello, verdad?».

Jesús responde: «Sutilezas. Bien has dicho. Hay que dejarles... Los mejores podarán por sí mismos todos los inútiles ramojos que los hacen todo fronda y nada fruto; y vendrán a mí».

«He querido referirte sus palabras porque, sin duda, te las repetirá a ti. Es auténtico» hace notar José.

«Virtud rara y que aprecio mucho» responde Jesús.

«Sí. Le he dicho también: "Pero, con el Maestro está Lázaro de Betania". Se lo he dicho porque.... sí, en suma, por causa de su hermana. Pero Gamaliel ha respondido: "¿Ella está presente? ¿No? ¿Y entonces? Del vestido que no sigue en el fango el barro se desprende. Lázaro se lo ha sacudido de sí, y no me contamina la túnica. Además, juzgo que si a su casa va un hombre de Dios, puedo también tratarle yo, doctor de la Ley"».

«Gamaliel juzga bien. Fariseo y doctor hasta la médula, pero todavía honesto y justo».

«Me alegra oírtelo decir. [4]Maestro, mira, Lázaro».

Lázaro se inclina para besar la túnica de Jesús. Se siente dichoso de estar con Él, pero también se ve claramente que, esperando a los convidados, está muy agitado. Me es cierto que el pobre Lázaro, a sus conocidas torturas, conocidas por los hombres por haber sido transmitidas por la historia, ha de añadir ésta - desconocida y no meditada por la mayoría - del sufrimiento moral de ese tremendo aguijón que supone el pensamiento: «¿Qué me dirá éste? ¿Qué piensa de mí? ¿Cómo me considera? ¿Me herirá con palabras o miradas de desprecio?». Aguijón éste que atormenta a todos aquellos que tienen alguna mancha en su familia.

Dentro ya de la riquísima sala donde están dispuestas las mesas, no esperan más que a Gamaliel y Nicodemo, porque otros cuatro invitados han llegado ya. Oigo que los presentan con los respectivos nombres de Félix, Juan, Simón y Cornelio.

Se produce un gran alboroto de servidores que acuden a la sala, cuando llegan Nicodemo y Gamaliel (el siempre imponente Gamaliel, con su espléndido indumento de nieve hilada, que endosa con majestuosidad de rey). José, con toda premura, se dirige a su encuentro. El saludo entre ambos es de una deferencia pomposa. También Jesús recibe un reverente saludo y se inclina ante el gran rabino, que le saluda así: «El Señor esté contigo»; a lo que Jesús responde: «Y su paz sea siempre compañera tuya». Lázaro también se inclina reverente, y así los demás.

[5]Gamaliel toma asiento en el centro de la mesa, entre Jesús y José. Al lado de Jesús está Lázaro; al lado de José, Nicodemo. Comienza la comida tras las preces rituales, dirigidas por Gamaliel después de un intercambio de cortesías enteramente oriental entre los tres principales personajes, o sea, Jesús, Gamaliel y José.

Gamaliel es hombre de porte muy digno, pero no es soberbio. Más que hablar, escucha. Se ve que medita cada una de las palabras de Jesús, y frecuentemente le mira con sus profundos ojos oscuros y severos. Cuando Jesús calla por haberse agotado el tema, es Gamaliel quien, con una oportuna pregunta, reanima las conversaciones.

Lázaro en un primer momento se encuentra un poco confuso, pero luego

toma ánimos y también habla.

Alusiones directas a la personalidad de Jesús no hay hasta casi terminada la comida. En ese momento se enciende, entre el que se llamaba Félix y Lázaro - al cual luego se une, apoyándole, Nicodemo y, en fin, el que se llamaba Juan -, una discusión acerca de los milagros como prueba a favor o en contra de un individuo.

Jesús calla. De vez en cuando sonríe con misteriosa sonrisa, pero calla. También Gamaliel calla. Tiene un codo apoyado sobre el recostadero y la mirada intensamente fija en Jesús. Parece como si quisiera descifrar alguna palabra sobrenatural incidida en la piel pálida y lisa del rostro delgado de Jesús, rostro del que parece estar analizando cada una de las fibras.

6Félix sostiene que la santidad de Juan es innegable, y de esta cierta e indiscutible santidad deduce una consecuencia no favorable a Jesús Nazareno, autor de muchos y conocidos milagros. Dice: «No es el milagro prueba de santidad, porque no se ve en la vida del profeta Juan, y ninguno en Israel lleva una vida como la suya: ni banquetes, ni amistades, ni comodidades; sí sufrimientos y encarcelaciones por el honor de la Ley; soledad, porque - sí - tiene discípulos, pero ni siquiera con ellos convive, y encuentra culpas incluso en los más honestos, y a todos alcanzan sus invectivas. Mientras que... la verdad es que el Maestro de Nazaret, aquí presente, ha hecho milagros, es cierto, pero veo que aprecia como los demás lo que la vida ofrece, y no rechaza amistades y - perdona si esto te lo dice uno de los Ancianos del Sanedrín - se muestra demasiado dispuesto a dar, en nombre de Dios, perdón y amor a pecadores públicos y anatematizados. No deberías hacerlo, Jesús».

Jesús sonríe y guarda silencio. Lázaro responde por Él: «Nuestro potente Señor es dueño de dirigir a sus siervos como quiere y a donde quiere. A Moisés le

concedió el milagro; a Aarón, su primer pontífice, no se lo concedió.* ¿Qué decir entonces? ¿Qué conclusión sacas? ¿Más santo el uno que el otro?».

«Ciertamente» responde Félix.

«Entonces el más santo es Jesús, que obra milagros».

Félix se encuentra desorientado, pero encuentra un punto donde agarrarse: «Aarón había recibido ya el pontificado. Era suficiente».

«No, amigo» responde Nicodemo. «El pontificado era una misión; santa, pero no más que una misión. No siempre y no todos los pontífices de Israel han sido santos; lo cual no quita el que fueran pontífices, aunque no fueran santos».

«¡No querrás decir que el Sumo Sacerdote es un hombre privado de gracia!...» exclama Félix.

«Félix... no toquemos el fuego encendido. Yo, tú, Gamaliel, José, Nicodemo, todos, sabemos muchas cosas...» dice el que lleva por nombre Juan.

«¿Pero qué dices?, ¿qué dices? ¡Gamaliel, interven!...». Félix está escandalizado.

«Si es justo, dirá la verdad que no quieres oír» dicen los tres que discuten acaloradamente contra Félix.

José trata de poner paz. Jesús está callado, como también lo están

Tomás, el Zelote, y el otro Simón, amigo de José. Gamaliel parece jugar con las franjas de su vestido, pero está mirando de abajo arriba a Jesús.

«¿No hablas, Gamaliel?» grita Félix.

«Sí. Habla. Habla» dicen los tres.

«Yo digo que las debilidades de la familia se deben mantener celadas» responde Gamaliel.

«¡Eso no es una respuesta!» grita Félix. «¡Parece como si confesaras que existen culpas en casa del Pontífice!».

«Es boca que dice verdad» replican los tres.

7 Gamaliel se pone derecho y se vuelve hacia Jesús: «Aquí está el Maestro que eclipsa a los más doctos. Que dé su opinión».

«Tú lo deseas. Obedezco. Digo: el hombre es hombre; la misión va más allá del hombre; pero el hombre, investido de una misión, es capaz de cumplirla como superhombre cuando, por vivir una vida santa, tiene a Dios como amigo. Es Él quien ha dicho: "Tú eres sacerdote según el orden *que Yo he dado*". ¿Qué está escrito en el Racional? "Doctrina y Verdad". Esto deberían poseer los pontífices.

**A Moisés le concedió el milagro; a Aarón, su primer pontífice, no se lo concedió.* Efectivamente, a pesar de haber obrado prodigios Aarón, se puede decir que el Señor no se los concedía a él, porque había ordenado a Moisés cumplirlos a través de la acción de Aarón (*Éxodo, 7-8*). Y aun cuando el Señor se los hubiera concedido a Aarón, éste los habría obtenido no en cuanto "primer pontífice suyo", porque esos prodigios fueron obrados antes de la consagración de Aarón como sumo sacerdote (*Éxodo 28-29; Levítico 8-9*).

A la Doctrina se llega con constante meditación, orientada a conocer al Sapientísimo; a la Verdad, con la fidelidad absoluta al Bien. Quien se amanceba con el Mal entra en la Mentira y pierde Verdad».

«¡Bien! Has respondido como un gran rabino. Yo, Gamaliel, te lo digo. Me superas».

«Que explique entonces éste por qué Aarón no hizo milagros y Moisés sí» dice Félix chillando.

Jesús, interpelado, responde solícito: «Porque Moisés tenia que imponerse a la masa gris y pesada, e incluso contraria, de los israelitas, y llegar a tener una autoridad moral sobre ellos que fuera capaz de doblegarlos a la voluntad de Dios. El hombre es el eterno salvaje y el eterno niño. Le impresiona lo que escapa a las reglas. Tal es el milagro. Es una luz agitada ante las pupilas oscurecidas, es un sonido producido junto a los oídos tapados: despierta, atrae la atención, hace decir: "Aquí está Dios"».

«Lo dices en favor tuyo» replica Félix.

«¿En favor mío? ¿Y qué me añado obrando milagros? ¿Puedo parecer más alto sí me meto un filamento de hierba bajo los pies? Así es el milagro, en relación con la santidad. Hay santos que jamás han obrado milagros. Hay magos y nigromantes que con fuerzas oscuras los realizan, o sea, llevan a cabo cosas sobrehumanas pero que no son santas, siendo ellos demonios. Yo seré Yo, aunque deje de obrar milagros».

«¡Muy bien! ¡Eres grande, Jesús!» aprueba Gamaliel.

«¿Y quién es, según tu parecer, este "grande"?» insta Félix dirigiéndose a Gamaliel.

«El mayor entre los profetas que yo conozco, tanto en sus obras como en sus palabras» responde éste.

«Yo te digo que es el Mesías, Gamaliel. Créelo, tú, que eres sabio y justo» dice José.

«¿Cómo? ¿Tú también, rector de judíos, tú, el Anciano, gloria nuestra, caes en esta idolatría hacia un hombre? Dime quién te prueba que es el Cristo. Yo no lo creeré ni siquiera viéndole hacer milagros. ¿Y por qué ante nosotros no hace uno? Díselo tú, tú que le alabas; díselo tú, que le defiendes» dice Félix a Gamaliel y a José.

«No le he invitado para ser juguete de mis amigos, y te ruego que recuerdes que es mi huésped» responde serio José.

Félix se levanta y se marcha, enfadado y grosero.

8 Se produce un silencio. Jesús se vuelve hacia Gamaliel: «¿Y tú no pides milagros para creer?».

«No serán los milagros de un hombre de Dios los que me extraerán el aguijón que llevo en el corazón, de tres preguntas que siempre quedan sin respuesta».

«¿Qué preguntas?».

«¿Está vivo el Mesías? ¿Era aquél? ¿Es éste?».

«¡Te digo que es Él, Gamaliel!» exclama José. «¿No le sientes santo, distinto, potente? ¿Sí? ¿Entonces? ¿A qué esperas para creer?».

Gamaliel no responde a José. Se dirige a Jesús: «Una vez - no te sientas molesto, Jesús, si soy tenaz en mis ideas - ...una vez, en vida aún del grande y sabio Hil-lel, yo creí, y él conmigo, que el Mesías estaba en Israel. ¡Gran refulgir de sol divino en aquel frío día de un insistente invierno! Era Pascua... Los hombres temían por las congeladas mieses... Yo dije, después de oír aquellas palabras: "¡Israel está salvado! ¡Desde hoy, copiosidad en los campos y bendiciones en los corazones! El Esperado se ha manifestado con su primer fulgor". Y no me equivoqué. Todos podéis recordar qué recolección hubo ese año embolismal, de trece meses, que en éste se repite...».

«¿Qué palabras oíste? ¿Quién las pronunció?».

«Uno... poco más que un niño... pero Dios resplandecía en su rostro inocente y delicado... Hace diecinueve años que lo pienso y lo recuerdo... y busco volver a oír esa voz... que pronunciaba palabras de sabiduría... ¿Dónde estará? Yo pienso:... "Era Dios. Bajo forma de niño para no aterrorizar al hombre. Y como relámpago que atravesando los firmamentos velozmente aparece a Oriente y a Poniente, a Septentrión y a Meridión, Él, el Divino, va de uno a otro lado de la Tierra, vestido de misericordiosa belleza, con voz y rostro de niño y pensamiento divino, para decirles a los hombres: 'Yo soy' ". Pienso de esta forma... "¿Cuándo volverá a Israel?... ¿Cuándo?". Y pienso: "Cuando Israel sea altar para su pie de Dios"; y gime el corazón, viendo la abyección de Israel: "Nunca". ¡Oh..., dura respuesta... y verdadera! ¿Puede acaso la Santidad descender en su Mesías estando la abominación entre nosotros?».

«Puede hacerlo y lo hace, porque es Misericordia» responde Jesús.

9 Gamaliel le mira pensativo y pregunta: «¿Cuál es tu verdadero Nombre?».

Y Jesús se alza, majestuoso, y dice: «Yo soy quien es. Soy el Pensamiento y la Palabra del Padre. Soy el Mesías del Señor».

«¿Tú?... No lo puedo creer. Grande es tu santidad. Pero aquel Niño en el cual yo creo dijo entonces: "Daré un signo... Estas piedras se estremecerán cuando sea mi hora". Yo espero ese signo para creer. ¿Me lo puedes dar Tú para persuadirme de que eres el Esperado?».

Los dos - ahora en pie ambos - altos, solemnes - el uno con su amplio vestido de lino cándido, el otro con su vestido sencillo de lana roja oscura; el uno anciano, el otro joven; de ojos dominadores y profundos ambos - se miran fijamente.

Jesús baja el brazo derecho, que había plegado sobre el pecho, y, como si estuviera haciendo un juramento, exclama: «¿Ese signo quieres? ¡Pues lo tendrás! Repito aquellas lejanas palabras: "Las piedras del Templo del Señor se estremecerán con mis últimas palabras". Espera ese signo, doctor de Israel, hombre justo, y luego cree, si quieres ser perdonado y recibir la salvación. ¡Bienaventurado anticipadamente si pudieras creer antes! Pero, no puedes. Siglos de creencias erradas acerca de una promesa acertada, y cúmulos de orgullo, te hacen baluarte ante la Verdad y ante la Fe».

«Dices bien. Esperaré ese signo. Adiós. El Señor esté contigo».

«Adiós, Gamaliel. Que el Espíritu te ilumine y te guíe».

Todos despiden a Gamaliel, que se va con Nicodemo y con Juan y Simón (miembro del Sanedrín). Se quedan Jesús, José, Lázaro, Tomás, Simón Zelote y Cornelio.

«¡No cede!... Quisiera tenerle entre tus discípulos. Sería un peso decisivo a tu favor.. pero no lo logro» dice José.

«No te aflijas por ello. No hay influencia capaz de salvarme de la tempestad que se está preparando. Pero Gamaliel, si no se pliega a favor, tampoco lo hará contra Cristo. Es de los que esperan...».

Todo termina.

115. Curación del niño arrollado por el caballo de Alejandro. Jesús expulsado del Templo.

22 de febrero de 1945.

[1]El interior del Templo. Jesús está con los suyos muy cerca del Templo propiamente dicho, o sea, del Lugar Santo, en donde sólo entraban los sacerdotes. Es un bellísimo y espacioso claustro al cual se accede por un atrio y del cual, por otro aún más rico, se pasa a la alta terraza en la que está el hexaedro del Santo.

¡Es inútil! Aunque viera mil veces el Templo y lo describiera dos mil, sea por la complejidad del lugar, sea por mi ignorancia de los nombres o por la incapacidad de hacer un gráfico, resultaría siempre incompleta al retratar este pomposo y laberíntico lugar..

Parecen estar en oración, Otros muchos israelitas, todos hombres, están

también allí y oran, cada uno por su cuenta. Cae la tarde precoz de un plomizo día de noviembre.

Un vocerío: una estentórea e inquieta voz de hombre que blasfema en latín, mezclada con estridentes y agudas voces hebreas. Se produce como el revoltijo de una lucha, y una aguda voz femenina grita: «¡Dejadle que vaya! Dice que Él le va a salvar».

El recogimiento del suntuoso claustro queda roto. Muchas cabezas se vuelven hacia el punto del que provienen las voces; y se vuelve también Judas Iscariote, que está con los discípulos. Siendo, como es, alto, ve y dice: «¡Un soldado romano que está luchando por entrar! ¡Está violando, ha violado ya, el Lugar Sagrado! ¡Qué horror!». Y muchos hacen coro de sus palabras.

«¡Dejadme pasar, perros judíos! Aquí está Jesús. ¡Lo sé! ¡Es Él quien me interesa! Vuestras absurdas piedras no me sirven para nada. El niño se está muriendo y Él puede salvarle. ¡Fuera! Hienas hipócritas...».

Jesús, que, cuando ha comprendido que Él era el requerido, se ha dirigido inmediatamente hacia el atrio en el que se estaba produciendo este barullo, se acerca y grita: «Paz y respeto al lugar y a la hora del ofrecimiento».

«¡Oh! ¡Jesús! ¡Hola! Soy Alejandro. ¡Dejad paso, perros!».

Y Jesús, con serenidad: «Sí, dejad paso. Llevaré a otra parte al pagano que no sabe lo que es para nosotros este lugar».

El círculo se abre y Jesús se llega hasta el soldado, que lleva la coraza ensangrentada. «¿Estás herido? Ven. Aquí no se puede estar» y le conduce hacia el otro claustro, y más allá incluso.

«No estoy herido yo. Un niño... Mi caballo, junto a la Antonia, se me ha desmandado y le ha arrollado. Los cascos le han abierto la cabeza. Prócolo ha dicho: "¡Nada que hacer!". Yo no tengo la culpa... pero, ha sucedido por mí y la madre está allí desesperada. Te había visto pasar... venir aquí... He dicho: "Prócolo no, pero Él sí". He dicho: "Mujer, ven, Jesús le sanará". Me han retenido esos dementes... Y quizás el niño está ya muerto».

«¿Dónde está?» pregunta Jesús.

«Debajo de aquel pórtico, en el regazo de su madre» responde el soldado (ya visto en la Puerta de los Peces),

«Vamos». Y Jesús acelera más el paso, seguido por los suyos y por un grupo de personas en tropel.

[2]En los escalones que limitan el pórtico, recostada sobre una columna, hay una mujer, destrozada por el dolor, llorando ante su hijito moribundo. El niño presenta un aspecto térreo; tiene los labios violáceos, semiabiertos con el estertor característico de quien ha sufrido un trauma cerebral. En la cabeza una venda apretada, roja de sangre en la nuca y en la frente.

«Tiene abierta la cabeza por delante y por detrás. Se ve el cerebro. A esa edad la cabeza es blanda, y el caballo era grande y le habían herrado hacía poco» explica Alejandro.

Jesús ha llegado junto a la mujer, la cual ya ni siquiera habla, agonizando como está ante su hijo moribundo. Le pone la mano sobre la cabeza. «No llores, mujer» dice con toda la delicadeza de que es capaz, o sea, infinita. «Ten fe. Déjame a tu niño».

La mujer le mira entontecida. La multitud impreca contra los romanos y se solidariza con

el dolor del moribundo y de la madre. Alejandro se encuentra en el contraste de la ira - por las injustas acusaciones - y de la piedad y la esperanza.
Jesús se sienta junto a la mujer, porque ve que ella ya no sabe hacer ningún movimiento. Se inclina. Toma entre sus largas manos la pequeña cabeza herida, se inclina más aún, se comba hacia la cérea carita, sopla suavemente en la boquita estertorosa... Unos instantes. Luego sonríe, de forma casi imperceptible a causa de los mechones de cabellos que le caen hacia adelante. Se endereza. El niño abre los ojitos y hace ademán de sentarse. La madre teme que sea el extremo conato y grita teniéndole contra el corazón.
«Suéltale, mujer. Niño, ven a mí» dice Jesús (que sigue sentado al lado de la mujer), tendiendo los brazos mientras sonríe. Y el niño se arroja, seguro, a esos brazos, y se echa a llorar (con llanto no de dolor, sino de miedo, del miedo que vuelve con el recuerdo).
«No está el caballo, no está» dice Jesús infundiéndole seguridad. «Todo ha pasado. ¿Te sigue doliendo aquí?».
«No. Pero tengo miedo, ¡tengo miedo! ».

«Ya ves, mujer. Es sólo miedo. Ahora se pasa. Traedme agua. La sangre y la venda le impresionan. Dame una de la manzanas que tienes, Juan... Toma, pequeño. Come, está buena...».

Traen agua, mejor dicho, es el soldado Alejandro quien la trae en su yelmo. Jesús se dispone a quitar la venda.

Alejandro y la madre dicen: «¡No! Se está restableciendo... ¡pero la cabeza está abierta!...».
Jesús, sonriendo, quita la venda. Una, dos, tres, ocho vueltas. Quita los retazos ensangrentados. La parte derecha de la cabeza, desde la mitad de la frente hasta la nuca, es un coágulo de sangre, todavía blando, entre los delicados cabellos del niño. Jesús moja una venda y empieza a lavar.
«Pero debajo está la herida... Si quitas el coágulo, volverá a sangrar» insiste Alejandro.
La madre se tapa los ojos para no ver.
Jesús lava, lava, lava... el coágulo se disuelve... los cabellos quedan limpios: están húmedos, pero debajo no hay herida. La frente está también sana. Sólo tiene una pequeña señal roja donde había empezado a cicatrizar.
La gente grita de estupor. La mujer tiene el valor de mirar, y una vez que ha visto ya no se contiene: se derrumba enteramente encima de Jesús y le abraza junto con el niño, y llora. Jesús soporta esa efusión y esa lluvia de lágrimas.
«Yo te doy las gracias, Jesús» dice Alejandro. «Me adoloraba el haber matado a este inocente».
«Has tenido bondad y confianza. Adiós, Alejandro. Ve a continuar tu servicio».

[3]Alejandro está para marcharse ya cuando llegan, como ciclones, sacerdotes y oficiales del Templo. «El Sumo Sacerdote te intima, por medio de nosotros, que salgas del Templo; Tú y el pagano profanador; en seguida. Habéis turbado el ofrecimiento del incienso. Éste ha penetrado en un lugar que es de Israel. No es la primera vez que, por causa tuya, el Templo se revoluciona. El Sumo Sacerdote y con él los Ancianos de turno te ordenan que no vuelvas a poner pie aquí dentro. Vete y quédate con tus paganos».

«No somos perros tampoco nosotros. Él lo dice: "Hay sólo un Dios, Creador de los judíos y de los romanos". Si ésta es su Casa y Él me ha creado a mí, podré entrar en ella también yo» responde Alejandro, ofendido

por el desprecio con que los sacerdotes dicen "paganos".
«Calla, Alejandro. Yo hablo» - interviene Jesús, que después de haber besado al pequeño se lo ha devuelto a su madre, y se ha puesto en pie -. Dice al grupo que ha venido a echarle: «Nadie puede prohibir a un fiel, a un verdadero israelita del que ninguno puede probar que sea culpable de pecado, orar en el Santo».

«Pero explicar en el Templo la Ley, sí. Te has tomado este derecho sin tenerlo y sin pedirlo. ¡Pero bueno, ¿quién eres Tú?! ¡¿Cómo usurpas un nombre y un puesto que no te pertenecen?!».

4 ¡Jesús los mira con unos ojos que...! Luego dice: «Judas de Keriot, pasa aquí».

A Judas no parece entusiasmarle la propuesta. Había tratado de eclipsarse apenas llegados los sacerdotes y los oficiales del Templo (que no llevan uniforme militar: debe ser un cargo civil), pero tiene que obedecer porque Pedro y Judas de Alfeo le empujan hacia delante.

«Judas, responde. Y vosotros miradle. Le conocéis. Es del Templo. ¿Le conocéis?». Deben responder: «Sí».
«Judas, ¿qué te mandé hacer la primera vez que hablé aquí?* Y, ¿de qué te asombraste tú? Y Yo, ¿qué te dije como respuesta a tu asombro? Habla. Sé franco».
«Me dijo: "Llama al oficial de turno para que pueda pedirle permiso para instruir". Y dio su nombre y acreditó su condición y su tribu... y yo me asombré como quien presencia una inútil formalidad, dado que Él se dice el Mesías. Y me explicó: "Es necesario, y cuando llegue el momento acuérdate de que no falté de respeto ni al Templo ni a sus oficiales". Sí. Así dijo. Verdaderamente debo decirlo». Judas al principio hablaba un poco inseguro, como si se sintiera molesto. Pero luego, con uno de esos cambios bruscos típicos suyos, ha superado la inseguridad hasta mostrarse incluso casi arrogante.
«Me sorprende que le defiendas. Has traicionado nuestra confianza en ti» dice un sacerdote a Judas en tono de reprensión.
«No he traicionado a nadie. ¡Cuántos entre vosotros son del Bautista! Y, ¿son traidores por eso? Pues yo soy de Cristo».
«Bien, de acuerdo; pues Éste no debe hablar aquí. Que venga como un fiel, que ya es incluso demasiado para uno que es amigo de paganos, meretrices, publicanos...».

---

* *Judas, ¿qué te mandé hacer la primera vez que hablé aquí?* Ponerlo en relación con 68.1/2.

«Respondedme a mí ahora» dice Jesús, severo pero tranquilo. «¿Quiénes son los Ancianos de turno?».
«Doras y Félix, judíos. Joaquín de Cafarnaúm y José, itureo».

«Ya. Vamos. Como respuesta, decid a los tres acusadores - puesto que el itureo no ha podido acusar - que el Templo no es todo Israel e Israel no es todo el mundo, y que la baba de los reptiles, a pesar de ser mucha y venenosísima, no sumergerá la Voz de Dios, ni su veneno paralizará mi caminar entre los hombres mientras no llegue la hora. Y después... ¡oh!, decidles que después los hombres harán justicia de los verdugos y exaltarán a la Víctima haciendo de Ella su único amor. Id. Y nosotros, vámonos». Y

Jesús se cubre con su amplio manto oscuro y sale en medio de los suyos.

5Detrás de todos viene Alejandro, que se había quedado durante la disputa. Una vez fuera del recinto, al pie de la Torre Antonia, dice: «Me despido de ti, Maestro. Y te pido perdón por haberte sido causa de censura».

«¡Oh, no te aflijas por ello! Buscaban el pretexto y lo han encontrado. Si no hubieras sido tú, hubiera sido otro... Vosotros, en Roma, celebráis juegos en el Circo, con fieras y serpientes, ¿no es cierto? Pues bien, te digo que ninguna fiera es más feroz y más falsa que un hombre que quiere matar a otro hombre».

«Y yo te digo que al servicio de César he recorrido todas las regiones de Roma, pero no he encontrado nunca, entre los miles de personas con que me he topado, una más divina que Tú. ¡No, ni siquiera nuestros dioses son divinos como Tú lo eres! Son vindicativos, crueles, pendencieros, mentirosos... Tú eres bueno. Tú eres verdaderamente un Hombre no hombre. Salud, Maestro».

«Adiós, Alejalidro. Prosigue en la Luz».

Todo termina.

116. En Getsemaní con Jesús, los discípulos hablan de los paganos y de la "velada". El coloquio con Nicodemo.

24 de febrero de 1945.

1Jesús está en la cocina de la pequeña casa del Olivar, cenando con sus discípulos. Hablan de los hechos sucedidos durante ese día (no el precedentemente descrito: efectivamente, oigo que hablan de otros acontecimientos, entre los cuales la curación de un leproso, que ha tenido lugar cerca de los sepulcros que están en el camino de Betfagé).

«Estaba presente también, observando, un centurión romano» dice Bartolomé. Y añade: «Me ha preguntado, desde su caballo: "¿El hombre al que sigues hace frecuentemente estas cosas?" y, ante mi respuesta afirmativa, ha exclamado: "Entonces es mas grande que Esculapio y llegará a ser más rico que Creso". Yo he respondido: "Será siempre pobre según el mundo, porque no recibe, sino que entrega, y sólo quiere almas a las que llevar al Dios verdadero". El centurión me ha mirado lleno de asombro y acto seguido ha espoleado a su caballo, yéndose al galope».

«Y una dama romana en su litera. No podía ser sino una mujer. Tenía corridas las cortinas, pero se asomaba furtivamente a mirar. Lo he visto» dice Tomás.

«Sí. Estaba cerca de la curva alta del camino. Había dado orden de detenerse cuando el leproso había gritado: "¡Hijo de David, ten piedad de

mí!". En ese momento tenía una cortina un poco corrida y he visto que te ha mirado con una valiosa lente, y luego se ha reído con ironía. Pero, cuando ha visto que Tú, sólo con un acto imperativo, le has curado, ¡ah!, entonces me ha llamado y me ha preguntado: "¿Pero es ese al que llaman el verdadero Mesías?". He respondido que sí y ella me ha dicho: "¿Y tú estás con Él?" y luego ha preguntado: "¿Es verdaderamente bueno?"» dice Juan.

«¡Entonces la has visto! ¿Cómo era?» preguntan Pedro y Judas.

«¡Hombre, pues... una mujer!».

«¡Qué descubrimiento!» dice Pedro riendo. Y Judas Iscariote acucia: «Pero, ¿era guapa, joven, rica?».

«Sí. Creo que era joven y también guapa. Pero, yo estaba mirando más hacia Jesús que hacia ella. Quería ver si el Maestro reanudaba el camino...».

«¡Estúpido!» murmura entre dientes Judas.

«¿Por qué?» le defiende Santiago de Zebedeo. «Mi hermano no es un galanteador que va en busca de aventuras. Ha respondido por educación. Pero no ha faltado a su primera cualidad».

«¿Cuál?» pregunta Judas Iscariote.

«La de discípulo cuyo único amor es el Maestro».

Judas baja la cabeza irritado.

2 «Y, además... no es muy aconsejable que nos vean hablar con los romanos» dice Felipe. «Ya de por sí nos acusan de ser galileos y, por tanto, menos "puros" que los judíos; de nacimiento, además. Y nos acusan de detenernos frecuentemente en Tiberíades, lugar de encuentro de gentiles, romanos, fenicios, sirios... Y luego... ¡oh, de cuántas cosas nos acusan!...».

«Eres bueno, Felipe, y por eso corres un velo sobre la dureza de la verdad que manifiestas. Pero esa verdad es, sin el velo, ésta: ¡de cuántas cosas *me* acusan!» - dice Jesús, que hasta ahora ha guardado silencio.

«En el fondo no están errados del todo: demasiados contactos con los paganos» dice Judas Iscariote.

«¿Consideras paganos sólo a aquellos que no tienen la ley mosaica?» pregunta Jesús.

«¿Y si no, qué otros?».

«¡Judas!... ¿Puedes jurar por nuestro Dios que no tienes paganismo en tu corazón? ¿Y puedes jurar que no lo tienen los israelitas más renombrados?».

«En fin, Maestro... respecto a los demás, no lo sé..., pero yo... yo respecto a mí puedo jurar».

Jesús vuelve a hacer otra pregunta: «¿Qué es para ti, según tu idea, el paganismo?».

«Pues seguir una religión no verdadera, adorar a los dioses» replica vehementemente Judas.

«¿Y cuáles son?».

«Los dioses de Grecia y Roma, los de Egipto..., en definitiva, esos dioses de mil nombres, inexistentes como personas, que, según los paganos, llenan sus Olimpos».

«¿No existe ningún otro dios? ¿Sólo éstos del Olimpo?».

«¿Qué otros? ¿No son ya demasiados?».

«Demasiados. Sí, demasiados. Pero hay otros. Y en sus altares todo hombre quema inciensos, incluso los sacerdotes, los escribas, rabíes, fariseos, saduceos, herodianos:

todos de Israel, ¿no es cierto? Y no sólo esto... También lo hacen mis discípulos».
«¡Ah, esto sí que no!» dicen todos.

«¿No? Amigos… ¿Quién entre vosotros no tiene un culto, o varios cultos, secretos? Uno, la belleza y la elegancia; el otro, el orgullo de su saber; otro inciensa la esperanza de llegar a ser grande, *humanamente*; otro todavía adora a la mujer; otro, al dinero...; otro se postra ante su saber... y así podríamos seguir diciendo. En verdad os digo que no hay hombre que no esté impregnado de idolatría. ¿Cómo se puede entonces despreciar a los que por mala ventura son paganos, cuando, a pesar de estar con el Dios verdadero, se sigue siendo voluntariamente pagano?».

«Pero somos hombres, Maestro» exclaman muchos.
«Cierto. Entonces... tened caridad para con todos, porque Yo he venido para todos y vosotros no sois más que Yo».
«Pero, mientras, nos acusan y se ponen trabas a tu misión».
«Irá adelante igualmente».

3 «A propósito de mujeres» dice Pedro, que, quizás por estar sentado al lado de Jesús, está tan embelesado que se muestra tranquilísimo «hace unos pocos días - para mayor exactitud, desde que hablaste en Betania la primera vez después del regreso a Judea - que una mujer, enteramente velada, nos sigue continuamente. No sé cómo logra saber nuestros progamas. Sé que, o al final de las filas de gente que escucha cuando hablas, o detrás de la gente que te sigue cuando caminas, o también detrás de nosotros cuando vamos a anunciarte por los campos... el hecho es que está casi siempre. En Betania, la primera vez, me susurró tras el velo: "¿Ese hombre que dices que va a hablar es Jesús de Nazaret?". Le respondí que sí; bueno, pues por la tarde estaba oyéndote detrás de un tronco de un árbol. Luego la había perdido de vista, pero ahora aquí en Jerusalén la he visto ya dos o tres veces. Hoy le he preguntado: "¿Tienes necesidad de Él? ¿Estás enferma? ¿Quieres el óbolo?". Su respuesta ha sido siempre "no"; con la cabeza, porque nunca habla con nadie».

«A mí me dijo un día: "¿Dónde vive Jesús?" y le dije: "En Get-Samní"» dice Juan.

«¡¿Pero serás estúpido?! No debías haberlo hecho. Tenías que haberle dicho: "Quítate el velo. Date a conocer y entonces te lo digo"» dice Judas Iscariote iracundo.

«Pero, ¡¿desde cuándo solicitamos estas cosas?!» exclama Juan con simplicidad e inocencia,
«Los otros se ven. Ésta está enteramente velada. O es una espía o es una leprosa. No debe seguirnos y saber lo que hacemos. Si es una espía es para hacer algún mal. Quizás la paga el Sanedrín para esto...».
«¡Ah!, ¿utiliza estos métodos el Sanedrín?» pregunta Pedro. «¿Estás seguro?».
«Segurísimo. He pertenecido al Templo y lo sé».
«¡Pues vaya! A esto se adapta como una caperuza la razón explicada por el Maestro hace un momento...» comenta Pedro.
«¿Qué razón?». - Judas está ya rojo de ira.
«Esa de que también hay paganos entre los sacerdotes».

«¿Qué tiene que ver esto con lo de pagar a un espía?».
«¡Tiene que ver, tiene que ver! ¡Es más, ya está visto! ¿Por qué pagano? Para echar por tierra al Mesías y triunfar ellos. Por tanto, suben al altar con sus sucias almas bajo las vestiduras limpias» responde Pedro con su buen juicio propio de la gente llana.
«Bien, en suma» abrevia Judas «esa mujer es un peligro para nosotros o para la gente: para la gente, si está leprosa; para nosotros, sí es una espía».
«Quieres decir: para Él, en todo caso» replica Pedro.
«Pero, cayendo Él, caemos también nosotros...».
«¡Ja! ¡Ja! se ríe Pedro y termina: «y entonces el ídolo se hace pedazos y se pierde tiempo, estima y, quizás, la vida, y entonces, ¡ya! ¡ya!..., y entonces es mejor tratar de que no caiga, o... apartarse a tiempo, ¿verdad? Yo, por el contrario, mira, le abrazo más estrechamente. Sí cae, abatido por los traidores de Dios, quiero caer con Él» y Pedro abraza estrechamente, con sus cortos brazos, a Jesús.

«No creía haber hecho tanto mal, Maestro» dice todo triste Juan, que está frente a Jesús. «Pégame, maltrátame, pero sálvate. ¡Ay, si fuera yo la causa de tu muerte!... ¡Oh!, no me lo perdonaría. Siento que el continuo llanto me excavaría el rostro y me quemaría la vista. ¡Pero ¿qué he hecho?! ¡Tiene razón Judas: soy un estúpido!».

«No, Juan. No lo eres, y has hecho bien. Dejadla venir. Siempre. Y respetad su velo. Puede ser que esté colocado como defensa, en una lucha entre el pecado y la sed de redimirse. ¿Sabéis vosotros qué heridas se inciden sobre un ser cuando esta lucha adviene? ¿Sabéis qué llanto y qué rubor? Tú has dicho, Juan, querido hijo de corazón de niño bueno, que tu rostro quedaría excavado por el continuo llanto si fueras para mí causa de mal. Pues debes saber que cuando una conciencia, despertada de nuevo, comienza a roer una carne que fue pecado, para destruirla y triunfar con el espíritu, debe por fuerza consumir todo aquello que fue atracción de la carne, y la criatura envejece, languidece bajo la llamarada de este fuego taladrador. Sólo después, completada la redención, se compone de nuevo una segunda, santa y más perfecta belleza, porque es entonces lo hermoso del alma lo que aflora por la mirada, a través de la sonrisa, de la voz, de la honesta dignidad de la frente sobre la cual se ha depositado y resplandece como diadema el perdón de Dios».
«¿Entonces no he hecho mal?...».

«No. Y tampoco Pedro. Dejadla. [4]Y ahora, que todos se vayan a descansar. Yo me quedo con Juan y Simón. Tengo que hablarles. Marchaos».

Los discípulos se retiran. Quizás duermen en la almazara. No lo sé. Se marchan. Ciertamente no vuelven a Jerusalén, porque las puertas están cerradas desde hace horas.

«Has dicho, Simón, que Lázaro te ha enviado a Isaac con Maximino, hoy, mientras Yo estaba al lado de la torre de David. ¿Qué quería?».
«Quería decirte que Nicodemo está en su casa y que quería hablarte en secreto. Me he tomado la libertad de decir: "Que venga. El Maestro le esperará durante la noche". Sólo tienes la noche para estar solo. Por este motivo te he dicho: "Despide a todos, menos a Juan y a mí". Juan es necesario para ir al puente del Cedrón, a esperar a Nicodemo, que

está en una de las casas de Lázaro, extramuros. Yo hacía falta para explicar. ¿He hecho mal?».
«Has hecho bien. Ve, Juan, a tu puesto».
Se quedan solos Simón y Jesús. Jesús está pensativo. Simón respeta su silencio. Pero Jesús lo rompe improvisamente, y, como si terminara en voz alta una interna elocución, dice: «Sí. Está bien así. Isaac, Elías, los otros, son suficientes para mantener viva la idea que se está consolidando entre los buenos y en los humildes. Para los poderosos... hay otras levas. Está Lázaro, Cusa, José, y otros... Pero los poderosos... no me aceptan. Temen y tiemblan por su poder. Me iré lejos de este corazón judío que cada vez se muestra más hostil al Cristo».
«¿Vamos a volver a Galilea?».
«No. Pero nos vamos lejos de Jerusalén. Judea debe ser evangelizada; también ella es Israel. Pero, aquí, ya ves... Todo sirve para acusarme. Me retiro. Y esta es la segunda vez...».

5 «Maestro, aquí está Nicodemo» dice Juan, entrando primero.

Se saludan, y luego Simón toma a Juan y sale de la cocina, dejando solos a los dos.

«Maestro, perdona si te he querido hablar en secreto. Desconfío, por ti y por mí, de muchos. No es sólo cobardía esto mío. También es prudencia y deseo de beneficiarte, más que si te perteneciera abiertamente. Tú tienes muchos enemigos. Yo soy uno de los pocos que *aquí* te admiran. He pedido consejo a Lázaro. Lazáro es poderoso por herencia, temido porque goza de favor ante Roma, justo ante los ojos de Dios, sabio por maduración de ingenio y cultura, *verdadero* amigo tuyo y *verdadero* amigo mío. Por todo esto he querido hablar con él. Y me siento feliz de que él haya juzgado del mismo modo. Le he dicho las últimas... discusiones del Sanedrín sobre ti».

«Las últimas acusaciones. No tengas reparo en decir las verdades desnudas, como son».

«Las últimas acusaciones. Sí, Maestro. Yo estaba ya para decir: "Pues bien, yo también soy de los suyos". Aunque sólo fuera porque en esa asamblea hubiera al menos uno que estuviera a tu favor. Pero José, que se había acercado a mí, me susurró: "Calla. Mantengamos oculto nuestro pensamiento. Luego te explico". Y, una vez fuera, dijo... exactamente, dijo: "Así es de mayor provecho. Si saben que somos discípulos, nos mantendrán al margen de cuanto piensan y deciden, y pueden perjudicarle y también perjudicarnos; como simples observadores de Él, no utilizarán subterfugios con nosotros". Comprendí que tenía razón. ¡Son muy... malos! Yo también tengo mis intereses y mis deberes... y así José... ¿Comprendes, no, Maestro?».

«No voy a reprenderos. Antes de que vinieras, estaba diciéndole esto a Simón, 6 y he decidido incluso alejarme de Jerusalén».

«¡Nos odias porque no te amamos!».

«No. No odio ni siquiera a los enemigos».

«Tú lo dices. Pero es así. Tienes razón. Sólo que, ¡qué dolor para mí y para José! ¿Y Lázaro? ¿Qué dirá Lázaro, que justamente hoy ha decidido proponerte que dejaras este lugar para ir a una de sus propiedades de Sión?

Bueno, ya sabes que Lázaro tiene poder económico, ¿no?. Buena parte de la ciudad es suya, de la misma forma que muchas tierras de Palestina. Su padre, a su patrimonio y al de Euqueria, de su tribu y familia, había unido aquello que los romanos daban como recompensa al servidor fiel, y a los hijos les ha dejado una herencia muy grande, y, lo que más cuenta, una velada pero potente amistad con Roma. Sin ésta, ¿quién habría salvado de la ignominia a toda la casa después de la infamante conducta de María, su divorcio (conseguido sólo porque se trataba de "ella"), su vida licenciosa en esa ciudad, que es su feudo, y en Tiberíades, que es el elegante lupanar donde Roma y Atenas han hecho lecho de prostitución para tantos del pueblo elegido? ¡Verdaderamente, si Teófilo sirio hubiera sido un prosélito más convencido, no habría dado a los hijos esa educación helenizante que tanta virtud mata y siembra tanta voluptuosidad, y que - bebida y expulsada sin consecuencias por Lázaro, y especialmente por Marta - ha contagiado a la desenfrenada María y ha proliferado en ella, convirtiéndola en el fango de la familia y de Palestina! No, sin la poderosa sombra del favor de Roma, se les habría mandado el anatema más que a los leprosos. Pero, considerando que las cosas están así, aprovéchate de ello».

«No. Me retiro. Quien quiera verme vendrá a mí».

«¡He hecho mal en hablar!». Nicodemo se siente abatido.

«No. Espera y convéncete» y Jesús abre una puerta y llama: «¡Simón! ¡Juan! Venid». Acuden los dos.

«Simón, dile a Nicodemo lo que te estaba diciendo cuando ha entrado él».

«Que para los humildes es suficiente con los pastores; para los poderosos, Lázaro, Nicodemo José y Cusa, y que Tú te ibas a ir lejos de Jerusalén, aunque sin dejar Judea. Esto estabas diciendo. ¿Por qué me lo haces decir? ¿Qué ha ocurrido?».

«Nada. Nicodemo temía que yo me fuera a causa de sus palabras».

«He dicho al Maestro que el Sanedrín se muestra cada vez más enemigo, y que sería buena cosa que se pusiera bajo la protección de Lázaro: ha protegido tus bienes porque tiene a Roma de su parte; protegería también a Jesús».

«Es verdad. Es un buen consejo. A pesar de que mi casta esté mal vista incluso por Roma, una palabra de Teófilo me ha conservado el patrimonio durante la proscripción y la lepra. Y Lázaro es *muy* amigo tuyo, Maestro».

«Lo sé. Pero ya me he pronunciado. Y lo que he dicho Yo lo hago».

«¡Entonces, te perdemos!».

«No, Nicodemo. Hombres de todas las sectas se acercan al Bautista; a mí podrán venir hombres de todas las sectas y de todos los niveles».

«Nosotros venimos a ti sabiendo que eres superior a Juan».

«Podéis seguir viniendo. Seré un rabí solitario Yo también, como Juan, y hablaré a las turbas deseosas de oír la voz de Dios y capaces de creer que Yo soy esa Voz. Y los demás me olvidarán... si son, al menos, capaces de tanto».

7 «Maestro, estás triste y desilusionado. Tienes razón en estarlo. Todos te escuchan, y creen en ti hasta el punto de que obtienen milagros; hasta incluso uno de Herodes, uno que, por fuerza, debe tener corrompida la bondad natural en esa corte incestuosa; hasta soldados romanos. Sólo nosotros, los de Sión, somos tan duros... No todos, no obstante. Ya ves...

Maestro, nosotros sabemos que has venido de parte de Dios y que eres su más alto doctor. También Gamaliel lo dice. Nadie puede hacer los milagros que Tú haces si no tiene a Dios consigo. Esto piensan también los doctos como Gamaliel. ¿Cómo es que entonces no podemos nosotros tener la fe que tienen los pequeños de Israel? ¡Oh! ¡Dímelo! ¡Dímelo! No te traicionaré, aunque me dijeras: "He mentido para conferir valor a mis palabras de sabiduría con la impresión de un sigilo que nadie puede despreciar". ¿Eres Tú el Mesías del Señor, el Esperado, la Palabra del Padre encarnada para instruir y redimir a Israel según el Pacto?».

«¿Lo preguntas por ti mismo, o te mandan otros a preguntarlo?».

«Por mí mismo, por mí mismo, Señor. Tengo un tormento aquí. Tengo una gran confusión. Vientos contrarios y contrarias voces. ¿Por qué no tengo yo, hombre maduro, esa pacífica certeza que tiene éste, casi analfabeto y niño, la cual le da esa sonrisa plácida a su rostro, esa luz a sus ojos, ese sol a su corazón? ¿Cómo crees tú, Juan, para estar tan seguro? ¡Enséñame, oh hijo, tu secreto, el secreto en virtud del cual has sabido ver y comprender al Mesías en Jesús Nazareno!».

Juan se pone colorado como una fresa y baja la cabeza como disculpándose de decir una cosa tan grande, y responde con sencillez: «Amando».

«¡Amando! ¿Y tú, Simón, hombre probo y ya en el umbral de la ancianidad, docto y probado hasta el punto de sentirte inducido a temer el engaño en todas partes?».

«Meditando».

«¡Amando! ¡Meditando! También yo amo y medito, ¡y no estoy seguro todavía!».

8 Interviene Jesús diciendo: «Voy a manifestarte el verdadero secreto. Éstos han sabido nacer nuevamente, con un espíritu nuevo, libre de cualesquiera cadenas, virgen de toda idea; por ello han comprendido a Dios. Si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios ni creer en su Rey».

«¿Cómo puede un hombre volver a nacer siendo ya adulto? Una vez fuera del seno materno, el hombre no puede jamás volver a entrar en él. ¿Acaso aludes a la reencarnación en el sentido de tantos paganos? No, en ti no es posible esto; además, no se trataría de un volver a entrar en el seno materno, sino de un reencarnarse más allá del tiempo y, por tanto, no ahora. ¿Cómo es esto? ¿Cómo?».

«No hay más que *una* existencia de la carne sobre la Tierra y *una* eterna vida del espíritu más allá de la Tierra. No estoy hablando de la carne y de la sangre, sino del espíritu inmortal, el cual por dos cosas renace a verdadera vida: por el agua y por el Espíritu, pero éste es mayor; sin Él, el agua no es más que símbolo. Quien ya ha quedado limpio con el agua debe purificarse luego con el Espíritu, y con Él encenderse y resplandecer, si quiere vivir dentro de Dios aquí y en el eterno Reino. Porque lo que ha sido engendrado por la carne es y seguirá siendo carne, y con ella muere tras haberla servido en sus apetitos y pecados. Pero lo que ha sido engendrado por el Espíritu es espíritu, y vive volviendo al Espíritu Generador después de haber cultivado el propio. espíritu hasta la edad perfecta. El Reino de los Cielos no será habitado sino por seres llegados a la edad espiritual perfecta. No te

maravilles, por tanto, si digo: "Es necesario que vosotros nazcáis de nuevo". Estos han sabido renacer. El joven ha matado la carne y ha hecho renacer el espíritu poniendo su *yo* en la hoguera del amor. Enteramente ha sido consumido de toda materia. Y he aquí que de las cenizas surge su nueva flor espiritual, maravilloso helianto que sabe volverse hacia el Sol eterno. El anciano ha puesto la segur de la meditación honesta en la base de su viejo pensamiento, y ha arrancado la vieja planta dejando sólo una yema, la de la buena voluntad, de la cual ha hecho nacer su nuevo pensamiento. Ahora ama a Dios con espíritu nuevo, y le ve. [9]Cada uno tiene su método para llegar al puerto. Cualquier viento es bueno con tal de saber usar la vela; sentís que el viento sopla y por su corriente podéis regularos para dirigir la maniobra, mas no podéis decir de dónde viene ni atraer el que necesitáis. También el Espíritu llama, y viene llamando, y pasa. Pero sólo quien está atento puede seguirle. El hijo conoce la voz del padre; conoce la voz del Espíritu el espíritu que ha sido engendrado por Él».

«¿Cómo puede suceder esto?».

«Tú, maestro en Israel, me lo preguntas? ¿Ignoras estas cosas? Se habla y se da testimonio de lo que sabemos y hemos visto. Pues bien, Yo hablo y doy testimonio de lo que sé. ¿Cómo vas a poder aceptar las cosas no vistas, si no aceptas el testimonio que Yo te traigo? ¿Cómo podrás creer en el Espíritu, si no crees en la Palabra encarnada? Yo he bajado para volver a subir llevándome conmigo a los que están aquí abajo. Uno sólo ha bajado del Cielo: el Hijo del hombre. Uno sólo al Cielo subirá con el poder de abrir el Cielo: Yo, Hijo del hombre. Recuerda a Moisés. Él levantó una serpiente en el desierto para curar las enfermedades de Israel. Cuando Yo sea levantado en alto, aquellos a quienes la fiebre de la culpa hace ciegos, sordos o mudos, o que por ella han perdido el juicio o están leprosos o enfermos, serán curados, y quienquiera que crea en mí tendrá vida eterna. También quienes en mí hayan creído tendrán esta vida beata. No bajes la cabeza, Nicodemo. Yo he venido a salvar, no a destruir. Dios no ha mandado a su Hijo Unigénito al mundo para que quien está en el mundo sea condenado, sino para que el mundo se salve por medio de Él. En el mundo he visto todas las culpas, todas las herejías, todas las idolatrías. Mas, ¿puede acaso la golondrina que vuela veloz por encima del polvo ensuciarse el plumaje? No. Lleva por las tristes vías de la Tierra una coma de azul, un olor de cielo, emite un reclamo para conmover a los hombres y hacerles levantar del fango la mirada y seguir su vuelo que al cielo retorna. Igualmente Yo. Vengo para llevaros conmigo. ¡Venid!... Quien cree en el Hijo Unigénito no es juzgado, está ya salvado, porque este Hijo intercede ante el Padre diciéndole: "Este me amó". Mas quien no cree es inútil que haga obras santas; ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. [10]¿Cuál es mi nombre, Nicodemo?».

«Jesús».

«No. Salvador. Yo soy Salvación. Quien no me cree, rechaza su salvación y es juzgado por la Justicia eterna, y el juicio es éste: "La Luz te había sido enviada, a ti y al mundo, para salvación vuestra, y tú y los hombres habéis preferido las tinieblas a la Luz, porque

preferíais las obras malvadas - que se habían hecho costumbre en vosotros - a las obras buenas, las que Él os señalaba como obras que seguir para ser santos". Vosotros habéis odiado la Luz, porque los malhechores aprecian las tinieblas para sus delitos; habéis evitado la Luz para que no proyectara luz sobre vuestros ocultos resentimientos. No por ti, Nicodemo, pero la verdad es ésta; y el castigo guardará relación con la condena, por lo que respecta al individuo y por lo que respecta a la colectividad. Si me refiero a los que me aman y ponen en práctica las verdades que enseño, naciendo, por tanto, en el espíritu por segunda vez (la más verdadera), digo que no temen la Luz; antes bien, a ella se arriman, porque su luz aumenta aquella con que fueron iluminados: recíproca gloria, que hace dichoso a Dios en sus hijos y a los hijos en el Padre. No, ciertamente los hijos de la Luz no temen ser iluminados; antes bien, con el corazón y con las obras, dicen: "No he sido yo sino Él, el Padre, Él, el Hijo, Él, el Espíritu, quienes han cumplido en mí el Bien. A ellos la gloria eternamente". Y desde el Cielo responde el eterno canto de los Tres que se aman en su perfecta Unidad: "A ti eternamente la bendición, hijo verdadero de nuestra voluntad". Juan, acuérdate de estas palabras para cuando llegue la hora de escribirlas. Nicodemo, ¿estás convencido?».

«Maestro... sí. [11] ¿Cuándo voy a poder hablar de nuevo contigo?».

«Lázaro sabrá a dónde llevarte. Iré donde él antes de alejarme de aquí».

«Me voy, Maestro. Bendice a tu siervo».

«Mi paz sea contigo».

Nicodemo sale con Juan.

Jesús se vuelve a Simón: «¿Ves la obra del poder de las Tinieblas? Como araña, tiende su trampa y hace que quede inviscado y aprisionado quien no sabe morir para renacer como mariposa, con una fortaleza capaz de romper la tela tenebrosa y traspasarla, llevándose, como recuerdo de su victoria, jirones de reluciente red en las alas de oro, como oriflamas y lábaros conquistados al enemigo. Morir para vivir. Morir para daros la fuerza de morir. Ven, Simón, a descansar. Y que Dios esté contigo».

Todo termina.

117. Lázaro pone a disposición de Jesús una casita en el llano de Agua Especiosa.

25 de febrero de 1945.

[1] Jesús está subiendo por el empinado sendero que lleva al rellano sobre el que está edificada Betania. Esta vez no sigue la calzada principal. Ha tomado este camino más empinado y más rápido, que va en dirección noroeste Este y que está mucho menos transitado quizás por estar tan en pendiente. Sólo los que viajan con prisa hacen uso de él; o los que, teniendo manadas de ganado, prefieren no meterlas en el trajín de la calzada principal, o quienes, como Jesús hoy, prefieren pasar desapercibidos. Él sube delante, en vivaz conversación con el Zelote. Detrás, en grupo, van los

primos de Jesús con Juan y Andrés; luego, otro grupo, formado por Santiago de Zebedeo, Mateo, Tomás y Felipe; los últimos, Bartolomé con Pedro y Judas Iscariote.

Ganada la planicie, sobre la cual Betania le sonríe al Sol de un día sereno de noviembre, y desde la que, mirando hacia Oriente, se ve el valle del Jordán y la vía que viene de Jericó, Jesús da orden a Juan de ir a avisar a Lázaro de su llegada. Mientras Juan se marcha con paso rápido, Jesús prosigue con los suyos lentamente, siendo saludado a cada paso por personas del lugar.

[2]La primera que viene de la casa de Lázaro es una mujer que se prosterna diciendo: «Dichoso este día para la casa de mi señora. Ven, Maestro. Allí están Maximino y Lázaro ya en la puerta».

También Maximino se acerca a Jesús. No sé con exactitud quién es Maximino. Tengo la impresión de que es o un pariente menos rico y alojado en casa de los hijos de Teófilo, o un administrador de los importantes haberes de éstos; tratado como amigo, no obstante, por su mérito y por el largo tiempo de servicio en la casa. Quizás es hijo de algún administrador del padre que después ha permanecido en el puesto con los hijos de Teófilo. Es un poco más mayor que Lázaro, o sea, tendrá unos treinta y cinco años o poco más.

«No esperábamos tenerte tan pronto» dice.

«Pido alojamiento para una noche».

«Si fuera para siempre nos harías felices».

Están ya en el umbral de la puerta. Lázaro besa y abraza a Jesús y saluda a los discípulos. Luego, teniendo un brazo en torno a la cintura de Jesús, entra con Él en el jardín y se aísla de los demás. Lo primero que hace es preguntar: «¿A qué debo la alegría de tenerte conmigo?».

«Al odio de los miembros del Sanedrín».

«¿Te han procurado algún mal? ¿Algún otro mal?».

«No. Pero me lo quieren hacer, y no es la hora. Hasta que no haya arado toda Palestina y esparcido la semilla, no debo ser abatido».

«También tienes que recoger tu cosecha, Maestro bueno; es justo que sea así».

«Mi cosecha la recogerán mis amigos. Ellos pasarán la hoz donde Yo he sembrado. [3]Lázaro, he decidido alejarme de Jerusalén. Sé que no es solución , lo sé ya desde ahora; pero servirá al menos para poder evangelizar. En Sión se me niega incluso esto».

«Te había enviado con Nicodemo el mensaje de que fueras a una de mis propiedades. Nadie osa violarlas. Podrías llevar a cabo tu ministerio sin molestias. ¡Oh, mi casa, la más dichosa de todas mis casas por santificarla Tú con tu enseñanza, con tu respiración! Dame la alegría de serte útil, Maestro mío».

«Ya ves que estoy dándotela ya; pero en Jerusalén no me puedo quedar. Mira, aunque a mí no me molestaran, sí lo harían con quienes fueran a verme. Voy hacia Efraím, entre este lugar y el Jordán. Evangelizaré y bautizaré allí como el Bautista».

«En los campos de esa zona tengo una pequeña casa, pero se utiliza para guardar las herramientas de los trabajadores; algunas veces duermen en ella durante la corta del heno

o la vendimia. Es mísera: un simple techo apoyado en cuatro paredes; pero está en mis tierras, y se sabe... Pues bien, el hecho de saberlo hará de espantajo contra los chacales. Acepta, Señor. Mandaré a los siervos a prepararla...».
«No hace falta. Si en ella duermen tus campesinos, será suficiente también para nosotros».

«No pondré riquezas. Sólo completaré el número de las camas, pobres como Tú deseas, y mandaré mantas, asientos, ánforas y copas. Lógicamente, tendréis que comer y que taparos, especialmente en estos meses de invierno. Déjame a mí. Ni siquiera lo haré yo. [4]Aquí viene Marta. Posee la habilidad, práctica y solícita, de todos los cuidados familiares. Su lugar es la casa; su función, ser consuelo de los cuerpos y de los espíritus que están en la casa. ¡Ven, mi dulce y pura hospedera! ¿Ves? Incluso yo me he refugiado bajo su cuidado materno, en su parte de herencia. Así, no lloro demasiado ásperamente a mi madre. Marta, Jesús se retira al llano del Agua Especiosa. Lo único especioso que hay es el suelo fértil; la casa es un aprisco. Pero Él quiere una casa de pobres. Hay que proveerla de lo indispensable. ¡Dispónlo tú, que eres tan mañosa!». - Lázaro besa la mano bellísima de su hermana, esa mano que se levanta acto seguido para acariciarle con verdadero amor de madre.

Luego Marta dice: «Parto en seguida. Me llevo conmigo a Maximino y a Marcela. Los hombres del carro ayudarán a aparejar. Bendíceme, Maestro; así, llevaré conmigo algo tuyo».

«Sí, mi dulce hospedera. Te llamaré como te llama Lázaro. Te doy mi corazón para que lo lleves contigo, en el tuyo».

[5]«¿Sabes, Maestro, que hoy está por estos campos Isaac con Elías y los demás? Me han pedido pasto, abajo en la llanura, para estar un poco juntos, y lo he permitido. Hoy están de cambio de pastos. Los espero para la comida».

«Me alegra. Les daré instrucciones...».
«Sí. Para podernos mantener en contacto. No obstante, alguna vez vendrás...»
«Vendré. He hablado ya de ello con Simón. Y, dado que no es justo que Yo invada tu casa con los discípulos, iré a casa de Simón...».
«No, Maestro. ¿Por qué este dolor?».
«No indagues, Lázaro; Yo sé que está bien así».
«Pero entonces...».

«Entonces seguiré estando en tus propiedades. Lo que el mismo Simón ignora *Yo lo sé*. Aquel que quiso comprar, sin revelar su identidad y sin detenerse a estudiar las condiciones, con tal de estar cerca de Lázaro de Betania, era el hijo de Teófilo, el fiel amigo de Simón el Zelote y el *gran* amigo de Jesús de Nazaret. Aquel que duplicó la suma por Jonás y no gravó el patrimonio de Simón para proporcionarle a éste la alegría de poder hacer muchas cosas por el Maestro pobre y por los pobres del Maestro, aquél, es uno que tiene por nombre Lázaro. El que, discreto y atento, mueve, dirige, presta ayuda a todas las fuerzas buenas para ayudarme, aliviarme y protegerme, ése, es Lázaro de Betania. Yo lo sé».

«¡Oh, no lo digas! ¡Creí actuar bien de ese modo, y en secreto!».

«Secreto, sí, para los hombres, pero no para mí; Yo leo en el corazón.

6 ¿Quieres que te diga por qué tu ya de por sí natural bondad se impregna de perfección sobrenatural? Es porque pides don sobrenatural, pides la salvación de *un* alma y la santidad tuya y de Marta. Tú sientes que no basta con ser buenos según el mundo, sino que se requiere ser buenos según las leyes del espíritu, para obtener de Dios la gracia. Tú no has oído mis palabras, pero Yo he dicho: "Cuando hagáis el bien, hacedlo en secreto, y el Padre os dará una gran recompensa". Tú lo has hecho por un natural impulso a la humildad, y en verdad te digo que el Padre te reserva una recompensa que ni siquiera puedes imaginar».

«¡¿La redención de María?!...».

«Eso, y *más*, *más* aún».

«¿Qué es, Maestro, más imposible que esto?».

Jesús le mira y sonríe. Luego dice, con el tono de un salmo.

«El Señor reina, y con Él sus santos.

Con sus rayos de luz trenza una corona y sobre la cabeza de los santos la deposita. Para que eternamente resplandezca ante los ojos de Dios y del universo.

¿De qué metal está entretejida? ¿Con qué piedras preciosas decorada? Oro, oro purísimo es el círculo obtenido con el dúplice fuego del amor divino y del amor del hombre, cincelado por la voluntad, martillando, limando, cortando, afinando.

Gran profusión de perlas, y esmeraldas más verdes que la hierba nacida en abril, turquesas de color de cielo, ópalos de color luna, amatistas como violetas pudorosas, y, engarzados para toda la vida, diaspros y zafiros y jacintos y topacios. Y como broche de la obra un círculo de rubíes, un gran círculo sobre la frente gloriosa.

Porque este hombre bendito ha tenido fe y esperanza, ha tenido mansedumbre y castidad, templanza y fortaleza, justicia y prudencia, misericordia sin medida, y en el fondo ha escrito con la sangre mi Nombre y la fe en mí, su amor en él por mí, y su nombre en el Cielo.

¡Exultad, oh justos del Señor! El hombre ignora, Dios ve.

Él escribe en los libros eternos mis promesas y vuestras obras, y con ellas vuestros nombres, príncipes del siglo futuro, triunfadores eternos con el Cristo del Señor».

Lázaro le mira asombrado. Luego susurra: «¡Oh!... yo... no seré capaz...».

«¿Tú crees?» y Jesús coge una rama flexible de un sauce cuyas frondas penden sobre el sendero y dice: «Mira: como mi mano pliega fácilmente esta rama, el amor plegará tu alma y de ella hará una corona eterna. *Es el amor el redentor individual. Quien ama empieza su redención.* Su acabado lo cumplirá el Hijo del hombre».

Todo concluye.

118. Comienzo de vida común en Agua Especiosa. Discurso de

apertura.

26 de febrero de 1945.

[1]Si se compara esta baja y rústica casita con la casa de Betania, ciertamente es un aprisco, como dice Lázaro. Pero, si se la compara con las casas de los campesinos de Doras*, es una vivienda incluso linda.

Muy baja y muy ancha, construida con solidez, tiene una cocina, o sea, una amplia chimenea en una estancia toda ahumada en la que hay una mesa, asientos, ánforas y un rústico vasar con unos platos y algunas copas. Una ancha puerta de madera tosca le da luz además de acceso. Luego, en la misma pared en que se abre ésta, hay otras tres puertas que introducen en tres piezas grandes, largas y estrechas, con las paredes blanqueadas con cal y el suelo de tierra batida como la cocina; en dos de éstas hay ahora unas yacijas. Parecen pequeñas salas-dormitorio. Los muchos ganchos fijados en las paredes son testimonio de que ahí se colgaban herramientas y quizás productos agrícolas. Ahora sirven para colgar capas y alforjas. La tercera, más que una estancia, es un pasillo ancho, porque la largura está desproporcionada con respecto a la anchura, y está vacía. Debe haber servido como refugio para ganado, porque tiene un pesebre y argollas en la pared, y se ven en el suelo las hendiduras propias de terrenos pisados por cascos herrados. Ahora no hay nada.

Fuera, junto a este último recinto, un ancho pórtico rústico, hecho de un techo cubierto de haces de ramas y pizarra, apoyado sobre troncos de árbol apenas descortezados. No es ni siquiera un pórtico, es un cobertizo, porque está abierto por tres lados: dos de al menos diez metros de largo; el lado estrecho tiene unos cinco metros, no más. Durante el verano una parra debe extender de tronco a tronco sus ramas en el lado sur. Ahora está desnuda, mostrando sus esqueléticas ramas; como también está desnuda una gigantesca higuera que en verano da sombra al pilón que está en el centro de la era, puesto sin duda para abrevar el ganado. Está al lado de un pozo rudimentario, o sea, de un agujero al ras del suelo apenas señalado por un círculo de piedras planas y blancas.

Ésta es la casa que acoge a Jesús y a los suyos en el lugar llamado "Agua Especiosa". Campos - o, mejor, prados y viñedo - la rodean, y, a la distancia de unos trescientos metros aproximadamente (no tome por artículo de fe mis mediciones), se ve otra casa, entre los campos - más bonita, debido a que, al contrario de ésta, está provista de terraza en el tejado -. Más allá de esta otra casa, celan la vista bosques de olivos y de otros tipos de árboles, parte despojados de hojas, parte frondosos.

---

* La mención de las *casas de los campesinos de Doras* se halla en 89.1 y en 109. 11.

[2]Pedro, su hermano y Juan trabajan con gusto barriendo la era y las estancias, haciendo las necesarias reparaciones en las camas, sacando agua. Es más, Pedro hace todo un montaje en torno al pozo para poner en funcionamiento y reforzar las sogas y hacer así más práctico y cómodo el sacar el agua. Por su parte los dos primos de Jesús trabajan con martillo y lima en cerraduras y contraventanas, y Santiago de Zebedeo los ayuda serrando y trabajando con el hacha como un obrero de astilleros.

Tomás está atareado en la cocina; sabe en manera tal dosificar lumbre y llama y limpiar expeditivo las verduras que el guapo de Judas se ha dignado traer del pueblo cercano, que parece un cocinero experto. Comprendo que hay un pueblo, más o menos grande, por la explicación de Judas de que el pan lo hacen sólo dos veces a la semana y de que, por tanto, ese día no hay pan.

Habiéndolo oído Pedro, dice: «Pues haremos tortas en las brasas. Allí está la harina. Rápido, quítate el vestido y haz la masa, luego me ocupo yo de cocerlas; que sé hacerlo».

Y no puedo menos que echarme a reír viendo que Judas Iscariote se humilla, sólo con la prenda corta, amasando la harina, llenándose bien de polvo.

Jesús no está, y también faltan Simón, Bartolomé, Mateo y Felipe.

«Lo peor es hoy - responde Pedro a un refunfuño de Judas de Keriot -, pero ya mañana irá mejor, y para la primavera irá bien del todo...».

«¿Para la primavera? ¿Pero vamos a estar siempre aquí?» dice Judas asustado.

«¿Por qué? ¿No es una casa? Llover, aquí no llueve. Hay agua para beber. No falta el hogar. Pues, ¿qué más quieres? Yo me encuentro aquí muy bien, y es que, además, aquí no siento mal olor de fariseos y compañía...».

«Pedro, vamos a sacar las redes» dice Andrés, y se lleva consigo afuera a su hermano antes de que empiece un altercado entre él y Judas.

«Ese hombre no me puede ver» exclama éste.

«No. No puedes decir eso. Muestra esa franqueza con todos. Pero es bueno. Eres tú el que está siempre malhumorado» responde Tomás (el cual, por el contrario, tiene siempre un óptimo humor).

«Es que yo pensaba que fuera otra cosa...».

«Mi primo no te prohibe ir a ocuparte de las otras cosas» dice serenamente Santiago de Alfeo. «Yo creo que todos, debido a nuestra necedad, pensábamos que seguirle fuera *otra cosa*; pero esto sucede porque somos de dura cerviz y tenemos una gran soberbia. Él no ha ocultado nunca el peligro ni el esfuerzo que supone el seguirle».

Judas refunfuña entre dientes.

El otro Judas, Tadeo, que está trabajando con un estante de la cocina para transformarle en pequeño armario, le responde: «Estás equivocado. Estás equivocado incluso desde el punto de vista de las costumbres: todo israelita *debe* trabajar; y nosotros trabajamos. ¿Te pesa tanto el trabajo? Yo no lo siento, porque desde que estoy con Él todas las dificultades se hacen livianas».

«Yo tampoco echo de menos nada, y me siento contento de estar ahora verdaderamente como en familia» dice Santiago de Zebedeo.

«¡Pues sí vamos a hacer mucho aquí!...» observa irónicamente Judas de Keriot.
«Pero bueno, vamos a ver, ¿qué quieres?, ¿qué pretendes? ¿Una corte como la de un sátrapa? No te permito criticar lo que hace mi primo. ¿Entendido?» replica bruscamente Judas Tadeo.

«Calla, hermano. Jesús no quiere estas disputas. Hablemos lo menos posible y hagamos lo más posible. Será mejor para todos. Por otro lado... si Él no logra cambiar los corazones... ¿puedes esperar conseguirlo tú con tus palabras?» dice Santiago de Alfeo.

«¿El corazón que no cambia es el mío, verdad?» pregunta agresivamente Judas Iscariote. Mas Santiago no le responde; es más, pilla una punta con los labios y se pone a clavar vigorosamente unos tablones, haciendo un estruendo tal, que el rezongueo de Judas se pierde.

3 Transcurre un tiempo y entran contemporáneamente Isaac con unos huevos y una cesta de fragantes panes y Andrés con una nasa con peces.

«Mirad» dice Isaac «los manda el encargado y dice que si necesitamos algo. Éstas son las órdenes que ha recibido».

«¿Ves como no nos vamos a morir de hambre?» dice Tomás a Judas Iscariote. Y dice: «Dame esos peces, Andrés. ¡Qué hermosos! Lo que pasa es que aquí no sé cómo prepararlos».

«Déjame a mí» dice Andrés. «Soy pescador» y se pone en un ángulo a abrir sus peces, aún vivos.

«Está viniendo el Maestro. Ha ido a dar una vuelta por el pueblo y por los campos. Vais a ver como pronto vendrán algunos. Ha curado ya a uno que estaba enfermo de los ojos. Además yo ya había recorrido estos campos y sabían...».

«¡Ya, claro! ¡Yo, yo!... Todo los pastores... Nosotros hemos dejado - yo al menos - una vida segura y hemos hecho esto y hemos hecho lo otro, pero no se ha hecho nada...». Isaac mira sorprendido a Judas Iscariote... pero, filosóficamente, no replica. Los demás le imitan... aunque hierven por dentro.

4 «Paz a todos vosotros». Es Jesús. Está en el umbral de la puerta, sonriente, bueno. Parece como si el Sol aumentara de esplendor por su llegada. «¡Pero qué animosos! ¡Todos trabajando! ¿Puedo ayudarte, primo?».

«No, descansa. Ya he terminado».

«Venimos cargados de comida. Todos han querido dar algo. ¡Si todos tuvieran el corazón de los humildes...!» dice Jesús un poco triste.

«¡Oh, mi Maestro! ¡Que Dios te bendiga!». Es Pedro, que entra en ese momento con un haz de leña en los hombros, y que saluda así, bajo su peso, a su Jesús.

«También a ti, Pedro; que te bendiga el Señor. ¡Habéis trabajado mucho!».

«Y más que trabajaremos en las horas libres. ¡Tenemos una casa en el campo... y tenemos que hacer de ella un Edén! Para empezar he arreglado el pozo, al menos para poder ver de noche dónde está, y para estar seguros de no perder los cántaros al introducirlos en él. Luego... ¿ves qué hábiles son tus primos! Todas estas cosas son necesarias para quien debe vivir largo tiempo en un lugar, y yo, que soy pescador, no habría sabido hacerlas. Verdaderamente hábiles. Y también Tomás: podría estar en la cocina de Herodes. También Judas lo hace bien, ha hecho unas tortas espléndidas...».

«E inútiles. Hay pan» responde de mal humor Judas.
Pedro le mira y yo me espero una respuesta punzante, pero se limita a mover la cabeza; luego prepara bien la ceniza y extiende encima sus tortas.
«Dentro de poco todo está listo» dice Tomás, y ríe.

5 «¿Vas a hablar hoy?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Sí. Entre sexta y nona. Vuestros compañeros lo han dicho. Por tanto, comamos rápidamente».

Pasa un poco de tiempo todavía. Juan coloca el pan en la mesa, prepara los asientos, lleva las copas y las ánforas, y Tomás lleva las verduras cocidas y el pescado asado.

Jesús está en el centro, ofrece, bendice, distribuye. Todos comen con gusto.
Están todavía comiendo, cuando algunas personas se presentan en la era.
Pedro se levanta y va hasta la puerta: «¿Qué queréis?».

«Ver al Rabí. ¿No habla aquí?».

«Habla. Pero ahora está comiendo, porque también Él es hombre. Sentaos allí, debajo del cobertizo».

El pequeño grupo se marcha y se pone debajo del rústico cobertizo.
«La verdad es que viene el frío y frecuentemente vamos a tener lluvia. Pienso que sería buena cosa usar ese establo vacío. Lo he limpiado como se debe. El pesebre será el sitial...».
«No hagas ironías necias. El Rabí es rabí» dice Judas.
«Pero, qué ironías. ¡Si nació en un establo, podrá hablar desde un pesebre!».
«Pedro tiene razón. Pero, os lo ruego: ¡quereos!». Jesús parece incluso cansado al decir estas palabras.
Terminan de comer y Jesús sale en seguida para dirigirse hacia la pequeña muchedumbre.
«Espera, Maestro» le grita desde detrás Pedro. «Tu primo te ha hecho un asiento porque allí está húmedo el suelo».
«No es necesario. Ya sabes. Hablo en pie. La gente quiere verme y Yo la quiero ver. Mas bien... haced asientos y lechos portátiles. Quizás vengan algunos enfermos... y harán falta».
«¡Piensas siempre en los demás, Maestro bueno!» dice Juan... y le besa la mano.
Jesús se dirige, con su sonrisa ligeramente triste, hacia el grupo de personas. Con Él van todos los discípulos.
Pedro, que está justo al lado de Jesús, le hace inclinarse hacia él y le susurra en voz baja: «Detrás de la tapia está aquella mujer velada. La he visto. Está allí desde esta mañana. Ha venido detrás de nosotros desde Betania. ¿La echo o la dejo?».
«Déjala. Ya lo he dicho».
«Pero, ¿si es una espía, como dice Judas?...».
«No lo es. Fíate de todo lo que te digo. Déjala y no digas nada a los demás. Y respeta su secreto».
«He mantenido silencio porque pensaba que era correcto...».

6 «Paz a vosotros que buscáis la Palabra» comienza Jesús. Y va hasta el fondo del porche, dejando a sus espaldas la tapia de la casa. Habla lentamente al grupo de unas veinte personas que están, con el calorcito de un solecillo de noviembre, sentadas en el suelo o apoyadas en los soportes.

«El hombre cae en un error al considerar la vida y la muerte, y al aplicar

estos dos nombres. Llama "vida" al tiempo en que, dado a luz por la madre, comienza a respirar, a nutrirse, a moverse, a pensar, a obrar; y llama "muerte" al momento en que cesa de respirar, comer, moverse, pensar, obrar, viniendo a ser un despojo frío e insensible, preparado para entrar en un seno, el de un sepulcro. Pero no es así. Yo quiero haceros entender la "vida", indicaros las obras aptas para la vida.

Vida no es existencia. Existencia no es vida. Existe esta parra que se entrelaza con estos soportes, pero no tiene la vida de que Yo hablo. Existe también aquella oveja que bala atada a aquel árbol lejano, pero no tiene la vida de que Yo hablo. La vida de que Yo hablo no empieza con la existencia ni termina cuando la carne llega a su fin. ¡La vida de la cual Yo hablo tiene su principio no en un seno materno; tiene su principio cuando el Pensamiento de Dios crea un alma para habitar en una carne; termina cuando el Pecado la mata!

Sin ella, el hombre no sería sino una semilla que crece, semilla de carne en vez de ser de gluten o de pulpa como la de los cereales o la de la fruta. Sin ella, no sería sino un animal en estado de formación, un embrión de animal no distinto del que ahora está creciendo en el seno de aquella oveja. Pero, dado que en esta concepción humana se infunde esta parte incorpórea (y que no obstante es la más potente con su incorporeidad sublimadora), entonces el embrión animal no sólo existe como corazón que palpita, sino que "vive" según el Pensamiento creador, y es el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, el hijo de Dios, el ciudadano futuro del Cielo.

Pero esto se produce si la vida dura. El hombre puede existir teniendo imagen de hombre, pero habiendo dejado de ser hombre, siendo un sepulcro en que se pudre la vida. Se comprende entonces que Yo diga: "La vida no empieza con la existencia y no termina cuando la carne llega a su fin". La vida comienza antes del nacimiento. La vida luego no tiene fin, porque el alma no muere, o sea, no se anula. Muere a su destino, que es el destino celeste, pero sobrevive en su castigo si así lo ha merecido. Muere a este destino beato cuando muere a la Gracia. Esta vida, alcanzada por una gangrena cual es la muerte a su destino, dura por los siglos de los siglos en la condena y en el tormento. Si, por el contrario, esta vida se conserva como tal, llega a la perfección del vivir y se hace eterna, perfecta, beata como su Creador.

7 ¿Tenemos deberes respecto a la vida? Sí. La vida es un don de Dios. Todo don de Dios ha de usarse y conservarse con cuidado, porque es algo tan santo como el Dador. ¿Maltrataríais vosotros el don de un rey? No. Pasa a los herederos, y a los herederos de los herederos, como gloria de la familia. Y entonces, ¿por qué hacerlo con el don de Dios? Pero, ¿cómo se usa y conserva este don divino? ¿Cómo mantener en vida la paradisíaca flor del alma, conservándola así para los Cielos? ¿Cómo obtener el "vivir" por encima y más allá de la existencia?

Israel dispone de leyes claras al respecto y no tiene más que observarlas. Israel dispone de profetas y justos, los cuales dan el ejemplo y la palabra para practicar las leyes. Y ahora Israel dispone de santos. No puede, no debería, errar, por tanto, Israel. Pero Yo veo manchas en los corazones, y espíritus muertos pulular por todas partes. Entonces os digo: Haced penitencia; abrid el corazón a la Palabra; poned en práctica la Ley

inmutable; infundid nueva savia a la exhausta "vida" que está languideciendo en vosotros; si ya está muerta, acercaos a la Vida verdadera, a Dios. Llorad vuestras culpas, gritad: "¡Piedad!"... Y, en cualquier caso, renaced. No seáis muertos en vida, para no ser mañana eternos penantes. Yo no os voy a hablar más que del modo de alcanzar la vida o de conservarla. Otro os ha dicho: "Haced penitencia. Purificaos del fuego impuro de las lujurias, del fango de las culpas". Yo os digo: Pobres amigos, examinemos juntos la Ley. Oigamos en ella de nuevo la voz paterna del Dios verdadero. Y luego, juntos, oremos al Eterno, diciendo: "Descienda tu misericordia sobre nuestros corazones".

Es el tiempo del sombrío invierno. Pero dentro de poco vendrá la primavera. Un espíritu muerto es más triste que un bosque pelado por el hielo. Pero si la humildad, la voluntad, la penitencia y la fe penetran en vosotros, la vida volverá a vosotros como la de un bosque en primavera, y le floreceréis a Dios para, mañana (el mañana de los siglos y siglos) dar perenne fruto de vida eterna.

¡Acercaos a la Vida! Dejad de existir solamente y empezad a "vivir". La muerte no será entonces "fin", sino que será principio. El principio de un día sin ocaso, de una alegría sin cansancio y sin medida. La muerte será el triunfo de aquello que vivió antes de la carne, y triunfo de la misma carne, que será llamada, a la resurrección eterna, a coparticipar en esta Vida que Yo prometo en el nombre del Dios verdadero a todos aquellos que hayan "querido" la "vida" para su alma, pisando el sentido y las pasiones para gozar de la libertad de los hijos de Dios.

Idos, pues. Todos los días a esta hora os hablaré de la eterna verdad. El Señor esté con vosotros».

La gente despeja el lugar, lentamente, haciendo muchos comentarios. Jesús vuelve a la solitaria casita y todo termina.

119. Los discursos en Agua Especiosa: *Yo soy el Señor tu Dios*. Jesús bautiza como Juan.

27 de febrero de 1945.

1 Desde ayer la gente se ha duplicado al menos. Hay también personas de clases menos comunes. Algunos han venido en burros y ahora están ingeriendo su comida bajo el cobertizo, en cuyos palos han atado sus asnos, en espera del Maestro.

El día está frío pero sereno. La gente cuchichea; los más doctos dan explicaciones de quién es y por qué el Maestro habla en ese lugar.

Uno dice: «Pero, ¿supera a Juan?».

«No. Es distinto. Aquél - yo era de Juan - es el Precursor, y es la voz de la justicia; éste es el Mesías, y es la voz de la sabiduría y la misericordia».

«¿Cómo lo sabes?» preguntan muchos.

«Me lo han dicho tres discípulos del Bautista de los que están siempre con él. ¡Si supieras qué cosas! Ellos le vieron nacer. Fijaos: nació de la luz. La luz era tan fuerte, que ellos,

que eran pastores, abandonaron corriendo el redil, entre el ganado enloquecido de terror, y vieron que toda Belén estaba en llamas, y luego descendieron del cielo unos ángeles y apagaron el fuego con sus alas, y sobre el suelo estaba Él, el Niño nacido de la luz. Todo el fuego se transformó en una estrella...».
«¡No, hombre, no, no es así!».
«Sí, es así. Me lo ha dicho uno que era mozo de cuadra en Belén cuando yo era niño, y que ahora que el Mesías es hombre se gloría de ello».
«No es así. La estrella vino después, vino con aquellos magos de oriente, aquellos de los que uno era descendiente de Salomón, y, por tanto, pariente del Mesías, porque Él es de David y David es padre de Salomón, y Salomón amó a la reina de Saba porque era hermosa y por los regalos que le había traído, y tuvo de ella un hijo, que es de Judá a pesar de ser de allende el Nilo».
«¿Pero qué estás diciendo? ¡¿Estás loco?!».
«No. ¿Pretendes decir que no es cierto que su pariente le trajo los aromas como es costumbre entre reyes, y más aún de esa estirpe?».
«Yo sé cómo sucedió verdaderamente» dice otro. «Así fue - lo sé porque Isaac es uno de los pastores y es amigo mío -, así fue: el Niño nació en un establo de la casa de David. Estaba profetizado...».
«¿Pero no es de Nazaret?».

> «Dejadme hablar. Nació en Belén porque es de David, y era tiempo de edicto. Los pastores vieron una luz de insuperable belleza, y el mas pequeño, porque era inocente, vio el primero al ángel del Señor, el cual habló con música de arpa diciendo: "Ha nacido el Salvador. Id y adorad", y, a continuación, una muchedumbre de ángeles cantó: "Gloria a Dios y paz a los hombres buenos". Entonces los pastores fueron y vieron a un niñito en un pesebre entre un buey y un asno, y a la Madre y al padre. Y le adoraron y luego le condujeron a casa de una buena mujer. Y el Niño crecía como todos, hermoso, bueno, todo amor. Luego vinieron los magos de allende el Eufrates y allende el Nilo, porque habían visto una estrella y reconocido en ella la estrella de Balaam. Pero el Niño ya podía andar. El rey Herodes ordenó el exterminio por celos de poder. Pero el ángel del Señor había advertido del peligro y los pequeñuelos de Belén murieron, mas no Él, que había huido más allá de Matarea. Después volvió a Nazaret, a trabajar como carpintero, y, habiendo llegado a su tiempo, después de haber sido anunciado por el Bautista, primo suyo, ha comenzado la misión y primero ha buscado a sus pastores. A Isaac le liberó de una paralisis, después de treinta años de enfermedad, e Isaac le predica incansablemente. Esto es».

«¡Pues, no obstante, los tres discípulos del Bautista me han dicho verdaderamente esas palabras!» dice, disgustado, el primero.
«Y son verdaderas. Lo que no es verdadero es la descripción del mozo de cuadra. ¿Se gloría? Haría bien en decir a los betlemitas que fueran buenos. Ni en Belén ni en Jerusalén puede predicar».
«¡Pero hombre, ¿cómo piensas que los escribas y fariseos deseen sus palabras?! Esos son víboras y hienas, como los llama el Bautista».

> 2«Yo querría que me curase. ¿Ves? Tengo una pierna con gangrena. He sufrido lo indecible para venir aquí en burro. Pero le he buscado en Sión y

ya no estaba...» dice uno.

«Le han amenazado de muerte...» responde otro.

«¡Perros!».

«Sí. ¿De dónde vienes?».

«De Lida».

«¡Un largo camino!».

«Yo... yo quisiera expresarle un pecado mío... Se lo he manifestado al Bautista... pero me ha recriminado de tal modo, que he huido. Creo que ya no podré ser perdonado...» dice un tercero.

«¿Pues qué es lo que has hecho?».

«Mucho mal. A Él se lo manifestaré. ¿Qué decis? ¿Me maldecirá?».

«No. Le he oído hablar en Betsaida. Casualmente me encontraba allí. ¡¡¡Qué palabras!!! Hablaba de una pecadora. ¡Ah..., casi habría deseado ser ella para merecerlas!...» dice un anciano de aspecto grave.

3 «Ahí viene» grita un buen número de personas.

«Misericordia ¡Me da vergüenza!» dice el hombre que se siente culpable, y trata de huir.

«¿A dónde huyes, hijo mío? ¿Tanta negrura tienes en el corazón, que odias la Luz hasta el punto de tener que huir de ella? ¿Has pecado tanto como para tener miedo de mí: Perdón? ¿Pero qué pecado puedes haber cometido? Ni aun en el caso de que hubieras matado a Dios deberías tener miedo, si en ti hubiera *verdadero* arrepentimiento. ¡No llores! O ven, lloremos juntos».

Jesús que, alzando una mano, había hecho que se detuviera el fugitivo, ahora le tiene estrechado contra sí, y se vuelve a quienes están esperando y dice: «Un momento sólo, para aliviar a este corazón. Después estoy con vosotros».

Y se aleja hasta más allá de la casa, chocándose, al volver la esquina, contra la mujer velada, que está en su lugar de escucha. Jesús la mira fijamente un instante, luego continúa unos diez pasos y se detiene: «¿Qué has hecho, hijo?».

El hombre cae de rodillas. Es un hombre que tiene unos cincuenta años; un rostro quemado por muchas pasiones y devastado por un tormento secreto. Tiende los brazos y grita: «Para gozarme con las mujeres toda la herencia paterna, he matado a mi madre y a mi hermano... Desde entonces no he vuelto a tener paz... Mi alimento... ¡sangre! Mi sueño... ¡pesadilla!... Mi placer... ¡Ah! en el seno de las mujeres, en su grito de lujuria, sentía el hielo de mi madre muerta y el jadeo agonizante de mi hermano envenenado. ¡Malditas las mujeres de placer, áspides, medusas, murenas insaciables, perdición, perdición, mi perdición!».

«No maldigas. Yo no te maldigo...».

«¿No me maldices?».

«No. ¡Lloro y cargo sobre mí tu pecado!... ¡Cuánto pesa! Me quiebra los miembros, pero aun así lo abrazo estrechamente para anularle por ti... y a ti te concedo el perdón. Si. Yo te perdono tu gran pecado». Extiende Jesús las manos sobre la cabeza del hombre, que está sollozando, y ora: «Padre, mi Sangre será derramada también por él. Por ahora, llanto y oración. Padre, perdona, porque está arrepentido. Tu Hijo, a cuyo juicio todo ha sido

remitido, así lo quiere!...». Permanece así durante unos minutos, luego se agacha para levantar al hombre y le dice: «La culpa queda perdonada. Está en ti ahora el expiar, con una vida de penitencia, cuanto queda de tu delito».
«¿Dios me ha perdonado? ¿Y mi madre? ¿Y mi hermano?».
«Lo que Dios perdona queda perdonado por todos, quienesquiera que sean. Ve y no vuelvas a pecar nunca».

El hombre llora aún con más intensidad y le besa la mano. Jesús le deja con su llanto y vuelve hacia la casa. La mujer velada hace ademán como de ir a su encuentro, mas luego baja la cabeza y no se mueve. Jesús pasa delante de ella sin mirarla.

4Ya está en su puesto. Empieza a hablar:

«Un alma ha vuelto al Señor. Bendita sea su omnipotencia, que arranca de las circunvoluciones de la serpiente demoníaca a sus almas creadas, y las conduce de nuevo por el camino de los Cielos.
¿Por qué esa alma se había perdido? Porque había perdido de vista la Ley.

Dice el Libro que el Señor se manifestó en la cima del Sinaí con toda su terrible potencia, para, valiéndose también de ella, decir: "Yo soy Dios. Esta es mi voluntad. Estos son los rayos que tengo preparados para aquellos que se muestren rebeldes a la voluntad de Dios". Y antes de hablar impuso que nadie del pueblo subiera para contemplar a Aquel que es, y que incluso los sacerdotes se purificasen antes de acercarse al limen de Dios, para no recibir castigo. Esto fue así porque era tiempo de justicia y de prueba. Los Cielos estaban cerrados como por una losa que cubría el misterio del Cielo y el desdén de Dios, y sólo las saetas de la justicia alcanzaban, provenientes de los Cielos, a los hijos culpables. Mas ahora no es así. Ahora el Justo ha venido a consumar toda justicia y ha llegado el tiempo en que sin rayos y sin límites, la Palabra divina habla al hombre para darle Gracia y Vida.

5La primera palabra del Padre y Señor es ésta: "Yo soy el Señor Dios tuyo".
En todo instante del día la voz de Dios pronuncia esta palabra y su dedo la escribe.
¿Dónde? Por todas partes. Todo lo dice continuamente: desde la hierba a la estrella, desde el agua al fuego, desde la lana al alimento, desde la luz a las tinieblas, desde el estar sano hasta la enfermedad, desde la riqueza a la pobreza. Todo dice: "Yo soy el Señor. Por mí tienes esto. Un pensamiento mío te lo da, otro te lo quita, y no hay fuerza de ejércitos ni de defensas que te pueda preservar de *mi* voluntad". Grita en la voz del viento, canta en la risa del agua, perfuma en la fragancia de la flor, se incide sobre las cúspides montanas, y susurra, habla, llama, grita en las conciencias: "Yo soy el Señor Dios tuyo".
¡No os olvidéis nunca de ello! No cerréis los ojos, los oídos; no estranguléis la conciencia para no oír esta palabra. Es inútil, ella es; y llegará el momento en que en la pared de la sala del banquete, o en la agitada ola del mar, o en el labio del niño que ríe, o en la palidez del anciano que se muere, en la fragante rosa o en la fétida tumba, será escrita por el dedo de fuego de Dios. Es inútil, llega el momento en que en medio de las embriagueces del vino y del placer, en medio del torbellino de los negocios, durante el descanso de la noche, en un solitario paseo... ella alza su voz y dice: "Yo soy el Señor Dios tuyo", y no esta carne que besas ávido, y no este alimento que, glotón, engulles, y no este oro que, avaro, acumulas, y no este lecho sobre el que te huelgas; y de nada sirve el silencio, o el estar solo, o durmiendo, para hacerla callar.

"Yo soy el Señor Dios tuyo", el Compañero que no te abandona, el Huésped que no puedes echar. ¿Eres bueno? Pues el huésped y compañero es el Amigo bueno. ¿Eres perverso y culpable? Pues el huésped y compañero pasa a ser el Rey airado, y no concede tregua. Mas no deja, no deja, no deja. Sólo a los réprobos les es concedido el separarse de Dios. Pero la separación es el tormento insaciable y eterno.

6"Yo soy el Señor Dios tuyo", y añade: "que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud". ¡Oh, con qué verdad, *ahora*, realmente lo dice! ¡De qué Egipto, de qué Egipto te saca, hacia la tierra prometida, que no es este lugar, sino el Cielo, el eterno Reino del Señor en que no habrá ya hambre o sed, frío ni muerte, sino que todo rezumará alegría y paz, y de paz y de alegría se verá saciado todo espíritu!

De la esclavitud verdadera ahora os saca. He aquí el Libertador. Yo soy. Vengo a romper vuestras cadenas. Cualquier dominador humano puede conocer la muerte, y por su muerte quedar libres los pueblos esclavos. Pero Satanás no muere. Es eterno. Y es él el dominador que os ha puesto grilletes para arrastraros hacia donde desea. El Pecado está en vosotros, y el Pecado es la cadena con que Satanás os tiene cogidos. Yo vengo a romper la cadena. En nombre del Padre vengo, y por deseo mío. He aquí que, por tanto, se cumple la *no comprendida* promesa: "te saqué de Egipto y de la esclavitud".

Ahora esto tiene espiritualmente cumplimiento. El Señor Dios vuestro os saca de la tierra del ídolo que sedujo a vuestros Progenitores, os arranca de la esclavitud de la Culpa, os reviste de Gracia, os admite en su Reino. En verdad os digo que quienes vengan a mí podrán, con dulzura de paterna voz, oír al Altísimo decir en su corazón bienaventurado: "Yo soy el Señor Dios tuyo y te traigo hacia mí, libre y feliz".

Venid. Volved al Señor corazón y rostro, oración y voluntad. La hora de la Gracia ha llegado».

7Jesús ha terminado. Pasa bendiciendo y acariciando a una viejecita y a una niñita morenilla y toda risueña.

«Cúrame, Maestro. ¡Me aflige un mal grave!» dice el enfermo de gangrena.

«Primero el alma, primero el alma. Haz penitencia...».

«Dame el bautismo como Juan. No puedo ir a él. Estoy enfermo».

«Ven». Jesús baja hacia el río que se encuentra pasados dos grandísimos prados y el bosque que lo oculta. Se descalza, como también lo hace el hombre que hasta allí se ha arrastrado con las muletas. Descienden a la orilla, y Jesús, haciendo copa con las dos manos unidas, esparce el agua sobre la cabeza del hombre, que está dentro del agua hasta la mitad de las espinillas.

«Ahora quítate las vendas» ordena Jesús mientras vuelve a subir al sendero.

El hombre obedece. La pierna está curada. La multitud grita su estupor.

«¡Yo también!»; «Yo también»; «¡Yo también el bautismo dado por ti!» gritan muchos.

Jesús, que ya está a medio camino, se vuelve: «Mañana. Ahora marchaos y sed buenos. La paz sea con vosotros».

Todo termina y Jesús vuelve a casa, a la cocina que está oscura a pesar de que sean todavía las primeras horas de la tarde.

[8]Los discípulos se le arremolinan en torno. Y Pedro pregunta: «¿Ese hombre al que has llevado detrás de la casa, qué tenía?».

«Necesidad de purificación».

«No ha vuelto, de todas formas, y no estaba entre los que pedían el bautismo».

«Ha ido a donde le he mandado».

«¿A dónde?».

«A expiar, Pedro».

«¿A la cárcel?».

«No. A hacer penitencia por todo el resto de su vida».

«¿No se purifica entonces con el agua?».

«Es agua también el llanto».

«Sí, cierto. [9]Ahora que has hecho el milagro, ¡quién sabe cuántos vendrán!... Eran ya el doble hoy...».

«Sí. Si tuviera Yo que hacer todo, no podría. Vais a bautizar vosotros. Primero uno cada vez, luego seréis dos, tres, muchos. Y Yo predicaré y curaré a los enfermos y a los pecadores».

«¿Nosotros, bautizar? ¡Oh, yo no soy digno de ello! ¡Quítame, Señor, esta misión! ¡Tengo yo necesidad de ser bautizado!». Pedro se ha puesto de rodillas y está en actitud suplicante.

Pero Jesús se inclina hacia él y dice: «Pues tú vas a ser el primero en bautizar. Desde mañana».

«¡No, Señor! ¿Cómo puedo hacerlo, si estoy más negro que esa chimenea?».

Jesús sonríe ante la sinceridad humilde del apóstol, de rodillas contra sus rodillas, sobre las cuales tiene unidas sus gruesas manos de pescador. Y le besa en la frente, en el límite de su cabello entrecano que, áspero, se riza: «Eso es. Te bautizo con un beso. ¿Estás contento?».

«¡Cometería inmediatamente otro pecado para recibir otro beso!».

«No, eso no. Nadie se burla de Dios, abusando de sus dones».

«¿Y a mí no me das un beso? Yo también tengo algún pecado» dice Judas Iscariote.

Jesús le mira fijamente. Su ojo, muy mutable, pasa de la luz de la alegría, que le hacía claro mientras hablaba con Pedro, a una oscuridad severa, y yo diría que cansada, y dice: «Sí... a ti también. Ven. Yo no actúo injustamente con nadie. Sé bueno, Judas. ¡Si tú quisieras!... Eres joven. Toda una vida para subir y subir, hasta la perfección de la santidad...» y le besa.

«Ahora tú, Simón, amigo mío. Y tú, Mateo, victoria mía. Y tú, sabio Bartolmái. Y tú, Felipe, fiel. Y tú, Tomás, con tu jovial voluntad. Ven, Andrés, hombre de silencio activo. Y tú, Santiago del primer encuentro. Y ahora tú, alegría de tu Maestro. Y tú, Judas, compañero de niñez y de juventud. Y tú, Santiago, quien me recuerda al Justo, en el aspecto y en el corazón. Todos, todos... Mas, acordaos de que mi amor es mucho, pero es necesaria también vuestra buena voluntad. Desde mañana daréis un paso más, hacia adelante, en vuestra vida de discípulos míos. Pensad, no obstante, que cada paso hacia adelante es un honor y una obligación».

[10]«Maestro... un día me dijiste a mí, a Juan, a Santiago y a Andrés, que nos enseñarías a orar*. Yo creo que si nosotros orásemos como lo haces tú, seríamos capaces de ser dignos del trabajo que quieres de nosotros» dice

Pedro.
«En aquella ocasión te respondí: "Cuando estéis suficientemente formados, os enseñaré la oración sublime; para dejaros *mi* oración. Mas incluso ésta resultará inútil si la pronuncia sólo la boca. Por ahora, ascended con el alma y la voluntad a Dios". La oración es un don que Dios concede al hombre y que el hombre dona a Dios».

«¿Cómo es esto? ¿Todavía no somos dignos de orar? Todo Israel ora...» dice Judas Iscariote.

«Sí, Judas. Pero tú mismo puedes ver por sus obras cómo ora Israel. Yo no quiero hacer de vosotros unos traidores. Quien ora con lo externo, y por dentro está contra el bien, es un traidor».

11 «¿Y cuándo nos vas a habilitar para hacer milagros?» sigue preguntando Judas.

«¿Nosotros, hacer milagros?, ¿nosotros? ¡Misericordia eterna! ¡Y eso que bebemos agua pura! ¿Nosotros, milagros? Pero muchacho, ¿estás delirando?». Pedro está escandalizado, asustado, fuera de sí.
«Él nos lo dijo**, en Judea. ¿O acaso no es verdad?».
«Sí, es verdad, lo dije. Y lo haréis. Mas, mientras en vosotros haya demasiada carne, no tendréis milagros».
«Haremos ayunos» dice Judas Iscariote.
«No se requieren ayunos. Cuando digo carne quiero decir las pasiones corrompidas, la triple hambre, y tras esta pérfida trinidad, el séquito de sus vicios... Como hijos de una inmunda, bígama unión, la soberbia de la mente engendra, con la avidez de la carne y del poder, todo lo malo que hay en el hombre y en el mundo».
«Nosotros lo hemos dejado todo por ti» replica Judas.
«Pero no a vosotros mismos».
«¿Entonces tenemos que morir? Con tal de estar contigo lo haríamos; yo al menos...».

---

* *un día me dijiste... que nos enseñarías a orar*: en 62.2.

** *Él nos lo dijo*: en 72.3

«No. No pido vuestra muerte material. Pido que muera la animalidad y el satanismo en vosotros, y éste no muere mientras se siga satisfaciendo el hambre de la carne y mientras haya en vosotros mentira, orgullo, ira, soberbia, gula, avaricia, acidia».
«¡Somos muy humanos, junto a ti, muy santo!» dice sumisamente Bartolomé.
«Y siempre fue tan santo. Nosotros lo podemos decir» afirma el primo Santiago.
«Él sabe cómo somos... Y no debemos desanimarnos, sino decirle sólo: Danos día a día la fuerza de servirte. Si nosotros dijéramos: "No tenemos pecado", resultaríamos engañados y engañadores. ¿Y de quién al final? ¿De nosotros mismos que sabemos lo que somos, aunque no queramos decirlo? ¿De Dios, al cual no se le puede engañar? Pero si decimos: "Somos débiles y pecadores. Ayúdanos con tu fuerza y tu perdón", entonces Dios no nos defraudará, y en su bondad y justicia nos perdonará y nos purificará de las iniquidades de

nuestros pobres corazones».
«Dichoso tú, Juan, porque la Verdad habla en tus labios, que tienen perfume de inocencia y sólo besan al adorable Amor» dice Jesús levantándose, y atrae hacia su corazón al predilecto, que ha hablado desde su rincón oscuro.

120. Los discursos en Agua Especiosa: *No te harás dioses ante mí.*

28 de febrero de 1945.

1 «Está escrito: "No te harás dioses en mi presencia. No te harás ninguna escultura, ni representación de lo que hay arriba en el cielo o aquí, abajo, en la tierra o en las aguas que están bajo ella. No adorarás tales cosas, ni les prestarás culto. Yo soy el Señor tu Dios, fuerte y celoso, que visita la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me odian, y concede misericordia hasta la milésima de aquellos que le aman y observan sus mandamientos"».

La voz de Jesús retumba en la amplia estancia, que está llena de gente, dado que está lloviendo y todos se han resguardado en ella. En primera fila hay cuatro personas enfermas: un ciego, guiado por una mujer; un niño enteramente lleno de costras; una mujer amarilla debido a la ictericia o a la malaria; y uno al que han llevado en una pequeña camilla.

Jesús habla apoyado sobre el pesebre vacío. Juan y los dos primos, junto con Mateo y Felipe, están a su lado, mientras que Judas, Pedro, Bartolomé, Santiago y Andrés están en la puerta, para que la entrada de los que siguen llegando se efectúe con orden; Tómas y Simón, por su parte, se mueven entre la gente, haciendo callarse a los niños, recogiendo los óbolos, escuchando peticiones.

2 «"No te harás dioses en mi presencia".

Habéis oído cómo Dios está en todas partes con su mirada y con su voz. Verdaderamente siempre estamos en su presencia. Cerrados dentro de una estancia, o entre el público del Templo, estamos igualmente en su presencia. Ya seamos ocultos benefactores que hasta a quien recibe el favor le celamos nuestro rostro, ya seamos asesinos que asaltan y asesinan bárbaramente al viandante en un desfiladero solitario, estamos igualmente en su presencia. En su presencia está el rey rodeado de su corte, el soldado en el campo de batalla, el levita en el Templo, el sabio encorvado sobre los libros, el campesino en el surco, el mercader en su banco, la madre inclinada hacia la cuna, la esposa en la cámara nupcial, la virgen en el secreto de la paterna morada, el niño pequeño estudiando en la escuela, el anciano cuando se echa para morir. Todos en su presencia, todas las acciones, igualmente, en su presencia.

¡Todas las acciones del hombre! ¡Tremenda palabra, pero, al mismo

tiempo, consoladora!: tremenda si las acciones son pecaminosas; consoladora, si son santas. Saber que Dios ve: impedimento para obrar mal, estímulo para obrar bien. Dios ve que me comporto bien. *Yo sé* que Él no olvida lo que ve. *Yo creo* que Él premia las buenas acciones. Por tanto, estoy seguro de obtener este premio, y en esta seguridad descanso. Ella me dará una vida serena y una plácida muerte, porque, ya en vida, ya en muerte, mi alma se verá consolada por el rayo estelar de la amistad de Dios. Así razona quien obra bien.

3Pero, quien obra mal ¿por qué no piensa que entre las acciones prohibidas se encuentran los cultos idolátricos? ¿Por qué no dice: "Dios ve que mientras finjo un culto santo adoro a un dios o dioses engañadores a quienes he erigido un altar, secreto ante los ojos de los hombres, pero que Dios conoce"? ¿Qué dioses, diréis, si ni siquiera en el Templo hay figuras de Dios? ¿Qué rostro tienen estos dioses, si nos ha resultado imposible atribuirle un rostro al verdadero Dios?

Sí, imposible atribuirle un rostro, porque el Perfecto y el Purísimo no puede ser dignamente representado por el hombre. Sólo el espíritu vislumbra su incorpórea y sublime belleza, y oye su voz, y saborea su caricia cuanto Él se efunde sobre un santo merecedor de estos contactos divinos. Mas el ojo, el oído, la mano del hombre no pueden ni ver ni oír, ni representar con el sonido en la cítara, o con el martillo y el cincel en el mármol, lo que es el Señor. ¡Oh, felicidad sin fin cuando, oh espíritus de los justos, veáis a Dios! La primera mirada será la aurora de la beatitud que por los siglos de los siglos será compañera vuestra.

Y, no obstante, lo que no pudimos hacer respecto al verdadero Dios, el hombre lo hace respecto a los dioses engañadores. Y así uno erige el altar a la mujer; el otro, al oro; el otro, al poder; el otro, a la ciencia; el otro, a los triunfos militares; uno adora al hombre que tiene poder, semejante a él por naturaleza, superior sólo en ímpetu avasallador o en dinero; otro se adora a sí mismo diciendo: "No hay quien se me iguale". Éstos son los dioses de quienes pertenecen al pueblo de Dios.

No os asombréis de los paganos que adoran animales, reptiles y astros. ¡Cuántos reptiles! ¡Cuántos animales! ¡Cuántos astros apagados adoráis en vuestros corazones! Los labios pronuncian palabras mentirosas, para adular, para poseer, para corromper. ¿No son, acaso, éstas las oraciones de los secretos idólatras? Los corazones nutren pensamientos de venganza, de tráficos ilícitos, de prostitución. ¿Y no son, acaso, éstos los cultos a los dioses inmundos del placer, de la codicia, del mal?

4Está escrito: "No adorarás nada que no sea tu Dios verdadero, único, eterno". Está escrito: "Yo soy el Dios fuerte y celoso".

Fuerte: Ninguna otra fuerza es más fuerte que la suya. El hombre es libre de actuar, Satanás es libre de tentar. Pero cuando Dios dice: "Basta!", el hombre no puede ya actuar mal, y Satanás ya no puede tentar - repelido y arrojado éste a su infierno, abatido aquél por el abuso en su mala conducta, porque ésta tiene un límite más allá del cual Dios no permite que se vaya.

Celoso. ¿De qué? ¿Con qué celos? ¿Los celos mezquinos de los pequeños hombres? No. Los santos celos de Dios respecto a sus hijos. Los justos celos. Los amorosos celos. Os ha creado. Os ama. Os desea para sí. Sabe lo que os perjudica. Conoce lo que puede

separaros de Él. Se siente celoso de este "que" que se mete entre el Padre y los hijos y los desvía del único amor que es salvación y paz: Dios. Entended estos sublimes celos; no mezquinos, ni crueles ni carceleros, sino amor infinito, infinita bondad, libertad sin límites, celos que se ofrecen a la criatura finita para aspirarla perdurablemente hacia Dios, hacia dentro de Dios, y hacerla copartícipe de su infinitud. Un padre bueno no quiere gozar solo sus riquezas, sino que quiere que sus hijos las disfruten con él - en el fondo las ha acumulado más para sus hijos que para sí -. Pues así Dios; pero llevando en este amor y deseo la perfección que reside en toda acción suya.

5No defraudéis al Señor. Hay promesa suya de castigo sobre los culpables y sobre los hijos de los hijos culpables; y Dios no miente nunca en sus promesas. ¡Mas no se deprima vuestro ánimo, hijos del hombre y de Dios! Oíd la otra promesa y exultad: "Y concede misericordia hasta la milésima de aquellos que le aman y observan sus mandamientos". Hasta la milésima generación de los buenos, y hasta la milésima debilidad de los pobres hijos del hombre, que caen no por malicia sino por irreflexividad y por las celadas tendidas por Satanás. Más aún: os digo que Él os abre los brazos, si, con el corazón contrito y el rostro lavado por el llanto, decís: "Padre, he pecado, lo sé, me humillo por ello y a ti me confieso; perdóname. Tu perdón será mi fuerza para volver a 'vivir' la verdadera vida".

No temáis. Antes de que vosotros pecarais por debilidad, Él sabía que pecaríais. Mas su corazón se cierra sólo cuando persistís en el pecado queriendo pecar, haciendo de un pecado en concreto, o de muchos pecados, vuestros dioses de horror. Abatid todo ídolo, haced sitio al Dios verdadero; Él descenderá con su gloria a consagrar vuestro corazón, cuando se vea Él solo en vosotros.

> Devolvedle a Dios su morada, que está en los corazones de los hombres, y no en los templos de piedra. Lavad el umbral de su puerta, liberad su interior de todo inútil o culpable dispositivo. Dios sólo. Sólo Él. ¡Todo es Él! Y en nada es inferior al Paraíso el corazón de un hombre en que esté Dios, el corazón de un hombre que cante su amor al Huésped divino.

Haced un Cielo de cada corazón. Empezad a vivir con el Excelso. En vuestro eterno mañana ese vivir con Él se perfeccionará en potencia y alegría, mas aquí tendrá ya tal entidad, que dejará atrás la temblorosa turbación de Abraham, Jacob y Moisés. No será ya, en efecto, el encuentro incisivo como rayo, y aterrador, con el Poderoso, sino la permanencia con el Padre y el Amigo que descienden para decir: "Mi alegría es estar entre los hombres. Tú me haces feliz. Gracias, hijo"».

6Los presentes, que superan el centenar, tardan algo en salir de su estado de encantamiento. Hay quien se da cuenta de que está llorando o sonriendo por la misma esperanza de gozo. Finalmente parece que se despiertan, emiten un murmullo, un fuerte suspiro y terminan gritando como sintiéndose liberados: «¡Bendito seas! ¡Tú nos abres la vía de la paz!».

> Jesús sonríe y responde: «La paz está en vosotros, si seguís desde hoy el Bien».

Luego va a donde los enfermos y pasa la mano sobre el niño enfermo, sobre el ciego y sobre la mujer toda amarilla, se inclina hacia el paralítico y dice: «Quiero».

El hombre le mira, y grita: «¡Ha vuelto el calor al cuerpo apagado!», y se pone en pie, tal y como está, hasta que le echan encima la manta de la yacija. La madre, por su parte, levanta al niño, que ya no tiene costras, y el ciego parpadea a causa de su primer contacto

con la luz; y unas mujeres gritan: «Dina ya no está amarilla como los ranúnculos silvestres».
El alboroto llega a su colmo. Hay quien grita, quien bendice, quien empuja para ver, quien trata de salir para ir al pueblo a decirlo. Jesús se ve asaltado por todas partes. Pedro, viendo que casi le aplastan, grita: «¡Muchachos! ¡Que le asfixian al Maestro! ¡Venga, a abrir paso!». Y con una verdadera gimnasia de codos, e incluso alguna patada en las espinillas, los doce logran abrirse paso y liberar a Jesús, y llevarle afuera. «Mañana me ocupo yo de esto» dice. «Tú en la puerta y los demás en el fondo. ¿Te han hecho daño?».
«No».
«¡Parecían locos! ¡Qué formas!».
«Déjalos. Se sentían felices... y Yo también con ellos. Id a quien pida el bautismo. Yo entro en casa. Tú, Judas, con Simón, darás el óbolo a los pobres. Todo. Nosotros tenemos mucho más de lo justo para apóstoles del Señor. Ve, Pedro, ve. No temas hacer demasiado. Yo te justifico ante el Padre porque te mando Yo. Adiós, amigos».
Y Jesús, cansado y sudoroso, se cierra en la casa, mientras los discípulos hacen cada uno su encargo con los peregrinos.

Índice del volumen tercero * on line *

160. Encuentro con Gamaliel en el camino de Neftalí a Yiscala.

161. Curación del nieto del fariseo Elí de Cafarnaúm.

162. Las conversiones humanas del fariseo Elí y de Simón de Alfeo.

163. Comiendo en casa del fariseo Elí de Cafarnaúm.

164. El retiro en el monte para la elección de los Apóstoles.

165. Elección de los doce Apóstoles.

166. Los milagros después de la elección apostólica. Simón el Zelote y Juan predican por primera vez.

167. Jesús concurre con las romanas en el jardín de Juana de Cusa.

168. Áglae en casa de María, en Nazaret.

169. Primer discurso de la Montaña: la misión de los apóstoles y de los discípulos.

170. Segundo discurso de la Montaña: el don de la Gracia; las bienaventuranzas.

171. Tercer discurso de la Montaña: los consejos evangélicos que perfeccionan la Ley.

172. Cuarto discurso de la Montaña: el juramento, la oración, el ayuno. El anciano Ismael y Sara.

173. Quinto discurso de la Montaña: el uso de las riquezas; la limosna; la confianza en Dios.

174. Sexto discurso de la Montaña: la elección entre el Bien y el Mal; el adulterio; el divorcio. La llegada importuna de María de Magdala.

175. El leproso curado al pie del Monte. Generosidad del escriba Juan.

176. Durante el descanso sabático, el último discurso de la Montaña: amar la voluntad de Dios.

177. La curación del siervo del centurión.

178. Tres hombres que quieren seguir a Jesús.

179. La parábola del sembrador. En Corazín con el nuevo discípulo Elías.

180. Controversia en la cocina de Pedro en Betsaida. Explicación de la parábola del sembrador. La noticia de la segunda captura de Juan el Bautista.

*

181. La parábola del trigo y la cizaña.

182. Palabras a algunos pastores con el huerfanito Zacarías.

183. La curación de un hombre herido en casa de María de Magdala.

184. El pequeño Benjamín de Magdala y dos parábolas sobre el Reino de los Cielos.

185. La tempestad calmada. Una lección sobre sus preliminares.

186. Los dos endemoniados de la región de los Gerasenos.

187. Hacia Jerusalén para la Pascua. De Tariquea al monte Tabor.

188. En Endor. La gruta de la maga y el encuentro con Félix, llamado luego Juan.

189. En Naím. Resurrección del hijo de una viuda.

190. La llegada a la llanura de Esdrelón durante la puesta del Sol del viernes.

191. El sábado en Esdrelón. El pequeño Yabés. Parábola del rico Epulón.

192. Una predicción a Santiago de Alfeo. La llegada a Engannim tras un alto en Meguiddó.

193. Llegada a Siquem tras dos días de camino.

194. La revelación al pequeño Yabés durante el camino de Siquem a Berot.

195. Una lección de Juan de Endor a Judas Iscariote. Llegada a Jerusalén.

196. El sábado en Getsemaní. Jesús habla de su Madre y de los amores de distintas potencias.

197. En el Templo con José de Arimatea. La hora del incienso.

198. El encuentro con la Madre en Betania. Yabés cambia su nombre por el de Margziam.

199. Donde los leprosos de Siloán y Ben Hinnom. Pedro obtiene a Margziam por medio de María.

200. Coloquio de Áglae con el Salvador. *

201. El examen de la mayoría de edad de Margziam.

202. Judas Iscariote es reprendido. Llegada de los campesinos de Jocanán.

203. El padrenuestro.

204. La fe y el alma explicadas a los paganos con la parábola de los templos.

205. La parábola del hijo pródigo.

206. Con dos parábolas sobre el Reino de los Cielos, termina la permanencia en Betania,

207. En la gruta de Belén la Madre evoca el nacimiento de Jesús.

208. María Stma. ve de nuevo al pastor Elías y con Jesús va a Betsur donde Elisa.

209. La fecundidad del dolor, en el discurso de Jesús junto a la casa de Elisa en Betsur.

210. Las inquietudes de Judas Iscariote durante el camino hacia Hebrón.

211. Regreso a Hebrón, patria del Bautista.

212. Una ola de amor a Jesús, que en Yuttá habla desde la casita de Isaac.

213. En Keriot una profecía de Jesús y el comienzo de la predicación apostólica.

214. La madre de Judas abre su corazón a María Stma., que ha llegado a Keriot con Simón Zelote.

215. El posadero de Bet-Yinna y su hija lunática.

216. Las infidelidades de los discípulos en la parábola del diente de león.

217. Las espigas arrancadas un sábado.

218. La llegada a Ascalón, ciudad filistea.

219. Los distintos frutos de la predicación de los apóstoles en la ciudad de Ascalón.

220. Los idólatras de Magdalgad y la curación milagrosa de la parturienta.

221. Los prejuicios de los apóstoles respecto a los paganos y la parábola del hijo deforme.

222. Un secreto del apóstol Juan,

223. Una caravana nupcial se libra del asalto de bandidos después de un discurso de Jesús.

224. En el apóstol Juan actúa el Amor. Llegada a Béter.

225. El paralítico de la piscina de Betseida y la disputa sobre las obras del Hijo de Dios.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN TERCER

181. La parábola del trigo y la cizaña.

8 de junio de 1945.

1 Una aurora clara aljofara el lago y envuelve las colinas en niebla, ligera como velo de muselina, tras la cual se ven mas graciosos los olivos y nogales y las casas y las cimas de los pueblos ribereños. Las barcas se deslizan serenas, silenciosas, en dirección a Cafarnaúm. Pero, en un momento dado, Pedro gira la caña del timón; tan bruscamente, que la barca se ladea.

«¿Qué haces!» dice Andrés.

«Allí hay una barca de uno de esos avestruces. Está saliendo de Cafarnaúm. Tengo buenos ojos, y, desde ayer noche, olfato de perro rastrero. No quiero que nos vean. Vuelvo al río. Iremos a pie».

La otra barca ha hecho la misma maniobra, pero Santiago, que va al timón, pregunta a Pedro: «¿Por qué haces esto?».

«Ya te lo diré. Ven detrás de mí».

Jesús, que está sentado en la popa, vuelve de su ensimismamiento ya casi a la altura del Jordán. «Pero ¿qué haces, Simón?» pregunta.

«Bajamos aquí. Hay un chacal merodeando. No podemos ir a Cafarnaúm hoy. Primero voy yo a ver el ambiente; yo con Simón y Natanael. Tres personas dignas contra tres indignas... si es que no son más las indignas».

«¡No veas ahora asechanzas por todas partes! ¿No es la barca de Simón el fariseo?».

«Sí, justamente ésa».

«No estaba cuando la captura de Juan».

«No sé nada».

«Siempre es respetuoso conmigo».

«No sé nada».

«Me haces aparecer como una persona que huye».

«No sé nada».

A pesar de que Jesús no tenga ganas de reír, debe por fuerza sonreír ante la santa testarudez de Pedro.

«¡Pero tendremos que ir a Cafarnaúm, ¿no?! Si no es hoy, será en otro momento...».

«Ya te he dicho que voy antes yo y veo cómo está el ambiente, y... si es necesario... sí, lo

haré también... será un malísimo trago... pero lo haré por amor a ti... Iré... iré donde el centurión a solicitar protección...».
«¡No, hombre, no hace falta!».
La barca se detiene en la pequeña playa desierta que está en el lado opuesto a Betsaida. Bajan todos.

«Venid vosotros dos. Tú también, Felipe. Los jóvenes quedaos aquí. Tardaremos poco».

El neodiscípulo Elías suplica: «Ven a mi casa, Maestro. Para mí sería un motivo de gran alegría que te hospedases en ella...».
«Voy a tu casa. Simón, nos encontraremos en casa de Elías. Adiós, Simón. Ve, pero sé bueno, prudente y misericordioso. Ven, que quiero besarte y bendecirte».
Pedro no da seguridad de que será bueno, ni paciente ni misericordioso; se limita a guardar silencio. Se besan recíprocamente. Es el mismo gesto de saludo de Jesús con el Zelote, Bartolomé y Felipe. Y las dos comitivas se separan ya, tomando direcciones opuestas.

[2]Entran en Corazín en pleno día, terminada ya la aurora. No hay tallito que no brille con gemas de rocío. Los pájaros cantan por todas partes. El aire es puro, fresco: parece saber incluso a leche, a una leche más vegetal que animal. Y hay olor a cereales formándose dentro de las espigas, a almendros cargados de frutos... un olor ya experimentado por mí en las frescas mañanas en los opimos campos de la llanura padana.

Llegan pronto a casa de Elías. Pero ya muchos en Corazín saben que ha llegado el Maestro, y, cuando Jesús está para atravesar el umbral, una madre acude gritando: «¡Jesús, Hijo de David, piedad de mi hijita!». Lleva en brazos a una niña de unos diez años, cérea y flaquísima (más que cérea, amarillenta).

«¿Qué le pasa a tu hija?».
«Tiene fiebres. Se las ha cogido pastoreando por la ribera del Jordán. Porque somos los pastores de un hombre rico. Su padre me ha llamado para que acompañara a la niña, que estaba enferma. Él ha vuelto a los montes. Pero, como sabes, con esta enfermedad no se puede subir a lugares elevados. Y no puedo quedarme aquí. El amo me lo ha permitido hasta ahora. Pero yo estoy encargada de esquilar a las ovejas y de ayudar en los partos. Llega el tiempo de nuestra labor, la de los pastores. Si me quedo, nos despedirán o estaremos divididos; veré morir a mi hija, si subo al Hermón».
«¿Tienes fe en que puedo hacerlo?».
«Hablé con Daniel, pastor de Eliseo. Me dijo: "Nuestro Niño cura todos los males. Ve al Mesías". Desde más allá de Merón vengo con ésta en brazos, buscándote a ti. Y habría seguido caminando hasta encontrarte...».
«No camines más, sino para regresar a casa, al trabajo sereno. Tu hija está curada porque Yo lo quiero. Ve en paz».

La mujer mira a su hija y a Jesús. Quizás espera ver que instantáneamente la niña engorde de nuevo y recupere el color. Ésta también mira al rostro de Jesús, con ojos como platos, aunque cansados, y sonríe.

«No temas, mujer. No te estoy engañando. La fiebre ha desaparecido para siempre. Según vayan pasando los días, la niña recuperará su lozanía. Déjala que camine, no se tambaleará ya, ni sentirá cansancio».

La madre deja en el suelo a la niña, la cual se tiene bien derecha y sonríe cada vez más contenta, y acaba gorjeando con su voz argentina: «¡Bendice al Señor, mamá! ¡Siento que estoy perfectamente sana!» y con sencillez de pastorcita y de niña se lanza al cuello de Jesús y le besa. La madre, reservada como la edad enseña, se prosterna y besa el vestido bendiciendo al Señor.
«Marchaos. Recordad el beneficio que habéis recibido del Señor y sed buenas. La paz esté con vosotras».

3En esto, la gente ya se ha agolpado en el huertecillo de la casa de Elías, ya reclama la palabra del Maestro. Y Jesús cede, a pesar de que no tenga muchas ganas de hacerlo, entristecido como está por la captura del Bautista y por el modo en que se ha producido, y empieza a hablar bajo la sombra de los árboles.

«Durando todavía este hermoso tiempo de cereales que espigan, quisiera proponeros una parábola tomada de ellos. Escuchad.
El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras el hombre y sus siervos dormían, vino su enemigo y esparció semilla de cizaña en los surcos, y se fue. Nadie al principio se dio cuenta de nada. Llegó el invierno y con él las lluvias y escarchas; llegó el final de Tébet y brotó el trigo: un verde tierno de hojitas apenas despuntadas; parecían todas iguales en su inocente infancia. Llegó Sabat y luego Adar y se formaron las plantas y luego granaron las espigas. Entonces se vio que el verde no era todo de trigo, sino que también había cizaña, y bien enroscada a los tallitos del trigo con sus zarcillos finos y tenaces.
Los siervos del amo fueron a su casa y dijeron: "Señor, ¿qué semilla has sembrado? ¿No era simiente selecta, sin semilla alguna que no fuera de trigo?".
"Claro que lo era. He elegido los granos, todos de igual formación: me hubiera dado cuenta, si hubiera habido otras semillas".
"¿Y entonces, cómo es que ha nacido tanta cizaña entre tu trigo?".
El patrono pensó y respondió: "Algún enemigo mío me ha hecho esto para perjudicarme".
Los siervos preguntaron entonces: "¿Quieres que recorramos los surcos y, con paciencia, arranquemos la cizaña para liberar las espigas? Mándalo y lo haremos".
Pero el patrono respondió: "No. Al hacerlo, podríais extirpar también el trigo y, casi seguro, dañar las espigas, que están aún tiernas. Dejad que estén juntos ambos hasta la siega; entonces diré a los segadores: 'Segad todo junto. Antes de atar las gavillas, ahora que los zarcillos de la cizaña al secarse se han hecho friables, y, por el contrario, las apretadas espigas están más fuertes y duras, separad del trigo la cizaña y haced con ella haces aparte; después los quemaréis: servirán de abono para el terreno. Pero el buen trigo llevadlo a los graneros: servirá para hacer un excelente pan, con bochorno para mi enemigo, que lo único que habrá ganado será resultar abyecto a Dios por su odio' ".
Ahora reflexionad en vuestro interior acerca de lo frecuente y numerosa que es la siembra del Enemigo en vuestros corazones. Comprended, pues, cuán necesario es vigilar con paciencia y constancia para que poca cizaña se mezcle con el trigo seleccionado. El destino de la cizaña es arder. ¿Queréis arder o llegar a ser ciudadanos del Reino? Decís que queréis ser ciudadanos del Reino. Pues sabedlo ser. El buen Dios os da la Palabra. El Enemigo vigila para transformarla en nociva, porque harina de trigo mezclada con harina de cizaña da pan amargo, nocivo para el vientre. Si tenéis cizaña en vuestra alma, sabed con vuestra buena voluntad separarla, para arrojarla fuera y no ser indignos de Dios.

Podéis iros, hijos. La paz sea con vosotros».

[4]La gente va despejando el lugar lentamente. Al final, en el huerto no quedan sino los ocho apóstoles, Elías, el hermano y la madre de éste y el anciano Isaac, que apacienta su alma mirando de hito en hito a su Salvador.

«Venid aquí, en torno a mí, y escuchad. Os voy a explicar el sentido completo de esta parábola, que tiene otros dos aspectos además del que he dicho a la muchedumbre.

En el sentido universal, la parábola tiene esta aplicación: el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del Reino de Dios, sembrados por Dios en el mundo en espera de que alcancen su máximo desarrollo y sean cortados por la Guadaña, y los lleven al Amo del mundo para que los almacene en sus graneros; la cizaña son los hijos del Maligno, esparcidos a su vez por el campo de Dios con la intención de causar dolor al Amo del mundo y de perjudicar a las espigas de Dios - el Enemigo de Dios, por un sortilegio, los ha sembrado de propósito (porque verdaderamente el Diablo desnaturaliza al hombre hasta hacer de éste una criatura suya, y siembra la cizaña para apartar de la recta vía a los que no ha podido someter de otra manera) -; la siega, o, más exactamente, la formación de las gavillas y su transporte a los graneros, es el fin del mundo, y quienes la llevan a cabo son los ángeles: a ellos les ha sido encargado reunir a las segadas criaturas, y separar el trigo de la cizaña; y, de la misma forma que ésta es arrojada a las llamas en la parábola, así serán arrojados al fuego eterno los condenados, en el Ultimo Juicio.
El Hijo del hombre ordenará eliminar de su Reino a todos los que hayan cometido escándalos y a los inicuos. Porque el Reino estará en la tierra y en el Cielo y entre los miembros del Reino de la tierra habrá, mezclados, muchos hijos del Enemigo, los cuales, como dijeron también los Profetas, alcanzarán la perfección del escándalo y de la abominación en cada uno de los ministerios de la tierra y atormentarán gravemente a los hijos del espíritu. Del Reino de Dios, de los Cielos, ya habrán sido alejados los pervertidos, porque en el Cielo no cabe corrupción. Así pues, los ángeles del Señor, batiendo la hoz por entre las hileras de la última cosecha, segarán y luego separarán el trigo de la cizaña; ésta será arrojada al horno ardiente, donde habrá llanto y rechinar de dientes; los justos - el trigo selecto -, sin embargo, serán conducidos a la Jerusalén eterna, donde brillarán como soles en el Reino del Padre mío y vuestro.

[5]Esto en el sentido universal. Pero, para vosotros, hay otro sentido más, que responde a las preguntas que en distintas ocasiones, especialmente desde ayer noche, os estáis haciendo. Vosotros os preguntáis: "¿Pero, entonces, entre la masa de los discípulos puede haber traidores?", y se estremece vuestro interior de horror y turbación. Pues bien, puede haberlos; es más, los hay.

El Sembrador esparce la buena semilla. En este caso, más que "esparcir" se podría decir: "coge", porque el maestro, sea Yo o sea Juan el Bautista, había elegido a sus discípulos. ¿Cómo es que, entonces, se han pervertido? No, no, digo mal llamando "semilla" a los discípulos; podríais entenderlo mal; diré "campo". Cada discípulo es un campo, elegido por el maestro para constituir el área del Reino de Dios, los bienes de Dios. A ellos dedica el maestro su esfuerzo para cultivarlos y que den todo el fruto. Todos los cuidados, todos; con paciencia, amor, sabiduría, esfuerzo, constancia; ve también sus tendencias malas, sus sequedades y avideces, obcecaciones y

debilidades. Y espera, siempre espera, corroborando su esperanza con la oración y la penitencia, porque quiere llevarlos a la perfección.

Pero las parcelas de terreno están abiertas; no son un jardín cerrado, amurallado, cuyo patrono sea sólo el maestro y en las cuales pueda entrar sólo él. Están abiertas. Puestas en el centro del mundo, en medio del mundo; todos se pueden acercar y entrar en ellas. Todos y todo. ¡No es la cizaña la única mala semilla sembrada! La cizaña podría ser símbolo de la ligereza amarga del espíritu del mundo. No, en estos campos nacen, arrojadas por el Enemigo, todas las otras semillas: ortigas, esteba, cuscuta, convólvulos, cicuta y otras plantas venenosas. ¿Por qué? ¿Qué son?

Las ortigas son los espíritus punzantes, indomables, que hieren por exceso de veneno y causan mucho malestar. La esteba son los parásitos, que agotan al maestro sin saber hacer cosa alguna que no sea arrastrarse y chupar, gozando del trabajo de éste y perjudicando a los que ponen su mejor voluntad, que verdaderamente sacarían mayor provecho si el maestro no se viera turbado y distraído por las atenciones que exige la esteba. Los convólvulos ociosos que no se levantan del suelo si no es aprovechándose de los demás. Las cuscutas son tormento en el camino ya de por sí penoso del maestro, tormento también para los discípulos fieles que le siguen; son como garfios, se hincan, desgarran, arañan, introducen desconfianza y sufrimiento. Las plantas venenosas representan a los delincuentes entre los demás discípulos, aquellos que incluso traicionan o matan, como la cicuta y otras plantas tóxicas. ¿Habéis visto alguna vez qué bonitas son, con sus florecillas que se transforman en bolitas blancas, rojas, o de color cerúleo-violeta? ¿Quién puede pensar que esa corola estelar, cándida o apenas rosada, con su corazoncito de oro... quién puede pensar que esos corales multicolores, tan semejantes a otros tantos pequeños frutos - delicia de pájaros y niños -, pueden, una vez maduros, ocasionar la muerte? Nadie. Y los inocentes caen en la trampa: creen que todos son buenos como ellos, los cogen... y mueren.

¡Creen que todos son buenos como ellos! ¡Oh, qué verdad que sublima al maestro* y condena a quien le traiciona! ¿Cómo? ¿La bondad no desarma?, ¿no hace inocua a la mala voluntad? No, no la hace inocua porque el hombre que ha caído en manos del Enemigo es insensible a todo lo superior, y cualquier cosa superior, para él, cambia de aspecto: la bondad será entonces debilidad que puede ser lícitamente pisoteada, y agudiza su mala voluntad, como el olor de la sangre agudiza en una fiera el deseo de degollar. También el maestro es siempre inocente... y deja que el traidor le envenene, porque no quiere, y no puede dejar pensar a los otros que un hombre pueda llegar a matar a un inocente.

[6]En los campos del maestro (los discípulos) penetran los enemigos, que son muchos (el primero, Satanás; los otros, sus siervos, o sea, los hombres, las pasiones, el mundo y la carne). El discípulo más vulnerable frente a aquéllos es el que no está *enteramente* con su maestro, sino a caballo entre el maestro y el mundo. No sabe, no quiere separarse enteramente de lo que constituye mundo, carne, pasiones y demonio, para ser enteramente de aquel que a Dios le lleva. Sobre éste esparcen sus semillas el mundo y la carne, las pasiones y el demonio. Oro, poder, mujer, orgullo, miedo a un juicio

negativo del mundo, espíritu de utilitarismo: "Los grandes son los más fuertes. Los sirvo para tener su amistad"... ¡Y uno se hace un delincuente, se condena, por estas míseras cosas!...

¿Por qué el maestro, viendo la imperfección de su discípulo - si bien no quiere rendirse ante el pensamiento de que será su asesino -, no le cercena inmediatamente de sus filas? Esta es la pregunta que os hacéis.

La respuesta es: *"Porque hacerlo sería inútil"*. Haciéndolo no lo suprimiría como enemigo; antes al contrario, su enemistad se duplicaría y se haría más diligente, por la rabia de haber sido descubierto o el dolor de haber sido expulsado. Dolor, sí, porque a veces el discípulo malo no se da cuenta de que lo es; tan sutil es la obra demoniaca que no la advierte (viene a ser poseído por el demonio sin sospechar que está siendo sometido a esta operación). Rabia, sí, rabia por haber sido conocido en lo que es; esto sucede cuando no es inconsciente de la operación de Satanás y sus adeptos (los hombres que tientan al débil en sus debilidades para quitar del mundo al santo que ofende sus maldades con el contraste de su bondad).

---

* *La verdad que sublima al maestro* consiste, como MV explica con nota autógrafa en una copia mecanografiada, en *trabajar y redimir con la bondad, trabajar sin crearse esperanzas e ilusiones; por pura voluntad de llevar a cabo el propio deber hasta el extremo; trabajar de forma que los demás no se den cuenta de que otro es un malvado, de modo que no le odien*. Y concluye, aplicando la observación al comportamiento de Jesús respecto a Judas Iscariote: *¡Qué lección divina da el divino Maestro a los maestros de espíritu y a todos los cristianos!*

Y entonces el santo ora y se abandona en Dios: "hágase lo que permites que se haga", dice, añadiendo sólo la cláusula: "si sirve para tu finalidad". El santo sabe que ha de llegar la hora en que serán separadas de sus espigas las malas plantas de cizaña. ¿Y quién lo hará? Dios mismo, que no permite más de cuanto es útil para la victoria de su voluntad de amor».

7 «Pero si admites que siempre son Satanás y sus adeptos... me parece que disminuye la responsabilidad del discípulo» dice Mateo.

«No lo creas. Si el Mal existe, también existe el Bien, y en el hombre existe el discernimiento y con éste la libertad».

«Dices que Dios no permite más de cuanto es útil al triunfo de su voluntad de amor*. Por tanto, este error incluso es útil, si lo permite, y sirve para que triunfe la voluntad divina» dice Judas Iscariote.

«Con lo cual arguyes, como Mateo, que ello justifica el delito del discípulo. Dios había creado al león exento de saña y a la serpiente sin veneno; ahora el primero es feroz y la segunda venenosa. Pero Dios, por este motivo, los ha separado del hombre. Medita en esto y aplica apropiadamente. Vamos a la casa. El sol ya es intenso, demasiado; como si estuviera para venir una tormenta; y estáis cansados por la noche pasada sin dormir».

«La habitación alta de la casa es amplia y fresca. Podréis descansar» dice Elías.

Suben por la escalera exterior. Pero sólo los apóstoles se echan sobre las esteras para descansar; Jesús sale a la terraza, sombreada en un ángulo, bajo un altísimo roble, y se sumerge en sus pensamientos.

---

* *Dios no permite más de cuanto es útil al triunfo de su voluntad de amor.* A propósito de esto, MV escribió una nota que encontramos incluida en una copia mecanografiada, y que termina así: *si bien Dios permite que el hombre lleve a cabo lo que voluntariamente elige realizar - y ello es para depurarlo y confirmarlo en gracia, o juzgarlo merecedor de castigo -, la culpabilidad del hombre no se ve disminuida por ningún motivo. Porque, si bien es verdad que el hombre, bajo el impulso de Dios o el impulso de Satanás, puede hacer el bien o el mal, no es menos cierto que sólo Dios debería ser seguido, en sus incitaciones de amor, por el hombre, que de Él ha recibido todos aquellos dones naturales, morales y sobrenaturales, capaces de hacer de él un hijo de Dios heredero del Cielo.*
Sobre el mismo tema, pueden leerse las palabras reseñadas en 176.4.

182. Palabras a algunos pastores con el huerfanito Zacarías.
9 de junio de 1945.

[1]Pedro no vuelve hasta la mañana siguiente. El regreso es más sereno que la partida, porque no ha encontrado sino buena acogida en Cafarnaúm, y en la ciudad ya no están ni Elí ni Joaquín.
«Deben ser ellos los del complot. He preguntado a unos amigos que cuándo se habían marchado, y he comprendido que habían ido a visitar al Bautista como penitentes y no habían vuelto; y creo que no volverán tan pronto, ahora que he dicho que estaban presentes durante el arresto... Ha producido revuelo este arresto del Bautista... Y me las ingeniaré para que lo sepan hasta los mosquitos... Es nuestra mejor arma. He visto también al fariseo Simón... Bueno... si es como se me ha presentado, su actitud me parece buena. Me dijo, remarcando las palabras: "Aconséjale al Maestro que no siga el curso del Jordán por el valle occidental. Es más segura la otra parte". Y terminó: "Yo no te he visto, no he hablado contigo. Recuérdalo. Obra en consecuencia, por el bien mío, tuyo y de todos. Di al Maestro que soy amigo suyo", y miraba hacia arriba, como si estuviera hablándole al viento. Siempre - incluso cuando hacen cosas buenas - son falsos y... y.. bueno, digo "extraños" para que no me reprendas. Eso sí... fui a dar un toquecito al centurión... Así... diciendo: "¿Está bien tu siervo?". Y, habiéndome sido confirmado, respondí: "¡Menos mal! Pues estáte atento a tenerle sano, porque están al acecho del Maestro. Ya han cogido prisionero Juan el Bautista…". El romano lo ha cazado al vuelo.

¡Es sagaz! Me respondió: "Dondequiera que haya una enseña, estará protegido y habrá quien recuerde a los israelitas que bajo el signo de Roma no se permiten complots, so pena de muerte o cárcel". Son paganos... pero le habría besado. ¡Me gusta la gente que comprende y que *hace*! Así que podemos ir».

«Vamos. Pero no hacía falta todo esto» dice Jesús.

«¡Hacía falta, hacía falta!».

Jesús se despide de la hospitalaria familia que le ha acogido, como también del neodiscípulo, al cual parece que le ha dado instrucciones.

2 De nuevo están solos el Maestro y sus apóstoles. Van andando por la campiña fresca, por un camino que ha tomado Jesús, no sin estupor de Pedro, que quería tomar otro distinto: «Nos alejamos del lago...».

«Llegaremos, de todas formas, a tiempo para lo que debo hacer».

Los apóstoles ya no hablan más. Se dirigen hacia un pequeño pueblecillo, un puñado de casas perdido en la campiña.

Se oye un vivo cascabeleo de rebaños que van a pacer a los montes. Habiéndose detenido Jesús para dejar pasar a un rebaño numeroso, los pastores se lo señalan unos a otros y se reúnen en grupo. Se consultan unos a otros, pero no se atreven a más.

Es Jesús quien elimina irresoluciones e incertidumbres atravesando el rebaño, que se ha detenido a pacer en el pingüe pasto. Va derecho a acariciar a un pastorcito que está hacia el centro de la lanuda aglomeración de ovejas y balidos. Le pregunta: «¿Son tuyas?». Bien sabe Jesús que no son del niño, pero lo que quiere es que hable.

«No, Señor; estoy con aquéllos. Los rebaños son de muchos dueños. Nos hemos unido por los bandidos».

«¿Cómo te llamas?».

«Zacarías, hijo de Isaac. Pero mi padre se murió; yo sirvo porque somos pobres y mi madre tiene a otros tres más pequeños que yo».

«¿Hace mucho tiempo que murió?».

«Tres años, Señor... y desde entonces no he vuelto a reír porque mi madre llora continuamente y yo ya no tengo a nadie que me acaricie... Soy el primogénito, y la muerte de mi padre, siendo todavía un niño, me ha hecho hombre... No debo llorar, sino ganan... Pero, ¡qué difícil es!». Efectivamente, descienden ahora también las lágrimas por esa carita demasiado seria para su edad.

Entretanto, los pastores se han acercado, y también los apóstoles: un grupo de hombres en medio de un bullir de ovejas.

«Tienes padre, Zacarías. Tienes un Padre santo en el Cielo y te ama siempre, si eres bueno; y tu padre no te ha dejado de querer, porque está con Abraham, en su seno. Debes creerlo, y, por esta fe, debes ser cada vez mejor». Jesús habla con dulzura mientras acaricia al niño.

3 Uno de los pastores, intrépido, pregunta: «Eres el Mesías, ¿no es verdad?».

«Sí, lo soy. ¿De qué me conoces?».

«Sé que estás por Palestina y que pronuncias palabras santas. Por esto te reconozco».

«¿Vais lejos?».

«A las montañas altas... Llega el calor.. ¿No nos vas a hablar? Allá en las cimas, donde estamos, hablan sólo los vientos, y algunas veces el lobo haciendo una carnicería, como

en el caso del padre de Zacarías. Hemos estado deseando verte todo el invierno, pero no te hemos encontrada nunca».
«Venid conmigo a la sombra de esa arboleda. Voy a hablaros». Jesús va a la cabeza, llevando de la mano al pastorcillo; acaricia con la mano libre a las corderas, que, balando, levantan el morro.
Los pastores reúnen el rebaño a la sombra del soto maderable, y, mientras las ovejas se acueclan y rumian, o pacen y se restriegan contra los troncos, Jesús habla.

4«Habéis dicho: "Allá en las cimas, donde estamos, hablan sólo el viento, y algunas veces el lobo haciendo una carnicería". Lo mismo que sucede allá en las cimas sucede en los corazones por obra de Dios, del hombre y de Satanás; por tanto, allá arriba podéis tener lo mismo que tendríais en cualquier parte.

¿Tenéis suficiente conocimiento de la Ley como para saber sus diez mandamientos? ¿Tú también, niño? ¿Sí? Pues entonces ya sabéis suficiente. Si practicáis fielmente cuanto Dios ha mandado, seréis santos. No os quejéis de estar lejos del mundo, porque ello os preserva de mucha corrupción. Dios no está lejos de vosotros, sino más cerca, en esa soledad donde habla su voz en el viento que Él ha creado, o en las hierbas y las aguas... más cerca que no entre los hombres. Este rebaño os enseña una gran virtud, es más, muchas grandes virtudes: es manso y obediente; se conforma con poco y agradece lo que tiene; sabe amar a quien le cuida y reconocer a quien le quiere. Haced vosotros lo mismo, diciendo: "Dios es nuestro Padre; nosotros, sus ovejas. Su ojo vela por nosotros. Nos tutela. Nos concede no lo que es fuente de vicio, sino lo que es necesario para la vida".

Y mantened lejos de vuestro corazón al lobo, que representa a los hombres malos, que tal vez os instigan y seducen a malas acciones por orden de Satanás, y al mismo Satanás, que os tienta para que pequéis y así despedazaros. Vigilad. Vosotros, pastores, conocéis las costumbres del lobo. Tan astuto es él como sencillas e inocentes son las ovejas. Primero observa desde lo alto las costumbres del rebaño, luego se acerca despacio, deslizándose entre los matorrales. Para no llamar la atención, permanece inmóvil en posiciones pétreas: ¿no parece, acaso, un bloque de piedra que ha rodado hacia abajo para caer entre las matas? Pero luego, una vez que se ha asegurado de que nadie vigila, salta y apresa con sus dientes. Lo mismo hace Satanás: os vigila para conocer vuestros puntos flacos, merodea alrededor de vosotros, parece inocuo, ausente, atento a otras cosas, cuando en realidad os está vigilando; luego, de repente, salta para arrastraros al pecado; y alguna vez lo consigue.

Pero tenéis cerca a un médico y a un ser compasivo: Dios y vuestro ángel. Si os habéis herido, si habéis enfermado, no os separéis de ellos, cual perro afecto de rabia; antes bien, llorando, elevad a ellos vuestro grito de ayuda. Dios perdona al arrepentido, vuestro ángel está dispuesto a suplicar por vosotros y con vosotros a Dios.

5Amaos entre vosotros y amad a este niño. Todos os debéis sentir un poco padres de este huérfano. Que la presencia de un niño entre vosotros modere vuestras acciones con el freno santo del respeto hacia los niños. Y

que vuestra presencia a su lado supla lo que la muerte le ha arrebatado. Hay que amar al prójimo. Este niño es el prójimo que Dios os confía de manera especial. Educadle bueno y creyente, honesto y sin vicios. Vale mucho más que una de estas ovejas. Pues bien, si cuidáis de ellas porque son del patrono y os castigaría si las dejaseis morir, ¡cuánto mayor habrá de ser vuestro cuidado para con esta alma que Dios os confía por Él mismo y por el difunto padre! Bien triste es su condición de huérfano, no la agravéis aprovechándoos de su tierna edad y de su orfandad para avasallarle. Pensad que Dios ve las acciones y las lágrimas de todos los hombres, y todo lo tiene en cuenta para premiar y castigar.

Y tú, niño, recuerda que nunca estás solo. Dios te ve, y también el espíritu de tu padre. Cuando algo te turbe y te proponga hacer el mal, di: "No, no quiero la eterna orfandad". Huérfano para siempre serías, en efecto, si condenaras tu corazón con el pecado.

Sed buenos. Yo os bendigo para que todo el bien os acompañe. Si siguiéramos el mismo camino, continuaría hablando todavía mucho; mas el Sol ya va estando alto y tenéis que partir, y Yo también: vosotros, a resguardar de este fuego a las ovejas; Yo, a apartar de otro fuego, más tremendo, a algunos corazones. Orad para que vean en mí el Pastor. Adiós, Zacarías. Sé bueno. Paz a vosotros».

Jesús besa al pastorcito y da su bendición; y, mientras el rebaño se encamina lentamente, Él lo sigue con la mirada, para volver luego a su camino.

6«Has hablado de apartar a los corazones de otro fuego... ¿A dónde vamos?» pregunta Judas Iscariote.

«Por el momento, a aquel sitio con más sombra, donde aquel ríachuelo. Comeremos allí. Luego sabréis a dónde vamos».

Jesús dice: «Insertad aquí el segundo momento de la conversión de María de Magdala, recibido el año pasado, el 12 de agosto de 1944 (título: "Pedro, no la insultes; ruega por los pecadores")».

183. La curación de un hombre herido en casa de María de Magdala.

12 de agosto de 1944.

1Todo el colegio apostólico está en torno a Jesús. Están sentados en la hierba, a la sombra de un sotillo, a la orilla de un regato; todos comen pan y queso, y beben agua del riachuelo, fresca y cristalina. Las sandalias polvorientas dan a entender que han recorrido mucho camino. Los discípulos quizás no pedirían otra cosa sino descansar sobre la hierba alta y fresca.

Pero el incansable Caminante no es de esta opinión. En cuanto juzga que ha pasado la hora de mayor calor, se pone en pie, sale al camino, mira... se vuelve y dice simplemente: «Vamos».

A la altura de una bifurcación, o, más exactamente, un cuadrivio - en efecto, en ese punto se unen cuatro caminos -, Jesús toma sin vacilar dirección Norte-Este.
«¿Volvemos a Cafarnaúm?» pregunta Pedro.
Jesús responde: «No». únicamente "no".
«Entonces, a Tiberíades» insiste Pedro, que quiere saber.
«Tampoco».
«Pero, este camino va hacia el Mar de Galilea... y allí están Tiberíades y Cafarnaúm...».

«Y también Magdala» dice Jesús con una expresión semiseria para que se aplaque la curiosidad de Pedro.

«¿Magdala!...». Pedro se muestra un poco escandalizado, lo que me hace pensar que esta ciudad tiene mala fama.

«A Magdala, sí, a Magdala. ¿Te consideras demasiado puro para entrar en ella? ¡Pedro, Pedro!... Por amor a mí tendrás que entrar, no en una ciudad de placer, sino en verdaderos prostíbulos... Cristo no ha venido para salvar a los salvados, sino para salvar a los perdidos... y tú... tú serás "Piedra", o "Cefas", y no "Simón", para esto. ¿Tienes miedo a contaminarte? ¡No, no! ¿Ves a éste? - indica al jovencísimo Juan -. Pues ni siquiera él sufrirá daño, porque no quiere; como tampoco quieres tú, ni quiere tu hermano ni el hermano de Juan. Ninguno de vosotros, por ahora, quiere. Mientras no se quiere, no se verifica el mal. Pero es necesario no querer fuerte y constantemente. La fuerza y la constancia se consiguen del Padre, orando con sinceridad de propósitos. En el futuro no todos sabréis siempre orar así... ¿Qué estás diciendo, Judas? No te fíes demasiado de ti mismo. Yo, que soy el Cristo, oro constantemente, para tener fuerza contra Satanás. ¿Eres, acaso, tú más que Yo? El orgullo es como una grieta, por ella entra Satanás. Vigila y sé humilde, Judas. Mateo, tú que conoces muy bien esta zona, dime, ¿conviene entrar por este camino o hay otro mejor?».
«Según, Maestro. Si quieres ir a la Magdala de los pescadores y pobres, éste es el camino, por aquí se entra al suburbio popular; pero - no lo creo, pero te lo digo para que la respuesta mía sea amplia - si quieres ir adonde viven los ricos, hay que dejar este camino dentro de algunos centenares de metros y tomar otro, porque las casas ricas están casi a esta altura y hay que volver para atrás...».
«Volvemos para atrás. Quiero ir a la Magdala de los ricos. ¿Qué has dicho, Judas?».
«Nada, Maestro. Es la segunda vez en poco tiempo que me lo preguntas, cuando en realidad no he dicho nada».

«No con los labios, pero sí que has hablado, murmurando, con tu corazón. Has murmurado con tu huésped: el corazón. Para hablar no es indispensable tener como interlocutora a otra criatura; muchas palabras nos las decimos a nosotros mismos... Pues bien, no se debe cometer murmuración o calumnia ni siquiera con el propio *yo*».

2El grupo continúa su camino, ahora en silencio. Lo que antes era una vía de primer orden ahora es una calle de la ciudad, pavimentada con piedras de un palmo cuadrado. Las casas van siendo cada vez más ricas y bonitas, construidas entre huertos exuberantes y jardines floridos. Tengo la impresión de que la Magdala elegante fuera para los palestinos una especie de lugar de placer como ciertas pequeñas ciudades de nuestros lagos lombardos: Stresa, Gardone, Pallanza, Bellagio, etc., etc. Con los palestinos ricos están entremezclados los romanos, que sin duda proceden de otros

centros, como Tiberíades o Cesarea, donde, en torno al Gobernador, habrán sido, ciertamente, funcionarios y comerciantes exportadores de los mejores productos de la colonia palestina para Roma.

Jesús se interna, seguro, como quien sabe a dónde va. Sigue el lago, a cuya orilla se asoman las casas con sus jardines.

En esto, se oye un gran coro de llanto, proveniente del interior de una rica mansión: son voces de mujeres y niños, y, agudísima, una voz femenina que grita: «¡Hijo! ¡Hijo!». Jesús se vuelve y mira a los apóstoles. Judas se adelanta unos pasos. «Tú no» ordena Jesús. «Tú, Mateo; ve y pregunta».

Mateo va y regresa. «Una pelea, Maestro, Un hombre está muriendo. Es un judío. El que le ha herido se ha escapado; era un romano. Han llegado enseguida su mujer y su madre y los niños... Está muriendo».

«Vamos».

«Maestro... Maestro... Ha ocurrido en casa de una mujer... que no es la esposa».

«Vamos».

[3]La puerta de la casa está abierta. Entran en un largo y ancho vestíbulo que da a un bonito jardín (la casa parece estar dividida por esta especie de peristilo cubierto y muy rico en plantas verdes en macetas y con muchas estatuas y objetos taraceados; mitad sala, mitad invernáculo). Hay mujeres llorando en una habitación que da al vestíbulo y cuya puerta está abierta de par en par. Jesús entra sin vacilaciones. No pronuncia su saludo habitual.

Entre los hombres presentes hay un mercader que debe conocer a Jesús, porque nada más verle dice: «¡El Rabí de Nazaret» y le saluda respetuosamente.

«José, ¿qué ha sucedido?».

«Maestro, una puñalada en el corazón... Está muriendo».

«¿Cuál ha sido la causa?».

Una mujer entrecana y despeinada se levanta - estaba arrodillada junto al moribundo, sujetándole una mano ya inerte - y, con ojos de loca, dice a voz en grito: «Ella, ella... Me lo ha maleado... ¡Para él ya no había ni madre ni mujer ni hijos! ¡Al infierno has de ir, diablo!».

Jesús alza los ojos siguiendo la mano que temblando acusa, y ve en el rincón, contra la pared de color rojo oscuro, a María de Magdala, más procaz que nunca; la mitad del cuerpo vestida... yo diría... de nada, porque de la cintura hacia arriba está semidesnuda, con una especie de redecilla, de malla exagonal, de unas cositas redondas que parecen pequeñas perlas (de todas formas, estando en penumbra, no veo bien).

Jesús baja de nuevo sus ojos. A María le sienta como un bofetón esta indiferencia; se endereza - antes estaba ligeramente agachada - y finge una actitud desenvuelta.

«Mujer - dice Jesús a la madre - no impreques. Responde: ¿Por qué estaba tu hijo en esta casa?».

«Ya te lo he dicho. Porque ella le había desquiciado. Ella».

«Silencio. También él entonces - siendo adúltero y padre indigno de estos inocentes - pecaba; merece, por tanto, su castigo. Ni en esta vida ni en la otra hay misericordia para el que no se arrepiente. No obstante, siento piedad de tu dolor y de estos inocentes. [4]¿Está lejos tu casa?».

«A unos cien metros».

«Levantad a este hombre y llevadle».

«No es posible, Maestro» dice el mercader José. «Está para morir de un momento a otro».

«Haz lo que digo».

Pasan una tabla por debajo del cuerpo del moribundo. El cortejo sale lentamente, cruza la calle, entra en un sombreado jardín. Las mujeres siguen llorando rumorosamente.

Nada más entrar el cortejo en el jardín, Jesús se vuelve a la madre: «¿Puedes perdonar? Sí tú perdonas, Dios perdona. Es necesario hacerse bueno el corazón para obtener gracia. Este hombre ha pecado y pecará más veces; mejor le sería morir, porque, viviendo, volverá a caer en el pecado y tendrá que responder además de la ingratitud hacia Dios salvador. Pero, tú y estos inocentes - y señala a la esposa y a los niños - caeríais en la desesperación, Yo he venido para salvar y no perder. Hombre, Yo te lo digo: ¡vuelve y queda curado!».

El hombre reprende vida y abre los ojos; ve a su madre, a sus hijos, a su mujer, e inclina la cabeza avergonzado.

«Hijo, hijo» dice la madre. «Hubieras muerto si no te hubiera salvado Él. Torna en ti. No delires por una...».

Jesús interrumpe a la anciana. «Mujer, calla. Sé misericordiosa como contigo se ha sido. Tu casa ha sido santificada por el milagro, que es siempre prueba de la presencia de Dios. Por este motivo no lo he podido cumplir donde había pecado. Que al menos tú sepas conservarla, aunque este hombre no sepa hacerlo. Cuidadle ahora. Es justo que sufra un poco. Sé buena, mujer. Y tú. Y vosotros, pequeños. Adiós». Jesús ha posado la mano sobre la cabeza de las dos mujeres y de los pequeñuelos.

5 Luego sale, pasando por delante de la Magdalena, que ha seguido al cortejo hasta el otro lado de la calle y se ha quedado apoyada contra un árbol. Jesús aminora el paso como aguardando a los discípulos, pero creo que su verdadera intención es la de darle a María ocasión de hacer un gesto; pero ella no lo hace.

Los discípulos se unen a Jesús. Pedro no puede contenerse y entre dientes dice a María un epíteto adecuado. Ella, que quiere aparentar desenvoltura, rompe a reír con una carcajada de mísera victoria.

Pero Jesús ha oído la palabra de Pedro y se vuelve a él severo: «Pedro, Yo no insulto; no insultes tú. Ruega por los pecadores, nada más».

María quiebra el gorjeo de su risa, agacha la cabeza y huye como una gacela en dirección a su casa.

184. El pequeño Benjamín de Magdala y dos parábolas sobre el Reino de los Cielos.

10 de junio de 1945.

[1]El milagro debe haberse producido hace poco, porque los apóstoles hablan de ello y algunas personas de la ciudad - señalándose unos a otros al Maestro - lo comentan. Jesús, erguido y grave, se pone en marcha en dirección a la periferia de la ciudad, que es la parte de los pobres.

Se detiene a la altura de una casuca de la que sale, dando saltos, un niño, seguido de su madre. «Mujer, ¿me dejas entrar en tu huerta y estar un poco, hasta que el sol deje de calentar tanto?».

«Entra, Señor. A la cocina incluso, si quieres. Voy a traerte agua y alguna otra cosa».

«No trajines, me basta con estar en esta tranquila huerta».

Pero la mujer se empeña en ofrecer agua con no sé qué diluido, y se mueve por la huerta, de acá para allá, como deseosa de hablar pero sin atreverse; pone atención a sus hortalizas, aunque sólo aparentemente porque en realidad está pendiente del Maestro. Pero la molesta el niño, que, con sus gritos - cuando caza una mariposa u otro insecto - le impide oír lo que Jesús está diciendo; se pone nerviosa y... le suelta un cachete al niño, el cual ahora grita más fuerte.

Jesús - que a la pregunta de Simón el Zelote: «¿Piensas que María esté impresionada?» estaba respondiendo: «Más de lo que parece...» - se vuelve y llama al niño, el cual corre a terminar de llorar en las rodillas de Jesús.

La mujer llama a su hijo: «¡Benjamín, ven aquí, no molestes!».

Pero Jesús dice: «Déjale, déjale, que va a estarse quieto y te va a dejar tranquila» luego, al niño: «No llores. No te ha hecho daño tu mamá; lo único, te ha hecho obedecer; bueno, quería hacerte obedecer. ¿Por qué gritabas si ella quería silencio? Quizás es que se siente mal y tus gritos la molestan».

Pero el niño, inmediatamente, con esa insuperable franqueza de los niños que es la desesperación de los mayores, dice: «No. No es que se sienta mal. Lo que quería era oír lo que decías... Me lo ha dicho. Pero yo quería venir contigo, y entonces alborotaba adrede para que me mirases».

Todos se echan a reír y la mujer se pone como un tomate.

«No te ruborices, mujer. [2]Ven aquí. ¿Me querías oír hablar? ¿Por qué?».

«Porque eres el Mesías. Con el milagro que has hecho tienes que ser el Mesías... Y tenía interés en oírte. Yo no salgo nunca de Magdala, porque tengo... un marido difícil y cinco niños. El menor tiene cuatro meses... y Tú aquí no vienes nunca».

«He venido, y además a tu casa. ¿Ves?».

«Por eso quería oírte».

«¿Dónde está tu marido?».

«En el mar, Señor. Si no se pesca, no se come. Yo sólo tengo esta huertecilla. ¡No es suficiente para siete personas! Y, no obstante, Zaqueo quisiera que fuera suficiente...».

«Ten paciencia, mujer. Todos tienen su cruz».

«¡No, no! Las desvergonzadas lo único que tienen es el placer. ¿Has visto lo que hacen las impúdicas! Gozan ellas y hacen sufrir a los demás. No se agotan, no, ni trayendo hijos a este mundo ni trabajando. No se hacen ampollas con la azada ni se despellejan las manos lavando. Se conservan guapas y frescas. La condena de Eva no es para ellas; más bien ellas son nuestra condena, porque... los hombres... Ya me entiendes».

«Entiendo, sí; pero has de saber que también tienen su tremenda cruz: la más tremenda, la que no se ve: la de la condena de su conciencia; la de la burla del mundo; la de su propia sangre, que las repudia; la de la maldición de Dios. Créeme, no son felices. No se agotan trayendo hijos a este mundo ni trabajando, no se hacen llagas en las manos bregando; y, sin embargo, se sienten igualmente deshechas; y además sienten vergüenza; y su corazón es una entera llaga. No envidies su aspecto, su lozanía, su aparente serenidad. Tras ese velo, lo que hay es una desolación mordiente y que no permite paz. No envidies su sueño, tú, madre honesta que sueñas con tus inocentes, pues la pesadilla está a su cabecera; y mañana, el día de su agonía o su vejez, remordimiento y terror...».

«Es verdad... Perdona... [3]¿Me dejas estar aquí?».

«Quédate aquí. Contaremos una bonita parábola a Benjamín. Los que no son niños, que la apliquen a sí mismos y a María de Magdala. Escuchad.

Dudáis acerca de la conversión de María al bien. No da, en efecto, ningún signo que indique este cambio. Consciente de su grado y su poder, ella, descarada e impúdica, ha osado desafiar a la gente viniendo incluso hasta el umbral de la casa donde se lloraba por causa suya. Luego, al reproche de Pedro ha respondido con una carcajada; y a mi mirada amigable, endureciéndose con soberbia. Vosotros quizás habríais deseado, quién por amor a Lázaro, quien por amor a mi, que le hubiera hablado directa y largamente, y que la hubiera subyugado con mi poder y le hubiese mostrado mi fuerza de Mesías Salvador. No. No es necesario tanto. Ya lo dije hace muchos meses respecto a otra pecadora: las almas deben labrarse a sí mismas. Yo paso y esparzo la semilla. Ocultamente la semilla trabaja. Hay que respetar este trabajo del alma. Si la primera semilla no arraiga en la tierra, se siembra otra, y otra... y sólo se retira uno cuando se tienen pruebas ciertas de la inutilidad de seguir sembrando. Y se ora. La oración es como el rocío, que mantiene los tormos esponjosos y nutridos, con lo que la semilla puede germinar. ¿No es lo que haces tú, mujer, con tus hortalizas?

[4]Escuchad ahora la parábola del trabajo de Dios en los corazones para instaurar en ellos su Reino (porque cada corazón es un pequeño Reino de Dios en la tierra: después, más allá de la muerte, todos estos pequeños reinos se congregan en uno solo, en el ilimitado, santo, eterno Reino de los Cielos).

El Sembrador divino crea el Reino de Dios en los corazones. Va a su propiedad - el hombre es de Dios y, por tanto, todos los hombres inicialmente le pertenecen - y esparce su semilla; luego va a otras propiedades, a otros corazones. Suceden los días a las noches y las noches a los días: los días aportan sol y lluvias (en este caso, rayos de amor divino y efusión de la divina sabiduría que habla al espíritu); las noches, estrellas y silencio sosegado (en nuestro caso, destellos de Dios que reclaman nuestra atención y silencio para el espíritu, para que el alma se recoja y medite).

La semilla, con esta serie de favores imperceptibles - aunque potentes -, se hincha, se abre, echa raíces, arraiga fuertemente en el terreno, da sus primeras hojitas, y crece; y todo ello sin la ayuda del hombre. La tierra, espontáneamente, produce de la semilla el tierno tallo, luego se fortalece el tallo para sostener a la espiga naciente, luego la espiga se eleva, engruesa, se endurece, se dora, se hace dura, perfecta en su granazón. Una vez madura, vuelve el sembrador y mete su hoz porque a esa semilla le ha llegado el tiempo

de su plenitud; no podría ganar más en perfección y por ello es cortada.

Mi palabra realiza esta misma operación en los corazones. Me refiero a los corazones que acogen la simiente. Pero el proceso es lento. No hay que actuar intempestivamente, de modo que todo se estropee. ¡Cuánto le cuesta a la pequeña semilla abrirse; cuánto, hincar en la tierra sus raíces! Pues también le es penoso al corazón duro y salvaje este proceso: debe abrirse, dejarse hurgar, acoger cosas nuevas y alimentarlas con esfuerzo, aparecer distinto al estar revestido de cosas humildes y útiles y no ya de la atractiva, pomposa e inútil exuberante floración que antes le revestía; debe conformarse con trabajar humildemente, sin atraer hacia sí la admiración, para beneficio de la Idea divina; debe exprimir todas sus capacidades para crecer y producir espiga; debe ponerse incandescente de amor para ser trigo. Y, una vez superados respetos humanos verdaderamente muy penosos, después de haber trabajado y haber sufrido y haber tomado afecto a su nueva vestidura, entonces debe despojarse de ella con cruel tajo. Dar todo para tener todo. Acabar despojo para ser revestido en el Cielo con la estola de los santos. Yo os digo que la vida del pecador que se hace santo es el combate más largo, heroico y glorioso.

5Por cuanto os acabo de decir, comprended que es justo que actúe con María como lo estoy haciendo. ¿Actué contigo, Mateo, de forma distinta?».

«No, mi Señor».

«Dime la verdad, ¿te persuadió más mi paciencia o las acerbas reprensiones de los fariseos?».

«Tu paciencia. Tanto, que estoy aquí. Los fariseos, con sus desdenes y anatemas, me hacían desdeñoso, y, por desdén, hacía más mal aún de cuanto hasta entonces había hecho. Pasa eso; uno se endurece más cuando, estando en pecado, se siente tratado como un pecador; pero cuando, en vez de un insulto recibimos una caricia, primero nos quedamos asombrados, luego lloramos... y, cuando se llora, la armadura del pecado - desencajados sus pernos - se derrumba. Entonces nos quedamos desnudos ante la Bondad y le suplicamos con el corazón que nos revista de sí misma».

«Es así, como has dicho. 6Benjamín, ¿te gusta la historia? ¿Sí? ¡Muy bien! Pero, ¿dónde está tu mamá?».

Responde Santiago de Alfeo: «Al final de la parábola ha salido y se ha ido corriendo por aquella calle».

«Iría al mar, para ver si venía su marido» dice Tomás.

«No. Ha ido a casa de su madre, que es anciana, a recoger a mis hermanitos. Mi mamá los lleva allí para poder trabajar» dice el niño, apoyado con confianza en las rodillas de Jesús.

«¿Y tú estás aquí, hombre! ¡Una buena áspid debes ser para que te tenga solo!» observa Bartolomé.

«Soy el mayor, y la ayudo...».

«A ganarse el Paraíso. ¡Pobre mujer! ¿Cuántos años tienes?» pregunta Pedro.

«Dentro de tres años soy hijo de la Ley» dice altivo el pillín.

«¿Sabes leer?» pregunta Judas Tadeo.

«Sí ... pero voy despacio porque... el maestro me echa casi todos los días...».

«¡Ya lo decía yo!» observa Bartolomé.

«¡Lo hago porque el maestro es viejo y feo y siempre está diciendo las mismas cosas que le hacen dormirse a uno! Si fuera como *Él* - señala a Jesús - estaría atento. ¿Tú pegas, si uno se duerme o juega?».

«No pego a nadie. Yo digo a mis discípulos: "Estad atentos por el bien vuestro y por amor a mí"» responde Jesús.

«¡Eso, así sí! Por amor, sí; no por miedo».

«Si cambias y eres bueno, el maestro te estimará».

«¿Tú quieres sólo al que es bueno? Hace poco has dicho que has tenido paciencia con éste, que no era bueno...». La lógica infantil es asediadora.

«Soy bueno con todos; pero a quien se hace bueno le quiero muchísimo y con él soy bueno de forma especialísima».

El niño piensa un momento... luego levanta la cabeza y le pregunta a Mateo: «¿Cómo has conseguido hacerte bueno?».

«Le he querido a Él».

[7]El niño se queda pensando otro poco, mira a los doce y dice a Jesús: «¿Éstos son todos buenos?».

«Ciertamente».

«¿Estás seguro? A veces yo hago como que soy bueno, y es cuando quiero hacer una gamberrada mayor».

La carcajada de todos es estrepitosa; incluso se ríe él, el hombrecito en vías de confesarse; y se ríe Jesús, que le estrecha contra su corazón y le besa.

El niño, que ya se ha hecho muy amigo de todos, quiere jugar, y dice: «Ahora te digo yo quién es bueno» y empieza a elegir. Mira a todos y va derecho hacia Juan y Andrés, que están juntos, y dice: «Tú y tú. Venid aquí». Luego elige a los dos Santiagos y los pone con ellos. Luego a Judas Tadeo. Se queda muy pensativo ante el Zelote y Bartolomé, y dice: «Sois viejos, pero buenos» y los pone con los otros. Considera a Pedro - que sufre el examen poniendo ojos amenazadores en plan de chufla - y le ve bueno. También pasan Mateo y Felipe. A Tomás le dice: «Tú te ríes demasiado. Yo estoy en serio. ¿No sabes que mi maestro dice que el que siempre se ríe yerra en el momento de la prueba?». Pero también pasa Tomás; con nota baja, pero pasa el examen. Luego el niño vuelve a donde Jesús.

«¡Eh, mono, que también estoy yo! ¡No soy ningún árbol. Soy joven y guapo. ¿Por qué no me examinas?» dice Judas Iscariote.

«Porque no me gustas. Mi mamá dice que cuando una cosa no gusta no se toca; se deja encima de la mesa, para que se la coman las personas a quienes les guste. Y también dice que si una persona ofrece una cosa que no nos gusta no se dice: "No me gusta", sino "Gracias, no tengo hambre". Y yo no tengo hambre de ti».

«¿Cómo es eso? Mira, si me dices que soy bueno te doy esta moneda».

«¿Y qué hago con ella? ¿Qué compro con una mentira? Mi mamá dice que el dinero conseguido con engaño es paja. Una vez conseguí de su madre anciana con una mentira un didracma para comprarme bollos de miel y por la noche se transformó en paja; lo había puesto en aquel agujero, debajo de la puerta, para cogerlo a la mañana siguiente y encontré sólo un manojo de paja».

«Pero, ¿por qué no me ves bueno? ¿Qué tengo? ¿Soy bisulco? ¿Soy feo?».

«No, pero me das miedo».

«¿Por qué?» pregunta Judas acercándose al niño.
«No lo sé. Déjame. No me toques, que te araño».
«¡Qué erizo! ¡Está chalado!». Judas se ríe forzadamente.
«No estoy chalado. Tú eres malo» y el niño se refugia en el regazo de Jesús, que le acaricia sin decir nada.
Los apóstoles hacen broma de lo sucedido, poco lisonjero para Judas.

[8]Entretanto la mujer está ya de regreso, con unas doce personas, a las que se van añadiendo otras. Serán ahora unas cincuenta. Todas gente pobre.

«¿Quieres hablarles? Al menos un rato. Esta es la madre de mi marido, y éstos son mis hijos. Aquel hombre de allí es mi marido. Una palabra, Señor» dice suplicante la mujer.

«Para darte las gracias por tu hospitalidad, les hablaré».
La mujer, requerida por un niño de pecho, entra en casa; luego se sienta en el umbral de la puerta y le da el pecho.
«Escuchad. Encima de mis rodillas tengo a un niño que ha hablado muy sabiamente. Ha dicho: "Todas las cosas obtenidas con engaño se vuelven paja". Su madre le ha enseñado esta verdad. No es una fábula, es una verdad eterna. Lo que se hace sin honestidad jamás sale bien, porque la mentira, en palabras, acciones o religión, es siempre signo de alianza con Satanás, maestro de embustes.
No penséis que las obras apropiadas para conseguir el Reino de los Cielos son obras fragorosamente vistosas; son acciones continuas, normales, pero realizadas con un fin sobrenatural de amor. El amor es la simiente del árbol que, naciendo en vosotros, crece hasta el Cielo, y a su sombra nacen todas las demás virtudes. Lo compararé con un minúsculo grano de mostaza. ¡Qué pequeño es! ¡Una de las más pequeñas semillas esparcidas por el hombre! Y, no obstante, ¡fijaos qué robusto y tupido es el árbol cabal, y cuánto fruto da: no ya el cien por ciento, sino el ciento por uno! La más pequeña, pero la que trabaja más diligentemente. ¡Cuántos beneficios os proporciona!
Así es el amor. Si recogéis en vuestro seno una pequeña semilla de amor hacia nuestro santísimo Dios y vuestro prójimo, y actuáis guiados por el amor, no faltaréis contra ningún precepto del Decálogo; no mentiréis a Dios con una falsa religión (de prácticas y no de espíritu), ni al prójimo con conducta de hijos ingratos, de esposos adúlteros - o solamente demasiado exigentes -, de ladrones en las transacciones, de embusteros en la vida, de violentos hacia vuestros enemigos. Fijaos cómo, en esta hora caliente, son muchos los pajarillos que se refugian en el follaje de este huerto. Dentro de poco, ese surco plantado de mostaza - que ahora es todavía pequeña - se verá henchido de trinos de pájaros. Todas las aves vendrán al amparo y a la sombra de estos árboles tan tupidos y cómodos, y las crías de los pájaros aprenderán a usar con seguridad sus alas precisamente en medio de esa pujanza de ramas que hará de escalera para subir, de red para no caer. Así es el amor, base del Reino de Dios.
Amad y seréis amados. Amad y seréis compasivos. Amad y no seréis crueles exigiendo más de lo lícito de quien está a vosotros subordinado. Amor y sinceridad para obtener la paz y la gloria del Cielo. Si no, como ha dicho Benjamín, todas vuestras acciones realizadas mintiendo al amor y a la verdad se os transformarán en paja para vuestro lecho infernal.

No os digo nada más. Unicamente esto: tened presente el gran precepto

del amor y sed fieles a Dios Verdad y a la verdad en cada una de vuestras palabras, acciones y sentimientos, porque la verdad es hija de Dios. Se trata de una continua obra de perfeccionamiento de vosotros mismos, de la misma forma que la semilla crece continuamente hasta alcanzar su perfección; es una obra silenciosa, humilde, paciente. Tened por seguro que Dios ve vuestras luchas y os premia más por venceros en un egoísmo, por retener una palabra mezquina, por no imponer una exigencia, que no si, armados, en la batalla, matarais a vuestro enemigo. Ese Reino de los Cielos que alcanzaréis si vivís como justos está construido con las pequeñas cosas de cada día; con la bondad, la morigeración, la paciencia; contentándose con lo que uno tiene; con la mutua conmiseración; con el amor, sobre todo con el amor.

Sed buenos. Vivid en paz los unos con los otros. No murmuréis. No juzguéis. Dios estará entonces con vosotros. Os doy mi paz como bendición y agradecimiento de la fe que tenéis en mí».

9Tras estas palabras, Jesús se vuelve a la mujer y dice: «Que Dios te bendiga especialmente a ti, porque eres una santa esposa y madre. Persevera en la virtud. Adiós, Benjamín; ama cada vez más la verdad y obedece a tu madre. Descienda sobre ti y tus hermanitos la bendición. Y sobre ti, madre».

Un hombre da unos pasos hacia adelante. Se le ve confuso, balbucea; dice: «Yo... yo... estoy impresionado por lo que dices de mi mujer... No sabía...».

«¿Es que no tienes ojos e inteligencia?».

«Sí».

«¿Y por qué no los usas? ¿Quieres que te los esclarezca?».

«Ya lo has hecho, Señor. De todas formas, yo la amo; lo que pasa es que uno se acostumbra... y... y...».

«Y cree lícito pretender demasiado porque el otro es mejor que nosotros... No lo hagas más. Tu trabajo te pone en continuo peligro. No temas las borrascas, si Dios está contigo; mas teme mucho si lo que está contigo es la Injusticia. ¿Comprendes?».

«Más de lo que has dicho. Trataré de obedecerte... Yo no sabía... no sabía...». Y mira a su mujer como si la estuviera viendo por primera vez.

Jesús da su bendición y sale a la callejuela, y reanuda su camino hacia los campos.

185. La tempestad calmada. Una lección sobre sus preliminares.

30 de enero de 1944.

1Ahora que todos duermen le voy a expresar mi alegría. He "visto" el Evangelio de hoy.

Tenga en cuenta que esta mañana, mientras lo leía, me he dicho a mí misma: «Éste es un episodio evangélico que no veré nunca porque se presta

poco a una visión». Sin embargo, cuando menos me lo esperaba, ha venido a llenarme de alegría.

2 Cuanto sigue es lo que he visto.

Una barca de vela, ni demasiado grande ni demasiado pequeña, una barca de pesca en la que pueden moverse cómodamente cinco o seis personas, surca las aguas de un hermoso lago de color azul intenso.

Jesús duerme en la popa. Va vestido de blanco, como de costumbre. Tiene la cabeza reclinada sobre el brazo izquierdo; debajo del brazo y la cabeza, ha colocado su manto azul-gris doblado varias veces. Está sentado, no echado, en el fondo de la barca; su cabeza apoya sobre esa porción de entablado que está en el extremo de la popa (no sé cómo la llaman los marineros). Duerme plácidamente. Se le ve cansado. Está sereno.

Pedro guía el timón. Andrés se ocupa de las velas. Juan con otros dos que no conozco están poniendo en orden maromas y redes en el fondo de la barca, como si tuvieran intención de prepararse para la pesca (quizás nocturna). Yo diría que el día se encamina al atardecer, pues el Sol desciende ya hacia occidente. Todos los discípulos se han subido las túnicas, de forma que, sujetas con el cinturón, están abolsadas a la altura de la cintura, para así estar más libres de movimientos y poder desplazarse mejor por la barca, salvando remos, asientos, cestas y redes, sin que las túnicas estorben; todos se han quitado el manto.

3 Veo que el cielo se oscurece y el Sol se esconde detrás de unos nubarrones de tormenta que han aparecido al improviso detrás del pináculo de una colina. El viento los empuja velozmente hacia el lago. Por el momento, el viento está alto y el lago se mantiene sereno; eso sí, adquiere una tonalidad más oscura y su superficie se frunce: no son todavía olas, pero empieza a agitarse el agua.

Pedro y Andrés observan el cielo y el lago, y organizan las maniobras para acercarse a la orilla. Pero, he aquí que el viento se abate sobre el lago y en pocos minutos todo bulle y espuma. Olas que se embisten mutuamente, que chocan contra la barquilla, levantándola, bajándola, girándola en todas las direcciones, impiden las maniobras del timón, como el viento las de la vela, que ha de ser arriada.

Jesús sigue durmiendo. No le despiertan ni los pasos, ni las azogadas voces de los discípulos, ni el silbar del viento; ni siquiera los latigazos de las olas contra los costados y la proa. Sus cabellos ondean al viento. Le alcanza alguna salpicadura de agua. Pero Él duerme. Juan saca de debajo de un entablado su manto y, desde la proa, corre a la popa, y le tapa; le cubre con delicado amor.

La tempestad se hace cada vez más amenazadora. El lago está tan negro, que parece como si en él se hubiera derramado tinta; estriado por la espuma de las olas. La barca traga agua. El viento cada vez más la va empujando mar adentro. Los discípulos ya sudan haciendo la maniobra y arrojando por la borda el agua que las olas vierten dentro. Pero no sirve de nada; se ven chapoteando ya en el agua, hasta la mitad de las piernas, y la barca cada vez se hace más pesada.

[4]Pedro pierde la calma y la paciencia. Deja a su hermano el timón y, bamboleándose, se llega a Jesús y le menea vigorosamente.

Jesús se despierta y levanta la cabeza.

«¡Sálvanos, Maestro, que perecemos!» grita Pedro (tiene que gritar para poder ser oído). Jesús mira a su discípulo fijamente, mira a los demás y luego al lago. «¿Tienes fe en que os puedo salvar?».

«Rápido, Maestro» grita Pedro mientras una verdadera montaña de agua originada en el centro del lago se dirige veloz contra la pobre barca; tan alta, espantosa, que parece una tromba de agua. Los discípulos, que la ven venir, se arrodillan y se agarran donde pueden y como pueden, convencidos de que ha llegado el final.

Jesús se alza. Está erguido sobre el entablado de la barca: figura blanca contra el color lívido de la tempestad. Extiende los brazos hacia la enfurecida ola y dice al viento: «¡Deténte y calla!», y al agua: «¡Cálmate. Lo quiero!».

Y el golpe se disuelve en espuma, que cae inocua: un último bramido que se apaga en susurro; y también el viento, mutándose en suspiro su último silbido. Sobre el lago pacificado vuelve el cielo despejado; la esperanza y la fe, al corazón de los discípulos.

No puedo describir la majestad de Jesús: hay que verla para comprenderla. Me deleito en ella en mi interior, pues todavía tengo su presencia, y pienso en cuán plácido era el sueño de Jesús y cuán potente su imperio sobre el viento y las olas.

[6]Jesús dice luego:

«No te voy a comentar el Evangelio en el sentido en que lo hacen todos. Voy a ilustrarte los preliminares del pasaje evangélico.

¿Por qué dormía Yo? ¿No sabía, acaso, que la borrasca estaba llegando? Sí, Yo lo sabía, Yo sólo lo sabía. Y entonces, ¿por qué dormía?

Los apóstoles eran hombres, María; animados, sí, de buena voluntad, pero todavía muy "hombres". El hombre se cree siempre capaz de todo. Y si se da el caso de que realmente sea hábil en algo, se envanece y se llena de apego a su "habilidad".

Pedro, Andrés, Santiago y Juan eran buenos pescadores y, por tanto, se creían insuperables en las maniobras marineras. Yo, para ellos, era un gran "rabí", pero no valía nada como marinero. Por ello, me juzgaban incapaz de ayudarlos, y, cuando subían a la barca para atravesar el Mar de Galilea, me rogaban que estuviera sentado porque no era capaz de nada más. También lo hacían por afecto, porque no querían darme trabajos físicos, si bien el apego a sus capacidades era el elemento más importante.

María, Yo sólo me impongo en casos excepcionales. Generalmente os dejo libres y espero. Aquel día, cansado como estaba y habiéndome solicitado que descansara, o sea, que les dejase actuar a ellos - a ellos que tan duchos eran - me puse a dormir... y a constatar cómo el hombre "es hombre" y quiere actuar por sí solo, y no percibe que Dios no pide sino ayudarle. Veía en esos "sordos espirituales", "ciegos espirituales", a todos los sordos y ciegos del espíritu que durante siglos y siglos acarrearían su propia ruina por querer "actuar por si solos", teniéndome a mí, abierto a sus necesidades, en espera de su llamada pidiendo ayuda.

Cuando Pedro gritó: "¡Sálvanos!", mi amargura descendió como una piedra por su propio peso.

Yo no soy "hombre", soy el Dios-Hombre. No actúo como vosotros, que, cuando uno ha rechazado vuestro consejo o ayuda y luego le veis en problemas, aunque no seáis tan

malos que os alegréis de ello, sí lo sois siempre en cuanto que os le quedáis mirando desdeñosamente y con indiferencia - y no os conmovéis ante su grito que pide ayuda - con grave ademán que significa: "¿No me has aceptado cuando te quería ayudar? Pues ahora arréglatelas solo". No, Yo soy Jesús, soy Salvador, y salvo, María; salvo siempre, en cuanto se me invoca.

6Mas vosotros, bienquistos hombres, podríais objetar: "¿Y por qué permites que se formen tempestades en el individuo o en la colectividad?". Si con mi poder destruyese el Mal (del tipo que fuera), acabaríais creyéndoos *autores* del Bien - que en realidad es un don mío - y no os volveríais a acordar jamás de mí, jamás.

Tenéis necesidad, bienquistos hijos, del dolor para acordaros de que tenéis un Padre; como el hijo pródigo, que se acordó de que lo tenía cuando sintió hambre. Las desventuras sirven para convenceros de vuestra nada, de vuestra insipiencia - causa de tantos errores - y de vuestra maldad - causa de tantos lutos y dolores -, de vuestras culpas - causa de castigo que vosotros mismos os proporcionáis - y de mi existencia, potencia y bondad.

Esto es lo que os dice el Evangelio de hoy, "vuestro" evangelio de la hora presente, pobres hijos míos. Llamadme. Jesús duerme sólo porque está angustiado de ver vuestro desamor hacia Él. Llamadme y acudiré».

186. Los dos endemoniados de la región de los Gerasenos.

11 de junio de 1945.

1Aquí ha de ponerse "La tempestad calmada", del día 30 de enero de 1944. Luego la siguiente visión.

2Jesús, cortado el lago en dirección noroeste-sudeste, manifiesta a Pedro su vivo interés porque desembarque en Ippo. Pedro obedece, sin discutir, descendiendo con la barca hasta la embocadura de un riachuelo que ahora, debido a que es primavera, y también debido al reciente temporal, fluye lleno y fragoroso. Desemboca este curso de agua en el lago, por una hoz escabrosa y llena de escollos, como es toda la costa en este punto. Los mozos aseguran las barcas - hay uno por cada barca - y reciben la orden de esperar hasta la tarde para volver a Cafarnaúm.

«Y haceos los despistados con quien os pregunte» aconseja Pedro. «A quien os pregunte dónde está el Maestro respondedle sin vacilar: "No lo sé"; a quien quiera saber hacia dónde se dirige, lo mismo. Además es verdad, no lo sabéis».

Se separan. Jesús emprende la ascensión de un escarpado sendero que trepa por el cantil casi a pico. Los apóstoles le siguen por la penosa senda hasta la cima del cantil, que muere en un rellano poblado de encinas bajo las cuales pacen muchos cerdos.

«¡Estos fétidos animales no nos dejan pasar!» exclama Bartolomé.
«No. No nos obstaculizan el paso, hay espacio para todos» responde con serenidad Jesús. Por su parte, los porquerizos, viendo a israelitas, tratan de reunir a los cerdos bajo las encinas para dejar libre el sendero. Los apóstoles pasan, haciendo mil muecas de desagrado, entre las porquerías que van dejando estos animales que hozan bien pingües, buscando siempre aumento de pinguosidad.

Jesús pasa sin hacer tanto teatro, y dice a los encargados de la piara: «Que Dios os pague vuestra amabilidad».

Los porquerizos - gente pobre y sólo poco menos sucia que sus cerdos, aunque, eso sí, infinitamente más delgados - le miran perplejos y se ponen a cuchichear entre sí. Uno dice: «A lo mejor no es israelita». A lo cual los otros contestan: «¿No ves las franjas de la túnica?».

El grupo apostólico se une, ahora que pueden continuar el camino juntos por una vereda bastante ancha.

[3]El panorama es precioso. Está elevado sólo unas pocas decenas de metros respecto al lago; suficiente, de todas formas, para poder dominar toda la extensión del agua y las ciudades diseminadas a lo largo de sus márgenes. Tiberíades resplandece con sus bonitas construcciones frente al lugar donde están los apóstoles. Abajo, al pie del cantil basáltico, la breve playa parece un cojín herboso, mientras que en la orilla opuesta, desde Tiberíades hasta la entrada del Jordán, se ve una llanura más bien vasta, y pantanosa debido a las aguas del río - que dan la impresión de encontrar dificultad para reanudar su curso después de la pausa en el sereno lago -, pero tan abundante en todo tipo de hierbas y matas propias de los lugares ricos en agua, y tan poblada de aves acuáticas de irisados colores, como veteadas de gemas, que se contempla ese lugar cual si se tratase de un jardín. Las aves, que están entre las tupidas hierbas y en los cañizares, se elevan, vuelan sobre el lago y hunden sus cuerpos en las aguas para arrebatarles un pez; se elevan de nuevo, mas esplendorosas aún por el agua que ha reavivado los colores de sus plumas, y regresan hacia la florida llanura donde el viento juguetea revolviendo los colores.

Aquí es distinto: una faja de bosques de altísimas encinas, bajo las cuales la hierba crece verde esmeralda y blanda. Acabada ésta, hay una hoyada. Después el monte vuelve a ascender en un empinado promontorio rocoso escalonado, en cuyos rellanos las casas están encostradas (creo que el monte forma una única cosa con las paredes, prestando sus cavernas como viviendas; mitad ciudad troglodita, mitad ciudad común). Es original con esta graduada ascensión en terrazas, que hace que el techo de las casas de la terraza inmediatamente anterior esté a la altura del bajo de las casas del rellano superior. Por los lados en que el monte es mas empinado - hasta el punto de impedir cualquier tipo de construcción - hay cavernas y brechas profundas y veredas escarpadas que descienden hacia el valle y que en tiempo de aguaceros deben transformarse en caprichosos torrentitos. Peñascos de todo tipo, que han rodado por efecto de los aluviones, forman un caótico pedestal en la base de este montecillo tan abrupto y agreste, chepudo y petulante como un tagarote que, no obstante, quiere ser respetado

a toda costa.

«¿No es aquello Gamala?» pregunta el Zelote.

«Sí, es Gamala. ¿La conoces?» dice Jesús.

«Pasé ahí una noche ya muy lejana cuando era un fugitivo; luego vino la lepra y ya no salí de los sepulcros».

«¿Hasta aquí te persiguieron?» pregunta Pedro.

«Venía de la Siria, adonde me había encaminado buscando protección; pero... fui descubierto y tuve que huir hacia estas tierras para evitar ser capturado. Luego, lentamente, siempre bajo amenaza, fui descendiendo hasta el desierto de Tecua, y desde allí, ya leproso, hasta el valle de los Muertos. La lepra me salvaba de mis enemigos...».

«¿Estos son paganos, verdad?» pregunta Judas Iscariote.

«Casi todos. Pocos hebreos, mercantes; y luego un sincretismo de creencias, y de falta completa de creencia... Pero no trataron mal al fugitivo».

«¡Lugares de bandidos! ¡Qué quebraduras!» exclaman muchos.

«Sí - dice Juan (todavía impresionado por la captura de Juan el Bautista) -, pero hay más bandidos al otro lado, creedlo».

«En el otro lado hay bandidos también entre los que llevan el nombre de justos» concluye su hermano.

4 Jesús toma la palabra: «Y, no obstante, los tratamos sin estremecernos, mientras que aquí habéis vuelto la cabeza cuando habéis tenido que pasar al lado de unos animales».

«Son impuros».

«Mucho más lo es el pecador. Éstos son animales hechos así y no se los debe culpar por ello. Sin embargo, el hombre es responsable de ser impuro por el pecado».

«¿Y entonces por qué nos han sido clasificados como impuros?» pregunta Felipe.

«Ya he aludido a ello en una ocasión. Hay razón sobrenatural y razón natural de este orden. La primera consiste en enseñar al pueblo elegido a saber vivir teniendo presente su elección y la dignidad del hombre incluso en una acción tan común como es comer. El salvaje se alimenta de todo, le basta con llenarse el vientre. El pagano, aunque no sea un salvaje, come también todo, sin pensar que comer exageradamente fomenta vicios y tendencias que rebajan al ser humano. Es más, los paganos persiguen este frenesí de placer que para ellos es casi una religión. Los más instruidos de entre vosotros tienen noticia de fiestas obscenas, en honor de sus dioses, que degeneran en una orgía de libídine. El hijo del pueblo de Dios debe saber contenerse, y, en obediencia y prudencia, perfeccionarse a si mismo, teniendo presentes su origen y su fin: Dios y el Cielo. La razón natural es el no estimular la sangre con alimentos que conducen a ardores indignos del hombre, al cual no se le niega el amor carnal, pero debe templarlo siempre con el frescor del alma orientada al Cielo; hacer, por tanto, *amor* - no sensualidad - de ese sentimiento que une al hombre a su compañera, en quien debe ver la congénere y no la hembra. Los pobres brutos, sin embargo, no son culpables de ser puercos, ni de los efectos que su carne pueden a la larga producir en la sangre; y menos culpa todavía tienen los hombres que cuidan de los cerdos. Si son honestos, ¿qué diferencia habrá, en la otra vida, entre ellos y el escriba que está concentrado en sus libros y que, por

desgracia, no aprende en ellos la bondad? En verdad os digo que veremos a porquerizos entre los justos y a escribas entre los injustos. [5]Pero... ¿este argayo!».

Se separan todos de la ladera del monte porque están rodando y rebotando pendiente abajo piedras y tierra, y miran en torno a sí perplejos.

«¡Allí!, ¡allí!, ¡mirad allí! Dos... completamente desnudos... vienen hacia aquí gesticulando. Locos...».

«O endemoniados» responde Jesús a Judas Iscariote, que ha sido el primero en ver a los dos posases que vienen hacia Jesús.

Deben haber salido de alguna caverna del monte. Vienen gritando. Uno de ellos, el que más corre, se lanza hacia Jesús: parece un pajarraco extraño desplumado, pues mucho corre y mucho bracea (en vez de brazos parece tener alas). Se desploma a los pies de Jesús gritando: «¿Has venido aquí, Amo del mundo? ¿Qué tengo que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios altísimo? ¿Ha llegado ya la hora de nuestro castigo? ¿Por qué has venido antes de tiempo a atormentarnos?».

El otro endemoniado, bien porque tenga impedida la capacidad de hablar, bien porque esté poseído por un demonio que le hace tardo, lo único que hace es echarse de bruces contra el suelo y llorar bajo, para luego, sentado, quedarse como inerte, sólo jugando con las piedras y con sus pies desnudos.

El demonio sigue hablando por boca del primero, que se retuerce en el suelo en un paroxismo de terror. Parece como si quisiera oponerse y no pudiera hacer otra cosa sino adorar, atraído y repelido al mismo tiempo por el poder de Jesús. Grita: «¡Te conjuro en nombre de Dios, no me atormentes más. Déjame marcharme! ».

«Sí. Pero fuera de éste. Espíritu impuro, sal de éstos. Di tu nombre».

«Legión es mi nombre, porque somos muchos. Tenemos poseídos a éstos desde hace años, con sus miembros deshacemos lazos y rompemos cadenas, y no hay fuerza humana que los pueda tener sujetos. Siembran el terror por causa nuestra, de ellos nos servimos para que contra ti se blasfeme; en ellos nos vengamos de tu maldición. Rebajamos al hombre a nivel inferior al de las fieras, para escarnecerte; no hay lobo, chacal o hiena, buitre o vampiro, que se pueda equiparar a los que están poseídos por nosotros. Pero, no nos eches. ¡El infierno es demasiado horrendo!...».

«¡Salid! ¡En nombre de Jesús, salid!». Jesús habla con voz de trueno, sus ojos centellean.

«Déjanos, al menos, entrar en esa piara que has visto antes».

«Id».

Con un alarido bestial los demonios se separan de los dos desgraciados, y, entre un improviso remolino de viento que hace cimbrearse a las encinas como si fueran tallos herbáceos, caen sobre los numerosísimos cerdos, los cuales, emitiendo chillidos verdaderamente demoniacos, dan en correr por entre las encinas como posesos; se chocan unos con otros, se hieren, se muerden y, llegados al borde del alto cantil, no teniendo ya más amparo que el agua del fondo, se arrojan al lago. Mientras los porquerizos, trastornados y desolados, gritan aterrorizados, los animales, a centenares, en una sucesión de golpes sordos, zambullen su cuerpo en las aguas serenas, y las rompen en multitud de borbollones de espumas; se hunden, vuelven a emerger, mostrando ora los redondeados vientres, ora los morros puntiagudos en cuyos ojos se lee el terror, para acabar

ahogándose.
Los pastores, gritando, se echan a correr hacia la ciudad.

6 Los apóstoles, que han ido al lugar del desastre, vuelven y dicen: «¡Ni uno se ha salvado! ¡Les has procurado un triste servicio!».

Jesús, sereno, responde: «Es mejor que perezcan dos mil cerdos que no un solo hombre. Dadles un vestido a éstos. No pueden estar así».

El Zelote abre un saco y ofrece uno de sus indumentos; Tomás da el otro. Los dos hombres están todavía un poco atónitos, como si se acabaran de despertar de un sueño muy molesto lleno de pesadillas.
«Dadles algo de comer. Que vuelvan a vivir como hombres».
Y mientras los dos hombres comen el pan y las aceitunas que les han ofrecido y beben del boto de Pedro, Jesús los observa.
Por fin hablan: «¿Quién eres?» dice uno de ellos.
«Jesús de Nazaret».
«No te conocemos» dice el otro.
«Vuestra alma me ha conocido. Ahora levantaos y marchad a vuestras casas».
«Creo que hemos sufrido mucho, pero no recuerdo bien. ¿Quién es éste?» dice el hombre que hablaba por el demonio señalando a su compañero.
«No lo sé. Estaba contigo,».
«¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí?» pregunta a su compañero.
El que era como mudo, que todavía es el más inactivo, dice: «Me llamo Demetrio. ¿Aquí está Sidón?».
«Sidón está en la costa. Aquí estás al otro lado del lago de Galilea».
«¿Y por qué estoy aquí?». ,
Ninguno le puede dar una respuesta.

7 En ese momento está llegando un grupo de personas seguidas por los pastores. La gente parece asustada y curiosa, y su estupor aumenta al ver a los dos hombres vestidos y en orden.

«¡Aquél es Marcos de Josías!... ¡Y aquél es el hijo del mercader pagano!...».

«Y aquél es el que los ha curado. Por Él han muerto nuestros cerdos, porque han enloquecido al entrar en ellos los demonios» dicen los custodios de los animales.
«Señor, reconocemos que eres poderoso, pero ya nos has perjudicado demasiado; nos has hecho un daño de muchos talentos. Te rogamos que te marches, no vaya a ser que por tu poder se derrumbe el monte y se hunda en el lago. Vete...».
«Me voy. Yo no me impongo a nadie». Jesús, sin rebatir, regresa por el mismo camino por el que había venido.
Le sigue, al final de la fila de los apóstoles, el endemoniado que hablaba; detrás, a distancia, muchos habitantes de la ciudad para asegurarse de que se marcha.

8 Salvan en sentido inverso el pronunciado declive del sendero. Regresan a la hoz del torrente, donde están las barcas. Los habitantes de la ciudad permanecen todavía en el borde de la cima del promontorio, mirando. El hombre liberado baja detrás de Jesús.

Los mozos de las barcas están aterrados: han visto la lluvia de cerdos en el lago y todavía contemplan los cuerpos que emergen - cada vez más y cada

vez más hinchados - con las redondeadas panzas al aire y las cortas patitas tiesas, como cuatro estacas clavadas en una voluminosa vejiga sebosa.

«Pero, ¿qué ha pasado?» preguntan.

«Ya os lo contaremos. Ahora soltad y vamos... ¿A dónde, Señor?» dice Pedro.

«Al golfo de Tariquea».

El hombre que los ha seguido, viéndolos subir a las barcas, suplica:

«Tómame contigo, Señor».

«No. Ve a tu casa; los tuyos tienen derecho a tenerte. Háblales de las grandes cosas que te ha hecho el Señor y de cómo ha tenido piedad de ti. Esta zona tiene necesidad de creer. Enciende la llama de la fe en señal de agradecimiento al Señor. Ve. Adiós».

«Dame al menos la fuerza de tu bendición, para que el demonio no se vuelva a apoderar de mí».

«No temas. Si tú no quieres, no vendrá. De todas formas, te bendigo. Ve en paz». Las barcas se separan de la orilla en dirección Este-Oeste. Sólo entonces, cuando aquéllas hienden las olas sembradas de víctimas porcinas, los habitantes de la ciudad que no ha recibido al Señor se retiran del borde de la cima y se marchan.

Aquí detrás está la figura del lugar.

187. Hacia Jerusalen para la Pascua. De Tariquea al monte Tabor.

12 de junio de 1945.

[1]Jesús deja partir a las barcas diciendo: «No vuelvo». Luego, seguido de los suyos, atravesando la zona que ya desde la otra orilla se veía rica, se dirige hacia un monte que aparece en dirección Sur-Oeste.

Los apóstoles, poco entusiastas del camino que atraviesa esta zona, bonita pero agreste, caminan en silencio, hablándose sólo con los ojos. Es, en efecto, una zona llena de espadañas que se enredan en los pies; de cañas que hacen llover en las cabezas la fina lluvia de rocío que se ha depositado en sus hojas de forma de gruesos cuchillos; llena de nódulos que golpean el rostro con el duro mazo de su fruto desecado; de frágiles sauces pensiles, presentes en todas partes, que producen cosquilleo; de zonas traicioneras de hierba, aparentemente arraigada en terreno duro, pero que en realidad cela pozas de agua donde el pie se hunde, pues no son sino aglomerados de colas de zorra y plantas vesiculares, crecidas sobre minúsculas charcas, tan tupidas que esconden el elemento sobre el que han nacido.

Jesús, por su parte, parece deleitarse en todo ese verde con mil colores, con todas esas flores que se arrastran, o que están enhiestas o se agarran a algo para subir; flores que producen festones asperjados de leves campanillas de un rosa malva tenuísimo, o que forman una alfombra delicada de color azul (por los millares de corolas de miosotis palustres), o

che abren el perfecto cáliz de su corola blanca, rosada o azul entre las anchas hojas planas de los nenúfares. Jesús contempla, admirado, los penachos de las cañas palustres, sedosos, cubiertos de aljófares; se inclina, dichoso, a observar la delicadeza de las colas de zorra, que ponen un velo de esmeralda a las aguas; se detiene, extático, ante los nidos que hacen los pájaros con un ir y venir jubiloso (hecho de trinos, zigzagueos y trabajo alegre) con el piquito lleno de pajitas, o de borra de las ramitas, o de vellones de lana arrebatada a los setos, que a su vez se la han arrebatado a los rebaños trashumantes... Parece la persona más feliz del mundo. ¡Qué lejos queda el mundo con sus perversidades, falsedades, dolores, insidias! El mundo está allende los confines de este oasis verde y florido en que todo embalsama, resplandece, ríe, canta. Ésta es tierra como ha sido creada por el Padre, no profanada por el hombre; aquí se puede olvidar al hombre.

2Quiere que los otros compartan con Él su beatitud, pero no encuentra terreno propicio: los corazones están cansados y exasperados por un profundo mal humor, que trasciende las cosas, e incluso al Maestro, en forma de mutismo cerrado, parecido al ambiente quieto que precede a una tormenta. Sólo su primo Santiago, Simón Zelote y Juan se interesan por lo que a Él le suscita interés; los demás están... ausentes, por no decir de mal talante. Quizás, para no murmurar, no hablan entre ellos, pero dentro sí que deben estar hablando, y demasiado.

Sólo una exclamación, aún mayor, de maravilla, ante la joya viva de un martín pescador que viene volando y lleva a su compañera un pececito de plata, les hace salir de su mutismo.

Jesús dice: «¡Pero podrá haber algo más delicado que esto?».

Pedro responde: «Quizás más delicado no... pero te aseguro que es más cómoda la barca. Aquí se está también en el agua, con el agravante de la incomodidad...».

«Yo preferiría el camino que siguen las caravanas, antes que este... jardín, si así quieres llamarlo, y estoy completamente de acuerdo con Simón» dice Judas Iscariote.

«Ese camino no lo habéis querido vosotros» responde Jesús.

«¡Claro!... Pero yo no me hubiera dado por vencido ante los gerasenos. Me hubiera ido de allí, sí, pero luego hubiera proseguido al otro lado del río, bajando por Gadara, Pel.la, etc» refunfuña Bartolomé.

Y su gran amigo Felipe termina: «Los caminos son de todos; en fin, podíamos transitar por ellos también nosotros».

«¡Amigos! ¡amigos! Estoy muy apenado; nauseado... ¡No aumentéis mi dolor con vuestras pequeñeces! Dejad que busque un poco de alivio en las cosas que no saben odiar...».

La reprensión, dulce en su tristeza, toca a los apóstoles.

«Tienes razón, Maestro. Somos indignos de ti. Perdona nuestra estupidez. Tú eres capaz de ver lo bello porque eres santo y miras con los ojos del corazón. Nosotros, que no somos más que burda materia, sentimos sólo esta burda materia... No hagas caso. Puedes estar seguro de que aunque estuviéramos en un paraíso, sin ti, estaríamos tristes; pero, contigo... para el corazón es siempre hermoso; son estos miembros los que se resisten» susurran bastantes de ellos.

3 «Dentro de poco saldremos de aquí y encontraremos suelo más cómodo, aunque menos fresco» promete Jesús.

«¿A dónde vamos exactamente?» pregunta Pedro.

«A llevar la Pascua a algunos que sufren. Hacía tiempo que quería hacerlo, pero no he podido. Lo habría hecho al regreso a Galilea. Ahora, que nos obligan a andar por caminos que no hemos elegido nosotros, iré a bendecir a los pobres amigos de Jonás».

«¡Perderemos tiempo! ¡La Pascua está ya cercana! Por distintos motivos, pero siempre hay retardos». Es otro coro de quejas que se eleva al cielo.

Y yo no sé cómo Jesús puede tener tanta paciencia... Dice, sin regañar a ninguno: «No me pongáis obstáculos, os lo ruego; comprended que preciso amar y ser amado. El único consuelo que tengo en la tierra es el amor y hacer la voluntad de Dios».

«¿Y vamos por aquí? ¿No hubiera sido más bonito ir por Nazaret?».

«Si os lo hubiera propuesto, os habríais rebelado. Ninguno imaginará que estoy en esta zona... Y lo hago por vosotros, porque... tenéis miedo».

«¡Miedo? ¡No, no! ¡Estamos prontos para combatir por ti!».

«Rogad al Señor que no os ponga a prueba. Sé que sois rencillosos, rencorosos; conozco vuestro vehemente deseo de dañar a quien me daña, de humillar al prójimo. Todo esto lo conozco. Lo que no conozco es vuestro coraje. Si por mí fuera, habría ido solo y por el camino mino normal, y no me habría sucedido nada, porque no ha llegado la hora. Pero siento compasión de vosotros. Además, presto obediencia a mi Madre, y... sí, también esto, no quiero que se sienta molesto el fariseo Simón: Yo no les daré motivo, pero ellos sí mostrarán animosidad conmigo».

«¿Y aquí por dónde se pasa? No conozco bien esta zona» dice Tomás.

«Llegaremos al Tabor. Lo bordearemos en parte. Luego pasaremos cerca de Endor para ir a Naím, y de allí a la llanura de Esdrelón. ¡No temáis!... Doras, hijo de Doras, y Jocanán están ya en Jerusalén».

4 «¡Será precioso! Dicen que desde la cima, concretamente desde un punto de ella, se ve el mar grande, el de Roma. ¡Me gusta mucho! ¿Nos llevas a verlo?» suplica Juan, con su rostro de niño bueno alzado hacia Jesús.

«¿Por qué te gusta tanto verlo?» pregunta Jesús acariciándolo.

«No lo sé... Porque es grande y no se ve el límite... Me hace pensar en Dios... Cuando estuvimos en el Líbano, vi por primera vez el mar. Porque yo sólo había navegado el Jordán o nuestro pequeño mar... y lloré de emoción. ¡Tanto azul! ¡Tanta agua!... ¡Y que no se desborda nunca!... ¡Qué cosa más maravillosa! Y los astros, que trazan caminos de luz sobre la superficie del mar... ¡Oh, no os riáis de mí! Miraba el camino de oro del Sol hasta quedar cegado, el de plata de la Luna hasta henchir de fijo candor mis ojos, y los veía perderse muy lejos. Esos caminos me hablaban, me decían: "Dios está en aquella lejanía infinita, éstos son los caminos de fuego y pureza que un alma debe seguir para ir a Dios. Ven. Adéntrate en el infinito, remando por estos dos caminos y encontrarás al Infinito"».

«Eres poeta, Juan» dice Judas Tadeo admirado.

«No sé si esto es poesía, sé que me enciende el corazón».

«Pero si has visto el mar también en Cesarea y en Tolemaida, y bien cerca; ¡estábamos en la orilla! No veo la necesidad de recorrer tanto camino para ver más agua de mar. En el

fondo... nosotros hemos nacido en el agua...» observa Santiago de Zebedeo.
«¡Y, por desgracia, también ahora estamos en el agua!» exclama Pedro, que, habiéndose distraído un momento por escuchar a Juan, no ha visto un charco traicionero y se ha puesto pingando... Se echan a reír; el primero, él.

Pero Juan responde: «Es verdad, pero desde lo alto es más bonito: se ve más y más lejos; se piensa más alto y con más amplitud... se desea... se sueña...». Juan verdaderamente ya está soñando... Mira hacia delante. Sonríe ante su sueño... Parece una rosa color carne salpicada de menudísimo rocío: efectivamente, su piel lisa y clara de joven rubio aparece intensamente aterciopelada y asperjada de fino sudor, de forma que asemeja ahora más todavía a un pétalo de rosa.

«¿Qué deseas? ¿Qué estás soñando?» pregunta Jesús a su predilecto en voz baja (parece un padre dirigiéndose con dulzura a su querido hijito que habla mientras duerme dulcemente): se lo pregunta con tanta dulzura - para no lacerar el sueño del enamorado -, que realmente hay que decir que le está hablando en el alma.

«Deseo ir por ese mar infinito... hacia otras tierras allende él... Deseo ir allí para hablar de ti... Sueño... sueño con ir a Roma, a Grecia, a los lugares oscuros para llevar la Luz... y así los que viven en las tinieblas entren en contacto contigo y *vivan* en comunión contigo, Luz del mundo... Sueño con un mundo mejor... con un mundo que mejorar a través de tu conocimiento, o sea, a través del conocimiento del Amor que nos hace buenos, puros, héroes... con un mundo que se ame en tu Nombre, y que por encima del odio, del pecado, la carne, el vicio de la mente, por encima del oro, por encima de todas las cosas, alce tu Nombre, tu Fe, tu Doctrina... y sueño con ir con estos hermanos míos por el mar de Dios, recorriendo caminos de luz, a llevarte a ti... de la misma forma que en su momento tu Madre te trajo del Cielo aquí, entre nosotros... Sueño con ser ese niño que, no conociendo sino el amor, se mantiene sereno incluso ante los tormentos... y que canta para infundir ánimo a los adultos, que reflexionan demasiado, y camina hacia la muerte sonriendo, hacia la gloria con aquella humildad de quien no sabe lo que hace, de quien sólo sabe que está yendo a ti, Amor...».

Los apóstoles se han quedado sin respiración durante la extática confesión de Juan; parados donde estaban, miran al más joven, oyéndole hablar con los ojos velados por sus párpados cual velo extendido sobre el ardor que sube del corazón; miran a Jesús, que se transfigura de alegría al verse tan completamente identificado en su discípulo...

Juan termina de hablar en una posición un poco inclinada hacia el suelo que recuerda la gracia de la humilde Virgen de la Anunciación de Nazaret; Jesús le besa entonces en la frente y dice: «Iremos a ver el mar, para que sueñes otra vez con la realización de mi Reino en el mundo».

5 «Señor... has dicho que después vamos a Endor. Muéstrate complaciente también conmigo... para que se me pase la amargura del juicio de aquel niño...» dice Judas Iscariote.

«¡Pero todavía estás pensando en ello?» dice Jesús.

«Continuamente. Me siento disminuido ante tus ojos y ante los ojos de

los compañeros. Pienso en vuestros pensamientos...».

«¡Hay que ver cómo cansas tu cerebro por nada! Yo ya ni siquiera pensaba en esa menudencia, y los otros, sin duda, igual. Eres tú quien nos lo haces recordar... Eres un niño acostumbrado sólo a las caricias, y la palabra de un niño te ha parecido la condena de un juez. No, no es a esta palabra a lo que debes temer; antes bien, a tus acciones y al juicio de Dios. De todas formas, para convencerte de que te quiero como antes, como siempre, te digo que haré lo que deseas. ¿Qué quieres ver en Endor? No es sino un mísero lugar entre rocas...».

«Llévame... y te lo diré».

«Bien, de acuerdo; pero estáte atento a que luego no tengas que sufrir por ello».

«Si para éste ver el mar no puede significar sufrimiento, a mí no me puede perjudicar el ver Endor».

«¿Ver?... No. Lo que puede hacer daño es el deseo de lo que se quiere ver cuando se mira. De todas formas, iremos...».

Reanudan su camino. Se dirigen hacia el Tabor, cuya mole se ve cada vez más cercana. El suelo va perdiendo su aspecto palustre: cada vez más sólido, con menos vegetación, dando paso a plantas más altas o a matas de clemátides y zarzas que ríen con sus frondas nuevas y sus flores precoces.

188. En Endor. La gruta de la maga y el encuentro con Félix, llamado luego Juan.

13 de junio de 1945.

[1]El Tabor está ahora a espaldas de los caminantes. Ya lo han salvado. El grupo camina por una llanura cerrada entre este monte y otro que está de frente; van hablando de la ascensión, que todos han realizado, aunque al principio parecía que los más mayores quisieran evitarla; ahora están contentos de haber subido a la cima.

Se anda bien ahora porque van por un camino de primer orden bastante cómodo. La hora es fresca. Tengo la impresión de que han pernoctado en las laderas del Tabor.

«Aquello es Endor» dice Jesús señalando hacia un humilde pueblo asido a las primeras elevaciones de este otro grupo de montes. «¿Estás decidido realmente a ir?».

«Si me quieres contentar...» responde Judas Iscariote.

«Pues vamos».

«Pero, ¿habrá que andar mucho?» pregunta Bartolomé, que, debido a su edad, no debe sentir muchas ganas de excursiones panorámicas.

«¡No, no! De todas formas, si os queréis quedar...» dice Jesús.

«¡Sí, sí, quedaos! ¡hombre! Me basta ir con el Maestro» se apresura a decir Judas de

Keriot.
«Bueno, yo quisiera saber, antes de decidir, lo que hay de vistoso... Desde la cima del Tabor hemos visto el mar, y, después de lo que ha dicho el muchacho, tengo que confesar que ha sido la primera vez que lo he visto verdaderamente bien, que lo he visto como Tú ves: con el corazón. Aquí... quisiera saber si hay algo que aprender, porque entonces voy, aunque me cueste....» dice Pedro.
«¿Estás oyéndolos? Todavía no has dicho tu intención. ¿Quisieras ahora ser tan amable para con tus compañeros de decirla?» invita Jesús a responder,
«¿No fue a Endor adonde Saúl quiso ir para consultar a la pitonisa?».
«Sí. ¿Y...?».
«Pues, Maestro, que me gustaría ir a ese sitio y oírte hablar de Saúl».

«¡Ah, pues entonces voy también yo!» exclama Pedro todo animado.

«Bien, vamos».
Recorren ligeros el último trecho del camino principal para dejarlo luego por un camino secundario que lleva derecho a Endor.

2 Es un lugar humilde, como ha dicho Jesús. Las casas están cimentadas en las laderas, las cuales, después del pueblo, se hacen más escabrosas. Pobres gentes son sus habitantes. La mayoría de los vecinos deben ejercer el pastoreo por los pastos monte arriba y en los bosques de encinas seculares. Hay pocas y pequeñas parcelas reservadas al cultivo de la cebada - o un cereal forrajero semejante - en los recortes propicios; también manzanos e higueras. En torno a las casas, pocas vides que decoran un poco las míseras paredes, oscuras cual si fuera un lugar más bien húmedo.

«Ahora preguntamos dónde estaba el lugar de la maga» dice Jesús, y para a una mujer que vuelve de la fuente con las ánforas.
Ella le mira con curiosidad, y contesta con desaire: «No lo sé. Tengo otras cosas mucho más importantes que esas habladurías». Le deja bruscamente.
Jesús se dirige a un viejecillo que está labrando un trozo de madera.
«¿La maga?... ¿Saúl? Ya nadie se interesa de ello. No obstante, espera... hay uno que ha estudiado y quizás sepa... Ven».

El viejecito se pone a subir, renqueando, por una callejuela pedregosa, hasta una casa muy mísera, desastrada. «Está aquí. Voy a entrar a llamarle».

Pedro, haciendo alusión a algunas aves de corral que están escarbando la tierra en un pequeño y sucio patio, dice: «Este hombre no es israelita». Pero no dice nada más, porque el viejecillo está volviendo, seguido por un hombre bizco, sucio y desaliñado, como todo lo que hay en su casa.

El viejecillo dice: «¿Ves? Este hombre dice que es allí, pasada aquella casa derruida: un sendero, luego un regato, luego una arboleda, y cavernas; bueno, pues la más alta de esas cuevas, la que tiene todavía a su lado muros derruidos, es la que estás buscando. ¿No es eso?».
«No. Has confundido todo. Voy yo con estos extranjeros». El hombre tiene una voz áspera y gutural, lo cual aumenta el sentido de incomodidad.

3 Se encamina. Pedro, Felipe y Tomás hacen repetidamente señas a Jesús para que no vaya. Pero Jesús no hace caso y se encamina detrás del hombre, con Judas; los demás le siguen... de mala gana.

«¿Eres israelita?» pregunta el hombre.
«Sí».
«Yo también, o casi, aunque no lo parezca. He estado mucho tiempo en otros países y he cogido costumbres que estos ignorantes deploran. Soy mejor que los otros, pero me llaman demonio, porque leo mucho, crío aves de corral, que luego vendo a los romanos, y sé curar con hierbas. De joven, por una mujer, luché con un romano - entonces estaba en Cintio - y le apuñalé; el romano murió, yo dejé un ojo y mis bienes y fui condenado a prisión y a trabajos forzados durante muchos años... para siempre. Pero sabía curar, y sané a la hija de un guardián, lo cual me supuso su amistad, y un poco de libertad... que usé para huir. Hice mal, porque, sin duda, aquel hombre pagó mi fuga con la vida; pero la libertad, cuando uno está en prisión, es bonita...».
«¿Y después no?».
«No. Es mejor la cárcel, donde uno está solo, que no el contacto con los hombres, que no nos conceden estar solos y que están en torno a nosotros para odiarnos...».
«¿Has estudiado a los filósofos?».
«Era maestro en Cintium... Era prosélito... ».
«¿Y ahora?».
«Ahora no soy nada. Vivo en la realidad. *Y odio*, como fui y soy odiado».
«¿Quién te odia?».
«Todos. El primero, Dios. Era mi mujer.. y Dios permitió que me traicionara y que fuera mi ruina. Era libre, me respetaban... y Dios permitió mi condena a cadena perpetua. El abandono de Dios, la injusticia de los hombres. He anulado a Dios y a los hombres. Aquí ya no hay nada...» y se golpea en la frente y en el pecho. «Bueno, quiero decir que aquí, en la cabeza, está el pensamiento, el saber; aquí es donde no hay nada» y escupe despreciativamente.
«Te equivocas. Ahí tienes todavía dos cosas».
«¿Cuáles?».
«El recuerdo y el odio. Quítalos de tu corazón. [4]Quédate verdaderamente vacío. Yo te daré una cosa nueva para que la metas ahí».
«¿Qué?».
«El amor».
«¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡No me hagas reír! Mira, hacía treinta y cinco años que no me reía. Desde que tuve la prueba de que mi mujer me traicionaba con el romano mercader de vinos. ¡El amor! ¡El amor a mí! ¡Como si echase a mis pollos piedras preciosas!: morirían de indigestión, si no lograsen pasarlas a los excrementos. Lo mismo yo. Tu amor sería un peso para mí, si no lograse digerirlo...».
«Hombre, no hables así». Jesús le pone la mano en el hombro, verdadera y visiblemente afligido.
El hombre le mira con su único ojo. Lo que ve en ese rostro dulce y bellísimo le hace enmudecer y cambiar de expresión: del sarcasmo pasa a una profunda seriedad y luego... a una verdadera aflicción. Agacha la cabeza y pregunta con el tono de voz cambiado: «¿Quién eres?».
«Jesús de Nazaret. El Mesías».
«¡¡Tú!!».
«Sí, Yo; tú, que lees, ¿no tenías noticia de mí?».

«Tenía noticia... Pero no sabía que vivieras, y no... no sabía, sobre todo, que eras bueno con todos... así... incluso con los asesinos... Perdona cuanto te he dicho... sobre Dios y sobre el amor.. Ahora entiendo por qué quieres darme el amor.. Porque sin amor el mundo es un infierno, y Tú, el Mesías, quiere hacer de él un paraíso».
«Un paraíso en cada uno de los corazones. Dame esos recuerdos y ese odio que te tienen enfermo y deja que te meta el amor en el corazón».
«¡Ah, si te hubiera conocido antes!... entonces... Pero, cuando yo mataba, ciertamente no habías nacido... Pero después... después... cuando, libre como la serpiente en los bosques, viví para difundir el veneno de mi odio...».
«También has hecho cosas buenas. ¿No has dicho que curabas con las hierbas?».
«Sí. Para que me tolerasen. ¡Cuántas veces he tenido que luchar contra el deseo de envenenar con los bebedizos!... ¿Ves? Me he refugiado aquí porque es un pueblo donde se ignora el mundo y se es ignorado por el mundo, un pueblo maldito; en otros lugares, me odiaban y odiaba, y tenía miedo de ser reconocido... Pero, yo soy malo».
«Lamentas haber causado daño al guardián de la prisión. ¿Ves como todavía tienes bondad? No eres malo, lo que tienes es una profunda herida abierta que nadie te cura... Tu bondad se te va por ella como la sangre por las heridas; pero, si hubiera alguien que te curase y te cerrase tu herida, pobre hermano mío, tu bondad, no perdiéndose a medida que se va formando, crecería...».

El hombre llora cabizbajo; su llanto queda celado; sólo Jesús, que camina a su lado, lo ve. Lo ve, sí, pero no dice nada más.

5 Llegan a una covacha hecha con bloques de paredón y aprovechando las mismas cavidades del monte. El hombre trata de afianzar la voz y dice: «Bueno, es aquí. Entra si quieres».

«Gracias, amigo. Sé bueno».

El hombre no dice nada, se queda donde está, mientras Jesús y los suyos, pasando por encima de bloques de piedra que, sin duda, habían pertenecido a muros muy fuertes, incomodando a lagartos y otros feos animales, entran en una espaciosa gruta ahumada, en cuyas paredes hay todavía - grafitos incisos en la roca - signos zodiacales y otras zarandajas de este tipo. En un rincón ennegrecido hay un nicho, debajo del cual se ve un agujero que parece una alcantarilla para la coladura de líquidos. Racimos repulsivos de murciélagos decoran el techo. Un búho, disturbado por la luz de una rama que Santiago ha encendido para ver si pisan escorpiones o áspides, se queja batiendo sus alas acolchadas y entornando sus feotes ojos heridos por la luz; está acurrucado dentro del nicho mientras un hedor de ratas muertas, comadrejas, pájaros en putrefacción entre sus pies, se mezcla con el olor del estiércol y del suelo húmedo.

«¡Realmente bonito este sitio!» dice Pedro. «¡Era mejor tu Tabor y tu mar, muchacho!». Y luego, volviéndose a Jesús: «Maestro, date prisa en complacer a Judas porque esto... ¡ciertamente, no es la sala real de Antipas!».

«En seguida. ¿Exactamente, qué quieres saber?» pregunta a Judas de Keriot.
«Bien... Quisiera saber si - y por qué - Saúl pecó viniendo aquí... Quisiera saber si una mujer puede evocar a los muertos. Querría saber si... Bueno, en fin, habla y yo te haré preguntas».
«¡Asunto largo! Al menos vamos afuera, al sol, sobre las rocas... Así evitaremos humedad y mal olor» suplica Pedro.

Jesús accede a ello. Se sientan como pueden sobre los paredones derruidos.

«El pecado de Saúl no fue sino *uno* de sus pecados, precedido y seguido de muchos otros, todos graves. Dúplice ingratitud para con Samuel, que no sólo le unge rey sino que además se eclipsa después para que el rey no deba repartir con él la admiración del pueblo. Ingrato en repetidas ocasiones para con David, que le libera de Goliat, que le exonera de una muerte cierta en la caverna de Engadí y en Aquila. Culpable de múltiples desobediencias y de escándalo ante el pueblo. Culpable de haber apenado a Samuel, su benefactor, faltando a la caridad. Culpable de envidia y de atentar contra la vida de David, también benefactor suyo. Culpable, en fin, del delito cometido aquí».

«¿Contra quién?, pues aquí no mató a nadie».

«Mató su alma, terminó de matarla, aquí dentro. [6]¿Por qué bajas la cabeza?».

«Pienso, Maestro».

«Piensas... Ya lo veo... ¿Y en qué estás pensando? ¿Por qué has querido venir aquí? Reconoce que no ha sido por pura curiosidad de estudioso».

«Siempre se oye hablar de magos, de nigromancias, de invocación de espíritus... Quería ver si descubría algo... Me gustaría saber cómo se producen estas cosas... Creo que nosotros, destinados a asombrar a la gente para captarla, deberíamos ser un poco nigromantes. Tú eres Tú y obras con tu poder, pero nosotros tenemos que pedir un poder, una ayuda, para realizar obras insólitas, obras que se impongan...».

«¡Pero estás loco? ¡Pero qué dices?» gritan muchos de los apóstoles.

«Callad. Dejadle hablar. Lo suyo no es locura».

«Sí, bueno, me parecía que, viniendo aquí, un poco de la magia de otros tiempos podría entrar en mí y hacerme más grande. Buscando tu interés, créeme».

«Sé que este deseo tuyo de ahora es sincero; no obstante, te respondo con palabras eternas - porque están contenidas en el Libro, y el Libro existirá mientras exista el hombre; existirá siempre, ya crean en él y lo empuñen en nombre de la Verdad, ya sea objeto de burla o de risa.

Está escrito: "Y Eva, visto que el fruto del árbol era apetitoso para el paladar y agradable a la vista, lo cogió, y comió, y se lo ofreció a su marido... Y entonces sus ojos se abrieron, y se dieron cuenta de que estaban desnudos y se hicieron unos ceñidores... Y Dios dijo: '¿Cómo os habéis dado cuenta de que estabais desnudos? Por haber comido el fruto prohibido'. Y los echó del paraíso de delicias". En el libro de Saúl se lee: "Apareció Samuel y dijo: '¿Por qué me has incomodado invocándome? ¿Por qué me consultas después de que el Señor se ha retirado de ti? El Señor te tratará como te he anunciado... *porque no has obedecido a la voz del Señor* ' ".

Hijo, no tiendas tu mano al fruto prohibido; el solo hecho de acercarte a él ya es una imprudencia. No tengas curiosidad por conocer lo ultraterreno; ten temor a que el veneno satánico de la curiosidad se te adhiera. Evita lo oculto y lo que no tiene explicación. Una sola cosa debe recibirse con santa fe: Dios. Mas evita aquello que no es Dios y que no se puede explicar con las fuerzas de la razón ni crear con las fuerzas del hombre; *evítalo,* para que no se te abran las fuentes de la malicia y comprendas que estás "desnudo". *Desnudo: repelente de humanidad mezclada con el satanismo.* ¿Por qué quieres causar

asombro con oscuros prodigios? Cáusalo con tu santidad, luminosa como cosa proveniente de Dios. No desees rasgar los velos que separan a los vivos de los difuntos. No molestes a los difuntos. Escúchalos - a los sabios - mientras están en este mundo y venéralos obedeciéndolos incluso después de la muerte. No disturbes su segunda vida. *Quien no obedece a la voz del Señor pierde al Señor; mas el Señor ha prohibido el ocultismo, la nigromancia, el satanismo en todas sus formas.* ¿Qué más quieres saber aparte de lo que te dice la Palabra?, ¿qué más quieres obrar aparte de lo que tu bondad y mi poder te conceden que obres? No te inclines hacia el pecado, antes bien, aspira a la santidad, hijo.
No te sientas avergonzado. Me agrada que reveles tu humanidad. Lo que te atrae a ti atrae a muchos, *a demasiados.* Lo único que le quita peso a esta humanidad, mucho peso, y le pone alas, es el fin que has puesto en este deseo, o sea, "tener potencia para atraer hacia mí"; pero son alas de ave nocturna. No, Judas mío, ponle alas solares, de ángel, a tu espíritu; bastará el viento de estas alas para captar a los corazones, y los llevarás, por tu surco, a Dios. ¿Nos vamos?».

«Sí, Maestro. Confieso mi error...».

«No. Lo que ha sucedido es que has pretendido averiguar. El mundo estará lleno siempre de personas curiosas. Ven, ven, vámonos de este lugar maloliente. ¡Vamos hacia el sol! Dentro de pocos días será Pascua. Después iremos a ver a tu madre: evócala a ella - y no a los muertos -, evoca tu casa honesta y a tu madre santa. ¡Oh, qué paz! ».
Como siempre, el recuerdo de su madre, la alabanza del Maestro a su madre, calma a Judas.

[7]Salen de las ruinas y empiezan a bajar por el sendero que antes han recorrido. El hombre bizco está todavía.

«¿Estás todavía aquí?» pregunta Jesús, aparentando no ver el rostro rojo de lágrimas.

«Sí, aquí. Si me permites, te acompaño; debo decirte una cosa...».

«Bueno, bien, ven conmigo. ¿Qué quieres decirme?».
«Jesús... Creo que para tener la suficiente fuerza para hablar y para hacer la santa magia de cambiarme a mí mismo, de invocar a mi alma muerta como la maga invocó a Samuel para Saúl, debo pronunciar tu Nombre, dulce como tu mirada, santo como tu voz. Me has dado una vida nueva, pero es informe, incapaz cual la de un recién nacido mal generado, y forcejea aún, atenazada por la costra mala que le cubre. Ayúdame a salir de mi muerte».
«Sí, amigo».
«Yo... he visto que todavía tengo un poco de humanidad en mi corazón. No soy sólo un animal feroz. Todavía puedo amar y ser amado, perdonar y ser perdonado: tu amor, tu amor, que es perdón, me lo enseña. ¿No es verdad esto?».
«Sí, amigo».
«Pues entonces llévame contigo. ¡Yo era Félix! ¡Oh, qué ironía! Dame un nuevo nombre. Que quede verdaderamente muerto el pasado. Te seguiré como un perro callejero que por fin encuentra un amo. Seré tu esclavo, si quieres... pero no me dejes solo».
«Sí, amigo».
«¿Qué nombre me das?».
«Un nombre entrañable para mí: Juan. En efecto, eres gracia recibida del Señor».
«¿Me llevas contigo?».
«Por ahora sí. Luego me seguirás con los discípulos. Pero... ¿y tu casa?».

«Ya no tengo casa. Dejaré a los pobres cuanto poseo. Dame sólo amor y un pan».
«Ven». Jesús se vuelve y llama a los apóstoles: «Gracias amigos, especialmente a ti, Judas; por ti, por vosotros, un alma se arrima a Dios. Mirad, éste es el nuevo discípulo. Vendrá con nosotros hasta que podamos confiarle a los hermanos discípulos. Alegraos de haber encontrado un corazón, bendecid conmigo a Dios».
Los doce no parecen verdaderamente muy contentos, pero ponen buena cara por obediencia y por cortesía.
«Si me lo permites, me adelanto. Me encontrarás a la entrada de mi casa».
«Bien. Ve».
El hombre se marcha corriendo. Parece otro.

«Ahora que estamos solos, os ordeno, *esto lo ordeno,* que seáis buenos con él y que no habléis de su pasado *a nadie.* Quien hablara, o faltara a la caridad a este hermano redimido, sería rechazado por mí ipso facto. ¿Comprendido? ¡Fijaos qué bueno es el Señor!: nos trajo aquí un fin humano y nos ha concedido dejar este lugar habiendo obtenido un hecho sobrenatural, ¡Oh, exulto por la alegría que ahora hay en el Cielo por el nuevo convertido!».

8 Llegan a la casa. En el umbral de la entrada, con un indumento oscuro y limpio, manto igual, un par de sandalias nuevas y un talego grande a las espaldas, está el hombre. Cierra la puerta y... - extraño en un hombre que uno podría considerar insensible - toma una gallina blanca, quizás la predilecta, que se acuecla íntima en sus manos, y la besa y llora; luego la posa en el suelo.

«Vamos... y perdona, pero es que mis pollos me han querido. Yo hablaba con ellos, y... me comprendían...».

«Yo también te comprendo... y te quiero... mucho; te daré todo el amor que en treinta y cinco años el mundo te ha negado».
«¡Lo sé! ¡Lo siento en mí! Por eso me voy contigo. Y... sé indulgente con un hombre que... que ama a un animal que... que... que le ha sido más fiel que el hombre...».

«Sí... sí. No pienses más en el pasado. En el futuro tendrás muchas cosas que hacer. Con tu experiencia harás mucho bien. Simón, ven aquí, y también tú, Mateo. Mira, éste fue peor que un preso, fue un leproso; éste, pecador. Pues bien, Yo los quiero entrañablemente porque *saben* comprender a los corazones desvalidos. ¿No es verdad?».

«Por bondad tuya, Señor. Pero... sí, créelo, amigo, sirviéndole se cancela todo. Queda sólo paz» dice Simón el Zelote.

«Sí, paz, y, donde había una vejez de vicio u odio, nace una juventud nueva. Yo era un publicano y ahora soy un apóstol. Tenemos ante nosotros el mundo, y nosotros sabemos acerca del mundo; no somos como esos muchachitos distraídos que pasan al lado del fruto nocivo y del árbol torcido y no ven la realidad. Nosotros lo conocemos. Podemos evitar el mal y enseñar a otros a evitarlo, como también sabemos enderezar a quien se tuerce, porque sabemos el consuelo que supone el ser sujetados. Y sabemos quién sujeta: *Él*» dice Mateo.

«¡Es verdad ¡Es verdad! Me ayudaréis. Gracias. Es como pasar de un lugar oscuro y fétido a un dilatado prado florido... Una cosa parecida experimenté el día en que salí, libre, al fin libre, tras veinte años de prisión y de trabajo brutal en las minas de Anatolia,

y me vi - había huido durante una noche borrascosa - en lo alto de un monte, escabroso pero abierto, lleno del sol de la aurora y cubierto de olorosos bosques... ¡Oh, la libertad! ¡Pero ahora es más! ¡Todo en mí se dilata! Ya hacía doce años que no llevaba cadenas, y, sin embargo, el odio, el miedo, la soledad, para mí eran como cadenas... ¡Ahora han caído éstas también!... 9Hemos llegado a la casa del anciano que os ha conducido a mí. ¡Eh, hombre! ¡Hombre!».

El viejecillo acude, y se queda de piedra al ver que el bizco está limpio, con vestido de viaje y la cara sonriente.

«Ten, ésta es la llave de mi casa. Me marcho *para siempre*. Tú has sido mi benefactor y por ello te estoy agradecido. Me has devuelto la familia. Haz de lo mío *todo lo que quieras*... y cuida de mis pollos; no los maltrates; todos los sábados viene un romano que compra los huevos... sacarás algún beneficio... Trata bien a mis gallinitas... y que Dios te lo pague».

El anciano se ha quedado estupefacto. Boquiabierto, coge la llave.

Jesús dice: «Sí, haz como dice y también Yo te quedaré agradecido. En nombre de Jesús te bendigo».

«¡El Nazareno! ¡Eres Tú! ¡Misericordia! ¡He hablado con el Señor! ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Hombres! ¡El Mesías está aquí, con nosotros!». Chilla como un águila y de todas partes vienen corriendo personas.

«¡Tu bendición! ¡Tu bendición!» gritan. Otros: «¡Quédate!». Y otros: «¿A dónde vas? Al menos dinos a dónde vas».

«Voy a Naím. No puedo quedarme».

«¡Te seguimos! ¿Quieres?».

«Venid. Y paz y bendición para los que se quedan».

Se encaminan hacia el camino principal. Lo toman.

10El hombre, que va andando al lado de Jesús, esforzándose por el peso de su talego, despierta la curiosidad de Pedro: «¿Pero qué llevas ahí dentro que pesa tanto?» pregunta.

«La ropa... y libros... Mis amigos junto con los pollos, aunque después de éstos. No he podido separarme de ellos... y pesan».

«Sí, claro, la ciencia pesa, sí, y... ¿a quién le gusta?».

«Me han librado de volverme loco».

«¡Les tendrás estima!... Pero, ¿qué libros son?».

«Filosofía, historia, poesía griega, romana...».

«Interesantes, interesantes, sin duda interesantes; pero, ¿crees que vas a poder llevarlos siempre contigo?».

«Quizás también logre separarme de ellos, pero todo al mismo tiempo no se puede hacer, ¿no es verdad, Mesías?».

«Llámame Maestro. Sí, no se puede. De todas formas tendrás un sitio donde tener al seguro a tus amigos los libros. Te podrán servir para disputar con los paganos acerca de Dios».

«¡Qué depurado tu pensamiento de toda restricción!».

Jesús sonríe y Pedro exclama: «¡Hombre! ¡claro! ¡Él es la Sabiduría!».

«Es la Bondad, créelo. ¿Y tú eres culto?».

«¿Yo? ¡Cultísimo! Mi cultura no pasa de distinguir un sábalo de una carpa. Soy pescador, amigo» y Pedro ríe con humildad y franqueza.

«Eres un hombre honesto. Es una ciencia que uno aprende por sí mismo y que es muy difícil de poseer. Me resultas simpático».
«Tú también a mí, porque eres franco, incluso cuando te acusas. Perdono todo, ayudo a todos, pero soy enemigo despiadado de los falsos. Me repelen».
«Tienes razón, el falso es un delincuente».
«Tú lo has dicho, un delincuente. Dime, ¿no me dejas con confianza un poco tu talego? Total, estáte seguro de que con los libros no voy a huir... Es que me parece que vas con dificultad...».
«Veinte años de mina quebrantan. Pero... ¿por qué quieres cansarte tú?».
«Porque el Maestro nos ha enseñado a amarnos como hermanos. Dámelo. Toma tú a cambio mis trapajos. Mi fardo es ligero... No hay ni historias, ni poesías; mi historia, mi poesía y esa otra cosa que has dicho son Él, mi Jesús, nuestro Jesús».

189. En Naím. Resurrección del hijo de una viuda.

14 de junio de 1945.

[1]Naím debía tener una cierta importancia en tiempos de Jesús. No es muy grande pero está bien construida. La ciñen muros. Se asienta sobre una baja y risueña colina (un ramal del Pequeño Hermón, que domina desde lo alto la fertilísima llanura abierta hacia el noroeste).
Para llegar a ella, viniendo de Endor, hay que atravesar un riachuelo afluente del Jordán. Desde aquí ya no se ve este último - y ni siquiera su valle - pues lo ocultan unas colinas que dibujan un arco en forma de signo de interrogación abierto hacia el Este.

Jesús camina en dirección a esta ciudad, por un camino de primer orden que comunica las regiones del lago con el Hermón y sus pueblos. Tras Él van muchos habitantes de Endor, verdaderamente locuaces.

La distancia que separa al grupo apostólico de los muros de la ciudad es ya muy poca: unos doscientos metros, no más. Dado que el camino va derecho a meterse por una de las puertas de la ciudad, y dado, además, que la puerta está totalmente abierta - es pleno día -, se puede ver todo lo que está sucediendo en la zona inmediatamente situada al otro lado de los muros; es así que Jesús, que iba hablando con los apóstoles y con el nuevo convertido, ve venir, en medio de un gran revuelo de plañideras y de otras manifestaciones orientales de este tipo, un cortejo fúnebre.

«¿Vamos a ver, Maestro?» dicen muchos (ya muchos de los habitantes de Endor se han precipitado a la puerta para mirar).
«Bueno, vamos» dice Jesús condescendiendo.
«Debe ser un niño; ¡fíjate cuántas flores y cuántas cintas hay sobre la lechiga!» dice Judas de Keriot a Juan.
«O quizás una virgen» responde Juan.
«No - dice Bartolomé -, sin duda es un muchachito joven, por los colores que han puesto; además faltan los mirtos...».
El cortejo fúnebre va está fuera de la ciudad. No es posible ver lo que hay en la lechiga, que va en alto, llevada a hombros; sólo por el relieve que hace, se intuye un cuerpo

extendido, fajado, tapado con una sábana, y se comprende que es un cuerpo que ya ha alcanzado su completo desarrollo, porque ocupa toda la largura de la lechiga.
A su lado, una mujer velada, ayudada por parientes o amigas, camina llorando: es el único llanto sincero en toda esa comedia de plañideras. Y si uno de los que llevan las andas tropieza con una piedra, o hay un agujero o una pequeña elevación del suelo, de forma que la lechiga sufre una violenta oscilación, la madre gime: «¡No, no, despacio; mi niño ha sufrido mucho!» y levanta una de sus temblorosas manos y acaricia el borde de la lechiga - más no puede -, y, no pudiendo efectivamente más, besa los ondeantes velos y las cintas que el viento a veces agita, y que acarician la forma inmóvil.
«Es la madre» dice Pedro, compungido y con un brillo de llanto en sus ojos sagaces y buenos.
Pero no es el único que tiene bañados los ojos por esa congoja: al Zelote, a Andrés, a Juan y hasta a Tomás, que siempre está alegre, les brillan los ojos. Todos, todos están conmovidos.
Judas Iscariote dice en voz baja: «¡Si fuera yo... pobrecilla mi madre...!».

[2]Jesús, con una dulzura en sus ojos tan profunda que se hace irresistible, se dirige hacia la lechiga.

La madre, sollozando ahora más intensamente porque el cortejo se prepara a girar en dirección al sepulcro abierto, en su delirio - ¡quién sabe de qué tiene miedo! - aparta con violencia a Jesús al ver que hace ademán de tocar la lechiga, y grita: «¡Es mío!» y mira a Jesús con ojos de loca.

«Ya sé que es tuyo, madre».

«¡Es mi único hijo! ¿Por qué le ha tenido que llegar la muerte?; ¿por qué a él, que era bueno, que era encantador, que era la alegría de esta viuda? ¿Por qué?». La comparsa de las plañideras aumenta su pagado llanto para hacer coro a la madre, que continúa: «¿Por qué él y no yo? No es justo que quien ha dado la vida vea perecer al fruto de su vientre. El fruto debe vivir, porque, si no, ¿qué sentido tiene el que estas entrañas se desgarren para dar a luz a un hombre?» y, violenta y desesperada, se golpea el vientre.
«¡No, así no! ¡No flores, madre!». Jesús le coge las manos, se las aprieta fuertemente, se las sujeta con su mano izquierda mientras con la derecha toca la lechiga, y dice a los que la llevan: «Deteneos. Poned en el suelo la lechiga».
Los hombres obedecen y bajan la camilla, que queda apoyada en el suelo sobre sus cuatro patas.
Jesús coge la sábana que cubre al muerto y la echa hacia atrás, quedando así descubierto el cadáver.
La madre grita su dolor, creo que con el nombre de su hijo: «¡Daniel!».
Jesús sigue teniendo en su mano las manos maternas. Se yergue, imponente con su mirada centelleante - en su rostro, la expresión de los milagros más poderosos - y baja la mano derecha mientras dice con toda la fuerza de su voz: «¡Muchacho, Yo te lo digo: álzate!».

[3]El muerto, así como está, todavía fajado, se incorpora en la camilla y llama a su madre: «¡Mamá!». La llama con la voz balbuciente y llena de miedo propia de un niño aterrorizado.

«Es tuyo, mujer. Te le restituyo en nombre de Dios. Ayúdale a liberarse del sudario. Sed felices».

Jesús hace ademán de retirarse. ¡Ya, ya!... La muchedumbre le inmoviliza junto a la

lechiga. La madre está literalmente volcada hacia la camilla, forcejeando entre las vendas para tardar lo menos posible, ¡lo menos posible!, mientras el lamento infantil, implorante, se repite: «¡Mamá! ¡Mamá!».

Desenmarañado el sudario y las vendas, madre e hijo se pueden abrazar, y lo hacen sin tener en cuenta los bálsamos pegajosos. La madre quita del amado rostro y las amadas manos, con las mismas vendas, esos bálsamos, y luego, no teniendo con qué vestirle de nuevo, se quita el manto y con él le envuelve; y todo sirve para acariciarle...

[4]Jesús la mira, observa este grupo de amor abrazado al lado de los bordes de la lechiga, que ahora ya no es fúnebre... y llora.

Judas Iscariote ve este llanto y pregunta: «¿Por qué lloras, Señor?».
Jesús vuelve su rostro hacia él y dice: «Pienso en mi Madre...».
El breve coloquio llama de nuevo la atención de la mujer hacia su Benefactor. Coge a su hijo de la mano, sujetándole, porque es como uno que tuviera todavía entumecidos los miembros, y, arrodillándose, dice: «Tú también, hijo mío, bendice a este Santo que te ha devuelto a la vida y a tu madre» y se inclina para besar la túnica de Jesús. Mientras, la muchedumbre alaba jubilosa a Dios y a su Mesías (ya le conocen como tal porque los apóstoles y los habitantes de Endor se han encargado de decir quién es el que ha obrado el milagro).
El gentío prorrumpe en alabanzas: «¡Bendito sea el Dios de Israel! ¡Bendito sea el Mesías, su Enviado! ¡Bendito sea Jesús, Hijo de David! ¡Un gran Profeta se ha alzado en medio de nosotros! ¡Verdaderamente Dios ha visitado a su pueblo! ¡Aleluya! ¡Aleluya!».

[5]Por fin Jesús puede librarse de la apretura de la gente y entrar en la ciudad. Pero la muchedumbre le sigue, le persigue, con amor exigente.

Se acerca un hombre, que saluda con toda reverencia. «Te ruego que te alojes en mi casa».
«No puedo: la Pascua me prohibe cualquier detención aparte de las establecidas».
«Faltan pocas horas para la puesta del Sol, y es viernes...».
«Precisamente eso: antes del ocaso debo llegar a mi etapa. De todas formas, gracias. Pero no me retengas».
«Soy el jefe de la sinagoga».

«Con lo cual me estás diciendo que tienes derecho a ello. Mira, hombre, habría sido suficiente que hubiera llegado una hora más tarde para que esa madre no hubiera recuperado a su hijo. Voy a otros desdichados que también me esperan. No retardes, por egoísmo, su alegría. Vendré en otra ocasión y estaré contigo, en Naim, unos días. Ahora déjame seguir mi camino».

El hombre no sigue insistiendo; se limita a decir: «Lo has dicho. Te espero».
«Sí. La paz sea contigo y con los habitantes de Naím; y también a vosotros, de Endor, paz y bendición. Volved a vuestras casas. Dios os ha hablado a través del milagro. Haced que en vosotros se produzcan, como consecuencia del amor, tantas resurrecciones en orden al Bien cuanto es el número de los corazones».
Una última, unánime, exultación de la multitud, para después dejar a Jesús que continúe su camino.
Él atraviesa diagonalmente la ciudad y sale hacia los campos, e dirección a Esdrelón.

190.La llegada a la llanura de Esdrelón durante la puesta del Sol del viernes.

15 de junio de 1945.

1 Comienza el ocaso con un enrojecimiento del cielo. Jesús ya ve los campos de Jocanán.

«Aceleremos el paso, amigos, antes de que decline el Sol. Tú, Pedro, adelántate con tu hermano para avisar a nuestros amigos de Doras».

«Sí, sí, voy, que también quiero asegurarme de si el *hijo* se ha marchado». Pedro pronuncia esa palabra, "hijo", en un modo que vale por un largo discurso. Y se adelanta.

Entretanto, Jesús prosigue más despacio, mirando a su alrededor para ver si hay algún campesino de Jocanán; mas sólo se ven los fértiles campos con las espigas ya bien formadas.

Por fin, de entre la frondosidad de las parras, se destaca un rostro sudoroso al tiempo que proviene un grito: «¡Oh, Señor bendito!» y el campesino sale corriendo del viñedo para venir a postrarse ante Jesús.

«¡Paz a ti, Isaías!».

«¡Hasta te acuerdas de mi nombre?».

«Lo llevo escrito en el corazón. Levántate. ¿Dónde están los otros compañeros?».

«Allá, en los pomares. Voy a avisarlos. ¿Vienes a estar con nosotros, verdad? El amo no está, así que podemos festejar tu venida. Además... un poco por miedo y un poco por alegría, es mejor. ¡Fíjate, este año nos ha concedido el cordero, e ir al Templo! Nos ha dado sólo seis días, pero... bueno, correremos por el camino. ¡Fíjate, nosotros también a Jerusalén! Y esto te lo debemos a ti». El hombre está en el séptimo cielo, de la alegría de haber sido tratado como hombre y como israelita.

«Que Yo sepa, no he hecho nada» dice Jesús sonriendo.

«¡Cómo no? ¡Claro que has hecho! Doras, y luego los campos de Doras... mientras que éstos este año están espléndidos... Jocanán supo de tu venida, *y no es bobo.* Tiene miedo y... y tiene miedo».

«¿A qué?».

«A que le pase con su vida y sus bienes lo que a Doras. ¿Has visto las tierras de Doras?».

«Vengo de Naím...».

«Entonces no las has visto. Están devastadas». (El hombre dice esto en voz baja, pero remarcando las palabras, como quien estuviera confiando una cosa tremenda en secreto).

«¡Totalmente devastadas!: ni heno, ni cereales, ni fruta; las cepas y los árboles frutales secos... muerto... todo muerto... como en Sodoma y Gomorra... Ven, ven, que te las muestro».

«No hace falta. Voy adonde aquellos campesinos...».

«¡No, ya no están! ¡Ah, no lo sabes? Los ha repartido a todos por otros lugares o los ha despedido, Doras, el hijo de Doras; y los que han sido enviados a otras tierras tienen la obligación de no hablar de ti, so pena de ser azotados... ¡No hablar de ti!... ¡Será difícil! Nos lo ha dicho incluso Jocanán».
«¿Qué ha dicho?».

> «Ha dicho: "No soy tan estúpido como Doras, así que no os digo: 'No quiero que habléis del Nazareno'. Sería inútil, porque lo haríais igualmente, y no quiero perderos matándoos a fuerza de azotes como a animales indóciles. Es más, os digo: 'Sed buenos, como, sin duda, os enseña el Nazareno, y decidle que os trato bien'. No quiero ser maldecido yo también". No, él ve bien lo que son estos campos después de tu bendición, y lo que son aquéllos después de tu maldición. [2]¡Oh, ahí están los que me araron la tierra*...» y el hombre corre al encuentro de Pedro y Andrés.
>
> Pero Pedro le saluda brevemente y prosigue hacia Jesús. Antes de llegar, ya grita: «¡Maestro! ¡Ya no está ninguno de los de antes; son todas caras nuevas! ¡Todo está devastado! La verdad es que podría prescindir de campesinos aquí. ¡Peor que en el Mar Salado!...».

«Lo sé. Me lo ha dicho Isaías».
«¡Pero ven a ver! ¡Caramba, lo que se ve!...».
Jesús quiere contentarle, pero primero dice a Isaías: «Entonces, estaré con vosotros. Advierte a tus compañeros. No os molestéis por la comida, que la tengo Yo; nos es suficiente con un henil para dormir, y con vuestro amor. Dentro de nada estoy con vosotros».

---

* *los que me araron la tierra*: en 109.4.

La vista de las tierras de Doras es realmente desoladora: campos secos, prados pelados, secas las vides, destruidos hojas y frutos de los árboles por millones de insectos de todo tipo. También el jardín-pomar de al lado de la casa muestra el aspecto desolado de un bosque herido de muerte.
Los campesinos se mueven de un lado para otro arrancando malas hierbas, aplastando larvas, caracoles, lombrices y otros bichos semejantes; o ponen debajo de los árboles barreños llenos de agua y menean las ramas, para ahogar mariposas, gorgojos y demás parásitos que recubren las hojas que aun quedan y que agotan el árbol y le matan. Buscan un signo de vida en los sarmientos de las vides, pero éstos se rompen, secos, en cuanto se tocan, y, alguna vez, como si una siega hubiera cortado sus raíces, ceden desde la base.
El contraste con los campos de Jocanán, con los viñedos y pomares de éste, es vivísimo, siendo así que la desolación de los campos maldecidos aparece aún más violenta si se compara con la fertilidad de estos otros.
«Tiene mano dura el Dios del Sinaí» dice en tono bajo Simón Zelote.
Jesús hace ademán como de decir: «¡No lo sabes tú bien!» pero no lo dice. Sólo pregunta: «¿Cómo ha sucedido?».
Uno de los campesinos responde entre dientes: «Topos, langosta, gusanos... ¡Vete! El vigilante es fiel a Doras... No nos perjudiques...».
Jesús suspira y se marcha.
Otro de los campesinos, que está encorvado recalzando un manzano con la esperanza de

salvarlo, dice: «Mañana iremos a verte... cuando el vigilante se haya ausentado para ir a Yizreel a la oración... Iremos a casa de Miqueas».
Jesús hace un gesto de bendición y se marcha.

3 Vuelve al cruce y se encuentra a todos los campesinos de Jocanán, jubilosos, contentos, los cuales, rodeando amorosos a su Mesías, le conducen hacia sus pobres mansiones.

«¿Has visto, allí?».
«Sí. Mañana vendrán los campesinos de Doras».

«Sí, mientras las hienas están en la oración... Así hacemos todos los sábados... y hablamos de ti, con lo que sabemos por Jonás, por Isaac, que viene a menudo a vernos, y por tus palabras de Tisri. Hablamos como sabemos, porque lo que no se puede hacer es no hablar de ti, y más se habla cuanto más se sufre y cuanto más lo prohiben. Aquellos pobrecillos... beben la vida todos los sábados... Pero, ¡cuántos en esta llanura tienen necesidad de saber, al menos saber de ti, y no pueden venir hasta aquí!...».

«Me ocuparé también de ellos. En cuanto a vosotros, benditos seáis por lo que hacéis».
El Sol declina mientras Jesús entra en una ahumada cocina. Comienza el reposo sabático.

191. El sábado en Esdrelón. El pequeño Yabés. Parábola del rico Epulón.

16 de junio de 1945.

1 «Entrega a Miqueas la cantidad de dinero suficiente para que mañana pueda restituir lo que hoy ha pedido prestado a los campesinos de esta zona» dice Jesús a Judas Iscariote, que es quien, generalmente, administra los... bienes comunes.

Luego llama a Andrés y a Juan y los manda a dos puntos desde donde se puede ver el camino, o los caminos, que vienen de Yizreel; luego, a Pedro y a Simón, y les dice que salgan al encuentro de los campesinos de Doras, con la indicación de detenerlos en la divisoria de las dos propiedades; finalmente, dice a Santiago y a Judas: «Coged las provisiones y venid».

Los siguen los campesinos de Jocanán, mujeres, hombres y niños; los hombres llevan dos pequeñas ánforas - bueno, pequeñas es un decir - que deben estar llenas de vino hasta los bordes; más que ánforas, son tinajas y contendrán, más o menos, sus buenos diez litros cada una (ruego también esta vez que no se tomen mis medidas por artículo de fe). Caminan hasta donde un espesa viña señala el límite de la propiedad de Jocanán; más allá, adyacente, hay una ancha zanja que mantienen siempre llena de agua (¡a saber con cuánto trabajo!).

«¿Ves? Jocanán ha litigado con Doras por esto. Jocanán decía: "Esta completa devastación es culpa de tu padre. Si no quería adorarle, al menos debía haberle temido y

no provocarle". Y Doras - parecía un demonio - gritaba: "Has salvado tus tierras por esta zanja. Los insectos no la han atravesado…". Y Jocanán decía: "¿Y entonces cómo es que ahora sufres toda esta devastación mientras que antes tus campos eran los mejores de Esdrelón? Créeme, es el castigo de Dios; habéis sobrepasado la medida. ¿Esta agua?... Siempre ha estado aquí; no es el agua lo que me ha salvado". Y Doras gritaba: "Esto prueba que Jesús es un demonio". "Es un justo" gritaba Jocanán. Y así fueron caminando un trecho, mientras les quedó resuello. Luego Jocanán, gastando mucho, hizo derivar un ramal del torrente y cavar para buscar más agua en el subsuelo y hacer todo un orden de zanjas como divisoria entre él y su pariente, y las hizo excavar más hondas, y a nosotros nos dijo lo que ayer te referimos... En el fondo él se alegra de lo sucedido. Se sentía muy envidioso de Doras... Ahora espera poder comprar todo, porque Doras acabará vendiendo todo por dos perras gordas».

2 Jesús escucha benigno todas estas confidencias mientras espera a los pobres campesinos de Doras. Éstos no tardan en llegar, y, en cuanto ven a Jesús, que está a la sombra de un árbol, se postran en tierra.

«Paz a vosotros, amigos. Acercaos. Hoy la sinagoga está aquí y Yo soy vuestro arquisinagogo; pero antes quiero ser vuestro padre de familia. Sentaos en círculo, os daré comida. Hoy tenéis con vosotros al Esposo, hoy se hace banquete nupcial».

Y Jesús destapa una cesta, saca unos panes, los distribuye entre los asombrados campesinos de Doras; de otra saca las provisiones que ha podido encontrar: quesos, verduras - ha encargado que las cocinen - y un pequeño cabritillo o corderito, asado entero, que también distribuye a los pobres desdichados; luego echa el vino en una tosca copa que ofrece para que se la pasen entre ellos y todos beban.

«¿Pero por qué?, ¿por qué? ¿Y ellos?» dicen los de Doras, refiriéndose a los de Jocanán.
«Ya les he dado a ellos».
«¡Qué compra! ¿Cómo te las has arreglado para conseguirlo?».
«Todavía hay personas buenas en Israel» dice Jesús sonriendo.
«Pero hoy es sábado...».
«Agradecédselo a este hombre» dice Jesús señalando al hombre de Endor. «Él nos ha procurado el cordero. Lo demás ha sido fácil conseguirlo».
Los desdichados devoran - ésta es la palabra - esta comida que no veían desde hacía mucho tiempo.

3 Hay uno, ya entrado en años, que come y llora tienendo apretado contra su costado a un niño de unos diez años.

«¿Por qué eso, padre?...» pregunta Jesús.
«Porque rebosas bondad...».
El hombre de Endor dice con su voz gutural: «Es verdad... Provoca el llanto, pero son lágrimas que no dejan mal sabor...».
«No dejan mal sabor. Es verdad. Además... yo quisiera una cosa. Este llanto es también deseo».
«¿Qué quieres, padre?».
«¿Ves a este niño? Es mi nieto. Me ha quedado él, después del desprendimiento de tierras que hubo este invierno. Doras ni siquiera sabe que ha venido, porque le tengo en el bosque viviendo como si fuera un animal salvaje y no le veo sino los sábados. Si me lo

descubre, o le aleja o le pone a trabajar... y entonces este tierno niño, sangre de mi sangre, estará en peores condiciones que una acémila... Para la Pascua pienso mandarle a Jerusalén con Miqueas, pues le llega el momento de hacerse hijo de la Ley... ¡Es el hijo de mi hija!...».
«¿Me lo confiarías a mí?... No llores. Tengo muchos amigos honrados, santos y sin hijos; le educarán santamente en mi camino...».
«¡Señor, desde que he tenido noticia de ti, lo he deseado! Al santo Jonás le rogaba - a él, que sabe lo que significa ser de este amo - que salvase a mi nieto de una muerte así...».
«Niño, ¿vendrías conmigo?».
«Sí, mi Señor, y no te haré sufrir».
«No se hable más».

4«Pero... ¿a quién se lo piensas confiar?» pregunta Pedro tirándole a Jesús de una manga. «¿A Lázaro también?».

«No, Simón... Pero hay muchos que no tienen hijos...».
«Yo soy uno de ellos...». El rostro de Pedro parece incluso afilarse por este deseo.
«Simón, ya te he dicho* que habrás de ser el "padre" de todos los hijos que te voy a dejar en herencia, pero sin la cadena de ningún hijo tuyo propio. No te aflijas; eres demasiado necesario para el Maestro como para que el Maestro pueda prescindir de ti por un sentimiento. Soy exigente, Simón, más exigente que un marido celosísimo; te amo con toda predilección y te quiero todo para mí, todo mío».

«De acuerdo, Señor... De acuerdo... Hágase como quieres». El pobre Pedro se adhiere heroicamente a la voluntad de Jesús.
«Será hijo de mi Iglesia naciente. ¿De acuerdo? De todos y de ninguno. Será "nuestro" niño. Nos seguirá, o irá a donde nosotros estemos, cuando lo permita la distancia; sus tutores serán los pastores, que en todos los niños aman a "su" niño Jesús. Ven aquí jovencito. ¿Cómo te llamas?».
«Yabés de Juan, y soy de Judá» dice con tono firme el muchacho.
«Sí, somos judíos» confirma el anciano. «Yo trabajaba en las tierras de Doras en Judea y mi hija se casó con un hombre de aquella zona; trabajaba en los bosques cerca de Arimatea, pero este invierno...».
«He visto la desgracia**».
«El niño se salvó, porque esa noche estaba con un pariente lejano... ¡Verdaderamente le ha signado su nombre, Señor! Se lo dije a mi hija inmediatamente: "¿Es que te has olvidado de su antepasado?". Pero el marido quiso llamarle así, y Yabés se llamó».
«"El niño*** invocará al Señor. El Señor le bendecirá y dilatará sus fronteras. La mano del Señor está sobre su mano, no pesará ya el mal sobre él". El Señor se lo concederá para consuelo tuyo, padre, y de los espíritus de los muertos, y para confortación de este huérfano.

5Bien, ahora que hemos separado la necesidad del cuerpo de la del alma con un acto de amor hacia este niño, escuchad la parábola que he pensado para vosotros.

---

* *ya te he dicho*: en 104.5. Para la precedente referencia a Lázaro: 172.11.

** *He visto la desgracia*: en 139.2.

*** *El niño...*: en el primer renglón autógrafo de la cita bíblica, MV pone a lápiz la referencia a *1 Paralipómenos 5, 9-10.* Se trata, sin embargo, del capítulo 4. En la nueva versión de la Biblia, la referencia es: *1 Crónicas 4, 9-10.*

Había un hombre muy rico. Sus indumentos eran vistosísimos. Vestido de púrpura y de lino cendalí, se pavoneaba en las plazas y en su propia casa. Era reverenciado como el más poderoso del lugar por los habitantes de la ciudad, y por los amigos, que secundaban su soberbia para sacar provecho. Las salas de su casa estaban todos los días abiertas para celebrar espléndidos banquetes, hervidero de invitados - todos ricos y, por tanto, no necesitados - que adulaban al rico Epulón. Sus banquetes eran célebres por la abundancia de manjares y de vinos selectos.

En la misma ciudad había un mendigo, un mísero mendigo, verdaderamente mísero; tan mísero era éste cuanto rico era el otro. Pero, bajo la costra de la miseria humana del mendigo Lázaro, se celaba un tesoro aún mayor que su propia miseria y que la riqueza de Epulón; tal tesoro era la auténtica santidad de Lázaro: no había transgredido nunca la Ley, ni siquiera impulsado por la necesidad, pero, sobre todo, había cumplido el precepto del amor a Dios y al prójimo.

Como hacen siempre los pobres, se acercaba a las puertas de los ricos para pedir limosna y no morir de hambre; al declinar la tarde, todos los días, iba a la puerta de Epulón, esperando recibir al menos las migajas de los pomposos banquetes que en esas riquísimas salas se celebraban. Se echaba en el suelo, en la calle, junto a la puerta, y, paciente, esperaba. Pero, si Epulón se daba cuenta de que estaba ahí, mandaba que le alejasen, porque ese cuerpo cubierto de llagas, desnutrido, andrajoso, era un espectáculo demasiado triste para sus invitados; eso decía Epulón (en realidad era porque la vista de esa miseria y esa bondad le significaba un continuo reproche).

Más compasivos que él eran sus perros - que estaban bien alimentados y lucían valiosos collares -, pues se acercaban al pobre Lázaro y le lamían las llagas, gimoteando de alegría por sus caricias, y hasta incluso le llevaban las sobras de las ricas mesas; así Lázaro superaba la desnutrición por mérito de los animales (si hubiera sido por el hombre, habría muerto, pues el hombre no le permitía siquiera entrar en las salas después del banquete para recoger las migajas que hubieran caído de las mesas).

6Un día Lázaro murió. Ninguno en esa tierra se dio cuenta, nadie le lloró; es más, Epulón se puso muy contento porque a partir de ese día dejó de ver a esa miseria, que él llamaba "oprobio", al lado de su puerta. Pero en el Cielo sí lo advirtieron los ángeles, y en sus últimos estertores, en su covachuela fría y desposeída de todo, estaban presentes las cohortes celestes, las cuales, rutilantes, recogieron el alma de Lázaro y la llevaron entre cantos de aleluya al seno de Abraham.

Pasado un tiempo, murió Epulón. ¡Oh, qué funerales tan fastuosos! Toda la gente de la ciudad, que había estado al corriente de su agonía y que

ahora se apiñaba en la plaza donde se alzaba la casa - para ser notados como amigos del grande, o por curiosidad o por interés hacia los herederos -, se unió al duelo. El vocerío subió hasta el cielo, y con el vocerío las falsas alabanzas al "grande", al "benefactor", al "justo" que había muerto.

¿Podrá, acaso, palabra humana alguna mutar el juicio de Dios? ¿Podrá apología humana alguna borrar lo que está escrito en el libro de la Vida? No, no puede. Lo juzgado juzgado está, lo escrito escrito está. A pesar de los solemnes funerales, el espíritu de Epulón fue sepultado en el Infierno.

Entonces, en esa horrenda cárcel, bebiendo y comiendo fuego y tinieblas, hallando odio y torturas en todos los lugares y en todos los instantes de esa eternidad, alzó la mirada al Cielo, a ese Cielo que había visto en una exhalación, en un átomo de minuto, y cuya inefable belleza* recordaba cual tormento entre atroces tormentos. Vio arriba a Abraham, lejano pero fúlgido, beato...; y en su seno, también fúlgido y beato, a Lázaro, a ese pobre Lázaro en otro tiempo despreciado, repelente, misero... ¿y ahora?... ¡ah!, ahora, hermoso con la luz de Dios y con su propia santidad, rico en amor de Dios, admirado, no ya por los hombres sino por los ángeles de Dios.

Epulón gritó llorando: "¡Padre Abraham, ten piedad de mí! ¡Manda a Lázaro - puesto que no puedo esperar que vengas tú -, manda a Lázaro para que moje la punta de un dedo en el agua y la ponga en mi lengua, para refrescarla, porque sufro atrozmente por esta llama que me penetra continuamente y me quema!".

Abraham respondió: "Acuérdate, hijo, de que tuviste en la tierra todos los bienes, y Lázaro todos los males, y supo hacer del mal un bien, mientras que tú sólo supiste hacer el mal con tus bienes. Por tanto, es justo que ahora él, aquí, sea consolado y que tú sufras. Pero es que además no es posible lo que pides. Los santos están diseminados sobre la faz de la tierra para beneficio de los hombres, pero, cuando, a pesar de la extrema cercanía de éstos, el hombre sigue siendo lo que es - en tu caso, un demonio -, inútil es recurrir después a los santos. Ahora estamos separados. Las hierbas, en el campo, están mezcladas, mas, una vez cortadas, serán separadas las malas de las buenas. Lo mismo sucede con vosotros y nosotros: estuvimos juntos en la tierra y, contra el amor, nos arrojasteis de vuestra presencia, nos atormentasteis de todos los modos posibles, nos relegasteis al olvido; pues bien, ahora estamos divididos y entre vosotros y nosotros se abre un abismo tal, que los que quisieran pasar de aquí a vosotros no podrían, ni tampoco vosotros, que estáis allí, podéis salvar este abismo tremendo para venir a nosotros".

** alzó la mirada al Cielo, a ese Cielo que había visto... y cuya inefable belleza...* debe entenderse en el sentido en que MV lo corrigió en una copia mecanografiada: *alzó la mirada al Limbo de los santos, a ese Limbo que había visto... y cuya ya inefable, pacífica belleza....*

7 Epulón, llorando con más fuerza, gritó: "Al menos, padre santo,

manda - te lo ruego -, manda a Lázaro a casa de mi padre. Tengo cinco hermanos. Nunca he comprendido el amor, ni siquiera entre familiares. Pero ahora.. ahora comprendo lo terrible que es el no ser amados. Y, dado que aquí, donde estoy, vive el odio, ahora he comprendido - por ese átomo de tiempo en que mi alma vio a Dios* – lo que es el Amor. No quiero que mis hermanos sufran estas penas. Tengo verdadero terror por ellos, porque llevan la misma vida que yo llevaba. ¡Oh, manda a Lázaro, a decirles dónde estoy y por qué; a decirles que el Infierno existe, y que es atroz, y que quien no ama a Dios y al prójimo viene al Infierno! ¡Mándale, para que actúen en consecuencia antes de que sea tarde, y así eviten el venir aquí, a este lugar de eterno tormento!".

Pero Abraham respondió: "Tus hermanos tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen"; a lo que Epulón, con un gemido de alma torturada, replicó: "¡Oh, padre Abraham, les hará más impresión un muerto; escúchame; ten piedad!".

Pero Abraham dijo: «Si no han escuchado a Moisés y a los Profetas, no creerán tampoco a uno que resucite por una hora de entre los muertos para dirigirles palabras de Verdad. Y, además, no es justo que un bienaventurado deje mi seno para ir a recibir ofensas de los hijos del Enemigo. El tiempo de las injurias para él ya ha pasado; ahora está en la paz y en ella permanece, por orden de Dios, que ve la inutilidad de intentar la conversión de quienes no creen siquiera en la palabra de Dios y no la ponen en práctica".

Ésta es la parábola. Su significado es tan claro que ni siquiera requiere explicación.

[8]Aquí ha vivido verdaderamente, conquistando su santidad, el nuevo Lázaro, mi Jonás, cuya gloría ante Dios se manifiesta evidente en la protección que otorga a quien en Él espera. Jonás sí puede venir a vosotros, como protector y amigo; vendrá si sois siempre buenos.

Os digo a vosotros lo que le dije a él la pasada primavera: quisiera poderos ayudar a todos, incluso materialmente, pero no puedo. Éste es mi pesar. Sólo puedo señalaros el Cielo; sólo puedo enseñaros la gran sabiduría de la resignación y prometeros el Reino futuro. No odiéis jamás, por ninguna razón. El Odio es fuerte en el mundo, pero tiene siempre un límite; el Amor no tiene límite ni de potencia ni de tiempo. Amad, pues, para poseer el Amor, como protección y consuelo en la tierra y como premio en el Cielo. Es mejor ser Lázaros que Epulones, creedme. ¡Bienaventurados seréis, si llegáis a creer esto!

No interpretéis como palabra de odio el castigo que se ha verificado en estas

---

* *por ese átomo de tiempo en que mi alma vio a Dios*: debe entenderse *en el juicio particular,* como anota MV en una copia mecanografiada.

tierras, aunque los hechos pudieran justificarlo. No leáis mal el milagro. Yo soy el Amor; en principio, no habría descargado mi mano, pero - visto que el Amor no podía doblegar a este cruel Epulón -, le abandoné a la Justicia, y ella ha vengado al mártir Jonás y a sus hermanos. Esto es lo que tenéis que aprender del milagro acaecido: que la Justicia está

siempre vigilante, aun en los momentos en que parece ausente, y que, siendo Dios el Señor de toda la creación, se puede servir, para aplicarla, de los más pequeños - como las orugas y las hormigas - para morder el corazón del cruel y avariento y hacerle morir ahogado por un vómito de veneno.

9 Os bendigo ahora; pero, cada nueva aurora oraré por vosotros. En cuanto a ti, padre, no estés angustiado por el cordero que me confías; te le traeré de vez en cuando, para gozo tuyo al verle crecer en sabiduría y bondad en el camino de Dios: él será tu cordero para esta pobre Pascua tuya, el más grato de los corderos que serán presentados al altar de Yeohveh. Yabés, despídete de tu anciano padre; luego ven a tu Salvador, a tu Pastor bueno. ¡La paz sea con vosotros!».

«¡Oh, Maestro, Maestro bueno!... ¡Dejarte!...».

«Sí, es penoso, pero no conviene que el vigilante os encuentre aquí. He elegido este lugar precisamente para evitaros castigos. Obedeced por amor al Amor, que os da este consejo».

Los pobres desdichados se alzan con lágrimas en los ojos y se dirigen hacia su cruz. Jesús los bendice de nuevo. Luego, llevando al niño de la mano, y con el hombre de Endor al otro lado, regresa - por el camino recorrido antes - a casa de Miqueas. Se reúnen con Él Andrés y Juan, los cuales, terminado su turno de guardia, vuelven a donde sus hermanos.

192. Una predicción a Santiago de Alfeo. La llegada a Engannim tras un alto en Meguiddó.

17 de junio de 1945.

1 «¿Señor, aquella cima es el Carmelo?» pregunta Santiago, el primo de Jesús.

«Sí, hermano. Aquélla es la cadena montañosa del Carmelo. La cúspide más alta le da el nombre».

«Debe ser bonito también desde allí el mundo. ¿Has estado alguna vez?».

«Una vez, Yo solo, al principio de mi predicación. Al pie de ese monte curé a mi primer leproso. Pero iremos de nuevo, juntos, para rememorar a Elías...».

«Gracias, Jesús. Me has comprendido, como siempre».

«Y, como siempre, te perfecciono, Santiago».

«¿Por qué?».

«El porqué está escrito en el Cielo».

«¿No me lo dices, hermano, Tú que lees lo que está escrito en el Cielo?».

Jesús y Santiago van caminando el uno al lado del otro; sólo el pequeño Yabés, que va también ahora de la mano de Jesús, puede oír la conversación confidencial de los dos

primos, que se sonríen mirándose a los ojos.

Jesús, pasando un brazo por encima de los hombros de Santiago para acercárselo aún más, pregunta: «¿Realmente quieres saberlo? Pues bien, te lo voy a decir en forma de adivinanza; cuando encuentres la clave serás sabio. Escucha: "Habiéndose reunido los falsos profetas en el monte Carmelo, se acercó Elías y dijo al pueblo: '¿Hasta cuándo seguiréis cojeando de dos partes? Si el Señor es Dios, seguidle; si Baal, seguid a éste'. El pueblo no respondió. Entonces Elías siguió diciendo al pueblo: 'De los profetas del Señor he quedado yo sólo', y la única fuerza de este hombre solo era el grito: 'Escúchame, Señor, escúchame, para que este pueblo reconozca que eres el Señor Dios y que has convertido de nuevo sus corazones'. Entonces el fuego del Señor cayó y devoró el holocausto". Hermano, adivina».

Santiago agacha la cabeza y se pone a pensar. Jesús le mira sonriendo. Caminan unos metros así, luego Santiago dice: «¿Tiene que ver con Elías o con mi futuro?».

«Con tu futuro, naturalmente...».

Santiago se queda de nuevo pensativo y susurra: «¿Seré destinado a invitar a Israel a que siga con autenticidad un camino? ¿Seré llamado a quedarme solo en Israel? Si la respuesta es afirmativa, quieres decir que los otros serán perseguidos y que los dispersarán y que... que... elevaré mi oración a ti por la conversión de este pueblo... como sacerdote... como... víctima... Si es así, ¡oh, inflámame ya desde este momento, Jesús!...».

«Lo estás ya. Mas ha de raptarte el Fuego, como a Elías; por este motivo subiremos al Carmelo tú y Yo solos, y hablaremos».

«¿Cuándo? ¿Después de la Pascua?».

«Después de *una* Pascua, sí. Entonces te diré muchas cosas...».

2 Un lindo riachuelillo, que fluye hacia el mar, colmado su caudal por las lluvias primaverales y la disolución de las nieves, se interpone en su camino.

Acude Pedro y dice: «El puente está más arriba, por donde pasa el camino que va de Tolemaida a Enganmín (o Engannim)».

Jesús, dócilmente, vuelve sobre sus pasos. Cruza el riachuelo por un sólido puente de piedra. En seguida vuelven a verse montañas pequeñas y colinas de poca entidad.

«¿Llegaremos a Engannim antes de que anochezca?» pregunta Felipe.

«Ciertamente. Pero... ahora tenemos con nosotros a un niño. ¿Estás cansado Yabés?» pregunta amorosamente Jesús. «Sé sincero como un ángel».

«Un poco, Señor. De todas formas, me esforzaré en seguir caminando».

«Este niño está débil» dice con su voz gutural el hombre de Endor.

«¡Mira tú éste!...» exclama Pedro. «¡Con la vida que lleva desde hace algunos meses!... ¡Ven que te coja en brazos!».

«¡Oh, no, señor! No, que te cansas. Todavía puedo andar yo».

«¡Ven, ven, que no pesas. Pareces un pajarillo desnutrido» Pedro le sube en vilo, le sienta sobre sus anchos y fuertes hombros, a caballo, y le sujeta por las piernas.

Caminan ligeros porque el sol ya es fuerte e invita y estimula a llegar a las umbrías colinas.

3 Se detienen en un pueblo - oigo que lo llaman Meguiddó -, para comer

y descansar, junto a una fuente muy fresca y ruidosa (por la mucha agua que de ella brota y que cae en una pila de piedra oscura). Ninguno del pueblo se interesa por los peregrinos, anónimos entre los muchos otros que, más o menos ricos, van a pie o en burros o mulas hacia Jerusalén para la Pascua. Se respira ya aire de fiesta. Muchos niños - pensando ya, jubilosos, en la ceremonia de su mayoría de edad - van con los viajeros.

Dos jovenzuelos de holgada condición vienen a jugar junto a la fuente. Yabés está con Pedro, que le tiene conquistado con mil zarandajas. Preguntan al muchacho: «¿Vas tú también para ser hijo de la Ley?».

Yabés responde tímidamente: «Sí», casi escondiéndose detrás de Pedro.
«¿Es tu padre éste? Eres pobre, ¿verdad?».
«Soy pobre, sí».
Los dos niños - quizás hijos de fariseos - le escudriñan irónicos y curiosos, y dicen: «Se ve».

En efecto, se ve... ¡Su vestidito es bien mísero! Quizás es que el niño ha crecido y, a pesar de que hayan sacado el jaletón, el vestido (marrón y descolorido por las inclemencias del tiempo) apenas si le llega a la mitad de las delgadas piernecitas morenas, dejando completamente descubiertos los pequeños pies, mal calzados con dos informes sandalias sujetas con unas cuerdas que deben torturarlos.

Los niños, despiadados con ese egoísmo propio de muchos niños, con la crueldad de los niños no buenos, dicen: «¡Pues entonces no tendrás un vestido nuevo para tu fiesta! ¡Nosotros sí!... ¿Verdad, Joaquín? Yo, todo rojo, con el manto igual; él, de color cielo; y llevaremos sandalias con hebillas de plata y un cinturón muy valioso y un taled sujeto con un aro de oro y....».

«¡...y un corazón de piedra, digo yo!» salta Pedro, que ha terminado de refrescarse los pies y de llenar de agua todas las cantimploras. «Sois malos, muchachos. Ni la ceremonia ni el vestido valen un pito si el corazón no es bueno. Prefiero a este niño mío. ¡Largaos, soberbios! ¡Id con los ricos, y tened respeto a los pobres y honrados! [4]¡Ven, Yabés! Esta agua es buena para los pies cansados. Ven, que te los voy a lavar, así caminarás mejor después. ¡Ay, cuánto daño te han hecho estas cuerdas! Pero no tendrás que seguir caminando; te voy a llevar en brazos hasta Engannim. Allí encontrare a uno que haga sandalias y te compraré un par nuevo». Y Pedro lava y seca esos piececitos, que desde hace mucho tiempo no han vuelto a ser acariciados tanto como ahora.

El niño le mira... titubea... y acaba por echarse sobre este hombre que le está atando las sandalias, y le aprieta con sus bracitos flacos, y dice: «¡Qué bueno eres!» y le besa su pelo entrecano.

Pedro se conmueve; se sienta en el suelo, sin cambiar de sitio aunque esté mojado; se pone sobre su regazo al niño y le dice: «Pues entonces llámame "padre"».

La escena es delicada. Jesús y los demás se acercan.
Los dos soberbiosillos de antes, que, curiosos, no se habían marchado todavía, preguntan: «¿Pero no es tu padre?».
A lo que Yabés responde sin vacilar: «Padre y madre para mí».

«Sí, querido mío, bien has dicho: padre y madre; y os aseguro, señoritingos, que no irá mal vestido a la ceremonia. También él tendrá un vestido de rey, rojo como el fuego y con un cinturón verde como la hierba, y el taled blanco como la nieve».
Aunque sea un batiburrillo de colores, deja asombrados a los dos vanidosos y los pone en fuga.
«¿Qué haces, Simón, en el suelo mojado?» pregunta Jesús sonriendo.
«¿Mojado? ¡Ah, sí; ahora me doy cuenta! ¿Que qué hago? Con la inocencia apoyada en mi pecho vuelvo a ser como un cordero. ¡Ah... Maestro, Maestro! Bien, vamos. Pero debes dejarme que me ocupe de este pequeño; después le cederé; pero hasta que no sea un verdadero israelita es mío».
«¡Sí, hombre, sí! Y serás siempre su tutor, como un anciano padre. ¿De acuerdo? Vamos, para estar por la tarde en Engannim sin hacer correr demasiado al niño».
«Le llevo yo. Pesa más mi red. No puede caminar con estas dos suelas rotas. Ven».
Y, cargándose encima a su ahijado, Pedro reanuda contento su camino, cada vez más umbrío entre arbolados de frutas varias, en un ascender suave de colinas, desde las cuales la vista se dilata hacia la fecunda llanura de Esdrelón.

5 Engannim debe ser una bonita ciudad, no grande, bien abastecida de agua de las colinas a través de un acueducto elevado que es probablemente obra romana. Jesús y los suyos están ya en las cercanías de la ciudad. En esto, perciben el rumor de una patrulla militar que está acercándose. Deben ponerse al seguro arrimándose al borde del camino. Los cascos de los caballos resuenan contra el suelo, que aquí, en las cercanías de la ciudad, muestra apenas la pavimentación bajo la tierra que se ha ido acumulando junto con detritos; en efecto, jamás una escoba ha limpiado este camino.

«¡Salve, Maestro! ¿Cómo por aquí?» exclama Publio Quintiliano, mientras se apea y se acerca a Jesús con una abierta sonrisa, llevando de la brida al caballo. Sus soldados, al ver esto en su superior, aminoran la marcha.

«Voy a Jerusalén por la Pascua».
«Yo también. Se refuerza la guardia para estas fiestas, incluso porque estará en la ciudad Poncio Pilatos, y también está Claudia. Nosotros patrullamos los caminos para protegerla a ella. ¡Son caminos tan inseguros!... Las águilas ponen en fuga a los chacales» dice riendo el soldado mientras mira a Jesús, y sigue diciendo en tono más bajo: «Este año, doble guardia para guardar las espaldas del sucio Antipas. Hay mucho descontento por el arresto del Profeta; descontento en Israel y, como consecuencia, entre nosotros. Pero, ya nos hemos encargado de hacer llegar a oídos del Sumo Sacerdote y demás compadres un... benigno toque de... flautas» y concluye en voz baja: «Ve seguro, que las uñas ahora están metidas en las zarpas. ¡Ja! ¡ja! Nos tienen miedo. Carraspea uno y creen que ha rugido. ¿Vas a hablar en Jerusalén? Acércate al Pretorio. Claudia habla de ti como de un gran filósofo. Te conviene porque... el procónsul es Claudia».

6 Quintiliano mira a su alrededor y ve a Pedro cargado, rojo y sudado.

«¿Y ese niño?».

«Un huérfano que he tomado conmigo».

«¡Pero... ese hombre tuyo se está esforzando demasiado! Niño, ¿tienes miedo a ir unos metros a caballo? Te pongo aquí, bajo mi clámide; iré suave. Cuando lleguemos a las puertas, te dejo que sigas con ese hombre».

El niño no ofrece resistencia; debe ser dulce como un cordero. Publio le levanta en vilo y le sienta consigo en su montura.
Al dar la orden de ir despacio a los soldados, ve también al hombre de Endor. Le mira fijamente y dice: «¿Tú también por aquí?».
«Sí. Ya no vendo huevos a los romanos, pero los pollos están todavía allí. Ahora estoy con el Maestro...».
«¡Bien para ti! Así te sentirás más confortado. ¡Adiós! ¡Salve, Maestro, te espero en aquel pequeño grupo de árboles». Y espolea a su cabalgadura.
«¿Os conocéis?» le preguntan muchos de los presentes a Juan de Endor.
«Sí, como proveedor de pollos. Antes no me conocía. Una vez fui llamado a la comandancia a Naím, para fijar los precios, y estaba él. Desde entonces, cuando iba a Cesarea a comprar libros o algún utensilio siempre me saludaba. Me llama o Cíclope o Diógenes. No es malo. A pesar de mi odio por los romanos, no me mostré nunca agresivo con él porque me podía ser útil».

«¿Has oído, Maestro? ¿Ves?, han surtido buen efecto mis palabras al centurión de Cafarnaúm. Ahora voy más tranquilo» dice Pedro.

Y llegan a la mata de árboles a cuya sombra se ha apeado la patrulla.
«Mira, te devuelvo el niño. ¿Mandas algo, Maestro?».
«No, Publio. Dios te muestre su rostro».
«¡Salve!». Monta y espolea, seguido por los suyos con un gran rumor metálico de herraduras y corazas que se entrechocan.

7 Entran en la ciudad. Pedro con su pequeño amigo va a comprar las sandalitas.

«Este hombre muere de deseos de un hijo» dice Simón Zelote; y añade: «Con razón».
«Os daré millares de hijos. Busquemos ahora cobijo, para seguir mañana al despuntar el alba».

193. Llegada a Siquem tras dos días de camino.

18 de junio de 1945.

1 Jesús prosigue hacia Jerusalén. Cada vez transita mayor número de peregrinos por los caminos, que están un poco embarrados por un chaparrón nocturno; como contrapartida, haciendo precipitar el polvo, el agua ha dejado terso el aire. Los campos parecen un jardín bien cuidado por su jardinero.

La comitiva apostólica camina ligera, pues se sienten descansados por el alto que han hecho y, además, porque el niño, con sus sandalias nuevas, ya no sufre al andar (es más, sintiendo cada vez más confianza, va charlando con unos u otros; y le hace a Juan la confidencia de que su padre se llamaba también Juan y su madre María y de que, por ello, le quiere también a él mucho). «Pero, bueno - termina diciendo - la verdad es que os quiero a todos; en el Templo voy a rezar mucho, mucho, por vosotros y por el Señor Jesús».

Es conmovedor ver cómo estos hombres, que en su mayor parte no tiene hijos, se muestran paternales y maravillosamente próvidos para con el más pequeño de los discípulos de Jesús. Hasta el hombre de Endor muestra un rostro delicado cuando debe obligarle al pequeño a beberse un huevo, o cuando trepa por entre los arbolados que visten de verde las colinas y las montañas - cada vez más altas, cortadas por profundas hoces cuyo fondo sigue el camino principal - para coger ramitas acídulas de zarzamora o perfumados tallitos de hinojo silvestre, y se lo lleva al niño para mitigarle la sed sin que se llene demasiado de agua. Es conmovedor ver cómo le distraen del largo recorrido llamando su atención hacia los distintos detalles o panoramas.

El que muchos años antes fuera pedagogo en Cintium, destruido posteriormente por la maldad humana, ahora renace por este niño, mísero como él, y alisa las arrugas del infortunio y de la amargura asumiendo una sonrisa buena. El aspecto de Yabés, con sus sandalias nuevas y la carita menos triste, es ya menos menesteroso. No sé qué mano apostólica se ha preocupado de borrar de esa carita todas las señales de muchos meses de vida agreste, poniéndole en orden incluso el pelo, antes descuidado y polvoriento, ahora esponjoso e igualado por una enérgica lavada. También el hombre de Endor, que todavía se queda un poco perplejo cuando oye que le llaman Juan (si bien, cuando esto le sucede, en seguida menea la cabeza con una sonrisa compasiva hacia su poca memoria), está muy cambiado: cada día que pasa, su rostro va perdiendo esa cierta dureza que tenía y va adquiriendo una seriedad que no infunde miedo.

Naturalmente, estas dos miserias renacidas por la bondad de Jesús gravitan amantes hacia el Maestro; quieren a los compañeros, sí, ¡pero a Jesús!... Cuando Él los mira o les habla directamente, su expresión se vuelve dichosísima.

[2]Salvan una hoz y luego un collado verde, bellísimo, desde cuya cima todavía se entrevé la llanura de Esdrelón, lo cual hace suspirar al niño: «¿Qué estará haciendo mi anciano padre?» para terminar diciendo, con un suspiro muy triste y un brillo de llanto en sus ojos castaños: «Es mucho menos feliz que yo!... ¡con lo bueno que es!». Este lamento, a su vez, extiende sobre todos un velo de tristeza. Luego bajan por un valle fértil, lleno de olivares o campos cultivados. Un leve viento hace caer la nieve de las florecillas de las vides y de los olivos más precoces. Y pierden de vista definitivamente la llanura de Esdrelón.

Se detienen en el prado para proseguir después la marcha hacia Jerusalén. Debe haber llovido mucho - quizás es que es una zona muy rica en aguas subterráneas - porque las praderas parecen un aguazal poco profundo: en efecto, el agua brilla intensamente entre la tupida hierba y sube hasta lamer el camino, un poco más elevado pero, no obstante, muy embarrado. Los mayores se suben las túnicas, para que no acaben transformándose en una costra de barro. Judas Tadeo sube a hombros al niño, para que descanse y para atravesar más rápidamente la zona inundada, que quizás es insalubre.

Bordean otras colinas, atraviesan otro valle, pequeño, rocoso, seco. El día declina. Entran en un pueblo situado en lo alto de un ribazo rocoso y, abriéndose paso entre los muchos peregrinos, buscan alojamiento en una especie de albergue muy rústico (un cobertizo grande bajo el cual hay abundante paja extendida, nada más). Pequeñas lamparitas, encendidas acá o

allá, iluminan las cenas de las familias de peregrinos; familias pobres, como la apostólica, porque los ricos, por lo general, han levantado sus tiendas fuera del pueblo, desdeñando todo contacto con los lugareños y con los peregrinos pobres.

Desciende noche y silencio... El primero que cae dormido es el niño, que se ha reclinado, cansado, en el regazo de Pedro, el cual, luego, le pone bien sobre la paja y le tapa solícito. Jesús reúne a los mayores para hacer una oración, después cada uno va a echarse encima de la capa de paja para reponerse del mucho camino recorrido.

[3]Es ya de día otra vez. La comitiva apostólica, que se ha puesto en marcha por la mañana, está para entrar, al declinar el día, en Siquem, dejada ya atrás Samaria. Es una ciudad de bonito aspecto, rodeada de muros, coronada de edificios bellos y majestuosos en torno a los cuales se concentran casas lindas y ordenadas. (Me da la impresión de que esta ciudad, como Tiberíades, haya sido reconstruida poco antes y con sistemas tomados de Roma). Extramuros, alrededor, una faja de tierras fertilísimas y bien cultivadas.

El camino que de Samaria conduce a Siquem desciende sinuosamente, con un sistema de muros de contención del terreno que me recuerda a las colinas fiesolanas, y con una magnífica vista de verdes montañas al Sur y una llanura preciosa que va hacia el Oeste.

El camino tiende a descender, pero alguna que otra vez gana altura, para salvar otros collados desde cuyas cimas se domina la tierra de Samaria, con sus lindas plantaciones de olivos, cereales y vides, guardadas, desde lo alto de los collados, por bosques de encinas y de otros árboles agrestes, que deben ser providenciales como defensa contra los vientos - los cuales, pasando por los desfiladeros, tienden ciertamente a formar remolinos -, que malograrían las plantaciones. Esta región me recuerda mucho a los lugares de nuestro Apenino, aquí, hacia Amiata, cuando el ojo contempla contemporáneamente los cultivos llanos y cerealistas de la Maremma y las esplendorosas colinas y los austeros montes que se yerguen más altos hacia el interior. No sé cómo será ahora Samaria; en aquel tiempo era preciosa.

Pues bien, entre dos altos montes - de los más altos de esta zona - la vista enfila un valle en cuyo centro, fertilísima, bien irrigada, aparece Siquem. En este punto precisamente, la alegre caravana de la corte del Cónsul que va a Jerusalén para las fiestas alcanza a Jesús y los suyos. Esclavos a pie y en carros para tutelar el transporte de los distintos pertrechos... ¡¡Dios mío, cuántas cosas llevaban consigo en aquellos tiempos!! Con los esclavos, carros en toda regla, cargados con un poco de todo (hasta incluso literas enteras) y coches de viaje (amplios carros de cuatro ruedas, bien amortiguados, cubiertos) en los que viajan, resguardadas, las damas. Y más carros, y más esclavos…

He aquí que una mano enjoyada de mujer levanta levemente una cortina y aparece el perfil grave de Plautina, que saluda sin hablar pero con una sonrisa; lo mismo hace Valeria, quien lleva sobre sus rodillas a su pequeñuela, toda gorjeos, toda riente. El otro carro de viaje, aún más

pomposo, pasa sin que ninguna cortina se separe, pero, una vez que ha pasado, por la parte de detrás, entre las cortinas anudadas, Lidia asoma su rosado rostro y hace un gesto de reverencia. La caravana se aleja…

4«¡Viajan bien!» dice Pedro, cansado y sudoroso. «Pero, si Dios nos ayuda, pasado mañana por la tarde estaremos en Jerusalén».

«No, Simón. No tengo otra alternativa, tengo que cambiar de dirección e ir hacia el Jordán».

«¿Pero, por qué, Señor?».

«Por el niño. Está muy triste, y mucho más aumentaría su tristeza si viera el monte donde sucedió la catástrofe».

«¡No, no lo vemos! Mejor dicho, vemos la otra parte del monte… Y... bueno, yo me encargaré de tenerle distraído; yo y Juan... Esta pobre tortolita sin nido se distrae en seguida. ¡Ir hacia el Jordán!... ¡No, hombre, mejor por aquí, el camino recto, más corto y más seguro!; ¡no, no, éste, éste! ¡Ves como es el que siguen las romanas? Por la costa y por el río estas primeras aguas de verano exhalan fiebres. Este camino es sano. Además... ¿cuándo vamos a llegar si alargamos todavía más el recorrido? ¡Piensa en qué estado de ansiedad estará tu Madre después del funesto suceso del Bautista!...».

Pedro lo consigue; Jesús da su consentimiento.

«Pues entonces vámonos pronto a descansar, y descansemos bien, porque mañana al alba partiremos, para estar pasado mañana por la tarde en Getsemaní. Iremos, pasado el viernes, al día siguiente, a ver a mi Madre, a Betania; allí descargaremos esos libros de Juan que os han hecho trabajar no poco; veremos también a Isaac y le confiaremos este pobre hermano...».

«¿Y el niño? ¿Le vas a asignar ya?».

Jesús sonríe: «No. Se lo dejaré a mi Madre, para que lo prepare para "su" fiesta. Luego volverá con nosotros para la Pascua. Pero después tendremos que desprendernos de él... ¡No te encariñes demasiado! O, mejor, ámale como si fuera tu hijo, pero con espíritu sobrenatural. Ya ves que es débil y que se cansa. También a mí me habría gustado instruirle y criarle, nutriéndole Yo mismo con la Sabiduría. Mas Yo soy el Incansable, y Yabés es demasiado joven y débil para acompañarnos en nuestras fatigas. Nos moveremos por Judea; luego, para Pentecostés, volveremos a Jerusalén; luego caminaremos... caminaremos, evangelizando... Volveremos a verle en el verano, en nuestra patria chica. 5Bien, ya estamos ante las puertas de Siquem. Adelántate con tu hermano y con Judas de Simón para buscar dónde alojarnos. Yo voy a la plaza del mercado; allí te espero».

Se separan. Pedro galopa en busca de un alojamiento. Los demás caminan fatigosamente por los caminos llenos de gente que grita y gesticula, llenos de asnos, carros... todos dirigidos hacia Jerusalén para la Pascua ya inminente. Voces, unos que llaman a otros, imprecaciones... se mezclan con los rebuznos asnales, creando un bullicio que retumba fuerte bajo los atrios tendidos entre casa y casa: es un ruido que recuerda al murmullo de ciertas conchas cuando se arriman a la oreja. El eco va de una bóveda a otra, donde ya las sombras se dan cita, y la gente, como un flujo continuo de agua, se da a caminar por las calles, se adentra en búsqueda de un techo, de una plaza,

de un prado, para pasar la noche...

Jesús, con el niño de la mano, apoyado en un árbol, espera a Pedro en la plaza, que con esta ocasión está continuamente llena de vendedores.

«¡Que no nos vea nadie y nos reconozca!» dice Judas Iscariote.

«¿Cómo se puede reconocer un grano entre la arena?» responde Tomás. «¿No ves qué gentío?».

Vuelve Pedro: «Fuera de la ciudad hay un cobertizo con heno. No he encontrado nada más».

«No vamos a buscar nada más. Es hasta demasiado para el Hijo del hombre».

194. La revelación al pequeño Yabés durante el camino de Siquem a Berot.

19 de junio de 1945.

[1]Como un río que se va enriqueciendo cada vez más por nuevos afluentes, así la vía que conduce de Siquem a Jerusalén se va haciendo cada vez más espesa de gente, en la medida en que los distintos pueblos van aportando, por los caminos secundarios, los fieles que van hacia la Ciudad santa; ello ayuda no poco a Pedro a tener distraído al niño, que pasa muy cerca de las colinas de su tierra natal (bajo cuyos bancales deslizados están sepultados sus padres) sin darse cuenta.

Los viajeros han dejado a su izquierda Silo, enhiesta en la cumbre de su monte. Interrumpen ahora, tras largo camino, su marcha, para descansar y comer en un vasto y verde valle con murmullo de aguas puras y cristalinas. Luego reanudan la marcha. Salvan un montecillo calcáreo, bastante pelado, sobre el cual incide sin misericordia el Sol. Se empieza a bajar atravesando una serie de viñedos preciosos que festonean las escarpadas de estos montes calcáreos soleados en sus cimas.

Pedro sonríe con perspicacia y hace una seña a Jesús, que también sonríe. El niño no se da cuenta de nada, centrado como está en escuchar a Juan de Endor, que le está hablando de otras tierras que ha visto, en las que se dan uvas dulcísimas, las cuales, a pesar de serlo, no sirven tanto para vino cuanto para dulces mejores que las tortas de miel.

[2]Una nueva subida, muy empinada: la comitiva ha dejado el camino principal, polvoriento y lleno de gente, y ha preferido tomar este atajo boscoso. Llegados a la cima, se ve ya claramente en la lejanía resplandecer un mar luminoso suspendido sobre una conglomeración blanca, quizás esplendorosas casas encaladas.

Jesús llama a Yabés: «Ven. ¿Ves aquel punto de oro? Es la Casa del Señor. Allí vas a jurar obediencia a la Ley. ¿Pero la conoces bien?».

«Mi mamá me hablaba de la Ley y mi padre me enseñaba los preceptos. Sé leer y... y creo que sé lo que "ellos" me han dicho... antes de morir». El niño, que había acudido a la llamada de Jesús con una sonrisa, ahora llora, con su cabecita agachada y con su mano, temblorosa, en la mano de Jesús.

«No llores. Mira. ¿Sabes dónde estamos? Esto es Betel. Aquí el santo Jacob tuvo su sueño angélico. ¿Lo sabías? ¿Te acuerdas?».

«Sí, Señor. Vio una escalera que tocaba el Cielo desde la tierra, y subían y bajaban ángeles; mi madre me decía que en el momento de la muerte, si habíamos sido buenos, veríamos eso mismo y que iríamos por esa escalera a la Casa de Dios. Mi madre me decía muchas cosas... pero... ahora ya no me las dirá... Las tengo todas aquí dentro, esto es todo lo que tengo de ella...». Las lágrimas se deslizan por su tristísima carita.

«¡No llores de ese modo, hombre! Mira, Yabés, Yo tengo a mi Madre, que se llama María y que es santa y buena y que sabe también decir muchas cosas. Es más sabia que un maestro, más buena y hermosa que un ángel. Estamos yendo a verla. Te querrá mucho. Te dirá muchas cosas. Y además, con Ella, está la mamá de Juan, que también es muy buena y se llama María, y la madre de mi hermano Judas, dulce igualmente como un pan de miel, y que se llama también María. Te van a querer mucho, muchísimo, porque eres un niño excelente y porque Yo te quiero mucho y ellas me quieren a mí. Luego, crecerás con ellas, y cuando seas mayor serás un santo de Dios, predicarás como un doctor a ese Jesús que te dio de nuevo una madre aquí y que habrá abierto las puertas de los Cielos a tu madre muerta, y a tu padre, y que te las abrirá también a ti a tu hora. Tú no tendrás siquiera necesidad de subir la larga escalera de los Cielos a la hora de la muerte, porque ya la habrás subido durante tu vida, siendo un buen discípulo, y te verás allí, ante la puerta abierta del Paraíso, y Yo estaré allí y te diré: "Ven, amigo mío e hijo de María", y estaremos juntos».

La fúlgida sonrisa de Jesús, que camina un poco curvado para estar más cerca de la carita alzada del niño - que va andando a su lado con su manita en la de Jesús -, y estas palabras maravillosas, enjugan las lágrimas y hacen brotar una sonrisa.

[3]El niño, que de necio no debe tener un pelo, aunque, eso sí, está aturdido por tanto dolor y privaciones como ha sufrido, interesado en la historia, observa: «Dices que abrirás las puertas de los Cielos. ¿No están cerradas por el gran Pecado? Mi mamá me decía que ninguno podría entrar hasta que no viniera el perdón y que los justos lo esperaban en el Limbo».

«Así es. Pero Yo, tras predicar la palabra de Dios y obteneros el perdón, iré al Padre, y le diré: "He cumplido toda tu voluntad, ahora quiero mi premio por mi sacrificio. Que vengan los justos que están esperando tu Reino". Y el Padre me dirá: "Sea como quieres". Entonces descenderé a llamar a todos los justos y el Limbo abrirá sus puertas al oír mi voz, y saldrán jubilosos los santos Patriarcas, los luminosos Profetas, las mujeres benditas de Israel y... ¿te imaginas cuántos niños? ¡Será como un prado florecido de niños de todas las edades! Y me seguirán, cantando, ascendiendo al hermoso Paraíso».

«¿Mi mamá estará entre ellos?».

«Sin duda».

«Pues no me has dicho que estará contigo en la puerta del Cielo cuando yo muera...».

«Ni ella ni tu padre tendrán necesidad de estar en esa puerta; cual fúlgidos ángeles, con sus vuelos siempre estarán uniendo estrechamente el Cielo y la tierra, a Jesús con su hijo

Yabés, y cuando estés cercano a la muerte harán como aquellos dos pajaritos en aquel seto. ¿Los ves? - Jesús sube en brazos al niño para que vea mejor - ¿Ves cómo cubren sus huevecillos? Esperan a que se abran; después extenderán sus alas para proteger a su nidada de cualquier mal, y luego, cuando se hayan desarrollado y estén preparados para poder volar, servirán de apoyo a sus crías con sus robustas alas y las llevarán hacia arriba, muy arriba... hacia el Sol. Tus padres harán lo mismo contigo».
«¿Se cumplirá exactamente así?».
«Exactamente así».
«¿Les vas a decir que se acuerden de venir?».
«No será necesario, porque te quieren. De todas formas se lo diré».
«¡Cuánto te quiero!». El niño, que está todavía en brazos de Jesús, se le agarra fuertemente al cuello y le besa, con una efusión tan jubilosa, que verdaderamente conmueve.
Jesús le devuelve el beso y le baja al suelo.

4 «¡Bueno! ¡bien! Vamos adelante, a la Ciudad santa. Tenemos que llegar hacia el atardecer de mañana. ¿Por qué tanta prisa? ¿Me lo sabrías responder? ¿No sería lo mismo llegar pasado mañana?».

«No, no sería lo mismo. Mañana es la Parasceve. Después del ocaso sólo se puede andar seis estadios; mas no se puede, porque ya ha empezado el sábado con su correspondiente reposo».

«¿Se está entonces sin hacer nada los sábados?».
«No. Se reza al Señor altísimo».
«¿Cómo se llama?».
«Adonái. Pero los santos pueden pronunciar su Nombre».
«También los niños buenos. Dile, si le sabes».
«Iaavé» (este pequeñuelo lo pronuncia así: es una Y muy suave, casi una I, y la a muy alargada)*.
«Y, ¿por qué se reza al Señor altísimo el sábado?».
«Porque Él se lo dijo a Moisés cuando le dio las tablas de la Ley».

---

* A la aclaración escrita entre paréntesis, MV añade en una copia mecanografiada: *mientras que la e es dura, neta; al contrario que los galileos, que dicen la primera consonante como un syi muy alargado y la última vocal muy abierta, casi como si fueran dos y con acento grave, como "père" de los franceses.*
Relacionarlo con la nota de la pág. 390 del volumen primero.

«¡Ah! ¡Sí? ¿Y qué dijo?».

«Dijo que se santificara el sábado. "Trabajarás durante seis días, pero el séptimo descansarás tú, y los demás contigo, porque es lo que hice Yo después de la creación"».

«¿Cómo! ¿El Señor descansó? ¿Estaba cansado por haber creado? ¿Creó realmente Él? ¿Por qué lo sabes? Yo sé que Dios no se cansa nunca».
«No se había cansado porque Dios no anda ni mueve los brazos. Lo hizo para enseñar a Adán y enseñarnos a nosotros, y para que tuviéramos un día en el que no pensásemos en otra cosa sino en Él. Y Él lo ha creado todo; seguro. Lo dice el Libro del Señor».

«Pero, ¿el Libro lo ha escrito Él?».
«No, pero es la Verdad, y hay que prestarle fe para no ir con Lucifer».
«Me has dicho que Dios ni anda ni mueve los brazos. ¿Entonces, como creó? ¿Cómo es? ¿Es una estatua?».
«No es un ídolo, es Dios; y Dios es... Dios es... déjame pensar y recordar cómo decía mi mamá y, mejor todavía, ese hombre que va en tu nombre a visitar a los pobres de Esdrelón... Mi mamá decía, para hacerme comprender a Dios: "Dios es como mi amor por ti; no tiene cuerpo, y, sin embargo, existe". Y ese hombre pequeño, con una sonrisa muy dulce, decía: "Dios es un Espíritu eterno, uno y trino, y la segunda Persona se ha encarnado por amor a nosotros, que somos pobres, y su nombre...". ¡Oh, mi Señor! Pero... ahora que me doy cuenta... ¡eres Tú!». El niño, lleno de estupor, se arroja al suelo adorando.
Todos acuden, creyendo que se ha caído; pero Jesús hace un gesto de silencio llevándose el dedo a los labios, y dice: «¡Levántate, Yabés! ¡Los niños no deben tener miedo de mí!».
El niño levanta la cabeza, lleno de veneración, y mira a Jesús con expresión cambiada, casi de miedo.

Jesús sonríe y le tiende la mano diciendo: «Eres sabio, pequeño israelita. [5]Continuemos el examen entre nosotros. Ahora que me has reconocido, ¿sabes si se habla de mí en el Libro?».

«¡Oh, sí, Señor! Desde el principio hasta ahora. Todo habla de ti. Tú eres el Salvador prometido. Ahora entiendo que abras las puertas del Limbo. ¡oh, Señor… Señor! ¿Y me quieres mucho?».

«Sí, Yabés».
«No. No me llames ya Yabés. Dame un nombre que signifique que me has querido, que me has salvado...».
«El nombre lo elegiré junto con mi Madre. ¿Te parece bien?».
«Pero que quiera decir exactamente eso. Lo tomaré desde el mismo día que me haga hijo de la Ley».
«Lo tomarás ese día».
Betel ha quedado ya atrás. Se detienen a comer en un vallecillo fresco y rico en agua. Yabés está medio aturdido después de la revelación; come en silencio, aceptando con veneración los bocados que le ofrece Jesús; poco a poco se va recobrando, especialmente después de jugar intensamente con Juan mientras los otros descansan sobre la hierba verde; luego vuelve donde Jesús, junto con el risueño Juan, y tienen una pequeña tertulia de tres personas.
«Al final no me has dicho quién habla de mí en el Libro».
«Los Profetas, Señor; y antes todavía. Habla de ti el Libro desde la expulsión de Adán del paraíso. Luego cuando Jacob y cuando Abraham y Moisés... Me decía mi padre, que había ido a visitar a Juan - no a éste, sino al otro Juan, al del Jordán -, que él, el gran Profeta, te llamaba el Cordero... Ahora entiendo, sí, el cordero de Moisés... ¡La Pascua eres Tú! ».
Juan le estimula: «Pero, ¿qué Profeta es el que profetizó mejor de Él?».
«Isaías y Daniel. Pero prefiero a Daniel, ahora que te quiero como a mi padre. ¿Puedo decir que te quiero como he querido a mi padre? ¿Sí? Pues ahora prefiero a Daniel».
«¿Por qué, si quien habla mucho del Cristo es Isaías?...».

«Sí, pero habla de los dolores del Cristo; sin embargo, Daniel habla del ángel hermoso y de tu venida. Es verdad que también Daniel dice que el Cristo será inmolado, pero yo creo que el Cordero será inmolado de un sólo golpe, no como dicen Isaías y David. Yo lloraba siempre al oírlos, así que mi madre no volvió a leérmelos». Casi llora también en este momento, mientras acaricia una mano de Jesús.
«No pienses en eso por ahora. Escucha, ¿sabes los mandamientos?».

«Sí, Señor. Creo saberlos. En el bosque me los repetía a mí mismo para no olvidarlos y para oír las palabras de mi madre y de mi padre. Pero ahora ya no lloro - la verdad es que sus pupilas brillan intensamente - porque ahora te tengo a ti».

Juan sonríe y se abraza a su Jesús diciendo: «¡Son mis mismas palabras! Todos los niños de corazón hablan igual».

«Sí, porque sus palabras provienen de una única sabiduría. [6]Bien, tendríamos que ponernos en camino para llegar muy pronto a Berot. La gente aumenta y el tiempo se pone amenazador. Tomarán al asalto los alojamientos, y no quiero que caigáis enfermos».

Juan llama a los compañeros y se reanuda la marcha hasta Berot, a través de una llanura no muy cultivada, aunque tampoco completamente yerma como estaba el montecillo que salvaron después de Silo.

195. Una lección de Juan de Endor a Judas Iscariote. Llegada a Jerusalén.

20 de junio de 1945.

[1]Jornada lluviosa. Pedro me parece un Eneas al revés, porque, en vez de cargar con su padre, lleva sobre sus hombros al pequeño Yabés, que va todo arropado en el manto del apóstol. Se ve sobresalir la cabecita por encima de la cabeza cana de Pedro, y los brazos del niño en torno al cuello. Pedro ríe, chapoteando en los charcos.

«Nos podía haber ahorrado este inconveniente» dice malhumorado Judas Iscariote, nervioso por el agua que viene del cielo y rebota contra el suelo y salpica los vestidos.
«¡Ya! ¡Se podrían ahorrar muchas cosas!» responde Juan de Endor, mirando fijamente con su único ojo - que creo que ve por dos - al guapo de Judas.
«¿Qué quieres decir?».
«Quiero decir que es inútil pretender que los elementos sean delicados con nosotros, cuando nosotros no lo somos con nuestros semejantes, y además en materia mucho más grave que no dos gotas de agua o una salpicadura de barro».
«Cierto. Pero yo quiero entrar en la ciudad limpio y en orden; tengo muchas amistades, y además de alta categoría».
«Pues estáte atento a no caer».
«¿Me estás provocando?».

«¡No, no! Pero es que soy veterano, como maestro... y como alumno. Llevo toda mi vida aprendiendo. Primero aprendí a vegetar, luego observé la

vida, después conocí la amargura de la vida. Ejercité una justicia inútil, la del "solo" contra Dios y contra la sociedad: Dios me castigó con el remordimiento; la sociedad, con las cadenas. Con lo cual, el ajusticiado, en el fondo, fui yo. Finalmente, ahora, he aprendido, *estoy aprendiendo*, a "vivir". Así que, como comprenderás, por mi condición de maestro y de alumno, me viene natural repetir las lecciones».

«Pero yo soy el apóstol...».

«Y yo un desgraciado, ya lo sé, y no debería permitirme enseñarte a ti. Pero, mira, nunca se sabe lo que puede uno ser el día de mañana. Tenía la idea de que moriría como un hombre honrado y un maestro respetado en Chipre, y vine a ser un homicida y un condenado a cadena perpetua. Cuando alzaba el cuchillo para vengarme, cuando arrastraba las cadenas odiando al universo, si me hubieran dicho que sería discípulo del Santo, habría dudado del estado mental de quien me lo hubiera dicho. Y, a pesar de todo... ya lo ves. Por eso, quién sabe, a lo mejor puedo darte alguna lección buena a ti, que eres apóstol; por mi experiencia, no por santidad, que esto último ni siquiera se me pasa por la mente».

«Tiene razón ese romano al llamarte Diógenes».

«Bien... sí. Pero Diógenes buscaba al hombre y no lo encontró; yo, sin embargo, más afortunado que él, encontré, sí, primero una serpiente donde creía que estaba la mujer y un cuco donde veía al hombre amigo, pero luego, tras haber vagado muchos años, ya enloquecido por este conocimiento, he encontrado al Hombre, al Santo».

«Yo no conozco otra sabiduría sino la de Israel».

«Si es así, ya tienes con qué salvarte; pero ahora tienes también la ciencia, o mejor, la sabiduría, de Dios».

«Es lo mismo».

«¡No, no! Sería como comparar un día neblinoso con uno lleno de sol».

«En definitiva, ¿quieres darme lecciones? Pues yo no me siento con ganas de ello».

«¡Déjame hablar! Al principio, hablaba a los niños: se distraían; luego a los espectros: me maldecían; luego a los pollos: eran mucho mejores que los dos primeros grupos, mucho mejores; ahora hablo conmigo mismo, porque todavía no puedo hablar con Dios. ¿Por qué quieres impedírmelo? Tengo la vista reducida a la mitad, la vida quebrada por el esfuerzo hecho en las minas, el corazón enfermo desde hace muchos años: deja, al menos, que mi mente no se vuelva estéril».

«Jesús es Dios».

«Lo sé, lo creo; más que tú, porque yo he renacido por obra suya, tú no. Pero, aunque Él sea el Bueno, es siempre Él, o sea, Dios, y ese pobre desgraciado que soy yo no se atreve a tratarle con la familiaridad con que tú le tratas. Le habla mi alma, pero los labios no se atreven; el alma... y creo que Él siente cómo llora de amor agradecido y penitente».

2«Es verdad, Juan. Siento tu alma - Jesús entra en la conversación; Judas se pone colorado de vergüenza y el hombre de Endor de alegría -. Es verdad, siento tu alma, como siento también el trabajo de tu mente. Bien has hablado. Cuando estés formado en mí, sacarás mucho beneficio de haber sido maestro y atento alumno. Habla, habla, aun contigo mismo...».

Judas, impertinente, observa: «Una vez, Maestro, además no hace mucho, me dijiste que

uno no debe hablar con el propio *yo*».
«Es verdad, lo dije, pero era porque murmurabas con tu propio *yo*. Este hombre no murmura, medita, y con buen fin: no hace mal».

«¡En definitiva, que estoy en error!». Judas se muestra agresivo.

«No, lo que tienes es tedio en el corazón. Considera que no siempre puede haber cielo sereno. Los campesinos desean la lluvia y también es caridad orar para que llueva; *también ella* es caridad. Pero, mira, se ve un bonito arco iris, que describe su curva desde Atarot hasta Ramá. Hemos sobrepasado Atarot, la triste hoz ha quedado atrás, aquí ya todo está cultivado y ríe bajo este sol que rasga las nubes. Cuando lleguemos a Rama estaremos a treinta y seis estadios de Jerusalén. Aparecerá de nuevo ante nuestra vista tras ese collado, que señala el lugar del horrendo acto de lujuria cometido por los guibeítas. Tremenda cosa es que la carne haga presa, Judas...».

Judas no responde, sino que se aleja chapoteando con ira en los charcos.

3 «¡Pero qué le pasa hoy a ése?» pregunta Bartolomé.

«Calla. Que no lo oiga Simón de Jonás. Evitemos cuestiones y... no le amarguemos a Simón, que está muy contento con su niño».
«Sí, Maestro, pero eso no está bien, y se lo pienso decir».
«Es joven, Natanael. Tú también lo fuiste...».
«Sí... pero... ¡No debe faltarte al respeto!». Sin querer, alza la voz.
Acude Pedro en seguida! «¿Qué pasa? ¿Quién falta al respeto? ¿El nuevo discípulo?» y mira a Juan de Endor, que se había retirado discretamente al comprender que Jesús estaba corrigiendo al apóstol, y que ahora está hablando con Santiago de Alfeo y Simón Zelote.
«No, ni por sueños. Es respetuoso como una niña».
«¡Ah!, ¡bien!, porque si no... peligraba su ojo. Entonces... ¡entonces es Judas!».
«Mira, Simón, ¿por qué no te ocupas de tu niño? Me lo has arrebatado, y ahora quieres meterte en una conversación amistosa entre mí y Natanael... ¿No te parece que quieres hacer demasiadas cosas?».

La tranquilidad con que sonríe Jesús es tanta, que Pedro siente vacilar su juicio; mira a Bartolomé... mas éste tiene levantado su rostro aguileño al cielo... Pedro siente que se desvanece su sospecha. La vista de la Ciudad, ya cercana, visible en toda la belleza de sus colinas, olivares, casas, y, especialmente, del Templo; esta vista, que debía ser siempre fuente de emoción y de orgullo para los israelitas, acaba de distraerle del todo.

El sol abrileño de Judea, bien fuerte, ha secado pronto el empedrado de la vía consular. Ahora es difícil encontrar un charco. Los apóstoles se aderezan al borde del camino: bajan las túnicas, pues las habían abolsado, se lavan los pies llenos de barro en un riachuelo de aguas claras, se ponen en orden el pelo, se cubren con sus mantos. Y lo mismo hace Jesús. Veo que todos hacen lo mismo.

4 La entrada en Jerusalén debía ser una cosa importante. Presentarse ante estos muros en tiempo de fiesta era como presentarse ante un soberano. La Ciudad santa era la *"verdadera"* reina de los israelitas; lo veo con claridad este año en que observo, en esta vía consular, las turbas y su comportamiento: los componentes de las distintas familias se disponen según un orden (las

mujeres por su parte, solas, los hombres en otro grupo, los niños con uno u otro grupo, pero todos serios y, al mismo tiempo, tranquilos); algunos doblan el manto más usado y sacan otro, nuevo, de los fardos de viaje, o se cambian de sandalias; el paso se hace solemne, ya hierático; en cada grupo hay un solista que da el tono, se cantan himnos, los antiguos, gloriosos himnos de David... Y la gente se mira con más bondad en los ojos, como más tiernos ahora que han visto la Casa de Dios, y mira a esta Casa santa, enorme cubo de mármol coronado por las cúpulas de oro, colocado, como una perla, en el centro del recinto majestuoso del Templo.

La comitiva apostólica se forma así: delante, con el niño en medio, Jesús y Pedro; detrás de ellos, Simón, Judas Iscariote y Juan; luego Andrés con Santiago de Zebedeo, y, entre ellos, obligado por Andrés, Juan de Endor; en la cuarta fila, los dos primos del Señor con Mateo; los últimos, Tomás, Felipe y Bartolomé. Aquí es Jesús quien entona el canto, y lo hace con esa potente y preciosa voz suya, con un ligero tono de barítono que se armoniza con las vibraciones de tenor para hacerlas aún más estimables*; responden Judas Iscariote, tenor puro, y Juan, de voz límpida propia de su muy joven edad, y las dos voces de barítono de los primos de Jesús, y Tomás (casi bajo: un barítono tan profundo, que casi no se le puede catalogar como tal). Los demás, dotados de voces menos hermosas, acompañan, en forma menos perceptible al coro-lleno de los más virtuosos. Los salmos son los ya conocidos, llamados graduales.

El pequeño Yabés - voz de ángel entre las recias de los hombres - canta muy bien - quizás porque lo sabe mejor que los demás - el salmo 121**: «Estoy alegre porque me han dicho: "Iremos a la casa del Señor"». Verdaderamente, su carita, tan triste pocos días antes, es todo un esplendor de alegría.

Ya están cerca de los muros, ya se ve la Puerta de los Peces, y las calles, llenísimas de gente.

En seguida, al Templo, para una primera oración; luego, la paz en la paz del Getsemaní; la cena; el descanso.

El viaje hacia Jerusalén ha terminado.

---

* *tono de barítono que se armoniza con las vibraciones de tenor para hacerlas aún más estimables.* MV, en una copia mecanografiada, añade: *voz que comprende una amplia gama de notas perfectas.*

** El *salmo 121*, que MV indica con números romanos, ha venido a ser el *122* en las modernas ediciones de la Biblia.

196. El sábado en Getsemaní. Jesús habla de su Madre y de los amores de distintas potencias.

21 de junio de 1945.

[1]La mayor parte de la mañana del sábado ha estado ocupada en dejar descansar a los cansados cuerpos y en arreglar la ropa, polvorienta y arrugada por el viaje. En las vastas cisternas del Getsemaní - colmadas de agua de lluvia - y en el Cedrón - verdadera sinfonía entre los cantos, espumoso, lleno, por los chaparrones de los últimos días - hay tanta agua que es una verdadera incitación. Uno tras otro, los peregrinos, desafiando el fresco, bajan a zambullirse en el torrente; luego se ponen vestidos nuevos, de los pies a la cabeza, y, con el pelo todavía un poco tieso por las rociadas del torrente, van a sacar agua de las cisternas y la vierten en unas pilas grandes donde tienen la ropa, separada por colores.

«¡Bien! ¡bien!» dice Pedro contento. «Ahí se purgara y María la podrá lavar con menos esfuerzo». Supongo que es la mujer que está en Getsemaní. «Pequeñuelo, tú eres el único que no puede ponerse vestidos nuevos. Pero mañana...». En efecto, el niño tiene una tuniquita limpia que ha sacado de su talego (tan pequeño, que le podría ir bien a una muñeca), pero está aún más descolorida y rota que la otra. Pedro observa, preocupado, la túnica, diciendo en tono apenas perceptible: «¿Cómo le llevo así a la ciudad? Estoy por dividir en dos mi manto... con un manto se taparía todo».

Jesús oye este soliloquio paterno y dice: «Ahora es mejor que descanse. Al atardecer iremos a Betania...».

«Quiero comprarle la túnica. Se lo he prometido».

«Lo harás. Ciertamente. Pero es mejor pedirle a mi Madre su opinión. Ya sabes... las mujeres... están más dotadas que nosotros para las compras... además, será una satisfacción para Ella ocuparse de un niño... ¡Iréis juntos!».

El apóstol se siente raptado al séptimo cielo por la idea de ir con María a comprar. No sé si Jesús ha expresado todo lo que piensa o si se reserva una parte (es decir, que su Madre tiene un gusto más fino, que evitaría desentonos de colores horrendos); comoquiera que sea, obtiene el fin sin que su Pedro se sienta humillado.

[2]Se diseminan por el olivar, muy hermoso en este sereno día abrileño. La lluvia de los días precedentes parece haber plateado los olivos y sembrado la tierra de flores, de tanto como resplandecen al sol las frondas, de tantas florecillas como hay al pie de los olivos. Los pájaros cantan y vuelan por todas partes.

La ciudad se abre allá, hacia el Oeste del observador.

No se ve el bullir de gente, pero sí las caravanas que se dirigen hacia la Puerta de los Peces - y hacia otras puertas cuyo nombre desconozco -, desde el lado Este. La ciudad se las traga como si fuera un famélico vientre.

Jesús pasea y observa a Yabés, que está jugando, alegre, con Juan y los

más jóvenes. También Judas Iscariote - ya se le ha pasado el enojo de ayer - está alegre y juega. Los más mayores observan sonriendo.

«¿Qué dirá tu Madre de este niño?» pregunta Bartolomé.

«Yo digo que dirá: "Está muy delgado"» dice Tomás.

«¡No! Dirá: "¡Pobre niño!"» responde Pedro.

«No, lo que dirá es: "Me alegro de que le quieras"» objeta Felipe.

«La Madre no lo pondría nunca en duda. Yo creo que no hablará. Le estrechará contra su corazón» dice Simón el Zelote.

«¿Y Tú, Maestro, qué dices que dirá?».

«Hará lo que habéis dicho, pero lo pensará y lo dirá sólo en su corazón; al besarle no dirá sino: "¡Bendito seas!", y le cuidará como si fuera un pajarillo caído del nido. Escuchad. [3]Un día me habló de cuando era pequeñita. Todavía no tenía tres años, pues no estaba aún en el Templo, y ya se le rompía el corazón de amor y exhalaba, cual flor y aceituna, aplastada o rota en la prensa, todos sus óleos y perfumes. En un delirio de amor, le decía a su madre que quería ser virgen para agradar más al Salvador, pero que querría ser pecadora para poder ser salvada, y casi lloraba porque su madre no la entendía y no sabía darle la solución para ser la "pura" y la "pecadora" al mismo tiempo. Le trajo la paz su padre, con un pajarillo que había salvado del peligro que corría en el borde de una fuente: le contó la parábola del pajarillo, diciéndole que Dios la había salvado anticipadamente y que, por tanto, Ella debía bendecirle por doble motivo. Y la pequeña Virgen de Dios, la grandísima Virgen María, ejercitó su primera maternidad espiritual hacia ese pajarillo caído del nido, y le echó a volar cuando fue fuerte; este pajarillo no dejó ya jamás el huerto de Nazaret, consoló con sus vuelos y trinos la casa triste y los corazones tristes de Ana y Joaquín cuando María fue al Templo; murió poco antes de que expirase Ana: había concluido su misión. [4]Mi Madre se había consagrado a la virginidad por amor, pero, siendo criatura perfecta, poseía en su sangre y en su espíritu la maternidad; porque la mujer está hecha para ser madre, y comete aberración cuando se hace sorda a este sentimiento, que es amor de segunda potencia...».

Poco a poco se han ido acercando también los demás.

«¿Qué quieres decir, Maestro, con "amor de segunda potencia"?» pregunta Judas Tadeo.

«Hermano mío, hay muchos amores, y de distintas potencias. Está el amor de primera potencia: el que se da a Dios. Luego, el amor de segunda potencia: el materno, o paterno. Porque, si el primero es enteramente espiritual, éste es en dos partes espiritual y en una carnal: se mezcla, sí, el sentimiento afectivo humano, pero predomina lo superior, porque un padre o una madre, sana y santamente tales, no dan sólo alimento y caricias a la carne de su hijo, sino que también nutren y aman su mente y su espíritu. Es tan cierto esto que estoy diciendo, que, quien se consagra a la infancia - aunque sólo fuere para instruirla - termina por amarla como si fuera su propia carne».

«Efectivamente yo quería mucho a mis discípulos» dice Juan de Endor.

«Debías ser un buen maestro... lo veo por cómo te comportas con Yabés».

El hombre de Endor, sin hablar, se inclina a besar la mano de Jesús.

«¡Sigue, te lo ruego, tu clasificación de los amores!» dice Simón Zelote.

«Existe amor hacia la compañera: es amor de tercera potencia, porque

es - me refiero también en este caso a los sanos y santos amores - mitad espíritu mitad carne. El hombre para su esposa es maestro y padre, además de esposo; la mujer para su esposo es ángel y madre, además de esposa. Estos son los tres amores más elevados».

5«¿Y el amor al prójimo? ¿No te estás equivocando? ¿O es que te has olvidado de él?» pregunta Judas Iscariote. Los demás le miran perplejos y... con fiereza por la observación que ha hecho.

Jesús, sin embargo, responde sereno:

«No, Judas. Pero observa lo que te digo. A Dios se le debe amar porque es Dios, por tanto, no es necesaria ninguna explicación para persuadir de este amor. Él es el que es, o sea, el Todo; el hombre (la nada que viene a ser partícipe* del Todo por el alma infundida por el Eterno - sin ella el hombre sería uno de tantos animales brutos que viven sobre la faz de la tierra o en las aguas o en el aire -) debe adorar por deber y para merecer sobrevivir en el Todo, es decir, para merecer venir a ser parte del Pueblo santo de Dios en el Cielo, ciudadano de la Jerusalén que no conocerá profanación o destrucción algunas por los siglos de los siglos.

El amor del hombre, y especialmente de la mujer, a la prole tiene indicación de precepto en las palabras de Dios a Adán y Eva, después de bendecirlos, viendo que era "bueno" lo que había hecho, en un lejano sexto día, el primer sexto día de lo creado. Les dijo: "Creced y multiplicaos y poblad la tierra...".

Veo tu tácita objeción... Te respondo inmediatamente: puesto que en la creación, antes de la culpa, todo estaba regulado y basado sobre el amor, este multiplicarse de los hijos habría sido amor, santo, puro, poderoso, perfecto. Fue el primer mandamiento de Dios al hombre: "Creced, multiplicaos". "Amad, por tanto, después de mí, a vuestros hijos". El amor como es ahora, el actual generador de los hijos, entonces no existía. La malicia no existía y, por tanto - porque va con ella -, tampoco la execrable hambre carnal. El hombre amaba a la mujer, y la mujer al hombre, naturalmente, pero no naturalmente según la naturaleza como nosotros la entendemos - o, mejor, como vosotros, hombres, la entendéis -, sino *según la naturaleza de hijos de Dios, o sea, sobrenaturalmente*. Muy dulces fueron los primeros días de amor entre los dos,

---

* *partícipe*: relacionarlo con la nota de la pág. 40.

hermanos - habían nacido de un Padre común - y, no obstante, esposos; de esos dos que amándose se miraban con sus inocentes ojos como dos gemelos en su cuna. El hombre sentía amor de padre hacia su compañera "hueso de sus huesos y carne de su carne" (como un hijo lo es para un padre). La mujer conocía la alegría de ser hija - por tanto, protegida por un amor muy elevado -, porque sentía que tenía en sí algo de aquel espléndido hombre que la amaba, con inocencia y angélico ardor, en los hermosos prados del Edén.

Luego, en el orden de los preceptos dados por Dios con una sonrisa a sus amados párvulos, viene aquel que el mismo Adán, dotado por la Gracia de una inteligencia sólo inferior a la de Dios, hablando de su compañera - y,

en ella, de todas las mujeres -, decreta (el decreto del pensamiento de Dios, que se reflejaba límpido en el terso espejo del espíritu de Adán y que florecía en forma de pensamiento y de palabra): "El hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una carne sola".

De no haber existido los tres pilones de los amores que he mencionado, ¿habría podido, acaso, existir amor al prójimo? No, no hubiera podido existir. El amor a Dios hace a Dios amigo y enseña el amor; quien no ama a Dios, que es bueno, no puede ciertamente amar al prójimo que en su mayoría es defectuoso. Si no hubieran existido el amor conyugal y la paternidad en el mundo, no habría podido existir el prójimo, porque el prójimo está hecho de los hijos nacidos de los hombres. ¿Estás convencido de esto?.

«Sí maestro. No había reflexíonado».

«Efectivamente, es difícil remontarse al hontanar. El hombre está bien hincado ya desde hace siglos, milenios, en el fango, y el hontanar está en las cimas, muy alto. Además, el primero de los manantiales viene de una inmensa altura: Dios... No obstante, de la mano, os conduciré a los manantiales; sé dónde están...».

6 «¿Y los otros amores?» preguntan al unísono Simón Zelote y el hombre de Endor.

«El primero de la segunda serie es el amor al prójimo. En realidad es el cuarto en potencia. Luego viene el amor a la ciencia. Después el amor al trabajo».

«¿Y basta?».

«Basta».

«¡Hay otros muchos amores!» exclama Judas Iscariote.

«No. Lo que hay es otros apetitos, pero no son amores; son "desamores"; niegan a Dios y niegan al hombre; no pueden ser, por tanto, amores, porque son negaciones y la negación es odio».

«¿Si niego el consentimiento al mal es odio?» insiste Judas Iscariote.

«¡Pobres de nosotros! Eres más insidioso que un escriba. ¿Me quieres decir lo que te pasa! ¿Es culpa del aire fino de Judea, que te pinza los nervios como un calambre?» exclama Pedro.

«No. Me gusta instruirme y tener muchas ideas, y claras. Dado que has mencionado a los escribas, aquí es fácil hablar con ellos; no quiero quedarme corto de argumentos».

«¿Y piensas que vas a poder, en el momento en que te haga falta, extraer del saco en que estás acumulando esos trapajos la hilacha del color deseado?» pregunta Pedro.

«¡Trapajos las palabras del Maestro? ¡Blasfemas!».

«No te me hagas el escandalizado. En su boca no hay trapajos, pero después de maltratarlas nosotros se transforman en eso. Pon un pedazo de valioso lino cendalí en manos de un niño... Pasado un rato, será un trapajo sucio y roto. Pues es lo mismo que nos pasa a nosotros... Ahora que, si pretendes pescar en el momento oportuno el pingajillo que necesitas, entre que es un pingajillo y que está sucio... pues... ¡en fin... no sé yo cuál va a ser el resultado!».

«Tú no te metas, que son cosas mías».

«¡Ah!, ¡claro! Ten por seguro que no me voy a meter en tus cosas. ¡Tengo ya bastante

con las mías! Y además, a fin de cuentas, me conformo con que no le perjudiques al Maestro; porque, si lo hicieras, entonces me metería también en tus cosas...».
«Cuando actúe mal, lo harás; pero eso no sucederá nunca porque sé actuar... No soy un ignorante...».
«Yo lo soy, ya lo sé. Pero, precisamente porque lo sé, no acumulo lastre para, en su momento, exhibirlo, sino que me pongo en manos de Dios... y Dios me ayudará por amor a su Mesías, de quien soy el siervo más pequeño y más fiel».
«¡Todos somos fieles! » contrapone, arrogante, Judas.
«¡Malo! ¿Por qué ofendes a mi padre? Es ya mayor. Es bueno. No debes hacerlo. Eres un hombre malo. Me das miedo» dice, severo, Yabés, rompiendo el atento silencio en que estaba.
«¡Y van dos!» exclama en voz baja Santiago de Zebedeo dándole con el codo a Andrés. A pesar de que haya hablado bajo, Judas lo ha oído.
«¿Ves, Maestro, como las palabras de aquel estúpido niño de Magdala han dejado huella?» dice Judas encendido de rabia.

7 «¿Pero no sería más bonito continuar la lección del Maestro, más bien que estar como chivos enojados?» pregunta el pacífico Tomás.

«Sí, claro. Maestro, síguenos hablando de tu Madre. ¡Es tan luminosa su infancia!: de reflejo hace vírgenes a nuestras almas. Y yo, ¡pobre de mí, tengo mucha necesidad de ello!» exclama Mateo.

«¿Qué queréis que os diga... si son muchos los episodios, y a cuál más delicioso...!».
«¿Te los ha contado Ella?».
«Alguno sí, pero muchos más José, que me los contaba, siendo Yo niño, como los más bellos cuentos; y también Alfeo de Sara, que, siendo pocos años más mayor que mi Madre, fue amigo suyo durante los breves años en que Ella estuvo en Nazaret».
«¡Háblanos...!» dice Juan en tono suplicante.
Se han colocado todos en círculo, sentados a la sombra de los olivos; Yabés está en el centro, mirando fijamente a Jesús, como si fuera a escuchar una fábula paradisíaca.
«Os voy a narrar la lección de castidad que dio mi Madre, pocos días antes de entrar en el Templo, a su pequeño amigo y a muchos otros.
Aquel día se había casado un joven de Nazaret, pariente de Sara. Joaquín y Ana también habían sido invitados a la boda, y con ellos la pequeña María, que, junto con otros niños, tenía el encargo de echar pétalos deshojados por el camino de la novia. Dicen que era una niña guapísima. Todos se la disputaban después de la festiva entrada de la novia. Era muy difícil ver a María, porque pasaba mucho tiempo en casa (amaba más que cualquier otro lugar una pequeña gruta, que incluso hoy día sigue llamando "la gruta de su desposorio"). Así que, cuando se la veía, rubia, rosada, delicada, la anegaban en caricias. La llamaban "la flor de Nazaret", o "la perla de Galilea", o también "la paz de Dios", en memoria de un enorme arco iris que apareció improvisamente con su primer vagido. En efecto, era, y es, todo eso y más aún: es la Flor del Cielo y de la creación, es la Perla del Paraíso, es la Paz de Dios... Sí, la Paz. Yo soy el Pacífico porque soy Hijo del Padre e hijo de María: la Paz infinita y la Paz suave.

Pues bien, aquel día todos querían besarla y tenerla en el regazo. Entonces Ella, mostrándose reacia a besos y demás contactos, con delicada gravedad, dijo: "Por favor, no me chaféis". Creyeron que se refería a su vestido de lino, ceñido con una cinta azul en la cintura, en los estrechos

puños, en el cuello...; o a la pequeña guirnalda de florecillas azules con que Ana la había coronado para mantener sus leves ricitos. Entonces, le aseguraron que no le iban a chafar ni el vestido ni la guirnalda. Pero Ella, segura, mujercita de tres años, erguida, rodeada de un corro de adultos, dijo seria: "No me refiero a lo que se puede reparar. Estoy hablando de mi alma. Es de Dios y no quiere ser tocada sino por Dios". Objetaron: "Pero si te besamos a ti, no a tu alma". Y Ella replicó: "Mi cuerpo es templo del alma y su sacerdote es el Espíritu; el pueblo no es admitido al recinto sacerdotal. Por favor, no entréis en el recinto de Dios".

A Alfeo, que había superado ya los ocho años y que la quería mucho, le impresionó esta respuesta, y, al día siguiente, habiéndola encontrado junto a su pequeña gruta buscando flores, le preguntó: "María, cuando seas mujer, ¿me querrías por esposo?" (todavía le duraba la emoción de la fiesta nupcial a la que había asistido). Ella respondió: "Yo te quiero mucho, pero no te veo como hombre. Te diré un secreto: yo veo sólo las almas de los seres vivientes, y las amo mucho, con todo mi corazón. Y veo sólo a Dios como 'verdadero Ser viviente' a quien ofrecerme". Bien, éste es un episodio».

«¡¡¡"Verdadero Ser viviente"!!! ¡Sabes que es profunda esa palabra?» exclama Bartolomé.

Y Jesús, humildemente y con una sonrisa: «Era la Madre de la Sabiduría».

«¡Era?... ¡Pero no tenía tres años?».

«Era. Yo vivía ya en Ella, siendo Dios en Ella, desde su concepción, en la Unidad y Trinidad perfectísima».

8 «Pero - y perdona si yo, culpable, oso hablar -, pero, ¿Joaquín y Ana sabían que era la Virgen predestinada?» pregunta Judas Iscariote.

«No lo sabían».

«Y entonces, ¿cómo es que Joaquín dijo que Dios la había salvado anticipadamente? ¿No alude ello, acaso, a su privilegio respecto a la culpa?».

«Alude a ello. Pero Joaquín prestaba su boca a Dios, como todos los profetas. Tampoco él comprendió la sublime verdad sobrenatural que el Espíritu había puesto en sus labios. Joaquín era un justo; tanto, que mereció esa paternidad. Y era humilde. En efecto, no hay justicia donde hay soberbia. Él era justo y humilde. Consoló a su hija por amor de padre. En su sabiduría de sacerdote, la instruyó: que sacerdote era, siendo tutor del Arca de Dios. Como pontífice, la consagró con el título más dulce: "La Sin Mancha". Día negará en que otro sabio pontífice dirá al mundo: "Ella es la Concebida sin Mancha", y dará esta verdad al mundo de los creyentes, como artículo de fe irrebatible, para que en el mundo de entonces - que se irá hundiendo cada vez más en una neblinosa monotonía de herejías y vicios - resplandezca, ante la vista de todos, la Toda Hermosa de Dios, coronada de estrellas, vestida de rayos de luna (menos puros que Ella); la Reina de lo creado y del Increado, apoyada en los astros. Porque Dios-Rey tiene por Reina, en su Reino, a María».

«¿Entonces, Joaquín era profeta?».

«Era un justo. Su alma dijo, como hace el eco, lo que Dios decía a su alma, por Dios amada».

9 «¿Cuándo vamos a ir a ver a esta Mamá, Señor?» pregunta con ojos anhelantes Yabés.

«Esta tarde, cuando la veas, ¿qué le vas a decir?».

«¿Estaría bien: "Te saludo, Madre del Salvador"?».
«Muy bien» confirma Jesús mientras le acaricia.
«Pero, ¿no vamos a ir hoy al Templo?» pregunta Felipe.
«Iremos antes de salir para Betania. Y tú, ¿estarás aquí tranquilo, no?».
«Sí, Señor».
La mujer de Jonás (el arrendatario del olivar), que lentamente se ha ido acercando, dice: «¿Por qué no le llevas contigo? Lo está deseando...».

Jesús la mira fijamente y con insistencia, aunque sin decir nada.

La mujer comprende, y lo manifiesta: «¡Comprendo!... Creo que tengo todavía un pequeño manto, de Marcos. Voy a buscarlo» y, ligera, se ausenta.

Yabés, tirándole a Juan de una manga, dice: «¿Serán severos los maestros?» a lo que Juan, confortándole, contesta: «¡No, hombre, no! No tengas miedo. Y, además, no es hoy. En pocos días, con la Madre, sabrás más que un doctor».
Los demás, que lo han oído, sonríen por la preocupación de Yabés.
«Pero, ¿quién va a presentarle haciendo las veces de padre?» pregunta Mateo.

«Yo. ¡Es natural! A menos que le quiera presentar el Maestro» dice Pedro.

«No, Simón, no lo haré Yo. Te dejo este honor».
«Gracias, Maestro. Pero... vas a estar presente también Tú?».
«Ciertamente. Todos estaremos presentes: es "nuestro" niño...».
Vuelve María de Jonás con un manto color morado oscuro que todavía está en buenas condiciones. ¡Qué color! Ella misma lo dice: «Marco no lo quiso usar nunca porque no le gustaba el color».
¡Mira tú éste! ¡Es atroz! Y el pobre Yabés, con esa tez suya tan aceitunada, dentro de ese morado violento, parece un ahogado. Pero él no se ve... y se siente feliz con ese manto con que cubrirse como una persona mayor…
«La comida está lista, Maestro. La criada ha sacado ya del asador el cordero».
«Vamos, entonces».
Y, bajando del lugar en que se encuentran, entran en la amplia cocina para comer.

197. En el Templo con José de Arimatea. La hora del incienso.

22 de junio de 1945.

[1]Pedro entra en el recinto del Templo, en funciones de padre, con aspecto verdaderamente solemne; lleva de la mano a Yabés. Camina con tanta gallardía, que hasta parece más alto.

Detrás, en grupo, todos los demás. Jesús va el último, ocupado en una animada conversación con Juan de Endor, al cual parece que le da vergüenza entrar en el Templo.

Pedro pregunta a su pupilo: «¿Has venido aquí alguna vez?» a lo que recibe como respuesta: «Cuando nací, padre; pero no me acuerdo» lo cual hace reír de satisfacción a Pedro, que repite la respuesta a los compañeros, y éstos se echan a reír también, y dicen, con bondad y perspicacia: «Quizás es que dormías y por eso...» o: «Estamos todos como tú. No nos acordamos de cuando vinimos aquí recién nacidos».

[2]Igualmente hace Jesús con su protegido, y recibe una respuesta análoga (poco más o menos). Juan de Endor, en efecto, dice: «Éramos prosélitos. Vine en brazos de mi madre, precisamente en una Pascua, porque nací a principios de Adar; mi madre - era de Judea - se puso en viaje en cuanto pudo, para ofrecer dentro del tiempo establecido a su hijo varón al Señor... Quizás demasiado prematuramente... De hecho, enfermó y no volvió a recuperar la salud. Yo tenía menos de dos años cuando me quedé sin madre; fue la primera desventura de mi vida. Pero, siendo su primogénito - unigénito, por su enfermedad -, se sentía orgullosa de morir por haber obedecido a la Ley. Mi padre me decía: "Ha muerto contenta por haberte ofrecido al Templo"... ¡Pobre madre mía! ¿Qué ofreciste?: un futuro asesino...».

«Juan, no digas eso. Entonces eras Félix, ahora eres Juan. Ten siempre presente la gran gracia que Dios te ha donado, eso sí; pero que no te desaliente ya más lo que fuiste... ¿No volviste ninguna vez al Templo?».

«¡Sí, sí, a los doce años! Y, a partir de entonces, siempre, mientras... mientras pude hacerlo... Después, aun pudiendo venir, ya no volví, porque... bueno, ya te he dicho cuál era mi único culto: el Odio. Incluso por este motivo no me atrevo a entrar aquí. Me siento extranjero en la Casa del Padre... Le he abandonado durante demasiado tiempo...».

«Tú vuelves al Templo de mi mano, y soy el Hijo del Padre; si Yo te conduzco ante el altar es porque sé que todo está perdonado».

Juan de Endor siente una brusca convulsión de llanto, y dice: «Gracias, Dios mío».

«Sí, da gracias al Altísimo. ¿Ves cómo tu madre, una verdadera israelita, tenía espíritu profético? Eres el varón consagrado al Señor, y que no será rescatado. Eres mío, eres de Dios, discípulo y, por tanto, futuro sacerdote de tu Señor en la nueva era y religión que de mí recibirán el nombre. Yo te absuelvo de *todo*, Juan. Camina sereno hacia el Santo. En verdad te digo que entre los que viven en este recinto hay muchos más culpables que tú, más indignos que tú, de acercarse al altar»...

[3]Pedro, entretanto, se las ingenia para explicarle al niño las cosas más dignas de relieve en el Templo, y pide ayuda a los otros más cultos, especialmente a Bartolomé y a Simón, porque, siendo ancianos, se encuentra a gusto con ellos en su papel de padre.

En esto, ya ante el gazofilacio para hacer las ofrendas, los llama José de Arimatea.

«¿Estáis aquí? ¿Cuándo habéis llegado?» dice después de los recíprocos saludos.

«Ayer por la tarde».

«¿Y el Maestro?».

«Está allí, con un discípulo nuevo. Ahora vendrá».

José mira al niño y le pregunta a Pedro: «¿Un sobrinito tuyo?».

«No... sí. Bueno, quiero decir que, nada en cuanto a la sangre, mucho en cuanto a la fe, todo en cuanto al amor».

«No te comprendo...».

«Un huerfanito... por tanto, nada en cuanto a la sangre. Un discípulo... por tanto, mucho en cuanto a la fe. Un hijo... por tanto, todo en cuanto al amor. El Maestro lo ha recogido... y yo le doy mi cariño. Debe alcanzar la mayoría de edad en estos días...».

«¿Tan pequeño y ya doce años?».
«Es que... bueno, ya te lo contará el Maestro... José, tú eres bueno, uno de los pocos buenos que hay aquí dentro... Dime, ¿estarías dispuesto a ayudarme en esta cuestión? Ya sabes... le presento como si fuera mi hijo, pero soy galileo y tengo una fea lepra...».
«¡¿Lepra?!» exclama y pregunta aterrorizado José, separándose.
«¡No tengas miedo!... Mi lepra es la de ser de Jesús: la más odiosa para los del Templo, salvo pocas excepciones».
«¡No, hombre, no; no digas eso!».
«Es la verdad y hay que decirla... Por tanto, temo que se comporten cruelmente con el pequeño por causa mía y de Jesús. Además, no sé qué conocimientos tendrá de la Ley, la Halasia, la Haggada y los Midrasiots. Jesús dice que sabe mucho...».
«¡Bueno, pues si lo dice Jesús, entonces no tengas miedo!».
«Aquéllos... con tal de amargarme...».
«¡Quieres mucho a este niño, ¡eh!? ¿Le llevas siempre contigo?».
«¡No puedo!... Yo estoy siempre en camino; él es pequeño y frágil...».
«Pero iría contigo con gusto...» dice Yabés, que, con las caricias de José, está más tranquilo.
Pedro rebosa de alegría... Pero añade: «El Maestro dice que no se debe, y no lo haremos. De todas formas, nos veremos... José, ¿me vas a ayudar?».

«¡Claro, hombre! Estaré contigo. Delante de mí no harán injusticias. ¿Cuándo? [4]¡Oh, Maestro! ¡Dame tu bendición!».

«Paz a ti, José. Me alegro de verte; y, además, saludable».
«También yo, Maestro. Los amigos se alegrarán de verte. ¿Estás en Getsemaní?».
«Estaba. Después de la oración voy a Betania».
«¿A casa de Lázaro?».
«No, donde Simón. Tengo también allí a mi Madre y a la madre de mis hermanos y a la de Juan y Santiago. ¿Irás a verme?».
«¿Lo preguntas? Será una gran alegría y un gran honor. Te lo agradezco. Iré con muchos amigos...».
«¡Prudente, José, con los amigos!...» aconseja Simón Zelote.

«¡No, hombre... ya los conocéis! Es verdad que la prudencia dice: "Que no oiga el aire". Pero, cuando los veáis, comprenderéis que *son amigos*».

«Entonces...».

«Maestro, Simón de Jonás me estaba hablando de la ceremonia del niño. Has llegado cuando estaba preguntando cuándo pensáis llevarla a cabo. Quiero estar presente también yo».

«El miércoles que precede a la Pascua. Quiero que celebre su Pascua ya como hijo de la Ley».

«Muy bien. Comprendido. Iré a recogeros a Betania. Pero antes, el lunes, iré con los amigos».
«De acuerdo, no se hable más».
«Maestro, te dejo. La paz sea contigo. Es la hora del incienso».

«Adiós, José. La paz sea contigo. [5]Ven, Yabés, que es la hora más solemne del día. Hay otra análoga por la mañana, pero ésta es todavía más solemne. El día empieza con la mañana: justo es que el hombre bendiga al Señor para que el Señor le bendiga durante todo el día en todas sus obras.

Pero al atardecer es aún más solemne: declina la luz, cesa el trabajo, llega la noche. La luz que declina recuerda la caída en el mal, y verdaderamente las acciones de pecado se producen generalmente por la noche. ¿Por qué? Porque el hombre ya no está ocupado en el trabajo y más fácilmente se ve envuelto por el Maligno, que proyecta sus propuestas y pesadillas. Bueno es, por tanto, después de haberle agradecido a Dios su protección durante el día, elevarle nuestra súplica para que se alejen de nosotros los fantasmas de la noche y las tentaciones. La noche con su sueño, símbolo de la muerte... Dichosos aquellos que, habiendo vivido con la bendición del Señor se duermen no en las tinieblas sino en una fúlgida aurora. El sacerdote ofrece el incienso por todos nosotros, ora por todo el pueblo, en comunión con Dios, y Dios le confía su bendición para que la imparta al pueblo de sus hijos. ¿Te das cuenta de lo grande que es el ministerio del sacerdote?».

«Yo quisiera... Me sentiría todavía más cerca de mi madre...».

«Si eres siempre un buen discípulo e hijo de Pedro, lo serás. Mas ahora ven; mira, las trompetas anuncian que ha llegado la hora. Vamos con veneración a alabar a Yeohveh». Jesús lo pronuncia así, con una *Y* alargada: un *Syieveee* muy cantado, con las últimas es muy abiertas, casi como una *a*; sin embargo, la que sigue a la *y es* muy cerrada.

198. El encuentro con la Madre en Betania. Yabés cambia su nombre por el de Margziam.

23 de junio de 1945.

1 Por el umbrío camino que une el Monte de los Olivos con Betania -podría decir que el monte llega, con sus prolongaciones verdes, hasta los campos de Betania -, Jesús con los suyos camina ligero hacia la ciudad de Lázaro.

No ha entrado aún y ya le han reconocido: emisarios, que lo son por propia iniciativa, corren en todas las direcciones para avisar de su llegada, de forma que empiezan a aparecer: por un lado, Lázaro y Maximino; por otro, Isaac con Timoneo y José; la tercera es Marta con Marcela (que alza su velo para inclinarse a besar la túnica de Jesús); inmediatamente después, llegan María de Alfeo y María Salomé, las cuales reciben al Maestro con un gesto de veneración y luego abrazan efusivamente a los propios hijos. El pequeño Yabés, a quien Jesús sigue llevando de la mano, zarandeado por

todas estas impetuosas llegadas, observa esto lleno de asombro. Juan de Endor, sintiéndose extraño, se retira hacia la cola del grupo, aparte. Y, por el sendero que conduce a la casa de Simón, viene la Madre.

Jesús suelta la mano de Yabés y, delicadamente, elude a los amigos para apresurarse a ir a su encuentro. Las ya conocidas palabras rompen el aire, tañendo como un solo de amor que se destaca de entre el murmullo de la gente: «¡Hijo!», «¡Mamá!». Se besan. María expresa en su beso una angustia como de quien ha estado temiendo durante mucho tiempo y llega el momento - éste - en que, al desvanecerse el terror que le tenía apresado, siente el cansancio del esfuerzo realizado y valora en toda su profundidad el peligro que ha corrido...

Jesús la acaricia. Ha comprendido. Dice: «Además de mi ángel, velaba por mí el tuyo, Madre. No podía sucederme nada malo».

«Gloria al Señor por ello. De todas formas he sufrido mucho».

«Mi deseo ha sido venir antes, pero he seguido otro camino por prestarte obediencia a ti. Y ha sido positivo: tu indicación, Madre mía, como siempre, ha sido fructífera».

«¡Tu obediencia, Hijo!».

«Tu sabia indicación, Madre...».

Se sonríen mutuamente como dos enamorados. ¿Pero es posible que esta Mujer sea la Madre de este Hombre? ¿Dónde están los dieciséis años de diferencia? La frescura de su rostro y la gracia de su cuerpo virginal hacen de María la hermana de su Hijo, que está en la plenitud de su bellísima virilidad.

«¿No me preguntas por qué ha sido fructífera?» pregunta Jesús, que sigue sonriendo.

«Sé que mi Jesús no me oculta nada».

«¡Qué encanto eres, Mamá!...» y la vuelve a besar,..

La gente se ha mantenido a unos metros de distancia haciendo como que no observa la escena, pero estoy segurísima de que ninguno de estos ojos, que parecen atentos a otra parte, se abstiene de mirar de reojo a este tierno cuadro.

[2]El que más mira es Yabés. Jesús le había soltado para darse prisa en abrazar a su Madre. Se ha quedado solo. Ahora, con el agolparse de preguntas y respuestas, el pobre niño pasa inadvertido. Mira fijamente, agacha la cabeza, lucha contra el llanto... pero, al final, no pudiendo más, rompe a llorar gimiendo: «¡Mamá! ¡Mamá!».

Todos - los primeros, Jesús y María - se vuelven, todos tratan de poner remedio de alguna forma, o de saber quién es el niño.

María de Alfeo y Pedro se acercan inmediatamente - estaban juntos - y dicen: «¿Por qué lloras?».

Pero, antes de que Yabés, embargado en su llanto, pueda tomar respiro para hablar, ya ha venido María y, tomándole en brazos, ha dicho: «¡Sí, hijito mío, Mamá! No llores más... y perdona si no te he visto antes... Os presento, amigos, a mi hijito...». Se ve que Jesús, en los pocos metros que mediaban, debe haberle dicho: «Es un huerfanito que he tomado conmigo». El resto lo ha intuido María.

El niño llora, pero ya con menos desolación. Al final, dado que María le tiene en brazos y le está besando, sonríe incluso, con esa carita suya todavía bañada de llanto.

«Deja que te seque todas estas lágrimas. ¡No debes llorar más! Dame un beso...».

Era precisamente lo que estaba deseando Yabés; después de tantas caricias de hombres

barbudos, se deleita verdaderamente besando la mejilla lisa de María.

[3]Jesús por su parte busca con su mirada a Juan de Endor, y le ve allá, apartado. Se dirige a él y le lleva hacia María - que esta siendo saludada por todos los apóstoles -, y, teniendo sujeta su mano, dice: «Mira, Madre, el otro discípulo. Estos son los dos hijos que has ganado por la indicación que me diste».

«Tu obediencia, Hijo» repite María. Luego saluda al hombre, diciendo: «La Paz está contigo».

El hombre, el rudo, inquieto hombre de Endor, que tanto ha cambiado ya desde aquella mañana en que el capricho de Judas Iscariote le llevó a Jesús a Endor, termina de despojarse de su pasado al inclinarse ante María (yo lo creo así, a juzgar por lo sereno, verdaderamente "pacificado" que se ve su rostro cuando lo alza, una vez cumplido el respetuosísimo saludo).

[4]Se encaminan todos hacia la casa de Simón: María llevando en brazos a Yabés, Jesús - cogida su mano - con Juan de Endor. Luego, a los lados o detrás, Lázaro y Marta, los apóstoles y Maximino, Isaac, José, Timoneo.

En el umbral de la puerta, el anciano servidor de Simón hace un gesto de veneración a Jesús y a su jefe. Entran en la casa.

«La paz a ti, José, y a esta casa» dice Jesús, alzando su mano para bendecir, después de haberla puesto en la cabeza blanca del anciano servidor.

Lázaro y Marta, después del primer impacto alegre, se muestran un poco tristes, de forma que Jesús pregunta: «¿Por qué, amigos?».

«Porque no estás con nosotros y porque todos se allegan a ti excepto esa alma que quisiéramos que fuera tuya».

«Fortificad la paciencia, la esperanza y la oración. Además, Yo estoy con vosotros. ¡Esta casa?... esta casa no es sino el nido desde el que el Hijo del hombre cada día volará para ir a ver a sus queridos amigos, que están muy cerca en distancia y - si se considera la cosa sobrenaturalmente - infinitamente más cercanos en el amor. Vosotros estáis en mi corazón y Yo en el vuestro. ¿Acaso se puede estar más cerca? De todas formas, esta tarde la pasaremos juntos. Sentaos, sentaos a mi mesa».

«¡Ay, pobre de mí! ¡Y yo aquí holgazaneando! ¡Ven, Salomé, que tenemos cosas que hacer!». La exclamación de María de Alfeo, que se levanta diligentemente para ir a su trabajo, hace sonreír a todos.

Pero Marta la alcanza y le dice: «No te preocupes, María, por la comida. Voy a dar las disposiciones oportunas para que tú tengas que preparar sólo las mesas. Te traerán sillas suficientes y todo lo que se necesita. Ven, Marcela. Vuelvo enseguida, Maestro».

[5]«He visto a José de Arimatea, Lázaro. El lunes va a venir con unos amigos».

«¡Ah, entonces ese día eres todo para mí!».

«Sí. Viene para estar juntos, y también para preparar una ceremonia relativa a Yabés. Juan, lleva al niño a la terraza, que se divertirá».

Juan de Zebedeo, siempre obediente, se alza en seguida de su sitio... Poco después, se oye el gorjeo del niño y sus pataditas en la terraza que rodea la casa.

«Este niño - explica Jesús a su Madre, a los amigos, a las mujeres (entre las cuales está Marta, que ha volado para no perder un solo minuto de alegría junto al Maestro) - es nieto de un campesino de Doras. He pasado por Esdrelón...».

«¿Es verdad que los campos están desolados y que quiere venderlos?».
«Están desolados. Lo de la venta no lo sé. Un campesino de Jocanán me ha aludido a ello, pero no sé si es seguro».
«Si los vendiera... los compraría de buena gana para disponer de un lugar de refugio para ti incluso en medio de ese nido de serpientes».
«No creo que lo consigas. Jocanán ya está pensando en adquirirlos».
«Veremos... Pero... continúa tu narración. ¿Qué campesinos son? ¡A todos los de antes los ha desperdigado por distintos sitios! ».
«Sí. Estos vienen de sus tierras de Judea, por lo menos el anciano que es pariente del niño. Le tenía en el bosque, como a un animal salvaje, para que Doras no le descubriera... Y estaba allí desde el invierno...».
«¡Pobre niño! ¿Y por qué?». Las mujeres están profundamente conmovidas.

«Porque su padre y su madre quedaron sepultados por el desprendimiento de tierra de las cercanías de Emaús. Todos: padre, madre, hermanitos, Él se salvó porque no estaba en casa. Le llevaron con su abuelo. Pero, ¿qué podía hacer un campesino de Doras? Tú, Isaac, has hablado de mí, como un salvador, *incluso* referido a este caso».

«¿He hecho mal, Señor?» pregunta humildemente Isaac.
«Has hecho bien. Dios lo quería. El anciano me ha entregado al niño, que además ha de hacerse mayor de edad en estos días».
«¡Pobrecito! ¡¿Tan pequeño con doce años?! Mi Judas era casi el doble de alto a su edad... ¿Y Jesús? ¡Qué flor!» dice María de Alfeo.
Y Salomé: «¡También mis hijos eran mucho más robustos!».
Marta susurra: «Verdaderamente es muy pequeñito. Pensaba que no tenía ni siquiera diez años».

«¡Claro! ¡Triste cosa es el hambre! Y debe haberla sufrido desde que vino a este mundo. Y además... ¿qué le iba a dar el anciano si allí todos se mueren de hambre?» dice Pedro.

«Sí, ha sufrido mucho; pero es muy bueno e inteligente. Me he hecho cargo de él para consolar al anciano y al niño».

6 «¿Le vas a adoptar?» pregunta Lázaro.

«No. No puedo».
«Entonces me responsabilizo yo».
Pedro, que ve desvanecerse su esperanza, se lamenta abiertamente: «¡Señor! ¿Todo a él?».

Jesús sonríe y dice: «Lázaro, has hecho ya mucho, y te lo agradezco; no te puedo confiar a este niño. Es "nuestro" niño; de *todos* nosotros; alegría de los apóstoles y del Maestro. Además, aquí crecería rodeado de lujo, mientras que Yo quiero ofrecerle como don mi manto regio: "la honesta pobreza", la que el Hijo del hombre ha elegido para sí, para poder acercarse a las mayores miserias sin humillar a ninguno. Tú, recientemente, has recibido también un regalo mío...».

«¡Ah, sí! El anciano patriarca y su hija. La mujer es muy activa y el anciano es muy bueno».

«¿Dónde están ahora?, ¿en qué sitio?».

«¡Aquí, claro!, en Betania. ¿Cómo crees que iba a querer alejar la bendición que Tú enviabas? La mujer está en el lino, pues para ese tipo de trabajo hacen falta manos ligeras y expertas. El anciano, dado que se ha emperrado en que quiere trabajar, le he destinado a los panales. Ayer - ¿verdad, hermana mía? - tenía una larga barba toda de oro. Las abejas, enjambrando, se habían colgado todas de esa barbaza, y les hablaba como si fueran hijas suyas. Se le ve feliz».

«¡Lo creo! ¡Bendito seas!» dice Jesús.

«Gracias, Maestro... [7]Pero... ese niño te costará... Permíteme al menos...».

«Ya me encargo yo de su vestido de fiesta» grita Pedro, y todos se echan a reír por la impulsividad del grito.

«Bien; pero necesitará otros indumentos. Simón, sé condescendiente, yo tampoco tengo hijos. Para mí y para Marta es una consolación encargarnos de hacer unos vestiditos: ¡concédenosla! ».

Pedro, ante tan insistente súplica, se enternece enseguida y dice: «Los vestidos... sí... pero del del miércoles me encargo yo; me lo ha prometido el Maestro. Ha dicho que iré con su Madre a comprarlo mañana». Pedro dice todo por miedo a que haya algún cambio en perjuicio suyo.

Jesús sonríe y dice: «Sí, Madre; te ruego que vayas mañana con Simón. Si no, este hombre se me muere de angustia. Así le podrás aconsejar para escoger».

«Yo he dicho: túnica roja y cinturón verde. Estará muy bien. Mejor que con ese color que tiene ahora».

«Rojo irá muy bien. Jesús también fue vestido de rojo. Pero yo diría que iría mejor encima del rojo un cinturón rojo, o, al menos, bordado en rojo» dice dulcemente María.

«Yo decía el verde porque veo que Judas, que es moreno, está muy bien con esas franjas verdes encima de la túnica roja».

«¡Pero si no son verdes!» dice, riéndose, Judas Iscariote.

«¿No? ¿Y, entonces, de qué color son?».

«Este color se conoce con el nombre de "vena de ágata"».

«¡Y qué voy a saber yo? A mí me parecía verde. Ese color le he visto también en las hojas...».

María Stma. interviene benigna: «Simón tiene razón. Es el color exacto que toman las hojas con las primeras aguas de Tisri...».

«¡Eso es! Y, dado que las hojas son verdes, decía que era verde» termina diciendo, contento, Pedro.

La Dulce ha introducido paz y alegría también en esta pequeña cosa.

[8]María pide que llamen al niño. Y éste viene enseguida, con Juan.

«¿Cómo te llamas?» pregunta María acariciándole.

«Soy... era Yabés, pero estoy esperando el nombre...».

«¿Estás esperándolo?».

«Sí, Yabés quiere un nombre que quiera decir que Yo le he salvado. Búscaselo, Madre; que sea un nombre de amor y salvación».

María se para a pensar un momento y dice: «Maryiam (Maarhciam). Eres la gotita en el mar de los salvados de Jesús. ¿Te gusta? Así seré recordada también yo además de la Salvación».

«Es muy bonito» dice contento el niño.

«Pero, ¿no es un nombre de mujer?» pregunta Bartolomé.

«Cuando esta gotita de Humanidad sea adulto, podréis cambiar su nombre por un nombre de hombre con una *ele* al final*, en vez de la *eme.* Ahora lleva el nombre que le ha dado su Mamá. ¿No es verdad?».

El niño responde afirmativamente y María le acaricia.

La cuñada le dice: «Esta lana es de calidad - y toca el pequeño manto de Yabés -; pero... ¡el color!... Yo la teñiría de rojo muy oscuro. Quedaría bien. ¿Qué opinas?».

«Mañana por la tarde lo hacemos, porque mañana tendrá su prenda nueva. Ahora no se lo podemos quitar».

Marta dice: «¿Quieres venir conmigo, niño? Te llevo aquí cerca a ver muchas cosas. Después volvemos...».

Yabés no se opone. Nunca dice que no a nada... pero se le ve un poco asustado por la idea de ir con esta mujer casi desconocida. Dice, tímido y educado: «¿Podría venir conmigo Juan?».

«¡Pues claro!...».

Se marchan. [9]En su ausencia las conversaciones entre los varios grupos continúan. Relatos, comentarios, suspiros por la dureza humana.

Isaac relata todo lo que ha podido saber acerca de Juan el Bautista. Quién dice que está en Maqueronte, quién, que en Tiberíades. Los discípulos no han vuelto aún...

«Pero, ¿no le habían seguido?».

«Sí, pero, cerca de Doco, los que habían prendido a Juan cruzaron el río con el prisionero, y no se sabe si luego subieron hacia el lago o bajaron a Maqueronte. Juan, Matías y Simeón se han lanzado a la búsqueda, para saber a dónde le llevan. Ciertamente, no le abandonarán».

«Como tú tampoco, Isaac, me abandonarás a este nuevo discípulo. Por ahora estará conmigo. Quiero que pase la Pascua conmigo».

«Yo la celebraré en Jerusalén, en casa de Juana. Me ha visto y me ha ofrecido una dependencia de la casa para mí y mis compañeros. Este año vienen todos; y estaremos con Jonatán».

«¿También los del Líbano».

«También. Pero quizás no puedan venir los discípulos de Juan».

«¿Sabes que vienen los de Jocanán?».

«¿De verdad? Pues estaré a la puerta, junto a los sacerdotes encargados de las inmolaciones. Así, cuando los vea, me los llevaré conmigo».

«Espéralos para última hora, pues tienen el tiempo contado. Pero traen el cordero».

---

* *con una ele al fina...* : esta prevista transformación del nombre puede hacer pensar en un futuro *Marcial.*

«Yo también. Uno espléndido, que me ha dado Lázaro. Inmolaremos

éste, de forma que el suyo les servirá para la vuelta».

10 Regresan Marta, Juan y el niño; éste lleva un vestidito de lino blanco y una sobreveste roja; en el brazo, un manto, también rojo.

«¿Los reconoces, Lázaro? ¿Te das cuenta como todo sirve?».

Los dos hermanos se sonríen mutuamente.

Jesús dice: «Gracias, Marta».

«Señor mío, tengo la enfermedad de guardar todo. Es herencia de mi madre. Conservo todavía muchas prendas de mi hermano, prendas a las que guardo afecto porque fueron tocadas por nuestra madre. De vez en cuando cojo una de ellas para algún niño. Ahora para Margziam. Son un poco largas, pero se pueden remeter. Lázaro, alcanzada la mayoría de edad, ya no los quiso... Fue un capricho en toda regla, verdaderamente de niño... Y se salió con la suya, porque mi madre adoraba a su Lázaro».

La hermana le acaricia, amorosa; Lázaro, por su parte, le coge su bellísima mano, se la besa y dice: «¿Y tú no?». Se sonríen de nuevo.

«Ha sido providencial» observan muchos de los presentes.

«Sí, mi capricho ha servido para un bien; quizás me será perdonado por esto».

La cena está ya preparada. Cada uno va a su sitio...

11 ... Hasta la plena noche Jesús no puede hablar en paz con su Madre. Han subido a la terraza. Están sentados en un asiento, uno junto a otro, cogidos de la mano. Se hablan. Se escuchan.

Primero es Jesús quien cuenta las cosas que han sucedido. Luego, María; y dice: «Hijo, nada más marcharte, vino a verme una mujer... Te buscaba. *Gran* miseria y *gran* redención. Esta criatura necesita tu perdón para ser tenaz en su resolución. La he enviado a Susana, se la he confiado diciendo que había sido curada por ti. Es verdad. Se habría podido quedar conmigo, si nuestra casa no se hubiera convertido en un mar en que todos navegan... y muchos con malas intenciones... La mujer ahora siente repugnancia por el mundo. ¿Quieres saber quién es?».

«Es un alma. De todas formas, dime su nombre para que la pueda acoger sin error».

«Es Áglae, la romana mimo y pecadora que empezaste a salvar en Hebrón, que te buscó y te encontró en Agua Especiosa, y que ha sufrido - ¡oh, cuánto! - por recuperar su honestidad. Me ha dicho todo... ¡Qué horror!».

«¿Su pecado?».

«Esto y... yo diría más: ¡Qué horror es el mundo! ¡Hijo mío, no te fíes de los fariseos de Cafarnaúm! Se querían servir de esta desdichada contra ti. ¡*Hasta* de ésta!...».

«Lo sé, Madre... ¿Dónde está Áglae?».

«Vendrá con Susana antes de la Pascua».

«Bien. Hablaré con ella. Estaré aquí todas las tardes esperándola, excepto la tarde pascual, que dedicaré a la familia. Si viene, no la dejes que se marche. Es una gran redención, tú lo has dicho. ¡Y tan espontánea! En verdad te digo que en pocos corazones mi semilla ha echado raíces con la fuerza con que lo ha hecho en este terreno infeliz. Andrés la ayudó a crecer hasta su completa formación».

«Sí, me lo ha dicho».

«Madre, ¿qué has sentido en presencia de esa miseria?».

«Repugnancia y alegría. Me parecía estar en el borde de un abismo de infierno, pero, al mismo tiempo, me sentía transportada al azul del cielo. ¡Cuán Dios eres, Jesús mío, cuando realizas estos milagros!».
Y quedan en silencio, bajo las luminosísimas estrellas y el candor de un cuarto de Luna que ya tiende a Luna llena; en silencio, amándose, descansando en su mutuo amor.

199. Donde los leprosos de Síloán y Ben Hinnom. Pedro obtiene a Margziam por medio de María.

24 de junio de 1945.

[1]Una mañana espléndida, que invita verdaderamente a pasear, dejando cama y casa. Los que están en la casa de Simón Zelote, cual abejas con los primeros rayos solares, se levantan muy temprano y salen a respirar el aire puro al huerto de Lázaro, que circunda la casita hospitalaria. Pronto se suman a ellos los que están alojados en casa de Lázaro, es decir: Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Andrés y Santiago de Zebedeo. El sol entra alegre por las ventanas y puertas abiertas de par en par, y las habitaciones, sencillas y limpias, se visten de un tono oro que aviva los colores de los vestidos y hace más brillantes los de los cabellos y las pupilas.

María de Alfeo y Salomé están centradas en servir a estos hombres de vigoroso apetito. María está atenta a cómo un servidor de la casa de Lázaro le arregla a Margziam sus delicados cabellos, igualándoselos con más destreza que su precedente peluquero.

«Por ahora va bien así» dice el sirviente «luego, después del ofrecimiento a Dios de tu melena de niño, te dejaré el pelo bien cortito. Está llegando el calor y estarás mejor sin pelos que te cubran el cuello; además se te pondrán más fuertes; ahora están secos y quebradizos; son cabellos descuidados. ¿Ves, María?, necesitan un cuidado; ahora los unjo para que no se alboroten. ¿Ves, niño, que buen olor? Es el ungüento que usa Marta: almendra, palma y médula finísima, y esencia exótica. Es muy bueno. Mi ama ha dicho que se conserve este tarrito para el niño. ¡Ah! ¡Eso es!... ¡Ahora pareces el hijo del rey». Y el sirviente - que quizás es el barbero de la casa de Lázaro - le da un cachetito a Margziam en un carrillo, se despide de María y se marcha satisfecho.

«Ven que te visto» dice María al niño, que en este momento no tiene sino una prenda de mangas cortas (creo que es la camisa, o lo que en aquellos tiempos la suplía: por lo fino que es el lino, deduzco que pertenecía al vestuario de Lázaro niño). María le quita la toalla en que estaba casi completamente envuelto y le pone una vestidura de lino, fruncida en la base del cuello y en las muñecas, y luego la sobreveste roja, de lana, de amplio

escote y anchas mangas. El lino esplendoroso sobresale, blanquísimo, por el escote y las mangas del indumento rojo y opaco. Las manos de María deben haberse encargado por la noche del problema de la largura de la túnica y de las mangas; ahora va bien todo, especialmente cuando María le ciñe la cintura con la suave banda del cinturón, terminada en una borla de lana blanca y roja. El niño ya no parece ese pobre ser insignificante de pocos días antes.

«Ve a jugar mientras me preparo, pero sin mancharte» dice María acariciándole. Y el niño sale, saltando contento, a buscar a sus grandes amigos.

2El primero en verle es Tomás: «¡Pero qué guapo estás! ¡De boda! Yo ahora, comparado contigo, es que desaparezco» dice Tomás, siempre alegre, metido en carnes, tranquilo; y le coge de la mano y dice: «Ven. Vamos con las mujeres. Te estaban buscando para darte la comida».

Entran en la cocina. Tomás, con su vozarrón, gritando, hace pegar un salto a las dos Marías, que estaban agachadas hacia los anafres: «Aquí hay un jovencito que os estaba buscando» y, riendo, presenta al niño, que se había escondido detrás de su robusta persona.

«¡Cariño! ¡Ven, que te dé un beso! ¡Mira, Salomé, qué bien está así!» exclama María de Alfeo.

«¡Verdaderamente! Ahora sólo le falta hacerse más fuerte. Me encargaré yo de ello. Ven, que te bese también yo» dice Salomé.

«Jesús quiere confiárselo a los pastores...» objeta Tomás.

«¡Ni soñarlo! En esto mi Jesús se equivoca. ¡Pero, vosotros, los hombres, ¿qué podéis pretender?, ¿qué sabéis hacer?!: discutir - porque, dicho sea de paso, sois más bien dados a discutir... como los chivos, que se quieren pero se dan cornadas -, comer, hablar; tenéis mil necesidades, y pretendéis del Maestro total atención a vosotros... si no, malas caras... Los niños tienen necesidad de sus madres. ¿No es verdad?... ¿Cómo te llamas?».

«Margziam».

«¡Vaya! ¡Bendita María mía! ¡Podía haberte puesto un nombre más fácil!».

«¡Es casi como el suyo!» exclama Salomé.

«Sí, pero el suyo es más simple. No tiene esas tres letras en medio... Tres son demasiadas...».

Judas Iscariote, que acaba de entrar, dice: «Ha puesto el nombre de significado exacto según la genuina lengua antigua».

«Bueno, bien, pero... es difícil; yo quito una letra y digo Marziam. Es más fácil, y no creo que se vaya a hundir el mundo por eso. ¿Verdad, Simón?».

Pedro, que pasaba en ese momento por delante de la ventana hablando con Juan de Endor, se asoma y dice: «¿Qué quieres?».

«Decía que pienso llamar Marziam al niño, porque es más fácil».

«Tienes razón, mujer. Si la Madre me lo permite yo también le llamaré Marziam. Pero... ¡Estás perfectamente así!... ¡Yo también, ¿eh?!... ¡Observad!». En efecto, está bien cepillado, tiene afeitados los carrillos, arreglados y ungidos pelo y barba, el vestido sin arrugas; ¿y las sandalias?: las ha limpiado tanto y las ha sacado tanto brillo - no sé con qué -, que parecen nuevas. Las mujeres le admiran y él ríe contento.

El niño, que ha terminado ya de comer, sale para ir con su gran amigo, al que llama siempre "padre".

[3]Viene Jesús de la casa de Lázaro. El niño corre a su encuentro y Jesús le dice: «La paz entre nosotros, Margziam. Démonos el beso de la paz».

El niño saluda también a Lázaro, que venía con Jesús, y recibe una caricia y un dulce.

Todos se reúnen en torno a Jesús. También María, que lleva ahora una túnica de lino color turquesa y un manto más oscuro de elegantes pliegues, viene sonriendo hacia su Hijo.

«Entonces, podemos empezar a marcharnos - dice Jesús -. Tú, Simón, con mi Madre y el niño, si es que estás empeñado todavía en comprar, aunque ya Lázaro haya resuelto el problema».

«¡Ciertamente! Además... podré decir que una vez pude caminar al lado de tu Madre, lo cual es un gran honor».

«Pues ve. Tú, Simón, me acompañarás a hacer una visita a tus amigos leprosos...».

«¡Sí, Maestro? Entonces, si me lo permites, me adelanto, corriendo, para reunirlos... Me verás allí; total... ya sabes dónde están...».

«De acuerdo. Ve. Los demás, haced lo que os parezca más conveniente; disponed libremente todos hasta el miércoles por la mañana. A la hora tercera todos ante la Puerta Dorada».

«Yo voy contigo, Maestro» dice Juan.

«Yo también» dice Santiago, su hermano.

«Y también nosotros» dicen los dos primos.

«Yo también» dice Mateo, y con él Andrés.

«¿Y yo? También quisiera ir contigo... pero, si voy a hacer las compras, no puedo...» dice Pedro sujeto a dos deseos.

«Hay una solución. Primero vamos a ver a los leprosos. Entretanto, mi Madre va con el niño a una casa amiga de Ofel. Luego la alcanzamos y vas con Ella mientras Yo y los demás vamos a casa de Juana. Luego nos reunimos en Getsemaní para comer, y luego, al atardecer, volvemos aquí».

«Yo, con tu permiso, voy a donde unos amigos...» dice Judas Iscariote.

«Pero si ya he dicho que hagáis lo que creáis más conveniente».

«Entonces yo voy a ver a la familia. Quizás ha vuelto ya mi padre. Si es así, te lo traigo» dice Tomás.

«¿Qué te parece, Felipe, si nosotros dos vamos a ver a Samuel?».

«Me parece bien» responde éste a Bartolomé.

«¿Y tú, Juan?» le pregunta Jesús al hombre de Endor. «¿Prefieres quedarte aquí a ordenar tus libros o venir conmigo?».

«Verdaderamente preferiría ir contigo... Los libros... ahora ya me gustan menos. Prefiero leerte a ti, Libro vivo».

«Pues ven. Adiós, Lázaro, hasta...».

«No, no; también voy yo. Las piernas están un poco mejor. Después de los leprosos te dejo y voy a Getsemaní a esperarte».

«Vamos. La paz a vosotras, mujeres».

Hasta las cercanías de Jerusalén van todos juntos. Luego se separan: Judas se va por su cuenta (entra en la ciudad, probablemente por la Puerta que está hacia la Torre Antonia);

Tomás, Felipe y Natanael, con María y el niño, caminan todavía con Jesús y los otros compañeros unas cuantas decenas de metros para luego entrar en la ciudad por la parte del suburbio de Ofel.

4 «¡Bien! ¡Encaminémonos hacia estos infelices!» dice Jesús, y, volviendo las espaldas a la ciudad, empieza a andar en dirección a un lugar desolado, situado en las laderas de un cerro rocoso que está entre los dos caminos que de Jericó van a Jerusalén. Es un lugar extraño: después de la primera subida por la que trepa un escarpado sendero, presenta una estructura escalonada, de forma que, hasta el primer desnivel, hay al menos tres metros a pico, y así el segundo desnivel... Es un lugar árido, muerto... tristísimo.

«Maestro - grita Simón Zelote - estoy aquí; párate, que te enseño yo el camino...» y Simón, que estaba apoyado en la roca buscando un poco de sombra, viene, y conduce a Jesús por una vereda también escalonada, que va en dirección a Getsemaní, aunque del otro lado del camino que une el Monte de los Olivos con Betania.

«Hemos llegado. Yo viví entre los sepulcros de Siloán. Aquí están mis amigos; parte de ellos, porque los otros están en Ben Hinnom y no han podido venir porque habrían tenido que atravesar el camino y los habrían visto».

«Iremos a verlos también a ellos».

«¡Gracias!, por ellos y por mí».

«¿Son muchos?».

«El invierno ha matado a la mayoría. Aquí, de todas formas, hay todavía cinco de aquellos con los que había hablado. Te esperan. Mira, allí están, en el borde de su presidio...».

Serán diez monstruos. Digo "serán" porque, si bien a cinco de ellos se los distingue en pie, a los otros - sea por el color grisáceo de su piel, sea por la deformidad de su rostro, sea porque apenas descollan del pedregal - se los distingue tan mal, que su número podría ser mayor o menor. Entre los que están en pie, hay sólo una mujer: dicen que es mujer sólo sus encanecidos cabellos, descuidados, duros y sucios, que le caen por la espalda hasta la cintura; por lo demás, no se distingue su sexo, pues la enfermedad, ya muy avanzada, la ha reducido a los huesos, anulando todo resto de femenina forma. Igualmente, respecto a los hombres, sólo uno muestra todavía un remanente de bigote y barba; a los demás los ha rasurado la destructora enfermedad.

Gritan: «¡Piedad de nosotros, Jesús, Salvador nuestro!» y tienden hacia Él sus manos, deformes y llagadas. «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad!».

«¿Qué deseáis que os haga?» pregunta Jesús alzando el rostro hacia esas ruinas humanas.

«Que nos liberes del pecado y de la enfermedad».

«Del pecado libera la voluntad y el arrepentimiento...».

«Pero, si Tú quieres, puedes cancelar nuestros pecados. Al menos eso, si no quieres curar nuestros cuerpos».

«Si os digo: "Elegid entre las dos cosas", cuál queréis?».

«El perdón de Dios, Señor; para sentirnos menos desolados».

Jesús hace un gesto de aprobación, sonriendo luminosamente, y luego alza los brazos y grita: «Sea como queréis. Lo quiero».

¡Como queréis!: puede referirse al pecado o a la enfermedad, o a las dos cosas; los cinco desdichados quedan en la incertidumbre; ellos sí, pero no los apóstoles, que no pueden menos que gritar su hosanna cuando ven que la lepra desaparece rápidamente, como el copo de nieve caído en la llama. Entonces los cinco comprenden que se les ha concedido todo lo que habían pedido... y su grito resuena como un tañido de victoria: se abrazan entre sí, lanzan besos a Jesús - no pueden arrojarse a sus pies -, y luego se vuelven a sus compañeros: «¿No queréis todavía creer? ¡Qué desdichados sois!».

«¡Calma! ¡Tranquilos! Estos pobres hermanos necesitan pensar. No les digáis nada. *La fe no se impone; se predica con paz, dulzura, paciencia, constancia,* que es lo que haréis después de vuestra purificación, como hizo Simón con vosotros. Por lo demás, el milagro predica ya por sí mismo. Vosotros, los curados, iréis a presentaros al sacerdote lo antes posible; vosotros, los enfermos, esperad para esta tarde nuestro regreso: os traeremos comida. La paz sea con vosotros».

Jesús, seguido de las bendiciones de todos, baja de nuevo al camino.

5 «Ahora vamos a Ben Hinnom» dice Jesús.

«Maestro... quisiera ir contigo, pero comprendo que no puedo. Voy al Getsemaní» dice Lázaro.

«Ve, ve, Lázaro. La paz sea contigo».

Mientras Lázaro lentamente se pone en camino, Juan apóstol dice: «Maestro, le acompaño: camina con dificultad y la vereda no es muy buena. Te alcanzo en Ben Hinnom».

«Bien, ve. Vamos».

Pasan el Cedrón. Siguen el lado sur del monte Tofet. Llegan a un vallecillo sembrado de tumbas e inmundicias, sin un solo árbol, sin nada que proteja del sol, que en este lado meridional cae implacable con su fuego poniendo al rojo el pedrisco de estos nuevos escalones de infierno, en cuya base aumentan el calor inflamadas emanaciones fétidas. Dentro de estas tumbas, que asemejan a hornos crematorios, míseros cuerpos se consumen... Siloán, siendo húmedo y estando orientado casi al Norte, será feo en invierno, pero este lugar debe ser terrorífico en verano...

Simón Zelote lanza una llamada... y, primero tres, luego dos, luego uno, y todavía otro más, se acercan, como pueden, hasta el límite prescrito. Aquí hay dos mujeres; una de ellas lleva de la mano a un esperpento de niño al que la lepra se le ha fijado especialmente en la cara y ya está ciego...

Uno de ellos es un hombre de aspecto noble a pesar de su mísera condición, el cual toma la palabra en nombre de todos: «Bendito sea el Mesías del Señor, que ha descendido a esta Gehena para sacar de ella a los que en él esperan. ¡Sálvanos, Señor, que perecemos! ¡Sálvanos, Salvador! ¡Rey de la estirpe de David, Rey de Israel, ten piedad de tus súbditos! ¡Oh, Vástago de la estirpe de José, de quien se dijo que cuando llegase su tiempo desaparecería todo mal, extiende tu mano para recoger estos desperdicios de tu pueblo! Aleja de nosotros esta muerte, enjuga nuestras lágrimas, pues que de ti así está escrito. Condúcenos, Señor, con tu voz, a tus pastos excelentes, a tus frescas aguas, pues estamos sedientos; condúcenos a lo alto de las

eternas colinas, donde ya no existen ni la culpa ni el dolor! ¡Ten piedad, Señor...!».

«¿Quién eres?».

«Juan, miembro del Templo; quizás he sido contaminado por un leproso. Hace poco, como puedes ver, tengo la enfermedad. ¡Pero estos otros!... Entre ellos hay algunos que ya hace años que esperan la muerte. Esta pequeñuela está aquí desde antes de saber andar, no conoce el mundo creado por Dios; cuanto conoce o recuerda de las maravillas de Dios son estas tumbas, este sol despiadado y las estrellas de la noche. ¡Ten piedad de los culpables y de los inocentes, Señor, Salvador nuestro!».

Están todos arrodillados con los brazos extendidos.

Jesús llora ante tanta miseria, abre sus brazos y grita: «Padre, Yo lo quiero: curación, vida, vista y santidad para ellos». Y permanece así, con los brazos abiertos, orando ardorosamente con todo su espíritu: parece estilizarse y elevarse en su oración, llama de amor, blanca e intensa, bañada en el intenso oro del sol.

«¡Mamá! ¡Veo!» es el primer grito. Se oye también el correlativo grito de la madre estrechando contra su pecho a su niña curada. Luego el de los otros y los apóstoles... El milagro ha quedado cumplido.

«Juan, tú, sacerdote, guiarás a tus compañeros en el rito. Paz a vosotros. Os traeremos esta tarde comida también a vosotros». Jesús bendice y hace ademán de emprender el camino.

Pero el leproso Juan grita: «Quiero seguir tus pasos. Dime qué tengo que hacer, dónde tengo que ir para predicarte».

«Sea esta tierra desolada y desnuda, que necesita convertirse al Señor, tu campo; sea tu campo la ciudad de Jerusalén. Adiós».

6 «Vamos ahora adonde mi Madre» dice a los apóstoles.

Y muchos de los presentes preguntan: «Pero, ¿dónde está?».

«En una casa que Juan conoce; la de la niña curada el año pasado».

Entran en la ciudad y recorren una buena parte del populoso suburbio de Ofel, hasta una casita blanca.

Saluda dulcemente al entrar en la casa (la puerta estaba entornada). Proveniente del interior de la casa, se oye la dulce voz de María y la voz argentina de Analía, y también la voz de su madre, más áspera. La niña se inclina profundamente para adorar, la madre se arrodilla. María se alza.

Quisieran retenerlos, al Maestro y a su Madre. No obstante, Jesús, prometiendo volver otro día, bendice y se despide.

Pedro se marcha contento con María; llevan los dos de la mano al niño: parecen una pequeña familia feliz. Muchos se vuelven a mirarlos. Jesús, sonriendo, observa cómo van.

«¡Simón se siente feliz!» exclama el Zelote.

«¿Por qué sonríes, Maestro?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Porque en ese pequeño grupo veo una gran promesa».

«¿Cuál, Hermano? ¿Qué es lo que ves?» pregunta Judas Tadeo.

«Veo que me podré marchar tranquilo cuando llegue la hora; no debo temer por mi Iglesia. Entonces será pequeña y débil como Margziam. Pero estará mi Madre, cual Madre suya, para sujetarla de la mano; y, cual padre suyo, estará Pedro, en cuya mano honesta y callosa puedo depositar sin preocupación la mano de mi naciente Iglesia. Pedro

le dará la fuerza de su protección; mi Madre, la fuerza de su amor. Así la Iglesia se desarrollará... como Margziam... ¡Verdaderamente es un niño-símbolo! ¡Dios bendiga a mi Madre, a mi Pedro y al niño de ellos y nuestro! Vamos a casa de Juana...».

7 ...Por la tarde, de nuevo estamos en la casita de Betania. Muchos, cansados, se han retirado ya; Pedro no, que va y viene paseando por el sendero, levantando la cabeza muy frecuentemente hacia la terraza donde están sentados, hablando, Jesús y María. Juan de Endor por su parte está hablando con Simón Zelote, sentados los dos bajo un granado todo en flor.

Se ve que María ha hablado ya mucho porque le oigo decir a Jesús: «Todo lo que me has dicho es muy cabal. Tendré presente la equidad de tus palabras. También estimo exacto tu consejo por lo que se refiere a Analía. Es buena señal que ese hombre lo haya recibido con tanta disposición. Es verdad que en la alta Jerusalén hay mucho embotamiento y odio - porquería se puede decir -; pero, entre sus gentes humildes hay perlas de ignorado valor. Me alegro de que Analía se sienta feliz. Es una criatura que es más del Cielo que de la tierra. Quizás ese hombre, ahora que ha entrado en el concepto del espíritu, lo ha intuido y por eso manifiesta hacia ella una gran veneración. Su idea de marcharse a otro lugar, para no turbar con un latido humano el cándido voto de la muchacha, lo demuestra».

«Sí, Hijo mío. El hombre advierte el perfume de quienes son vírgenes... Me viene José a la memoria. Yo no sabía qué palabras usar. Él no sabía mi secreto... y, no obstante, con percepción de santo, me ayudó a manifestarlo: había detectado el perfume de mi alma... Fíjate también Juan: ¡Qué paz! Todos quieren estar a su lado... hasta el mismo Judas de Keriot, a pesar de que... No, Hijo, Judas no ha cambiado; yo lo sé y Tú lo sabes. No hablamos porque no queremos encender la guerra; pero, aunque no hablemos, sabemos... y, aunque no hablemos, los demás intuyen... ¡Oh, Jesús mío, los jóvenes me han contado hoy en Getsemaní el episodio de Magdala y el del sábado por la mañana... La inocencia habla... porque ve con los ojos de su ángel. Pero también los ancianos vislumbran... No se equivocan: es un ser huidizo... todo en él es huidizo. Le tengo miedo, y tengo en mis labios las mismas palabras de Benjamín en Magdala y de Margziam en Getsemaní, porque siento ante Judas el mismo escalofrío que sienten los niños».

«¡No todos pueden ser Juan!...».

«¡No lo pretendo! ¡Sería un paraíso esta tierra! Pero, mira, me has hablado del otro Juan... Un hombre que incluso ha matado. Pues bien, me da sólo pena; Judas, sin embargo, me da miedo».

«¡Ámale, Madre! ¡ Ámale, por amor a mí!».

«Sí, Hijo; pero ni siquiera servirá mi amor, significará solamente sufrimiento para mí y culpa para él. ¡Pero por qué ha entrado? Tur ba a todos; ofende a Pedro, que merece todo respeto».

8 «Sí. Pedro es muy bueno. Por él haría cualquier cosa, porque lo merece».

«Si te oyera, diría con esa sonrisa suya buena y franca: "¡Ah, Señor, eso no es verdad!". Y tendría razón».

«¿Por qué, Madre?». Mas Jesús ya sonríe, porque ha comprendido.

«Porque no le complaces dándole un hijo. Me ha hablado de todas sus esperanzas, sus deseos... y tus negativas».

«¿No te ha explicado las razones con que las he justificado?».

«Sí. Me las ha dicho, y ha añadido: "Es verdad... pero yo soy un hombre, un pobre hombre. Jesús se obstina en ver en mí a un gran hombre. Pero sé que soy muy mísero, así que... me podría dar un hijo. Me casé para tenerlos... y me voy a morir sin tenerlos". Y ha dicho - aludiendo al niño, que, contento con el bonito vestido que Pedro le había comprado, le había besado y le había llamado "padre querido" -, ha dicho: "Mira, cuando este pequeñuelo - hace diez días no le conocía - me llama así, siento que me vuelvo más blando que la mantequilla y más dulce que la miel, y me echo a llorar, porque cada día que pasa se me lleva a este hijo..."».

María guarda silencio observando a Jesús, estudiando su rostro, en espera de una palabra... Pero Jesús ha puesto el codo en la rodilla, y la cabeza apoyada sobre la mano, y guarda también silencio mientras mira a la explanada verde del pomar.

María toma una mano de Jesús, se la acaricia, y dice: «Simón tiene este *gran* deseo... Mientras íbamos juntos, no ha hecho otra cosa sino hablarme de ello, y exponiendo razones tan justas, que... no he podido objetarle nada. Eran las mismas razones que pensamos todas nosotras, mujeres y madres. El niño no es fuerte. Si fuera como eras Tú... ¡Ah, entonces podría afrontar la vida de discípulo sin miedo! ¡Pero, es físicamente tan delicado!... Muy inteligente, muy bueno... pero nada más. A un pichoncillo delicado no se le puede lanzar pronto a volar, como se hace con los fuertes. Los pastores son buenos... pero son hombres; los niños tienen necesidad de las mujeres. ¿Por qué no se lo dejas a Simón? Comprendo que le niegues una criatura nacida de él. Un hijo propio es como una ancla, y Simón - destinado a tan alto sino - no puede estar retenido por ninguna ancla. Pero estarás de acuerdo en que él debe ser "el padre" de todos los hijos que le vas a confiar. ¿Cómo va a poder ser padre si no ha aprendido antes con un niño? Un padre debe ser dulce. Simón es bueno, pero no dulce; es impulsivo e intransigente. Sólo una criaturita le puede enseñar el sutil arte de la compasión hacia el débil... Considera este destino de Simón... ¡Nada menos que tu sucesor! ¡Oh, esta atroz palabra también tengo que decirla! Escúchame, por todo el dolor que me causa el pronunciarla. Jamás te aconsejaría algo que no fuera bueno. Margziam... quieres hacer de él un discípulo perfecto... pero es todavía un niño. Tú... te marcharás antes de que se haga hombre. ¿A quién mejor que a Simón se le podrá entregar para que complete su formación? Y además... ¡pobre Simón!... ya sabes el tormento que ha recibido de su suegra, incluso por causa tuya; pues bien, a pesar de ello, no se ha apropiado ni siquiera de una partícula de su pasado, de su libertad de hace ya un año, para que le dejase en paz su suegra, a la que ni siquiera Tú has podido cambiar. ¿Y su esposa?: ¡pobre mujer!... ¡Desea tanto amar y ser amada...! Su madre... ¡oh!... ¿Y el marido?: encantador pero autoritario... Jamás recibió afecto sin que se le exigiera a cambio demasiado... ¡Pobre mujer!... Confíale el niño. Escúchame, Hijo. Por ahora lo llevamos con nosotros. Yo también iré por Judea. Me llevarás contigo a casa de una compañera mía del Templo, y casi

pariente porque procede de David. Está en Betsur. Me alegrará volver a verla, si vive todavía. Luego, cuando volvamos a Galilea, se lo damos a Púrpura: cuando estemos cerca de Betsaida, Pedro lo tomará consigo; cuando estemos aquí, lejos, el niño se quedará con ella. ¡Ah!,... te veo sonreír... Entonces es que vas a contentar a tu Madre. Gracias, Jesús mío».

«Sí, sea como Tú quieres». 9Jesús se levanta y llama con voz potente: «Simón de Jonás, ven».

Pedro reacciona instantáneamente y sube corriendo las escaleras: «¿Qué quieres, Maestro?».

«¡Ven aquí, hombre usurpador y corruptor!».

«¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué he hecho, Señor?».

«Has coaccionado a mi Madre. Por este motivo quisiste estar solo. ¿Qué debo hacer contigo?». Pero Jesús sonríe, y Pedro se tranquiliza.

«Me has asustado verdaderamente. Menos mal que te veo sonreír. ¿Qué quieres de mí, Maestro? ¿La vida? Ya sólo me queda la vida, porque me has tomado todo lo demás... Pero, si quieres, te la doy».

«No quiero tomarte nada; quiero darte algo. De todas formas, no te aproveches de la victoria, y no digas este secreto a los demás, astutísimo hombre, que vences al Maestro con el arma de la palabra materna. Tendrás el niño, pero...».

Jesús no puede seguir hablando, porque Pedro - que se había arrodillado - se pone en pie de un salto y besa a Jesús con tal ímpetu que le corta la palabra.

«Agradéceselo a Ella; pero recuerda que esto debe ser una ayuda para ti, no un obstáculo...».

«Señor, no te arrepentirás de este regalo... ¡Oh, María, santa y buena, bendita seas siempre!...». Y Pedro, que de nuevo ha caído de rodillas, llora abiertamente, besando la mano de María...

200. Coloquio de ÁgIae con el Salvador.

25 de junio de 1945.

1Jesús vuelve, solo, a casa de Simón Zelote. La tarde cae, apacible y serena después de tanto sol. Jesús se asoma a la puerta de la cocina, saluda, y sube a meditar a la habitación de arriba, que ya está preparada para la cena.

El Señor no parece muy contento. Suspira bastante y pasea de un lado para otro por la sala, lanzando de vez en cuando una mirada hacia las tierras de los alrededores, visibles desde las muchas puertas de esta amplia habitación, que es un cubo construido encima del piso bajo. Sale también a pasear por la terraza, dando la vuelta a toda la casa, y se queda inmóvil, en el lado posterior, mirando a Juan de Endor, el cual, amablemente, está sacando agua de un pozo para ofrecérsela a Salomé, que está muy atareada. Mira, menea la cabeza y suspira.

La potencia de su mirada despierta la atención de Juan, que se vuelve a mirar, y pregunta:

«Maestro, ¿me quieres para algo?».
«No, sólo te estaba mirando».
«Juan es bueno. Me ayuda» dice Salomé.
«Dios le recompensará también esa ayuda».

Jesús, después de estas palabras, entra de nuevo en la habitación y se sienta. [2]Está tan absorto, que no advierte el rumor de muchas voces y numerosos pasos en el pasillo de entrada, y luego una pisada ligera que sube la escalerita exterior y se acerca a la sala. Sólo cuando María le llama, levanta la cabeza.

«Hijo, ha llegado a Jerusalén Susana y ha venido inmediatamente acompañando a Áglae. ¿Quieres escucharla ahora que estamos solos?».

«Sí, Madre. En seguida. Y que no suba nadie hasta que haya terminado todo, lo cual espero que sea antes del regreso de los demás. Te ruego que vigiles para que no haya curiosidades indiscretas... en ninguno... y especialmente por lo que se refiere a Judas de Simón».
«Vigilaré con esmero...».
María sale, y vuelve poco después trayendo de la mano a Áglae, que ya no está arrebozada en su grueso manto gris y en su velo echado que le cubría el rostro; ya no lleva las sandalias altas, con su complicado sistema de hebillas y correas. Ahora está transformada; parece en todo una hebrea, con sus sandalias bajas y lisas, simplísimas como las de María; con su túnica azul oscura, y el manto encima formando elegantes pliegues; con un velo blanco colocado como lo usan las mujeres hebreas de clase llana (sencillamente sobre la cabeza y con uno de los extremos echado hacia atrás, de forma que cubre el rostro pero no del todo). Este indumento (como el de una infinidad de mujeres) y el hecho de estar en un grupo de galileos, la han guardado a Áglae de ser reconocida.
Entra con la cabeza baja. Cada paso que da se pone más colorada. Si María no tirase delicadamente de ella hacia Jesús, creo que se habría arrodillado en el umbral de la puerta.
«Mira, Hijo, aquí está la mujer que desde hace tanto tiempo te está buscando. Escúchala» dice María cuando llega adonde Jesús; y se retira, corriendo las cortinas para cubrir los vanos de las puertas, que están abiertas de par en par, y cierra la puerta más cercana a la escalera.

[3]Áglae deja a un lado el fardo que llevaba a la espalda, se arrodilla a los pies de Jesús, rompe a llorar impetuosamente. Se curva hasta el suelo y sigue llorando con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados.

«No llores de ese modo. Ya no es momento de llanto. Sí debías haberlo hecho cuando estabas enemistada con Dios; no ahora, que le amas y te ama».

Pero Áglae sigue llorando...
«¿No crees que es así?».
La voz se abre paso entre los sollozos: «Le amo, es verdad, como sé hacerlo, como puedo... Pero, a pesar de que yo sepa y crea que Dios es Bondad, no puedo atreverme a esperar recibir su amor. He pecado demasiado... Un día, quizás, lo tendré, pero todavía me queda mucho que llorar... Por ahora estoy sola en mi amor. Estoy sola. No es la desesperada soledad de estos años. Es una soledad llena del deseo de Dios, y, por tanto, ya no es soledad desesperada... Pero, es tan triste, tan triste...».

«Áglae, ¡qué mal conoces todavía al Señor! Este deseo que tienes de Él te es prueba de que Dios responde a tu amor, es amigo tuyo, te llama, te invita, le interesas. Dios es incapaz de permanecer inerte ante el deseo de una criatura, porque ese deseo lo ha encendido Él - Creador y Señor de toda criatura - en ese corazón. Y lo ha encendido Él porque ha amado con privilegiado amor a esa alma que ahora le anhela. *El deseo de Dios siempre precede al deseo de la criatura,* porque Él es el Perfectísimo y, por tanto, su amor es mucho más diligente e intenso que el de la criatura».

«Pero, ¿cómo puede amar Dios mi fango?».

«No trates de entender con tu inteligencia. Es una inmensidad de misericordia, incomprensible para la mente humana. Pero lo que no puede ser comprendido por la inteligencia del hombre, lo comprende la inteligencia del amor, el amor del espíritu. Éste comprende y entra seguramente en el misterio de Dios y en el de las relaciones del alma con Dios. Entra, Yo te lo digo. Entra, porque Dios lo quiere».

«¡Oh, Salvador mío! Pero entonces... ¿estoy realmente perdonada? ¿Me ama verdaderamente Dios? ¿Debo creerlo?».

«¿Te he mentido alguna vez?».

«¡Oh, no, Señor! Todo lo que me dijiste en Hebrón se ha cumplido. Me has salvado, como dice tu Nombre. Yo era una pobre alma perdida y Tú me has buscado. Llevaba mi propia alma muerta y Tú me la has devuelto a la vida. Me dijiste que si te buscaba te encontraría. Y fue verdad. Me dijiste que estás dondequiera que el hombre tenga necesidad de un médico y de medicinas. Y es verdad. Todo lo que le dijiste a la pobre ÁgIae, desde las palabras de aquella mañana de junio hasta las otras de Agua Especiosa...».

«Debes creer, entonces, también en éstas».

«¡Si! ¡Creo! ¡Creo! ¡Pero, dime: "Yo te perdono"!».

«Yo te perdono en nombre de Dios y de Jesús».

«Gracias… [4]Y... ¿ahora qué tengo que hacer? Dime, Salvador mío, ¿qué tengo que hacer para obtener la Vida eterna? Los hombres se corrompen sólo con mirarme... No puedo vivir temblando continuamente por el miedo a ser descubierta y asediada... Durante el viaje que he hecho para venir aquí, me he sentido temblar a cada mirada de hombre... No quiero ni pecar ni hacer pecar. Indícame el camino que debo seguir; el que sea, que lo seguiré. Como puedes ver, soy fuerte incluso en la penuria... Si por excesiva penuria encontrase la muerte, no por ello tendría miedo: la llamaré "amiga mía" porque me alejará de los peligros de este mundo, y para siempre. Habla, Salvador mío».

«Ve a un lugar desierto».

«¿A dónde, Señor?».

«A donde quieras. A donde te conduzca tu espíritu».

«¿Será capaz de tanto mi espíritu apenas formado?».

«Sí, porque Dios te guía».

«¿Y quién me va a hablar en lo sucesivo de Dios?».

«Por ahora, tu alma resucitada».

«¿Te volveré a ver?».

«No en este mundo. Pero dentro de poco te redimiré del todo y entonces visitaré tu

espíritu para prepararte a la ascensión hacia Dios».
«¿Cómo se producirá mi completa redención si no te voy a volver a ver? ¿Cómo me la vas a dar?».
«Muriendo por todos los pecadores».
«¡Oh,... morir!... ¡No, Tú no!».
«Para daros la Vida debo darme la muerte. Por esto he venido en cuerpo humano. No llores... Vendrás conmigo pronto después de nuestro sacrificio».
«¡Mi Señor! ¿Voy a morir yo también por ti?».
«Sí; pero de otra forma. Hora a hora morirá tu carne por deseo de tu voluntad. Hace ya casi un año que está muriendo. Cuando haya muerto del todo, te llamaré».
«¿Tendré la fuerza suficiente para destruir mi carne culpable?».
«En la soledumbre donde estarás - y donde Satanás, en la medida en que tú vayas siendo cada vez más del Cielo, te atacará, cada vez más, rencoroso y violento -, encontrarás a un apóstol mío, primero pecador, luego redimido».
«Entonces no es aquel hombre bendito que me hablaba de ti, ¿no? Demasiado honesto es como para haber sido pecador».
«No es él, es otro. Irá a ti en su momento. Entonces te hablará de lo que ahora no puedes conocer. Ve en paz. Y que la bendición de Dios te acompañe».

5 Áglae ha estado de rodillas durante todo el tiempo, se curva para besar los pies del Señor. No se atreve a más. Luego coge su fardo y lo vuelca: caen al suelo unos vestidos sencillos, un saquito pequeño, que suena al chocar contra el suelo, y un frasco de un delicado alabastro rosa.

Áglae vuelve a meter los vestidos en el fardo, recoge del suelo el saquito y dice: «Esto es para tus pobres. Es el resto de mis joyas. Sólo me he reservado algunas monedas como viático... Aunque no me lo hubieras dicho, ya tenía pensado irme lejos. Y esto es para ti. No es tan suave como el perfume de tu santidad, pero es lo mejor que puede dar la tierra, aunque me servía para hacer lo peor... Que Dios me conceda perfumar *al menos* como esto en tu presencia en el Cielo» y, quitando el tapón precioso del frasco, esparce su contenido por el suelo. La preciosa esencia impregna las baldosas, sube a oleadas un penetrante olor a rosas.

Áglae retira el frasco vacío: «Como recuerdo de este momento» dice; luego se agacha una vez más a besar los pies de Jesús; se levanta, se retira caminando hacia atrás, sale, cierra la puerta...

Se oye su paso alejándose en dirección a la escalera, y su voz, que intercambia unas pocas palabras con María, luego el ruido de las sandalias contra los escalones... y nada más. De Áglae sólo queda, a los pies de Jesús, el saquito y, por toda la sala, el intensísimo aroma.

Jesús se alza... recoge el saquito y se lo lleva al pecho; va a uno de los vanos que mira al camino, y sonríe al ver a la mujer, sola, alejándose, con su manto hebreo, en dirección a Belén. Hace un gesto de bendición; luego va a la terraza y desde allí llama a su Madre.

María sube ágilmente la escalera: «La has hecho feliz, Hijo mío. Se ha marchado con fortaleza y paz».
«Sí, Madre. Mándame, el primero, a Andrés, cuando vuelva».

6 Pasa un tiempo y se oye la voz de los apóstoles, que vuelven hablando...

Andrés va donde Jesús: «¿Maestro, me has llamado?».
«Sí. Ven. Ninguno lo va a saber, pero a ti es de justicia decírtelo. Andrés, gracias en nombre de Dios y de un alma».
«¿Gracias? ¿Por qué?».
«¿No hueles este perfume? Es el recuerdo de la Velada. Ha venido. Está salvada».
Andrés se pone colorado como una fresa, se derrumba de rodillas, y no encuentra ni una palabra... Por fin dice: «Ahora estoy contento. ¡Bendito sea el Señor!».
«Sí. Levántate. No les digas a los demás que ha estado aquí».
«Guardaré silencio, Señor».
«Ahora puedes marcharte. Escucha... ¿Está todavía Judas de Simón?».
«Sí, ha querido acompañarnos... diciendo... muchas mentiras. ¿Por qué actúa así, Señor?».
«Porque es un muchacho consentido. Dime la verdad: ¿habéis reñido?».
«No. Mi hermano está demasiado contento con su hijo como para tener ganas de discutir. Los demás... ya sabes... son más prudentes. Pero, eso sí, en nuestro interior estamos todos molestes. De todas formas, después de la cena se vuelve a marchar... Otros amigos... dice. ¡Oh, y desprecia a las meretrices!...».
«Tranquilo, Andrés, que tú también te debes sentir feliz esta tarde...».
«Sí, Maestro. Yo también tengo mi invisible pero tierna paternidad. Hasta luego».
7 Pasa todavía otro rato más y suben en grupo los apóstoles con el niño y Juan de Endor. Los siguen las mujeres con las viandas y las candelas. Por último, Lázaro y Simón.
Nada más entrar en la sala exclaman: «¡¡Ah,... entonces provenía de aquí!!» y olfatean el ambiente saturado de perfume de rosas, saturado a pesar de que las puertas estén abiertas de par en par. «Pero, ¿quién ha perfumado de este modo esta habitación? ¿Marta, quizás?» preguntan muchos de los presentes.
«Mi hermana no se ha movido de casa hoy después de la comida» responde Lázaro.
«¿Y quién ha sido entonces? ¿Algún sátrapa asirio?» dice Pedro bromeando.
«El amor de una redimida» dice serio Jesús.
«Podía haberse ahorrado esta inútil ostentosidad de redención y haber dado el coste a los pobres. Son muchos, y saben que nosotros damos. Yo no tengo ya ni un ochavo» dice enfadado Judas Iscariote. «Y tenemos que comprar el cordero, alquilar la sala para el Cenáculo y...».
«Pero si os he ofrecido yo todo...» dice Lázaro.
«No es justo. Pierde su belleza el rito. La Ley dice: "Tomarás el cordero para ti y para tu casa". No dice: "Aceptarás el cordero"».
Bartolomé se vuelve como movido por un resorte, abre la boca, pero... la cierra. Pedro se pone carmesí por el esfuerzo de guardar silencio. Pero Simón Zelote, que está en su casa, siente que puede hablar y dice: «Eso son sutilezas rabínicas... Te ruego que las olvides y que, eso sí, guardes respeto a mi amigo Lázaro».
«¡Sí señor, Simón!». Pedro, si no habla, explota. «¡Sí señor! Me parece, además, que *nos* olvidamos demasiado de que el Maestro es el único que tiene derecho a enseñar...». Pedro dice ese "nos olvidamos" haciendo un esfuerzo heroico por no decir "Judas se olvida".
«Es verdad... pero... es que estoy nervioso. Perdona, Maestro».

«Sí. Y también te respondo. La gratitud es una *gran virtud*. Yo le estoy agradecido a Lázaro. Como también esta mujer redimida me ha dado las gracias. Derramo sobre Lázaro el perfume de mi bendición, incluso por aquellos, de entre mis apóstoles, que no lo saben hacer; *Yo, que soy cabeza de todos vosotros.* Esta mujer ha derramado a mis pies el perfume de la alegría por su redención. Ha reconocido al Rey y a Él ha venido, antes que otros muchos, sobre quienes el Rey ha derramado mucho más amor que no sobre ella. Dejadla actuar libremente y no la critiquéis. No podrá estar presente en el momento que me aclamen, como tampoco en el momento de mi unción. Ya lleva sobre sus espaldas su cruz. Pedro, has preguntado que si había venido aquí un sátrapa asirio. Pues bien, en verdad te digo que ni siquiera el incienso de los Magos - tan puro y precioso como era - igualaba en suavidad y valor a éste. La esencia está diluida en el llanto; por eso es tan penetrante: la humildad sostiene al amor y le hace perfecto. Sentémonos a la mesa, amigos...».

Con el ofrecimiento de la comida la visión concluye.

***** rivedere i 181 il finale, la numerazione e ritornare al titolo standard

Índice del volumen cuarto * on line *

227. Un episodio incompleto.

228. Margziam confiado a Porfiria.

229. Discurso a los habitantes de Betsaida sobre el gesto de caridad de Simón Pedro.

230. Curación de la hemorroísa y resurrección de la hija de Jairo.

231 En Cafarnaúm, Jesús y Marta hablan de la crisis que atormenta a María de Magdala.

232. Curación de dos ciegos y de un mudo endemoniado.

233. La parábola de la oveja perdida. María de Magdala también la oye.

234. Comentario de tres episodios sobre la conversión de María de Magdala.

235. Marta ha recibido de su hermana María la certidumbre de la conversión.

236. La cena en casa de Simón el fariseo y la absolución a María de Magdala.

237. La petición de obreros para la mies, y la parábola del tesoro escondido en el campo. Marta todavía teme por su hermana María.

238. Llegada de María Stma. con María de Magdala a Cafarnaúm en medio de una tempestad.

239. La parábola de los peces, la parábola de la perla, y del tesoro de las enseñanzas viejas y nuevas.

240. En Betsaida, en la casa de Simón, con Porfiria y Margziam, el cual enseña a la Magdalena la oración de Jesús.

241...Vocación de la hija de Felipe. Llegada a Magdala y parábola de la dracma perdida.

242. Jesús habla sobre la Verdad al romano Crispo, el único que le escucha de Tiberíades.

243. En Caná en la casa de Susana. Las expresiones, los gestos y la voz de Jesús. Debate de los apóstoles acerca de las posesiones diabólicas.

244. Juan repite un discurso de Jesús sobre la Creación y sobre los pueblos que esperan la Luz.

245. Una acusación de los nazarenos a Jesús, rechazada con la parábola del leproso curado.

246. Un apólogo para los habitantes de Nazaret, los cuales permanecen incrédulos.

247. María Stma. instruye a la Magdalena en orden a la oración mental.

248. En Belén de Galilea. Juicio ante un homicidio y parábola de los bosques petrificados.

249. María Stma. instruye a Judas Iscariote sobre el deber preeminente de la fidelidad a Dios.

250. A los discípulos que han venido con Isaac: la parábola del lodo transformado en llama. Juan de Endor es alma víctima.

*

251. A los pescadores siro-fenicios: la parábola del minero perseverante. Hermasteo de Ascalón.

252. El regreso de Tiro. Milagros. Parábola de la vid y el olmo.

253. María Stma. devela a María de Alfeo el sentido de la maternidad espíritualizada. La Magdalena debe forjarse sufriendo.

254. El encuentro con Síntica, esclava griega y la llegada a Cesarea Marítima.

255. Despedida de las hermanas Marta y María, que parten con Síntica. Una lección a Judas Iscariote.

256. Parábola sobre la virtud de la esperanza, que sujeta la fe y la caridad.

257. Retiro de Jesús y Santiago de Alfeo en el monte Carmelo.

258. Jesús revela a Santiago de Alfeo cuál será su misión de apóstol.

259. Lección sobre la Iglesia y los Sacramentos a Santiago de Alfeo, que obra un milagro.

260. Dos parábolas de Pedro para los campesinos de la llanura de Esdrelón.

261. Exhortación a los campesinos de Doras, que ahora lo son de Jocanán.

262. Una hija no querida y el papel de la mujer redimida. El Iscariote solicita la ayuda de María.

263. Curación del hombre del brazo atrofiado.

264. Una jornada de Judas Iscariote en Nazaret.

265. Instrucciones a los doce apóstoles al comienzo de su ministerio.

266. Los discípulos del Bautista quieren verificar que Jesús es el Mesías. Testimonio sobre el Precursor e invectiva contra las ciudades impenitentes.

267. Jesús, carpintero en Corazín.

268. Lección sobre la caridad con la parábola de los titos. El yugo de Jesús es ligero.

269. La disputa con escribas y fariseos en Cafarnaúm. Llegada de la Madre y de los hermanos.

270. Jesús recibe la noticia de que han matado a Juan el Bautista. *

271. Salida para Tariquea con los apóstoles, que han regresado a Cafarnaúm.

272. Reencarnación y vida eterna en el diálogo con un escriba.

273. La primera multiplicación de los panes.

274. Jesús camina sobre las aguas. Su prontitud en socorrer a quien le invoca.

275. Cuatro nuevos discípulos. Jesús habla sobre las obras de misericordia corporal y espiritual.

276. El hombre avaro y la parábola del rico necio. Las inquietudes y la vigilancia en los siervos de Dios.

277.En Magdala, en los jardines de María. El amor y la corrección entre hermanos.

278. El perdón y la parábola del siervo inicuo. La misión confiada a setenta y dos discípulos.

279. Encuentro con Lázaro en el campo de los Galileos.

280. El regreso de los setenta y dos. Profecía sobre los místicos futuros.

281. En el Templo durante la fiesta de los Tabernáculos. Las condiciones para seguir a Jesús. La parábola de los talentos y la parábola del buen samaritano.

282. La delación al Sanedrín respecto a Hermasteo, Juan de Endor y Síntica.

283. Síntica habla de su encuentro con la Verdad.

284. La casita donada por Salomón. Cuatro apóstoles se quedarán en Judea.

285. Lázaro ofrece un refugio para, Juan de Endor y Síntica. Viaje feliz hacia Jericó sin Judas Iscariote.

286. En Ramot con el mercader Alejandro Misax. Lección a Síntica sobre el recuerdo de las almas.

287. De Ramot a Gerasa con la caravana del mercader.

288. Palabras a los habitantes de Gerasa y alabanza de una mujer a la Madre de Jesús.

289 El sábado a Gerasa. Asueto de Margziam. La pregunta de Síntica sobre la salvación de los paganos.

290. El hombre de los ojos ulcerosos. El alto en la "fuente del Camellero". Más sobre el recuerdo de las almas.

291. Margziam descubre por qué Jesús ora todos los días a la hora nona.

292. Insidia de escribas y fariseos en Bosrá.

293.P alabras de Jesús y milagros en Bosrá, después de la irrupción de dos fariseos. El don de la fe a Alejandro Misax.

294. La rica dádiva del mercader. Adiós a la Madre y a las discípulas.

295. Palabras y milagros en Arbela, ya evangelizada por Felipe de Jacob.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN CUARTO

251. A los pescadores siro-fenicios: la parábola del minero perseverante. Hermasteo de Ascalón.

12 de agosto de 1945.

1 Son las primeras horas de la mañana cuando Jesús llega a una ciudad de mar. Está ante ella. Cuatro barcas siguen a la suya.

La ciudad se adentra en el mar de una forma extraña, como si estuviera construida en un istmo, o, más exactamente, como si un estrecho istmo uniera sus dos partes: la que penetra completamente en el mar y la que se extiende sobre la orilla.

Vista desde el mar, parece un enorme hongo (acostada su cabeza en las olas, hincada su base en la costa y como pie el istmo). A los lados del istmo, dos puertos: uno, el que mira a septentrión, menos cerrado, está lleno de embarcaciones pequeñas; el otro, situado al Sur, mucho más protegido, está lleno de naves grandes, que llegan o zarpan.

«Hay que ir allá» dice Isaac señalando hacia el puerto de las embarcaciones pequeñas. «Allí están los pescadores».

Costean la isla y veo que el istmo es artificial, una especie de dique ciclópeo que une la islita con tierra firme. ¡En aquellos tiempos se construía sin tacañerías! Deduzco de esta obra y del número de naves que hay en los puertos que la ciudad era muy rica y comercialmente muy activa. Detrás de la ciudad, tras una zona de llanura, hay algunas colinas bajas y de gracioso aspecto. En la lejanía se puede ver el gran Hermón y la cadena

libanesa. Deduzco también que ésta es una de las ciudades que veía desde el Libano.

La barca de Jesús, entretanto, está llegando al puerto septentrional, a la rada del puerto (no atraca, sino que se mueve lentamente, con los remos hacia adelante y hacia atrás, hasta que Isaac ve a los que buscaba y los llama gritando).

2 Se acercan dos bonitas barcas de pesca. Los pescadores se inclinan hacia las barcas más pequeñas de los discípulos.

«El Maestro está con nosotros, amigos. Venid, si queréis oír su palabra. Esta misma tarde vuelve a Sicaminón» dice Isaac.

«Enseguida. ¿A dónde vamos?».

«A un lugar tranquilo. El Maestro no baja a Tiro, ni a la ciudad de tierra firme. Hablará desde la barca. Elegid un sitio que esté a la sombra y protegido».

«Venid hacia las rocas, detrás de nosotros. Allí hay ensenadas tranquilas y con sombra. Podréis incluso bajar a tierra».

Y van a una concavidad del arrecife, más al Norte. La pared rocosa, cortada a pico, protege del sol. Es un lugar solitario, sólo poblado de gaviotas y torcazos que salen para hacer sus incursiones en el mar y vuelven emitiendo fuertes gritos a sus nidos de la roca. Pero, en esto, otras pequeñas embarcaciones se han ido uniendo a las que van en cabeza, de manera que forman ya una minúscula flotilla. En el fondo de este pequeñísimo golfo hay una insignificancia de playa, verdaderamente una insignificancia, una pequeña explanada pedregosa; pero un centenar de personas sí que cabe.

Bajan sirviéndose de un escollo ancho y liso que, cual si fuera un espigón natural, sobresale de las aguas profundas, y se colocan en la playita pedregosa y brillante de sal. Son hombres morenos, enjutos, tostados por el sol y el mar. Llevan cortas túnicas que dejan descubiertas las extremidades ágiles y delgadas. Es muy visible la diversidad de la raza respecto a los judíos presentes (diversidad que se ve menos respecto a los galileos). Yo diría que estos siro-fenicios asemejan más a los filisteos - lejanos - que a los pueblos cercanos; al menos estos que veo yo.

3 Jesús se pone pegando a la pared rocosa y empieza a hablar.

«Se lee en el libro de los Reyes* cómo el Señor mandó a Elías que fuera a Sarepta de los Sidones durante la sequía y carestía que afligieron a la Tierra durante más de tres años. No es que al Señor le faltaran recursos para dar el necesario sustento a su profeta en todos los lugares. No le envió a Sarepta porque en esta ciudad abundasen los alimentos; es más, allí la gente ya moría de hambre. ¿Por qué, entonces, Dios mandó a Elías tesbita?

Había en Sarepta una mujer de corazón recto, viuda y santa, madre de un niño, pobre y sola, la cual, a pesar de todo, no se rebelaba contra el tremendo castigo, ni se mostraba egoísta padeciendo el hambre, ni era desobediente. Dios quiso agraciarla con tres milagros: uno por el agua que ofreció al sediento; otro por el panecillo cocido bajo la brasa, cuando ella no tenía sino un puñado de harina; otro por la hospitalidad que ofreció al profeta. Le dio pan y aceite, la vida de su hijo y el conocimiento de la palabra de Dios.

Así podéis ver cómo un acto de caridad no sólo sacia el cuerpo y aleja el dolor de la muerte, sino que también instruye al alma en la sabiduría del

Señor. Vosotros habéis ofrecido alojamiento a los siervos del Señor y Él os da la palabra de la Sabiduría. He aquí, entonces, que a este lugar donde no viene la palabra del Señor una buena acción la trae. Os puedo comparar con aquella única mujer de Sarepta que recibió al profeta; vosotros aquí también sois los únicos que recibís al Profeta, porque, si hubiera bajado a la ciudad, los ricos, los poderosos, no me habrían recibido, y los atareados comerciantes y marineros de las naves no me habrían hecho caso, y mi venida aquí habría resultado ineficaz.

Yo ahora os dejaré, y diréis: "Pero, ¿qué somos nosotros? Un puñado de hombres. ¿Qué poseemos? Una gota de sabiduría". Pues bien, no obstante, os digo: "Os dejo con el encargo de anunciar la hora del Redentor". Os dejo, repitiendo las palabras de Elías profeta: "El ánfora de la harina no se agotará, el aceite no disminuirá hasta que venga quien lo distribuya con mayor abundancia".

---

* *en el libro de los Reyes*: se trata de *1 Re 17.*

Ya lo habéis hecho. Porque aquí hay fenicios mezclados con vosotros de allende el Carmelo. Señal es de que habéis hablado como se os habló a vosotros. Como podéis ver el puñado de harina y la gota de aceite no se han agotado, sino que han aumentado cada vez más. Seguid haciendo que aumente. Y si os parece extraño el que Dios os haya elegido para esta obra, porque no os sintáis capaces de llevarla a cabo, pronunciad la palabra de la profunda confianza: "Me fiaré de tu palabra y haré lo que dices"».

4 «Maestro, ¿cómo tenemos que comportarnos con estos paganos? A éstos los conocemos por la pesca. Nos une a ellos el trabajo, que es el mismo. Pero, ¿los otros?» pregunta un pescador de Israel.

«Dices que participáis del mismo trabajo y ello os une. ¿Y no debería uniros un origen común? Dios ha creado tanto a los israelitas como a los fenicios. Los de la llanura de Sarón o los de la Alta Judea no difieren de los de esta costa. El Paraíso fue hecho para todos los hijos del hombre, y el Hijo del hombre viene para llevar al Paraíso a todos los hombres. La finalidad es conquistar el Cielo y alegrar al Padre. Caminad, pues, por el mismo camino y amaos espiritualmente de la misma forma que os amáis por razones de trabajo».

«Isaac nos ha dicho muchas cosas. Pero quisiéramos saber más. ¿Es posible tener a un discípulo para nosotros, tan lejos como estamos?».

«Mándales a Juan de Endor, Maestro. Vale mucho, y además está acostumbrado a vivir entre paganos» sugiere Judas de Keriot.

«No. Juan estará *con nosotros*» responde resueltamente Jesús. Y luego, volviéndose a los pescadores. «¿Cuándo termina la pesca de la púrpura?».

«Con las borrascas de otoño. Después el mar está demasiado agitado aquí».

«¿Volveréis entonces a Sicaminón?».

«Allí y a Cesarea. Abastecemos mucho a los romanos».

«Entonces podréis encontraros con los discípulos. Mientras tanto perseverad».

5 «A bordo de mi barca hay uno que yo no quería que viniera pero que

se presentó en tu nombre, casi».

«¿Quién es?».

«Un joven pescador de Ascalón».

«Dile que baje y que venga».

El hombre sube a su barca, y vuelve con un jovenzuelo al que se ve más bien azarado por ser objeto de tanta atención.

El apóstol Juan le reconoce. «Es uno de los que nos dieron el pescado, Maestro» y se levanta a saludarle. «¿Entonces has venido, ¡eh! Hermasteo? ¿Tú aquí? ¿Vienes solo?».

«Sí, solo. En Cafarnaúm sentí vergüenza... Me quedé en la orilla, esperando...».

«¿Qué esperabas?».

«Ver a tu Maestro».

«¿No es todavía el tuyo? ¿Por qué, amigo, eludes la decisión todavía? Ve a la Luz, que te está esperando. Mira cómo te observa y sonríe».

«¿Cómo podrá soportarme?».

«Maestro, ven un momento».

Jesús se alza y va donde Juan.

«No se atreve porque es extranjero».

«Para mí no hay extranjeros. ¿Y tus compañeros? ¿No erais muchos?... No te azares. Tú eres el único que ha sabido perseverar. Pero, aunque sea por ti sólo, me siento feliz. Ven conmigo».

Jesús vuelve con su nueva conquista a donde estaba. «A éste sí que se lo vamos a dar a Juan de Endor» dice a Judas Iscariote. [6]Y se pone a hablarles a todos.

«Un grupo de excavadores bajaron a una mina en que sabían que había tesoros, que, de todas formas, estaban muy escondidos en las entrañas del suelo. Y empezaron a excavar. Pero el terreno era duro y el trabajo fatigoso. Muchos se cansaron y, arrojando los picos, se marcharon. Otros se burlaron del responsable del equipo de obreros, casi tratándole como a un estúpido. Otros imprecaron contra el estado en que se encontraban, contra el trabajo, contra la tierra, contra el metal, y, airadamente, golpearon las entrañas de la tierra y fragmentaron el filón en inservibles partículas, y, luego, visto que en vez de obtener ganancias no habían hecho sino daño, se marcharon también.

Se quedó solo el mas perseverante. Con delicadeza trató los estratos de la tenaz tierra para perforarla sin hacer daños, hizo una serie de catas, siguió en profundidad, excavó... Al final quedó al descubierto un espléndido filón precioso. La perseverancia del minero fue premiada y con el metal precioso que descubrió pudo obtener muchos trabajos y conquistar mucha gloria y muchos clientes, porque todos querían de ese metal que solamente la perseverancia había sabido encontrar donde los otros holgazanes o iracundos no habían obtenido nada.

Mas el oro hallado, para que sea bonito hasta el punto de que sirva para el orfebre, debe a su vez perseverar en su voluntad de dejarse trabajar. Si el oro, después del primer trabajo de excavación, no quisiera ya volver a sufrir penas, no pasaría de ser un metal en bruto no elaborable. Así pues, podéis ver cómo no basta el primer entusiasmo para tener éxito, ni como apóstoles, ni como discípulos, ni como fieles. Es necesario perseverar.

Eran muchos los compañeros de Hermasteo; por efecto del primer entusiasmo, todos habían prometido venir. Sólo él ha venido. Muchos son mis discípulos, y más lo serán. Pero sólo la tercera parte de la mitad sabrán serlo hasta el final. Perseverar; es la gran palabra; para todas las cosas buenas.
¿Cuando echáis el trasmallo para conseguir las conchas de la púrpura, lo hacéis una sola vez? No. Lo hacéis una y otra vez y otra, durante horas, días, meses, ya incluso con la idea de volver al año siguiente al mismo sitio... porque ello os da pan y bienestar a vosotros y a vuestras familias. Pues bien, siendo esto así, ¿os comportaréis de forma distinta en las cosas más grandes, como son los intereses de Dios y de vuestras almas, si sois fieles; vuestras y de vuestros hermanos, si sois discípulos? En verdad os digo que para conseguir la púrpura de las vestiduras eternas es necesario perseverar hasta el final.

7Y ahora estemos aquí como buenos amigos hasta la hora de volver. Así nos conoceremos mejor y nos será fácil reconocernos unos a otros...».

Y se dispersan por la pequeña ensenada peñascosa. Y cuecen mejillones y cangrejos arrebatados a los escollos, o peces pescados con pequeñas redes. Y duermen en lechos de algas secas, dentro de cavernas abiertas en la costa rocosa por los terremotos o las olas. Y el cielo y el mar son un azul cegador que se besa en el horizonte; las gaviotas, continuo carrusel de vuelos, del mar a los nidos, con gritos y batir de alas, únicas voces que, junto con el chapoteo de las olas, hablan en esta hora de bochorno estivo.

252. El regreso de Tiro. Milagros. Parábola de la vid y el olmo.

13 de agosto de 1945.

1La gente de Sicaminón, movida por la curiosidad de ver, en espera del Maestro, ha estado asediando todo el día el lugar en que están asentados los discípulos. Pero las discípulas, mientras tanto, no han perdido el tiempo; se han dedicado a lavar la ropa, polvorienta y sudada. Así pues, en la pequeña playa hay toda una alegre exposición de ropa secándose al viento y al sol. Ahora, que está cercano el atardecer, y con él se percibiría ya la humedad salobreña, se apresuran a recoger la ropa, aunque esté todavía un poco húmeda, y a sacudirla y estirarla en todas las direcciones antes de doblarla, para que los respectivos propietarios la encuentren bien ordenada.

«Vamos a llevarle a María enseguida su ropa» dice María de Alfeo. Y termina: «¡Ha estado muy sacrificada ayer y hoy en ese cuartito sin aire!...».

Por esto me doy cuenta de que la ausencia de Jesús ha sido de más de un día, y de que en ese tiempo María de Magdala, propietaria de un solo vestido, que además es prestado, ha tenido que estar escondida hasta que estuviera seco.

Susana responde: «¡Menos mal que no se queja nunca! No pensaba que fuera tan buena».
«Y tan humilde, debes decir, y reservada. ¡Pobre hija! ¡Verdaderamente era el diablo el que la atormentaba! Una vez que mi Jesús la ha librado, ha vuelto a ser ella como sin

duda era de niña».
Y hablando entre ellas vuelven a casa a llevar la ropa lavada.
Entretanto, en la cocina, Marta trabaja en preparar las viandas. La Virgen está limpiando las verduras en un barreño de cobre y poniéndolas a hervir para la cena.
«Aquí está todo ya seco, limpio y doblado. Hacía falta. Ve donde María y dale su ropa» dice Susana mientras da el vestido a Marta.

Pasa un rato y las dos hermanas vuelven juntas.
«Gracias a las dos. El sacrificio del vestido sin cambiar desde hace días me era el más penoso» dice María de Magdala sonriendo. «Ahora me siento toda fresca».
«Sal afuera a sentarte, que hay un buen vientecillo y te vendrá muy bien después de tanto tiempo cerrada» observa Marta, la cual, siendo menos alta y de formas menos esculturales que su hermana, ha podido ponerse un vestido de Susana o de María de Alfeo mientras su ropa se lavaba.
«Esta vez se ha hecho así, pero para el futuro nos haremos nuestro pequeño saco, como las otras, y no tendremos esta incomodidad» dice la Magdalena.
«¿Cómo? ¿Tienes intención de seguirle como nosotras?».

«Por supuesto. A menos que Él me ordene lo contrario. Ahora voy a la orilla del mar a ver si vienen. [2]¿Vuelven esta tarde?».

«Eso espero» responde María Stma. «Estoy preocupada porque ha ido a Fenicia. Pero pienso que está con los apóstoles, y también que los fenicios quizás son mejores que otros muchos. Pero querría que volviera, incluso por la gente que está esperando. Cuando he ido a la fuente, una mujer me ha parado y me ha dicho: "¿Estás con el Maestro galileo, el que llaman el Mesías? Ven entonces y mira cómo está mi hijo. Hace un año que le atormenta la fiebre". He entrado en una casita. ¡Pobre criatura! ¡Parecía una florecilla agonizante! Se lo diré a Jesús».
«Hay otros también que piden igualmente la curación; más curación que enseñanza» dice Marta.
«El hombre difícilmente es todo espiritual. Siente con mayor fuerza la llamada de la carne y sus necesidades» responde la Virgen.
«Pero muchos, después del milagro, nacen a la vida del espíritu».
«Sí, Marta. Y ese también es un motivo por el que mi Hijo hace tantos milagros. Por bondad hacia el hombre, pero también para atraerle, con ese medio, a este camino suyo que, si no, demasiados no lo seguirían».

[3]En esto, vuelve a casa Juan de Endor (que no había ido con Jesús) y con él muchos discípulos en dirección a sus respectivas casas.

Casi contemporáneamente, regresa la Magdalena diciendo: «Están llegando. Son las cinco barcas que zarparon al alba de ayer. Las he reconocido muy bien».
«Estarán cansados y sedientos. Voy por más agua. La fuente es muy fresca». María de Alfeo sale con las tinajas.

«Vamos a recibir a Jesús. Venid» dice la Virgen. Y sale con la Magdalena y Juan de Endor, porque Marta y Susana se quedan trabajando en los fuegos, rojas y muy ocupadas de ultimar la cena.

Costeando la orilla, llegan a un pequeño espigón, donde ya otras barcas de pesca que han regresado están detenidas; desde su punta se ve bien todo

el golfo, así como la ciudad de que recibe el nombre; y se ven también las cinco barcas que avanzan ligeras, un poco inclinadas por la veloz marcha, la vela bien tirante debido a un ligero viento boreal que favorece a las barcas y alivia a los hombres fatigados por el calor.

«Mira qué bien se manejan Simón y los otros. Siguen que es una maravilla la barca del guía. Fijaos, ya han sobrepasado el rompiente; ahora se internan hacia mar abierto para rodear la corriente, que es fuerte en ese punto. Fijaos... Ahora va todo bien. Dentro de poco están aquí» dice Juan de Endor.

En efecto, las barcas se van acercando cada vez más y ya se puede ver a los que vienen en ellas.

4Jesús viene en la primera, junto con Isaac. Se ha puesto en pie y su alta estatura se manifiesta en toda su majestuosidad, hasta que la vela, al arriarla, le esconde durante unos minutos. Dado que la barca, virando, pasa de proa a costado para entrar y ponerse al amparo del muelle, pasando así frente a las mujeres, que están encima del espigón, Jesús las saluda con una sonrisa y ellas se echan a andar deprisa para llegar al punto de arribo cuando la barca.

«¡Dios te bendiga, Hijo!» dice María como saludo a Jesús, el cual pone pie en el andén.

«Dios te bendiga, Mamá. ¿Has estado preocupada? En Sidón no hemos encontrado a quien buscábamos, así que hemos ido hasta Tiro. Allí hemos encontrado. Ven, Hermasteo... Mira, Juan, este joven quiere ser adoctrinado. Te le confío».

«Le adoctrinaré sobre tu palabra, no te defraudaré. ¡Gracias, Maestro! Hay muchos que te están esperando» responde Juan de Endor.

«Hay también un pobre niño enfermo, Hijo mío. La madre te espera ansiosa».

«Voy enseguida a verla».

«Sé quién es, Maestro. Te acompaño. Ven, Hermasteo; así empezarás a conocer la bondad infinita de nuestro Señor» dice el hombre de Endor.

Bajan: de la segunda barca, Pedro; de la tercera, Santiago; de la cuarta, Andrés; de la. quinta, Juan: los cuatro pilotos, seguidos luego por los otros apóstoles o discípulos que venían con ellos. Ahora se agolpan alrededor de Jesús y María.

«Id a casa. Vuelvo enseguida. Preparad, entretanto, lo necesario para la cena y decid a las personas que están esperando que al anochecer hablaré».

«¿Y si hay enfermos?».

«Primero los curaré. Incluso antes de la cena, para que puedan regresar a sus casas felices».

Se separan: Jesús va con el hombre de Endor y Hermasteo, hacia la ciudad; los otros vuelven por el camino de la playa guijarrosa, narrando todo lo que han visto y oído, contentos como niños que regresaran con sus mamás.

5También Judas de Keriot está contento. Enseña todas las limosnas que le han dado los pescadores de púrpura; sobre todo, un buen taleguillo de la preciosa materia. «Esto para el Maestro. Si no la lleva Él, ¿quién la podría llevar? Me llamaron aparte y me dijeron: "Tenemos madréporas de valor en la barca, y - ¡fíjate! - una perla también. Un tesoro. No sé cómo hemos tenido tanta suerte. Te las regalamos con mucho gusto para el Maestro. Ven

a verlas". Fui, dado que me lo habían pedido, mientras el Maestro estaba retirado en una gruta orando. Eran corales bellísimos, y una perla... no grande pero sí bonita. Les dije: "No os privéis de estas cosas. El Maestro no lleva ninguna joya. Más bien, dadme un poco de esa púrpura, para embellecer su túnica". Tenían este montoncito. Se empeñaron en dármela toda. Ten, Madre, haz con ella un bonito trabajo, como tú sabes hacer, para nuestro Señor. ¡Pero hazlo! Si se da cuenta querrá que se venda para los pobres, y queremos verle vestido como merece; ¿no es verdad?».

«¡Sí, sí, cierto! Yo sufro cuando le veo vestido con esa simplicidad en medio de otros; Él, que es Rey, mientras que ellos son peor que esclavos, y todo emperifollados y acicalados. ¡Y le miran como a un pobre, indigno de ellos!» dice Pedro.

«¡¿Te diste cuenta de cómo se reían esos... señores de Tiro cuando nos estábamos despidiendo de los pescadores?!» le dice su hermano.

«Les dije: "¡Os debería dar vergüenza, perros, que es lo que sois! Vale más un hilo de su túnica blanca que no todos vuestros perifollos"» dice Santiago de Zebedeo.

«Yo quisiera - dado que le han dado esto a Judas - que lo preparases para los Tabernáculos» dice el otro Judas, el Tadeo.

«Nunca he hilado con la púrpura. Pero lo intentaré, a ver si soy capaz» dice María Stma. mientras toca las séricas hebras, esponjosas, de espléndido color.

«La que fue mi nodriza es experta en esto. La encontraremos en Cesarea. Te enseñará. Aprenderás enseguida porque tú sabes hacer todo bien. Yo haría una cenefa para el cuello, para las bocamangas y para la parte baja de la túnica: púrpura sobre lino o lana blanquísimos, con palmas y rosetones, como los de los mármoles del Santo, y con el nudo de David en el centro. Estaría muy bien» dice la Magdalena, experta de cosas bonitas en general.

Marta dice: «Nuestra madre hizo ese dibujo, por lo bonito que era, en la túnica destinada a Lázaro para el viaje de toma de posesión de sus tierras de Siria. Lo he conservado porque fue la última labor de nuestra madre. Te lo mandaré».

«Lo haré orando por vuestra madre».

6En esto, han llegado ya a las casas. Los apóstoles se reparten para reunir a los que esperan al Maestro, especialmente a los enfermos...

Y vuelve Jesús con Juan de Endor y Hermasteo. Pasa saludando a la gente que está apiñada delante de las pequeñas casas. Su sonrisa es una bendición.

No podía faltar el enfermo de los ojos, casi ciego por las oftalmías ulcerosas. Se lo presentan y Él le cura. Luego es el turno de uno que está sin duda palúdico, consumido y amarillo como un chino, y le cura.

Luego es una mujer, que le pide un milagro singular: leche para su pecho, que no la tiene; y muestra un niño de pocos días, desnutrido y todo colorado, inflamado, como por un trastorno interno. Llora: «Fíjate. Se nos manda obedecer al hombre y procrear. Pero ¿para qué sirve, si luego vemos apagarse a nuestros hijos? Es el tercero que doy a luz. A dos ya los he recostado en el sepulcro, por este pecho ciego. Éste ya se está muriendo porque ha nacido en la época de mayor calor. Los otros vivieron: uno diez

lunas y el otro seis; para, al final, hacerme llorar más todavía, porque murieron por enfermedad de la tripa. Si tuviera mi leche esto no pasaría...».

Jesús la mira y dice: «Tu hijo vivirá. Ten fe. Ve a tu casa. En cuanto llegues dale el pecho al niño. Ten fe».

La mujer, obediente, se marcha, estrechando contra su corazón al menesteroso, que refunfuña como un gatito.

«Pero, ¿le va a venir la leche?».

«Claro que le vendrá»,

«Yo digo que le va a vivir el niño, pero que la leche no le viene, y ya si vive será un milagro... Está casi muerto de penuria».

«Pues yo digo que le viene la leche».

«Sí».

«No».

Las opiniones son múltiples como las personas.

7 Mientras tanto, Jesús se retira a cenar. Cuando sale para predicar de nuevo, hay todavía más gente, porque la noticia del milagro del niño enfermo de fiebres, realizado por Jesús al poco de desembarcar, se ha extendido por la ciudad.

«Os doy mi paz para que prepare vuestro espíritu a comprender. En la tempestad no se puede oír la voz del Señor. Cualquier tipo de desasosiego es nocivo a la Sabiduría, porque la Sabiduría, siendo así que viene de Dios, es pacífica; el desasosiego, por el contrario, no viene de Dios, porque los agobios, las ansias, las dudas, son obras del Maligno para inquietar a los hijos del hombre y separarlos de Dios.

Os propongo esta parábola para que entendáis mejor la enseñanza.

Un agricultor tenía en sus campos muchos árboles y vides que daban mucho fruto; entre éstas, una, de la que se sentía muy orgulloso, de calidad selecta. Un año esta vid dio muchas hojas, pero pocos racimos. Un amigo le dijo al agricultor: "Es porque la has podado demasiado poco". Al año siguiente el hombre la podó mucho: la vid dio pocos sarmientos y de racimos todavía menos. Otro amigo dijo: "Es porque la has podado demasiado". El tercer año el hombre no la tocó: la vid no dio ni un solo racimo, y muy pocas hojas, delgadas, acartonadas, orinientas. Un tercer amigo sentenció: "Muere porque la tierra no es buena. Quémala". "Pero ¿por qué, si es la misma tierra de las otras y la cuido como a las demás? ¡Antes iba bien!". El amigo se encogió de hombros y se fue. Pasó un desconocido viandante y se detuvo a observar al agricultor que estaba apoyado con tristeza en el tronco de la pobre vid. "¿Qué te pasa?" le preguntó. "¿Algún difunto en tu casa?".

"No. Pero se me está muriendo esta vid. La apreciaba mucho. Se ha quedado sin savia para dar fruto. Un año, poco; al otro, menos; éste, nada. He hecho lo que me han aconsejado, pero no ha servido de nada".

El desconocido entró en el campo y se acercó a la vid. Tocó las hojas, cogió un terrón del suelo, lo olió, lo desmenuzó con sus dedos, alzó su mirada hacia el tronco del árbol que servía de apoyo a la vid... "Tienes que contarlo. Esta vid está consumida por causa del tronco".

"¡Pero si es su apoyo desde hace años!".

"Respóndeme, hombre: cuando plantaste esta vid, ¿cómo era ella y cómo era el tronco?".

"¡Oh, era un hermoso majuelo de tres años! Lo saqué de otra cepa mía. Para traerle aquí hice un agujero profundo, para no dañar las raíces al sacarle del terruño natal. También aquí había hecho un agujero igual; más grande todavía, para que estuviera enseguida a sus anchas. Antes había excavado bien con la azada toda la tierra de alrededor para que estuviera esponjosa, de forma que las raíces pudieran extenderse enseguida sin esfuerzo. Metí en el fondo grato abono y coloqué el majuelo con todo cuidado - como sabes, las raíces se fortifican si encuentran inmediatamente algo que las nutra -. Del olmo me ocupé menos. Era un arbolito cuya única función era la de servir de apoyo al majuelo. Por eso, le puse, casi superficialmente, al lado del majuelo, lo afiancé y me fui. Arraigaron los dos, porque la tierra es buena. De todas formas, mientras que la vid crecía de un año para otro - estimada, podada, rejacada -, el olmo crecía con dificultad (¡para lo que servía!...)... Pero luego se ha hecho recio. ¿Ves qué hermoso está ahora! Cuando vuelvo de lejos veo destacar alta su copa como una torre, y me parece la enseña de mi pequeño reino. Al principio la vid le tapaba y no se veían sus hermosas frondas. ¡Ahora, mira qué hermosa su copa allá arriba bajo el sol! ¡Y qué tronco! Derecho, fuerte. Podía sujetar esta vid durante años y años, aunque hubiera crecido como aquellas que cogieron los exploradores de Israel en el torrente del Racimo. Sin embargo...".

"Sin embargo... te la ha matado. La ha rendido. Todo favorecía su vida: el terreno, la posición, la luz, el sol, tu forma de cuidarla. Pero éste la ha matado. Se ha hecho demasiado fuerte. Ha atenazado sus raíces y las ha ahogado. Le ha quitado todo jugo proveniente del suelo, ha estrangulado su respiración, le ha vedado la luz que necesitaba. Tala inmediatamente este inútil y recio árbol, y tu vid renacerá. Y renacerá mejor aún sí, con paciencia, excavas la tierra para poner al desnudo las raíces del olmo y las siegas, para asegurarte que no echen rebrotes. Se pudrirán en el suelo con sus últimas ramificaciones: de muerte se transformarán en vida, porque se transformarán en substancia fertilizante: digno castigo a su egoísmo. El tronco lo echarás al fuego, y así te será útil. Una planta inútil y nociva sólo sirve para el fuego, y debe ser arrancada, para que todo el bien lo reciba la planta buena y útil. Ten fe en lo que te digo y te sentirás feliz".

"Pero... ¿quién eres tú? Dímelo, para que pueda tener fe".

"Yo soy el Sapiente. Quien cree en mí estará seguro". Y se marchó.

[8]El hombre tuvo un momento de indecisión. Luego se decidió y echó mano a la sierra; es más, llamó a sus amigos para que le ayudaran.

"¡Qué sandez!". "Perderás vid y olmo". "Yo me limitaría a podarle la copa para dar aire a la vid. No más". "En todo caso deberá tener un soporte. Es un trabajo inútil". "¡Quién sabe quién era! Quizás uno que te odia y tú no lo sabes". "O quizás es un loco"... y así sucesivamente.

"Haré lo que me ha dicho. Tengo fe en él". Y segó el olmo por la base; y, no contento con ello, en un amplio radio puso al desnudo las raíces de las dos plantas, y segó con paciencia las del olmo, poniendo cuidado en no dañar las de la vid. Luego volvió a tapar el vasto agujero que había hecho. A la vid, que se había quedado sin soporte, le puso al lado una fuerte barra de hierro; luego escribió en una tabla la palabra "Fe" y la ató en la parte alta de la barra.

Los otros se marcharon meneando la cabeza.

Pasó el otoño y el invierno. Vino la primavera. Los sarmientos, enroscados en el apoyo se adornaron de abundantes gemas (primero apiñadas como en un estuche de terciopelo

plateado; luego entreabiertas, sobre la esmeralda de las nacientes hojitas; luego abiertas del todo). Y nuevos sarmientos fuertes a partir del tronco (todos ellos un verdadero floreteo de florecillas... y luego todo un fructificar de granos de uva). Más racimos que hojas. Y éstas, grandes, verdes, fuertes, tan fuertes como los conjuntos de dos, tres o más racimos. Cada racimo, una densa concentración de granos carnosos, jugosos, espléndidos.
"¿Y ahora qué decís? ¿Era o no el árbol la razón por la cual mi vid moría? ¿Era acertado o no lo que dijo el Sapiente? ¿Tuve o no razón cuando escribí en esa tabla la palabra 'Fe'?" dijo el hombre a sus amigos incrédulos.
"Has tenido razón. ¡Dichoso tú que has sabido tener fe y has sido capaz de destruir el pasado y lo que de nocivo se te dijo".
Esta es la parábola.

9 Y, por lo que respecta a la mujer del pecho seco, ahí tenéis la respuesta. Mirad hacia la ciudad».

Todos se vuelven hacia la ciudad y ven que viene corriendo la mujer de antes, la cual, a pesar de que venga corriendo no separa a su hijito del pecho, de su pecho lleno, bien lleno, de leche, del que el pequeño hambriento mama con tal voracidad, que casi se ahoga. Y la mujer no se detiene sino a los pies de Jesús; sólo entonces separa un momento del pezón al niño y grita: «¡Tu bendición, tu bendición, para que viva para ti!».

Pasado este momento, Jesús continúa:

«Habéis recibido la respuesta a vuestras hipótesis acerca del milagro.

10 De todas formas, la parábola tiene un sentido más amplio del pequeño episodio de una fe premiada. El sentido es éste:

Dios había plantado su vid, su pueblo, en un lugar apropiado, y le había procurado todo lo que necesitaba para crecer y dar frutos cada vez mayores; y había apoyado a su pueblo en los maestros, para que pudiera comprender más fácilmente la Ley y para que fueran su fuerza. Pero los maestros quisieron ser más que el Legislador; crecieron, crecieron, crecieron... hasta hacerse valer por encima de la eterna palabra. Y así Israel ha quedado estéril. El Señor ha enviado entonces al Sapiente, para que los israelitas que, con recto corazón, sienten el dolor de esta infecundidad y prueban los remedios que les vienen de los dictámenes o consejos de los maestros - doctos humanamente, indoctos sobrenaturalmente, y, por tanto, lejanos del conocimiento de lo que se debe hacer para devolver la vida al espíritu de Israel - puedan disponer de un consejo verdaderamente beneficioso.

Ahora bien, ¿qué sucede? ¿Por qué no recupera las fuerzas Israel y vuelve a ser vigoroso como en los tiempos áureos de su fidelidad al Señor? Porque el consejo es: eliminar todas las cosas parasitarias que han crecido en detrimento de la Cosa santa - la Ley del Decálogo - tal y como fue dada; eliminarlas para dejar aire, espacio, alimento a la Vid, al Pueblo de Dios, y darle un apoyo recio, derecho, que no pueda ser plegado, soporte único, de nombre luminoso: la Fe. Pues bien, este consejo no se acepta. Por eso os digo que Israel caerá, siendo así que podría renacer y ganar el Reino de Dios, si supiera creer y generosamente corregirse y modificarse substancialmente.

Podéis marcharos en paz. Que el Señor esté con vosotros».

253. María Stma. devela a María de Alfeo el sentido de la maternidad espiritualizada. La Magdalena debe forjarse sufriendo.

14 de agosto de 1945.

[1]Todavía es de noche (una preciosa noche de Luna menguante) cuando, silenciosamente, Jesús con los apóstoles y las mujeres, Juan de Endor y Hermasteo, se despiden de Isaac, que es el único que está despierto, para emprender el camino siguiendo la orilla del mar. El rumor de los pasos es sólo un leve crujido de grava comprimida por las sandalias. Ninguno habla hasta que no dejan unos metros atrás la última de las casitas. Quien en ella duerme, o en las otras anteriores, ciertamente no ha advertido la silenciosa partida del Señor y sus amigos. El silencio es profundo. Sólo el mar habla: a la Luna, que ya se encamina hacia el poniente, empezando a declinar; a las arenas, y les cuenta las historias de las profundidades, con su larga ola de marea alta incipiente que va dejando cada vez menos margen seco al litoral.

Esta vez las mujeres van adelante, con Juan, Simón Zelote, Judas Tadeo y Santiago de Alfeo, los cuales ayudan a las discípulas a pasar pequeños escollos que aparecen acá o allá, húmedos de agua salubre y resbaladizos. El Zelote va con la Magdalena, Juan con Marta, mientras que Santiago de Alfeo se ocupa de su madre y de Susana y Judas Tadeo no cede a ninguno el honor de tomar en su recia y larga mano - otra parte en que asemeja a Jesús - la mano menuda de María, para sostenerla en los pasos difíciles. Cada uno de ellos habla en voz baja con su compañera. Parece como si todos quisieran respetar el sueño de la Tierra.

El Zelote habla muy animadamente con María de Magdala, y veo que más de una vez Simón abre los brazos con el gesto de quien dijera: «Así es y no hay otra posibilidad». Pero, dado que son los que van más adelantados, no oigo lo que dicen.

Juan habla sólo de vez en cuando con su compañera, señalándole el mar y el Carmelo, cuya ladera occidental está todavía blanca de luna. Quizás está hablando del camino que recorrieron la otra vez bordeando el Carmelo por la otra parte.

[2]También Santiago, entre María de Alfeo y Susana, habla del Carmelo. Dice a su madre: «Jesús me ha prometido que subiríamos allá arriba los dos solos, y que me diría una cosa sólo a mí».

«¿Qué querrá decirte, hijo? ¿Me lo participas luego?».

«Mamá, si es un secreto, no te lo puedo decir» responde sonriendo, con esa sonrisa suya tan afectuosa, Santiago, cuya semejanza con José, el esposo de María, es muy sensible en las facciones y, mas aún, en la serena dulzura.

«Para la madre no hay secretos».

«No los tengo, la verdad. Pero si Jesús me quiere allá arriba solo, y sólo para hablarme, es señal de que no quiere que sepa nadie lo que quiere decirme. Tú, mamá, eres mi

querida mamá a la que quiero mucho, pero Jesús está por encima de ti y su voluntad también. De todas formas, le preguntaré, cuando llegue el momento, si te puedo decir a ti sus palabras. ¿Estás contenta ahora?».
«Te olvidarás de preguntarlo...».
«No, mamá; no te olvido nunca, aunque estés lejos de mí. Siempre que oigo o veo algo bonito pienso: "¡Si estuviera aquí mi madre!"».
«¡Amor! Dame un beso, hijo mío». María de Alfeo está emocionada. Pero la emoción no mata la curiosidad. Vuelve al asalto después de unos momentos de silencio. «Has dicho: su voluntad. Entonces es que has comprendido que te quiere manifestar algún designio suyo. ¡Venga, hombre, al menos esto lo puedes decir! ¡Esto te lo habrá dicho estando presentes los demás!».
«La verdad es que iba delante sólo con Él» dice sonriendo Santiago.
«Pero los otros podían oír».
«No me dijo mucho, mamá. Me recordó las palabras y la oración de Elías en el Carmelo: "De los profetas del Señor he quedado yo sólo"; "sé propicio a mi oración, para que este pueblo reconozca que Tú eres el Señor Dios"».
«¿Y qué quería decir?».
«¡Cuántas cosas quieres saber, mamá! Ve donde Jesús, entonces; que te las diga» se defiende Santiago.
«Habrá querido decir que, dado que el Bautista ha sido apresado, queda sólo Él como profeta en Israel, y que Dios deberá conservarle mucho tiempo para que el pueblo sea adoctrinado» dice Susana.
«¡Mmm! Dudo que Jesús pida ser conservado mucho tiempo. Para sí mismo no pide nada... ¡Venga, Santiago mío, díselo a tu madre!».
«La curiosidad es un defecto, mamá; es cosa inútil, peligrosa y a veces dolorosa. Haz un buen acto de mortificación...».
«¡Ay, pobre de mí! ¡¿No habrá querido decir que me van a encarcelar a tu hermano, o... quizás... matarle?!» pregunta toda agitada María de Alfeo.
«Judas no es "todos los profetas", mamá, aunque, por tu amor, cada uno de tus hijos representa al mundo...».
«Pienso también en los demás, porque... porque entre los profetas futuros estáis ciertamente vosotros. Entonces... entonces, si sólo quedas tú... Si sólo quedas tú es señal de que los otros, mi Judas... ¡oh!...».

[3]María de Alfeo deja al improviso donde están a Santiago y a Susana y, ligera como una jovencilla, vuelve hacia atrás corriendo, sin hacer caso a la pregunta que le dirige Judas Tadeo. Llega, como si alguien la estuviera persiguiendo, al grupo de Jesús.

«Jesús mío, ...estaba hablando con mi hijo... de lo que le dijiste... del Carmelo... de Elías... de los profetas... Dijiste... que Santiago se quedará solo... ¿Qué será de Judas, entonces? ¡Es mi hijo, sabes!» dice toda jadeante por la congoja y por la carrera realizada.

«Lo sé, María; como también sé que te sientes feliz de que sea *mi* apóstol. Date cuenta de que tú tienes todos los derechos como madre y Yo los tengo como Maestro y Señor».

«¡Es verdad... es verdad... pero Judas es mi hijito!...» y María, vislumbrando un momento futuro, se echa a llorar con ganas.

«¡Oh, son lágrimas muy mal empleadas! Pero todo se le comprende a un corazón de madre. Ven aquí, María. No llores. Ya te consolé otra vez. En aquel momento te prometí que aquel dolor te alcanzaría de Dios grandes gracias, para ti, para tu Alfeo, para tus hijos...». (Jesús ha pasado su brazo por encima de los hombros de su tía y la ha juntado estrechamente a sí... Ahora ordena a los que iban con El: «Vosotros id adelante...». Luego, ya sólo con María Cleofás, sigue diciendo: «Y no mentí. Alfeo murió invocándome. Por tanto, toda deuda suya hacia Dios quedó cancelada. María, tu dolor obtuvo esta conversión hacia el pariente que antes Alfeo no había comprendido, hacia el Mesías que no había querido reconocer; ahora, este dolor tuyo obtendrá que el vacilante Simón y el reacio José imiten a tu Alfeo».

«Sí, pero... ¿Qué vas a hacer con Judas, con mi Judas?».

«Le amaré más aún de cuanto le amo ahora».

«No, no. Hay un presagio amenazador en esas palabras. ¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús!...».

[4]María Virgen vuelve hacia atrás porque, ante ese dolor cuya naturaleza todavía desconoce, quiere consolar también a su cuñada. En cuanto sabe de qué dolor se trata - porque su cuñada, al verla a su lado, llora aún más fuerte y se lo dice - se pone más pálida que la misma Luna.

María de Alfeo gime: «Dile tú que no, que no... la muerte para mi Judas...».

María Virgen, aún más pálida, le dice: «¿Podría pedir esto para ti, si ni siquiera para mi Hijo pido que sea salvado de la muerte? María, di conmigo: "Hágase tu voluntad, Padre, en el Cielo, en la Tierra y en el corazón de las madres". Hacer la voluntad de Dios a través del destino de nuestros hijos es el martirio redentor de nosotras las madres... Además... nadie ha confirmado que vayan a matarle a Judas, o matarle antes de que tú mueras. ¡Tu oración de ahora por que alcance la mayor longevidad cómo te pesaría entonces, cuando, en un Reino de Verdad y Amor, veas todas las cosas a través de las luces de Dios y a través de tu maternidad espiritualizada! Entonces - estoy seguro de ello -, como bienaventurada y como madre, querrías que Judas fuera semejante a mi Jesús en su destino de redentor, y anhelarías vivamente tenerle pronto contigo, de nuevo, para siempre. Porque el tormento de las madres es verse separadas de sus hijos: un tormento tan grande, que creo que perdurará, como ansia amorosa, incluso en el Cielo que nos acogerá».

[5]El llanto de María - tan fuerte y en medio del silencio de un primer barrunto de alba - ha hecho que todos vuelvan atrás para saber lo que pasa, con lo cual han oído las palabras de María Virgen y la emoción se extiende: llora María de Magdala susurrando: «Y yo le he procurado ese tormento a mi madre ya desde esta Tierra»; llora Marta diciendo: «La separación de los hijos y la madre significa dolor recíproco»; brillan también los ojos de Pedro. Por su parte el Zelote dice a Bartolomé: «¡Qué palabras de sabiduría para explicar lo que será la maternidad de una bienaventurada!»; «¡Y cómo - le responde Natanael - valorará las cosas una madre bienaventurada: a través de las luces de Dios y de la maternidad espiritualizada...! Se queda uno sin respiración, como ante un luminoso misterio». Judas Iscariote dice a Andrés: «La maternidad, expresada en esos términos, se despoja de todo sentido de

peso para ser pura ala. Da la impresión de estar viendo ya a nuestras madres transformadas en una inimaginable belleza»; «Es verdad. La nuestra, Santiago, nos amará así. ¿Te imaginas lo perfecto que será entonces su amor?» dice Juan a su hermano, y es el único en que se dibuja una luz de sonrisa (¡tanto le emociona gozosamente la idea de que su madre llegue a amar en modo perfecto!).

6«Siento haber causado tanto dolor» dice Santiago de Alfeo en tono de pedir disculpas. «Ha intuido más de lo que he dicho... Créeme, Jesús».

«Lo sé. Lo sé. María se está labrando a sí misma, y éste ha sido un golpe más fuerte de cincel; pero le quita mucho peso muerto» dice Jesús.

«¡Venga, madre! ¡Deja ya de llorar! Esto me duele. Que sufras como una pobre mujercita que no conoce las certezas del Reino de Dios. No te pareces en nada a la madre de los niños Macabeos» recrimina a su madre Judas Tadeo, severo, aunque abrazándola... Y, besándola en la cabeza, en sus cabellos entrecanos, añade: «Pareces una niña con miedo a las sombras y a las fábulas que le cuentan para asustarla. Pero tú sabes dónde encontrarme: en Jesús. ¡Qué mamá! ¡Qué mamá! Deberías llorar si se te hubiera dicho que, en un futuro, fuera a traicionar a Jesús, a abandonarle, o fuera a ser un réprobo. Entonces sí, entonces deberías llorar incluso sangre. Pero, si Dios me ayuda, no te daré nunca ese dolor, madre mía. Quiero estar contigo por toda la eternidad...».

El reproche, primero; las caricias, después... terminan por enjugar el llanto de María de Alfeo, que ahora se siente - y se la ve - toda avergonzada de su debilidad.

7En el tránsito de la noche al día - habiéndose ocultado la Luna sin haber empezado todavía a amanecer - la luz ha disminuido. Pero es sólo un breve intermedio incierto. Inmediatamente después, la luz - primero plomiza, luego levemente gris, luego verdastra, luego láctea con transparencias de azul, finalmente clara, casi incorpórea plata - se afirma, cada vez más, facilitando el camino por el guijarral húmedo que las olas han dejado descubierto; mientras, los ojos se alegran con la vista del mar, ya de un azul más claro, pronto a encenderse de visos de gema. Y luego el aire embebe su plata de un rosa cada vez más seguro, hasta que este rosa-oro de la aurora se hace lluvia rosa-roja que cae en el mar, en los rostros, en los campos, formando contrastes de tonalidades cada vez más vivos, los cuales alcanzan el punto perfecto - para mí siempre el más bonito del día - cuando el Sol, saltando los confines del oriente, lanza su primer rayo hacia montes y laderas, bosques, prados y vastas llanuras marinas y celestes, y acentúa todos los colores: la blancura de las nieves o de las lejanías montañosas, con un color añil entreverado de verde diaspro; o el cobalto del cielo, que palidece para acoger el rosa; o el zafiro veteado de jaspe y orlado de perlas del mar. Y hoy el mar es un verdadero milagro de belleza: no muerto en la calmaría pesada ni agitado bajo la lucha de los vientos, sino majestuosamente vivo con su reír de leves olas, apenas señaladas con una ondulación coronada por una crestita de espuma.

«Llegaremos a Dora antes de que el Sol queme. Reanudaremos la marcha al declinar del Sol. Mañana, en Cesarea, terminará vuestro esfuerzo, hermanas. También nosotros

descansaremos. Allí estará ciertamente vuestro carro. Nos separaremos... [8]¿Por qué lloras, María? ¿Voy a tener que ver hoy llorar a todas las Marías?» dice Jesús a la Magdalena.

«Le apena dejarte» dice su hermana para disculparla.

«No quiere decir que no nos vayamos a volver a ver, y además pronto».

María hace gesto de negación con la cabeza. No llora por eso.

El Zelote explica: «Teme no saber ser buena sin tenerte a su lado. Teme... ser tentada demasiado fuertemente una vez que Tú ya no estés cerca manteniendo alejado al demonio. Me hablaba de esto hace poco».

«No tengas este temor. Yo no retiro nunca una gracia que he concedido. ¿Quieres pecar? ¿No? Pues estáte tranquila. Vigila, eso sí, pero no tengas miedo».

«Señor... lloro también porque en Cesarea... Cesarea está llena de mis pecados. Ahora los veo todos... Me espera mucho que sufrir en mi humanidad...».

«Me alegro; cuanto más sufras mejor será, porque después ya no tendrás que sufrir con estas inútiles penas. María de Teófilo, te recuerdo que eres hija de un padre fuerte, y que eres un alma fuerte y que Yo te quiero hacer fortísima. En las otras compadezco las debilidades, porque han sido siempre mujeres mansas y tímidas, incluso tu hermana. En ti no lo soporto. Te labraré con fuego y yunque. Porque eres temple que debe labrarse así, para no deteriorar el milagro de tu voluntad y la mía. Esto debéis saberlo tú y los que - de entre los presentes o los ausentes - pensasen que podría ser débil contigo por lo mucho que te he amado. Te concedo que llores por arrepentimiento y por amor; no por ninguna otra cosa. ¿Comprendes?» Jesús se muestra sugestivo y severo.

María de Magdala se esfuerza en tragar lágrimas y sollozos y cae de rodillas, besa los pies de Jesús; e intentando hablar con voz firme, dice: «Sí, mi Señor. Haré como Tú quieres».

«Álzate, pues, y está serena».

254. El encuentro con Síntica, esclava griega y la llegada a Cesarea Marítima.

15 de agosto de 1945.

[1]No veo la ciudad de Dora. Declina el Sol. Los peregrinos se dirigen a Cesarea. La permanencia en Dora no la he visto. Quizás ha sido sólo un alto en el camino sin nada especial que señalar. El mar parece al rojo vivo, de tanto como refleja, en su calma, el rojo del cielo; un rojo, éste, tan violento, que aparece casi irreal: es como sí hubieran vertido sangre en la bóveda del firmamento. Hace todavía calor, pero el aire del mar lo hace soportable. Caminan siguiendo la orilla para evitar el ardor del terreno seco; bastantes, incluso, se han quitado las sandalias y se han remangado los vestidos para entrar en el agua.

Pedro declara: «Si no hubieran estado las discípulas, me habría desnudado y me habría metido dentro del agua hasta el cuello».

Pero... hasta de donde está debe salir, porque la Magdalena, que iba adelante con las otras, vuelve y dice: «Maestro, conozco bien esta zona. ¿Ves allí ese hilo amarillo en el azul del mar? Allí descarga un río, perenne, incluso en este tiempo de verano. Y hay que saberle atravesar...».

«¡Hemos atravesado muchos ríos! ¡No será el Nilo! Atravesaremos también éste» dice Pedro.

«No es el Nilo. Pero en sus aguas y sus orillas hay animales de agua peligrosos. No se puede pasar a la ligera y descalzos, porque entonces te hieren».

«¡¿Pero bueno, qué son, leviatanes?!».

«Bien has dicho, Simón, son verdaderamente cocodrilos; pequeños, pero suficiente como para que no puedas caminar un buen trecho».

«¡Y qué hacen allí?».

«Los trajeron por motivos de culto, creo, desde cuando aquí reinaban los fenicios. Y aquí se han quedado. Cada vez más pequeños, pero no por ello menos agresivos. Pasaron de los templos al limo del río. Ahora son lagartones grandes, ¡pero con unos dientes! Los romanos vienen para celebrar partidas de caza y para otra serie de diversiones... Yo también he venido con ellos. Todo sirve para... llenar el tiempo. Además las pieles son bonitas y se usan para muchas cosas. Por la experiencia que tengo, dejad que os guíe».

«Bien. Me gustaría verlos...» dice Pedro.

«Quizás vemos alguno, aunque de hecho los han cazado tanto que están casi exterminados».

[2]Dejan la orilla y se dirigen hacia el interior. Encuentran un camino de primer orden entre medias de las colinas y el mar. Llegan pronto a un puente muy arqueado, tendido sobre un río pequeño, aunque de cauce más bien grande, ahora pobre de aguas, reducidas al centro del lecho. Donde no hay agua se ven juncales y cañizares (ahora semiagostados por el verano, aunque en otras estaciones del año, sin duda, forman minúsculas islas en medio de las aguas). En las orillas hay matorrales y árboles frondosos.

A pesar de escrutar mucho con la mirada, no ven ningún animal, y muchos sufren un desencanto. Pero, estando ya para terminar el paso del puente (una recia construcción, tal vez romana, con un único arco muy alto; quizás para que no lo invadan las aguas en tiempo de crecida), Marta da un grito agudísimo y se hace atrás aterrorizada: un enorme lagartón - es lo que parece, no más, pero con la clásica cabeza de los cocodrilos - está atravesado en el camino haciéndose el dormido.

«¡No tengas miedo, mujer!» grita la Magdalena. «Cuando están ahí no son peligrosos. Lo malo es cuando están escondidos y se mete el pie sin verlos».

Pero Marta se mantiene prudentemente atrás. También Susana se lo toma muy en serio... María de Alfeo es más valiente, no sin prudencia: al lado de sus hijos, sigue adelante mientras mira. Los apóstoles no tienen ningún miedo; miran y hacen comentarios sobre el feo animal, el cual se digna girar lentamente la cabeza para que le vean también de frente, y luego hace ademán de moverse, como si quisiera ir en dirección a estos importunos viandantes. Otro grito de Marta, que se hace atrás más todavía, imitada esta vez por Susana y María Cleofás. Pero María de Magdala coge un canto, se lo tira al animal y le

da en un costado, y éste huye hacia abajo por el guijarral para encenagarse en el agua.

«Ven, acércate, miedosa. Ya no está» dice a su hermana. Las mujeres se juntan de nuevo.

«Pero es feo con ganas, ¡eh!» comenta Pedro.

3«Maestro, ¿es verdad que en el pasado les daban de comer víctimas humanas?» pregunta Judas Iscariote.

«Se le consideraba animal sagrado. Representaba a un dios la misma forma que nosotros ofrecemos el sacrificio a nuestro Dios, ellos, los pobres idólatras, lo hacían con las formas y errores que su condición comportaba».

«¿Pero todavía se hace ahora?» pregunta Susana.

«Creo que no hay que descartar que todavía se haga en lugares idólatras» dice Juan de Endor.

«¡Dios mío! ¡Pero se los darán muertos, ¿no?!».

«No. Si se los dan es vivos. Jovencitas, niños, en general: las primicias del pueblo. Al menos eso es lo que he leído» responde Juan de Endor a las mujeres, las cuales miran a su alrededor todo asustadas.

«Yo, si tuviera que acercarme a él, me moriría de miedo» dice Marta.

«¡Sí? Pues ése no es nada, mujer, respecto al verdadero cocodrilo: es, al menos, tres veces más largo y ancho».

«Y además hambriento. Ése ciertamente estaba ya lleno de culebras o conejos montaraces».

«¡Misericordia! ¡También culebras! ¡Pero, ¿a dónde nos has traído, Señor?!» dice quejumbrosa Marta, tan asustada que la risa se apodera irresistiblemente de todos.

Hermasteo, que hasta ahora ha guardado siempre silencio, dice: «No tengas ningún miedo. Basta hacer mucho ruido y todos huyen. Tengo experiencia. He estado en repetidas ocasiones en el bajo Egipto».

Reanudan la marcha dando palmadas o golpeando en los troncos... La parte peligrosa queda atrás.

Marta se ha juntado a Jesús y pregunta frecuentemente: «¿Es seguro que ya no habrá más?».

Jesús la mira y menea la cabeza sonriendo, pero la tranquiliza: «Estamos ya muy cerca de la llanura de Sarón, que no es sino belleza. ¡De todas formas, sí que me teníais reservadas hoy sorpresas las discípulas! No sé verdaderamente por qué eres tan asustadiza».

«Yo tampoco lo sé. Pero todo lo que repta me aterroriza. Tengo la impresión como de sentir el frío de esos cuerpos - fríos y legamosos - sobre mí. Y me pregunto por qué existen. ¿Son, acaso, necesarios?».

«Esto habría que preguntárselo a Aquel que los hizo. Tú cree que si los ha hecho es señal de que son útiles... aunque sólo fuera para hacer brillar el heroísmo de Marta» dice Jesús con un brillo perspicaz en sus ojos.

«¡Oh, Señor! Tienes razón en bromear, pero yo tengo miedo y no me venceré jamás».

«Eso lo veremos... 4¿Qué se mueve allí entre aquellos matorrales?» dice Jesús levantando la cabeza y dirigiendo su mirada adelante, hacia una maraña de zarzas y otras plantas de largas ramas lanzadas al asalto de una voluminosa barrera de chumberas, situada más atrás, con sus palas tan duras cuanto flexibles son las ramas agresoras.

«¡¿Otro cocodrilo, Señor?!...» gime Marta aterrorizada.

Pero el crujir de frondas aumenta y tras ellas aparece un rostro humano, de mujer. Mira. Ve a todos estos hombres. Duda entre huir por el campo o introducirse en la agreste galería. Vence lo primero y, dando un grito, huye.
«¿Leprosa?», «¿Loca?», «¿Endemoniada?» se preguntan, sin salir de su asombro.
Pero la mujer vuelve sobre sus pasos, porque de Cesarea - ya cercana - está viniendo un carro romano. La mujer se ve como un ratón sin escapatoria. No sabe a dónde ir, porque Jesús con los suyos están ahora junto al matorral que le servía de refugio y no puede volver, y hacia el carro no quiere ir... Entre las primeras calígines del anochecer - la noche se acerca de prisa tras el intenso ocaso - se ve que es joven y donosa, a pesar de estar harapienta y despeinada.
«¡Mujer! ¡Ven aquí!» ordena Jesús imperiosamente.
La mujer tiende los brazos hacia Él suplicando: «¡No me hagas daño!».
«¡Ven aquí. ¿Quién eres? No te voy a hacer ningún daño» lo dice tan dulcemente, que logra persuadirla.
La mujer se acerca encorvada y se arroja al suelo diciendo: «Quienquiera que seas, ten piedad. Mátame, pero no me devuelvas a mi amo. Soy una esclava que ha huido...».
«¿Quién era tu amo? ¿De dónde eres? Se ve que no eres hebrea, por tu modo de hablar y tu vestido».
«Soy griega. La esclava griega de... ¡Piedad! ¡Escondedme! ¡El carro está llegando...».
Todos forman grupo en torno a la infeliz, que se acurruca en el suelo. El vestido desgarrado por los espinos deja ver los hombros surcados de golpes y ornados de arañazos. El carro pasa sin que ninguno de sus ocupantes muestre interés por este grupo parado junto al matorral.

«Han pasado de largo, habla. Si podemos, te ayudamos» dice Jesús tocando con la punta de los dedos su cabellera despeinada.

5 «Soy Síntica, la esclava griega de un noble romano de séquito del Procónsul».

«¡Entonces eres la esclava de Valeriano!» exclama María de Magdala.
«¡Piedad, piedad! No me denuncies a él» suplica la infeliz.
«No temas. No volveré a hablar nunca más con Valeriano» responde la Magdalena, y explica a Jesús: «Es uno de los más ricos y sucios romanos que tenemos aquí. Y, lo mismo que es sucio, es cruel».
«¿Por qué has huido?» pregunta Jesús.
«Porque tengo un alma. No soy una mercancía...» la mujer siente seguridad al ver que ha encontrado a personas compasivas. «No soy una mercancía. Mi amo me compró, es verdad, pero podrá haber comprado mi persona para embellecer su casa, para que le alegre las horas con la lectura, para que le sirva, sí, pero nada más. ¡El alma es mía! No es una cosa que se compre. Y quería también mi alma».
«¿Cómo tienes conocimiento del alma?».

«No soy iletrada, Señor; botín de guerra desde la más tierna edad, pero no plebeya. Éste es mi tercer amo, un indecente fauno. Pero conservo las palabras de nuestros filósofos, y sé que en nosotros hay algo más que carne. Dentro de nosotros hay algo que es inmortal, algo que no tiene exacto nombre para nosotros... Pero hace poco he sabido su nombre. Un día ha pasado por Cesarea un hombre, que hacía prodigios y hablaba mejor que Sócrates y Platón. Fue objeto de muchos comentarios, en termas y triclinios,

o en los dorados peristilos. Ensuciaron su augusto nombre pronunciándolo en las salas de sus inmundas orgías. Y mi amo me mandó leer otra vez - precisamente a mí, que ya sentía en mí algo inmortal que sólo le corresponde a Dios y no se compra como mercancía en un mercado de esclavos - las obras de los filósofos, para cotejar y buscar si esta cosa ignorada, que el hombre que había venido a Cesarea había llamado "alma", estaba ahí descrita. ¡A mí me lo hizo leer, a mí a quien quería someter a su carnalidad! Así he venido a saber que esta cosa inmortal es el alma. Y, mientras Valeriano con los otros como él escuchaba mi voz, y, entre un eructo y un bostezo, trataba de entender, comparar y discutir, yo unía lo que decían, refiriendo las palabras del Desconocido, a las palabras de los filósofos, y me las metía aquí, y con ellas me construía una dignidad cada vez más fuerte, para rechazar su libídine... Hace unos días, una noche, me pegó salvajemente, porque le rechacé a dentelladas... Al día siguiente me escapé... Hace cinco días que vivo en esa espesura, cogiendo de noche moras e higos chumbos. Pero al final dará conmigo. Ciertamente me está buscando. Cuesto mucho dinero, y gusto demasiado a su carnalidad, como para que se desentienda de mí... ¡Ten piedad! 6Te pido - eres hebreo y, sin duda, sabes dónde está -, te pido que me conduzcas a ese Desconocido que habla a los esclavos y que habla del alma. Me han dicho que es pobre. Pasaré hambre, pero quiero estar a su lado para que me instruya y me eleve: vivir con los brutos embrutece, aunque se les oponga resistencia. Quiero volver a poseer la dignidad moral mía».

«Ese hombre, el Desconocido al que buscas, está frente a ti».

«¿Tú? ¡Oh, ignoto Dios de la Acrópolis! ¡Ave!» y se postra hasta tocar con la frente el suelo.

«Aquí no puedes estar. Pero Yo voy a Cesarea...».

«¡No me dejes, Señor!».

«No te dejo... Estoy pensando...».

«Maestro, nuestro carro está, sin duda, en el lugar convenido, esperándonos. Manda a avisar. En el carro estará segura como en nuestra casa» aconseja María de Magdala.

«¡Sí, confíanosla a nosotras, Señor! Ocupará el lugar del anciano Ismael. La instruiremos sobre ti. Será una mujer arrebatada al paganismo» suplica Marta.

«¿Quieres venir con nosotros?» pregunta Jesús.

«Con cualquiera de los tuyos, con tal de no volver con aquel hombre. ¡Pero... pero aquí una mujer ha dicho que le conoce! ¿No me traicionará? ¿No irán romanos a su casa? ¿No...?».

«No tengas miedo. A Betania *no* van romanos; sobre todo, de esa clase» dice la Magdalena para tranquilizar.

«Simón y Simón Pedro, id a buscar el carro. Os esperamos aquí. Entraremos en la ciudad después» ordena Jesús.

7...Cuando el pesado carro cubierto anuncia su presencia con el ruido de los cascos y las ruedas y con el farol oscilante colgado de su techo, los que esperaban se levantan del ribazo donde han cenado y bajan al camino.

El carro se para, bamboleándose, en la orilla del camino deformado. Bajan Pedro y Simón; inmediatamente después, baja una mujer anciana, que

corre a abrazar a la Magdalena diciendo: «Ni siquiera un momento, no quiero dejar pasar ni un momento sin decirte que soy feliz, que tu madre exulta conmigo, que eres de nuevo la rubia rosa de nuestra casa, como cuando dormías en la cuna después de haber mamado de mi pecho» y la besa una y otra vez.

María llora entre sus brazos.

«Mujer, te confío a esta joven y te pido el sacrificio de esperar aquí toda la noche. Mañana podrás ir al primer pueblo de la vía consular y esperar allí. Nosotros iremos antes del final de la tercia» dice Jesus a la nodriza.

«Todo sea como Tú quieras. ¡Bendito seas! Déjame sólo darle a María los vestidos que le he traído». Y vuelve a subir al carro, con María Stma. y María y Marta.

Cuando vuelven a salir, la Magdalena aparece como la veremos en lo sucesivo siempre: con una túnica sencilla, un lienzo fino y grande de lino como velo y un manto sin adornos.

«Ve tranquila, Síntica. Mañana vendremos nosotros. Adiós». Es el saludo de Jesús, que reanuda su camino hacia Cesarea…

8 Mucha gente, a la luz de antorchas o faroles llevados por esclavos, pasea por la orilla del mar, respirando el aire marino: gran alivio para los pulmones cansados del bochorno del estío. Los que pasean son precisamente la clase de los ricos romanos. Los hebreos están dentro de sus casas y gozan del fresco en la parte alta de éstas. La orilla del mar parece un larguísimo salón en hora de visitas. Pasar por ahí significa literalmente ser sometido a detallado análisis. Pues bien, a pesar de ello, Jesús pasa precisamente por ahí, todo a lo largo de la orilla, sin hacer caso de miradas, comentarios o ironías.

«Maestro, ¿Tú por aquí? ¿A esta hora?» pregunta Lidia (que está sentada en una especie de sillón o triclinio que le han llevado los esclavos al margen de la vía), y se pone en pie.

«Vengo de Dora y se me ha hecho tarde. Estoy buscando un lugar de alojamiento».

«Te diría: ahí está mi casa» y señala un bonito edificio a espaldas suyas. «Pero no sé si...».

«No. Te lo agradezco, pero no acepto. Traigo a muchos conmigo y ya dos de ellos se han adelantado para avisar a personas que conozco. Creo que me darán hospedaje».

9 Los ojos de Lidia se fijan también en las mujeres a las que ha señalado Jesús junto con los discípulos. Enseguida reconoce a la Magdalena.

«¡María! ¿Tú? ¿Entonces es verdad!».

La mirada de María es como la de una gacela acorralada: denota suplicio. No sin motivo, porque no es Lidia la única a quien afrontar; hay muchos otros que se están fijando en ella... Pero mira a Jesús y se siente segura de nuevo.

«Es verdad».

«¡Entonces te hemos perdido!».

«No. Me habéis encontrado. Al menos espero hallaros un día, y con una amistad mejor, en este camino que por fin he encontrado. Díselo esto, te lo ruego, a todos los que me conocen. Adiós, Lidia. Olvida todo el mal que me viste hacer. Te pido perdón por ello...».

«¡Pero María! ¿Por qué te humillas? Hemos vivido la misma vida, de ricos y ociosos, y no hay...».

«No. Yo he vivido una vida peor. Pero la he dejado. *Y además para siempre*».

«Adiós, Lidia» abrevia el Señor, y se mueve hacia su primo Judas, que, con Tomás, está viniendo hacia Él.

Lidia retiene un momento más a la Magdalena. «Ahora que estamos entre nosotras, dime la verdad: ¿estás realmente convencida?».

«No convencida: *dichosa de ser la discípula.* Sólo lloro una cosa: no haber conocido antes la Luz y haber comido el lodo en vez de nutrirme de Ella. Adiós, Lidia».

La respuesta resuena límpida en el silencio que se ha hecho en torno a las dos mujeres. Ninguno de los muchos presentes dice ya nada más... María se vuelve y, rápida, trata de alcanzar al Maestro.

Un joven se le pone delante: «¿Es tu última locura?» dice, y hace ademán de abrazarla, pero, estando medio borracho, no lo logra y María le evita mientras le grita: «No, es mi único acto de cordura». Y se llega hasta donde sus compañeras, que sienten tanta repulsa de las miradas de esos viciosos, que van veladas como mahometanas.

«María» dice temblorosa Marta «¿has sufrido mucho?».

«No. Y, tiene razón, y ahora ya no volveré a sufrir por esto, tiene razón Él...».

Tuercen todos hacia una callejuela oscura, para entrar luego en una casa grande - se ve que es una posada - donde pasar la noche.

255. Despedida de las hermanas Marta y María, que parten con Síntica. Una lección a Judas Iscariote.

17 de agosto de 1945.

1 Y de nuevo en camino, volviendo hacia el Este, en dirección a los campos.

Ahora los apóstoles y los dos discípulos están con María Cleofás y Susana, algunos metros detrás de Jesús, que va con su Madre y las dos hermanas de Lázaro. Jesús va hablando locuazmente. Los apóstoles, por el

contrario, no hablan: parecen cansados o deprimidos. No les llama la atención ni siquiera la belleza de los campos, verdaderamente espléndida: con sus leves ondulaciones arrojadas a la llanura como cojines verdes a los pies de un rey gigante; con sus collados de poca altura, esparcidos acá o allá, anunciadores de las cadenas del Carmelo y de Samaria. Tanto en la llanura, la reina del lugar, como en el decorado de sus pequeñas colinas y ondulaciones, se ve todo un florecer de hierba y madurar de fruta. Debe abundar en agua este sitio, a pesar de la región y el período del año, porque está demasiado pujante como para no tener copiosidad de agua. Comprendo ahora por qué la Sagrada Escritura menciona tantas veces con entusiasmo la llanura de Sarón. Pero los apóstoles no comparten de ninguna manera este entusiasmo, y caminan como un poco malhumorados: son los únicos de malhumor en este día sereno y en esta comarca riente.

Muy bien conservada, la vía consular, con su cinta blanca, corta esta campiña fertilísima, y, dado que es temprano, todavía es fácil encontrarse con campesinos cargados de productos del campo, o viajeros que van a Cesarea. Uno, que alcanza con una recua de asnos cargados de sacos a los apóstoles y los obliga a apartarse para dejar paso a la caravana asnal, pregunta con arrogancia: «¿El Kisón está aquí?».

«Más atrás» responde secamente Tomás, y barbota entre dientes: «¡Cacho patán!».

«¡Es un samaritano, ya está dicho todo!» responde Felipe.

2 Vuelven a sumergirse en el silencio. Después de algunos metros, así, como terminando una conversación interna, Pedro dice: «¡Para lo que ha servido! ¡Pues sí que valía la pena recorrer tanto camino!...».

«¡Sí, eso! ¿Para qué hemos ido a Cesarea si luego no ha dicho una palabra? Yo pensaba que es que quería hacer algún milagro sorprendente para convencer a los romanos. Sin embargo...» dice Santiago de Zebedeo.

«Nos ha expuesto en la picota y nada más» comenta Tomás.

Y Judas Iscariote echa leña al fuego: «Y nos ha hecho sufrir. A Él le gustan las ofensas y piensa que nos gustan también a nosotros».

«La verdad es que quien ha sufrido en este caso ha sido María de Teófilo» observa mesuradamente el Zelote.

«¡María! ¡María! ¿Es que ahora es el centro del universo, María? Sólo sufre ella, sólo ella es heroica, sólo se la debe formar a ella. De haberlo sabido hubiera sido ladrón y homicida, para ser luego objeto de tantas atenciones» responde repentinamente Judas Iscariote.

«Verdaderamente la otra vez que vinimos a Cesarea, que hizo un milagro y evangelizó, le torturamos con nuestros descontentos por haberlo hecho» observa el primo del Señor.

«Es que no sabemos lo que queremos... Hace una cosa y rezongamos; hace lo contrario y rezongamos. Somos imperfectos» dice serio Juan.

«¡Ya habló el otro sabio! Una cosa es cierta: hace tiempo que no se hace nada provechoso».

«¿Nada, Judas? ¿Y esa griega y Hermasteo y Abel y María y...?».

«No será con estas nulidades con los que Él fundará su Reino» replica Judas Iscariote, obsesionado por la idea de un triunfo terreno.

«Judas, te ruego que no juzgues las obras de mi Hermano. Es una ridícula pretensión. Un niño que quiere juzgar a su maestro, por no decir: una nulidad que quiere ponerse en alto» dice Judas Tadeo, el cual, si tiene en común el nombre, tiene también una indomable antipatía hacia su homónimo.
«Te agradezco que te hayas limitado a llamarme niño. Verdaderamente, después de haber vivido en el Templo, creía que se me consideraba al menos mayor de edad» responde sarcástico Judas Iscariote.

[3]«¡Qué gravosas se hacen estas discusiones!» suspira Andrés.

«¡Verdaderamente! En vez de unirnos a medida que vamos viviendo más tiempo juntos, nos separamos. ¡Y pensar que en Sicaminón dijo que teníamos que estar unidos al rebaño!... ¿Cómo lo vamos a estar, si ya entre pastores no lo estamos?» observa Mateo.

«¿Entonces no se debe hablar? ¿Jamás expresar nuestro pensamiento? ¡No creo que seamos esclavos!...».

«No, Judas, no somos esclavos; pero sí somos indignos de seguirle, porque no le comprendemos» dice sereno el Zelote.
«Yo le comprendo maravillosamente».
«No. No le comprendes. Y contigo no le comprenden en mayor o menor grado todos los que le critican. Comprender es obedecer sin discutir, por estar persuadidos de la santidad de quien va a la cabeza» dice el Zelote.
«¡Ah, te refieres a comprender su santidad... yo decía sus palabras! Su santidad no se pone en duda, ni se podría poner» se apresura a decir Judas Iscariote.
«¿Y puedes separar ésta de aquéllas? Un santo será siempre posesor de la Sabiduría y sus palabras serán sabias».

«Eso es verdad. Pero algunos actos suyos son perjudiciales. Admito que por exceso de santidad, claro. Pero el mundo no es santo, y Él se busca complicaciones. [4]Ahora, por ejemplo, este filisteo y esta griega. ¿Crees que nos van a beneficiar?».

«Si voy a causar algún perjuicio, me marcho» dice compungido Hermasteo. «Había venido con la idea de darle honor y de hacer algo correcto».

«Si te marcharas por este motivo, le causarías un dolor» le responde Santiago de Alfeo.

«Daré a entender que he cambiado de idea. Voy a saludarle y... me marcho».

Pedro reacciona inmediatamente: «¡No, no! Tú no te marchas. No es justo que, por nerviosismos ajenos, el Maestro pierda un discípulo bueno».

«Pues si se quiere ir por tan poca cosa es señal de que no está seguro de lo que quiere; por tanto, déjale que se marche» responde Judas Iscariote.

Pedro pierde la paciencia: «Le prometí, cuando me dio a Margziam, que sería paterno con todos, y siento faltar a la promesa. Pero es que me obligas. Hermasteo esta aquí y aquí se quedará. ¿Sabes lo que tengo que decirte? Que eres tú quien perturba las voluntades de los demás y las hace vacilar. Divides y creas desorden, eso es lo que haces; y deberías avergonzarte».

«¿Qué eres? ¿El protector de los...?».
«¡Sí, señor! Tú lo has dicho. Sé a lo que te refieres. Protector de la Velada, protector de

Juan de Endor, protector de Hermasteo, protector de aquella esclava, protector de todos los que encuentra Jesús, aunque no sean los espléndidos ejemplares paviles del Templo, los elementos construidos con la sagrada argamasa y las telarañas del Templo, los pabilos con olor a morga de las lámparas del Templo, los... como tú, en definitiva, para hacer más clara la parábola; porque, si el Templo es mucho - a menos que yo me haya vuelto imbécil - el Maestro es más que el Templo y tú le faltas...».

5 Grita tanto que Jesús se detiene y se vuelve, y hace ademán de dejar a las mujeres y tornar atrás.

«¡Lo ha oído! ¡Ahora se va a entristecer!» dice el apóstol Juan.

«No, Maestro. No vengas. Discutíamos... para matar el aburrimiento del camino» dice Tomás sin dilación.

Pero Jesús se para y espera a que lleguen donde Él.

«¿De qué discutíais? ¿Os voy a tener que decir otra vez que las mujeres os preceden?».

La dulce corrección toca el corazón de todos. Callan y agachan la, cabeza.

«¡Amigos, amigos! ¡No seáis objeto de escándalo para los que están naciendo ahora a la Luz! ¿No sabéis que una imperfección vuestra perjudica a la redención de un pagano o de un pecador más que todos los errores del paganismo?».

Ninguno responde, porque no saben qué decir para justificarse o para no acusar.

6 Junto a un puente de un torrente seco está parado el carro de las hermanas de Lázaro. Los dos caballos pastan la abundante hierba de las márgenes del torrente (quizás seco desde hace poco; por tanto, con orillas bien nutridas de hierba). El sirviente de Marta y otro hombre - quizás el conductor del carro - están en el margen guijarroso, y las mujeres dentro del carro, completamente cubierto por un tupido toldo hecho con pieles curtidas, que caen, a manera de gruesas cortinas, hasta el suelo del carro.

Las mujeres discípulas aceleran el paso en dirección a él. El sirviente, que es el primero que las ve, avisa a la nodriza; el otro se apresura a llevar los caballos a las varas. Entretanto, el sirviente va corriendo hacia sus señoras y, en llegando, hace una reverencia muy pronunciada.

La anciana nodriza (una mujer de buen tipo y tez aceitunada, de aspecto agradable) baja presurosa y se dirige hacia sus amas. Pero María de Magdala le dice algo y ella va inmediatamente donde la Virgen diciendo: «Perdona... pero es que siento una alegría tan grande de verla, que sólo la veo a ella. Ven, bendita. El sol quema. Dentro del carro hay sombra».

Y suben todas en espera de los hombres, que vienen muy retrasados. Mientras esperan y mientras Síntica, que lleva el vestido que ayer tenía la Magdalena, besa los pies de sus amas - como se obstina en llamarlas, a pesar de que ellas le digan que no es ni su sierva ni su esclava, sino sólo su huésped en nombre de Jesús -, la Virgen muestra el precioso taleguillo de la púrpura, y pregunta cómo se puede hilar ese mechón cuyos cortísimos filamentos no admiten ni humedad ni torsión.

«No se usa así, Mujer. Se pulveriza y se usa como cualquier otra tintura. Esto es la bava de la concha, no es una hebra ni un pelo. ¿Ves qué quebradiza es ahora que está seca? La tienes que reducir a polvo fino, luego la pasas por un tamiz para que no quede ningún fragmento largo, que mancharía el hilado o el paño. Es mejor si tiñes el hilado en madejas. Una vez segura de que esté completamente pulverizada, la deslíes como se hace con la cochinilla o el azafrán o el polvo de añil o con otros polvos de otras cortezas o

raíces o frutos, y luego la usas. Fija el color con vinagre fuerte para el último aclarado».

«Gracias, Noemí. Seguiré tus indicaciones. He bordado con hilos teñidos de púrpura, pero me los habían dado ya preparados... [7]Ya está ahí Jesús. Llega la hora de despedirnos. Os bendigo a todas en el nombre del Señor. Id en paz y llevad la paz y la alegría a Lázaro. Adiós, María. Recuerda que lloraste sobre mi pecho tu primer llanto dichoso. Por eso soy para ti madre, porque una pequeñuela llora su primer llanto sobre el pecho de su mamá. Soy para ti madre, y lo seré siempre. Lo que te resulte duro de manifestar incluso a la más dulce hermana o a la más amorosa nodriza, ven a decírmelo a mí; te comprenderé siempre. Si hay algo que, por estar impregnado de una humanidad que en ti Jesús no quiere, no te atreves a decírselo a Él, ven a decírmelo a mí; me mostraré siempre compasiva contigo. Y si quieres hablarme también de tus victorias - aunque prefiero que se las presentes a Él, cual fragantes flores, porque Él, no yo, es tu Salvador - exultaré contigo. Adiós, Marta. Ahora te marchas feliz y te mantendrás en esta felicidad sobrenatural. Por tanto, sólo necesitas progresar en la justicia, en medio de esa paz por nada en ti ya pertubada. Hazlo por amor a Jesús, que te ha amado incluso queriendo a ésta que quieres sin reservas. Adiós, Noemí. Ve con tu tesoro recuperado. Tú dabas a María tu leche en alimento. Nútrete ahora con las palabras que ella y Marta te digan. Ve en mi Hijo mucho más que un exorcista que libera a los corazones del Mal. Adiós, Síntica, flor de Grecia, que has sabido por ti misma sentir que hay algo más que la carne; florece ahora en Dios y sé la primera de las nuevas flores de la Grecia de Cristo. Me siento muy dichosa de despedirme de vosotras viéndoos unidas así. Os bendigo con amor».

Ya se oye cercano el rumor de los pasos. Levantan el tupido toldo y ven a Jesús a dos metros del carro. Bajan, en medio del sol ardiente que invade el camino.

María de Magdala se arrodilla a los pies de Jesús y dice: «Te doy gracias por todo. Muchas gracias por haberme permitido realizar este peregrinaje. Sólo Tú eres sabio. Parto despojada de las reliquias de la María del pasado. Bendíceme, Señor, para fortalecerme más».

«Sí, te bendigo. Goza de la compañía de tus hermanos; con tus hermanos, fórmate cada vez más en mí. Adiós, María. Adiós, Marta. Dile a Lázaro que le bendigo. Os confío esta mujer. No os la doy. Es discípula mía. Quiero que le deis un mínimo de capacidad de entender mi doctrina. Luego iré Yo. Noemí, te bendigo, y también a vosotras dos».

A Marta y María se les humedecen los ojos. El Zelote las saluda personalmente y les da un escrito para su sirviente; los demás las saludan conjuntamente. Y el carro se pone en movimiento.

[8]«Vamos a buscar algo de sombra. Que Dios las acompañe... ¿Tanto te entristece, María, el que se hayan marchado?» pregunta a María de Alfeo, que llora toda en silencio.

«Sí. Eran muy buenas...».

«Las volveremos a ver pronto. Y, numéricamente, más. Tendrás muchas hermanas... o hijas, si lo prefieres. Amor es tanto el materno como el fraterno» la consuela Jesús.

«Con tal de que no cree conflictos...» murmura Judas Iscariote.

«¿Conflictos amarse?».
«No. Conflictos el tener a personas de otra raza y de otra proveniencia».
«¿Síntica, quieres decir?».
«Sí, Maestro. A fin de cuentas, era propiedad del romano, y no es lícito apoderarse de ella. Ello le incitará contra nosotros y nos atraeremos el rigor de Poncio Pilatos».
«¡Pero, ¿qué le va a importar a Pilatos el que uno de sus subordinados pierda una esclava?! ¡Sabrá cómo es! Si es un poco honesto, como se piensa, al menos en familia, dirá que esta mujer ha hecho bien en escaparse. Y si es un deshonesto dirá: "Te está bien empleado. Así quizás la encuentro yo". Los deshonestos no son sensibles a las penas ajenas. ¡Y además... pobre Poncio... con la lata que le damos, fíjate tú si no va a tener otra cosa que hacer que perder el tiempo con la pataleta de uno que deja que se le escape una esclava!» dice Pedro, y muchos de los presentes le dan la razón mientras ridiculizan las rabietas del lúbrico romano.

9 Pero Jesús lleva la cuestión a un nivel más alto. «Judas, ¿conoces el Deuteronomio?».

«Seguro, Maestro, y además - lo digo convencido - como pocos».
«¿Cómo lo juzgas?».
«Vehículo de la voz de Dios».
«¿Vehículo? Entonces repetidor de la palabra de Dios, ¿no?».
«Exactamente».
«Has juzgado bien. Entonces, ¿por qué no juzgas que se debe hacer lo que ordena?».
«No he dicho nunca eso. Es más, me parece que precisamente nosotros, siguiendo la nueva Ley, lo desatendemos demasiado».
«La nueva Ley es el fruto de la antigua, o sea, es la perfección alcanzada por el árbol de la Fe. Pero ninguno de nosotros lo desatiende, que Yo sepa. Soy el primero que lo respeta y que impide que otros lo desatiendan».
Jesús es muy incisivo al decir estas palabras. Y añade:
«El Deuteronomio es intocable. Incluso cuando triunfe mí Reino, y con mi Reino la nueva Ley, con sus nuevos códigos y disposiciones, seguirá aplicándose en los nuevos dictámenes, de la misma forma que los sillares de las antiguas construcciones se usan para las nuevas porque son piedras perfectas con que se hacen fuertes murallas. Pero todavía no ha llegado mi Reino, y Yo, como fiel israelita, no ofendo al libro mosaico ni lo desatiendo, que base es de mi modo de actuar y de mi enseñanza; sobre la base del Hombre y del Maestro, el Hijo del Padre edifica la celeste construcción de su Naturaleza y Sabiduría.

En el Deuteronomio está escrito: "No entregarás a su amo el esclavo que ha buscado refugio en ti. Vivirá contigo donde él quiera, estará tranquilo en una de tus ciudades, no le molestarás". Esto en el caso de que uno se vea obligado a huir de una esclavitud inhumana. En mi caso, en el de Síntica, la fuga no persigue una libertad limitada, sino la libertad *ilimitada* del Hijo de Dios. ¿Y pretendes que a esta alondra que ha huido del lazo de los cazadores le meta de nuevo el cordel y la devuelva a su prisión para quitarle no sólo la libertad sino también la esperanza? ¡No! ¡Jamás! Bendigo a Dios, porque, como el viaje a Endor llevó a este hijo al Padre, el viaje a Cesarea ha traído a esta criatura a mí para que la lleve al Padre.

En Sicaminón os hablé del poder de la Fe; hoy os voy a hablar de la luz

de la Esperanza. Mas ahora, a la sombra de este tupido pomar, detengámonos a comer y descansar. Porque el sol arde como si el infierno estuviera abierto».

256. Parábola sobre la virtud de la esperanza, que sujeta la fe y la caridad.

18 de agosto de 1945.

1 Algunos viñadores que pasan por el huerto cargados de cestas de uva, dorada como si fuera de ámbar, ven a los apóstoles y les preguntan:

«¿Sois peregrinos o forasteros?».

«Galileos y peregrinos hacia el Carmelo» responde por todos Santiago de Zebedeo, el cual - como sus compañeros pescadores - se está desentumeciendo las piernas para terminar de eliminar un resto de somnolencia.

Judas Iscariote y Mateo se están despertando, tendidos sobre la hierba. Los ancianos, sin embargo, cansados, todavía duermen. Jesús habla con Juan de Endor y Hermasteo; María y María Cleofás están al lado, pero guardan silencio.

Los viñadores dicen: «¿Venís de lejos?».

«La última etapa que hemos hecho ha sido Cesarea. Antes hemos estado en Sicaminón, y más allá incluso. Venimos de Cafarnaúm».

«¡Que camino más largo en esta estación del año! ¿Por qué no habéis venido a nuestra casa? Está allí, ¿la veis? Os habríamos dado agua fresca para reponeros, y comida, de aquí de la tierra pero buena. Venid ahora».

«Vamos a reanudar la marcha. Que Dios os lo pague igual».

«El Carmelo no huye en un carro de fuego como su profeta» dice un campesino con tono semiserio.

«Ya no viene ningún carro del Cielo a llevarse a los profetas. Ya no hay profetas en Israel. Se dice que Juan ha muerto ya» dice el otro campesino.

«¿Muerto? ¿Cuándo?».

«Eso han dicho algunos que venían del otro lado del Jordán. ¿Le venerabais?».

«Éramos discípulos suyos».

«¿Por qué le dejasteis?».

«Para seguir al Cordero de Dios, al Mesías que Juan anunció. Israel todavía tiene a este profeta, ¡y para llevárselo al Cielo con el honor que requiere haría falta mucho mas que un carro de fuego! 2 ¿No creéis en el Mesías?».

«¡Que si creemos? Hemos decidido que una vez que hayamos terminado la recolección iremos en su busca. Se dice que obedece con celo la Ley y va al Templo en las solemnidades prescritas. Iremos pronto para los Tabernáculos. Estaremos todos los días en el Templo para verle. Y, si no le encontramos, iremos a buscarle hasta que le encontremos. Vosotros que le

conocéis, decidnos: ¿es verdad que está en Cafarnaúm casi siempre?, ¿es verdad que es alto, joven, de tez clara, rubio, y que tiene una voz distinta de todos los demás hombres, con la cual toca los corazones, y hasta los animales y las plantas la oyen?».

«Todos los corazones menos los de los fariseos, Gamala; ésos se han endurecido más».

«No son ni siquiera animales. Son demonios, incluido el que se llama como yo. Pero, decidnos: ¿es verdad que es así y que es tan bueno que habla con todos, consuela a todos, cura las enfermedades y convierte a los pecadores?».

«¿Esto creéis?».

«Sí, pero querríamos saberlo de vosotros que le seguís. ¡Si nos llevarais a Él!».

«¿Pero no tenéis que ocuparos de las viñas?».

«Tenemos que cuidar también el alma, que es más que las viñas. ¿Está en Cafarnaúm? Forzando el camino, en diez días podríamos ir y volver...».

3 «El qué buscáis está ahí. Ha descansado en vuestro huerto y ahora está hablando con aquel anciano y aquel joven. A su lado tiene a su Madre y a la hermana de su Madre».

«¡Aquél?... ¡Oh!... ¿Qué se hace?».

Se quedan petrificados del estupor. Son todo ojos para mirar. Su vitalidad está enteramente concentrada en sus pupilas.

Pedro los pincha: «¿Entonces? ¡Tanto deseo como teníais de verle y ahora no os movéis? ¿Os habéis convertido en sal?».

«No... es que... ¿Pero es tan sencillo el Mesías?».

«¿Cómo queríais que fuera? ¿Queríais que estuviera sentado en un trono fulgurante y envuelto en regio manto? ¿Pensabais que fuera un nuevo Asuero?».

«No... pero... ¡tan sencillo... siendo tan santo!».

«Es muy sencillo porque es santo, hombre. Bien, vamos a hacerlo de otra forma... ¡Maestro! Perdona, ven aquí a hacer un milagro. Aquí hay unos hombres que te buscan y que se han quedado petrificados al verte. Ven a restituirles el movimiento y la palabra».

Jesús, que al oír que le llamaban se ha vuelto, se levanta, sonriendo, y viene hacia los viñadores, que le miran tan estupefactos que parecen asustados.

«Paz a vosotros. ¿Me buscabais? Aquí estoy» y hace el gesto habitual de abrir los brazos tendiéndolos hacia ellos un poco como para ofrecerse.

Los viñadores caen a sus pies, de rodillas, y guardan silencio.

«No temáis. Decidme qué queréis».

Le ofrecen las cestas llenas de uvas, sin decirle nada.

Jesús admira la espléndida fruta y, diciendo «gracias», alarga una mano para coger un racimo, y empieza a comer las uvas.

«¡Dios altísimo! ¡Come como nosotros!» suspira el que se llamaba Gamala.

Es imposible no echarse a reír por esta salida. También Jesús sonríe más marcadamente, y, casi como si quisiera pedir disculpa dice: «¡Soy el Hijo del hombre!».

4 El gesto de Jesús ha vencido el entorpecimiento extático, y Gamala dice: «¿Por qué no entras en nuestra casa, al menos hasta que empiece a atardecer? Somos muchos, porque somos siete hermanos, con las respectivas esposas e hijos, y luego los ancianos, que esperan en paz la muerte».

«Vamos. Vosotros llamad a los compañeros y venid detrás. Madre, ven con María».

Jesús se pone en marcha, detrás de los campesinos, que ya se han levantado y ahora caminan un poco al bies para verle caminar. El sendero, entre los troncos de los árboles unidos con las vides, es estrecho.

Llegan pronto a la casa, o más exactamente a las casas, porque se trata de un pequeño cuadrado de viviendas. En el centro hay un patio común, amplio, con un pozo. Se accede al patio a través de un largo pasillo que hace de vestíbulo y que durante la noche se cierra con una pesada puerta.

«Paz a esta casa y a los que en ella viven» dice Jesús al entrar, alzando la mano para bendecir. Luego la baja para acariciar a un niño pequeño medio desnudo que le mira extático y que está guapísimo con su camisita sin mangas, medio caída y que deja al descubierto uno de los hombros regordetes, erguido sobre sus piececitos desnudos, con un dedito en la boca y una corteza de pan untado en aceite en la otra mano.

«Es David, el hijo de mi hermano menor» explica Gamala, mientras otro de los viñadores entra en la vivienda más cercana para advertir; luego sale y entra en otra, y así todas; de forma que se asoman rostros de todas las edades y luego se retiran... para volver después de un rápido aseo.

5 Sentado a la sombra de una techumbre en saledizo protegida por una higuera gigantesca, está un viejo con su bastoncito entre las manos. Ni siquiera alza la cabeza, como si no tuviera interés por nada.

«Es nuestro padre» explica Gamala. «Uno de los ancianos de la casa, porque también la mujer de Jacob ha traído aquí a su padre, que está solo, y luego está también la anciana madre de Lía, la más joven de las esposas. Nuestro padre es ciego. Le ha venido el velo a las pupilas. ¡Mucho sol en los campos! ¡Mucho calor de la tierra! ¡Pobre padre! Está muy triste, pero es muy bueno. Está esperando a los nietos, que son su única alegría».

Jesús va donde el anciano. «Dios te bendiga, padre».

«Quienquiera que seas, que Dios te pague tu bendición» responde el anciano alzando la cabeza en dirección a la voz.

«Dura condición la tuya, ¿verdad?» pregunta Jesús con dulzura, y hace ademán de no decir quién es el que habla.

«Viene de Dios, después de tantos bienes como me ha dado durante mi larga vida. De la misma forma que he tomado de Dios el bien, debo recibir la desventura de la vista. A fin de cuentas, no es eterna. Sobre el seno de Abraham concluirá».

«Es como dices. Peor sería si estuviera ciega el alma».

«Siempre he tratado de tenerla con vista».

«¿Cómo lo has hecho?».

«Eres joven, tú que me estás hablando; tu voz lo dice. ¡No serás como esos jóvenes de ahora, que están todos ciegos porque viven sin religión, ¿no?! Considera que no creer y no cumplir lo que Dios ha dicho es una gran desventura. Te lo dice un viejo, muchacho. Si abandonas la Ley, serás un ciego aquí y en la otra vida. No verás jamas a Dios. Porque llegará un día en que el Mesías Redentor nos abrirá las puertas de Dios. Yo soy demasiado viejo para poder ver este día en este mundo. Pero lo veré desde el seno de Abraham. Por eso no me quejo de nada, porque espero con estas sombras expiar, lo que

de ingrato a Dios puedo haber cometido, y merecerle en la vida eterna. Pero tú eres joven. Sé fiel, hijo, de forma que puedas ver al Mesías. Porque el tiempo está próximo. El Bautista lo ha dicho. Tú le verás. Pero si tienes el alma ciega, serás como aquellos de que habla Isaías: tendrás ojos pero no verás».

«¿Querrías verle, padre?» pregunta Jesús mientras le pone una mano en la blanca cabeza.

«Querría verle. Sí. Pero prefiero irme de este mundo sin verle, antes que verle yo y que mis hijos no le reconozcan. Yo poseo todavía la antigua fe y me basta. Ellos... ¡el mundo de ahora!...».

«Padre, ve pues al Mesías. La marcha hacia tu ocaso se vea coronada de júbilo» y Jesús desliza su mano desde los blancos cabellos, por la frente, hasta el barbado mentón del anciano, como si fuera una caricia; y se agacha para ponerse a la altura del rostro senil.

«¡Oh, Altísimo Señor! ¡Veo!... Veo... ¿Quién eres, con ese rostro desconocido y, no obstante, familiar, como si te hubiera visto antes?... Pero... ¡qué estúpido soy! ¡Tú, que me has devuelto la vista, eres el Mesías bendito! ¡Oh!».

El anciano llora sobre las manos de Jesús - las ha cogido con las suyas - y las llena de besos y lágrimas. Toda la parentela está revolucionada.

Jesús libera una mano y acaricia otra vez al anciano mientras dice: «Sí, soy Yo. Ven, para que además de mi cara conozcas mi palabra».

Y se dirige hacia una escalera que conduce a una terraza umbría, cubierta toda de sombra de una tupida parra. Todos le siguen.

6«Había prometido a mis discípulos que hablaría de la esperanza y que la explicaría con una parábola. Pues bien, aquí tenéis la parábola: este anciano israelita. El Padre de los Cielos me proporciona el objeto de nuestro tema, para enseñaros a todos la gran virtud que, como los brazos de un yugo, sujeta la fe y la caridad.

Suave yugo. Patíbulo de la humanidad como el brazo transversal de la cruz, trono de la salvación como el apoyo de la serpiente salvífica alzada en el desierto. Patíbulo de la humanidad. Puente del alma para alzar el vuelo y desplegarlo en la Luz. Si está colocada entre la indispensable fe y la perfectísima caridad, es porque sin la esperanza no puede haber fe y sin esperanza muere la caridad.

Fe presupone esperanza segura. ¿Cómo so, puede creer que se llegará a Dios si no se, espera en su bondad? ¿Cómo mantenerse a flote en la vida si no se espera en una eternidad? ¿Cómo se podrá perseverar en la justicia si no nos anima la esperanza de que Dios ve todas nuestras buenas acciones y nos premiará por ellas? De la misma forma, ¿cómo hacer vivir la caridad si no hay esperanza en nosotros? La esperanza precede a la caridad y la prepara. Porque un hombre necesita esperar para poder amar. Los desesperados ya no aman. Ésta es la escalera, hecha de peldaños y barandilla: la fe, los peldaños; la esperanza, la barandilla; arriba está la caridad y a ella se sube mediante las otras dos, El hombre espera para creer, cree para amar.

7Este hombre ha sabido esperar. Nació. Era un niño de Israel como todos los demás. Fue creciendo con las mismas enseñanzas que los demás. Llegó a hijo de la Ley, como todos los demás. Se hizo un hombre. Se casó. Fue padre. Envejeció. Siempre esperando en las promesas hechas a los

patriarcas y repetidas por los profetas. En la ancianidad las sombras han velado sus pupilas, mas no su corazón, donde la esperanza ha estado siempre encendida; la esperanza de ver a Dios. Ver a Dios en la otra vida. Y, dentro de la esperanza de la visión eterna, otra esperanza, más íntima y entrañable: "ver al Mesías". Y me ha dicho, no sabiendo quién era el joven que le hablaba: "Si abandonas la Ley, serás un ciego en la tierra y en el Cielo. Ni verás a Dios ni reconocerás al Mesías". Ha hablado sabiamente.

Al presente, en 1srael, hay muchos ciegos. Ya no tienen esperanza porque la rebelión a la Ley la ha matado en su interior; *rebelión es,* en efecto, aunque esté encubierta por paramentos sagrados, *siempre que no hay aceptación integra de la palabra de Dios.* Digo "de Dios"; no se trata de una aceptación de los aditamentos puestos por el hombre, que, por ser demasiados, y todos humanos, sufren la desatención de los mismos que los pusieron, mientras que las demás personas los cumplen de forma mecánica, de mala gana, con fatiga y sin fruto alguno. Ya no tienen esperanza; antes bien, se muestran sarcásticos con las verdades eternas. No tienen ya, por tanto, ni fe ni caridad. El divino yugo, que Dios ha dado al hombre para que haga de él obediencia y mérito, la celeste cruz que Dios ha dado al hombre como exorcismo contra las serpientes del Mal, para obtener salvación de ella, han perdido su brazo transversal, el que sujetaba la cándida llama y la llama roja: la fe y la caridad; y las tinieblas han bajado a los corazones.

Este anciano me ha dicho: "Gran desventura es no creer y no hacer lo que Dios ha indicado". Es verdad. Os lo confirmo. Es peor que la ceguera material, la cual incluso puede ser curada para dar al justo la alegría de ver de nuevo el Sol, los prados y los frutos de la tierra, el rostro de los hijos y nietos, y, sobre todo, lo que era la esperanza de su esperanza: "Ver al Mesías del Señor". Quisiera que una virtud semejante latiera en el corazón de todo Israel, especialmente en el de los más instruidos en la Ley. No basta haber vivido en el Templo o haber pertenecido a él, no hasta saber de memoria las palabras del Libro; es necesario saber hacerlas vida de nuestra vida mediante las tres virtudes divinas. Tenéis un ejemplo: donde éstas virtudes viven todo es suave, incluso la desventura; porque el yugo de Dios es siempre ligero, pesa sobre el cuerpo, pero no debilita el espíritu.

[8]Id en paz, vosotros que os quedáis aquí, en esta casa de buenos israelitas; ve en paz, anciano padre; del amor de Dios a ti tienes certeza; termina tu justa jornada depositando tu sabiduría en el corazón de los pequeñuelos que llevan tu misma sangre. No puedo quedarme aquí más tiempo, pero queda mi bendición entre estas paredes copiosas en gracias como los racimos de esta vid».

Jesús querría marcharse ya, pero se ve obligado a detenerse al menos para poder conocer a esta tribu de todas las edades y para recibir cuanto le quieren dar... tanto que los talegos de viaje acaban panzudos como odres. Luego puede reanudar el camino, por un atajo que va entre plantas de vid, indicado por los viñadores, los cuales no le dejan sino cuando llegan a la vía de primer orden, visible ya un pueblecillo, donde Jesús con los suyos podrán pasar la noche.

257. Retiro de Jesús y Santiago de Alfeo en el monte Carmelo.
19 de agosto de 1945.

[1]«Evangelizad por la llanura de Esdrelón hasta que vuelva» ordena Jesús a sus apóstoles en una serena mañana, mientras en los márgenes del Kisón consumen un poco de comida: pan y fruta.

Los apóstoles no parecen muy entusiastas, pero Jesús los conforta dando una línea que seguir en su modo de proceder; y termina: «Por lo demás, tenéis con vosotros a mi Madre. Será una buena consejera. Dirigíos a los campesinos de Jocanán, y tratad de hablar el sábado con los otros de Doras. Llevadles socorros y consolad al anciano padre de Margziam con las noticias del niño; decidle que para los Tabernáculos se le llevaremos. Dad mucho, todo lo que tengáis, a esos infelices: todo lo que sepáis, todo el afecto de que seáis capaces, todo el dinero que tenemos. No temáis. Como sale entra. De hambre no moriremos nunca, aunque vivamos sólo de pan y fruta. Y, si veis desnudez, dad los vestidos, incluso los míos; es más, los primeros los míos. No nos quedaremos nunca desnudos. Y, sobre todo, si encontráis desdichados que me buscan, no los rechacéis: no tenéis derecho a hacerlo. Adiós, Madre. Que Dios, por mi boca, os bendiga a todos. Id y sentíos seguros. Ven, Santiago».

«¿No tomas ni siquiera tu talega?» pregunta Tomás al ver que el Señor se pone en camino y no la toma.

«No es necesaria. Caminaré más libre».

Santiago también deja la suya, a pesar de que su madre, solícita, la hubiera atiborrado de pan, pequeños quesos y fruta.

Se ponen en camino. Durante un poco de tiempo siguen el ribazo del Kisón; luego, acometiendo las primeras pendientes que llevan al Carmelo, desaparecen de la vista de los que se han quedado.

«Madre, estamos en tus manos. Guíanos, porque... no somos capaces de nada» confiesa humildemente Pedro.

María regala una sonrisa tranquilizadora y dice: «Es muy simple. Lo único es obedecer sus indicaciones, y haréis todo bien. Vamos».

Pero yo no voy con ellos. [...] sigo a Jesús [...].

[2]Jesús sube sin hablar con su primo Santiago, que tampoco habla; está concentrado en sus pensamientos. Santiago, que se siente ante las puertas de una revelación, va penetrado todo de un amor reverencial, invadido de un temblor espiritual, y mira de tanto en tanto a Jesús, el cual, en medio de su estado de concentración, de vez en cuando, muestra una luminosa sonrisa en su rostro solemne. Mira a Jesús como miraría a Dios antes de encarnarse y con todo el resplandor de su inmensa majestad, y su cara, tan parecida a la de San José, de un moreno que no impide el rojo en lo alto de los pómulos, se pone pálida de emoción. Pero respeta el silencio de Jesús.

Van subiendo por empinados atajos, casi sin ver a los pastores que han sacado a pastar a sus rebaños a los verdes pastos de los bosques de acebos, robles, fresnos y otros árboles agrestes. Van subiendo, rozando con sus

mantos las matas glaucas de los enebros, las matas de oro de las ginestas, o los matorrales de esmeralda salpicada de perlas de los mirtos, o las cortinas semovientes de las madreselvas y las clemátides en flor.

Van subiendo, dejando atrás a leñadores y pastores, hasta llegar, tras incansable camino, a la cresta del monte, más exactamente un pequeño rellano adosado a una cresta coronada por robles gigantescos: limitado por una balaustrada de troncos que tienen por base las copas de los otros árboles de la pronunciada pendiente, de modo que es como si el pequeño prado estuviera apoyado sobre este susurrante soporte; aislado del resto del monte, que no se puede ver por las frondas de más abajo; a sus espaldas el pico, que lanza sus árboles hacia el cielo; encima, el cielo abierto; de frente, el abierto horizonte, arrebolado a esta hora del ocaso, y que se derrama en el mar enteramente encendido.

Una grieta (de amplitud apenas suficiente para que quepa un hombre no corpulento) de la tierra - si no hay desprendimiento es porque las raíces de los robles gigantes mantienen el terreno en una red de tenazas - se abre en este rellano que un matorral de ramajes enredados parece prolongar extendiéndose horizontalmente desde su borde.

Jesús abre la boca para decir: «Santiago, hermano mío, pasaremos esta noche aquí. A pesar de que sea mucho el cansancio de la carne, te pido pasar la noche en oración, la noche y todo el día de mañana hasta esta hora. Una jornada completa no es demasiado para recibir lo que quiero darte».

«Jesús, Señor y Maestro mío, haré siempre lo que quieras» responde Santiago, que había palidecido aún más cuando Jesús había empezado a hablar.

«Lo sé. [3]Vamos ahora a coger moras y mirtilos para nuestro estómago y a refrescarnos a una fuente que he oído aquí abajo. Deja, si quieres, el manto en esa oquedad. Nadie lo cogerá».

Y junto con su primo da la vuelta al rellano, cogiendo frutos silvestres de las zarzas del matorral; luego, unos metros más abajo, en la parte opuesta a la que han seguido para subir, llenan las cantimploras - única cosa que llevaban consigo - en una cantarina fuente que surge de detrás de una maraña de gruesas raíces, y se lavan para refrescarse del calor que, a pesar de la altura, es todavía fuerte. Luego vuelven a subir a su rellano, y, mientras el aire aparece todo arrebolado sobre la pingorota herida por el Sol - que está para desaparecer por el occidente -, comen lo que han recogido, y beben de nuevo, sonriéndose como dos niños felices, o como dos ángeles. Pocas palabras: un recuerdo de los que han dejado en la llanura, una exclamación de embeleso por la extrema belleza del día, el nombre de las dos madres... nada más.

Luego Jesús acerca hacia sí a su primo, que toma la postura habitual de Juan: la cabeza apoyada en la parte más alta del pecho de Jesús, una mano relajada sobre el regazo, la otra en la mano de su Primo; y están así, mientras la tarde declina en medio de un intenso trinar de pájaros que se van retirando a la espesura, en medio de un resonar de esquilas que se aleja y se hace cada vez más confuso, en medio del rumor leve del viento, que acaricia las cimas, las refresca y vivifica, tras el calor inmóvil del día, y anuncia ya el rocío.

Están así largo tiempo. Creo que es silencio sólo de labios, y que los espíritus, más activos que nunca, están entrelazando sobrenaturales conversaciones.

258. Jesús revela a Santiago de Alfeo cuál será su misión de apóstol.

20 de agosto de 1945,

[1]Es la misma hora, pero del día siguiente.

Santiago está todavía retirado dentro de la grieta del monte, sentado, todo acurrucado, con la cabeza inclinada hasta tocar casi las rodillas, elevadas y ceñidas con los brazos; o está en profunda meditación o duerme, no distingo bien. Se ve claramente que no percibe lo que sucede a su alrededor, concretamente una pelea entre dos aves grandes, que, por algún motivo suyo particular combaten ferozmente en el pequeño prado. Diría que son gallos de montaña o urogallos o faisanes, porque tienen el volumen de un gallo pequeño y plumas irisadas, pero no tienen cresta (sólo un pequeño yelmo de carne roja como un coral en la parte alta de la cabeza y en las mejillas); y le aseguro que, si la cabeza es pequeña, el pico debe ser un punzón de acero. Plumas que vuelan por el aire, sangre que cae al suelo; en medio de un guirigay muy sensible, que ha hecho callar silbos, trinos y gorjeos, en la espesura. Quizás los pajarillos observan el feroz carrusel... Santiago no oye nada.

Jesús, sin embargo, sí que oye; baja de la cima adonde había subido y, dando unas palmadas, separa a los contendientes, los cuales huyen sangrando, uno hacia la ladera del monte, el otro a la copa de un roble, y allí se pone en orden las plumas, que tiene todo erizadas y alborotadas.

Santiago no alza la cabeza tampoco por el ruido que ha hecho Jesús, quien, sonriendo, camina un poco más y se para en el centro del prado. Su túnica blanca parece teñirse de rojo en la parte derecha por la intensidad del arrebol del ocaso. Parece verdaderamente como si el cielo hubiera prendido fuego. Pues bien, a pesar de todo, Santiago no debía estar dormido, porque cuando Jesús susurra - verdaderamente sólo susurra -: «Santiago, ven», levanta la cabeza de las rodillas, abre el cerco de sus brazos, se pone en pie y va hacia Jesús. Se para frente a Él, a unos dos pasos de distancia, y lo mira.

Jesús también le mira, con expresión seria aunque alentadora por una sonrisa que es visible aun no siendo ni de labios ni de miradas. Le mira fijamente, como queriendo leer

hasta las más imperceptibles reacciones y emociones de su primo y apóstol, el cual, como ayer, sintiéndose a las puertas de una revelación, palidece; y su palidez es mayor todavía, hasta parecer un continuo con su túnica de lino, cuando Jesús alza los brazos, le apoya las manos en los hombros y mantiene esta postura: Santiago asemeja entonces verdaderamente a una hostia: solamente los mansos ojos castaño oscuros y la barba castaña ponen algo de color en ese rostro atento.

2«Santiago, hermano mío, ¿sabes por qué he querido que vinieras aquí, y estar a solas para hablarte, tras horas de oración y meditación?».

Da la impresión de que a Santiago le cueste responder, debido a la fuerte emoción; al fin, abre los labios para responder en voz baja: «Para darme una lección especial, o para el futuro o porque soy el menos dotado de todos; te doy las gracias de antemano, aunque se trate de una corrección. Créeme, Maestro y Señor, que sí soy tardo e incapaz es por deficiencia, no por mala voluntad».

«No se trata de una corrección, sino de una lección para cuando no esté con vosotros. Durante estos meses has pensado mucho en tu corazón lo que te dije un día, al pie de este monte, cuando te prometí que vendría aquí contigo, no sólo para hablar del profeta Elías y contemplar el mar que desde allí resplandecía, infinito, sino para hablarte de otro mar, aún mayor, más mudable, más engañoso que éste, que hoy parece el más plácido de los embalses pero que, quizás, dentro de pocas horas se tragará, con hambre voraz, barcas y hombres. Nunca has separado el pensamiento de lo que te dije entonces, ni del hecho de que la venida aquí tuviera que ver con tu destino futuro. Tanto es así, que te estás poniendo cada vez más pálido, al intuir que se trata de un grave destino, de una herencia llena de tal responsabilidad, que haría temblar incluso a un héroe. Son una responsabilidad y una misión que deben ser actuadas con toda la santidad que es posible en un hombre para no defraudar el deseo de Dios.

No tengas miedo, Santiago; no quiero tu mal. Por tanto, si te destino a ella, es señal de que sé que no te dañará, sino que te dará gloria sobrenatural. Escúchame, Santiago, pon paz en ti con un vivo acto de abandono en mí, para poder oír y recordar mis palabras. Nunca volveremos a estar tan solos, ni con el espíritu tan predispuesto a comprendernos.

3Yo un día me iré, como todos los hombres, que tienen un tiempo de permanencia en la tierra. Mi permanencia cesará de una forma distinta de la de los hombres, pero cesará; entonces no me tendréis a vuestro lado sino con mi Espíritu, el cual - te lo aseguro - no os abandonará jamás. Me iré después de daros lo necesario para hacer progresar mi Doctrina en el mundo, después de cumplir el Sacrificio y obteneros la Gracia; con ésta y con el Fuego sapiencial y heptamorfo podréis hacer lo que ahora sólo con imaginarlo os parecería locura y presunción. Yo me iré y vosotros os quedaréis. El mundo que no ha comprendido a Cristo no comprenderá a los apóstoles de Cristo. Por eso os perseguirán, os dispersarán, como si fuerais los más peligrosos para el bienestar de Israel. Pero, puesto que sois mis discípulos, debéis sentiros contentos de sufrir los mismos dolores que vuestro Maestro.

Un día de Nisan te dije: "Tú serás el que quede, de los profetas del Señor". Tu madre, por

ministerio espiritual, ha intuido de alguna forma el significado de estas palabras. Pues bien, antes de que se cumplan para mis apóstoles, a ti, y para ti, se te habrán cumplido ya. Santiago, todos serán dispersados excepto tú, hasta la llamada de Dios a su Cielo. Permanecerás en el lugar para el que te eligirá Dios por boca de tus hermanos - tú, descendiente de la estirpe real, en la ciudad real - y alzarás mi cetro y hablarás del verdadero Rey. Rey de Israel y del mundo, según una realeza sublime que sólo comprenden aquellos a quienes es revelada.

Entonces necesitarás fortaleza, constancia, paciencia y sagacidad sin límites, Tendrás que ser justo con caridad, con una fe simple y pura como la de un niño, y al mismo tiempo erudita, propia de un verdadero maestro, para sostener la fe, agredida en muchos corazones y por muchas cosas contrarias, y para refutar los errores de los falsos cristianos y las sutilezas doctrinales del viejo Israel, el cual, ciego ya desde ahora, estará más ciego que nunca cuando haya matado la Luz, y forzará las palabras proféticas e incluso los mandamientos del Padre, de quien procedo, para persuadirse a sí mismo, y así darse paz, y persuadir al mundo, de que los patriarcas y los profetas no hablaban de mí, sino que Yo era solamente un pobre hombre, un iluso, un desquiciado - esto para los mejores - o - para los menos buenos del viejo Israel - un hereje endemoniado.

Te ruego que entonces seas otro Yo. ¡No, que no es imposible! Es posible. Deberás tener presente a tu Jesús, sus actos, su palabra, sus obras; deberás vaciarte en mí como si te depositaras suavemente en el molde de arcilla que usan los fundidores de metales para darles una impronta. Yo estaré siempre presente. Tan presente y vivo con vosotros, mis fieles, que podréis uniros a mí, ser vosotros otro Yo, con sólo desearlo. Y tú, que has vivido conmigo desde la más tierna edad, que recibiste el alimento de la Sabiduría de manos de María antes que de mis propias manos, tú que eres sobrino del hombre más justo que tuvo Israel, tú debes ser un perfecto Cristo...».

4«¡No puedo, no puedo, Señor! Da esta misión a mi hermano, a Juan, a Simón Pedro, al otro Simón; a mí no, Señor. ¿Por qué a mi? ¿Qué he hecho para merecerlo? ¿No ves que soy un pobre, bien pobre, hombre que tiene sólo una capacidad: quererte mucho y creer firmemente en todo lo que dices?».

«Judas tiene un temperamento muy fuerte. Irá muy bien donde haya que abatir el paganismo. No aquí, donde lo que habrá que hacer será convencer del cristianismo a aquellos que, por ser ya pueblo de Dios, creen a pies juntillas que están en lo cierto; no aquí, donde lo que hay que hacer es convencer a todos aquellos que, a pesar de creer en mí, se sentirán defraudados por el desarrollo de los acontecimientos. Convencerlos de que mi Reino no es de este mundo, sino que es el Reino enteramente espiritual de los Cielos, cuyo preludio es una vida cristiana, o sea, una vida en que los valores preponderantes sean los del espíritu.

El convencimiento se obtiene con una firme dulzura. ¡Ay de aquel que echa las manos al cuello para persuadir! La víctima dirá "sí" en ese momento, para librarse del estrangulamiento, pero luego huirá, y - si no es un malvado, sino solamente una persona extraviada - no volverá hacia atrás ni querrá aceptar ya confrontaciones; o - si es un

malvado o simplemente un fanático - huirá para ir a armarse y dar muerte a este que, atropellando a los demás, proclama doctrinas distintas de las suyas.
Pues bien, tú estarás rodeado de fanáticos, fanáticos cristianos y fanáticos israelitas. Los primeros querrán de ti acciones de fuerza, o al menos el permiso para llevarlas a cabo (porque el viejo Israel, con sus intransigencias y restricciones, estará todavía presente en ellos, agitando su venenosa cola). Los segundos marcharán contra ti y los otros, como si fuera una guerra santa en defensa de la vieja Fe y de sus símbolos y ceremonias. Y tú estarás en el centro de este mar tempestuoso. Tal es el sino de los líderes. Tú serás la cabeza de los cristianos de la Jerusalén cristianizada por tu Jesús.

[5]Habrás de *saber amar con perfección para poder ser líder santamente.* A las armas y anatemas de los judíos no opondrás armas y anatemas, sino tu propio corazón. No te permitas nunca imitar a los fariseos considerando a los gentiles estiércol; que también para ellos he venido. En verdad, si hubiera sido sólo para Israel, el anonadamiento de Dios tomando una carne susceptible de muerte hubiera sido desproporcionado. Pues, si bien es verdad que mi Amor me habría movido a encarnarme con alegría por la salvación de una sola alma, la Justicia, que es también parte de Dios, impone que el anonadamiento del Infinito sea por una infinidad: el género humano.

Serás dulce con ellos, con esa dulzura que no rechaza, limitándote a ser inquebrantable sólo en el dogma; serás condesendiente para con otras formas materiales de vida que no menoscaban el espíritu y son distintas de las nuestras. Mucho tendrás que combatir con los hermanos por esto, porque Israel está cargado de prácticas, externas e inútiles porque no cambian el espíritu. Tú, por el contrario, preocúpate *únicamente* del espíritu, y así enséñalo a otros. No pretendas que los gentiles muden de repente sus usanzas; tú tampoco cambiarás de golpe las tuyas. No estés amarrado a tu escollo, porque para recoger en el mar los restos de embarcaciones y llevarlos al arsenal para reconstruirlos es necesario navegar, no estar parado; y debes ir en busca de estos restos (los hay en la gentilidad y en Israel). En el confín del mar inmenso está Dios abriendo los brazos a *todos* los que ha creado, sean ricos de origen santo, como los israelitas, o pobres como los paganos.

He dicho: "Amad a vuestro prójimo". Prójimo no es sólo el miembro de la familia o el compatriota, sino también el hombre hiperbóreo cuyo aspecto no conocéis, y aquel que en este momento contempla una aurora en regiones desconocidas, o recorre los neveros de las cadenas fabulosas de Asia, o está bebiendo en un río que abre su lecho entre las selvas ignotas del centro africano. Aunque te viniera un adorador del Sol, o uno que tiene por dios al voraz cocodrilo; o uno que se cree la reencarnación del Sabio y que ha sabido intuir la Verdad, pero que no ha sabido aferrar su Perfección y dársela a sus fieles como Salvación; o un asqueado ciudadano de Roma o de Atenas que te suplicara: "Dame a conocer a Dios" ...no puedes, no debes, decirles: "Alejaos de mí porque llevaros a Dios sería una profanación".

Ten presente que éstos no conocen, mientras que Israel sí que conoce. Pues bien, en verdad muchos en Israel son y serán más idólatras y crueles que el más bárbaro de los

idólatras del mundo; y sacrificarán víctimas humanas no a este ídolo o a aquél, sino a sí mismos, a su orgullo, ávidos de sangre una vez que se haya encendido en ellos una sed inextinguible que durará hasta el final de los siglos; sólo el beber de nuevo, y con fe, aquello que había provocado la sed atroz podría calmarla. Pero entonces será también el fin del mundo, porque el último en decir: "Creemos que eres Dios y Mesías" será Israel, a pesar de todas las pruebas que de mi Divinidad he dado y daré.

6Velarás y cuidarás porque la fe de los cristianos no sea vana. Vana sería si fuera sólo una fe de palabras y de prácticas hipócritas. Lo que da vida es el espíritu. El espíritu falta en el ejercicio mecánico o farisaico, que no es otra cosa sino simulacro de fe, no verdadera fe. ¿De qué le valdría al hombre cantar alabanzas a Dios en la asamblea de los fieles, si luego cada acto suyo es una imprecación contra Él? Dios, en efecto, no se hace juguete del fiel, sino que, dentro de su paternidad, conserva siempre las prerrogativas de Dios y Rey.

Vela y cuida porque nadie usurpe un lugar que no le corresponde. Dios dará la Luz en la medida de vuestros grados. Dios no os dejará sin la Luz, a menos que no quede apagada en vosotros la Gracia* por el pecado.

A muchos les placerá oír que los llaman "maestro". Sólo uno es el Maestro: quien te está hablando; sólo una es Maestra: la Iglesia que le perpetúa. En la Iglesia, serán maestros aquellos que sean consagrados con encargo especial para la enseñanza. Pero entre los fieles habrá quienes por voluntad de Dios y por su propia santidad, o sea, por su buena voluntad, serán absorbidos por el remolino de la Sabiduría y hablarán. Otros habrá - de por sí no sabios, pero sí dóciles cual instrumentos en manos del artífice - que hablarán en nombre del Artífice, repitiendo como niños buenos aquello que su Padre les dice que digan, aun sin comprender toda la amplitud de lo que dicen. En fin, habrá quienes hablen como si fueran maestros, con un esplendor que seducirá a los ingenuos, pero serán soberbios, duros de corazón, celosos, iracundos, embusteros, lujuriosos.

De la misma forma que te digo que recojas las palabras de los sabios en el Señor y de los sublimes pequeñuelos del Espíritu Santo, y que incluso los ayudes a comprender la profundidad de las divinas palabras - en efecto, si bien ellos son los portadores de la divina Voz, vosotros, mis apóstoles, seréis siempre los responsables de la enseñanza en mi Iglesia, y debéis socorrer a éstos, sobrenaturalmente cansados de la extasiante y grave riqueza que Dios ha depositado en ellos para que la transmitan a sus hermanos -, de la misma forma te digo: rechaza las palabras falaces de los falsos profetas, cuya vida no responde a

---

* *...a menos que no quede apagada en vosotros la Gracia*: relacionarlo con la nota de la pág. 144 del volumen tercero.

mi doctrina. La bondad de vida, la mansedumbre, la pureza, la caridad y humildad no faltarán nunca en los sabios y en las pequeñas voces de Dios; *siempre* en los otros.

Vela y cuida porque no haya celos ni calumnias en la asamblea de los fieles, como tampoco resentimientos ni espíritu de venganza. Vela la y cuida que la carne no pase a dominar sobre el espíritu. No podría soportar las persecuciones aquel cuyo espíritu no fuera soberano de la carne.

7Santiago, sé que lo harás, pero da a tu Hermano la promesa de que no le defraudarás».

«¡Pero, Señor, Señor! Sólo una cosa me da miedo: no ser capaz. Señor mío, te ruego que le des a otro este encargo».

«No. No puedo...».

«Simón de Jonás te ama, y Tú le amas...».

«Simón de Jonás no es Santiago de David».

«¡Juan! Juan, el ángel docto... hazle a él tu siervo aquí».

«No. No puedo. Ni Simón ni Juan poseen esa nada que, a pesar de no ser nada, es mucho ante los hombres: el parentazgo. Tú eres pariente mío. Después de haberme... después de haberme negado el debido reconocimiento, la parte mejor de Israel buscará el perdón de Dios y de sí misma, tratando de reconocer al Señor que habrán maldecido en la hora de Satanás, y les parecerá obtener el perdón - y, por tanto, fuerza para caminar por mi vía - si ven en mi lugar a uno de mi misma sangre. Santiago, en este monte se han producido cosas muy grandes. Aquí el fuego de Dios consumió no sólo el holocausto, la leña, las piedras, sino incluso la tierra y hasta el agua que había en el hoyo. Santiago, ¿crees que Dios no puede volver a hacer algo semejante, encendiendo y consumiendo toda la materialidad del hombre-Santiago para hacer un Santiago-fuego de Dios? Hemos estado hablando mientras el ocaso ha hecho de fuego incluso nuestros indumentos. Así, ¿cómo crees que fue el fulgor del carro que raptó a Elías, no menos intenso o más intenso?».

«Mucho más refulgente, porque su fuego era celeste».

«Pues piensa entonces lo que será un corazón que se haya transformado en fuego por tener en sí a Dios, porque Dios quiere que perpetúe a su Verbo en la predicación de la Nueva de Salvación».

8 «Pero, ¿por qué no continúas Tú, Verbo de Dios, eterno Verbo?».

«Porque soy Verbo y Carne. Con el Verbo debo instruir, con la Carne redimir».

«¡Jesús mío! ¿Cómo vas a redimir? ¿Qué te espera?».

«Santiago, recuerda lo que dijeron los profetas».

«¿Pero no hablan alegóricamente? ¿Podrás ser maltratado por los hombres, Tú que eres el Verbo de Dios? ¿No quieren decir, quizás, que darán tormento a tu divinidad, a tu perfección, pero nada más, nada más que eso? Mi madre se preocupa por mí y Judas, yo por ti y María, y... por nosotros, que somos muy débiles. Jesús, Jesús, si el hombre cometiera atropello contigo, ¿no crees que muchos de nosotros te considerarían reo y se alejarían de ti desilusionados?».

«Estoy seguro de ello. Serán zarandeados *todos* los estratos de mis discípulos. Pero luego tornará la paz; es más, se producirá una aglutinación de las partes mejores, y sobre ellas, después de mi sacrificio y triunfo, descenderá el Espíritu fortalecedor y sapiente: el divino Espíritu».

«Jesús, para que yo no me desvíe ni me escandalice en esa hora tremenda, dime: ¿qué te van a hacer?».

«Grande es lo que me preguntas».

«Dímelo, Señor».

«Saberlo exactamente te significará tormento».

«No importa. Por el amor que nos ha unido...».

«No se debe saber».

«Dímelo y luego borra mi memoria hasta la hora en que haya de cumplirse; entonces, ponla de nuevo en mi memoria junto con esta hora. Así no me escandalizaré de nada y no

pasaré a la parte de tus adversarios en el fondo de mi corazón».
«No servirá de nada, porque también tú cederás en la tempestad».
«¡Dímelo, Señor!».
«Seré acusado, traicionado, apresado, torturado, crucificado».
«¡Nooo!». Santiago grita y se encorva como si le hubieran herido de muerte. «¡No!» repite. «Si te hacen esto a ti, ¿qué nos harán a nosotros? ¿Cómo vamos a poder continuar tu obra? No puedo, no puedo aceptar el puesto que me asignas... ¡No puedo!... ¡No puedo! Si Tú mueres, seré yo también un muerto, sin energía alguna. ¡Jesús! ¡Jesús! Escúchame. No me dejes sin ti. ¡Prométemelo, prométeme esto al menos!».
«Te prometo que vendré a guiarte con mi Espíritu, una vez que la gloriosa Resurrección me libre de las ataduras de la materia. Seremos una cosa sola como ahora que estás entre mis brazos». En efecto, Santiago se ha entregado al llanto apoyado en el pecho de Jesús.

9 «No llores más. Salgamos de esta hora de éxtasis, luminosa y penosa, como quien sale de las sombras de la muerte y recuerda todo excepto el acto-muerte, minuto de espanto helador que como hecho-muerte dura siglos, Ven, te beso así, para ayudarte a olvidar el horror de mi destino de Hombre. Tendrás el recuerdo en su debido momento, como has pedido. Ten, te beso en la boca, que deberá repetir mis palabras a las gentes de Israel; en el corazón, que deberá amar como Yo he dicho; en la sien, donde cesará la vida junto con la última palabra de amorosa fe en mí. ¡Cómo vendré, hermano amado, a tu lado, en las asambleas de los fieles, en las horas de meditación, en las horas de peligro y en la hora de la muerte! Nadie, ni siquiera tu ángel, recogerá tu espíritu; seré Yo, con un beso, así...».

Permanecen largo tiempo abrazados, y Santiago parece casi como adormilarse en la alegría de los besos de Dios, que le hacen olvidar su sufrimiento. Cuando levanta la cabeza, es de nuevo el Santiago de Alfeo, sereno y bueno, tan parecido a José, esposo de María. Sonríe a Jesús: es una sonrisa más madura, un poco triste, pero tan dulce como siempre.

«Vamos a comer, Santiago. Luego dormiremos bajo las estrellas. Con las primeras luces bajaremos al valle... volveremos donde los hombres...». Jesús suspira... pero termina, con una sonrisa: «...y con María».

«¿Qué voy a decirle a mi madre, Jesús? ¿Y a los compañeros? Me harán preguntas...».
«Podrás referirles todo lo que te he dicho: lo que te he hecho considerar sobre las respuestas de Elías a Ajab, al pueblo en el monte; y sobre el poder de que goza una persona a la que Dios ama, en cuanto a conseguir de pueblos y elementos enteros lo que se quiere; sobre su celo, que le devora, por el Señor; y cómo he ofrecido a tu consideración que con la paz se entiende a Dios y en la paz se le sirve. Les dirás que, de la misma forma que Yo os he llamado, vosotros - como Elías con su manto respecto a Eliseo - con el manto de la caridad podréis conquistar a nuevos siervos de Dios para el Señor. Y a los que siempre tienen preocupaciones refiéreles cómo te he hecho notar la alegre libertad que muestra Eliseo respecto a las cosas del pasado, liberándose de bueyes y arado. Diles cómo te he recordado que a quien quiere milagros mediante Belcebú le viene el mal, no el bien, como le sucedió a Ocozías, según la palabra de Elías. Diles, finalmente, cómo te he prometido que el que permanezca fiel hasta la muerte recibirá el fuego

purificador del Amor para consumir las imperfecciones y llevarle directamente al Cielo. Lo demás es sólo para ti».

259. Lección sobre la Iglesia y los Sacramentos a Santiago de Alfeo, que obra un milagro.

21 de agosto de 1945.

1 Jesús deja el rellano de la cima del Carmelo. Desciende por los senderos impregnados de rocío, cruzando los bosques, que se animan cada vez más de trinos y voces, bajo el primer sol que ya dora la ladera oriental del monte. Cuando la leve neblina del calor se disuelve bajo la acción del sol, toda la llanura de Esdrelón se manifiesta en su belleza de huertos de árboles frutales y majuelos en torno a las casas. Parece una alfombra - en su mayor parte verde, con escasas islas amarillentas salpicadas de remolinos rojos: los campos de trigo, ya segado, en que llamean las amapolas - una alfombra ceñida por el engaste triangular de los montes Carmelo, Tabor, Hermón (el pequeño Hermón) y por los más lejanos, cuyo nombre desconozco, que ocultan el Jordán y se unen hacia el sudeste con los montes de Samaria.

Jesús se para a observar, pensativo, toda esa parte de Palestina. Santiago le mira y dice: «¿Observas la belleza de esta zona?».

«Sí; pero, más que nada, pienso en las peregrinaciones futuras y en la necesidad de enviaros a vosotros y, sin dilación, a los discípulos, no a la limitada labor de ahora, sino a una verdadera labor misionera. Tenemos muchas zonas donde todavía no me conocen. No quiero dejar lugares sin mí. Es mi continua preocupación: moverme, hacer mientras pueda, y hacer todo...».

«De vez en cuando intervienen cosas que te hacen aminorar la marcha».

«Más que hacerme aminorar la marcha, imponen variaciones en el itinerario; porque nunca son inútiles los viajes que realizamos. Pero todavía hay mucho que hacer, mucho... Y es que, además, cuando me ausento un tiempo de un lugar, me encuentro con muchos corazones que han vuelto al punto de partida, y debo comenzar desde cero».

«Sí, esta apatía de los espíritus, esta volubilidad y preferencia del mal son desalentadoras

y fastidiosas».

«Desalentador. No digas fastidioso. *El trabajo de Dios no es nun*ca *fastidioso*. Las pobres almas deben producirnos compasión, no fastidio. Tenemos que tener siempre un corazón de padre, de padre bueno. Un padre bueno nunca siente fastidio por las enfermedades de sus hijos. Y no tenemos que sentirlo nosotros por ninguno».

2«Jesús, ¿me permites hacerte algunas preguntas? No he dormido esta noche tampoco, pero he pensado mucho y te miraba mientras dormías. ¡Cuando duermes pareces muy joven, Hermano! Sonreías, con la cabeza apoyada en un brazo doblado. Verdaderamente una postura de niño. Te veía bien porque esta noche había una Luna muy luminosa. Pensaba. Y me han sobrevenido muchas preguntas del corazón...».

«Dilas».

«Decía: tengo que preguntar a Jesús cómo vamos a conseguir llegar con nuestra insuficiencia a este organismo que has llamado Iglesia (en el cual, si no he entendido mal, habrá jerarquías). ¿Nos vas a decir todo lo que tenemos que hacer, o lo tendremos que hacer por nuestra cuenta?».

«Cuando llegue la hora, os indicaré quién será la cabeza. No más. Durante mi presencia entre vosotros, os estoy indicando las distintas clases, con las diferencias entre apóstoles, discípulos y discípulas. Porque son inevitables. Pero mi voluntad es que, de la misma forma que en los discípulos debe haber respeto y obediencia hacia los apóstoles, los apóstoles tengan amor y paciencia para con los discípulos».

«¿Y qué tenemos que hacer? ¿Predicarte continuamente? ¿Sólo predicarte?».

«Eso es lo esencial. 3Luego tendréis que absolver y bendecir en mi nombre, admitir de nuevo a la Gracia, administrar los sacramentos que instituiré...».

«¿Qué son?».

«Medios sobrenaturales y espirituales aplicados no sin medios materiales, usados para persuadir a los hombres de que el sacerdote hace realmente algo. Como puedes observar, el hombre, si no ve, no cree; siempre necesita algo que le diga *que hay algo*. Por este motivo, cuando realizo milagros impongo las manos o mojo con saliva u ofrezco un bocado de pan untado en algo. Podría hacer milagros sólo con mi pensamiento. Pero ¿crees que, en ese caso, la gente diría: "Dios ha hecho un milagro"? Dirían: "Se ha curado porque era la hora de curarse". Y atribuirían el mérito al médico, a las medicinas, a la resistencia física del enfermo. Lo mismo será para los sacramentos: formas del culto para administrar la Gracia, o devolverla, o fortalecerla en los fieles. Juan, por ejemplo, usaba la inmersión en agua para dar una figura de la purificación de los pecados. En realidad, la mortificación de confesar la propia impureza por los pecados cometidos era más útil que el agua que lavaba los miembros. Yo también tendré el bautismo, *mi* bautismo, que no será simplemente una figura, sino realmente eliminación en el alma de la mancha original y restitución al alma del estado espiritual (aumentado por conferirlo los méritos del Hombre-Dios) que poseían Adán y Eva antes de su pecado».

«¡Pero... el agua no desciende al alma! El alma es espiritual. ¿Quién podrá cogerla en el recién nacido, en el adulto o en el anciano! Nadie».

«¿Ves que tú mismo admites que el agua es un medio material nulo en lo espiritual? Por tanto, no será el agua, sino la palabra del sacerdote, miembro de la Iglesia de Cristo, consagrado a su servicio, o de otro verdadero creyente que en casos excepcionales le substituya, la que obrará el milagro de la redención del bautizado de la culpa original».

4«De acuerdo. Pero el hombre es pecador tambien por si mismo... ¿Quién quitará los otros pecados?».

«El sacerdote lo mismo, Santiago. Si un adulto se bautiza, junto con la culpa de origen quedarán canceladas las otras culpas; si este hombre está ya bautizado y vuelve a pecar, el sacerdote le absolverá en nombre del Dios uno y trino y por el mérito del Verbo encarnado, como hago Yo con los pecadores».

«¡Pero Tú eres santo! Nosotros...».

«Debéis ser santos, porque tocáis cosas santas y administráis cosas de Dios».

«¿Vamos a bautizar varias veces al mismo hombre, como hace Juan, que concede la inmersión en el agua todas las veces que uno se acerca a él?».

«Juan, con su bautismo, solamente lleva a cabo una purificación a través de la humildad de la persona que entra en el agua. Ya te lo he dicho. No bautizaréis por segunda vez a quien ya haya sido bautizado, excepto en el caso de que haya sido bautizado con una fórmula no apostólica sino cismática: en este caso se puede administrar un segundo bautismo, previa expresa petición del interesado, si es adulto, y expresa declaración de querer formar parte de la verdadera Iglesia. En las otras ocasiones, para devolver la amistad y la paz con Dios, usaréis la palabra del perdón unida a los méritos del Cristo, y el alma que se haya acercado a vosotros con verdadero arrepentimiento y humilde acusación será absuelta».

5«¿Y si una persona no puede venir por estar tan efermo que no se le puede mover de su sitio? ¿Morirá, entonces, en pecado? ¿Al sufrimiento de la agonía añadirá el del miedo al juicio de Dios?».

«No. El sacerdote irá donde el moribundo y le absolverá; es más, le dará una forma más amplia de absolución, no global sino para cada da uno de los órganos de los sentidos, a través de los cuales el hombre generalmente comete el pecado. Tenemos en Israel el óleo santo, preparado según la regla dada por el Altísimo; con él se consagra el altar, se consagra al pontífice, a los sacerdotes y al rey. El hombre es realmente altar, recibe la realeza por su elección para un solio del Cielo. Por tanto, puede ser consagrado con el óleo de la unción. El óleo santo, con otras partes del culto israelita, pasará a mi Iglesia, si bien con otros usos. Porque no todo en Israel está mal y hay que rechazarlo; antes al contrario, en mi Iglesia habrá muchos recuerdos de la cepa antigua. Uno de ellos será el óleo de la unción, que será usado también en la Iglesia para consagrar el altar y a los pontífices y jerarquías eclesiásticas, a todas, y para consagrar a los reyes, y a los fieles (cuando sean constituidos principes-herederos del Reino o en el momento de la mayor necesidad del máximo auxilio para comparecer ante Dios con miembros y sentidos purificados de toda culpa: la gracia del Señor socorrerá alma y cuerpo, si esto place a Dios para bien del enfermo). Muchas veces, contribuyen a que el cuerpo no reaccione

contra la enfermedad los remordimientos que turban la paz, y la acción de Satanás, que, con esa muerte, espera ganar un alma para su reino y hacer que se desesperen los que todavía viven. El enfermo pasa de la opresión satánica y turbación interior a la paz mediante la certeza del perdón de Dios, que le confiere al mismo tiempo el que Satanás se aleje. Pues bien, si tenemos en cuenta que, en Adán y Eva, el don de la inmunidad de enfermedades y de cualquier forma de dolor acompañaba al don de la Gracia, pues entonces el enfermo, devuelto a la Gracia, grande como la de un recién nacido que haya recibido mi bautismo, puede obtener también la victoria sobre la enfermedad. En esto debe ser ayudado por la oración de los hermanos en la fe, que tienen la obligación de la piedad hacia el enfermo (piedad no sólo corporal sino, sobre todo, espiritual) orientada a obtener que el hermano se salve física y espiritualmente. La oración, de por sí, ya es una forma de milagro, Santiago; como has visto en el caso de Elías, la oración de un justo puede hacer mucho».

6«Te comprendo poco, pero lo que comprendo me llena de reverencia hacia el carácter sacerdotal de tus sacerdotes. Si no he entendido mal, tendremos contigo muchos puntos en común: predicación, absolución, milagro; o sea, tres sacramentos».

«No, Santiago, la predicación y el milagro no son sacramentos. Los sacramentos serán más, siete, como el sacro candelabro del Templo y los dones del Espíritu de Amor. En verdad, dones y llamas son los sacramentos, otorgados para que el hombre arda ante el Señor por los siglos de los siglos. Habrá también un sacramento para el desposorio humano: se alude a él en el símbolo de las nupcias santas de Sara de Ragüel, liberada del demonio. Este sacramento proporcionará a los esposos todos los auxilios para convivir santamente según las leyes y deseos de Dios. El marido y la mujer también serán ministros de un rito: el rito procreador; y sacerdotes de una pequeña iglesia: la familia. Deberán, por tanto, ser consagrados para procrear con la bendición de Dios, y para educar a una prole en cuyo seno se bendiga el Nombre Santísimo de Dios».

«¿Y a nosotros, los sacerdotes, quién nos va a consagrar?».

«Yo, antes de dejaros. Luego vosotros consagraréis a los sucesores y a cuantos agreguéis para propagar la fe cristiana».

«¿Nos vas a enseñar Tú, verdad?».

«Yo y Aquel que os he de enviar. Su venida será también un sacramento. Voluntario por parte de Dios Stmo. en su primera epifanía; otorgado, luego, por los que hayan recibido la plenitud del sacerdocio. Será fuerza e inteligencia, afirmación en la fe, piedad santa y santo temor, consejo auxiliador y sabiduría sobrenatural, posesión de una justicia que por su naturaleza y poder hará adulto al niño que la reciba. Pero, todavía no puedes comprender esto. Él mismo te lo hará comprender; Él, el divino Paráclito, el Amor eterno, cuando lleguéis al momento de recibirle en vosotros. Y así, por ahora, no podéis comprender otro sacramento. Es tan sublime que es casi incomprensible para los ángeles, y, no obstante, vosotros, simples hombres, lo comprenderéis por virtud de fe y de amor. En verdad te digo que quien lo ame y lo haga alimento de su espíritu podrá pisotear al demonio sin sufrir daño. Porque Yo estaré entonces con él. Trata de recordar estas cosas, hermano. A ti te tocará decírselas a tus compañeros y a los fieles, muchas, muchísimas veces. Para ese entonces, sabréis ya por ministerio divino; pero tú podrás decir: "Me lo dijo un día, bajando del Carmelo. Me dijo todo porque desde entonces estaba destinado a ser la cabeza de la Iglesia de Israel"».

7«Debo hacerte otra pregunta. La he pensado esta noche. ¿Tengo que

ser yo quien diga a los compañeros: "Seré la cabeza aquí"? No me gusta. Lo haré si lo ordenas, pero no me gusta».

«No tomas. El Espíritu Paráclito descenderá sobre todos y os dará pensamientos santos. Todos tendréis los mismos pensamientos para la gloria de Dios en su Iglesia».

«¿Y no volverán a darse nunca estas discusiones tan... tan desagradables que hay ahora? ¿Y Judas de Simón no será ya un elemento que produzca malestar?».

«No. Tranquilo. No lo será ya. De todas formas habrá todavía divergencias. Por eso precisamente te he dicho: vela y cuida incansablemente, cumpliendo tu deber con totalidad».

«Otra pregunta, mi Señor. En tiempo de persecución, ¿cómo me debo comportar? Parece, según lo que dices, que de los doce el único que vaya a quedarse sea yo. O sea, los otros se irán huyendo de la persecución. ¿Y yo?».

«Tú te quedarás en tu lugar, porque, si bien es necesario que no seáis exterminados hasta que no esté bien consolidada la Iglesia - lo cual justifica la dispersión de muchos discípulos y de casi todos los apóstoles -, nada justificaría tu deserción y el abandono por parte tuya de la Iglesia de Jerusalén; es más, cuanto más esté en peligro, más tendrás que velar por ella como si fuese tu hijo más amado y estuviera a las puertas de la muerte. Tu ejemplo fortalecerá el espíritu de los fieles. Tendrán necesidad de ello para superar la prueba. Cuanto más débiles los veas, más los deberás sostener, con compasión y sabiduría, No seas inmisericorde con los débiles aunque tú seas fuerte; antes bien, sosténlos, pensando: "Para alcanzar esta fortaleza que tengo, he recibido todo de Dios; humildemente debo decirlo y ser caritativo con los que han recibido menos dones de Dios", y entrega, entrega tu fuerza, con la palabra, la ayuda, la calma, el ejemplo».

«¿Qué debo hacer si hay fieles malos, causa de escándalo y de peligro para los demás?».

«Prudencia al aceptarlos, porque es mejor ser pocos buenos que muchos no buenos. Ya conoces el viejo apólogo de las manzanas sanas y deterioradas. Haz que no se dé esto en tu iglesia. Pero si encuentras tú también tus traidores, trata por todos los medios de hacerles cambiar, reservando las medidas severas como último recurso. Si se trata sólo de pequeñas culpas, individuales, no manifiestes una severidad apabullante. Perdona, perdona... Para redimir a un corazón, es más eficaz el perdón sazonado de lágrimas y palabras de amor que no un anatema. Si la culpa es grave, pero resultado de un repentino asalto de Satanás, una cosa tan grave que el culpable siente la necesidad de huir de tu presencia, ve tú en busca del pecador, porque él es el cordero descarriado y tú el pastor. No temas rebajarte por descender por los caminos embarrados, hurgando en las aguas estancadas, buscando en los abismos. No temas; tu frente entonces será coronada con la corona de los mártires del amor, la primera de las tres coronas... Y, si te traicionan, como traicionaron al Bautista, y a tantos otros, porque todo santo tiene su traidor, pues perdona; perdona a éste más que a ningún otro. Perdona como Dios ha perdonado y perdonará a los hombres. Sigue llamando "hijo" a quien te cause dolor, porque así os llama el Padre a través de mi boca, y, en verdad, no hay ningún hombre que no haya causado dolor al Padre de los Cielos...».

[8]Un largo silencio mientras atraviesan pastos tachonados de ovejas que

pacen.

Al final, Jesús dice: «¿No tienes otras preguntas que hacerme?».

«No, Jesús. Y esta mañana he comprendido mejor mi tremenda misión...».

«Porque estás menos turbado que ayer. Cuando llegue tu hora, te sentirás aún más en paz y comprenderás mejor todavía».

«Recordaré todas estas cosas... todas... menos...».

«¿Qué, Santiago?».

«Lo que esta noche no me dejaba mirarte sin llorar. Eso que no sé si verdaderamente me lo has dicho Tú - y, como dicho por ti, tendría que creerlo - o si ha sido una turbación demoníaca. Pero, ¿cómo podrías estar tan sereno si... si eso te fuera a suceder verdaderamente?».

«¿Estarías sereno si te dijera: "Allá hay un pastor que renquea porque está impedido de una pierna. Trata de curarle en nombre de Dios"?».

«No, mi Señor. Me sentiría como fuera de mí pensando en la tentación de usurpar tu puesto».

«¿Y si te lo mandara?».

«Lo haría por obediencia. No me turbaría en absoluto, porque sabría que sería voluntad tuya. No tendría miedo a no ser capaz, porque está claro que Tú, al mandarme, me darías la fuerza de cumplir tu voluntad».

«Tú lo has dicho. Es así. Piensa entonces que Yo, obedeciendo al Padre, estoy siempre en paz».

Santiago llora con la cabeza baja.

«¿Quieres verdaderamente olvidar?».

«Lo que quieras Tú, Señor...».

«Puedes elegir entre dos cosas: olvidar o recordar. Olvidar te liberará del dolor y del silencio absoluto ante tus compañeros, pero te dejará sin preparación. Recordar te preparará para tu misión, porque basta recordar lo que sufre en su vida terrena el Hijo del hombre para no quejarse nunca y vigorizarse espiritualmente viendo toda la realidad de Cristo en su más luminosa luz. Elige».

«Creer, recordar, amar. Esto es lo que querría. Y morir, lo antes posible, Señor...» y Santiago sigue llorando en silencio. Si no fuera por las gotas de llanto que brillan en su barba castaña, no se sabría que está llorando.

Jesús le deja llorar...

Al final Santiago dice: «¿Y si más adelante vuelves a aludir a... a tu martirio, debo decir que lo sé?».

«No. Guarda silencio. José supo callar respecto a su dolor de esposo que se creía traicionado, así como respecto al misterio de la concepción virginal y de mi Naturaleza. Imítale. Aquello era también un secreto tremendo, un secreto que había que custodiar, porque el no custodiarlo, por orgullo o ligereza, habría significado poner en peligro toda la Redención. Satanás es constante en la vigilancia y en la acción. Recuérdalo. Si hablases ahora, perjudicarías a demasiados, y por demasiadas cosas. Guarda silencio».

«Guardaré silencio... aunque significará doble peso...».

Jesús no responde. Deja que Santiago, al amparo de la prenda que cubre su cabeza, llore libremente.

9 Se encuentran con un hombre que lleva atado a sus espaldas a un

pobre niño.

«¿Es tu hijo?» pregunta Jesús.

«Sí. Me ha nacido, matando a su madre, así. Ahora, que ha muerto también mi madre, cuando voy a trabajar me le llevo conmigo para poder tener cuidado de él. Soy leñador. Le recuesto en la hierba, encima del manto, y, mientras talo los árboles, se divierte con las flores. ¡Pobre hijo mío!».

«Gran desdicha la tuya».

«¡Pues sí! Pero la voluntad de Dios debe recibirse con paz».

«Adiós, hombre. La paz sea contigo».

El hombre sube el monte. Jesús y Santiago siguen bajando.

«¡Cuántas desgracias! Esperaba que le curases» suspira Santiago.

Jesús no da muestras de haber oído.

«Maestro, si ese hombre hubiera sabido que eres el Mesías, quizás te hubiera pedido el milagro...».

Jesús no responde.

«Jesús, ¿me dejas volver para decírselo a aquel hombre? Siento compasión de aquel niño. Mi corazón está ya muy lleno de dolor; dame al menos la alegría de ver curado a aquel niño».

«Ve si quieres. Te espero aquí».

10 Santiago echa a correr, alcanza al hombre, le llama: «¡Hombre, deténte, escucha! Aquel que estaba conmigo es el Mesías. Dame tu niño para que se lo lleve. Ven también tú, si quieres, para ver si el Maestro te le cura».

«Ve tú, hombre. Tengo que segar toda esta leña. Ya se me ha hecho tarde por causa del niño. Si no trabajo, no como. Soy pobre y él me cuesta mucho. Creo en el Mesías, pero es mejor que le hables tú por mí».

Santiago se agacha para recoger al niño, que está recostado en la hierba.

«Con cuidado» advierte el leñador «es un puro dolor».

En efecto: apenas Santiago trata de alzarle, el niño llora quejumbrosamente.

«¡Qué pena!» suspira Santiago.

«Una gran pena» dice el leñador mientras se aplica con la sierra a un tronco duro, y añade: «¿No podrías curarle tú?».

«Yo no soy el Mesías. Soy sólo un discípulo suyo...».

«¿Y qué quieres decir con eso! Los médicos aprenden de otros médicos; los discípulos, del Maestro. ¡Venga hombre! ¡Sé bueno, no dejes que siga sufriendo! Inténtalo tú. Si el Maestro hubiera querido venir, lo habría hecho. Te ha mandado a ti o porque no le quiere curar o porque quiere que le cures tú».

Santiago duda un momento. Luego se decide. Se endereza y ora como ve hacer a su Jesús, y ordena: «En nombre de Jesucristo, Mesías de Israel e Hijo de Dios, queda curado». Acto seguido, se arrodilla y dice: «¡Señor mío, perdón! ¡He actuado sin tu permiso! Ha sido compasión por esta criatura de Israel! ¡Piedad, Dios mío! ¡Piedad para él y para mí, que soy un pecador!» y rompe a llorar, inclinado hacia el cuerpo extendido del niño. Las lágrimas caen encima de las piernecitas torcidas e inertes.

11 Aparece Jesús por el sendero. Ninguno le ve, porque el leñador está trabajando, Santiago llora y el niño mira a este último con curiosidad, y, meloso, pregunta: «¿Por qué

lloras?» y alarga una manita para acariciarle, y, sin darse cuenta, se sienta por sus propias fuerzas, se levanta y abraza a Santiago para consolarle.

Es el grito de Santiago lo que hace que el leñador se vuelva, y entonces ve a su hijo bien derecho con sus propias piernas, que ya no están ni muertas ni torcidas. Al volverse, ve a Jesús. «¡Ahí está!» grita mientras señala a las espaldas de Santiago, que también se vuelve y ve a Jesús, mirándole con un rostro radiante de alegría.

«¡Maestro! ¡Maestro! No sé cómo se ha producido... La compasión... Este hombre... este niño... ¡Perdón!».

«Álzate. Los discípulos no son más que el Maestro, pero pueden realizar lo que el Maestro, cuando lo hacen con santo motivo. Levántate y ven conmigo. Os bendigo. Recordad que los siervos hacen las obras del Hijo de Dios» y se marcha llevándose consigo a Santiago, que sigue diciendo: «¿Cómo lo he hecho? No entiendo. ¿Con qué he hecho un milagro en tu nombre?».

«Con tu piedad, Santiago; con tu deseo de que ese inocente y ese hombre, que creía y dudaba, me amasen. Juan hizo un milagro por amor en Jabnia: curó a un moribundo ungiéndole mientras oraba. Tú aquí has curado con tu llanto y piedad, y con tu confianza en mi Nombre. ¿Ves qué paz produce el servir al Señor cuando hay recta intención en el discípulo? Ahora vamos a andar ligero porque aquel hombre nos sigue y no conviene todavía que los otros sepan esto. Pronto os enviaré en mi Nombre... (un fuerte suspiro de Jesús), como Judas de Simón desea ardientemente hacer (otro fuerte suspiro). Y llevaréis a cabo obras... Pero no para todos significará un bien. ¡Rápido, Santiago! Simón Pedro, tu hermano y los otros, si supieran esto, sufrirían, como si fuera parcialidad, aunque de hecho no lo es: es preparar a alguno de entre vosotros doce que sepa guiar a los demás. Vamos a bajar al guijarral cubierto de hojarasca de este torrente para que se pierdan nuestras huellas... ¿Lo sientes por el niño?... Volveremos a encontrarle».

260. Dos parábolas de Pedro para los campesinos de la llanura de Esdrelón.

22 de agosto de 1945.

1 «¿Qué hacéis, amigos, junto a este fuego?» pregunta Jesús cuando encuentra a sus discípulos en torno a una hoguera bien alimentada que resplandece en las primeras sombras del anochecer, en un cruce de caminos de la llanura de Esdrelón.

Los apóstoles, que no le habían visto llegar, se sobresaltan, y se olvidan del fuego para recibir con aclamaciones al Maestro, como si hiciera un siglo que no le vieran. Luego explican: «¡Calla! Hemos resuelto una cuestión

entre dos hermanos de Yizreel, y de tan contentos como se han puesto nos han regalado cada uno un cordero. Hemos decidido asarlos y dárselos a los de Doras. Miqueas de Jocanán los ha degollado y preparado. Ahora los vamos a poner a que se asen. Tu Madre con María y Susana han ido a advertir a los de Doras para que vengan cuando se haga de noche, cuando ya a esas horas el administrador está en su casa dado a la bebida. Las mujeres llaman menos la atención... Hemos tratado de verlos pasando como viandantes por los campos, pero poco se ha hecho. Habíamos decidido reunirnos esta noche aquí y decir... algo más, para el alma, y poner los medios para que se sintieran bien también en lo corporal, como has hecho Tú las otras veces. Pero, ahora que estás Tú, será más interesante».

«¿Quién iba a hablar?».

«¡Hombre, pues, un poco todos! Así, una cosa espontánea, familiar. No somos capaces de más, y mucho más si se tiene en cuenta que Juan, el Zelote y tu hermano no quieren hablar, y tampoco Judas de Simón; también Bartolomé trata de no hablar... Incluso hemos discutido por este motivo...» dice Pedro.

«¿Y por qué no quieren hablar estos cinco?».

«Juan y Simón porque dicen que no está bien que siempre sean ellos... Tu hermano porque quiere que hable yo, porque dice que no empiezo nunca... Bartolomé porque... porque tiene miedo a hablar demasiado como maestro y a no saberlos convencer. Como ves son disculpas...».

«¿Y tú, Judas de Simón, por que no quieres hablar?».

«¡Por las mismas razones que los demás! Por todas al mismo tiempo, porque todas son justas...».

«Muchas razones, y una no ha sido dicha. [2]Ahora juzgo Yo, y con juicio inapelable. Tú, Simón de Jonás, hablarás, como dice Judas Tadeo, que dice sabiamente. Y tú, Judas de Simón, también hablarás. Así una de las razones, la que sabe Dios y también tú, dejará de existir».

«Maestro, créeme que no hay más...» dice Judas tratando de rebatir.

Pero la voz de Pedro le sobrepuja: «¡Oh, Señor! ¿Yo hablar estando Tú? ¡No soy capaz! Temo que te rías...».

«No quieres estar solo, no quieres estar conmigo... ¿que quieres entonces?».

«Tienes razón, pero es que... ¿qué digo?».

«Mira tu hermano, está viniendo con los corderos. Ayúdale, y mientras los asas piensas en ello. Todo sirve para encontrar temas».

«¿Incluso un cordero en el fuego?» pregunta incrédulo Pedro.

«Incluso. Obedece».

Pedro emite un fuerte suspiro, verdaderamente conmovedor, pero no replica más. Se llega donde Andrés, le ayuda a ensartar a los animales en una estaca puntiaguda que hace de asador, y se pone a cuidar del asado con una concentración en el rostro que le hace asemejarse a un juez en el momento de la sentencia.

«Vamos a recibir a las mujeres, Judas de Simón» ordena Jesús, y se pone en camino, en dirección a los campos sin vida de Doras. «Un buen discípulo no desprecia lo que su Maestro no desprecia, Judas» dice, un rato después, sin preámbulos.

«Maestro, no es que desprecie, lo que pasa es que, como Bartolomé, siento que no me entenderían, y prefiero no hablar».

«Natanael lo hace por miedo a no cumplir mi deseo, o sea, iluminar y levantar los corazones. Hace mal también, porque le falta confianza en el Señor. Pero tu caso es mucho peor, porque no es que tengas miedo a no ser comprendido, es que desprecias el hacerte comprender de unos pobres campesinos, ignorantes en todo excepto en la virtud. En ésta verdaderamente superan a muchos de vosotros. Todavía no has entendido nada, Judas. El Evangelio es realmente la Buena Nueva comunicada a los pobres, enfermos, esclavos, afligidos. Luego será también de los demás, pero se da precisamente para que los infelices, de todo tipo de infelicidad, reciban ayuda y consuelo».

Judas agacha la cabeza y no responde.

3 María, María Cleofás y Susana salen de entre una espesura.

«¡Hola, Madre! ¡Paz a vosotras, mujeres!».

«¡Hijo mío! He ido a ver a esos... torturados. Pero he recibido una noticia que sirve para que mi sufrimiento no exceda los límites. Doras se ha liberado de estas tierras y han pasado a Jocanán. No es que sea un paraíso, pero ya no es aquel infierno. Hoy se lo ha dicho a los campesinos el administrador. Él ya se ha marchado, llevándose en los carros hasta el último grano de trigo, de forma que ha dejado a todos sin comer. Y como, además, el vigilante de Jocanán hoy tiene comida solamente para los suyos, pues los de Doras se habrían tenido que quedar sin comer. ¡Ha sido verdaderamente providencia esos corderos!».

«También es providencia el que no sean ya de Doras. Hemos visto sus casas... Son unos cuchitriles...» dice escandalizada Susana.

«¡Están contentos todos esos pobrecillos!» termina María Cleofás.

«También Yo estoy contento. En todo caso, estarán mejor que antes» responde Jesús, y vuelve hacia donde están los apóstoles.

Juan de Endor le alcanza, con unas ánforas de agua que lleva junto con Hermasteo. «Nos las han dado los de Jocanán» explica tras haber venerado a Jesús.

Vuelven todos al lugar en que están siendo asados los dos corderos entre densas nubes de humo untuoso. Pedro sigue dando vueltas a su asado, mientras rumia sus pensamientos. Sin embargo, Judas Tadeo, teniendo abrazado por la cintura a su hermano, va y viene caminando mientras habla muy animadamente. Los otros... quién trae más leña, quién prepara la mesa(!), trayendo voluminosas piedras para que hagan de asiento o de mesa, no sé.

4 En esto, llegan los campesinos de Doras. Más delgados y harapientos que la última vez. ¡Y, sin embargo, qué felices! Son unos veinte. No hay ni siquiera un niño ni una mujer: hombres pobres y solos...

«Paz a todos vosotros. Bendigamos juntos al Señor por haberos dado un amo mejor. Bendigámoslo orando por la conversión del que tanto os ha hecho sufrir. ¿No es verdad? ¿Te sientes feliz, anciano padre? Yo también. Podré venir más a menudo con el niño. ¿Ya te han puesto al corriente? ¿Lloras de alegría, verdad? Ven, ven, sin miedo...» dice al abuelo de Margziam, el cual le besa las manos inclinándose mucho, y llora, y susurra: «No pido nada más al Altísimo. Me ha dado más de cuanto esperaba. Ahora quisiera morir, por miedo a vivir todavía el tiempo para volver a mi

sufrimiento».

Un poco azarados al principio por estar con el Maestro, los campesinos se sienten pronto serenos y seguros. De forma que cuando traen los corderos y los ponen sobre unas hojas grandes colocadas encima de las piedras que habían traído antes - luego los dividen y ponen cada una de las partes encima de unas tortas de pan, poco gruesas pero grandes, que sirven de plato - están ya tranquilos dentro de su simplicidad, y se ponen a comer con ganas para saciar toda el hambre acumulada; mientras tanto, cuentan los últimos acontecimientos.

Uno dice: «Siempre he maldecido langostas, topos y hormigas, pero desde ahora los voy a ver como mensajeros del Señor, porque por ellos dejamos este infierno». Y, a pesar de que comparar hormigas y langostas con los ejércitos angélicos sea un poco fuerte, ninguno ríe porque todos sienten el drama que se esconde bajo esas palabras.

La llama ilumina este grupo de personas, pero las caras no miran a la llama, y pocos miran a lo que tienen delante. Todos los ojos convergen hacia el rostro de Jesús. Sólo se distraen, unos momentos, cuando María de Alfeo, que se ocupa de dividir los corderos, pone más carne en los panes de los hambrientos campesinos y termina su obra envolviendo dos muslos asados en otras hojas grandes y le dice al anciano padre de Margziam: «Ten. Así tendréis también un bocado para cada uno mañana. Entretanto, el vigilante de Jocanán proveerá».

«Pero vosotros...».

«Iremos más ligeros. Toma, toma, hombre».

De los dos corderos no quedan más que los huesos descarnados y un persistente olor de grasa que ha goteado y todavía arde en la leña que ya se apaga, sucedáneo iluminar de la claridad de la luna.

[5]También se unen a los otros los campesinos de Jocanán. Es la hora de hablar.

Los ojos azules de Jesús se alzan buscando a Judas Iscariote, que se ha puesto al lado de un árbol, un poco en la zona de sombra. Viendo que muestra no entender esa mirada, Jesús llama fuerte: «¡Judas!». Es inevitable el levantarse y acercarse. «No te apartes. Te ruego que evangelices por mí. Estoy muy cansado. ¡Si no hubiera llegado esta tarde, por supuesto que tendríais que haber hablado vosotros!».

«Maestro... no sé qué decir... Al menos, hazme preguntas».

«No te las tengo que hacer Yo. A vosotros: ¿qué deseáis oír?, ¿qué deseáis que se os explique?» pregunta a los campesinos.

Los hombres se miran unos a otros... dudan... Por fin un campesino pregunta: «Hemos conocido la potencia del Señor y su bondad. Pero bien poco conocemos de su doctrina. Ahora quizás, estando con Jocanán, podremos saber más cosas. Tenemos vivo deseo de saber cuáles son las cosas indispensables que hay que hacer para obtener el Reino que el Mesías promete. ¿Con la nada que podemos hacer podremos obtenerlo?».

Judas responde: «La verdad es que estáis en condiciones muy penosas. Todo, en vosotros y a vuestro alrededor, conjura para alejaros del Reino. La falta de libertad para venir adonde el Maestro cuando quisierais; la condición de siervos de un amo que, si bien no es una hiena como Doras, es, por las noticias que tenemos, un moloso que tiene bien

prisioneros a sus siervos; los sufrimientos y el estado de degradación en que os encontráis... son condiciones desfavorables para vuestra elección para el Reino. Porque difícilmente en vosotros no habrá resentimientos y sentimientos de rencor, crítica y venganza contra quien duramente os trata; y lo mínimo necesario es amar a Dios y al prójimo; sin esto no hay salvación. Deberéis vigilar para contener vuestro corazón dentro de una sumisión pasiva a la voluntad de Dios, que se manifiesta en vuestro destino; y, aguantando pacientemente al amo, sin permitir a vuestro pensamiento siquiera la libertad de un juicio, que está claro que no podría ser benévolo respecto al amo, ni de gratitud por vuestra... por vuestro... En pocas palabras, deberéis no reflexionar, para no tener sentimientos de rebeldía que matarían el amor: quien no tiene amor no tiene salvación, porque contraviene el primer precepto. Yo, de todas formas, estoy casi seguro de que podréis salvaros, porque veo en vosotros buena voluntad unida a mansedumbre de ánimo, lo cual hace esperar que sabréis mantener lejos de vosotros el odio y el espíritu de venganza. Por lo demás, la misericordia de Dios es tan grande, que os condonará toda la perfección que todavía os falta».

[6]Un momento de silencio. Jesús tiene muy baja la cabeza, no se ve la expresión de su rostro. A los demás se les ve la cara, y no se puede decir que sean caras dichosas: las de los campesinos expresan más abatimiento que al principio; las de los apóstoles y las de las mujeres, estupor (diría que casi miedo).

«Trataremos de no dejar que surja en nosotros ningún pensamiento que no sea de paciencia y perdón» responde humildemente el anciano.

Otro de los campesinos suspira: «La verdad es que será difícil llegar a la perfección del amor; para nosotros, ¡que ya es mucho si no hemos acabado asesinos de nuestros verdugos! El corazón sufre, sufre, sufre, y, aunque no odie, encuentra mucha dificultad en amar, como esos niños macilentos que tienen dificultad en crecer...».

«No, no, hombre. Yo, por el contrario, creo que precisamente por haber sufrido tanto sin haceros unos asesinos o personas vengativas vuestro corazón es más fuerte que el nuestro en el amor. Amáis sin percibirlo siquiera» dice Pedro para consolarlos. [7]Y se da cuenta de que ha hablado y se interrumpe para decir: «¡Oh! ¡Maestro!... Pero... me has dicho que debía hablar... que encontrase el tema incluso en el cordero que iba a asar. He estado mirando, para buscar palabras buenas que decir a estos hermanos nuestros, para su caso particular. Pero, la verdad es que - sin duda alguna, porque soy un necio - no he encontrado nada apropiado, y, sin saber cómo, me he visto muy lejos, en pensamientos que no sé si llamar extravagantes - en ese caso serían míos - o santos - entonces provendrían del Cielo -; yo los manifiesto, tal y como me han venido, y Tú, Maestro, me los explicarás o me reprenderás por ellos, y todos vosotros sabréis ser comprensivos. Así pues, estaba mirando lo primero la llama, y me ha venido este pensamiento: "¿De qué está hecha la llama? Viene de la leña. Pero la leña por sí sola no arde; es más, si no está bien seca, no arde de ninguna manera, porque el agua la carga e impide que la yesca la encienda. La leña, cuando está muerta, acaba incluso pudriéndose, desmenuzándose, por la carcoma; pero, por sí sola, no se enciende. Ahora bien, si una persona la prepara adecuadamente, y le acerca la yesca y el eslabón, y hace saltar la chispa, y

favorece que la chispa prenda soplando en las ramas delgadas para aumentar la llamita inicial - porque se empieza siempre por las cosas más menudas -, entonces la llama brota, prende fuerte, se hace útil, arremete contra todo, hasta los troncos más gruesos". Y me decía a mí mismo: "Nosotros somos la leña. Por nosotros mismos no nos encendemos. Pero, eso sí, es necesario en nosotros el cuidado de no estar demasiado cargados de la pesada agua de la carne y la sangre para permitir que la yesca se encienda con su chispa. Y debemos desear arder, porque, si nos quedamos inertes, podemos ser destruidos por la intemperie y la carcoma, es decir, por la humanidad y el demonio. Sin embargo, si nos abandonamos al fuego del amor, éste empezará a quemar las ramitas más finas y las destruirá - las ramitas, para mí, eran las imperfecciones -; luego aumentará y arremeterá contra la leña más gorda, o sea, las pasiones más fuertes. Nosotros, que somos leña, cosa material, dura, opaca, incluso fea, vendremos a ser esa cosa hermosa, incorpórea, ágil, espléndida, que es la llama. Todo esto por habernos prestado al amor, que es el eslabón y la yesca, que de nuestro mísero ser de hombres pecadores hacen ángeles del tiempo futuro, ciudadanos del Reino de los Cielos". Éste ha sido un pensamiento».

8 Jesús ha alzado un poco la cabeza y está escuchando con los ojos cerrados y un asomo de sonrisa en sus labios. Los demás miran a Pedro, todavía con estupor, pero ya sin temor.

Él sigue hablando tranquilo: «Mirando a los animales que se estaban asando, me ha venido otro pensamiento. No digáis que soy pueril en mis pensamientos. El Maestro me había dicho que los buscara en lo que veía... He obedecido. Bien, pues estaba mirando a los corderos, y decía: "Son dos seres inocentes y mansos. Nuestra Escritura está llena de dulces alusiones al cordero, tanto para recordar al Mesías prometido y Salvador (ya desde la alusión a Él en el cordero mosaico), como para decir que Dios tendrá compasión de nosotros. Lo dicen los profetas. Viene a congregar a sus ovejas, a socorrer a las heridas, a cargar sobre sí a las que tienen algún miembro fracturado. ¡Cuánta bondad!" decía. "¿¡Cómo tener miedo de un Dios que promete tener tanta compasión con nosotros, miserables!? Pero" decía también "tenemos que ser mansos, al menos mansos, dado que no somos inocentes; mansos, y estar deseosos de que el amor nos consuma. Porque, hasta el más bonito y puro de los corderitos, una vez matado, ¿en qué acaba, si el fuego no le asa? Pues en carroña podrida. Mientras que, si le envuelve el fuego, viene a ser alimento sano y bendito". Y concluía: "En definitiva, todo el bien lo hace el amor, que nos aligera de los lastres de nuestra humanidad, nos hace resplandecientes y útiles, nos hace buenos ante los hermanos y gratos a Dios; sublima nuestras buenas cualidades, hasta un nivel que recibe su nombre de virtudes sobrenaturales. Y quien es virtuoso es santo, quien es santo posee el Cielo. Por tanto, lo que nos abre los caminos de la perfección no es ni la ciencia ni el miedo, sino el amor, el cual, mucho más que el temor al castigo, nos mantiene alejados del mal por el deseo de no entristecer al Señor, nos hace sentir compasión de nuestros hermanos y amarlos, porque vienen de Dios. Por tanto, el amor es la salvación y santificación del hombre". En estas cosas pensaba mientras miraba a mi asado, obedeciendo a mi Jesús. Perdonad si son sólo éstas, pero a mí me han hecho bien; os las entrego con la esperanza, de que también a vosotros os hagan bien».

9 Jesús abre los ojos. Ahora están radiantes. Alarga un brazo y pone la mano en el hombro

de Pedro: «Verdaderamente has encontrado las palabras que debías. La obediencia y el amor han hecho que las encontraras; la humildad y el deseo de consolar a tus hermanos harán de ellas estrellas en su cielo oscuro. ¡Dios te bendiga, Simón de Jonás!».

«¡Que Dios te bendiga a ti, Maestro mío! ¿No vas a hablar?».

«Mañana los campesinos entrarán en su nueva condición de dependencia. Bendeciré su entrada con mi palabra.

Podéis marcharos en paz. Que Dios esté con vosotros».

261. Exhortación a los campesinos de Doras, que ahora lo son de Jocanán.

23 de agosto de 1945.

1 Todavía no ha surgido del todo la aurora. Jesús está erguido en medio del devastado huerto de Doras: una serie de árboles muertos, o próximos a la muerte, muchos de ellos ya abatidos o arrancados. Alrededor de Jesús están los campesinos de Doras y de Jocanán y los apóstoles, parte en pie, parte sentados en los troncos abatidos.

Jesús empieza a hablar:

«Un nuevo día, una nueva despedida. No soy Yo el único que se marcha, también vosotros partís (si no materialmente, sí moralmente), porque pasáis a otro patrón. Viviréis unidos a otros campesinos buenos y píos. Formaréis una familia en que podréis hablar de Dios y de su Verbo sin tener que recurrir a subterfugios para hacerlo. Sosteneos en la fe unos a otros, ayudaos mutuamente, sed indulgentes unos con otros en los defectos personales de cada uno, edificaos recíprocamente.

Esto es amor. Ayer noche, si bien de forma distinta, habéis oído por boca de mis apóstoles cómo el amor contiene la salvación. Simón Pedro, con palabras sencillas y buenas, os ha hecho reflexionar sobre cómo el amor transforma la naturaleza pesada en naturaleza sobrenatural. Y os ha hablado de cómo el amor, de una persona que sin él puede acabar corrompida o siendo un corruptor (cual animal matado que no se asa), o, cuanto menos, un inútil (cual leña que empieza a pudrirse en el agua y no sirve para hacer fuego), de esa persona, dijo, puede hacer un hombre que viva en el ambiente de Dios (por tanto, un ser que deja la corrupción y se hace útil para el prójimo).

Porque, creedlo, hijos, la gran fuerza del universo es el amor. Nunca me cansaré de decirlo. Todas las catástrofes de la Tierra provienen de la falta de amor, empezando por la muerte y las enfermedades, que nacieron de la falta de amor de Adán y Eva hacia el Señor altísimo. *Porque el amor es obediencia.* El que no obedece es un rebelde. El rebelde no ama a aquel contra el cual se rebela. Pero, no sólo esto, sino que ¿de dónde provienen también las otras catástrofes generales como las guerras, o individuales

como la destrucción de una o dos familias rivales? Del egoísmo, que es falta de amor. Y, con la destrucción de las familias, vienen también ruinas materiales por castigo de Dios. Porque Dios, antes o después, castiga a quien vive sin amor.

2Sé que por aquí circula la leyenda - y por ella algunos me odian, otros me miran con corazón temeroso, o me invocan cual nuevo castigo, o me soportan por miedo a una punición - sé que circula la leyenda de que fue mí mirada la que acarreo la maldición a estos campos. No, no fue mi mirada, sino el castigo del egoísmo de un hombre injusto y cruel. ¡Si mis miradas tuvieran que agostar las tierras de todos los que me odian, en verdad poco verde quedaría en Palestina!

Nunca vengo las ofensas contra mi; pero, eso sí, paso al Padre a aquellos que obstinadamente persisten en su pecado de egoísmo para con el prójimo y que, sacrílegamente, se burlan del precepto, y que, cuantas más palabras se les dice para persuadirlos, cuantas más obras, junto a las palabras, se hacen para convencerlos en orden al amor, más crueles son. Siempre estoy dispuesto a levantar mi mano para decir a quien se arrepiente: "Yo te absuelvo. Ve en paz". Pero no ofendo al Amor condescendiendo con la dureza inconvertible. Tened siempre presente esto, para ver las cosas en su luz exacta e impugnar las leyendas, las cuales, provengan de veneración o de miedo iracundo, son siempre distintas de la verdad.

3Ahora pasáis a otro patrón, pero no dejáis estas tierras que, en el estado en que se encuentran, parece locura cuidar. Pues bien, no obstante, os digo: cumplid en estas tierras vuestro deber. Hasta ahora lo habéis cumplido por miedo a los castigos humanos. Seguid haciéndolo, aun sabiendo que no seréis tratados como antes. Es más, os digo: cuanta más humanidad se use con vosotros, mayor habrá de ser la alegre diligencia con que trabajéis, para devolver, con el trabajo, humanidad a quien humanidad os dé. Porque, si bien es verdad que los jefes deben ser humanos para con sus subordinados - recordando que todos somos de un mismo linaje y que, verdaderamente, todo hombre nace desnudo de una manera y muere y se convierte en podredumbre de una manera, tanto el pobre como el rico; recordando que las riquezas son obra no de quien las posee sino de los que para ellos las han atesorado, con honradez o sin ella; recordando que no hay que gloriarse de ellas ni avasallar por ellas, sino, más bien, usándolas con amor, discreción y justicia, hacer de las riquezas algo bueno también para los demás, para que nos mire sin severidad el verdadero Dueño, que es Dios, y que no se compra con talentos de oro ni se seduce con joyas, sino que antes al contrario su amistad se conquista con las buenas acciones, nuestras buenas acciones -, si bien es cierto esto, no es menos cierto que los siervos tienen el deber de ser buenos con sus jefes.

4Haced con sencillez y buena voluntad la voluntad de Dios, que quiere para vosotros esta humilde condición. Ya sabéis la parábola del rico Epulón. Como veis, en el Cielo, no recibe premio el oro sino la virtud. La virtud y la sumisión a la voluntad divina hacen a Dios amigo del hombre. Sé que es muy difícil ser siempre capaces de ver a Dios a través de las obras de los hombres. En lo bueno es fácil. En lo malo es difícil, porque puede

inducir al ánimo a pensar que Dios no es bueno. Vosotros superad el mal que sufrís de manos del hombre tentado por Satanás; al otro lado de esta barrera que cuesta lágrimas, ved la verdad del dolor y su belleza. El dolor viene del Mal. Pero, Dios, no pudiendo abolirlo porque la fuerza del Mal existe, y siendo ensaye del oro espiritual de los hijos de Dios, le obliga a extraer de su veneno el jugo de una medicina que da vida eterna: porque el dolor, con su mordiente, inocula en los buenos reacciones tales, que los espiritualizan cada vez más y los hacen santos.

5Sed, pues, buenos, respetuosos, dóciles. No juzguéis a vuestros jefes. Ya tienen quien los juzga. Querría que quien manda sobre vosotros se hiciera justo, para que os hiciera más fácil el camino y para darle a él vida eterna. Mas debéis tener presente que cuanto más penoso es el cumplimiento del deber, mayor es el mérito a los ojos de Dios. No tratéis de robarle al amo. El dinero robado no enriquece; el fruto de la tierra arrebatado con fraude no quita el hambre. Tened puros las manos, los labios y el corazón. Entonces celebraréis vuestros sábados y vuestras fiestas de precepto con gracia a los ojos del Señor, aunque estéis sujetos a la gleba. Verdaderamente vuestro esfuerzo tendrá más valor que no la hipócrita oración de los que van a cumplir el precepto para ser alabados por la gente, contraviniendo en realidad el precepto al desobedecer a la Ley, que dice que debes cumplir tú y cuantos viven en tu casa el precepto del sábado y de las solemnidades de Israel. *Porque la oración no está en la acción sino en el sentimiento.* Y, si vuestro corazón ama a Dios con santidad, en toda contingencia, cumplirá los ritos del sábado y las fiestas, mejor que los que os lo impiden.

Os bendigo y os dejo, porque el sol ya se alza y quiero llegar a las colinas antes de que sea demasiado fuerte el calor. Nos volveremos a ver pronto, porque ya no está muy lejos el otoño. La paz quede con todos vosotros, nuevos y antiguos siervos de Jocanán, y dé serenidad a vuestro corazón».

Y Jesús se encamina, pasando por entre los campesinos y bendiciéndolos uno a uno.

6Detrás de un manzano seco de gran tamaño hay un hombre medio escondido. Cuando Jesús va a pasar por delante de él, fingiendo no verle, al improviso, se pone delante y dice: «Soy el administrador de Jocanán, que me ha dicho: "Si viene el Rabí de Israel déjale estar en mis tierras y hablar a los siervos. Trabajarán más porque sólo enseña cosas buenas". Y ayer, al saber la noticia de que desde hoy ellos (y señala a los de Doras) están conmigo, y estas tierras son de él, me ha escrito: "Si viene el Rabí, escucha lo que te diga, y actúa en consecuencia. No sea que nos vaya a suceder alguna desgracia. Cúbrele de honores, Pero mira a ver si logras levantar la maldición que pesa sobre las tierras". Porque has de saber que Jocanán las adquirió por puntillo. Pero que se ha arrepentido de ello. No sera poco si podemos dedicarlas a pastos...».

«¿Me has estado oyendo mientras hablaba?».

«Sí, Maestro».

«Entonces sabréis cómo actuar, tú y tu patrón, para obtener de Dios la bendición. Transmite esto a tu patrón. Y, por lo que a ti respecta, dulcifica sus órdenes, tú que ves lo que es en la práctica el trabajo del hombre de campo, y que gozas de la estima del patrón. Más te vale, de todas formas, perder la estima y el puesto, que tu alma. Adiós».

«Yo... tengo que rendir honor».

«No soy un ídolo. No necesito honores interesados para otorgar gracias. Hónrame con tu espíritu, poniendo en práctica cuanto has oído, y habrás servido a Dios y al patrón juntos».
Y Jesús, seguido por sus discípulos y las mujeres y por todos los campesinos, atraviesa los campos y toma el camino de las colinas, saludado de nuevo por todos.

262. Una hija no querida y el papel de la mujer redimida. El Iscariote solicita la ayuda de María.

24 de agosto de 1945.

1 Por un terreno ondulante de colinas en que serpentea el camino que conduce a Nazaret, aprovechando las sombras de las matas de olivos y de distintos árboles frutales diseminadas por esta región cultivada y fértil, Jesús regresa hacia su ciudad.

Cuando llega al cruce con el camino de Tolemaida, se detiene y dice: «Detengámonos aquí, en esta casa, donde ya he estado otras veces. Vamos a reponer fuerzas. Así, mientras el Sol recorre su camino, estaremos juntos antes de separarnos de nuevo: nosotros iremos hacia Tolemaida; mi Madre y María, a Nazaret; Juan con Hermasteo, a Sicaminón».

Van, atravesando un olivar, en dirección a una casa de campesinos, ancha y baja, adornada con la indefectible higuera, enguirnaldada con los festones de una parra que extiende sus ramas escalera arriba y luego por la terraza.
«Paz a vosotros. Aquí estoy nuevamente».

«Ven, Maestro. Tu presencia siempre es bien recibida. Dios te dé esa misma paz, a ti y a los tuyos» responde un hombre anciano que en ese momento estaba cruzando el patio con una brazada de haces de leña. Luego llama: «¡Sara! ¡Sara! Está aquí el Maestro con sus discípulos. ¡Añade harina a tu pan!».

Sale de una habitación una mujer, toda blanca de harina (la estaba cribando, porque tiene en la mano todavía la criba con el moyuelo), y se arrodilla, sonriendo, delante de Jesús.

«Paz a ti, mujer. He traído conmigo a mi Madre, como te había prometido. Es ésta. Y ésta es su cuñada, madre de Santiago y Judas. ¿Dónde están Dina y Felipe?».
La mujer saluda a las dos Marías y luego responde: «Dina ha tenido ayer a su tercera hija. Estamos un poco tristes porque no se nos concede un nieto. De todas formas, contentos, ¿no es verdad, Matatías?».
«Sí, porque es una niña muy guapa, y en todo caso lleva nuestra misma sangre. Te la daremos a conocer. Felipe ha ido a buscar a Ana y a Noemí a casa de sus padres. Volverá pronto».
La mujer vuelve a su pan mientras el hombre, después de colocar en el horno los haces de leña, se preocupa de los recién llegados: les procura sillas; leche acabada de ordeñar para

los que la desean; o, para el que lo prefiere, fruta y aceitunas.

[2]La habitación de la planta baja - muy espaciosa, abierta por el frente y la trasera de la casa, con sus dos puertas situadas a la sombra de la grande higuera y de un alto seto cubierto de flores estrelladas, especie de girasoles por la forma, pero de corola no tan gigantesca - es fresca y umbría. Una luz esmeraldina entra en la espaciosa estancia: gran alivio de los ojos fatigados a causa del exceso de sol. Hay bancos y mesas en esta espaciosa habitación, que es quizás donde las mujeres hilan y tejen y los hombres arreglan los aperos de labranza o guardan las reservas de harina y fruta, a juzgar por las viguetas llenas de ganchos y, a lo largo de las paredes, las tablas apoyadas en gruesas repisas, además de los largos arquibancos. Colgados en las paredes encaladas, esponjosos copos de lino o cáñamo parecen trenzas despeinadas, y un trozo de tela rojo fuego, extendido encima de un telar que ha quedado destapado, parece alegrar toda la habitación con su color alegre y pomposo.

Vuelve la dueña de la casa, que ha terminado de elaborar el pan, y pregunta a los peregrinos si quieren ver a la recién nacida.

Jesús responde: «La voy a bendecir, ciertamente».

María, por su parte, se levanta y dice: «Voy. A saludar a la madre».

Salen todas las mujeres.

«Se está bien aquí» dice Bartolomé (se le ve muy cansado).

«Sí. Hay sombra y silencio. Al final nos dormiremos» confirma Pedro, ya medio adormilado.

«Dentro de tres días estaremos, y bastante tiempo, en nuestras casas. Descansaréis, porque evangelizaréis en los aledaños» dice Jesús.

«¿Y Tú?».

«En general no me moveré de Cafarnaúm, salvo algunas veces que estaré en Betania. Evangelizaré a los que vengan. Luego, para la luna de Tisrí, de nuevo a caminar. Y todos los días, acabada la jornada, seguiré mejorándoos...».

Jesús calla, porque ve que el sueño hace inútiles sus palabras. Sonríe meneando la cabeza mientras observa a este grupo de personas vencidas por el cansancio, que en posturas más o menos cómodas duermen con verdaderas ganas. El silencio de la casa y la solana son completos. Parece un lugar encantado. Jesús sale a la puerta cercana al seto de las flores, y mira, a través de sus ramas, las suaves colinas galileas, grises todas por los olivos inmóviles.

[3]Un ligero rumor de pasos y un gritito débil de recién nacido suenan por encima de su cabeza. Jesús alza la cara y sonríe a su Madre, que está bajando y trae en sus brazos un bulto blanco del que sobresalen tres cositas rosáceas: una cabecita y dos manitas gesticulantes.

«¡Mira, Jesús, qué niña tan bonita! Se asemeja un poco a ti cuando tenías un día. Eras tan rubio, que se hubiera dicho que no tenías pelo, a no ser porque ya destacaba formando leves rizos, como un copo de nube; respecto al color, eras también así, como una rosa. Y... mira, mira, está abriendo los ojitos y busca el pecho; mira, con esta sombra, tiene tus ojos azul oscuros... ¡Tesoro! ¡No tengo leche, pequeñita, rosita, tortolita mía!» y la niña, acunada por la Virgen, calma su vagido, hace arrullos, como una

tortolita, y se duerme.
«Mamá, ¿hacías lo mismo conmigo?» pregunta Jesús al ver a su Madre acunando a la niña con la cara apoyada en la cabecita rubia.
«Sí, Hijo. Te decía "corderito mío". ¿Es bonita, verdad?».
«Muy bonita, y robusta. ¡Bien contenta puede estar la madre!» confirma Jesús, que está también encorvado observando el sueño de la inocente.

«Pues no está contenta... El marido está enfadado porque todos los hijos son niñas. Es verdad que con las tierras que tenemos son mejores los niños. Pero nuestra hija no tiene la culpa...» suspira la dueña de la casa, que acaba de llegar.

«Son jóvenes. Que se amen, y tendrán también niños» dice con seguridad el Señor.

4 «Ahí está Felipe... Pondrá ceño...» murmura turbada la mujer. Y, más fuerte, dice: «Felipe, está aquí el Rabí de Nazaret».

«Me alegro mucho de verle. La paz sea contigo, Maestro».
«Y contigo, Felipe. He visto a tu bonita niña. Es más, todavía la estoy mirando porque verdaderamente despierta admiración. Dios te bendice con hijos guapos, sanos y buenos. Debes sentirte muy agradecido a Él... ¿No respondes? Pareces preocupado...».
«¡Esperaba un niño!».
«¡No querrás decirme ya que eres injusto, acusando a esta inocente de ser niña, no? ¡Y, menos aún, que eres duro con tu mujer, no?» pregunta Jesús en tono severo.
«¡Yo quería un niño, por el Señor y por mí!» exclama, resentido, Felipe.
«¿Y piensas obtenerlo siendo injusto y rebelde? ¿Has leído, acaso, el pensamiento de Dios? ¿Eres más que Él, como para decirle: "Haz esto, que es lo justo"? Esta mujer, por ejemplo, discípula mía, no tiene hijos. Y, a pesar de todo, me dice: "Bendigo esta esterilidad que me pone alas para seguirte". Y ésta, madre de cuatro varones, desea que dejen de ser suyos los cuatro. ¿Verdad, Susana y María? ¿Las oyes? ¿Y tú, casado desde hace pocos años con una mujer fecunda, bendecido con tres capullos de rosa que piden tu amor, estás enfadado? ¿Con quién? ¿Por qué? ¿No quieres decirlo? Pues lo digo Yo: porque eres un egoísta. Corta enseguida tu resentimiento. Abre tus brazos a esta criatura nacida de ti y ámala. ¡Venga! ¡Tómala en tus brazos!» y Jesús coge el pequeño amasijo de ropa y se lo pone al joven padre en los brazos. Jesús añade: «Ve donde tu mujer, que está llorando. Dile que la quieres. Si no, Dios verdaderamente no te dará jamás un varón. Te lo aseguro. ¡Va!...».
El hombre sube a la habitación donde está su esposa.
«¡Gracias, Maestro!» susurra la suegra. «Se le veía muy cruel desde ayer...».
Pasan unos minutos y el hombre vuelve. Dice: «Lo he hecho, Señor. La mujer te da las gracias. Dice que te pregunte el nombre de la pequeñuela, porque... porque le había destinado un nombre demasiado feo por mi injusto odio...».
«Llámala María. Ha bebido el llanto amargo junto con su primera gota de leche, también amarga por tu dureza. Puede llamarse María. Y María la amará, ¿verdad, Madre?».

«Sí, pobre criatura. ¡Tan bonita como es! Será, sin duda, buena. Será una estrellita del Cielo».

5 Vuelven a la habitación de antes. Los apóstoles todavía duermen profundamente, menos Judas Iscariote, que parece muy preocupado.

«¿Me querías para algo, Judas?» pregunta Jesús.

«No, Maestro; pero no logro dormir. Quisiera salir un poco».
«¿Quién te lo prohibe? Yo también salgo. Voy a subir a aquella loma llena de sombra... Voy a descansar haciendo oración. ¿Quieres venir conmigo?».
«No, Maestro. Te molestaría, porque no estoy en condiciones, de orar. Quizás... quizás no me siento bien y por eso estoy inquieto...».
«Quédate entonces. No obligo a nadie. Adiós. Adiós, mujeres. Madre, cuando se despierte Juan de Endor, dile que vaya a verme, que vaya solo».
«Sí, Hijo. La paz sea contigo».
Jesús sale. María y Susana se detienen a mirar la tela que está encima del telar. María se sienta y pone las manos en su regazo, con la cabeza un poco baja; quizás está orando también. María de Alfeo pronto se cansa de mirar el trabajo del telar, se sienta en el rincón más oscuro y se queda pronto dormida. Susana juzga conveniente hacer lo mismo. Quedan despiertos María y Judas. Ella, toda recogida en sí misma; él, mirándola con los ojos bien abiertos, sin apartar de ella su mirada. Finalmente se levanta y se acerca sin hacer ruido. No se por qué, pero, a pesar de su indiscutible belleza, me hace pensar en un felino o en una serpiente acercándose a su víctima. Quizás es la antipatía que siento por él lo que me hace ver artero y cruel hasta su paso... Llama en voz baja: «¡María!».
«¿Qué quieres de mí, Judas?» pregunta dulcemente María, mientras le mira con sus ojos dulcísimos.
«Quisiera hablar contigo...».
«Habla. Te escucho».
«Aquí no... No quisiera que me oyeran... ¿Te importa salir un poco? También afuera hay sombra...».
«Bien, vamos. De todas formas, como ves, aquí están todos dormidos... podías hablar también aquí» dice la Virgen. Pero se levanta y sale antes que Judas, y se pone junto al alto seto de flores.
«¿Qué quieres de mí, Judas?» vuelve a preguntar mientras fija agudamente su mirada en el apóstol, el cual se turba un poco y muestra dificultad en encontrar las palabras. «¿Te sientes mal? ¿Has hecho algo malo y no sabes cómo decirlo? ¿Te ves a las puertas de hacer algo malo y te pesa confesar que te sientes tentado? Habla, hijo. De la misma forma que cuidé tu carne, cuidaré tu alma. Dime lo que te turba y, si puedo, te tranquilizaré. Si no puedo sola, se lo diré a Jesús. Aunque hubieras pecado mucho, te perdonará si pido perdón para ti. La verdad es que también Él te perdonaría enseguida... Pero, quizás, ante Él, que es el Maestro, te avergüenzas. Yo soy una madre... No infundo sentimiento de vergüenza...».

«Sí, no haces sentir vergüenza porque eres madre y además muy buena. Eres verdaderamente la paz entre nosotros. [6]Yo... yo me siento muy turbado. Tengo un pésimo carácter, María. No sé lo que tengo en la sangre y en el corazón... De vez en cuando no sé dominarlos... en esos momentos, haría las cosas más extrañas... y las peores cosas».

«¿No logras resistir al que te tienta ni siquiera al lado de Jesús?».
«No. Créeme que sufro por ello. Pero es así. Soy un desdichado».
«Oraré por ti, Judas».
«No es suficiente».
«Pondré a orar - sin decir por quién es la oración que solicito - a los justos».
«No es suficiente».

«Pondré a orar a los niños. A mi casa vienen muchos. Vienen a mi huerto, como pajarillos en busca de trigo. El trigo son las caricias y las palabras que les doy. Hablo de Dios... Y ellos, inocentes, prefieren esto antes que los juegos y las fábulas. La oración de los niños es grata al Señor».

«Nunca tanto como la tuya. Pero... no, no es suficiente».

«Le diré a Jesús que pida por ti al Padre».

«Tampoco es suficiente».

«¡Pero, si más ya no hay! La oración de Jesús vence incluso a los demonios...».

«Sí. Pero Jesús no oraría siempre, y yo volvería a ser yo... Jesús - lo dice siempre - un día se irá. Tengo que preocuparme de cuando me falte Él. Jesús ahora nos quiere enviar a evangelizar. Me da miedo ir a sembrar la palabra de Dios acompañado por este enemigo mío que soy yo mismo. Quisiera estar ya formado para este momento».

«Pero, hijo mío, si ni siquiera puede hacerlo Jesús, ¿quién va a poder?».

«¡Tú, Madre! Déjame estar un poco de tiempo contigo. Si han estado contigo paganos y meretrices, yo también puedo. Si no quieres que esté en tu casa por la noche, iré a dormir a casa de Alfeo o María de Cleofás, pero pasaré el día contigo y los niños. Las veces pasadas he tratado de actuar solo y he empeorado las cosas. Si voy a Jerusalén, tengo demasiados amigos malos, y, en las condiciones en que me encuentro cuando se apodera de mí esto, soy un juguete en sus manos... Si voy a otra ciudad, es igual. La tentación del camino se enciende en mí además de la que ya tengo. Si voy a Keriot a casa de mi madre, me esclaviza la soberbia. Si voy a un lugar solitario, el silencio me tortura con las voces de Satanás. Pero... en tu casa... ¡oh!... ¡contigo presiento que será distinto!... ¡Déjame que vaya! ¡Dile a Jesús que me lo conceda! ¿Quieres que me pierda? ¿Tienes miedo de mí? Me miras con la mirada de una gacela herida sin fuerzas para seguir huyendo de sus perseguidores. No, no te causaré ningún daño. Yo también tengo una madre, y... y te quiero más que a ella. ¡María, ten piedad de un pecador! Mira, lloro a tus pies... Si me rechazas, puede significar mi muerte espiritual...» y Judas se echa realmente a llorar a los pies de María, que le mira con una mirada de piedad y angustia, y de miedo; está palidísima.

No obstante, da un paso hacia delante, porque estaba casi hundida en el seto, para alejarse de Judas que se le estaba acercando demasiado, y pone una mano en el pelo moreno del Iscariote. «¡Calla! ¡Que no te oigan! Hablaré con Jesús. Si Él acepta, vendrás a mi casa. No me preocupo del juicio del mundo. No lesiona mi alma. Sólo me puede causar horror ser culpable *yo* ante Dios. La calumnia me deja indiferente. De todas formas, no me calumniarán, porque Nazaret sabe que su hija no es escándalo de su ciudad. Ademas... ¡que pase lo que pase!... lo que me preocupa es que te salves en tu espíritu. Voy donde Jesús. Queda en paz». Se emboza en su velo, blanco como el vestido, y se echa a andar, ligera, por el sendero que conduce a una loma poblada de olivos.

7 Busca a su Jesús y le encuentra absorto en profunda meditación.

«Hijo, soy yo... Escucha».

«¡Oh, Mamá! ¿Vienes a orar conmigo? ¡Qué alegría, qué consuelo me das!».

«¿Qué, Hijo mío? ¿Sientes tu espíritu cansado? ¿Estás triste? ¡Díselo a tu Madre!».

«Sí, cansado, tú lo has dicho, y afligido. No tanto por el cansancio y las

miserias que veo en los corazones, cuanto porque veo que mis amigos no cambian. Pero no quiero ser injusto con ellos. Uno sólo me produce cansancio, Judas de Simón...».

«Hijo, venía a hablarte de él...».

«¿Ha hecho algo malo? ¿Te ha adolorado?».

«No. Pero me ha causado la pena que me causaría el ver a una persona muy corrompida... ¡Pobre hijo! ¡Qué enfermo está en su espíritu!».

«¿Sientes compasión de él? ¿Ya no te da miedo? Antes sí...».

«Hijo mío, mi compasión supera a mi miedo. Quisiera ayudaros a ti y a él a salvar su espíritu. Tú lo puedes todo, no tienes necesidad de mí; pero dices que todos deben cooperar con el Cristo en la redención... ¡Y este hijo está tan necesitado de redención!...».

«¿Qué más debo hacer de lo que ya hago por él?».

«Tú no puedes hacer más. Pero podrías dejarme intentarlo a mí. Me ha rogado que le permita estar en nuestra casa porque le parece que así podrá liberarse de su monstruo... ¿Meneas la cabeza? ¿No quieres? Bien, se lo diré...».

«No, Mamá. No es que no quiera. Meneo la cabeza porque sé que es inútil. Judas es como uno que se está ahogando y que, a pesar de ver que se está ahogando, rechaza por orgullo la soga que le echan para sacarle a la orilla. No tiene la voluntad de venir a la orilla. De vez en cuando, sintiendo el terror de ahogarse, busca y pide ayuda, se agarra a la soga... pero luego, por el orgullo, suelta la ayuda, la rechaza, quiere salir él solo... y se hace cada vez más pesado a causa del agua fangosa que traga. Pero, para que no se diga que he dejado una posibilidad sin intentar, hágase esto también, pobre Mamá mía... Sí, pobre Mamá, que te sometes, por amor a un alma, al sufrimiento de tener a tu lado a una persona... que te da miedo».

«No, Jesús, no digas eso. Soy una pobre mujer, porque todavía estoy sujeta a antipatías. Regáñame. Lo merezco. No debería sentir repulsión por ninguna persona, por tu amor. Pero ésa es mi pobreza, sólo ésa. ¡Ah, si pudiera devolverte a Judas espiritualmente curado! Darte un alma es darte un tesoro, y quien da un tesoro no es pobre. ¡Hijo!... ¿Voy y le digo a Judas que das tu consentimiento? Dijiste: "Día llegará en que dirás: '¡Qué difícil es ser la Madre del Redentor!' ". Ya lo he dicho una vez... por ÁgIae... Pero, ¿qué es una vez! ¡La humanidad son muchos!... Y Tú eres Redentor de todos. ¡Hijo!... ¡Hijo!... De la misma forma que te llevé a la pequeñuela en mis brazos para que la bendijeras, deja que te traiga en mis brazos a Judas para que le bendigas...».

«Mamá... Mamá... Judas no te merece».

«Jesús mío, cuando no te decidías a entregar a Margziam a Pedro, te dije que sería un bien para él. No puedes decir que Pedro no se haya renovado desde ese momento... Déjame ocuparme de Judas».

«De acuerdo. Hágase como deseas. ¡Bendita seas, por tu intención amorosa por mí y por Judas! Ahora vamos a orar juntos, Mamá. ¡Es tan dulce orar contigo!...»...

8 ...Acaba de empezar el alba cuando veo que salen de la casa en que se habían alojado.

Juan de Endor y Hermasteo se despiden de Jesús nada más llegar al camino. María, por su parte, con las mujeres, prosigue junto con su Hijo por un camino que se abre paso entre los olivares de las colinas. Van hablando, naturalmente, también de los hechos de ese día.

Pedro dice: «¡Qué loco ese Felipe! ¡A punto de repudiar a su mujer y a

su hija, si no te hubieras metido a hacerle razonar!».

«Esperemos que le dure el arrepentimiento de ahora y que no le dé en seguida de nuevo la locada de la aversión hacia las mujeres. En el fondo, si el mundo va adelante, es por las mujeres» dice Tomás, y muchos se echan a reír por la ocurrencia.

«Cierto. Es verdad. Pero su condición impura es mayor que la nuestra y...» responde Bartolomé.

«¡Venga ya, hombre! ¡Si nos referimos a impureza!... Nosotros tampoco somos ángeles. Lo que quisiera saber es si después de la Redención seguirá siendo así para la mujer. Nos enseñan a honrar a nuestra madre, a tener el máximo respeto para con nuestras hermanas, o las hijas, o las tías, las nueras, las cuñadas... y luego... ¡anatemas a diestro y siniestro! En el Templo, no; estar con ellas muchas veces, no... ¿Que pecó Eva? De acuerdo. También pecó Adán. Dios dio a Eva su castigo, y bien severo; ¿no es suficiente?».

«¡Pero, hombre, Toma, si hasta Moisés la considera impura».

«Moisés, que si no hubiera sido por las mujeres se hubiera ahogado... Mira, escúchame un momento por favor, Bartolmái, mira, te recuerdo, a pesar de no ser docto como tú sino sólo un batihoja, que Moisés cita las impurezas físicas de la mujer para que la respetemos, no para condenarla».

9 La discusión se incrementa.

Jesús, que iba delante, precisamente con las mujeres y con Juan y Judas Iscariote, se para, se vuelve e interviene: «Dios tenía ante sí un pueblo moral y espiritualmente deforme, contaminado por sus contactos con idólatras. Quería convertirlo en un pueblo fuerte en lo físico y espiritual. Dio como preceptos las normas saludables para la fortaleza física y para la honestidad de costumbres. No podía hacer otra cosa para frenar la concupiscencia del varón, para que los pecados por que fue sumergida la tierra y fueron quemadas Sodoma y Gomorra no se repitieran. En el futuro, la mujer redimida no vivirá esta opresión que vive ahora. Seguirán existiendo las prohibiciones dictadas por la prudencia física, pero los obstáculos que encuentra para acercarse al Señor quedarán eliminados. Yo ya los elimino, para preparar a las primeras sacerdotisas del tiempo futuro».

«¿¡Pero habrá mujeres sacerdotes!?» pregunta, atónito, Felipe.

«No me entendáis mal. No serán sacerdotisas como los hombres, no consagrarán, no administrarán los dones de Dios (los que por ahora no podéis conocer); pero sí pertenecerán lo mismo a la clase sacerdotal, cooperando con los sacerdotes de muchas maneras para el bien de las almas».

«¿Van a predicar?» pregunta, incrédulo, Bartolomé.

«Como ya predica mi Madre».

«¿Van a hacer peregrinajes apostólicos?» pregunta Mateo.

«Sí, y llevarán la Fe muy lejos, y - tengo que decirlo - con más heroísmo que los hombres».

«¿Van a hacer milagros?» pregunta, riendo, el Iscariote.

«Alguna hará también milagros. De todas formas, no os baséis en los milagros como si fuera lo esencial. Las mujeres santas harán también muchos milagros de conversiones con la oración».

«¡Mmm... las mujeres rezar hasta el punto de hacer milagros!» comenta Natanael.

«No seas cerrado, como un escriba, Bartolomé. ¿Qué concepto tienes de la oración?».
«Dirigirse a Dios con las fórmulas que sabemos».

«Es eso y más. La oración es la conversación del corazón con Dios, y debería ser el estado habitual del hombre. La mujer, por su vida más retirada que la nuestra, y porque tiene una facultad afectiva más fuerte que la nuestra, tiene más predisposición que nosotros para esta conversación con Dios. En ella encuentra consuelo de sus dolores, alivio de sus fatigas - que no son sólo las de la casa y las de engendrar, sino también el soportarnos a nosotros los hombres -, encuentra aquello que enjuga sus lágrimas y devuelve la sonrisa a su corazón. Porque la mujer *sabe* hablar con Dios, y sabrá hacerlo todavía mejor en el futuro. Los hombres serán los gigantes de la doctrina; las mujeres serán siempre las que con su oración sostengan a los gigantes y al mundo, porque, efectivamente, por sus oraciones se evitarán muchas desventuras y muchos castigos quedarán suspendidos. Así pues, harán milagros, por lo general invisibles, conocidos sólo por Dios, mas no por ello irreales».

10 «También Tú hoy has hecho un milagro invisible, pero real, ¿no es verdad, Maestro?» pregunta Judas Tadeo.

«Sí, hermano».

«Mejor hubiera sido hacerle visible» observa Felipe.

«¿Querías que transformara a la pequeña en un niño? El milagro en realidad es una alteración del destino de las cosas, por tanto es un benéfico desorden, que Dios concede para complacer la oración del hombre y mostrarle así que le ama, o para persuadir de que Él es el que es. Pero, dado que Dios es orden, no viola de forma exagerada el orden. La niña ha nacido mujer y mujer seguirá siendo».

«¡Me sentía muy apenada esta mañana!» suspira la Virgen.

«¿Por qué? La niña despreciada no era tuya» dice Susana. Y añade: «Yo, cuando veo alguna desgracia en un niño, digo: "¡Menos mal que no tengo niños!"».

«No digas eso, Susana. Eso no es caridad. También yo podría decirlo, porque mi única Maternidad ha trascendido las leyes naturales. Pero no lo digo, porque siempre pienso: "Si Dios no hubiera querido que fuera virgen, quizás esa semilla habría caído en mi y seria la madre de ese infeliz", y así tengo compasión de todos... Porque digo: "Podría haber sido hijo mío", y, como madre, querría que todos fueran buenos, que estuvieran sanos, que fueran amados y merecedores de amor, porque eso es lo que desean las madres para sus hijos» responde dulcemente María. Y Jesús la mira con unos ojos tan radiantes, que parece vestirla de luz.

«Por eso tienes compasión de mí...» dice el Iscariote en voz baja.

«De todos. Aunque se tratara del asesino de mi Hijo, porque pienso que sería el más necesitado de perdón... y de amor, porque, sin duda, todos le odiarían».

«Mujer, tendrías que empeñarte mucho en defenderle para darle tiempo de convertirse... Yo sería el primero en quitarle de en medio...» dice Pedro.

11 «Hemos llegado al lugar de la despedida. Madre, Dios sea contigo. Y contigo, María. También contigo, Judas». Se besan. Jesús añade: «Recuerda que te he concedido una cosa muy grande, Judas. Haz que sea un bien para ti, no un mal. Adiós».

Y Jesús, los once restantes y Susana, van, ligeros, hacia oriente,

mientras María, la cuñada de María y el Iscariote siguen recto.

263. Curación del hombre del brazo atrofiado.

26 de agosto de 1945.

1 Jesús entra en la sinagoga de Cafarnaúm, que lentamente se va llenando de fieles porque es sábado. Muy grande es el estupor al verle. Unos a otros se lo señalan musitando comentarios. Alguno tira de la túnica a éste o a aquel otro apóstol para preguntar que cuándo han vuelto a la ciudad, porque nadie sabía que habían llegado.

«Hemos desembarcado ahora en el "pozo de la higuera" viniendo de Betsaida, para no dar ni un paso más de lo prescrito, amigo» responde Pedro a Urías el fariseo, el cual, ofendido por ver que un pescador le llama "amigo" se marcha con aire de desdén a donde están los suyos, en primera fila.

«¡No los pinches, Simón!» advierte Andrés.

«¿Pincharlos? Me ha preguntado y he respondido, diciendo incluso que hemos evitado caminar por respeto al sábado».

«Dirán que hemos trabajado con la barca...».

«¡Al final dirán que hemos trabajado porque hemos respirado! ¡No seas ignorante! Es la barca la que trabaja, el viento y las olas, no nosotros yendo en barca».

Andrés se queda con la regañina y guarda silencio.

2 Después de las oraciones preliminares, llega el momento de la lectura de un texto y su explicación. El jefe de la sinagoga le pide a Jesús que sea Él quien lo haga, pero Jesús señala a los fariseos y dice: «Que lo hagan ellos». No obstante, dado que ellos no lo quieren hacer, debe hablar Él.

Jesús lee el trozo del primer Libro de los Reyes en que se narra cómo David, traicionado por los zifitas, fue señalado a Saúl, que estaba en Guibeá*. Devuelve el rollo y empieza a hablar.

«Violar el precepto de la caridad, de la hospitalidad, de la honradez, siempre es cosa reprobable. Sin embargo, el hombre no vacila en hacerlo con total indiferencia. Aquí tenemos un episodio compuesto de dos partes: esta violación y el consiguiente castigo de Dios. La conducta de los zifitas era ratera; la de Saúl no lo era menos: los primeros, viles intentando ganarse al más fuerte y sacar beneficio de él; el segundo, vil intentando eliminar al ungido del Señor: el egoísmo, por tanto, los aunaba. Y, ante la indigna propuesta, el rey falso y pecador de Israel osa dar una respuesta en que aparece nombrado el Señor: "Que el Señor os bendiga".

¡Hacer burla de la justicia de Dios!... ¡Hacerlo habitualmente!... Demasiadas veces se invoca el Nombre del Señor y su bendición como premio o garantía de las maldades del hombre. Está escrito: "No tomarás el Nombre de Dios en vano". ¿Podrá haber algo más vano - peor: más malo -

que nombrarle para cumplir un delito contra el prójimo? Pues bien, a pesar de todo, es éste un pecado más común que ningún otro, cometido con indiferencia incluso por aquellos que ocupan siempre los primeros puestos en las asambleas del Señor, en las ceremonias y en la enseñanza. Recordad que es pecaminoso indagar, observar, prepararlo todo con la finalidad de perjudicar al prójimo; como también es pecaminoso el hacer que otros indaguen, observen y preparen todo para perjudicar al prójimo: es inducir a los demás al pecado tentándolos con recompensas o amenazándolos con represalias.

Os advierto de que es pecado; de que una conducta semejante es egoísmo y odio. Sabéis que el odio y el egoísmo son los enemigos del amor. Os lo advierto porque me preocupo de vuestras almas; porque os amo; porque no quiero que estéis en pecado; porque no quiero que Dios os castigue, como le sucedió a Saúl, el cual, mientras perseguía a David para atraparle y matarle, vio su tierra hollada por los filisteos. En verdad, esto le sucederá siempre a aquel que perjudica a su prójimo. Su victoria durará cuanto la hierba del prado: crecerá pronto, y pronto se secará y será triturada por el pie indiferente de los que pasan. Sin embargo, la buena conducta, la vida honrada, parece como si tuviera dificultad en nacer y consolidarse, pero, una vez formada como hábito de vida, se hace árbol robusto y frondoso que no será descuajado por el torbellino ni abrasado por la canícula; en verdad, quien es fiel a la Ley, verdaderamente fiel, se hace árbol poderoso que no será combado por las pasiones ni quemado por el fuego de Satanás.

---

* Después de *Guibeá,* MV añade en el manuscrito original la referencia *23, 19-28*, que en la actual versión de la Biblia corresponde a *1S 23, 19-28*.

He dicho. [3]Si alguien quiere decir algo más, que lo diga».

«Lo que te preguntamos es si has hablado para nosotros los fariseos».

«¿Acaso está llena de fariseos la sinagoga? Sois cuatro, la gente son muchas personas. La palabra es para todos».

«La alusión, de todas formas, es muy clara».

«¡Verdaderamente no se ha visto nunca que un indiciado - denunciado sólo por un parangón - se acuse a sí mismo! Y, sin embargo, vosotros lo hacéis. ¿Por qué os acusáis si Yo no os acuso? ¿Tenéis conciencia de actuar como he dicho? Yo no lo sé. De todas formas, si fuera así, cambiad. Porque el hombre es débil y puede pecar, pero Dios le perdona si surge en él el arrepentimiento sincero y el deseo de no volver a pecar. Ahora bien, persistir en el mal es doble pecado, y sin perdón».

«No tenemos este pecado».

«Pues entonces no os aflijáis por mis palabras».

El incidente queda zanjado. Los himnos llenan la sinagoga. Luego parece que está para disolverse la asamblea sin más incidentes.

[4]Pero, he aquí que el fariseo Joaquín detecta la presencia de un hombre entre la masa de la gente y, con la mirada y con gestos, le obliga a pasar a la primera fila. Es un hombre de unos cinquenta años, tiene un brazo atrofiado, mucho más pequeño que el otro - también la mano - porque la atrofia ha

destruido los músculos.

Jesús le ve, y ve también todo el montaje que han hecho para que le viera. En su rostro se dibuja un gesto de disgusto y compasión; es una expresión casi instantánea, pero muy clara. No obstante, no desvía el golpe, sino que afronta con firmeza la situación.

«Ven aquí al medio» ordena al hombre. Una vez que le tiene delante, se vuelve a los fariseos y dice: «¿Por qué me tentáis? ¿No acabo de hablar contra la insidia y el odio? ¿No acabáis de decir: "No tenemos este pecado"? ¿No respondéis? Responded al menos a esto: ¿Es lícito hacer el bien o el mal en día de sábado? ¿Es lícito salvar o quitar la vida? ¿No respondéis? Responderé por vosotros, en presencia de todos los ciudadanos, los cuales juzgarán mejor que vosotros porque son sencillos y no tienen ni odio ni soberbia. No es lícito hacer ningún trabajo en día de sábado. Pero, de la misma forma que es lícito orar, también es lícito hacer el bien, porque el bien es oración, mayor que los himnos y salmos que hemos cantado. Sin embargo, ni en día de sábado ni los otros días es lícito hacer el mal. Y vosotros habéis hecho el mal, trajinando para poder tener hoy aquí a este hombre, que ni siquiera es de Cafarnaúm, que le habéis hecho venir desde hace dos días porque sabíais que Yo estaba en Betsaida e intuíais que vendría a mi ciudad. Lo habéis hecho para ver cómo acusarme. Actuando así, cometéis también otro pecado, el de matar vuestra alma en vez de salvarla. Por mi parte, os perdono. Respecto a este hombre, no defraudaré su fe. Le habéis hecho venir diciéndole que le iba a curar, mientras que lo que queríais era ponerme una trampa. A él no se le puede culpar, porque ha venido aquí con la única intención de quedar curado. Pues bien, así sea. Hombre: extiende tu mano y ve en paz».

El hombre obedece y su mano queda sana, igual que la otra. La usa en seguida para coger la orla del manto de Jesús y besarla, y decir: «Tú sabes que desconocía la verdadera intención de éstos, Si la hubiera conocido, no habría venido; hubiera preferido quedarme con la mano seca, antes que servir contra ti. Por tanto, no te enojes conmigo».

«Ve en paz, hombre. Yo sé la verdad. Respecto a ti, no siento sino benevolencia».

La gente sale comentando estas cosas. El último en salir es Jesús con los once apóstoles.

264. Una jornada de Judas Iscariote en Nazaret.

27 de agosto de 1945.

[1]La casa de Nazaret sería la más indicada para vuelos del espiritu: en ella, paz, silencio, orden. Sus piedras parecen rezumar santidad; santidad parecen exhalar los árboles del huerto; santidad parece llover del cielo sereno, su cerúlea cúpula: en realidad, emana de la mujer que en ella habita, y que se mueve ágil y silenciosa con la donosura de sus movimientos juveniles, intactos, con el paso leve que tenía cuando entró en ella después de los esponsales, y la misma sonrisa mansa que calma y acaricia.

El Sol, en esta hora de la mañana, hiere el lado derecho de la casa (el que se apoya en la primera ondulación de la colina). Sólo las copas de los árboles se benefician. Primero, los olivos plantados para sujetar con sus raíces la tierra del ribazo; los olivos que quedan, retorcidos, robustos, los de ramas mas gruesas, alzadas todas al cielo como si invocaran su bendición, o como si rezasen - también ellos - desde este lugar de paz; los olivos que quedan del olivar de Joaquín, en aquel entonces bien poblado de árboles que proseguían su paseo de peregrinos orantes hasta la campiña lejana en que el olivar y los campos terminaban en pastos, y ahora reducido a pocos árboles supervivientes en la linde de la mutilada propiedad. Luego, se benefician el almendro y los manzanos, altos y robustos, que abren el paraguas de sus ramas para amparo del huerto. El tercero en beber los rayos del Sol es el granado. La última, la higuera que da contra la casa, cuando ya el Sol acaricia las bien cuidadas flores y verduras en los cuadros rectangulares y a lo largo de los setos dispuestos bajo la pérgola cargada de racimos.

Zumban las abejas, gotas de oro voladoras sobre todo lo que puede procurarles jugos dulces y perfumados. Se lanzan al asalto de una pequeña rama de madreselva, y lo mismo hacen con un seto de flores - cuyo nombre ignoro - en forma de campanillas que forman una panoja y que se están cerrando - deben ser flores nocturnas -, con un perfume intensísimo Las abejas se apresuran a succionar en estas flores antes de que plieguen los pétalos en el sueño de la corola.

[2]María va, ágil, de los nidos de las palomas a la fuentecilla que gotea junto a la pequeña gruta; de ésta a la casa, ocupada en sus labores. Pero, a pesar de su trabajo, encuentra la forma de admirar las flores o las palomas que danzan minués por los senderos o forman un corro de vuelos por encima de la casa y del huerto.

Vuelve a casa Judas Iscariote, cargado de plantas y esquejes. «¡Hola, Madre! Me han dado todo lo que quería. He venido corriendo para que no padecieran. Creo que echarán raíces como la madreselva. Para el año que viene tendrás el jardín como un banasto lleno de flores. Así te acordarás del pobre Judas y de su estancia aquí» dice mientras extrae con cuidado de una bolsa unas plantas con las raíces envueltas en tierra y en hojas húmedas, y de otra bolsa unos esquejes.

«Gracias, Judas, muchísimas gracias. No puedes hacerte una idea de lo feliz que me siento por esa madreselva de la gruta. Cuando era pequeña, allí, al final de aquellos campos, que entonces eran nuestros, había una gruta todavía más bonita. Hiedras y madreselvas la vestían de ramas y flores: cortina de la gruta, protección de las minúsculas azucenas que crecían incluso dentro de ella, toda verde por el fino recamo de los adiantos. Porque allí había un manantial... En el Templo pensaba siempre en esa gruta, y te digo que cuando oraba, yo virgen del Templo, ante el Velo del Santo, no sentía a Dios más que allí; es más, tengo que decir que allí evocaba el sueño de los dulces coloquios de mi espíritu con mi Señor... Mi José hizo que pudiera tener esta gruta, con un útil hilo de agua; pero, sobre todo, para darme la alegría de una gruta copiada de aquélla... José era bueno, hasta en las más pequeñas cosas... Y había plantado una madreselva, y la hiedra que

vive todavía. La madreselva murió durante los años del exilio... luego la volvió a plantar, pero murió también, hace tres años. Ahora tú la has puesto de nuevo. Ha agarrado, ¿ves? Eres un jardinero excelente».

«Sí. Cuando era niño me gustaban mucho las plantas. Mi madre me enseñaba a cuidarlas... Ahora, a tu lado, Madre, me siento niño de nuevo y recupero esta capacidad del pasado... por darte estas satisfacciones. ¡Eres muy buena conmigo!...» responde Judas mientras trabaja, como un experto, en colocar sus plantas en los lugares más adecuados. Va junto al seto de las flores nocturnas, a poner unas marañas de raíces, que no sé si son de muguetes o de otras flores. «Aquí están bien» dice mientras da unos golpes con una azadilla en la parte donde ha enterrado las raíces. «No requieren mucho sol. No me las quería dar el siervo de Eleazar, pero he insistido tanto que me las ha dado».

«Tampoco le querían dar a José esas gardenias, pero trabajó sin cobrar para procurármelas. Siempre han prosperado».

«Ya está, Madre. Ahora las riego y todo irá bien». Riega, y luego se lava las manos en la fuente.

3 María le mira - tan distinto de su Hijo como es, y tan distinto del Judas de ciertas horas de agitación -, le escudriña, piensa, se acerca a él, y, poniendo una mano en su brazo, le pregunta dulcemente: «¿Estás mejor, Judas? Quiero decir, en tu espíritu».

«¡Oh! ¡Madre! ¡Mucho mejor! Estoy en paz. Tú misma lo puedes ver. Encuentro gusto y salvación en las cosas humildes y en estar contigo. No debería dejar jamás esta paz ni este recogimiento. Aquí… ¡qué lejos de esta casa está el mundo!...». Judas mira al huerto, a los árboles, a la casita... y termina: «Pero, si estuviera aquí, no sería nunca apóstol, y quiero serlo...».

«Aunque - créeme - sería mejor para ti ser un alma honesta que no un apóstol deshonesto. Si comprendes que el contacto con el mundo te turba, si comprendes que las alabanzas y honores del apóstol te perjudican, renuncia a ello, Judas: es mejor para ti ser un simple fiel de mi Jesús, pero un fiel santo, que no un apóstol pecador».

Judas agacha la cabeza pensativo. María le deja con sus meditaciones y entra en la casa, a seguir sus labores.

Judas está parado un rato, luego se pone a pasear de un lado para otro bajo la pérgola. Tiene los brazos cruzados; la cabeza, baja. Piensa, piensa... y pasa a monologar y a gesticular solo... Un monólogo incomprensible; los gestos son los propios de una persona en gran contraste de ideas: parece suplicar y rechazar, o compadecerse, o maldecir algo; y pasa de una expresión interrogante a una expresión de miedo, de angustia... hasta adquirir su rostro la expresión de sus peores momentos, y, así, de repente, se para a mitad de recorrido del sendero, y se queda así un rato, con una expresión de verdadero demonio... Luego se lleva las manos a la cara y huye al ribazo de los olivos, lejos de la vista de María, y llora con la cara escondida entre las manos, hasta que se calma; y se queda sentado con la espalda apoyada en un olivo, como aturdido...

4 ...Ya no es por la mañana. Toca a su fin un intenso ocaso. Nazaret abre las puertas de sus casas, que habían permanecido continuamente cerradas al despiadado calor estival del día, ¡día de oriente además! Mujeres, hombres, niños salen a los huertos o a las calles - todavía calientes pero ya no llenas

de sol - en busca de aire, o a la fuente, a jugar, a conversar... en espera de la cena. Calurosos saludos, charloteo, risas y gritos, respectivamente entre hombres, mujeres y niños.

También Judas sale y se encamina hacia la fuente con los cántaros de cobre. Los nazarenos le ven y le señalan con el sobrenombre de "el discípulo del Templo" (cosa que llegando a los oídos de Judas suena como una música). Pasa saludando con afabilidad, pero también con un no se qué de actitud reservada que, si no llega a ser gravedad soberbia, es pariente muy cercana de ésta.

«Eres muy bueno con María, Judas» dice un nazareno muy barbado.

«Se merece esto y más. Es verdaderamente una gran mujer de Israel. Dichosos vosotros que es paisana vuestra».

La alabanza a la mujer de Nazaret seduce mucho a los nazarenos, los cuales se repiten unos a otros lo que Judas ha dicho.

Éste, entretanto, ha llegado a la fuente, y ahora espera su turno, y extiende su cortesía hasta el punto de llevarle los cántaros a una viejecita, que no acaba nunca de bendecirle, y también hasta el punto de tomar el agua para dos mujeres que encuentran dificultad para hacerlo porque tienen en brazos a un lactante. Levantando un poco su velo, susurran: «Que Dios te lo pague».

«El amor al prójimo es el primer deber de un amigo de Jesús» responde Judas acompañando su palabra con una inclinación de cabeza. Luego llena sus cántaros y vuelve hacia la casa.

5En el camino de regreso, le paran el arquisinagogo de Nazaret y otros y le invitan a que el sábado siguiente hable. «Hace más de dos semanas que estás con nosotros y tu única lección ha sido la de una gran cortesía con todos nosotros» se queja el jefe de la sinagoga, que está con otros ancianos del pueblo.

«Pero, si no os resulta agradable la palabra de vuestro mayor hijo, ¿os puede complacer, acaso, la de su discípulo - la mía -, que además soy judío?» responde Judas.

«Tu desconfianza es injusta y nos entristece. Nuestra invitación es franca. Tú eres discípulo y judío, esto es verdad, pero eres del Templo; por tanto, puedes hablar, porque en el Templo hay doctrina. El hijo de José es sólo un carpintero...».

«¡Pero es el Mesías!».

«Lo dice Él... ¿Será verdad... o será un delirio?».

«¿¡Y su santidad, nazarenos!? ¡¿Su santidad!?». Judas se muestra escandalizado de la incredulidad de los nazarenos.

«Es grande. Es verdad. ¡Pero de eso a ser el Mesías!... Y además... ¿por qué habla con esa dureza?».

«¿Dureza? ¡No! No me parece dureza. Más bien... si, eso sí, es demasiado sincero e intransigente. No deja cubierta ninguna culpa, no duda en denunciar un abuso... y ello no gusta. Mete el dedo exactamente en el centro de las llagas, y eso hace daño. Pero es por santidad. ¡Sí, sin duda, sólo por santidad actúa así! Yo se lo he dicho en repetidas ocasiones: "Jesús, te perjudicas a ti mismo". ¡Pero no me quiere hacer caso!...».

«Tú le amas mucho, y además eres docto... Podrías guiarle».

«¡Oh, no, docto no!... Práctico... sí. ¡Eso... del Templo! Conozco los mecanismos. Tengo amigos. El hijo de Anás es como un hermano para mí. Es más, si queréis algo del Sanedrín, pues decídmelo... Pero ahora dejadme llevar el agua a María, que me espera para la cena».

«Vuelve después. En mi terraza hace fresco. Estaremos entre amigos y hablaremos...».

«Sí. Adiós».

6 Judas va a casa, donde se disculpa ante María por haber tardado a causa de que le han entretenido el arquisinagogo y los ancianos del pueblo. Y termina: «Quisieran que hablase el sábado... El Maestro no me lo ha mandado. ¿Qué opinas, Madre? Aconséjame».

«Hablar con el jefe de la sinagoga... o hablar en la sinagoga?».

«Las dos cosas. No quisiera hablar con ninguno, ni a ninguno, porque sé que son contrarios a Jesús, y también porque me parece sacrílego hablar donde sólo Él tiene derecho a ser Maestro. ¡Pero, han insistido tanto!... Quieren que vaya después de cenar... Casi he dado mi palabra. Si crees que, hablando, voy a poder quitarles ese espíritu tan penoso de resistencia al Maestro, yo, aunque me resulte cosa pesada, iré y hablaré; así, como sé hacer, como pueda, tratando de ser muy longánime con sus obcecaciones. Porque he comprendido que si uno es duro es peor. ¡No volveré a incurrir en el error de Esdrelón! ¡El Maestro se sintió muy disgustado! No me dijo nada, pero yo lo entendí. No lo volveré a hacer. Pero querría dejar Nazaret después de haberla persuadido de que el Maestro es el Mesías y que debemos creer en Él y amarle».

Judas está hablando mientras, sentado a la mesa en el sitio de Jesús, come lo que María ha preparado. Y me duele ver a Judas sentado en ese sitio, frente a María escuchándole y sirviéndole como una madre.

Ahora ella responde: «Estaría bien, efectivamente, que Nazaret comprendiera la verdad y la aceptara. Yo no te pongo trabas. Ve si quieres. Nadie mejor que tú puede decir si Jesús merece amor. Piensa cuánto te ama y cómo te lo demuestra disculpándote siempre y dándote gusto siempre que puede... Que esta reflexión te dé palabras y acciones santas».

La cena termina pronto. Judas va a regar las flores del huerto antes de que la luz se nuble demasiado, y luego sale, dejando a María en la terraza ocupada en doblar la ropa que había puesto a secar.

7 Judas, tras saludar a Alfeo de Sara y a María Cleofás, que están hablando en la puerta de la casa del primero, se dirige hacia la casa del arquisinagogo. Además de seis ancianos, están presentes los dos primos del Señor.

Después de los ampulosos saludos, se sientan todos ceremoniosamente en asientos adornados con almohadones; toman el fresco mientras beben agua anisada o de menta, que deben estar bien frescas porque la jarra metálica suda en la separación entre el líquido gélido y el aire, todavía caliente a pesar de la brisa que procede de las colinas situadas al norte de Nazaret y que mueve la cima de los árboles.

«Me alegro de que hayas aceptado venir. Eres joven. Un poco de solaz es cosa sana» dice el arquisinagogo, que se muestra lleno de atenciones para con Judas.

«No he venido antes porque temía ser inoportuno. Sé de vuestro desdén hacia Jesús y sus seguidores...».

«¿Desdén! No. Estamos escépticos... y heridos por sus... admitámoslo, ¿por qué no?... sus verdades demasiado crudas. Si no te invitábamos a venir es porque pensábamos que nos despreciabas».
«¿Despreciaros yo! ¡No! ¡Todo lo contrario! Os comprendo muy bien... ¡Cómo no? ¡Claro! Pero estoy convencido de que acabará habiendo paz entre vosotros y Él. Os trae cuenta siempre, tanto a Él como a vosotros: a Él, porque tiene necesidad de todos; a vosotros, porque no os conviene cargaros con el nombre de enemigos del Mesías».
«¿Para ti lo es verdaderamente?» pregunta José de Alfeo. «No tiene nada de esa figura regia que nos ha sido profetizada. Quizás es porque nosotros le recordamos como carpintero... Pero... ¿Dónde se ve en Él al rey liberador?».
«David parecía también simplemente un zagal, y, sin embargo, como sabéis, no hubo rey más grande que David. Ni siquiera Salomón, en toda su gloria, le igualó. Porque, en fin, Salomón siguió a David, nada más, y jamás tuvo la inspiración suya. ¡Sin embargo, David! ¡Pensad en la figura de David! Es gigantesca, de una realeza que casi toca el Cielo. David, rey y pastor, o, mejor, pastor y luego rey; Jesús, rey y carpintero, o, mejor, carpintero y luego rey».

8 «Hablas como un rabí. Se ve que has sido educado en el Templo» dice el arquisinagogo. «¿Podrías hacer saber al Sanedrín que yo, el arquisinagogo, necesito ayuda del Templo para una cuestión privada?».

«¡Pues claro! ¡Sin duda! ¡Con Eleazar! ¡Fíjate tú! ¡Y luego José el Anciano, ¿sabes?, el rico de Arimatea! ¡Y el escriba Sadoq!... Y... ¡bueno, no tienes sino que hablar y basta!».

«Entonces te invito mañana a mi casa. Hablaremos».
«¿A tu casa? No. No dejo sola a esa santa y afligida mujer que es María. He venido precisamente a hacerle compañía...».
«¿Qué le pasa a nuestra pariente? Sabemos que está sana y que, dentro de su pobreza, vive feliz» dice Simón de Alfeo.

«Sí. No la abandonamos. Mi madre está siempre atenta a ella. También yo y mi mujer, a pesar... a pesar de que yo, particularmente, no le puedo perdonar su debilidad para con su Hijo; ni el dolor de mi padre, que por causa de Jesús murió teniendo sólo a dos de sus hijos al pie de su cama. ¡Y luego! ¡Y luego!... Bueno, las penas de familia no se pregonan desde los tejados...» suspira José de Alfeo.

«Tienes razón. Se susurran en el rincón más apartado, vertiéndolas en un corazón amigo. ¡Pero esto sucede con muchas otras penas! Yo también tengo las mías, de discípulo... ¡Pero, es mejor que no hablemos!».

«¡No, no, hablemos! ¿Qué sucede? ¿Complicaciones respecto a Jesús? No aprobamos su conducta, pero seguimos siendo parientes suyos, dispuestos a ponernos de su parte contra sus enemigos. ¡Habla!» dice José.
«¿Complicaciones? ¡No, hombre, no! Era una forma de expresarme... Además, las penas de un discípulo son muchas. No es sólo dolor por el modo como el Maestro trata con amigos y enemigos, perjudicándose a sí mismo, sino también el ver que no le aman. Quisiera que todos vosotros le amarais...».
«¿Y cómo! ¡Tú mismo lo dices! ¡Tiene un modo de hacer las cosas!... No era así cuando estaba con su Madre» dice, justificándose, el arquisinagogo. «¿No es verdad, todos vosotros?».

Todos asienten con gravedad y hacen comentarios muy positivos del Jesús silencioso, manso, apartado, de antes.
«¿Quién podía imaginarse que de aquel Jesús pudiera salir uno como es ahora? Todo casa y familia. ¿Y ahora?» dice un nazareno muy anciano.
Judas suspira: «¡Pobre mujer!».
«Bueno, ¿pero qué es lo que sabes? Habla» grita José.
«Nada que tú no sepas. ¿Crees que le guste sentirse abandonada?».
«Si José hubiera vivido el tiempo que vivió vuestro padre, no habría sucedido eso» sentencia un nazareno también muy anciano.
«No lo creas, hombre. Habría sido lo mismo. ¡Cuando cuajan ciertas... ideas!» dice Judas.

9 Un siervo trae unas lámparas y las pone encima de la mesa, porque es una noche sin Luna, aunque el cielo sea todo un titilar de estrellas. Junto con la luz traen otras bebidas y el arquisinagogo quiere ofrecérselas en seguida a Judas.

«Gracias. No me entretengo más. Tengo obligaciones hacia María» dice mientras se levanta.

También los dos hijos de Alfeo se levantan y dicen: «Vamos contigo. Es el mismo camino...» y con exuberantes saludos el grupo se divide; se quedan con el arquisinagogo los seis ancianos.
Las calles están ya desiertas y silenciosas. De arriba de las casas baja un continuo hablar quedo de voces graves. Los niños duermen ya en sus camitas: faltan, por tanto, sus gorjeos de pajarillos alegres. Con las voces, desde lo alto de las casas más ricas, descienden leves resplandores de lámparas de aceite.

Los dos hijos de Alfeo y Judas andan unos metros en silencio, luego José se para, coge de un brazo a Judas y dice: «Mira. He comprendido que sabes algo, pero que no quieres hablar en presencia de extraños. Ahora conmigo tienes que hablar. Soy el mayor de la casa y tengo el derecho y el deber de saber todo».

«Y yo he venido con intención de decíroslo y de tutelar al Maestro, a María, a vuestros hermanos y vuestro nombre. Es una cosa muy penosa de decir y de oír; penosísimo hacerlo, Porque parece una, delación. Mirad, os ruego que me comprendáis rectamente. No es una delación. Es amor y cordura, nada más. Yo sé muchas cosas, que vosotros... bueno, la verdad es que no las ignoráis. Las sé por mis amigos del Templo. Y sé que son un peligro para Jesús y para el buen nombre de la familia. He tratado de hacérselo entender al Maestro, pero no lo he conseguido. Es más, cuanto más le aconsejo, Él actúa peor, y se busca cada vez más críticas y odios. Ello porque es tan santo, que no es capaz de comprender lo que es el mundo. En fin, es triste ver sucumbir una cosa santa por la imprudencia de su fundador».

«Pero bueno, ¿qué es? Di todo. Buscaremos el remedio. ¿Verdad, Simón?».
«Ciertamente. Pero me parece imposible esto de que Jesús haga cosas imprudentes y que vayan contra su misión...».
«¡¿Pero si este buen muchacho, que además ama a Jesús, lo dice?!... ¿Ves cómo eres? ¡Siempre así! Inseguro. Vacilante. Siempre me dejas solo en el momento decisivo. Yo contra toda la parentela. ¡Es que no tienes compasión ni siquiera de nuestro nombre y de

nuestro pobre hermano, que se está destruyendo!».
«¡No! ¡Destruirse, no! Pero se perjudica».
«¡Habla, habla!» insiste José, mientras Simón, perplejo, guarda silencio.
«Hablaría... pero quisiera estar seguro de que no me mencionaréis ante Jesús... Juradlo».
«Lo juramos por el santo Velo. Habla».
«No debéis hablar de lo que os voy a decir ni siquiera a vuestra madre, y mucho menos con vuestros hermanos».
«Puedes estar seguro de nuestro silencio».

«¿Guardaréis silencio también ante María? Para no causarle dolor. Es un deber también el preocuparse de la paz de esta pobre madre, como yo hago, en silencio...».

«Guardaremos silencio con todos. Te lo juramos».

10 «Pues bien, escuchad, Jesús no se limita ya a tratar con gentiles, publicanos y meretrices, a ofender a los fariseos y a las otras personas importantes; es que ahora hace cosas verdaderamente absurdas. Fijaos que fue a tierra de filisteos y nos hizo peregrinar con un macho cabrío todo negro que le seguía. Ahora ha metido a un filisteo entre los discípulos. ¿Y antes, con aquel niño que recogió? ¿No sabéis los comentarios que hubo? Y ahora, hace pocos días, una griega, esclava y que había huido de su amo romano. Y... discursos que chocan con los conocimientos ya bien sabidos. En definitiva, parece como si hubiera perdido el juicio. Y se perjudica. En Filistea se metió en una ceremonia de brujos y se puso a competir con ellos de tú a tú. Los venció, sí, pero... Ya hay escribas y fariseos que le odian, así que si llegan estas cosas a sus oídos, ¿qué va a suceder? Tenéis el deber de intervenir, de impedir...».

«Esto es grave, muy grave. ¿Cómo podíamos saberlo! Nosotros estamos aquí... Y ahora lo mismo, ¿cómo podremos estar al corriente!».

«Y a pesar de todo tenéis que intervenir y poner freno. Su Madre es madre, y es demasiado buena. No debéis abandonarle así. Ni por Él ni por el mundo. También eso de que sigue arrojando demonios... Circula la voz de que Belcebú está a su servicio. Juzgad vosotros si esto le puede beneficiar a no. ¡Y además... pero bueno ¿qué rey va a poder ser, si las turbas ya desde ahora se lo toman a risa o están escandalizadas?!».
«¿Hace realmente estas cosas?» pregunta, incrédulo, Simón.
«Preguntádselo a Él. Os dirá que sí, porque además lo considera una gloria».
«Deberías avisarnos...».
«¡Lo haré, sí! Cuando vea algo nuevo, os mandaré un aviso. ¡Pero, cuidado, eh!, ¡silencio ahora y siempre con todos!».
«Lo hemos jurado. ¿Cuándo te marchas?».
«Después del sábado. Ya no tiene sentido seguir aquí. He hecho lo que debía».
«Te quedamos agradecidos. ¡Ya decía yo que estaba cambiado! Tú, hermano, no querías creerme... ¿Ves como tengo razón?» dice José de Alfeo.
«Me cuesta creerlo todavía. En fin, Judas y Santiago no son unos estúpidos. ¿Por qué no nos han dicho nada? ¿Por qué no toman medidas, si estas cosas suceden realmente?» dice Simón de Alfeo.

«¡No me vas a hacer ahora la afrenta de no creer en mis palabras, ¿no?!» replica Judas inmediatamente y resentido.

« ¡No!... pero... Basta. Perdona si te digo que creeré cuando vea».

«De acuerdo, pues pronto verás y tendrás que decirme: "Tenías razón".

11 Bien, pues hemos llegado a vuestra casa. Os dejo. Dios sea, con vosotros».

«Dios sea contigo, Judas. Y... oye, no hables tú tampoco con otros de esto. Por nuestro honor...».

«No se lo diré ni al aire. Adiós».

Y se marcha caminando ligero. Entra tranquilo en casa y sube a la terraza, donde María, apoyadas las manos sobre su regazo, contempla el cielo repleto de astros; y con la leve luz de la lamparita, que Judas ha encendido para subir la escalera, se ven dos hilos de llanto brillando en las mejillas de María.

«¿Por qué lloras, Madre?» pregunta Judas con ansiosa premura.

«Porque tengo la impresión de que el mundo está más repleto de insidias que el cielo de estrellas. Insidias contra mi Jesús...».

Judas se queda mirándola, atento y turbado.

Mas ella termina, dulcemente: «Pero me anima el amor de los discípulos... Amad mucho a mi Jesús... amadle... ¿Quieres estar aquí, Judas? Yo bajo a mi habitación. María Cleofás ya se ha ido a dormir, después de preparar la levadura para mañana».

«Sí. Me quedo. Se está bien aquí».

«La paz sea contigo, Judas».

«La paz sea contigo, María».

265. Instrucciones a los doce apóstoles al comienzo de su ministerio.

28 de agosto de 1945.

1 Jesús y los apóstoles - están todos: señal de que Judas Iscariote, cumplida su obra, se ha unido de nuevo a sus compañeros - están sentados a la mesa en la casa de Cafarnaúm. Atardece. La luz del día que declina entra por la puerta y las ventanas abiertas de par en par. A través de éstas, se puede ver cómo la púrpura, del ocaso se va transformando en un rojo violáceo irreal, que en los bordes se desfleca formando abarquillamientos de un color turquí que termina en gris. Me recuerda a una hoja de papel arrojada al fuego: se enciende como el carbón en que cae, pero, en los bordes, después de la llamarada, se abarquilla y se apaga tomando un color plomo azulado que termina en un gris perlino casi blanco.

«Calor» sentencia Pedro, señalando hacia la voluminosa nube que viste el occidente de esos colores. «Calor. No agua. Eso es niebla, no nube. Esta noche duermo en la barca para estar más fresco».

«No. Esta noche vamos a los olivares. Necesito hablaros. Judas ya ha vuelto. Es tiempo de hablar. Conozco un lugar ventilado donde estaremos

bien. Levantaos. Vamos».

«¿Está lejos?» preguntan mientras cogen los mantos.

«No. Muy cerca. A un tiro de honda de la última casa. Podéis dejar los mantos. Coged, eso sí, yesca y eslabón para vernos al volver».

Salen de la habitación alta y bajan la escalera tras haber saludado al dueño de la casa y a su mujer, que están tomando el fresco en la terraza.

Jesús vuelve resueltamente la espalda al lago, y, atravesada la ciudad, recorre unos doscientos o trescientos metros por entre los olivos de una primera loma de detrás de la ciudad. Se detiene cuando llega al borde de un ribazo, que, por su posición saliente y libre de obstáculos, goza de todo el aire de que es posible gozar en esta noche de bochorno.

2 «Vamos a sentarnos. Prestadme atención. Ha llegado la hora de vuestra labor evangelizadora. He llegado aproximadamente a la mitad de mi vida pública para preparar los corazones para mi Reino. Ahora es tiempo de que también mis apóstoles tengan parte en la preparación de este Reino. Los reyes actúan así cuando deciden conquistar un país. Primero investigan y toman contacto con personas para oír las reacciones y formarlas en la idea que persiguen. Luego extienden la obra de preparación enviando personas de confianza al reino que quieren conquistar. Envían cada vez más personas, hasta que todas las particularidades geográficas y morales del país son manifiestas. Una vez hecho esto, el rey cumple cabalmente la obra y se proclama rey de ese lugar y se corona rey. Para llevarlo a cabo corre la sangre. Porque las victorias cuestan siempre sangre...».

«Estamos resueltos a luchar por ti y a derramar nuestra sangre» prometen unánimemente los apóstoles.

«Sólo derramaré la sangre del Santo y de los santos».

«¿Quieres empezar la conquista por el Templo, irrumpiendo durante la hora de los sacrificios?...».

«No divagemos, amigos. Sabréis el futuro a su debido tiempo. No os estremezcáis de horror de todas formas. Os aseguro que no voy a trastocar las ceremonias con la violencia de una irrupción. Y, no obstante, serán desbaratadas; llegará un día, una tarde, en que el terror, el terror de los pecadores, impedirá la oración ritual. Mas Yo, esa tarde, estaré en paz, en paz con mi espíritu y mi cuerpo, una paz total, beatífica...».

Jesús mira, uno a uno, a sus doce; es como si mirase la misma página doce veces y en ella leyera doce veces la misma palabra escrita: no comprenden. Sonríe y prosigue.

3 «Pues bien, he decidido enviaros, para penetrar más y más ampliamente de cuanto Yo solo podría hacer. Pero pondré prudenciales diferencias entre mi modo de evangelizar y el vuestro, para no crearos dificultades demasiado fuertes ni meteros en peligros demasiado serios para vuestra alma y vuestro cuerpo y para no causar perjuicio a mi obra.

Todavía no estáis formados hasta el punto de poder relacionaros con cualquier persona, quienquiera que sea, sin que os perjudique o la perjudiquéis, ni - mucho menos aún - tenéis el heroísmo suficiente como para desafiar al mundo por causa de la Idea adelantándoos a hacer frente a las venganzas del mundo. Por tanto, no vayáis a los gentiles cuando vayáis a predicarme, ni entréis en las ciudades de los samaritanos; id más bien a las

ovejas perdidas de la casa de Israel: hay mucha labor que hacer con éstas; en verdad os digo que estas multitudes, que os parecen muchas, en torno a mí, son la centésima parte de las que en Israel todavía esperan al Mesías y no le conocen ni saben que vive. Llevadles a éstas la fe y el conocimiento de mí.

Por el camino predicad: "El Reino de los Cielos está cerca". Éste debe ser el anuncio basilar, apoyad en él toda vuestra predicación. ¡Mucho me habéis oído hablar del Reino! No tenéis sino que repetir mis palabras. Ahora bien, el hombre, para sentirse atraído por las verdades espirituales, para sentirse convencido de ellas, necesita estímulos de carácter material, como si fuera un eterno niño, que no estudia una lección, no aprende un oficio, si no tiene el estímulo de un dulce de su madre o de un premio del maestro de la escuela o del maestro del oficio. Pues bien, para que dispongáis del medio para que crean en vosotros y os busquen, os concedo el don de milagros...».

Los apóstoles se levantan de improviso - excepto Santiago de Alfeo y Juan - y, según el temperameto de cada uno, gritan, protestan, se exaltan... Verdaderamente el único que se pavonea de la idea de hacer milagros es Judas Iscariote, el cual, a pesar de la gran deuda que tiene en su alma de haber hecho una acusación falsa e interesada, exclama: «¡Ya era hora de que también nosotros hiciéramos esto, para gozar de un mínimo de autoridad sobre las multitudes!».

Jesús le mira, pero no dice nada. Pedro y el Zelote - que están diciendo: «¡No, Señor! ¡No somos dignos de tanto! Eso es para los santos» - rebaten enérgicamente a Judas: el Zelote dice: «¿Cómo te atreves, hombre necio y orgulloso, a censurar al Maestro?»; y Pedro: «¿Un mínimo? ¿Pero, qué quieres hacer más que milagros? ¿Ser Dios tú también? ¿Sientes, acaso, la misma comezón que Lucifer?».

«¡Silencio!» dice Jesús con tono autoritario. Y prosigue:

«Hay una cosa que supera al milagro y que convence igualmente a las multitudes, y con mayor profundidad y duración: una vida santa. Pero vosotros estáis todavía lejos de esta vida, y tú, Judas, más lejos que los demás. Mas dejadme hablar porque es una larga instrucción.

[4]Id, pues, y curad a los enfermos, limpiad a los leprosos, resucitad a los muertos del cuerpo y del espíritu (porque cuerpo y espíritu pueden estar igualmente enfermos, leprosos, muertos). Ya sabéis cómo se obra un milagro: con vida de penitencia, ferviente oración, sincero deseo de hacer brillar el poder de Dios, humildad profunda, viva caridad, encendida fe, esperanza imperturbable ante cualquier tipo de dificultad. En verdad os digo que todo es posible para quien dispone de estos elementos. Y los demonios huirán ante el Nombre del Señor pronunciado por vosotros, si tenéis cuanto he dicho. Este poder os viene de mí y de nuestro Padre. No se compra con moneda alguna. Sólo nuestra voluntad lo concede, sólo la vida justa lo mantiene. De la misma forma que se os da gratis, gratuitamente habéis de darlo a los demás, a los que tengan necesidad de él. ¡Ay de vosotros si rebajáis el don de Dios sirviéndoos de él para engrosar vuestra bolsa! No es vuestro poder, es poder de Dios. Usadlo, mas no os apropiéis de él diciendo: "Es mío". De la misma forma que se os da, se os puede quitar.

Simón de Jonás poco antes ha dicho a Judas de Simón: "¿Tienes la misma comezón que Lucifer?". Ha expresado una justa definición. Decir: "Hago lo que hace Dios porque soy como Dios" es imitar a Lucifer. Su

castigo lo conocemos. También sabemos lo que les sucedió a los dos que comieron el fruto prohibido en el paraíso terrenal, por instigación del Envidioso - que quería llevar a otros desdichados a su Infierno, además de los rebeldes angélicos que ya había -, y también por el propio prurito de soberbia perfecta.

El único fruto que os es lícito coger de lo que hacéis son las almas que con el milagro conquistaréis para el Señor y que deben entregársele al Señor. Esas son vuestras monedas, no otras; en la otra vida gozaréis de su tesoro.

5Id sin riquezas. No llevéis con vosotros ni oro, ni plata, ni monedas en vuestros cinturones; ni saca de viaje con dos o más indumentos y calzado de repuesto, ni bastón de peregrino, ni armas humanas. En efecto, por ahora, vuestras visitas apostólicas serán cortas y todas las vigilias de los sábados nos veremos, y podréis dejar vuestros vestidos sudados sin tener necesidad de llevar con vosotros uno para cambiaros. No hace falta el bastón, porque el camino es aquí suave; bien distinto es lo que se necesita en los desiertos y montañas altas de lo que se necesita en colinas y llanuras. No hacen falta armas; éstas son útiles para el hombre que no conoce la santa pobreza e ignora el divino perdón. Mas vosotros no tenéis tesoros que cuidar y defender de los ladrones. El único al que debéis temer, el único ladrón para vosotros es Satanás, y Satanás se vence con la constancia y la oración, no con espadas y puñales.

Perdonad al que os ofenda. Si os despojasen del manto, dad también la túnica. Aunque os quedarais completamente desnudos por mansedumbre y desapego de las riquezas, no escandalizaríais a los ángeles del Señor ni a la infinita Castidad de Dios, porque vuestra caridad vestiría de oro vuestro cuerpo desnudo, la mansedumbre os sería compuesto cinturón, el perdón hacia el ladrón os pondría manto y corona regia; estaríais, por tanto, mejor vestidos que un rey, no de tela corruptible, sino de materia incorruptible.

No os preocupéis por qué habréis de comer. Dispondréis siempre de lo apropiado para vuestra condición y ministerio, porque el obrero es digno del alimento que le ofrecen. Siempre. Dios proveería de lo necesario a su obrero, si los hombres no lo hicieran. Ya os he mostrado que para vivir y predicar no es necesario atiborrarse de comida. Eso va bien para los animales impuros, cuya misión es la de engordar para ser entregados a la muerte y engordar a los hombres. Vosotros sólo debéis nutrir bien vuestro espíritu y el de los demás con alimentos sapienciales. Mas la Sabiduría se hace presente con su luz a una mente no embotada por la crápula, a un corazón que se nutre de cosas espirituales. Jamás habéis sido tan elocuentes como después del retiro en el monte, y en aquel entonces comisteis sólo lo indispensable para no morir; pues bien, a pesar de ello, al final del retiro estabais fuertes y joviales como nunca. ¿No es, acaso, verdad?

6En cualquier ciudad que entréis, informaos de que haya quien merezca recibiros. No porque seáis Simón, Judas, Bartolomé, Santiago, Juan, etc., sino porque sois los mensajeros del Señor. Aunque hubierais sido escoria, asesinos, ladrones, publicanos, ahora, arrepentidos y a mi servicio, merecéis respeto porque sois mis mensajeros. Digo más. Digo: ¡ay de vosotros si,

teniendo la apariencia de mensajeros míos, por dentro sois viles y diabólicos!, ¡ay de vosotros!; el infierno es poco para lo que merecéis por vuestro engaño. Mas, aunque fuerais contemporáneamente mensajeros de Dios en la apariencia y, por dentro, escoria, publicanos, ladrones, asesinos; aunque los corazones tuvieran sospechas respecto a vosotros, o casi certeza... se os debe honrar y respetar porque sois mis mensajeros. El ojo del hombre debe ir más allá del medio, debe ver al mensajero y debe ver el fin, ver a Dios y su obra más allá del medio, que demasiado frecuentemente es deficiente. Sólo en casos de culpas graves que dañen la fe de los corazones, Yo por ahora, luego quien me suceda, tomaremos medidas para amputar el miembro corrompido. Porque no es lícito que por un sacerdote demonio se pierdan almas de fieles. Nunca será lícito, por esconder las llagas abiertas en el cuerpo apostólico, permitir que en él pervivan cuerpos gangrenados que con su aspecto repugnante obliguen a alejarse y con su hedor demoniaco envenenen.

Os informaréis, por tanto, de cuál es la familia de vida más recta, donde las mujeres saben estar retiradas y se disciplinan las costumbres. Entraréis en esa casa y en ella os alojaréis hasta el momento de vuestra partida. No imitéis a los zánganos, que después de succionar una flor pasan a otra más nutritiva. Tanto si os veis entre personas de buena cama y rica mesa, como si os toca una familia humilde, rica sólo en virtudes, quedaos donde estéis. No busquéis nunca "lo mejor" para el cuerpo mortal. Antes bien, dadle siempre lo peor y reservad todos los derechos al espíritu. Si podéis - os digo esto porque conviene que lo hagáis -, con toda diligencia, dad la preferencia a los pobres para vuestra estancia en el lugar: para no humillarlos, y en memoria mía, que soy y permanezco pobre y me glorío de serlo, y también porque los pobres frecuentemente son mejores que los ricos. Encontraréis siempre pobres justos, mientras que será raro encontrar un rico exento de injusticia. No tenéis, por tanto, la disculpa de decir: "Sólo he encontrado bondad en los ricos", para justificar vuestra sed de bienestar.

Al entrar en la casa saludad con mi saludo, que es el más dulce de los saludos. Decid: "La paz sea con vosotros. Paz a esta casa" o "la paz descienda sobre esta casa". En efecto, vosotros, mensajeros de Jesús y de la Buena Nueva, lleváis con vosotros la paz, y vuestra llegada a un lugar significa hacer llegar a ese lugar la paz. Si la casa es digna de la paz, la paz descenderá sobre ella y permanecerá en ella; si no lo es, la paz volverá a vosotros. Mas estad atentos a ser vosotros pacíficos, para tener por Padre a Dios. Un padre siempre ayuda; vosotros, ayudados por Dios, haréis todo, y lo haréis bien.

Puede suceder, es más, sucederá, que una ciudad o una casa no os reciban; no querrán escuchar vuestras palabras, os expulsarán, os tomarán a risa, os perseguirán a pedradas cual profetas molestos. Entonces tendréis más necesidad que nunca de ser pacíficos, humildes, mansos, como hábito de vida. Si no, la ira se impondrá y pecaréis: escandalizaréis y aumentaréis la incredulidad de los que se han de convertir. Sin embargo, si recibís con paz la ofensa que supone el ser expulsados, escarnecidos, perseguidos, convertiréis con el más bello de los discursos: la silenciosa predicación de la virtud verdadera. Un día volveréis a encontrar a los enemigos de hoy en vuestro camino, y os dirán: "Os hemos buscado porque vuestro modo de actuar nos ha persuadido de la

Verdad que anunciáis. Os pedimos vuestro perdón y que nos acojáis como discípulos. Porque no os conocíamos. Pero ahora sabemos que sois santos. Por tanto, si sois santos, debéis ser mensajeros de un santo. Ahora creemos en Él". De todas formas, al salir de la ciudad o casa que no os hayan recibido, sacudíos hasta el polvo de las sandalias, para que la soberbia y la dureza de aquel lugar no se pegue ni siquiera a vuestras suelas. En verdad os digo que el día del Juicio Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos dureza que esa ciudad.

7Mirad, os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas. Porque ya sabéis cómo el mundo - que, en verdad, es más de lobos que de ovejas - me trata a mí, que soy el Cristo. Yo puedo defenderme con mi poder, y lo haré mientras no llegue la hora del triunfo temporal del mundo. Pero vosotros no tenéis este poder y necesitáis mayor prudencia y sencillez. Mayor sagacidad, por tanto, para evitar, por ahora, cárceles y fiagelaciones.

Verdaderamente, a pesar de vuestras abiertas declaraciones de querer dar vuestra sangre por mí, por el momento no soportáis ni siquiera una mirada irónica o iracunda. Llegará un tiempo en que seréis fuertes como héroes contra todas las persecuciones; más fuertes que héroes, con un heroísmo inconcebible para los criterios del mundo, inexplicable, que será llamado "locura". ¡No, no será locura! Será la identificación, en virtud del amor, del hombre con el Hombre-Dios, y sabréis hacer lo que Yo haga. Para comprender este heroísmo hará falta verle, estudiarle y juzgarle, desde niveles ultraterrenos, porque es una cosa sobrenatural que se escapa a todas las restricciones de la naturaleza humana. Los reyes, los reyes del espíritu serán mis héroes, eternamente reyes y héroes...

En aquella hora os arrestarán, os pondrán las manos encima, os llevarán ante los tribunales, los jefes y los reyes, para que os juzguen y condenen por ese gran pecado ante los ojos del mundo que es el ser los siervos de Dios, los ministros y tutores del Bien, los maestros de las virtudes. Por ser estas cosas os flagelarán y os castigarán de mil modos, hasta acabar con vuestra vida. Y daréis testimonio de mí a los reyes, a los jefes, a las naciones, confesando con la sangre que amáis a Cristo, el Hijo verdadero del Dios verdadero.

Cuando caigáis en sus manos, no os aflijáis por lo que tendréis que responder ni de lo que habréis de decir. En aquella hora no debéis tener ninguna pena aparte de la de la aflicción por vuestros jueces y acusadores, que Satanás desvía hasta el punto de hacerlos ciegos para la Verdad. Las palabras que habrá que decir se os darán en ese momento. Vuestro Padre las pondrá en vuestros labios, porque en aquella hora no seréis vosotros los que habléis para convertir a la Fe y para profesar la Verdad, sino que será el Espíritu del Padre vuestro el que hablará en vosotros.

8En aquella hora el hermano dará muerte al hermano, el padre al hijo, los hijos se levantarán contra sus padres y los matarán. ¡No desfallezcáis ni os escandalicéis! Respondedme: ¿para vosotros es mayor delito matar a un padre, a un hermano, a un hijo, o a Dios mismo?».

«A Dios no se le puede matar» dice secamente Judas Iscariote.

«Es verdad. Es Espíritu inaprensible» confirma Bartolomé. Y los demás, aunque callen,

son de la misma opinión.
«Yo soy Dios, y Carne soy» dice serenamente Jesús.
«Nadie pretende matarte» replica Judas Iscariote.
«Os ruego que respondáis a mi pregunta».
«¡Es más grave matar a Dios! ¡Se entiende!».
«Pues bien, el hombre dará muerte a Dios, en la Carne del Hombre Dios y en el alma de los asesinos del Hombre Dios. Por tanto, de la misma forma que se llegará a cumplir este delito, sin el horror de sus autores, se llegará al delito de los padres, hermanos, hijos, contra hijos, hermanos, padres.

9Seréis odiados por todos a causa de mi Nombre. Mas quien persevere hasta el final se salvará. Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra (no por vileza, sino para darle tiempo a la recién nacida Iglesia de Cristo de alcanzar la edad adulta - superando la edad del lactante débil e inexperto - en que sea capaz de afrontar la vida y la muerte sin temer a la Muerte). Aquellos a quienes el Espíritu les aconseje huir huyan, como huí Yo cuando era pequeño. Verdaderamente en la vida de mi Iglesia se repetirán *todas* las vicisitudes de mi vida de hombre. Todas. Desde el misterio de su formación en la humildad en los primeros tiempos, a las turbaciones e insidias que le vendrán de los hombres violentos, o a la necesidad de huir para seguir existiendo; desde la pobreza y el trabajo infatigable, hasta muchas otras cosas que vivo actualmente, o que sufriré mañana, hasta llegar al triunfo eterno. Aquellos a quienes, por el contrario, el Espíritu les aconseja quedarse quédense: sí, aunque caigan asesinados, vivirán y serán útiles a la Iglesia; sí, siempre está bien lo que el Espíritu de Dios aconseja.

10En verdad os digo que no acabaréis, ni vosotros ni los que os sucedan, de recorrer los caminos y ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre. Porque Israel, por un tremendo pecado suyo, será dispersado, como cascarilla embestida por un torbellino, y diseminado por toda la Tierra; habrán de sucederse siglos y milenios, uno y otro y otro..., antes de que sea recogido de nuevo en la era de Arauná el Jebuseo*. Cada vez que lo intente, antes de la hora señalada, será

---

* *la era de Arauná el Jebuseo* recuerda el final de un flagelo querido por el Señor, en *2 Samuel 24, 16-25* y en *1 Crónicas 21, 15-30.*
nuevamente embestido por el torbellino y dispersado, porque Israel tendrá que llorar su pecado durante tantos siglos cuantas serán las gotas que lloverán de las venas del Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo. Mi Iglesia - agredida por Israel en mí y en mis apóstoles y discípulos - deberá abrir sus brazos maternos, para tratar también de recoger a Israel bajo su manto, como hace una gallina con los polluelos que se dispersan. Cuando todo Israel esté bajo el manto de la Iglesia de Cristo, vendré.

11Mas éstas son cosas futuras, hablemos de las inmediatas.

Tened siempre presente que el discípulo no es más que su Maestro, ni el siervo más que su Señor; bástele, pues, al discípulo ser como su Maestro (ya

de por sí inmerecido honor), y al siervo como su señor (la concesión de lo cual, ya de por sí, es bondad sobrenatural). Si han llamado Belcebú al Señor de la casa, ¿qué llamarán a sus siervos? ¿Podrán, acaso, rebelarse los siervos cuando no se rebela su Señor, ni odia ni maldice, sino que, sereno en su justicia, continúa su obra, posponiendo el juicio para otro momento, una vez que, habiendo intentado todo para persuadirlos, haya visto su obstinación en el Mal? No. Los siervos no podrán hacer lo que no hace su Señor; antes bien, deberán imitarle, pensando que ellos también son pecadores, mientras que Él no tenía pecado. No temáis, por tanto, a los que os llamen "demonios". Día llegará en que la verdad será sabida; entonces se verá quiénes eran los "demonios", si vosotros o ellos.

No hay nada escondido que quede sin revelar; nada secreto que no se venga a saber. Lo que ahora os digo en la sombra y en secreto, porque el mundo no es digno de conocer todas las palabras del Verbo - no es digno el mundo todavía, ni es hora de hacer extensiva la manifestación de estas cosas a los indignos -, cuando llegue la hora de que todo deba ser conocido, decidlo a la luz, gritad desde los tejados lo que Yo ahora os susurro más al alma que al oído. Entonces, en efecto, el mundo ya habrá sido bautizado por la Sangre. Satanás encontrará ante sí un estandarte por el que el mundo, si quiere, podrá comprender los secretos de Dios; él, sin embargo, no podrá dañar sino a quien desea su mordisco y lo prefiere a mi beso. Mas ocho partes de diez del mundo no querrán comprender. Sólo las minorías tendrán voluntad de saber todo para seguir todo lo que es mi Doctrina. No importa. Dado que no se puede separar estas dos partes santas de la masa injusta, predicad desde los tejados mi Doctrina, predicadla desde lo alto de los montes, por los mares sin confines, en las entrañas de la tierra; aunque los hombres no la escuchen, recogerán las divinas palabras los pájaros y los vientos, los peces y las olas, conservarán su eco las entrañas del suelo para decírselo a los manantiales internos, a los minerales, a los metales, y exultarán todos ellos, porque también ellos han sido creados por Dios para ser escabel de mis pies y alegría de mi corazón.

No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed sólo a quien puede mandar vuestra alma a la perdición y reunirla en el Ultimo Juicio con el cuerpo resucitado, para arrojarlos al fuego del Infierno. No temáis. ¿No se venden dos pájaros por un as? Y, sin embargo, si el Padre no lo permite, ni uno de ellos caerá a pesar de todas las asechanzas del hombre. No temáis, pues. El Padre os conoce. Como también conoce el número de vuestros cabellos. ¡Vosotros valéis más que muchos pájaros! Os digo que a quien me confiese ante los hombres Yo también le confesaré ante mi Padre, que está en los Cielos; mas a quien me niegue ante los hombres, también Yo le negaré ante mi Padre. Confesar, aquí, significa seguir y practicar; negar significa abandonar mi camino por vileza, por ternaria concupiscencia, por mezquino cálculo, por afecto humano hacia un allegado vuestro contrario a mí. Porque estas cosas sucederán.

12 No creáis que he venido a instaurar la concordia en la tierra y para la tierra. Mi paz es más alta que las paces premeditadas que tienen la finalidad de poderse uno manejar diariamente en la vida. No he venido a traer la paz, sino la espada; la espada afilada para cortar las lianas que impiden salir del

fango, abriendo así los caminos a los vuelos en el mundo sobrenatural. Así pues, he venido a separar al hijo del padre, a la hija de la madre, a la nuera de la suegra. Porque Yo soy el que reina y tiene todos los derechos sobre sus súbditos. Porque ninguno es más grande que Yo en derechos sobre los afectos. Porque en mí se centran todos los amores y se subliman; soy Padre, Madre, Esposo, Hermano, Amigo: así os amo y así debo ser amado. Cuando digo: "Quiero" ningún vínculo puede resistir y la criatura es mía. Yo con mi Padre la he creado, Yo por mí mismo la salvo, Yo tengo derecho a poseerla.

Verdaderamente los enemigos del hombre, además de los demonios, son los propios hombres; enemigos del hombre nuevo, del cristiano, serán los de su propia casa, con sus quejas, amenazas o súplicas. Pues bien, quien, de ahora en adelante, ame a su padre y a su madre más que a mí no es digno de mí; quien ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; el que no toma su cruz de cada día, compleja, formada de resignación, renuncias, obediencia, heroísmos, dolores, enfermedades, lutos, de todo aquello que es manifestación de la voluntad de Dios o de una prueba del hombre... el que no la toma y con ella me sigue no es digno de mí. Quien estima más su vida terrena que la vida espiritual perderá la Vida verdadera. Quien pierda su vida terrena por amor mío la volverá a encontrar, eterna y beata.

13 Quien a vosotros os recibe a mí me recibe, quien me recibe a mí recibe a Aquel que me ha enviado; quien reciba a un profeta como profeta recibirá premio proporcional a la caridad ejercida con el profeta; quien reciba a un justo como justo recibirá un premio proporcional al justo. Esto es así porque el que reconoce al profeta en el profeta es señal de que también él es profeta, es decir, muy santo porque el Espíritu de Dios le tiene en sus brazos; y quien reconoce a un justo como justo demuestra que él mismo es justo, porque las almas semejantes se reconocen. A cada uno, pues, se le dará según justicia.

Quien dé aunque sólo sea un vaso de agua pura a uno de mis siervos, aunque fuera al más pequeño - y son siervos de Jesús todos los que le predican con una vida santa, y pueden serlo tanto los reyes como los mendigos, tanto los que saben mucho como los que no saben nada, los ancianos o los niños, porque a todas las edades y en todas las clases se puede ser discípulo mío -, quien dé a un discípulo mío aunque sólo sea un vaso de agua en mi nombre y por ser discípulo mío, en verdad os digo que no perderá su recompensa.

14 He dicho. Ahora vamos a orar y luego volvemos a la casa. Al alba partiréis; así: Simón de Jonás con Juan, Simón Zelote con Judas Iscariote, Andrés con Mateo, Santiago de Alfeo con Tomás, Felipe con Santiago de Zebedeo, Judas mi hermano con Bartolomé. Esta semana será así. Luego daré nuevas indicaciones. Vamos a orar».

Y oran en voz alta...

266. Los discípulos del Bautista quieren verificar que Jesús es el Mesías. Testimonio sobre el Precursor e invectiva contra las ciudades impenitentes.

29 de agosto de 1945.

1 Jesús está sólo con Mateo, que no ha podido ir con los demás a predicar por tener herido un pie. De todas formas, enfermos y otras personas deseosas de la Buena Nueva llenan la terraza y el espacio libre del huerto para oírle y solicitarle ayuda.

Jesús termina de hablar diciendo: «Habiendo contemplado juntos la gran frase de Salomón: "En la abundancia de la justicia está la suma fortaleza", os exhorto a poseer esta abundancia, pues es moneda para entrar en el Reino de los Cielos. Tened con vosotros mi paz y Dios sea con vosotros». Luego se acerca a los pobres y enfermos - en muchos casos son una y otra cosa juntamente - y escucha con bondad lo que cuentan, ayuda con dinero, aconseja con palabras, sana con la imposición de las manos y con la palabra. Mateo, a su lado, se encarga de dar las monedas.

2 Jesús está escuchando con atención a una pobre viuda que, entre lágrimas, le narra la muerte repentina de su marido carpintero, en el banco de trabajo, acaecida pocos días antes: «Vine corriendo a buscarte aquí. Todo el parentesco del difunto me acusó de falta de compostura y de ser dura de corazón. Ahora me maldicen. Pero había venido porque sabía que resucitabas y sabía que si te encontraba mi marido resucitaría. No estabas... Ahora él está en el sepulcro desde hace dos semanas... y yo estoy aquí con cinco hijos... Los parientes me odian y me niegan su ayuda. Tengo olivos y vides. Pocos, pero me darían pan para el invierno si pudiera tenerlos hasta la recolección. Pero no tengo dinero, porque mi marido desde hacía tiempo estaba poco sano y trabajaba poco, y, para mantenerse, comía y bebía, yo digo que demasiado. Decía que el vino le sentaba bien... la verdad es que hizo el doble mal de matarle a él y de consumir los ya escasos ahorros por su poco trabajo. Estaba terminando un carro y un baúl; le habían encargado dos camas, unas mesas, y también unas repisas. Pero ahora... no están terminados, y mi hijo varón no llega a ocho años. Perderé el dinero... Tendré que vender los útiles y la madera. El carro y el baúl ni siquiera los puedo vender como tales, aunque estén casi ultimados, así que los voy a tener que dar como leña para el fuego. No va a ser suficiente el dinero, porque yo, mi madre anciana y enferma y cinco hijos somos siete personas... Venderé el majuelo y los olivos... Pero ya sabes cómo es el mundo... Donde hay necesidad, ahoga. Dime, ¿qué debo hacer? Quería guardar el banco y las herramientas para mi hijo, que ya sabe algo de la madera... quería conservar la tierra para vivir, y también como dote para mis hijas...».

Está escuchando todo esto cuando una agitación de la gente le advierte de que hay alguna novedad. Se vuelve para ver lo que sucede y ve a tres hombres que se están abriendo paso entre la multitud. Se vuelve otra vez

hacia la viuda para decirle: «¿Dónde vives?».
«En Corazín, junto al camino que va a la Fuente caliente. Una casa baja entre dos higueras».
«Bien. Iré a ultimar el carro y el baúl, de modo que podrás vendérselos a quien los había encargado. Espérame mañana a la aurora».
«¡Tú? ¡Tú trabajar para mí?». La mujer se siente ahogar del estupor.
«Volveré a mi trabajo y te daré paz a ti. Al mismo tiempo, a esos de Corazín sin corazón les daré la lección de la caridad».
«¡Oh, sí! ¡Sin corazón! ¡Si viviera todavía el viejo Isaac! ¡No me dejaría morir de hambre! Pero ha vuelto a Abraham...».
«No llores. Vuelve a casa serena. Con esto tendrás para hoy. Mañana iré Yo. Ve en paz». La mujer se arrodilla a besarle la túnica y se marcha más consolada.

3 «Maestro tres veces santo, ¿te puedo saludar?» pregunta uno de los tres que habían llegado y que estaban parados respetuosamente detrás de Jesús, esperando a que despidiera a la mujer, y que, por tanto, han oído la promesa de Jesús. El hombre que ha saludado es Manaén.

Jesús se vuelve y, sonriendo, dice: «¡Paz a ti, Manaén! ¡Entonces, te has acordado de mí!...».

«Eso siempre, Maestro. Había decidido ir a verte a casa de Lázaro y al huerto de los Olivos para estar contigo. Pero antes de la Pascua apresaron a Juan el Bautista. Le prendieron - con traición - otra vez; yo temía que, en ausencia de Herodes, que había ido a Jerusalén para la Pascua, Herodías ordenara la muerte del santo. No quiso ir para las fiestas a Sión, porque decía que estaba enferma. Enferma, sí: de odio y lujuria... Estuve en Maqueronte para vigilar y... refrenar a esa pérfida mujer, que sería capaz de matar con su propia mano... Si no lo hace, es porque tiene miedo a perder el favor de Herodes, que... por miedo o convicción, defiende a Juan y se limita a tenerle prisionero. Ahora Herodías se ha ido a un castillo de su propiedad, huyendo del calor agobiante de Maqueronte. Yo he venido con estos amigos míos y discípulos de Juan. Los enviaba él con una pregunta para ti. Me he unido a ellos».

4 La gente, al oír hablar de Herodes y comprendiendo quién es el que habla de él, se arremolina, curiosa, en torno al pequeño grupo de Jesús y de los tres hombres.

«¿Qué pregunta queríais hacerme?» dice Jesús, tras recíprocos saludos con los dos austeros personajes.

«Habla tú, Manaén, que sabes todo y eres más amigo» dice uno de los dos.

«Escucha, Maestro. Sé comprensivo, si ves que, por exceso de amor, en los discípulos nace un recelo hacia Aquel al que creen antagonista o suplantador de su maestro. Lo hacen los tuyos, lo hacen igual los de Juan. Son celos comprensibles, que demuestran todo el amor de los discípulos hacia sus maestros. Yo... soy imparcial, y lo pueden decir éstos que están conmigo, porque os conozco a ti y a Juan y os amo con equidad. Tanto es así que, aunque te ame a ti por lo que eres, preferí hacer el sacrificio de estar con Juan, porque le venero también a él por lo que es, y, actualmente, porque está en mayor peligro que Tú. Ahora, por este amor - no sin el soplo rencoroso de los fariseos - han llegado a

poner en duda que Tú eres el Mesías. Y así se lo han confesado a Juan, creyendo que le daban una alegría diciéndole: "Para nosotros el Mesías eres tú, no puede haber uno más santo que tú". Pero primero Juan los ha reprendido llamándolos blasfemos; luego, después de la reprensión, con más dulzura, ha ilustrado todas las cosas que te señalan como verdadero Mesías; en fin, viendo que todavía no estaban convencidos, ha tomado a dos de ellos, éstos, y les ha dicho: "Id donde Él y decidle en mi nombre: '¿Eres Tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?' ". No ha enviado a los discípulos que antes habían sido pastores, porque creen y no habría aportado nada el enviarlos. Los ha tomado de entre los que dudan, para acercártelos y para que su palabra disipara las dudas de otros como ellos. He venido con ellos para verte. Esto es todo. Ahora Tú acalla sus dudas».

5«¡No nos creas hostiles a ti, Maestro! Las palabras de Manaén te lo podrían hacer pensar. Nosotros... nosotros... Conocemos desde hace años al Bautista, siempre le hemos visto santo, penitente, inspirado. A ti... no te conocemos sino por boca de terceros, y ya sabes lo que es la palabra de los hombres... Crea y destruye fama y honra, por el contraste entre quien exalta y quien humilla, de la misma forma que dos vientos contrarios forman y dispersan una nube».

«Lo sé, lo sé. Leo en vuestro corazón y vuestros ojos leen la verdad en lo que os rodea, como también vuestros oídos han escuchado la conversación con la viuda. Sería suficiente para convencer. Mas Yo os digo: observad qué personas me rodean: aquí no hay ricos, ni gente que se dé la gran vida, aquí no hay personas de vida escandalosa; sólo hay pobres, enfermos, honrados israelitas que quieren conocer la Palabra de Dios. Este, éste, esta mujer... también esa niñita, y aquel anciano, han venido aquí enfermos y ahora están sanos. Preguntadles y os dirán qué tenían y cómo los he curado, y cómo están ahora. Preguntad, preguntad; yo, mientras, hablo con Manaen» y hace ademán de separarse.

«No, Maestro. No dudamos de tus palabras. Danos sólo una respuesta que llevar a Juan, para que vea que hemos venido y para que pueda, sobre la base de esa respuesta, persuadir a nuestros compañeros».

«Id y referid esto a Juan: "Los sordos oyen; esta niña era sorda y muda. Los mudos hablan; aquel hombre era mudo de nacimiento. Los ciegos ven".

6Hombre, ven aquí. Di a éstos lo que tenías» dice Jesús mientras coge de un brazo a uno que ha sido curado milagrosamente.

Éste dice: «Soy albañil. Me cayó en la cara un cubo lleno de cal viva. Me quemó los ojos. Desde hace cuatro años vivía en la oscuridad. El Mesías me ha mojado los ojos secos con su saliva y ahora están de nuevo más frescos que cuando tenía veinte años. ¡Bendito sea!».

Jesús prosigue: «Y no sólo ciegos, sordos o mudos, curados, sino también cojos que corren, tullidos que se enderezan. Mirad ese anciano: hace un rato estaba anquilosado, encorvado, y ahora está derecho como una palma del desierto y ágil como una gacela. Quedan curadas las más graves enfermedades. Tú, mujer, ¿qué tenías?».

«Una enfermedad del pecho, por haber dado demasiada leche a bocas voraces; la enfermedad, además del pecho, me comía la vida. Ahora mirad» y se destapa el vestido y muestra, intactos, los pechos, y añade: «Lo tenía que era todo una llaga. Lo demuestra la

túnica, todavía mojada de pus. Ahora voy a casa para ponerme un vestido limpio; estoy fuerte y contenta. Ayer, no más, estaba muriéndome. Me han traído aquí unas personas compasivas. Me sentía muy infeliz... por los niños, que se iban a quedar pronto sin madre. ¡Eterna alabanza al Salvador!».

«¿Habéis oído? Podéis preguntarle también al arquisinagogo de esta ciudad sobre la resurrección de su hija. Y, volviendo en dirección a Jericó, pasad por Naím e informaos sobre el joven que fue resucitado en presencia de toda la ciudad, cuando ya estaba para ser introducido en la tumba; así, podréis referir que los muertos resucitan. El hecho de que muchos leprosos hayan sido curados lo podréis saber en muchos lugares de Israel; pero, si queréis ir a Sicaminón, buscad entre los discípulos y encontraréis muchos ex leprosos. Decid, pues, a Juan que los leprosos quedan limpios. Decid, además, que se anuncia la Buena Nueva a los pobres, porque lo estáis viendo. Y bienaventurado quien no se escandalice de mí. [7]Decid esto a Juan. Y también que le bendigo con todo mi amor».

«Gracias, Maestro. Bendícenos también a nosotros antes de marcharnos».

«No podéis iros a esta hora, con este calor... Quedaos en casa como invitados míos hasta el atardecer; así viviréis por un día la vida de este Maestro que no es Juan, pero que es amado por Juan, porque Juan sabe quién es. Venid a casa. Está fresca. Os daré la posibilidad de reponer fuerzas. Adiós a vosotros que me escucháis. La paz sea con vosotros». Despide a la muchedumbre y entra en la casa con sus tres invitados...

[8]...No sé de lo que hablan durante esas horas de fuego. Ahora veo la preparación de la partida de los dos discípulos hacia Jericó. Manaén parece que se queda (su caballo no ha sido traído junto con los dos fuertes asnos enfrente de la abertura de la tapia del patio). Los dos enviados de Juan, después de muchas reverencias al Maestro y a Manaén, suben a las monturas... y todavía se vuelven para mirar y saludar, hasta que un recodo del camino los esconde a la vista.

Muchos de Cafarnaúm se han congregado para ver esta despedida, porque la noticia de la venida de los discípulos de Juan y la respuesta que Jesús les ha dado se han propagado por el pueblo y creo que también por otros pueblos cercanos. Veo personas de Betsaida y Corazín, quizás ex discípulos del Bautista, que antes se han presentado a los enviados de Juan, les han preguntado por él y le han mandado saludos a través de ellos, y que ahora se quedan hablando en grupo con los de Cafarnaúm. Jesús, con Manaén a su lado, hace ademán de volver a la casa mientras habla. Pero la gente se apiña alrededor de él, curiosa de observar al hermano de leche de Herodes y su trato lleno de deferencia hacia Jesús; deseosos también de hablar con el Maestro.

[9]Está también Jairo, el arquisinagogo. Por gracia de Dios, no hay fariseos. Precisamente Jairo dice: «¡Estará contento Juan! No sólo le has enviado una respuesta exhaustiva, sino que, invitándolos a quedarse, has podido adoctrinarlos y mostrarles un milagro».

«¡Y no de poco relieve!» dice un hombre.

«Había traído expresamente a mi hija hoy para que la vieran. Nunca se ha sentido tan bien como ahora, y para ella es un motivo de alegría el venir a estar con el Maestro. ¿Habéis oído su respuesta, no?: "No recuerdo lo que es la muerte. Recuerdo, eso sí, que un ángel me llamó y me llevó a través de una luz que aumentaba cada vez más y al final de esa luz estaba Jesús. Como le vi entonces, con mi espíritu volviendo a mí, no le veo ni siquiera ahora; vosotros y yo, ahora, vemos al Hombre, pero mi espíritu vio a ese Dios que está dentro del Hombre". ¡Qué buena se ha hecho desde entonces! Era ya buena, pero ahora es un verdadero ángel. ¡Ah, que digan lo que quieran todos!, ¡para mí el único santo que hay eres Tú!».

«De todas formas, también Juan es santo» dice uno de Betsaida.
«Sí, pero es demasiado severo».
«No lo es más con los demás que consigo mismo».
«Pero no hace milagros y se dice que ayuna porque es como un mago».
«Pues de todas formas es santo».

La disputa de la gente se hace mayor. [10]Jesús alza la mano y la extiende con el gesto habitual que hace cuando pide silencio y atención porque quiere hablar; en seguida se hace el silencio.

Jesús dice:
«Juan es santo y grande. No miréis su manera de actuar ni la ausencia de milagros. En verdad os digo que es grande en el Reino de los Cielos. Allí se manifestará con toda su grandeza.
Muchos se quejan porque era y es severo hasta el punto de parecer rudo. En verdad os digo que ha hecho un trabajo de gigante para preparar los caminos del Señor. Quien trabaja de ese modo no tiene tiempo que perder en blanduras. ¿No decía, cuando estaba en el Jordán, las palabras de Isaías que le profetizan a él y profetizan al Mesías: "Todo valle será colmado, todo monte será rebajado, los caminos tortuosos serán enderezados y las breñas allanadas", y ello para preparar los caminos al Señor y Rey? ¡Verdaderamente ha hecho él más que todo Israel, para prepararme el camino! Quien debe rebajar montes, colmar valles, enderezar caminos o transformar cuestas penosas en subidas suaves, tiene que trabajar rudamente. En efecto, era el Precursor y sólo le anticipaba a mí una breve serie de lunas; todo debía estar ultimado antes de que el Sol se alzara en el día de la Redención. El tiempo ha llegado, el Sol sube para resplandecer sobre Sión y, desde Sión, extender su luz al mundo entero. Juan ha preparado el camino, como debía.
¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento en distintas direcciones? ¿Qué es lo que habéis ido a ver? ¿A un hombre refinadamente vestido? ¡No!... Esas personas viven en las casas de los reyes; ataviados con delicadas vestiduras, agasajados por mil siervos y cortesanos (cortesanos que lo son de un pobre hombre como ellos). Aquí tenemos un ejemplo. Preguntadle, a ver si no experimenta desazón por la vida de Corte y admiración por el risco solitario y escabroso, en vano embestido por el rayo y el pedrisco, en vano circundado por los necios vientos que quieren arrancarle y él se mantiene, no obstante, firme, elevándose entero hacia el cielo, con su punta tan enhiesta - puntiaguda cual llama que asciende -, que predica la alegría de lo alto. Éste es Juan. Así le ve Manaén, porque ha comprendido la verdad de la vida y la muerte y ve la grandeza donde está, aunque esté celada bajo apariencias agrestes.
Y vosotros, ¿qué habéis visto en Juan cuando habéis ido a verle? ¿Un profeta?, ¿un

santo? Os digo que es más que un profeta; es más que muchos santos, más que los santos porque es aquel de quien está escrito: "Mando ante vosotros a mi ángel para preparar tu camino delante de ti".

11 *Angel.* Pensad. Sabéis que los ángeles son espíritus puros creados por Dios según su semejanza espiritual, colocados como nexo entre el hombre (perfección de lo creado visible y material) y Dios (Perfección del Cielo y de la Tierra, Creador del reino espiritual y del reino animal). Aún en el hombre más santo subsisten la carne y la sangre que abren un abismo entre él y Dios (abismo que se ahonda profundamente con el pecado, que hace pesado incluso lo espiritual del hombre). Así pues, Dios crea a los ángeles, criaturas que tocan el vértice de la escala creadora de la misma forma que los minerales señalan su base (los minerales, el polvo que compone la tierra, las materias inorgánicas en general). Espejos tersos del Pensamiento de Dios, voluntariosas llamas que obran por amor, resueltos para comprender, diligentes para obrar, de voluntad libre como la nuestra, aunque enteramente santa, ajena a rebeliones y a estímulos de pecado. Esto son los ángeles adoradores de Dios, mensajeros suyos ante los hombres, protectores nuestros; ellos nos dan la Luz de que están investidos y el Fuego que, adorando, recogen.

La palabra profética llama "ángel" a Juan. Pues bien, Yo os digo: "Entre los nacidos de mujer no ha habido nunca uno mayor que Juan Bautista". No obstante, el menor del Reino de los Cielos será mayor que él-hombre. Porque quien es del Reino de los Cielos es hijo de Dios y no hijo de mujer. Tended, pues, todos, a ser ciudadanos del Reino.

12 ¿Qué os estáis preguntando entre vosotros dos?».

«Decíamos: "¿Juan estará en el Reino?" y "¿cómo estará en el Reino?"»

«En su espíritu está ya en el Reino. Cuando muera, estará en el Reino como uno de los soles más resplandecientes de la eterna Jerusalén. Es así por la Gracia sin resquebrajaduras que hay en él y por su propia voluntad. En efecto, ha sido, y es, violento también consigo mismo, con fin santo. A partir de Juan el Bautista, el Reino de los Cielos es de los que saben conquistárselo con la fuerza opuesta al Mal, y son los violentos los que lo conquistan. Sí, ahora ya se sabe lo que hay que hacer y todo ha sido dado para llevar a cabo esta conquista. El tiempo en que hablaban sólo la Ley y los Profetas ha pasado. Los Profetas han hablado hasta Juan. Ahora habla la Palabra de Dios, y no esconde ni una iota de cuanto ha de saberse para esta conquista. Si creéis en mí, debéis ver en Juan a ese Elías que debe venir. Quien tenga oídos para oír que oiga. ¿Con quién compararé a esta generación? Es semejante a la que describen esos muchachos, que, sentados en la plaza gritan a sus compañeros: "Hemos tocado y no habéis bailado; hemos entonado lamentos y no habéis llorado". En efecto, ha venido Juan, que no come ni bebe, y esta generación dice: "Puede hacerlo porque tiene al demonio, que le ayuda"; ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Ahí tenemos a un comilón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores". ¡Así la Sabiduría ha sido acreditada por sus hijos! 13 En verdad

os digo que sólo los niños saben reconocer la verdad, porque en ellos no hay malicia».

«Bien has dicho, Maestro» dice el arquisinagogo. «Por eso mi hija, que no conoce aún la malicia, te ve como nosotros no alcanzamos a verte. Pero esta ciudad y las otras cercanas rebosan de tu poder, sabiduría y bondad, y, debo confesarlo, no te responden sino con maldad. No se convierten. El bien que de ti reciben se transforma en odio contra ti».

«¿Qué estás diciendo, Jairo! ¡Nos estás calumniando! Si estamos aquí es por fidelidad al Cristo» dice uno de Betsaida.

«Sí. Nosotros. ¿Pero cuántos somos? Menos de cien en tres ciudades que deberían estar a los pies de Jesús. De los que faltan - me refiero a los hombres - la mitad son enemigos; la cuarta parte, indiferentes; la otra cuarta parte... quiero pensar que no puede venir. ¿No es esto ya pecado ante los ojos de Dios? ¿No será castigada toda esta aversión y obcecación en el mal? Habla, Maestro, Tú que no ignoras, Tú que si guardas silencio es por tu bondad, no porque no sepas. Eres longánime, y confunden tu longanimidad con ignorancia y debilidad. Habla, pues; que tu palabra remueva al menos a los indiferentes, ya que los malos no se convierten, sino que se hacen cada vez peores».

«Sí. Es culpa y será castigada. *Porque no se debe despreciar nunca el don de Dios, ni usarlo para hacer el mal.* ¡Ay de ti, Corazín, ay de ti, Betsaida, que hacéis mal uso de los dones de Dios! Si en Tiro y Sidón se hubieran cumplido los milagros que se han producido entre vosotros, ya haría mucho tiempo que, vestidos de cilicio y espolvoreados de ceniza, habrían hecho penitencia y habrían venido a mí. Por esto os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con mayor clemencia que vosotras en el día del Juicio. ¿Y tú, Cafarnaúm, crees que por haberme dado alojamiento serás elevada hasta el Cielo? Hasta el infierno bajarás. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que Yo te he dado, estaría todavía floreciente, porque habría creído en mí y se habría convertido. Por tanto, Sodoma, en el último Juicio, será tratada con mayor clemencia que tú, que has conocido al Mesías y has oído su palabra y no te has convertido, porque Sodoma no conoció al Salvador y su Palabra, por lo cual su culpa es menor. No obstante, como Dios es justo, los de Cafarnaúm, Betsaida y Corazín que han creído y se santifican prestando obediencia a mi palabra, serán tratados con mucha misericordia; no es justo, en efecto, que los justos se vean implicados en el descalabro de los pecadores. [14] Respecto a tu hija, Jairo, y a la tuya, Simón, y a tu hijo, Zacarías, y a tus nietos, Benjamín, os digo que, no conociendo malicia, ven ya a Dios. Ya veis que su fe es pura y activa, unida a sabiduría celestial, y también a deseos de caridad como no tienen los adultos»,

Y Jesús, alzando los ojos al cielo que se va oscureciendo con la noche, exclama: «Te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los doctos y se las has revelado a los pequeños. Así, Padre, porque así te plugo. Todo me ha sido confiado por mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquellos a los que el Hijo quiera revelárselo. Y Yo se lo he revelado a los pequeños, a los humildes, a los puros, porque Dios se comunica con ellos, y la verdad desciende como semilla a las tierras libres, y sobre la verdad hace llover el Padre sus luces

para que eche raíces y dé un árbol. Es más, verdaderamente el Padre prepara a estos espíritus de los pequeños de edad o de corazon, para que conozcan la Verdad y Yo exulte por su fe»...

267. Jesús, carpintero en Corazín.

31 de agosto de 1945.

[1]Jesús está trabajando con empeño en un taller de carpintero. Está terminando una rueda. Un niño, menudo y triste, le ayuda acercándole esto o aquello. Junto a la pared hay un banco en que Manaén, testigo inútil pero maravillado, está sentado.

Jesús no tiene su bonita túnica de lino, sino que se ha puesto una obscura. Como no es suya, le llega hasta las espinillas: es un indumento de trabajo, limpio pero remendado; quizás es del carpintero muerto.

Jesús da ánimos con sonrisas y buenas palabras al niño, y le enseña lo que debe hacer para conseguir que la cola adquiera el punto exacto o que queden bien lustrosas las paredes del baúl.

«Lo has terminado pronto, Maestro» dice Manaén mientras se levanta del banco y va a pasar un dedo por las molduras del baúl, que ya está terminado (ahora el niño le está dando lustre con un líquido).

«¡Estaba casi terminado!...».

«Quisiera adquirir esta obra tuya, pero ya ha venido el comprador y parece que tiene sus derechos... Le has chafado: esperaba poder quedarse con todo en cambio de los pocos cuartos prestados; sin embargo, se lleva sus cosas y basta. ¡Si fuera al menos uno que creyera que Tú... tendrían para él valor infinito! Pero, ¿has oído?...».

«Déjale. [2]Además, aquí hay madera, y la mujer se pondrá muy contenta de emplearla para sacar una ganancia. Si me encargas un baúl, te le hago...».

«¿Sí, Maestro! ¿Pero tienes intención de trabajar más?».

«Hasta que se acabe le madera. Soy un obrero responsable» dice sonriendo más abiertamente.

«¡Un baúl hecho por ti! ¡Qué reliquia! ¿Y qué voy a meter dentro?».

«Lo que quieras, Manaén. No será más que un baúl».

«¡Sí, pero hecho por ti!».

«¿Y qué quieres decir con eso?... También el Padre ha hecho al hombre, a todos los hombres, y ¿qué ha metido el hombre dentro de sí?, ¿qué meten en el hombre los hombres?».

Jesús habla, y mientras habla trabaja: va acá y allá por las herramientas necesarias, aprieta las prensas, taladra, cepilla, usa el torno, según se requiera.

«Hemos metido el pecado, es verdad».

«¡Pues ya lo ves! Debes creer también que el hombre, creado por Dios, es mucho más que un baúl hecho por mí. No confundas nunca el objeto con la acción. De un objeto hecho por mí hazte una reliquia para el espíritu, nada más».

«¿Qué quieres decir?».

«Quiero decir que des a tu espíritu la enseñanza derivada de lo que hago».

«Entonces, tu caridad, tu humildad, tu laboriosidad... Estas virtudes, ¿no es verdad?».
«Sí. Y en lo sucesivo haz tú lo mismo».
«Sí, Maestro; pero, ¿me haces el baúl?».
«Te lo hago. Ahora bien, dado que le ves como una reliquia, te le haré pagar como tal. Al menos se podrá decir que al menos una vez fui codicioso de dinero... Pero tú sabes para quién es ese dinero... Para estos huerfanitos...».
«Pídeme lo que quieras. Te lo daré. Al menos estará justificado mi ocio mientras Tú, Hijo de Dios, trabajas».

3 «Está escrito: "Comerás tu pan mojado con el sudor de tu frente"».

«¡Pero eso fue dicho para el hombre culpable, no para ti!».
«¡Un día seré el Culpable y cargaré sobre mí todos los pecados del mundo! Me los llevaré conmigo en mi primera partida».
«¿Y crees que el mundo ya no pecará más?».
«Debería... Pero siempre seguirá pecando. Por este motivo, el peso que cargaré sobre mí será tal, que me quebrará el corazón, porque cargaré con los pecados cometidos desde Adán hasta aquella hora, y los cometidos desde aquella hora hasta el final de los siglos; pagaré todo por el hombre».
«Y el hombre seguirá sin comprenderte ni amarte... ¿Piensas que Corazín se va a convertir por esta lección silenciosa y santa que estás dando con el trabajo que haces para socorrer a una familia?».
«No lo hará. Dirá: "Ha preferido trabajar para engañar al tiempo y para ganarse un dinero". Pero Yo ya no tenía más dinero. Había dado todo. Siempre doy todo lo que tengo, hasta la última perra, y he trabajado para dar dinero».
«¿Y para la comida para ti y Mateo?».
«Dios habría proveído».
«Pues nos has dado de comer a nosotros».
«Sí».
«¿Cómo?».
«Pregúntaselo al dueño de la casa».
«Se lo preguntaré, no lo dudes, en cuanto volvamos a Cafarnaúm».
Jesús ríe serenamente tras su rubia barba.

4 Silencio: solamente se oye el chirriído de la prensa apretando dos pedazos de rueda.

Luego Manaén pregunta: «¿Qué piensas hacer antes del sábado?».
«Iré a Cafarnaúm en espera de los apóstoles. Ha sido convenido que nos reuniríamos todas las tardes de los viernes y que estaríamos juntos todo el sábado. Luego daré las órdenes, y, si Mateo está curado, serán seis las parejas que irán evangelizando. Si no... ¿Quieres ir con ellos?».
«Prefiero estar contigo, Maestro... ¿Me dejas, de todas formas, darte un consejo?».
«Dile. Si es justo, le aceptaré».
«No te quedes nunca completamente solo. Tienes muchos enemigos, Maestro».
«Lo sé. ¿Pero crees que los apóstoles harían mucho en caso de peligro?».
«Te aman, creo».
«Sin duda. Pero no sería efectivo. Los enemigos, si tuvieran la idea de capturarme, vendrían con fuerzas muy superiores a las de los apóstoles».
«No importa. No estés solo».

«Dentro de dos semanas vendrán muchos discípulos. Los voy a preparar para que vayan también a evangelizar. Tranquilo, que no estaré solo».
Mientras están hablando, mucha gente curiosa de Corazín viene a observar; miran de soslayo y se marchan sin decir nada.
«Les asombra ver que estás trabajando».
«Sí. Pero no saben ser humildes hasta el punto de decir: "Obrando así, nos enseña". Los mejores que tenía aquí están con los discípulos, menos un anciano que ha muerto. No importa. La lección es siempre lección».
«¿Qué van a decir los apóstoles cuando sepan que trabajas como obrero?».
«Son once, porque Mateo ya se ha pronunciado. Serán once opiniones distintas, y por lo general contrarias; pero me servirá para adoctrinarlos».
«¿Me dejas asistir a la lección?».
«Si quieres estar...».
«¡Pero yo soy un discípulo y ellos los apóstoles!».
«Todo lo que sea positivo para los apóstoles lo será para el discípulo».
«Tomarán a mal el que se les llame al orden en presencia mía».
«Les servirá para su humildad. Asiste, asiste, Manaén; te tendré con gusto».
«Y yo con gusto asistiré».

5Se asoma la viuda y dice: «La comida está preparada, Maestro. Pero, trabajas demasiado...».

«Gano mi pan, mujer. Además... mira, aquí hay otro cliente; quiere también un baúl. Paga bien. El sitio de la madera se te va a quedar vacío» dice Jesús, y se quita un mandil roto que tenía puesto, y va afuera de la habitación para lavarse en una palangana que la mujer le ha puesto en el huerto.

Y ella, con una de esas sonrisas vacilantes que afloran de nuevo tras mucho tiempo de llanto, dice: «Vacío el sitio de la madera, llena la casa de tu presencia y el corazón de paz. No me da miedo el mañana, Maestro; y Tú no temas jamás que te podamos olvidar».

Entran en la cocina y todo termina.

268. Lección sobre la caridad con la parábola de los titos. El yugo de Jesús es ligero.

1 de septiembre de 1945.

1Jesús - a su lado, Manaén - sale de la casa de la viuda mientras dice: «Paz a ti y a los tuyos. Después del sábado volveré. Adiós, pequeño José. Mañana descansa y juega. Luego me seguirás ayudando. ¿Por qué lloras?».

«A lo mejor no vuelves...».
«Yo digo siempre la verdad. Pero, ¿te entristece tanto el que me vaya?».

El niño hace un gesto afirmativo con la cabeza.
Jesús le acaricia y dice: «Un día pasa en seguida. Mañana estás con tu mamá y tus hermanos; Yo estoy con mis discípulos y les hablo. Estos días he hablado contigo para enseñarte a trabajar; ahora voy con ellos para enseñarles a predicar y a ser buenos. No te divertirías conmigo siendo un niño solo entre tantos hombres».
«¡Me divertiría porque estaría contigo!».
«¡Comprendo, mujer! Tu hijo hace como muchos otros, que son los mejores: no quiere dejarme. ¿Tendrías la confianza de confiármele hasta pasado mañana?».
«¡Señor, te dejaría a todos! Contigo están tan seguros como en el Cielo... Este niño, que de todos era el que más estaba con su padre, ha sufrido demasiado. Estaba él en el momento... ¿Ves?... Está siempre llorando y murrioso. No llores, hijo mío. Pregúntale al Señor si no es verdad lo que digo. Maestro, le consuelo diciéndole siempre que no hemos perdido a su padre, sino que sólo se ha alejado momentáneamente de nosotros».
«Es verdad. Es exactamente como dice tu madre, pequeño José».
«Pero hasta que no me muera no le vuelvo a ver, y soy pequeño; si me hago viejo como Isaac, ¿cuánto voy a tener que esperar?».
«¡Pobre niño! El tiempo pasa rápido».

«¡No, Señor, que hace sólo tres semanas que no tengo a mi padre y me parece muchísimo tiempo!... No puedo vivir sin él...» y llora en silencio, pero con profunda pena.

«¿Lo ves? Siempre así, especialmente cuando no está ocupado en cosas que le absorban. El sábado es un tormento. Tengo miedo de que se me muera...».

«No. Tengo otro niño sin padre ni madre. Estaba demacrado y triste. Ahora, que vive con una buena mujer de Betsaida, y con la certeza de no estar separado de sus padres, ha renacido en el cuerpo y en el espíritu. Pues lo mismo el tuyo, tanto por lo que le diga Yo, como por el hecho de que el tiempo es un gran médico; y también porque, cuando te vea más tranquila por el pan cotidiano, estará a su vez más tranquilo. [2]Adiós, mujer. El Sol declina y tengo que marcharme. Ven, José. Saluda a tu mamá, a tus hermanitos y a tu abuela, y luego vienes corriendo».

Y Jesús se marcha.

«¿Qué les vas a decir ahora a los apóstoles?».
«Que tengo un discípulo ya de antes y uno nuevo».
Siguen caminando por Corazín, que se anima de gente.
Un grupo de hombres para a Jesús: «¿Te marchas? ¿No te quedas el sábado?».
«No. Voy a Cafarnaúm».

«Sin decir ni una palabra toda la semana. ¿No somos dignos de tu palabra?».

«¿No os he ofrecido durante seis días la mejor palabra?».

«¿Cuándo? ¿A quién?».
«A todos. Detrás del banco de carpintero. Durante varios días he predicado que se debe amar al prójimo y que se le debe ayudar en todos los modos, especialmente cuando el prójimo son personas débiles, como las viudas y los huérfanos. Adiós, vosotros de Corazín. Meditad durante el sábado esta lección mía». Y Jesús reanuda su camino, dejando desorientados a los de Corazín.

Pero el niño, que se acerca a Él corriendo, hace que la curiosidad se reavive: vuelven donde Jesús, le cortan de nuevo el paso, y le dicen: «¿Te llevas al hijo varón de la viuda? ¿Para qué?».
«Para enseñarle a creer que Dios es Padre y que en Dios encontrará también a su padre perdido; y también para que haya uno que cree, aquí, en lugar del anciano Isaac».
«Con tus discípulos hay tres de Corazín».

«Con los míos. *No aquí*. Este estará aquí. Adiós».

Y, llevando al niño en medio entre Él y Manaén, reanuda su camino, y va ligero por la campiña hacia Cafarnaúm hablando con Manaén.

[3]Llegan a Cafarnaúm. Los apóstoles ya han llegado. Están sentados en la terraza, a la sombra de la pérgola, en torno a Mateo, y narran sus gestas a su compañero, que no está todavía curado. Al oír el leve roce de las sandalias contra la pequeña escalera, se vuelven, y ven que la cabeza rubia de Jesús sobresale cada vez más por el antepecho de la terraza. Corren hacia Él, que viene sonriente... y se quedan de piedra cuando ven que detrás de Jesús hay un pobre niño. La presencia de Manaen, que sube suntuoso con su túnica de lino blanco - más bella de lo que ya de por sí es, por el valioso cinturón, el manto rojo llama de lino teñido (tan brillante que parece seda, y que apenas si descansa sobre los hombros, para casi formarle cola detrás) y la prenda que cubre su cabeza (de lino cendalí, sujeta con una diadema sutil de oro, lámina burilada que divide su amplia frente a la mitad y le da casi un aire de rey egipcio) -, contiene una avalancha de preguntas, expresadas, de todas formas, muy claramente con los ojos. Así que, después de los saludos recíprocos, una vez sentados ya al lado de Jesús, los apóstoles, señalando al niño, preguntan: «¿Y éste?».

«Este es mi última conquista. Un pequeño José, carpintero, como el que fue mi padre, el gran José; por tanto, amadísimo mío, como Yo amadísimo suyo. ¿No es verdad, niño? Ven aquí, que te presento a mis amigos: éstos de que tanto has oído hablar. Éste es Simón Pedro, el hombre más bueno del mundo con los niños; éste es Juan, un gran niño, que te hablará de Dios incluso jugando; éste es Santiago, su hermano, serio y bueno como un hermano mayor; y éste es Andrés, hermano de Simón Pedro: harás inmediatamente buenas migas con él, porque es manso como un cordero. Luego, éste es Simón el Zelote: éste ama tanto a los niños que no tienen padre, que creo que daría la vuelta al mundo, si no estuviera conmigo, para buscarlos. Luego, éste es Judas de Simón, y éste Felipe de Betsaida y éste Natanael. ¿Ves cómo te miran? Ellos también tienen niños y quieren a los niños. Y éstos son mis hermanos Santiago y Judas. Aman todo lo que Yo amo, por eso te querrán. Ahora vamos a acercarnos a Mateo, que tiene muchos dolores en el pie, y, a pesar de todo, no guarda rencor a los niños, que, jugando alocadamente, le han pegado con una piedra puntiaguda. ¿Verdad Mateo?».

«¡Oh, no, Maestro! ¿Es hijo de la viuda?».
«Sí. Es un niño estupendo, pero ahora está muy triste».
«¡Pobre niño! Voy a decir que llamen a Santiaguito para que juegues con él» y Mateo le acaricia y le acerca a sí con una mano.

Jesús termina la presentación con Tomás, el cual, práctico como es, la completa ofreciéndole al niño un racimo de uvas arrancadas de la pérgola.
«Ahora sois amigos» concluye Jesús, y se sienta; mientras tanto, el niño saca jugo a sus uvas y responde a Mateo, que le tiene bien pegado a su lado.

4« ¿Dónde has estado tan solo toda la semana?».

«En Corazín, Simón de Jonás».

«Sí, lo sé. ¿Pero qué has hecho? ¿Has estado con Isaac?».
«Isaac el Adulto ha muerto».
«¿Y entonces?».
«¿No te lo ha dicho Mateo?».
«No. Ha dicho sólo que te habías quedado en Corazín desde el día siguiente de nuestra partida».
«Mateo tiene más tino que tú; sabe guardar silencio, tú no sabes frenar tu curiosidad».
«No mi curiosidad, la de todos».
«Bien, pues he ido a Corazín para predicar la caridad en la práctica».
«¿La caridad en la práctica? ¿Qué quieres decir?» preguntan bastantes de los presentes.
«En Corazín hay una viuda con cinco hijos y una anciana enferma. El marido murió de repente estando trabajando en el banco de carpintero, y ha dejado tras sí miseria y unos trabajos inacabados. Corazín no ha sabido encontrar una migaja de piedad para con esta familia desdichada. He ido a terminar los trabajos y...».
Se produce un pandemónium: quién pregunta, quién protesta, quién regaña a Mateo por haberlo consentido, quién manifiesta admiración, quién critica; y, por desgracia, quienes protestan o critican son la mayoría.
Jesús deja que la borrasca se calme de la misma forma que se ha formado y, por toda respuesta, dice:

«Voy a volver pasado mañana, y así hasta que termine. Mi esperanza es que al menos vosotros comprendáis. 5Corazín es un tito compacto y sin semilla. Sed al menos vosotros huesos con semilla.

Niño, dame esa nuez que te ha dado Simón; escucha tú también.
¿Veis esta nuez? Cojo esta nuez porque no tengo a mano otros frutos. Pero, para entender la parábola, pensad en los núcleos de piñones o palmas, pensad en los más duros, por ejemplo, en los de las aceitunas. Son envolturas clausuradas, sin fisuras, durísimas, de una madera compacta. Parecen mágicos cofres que sólo con violencia se pueden abrir. Pues bien, a pesar de todo, si se echa uno de estos titos al suelo, simplemente arrojado, y una persona, pasando por encima, lo incrusta en la tierra, aunque sea mínimamente, de forma que quede recogido en el suelo, ¿qué sucede? Pues que el cofre se abre y echa raíces y hojas. ¿Cómo se produce esto por sí solo? Nosotros, para conseguir abrirlos, tenemos que golpear mucho con el martillo; sin embargo, sin golpes, el tito se abre por sí solo. ¿Será que es una semilla mágica? No. Tiene dentro la pulpa, ¡cosa bien débil respecto a la sólida envoltura! Pues bien, todavía más: la pulpa nutre una cosa aún más pequeña: el germen. Éste es la palanca que fuerza, abre, y produce árbol con frondas y raíces. Haced la prueba de enterrar unos titos y luego esperad. Veréis como algunos nacen y otros no. Extraed de la tierra los que no han nacido. Abridlos con el martillo. Veréis como son semillas vacías. No es, pues, la humedad del suelo ni el calor los que hacen abrir el hueso, sino la pulpa; y más: el alma de la pulpa, el germen, que, hinchándose, hace palanca y abre.

6Esta es la parábola. Mas apliquémosla a nosotros.

¿Qué he hecho que no se debiera hacer? ¿Nos hemos entendido todavía tan poco, que no se comprende que la hipocresía es pecado y que la palabra, si no está corroborada por la acción, es viento? ¿Qué os he dicho siempre?: "Amaos los unos a los otros. El amor es el precepto y secreto de la gloria". ¿Y Yo, que predico, no iba a tener caridad; iba a daros el ejemplo de un maestro falaz? ¡No, jamás!

¡Amigos míos! Nuestro cuerpo es el hueso duro; en el hueso duro está cerrada la pulpa, el alma; dentro de ella, el germen que Yo he depositado y que está formado de muchos elementos, el principal de los cuales es la caridad. Es la caridad la que hace de palanca para abrir el hueso y librar al espíritu de las constricciones de la materia y restablece su unión con Dios, que es Caridad.

La caridad no se hace sólo de palabras o de dinero. La caridad se hace sólo con la caridad. Y no os parezca un juego de palabras. Yo no tenía dinero. Las palabras, para este caso, no eran suficientes. Aquí había siete personas al borde del hambre y la angustia. La desesperación ya lanzaba sus negras garras para hacer presa y asfixiar. El mundo se apartaba, duro y egoísta, ante esta desventura; daba muestras de no haber comprendido las palabras del Maestro. El Maestro ha evangelizado con las obras. Yo tenía la capacidad y libertad para hacerlo, y tenía el deber de amar por el mundo entero a estos míseros a quienes el mundo desprecia. He hecho todo esto.

¿Podéis todavía criticarme? ¿O debo ser Yo quien os critique, en presencia de un discípulo que no ha juzgado indecoroso el personarse entre el serrín y las virutas por no abandonar al Maestro, y que - estoy persuadido - se habrá convencido más de mí viéndome trabajar la madera que si me hubiera visto sentado en un trono; y en presencia de un niño que ha tenido experiencia de mí por lo que Yo soy, a pesar de su ignorancia, a pesar del infortunio que obnubila su mente, a pesar de su absoluta virginidad de conocimiento del Mesías cual en realidad es? ¿No decís nada? No os limitéis a sentiros humillados ahora que alzo la voz para enderezar ideas erróneas. Lo hago por amor. Debéis, además, meter dentro de vosotros ese germen que santifica y abre el hueso. Si no, siempre seréis unos seres inútiles.

Debéis estar dispuestos a hacer lo que Yo he hecho. Por amor al prójimo, por llevar a Dios un alma, ningún trabajo os debe pesar. El trabajo, sea cual fuere, no es nunca humillante; humillantes son las acciones bajas, las falsedades, las denuncias mentirosas, la crueldad, los abusos, la usura, las calumnias, la lujuria. Estas cosas son las que envilecen al hombre, aunque, a pesar de ello, se lleven a cabo sin sentir vergüenza (me refiero también a, quienes quieren considerarse perfectos pero que se han escandalizado al verme trabajar con la sierra y el martillo).

¡Oh, el martillo!: ¡Cuán noble será si se usa para meter clavos en una madera y hacer un objeto que sirva para dar de comer a unos huerfanitos!, ¡cuán distinta será la condición del martillo, modesta herramienta, si lo usan mis manos, y además con fin santo; cuánto querrán tenerlo todos aquellos que ahora manifestarían a gritos su escándalo por causa de él! ¡Oh, hombre, criatura que deberías ser luz y verdad, cuánto eres tinieblas y mentira! ¡Vosotros, al menos vosotros, entended lo que es el bien, lo que es la caridad, lo que es la obediencia! En verdad os digo que grande es el número de los fariseos, y que no faltan entre los que me circundan».

«¡No, Maestro, no digas eso! ¡Si no queremos ciertas cosas es porque te amamos!...».

«Es porque aún no habéis comprendido nada . [7]Os he hablado de la fe y la esperanza*; creía que no harían falta nuevas palabras para hablaros de la caridad, pues tanto la espiro que deberíais estar saturados de ella. Pero veo que la conocéis sólo de nombre. Desconocéis su naturaleza y su forma. La conocéis como a la Luna.

¿Os acordáis de cuando os dije que la esperanza es como el brazo transversal del dulce yugo que sujeta la fe y la caridad, y que era patíbulo de la humanidad y trono de la salvación? ¿Sí? Pero no comprendisteis el significado de mis palabras. ¿Por qué, entonces, no me habéis pedido aclaración? Bien, ahora os la doy. Es yugo porque obliga al hombre a tener baja su necia soberbia bajo el peso de las verdades eternas. Es patíbulo de esta soberbia. El hombre que espera en Dios, su Señor, se ve obligado a humillar su orgullo, que querría proclamarse "dios", y a reconocer que él no es nada y Dios todo; que él no puede nada y Dios todo; que él-hombre es polvo que pasa, mientras que Dios es eternidad que eleva el polvo a un grado superior y le da un premio de eternidad. El hombre se clava en su cruz santa para alcanzar la Vida. Le clavan a la cruz las llamas de la fe y la caridad, mas al Cielo le eleva la esperanza, que entre ambas está. Recordad esta lección: si falta la caridad, le falta la luz al trono; el cuerpo, desclavado de un lado, pende hacia el fango y deja de ver el Cielo; anula así los efectos salvíficos de la esperanza, y acaba haciendo estéril incluso a la fe, porque si uno se separa de dos de las tres virtudes teologales languidece y cae en mortal hielo.

No rechacéis a Dios, ni siquiera en las cosas mas pequeñas; negar ayuda al prójimo por pagano orgullo es rechazar a Dios.

[8]Mi doctrina es un yugo que pliega a la humanidad culpable; mazo es, que rompe la dura corteza para rescatar de ella al espíritu. Es yugo y es mazo, sí; pero, a pesar de ello, el que la acepta no siente el cansancio que producen todas las otras doctrinas humanas y las otras cosas humanas; el que se deja golpear por este mazo no siente el dolor de ser quebrado en su *yo* humano, sino que experimenta un sentido de liberación. ¿Por qué tratáis de liberaros de ella para substituirla por el plomo y el dolor?

---

* *Os he hablado de la fe y la esperanza*: respectivamente en 252.7/8 y en 256.6.

Todos vosotros tenéis vuestros dolores y vuestros trabajos; todos los hombres padecen dolores y trabajos, algunas veces superiores a las fuerzas humanas, desde el niño (como éste, que ya lleva sobre sus pequeños hombros un gran peso, que le hace plegarse, que borra la sonrisa de sus labios e impide a su mente vivir despreocupada, la cual - estoy hablando humanamente -, por esto, ya nunca más habrá sido una mente niña) hasta el anciano, que se pliega hacia la tumba con todos sus desengaños y trabajos y sus cargas y las heridas de su larga vida. Mi doctrina y mi fe, por el contrario, son el alivio de estas cargas agobiantes. Por eso se dice "La Buena

Nueva". Quien la acepta y obedece, ya desde este mundo será beato, porque Dios será su alivio, y porque las virtudes harán fácil y luminoso su camino, asemejando a hermanas buenas que, llevándole de la mano, con las lámparas encendidas, iluminarán su camino y su vida y le cantarán las eternas promesas de Dios, hasta que, plegando en paz el cansado cuerpo hacia la tierra, se despierte en el Paraíso.

¿Por qué, hombres, pudiendo vivir consuelo y aliento, queréis peso, desaliento, cansancio, desazón, desesperación? Vosotros también, apóstoles míos, ¿por qué queréis sentir el cansancio de la misión, su dificultad, su severidad, siendo así que, teniendo la confianza de un niño, podéis experimentar exclusivamente gozosa diligencia, luminosa facilidad para cumplirla; podéis comprender y sentir que la misión es severa exclusivamente para los impenitentes que no conocen a Dios, mientras que para sus fieles es como una mamá que ayuda en el camino, señalando a los inseguros pies del niño piedras y espinos, nidos de serpientes y zanjas, para que los advierta y no peligre en ellos?

9 Ahora os sentís desalentados. ¡Vuestro desaliento ha tenido un comienzo harto miserable! Os sentís desalentados: antes por mi humildad, como si hubiera sido un delito contra mí mismo; ahora, porque habéis comprendido que me habéis entristecido, y también lo lejos que estáis todavía de la perfección. En pocos este segundo estado de desaliento está exento de soberbia (de la soberbia herida por la constatación de que todavía no sois nada, mientras que, por orgullo, querríais ser perfectos). Tened exclusivamente esa voluntariosa humildad de aceptar la reprensión y de confesar que habéis errado, prometiendo en vuestro corazón que queréis la perfección por un fin sobrehumano. Y luego venid a mí. Os corrijo, mas os comprendo y os trato con indulgencia.

Venid a mí, vosotros apóstoles; venid a mí, todos vosotros, hombres que sufrís por dolores materiales, por dolores morales, por dolores espirituales (estos últimos producidos por el dolor de no saberos santificar como querríais por amor a Dios y con diligencia y sin retornos al Mal). El camino de la santificación es largo y misterioso, y algunas veces se cumple con desconocimiento por parte del que camina, el cual avanza entre tinieblas, con el amargor de un bebedizo en la boca, y cree que ni avanza ni bebe líquido celestial, y no sabe que esta ceguera espiritual es también un elemento de perfección.

Bienaventurados aquellos, tres veces bienaventurados aquellos que siguen andando sin goces de luz ni de dulzuras y que no se rinden por no ver ni sentir nada, y no se paran diciendo: "Mientras Dios no me dé deleites no continúo". Os digo que el más obscuro de los caminos, al improviso, se hará luminosísimo y se abrirá a paisajes celestiales; el bebedizo, después de haber quitado todo gusto por las cosas humanas, se transformará en dulzura de Paraíso para estos valientes, los cuales, asombrados, dirán: "¿Cómo es esto? ¿Por qué a mí tanta dulzura y júbilo?". Porque han perseverado y Dios les hará gozar desde la tierra lo que el Cielo es.

Pero, entre tanto, para resistir, venid a mí todos los que os sintáis sobrecargados y cansados; vosotros, apóstoles, y con vosotros todos los hombres que buscan a Dios, que

lloran por causa del dolor de la tierra, que se agotan solos, y Yo os confortaré. Echad sobre vosotros mi yugo, que no es un peso sino un apoyo. Abrazad mi doctrina cual si fuere una amada esposa. Imitad a vuestro Maestro, que no se limita a predicarla sino que pone en práctica lo que enseña. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Encontraréis el descanso de vuestras almas, porque la mansedumbre y la humildad conceden el reino, en la tierra y en los Cielos. Ya os he dicho que los verdaderos triunfadores sobre los hombres son aquellos que los conquistan con el amor, y el amor es siempre manso y humilde. Nunca os propondría cosas superiores a vuestras fuerzas, porque os amo y quiero que estéis conmigo en mi Reino. Tomad, pues, mi enseña y mi distintivo y esforzaos por ser semejantes a mí y como mi doctrina enseña. No temáis, porque mi yugo es suave y su carga es ligera, mientras que la gloria de que gozaréis si me sois fieles es infinitamente potente. Infinita y eterna...

10 Os dejo por un rato. Voy con el niño al lago. Encontrará amigos... Luego partiremos el pan juntos. Ven, José; voy a llevarte a que conozcas a los pequeñuelos que me aman».

269. La disputa con escribas y fariseos en Cafarnaúm. Llegada de la Madre y de los hermanos.

2 de septiembre de 1945.

1 La misma escena de la pasada visión. Jesús se está despidiendo de la viuda. Tiene ya de la mano al pequeño José y dice a la mujer: «No vendrá nadie antes de mi regreso, a menos que no sea un gentil. De todas formas, quienquiera que venga que espere hasta pasado mañana; dile que vendré sin falta».

«Lo diré, Maestro. Si hay enfermos, les daré hospedaje, como me has enseñado».

«Adiós, entonces. La paz sea con vosotros. Ven, Manaén».

Por esta breve mención comprendo que ha venido a ver a Jesús a Corazín gente enferma y desgraciada, y que a la evangelización del trabajo ha añadido la del milagro. Si Corazín sigue indiferente, es verdaderamente señal de que es terreno agreste e incultivable. No obstante, Jesús la atraviesa, saludando a los que le saludan, como si tal cosa, para seguir hablando con Manaén, que está en duda sobre si volver a Maqueronte o quedarse una semana más...

2 ...En la casa de Cafarnaúm, entretanto, se preparan para el sábado. Mateo, cojeando todavía un poco, recibe a sus compañeros, los asiste ofreciéndoles agua y fruta frescas, mientras se interesa por sus respectivas misiones.

Pedro frunce la nariz al ver que ya hay unos fariseos zanganeando cerca de la casa: «Tienen ganas de envenenarnos el sábado. Sería casi de la

opinión de adelantarnos antes de que llegue el Maestro y decirle que vaya a Betsaida y les deje a éstos esperando en vano».
«¿Crees que el Maestro lo haría?» dice su hermano.
«Además, en la habitación de abajo está ese pobre infeliz esperando» observa Mateo.
«Se le podría llevar en la barca a Betsaida, y yo u otro adelantarnos hacia el Maestro» dice Pedro.
«Casi, casi...» dice Felipe, el cual, teniendo familia en Betsaida, de buena gana iría.
«¡Y mucho más que... ¿Veis, veis?! Hoy la guardia está reforzada con escribas. Vamos, no perdamos tiempo. Vosotros con el enfermo pasáis por el huerto y os vais por detrás de la casa. Yo llevo la barca al "pozo de la higuera" y Santiago lo mismo. Simón Zelote y los hermanos de Jesús van al encuentro del Maestro».
«Yo no me marcho de aquí con el endemoniado» proclama Judas Iscariote.
«¿Por qué? ¿Tienes miedo a que se te pegue el demonio?».
«No me hagas irritarme, Simón de Jonás. He dicho que no voy y no voy».
«Ve a buscar a Jesús con los primos».
«No».
«¡Narices! ¡Ven en la barca!».
«No».
«Pero bueno, ¿qué quieres? Eres siempre el de las dificultades...».
«Quiero quedarme donde estoy: aquí. No tengo miedo a ninguno. No huyo. Además, el Maestro no os agradecería esta ocurrencia. Otra vez otro discurso para llamarnos la atención, y no tengo ganas de sufrirlo por vuestra culpa. Marchaos vosotros. Yo me quedo aquí para informar...».
«¡De ninguna manera! O todos o ninguno» grita Pedro.
«Pues ninguno, porque el Maestro ya está aquí. Mira allí viene» dice serio el Zelote, que estaba mirando al camino.

Pedro, de malhumor, dice algo refunfuñando entre dientes. Pero se dirige con los demás hacia Jesús. [3]Tras los primeros saludos, le hablan de un endemoniado, ciego y mudo, que está esperando con sus padres su venida desde hace muchas horas.

Mateo explica: «Está como inerte. Se ha echado encima de unos sacos vacíos y no se ha vuelto a mover. Sus padres esperan en ti. Ven a reponer fuerzas y luego le socorres».
«No. Voy enseguida donde él. ¿Dónde está?».

«En la habitación de abajo que está junto al horno. Le he metido allí, con sus padres, porque hay muchos fariseos - y escribas - que parecen al acecho...».

«Sí, y sería mejor no contentarlos» dice Pedro disgustado.
«¿Judas de Simón no está?» pregunta Jesús.
«Se ha quedado en casa. Él debe hacer lo que no hacen los demás» dice otra vez Pedro con malhumor.
Jesús le mira, pero no le regaña. Acelera el paso hacia la casa. Confía el niño precisamente a Pedro, el cual le acaricia y saca en seguida del grueso cinturón un silbato y dice: «Uno para ti y otro para mi hijo. Mañana te llevo a que le conozcas. Le he pedido que me los hiciera a un pastor al que he hablado de Jesús».
Jesús entra en casa, saluda a Judas, que parece todo ocupado en ordenar la loza y luego

va derecho hasta una especie de despensa baja y obscura que está pegando al horno.
«Que salga el enfermo» ordena Jesús.
Un fariseo, que no es de Cafarnaúm, pero que tiene una cara de perro peor todavía que la de los fariseos del lugar, dice: «No es un enfermo. Es un endemoniado».
«Bien, pues una enfermedad del espíritu...».
«Pero tiene impedidos los ojos y el habla...».
«La posesión es una enfermedad del espíritu que se extiende a miembros y órganos. Si me hubieras dejado terminar, habrías sabido que quería decir esto. También la fiebre, cuando uno está enfermo, está en la sangre, pero desde la sangre ataca luego a una u otra parte del cuerpo».
El fariseo no sabe qué replicar y guarda silencio.

4 Han traído al endemoniado y le han puesto frente a Jesús. Inerte. Era como había dicho Mateo. Muy impedido por el demonio.

La gente entretanto se va concentrando. Es increíble, especialmente en las horas de recreo - voy a llamarlas así -, lo pronto que, en aquel tiempo, acudía la gente a los lugares en que había algo que ver. Ahora están las personas importantes de Cafarnaúm (entre los cuales los cuatro fariseos); están también Jairo, y, en un ángulo, con la disculpa de estar cuidando el orden, el centurión romano y con él gente de otras ciudades.

«¡En nombre de Dios, suelta las pupilas y la lengua de éste! ¡Lo quiero! ¡Libra de ti a esa criatura! ¡Ya no te es lícito poseerla! ¡Fuera!» grita Jesús, extendiendo las manos mientras da la orden.

El milagro empieza con un grito de rabia del demonio y termina con una voz de alegría del liberado, que grita: «¡Hijo de David! ¡Hijo de David! ¡Santo y Rey!».

5 «¿Cómo puede saber éste quién es el que le ha curado?» pregunta un escriba.

«¡Todo esto es una comedia, hombre! ¡Esta gente está pagada por hacer esto!» dice un fariseo encogiéndose de hombros.

«Pero, ¿y quién paga? Si es lícito preguntároslo» dice Jairo.
«Tú también».
«¿Con qué finalidad?».
«Para hacer famosa a Cafarnaúm».
«No rebajes tu inteligencia diciendo estupideces, ni tu lengua ensuciándola con embustes. Sabes que eso no es verdad y deberías comprender que estás diciendo una estupidez. Lo que aquí ocurre ya ha ocurrido en muchas otras partes de Israel. ¿Entonces en todos los lugares habrá quien pague? ¡La verdad es que no sabía que en Israel la plebe fuera muy rica! Porque vosotros - y con vosotros todos los otros importantes - está claro que no pagáis por esto. Entonces paga la plebe que es la única que ama al Maestro».

«Tú eres arquisinagogo y le amas. Ahí está Manaén. En Betania está Lázaro de Teófilo. Estos no son plebe».

«Pero son ellos, y soy yo, personas honradas, que no timamos a nadie en nada y mucho menos en las cosas relativas a la fe. *Nosotros no nos permitimos eso* porque tememos a Dios y hemos comprendido lo que le agrada a Dios: la honestidad».

Los fariseos dan la espalda a Jairo y lanzan su ataque contra los padres

del curado: «¿Quién os ha dicho que vinierais aquí?».
«¿Quién? Muchos. Personas que han sido curadas o parientes de personas curadas».
«Pero ¿qué os han dado?».
«¿Dado? La garantía de que nos le curaría».
«¿Pero estaba realmente enfermo?».

«¡Oh, mentes engañosas! ¿Pensáis que se ha fingido todo esto? Id a Gadara e informaos, si es que no creéis, de la desgracia de la familia de Ana de Ismael».

La gente de Cafarnaúm, indignada, se alborota, mientras unos galileos, venidos de cerca de Nazaret, dicen: «¡Pues este es hijo de José el carpintero!».

Los de Cafarnaúm, fieles a Jesús, gritan: «No. Es lo que Él dice y lo que el curado ha dicho: "Hijo de Dios" e "Hijo de David"».
«¡No aumentéis la exaltación del pueblo con vuestras afirmaciones!» dice despreciativo un escriba.
«¿Y entonces qué es según vosotros?».
«¡Un Belcebú!».
«¡Mmm..., lenguas de víbora! ¡Blasfemos! ¡Vosotros sois los poseídos! ¡Ciegos de corazón! Perdición nuestra. Queréis quitarnos incluso la alegría del Mesías, ¿eh? ¡Sanguijuelas! ¡Piedras secas!». ¡Un buen jaleo!

Jesús, que se había retirado a la cocina para beber un poco de agua, se asoma a la puerta a tiempo de oír la trillada y necia acusación farisaica: «Éste no es más que un Belcebú, porque los demonios le obedecen. El gran Belcebú, su padre, le ayuda, y arroja los demonios con la acción de Belcebú, príncipe de los demonios, no con otra cosa».

6 Jesús baja los dos pequeños escalones de la puerta y avanza unos pasos, erguido, severo, sereno, para detenerse justo frente al grupo escribo-farisaico; fija en ellos, penetrante, su mirada y les dice:

«Vemos que incluso en este mundo un reino dividido en facciones contrarias se hace internamente débil, fácil presa de la agresión y acción devastadora de los estados vecinos, y éstos le esclavizan. Ya en este mundo vemos que una ciudad dividida en partes contrarias pierde el bienestar (lo mismo se diga de una familia cuyos miembros estén divididos por el odio): se desmorona, se convierte en una fragmentación que a nadie sirve, irrisión para los ciudadanos. La concordia, además de deber, es astucia, porque mantiene la independencia, la fuerza, el afecto. Esto es lo que deberían meditar los patriotas, los ciudadanos, los miembros de una familia, cuando, por el capricho de un determinado beneficio, se ven tentados a las siempre peligrosas opresiones y separaciones, peligrosas porque se alternan con los partidos y destruyen los afectos. Y es ésta, en efecto, la astucia que ejercitan los dueños del mundo. Observad a Roma, observad su innegable poder, tan penoso para nosotros. Domina el mundo. Pero está unida en un único parecer, en una sola voluntad: "dominar". Entre ellos habrá también, sin duda, contrastes, antipatías, rebeliones. Pero estas cosas están en el fondo. En la superficie hay un único bloque, sin fisuras, sin agitaciones. Todos quieren lo mismo y obtienen resultados por este querer, y los obtendrán

mientras sigan queriendo lo mismo.
Mirad este ejemplo humano de astucia cohesiva, y pensad: si estos hijos del siglo son así, ¿qué no será Satanás? Para nosotros ellos son diablos, y, sin embargo, su satanismo pagano no es nada respecto al perfecto satanismo de Satanás y sus demonios. En aquel reino eterno, sin siglo, sin final, sin límite de astucia y maldad; en ese lugar en que es gozo el hacer el mal a Dios y a los hombres - hacer el mal es el aire que respiran, es su doloroso gozo, único, atroz - se ha alcanzado con perfección maldita la fusión de los espíritus, unidos en una sola voluntad: "hacer el mal". Ahora bien, si - como pretendéis sostener para insinuar dudas acerca de mi poder - me ayuda Satanás porque Yo soy un belcebú menor, ¿no entra Satanás en conflicto consigo mismo y con sus demonios al arrojarlos de sus poseídos? ¿Y estando en conflicto consigo mismo, podrá perdurar su reino? No, no es así. Satanás es astutísimo y no se perjudica a sí mismo. Su intención es extender su reino en los corazones, no reducirlo. Su vida consiste en "robar - hacer el mal - mentir - agredir - turbar". Robar almas a Dios y paz a los hombres. Hacer el mal a los criaturas del Padre, dándole así dolor. Mentir para descarriar. Agredir para gozar. Turbar porque es el Desorden. No puede cambiar: es eterno en su ser y en sus métodos.

7 Mas, responded a esta pregunta: si Yo arrojo los demonios en nombre de Belcebú, ¿en nombre de quién los arrojan vuestros hijos? ¿Querríais confesar que también ellos son belcebúes? Si lo decís, os juzgarán calumniadores; y, aunque su santidad llegue hasta el punto de no reaccionar ante esta acusación, habréis emitido veredicto sobre vosotros mismos al confesar que creéis tener muchos demonios en Israel, y os juzgará Dios en nombre de los hijos de Israel acusados de ser demonios. Por tanto, venga de quien venga el juicio, en el fondo serán ellos vuestros jueces donde el juicio no sufre soborno de presiones humanas.

Y si, como es verdad, arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, prueba es de que ha llegado a vosotros el Reino de Dios y el Rey de este Reino, Rey que tiene un poder tal, que ninguna fuerza contraria a su Reino le puede oponer resistencia. Así que ato y obligo a los usurpadores de los hijos de mi Reino a salir de los lugares ocupados y a devolverme la presa para que Yo tome posesión de ella. ¿No es así como hace uno que quiere entrar en la casa de un hombre fuerte para arrebatarle los bienes, bien o mal conseguidos? Eso hace. Entra y le ata. Una vez que le ha atado, puede desvalijar la casa. Yo ato al ángel tenebroso, que me ha arrebatado lo que me pertenece, y le quito el bien que me robó. Sólo Yo puedo hacerlo, porque sólo Yo soy el Fuerte, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la Paz».

8 «Explícanos lo que quieres decir con "Padre del siglo futuro". ¿Es que piensas vivir hasta el próximo siglo, y, mayor necedad aún, piensas crear el tiempo, Tú, que no eres más que un pobre hombre? El tiempo es de Dios» pregunta un escriba.

«¿Y me lo preguntas tú, escriba? ¿Es que no sabes que habrá un siglo que tendrá principio pero no tendrá fin, y que será el mío? En él, triunfaré congregando en torno a mí a aquellos que son sus hijos, y vivirán eternos como el siglo que crearé, que ya estoy creando estableciendo al espíritu por encima de la carne, del mundo y de los seres infernales, porque todo lo puedo. Por esto os digo que quien no está conmigo está contra mí, y que

quien conmigo no recoge desparrama. Porque Yo soy el que soy. Y quien no cree esto, que ya ha sido profetizado, peca contra el Espíritu Santo, cuya palabra fue pronunciada por los Profetas sin mentira ni error y debe ser creída sin resistencia.

Porque os digo que todo les será perdonado a los hombres, todo pecado, toda blasfemia suyos; porque Dios sabe que el hombre no es sólo espíritu, sino también carne, y carne tentada sometida a imprevistas debilidades. Pero la blasfemia contra el Espíritu *no será perdonada.* Uno hablará contra el Hijo del hombre y será todavía perdonado, porque el peso de la carne que envuelve a mi Persona y que envuelve al hombre que contra mí habla puede también inducir a error. Pero quien hable contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en ésta ni en la vida futura, porque la Verdad es eso que es: es neta, santa, innegable, y es manifestada al espíritu de una manera que no induce a error. Otra cosa es que yerren aquellos que, queriéndolo, *quieren el error.* Negar la Verdad dicha por el Espíritu Santo es negar la Palabra de Dios y el Amor, que ha dado esa Palabra por amor hacia los hombres. Y el pecado contra el Amor no se perdona.

9Pero cada uno da los frutos de su árbol. Vosotros dais los vuestros, que no son buenos. Si dais un árbol bueno para que lo planten en el huerto, dará buenos frutos; sin embargo, si dais un árbol malo, malo será el fruto que de él se recogerá, y todos dirán: "Este árbol no es bueno". Porque el árbol se conoce por el fruto. ¿Cómo creéis que podéis hablar bien vosotros, que sois malos? Porque la boca habla de lo que llena el corazón del hombre. Sacamos nuestros actos y palabras de la sobreabundancia de lo que tenemos en nosotros. El hombre bueno saca de su tesoro bueno cosas buenas; el malo, de su tesoro malo, saca las cosas malas. Y habla y actúa según su interior.

En verdad os digo que ociar es pecado, pero mejor es ociar que hacer obras malas. Y os digo también que es mejor callar que hablar ociosamente y con maldad. Aunque vuestro silencio fuera ocio, guardad silencio antes que pecar con la lengua. Os aseguro que de toda palabra dicha vanamente se pedirá a los hombres justificación en el día del Juicio, y que por sus palabras serán justificados los hombres, y también por sus palabras serán condenados. ¡Cuidado, por tanto, vosotros, que tantas decís más que ociosas!, pues que son no sólo ociosas sino activas en el mal y con la finalidad de alejar a los corazones de la Verdad que os habla».

10Los fariseos consultan a los escribas y luego, todos juntos, fingiendo cortesía, solicitan: «Maestro, se cree mejor en lo que se ve. Danos, pues, una señal para que podamos creer que eres lo que dices».

«¿Veis como en vosotros está el pecado contra el Espíritu Santo, que repetidas veces me ha señalado como Verbo encarnado? Verbo y Salvador, venido en el tiempo establecido, precedido y seguido por los signos profetizados; obrador de lo que el Espíritu dice».

Ellos responden: «Creemos en el Espíritu, pero ¿cómo podemos creer en ti, si no vemos un signo con nuestros ojos?».

«¿Cómo podéis entonces creer en el Espíritu, cuyas acciones son espirituales, si no creéis en las mías, que son sensibles a vuestros ojos? Mi vida está llena de ellas. ¿No es suficiente todavía? No. Yo mismo respondo que no. No es suficiente todavía. A esta

generación adúltera y malvada, que busca un signo, se le dará sólo uno: el del profeta Jonás. Efectivamente, de la misma forma que Jonás estuvo durante tres días en el vientre de la ballena, el Hijo del hombre estará tres días en las entrañas de la tierra. En verdad os digo que los Ninivitas resucitarán en el día del Juicio, como todos los hombres, y se alzarán contra esta generación y la condenarán, porque les predicó Jonás e hicieron penitencia, y vosotros no; y aquí hay Uno mayor que Jonás. Así también, resucitará y se alzará contra vosotros la Reina del Mediodía, y os condenará, porque ella vino desde los últimos confines de la Tierra para oír la sabiduría de Salomón; y aquí hay Uno mayor que Salomón».

11 «¿Por qué dices que esta generación es adúltera y malvada? No lo será más que las otras. Hay los mismos santos que había en las otras. El todo israelita no ha cambiado. Nos ofendes».

«Os ofendéis vosotros mismos al dañar vuestras almas; porque las alejáis de la Verdad, y por tanto de la Salvación. Os respondo lo mismo. Esta generación no es santa sino en las vestiduras y en lo externo; por dentro no es santa. En Israel existen los mismos nombres para significar las mismas cosas, pero no existe la realidad de las cosas; existen los mismos usos, vestiduras y ritos, pero falta el espíritu de estas cosas. Sois adúlteros porque habéis rechazado el sobrenatural desposorio con la Ley divina y os habéis desposado, con una segunda adúltera unión, con la ley de Satanás. Sois circuncisos sólo en un miembro efímero, el corazón ya no es circunciso. Y sois malos, porque os habéis vendido al Maligno. He dicho».

«Nos ofendes demasiado. Pero, ¿por qué, si es así, no liberas a Israel del demonio para que sea santo?».

«¿Tiene Israel esta voluntad? No. La tienen esos pobrecillos que vienen para ser liberados del demonio porque le sienten dentro de sí como peso y vergüenza. Vosotros esto no lo sentís. Liberaros a vosotros sería inútil, porque, no teniendo la voluntad de ser liberados, en seguida seríais de nuevo atrapados y con mayor fuerza. Porque cuando un espíritu inmundo sale de un hombre vaga por lugares áridos en busca de descanso y no lo encuentra. Observad que no son lugares áridos materialmente; áridos porque, no recibiéndole, le son hostiles, de la misma forma que la tierra árida es hostil a la semilla. Entonces dice: "Volveré a mi casa, de donde he sido arrojado con la fuerza y contra su voluntad. Estoy seguro de que me recibirá y me dará descanso". En efecto, vuelve donde aquel que era suyo, y muchas veces le encuentra dispuesto a recibirle, porque, en verdad os digo que el hombre tiene más nostalgia de Satanás que de Dios, y, si Satanás no le somete sus miembros, por ninguna otra posesión se queja. Vuelve, pues, y encuentra la casa vacía, barrida, aviada, con olor a pureza. Entonces va por otros siete demonios, porque no quiere volverla a perder, y, con estos siete espíritus peores que él, entra en ella y ahí se instalan todos. Así, este segundo estado, de uno convertido una vez y pervertido una segunda vez, es peor que el primero. Porque el demonio tiene la medida de lo amante de Satanás e ingrato a Dios que es ese hombre, y también porque Dios no vuelve a donde se pisotean sus gracias y, habiendo experimentado ya una posesión, se abren los brazos otra vez a una mayor. La recaída en el satanismo es peor que la recaída en una tisis mortal ya curada una vez. Ya no es susceptible de mejoramiento ni de curación. Esto le sucederá a esta generación, la cual, convertida por el Bautista, ha querido de nuevo ser pecadora, porque es amante del Malvado, no de mí».

12 Un murmullo, ni de aprobación ni de protesta, recorre la muchedumbre, que se va apiñando y que ya es muy numerosa (además del huerto y la terraza, está llenísima de gente incluso la calle). Hay gente sentada a caballo en el pretil, y subida a la higuera del huerto y a los árboles de los huertos vecinos; porque todos quieren oír la disputa entre Jesús y sus enemigos. El murmullo, cual ola que del mar abierto arriba a la playa, llega, de boca en boca, hasta los apóstoles más cercanos a Jesús, o sea, Pedro, Juan, el Zelote y los hijos de Alfeo (porque los otros están parte en la terraza y parte en la cocina, menos Judas Iscariote, que está en la calle entre la muchedumbre).

Pedro, Juan, el Zelote, los hijos de Alfeo recogen este murmullo, y dicen a Jesús: «Maestro, están tu Madre y tus hermanos. Están allí afuera, en la calle. Te buscan porque quieren hablar contigo. Ordena que la muchedumbre se aleje para que puedan venir a ti, porque sin duda un motivo importante los ha traído hasta aquí a buscarte».

Jesús alza la cabeza y ve al final de la gente el rostro angustiado de su Madre, que está luchando por no llorar, mientras José de Alfeo le habla con vehemencia; y ve los gestos de negación de Ella, repetidos, enérgicos, a pesar de la insistencia de José. Ve también la cara de apuro de Simón, visiblemente apenado, molesto... Pero no sonríe, no ordena nada. Deja a la Afligida con su dolor y a los primos donde están.

Baja los ojos hacia la muchedumbre y, respondiendo a los apóstoles, que están cerca, responde también a los que están lejos y tratan de hacer valer la sangre más que el deber. «¿Quién es mi Madre? ¿Quiénes son mis hermanos?». Despliega su mirada - severa en el marco de un rostro que palidece por esta violencia que debe hacerse para poner el deber por encima del afecto y la sangre, y para suspender el reconocimiento del vínculo con su Madre por servir al Padre - y dice, señalando con un amplio gesto a la muchedumbre que se apiña en torno a Él, a la roja luz de las antorchas, bajo la luz de plata de la Luna casi llena: «He aquí a mi madre, he aquí a mis hermanos. Los que hacen la voluntad de Dios son mis hermanos y hermanas, son mi madre. No tengo otros. Y los míos serán tales si, antes que los demás y con mayor perfección que ningún otro, hacen la voluntad de Dios hasta el sacrificio total de toda otra voluntad o voz de la sangre y del afecto».

Nace entre la muchedumbre un murmullo más fuerte, como un mar agitado por un viento repentino.

Los escribas comienzan la fuga diciendo: «¡Es un demonio! ¡Reniega incluso su sangre!».

Los parientes avanzan diciendo: «¡Es un loco! ¡Hasta tortura a su Madre!».

Los apóstoles dicen: «¡Verdaderamente en estas palabras está todo el heroísmo!».

La muchedumbre dice: «¡Cómo nos ama!».

13 No sin esfuerzo, María con José y Simón abren la aglomeración de gente: Ella, todo dulzura; José, todo furia; Simón, todo apuro. Y llegan a Jesús.

José arremete en seguida: «¡Estás loco! Ofendes a todos. No respetas ni siquiera a tu Madre. Pero ahora estoy yo aquí y te lo voy a impedir. ¿Es verdad que vas por ahí haciendo trabajos de obrero? Pues si eso es verdad, ¿por qué no trabajas en tu taller para procurar el pan a tu Madre? ¿Por qué mientes diciendo que tu trabajo es la predicación, ocioso e ingrato, que es lo que eres, si luego vas a realizar trabajo pagado a casa ajena?

Verdaderamente me pareces como si estuvieras en manos de un demonio que te indujera al camino errado. ¡Responde!».

Jesús se vuelve y toma de la mano al niño José, le acerca a sí y le alza sujetándole por las axilas, y dice: «Mi trabajo ha consistido en procurar el pan a este inocente y a su familia, y en convencerlos de que Dios es bueno; ha sido predicar en Corazín la humildad y la caridad. Y no sólo en Corazín, sino también contigo, José, hermano injusto. Pero te perdono porque sé que te muerden dientes de serpiente. Y te perdono también a ti, Simón inconstante. Nada tengo que perdonar, de nada debo pedir perdón, a mi Madre, porque Ella juzga con justicia. Que el mundo haga lo que quiera, Yo hago lo que Dios quiere. Con la bendición del Padre y de mi Madre soy más feliz que si todo el mundo me aclamara rey según el mundo. Ven, Madre, no llores; no saben lo que hacen. Perdónalos».

«¡Hijo mío! Yo sé. Tú sabes. Nada más hay que decir...».
«Nada más, aparte de decirle a la gente: "Idos en paz"».
Jesús bendice a la muchedumbre y luego, llevando con la derecha a María y con la izquierda al niño, se dirige hacia la pequeña escalera. Y es el primero en subirla.

270. Jesús recibe la noticia de que han matado a Juan el Bautista.

4 de septiembre de 1945.

1 Jesús está curando a unos enfermos. Le asiste sólo Manaén. Están en la casa de Cafarnaúm, en el huerto umbrío en esta hora matutina. Manaén ya no lleva ni el precioso cinturón ni la lámina de oro en la frente: sujeta su túnica un cordón de lana; una cinta de tela, la prenda que cubre su cabeza. Jesús tiene descubierta la cabeza, como siempre cuando está en casa.

Una vez que ha terminado de curar y de consolar a los enfermos, Jesús sube con Manaén a la habitación alta. Se sientan los dos en el alféizar de la ventana que mira al monte (porque la parte del lago cae toda bajo el sol, que todavía calienta bien, a pesar de que la canícula ha debido pasar ya hace algo de tiempo).

«Dentro de poco empezará la vendimia» dice Manaén.
«Sí. Y luego vendrán los Tabernáculos... y pronto llegará el invierno. ¿Cuándo piensas partir?».

«¡Mmm!... No me iría nunca... Pero pienso en el Bautista. Herodes es una persona débil. Si se le sabe influir positivamente, aunque no se vuelva bueno, al menos... no se hace sanguinario. Pero son pocos los que le aconsejan bien. ¡Y esa mujer!... ¡Esa mujer!... De todas formas, quisiera quedarme hasta que vuelvan tus apóstoles. No es que yo presuma mucho de mí... pero todavía valgo algo... si bien mi auge ha sufrido un duro golpe

desde que han comprendido que sigo los caminos del Bien. Pero no me importa. [2]Quisiera tener la verdadera valentía de saber abandonar todo para seguirte completamente, como los discípulos a los que esperas. Pero, ¿algún día lo lograré? Nosotros que no somos del pueblo presentamos más dura resistencia a seguirte. ¿Por qué?».

«Porque los tentáculos de las míseras riquezas os retienen».

«La verdad es que sé también de algunos que no son lo que se dice ricos, sino que son doctos, o están en camino de serlo, y tampoco vienen».

«También están retenidos por los tentáculos de las míseras riquezas. No se es rico sólo de dinero. Existe también la riqueza del saber. Pocos llegan a la confesión de Salomón: "Vanidad de vanidades, todo es vanidad", considerada de nuevo y ampliada - no tanto materialmente cuanto en profundidad - en Qohélet*. ¿Lo recuerdas? La ciencia humana es vanidad, porque aumentar sólo el humano saber "es afán y aflicción de espíritu, y quien multiplica la ciencia multiplica los afanes". En verdad te digo que es así. Como también digo que no sería así si la ciencia humana estuviera sostenida y refrenada por la sabiduría sobrenatural y el santo amor a Dios. El placer es vanidad, porque no dura; arde y rápido se desvanece dejando tras sí ceniza y vacío. Los bienes acumulados con distintas habilidades son vanidad para el hombre que muere, porque con los bienes no puede evitar la muerte, y los deja a otros. La mujer, contemplada como hembra y como tal apetecida, es vanidad. De lo cual se concluye que lo único que no es vanidad es el santo temor de Dios y la obediencia a sus mandamientos, o sea, la sabiduría del hombre, que no es sólo carne sino que posee la segunda naturaleza: la espiritual. Quien así sabe concluir y querer, sabe liberarse de todo tentáculo de mísero tesoro y sabe ir libre al encuentro con el Sol».

---

* *en Qohélet*: se trata de *Qohélet 1-2.*

«Quiero recordar estas palabras. ¡Cuánto me has dado en estos días! Ahora puedo ir a la suciedad de la Corte - que parece luminosa sólo a los necios, poderosa y libre; y no es sino miseria, cárcel y tinieblas -, e ir con un tesoro que me permitirá vivir mejor en espera de lo mejor. ¿Pero llegaré algún día a esta cosa mejor que es ser tuyo, totalmente?».

«Llegarás».

«¿Cuándo? ¿El año que viene? ¿Más adelante todavía? ¿Cuando la vejez me haga sabio?».

«Llegarás... alcanzando madurez de espíritu y perfección de voluntad en el transcurso de pocas horas».

Manaén le mira pensativo y escrutador... Pero no pregunta nada más. Un rato de silencio. Luego Jesús dice: «¿Has tenido contacto alguna vez con Lázaro de Betania?».

«No, Maestro. Puedo decir que no; que si hubo algún encuentro, no puede llamarse amistad. Ya sabes... Yo con Herodes, Herodes contra él... Por tanto...».

«Lázaro ahora te vería por encima de las cosas, en Dios. Debes tratar de conocerle como condiscípulo».

«Lo haré si Tú lo quieres...».

[3]Se oyen voces inquietas en el huerto. Preguntan con angustia: «¡El Maestro! ¡El Maestro! ¿Está aquí?».

Responde la voz cantarina de la dueña de la casa: «Está en la habitación de arriba. ¿Quiénes sois? ¿Enfermos?».

«No. Discípulos de Juan y queremos ver a Jesús de Nazaret».

Jesús se asoma por la ventana y dice: «Paz a vosotros... ¡Oh! ¿Sois vosotros? ¡Venid! ¡Venid!».

Son los tres pastores Juan, Matías y Simeón. «¡Oh! ¡Maestro!» dicen, y levantan la cabeza y dejan ver un rostro apenado. Ni siquiera viendo a Jesús se sosiegan.

Jesús deja la habitación y va a su encuentro a la terraza. Manaén le sigue. Se encuentran justamente en el punto en que la escalera termina en la soleada terraza.

Los tres se arrodillan y besan el suelo. Luego Juan, por todos, dice: «Ahora recíbenos, Señor, pues somos tu herencia» y unas lágrimas se deslizan por la cara del discípulo y de sus compañeros.

Jesús y Manaén, al unísono, gritan: «¡¿Juan?!».

«Le han dado muerte...».

La palabra cae cual enorme fragor que cubre todos los ruidos del mundo, a pesar de que haya sido pronunciada muy bajo. Petrifica a quien la dice y a quien la oye. Y se produce un rato de silencio tan profundo y de tan profunda inmovilidad en los animales, frondas y aire, que parece como si la tierra, para recoger esta palabra y sentir todo su horror, suspendiera todo ruido proprio. Queda suspendido el zureo de las palomas, truncada la flauta de un mirlo, enmudecido el coro de los pardales, y, como si de golpe se le hubiera roto el artilugio, una cigarra detiene su chirrido al improviso, mientras se para el viento que, haciendo frufrú de seda y crujido de palos, acariciaba las pámpanas y las hojas.

[4]Jesús se pone pálido como el marfil mientras sus ojos se dilatan y se vidrian de llanto. Abre los brazos y, con voz profunda por el esfuerzo de hacerla firme, dice: «Paz al mártir de la justicia, paz a mi Precursor». Luego recoge sus brazos y su espíritu y, claramente, ora, entrando en contacto con el Espíritu de Dios y el de Juan Bautista.

Manaén no se atreve a hacer ni un gesto. Al contrario de Jesús, se ha puesto intensamente rojo y ha sentido un impulso de ira. Luego se ha quedado paralizado; toda su turbación se manifiesta en el movimiento mecánico de la mano derecha, que zalea el cordón de la túnica, y de la izquierda, que involuntariamente busca el puñal... y mueve la cabeza compadeciéndose de su fragilidad de mente, pues no se acordaba de que se había desarmado para ser «el discípulo del Manso», para estar «junto al Manso».

Jesús abre de nuevo su boca y sus ojos. Su rostro, su mirada, su voz han recuperado la majestad divina que habitualmente tienen en Él. Sólo queda una tristeza grave temperada de paz.

«Venid. Decidme cómo ha sucedido. Desde hoy sois míos». Y los conduce a la habitación. Cierra la puerta, corre las cortinas - no del todo - para suavizar la luz, para crear un ambiente de recogimiento en torno al dolor y la belleza de la muerte del Bautista, para separar esta perfección de vida y el mundo corrompido.

«Hablad» ordena.

Manaén todavía parece petrificado. Está con el grupo, pero no dice una palabra.

5«Era la noche de la fiesta... No se podía prever esto... Sólo dos horas antes, Herodes había solicitado consejo de Juan, y se había despedido de él con benignidad... Y poco, poco antes de que se produjera... el homicidio, el martirio, el delito, la glorificación, había mandado a un siervo con frutas gélidas y vinos raros para el prisionero. Juan nos había distribuido esas cosas... Nunca mudó su austeridad... Estábamos sólo nosotros, porque por mérito de Manaén estábamos en el palacio como siervos en las cocinas y en las caballerizas. Esta concesión nos permitía ver siempre a nuestro Juan... Estábamos en las cocinas yo y Juan. Simeón no; él vigilaba a los caballerizos para que tratasen con cuidado las caballerías de los invitados... El palacio estaba lleno de gente importante, jefes militares, personalidades de Galilea. Herodías se había encerrado en sus habitaciones tras una escena violenta que se había producido por la mañana entre ella y Herodes...».

Manaén interrumpe: «¿Pero cuándo había llegado la hiena?».

«Dos días antes. No la esperaban... Dijo al monarca que no podía vivir lejos de él y estar ausente el día de su fiesta. Víbora y maga como siempre, había hecho de él un juguete... Pero Herodes, por la mañana de este día, se había negado - a pesar de que ya estuviera embriagado de vino y lujuria - a concederle a la mujer lo que con fuertes gritos pedía... ¡Y nadie pensaba que se tratase de la vida de Juan!... Estaba en sus habitaciones, desdeñosa. Había rechazado los alimentos reales, enviados por Herodes en preciosas fuentes. Sólo habla aceptado una fuente preciosa colmada de fruta y había recompensado el presente con una ánfora de vino drogado para Herodes... Drogado... ¡Ah, era suficiente su naturaleza ebria y viciosa para alucinarle para el delito! Por los que servían a las mesas, supimos que después de la danza de las mujeres mimos de la Corte, es más, a la mitad de la danza, había irrumpido en la sala del banquete Salomé, bailando. Los mimos, ante la joven real, se habían retirado hacia las paredes. La danza era perfecta, nos han dicho. Lúbrica y perfecta. Digna de los invitados... Herodes... ¡Oh!, ¡quizás fermentaba dentro de él un nuevo deseo de incesto!... Herodes, al final de este baile, entusiasta, dijo a Salomé: "¡Has bailado bien! Juro que mereces un premio. Juro que te lo daré. Juro que te daré cualquier cosa que me pidas. Lo juro en presencia de todos. Y la palabra de un rey es fiel incluso sin juramento. Di, pues, qué quieres". Y Salomé, fingiendo perplejidad, inocencia y modestia, recogiéndose en sus velos con gesto púdico después dé tanta desvergüenza, dijo: "Permíteme, gran señor, que reflexione un momento. Me retiro y luego vuelvo, porque tu gracia me ha turbado"... y se retiró para ir donde su madre. Selma me ha dicho que entró riendo, diciendo: "¡Madre, has vencido! Dame la bandeja". Y Herodías, con un grito de triunfo, ordenó a la esclava que diera a la joven la bandeja no devuelta antes, y dijo: "Ve. Vuelve con la odiada cabeza, y te vestiré de perlas y oro". Selma, horrorizada, obedeció... Salomé volvió a entrar en la sala bailando, y, bailando, fue a postrarse a los pies del rey, y dijo: "En esta bandeja que has mandado a mi madre, en señal de que la amas y de que me amas, quiero la cabeza de Juan. Y luego seguiré bailando, si tanto te gusto. Bailaré la danza de la victoria. ¡Porque he vencido! ¡Te he vencido a ti, oh rey! ¡He vencido a la vida, y soy feliz!". Esto es lo que dijo. A nosotros nos lo repitió un amigo copero. Herodes se turbó ante estas dos solicitaciones: ser fiel a la palabra, ser justo. Pero no supo ser justo porque es hombre injusto. Hizo una señal al verdugo que estaba detrás del asiento real, y éste, habiendo cogido de las manos alzadas de Salomé la bandeja, salió de la sala del banquete para ir a las habitaciones bajas. Yo y

Juan le vimos atravesar el patio... Luego oímos el grito de Simeón: "¡Asesinos!"... y le vimos que volvía a pasar con la cabeza sobre la bandeja... Juan, tu Precursor, había muerto...».

6«Simeón, ¿puedes decirme como ha muerto?» pregunta Jesús, pasado un momento.
«Sí. Estaba en oración... Me había dicho antes: "Dentro de poco volverán los dos que envié, y quien aún no cree creerá. De todas formas, recuerda que, si a su regreso ya no viviera, yo, como quien está cercano a la muerte, todavía te digo, para que tú por tu parte se lo digas a ellos: 'Jesús de Nazaret es el verdadero Mesías' ". Pensaba siempre en ti... Entró el verdugo. Yo grité fuerte. Juan alzó la cabeza y le vio. Se puso en pie. Dijo: "Sólo puedes quitarme la vida. Pero la verdad que permanece es que no es lícito hacer el mal". Estaba para decirme algo cuando el verdugo volteó la pesada espada, mientras Juan estaba todavía de pie, y la cabeza cayó del busto, con un gran flujo de sangre que puso roja la piel caprina, de cera el rostro enjuto en que quedaron vivos, abiertos, acusadores, los ojos. Rodó a mis pies... Yo caí junto con su cuerpo, vencido por el dolor... Después... después... La cabeza, después de lacerarla Herodías, fue arrojada a los perros. Pero nosotros la recogimos diligentemente y la envolvimos junto con el tronco en un precioso lienzo; durante la noche recompusimos el cuerpo y lo transportamos fuera de Maqueronte. Le embalsamamos en una espesura de acacias allí cerca con los primeros rayos del Sol y la ayuda de otros discípulos... Pero de nuevo nos la arrebataron para nuevas laceraciones. Porque ella no puede ni destruirle ni perdonarle... Y sus esclavos, temiendo la muerte, nos quitaron esa cabeza con ferocidad mayor que la de los chacales.

7¡Si hubieras estado tú, Manaén!...».

> «Si hubiera estado yo... Pero esa cabeza es su maldición... Aunque el cuerpo esté incompleto, nada se resta a la gloria del Precursor. ¿No es verdad, Maestro?».

«Es verdad. Aunque los perros le hubieran destruido, su gloria no habría sufrido mutación».
«Tampoco ha cambiado su palabra, Maestro. Sus ojos, a pesar de haber quedado lacerados bajo una gran herida, todavía dicen: "No te es lícito". ¡Pero nosotros le hemos perdido!» dice Matías.
«Y ahora somos tuyos, porque así lo dijo él; y dijo también que Tú ya lo sabías».
«Sí, desde hace meses sois míos. ¿Cómo habéis venido?».
«A pie, por etapas. Largo, penoso camino entre quemazón de arenas y sol, y aún más quemazón de dolor. Hace casi veinte días que caminamos...».
«Ahora descansaréis».
Manaén pregunta: «Decid: ¿Herodes no se extrañó de mi ausencia?».
«Sí. Primero estuvo inquieto, luego se puso furioso; pero, pasado el furor, dijo: "Un juez menos". Así nos refirió el amigo copero».

> Jesús dice: «¡Un juez menos! Tiene a Dios por juez, que ya es suficiente. Venid a donde dormimos. Estáis cansados y llenos de polvo del camino. Encontraréis vestidos y sandalias de vuestros compañeros. Tomadlos. Descansad y reponed fuerzas. Lo que es de uno es de todos. Tú, Matías, que eres alto, puedes coger una túnica mía. Luego ya veremos. Esta noche, dado que es la vigilia del sábado, vienen mis apóstoles. La próxima semana vendrá Isaac con los discípulos, luego Benjamín y Daniel; después de los Tabernáculos, vendrán también Elías, José y Leví. Es tiempo de que a

los doce se unan otros. Id ahora a descansar».

Manaén los acompaña y luego vuelve. [8]Jesús se queda solo con Manaén. Se sienta, pensativo, visiblemente triste, con la cabeza reclinada sobre la mano y el codo apoyado en la rodilla como soporte. Manaén está sentado junto a la mesa. No se mueve. Pero está taciturno. Su rostro es toda una borrasca.

Después de mucho, Jesús alza la cabeza, le mira y pregunta: «¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?».

«Todavía no lo sé... La idea de quedarme en Maqueronte ya no existe. Pero quisiera quedarme todavía en la Corte, para estar al corriente... para protegerte a ti estando al corriente de las cosas».

«Sería mejor para ti seguirme sin dilación. Pero no te fuerzo. Vendrás una vez que el viejo Manaén, molécula por molécula, haya quedado deshecho».

«También quisiera arrebatarle esa cabeza a esa mujer. No es digna de tenerla...».

Jesús expresa un leve gesto de sonrisa, y, con franqueza, dice: «Además no has muerto todavía a las riquezas humanas. Pero te quiero lo mismo. Sé que no te perderé aunque espere. Sé esperar...».

«Maestro, quisiera darte mi generosidad para consolarte... Porque sufres. Lo veo».

«Es verdad. Sufro. ¡Mucho! ¡Mucho!...».

«¿Sólo por Juan? No creo. Sabes que está en paz».

«Sé que está en paz, y no le siento lejano».

«¿Y entonces?».

«¡Y entonces!... Manaen, ¿a que precede el alba?».

«Al día, Maestro. ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque la muerte de Juan precede al día en que seré el Redentor. Y la parte humana de mí se estremece frente a esta idea... Manaén, voy al monte. Tú quédate aquí para recibir a los que vengan y socorrer a los que ya han llegado. Quédate aquí hasta que vuelva. Luego... harás lo que quieras. Adiós».

Y Jesús sale de la habitación. Baja despacio la escalera, atraviesa el huerto y, por la parte posterior del huerto, se introduce por un senderillo entre huertos desarreglados y matas de olivos, manzanos, vides e higueras. Toma la pendiente de un suave collado donde desaparece a mi vista.

ÍNDICE DEL VOLUMEN QUINTO

296. Llegada a Aera bajo la lluvia. Curación de los enfermos que allí esperan.

297. Con el sermón de Aera termina el segundo gran vije apostólico.

298. La ayuda prestada a los huerfanitos María y Matías y las enseñanzas que de

ella se deducen.

299. A Juana de Cusa le son confiados, para su tutela, los huerfanitos María y Matías.

300. Con escribas y fariseos en casa del resucitado de Naím.

301. Parábola de las frentes destronadas y explicación de la parábola sobre lo no puro.

302. En Magdala, antes de mandar a todos a sus respectivas familias para las Encenias.

303. Jesús donde su Madre en Nazaret.

304. Con Juan de Endor, Síntica y Margziam. María es Madre y Maestra.

305. Jesús consuela a Margziam con la parábola de los pajarillos.

306. También Simón Zelote está en Nazaret. Lección sobre los daños del ocio.

307. Controversia en la casa de Nazaret acerca de las culpas de los nazarenos. Lección sobre la tendencia al pecado a pesar de la Redención.

308. Curación del hijo de Simón de Alfeo. Margziam es el primero de los niños discípulos.

309. Sacrificio de Margziam por la curación de una niña. Enmienda de Simón de Alfeo.

310. Con Pedro, en Nazaret, Jesús organiza la partida de Juan de Endor y Síntica.

311. La renuncia de Margziam es ocasión de una lección sobre los sacrificios hechos por amor.

312. Jesús comunica a Juan de Endor la decisión de enviarle a Antioquía. Final del segundo año.

TERCER AÑO DE LA VIDA PUBLICA DE JESÚS.

313. Preparativos para salir de Nazaret, después de la visita de Simón de Alfeo con su familia. Durante el tercer año, Jesús será el Justo.

314. La cena en la casa de Nazaret. La dolorosa partida.

315. El viaje hacia Yíftael y las reflexiones de Juan de Endor.

316. Jesús se despide de Juan de Endor y de Síntica.

317. La oración de Jesús por la salvación de Judas Iscariote.

318. En barca de Tolemaida a Tiro.

319. Partida de Tiro en la nave del cretense Nicomedes.

320. Prodigios en la nave en medio de una tempestad.

*

321. Arribo a Seleucia. Se despiden de Nicomedes.

322. Partida de Seleucia en un carro y llegada a Antioquía.

323. La visita a Antigonio.

324. Las pláticas de los ocho apóstoles antes de dejar Antioquía.
El adiós a Juan de Endor y a Síntica.

325. Los ocho apóstoles se reúnen con Jesús cerca de Akcib.

326. Un alto en Akcib.

327. En los confines de Fenicia. Palabras de Jesús sobre la igualdad de los pueblos. Parabola de la levadura.

328. En Alejandrocena donde los hermanos de Hermiona.

329. En el mercado de Alejandrocena. La parábola de los obreros de la vina.

330. Santiago y Juan "hijos del trueno". Hacia Akcib con el pastor Anás.

331. La fe de la mujer cananea y otras conquistas. Llegada a Akcib.

332. La sufrida separación de Bartolomé, que con Felipe vuelve a unirse al Maestro.

333. Con los diez apóstoles hacía Sicaminón.

334. También Tomas y Judas Iscariote se unen de nuevo al grupo apostólico.

335. La falsa amistad de Ismael ben Fabí, y el hidrópico curado en sábado.

336. En Nazaret con cuatro apóstoles. El amor de Tomás por María Stma.

337. El sábado en Corazín. Parábola sobre los corazones imposibles de labrar.
Curación de una mujer encorvada.

338. Judas Iscariote pierde el poder de milagros. La parábola del cultivador.

339. La noche pecaminosa de Judas Iscariote.

340. El enmendamiento de Judas Iscariote y el choque con los rabíes junto al sepulcro de Hil.lel. *

341. La mano herida de Jesús. Curación de un sordomudo en los confines sirofenicios.

342. En Quedes. Los fariseos piden un signo. La profecía de Habacuc.

343. La levadura de los fariseos. El Hijo del hombre. El primado a Simón Pedro.

344. Encuentro con los discípulos en Cesarea de Filipo y explicación de la señal de Jonás.

345. Milagro en el castillo de Cesarea Paneas.

346. Primer anuncio de la Pasión y reprensión a Simón Pedro.

347. En Betsaida. Profecía sobre el martirio de los Apóstoles y curación de un ciego.

348. Manahén da algunas noticias acerca de Herodes Antipas, y desde Cafarnaúm va con Jesús a Nazaret. Revelación de las transfiguraciones de la Virgen.

349. La Transfiguración en el monte Tabor y el epiléptico curado al pie del monte. Un comentario para los predilectos.

350. Lección a los discípulos sobre el poder de vencer a los demonios.

351. El tributo al Templo pagado con la moneda hallada en la boca del pez.

352. Un convertido de María de Magdala. Parábola para el pequeño Benjamín y lección sobre quién es grande en el reino de los Cielos.

353. La segunda multiplicación de los panes y el milagro de la multiplicación de la Palabra.

354. Jesús habla sobre el Pan del Cielo en la sinagoga de Cafarnaúm.

355. El nuevo discípulo Nicolái de Antioquía y el segundo anuncio de la Pasión.

356. Hacia Gadara. Las herejías de Judas Iscariote y las renuncias de Juan, que quiere sólo amar.

357. Juan y las culpas de Judas Iscariote. Los fariseos y la cuestión del divorcio.

358. En Pel.la. El jovencito Yaia y la madre de Marcos de Josías.

359. En la cabaña de Matías cerca de Yabés Galaad.

360. El malhumor de los apóstoles y el descanso en una gruta.
El encuentro con Rosa de Jericó.

361.L os dos injertos que transformarán a los apóstoles. María de Magdala advierte a Jesús de un peligro. Milagro ante la riada del Jordán.

362. La misión de las "voces" en la Iglesia futura. El encuentro con la Madre y las discípulas.

363.E n Rama, en casa de la hermana de Tomás. Jesús habla sobre la salvación. Apóstrofe a Jerusalén.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN QUINTO

321. Arribo a Seleucia. Se despiden de Nicomedes.
6 de noviembre de 1945.

1En una bellísima puesta de sol, se delinea la ciudad de Seleucia como un voluminoso aglomerado blanco en el límite de las aguas azules del mar calmo y risueño (todo un jugueteo de olitas bajo un cielo que funde su cobalto sin nubes con la púrpura del ocaso). La nave, desplegadas sus velas, enfila veloz hacia la ciudad lejana, y tanto inciden en ella los esplendores del Sol poniente, que parece incendiarse, con fuego de alegría por la fiesta de la llegada ya cercana.

En el puente de la nave, entre los marineros, que ya ni trajinan ni están inquietos, están los pasajeros, que ven acercarse la meta. Sentado junto a Juan de Endor (más macilento aún que cuando partió), se ve al marinero herido. Todavía tiene fajada la cabeza con una venda ligera; su tez, pálida-marfil por la gran cantidad de sangre que ha perdido. Pero sonríe y habla con sus salvadores, o con los compañeros que, pasando, se congratulan con él de verle en el puente.

2También el cretense se percata de su presencia. Deja por un momento

su puesto, poniéndolo en manos del jefe de la tripulación, para ir a saludar a su «óptimo Demetes», que ha vuelto al puente por primera vez después de sufrir la herida. «Y gracias a todos vosotros» dice a los apóstoles. «No tenía ninguna esperanza de que sobreviviera, después del golpe de ese pesado travesaño y del hierro que le hacía todavía más pesado. Verdaderamente, Demetes, éstos te han dado de nuevo a la vida, porque estabas ya dos veces muerto. La primera, yaciendo como una mercancía en el puente, donde habrías perecido por la sangre que salía y por las olas, que te hubieran llevado al mar; habrías descendido al reino de Neptuno, a hacer compañía a nereidas y tritones. La segunda, por haberte curado con esos maravillosos ungüentos. ¡Déjame, pues, ver la herida!».

El hombre se suelta la venda y muestra la cicatriz: bien cerrada, lisa; es como una señal roja desde la sien hasta la nuca, hasta el límite de los cabellos, que se ven cortados (quizás los cortó Síntica para que no entrasen en la herida).

Nicomedes toca apenas, levemente, la señal: «¡También está soldado el hueso! ¡Te ha mostrado su amor Venus marina! Ha querido tenerte sólo en la superficie del mar y en las riberas de Grecia. Séate, pues, propicio Eros, ahora que ponemos pie en tierra, y contribuya a quitarte el recuerdo de la desgracia y el terror de Tánatos, que ya te tenía en sus manos».

La cara de Pedro, al oír todas estas filigranas mitológicas, es todo un panorama de impresiones: apoyado en un mástil, con las manos detrás de la espalda, no habla; pero todo en él habla para aplicar un epíteto incisivo al pagano Nicomedes y a su paganismo, y para expresar su asco por todo lo que significa gentilismo.

No menos los otros... Judas de Alfeo tiene la cara de los momentos peores; su hermano se da la vuelta mostrando un gran interés por el mar. Santiago de Zebedeo y Andrés optan por dejar plantados a todos y bajar por los talegos y el telar. Mateo manosea su cinturón; el Zelote también se ocupa exageradamente de sus sandalias como si fueran una cosa nueva. Juan de Zebedeo se extasía mirando al mar.

Son tan manifiestos el desprecio y el tedio de los ocho - y no lo es menos el mutismo de los dos discípulos que están sentados junto al herido -, que el cretense se da cuenta y presenta disculpas: «Mirad, es nuestra religión. Como vosotros creéis en la vuestra, yo y todos nosotros creemos en la nuestra...».

Ninguno responde, [3]y el cretense opta por dejar en paz a sus dioses y bajar del Olimpo a la tierra, o mejor, al mar, a la nave, e invita a los apóstoles a ir a la proa para ver bien la ciudad que ya se va acercando. «Ahí tenéis, ¿veis? ¿Habéis estado alguna vez aquí?».

«Yo una vez, pero viniendo por tierra» dice el Zelote, serio y seco.

«¡Ah, bien! Entonces, al menos sabes que el verdadero puerto de Antioquía es Seleucia, en la costa, en la desembocadura del Oronte, que también se presta gentilmente a acoger a las naves, y, cuando las aguas son profundas, puede ser remontado por embarcaciones ligeras hasta Antioquía. Estáis viendo Seleucia, la más grande; la otra, orientada al Sur, no es una ciudad, sino ruinas de un lugar devastado. Engañan: es sólo una ciudad muerta. Aquella cadena montañosa es el Pierio que da a la ciudad el nombre de Seleucia Pieria.

Aquel pico más hacia dentro, después de la llanura, es el monte Casio, que domina como un gigante la llanura de Antioquía. La otra cadena, al Norte, es la del Amán. ¡Ya veréis qué obras han hecho los romanos en Seleucia y Antioquía! Mayores ya no podían. Un puerto de tres fondeaderos, que es uno de los mejores; y canales, y rompeolas, y diques. Tanto no se ve en Palestina. Pero Siria es mejor que otras provincias del Imperio...».
Sus palabras caen en un silencio glacial. Hasta Síntica, que por ser griega es menos quisquillosa que los demás, aprieta los labios y su rostro adquiere más que nunca la expresividad de un rostro esculpido en una medalla o un bajorrelieve: un rostro de diosa, desdeñosa de los contactos terrenos.
El cretense se da cuenta y se disculpa: «¡Qué queréis que haga! ¡En el fondo, yo gano con los romanos!...».
La respuesta de Síntica es tajante cual golpe de sable: «Y el oro hace perder el filo a la espada del honor nacional y de la libertad», y lo dice de tal forma y con un latín tan puro que el otro se queda paralizado...
Luego se atreve a preguntar: «¿Pero no eres griega?».
«Soy griega. Pero tú amas a los romanos. Te hablo en la lengua de tus amos, no en la mía, la de la Patria mártir».

El cretense está desconcertado, y los apóstoles mudamente entusiastas por la lección dada al elogiador de Roma, [4]el cual opta por cambiar de tema: pregunta que de qué se van a servir para ir de Seleucia a Antioquía.

«De las piernas, hombre» responde Pedro.
«Pero ya está anocheciendo. Cuando pongáis pie en tierra será de noche...».
«Habrá un sitio donde dormir».
«¡Sí, claro! Pero también podríais dormir aquí hasta mañana».
Judas Tadeo, que ha visto que han traído ya todo lo necesario para un sacrificio a los dioses, que quizás se hará a la llegada al puerto, dice: «No hace falta. Te agradecemos tu bondad. Pero preferimos bajar. ¿No, Simón?».
«Sí, sí. También nosotros tenemos que hacer nuestras oraciones y... o tú y tus dioses o nosotros y nuestro Dios».
«Como os parezca mejor. Quería hacer algo que fuera grato al hijo de Teófilo».
«También nosotros al Hijo de Dios, convenciéndote de que hay un solo Dios. Pero eres un escollo que no cede. Como ves, estamos a la par. Pero quién sabe si un día nos encontraremos y tú para entonces seras menos tenaz...» dice serio el Zelote.
Nicomedes hace un gesto que es como decir: «¡A saber cuándo!»: es un gesto de irónico desinterés acerca de la invitación a reconocer al Dios verdadero y a abandonar al falso. Luego va a su puesto de piloto, porque el puerto está cerca.
«Vamos a bajar a coger los arcones. Nosotros solos. Quiero alejarme cuanto antes de este hedor pagano» dice Pedro. Y bajan todos, menos Síntica y Juan.

[5]Ellos, los dos exiliados, están cerca el uno del otro, mirando a los espigones, que se van acercando cada vez más.

«Síntica, otro paso hacia lo desconocido, otra escisión respecto al dulce pasado, otra agonía, Síntica... Yo no puedo más...».

Síntica le coge la mano. Está muy pálida, afligida, pero sigue siendo la mujer fuerte que sabe infundir fuerza. «Sí, Juan, otra escisión, otra agonía. Pero no digas: otro paso hacia lo desconocido... No es justificable. Conocemos nuestra misión aquí. Jesús la ha declarado. Así que nosotros no

vamos hacia lo desconocido; antes al contrario, cada vez nos fundimos más con lo que conocemos, con la voluntad de Dios. Tampoco es justificable decir: "otra escisión". Nos unimos a su voluntad. La escisión separa, nosotros nos unimos. Por tanto no nos escindimos. únicamente nos desprendemos de todas las delicias sensibles de nuestro amor a Él, nuestro Maestro, reservándonos las delicias suprasensibles, trasladando el amor y el deber a un plano ultraterreno. ¿Estás convencido de que es así? ¿Sí? Entonces no debes decir tampoco: "otra agonía". Agonía presupone muerte próxima. Pero nosotros, alcanzando las alturas espirituales para morada, aire y alimento nuestros, no morimos; antes al contrario, "*vivimos*". Porque lo espiritual es eterno. Por tanto, ascendemos a una vida más viva, anticipación de la Vida grande de los Cielos. ¡Ánimo, pues! Olvídate de que eres el hombre-Juan y recuerda que eres el destinado al Cielo. Razona, obra, piensa y espera únicamente como ciudadano de esta Patria inmortal...».

6Vuelven los otros con sus cargas, precisamente en el momento en que la nave está entrando, majestuosa, en el vasto puerto de Seleucia.

«Y ahora desaparecemos lo antes posible y vamos a la primera posada que veamos. Tiene que haber alguna aquí cerca. Y mañana... o en barca o en carro, iremos a nuestro destino».

Entre secos silbidos de mando, la nave atraca, y echan la pasarela. Nicomedes se acerca a los que están para partir.

«Adiós, hombre. Y gracias» dice Pedro por todos.

«Adiós, hebreos. Gracias también de mi parte. Si seguís esa calle, encontraréis en seguida alojamiento. Adiós».

Los apóstoles bajan por esa parte; él se marcha por la otra, hacia su altar. Y, mientras Pedro y los demás, cargados como faquines, van a descansar, el pagano comienza su inútil rito...

322. Partida de Seleucia en un carro y llegada a Antioquía.

[sin fecha]

1«En los mercados encontraréis seguro un carro. Pero, si queréis el mío, os lo dejo, en recuerdo de Teófilo. Si vivo tranquilo, se lo debo a él. Me defendió, porque era justo. Ciertas cosas no se olvidan» dice el anciano posadero, erguido enfrente de los apóstoles bajo el primer sol de la mañana.

«Es que tú estarías sin tu carro varios días... Y, además, ¿quién lo guía? Yo con un burro... todavía... ¡pero con un caballo!...».

«¡Es igual! No te voy a dar un potro indómito. Te doy un prudente caballo de tiro, bueno como un cordero. Llegaréis pronto y sin fatigaros. Para la hora novena estaréis en Antioquía; mucho más considerando que el caballo conoce muy bien el camino y va solo. Me lo devolverás cuando quieras, sin interés por mi parte, si no es el de hacer una cosa grata al hijo de Teófilo. Decidle que todavía le debo muchas cosas, y que le recuerdo y me siento siervo suyo».

«¿Qué hacemos?» pregunta Pedro a sus compañeros.
«Lo que te parezca mejor. Tú juzga y nosotros obedecemos...».
«¿Probamos con el caballo? Por Juan lo digo... y también para abreviar... Me siento como si estuviera llevando a uno a la muerte y estoy deseando acabar todo esto lo antes posible...».
«Tienes razón» dicen todos.
«Entonces, hombre, acepto».
«Y yo ofrezco con alegría. Voy a aparejar el vehículo».

2El hospedero se marcha. Pedro da rienda suelta a su pensamiento: «He consumido en estos pocos días la mitad del tiempo de vida que tenía. ¡Una pena!... ¡Una pena!... Habría querido tener el carro de Elías, el manto que cogió Eliseo*, cualquier cosa rápida para abreviar el tiempo... Pero, sobre todo, habría deseado, a costa de morir, dar a esos pobres algo que los consolase, que les hiciera olvidar, que les... ¡¡No sé!! Algo, en definitiva, que no les hiciera sufrir tanto... Pero, si logro saber quién es la causa principal de este dolor, dejo de ser Simón de Jonás si no le retuerzo como a un paño empapado. No digo matarle, ¡no!, pero sí exprimirle, como él ha exprimido la alegría y la vida a esos dos pobrecillos...».

«Tienes razón. Es una gran pena. Pero Jesús dice que se debe perdonar las ofensas...» dice Santiago de Alfeo.
«Si me las hubieran hecho a mí, debería perdonar. Y podría. Estoy sano y fuerte, y si alguien me ofende tengo fuerza para reaccionar incluso contra el dolor. ¡Pero, el pobre Juan! No, no puedo perdonar la ofensa contra el redimido del Señor, contra uno que muere afligido de esta forma...».
«Yo pienso en el momento en que le dejemos del todo...» suspira Andrés.
«Yo también. Es un pensamiento fijo y que aumenta a medida que se acerca el momento...» susurra Mateo.
«Hagámoslo pronto, por piedad» dice Pedro.
«No, Simón. Perdona si te observo que te equivocas deseando eso. Tu amor al prójimo se está transformando en un amor desviado, y esto no debe suceder en ti, que siempre has sido recto» dice sereno el Zelote, poniendo una mano en el hombro de Pedro.

«¿Por qué, Simón? Eres culto y bueno. Muéstrame mi error, y yo, si así lo veo, te diré: tienes razón».

«Tu amor se está haciendo malsano, porque está para transformarse en egoísmo».
«¿Cómo? ¿Me aflijo por ellos y soy egoísta?».

«Sí, hermano, porque tú, por exceso de amor - todo exceso es desorden y, por tanto, induce al pecado - te envileces. Quieres no sufrir *tú* de ver sufrir. Eso es egoísmo, hermano en el nombre del Señor».

«¡Es verdad! Tienes razón. Y te agradezco esta advertencia. Así se debe hacer entre buenos compañeros. Bien. Entonces ya no tendré prisa... Pero, decid la verdad, ¿no es un acto de piedad?».
«Lo es, lo es...» dicen todos.

3«¿De qué forma los vamos a dejar?».

---

* *el carro de Elías, el manto que cogió Eliseo* son particularidades del episodio bíblico del rapto de Elías, y se encuentran en: *2 R 2, 11 y 14.*

«Propondría hacerlo cuando nos haya recibido Felipe, pero quedándonos quizás ocultos un tiempo en Antioquía y preguntándole a Felipe cómo se van adaptando...» sugiere Andrés.
«No. Sería hacerles sufrir demasiado con una separación tan brusca» dice Santiago de Alfeo.
«Entonces... sigamos a medias el consejo de Andrés. Quedémonos en Antioquía, pero no en casa de Felipe, y durante unos días vamos a verlos, cada vez menos, cada vez menos, hasta que... no volvemos» dice el otro Santiago.
«Dolor renovado una y otra vez, y cruel desilusión. No. No se debe hacer» dice Judas Tadeo.
«¿Qué hacemos, Simón?».
«¡Ah!, por lo que a mí respecta, quisiera estar en su lugar más bien que tener que decir: "Me despido de vosotros"» dice Pedro abatido.
«Propongo una cosa. Vamos con ellos a casa de Felipe. Nos quedamos allí. Luego, siguiendo todavía juntos, vamos a Antigonio. Es un lugar ameno... Y allí también estamos un tiempo. Una vez que ellos se hayan aclimatado, nos retiramos, con dolor pero con virilidad. Yo diría esto. A menos que Simón-Pedro tenga órdenes distintas del Maestro» dice Simón Zelote.

«¿Yo? No. Me dijo: "Haz todo, bien, con amor, sin pereza y sin prisa, y de la forma que juzgues mejor". Hasta ahora creo que lo he hecho. ¡Está eso de que dije que era pescador!... Pero, si no lo hubiera dicho no me habría dejado estar en el puente».

«No te crees escrúpulos tontos, Simón. Son puntadas del demonio para turbarte» conforta Judas Tadeo.

«¡Verdaderamente es así! Creo que está alrededor de nosotros como no lo ha estado jamás, poniéndonos obstáculos y creándonos miedos para movernos a actos viles» dice Juan apóstol, y concluye en voz baja: «Creo que quería inducir a la desesperación a ellos dos reteniéndolos en Palestina... y ahora que se escapan de su asechanza se venga en nosotros... Me lo siento alrededor como una serpiente escondida entre la hierba... Y ya hace meses que me lo siento alrededor así... Mirad, ahí vienen el hospedero por un lado y Juan y Síntica por el otro. Os diré el resto cuando estemos solos, si os interesa».

En efecto, por un lado del patio viene el carro, un carro sólido al que está unido un robusto caballo guiado por el hospedero; por el otro, vienen hacia ellos los dos discípulos.

«¿Es hora de marcharnos?» pregunta Síntica.
«Sí. Es la hora. ¿Estás cubierto bien, Juan? ¿Van mejor tus dolores?».
«Sí. Estoy envuelto en lana y la unción con el ungüento me ha hecho bien».
«Entonces sube, que ahora subimos también nosotros».

4 ...Y, ultimada la carga, todos ya en el carro, salen por la amplia puerta, después de repetidos aseguramientos del hospedero de que el caballo es dócil. Cruzan una plaza que les ha sido indicada y entran por una calle que

bordea los muros de la ciudad, hasta que salen por una puerta; después siguen el curso de un profundo canal y luego el propio río. Es un camino bonito y bien mantenido, que va en dirección Norte-Este, pero siguiendo los meandros del río. Por el otro lado hay montes muy verdes, con sus pendientes, sus concavidades, sus barrancos; y ya se ven en los matorrales del monte bajo, en los lugares más expuestos al sol, llenarse las gemas de mil arbustos.

«¡Cuántos arrayanes!» exclama Síntica.

«¡Y laurel!» añade Mateo.

«Cerca de Antioquía hay un lugar sacrado dedicado a Apolo» dice Juan de Endor.

«Quizás el viento ha traído las semillas hasta aquí...».

«Quizás. Pero éste es un lugar todo lleno de plantas hermosas» dice el Zelote.

«Tú, que has estado aquí, ¿crees que pasaremos por Dafne?».

«Por fuerza. Veréis uno de los valles más bonitos del mundo. Aparte del culto obsceno y degenerado en orgías que cada vez son más asquerosas, es un valle de paraíso terrenal, y si en él entra la Fe se transformará en un paraíso verdadero. ¡Cuánto bien podréis hacer aquí! Os deseo corazones fértiles como fértil es el suelo...» dice el Zelote para suscitar en los dos discípulos pensamientos consoladores.

Pero Juan agacha la cabeza y Síntica suspira.

5El caballo trota cadencioso. Pedro, estando todo centrado en el esfuerzo de guiar, aunque el animal va seguro sin necesidad de guía o estímulo, no habla. Así que el camino discurre bastante rápidamente. Llegan a un puente y se detienen para comer y para que el caballo descanse. El Sol está en su culmen; vese toda la hermosura de la bellísima naturaleza.

«De todas formas... prefiero estar aquí antes que en el mar...» dice Pedro observando en derredor.

«¡Pero qué tempestad!».

«El Señor ha orado por nosotros. Le he sentido cerca cuando orábamos en el puente de la nave. Cerca como si estuviera en medio de nosotros...» dice sonriendo Juan.

«¿Y dónde estará? No estoy tranquilo pensando que no tiene ropa... ¿Y si se moja? ¿Y qué come? Es capaz de hacer ayuno...».

«Puedes estar convencido de que lo hace, para ayudarnos a nosotros» dice con seguridad Santiago de Alfeo.

«Y también por otros motivos. Nuestro hermano está muy afligido desde hace un tiempo. Creo que se mortifica continuamente para vencer al mundo» dice Judas Tadeo.

«Querrás decir: al demonio que hay en el mundo» dice Santiago de Zebedeo.

«Es lo mismo».

«No lo va a conseguir. Tengo el corazón oprimido por mil miedos...» suspira Andrés.

«¡Ahora que nosotros estamos lejos, todo irá mejor!» dice, no sin aflicción, Juan de Endor.

«No pienses eso. Tú y ella no erais nada respecto a las "grandes culpas" del Mesías según los grandes de Israel» dice resueltamente Judas Tadeo.

«¿Estás seguro? Yo, dentro de mi sufrimiento, tengo en el corazón también la espina de haber sido con mi llegada causa de mal para Jesús. Si estuviera seguro de que no es así, sufriría menos» dice Juan de Endor.

«¿Me crees veraz, Juan?» pregunta Judas Tadeo.

«¡Sí que lo creo!».

«Pues bien, entonces, en nombre de Dios y mío, te aseguro que tú has dado sólo una pena a Jesús: la de tener que mandarte aquí en misión. En *todas* las otras penas suyas, pasadas, presentes y futuras, tú no estás implicado».

La primera sonrisa, después de tantos días de lóbrega melancolía, ilumina el rostro asendereado de Juan de Endor, que dice: «¡Qué alivio me das! El día me parece más luminoso, más ligero mi mal, más consolado el corazón. ¡Gracias, Judas de Alfeo! ¡Gracias!».

[6]Vuelven a subir al carro, y, pasando por el puente, toman la otra orilla del río, el otro camino, que va derecho hacia Antioquía, a través de una zona fertilísima.

«¡Allí está! En aquel valle poético está Dafne, con su templo y sus bosquecillos. Y allá, en aquella llanura, se ve Antioquía, y sus torres que se alzan sobre las murallas. Entraremos por la puerta que hay al lado del río. La casa de Lázaro no está muy lejos de las murallas. Las casas más bonitas han sido vendidas. Queda ésta, que fue lugar de parada tanto para el personal de Teófilo como para sus clientes, con muchas caballerizas y graneros. Ahora vive en ella Felipe. Un buen viejo. Un fiel de Lázaro. Os encontraréis bien. Y, juntos, iremos a Antigonio, donde estaba la casa en que vivían Euqueria y sus hijos, que entonces eran niños...».

«¡Muy fortificada esta ciudad, ¿eh?!» observa Pedro, que respira tranquilo ahora que ve que su primer intento como auriga ha ido bien.

«Mucho. Murallas de altura y anchura grandiosas. Más de cien torres, que, como veis, parecen gigantes enhiestos encima de las murallas, y fosos infranqueables al pie de ellas. El Silpio también contribuye con sus cimas a la defensa, y hace de contrafuerte de las murallas en la parte más débil... Ahí está la puerta. Es mejor que pares y entres sujetando el bocado. Yo te guío porque sé el camino»...

Pasan la puerta, vigilada por romanos.

Juan apóstol dice: «Quién sabe si está aquí ese soldado de la Puerta de los Peces... Jesús se alegraría de saberlo...».

«Le buscaremos. Pero ahora camina raudo» ordena Pedro, turbado por la idea de ir a una casa desconocida.

Juan obedece sin decir nada; se limita a mirar atentamente a todos los soldados que ve.

[7]Un camino corto, luego una casa sólida y sencilla, o sea, un alto muro sin ventanas. Solamente un portal en el centro del muro.

«Aquí es. Para» dice el Zelote.

«¡Anda, Simón, habla tú ahora!».

«¡Sí, hombre, si ello te agrada, hablo yo!» y el Zelote llama al recio portalón.

Simón se presenta como un enviado de Lázaro. Entra solo. Sale con un anciano alto y de noble porte, que se prodiga en profundas reverencias y da a uno del servicio la orden de abrir el portón para permitir entrar al carro; luego se disculpa por hacerles pasar a todos por esa puerta, en vez de por la puerta de casa.

El carro se para en un vasto patio con pórticos, bien cuidado, con cuatro recios plátanos en los cuatro ángulos y otros dos en el centro que amparan un pozo y un pilón para abrevar a los caballos.

«Preocúpate del caballo» ordena el administrador a su subordinado. Y dice a los que recibe como huéspedes: «Por favor, venid. Bendito sea el Señor, que me manda siervos suyos y amigos de mi jefe. Ordenad, que vuestro siervo escucha».

Pedro se pone colorado, porque especialmente a él van esas palabras y esas reverencias, y no sabe qué decir...

Le ayuda el Zelote. «Los discípulos del Mesías de Israel, de que te habla Lázaro de Teófilo, que a partir de ahora vivirán en tu casa para servir al Señor, no necesitan sino descansar. ¿Nos enseñas dónde pueden habitar?».

«¡Siempre tenemos preparadas habitaciones para peregrinos, como era costumbre de mi ama. Venid, venid...».

Y, seguido por todos, entra en un pasillo y luego en un pequeño patio. Al final de este patio está la verdadera casa. Abre la puerta. Va por un vestíbulo. Tuerce a la derecha. Una escalera. Suben. Otro pasillo con habitaciones a los lados.

«Aquí tenéis. Que sea agradable vuestra permanencia. Voy a decir que traigan agua y ropa. Dios sea con vosotros» dice el anciano, y se marcha.

Abren las contraventanas de las habitaciones que eligen. Las murallas y fuertes de Antioquía están frente a las ventanas de un lado; el tranquilo patio ornado de rosales trepadores, por ahora pobres a causa del período del año en que están, se ve por las del otro lado.

Y, después de tanto caminar, por fin una casa, una habitación, un lecho... Para algunos, sólo una etapa; para otros, meta...

323. La visita a Antigonio.

7 de noviembre de 1945.

[1]«Mi hijo Tolimái ha venido para los mercados. Hoy, a la sexta, regresa a Antigonio. El día está templado. ¿Queréis ir, según vuestro deseo?» pregunta el anciano Felipe mientras sirve a los huéspedes leche humeante.

«Iremos, seguro. ¿Cuándo has dicho?».

«A la sexta. Podréis volver mañana, si queréis; o, si no, si preferís, en la víspera del sábado, al caer de la tarde, cuando vienen para las funciones del sábado todos los subalternos hebreos o los que han entrado en la fe».

«Lo haremos así. [2]Y se podría incluso elegir ese lugar para que vivieran éstos».

«Será un placer en todo caso, aunque los pierda. Porque es un lugar salubre. Y podríais hacer mucho bien con los subalternos, algunos de los cuales son todavía los que dejó el amo. Otros provienen de la bondad de la bendita ama, que los rescató de amos crueles. Por eso no son todos israelitas. Pero ahora ya no son tampoco paganos. Hablo de las mujeres. Los hombres, todos, están circuncidados. No sintáis aversión... Pero están todavía muy lejos de la justicia de Israel. Los santos del Templo, que son perfectos, se escandalizarían de ellos...».

«¡Ah, ya! ¡Ya! ¡Ya!... ¡Bueno, bien! Ahora podrán progresar aspirando

sabiduría y bondad de los enviados del Señor... ¿Estáis oyendo cuántas cosas que hacer tenéis aquí?» termina Pedro, dirigiéndose a los dos.

«Lo haremos. No defraudaremos al Maestro» promete Síntica. Y sale para preparar lo que cree oportuno.

Juan de Endor pregunta a Felipe: «¿Piensas que en Antigonio voy a poder hacer un poco de bien también a otros, enseñando como pedagogo?».

«Mucho bien. El anciano Plauto ha muerto ya hace tres lunas y los niños de los gentiles no tienen escuela. En cuanto a los hebreos, no hay maestro, porque todos los nuestros huyen de ese lugar que está cerca de Dafne. Se necesita uno que sea... que sea... como era Teófilo... Sin rigideces para... para...».

«Sí, en fin, sin fariseísmo, quieres decir» concluye Pedro expeditivo.

«Eso... sí... No quiero criticar... Pero pienso... Maldecir no sirve para nada. Mejor sería ayudar... Como hacía la ama, que con su sonrisa conducía a la Ley más y mejor que un rabí».

3 «¡Ahora comprendo por qué me ha enviado aquí el Maestro! Soy exactamente el hombre con los requisitos precisos... ¡Haré su voluntad! ¡Hasta el último respiro! Ahora creo, creo con firmeza que es exclusivamente una misión de predilección ésta mía. Voy a decírselo a Síntica. Vais a ver como nos quedamos allí... Voy, voy a decírselo» y sale, animado como hacía tiempo no lo estaba.

«¡Altísimo Señor, te doy las gracias y te bendigo! Sufrirá todavía, pero no como antes... ¡Ah, qué alivio!» exclama Pedro. Y luego siente el deber de explicar a Felipe un poco, de la forma que puede, el porqué de su alegría: «Debes saber que los... "rígidos" de Israel - tú los llamas "rígidos" - persiguen a Juan».

«¡Ah, comprendo! Perseguido político como... como...» y mira al Zelote.

«Sí, como yo y más; por otros motivos también. Porque, además de por la casta distinta, los irrita por ser del Mesías. Por lo cual, dicho sea de una vez por todas, él y ella quedan confiados a tu fidelidad... ¿Comprendes?».

«Comprendo. Y sabré cómo moverme».

«Ante los demás, ¿cómo los vas a llamar?».

«Dos pedagogos recomendados por Lázaro de Teófilo, él para los niños, ella para las niñas. Veo que tiene bordados y telares... Gente extranjera hace y vende muchas labores femeninas en Antioquía. Pero son labores toscas y recargadas. Ayer he visto una labor suya que me ha recordado a la buena ama mía... Serán labores muy solicitadas...».

«Una vez más, alabado sea el Señor» dice Pedro.

«Sí. Esto disminuye en nosotros el dolor de la ya próxima despedida».

«¿Ya os queréis marchar?».

«Tenemos que marcharnos. La tormenta nos ha hecho perder tiempo. Para los primeros días de Sabat tenemos que estar con el Maestro. Nos está esperando, porque ya vamos con retraso» explica Judas Tadeo.

4 Se separan y va cada uno a sus incumbencias: Felipe a donde le llama una mujer; los apóstoles al sol, en la azotea.

«Podríamos partir el día siguiente del sábado. ¿Qué os parece?» pregunta Santiago de Alfeo.

«¡Por mí!... ¡Fíjate tú! Todos los días me levanto con el tormento de Jesús solo, sin ropa, desatendido, y todas las noches me acuesto con el mismo tormento. De todas formas, hoy lo decidimos».
«Decidme. ¿Creéis que el Maestro sabía todo esto? Hace días que me pregunto cómo sabía que encontraríamos al cretense; cómo ha visto con anticipación el trabajo de Juan y Síntica; cómo, cómo... en definitiva, muchas cosas» dice Andrés.
«Verdaderamente creo que el cretense tiene épocas fijas de estancia en Seleucia. Quizás Lázaro se lo dijo a Jesús, y Él, por ello, decidió la partida sin esperar a la Pascua...» explica el Zelote.
«¡Sí! ¡Eso! ¿Y Juan cómo va a celebrar la Pascua?» pregunta Santiago de Alfeo.
«Pues como todos los israelitas...» dice Mateo.
«No. Sería caer en la boca del lobo».
«¡Pero qué dices, hombre? Entre tanta gente, ¿quién le va a descubrir?».

«El Iscar... ¡Oh, ya hablé! No penséis en ello. Es un capricho de mi mente...». Pedro está colorado, afligido por haber hablado.

Judas de Alfeo le pone una mano en el hombro, sonriendo con su sonrisa grave, y dice: «¡Bueno, hombre! Todos pensamos lo mismo... Pero mejor no decírselo a ninguno. Bendigamos, más bien, al Eterno, que ha desviado la mente de Juan de este pensamiento».

Todos, abstraídos, guardan silencio. Pero para ellos, verdaderos israelitas, es una preocupación el cómo va a poder celebrar la Pascua en Jerusalén el discípulo exiliado... y vuelven sobre el tema.
«Yo creo que Jesús proveerá. Quizás Juan lo sabe. Basta preguntárselo» dice Mateo.
«No lo hagáis. No creéis deseos y espinas donde apenas si se acaba de establecer la paz» suplica Juan apóstol.
«Sí. Es mejor preguntárselo al Maestro mismo» confirma Santiago de Alfeo.
«¿Cuándo le veremos? ¿Qué pensáis vosotros?» pregunta Andrés.
«Si partimos el día siguiente del sábado, para el final de la luna estaremos seguro en Tolemaida...» dice Santiago de Zebedeo.
«Si encontramos nave...» observa Judas Tadeo. Y su hermano añade: «Y si no hay tempestad».
«Por lo que se refiere a la nave, siempre hay alguna que parte para Palestina. Y, pagando, haremos que se haga escala en Tolemaida aunque la nave vaya para Joppe. ¿Tienes todavía?» pregunta el Zelote a Pedro.
«Sí. Contando incluso con que me ha pelado bien ese ladrón del cretense, a pesar de todas sus declaraciones de querer favorecer a Lázaro. Pero tengo que pagar la permanencia de la barca y la de Antonio... Y no toco los denarios que me han dado para Juan y Síntica. Sagrados. Los dejo intactos, a costa incluso de no comer».
«Haces bien. Ese hombre está muy enfermo. Él cree que podrá ejercer la función de pedagogo. Yo creo que su única función será la de enfermo, pronto...» juzga el Zelote.
«Sí, también yo creo eso. Síntica, más que labores, tendrá que hacer ungüentos» confirma Santiago de Zebedeo.
«¡Ese ungüento, eh? ¡Qué prodigío! Síntica me ha dicho que quiere hacer más y usarle para poder entrar en familias de aquí» dice Juan.

«¡Buena idea! Un enfermo que se cura es siempre un discípulo conquistado, y con él los suyos» proclama Mateo.

«¡Ah, no, eso no!» exclama Pedro.

«¿Cómo? ¿Quieres decir que el milagro no arrastra hacia el Señor?» le pregunta Andrés, y también dos o tres más.

«¡Sois unos niñitos! ¡Parece que acabáis de bajar del Cielo! ¡Pero no veis lo que le hacen a Jesús? ¿Se ha convertido Elí de Cafarnaúm? ¿Y Doras? ¿Y Oseas de Corazín? ¿Y Melquías de Betsaida? ¿Y - perdonad los de Nazaret - y toda Nazaret por los cinco, seis, diez milagros cumplidos, hasta el último, el de vuestro sobrino?» pregunta Pedro.

Ninguno replica, porque es la amarga verdad...

«No hemos encontrado todavía al soldado romano. Jesús ya lo había dado a entender...» dice Juan después de un poco.

«Se lo diremos a los que se quedan. Es más, será otra misión más en su vida» responde el Zelote.

Vuelve Felipe: «Mi hijo* está ya listo. Se ha dado prisa. Está con su madre, que prepara regalos para los nietos».

«¿Es buena tu nuera, no?».

«Buena. Ha sido consuelo mío en la pérdida de mi José. Es como una hija. Era sierva de Euqueria. La educó ella. Venid a reponer fuerzas antes de poneros en marcha. Los otros ya lo están haciendo»...

...Y, precedidos por el carro de Tolmái, nieto de Felipe, trotan hacia Antigonio... Llegan pronto a esta pequeña ciudad. Sepultada en la feracidad de sus jardines, protegida de las corrientes por las cadenas de montes que tiene alrededor - suficientemente lejanas para no ahogarla, pero suficientemente cercanas para protegerla y derramar sobre ella los efluvios de sus bosques de árboles resinosos y esenciales -, toda llena de sol, alegra la vista y el corazón con sólo cruzarla.

[6]Los jardines de Lázaro están al sur de la ciudad. Están precedidos por un paseo, por ahora sin frondas, a lo largo del cual están las casas de los que trabajan en los jardines. Son casitas bajas, pero bien cuidadas. A sus puertas se asoman caras de niños que observan curiosos, y de mujeres que saludan sonriendo. Las razas distintas se manifiestan en la diversidad de los rostros.

Tolmái, en cuanto traspasan la cancilla donde empieza la propiedad, hace un especial chasquido de tralla al ir pasando por delante de todas las casas; debe ser como una señal. Y los que viven en ellas, tras haber observado, entran de nuevo y luego vuelven a salir, cierran las puertas y empiezan a caminar por el paseo, detrás de los dos carros, que van al paso y luego se paran en el centro de una confluencia de senderos (dirigidos, como los radios de una rueda, en todas las direcciones, entre muchos campos dispuestos en cuadros, cuáles desnudos, cuáles de un verde perenne, custodiados por laureles, por acacias o árboles semejantes, o

---

* *Mi hijo*: así llama a Tolmái el anciano Felipe, abuelo suyo, padre de su padre José.

Los hebreos llamaban *hijo* también al nieto, de la misma forma que a los abuelos los llamaban *padre* y *madre*; y extendían la calificación de *hermano* o *hermana* a los primos y cuñados. En la Obra valtortiana se encuentran los dos modos de llamar a los distintos grados de parentesco: el de los tiempos

de Jesús y el de nuestros tiempos.

por otros árboles que a través de los tajos incididos en su tronco rezuman leche olorosa y resinas). En el ambiente hay un olor mixto de aromas balsamicos, resinosos, fragantes. Panales por todas partes. Y pilones para el riego, en que beben palomas blanquísimas. Y, en zonas especiales, de tierra desnuda, recientemente cavada, escarban gallinitas también blancas custodiadas por muchachas.

[7]Tolmái restalla la tralla repetidas veces, hasta que todos los súbditos del pequeño reino se reúnen en torno a los llegados. Entonces empieza su discursito:

«Escuchad. Felipe, jefe nuestro y padre de mi padre, manda y recomienda a estos santos de Israel, venidos aquí por voluntad de nuestro patrón. Que Dios esté siempre con él y con su casa. Mucho nos quejábamos porque aquí faltaba la voz de los rabíes santos. He aquí que la bondad del Señor y de nuestro patrón, lejano pero que mucho nos ama - Dios le compense el bien que ofrece a sus siervos -, nos procuran lo que nuestro corazón soñaba. En Israel ha aparecido Aquel que había sido prometido a las gentes. Ya nos lo habían dicho durante las Fiestas en el Templo y en la casa de Lázaro. Pero ahora realmente ha llegado para nosotros el tiempo de la gracia, porque el Rey de Israel ha pensado en sus siervos más pequeños y ha enviado a sus ministros a portarnos sus palabras. Éstos son sus discípulos, y dos de ellos vivirán en medio de nosotros, aquí o en Antioquía, enseñando la Sabiduría para ser instruidos en orden al Cielo, y también la otra que se necesita para la tierra. Juan, pedagogo y discípulo de Cristo, enseñará a nuestros niños estas dos sabidurías; Síntica, discípula y maestra con la aguja, enseñará la ciencia del amor a Dios y el arte del trabajo femenil a las muchachas. Recíbidlos como bendición del Cielo, y amadlos como los ama Lázaro de Teófilo y Euqueria - gloria a sus almas y paz - y como los aman las hijas de Teófilo, Marta y María, nuestras amadas señoras y discípulas de Jesús de Nazaret, el Rabí de Israel, el Prometido, el Rey».

El pequeño pueblo de hombres, vestidos con cortas túnicas, de manos terrosas que sostienen utensilios de jardinería, de mujeres, de niños de todas las edades, escucha asombrado. Luego bisbisean. En fin, saludan con una profunda reverencia.

Tolmái empieza las presentaciones: «Simón de Jonás, el jefe de los enviados del Señor; Simón el Cananeo, amigo de nuestro señor; Santiago y Judas, hermanos del Señor; Santiago y Juan, Andrés y Mateo»; y luego, a los apóstoles y discípulos: «Ana, mi mujer, de la tribu de Judá, como, por lo demás, mi madre, porque somos puros, venidos con Euqueria de Judá. José, el varón consagrado al Señor, y Teoqueria, primogénita, que en el nombre lleva el recuerdo de los justos señores, sabia hija y amante de Dios como una verdadera israelita. Nicolái y Dositeo. Nicolái es nazireo*. Dositeo es el tercero de los hijos; ya lleva casado (y

---

* *nazireo* era el consagrado al Señor con el voto de *nazireato*, del que se dan explicaciones en *Números 6, 1-21.* El primer nazireo que se encontra en la

Obra valtortiana es san José (12.7).

un fuerte suspiro acompaña el anuncio de esto) varios años con Hermiona. [8]Ven aquí, mujer...».

Se adelanta una jovencísima morenita con un lactante en brazos.

«Ésta es. Es hija de un prosélito* y de una griega. Mi hijo la vio en Alejandrocena de Fenicia cuando fue para unas compraventas... y la quiso para sí... y Lázaro no se opuso, antes al contrario me dijo: "Mejor así que al mal". Y no es ningún mal. Pero yo quería sangre de Israel...».

La pobre Hermiona está con la cabeza agachada como una acusada. Dositeo está visiblemente agitado y se ve que sufre. Ana, la madre y suegra, mira con ojos entristecidos...

Juan, a pesar de ser el más joven, siente la necesidad de elevar los espíritus humillados y dice: «En el Reino del Señor no hay ya griegos o israelitas, romanos o fenicios, sino solamente hijos de Dios. Cuando, a través de estos que han venido, conozcas la Palabra de Dios, sentirás elevarse tu corazón a nuevas luces, y ésta ya no será "la extranjera" sino la discípula, como tú y como todos, del Señor nuestro Jesús».

Hermiona levanta la humillada cabeza y sonríe con gratitud a Juan. En los rostros de Dositeo y de Ana se ve la misma expresión de agradecimiento.

Tolmái responde austero: «Y Dios quiera que sea así, porque, aparte del origen, nada tengo que recriminar a mi nuera. [9]El que está en sus brazos es Alfeo, el último nacido, que del padre de ella, prosélito, ha tomado el nombre. La pequeña de los ojos de cielo bajo los rizos de ébano es Mírtica, del nombre de la madre de Hermiona, y éste, el primogénito, es Lázaro, porque así lo quiso el señor nuestro, y el otro es Hermas».

«El quinto se debe llamar Tolmái y la sexta Ana, para decir al Señor y al mundo que tu corazón se ha abierto a nuevas comprensiones» dice otra vez Juan.

Tolmái se inclina sin decir nada. Luego reanuda las presentaciones: «Éstos son dos hermanos de Israel: Miriam y Silvano, de la tribu de Neftalí. Y éstos son Elbónides Danita y Simeón judío. Luego, aquí están los prosélitos, que eran romanos, o, al menos, de romanos, caridad de Euqueria hecha obra, arrancados por ella al yugo y a la gentilidad: Lucio, Marcelo, Solón, hijo de Elateo».

«Nombre griego» observa Síntica.

«De Tesalónica. Esclavo de un siervo de Roma» - el desprecio es manifiesto al decir "siervo de Roma" -. «Euqueria lo tomó, junto con el padre agonizante, en un momento confuso; si el padre murió pagano, Solón es prosélito... Priscila ven aquí adelante con tus hijos...».

Una mujer alta y delgada, de rostro aquilino, se adelanta empujando a una niña y a un niño; cogidas de la falda lleva a dos rapazuelas.

---

* *prosélito* era el pagano convertido al judaísmo y circunciso. Reiterativa en la Obra valtortiana, la figura del *prosélito* encuentra una expecial acentuación en el contexto del presente capítulo.

«Ésta es la mujer de Solón, que fue liberta de una romana ya difunta, y

Mario, Cornelia, María y Martila, gemelas. Priscila es experta en esencias. Amiclea, ven con tus hijos. Esta es hija de prosélitos. Y prosélitos son los dos niños, Casio y Teodoro. Tecla, no te escondas. Es la mujer de Marcelo. Su dolor es que es estéril. También hija de prosélitos. Éstos son los colonos.
10 Ahora a los jardines. Venid».

Y los guía por la vasta propiedad, seguido de los jardineros, que explican los cultivos y trabajos, mientras las muchachas vuelven a sus gallinitas, que han aprovechado la ausencia de las guardianas para irse a otros lugares sobrepasando los límites establecidos.

Tolmái explica: «Se las trae aquí para limpiar la tierra de larvas antes de la siembra de los cultivos anuales».

Juan de Endor sonríe a las gallinitas, que cloquean, y dice: «Parecen las que tenía yo...» y se agacha para echar miguitas de pan que tenía en el talego, hasta que se ve rodeado de polluelas, y ríe porque una de ellas, petulante, le arrebata el pan de los dedos.

«¡Menos mal!» exclama Pedro dando con el codo a Mateo y señalando a Juan, que juega con los pollos, y a Síntica, que está hablando griego con Solón y Hermiona.

Luego vuelven hacia la casa de Tolmái, que explica: «Este es el sitio. Pero, si queréis enseñar, se puede hacer un lugar. ¿Os quedáis aquí o...?».

«¡Sí, Síntica! ¡Aquí! ¡Es más bonito! Antioquía me ahoga de recuerdos...» ruega quedamente Juan a su compañera.

«¡Sí, hombre, claro! Como quieras. Basta con que tú estés bien. Para mí todo es igual. No miro ya hacia atrás... sólo adelante, adelante... ¡Ánimo, Juan! Aquí estaremos bien. Niños, flores, palomas y gallinas para nosotros, pobres criaturas. Y para nuestra alma el gozo de servir al Señor. ¿Qué opináis vosotros?» pregunta volviéndose a los apóstoles.

«Pensamos como tú, mujer».

«Pues ya está dicho».

«Muy bien. Nos iremos contentos...».

«¡Oh, no os marchéis! ¡No os volveré a ver! ¿Por qué tan pronto? ¿Por qué?...». Juan vuelve a su dolor.

«¡No nos marchamos ahora! Estamos aquí hasta... hasta que seas...». Pedro no sabe expresar lo que será Juan, y, para que no se vea que también él está repleto de lágrimas, abraza a Juan, que está llorando, y trata de consolarle así.

324 Las pláticas de los ocho apóstoles antes de dejar Antioquía. El adiós a Juan de Endor y a Síntica.

8 de noviembre de 1945.

1 Los apóstoles están otra vez en la casa de Antioquía; con ellos, los dos discípulos y todos los hombres de Antigonio, no vestidos ya con túnicas cortas y de trabajo, sino con indumentos largos, festivos. De esto deduzco

que es sábado.

Felipe ruega a los apóstoles que hablen al menos una vez a todos, antes de su ya inminente partida.

«¿Sobre qué?».

«Sobre todo lo que queráis. Habéis oído estos días lo que hemos dicho. De acuerdo con ello, decidíd».

Los apóstoles se miran unos a los otros. ¿Quién debe hablar? ¡Pedro, es natural! ¡Es el jefe! Pero Pedro no querría hablar y defiere a Santiago de Alfeo o a Juan de Zebedeo el honor de hacerlo. Sólo cuando los ve irremovibles se decide a hablar.

«Hoy hemos oído en la sinagoga explicar el capítulo 52 de Isaías. El comentario que se ha hecho ha sido docto según el mundo, pero deficiente según la Sabiduría. De todas formas no se debe recriminar al comentador, que ha dado lo que podía con esa sabiduría suya que carece de la parte mejor: el conocimiento del Mesías y del tiempo nuevo que Él ha traído. No obstante, no hagamos críticas, sino oraciones para que llegue al conocimiento de estas dos gracias y las pueda aceptar sin obstáculo. Me habéis dicho que durante la Pascua oísteis hablar del Maestro con fe y también con menosprecio. Y que solamente por la gran fe que llena los corazones de la casa de Lázaro, todos los corazones, habíais podido resistir a la desazón que las acusaciones de otros metían en el corazón; mucho más si se considera que estos otros eran precisamente los rabíes de Israel. Pero ser doctos no quiere decir ser santos ni poseer la Verdad. La Verdad es ésta: Jesús de Nazaret es el Mesías prometido, el Salvador de que hablan los Profetas, de los cuales el último descansa desde hace poco en el seno de Abraham después del glorioso martirio sufrido por la justicia. Juan el Bautista - y aquí están presentes los que oyeron esas palabras - dijo: "Éste es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Sus palabras fueron creídas por los más humildes de entre los que se hallaban presentes, porque la humildad ayuda a llegar a la Fe, mientras que a los soberbios les es difícil el camino - cargados como están de lastre - para llegar a la cima del monte donde vive, casta y luminosa, la Fe. Estos humildes, porque tales eran y por haber creído, han merecido ser los primeros en el ejército del Señor Jesús. Podéis ver, pues, cuán necesaria es la humildad para tener fe solícita, y cuánto es premiado el saber creer, incluso cuando las apariencias se presentan contrarias. Os exhorto y estimulo a tener estas dos cualidades en vosotros; entonces seréis del ejército del Señor y conquistaréis el Reino de los Cielos... [2]A ti, Simón Zelote. Yo he terminado. Continúa tú».

El Zelote, cogido tan al improviso y tan claramente indicado como segundo orador, tiene que salir adelante sin demoras ni quejas. Y dice:

«Voy a continuar la plática de Simón Pedro, cabeza de todos nosotros por voluntad del Señor. Voy a continuar sin dejar el tema del capítulo 52 de Isaías, visto por uno que conoce la Verdad encarnada, de la que es siervo para siempre. Está escrito: "¡Levántate, revístete de tu fuerza, oh Sión, vístete de fiesta, ciudad del Santo!". Así verdaderamente debería ser. Porque, cuando una promesa se cumple, cuando una paz se establece, cuando cesa una condena y cuando viene el tiempo de la alegría, los

corazones y las ciudades deberían vestirse de fiesta y levantar las frentes abatidas, sintiendo que ya no son personas odiadas, derrotadas, golpeadas, sino amadas y liberadas. No estamos aquí haciendo un proceso a Jerusalén. La caridad, primera entre todas las virtudes, lo prohíbe. Dejemos, pues, de observar el corazón de los demás y miremos al nuestro. Revistamos de fuerza nuestro corazón con esa fe de que ha hablado Simón, y vistámonos de fiesta, porque nuestra fe secular en el Mesías ahora se corona con la realidad de la cosa. El Mesías, el Santo, el Verbo de Dios está realmente entre nosotros. Y tienen prueba de ello no sólo las almas, que reciben palabras de Sabiduría que las fortalecen e infunden santidad y paz, sino también los cuerpos, que por obra del Santo, al cual el Padre todo concede, se ven liberados de las más atroces enfermedades, e incluso de la muerte; para que las tierras y los valles de nuestra patria de Israel queden llenos de las alabanzas al Hijo de David y al Altísimo, que ha enviado a su Verbo, como había prometido a los Patriarcas y Profetas. El que os habla estaba leproso, destinado a morir, transcurriendo primero años de cruel angustia, en la soledad de fiera que es propia de los leprosos. Un hombre me dijo: "Ve a Él, al Rabí de Nazaret, y serás curado". Tuve fe. Fui. Quedé curado. En el cuerpo. En el corazón. En el primero desapareció la enfermedad que separa de los hombres; en el segundo, el rencor que separa de Dios. Y con un corazón nuevo, pasé, de proscrito, enfermo, inquieto, a ser su siervo, llamado a la feliz misión de ir a los hombres y amarlos en nombre suyo e instruirlos en la única cosa que es necesario conocer: que Jesús de Nazaret es el Salvador y que son bienaventurados los que creen en Él. [3]Habla tú ahora, Santiago de Alfeo».

«Yo soy el hermano del Nazareno. Mi padre y su padre eran hermanos nacidos del mismo seno. Y, no obstante, no puedo llamarme hermano, sino siervo. Porque la paternidad de José, hermano de mi padre, fue una paternidad espiritual, y en verdad os digo que el verdadero Padre de Jesús, Maestro nuestro, es el Altísimo al que nosotros adoramos. El cual ha permitido que la Segunda Persona de su Divinidad Una y Trina se encarnara y viniera a la tierra, permaneciendo de todas formas siempre unida con Aquellas que viven en el Cielo. Porque ello lo puede hacer Dios, el infinitamente Potente. Y lo hace por el Amor, que es su naturaleza. Jesús de Nazaret es nuestro hermano, ¡oh hombres!, porque ha nacido de mujer y es semejante a nosotros por su humanidad. Es nuestro Maestro porque es el Sabio, es la Palabra misma de Dios que ha venido a hablarnos para hacernos de Dios. Y es nuestro Dios, siendo uno con el Padre y con el Espíritu Santo, con los cuales está siempre en unión de amor, potencia y naturaleza. Sea propiedad vuestra también esta verdad, que con manifiestas pruebas fue concedido conociera el Justo que fue pariente mío. Y contra el mundo, que tratará de separaros de Cristo diciendo: "Es un hombre cualquiera" responded: "No. Es el Hijo de Dios, es la Estrella nacida de Jacob, es el Cayado que se eleva en Israel, es el Dominador": no dejéis que ninguna cosa os disuada. Ésta es la Fe. [4]A ti, Andrés».

«Ésta es la Fe. Yo soy un pobre pescador del lago de Galilea, y, en las

silenciosas noches de pesca, bajo la luz de los astros, tenía muchos coloquios conmigo mismo. Decía: "¿Cuándo vendrá? ¿Viviré todavía? Faltan todavía muchos años, según la profecía". Para el hombre, de vida limitada, unas pocas decenas de años son siglos... Me preguntaba: "¿Cómo vendrá? ¿Dónde? ¿De quién?". Y mi embotamiento humano me hacía soñar regios esplendores, regias moradas y cortejos y clangores y poder, e irresistible majestad... Y decía: "¿Quién podrá mirar a este gran Rey?". Le imaginaba manifestándose en modo más aterrorizador que el propio Yeohveh en el Sinaí. Me decía: "Los hebreos, allí, vieron al monte lanzando resplandores, pero no quedaron reducidos a cenizas porque el Eterno estaba más allá de los nimbos. Pero aquí nos mirará con ojos mortíferos y moriremos...". Era discípulo del Bautista*. Y en las pausas de la pesca iba donde él, con otros compañeros. Era un día de esta luna... Las márgenes del Jordán estaban llenas de gente que temblaba al oír las palabras del Bautista. Yo había visto a un joven hermoso y calmo venir hacia nosotros por un sendero. Humilde la túnica, dulce el aspecto. Parecía pedir amor y dar amor. Su ojo azul se posó un momento en mí, y experimenté una cosa que no he vuelto a experimentar jamás. Me pareció como si me acariciaran el alma, como si alas de ángel me rozaran apenas. Por un momento, me sentí tan lejos de la tierra, tan distinto, que dije: "¡Ahora muero! Es la convocatoria de Dios a mi espíritu". Pero no morí. Me quedé hechizado contemplando al joven desconocido, que, a su vez, había fijado su mirada azul en el Bautista. Y el Bautista se volvió, se apresuró a ir a Él, se inclinó ante Él. Se hablaron. Y, dado que la voz de Juan era un trueno continuo, las misteriosas palabras llegaron hasta mí, que estaba escuchando, deseando vehementemente saber quién era el joven desconocido. Mi alma le sentía distinto de todos. Decían: "Yo debería ser bautizado por ti...". "Deja, ahora.

---

* *Era discípulo del Bautista.* La evocación del apóstol Andrés merece ser puesta en relación con la explicación dada en 49.9.

Conviene cumplir toda justicia"... Juan ya había dicho: "Vendrá uno al que no soy digno de desatar las correas de las sandalias". Había dicho ya: "En medio de vosotros, en Israel, hay uno que no conocéis. Tiene ya en su mano el aventador y limpiará su era y quemará la paja con el fuego inextinguible". Yo tenía ante mí a un joven común, de aspecto manso y humilde, y, no obstante había oído que era Aquel al que ni siquiera el Santo de Israel, el último Profeta, el Precursor, era digno de desatarle las sandalias. Había oído que era Aquel al que no conocíamos. Pero no sentí miedo de Él. Es más, cuando Juan, pasado el superextasiante trueno de Dios, pasado el inconcebible esplendor de la Luz en forma de paloma de paz, dijo: "Éste es el Cordero de Dios", yo, con la voz del alma, jubiloso por haber presentido al Rey Mesías en el joven manso y humilde de aspecto, grité con la voz del espíritu: "¡Creo!". Por esta fe soy su siervo. Sedlo vosotros también y tendréis paz.

[5]Mateo, a ti el narrar las otras glorias del Señor».

«Yo no puedo usar las palabras límpidas de Andrés. Él era un justo; yo, un pecador. Por eso mi palabra no tiene notas festivas, aunque no le falta la paz confidencial de un salmo. Era un pecador, un gran pecador. Vivía en el error completo. Me había endurecido en el error y no sentía desazón. Si

alguna vez los fariseos o el arquisinagogo me herían con sus insultos o reprensiones, recordándome al Dios Juez implacable, experimentaba un momento de terror... y luego me arrellanaba en la necia idea: "Total ya soy un réprobo. Gocemos, pues, sentidos míos, mientras podamos hacerlo". Y, más que nunca, me hundía en el pecado. Hace dos primaveras, vino un Desconocido a Cafarnaúm. También para mí era un desconocido. Lo era para todos, porque estaba en los comienzos de su misión. Solamente unos pocos hombres le conocían por lo que Él era realmente. Estos que veis y otros pocos. Me asombró su espléndida virilidad, más casta que la castidad de una virgen. Esto fue lo primero que me impresionó. Le veía con porte graye, y, a pesar de ello, dispuesto a escuchar a los niños que iban a Él como las abejas a la flor; su único entretenimiento eran sus juegos inocentes y sus palabras sin malicia Luego me impresionó su poder. Hacía milagros. Dije: "Es un exorcista. Un santo". Pero me sentía tan ignominioso a su lado, que me apartaba de Él. Él me buscaba. Ésa era mi impresión. No había vez que pasara cerca de mi banco que no me mirase con su ojo dulce y un poco triste. Y cada vez se producía como un sobresalto de la conciencia entorpecida, la cual no volvía ya al mismo nivel de torpor. Un día - la gente magnificaba siempre su palabra - sentí deseos de oírle. Escondiéndome detrás de una esquina de una casa le oí hablar a un pequeño grupo de hombres. Hablaba con sencillez, sobre la caridad, que es como indulgencia por nuestros pecados... Desde aquella tarde yo, el exigente y duro de corazón, quise conseguir de Dios el perdón de muchos pecados. Hacía las cosas en secreto... Pero Él sabía que era yo, porque lo sabe todo. Otra vez, le oí explicar precisamente el capítulo 52 de Isaías: decia que en su Reino, en la Jerusalén celestial, no estarían los impuros ni los incircuncisos de corazón, y prometía que aquella Ciudad celeste - cuyas bellezas expresaba con tan persuasiva palabra, que me vino nostalgia de ella - sería de quien a Él fuera. Y luego,... y luego... ¡oh, aquel día no fue una mirada de tristeza, sino de mando! Me desgarró el corazón, puso mi alma al desnudo, la cauterizó, tomó en su poder a esta pobre alma enferma, la atormentó con su amor exigente... y mi alma fue nueva. Fui a Él con arrepentimiento y deseo. No esperó a que le dijera: "Señor, piedad!". Dijo Él: "¡Sígueme!". El Manso había vencido a Satanás en el corazón del pecador. Que esto os diga, si alguno de vosotros tiene culpas que le turban, que es el Salvador bueno y que no hay que apartarse de Él, sino que, cuanto más pecador es uno, más debe ir a Él con humildad y arrepentimiento para ser perdonado. [6]Santiago de Zebedeo, habla tú».

«Verdaderamente no sé qué decir. Habéis hablado y dicho lo que yo habría dicho. Porque la verdad es ésta y no puede cambiar. Yo también estaba, con Andrés, en el Jordán, pero no me di cuenta de Él sino cuando me lo indicó la mención del Bautista. Yo también creí inmediatamente, y, cuando se marchó, después de su luminosa manifestación, me quedé como uno al que de una cima llena de sol le llevan a una obscura cárcel. Sentía un incontenible deseo de volver a encontrar el Sol. El mundo carecía totalmente de luz, después de habérseme presentado la Luz de Dios y luego haber desaparecido de mi presencia. Estaba solo entre los demás hombres. Mientras comía tenía hambre. Durante el

sueño velaba con la parte mejor de mí mismo. Dinero, oficio, afectos, todo había pasado a un segundo lugar respecto a este deseo incontenible de Él; había quedado lejos, sin atractivo. Cual niño que ha perdido a su madre, gemía: "¡Vuelve, Cordero del Señor! ¡Altísimo, como enviaste a Rafael a guiar a Tobías, envía a tu ángel a guiarme a los caminos del Señor para que le encuentre, le encuentre, le encuentre!". Y, a pesar de todo, cuando, después de decenas de días* de inútil espera y de búsqueda ansiosa - que, por su inutilidad, nos hacía sentir más cruel la perdida de nuestro Juan, que había sido arrestado por primera vez -, se nos presentó por el sendero, viniendo del desierto, no le reconocí inmediatamente. Llegado a este punto, quiero, hermanos en el Señor, enseñaros otro camino para ir a Él y reconocerle. Simón de Jonás ha dicho que hace falta fe y humildad para reconocerle. Simón Zelote ha confirmado la absoluta necesidad de la fe para reconocer en Jesús de Nazaret a Aquel que es, en el Cielo y en la tierra, según cuanto ha sido dicho. Y Simón Zelote necesitaba una fe muy grande, para esperar incluso para su cuerpo inevitablemente enfermo. Por eso Simón Zelote dice que fe y esperanza son los medios para poseer al Hijo de Dios. Santiago, hermano del Señor, habla del poder de la fortaleza para conservar lo hallado. La fortaleza, que

---

* *después de decenas de días* - circunstancia confirmada hacia el final de la plática con las palabras *después de la ausencia* - es una precisión que confirma la explicación dada en 47.10 sobre el tiempo transcurrido entre la manifestación en el Jordán y el encuentro con los primeros discípulos.

impide que las insidias del mundo y de Satanás socaven nuestra fe. Andrés muestra toda la necesidad de unir a la fe una santa sed de justicia, tratando de conocer y retener la verdad, cualquiera que fuere la boca santa que la anuncie, no por un orgullo humano de ser doctos, sino por el deseo de conocer a Dios. Quien se instruye en las verdades encuentra a Dios. Mateo, que fue pecador, os indica otro camino por el que se alcanza a Dios: despojarse de la sensualidad por espíritu de imitación, yo diría que por reflejo de Dios, que es Pureza infinita. Él, el pecador, se siente impresionado, lo primero, por la "virilidad casta" del Desconocido que había ido a Cafarnaúm, y, casi como si ésta tuviera el poder de resucitar su muerta continencia, se veda a sí mismo, lo primero, el sentido carnal, liberando así de obstáculos el camino para la llegada de Dios Y para la resurrección de las otras virtudes muertas. De la continencia pasa a la misericordia, de ésta a la contrición, de la contrición a la superación de todo sí mismo y a la unión con Dios. "Sígueme". "Voy". Pero su alma había dicho ya: "Voy", y el Salvador había dicho ya: "Sígueme", desde la primera vez que la virtud del Maestro había atraído la atención del pecador. Imitad. Porque toda experiencia ajena, aunque fuera penosa, es guía para evitar el mal y encontrar el bien en aquellos que tienen buena voluntad. Yo, por mí, digo que, cuanto más se esfuerza el hombre en vivir para el espíritu, más apto es para reconocer al Señor; y la vida angélica favorece esto al máximo. Entre nosotros, discípulos de Juan, el que le reconoció, después de la ausencia, fue el alma virgen. Él, más incluso que Andrés, le reconoció, a pesar de que la penitencia hubiera cambiado el rostro del Cordero de Dios. Por eso digo: "Sed castos para poderle reconocer". [7]Judas, ¿quieres hablar tú ahora?».

«Sí. Sed castos para poderle reconocer. Pero sedlo tambien para poderle conservar en vosotros con su Sabiduría, con su Amor, con todo Él mismo. Sigue diciendo Isaías en el capítulo 52: "No toquéis lo impuro,... purificaos

los que lleváis los vasos del Señor". Verdaderamente, toda alma que se hace discípula suya es semejante a un vaso colmado del Señor, y el cuerpo que la contiene es como el portador del vaso consagrado al Señor. No puede Dios estar donde hay impureza. Mateo ha dicho cómo el Señor estaba explicando que nada que fuera impuro o que estuviera separado de Dios habitará en la Jerusalén celeste. Sí. Pero es necesario no ser impuros aquí abajo, y no estar separados de Dios, para poder entrar en ella. Desdichados aquellos que aplazan a la última hora su arrepentimiento. No siempre tendrán tiempo de hacerlo. De la misma manera que los que ahora le calumnian no tendrán tiempo de hacer nuevo su corazón en el momento de su triunfo, siendo así que no gozarán de los frutos de éste. Quienes esperan ver en el Rey santo y humilde un monarca terreno, y, más aún, quienes temen ver en Él un monarca terreno, no estarán preparados para aquella hora; engañados y defraudado su pensamiento, que no es el pensamiento de Dios sino un pobre pensamiento humano, pecarán cada vez más. La humillación de ser el Hombre pesa sobre Él. Debemos tener presente esto. Isaías dice que todos nuestros pecados tienen mortificada a la Persona Divina bajo una apariencia común. Cuando pienso que el Verbo de Dios tiene alrededor de sí, como una costra sucia, toda la miseria de la humanidad desde que ésta existe, pienso con profunda compasión y con profunda comprensión en el sufrimiento que debe producirle ello a su alma sin culpa: la repulsa de una persona sana que fuera recubierta con los andrajos y las porquerías de un leproso. Es verdaderamente el traspasado por nuestros pecados, el llagado por todas las concupiscencias del hombre. Su alma, que vive entre nosotros, debe temblar con los contactos como por escalofrío de fiebre. Y, no obstante, no dice nada. No abre la boca para decir: "Me producís horror". La abre solamente para decir: "Venid a mí, que os quite vuestros pecado?. Es el Salvador. En su infinita bondad, ha querido velar su irresistible belleza. Esa belleza que, si se hubiera presentado cual es en el Cielo, nos habría reducido a cenizas, como ha dicho Andrés. Esa belleza ahora se ha hecho atractiva, como de manso Cordero, para poder acercarse a nosotros y salvarnos. Su opresión, su condena durará hasta que, consumido por el esfuerzo de ser el Hombre perfecto en medio de los hombres imperfectos, sea elevado por encima de la multitud de los rescatados, en el triunfo de su realeza santa. ¡Dios que conoce la muerte, para salvarnos a la Vida!... Que estos pensamientos os hagan amarle sobre todas las cosas. Él es el Santo. Yo lo puedo decir, yo que con Santiago he crecido con Él. Y lo digo y lo diré, dispuesto a dar mi vida para firmar esta confesión; para que los hombres crean en Él y tengan la Vida eterna. [8]Juan de Zebedeo, te toca hablar a ti».

«¡Qué hermosos* en los montes los pies del mensajero! Del Mensajero de paz, de Aquel que anuncia la felicidad y predica la salud, de Aquel que dice a Sión: "¡Reinará tu Dios!". Y estos pies van, incansables, desde hace dos años, por los montes de Israel, convocando a las ovejas de la grey de Dios para reunirlas, confortando, sanando, perdonando, dando paz. Su paz. Verdaderamente me resulta extraño el no ver estremecerse de alegría los montes y exultar las aguas de la patria, bajo la caricia de su pie. Pero lo que más me asombra es el no ver a los corazones estremecerse de alegría y exultar diciendo: "¡Gloria

al Señor! ¡El Esperado ha venido! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!". Aquel que derrama gracias y bendiciones, paz y salud, y llama para el Reino abriéndonos el camino que a él conduce; Aquel, sobre todo, que espira amor de cada una de sus acciones o palabras, de cada mirada, de cada respiro. ¿Qué es este mundo, pues, para estar ciego a la Luz que vive en medio de nosotros? ¿Qué losas, más espesas que la piedra que cierra las puertas de los sepulcros, le muran la vista del alma para no ver esta Luz? ¿Qué montañas de pecados tiene encima de sí para estar

---

* *¡Qué hermosos...* es cita de *Isaías 52, 7*. Las pláticas de los ocho apóstoles están, en su mayoría, fundados en el capítulo 52 del libro del profeta Isaías.

tan oprimido, separado, cegado, ensordecido, encadenado, paralizado, de forma que permanece pasivo ante el Salvador? ¿Qué es el Salvador? Es la Luz fundida con el Amor. La boca de mis hermanos ha cantado las alabanzas del Señor, ha recordado sus obras, ha indicado las virtudes que deben practicarse para llegar a su camino. Yo os digo: amad. No hay virtud mayor ni más semejante a su Naturaleza. Si amáis, practicaréis todas las virtudes sin esfuerzo, empezando por la castidad. Y no os será gravoso el ser castos, porque amando a Jesús no amaréis a nadie inmoderadamente. Seréis humildes porque veréis en Él sus infinitas perfecciones con ojos amantes, por lo cual no os ensoberbeceréis de las vuestras, mínimas. Seréis creyentes. ¿Quién no cree en aquel a quien ama? Sentiréis la contrición del dolor que salva, porque será recto vuestro dolor, es decir será un

dolor por la pena causada a Él, no por la pena por vosotros merecida. Seréis fuertes. ¡Oh, sí! ¡Cuando uno está unido a Jesús, es fuerte! Fuerte contra todo. Estaréis llenos de esperanza, porque no dudaréis del Corazón de los corazones, que os ama con la totalidad de sí mismo. Seréis sabios. Seréis todo. Amad a Aquel que anuncia la felicidad verdadera, que predica la salud, que va, incansable, por los montes y los valles convocando al rebaño para reunirle; a Aquel en cuyo camino está la Paz, como también hay paz en su Reino, que no es de este mundo, sino que es verdadero, como verdadero es Dios. Abandonad cualquier camino que no sea el suyo. Liberaos de toda tiniebla. Id a la Luz. No seáis como el mundo, que no quiere ver la Luz, que no quiere conocerla. Vosotros id a nuestro Padre, que es el Padre de las luces, que es Luz sin medida, a través del Hijo, que es la Luz del mundo, para gozar de Dios en el abrazo del Paráclito, que es fulgor de las Luces en una sola beatitud de amor, que a los Tres centra en Uno. ¡Infinito acéano del Amor, sin tempestades, sin tinieblas, acógenos! ¡A todos! los inocentes y a los convertidos. ¡A todos! ¡En tu paz! ¡A todos! Para toda la eternidad. A todos los que habitamos sobre la tierra, para que te amemos a ti, Dios, y al prójimo como tú quieres. A todos, en el Cielo, para que sigamos amando, siempre, no sólo a ti y a los celestes habitantes, sino también, y todavía, a los hermanos que militen en la tierra en espera de la paz, y, cual ángeles de amor, los defendamos y apoyemos en las batallas y tentaciones, para que después puedan estar contigo en tu paz, para gloria eterna del Señor nuestro Jesús, Salvador, Amador del hombre, hasta el límite sin límite del anonadamiento sublime».

9 Como siempre, Juan, ascendiendo en sus vuelos de amor, lleva

consigo a las almas a lugares de amor levísimo y silencio místico.

Debe pasar un rato antes de que retorne la palabra a los labios del auditorio. El primero en hablar es Felipe, dirigiéndose a Pedro: «¿Y Juan, el pedagogo, no habla?».

«Os hablará por nosotros continuamente. Ahora dejadle en su paz, y dejadnos también a nosotros un buen rato con él. Tú, Saba, haz lo que te he dicho antes; y tú también, buena Berenice...».

10Salen todos. Se quedan en la amplia sala los ocho con los dos. Hay un silencio grave. Están todos un poco pálidos: los apóstoles, porque saben lo que está para producirse; los dos discípulos, porque lo presienten.

Pedro abre sus labios, pero encuentra sólo esta palabra: «Oremos», y entona el "Pater noster". Luego - está verdaderamente pálido, quizás más que en el momento de la muerte -, yendo a ponerse entre los dos y colocando una mano sobre sus hombros, dice: «Es la hora de la despedida, hijos. ¿Qué le digo al Señor en nombre vuestro? ¿A Él, que ciertamente estará ansioso de saber de vuestra santidad?».

Síntica cae de rodillas y se cubre el rostro con las manos. Juan la imita. Pedro los tiene a sus pies, y, mecánicamente, los acaricia mientras se muerde los labios para no ceder a la emoción.

Juan de Endor alza su acongojado rostro y dice: «Dirás al Maestro que nosotros hacemos su voluntad...». Y Síntica: «Y que nos ayude a cumplirla hasta el final...». El llanto impide frases más largas.

«Bien. Démonos el beso de despedida. Esta hora debía llegar...». También Pedro se corta, ahogado por un nudo de llanto.

«Antes bendícenos» suplica Síntica.

«No. No yo. Mejor uno de los hermanos de Jesús...».

«No. Tú eres el jefe. Nosotros los bendeciremos con el beso. Bendícenos a todos, a nosotros que nos marchamos y a ellos que se quedan» dice Judas Tadeo, poniéndose el primero de rodillas.

Y Pedro, el pobre Pedro - que ahora está rojo por el esfuerzo de mantener firme la voz y por la emoción de bendecir, con las manos extendidas hacia el pequeño núcleo arrodillado a sus pies - pronuncia, con voz aún más áspera por el llanto, casi de viejo, la bendición mosaica*... Luego se agacha, besa en la frente a la mujer, como si fuera una hermana; levanta y abraza, besándole fuerte, a Juan, y... se marcha valientemente de la habitación, mientras los otros imitan su acto para con los dos que se quedan...

Afuera, el carro está ya preparado. Sólo están presentes Felipe y Berenice, y el siervo, que sujeta el caballo. Pedro ha subido ya al carro...

«Dirás al amo que esté tranquilo respecto a sus recomendados» dice Felipe a Pedro.

«Dirás a María que siento la paz de Euqueria desde que ella es discípula» dice en voz baja Berenice al Zelote.

---

* *la bendición mosaica*, que aparece en repetidas ocasiones en la Obra valtortiana, está en *Números, 22-27*.

«Le diréis al Maestro, a María, a todos, que los amamos, y que...
¡Adiós! ¡Adiós! ¡Oh, no los volveremos a ver! ¡Adiós, hermanos! Adiós...».
Corren afuera, al camino, los dos discípulos... Pero el carro, que ha partido al trote, ya ha doblado la esquina... Ha desaparecido...
«¡Síntica!».
«¡Juan!».
«¡Estamos solos!».
«¡Dios está con nosotros!... Ven, pobre Juan. El Sol declina. Te sienta mal estar aquí...».
«Para mí el Sol se ha puesto para siempre... Sólo volverá a salir en el Cielo».
Y entran donde antes estaban con los demás, se dejan caer sobre una mesa y se entregan, ya sin freno, al llanto...

11 Dice Jesús:
«Y el tormento causado por un hombre, sólo querido por el hombre malo, quedó consumado, deteniéndose como un curso de agua en un lago después de haber realizado su recorrido...
Te hago notar cómo también Judas de Alfeo, a pesar de estar más nutrido de sabiduría que los demás, da al texto de Isaías, sobre mis sufrimientos de Redentor, una explicación humana. Y así era todo Israel, que se negaba a aceptar la realidad profética y contemplaba las profecías sobre mis dolores como alegorías y símbolos. Fue el gran error, por el que, en la hora de la Redención, bien pocos en Israel supieron ver todavía al Mesías en el Condenado.
La Fe no es sólo una corona de flores. Tiene espinas también. Y es santo aquel que sabe creer tanto en las horas de gloria como en las horas trágicas; y sabe amar, tanto si Dios le cubre de flores, como si le coloca sobre espinas».

325. Los ocho apóstoles se reúnen con Jesús cerca de Akeib.

10 de noviembre de 1945.

1 Jesús - un Jesús muy delgado y pálido, muy triste, atormentado yo diría - está en la cima, exactamente en la cima más alta de un montecito, que es sede de un pueblo. Pero Jesús no está en el pueblo (que está en la cima, sí, pero vuelto hacia la ladera sureste), sino en una pequeña prominencia, la más alta, que mira hacia el noroeste (la verdad es que más Oeste que Norte).
Jesús, dado que mira desde varios lados, ve una cadena ondulada de montes, que en los extremos noroeste y suroeste introduce sus últimos ramales en el mar: al suroeste, con el Carmelo, que se difumina a lo lejos en este día claro; al noroeste, con un cabo cortante como un espolón de nave, muy parecido a nuestras Apuanas, por las venas rocosas que albean bajo el sol. Por las laderas de esta cadena ondulada de montes descienden torrentes y regatos (todos bien colmados de aguas en esta estación del año) que por la llanura costera corren a introducirse en el mar. Cerca de la amplia bahía de

Sicaminón, el más exuberante de ellos, el Kisón, desemboca en el mar, tras haber formado casi un pequeño lago en la confluencia con otro riachuelo, poco antes de la desembocadura. El Sol meridiano del claro día extrae de los cursos de agua reflejos de topacios o zafiros, mientras que el mar es un inmenso zafiro veteado de livianos collares de perlas.

La primavera del Sur se perfila ya con las nuevas hojas, que, de las abiertas gemas, brotan, tiernas, brillantes, tan nuevas, tan desconocedoras de polvo y tempestades, de mordeduras de insectos y de contactos de hombre, que yo diría virginales. Y las ramas de los almendros son ya borlas de espuma blanco-rosada; tan blandas, tan livianas, que da la impresión de que vayan a desprenderse del tronco natal y navegar, cual pequeñas nubes, por el aire sereno. También los campos de la llanura, no vasta pero sí fértil, comprendida entre los dos cabos, el del noroeste y el del suroeste, muestra un tierno verdear de cereales, que quitan toda tristeza a los campos, poco antes desnudos.

Jesús mira. Desde el punto en que se encuentra, ve tres caminos: el que sale del pueblo y va a terminar ahí (es un caminito sólo para personas) y otros dos, que van hacia abajo, desde el pueblo, y se bifurcan en opuestas direcciones: hacia el noroeste, hacia el suroeste.

El lugar es así:

¡Qué Jesús desmejorado! Signado por la penitencia mucho mas que cuando ayunó en el desierto: entonces era el hombre empalidecido, pero todavía joven y vigoroso; ahora es el hombre consumido por un complejo sufrir que deprime tanto las fuerzas físicas como las morales. Sus ojos están muy tristes, una tristeza dulce y grave al mismo tiempo. Las mejillas, enflaquecidas, hacen realzar aún más la espiritualidad del perfil, de la frente alta, de la nariz larga y derecha, de esa boca cuyos labios carecen absolutamente de sensualidad. Un rostro angélico, de tanto como excluye la materialidad. Tiene la barba más larga que de costumbre, crecida incluso en los carrillos hasta confundirse con los cabellos, que le caen sobre las orejas; de forma que de su rostro son visibles solamente la frente, los ojos, la nariz y los pómulos, flacos y de un color marfil sin sombra de róseo. Tiene los cabellos peinados rudimentariamente, cabellos que se han vuelto opacos y conservan, para recuerdo del antro en que ha estado, muchos pequeños fragmentos de hojas secas y de palitos que se han quedado enredados en la larga cabellera. Y la túnica y el manto, arrugados y polvorientos, denuncian también el lugar agreste en que han sido vestidos y usados sin tregua.

2 Jesús mira... El Sol del mediodía le calienta, y da la impresión de que ello le es agradable, porque evita la sombra de algunos robles para ir bien al sol; pero, a pesar de que sea un Sol neto, resplandeciente, no enciende reflejos en sus cabellos polvorientos ni en sus ojos cansados, ni da color a su rostro enflaquecido.

No es el sol lo que le conforta y aviva su color; es el ver a sus queridos apóstoles, que suben, gesticulando y mirando hacia el pueblo por el camino que viene del noroeste, el más llano. Entonces se produce la metamorfosis: la mirada se le aviva; el rostro parece perder en parte su aspecto demacrado, por una leve coloración rosada que se extiende sobre las mejillas, y más por la sonrisa que le ilumina. Abre los brazos - los tenía cruzados - y exclama:

«¡Mis amados¡». Lo dice alzando la cara, extendiendo su mirada sobre las cosas, como queriendo comunicar su alegría a las hierbas y a los árboles, al cielo sereno, al aire, que ya sabe a primavera.

Recoge el manto ciñéndoselo bien al cuerpo, para que no se quede enganchado en las matas, y baja raudo, por un atajo, al encuentro de ellos, que suben y que todavía no le han visto. Cuando la distancia puede ser salvada por la voz, los llama para detener su marcha en dirección al pueblo.

Oyen la llamada lejana. Quizás desde el punto en que están no pueden ver a Jesús, cuyo indumento obscuro se confunde con la espesura del bosque que cubre la ladera. Miran a su alrededor, gesticulan.. Jesús los llama de nuevo... Por fin, un claro del bosque le muestra a sus ojos, bajo el sol, con los brazos un poco extendidos, como queriéndolos abrazar ya. Entonces se oye un fuerte grito, que se refleja en la abrupta ladera: «¡El Maestro!» y, dejando el camino, empieza una gran carrera hacia arriba por las escarpaduras, arañándose, tropezando, jadeando, sin sentir el peso de los talegos ni la fatiga del paso... llevados de la alegría de verle de nuevo.

3Naturalmente los primeros en llegar son los más jóvenes y los más ágiles, es decir, los dos hijos de Alfeo, de paso seguro, propio de quien ha nacido en las colinas, y Juan y Andrés, que corren como dos cervatillos, sonriendo felices. Y caen a sus pies, amorosos y reverentes, felices, felices, felices... Luego llega Santiago de Zebedeo. Los últimos en llegar, casi juntos, son los tres menos expertos en carreras y en montañas: Mateo y el Zelote y, el último, el último de todos, Pedro.

Pero se abre paso - ¡vaya que si se abre paso! - para llegar al Maestro. Los primeros que han llegado están abrazados a sus piernas y no se cansan de besarle las vestiduras o las manos, que Él les ha dejado abandonadas. Coge enérgicamente a Juan y a Andrés, que están agarrados a las vestiduras de Jesús como ostras a un escollo, y, jadeante por el esfuerzo realizado, los aparta lo suficiente como para poder caer también él a los pies de Jesús, y dice: «¡Oh, Maestro mío! ¡Ahora vuelvo a vivir, por fin! Ya no podía más. He envejecido y adelgazado como por una mala enfermedad. Mira como es verdad, Maestro...» y alza la cara para que Jesús le mire. Pero, al hacerlo, ve él el cambio de Jesús, y se pone en pie gritando: «¿¡Maestro!? ¡¿Pero qué has hecho?! ¡Necios! ¡Pero mirad! ¿No veis nada vosotros? ¡Jesús ha estado enfermo!... 4Maestro, Maestro mío, ¿qué has tenido? ¡Díselo a tu Simón! ».

«Nada, amigo».

«¿Nada? ¿Con esa cara? ¡Entonces es que alguien te ha tratado mal!».

«¡No, hombre, Simón!».

«¡Imposible! ¡O enfermo o has sufrido persecución! ¡Que tengo ojos, eh!...».

«Yo también los tengo. Y, efectivamente, te veo enflaquecido y más viejo. Entonces tú ¿por qué estás así?» pregunta sonriendo el Señor a su Pedro, el cual le observa atentamente como si quisiera leer la verdad en el pelo, en la piel, en la barba de Jesús.

«¡Pero yo he sufrido! No lo niego. ¿Crees que ha sido placentero ver tanto dolor?».

«¡Tú lo has dicho! Yo también he sufrido por el mismo motivo...».

«¿Sólo por eso, realmente, Jesús?» pregunta, enternecido y afectuoso, Judas de Alfeo.

«Por el dolor, sí, hermano mío. El dolor causado por tener que mandar a otro sitio...».

«Y por el dolor de haberte visto obligado a ello por...».

«¡Por favor!... ¡Silencio! Prefiero el silencio ante mi herida a cualquier

palabra que quiera consolarme diciéndome: "Sé por qué has sufrido". Y, además, sabedlo todos, he sufrido por *muchas* cosas, no sólo por ésta. Y, si Judas no me hubiera interrumpido, os lo habría dicho». Jesús se muestra severo al decir esto. Todos se intimidan.

Pedro es el primero en reaccionar, y pregunta: «¿Y dónde has estado, Maestro? ¿Qué has hecho?».

«He estado en una gruta... orando... meditando... fortaleciendo mi espíritu, obteniendo fortaleza para vosotros en vuestra misión, para Juan y Síntica en su sufrimiento».

«¿Pero dónde, dónde? ¡Sin vestidos, sin dinero! ¿Cómo te las has arreglado?». Simón está nervioso.

«En una gruta no necesitaba nada».

«Pero, ¿y la comida?, ¿y el fuego?, ¿y la cama?, ¿y...? ¡bueno, todo! Yo te imaginaba - era mi esperanza -, al menos, huésped, como un peregrino que hubiera perdido el camino, en Yiftael, o en otra parte... en definitiva, en una casa. Eso me tranquilizaba un poco. ¡Pero, de todas formas...! Decid vosotros si no era mi tormento el pensamiento de que Él estaba sin ropa, sin comida, sin medios para procurársela, sin, sobre todo esto, sin voluntad de procurársela. ¡Jesús, no debías haberlo hecho! ¡Y no me lo volverás a hacer, *nunca*! De ahora en adelante, no te dejaré ni por una hora. Me coseré a tu túnica, para seguirte como una sombra, quieras o no. Sólo si muero seré separado de ti».

«O si muero Yo».

«¡Tú no! Tú no debes morir antes que yo. No digas eso. ¿Quieres entristecerme del todo?».

«No. Es más, quiero alegrarme contigo, con todos, en esta hermosa hora que me trae de nuevo a mis amados, predilectos amigos. ¡Veis? Ya estoy mejor, porque vuestro amor sincero me alimenta, me da calor, me consuela de todo».

Y los acaricia, uno a uno, mientras sus rostros resplandecen con una sonrisa dichosa y sus ojos brillan y tiemblan los labios por la emoción de estas palabras, preguntando: «¿De verdad, Señor?», «¿Es realmente así?», «¿Tanto nos quieres?».

«Sí. Os quiero mucho. [5]¿Habéis traído comida?».

«Sí. Presentía que estabas exhausto y la he comprado por el camino. Tengo pan, carne asada, leche, queso y manzanas, y una borracha con vino generoso y huevos para ti, si es que no se han roto...».

«Bien, entonces vamos a sentarnos aquí, bajo este buen sol, y vamos a comer. Mientras comemos me habláis...».

Se sientan al sol en un risco. Pedro abre su talego y observa sus tesoros: «¡Todo salvo!» exclama. «Incluso la miel de Antigonio. ¡Pero hombre! ¡Si ya lo he dicho yo! Al regreso, aunque nos hubiéramos metido en una cuba para rodar impulsados por un loco, o en un bote sin remos, hasta incluso con agujero, y además en una tempestad, habríamos llegado sanos y salvos... ¡Pero a la ida! Cada vez me convenzo más de que era el demonio el que nos ponía obstáculos, para no dejarnos ir con esos dos pobrecitos...».

«Si, claro, ahora ya no tenía objeto...» confirma el Zelote.

«Maestro, ¿has hecho penitencia por nosotros?» pregunta Juan, que se olvida de comer

por contemplar a Jesús.
«Sí, Juan. Os he seguido con el pensamiento. He sentido vuestros peligros y aflicciones. Os he ayudado como he podido...».
«¡Yo lo he sentido! Y os lo dije, ¿os acordáis?».
«Sí, es verdad» confirman todos.
«Ahora me estáis devolviendo lo que os he dado».
«¿Has ayunado, Señor?» pregunta Andrés.
«¡Qué remedio!» le responde Pedro. «Aunque hubiera querido comer, sin dinero, en una gruta, ¿cómo querías que comiera?».
«¡Por causa nuestra! ¡Cuánto me apena esto!» dice Santiago de Alfeo.

«¡Oh, no! ¡No os aflijáis! No solamente por vosotros. También por todo el mundo. [6]He hecho lo que cuando empecé la misión. En aquella ocasión, al final, fui socorrido por los ángeles; ahora me socorréis vosotros. Y, creedme, para mí es doble alegría. Porque en los ángeles es inderogable el ministerio de caridad, pero en los hombres es menos fácil de encontrar. Vosotros lo estáis ejerciendo. Y habéis pasado, por amor a mí, de hombres a ángeles, habiendo elegido la santidad por encima de toda otra cosa. Por tanto, me hacéis feliz como Dios y como Hombre-Dios. Porque me dais aquello que es de Dios: la Caridad, y me dais aquello que es del Redentor: vuestra elevación a la Perfección. Esto me viene de vosotros, y alimenta más que cualquier otro alimento. También en aquel entonces, en el desierto, fui nutrido de amor después del ayuno. Y ello me confortó. ¡Lo mismo ahora, lo mismo ahora! Todos hemos sufrido. Yo y vosotros. Pero no ha sido un sufrimiento inútil. Creo, sé, que este sufrimiento os ha favorecido más que todo un año de instrucción. El dolor, la meditación sobre el mal que un hombre puede hacer a su semejante, la piedad, la fe, la esperanza, la caridad que habéis debido ejercer, y además solos, os han madurado, como niños que se hacen hombres...».

«¡Oh, sí! Me he hecho viejo. No volveré a ser el Simón de Jonás que era al partir. He comprendido lo dolorosa y fatigosa que es nuestra misión, a pesar de ser hermosa...» suspira Pedro.

«Bueno, pues ahora estamos aquí, juntos. [7]Referid...».
«Habla tú, Simón. Sabes hacerlo mejor que yo» dice Pedro al Zelote.
«No. Tú, como jefe competente que eres, habla por todos» responde.
Y Pedro empieza, diciendo como preliminar: «Pero ayudadme». Narra con orden hasta la partida de Antioquía. Luego comienza la narración del regreso: «¡Sufríamos todos, ¿eh?! Nunca olvidaré las últimas voces de los dos...». Pedro se seca con el dorso de la mano dos lagrimones que ruedan al improviso... «Me parecieron el último grito de uno que se estuviera ahogando... ¡En fin! Bueno, hablad vosotros... yo no puedo...» y se levanta y se aparta un poco para controlar su emoción.

Continúa Simón Zelote: «Ninguno habló durante mucho camino... No podíamos hablar... La garganta estaba tan hinchada de llanto que nos dolía... Y no queríamos llorar... porque si hubiéramos empezado, aunque hubiera sido uno sólo, ya no habría tenido solución. Llevaba los ramales yo, porque Simón de Jonás, para que no se viera que sufría, se había puesto en el fondo del carro a hurgar en los talegos. Nos detuvimos en un pueblecito a mitad de

camino entre Antioquía y Seleucia. A pesar de que la luna fuera cada vez más clara a medida que la noche avanzaba, no conociendo bien el lugar, nos detuvimos allí. Y nos quedamos adormilados ahí, entre nuestras cosas. No comimos, ninguno, porque... no podíamos. Pensábamos en ellos dos... Con la primera luz del alba, pasamos el puente y llegamos antes de la hora tercera a Seleucia. Restituimos el carro y el caballo al hospedero y - era un hombre muy bueno - le pedimos consejo respecto a la nave. Dijo: "Voy yo al puerto. Me conocen y conozco gente". Y así hizo. Encontró tres naves que estaban para zarpar para estos puertos. Pero en una de ellas había ciertos... seres que no quisimos tener cerca. Nos lo dijo el hombre, que lo había sabido por el jefe de la nave. La segunda era de Ascalón, y no quería hacer escala para nosotros en Tiro, a menos que hubiéramos dado una suma que ya no teníamos. La tercera era una goleta bien mísera, cargada de madera bruta. Una barca pobre, con pocos tripulantes, y creo que con mucha miseria. Por eso, a pesar de que se dirigía a Cesarea, aceptó detenerse en Tiro, previo desembolso de una jornada de comida y paga para toda la tripulación. Nos venía bien. Yo, verdaderamente, y conmigo Mateo, teníamos un poco de miedo. Es época de tempestades... Y ya sabes lo que encontramos a la ida. Pero Simón Pedro dijo: "No sucederá nada". Y subimos a la barca. Iba tan suave y veloz que parecía que los ángeles fueran las velas de la nave. Empleamos para llegar a Tiro menos de la mitad del tiempo tardado a la ida; y en Tiro el patrón fue tan bueno, que nos concedió remolcar la barca hasta cerca de Tolemaida. Bajaron a la barca Pedro, Andrés y Juan, para las maniobras. Pero era muy simple... No como a la ida... En Tolemaida nos separamos. Estábamos tan contentos, que, antes de bajar todos a la barca, donde estaban ya nuestras cosas, les dimos más dinero del convenido. En Tolemaida nos hemos detenido un día, y luego hemos venido aquí... Pero nunca olvidaremos el dolor sufrido. Simón de Jonás tiene razón».

«¿No tenemos también razón al decir que el demonio nos ponía obstáculos sólo a la ida?» preguntan más de uno.

«Tenéis razón. [8]Ahora escuchad. Vuestra misión ha terminado. Volvemos hacia Yiftael, a esperar a Felipe y Natanael. Y hay que hacerlo pronto. Luego vendrán los demás. Entretanto, evangelizaremos aquí, en los confines de Fenicia y en la propia Fenicia. Pero todo lo ocurrido ha quedado para siempre sepultado en nuestros corazones. No se dará respuesta a ninguna pregunta».

«¿Ni siquiera a Felipe y Natanael? Saben que hemos venido contigo...».

«Hablaré Yo. He sufrido mucho, amigos, y vosotros lo habéis visto. He pagado con mi sufrimiento la paz de Juan y Síntica. Haced que mi sufrimiento no sea inútil. No carguéis mis hombros con un peso más. ¡Tengo ya muchos!... Y su peso crece cada día que pasa, cada hora que pasa... Decid a Natanael que he sufrido mucho. Decídselo a Felipe. Y que sean buenos. Decídselo a los otros dos. Pero no digáis más. Decir que habéis entendido que he sufrido, y que os lo he confirmado, es una verdad. No hace falta más».

Jesús habla cansado... Los ocho le miran apenados, y Pedro, que está detrás de Él, se atreve incluso a acariciarle la cabeza. Jesús la alza y mira a su honesto Simón con una sonrisa de tristeza afectuosa.

«¡No, no puedo verte así! Me parece, tengo la sensación de que la alegría de nuestra

unión haya terminado, y que de ella quede la santidad, sólo la santidad. Entretanto... vamos a Akcib. Te cambiarás de túnica, te rasurarás los carrillos, ordenarás tus cabellos. ¡Así no, así no! No puedo verte así... Me pareces... uno que hubiera logrado huir de manos crueles, o que le hubieran maltratado, o una persona al límite de sus fuerzas... Me pareces Abel de Belén de Galilea*, liberado de sus enemigos...».

_____

**Abel de Belén de Galilea* es el joven protagonista del episodio narrado en 248.5/11.

«Sí, Pedro. Pero el maltratado es el corazón de tu Maestro... y no se curará nunca... Es más, será herido cada vez más. Vamos...».

9 Juan suspira: «Lo siento... hubiera deseado contar a Toma, que tanto quiere a tu Madre, el milagro de la canción y del ungüento...».

«Un día lo contarás... No ahora. Todo manifestaréis un día. Entonces podréis hablar. Yo mismo os diré: "Id a decir todo lo que sabéis". Pero, entretanto, sabed ver en el milagro la verdad, ésta: el poder de la fe. Tanto Juan como Síntica han calmado el mar y curado al hombre no por las palabras, no por el ungüento, sino por la fe con que han usado el nombre de María y el ungüento hecho por Ella. Y otra cosa: ello se produjo porque en torno a su fe estaba la vuestra, la de todos vosotros, y vuestra caridad. Caridad hacia el herido. Caridad hacia el cretense. Al primero le quisisteis conservar la vida; al otro quisisteis darle la fe. Pero si aun es fácil curar los cuerpos, cosa muy dura es curar los espíritus... No hay morbo más difícil de erradicar que el espiritual...», y Jesús suspira fuerte.

Están a la vista de Akcib. Pedro se adelanta con Mateo para encontrar alojamiento. Le siguen los demás, compactos en torno a Jesús. El Sol declina rápidamente mientras entran en el pueblo...

326. Un alto en Akcib.

11 de noviembre de 1945.

1 «Señor, esta noche he estado pensando... ¿Por qué quieres venir tan lejos, para luego volver a los confines fenicios? Deja que vaya yo con otro. Venderé a Antonio... Lo siento... pero ahora ya no hace falta y llamaría la atención. Me toparé con Felipe y Bartolomé. Sólo pueden recorrer *ese* camino, así que los encontraré, sin duda. Y puedes estar seguro de que *no* hablaré. No quiero causarte dolores... Tú descansas aquí, con los demás, nos ahorramos todos ese camino de Yiftael... y tardamos menos» dice Pedro mientras salen de la casa donde han dormido. Y parecen menos demacrados, porque tienen túnicas frescas, y las barbas y los cabellos han sido arreglados por mano experta.

«Tu idea es buena. No te impido hacerlo. Bien, ve con quien quieras de tus compañeros».

«Entonces con Simón. Señor, bendícenos».

Jesús los abraza diciendo: «Con un beso. Id».
Los miran mientras se marchan, descendiendo raudos hacia la llanura.

«¡Qué bueno es Simón de Jonás! Estos días le he apreciado como nunca lo había hecho» dice Judas Tadeo.

«También yo» dice Mateo. «Nunca egoísta, nunca soberbio, nunca exigente».

«No se ha aprovechado nunca del hecho de ser el jefe. ¡Al contrario! Parecía el último de nosotros, y, no obstante, conservaba su puesto» añade Santiago de Alfeo.
«A nosotros esto no nos asombra. Le conocemos desde hace años. Fogoso, pero todo corazón. ¡Y además tan honesto...!» dice Santiago de Zebedeo.
«Mi hermano, a pesar de ser rudo, es bueno. Y, desde que está con Jesús, se ha hecho doblemente bueno. Yo tengo un carácter completamente distinto, y... algunas veces se ponía nervioso, pero era porque comprendía que yo sufría por ese carácter; se inquietaba por mi bien. Uno, una vez que le comprende, se lleva bien con él» dice Andrés.

2 «Estos días nos hemos entendido siempre y hemos sido un corazón solo» afirma Juan.

«¡Si, sí! Yo también lo he percibido. Durante toda una luna, y en momentos incluso de verdadera tensión, no hemos tenido nunca malos humores... Mientras que otras veces... no sé por qué...» monologa Santiago de Zebedeo.

«¿Por qué! ¡Pues es fácil de entender! Porque tenemos intención recta. No somos perfectos, pero sí rectos. Por eso aceptamos el bien que uno propone; o descartamos el mal, cuando uno de nosotros nos lo indica como tal y antes no lo habíamos intuido nosotros solos. ¿Por qué! ¡Es fácil responder! Porque nosotros ocho tenemos solo un pensamiento: hacer las cosas de forma que Jesús se sienta contento. ¡Eso es todo!» exclama Judas Tadeo.
«No creo que los otros tengan un pensamiento distinto» dice, conciliador, Andrés.

«No. No Felipe, ni Bartolomé, aunque sea muy anciano y *muy* Israel... Y tampoco Toma, a pesar de que sea más hombre que espíritu. Sería injusto con ellos si los acusara de... Jesús, tienes razón. Perdona. Pero, si supieras lo que me produce el verte sufrir. ¡Y por él! Yo soy discípulo tuyo, como todos los otros. Pero, además, soy hermano y amigo tuyo, y llevo en mis venas la fogosa sangre de Alfeo. Jesús, no me mires tan severo y tan triste. Tu eres el Cordero y yo... el león. Créeme que a duras penas logro sujetarme para no romper de un zarpazo la red de calumnias que te circunda, y para no abatir el cobijo en que se cela el verdadero enemigo. Quisiera ver la realidad de su rostro espiritual, al cual doy un nombre... aunque quizás calumnio al hacerlo; y le marcaría con una señal, si lograse conocer su realidad sin riesgo de error... que le quitaría para siempre las ganas de dañarte» dice vehementemente Judas Tadeo, que se ha contenido, al principio de su intervención, por una mirada de Jesús.

Santiago de Zebedeo le responde: «¡Deberías marcar a la mitad de Israel!... Pero Jesús seguirá adelante igual. Ya has visto estos días que nada puede contra Jesús. 3 ¿Qué hacemos ahora Maestro? ¿Has hablado aquí?».

«No. Hacía menos de un día que había llegado a estas laderas. Dormí en el bosque».

«¿Porque no te recibieron?».
«Su corazón rechazó al Peregrino... No tenía dinero...».
«¡Entonces son corazones de piedra! ¿De qué tenían miedo?».
«De que fuera un bandido... Pero no importa. El Padre que está en los Cielos hizo que encontrara una cabra, perdida o que había huido. Venid, os la muestro. Vive en la espesura con su cabritillo. No huyó al verme llegar. Es más, me dejó exprimir su leche en mi boca... como si fuera una criatura suya Yo también. Y dormí al lado de ella, con el cabritillo casi en mi corazón. ¡Dios es bueno con su Verbo!».
Van hacia el lugar del día anterior, a un boscaje espeso y espinoso. En su centro hay un roble secular, que no se cómo puede vivir con esa base tan hendida: como si el terreno se hubiera abierto y hubiera desgajado su tronco poderoso, fajado todo de verdes hiedras y de espinos por ahora carentes de hojas. Allí cerca está pastando la cabra con su cabritillo. Al ver a tantos hombres, apunta hacia ellos los cuernos en señal de defensa. Pero luego reconoce a Jesús y se calma. Le echan unas cortezas de pan y se retiran.
«Ahí dormí» explica Jesús. «Y hubiera seguido allí, si no hubierais venido. Ya tenía hambre. El objetivo del ayuno estaba terminado... No era necesario insistir por otras cosas que ya no se pueden cambiar»...
Jesús está de nuevo triste... Los seis se intercambian breves miradas, pero no dicen nada.
«¿Y ahora? ¿A dónde vamos?».
«Nos quedamos aquí, por hoy. Mañana bajaremos a predicar en el camino de Tolemaida. Luego iremos hacia los confines fenicios, para regresar aquí antes del sábado».
Y, lentamente, regresan al pueblo.

327. En los confines de Fenicia. Palabras de Jesus sobre la igualdad de los pueblos. Parabola de la levadura.

[sin fecha]

1 El camino que de Fenicia viene hacia Tolemaida es hermoso. Corta, muy derecho, la llanura que hay entre el mar y los montes. Y es muy transitado (por cómo está mantenido). A menudo cortado por caminos menores - que de los pueblos del interior van hacia los de la costa -, ofrece numerosos cruces, cabe los cuales generalmente hay una casa, un pozo y un rudimentario taller de herrador para los cuadrúpedos que puedan necesitar herraduras.

Jesús, con los seis que se han quedado con Él, recorre un buen trecho de camino, por lo menos dos kilómetros, viendo siempre las mismas cosas. Al final se detiene junto a una de estas casas con pozo y taller de herrador, en una bifurcación, junto a un torrente por encima del cual pasa un puente, que, siendo fuerte pero de una anchura que apenas si da para el paso de un carro, hace que tengan que detenerse los que van o los que vienen, porque las dos corrientes opuestas no podrían pasar al mismo tiempo. Y ello da ocasión a los transeúntes (de razas diversas, por lo que logro entender, o sea, fenicios e israelitas en el verdadero sentido de la palabra, que se odian recíprocamente), de aunarse en una única intención: imprecar contra Roma...

Pero sin Roma no tendrían ni siquiera ese puente, y con el torrente colmado no sé cómo habrían podido pasar. ¡Pero bueno... al opresor siempre se le odia, aunque haga cosas útiles!

Jesús se para junto al puente, en el ángulo lleno de sol en que está la casa. El maloliente taller de herrador está en el lado de la casa paralelo al torrente; en él se están forjando herraduras para un caballo y dos asnos, que las han perdido. El caballo está enganchado a un carro romano. En el carro hay unos soldados que, poniendo caras burlonas a los hebreos que imprecan, se lo pasan bien. Y, a un viejo narigudo, más avieso que todos los otros, una verdadera boca viperina, que creo que con mucho gusto mordería a los romanos con tal de envenenarlos, le tiran encima un puñado de estiércol equino...

¡Se puede uno imaginar lo que sucede! El viejo hebreo sale corriendo y gritando como si le hubieran infectado de lepra, y a él se agregan en coro otros hebreos. Los fenicios gritan irónicos: «¿Os gusta el nuevo maná? Comed, comed, para tener energías para gritar contra estos que son demasiado buenos con vosotros, víboras hipócritas». Los soldados sueltan burlonas risotadas... Jesús calla.

El carro romano, por fin, se pone en marcha, saludando al herrador con el grito: «¡Salve, Tito, y próspera permanencia!». El hombre, vigoroso, anciano, de cuello toroso, desbarbado el rostro, ojos negrísimos a los lados de una nariz fuerte y bajo la cubierta de una frente saliente y amplia, un poco pelada en las sienes por falta de cabellos (los cuales, donde están, son cortos y muy crespos), alza el pesado martillo con un gesto de despedida, y de nuevo se vuelve hacia el yunque, donde un joven ha puesto un hierro candente, mientras otro muchacho está quemando el casco de un burrito, reglándolo para el herrado ya próximo.

2 «Casi todos estos herradores que están por los caminos son romanos; soldados que se han quedado aquí una vez terminado su servicio. Y ganan bien... Nunca tienen impedimentos para atender a las caballerías... Y un asno se puede desherrar también antes de la puesta del Sol del sábado, o en tiempos de Encenias...» observa Mateo.

«El que herró a Antonio estaba casado con una hebrea» dice Juan.

«Hay más mujeres necias que sensatas» sentencia Santiago de Zebedeo.

«¿Y los hijos, de quién son? ¿De Dios o del paganismo?» pregunta Andrés.

«Son del cónyuge más fuerte, generalmente» responde Mateo. «Y, basta con que la mujer no sea apóstata, para que sean hebreos, porque el hombre, estos hombres, dejan libertad. No son muy... fanáticos ni siquiera de su Olimpo. Me parece que ya no creen en ninguna otra cosa, si no es en la necesidad de ganar dinero. Están llenos de hijos».

«Pero son uniones abyectas. Sin una fe, sin una verdadera patria... mal vistos por todos...» dice Judas Tadeo.

«No. Te equivocas. Roma no los desprecia. Es más, siempre los ayuda. Sirven más así que cuando llevaban las armas. Desvirtuando la sangre, se introducen en nosotros más que con la violencia. La que sufre, si es que sufre, es la primera generación. Luego se dispersan y... el mundo olvida...» dice Mateo, que parece muy práctico.

«Sí, son los hijos los que sufren. ¡Pero, hay que ver también las mujeres hebreas, unidas en matrimonio así!... Por ellas mismas y por sus hijos... Me dan pena. Nadie les habla ya

de Dios. Mas no será así en el futuro. Entonces no permanecerán estas separaciones de personas y de naciones, porque las almas estarán unidas en una sola Patria: la mía» dice Jesús, que hasta ahora ha estado silencioso.

«¡Pero entonces ya habrán muerto!...» exclama Juan.

«No. Habrán sido congregadas en mi Nombre. No serán ya romanos o libios, griegos o pónticos, iberos o galos, egipcios o hebreos, sino almas de Cristo. Y ¡ay de aquellos que quieran distinguir a las almas - todas igualmente amadas por mí y por las cuales habré sufrido de igual modo - según sus patrias terrenas! Quien así lo hiciere demostraría que no ha comprendido la Caridad, que es universal».

Los apóstoles sienten la velada corrección y agachan la cabeza y guardan silencio...

3El fragor del hierro batido en el yunque ha callado; ya amainan los golpes en el último casco asnal. Jesús aprovecha para alzar la voz y ser oído por la gente. Parece como si continuara hablando a sus apóstoles, en realidad habla a los transeúntes, y quizás también a los habitantes de la casa, mujeres ciertamente, porque reclamos de femeniles voces recorren el aire tibio.

«Aunque parezca que no exista, siempre hay en los hombres un parentesco: el de proceder de un único Creador. Porque, aunque luego estos hijos de un único Padre se hayan separado, no por ello ha cambiado el vínculo de origen, de la misma forma que no cambia la sangre de un hijo cuando repudia la casa paterna. Después de que el delito le hiciera fugitivo por el vasto mundo, siguió circulando la sangre de Adán por las venas de Caín; y, por las venas de los hijos nacidos después del dolor de Eva, que lloraba a su hijo asesinado, circulaba la misma sangre que hervía en las del lejano Caín.

Lo mismo, y con razón más pura, se diga de la igualdad entre los hijos del Creador. ¿Descarriados? Sí. ¿Exiliados? Sí. ¿Apóstatas? Sí. ¿Culpables? Sí. ¿Que hablan lenguas y creen fes que para nosotros son detestables? Sí. ¿Contaminados por uniones con paganos? Sí. Pero su alma procede de Uno solo, y es *siempre* esa alma, aunque esté lacerada, descarriada, exiliada, contaminada... Aunque sea motivo de dolor para el Padre Dios, sigue siendo una alma creada por Él.

4Los hijos buenos de un Padre bonísimo deben tener sentimientos buenos. Buenos hacia su Padre, buenos hacia sus hermanos, al margen de lo que éstos hayan venido a ser, porque son hijos del Mismo. Buenos hacia su Padre, tratando de consolar su dolor conduciendo de nuevo a Él a los hijos, que son su dolor o porque son pecadores o porque son apóstatas o porque son paganos. Buenos hacia ellos, porque tienen esa alma que procede del Padre cerrada en un cuerpo culpable, o manchada, u obnubilada por una religión errada, pero sigue siendo alma del Señor e igual que la nuestra.

Recordad, vosotros los de Israel, que no hay ninguno - aunque fuera el idólatra más lejano de Dios con su idolátrica religión, o el más pagano de los paganos, o el más ateo de los hombres -, no hay ninguno que esté absolutamente privado de una huella de su origen. Recordad, vosotros los que habéis errado separándoos de la justa religión, descendiendo a connubios de sexos que nuestra religión condena, recordad que, aunque os parezca que todo lo que era Israel haya muerto en vosotros sofocado por el amor a un hombre de distinta fe y raza, muerto no está. Hay uno que vive todavía, y es Israel. Y

tenéis la obligación de soplar en este fuego que muere, debéis alimentar la chispa que subsiste por voluntad de Dios, para hacerla crecer por encima del amor carnal. Éste cesa con la muerte. Pero vuestra alma no cesa con la muerte. Recordadlo. Y vosotros, vosotros, quienesquiera que seáis, que veis y muchas veces os causa horror el ver esos híbridos connubios de una hija de Israel con un hombre de distinta raza y fe, recordad que tenéis la obligación, el deber, de ayudar caritativamente a esa hermana extraviada a volver a los caminos del Padre.

Ésta es la nueva Ley, santa y grata al Señor: que los seguidores del Redentor rediman dondequiera haya necesidad de redención, para que Dios sonría por las almas que vuelven a la Casa paterna, y para que no quede convertido en estéril o demasiado escaso el sacrificio del Redentor.

5Para hacer fermentar mucha harina, la mujer de casa toma un trocito de la masa hecha la semana anterior. ¡Una cantidad mínima separada de la voluminosa masa! La sepulta en el montón de harina y mantiene todo ello al amparo de hostiles vientos, en el calorcillo próvido de la casa.

Haced vosotros lo mismo, verdaderos discípulos del Bien; haced vosotros lo mismo, criaturas que os habéis alejado del Padre y de su Reino. Dad vosotros, los primeros, una pequeña porción de vuestra levadura para ser añadida a las segundas y reforzarlas; ellas la unirán a la molécula de justicia que en ellas subsiste. Y, tanto vosotros como ellas, mantened al amparo de los vientos hostiles del Mal, en el calor de la Caridad - señora vuestra, o tenaz superviviente en vosotros, aunque esté ya languideciendo: según lo que seáis -, la levadura nueva. Y cerrad bien las paredes de la casa, de la correligión, en torno a lo que fermenta en el corazón de una correligionaria extraviada; que se sienta amada todavía por Israel, todavía hija de Sión y hermana vuestra, para que fermenten todos los buenos deseos y venga a las almas y para las almas, para *todas*, el Reino de los Cielos».

6« ¿Pero quién es? ¿Pero quién es?» se pregunta la gente, que ya no siente la prisa de pasar, a pesar de que el puente haya quedado libre; ni de proseguir, si ya lo ha atravesado.

«Un rabí».

«Un rabí de Israel».

«¿Aquí? ¿En los confines de Fenicia? ¡Es la primera vez que sucede!».

«Pues es así. Aser me ha dicho que es el que llaman el Santo».

«Entonces quizás se refugia entre nosotros porque allá le persiguen».

«¡Menudos reptiles son!».

«¡Está bien que venga a nuestra tierra! Hará prodigios...».

Entretanto, Jesús ha puesto tierra de por medio, por un sendero que atraviesa los campos. Y se marcha...

328. En Alejandrocena donde los hermanos de Hermiona.

12 de noviembre de 1945.

1Llegan de nuevo a la vía, tras una larga vuelta por los campos y habiendo atravesado el torrente por un puentecito de tablas crujientes, que solamente puede ser utilizado para el paso de personas: una pasarela más

que un puente.

La marcha prosigue por la llanura, que se va estrechando al aproximarse las colinas al litoral, tanto que, después de otro torrente, con su indispensable puente romano, la vía de llanura se transforma en camino de montaña, bifurcándose en el puente con otro menos empinado que se prolonga hacia el nordeste por un valle, mientras que éste, el que ha elegido Jesús, según la indicación del cipo romano: "Alejandrocena - m. V^{a}", es verdaderamente una escalera en el monte rocoso y empinado, que hunde su testera puntiaguda en el Mediterráneo, el cual se va ofreciendo cada vez más a la vista a medida que se sube. Sólo viandantes y asnos recorren esa vía, esas gradas, como sería mejor decir. Pero, quizás porque acorta mucho, es una vía muy transitada; y la gente observa con curiosidad al grupo tan insólito galileo que la recorre.

«Éste debe ser el cabo de la Tempestad» dice Mateo señalando al promontorio que penetra en el mar.

«Sí, ahí abajo está el pueblo desde el que nos habló el pescador*» confirma Santiago de Zebedeo.

«¿Pero quién habrá hecho este camino?».

«¿Quién sabe desde cuándo estará! Quizás es obra fenicia...».

«Desde la cima veremos Alejandrocena, allende la cual está el cabo Blanco. ¡Verás mucho mar, Juan mío!» dice Jesús ciñendo con un brazo los hombros del apóstol.

«Me sentiré feliz. Pero... dentro de poco es de noche. ¿Dónde vamos a pararnos?».

«En Alejandrocena. ¿Ves? El camino ya desciende. Abajo es llanura, hasta la ciudad que se ve allí».

[2]«Es la ciudad de aquella mujer de Antigonio... ¿Cómo podríamos cumplir su deseo?» dice Andrés.

«¿Sabes, Maestro? Nos dijo: "Id a Alejandrocena. Mis hermanos son propietarios de almacenes allí y son prosélitos. Proveed a que sepan del Maestro. También somos hijos de Dios nosotros..." y lloraba porque la soportan poco como nuera... de manera que sus hermanos nunca van a visitarla y ella no tiene noticias de ellos...» explica Juan.

«Buscaremos a los hermanos de la mujer. Si nos acogen como a peregrinos, tendremos modo de cumplir su deseo...».

«¿Pero, y cómo hacemos para decir que la hemos visto?».

«Trabaja para Lázaro. Nosotros somos amigos de Lázaro» dice Jesús.

«Es verdad. Hablas Tú...».

«Sí. Pero acelerad el paso para encontrar la casa. ¿Sabéis dónde es?».

«Sí. Cerca del Castro. Tienen muchos contactos con los romanos. Les venden muchas cosas».

«Bien».

[3]Recorren velozmente la calzada, toda llana, bonita: una verdadera vía consular, que enlaza con las del interior (o, mejor: prosigue hacia el interior tras haber proyectado su ramal rocoso, dispuesto en gradas, a lo largo de la costa, dominando el promontorio).

Alejandrocena es una ciudad más militar que civil. Debe tener una importancia estratégica que no conozco. Agazapada como está entre dos promontorios montañosos, parece un centinela puesto ahí para vigilar ese trecho de mar. Ahora que el ojo puede mirar a ambos cabos, se ve que en ellos abundan las torres militares, que forman cadena con las del llano, de la ciudad, donde, orientado hacia la marina, impera el majestuoso Castro.

---

* *el pueblo desde el que nos habló el pescador,* en el viaje en barca desde Tolemaida a Tiro, en 318.5. La *mujer de Antigonio,* mencionada unos renglones más abajo, es Hermiona, a la que ya hemos encontrado en 323.8.

Entran en la ciudad, después de haber atravesado otro torrente, pequeño, sito a las propias puertas de ésta. Se dirigen hacia la mole adusta de la fortaleza, mirando, curiosos, alrededor, y siendo observados con curiosidad. Los soldados son muy numerosos, y - parece - en buenas relaciones con los habitantes de la ciudad, cosa que hace mascullar a los apóstoles: «¡Gente fenicia! ¡Sin honor!».

[4]Llegan a los almacenes de los hermanos de Hermiona cuando los últimos marchantes salen cargados con los más variados tipos de mercancías, que van desde tejidos a vajillas, desde vajillas a heno y cereales, o aceite y otros alimentos. Olor de cueros, especias, almiares, lana basta, llena el amplio atrio por el que se accede al patio, vasto como una plaza, bajo cuyos pórticos están los distintos depósitos.

Acude un hombre barbudo y moreno. «¿Qué queréis? ¿Víveres?».
«Sí... y también alojamiento, si no te desdeñas de hospedar peregrinos. Venimos de lejos. Nunca hemos estado aquí. Acógenos en nombre del Señor».
El hombre mira atentamente a Jesús, que habla por todos. Le escruta... Luego dice: «A decir verdad, no doy alojamiento. Pero Tú me caes bien. ¿Eres galileo, no es verdad? Mejores los galileos que los judíos. Demasiada arrogancia en ellos. No nos perdonan el tener sangre no pura. Más les valdría tener el alma pura. Ven, entra aquí, que vuelvo en seguida. Cierro, que ya es de noche».
Efectivamente, la luz ya es crepuscular, y más aún en el patio dominado por el poderoso Castro.
Entran en una estancia. Se sientan, fatigados, en asientos desperdigados acá o allá... Vuelve el hombre con otros dos, uno más viejo, el otro más joven, y señala a los huéspedes, los cuales se levantan y saludan, Dice: «Estos son. ¿Qué pensáis vosotros? A mí me parecen honrados...».
«Sí. Has hecho bien» dice el más viejo al hermano, y luego, vuelto hacia los huéspedes (mejor: hacia Jesús, que aparece claramente como el jefe), pregunta: «¿Cómo os llamáis?».
«Jesús de Nazaret, Santiago y Judas también de Nazaret, Santiago y Juan de Betsaida, y también Andrés, y Mateo de Cafarnaúm».
«¿Cómo es que estáis por aquí? ¿Os persiguen?».
«No. Evangelizamos. Hemos recorrido más de una vez Palestina, desde Galilea a Judea, desde un mar al otro. Hemos estado incluso en Transjordania, en Auranítida. Ahora hemos venido aquí... a adoctrinar».
«¿Un rabí aquí? ¡Asombroso!, ¿no es verdad, Felipe y Elías?» pregunta el más anciano.

«Mucho. ¿De qué casta eres?».

«De ninguna. Soy de Dios. Creen en mí los buenos del mundo. Soy pobre, amo a los pobres, pero no desprecio a los ricos; a éstos les enseño el amor a la misericordia y el desapego de las riquezas; a los pobres, a amar su pobreza confiando en Dios, que no deja perecer a ninguno. 5Entre los amigos ricos y discípulos míos está Lázaro de Betania...».

«¿Lázaro? Una hermana nuestra está casada con uno que vive al servicio suyo».

«Lo sé. También he venido para esto, para deciros que ella os manda saludos y que os quiere».

«¿La has visto?».

«Yo no. Estos que están conmigo, enviados por Lázaro a Antigonio».

«¡Oh! ¡Contadnos! ¿Qué hace Hermiona? ¿Vive feliz verdaderamente?».

«Su marido y su suegra la quieren mucho. El suegro la respeta...» dice Judas Tadeo.

«Pero no le perdona la sangre materna. Dilo».

«Pronto se la perdonará. Nos ha hecho grandes alabanzas de ella. Y tiene cuatro niños muy guapos y buenos. Ello la hace feliz. A vosotros os tiene siempre en su corazón. Nos dijo que viniéramos a traeros al Maestro divino».

«Pero... cómo... ¿Eres el... eres ese que llaman el Mesías, Tú?».

«Lo soy».

«¿Eres verdaderamente el...? Nos dijeron en Jerusalén que eres, que te llaman, el Verbo de Dios. ¿Es verdad?».

«Sí».

«¿Pero lo eres para aquellos de allí o para todos?».

«Para todos. ¿Podéis creer que lo soy?».

«Creer no cuesta nada, mucho más cuando se espera que la cosa creída pueda quitar lo que hace sufrir».

«Es verdad, Elías. Pero no hables así. Es un pensamiento muy impuro, mucho más que la mezcla de sangre. Alégrate no en la esperanza de que caiga lo que hace que sufras como hombre el desprecio de los demás; alégrate, más bien, por la esperanza de conquistar el Reino de los Cielos».

«Tienes razón. Soy un medio pagano, Señor...».

«No te deprimas por ello. También te amo a ti. Por ti también he venido».

6«Estarán cansados, Elías. Los estás entreteniendo en hablar. Vamos a cenar y luego los llevamos a que descansen. Aquí no hay mujeres... Ninguna de Israel ha querido venir con nosotros, y nosotros queríamos una de ellas... Perdona, pues, si la casa te parece fría y desnuda».

«Vuestro corazón me la hará parecer adornada y cálida».

«¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?».

«No más de un día. Quiero ir hacia Tiro y Sidón, y quisiera estar en Akcib antes del sábado».

«¡No puedes, Señor! ¡Sidón está lejos!».

«Mañana quisiera hablar aquí».

«Nuestra casa es como un puerto. Sin salir de ella, tendrás el auditorio que quieras; mucho más, siendo mañana día de mercado grande».

«Vamos, pues, y que el Señor os pague vuestra caridad».

329. En el mercado de Alejandrocena. La parábola de los obreros de la viña.

13 de noviembre de 1945.

1El patio de los tres hermanos está la mitad en sombra, la mitad luminoso de sol. Está lleno de gente que va y viene para sus compras, mientras que fuera del portón, en la placita, vocea el mercado de Alejandrocena en medio de un confuso ir y venir de adquisidores y compradores, de asnos, de ovejas, de corderos, de volatería; porque se comprende que aquí tienen menos remilgos y llevan al mercado también a los pollos, sin miedo a ningún tipo de contaminación. Rebuznos, balidos, cacareos de gallinas y triunfales quiquiriquíes de gallitos se mezclan con las voces de los hombres, formando un alegre coro que, de vez en cuando, adquiere notas agudas y dramáticas por algún altercado.

También dentro del patio de los hermanos hay bullicio, y no falta algún que otro altercado, o por el precio o porque un marchante ha tomado lo que otro para sus adentros había elegido. No falta el quejido lastimero de los mendigos que, en la plaza, cerca del portón, recitan la letanía de sus miserias con una cadencia cantora y triste como un aúllo de moribundo.

Soldados romanos, con aire de dueños, van y vienen por el fondac y la plaza; supongo que en servicio, porque los veo armados y nunca solos, en medio de los fenicios, que también van todos armados.

Jesús pasea arriba y abajo por el patio, con los seis apóstoles, como esperando el momento adecuado para hablar. Luego sale a la plaza un momento. Pasa cerca de los mendigos y les da una limosna. La gente se distrae unos minutos a mirar al grupo galileo y se pregunta quiénes serán esos extranjeros. Hay quien informa de quiénes son los huéspedes de los tres hermanos, porque les ha pedido a éstos información.

Un rumor sigue los pasos de Jesús, que va tranquilo, acariciando a los niños que encuentra en su camino. En el rumor no faltan risitas irónica y epítetos poco halagüeños para los hebreos, como tampoco falta el honesto deseo de oír a este «Profeta», a este «Rabí», a este «Santo», a este «Mesías» de Israel (sí, se lo señalan unos a otros con tales nombres, según su grado de fe y su rectitud de corazón).

2Oigo a dos madres: «¿Pero es verdad?».

«Me lo ha dicho Daniel, precisamente a mí. Y él ha hablado en Jerusalén con gente que ha visto los milagros del Santo».

«¡Sí, de acuerdo. ¿Pero será el mismo hombre?».

«¡Me ha dicho Daniel que no hay duda de que es Él, por lo que dice».

«Entonces... ¿qué piensas... me concederá la gracia aunque sea sólo prosélito?».

«Yo diría que sí... Inténtalo. Quizás no vuelve. ¡Inténtalo, inténtalo! ¡Mal no te hará, eso está claro!».

«Sí» dice la mujercita, y, dejando plantado a un vendedor de loza con el que estaba contratando unos cuencos, se marcha. Vendedor que ha oído la conversación de las dos, y

ahora, defraudado, enfadado por el buen trato que se ha esfumado, se abalanza contra la mujer que queda y la cubre de improperios cuales: «Maldita neófita. Sangre de hebrea. Mujer vendida» etc., etc.
Oigo a dos hombres, barbudos y de porte grave: «Me gustaría oírle hablar. Dicen que es un gran Rabí».
«Un Profeta debes decir. Mayor que el Bautista. ¡Me ha dicho Elías unas cosas! ¡Unas cosas! Él las sabe porque tiene una hermana que está casada con uno que vive al servicio de un rico de Israel, y, para saber de ella, va a preguntar a los compañeros de servicio. Este rico es muy amigo del Rabí...».
Un tercero, un fenicio quizás, que, estando cerca, ha oído la conversación, asoma su cara enjuta, satírica, entre los dos, y, con sardónica risotada, dice: «¡Pues vaya santidad! ¡Aderezada con riquezas! ¡Por lo que yo sé, el santo debería vivir en pobreza!».
«Calla, Doro, mala lengua. Tú, pagano, no eres digno de juzgar estas cosas».
«¡Ah, vosotros sí sois dignos, especialmente tú, Samuel! Mejor sería que me pagaras esa deuda».
«¡Ten, y no sigas dando vueltas alrededor de mi, vampiro de cara de fauno!»...

Oigo a un anciano semiciego, que está acompañado de una muchachita y que pregunta: «¿Dónde está, dónde está el Mesías?», y la niña: «¡Dejad paso al viejo Marcos! ¡Por favor, decidle al viejo Marcos dónde está el Mesías!».

Las dos voces - la senil, feble y trémula; la niña, argentina y segura - se expanden en vano por la plaza, hasta que otro hombre dice: «¿Buscáis al Rabí? Ha vuelto hacia la casa de Daniel. Ahí está, parado, hablando con los mendigos».

[3]Oigo a dos soldados romanos: «Debe ser ese al que persiguen los judíos. ¡Menudos bichos, ésos! A simple vista se ve que es mejor que ellos».

«¡Eso es lo que los fastidia!».

«Vamos a decírselo al alférez. Ésa es la orden».
«¡Disparatada, Cayo! Roma se guarda de los corderos y soporta, diría incluso que acaricia, a los tigres» (Escipión).
«¡No creo, Escipión! ¡A Poncio matar le es fácil!» (Cayo).
«Sí... pero no cierra su casa a las hienas rastreras que le adulan» (Escipión).
«¡Política, Escipión! ¡Política!» (Cayo).
«Vileza, Cayo, y necedad. De éste debería hacerse amigo. Ganaría una ayuda para mantener obediente a esta gentuza asiática. No sirve bien a Roma Poncio desatendiendo a este hombre bueno y adulando a los malos» (Escipión).
«No critiques al Procónsul. Somos soldados. El superior es sagrado como un dios. Hemos jurado obediencia al divino César y el Procónsul le representa» (Cayo).
«Eso está bien en lo que respecta al deber hacia la Patria, sagrada e inmortal, pero no para el juicio interno» (Escipión).
«Pero la obediencia viene del juicio. Si tu juicio se rebela contra una orden y la critica, ya no obedecerás totalmente. Roma se apoya en nuestra obediencia ciega para tutelar sus conquistas» (Cayo).
«Pareces un tribuno, y es correcto lo que dices. Pero te hago una observación: Roma es reina, pero nosotros no somos esclavos, sino súbditos. Roma no tiene, no debe tener, ciudadanos esclavos, y esclavitud es imponer silencio a la razón de los ciudadanos. Yo

digo que mi razón juzga que Poncio hace mal no ocupándose de este israelita... llámale Mesías, Santo, Profeta, Rabí, lo que quieras. Y siento que puedo decirlo porque, diciéndolo, no viene a menos ni mi fidelidad a Roma, ni mi amor; es más, si deseo esto es porque siento que Él, enseñando respeto a las leyes y a los Cónsules, como hace, ayuda al bienestar de Roma» (Escipión).
«Eres culto, Escipión... Llegarás lejos. ¡Ya vas adelante! Yo soy un pobre soldado. Pero, ¿ves, mientras, allí? La gente se ha amontonado en torno al Hombre. Vamos a decírselo a los jefes militares» (Cayo)...

[4]Efectivamente, cerca del portón de los tres hermanos, hay un montón de gente alrededor de Jesús, al cual se le ve bien por su alta estatura. Luego, de repente, se eleva un grito y la gente se agita. Otros, que estaban en el mercado, acuden corriendo, y algunos del remolino de gente corren hacia la plaza e incluso más allá de la plaza. Preguntas... respuestas...

«¿Qué ha pasado?».
«¿Qué sucede?».
«¡El Hombre de Israel ha curado a Marcos, el anciano!».
«El velo de sus ojos se ha disipado».
Jesús, entretanto, ha entrado en el patio, seguido de una cola de gente. Renqueando, al final, viene uno de los mendigos: un renco que se arrastra más con las manos que con las piernas. Pero, si las piernas están torcidas y carecen de fuerza - por lo cual, sin los bastones, no andaría -, la voz, por el contrario, es bien vigorosa. Parece una sirena que desgarra el aire luminoso de la mañana: «¡Santo! ¡Santo! ¡Mesías! ¡Rabí! ¡Piedad de mí!» grita desgañitándose y sin tregua.
Se vuelven dos o tres personas: «¡No malgastes energías! Marcos es hebreo, tú no», «¡Para los israelitas verdaderos hace milagros, no para los hijos de perro!».
«Mi madre era hebrea...».
«Y Dios la ha castigado dándole a ti, un monstruo, por su pecado. ¡Fuera, hijo de loba! Vuelve a tu sitio, lodo en el lodo...».
El hombre se pega a la pared, acobardado, atemorizado ante los amenazadores puños levantados...
Jesús se detiene, se vuelve, mira. Ordena: «¡Hombre, ven aquí!».
El hombre le mira, mira a los que le amenazan... y no se atreve a avanzar.
Jesús se abre paso entre la pequeña muchedumbre y se acerca a él. Le toma de la mano (o sea: le pone la mano en el hombro) y dice: «No tengas miedo. Ven aquí delante conmigo» y, mirando a los despiadados, dice severo: «Dios es de todos los hombres que le buscan y que son misericordiosos».
Comprenden la alusión, y ahora son ellos los que se quedan al final; más aún, los que se quedan parados donde están.
Jesús se vuelve de nuevo. Los ve allí, confusos, casi decididos a marcharse y les dice: «No, venid también vosotros. Os vendrá bien también a vosotros, para enderezar y fortalecer vuestra alma, de la misma forma que enderezo y fortalezco a éste porque ha sabido tener fe. Hombre, Yo te lo digo, queda curado de la enfermedad». Y quita la mano del hombro del renco, tras haber experimentado éste como una sacudida.

El hombre se yergue, seguro, sobre sus propias piernas, arroja las muletas ya consumidas por el uso, y grita: «¡Él me ha curado! ¡Bendito sea el Dios de mi madre!» y se arrodilla para besar los bordes de la túnica de

Jesús.

5El tumulto de quien quiere ver, o ya ha visto y ahora comenta, alcanza su culmen. En el profundo atrio, que de la plaza conduce al patio, las voces resuenan con sonoridad de pozo y producen eco contra las murallas del Castro.

Los soldados deben temer que se haya producido una reyerta - debe ser fácil en estos lugares, con tantos contrastes de razas y fes -, de forma que acude un pelotón y se abre paso rudamente preguntando que qué sucede.

«¡Un milagro, un milagro! Jonás, el renco, ha sido curado. Ahí está, al lado del Hombre galileo».

Los soldados se miran unos a otros. No hablan hasta que no ha pasado toda la muchedumbre (detrás se ha agregado más gente, de la que había en los locales del fondac y en la plaza, donde ahora se ve solamente a los vendedores, enojadísimos por el imprevisto reclamo, que hace fracasar el mercado de ese día). Luego, al ver pasar a uno de los tres hermanos, preguntan: «Felipe, ¿sabes lo que piensa hacer ahora el Rabí?».

«Va a hablar, a adoctrinar. ¡Y además en mi patio!» dice Felipe todo alborozado.

Los soldados se consultan. ¿Quedarse? ¿Marcharse?

«El alférez nos ha dicho que vigilemos...».

«¿A quién? ¿Al Hombre? Por Él podríamos ir a jugarnos a los dados una ánfora de vino de Chipre» dice Escipión, el soldado que antes defendía a Jesús ante su compañero.

«¡A mí me parece que es Él el que necesita ser protegido, no el derecho de Roma! ¿No le veis! Ninguno de nuestros dioses tiene un aspecto tan manso, y al mismo tiempo tan viril. Esta gentuza no es digna de Él. Y los indignos son siempre malos. Vamos a quedarnos a protegerle. Si hace falta le guardamos las espaldas, y se las acariciamos a estos bribones» dice, medio sarcástico, medio admirado, otro.

«Bien dices, Pudente. Es más, para que Prócoro, el alférez, que siempre está soñando complots contra Roma y... ascensos para él, por gracia y mérito de su solícita vigilancia por la salud del divino César y de la diosa Roma, madre y señora del mundo, se convenza de que aquí no va a conquistar brazalete o corona, ve a llamarle, Acio».

6Un soldado joven se marcha corriendo, y corriendo vuelve, diciendo: «Prócoro no viene, manda al triario Aquila...».

«¡Bien! ¡Bien! Mejor él que el propio Cecilio Máximo. Aquila ha servido en África, en Galia, y estuvo en las crueles selvas que nos arrebataron a Varo y a sus legiones. Conoce a griegos y bretones y tiene buen olfato para distinguir... ¡Salve! ¡Aquí tenemos al glorioso Aquila! ¡Ven, enséñanos, a nosotros, míseros, a comprender el valor de los seres!».

«¡Viva Aquila, maestro de soldados!» gritan todos, dándole afectuosos zarandeos al viejo soldado, marcado de cicatrices en el rostro (y, como el rostro, así tiene sus brazos y pantorrillas desnudos).

Él sonríe bonachón y exclama: «¡Viva Roma, maestra del mundo; no yo, que soy un pobre soldado! ¿Qué sucede, pues?».

«Vigilar a ese hombre alto y rubio como el más claro cobre».

«Bien. Pero, ¿quién es?».

«El Mesías, según dicen. Se llama Jesús y es de Nazaret. Es aquel, ¿ya sabes, no?, por el que se comunicó aquella orden...».

«¡Mmm! Bien... pero me parece que perseguimos nubes».
«Dicen que quiere hacerse rey y suplantar a Roma. El Sanedrín, los fariseos, saduceos y herodianos, le han denunciado ante Poncio. Ya sabes que los hebreos tienen esta obsesión en la cabeza y, de vez en cuando, aparece un rey...».
«Sí, sí... ¡Pero si es por este hombre!... De todas formas, vamos a oír lo que dice. Creo que se dispone a hablar».

«He sabido por el soldado, que está con el centurión, que Publio Quintiliano le ha hablado de Él como de un filósofo divino... Las mujeres imperiales se muestran entusiastas...» dice otro soldado, joven.

«¡Claro! También yo me sentiría entusiasta de Él si fuera una mujer, y querría tenerle en mi cama...» dice, riéndose abiertamente, otro soldado joven.
«¡Cállate, impúdico! ¡La lujuria te come!» dice otro bromeando.
«¿Y tú no, Fabio? Ana, Sira, Alba, María...».
«Silencio, Sabino. Está hablando y quiero escuchar» ordena el triario. Y todos guardan silencio.

7 Jesús ha subido encima de una caja que está colocada contra una pared. Todos, por tanto, le pueden ver bien. Ya se ha esparcido por el aire su dulce saludo, seguido luego por las palabras: «Hijos de un único Creador, escuchad», para proseguir, en el atento silencio de la gente:

«El tiempo de la Gracia para todos ha llegado, no sólo para Israel, sino para todo el mundo. Hombres hebreos que estáis aquí por diversas razones, prosélitos, fenicios, gentiles, todos: oíd la Palabra de Dios, comprended la Justicia, conoced la Caridad. Teniendo Sabiduría, Justicia y Caridad, dispondréis de los medios para llegar al Reino de Dios, a ese Reino que no es una exclusividad de los hijos de Israel, sino que es de todos aquellos que amen de ahora en adelante al verdadero, único Dios, y crean en la palabra de su Verbo.

8 Escuchad. He venido de muy lejos, no con miras de usurpador, ni con la violencia del conquistador. He venido sólo para ser el Salvador de vuestras almas. Los dominios, las riquezas, los cargos, no me seducen. Para mí no son nada; son cosas a las que ni siquiera miro. Es decir, las miro con conmiseración, porque me producen compasión, siendo como son cadenas para apresar a vuestro espíritu, impidiéndole así acercarse al Señor eterno, único, universal, santo y bendito. Las miro y me acerco a ellas como a las *más grandes* miserias. Y trato de liberarlas del lisonjero y cruel engaño que seduce a los hijos de los hombres, para que puedan usarlas con justicia y santidad, no como crueles armas que hieren y matan al hombre (y lo primero, siempre, al espíritu de aquel que las usa no santamente).

Pero, en verdad os digo, me es más fácil curar a un cuerpo deforme que a un alma deforme; me es más fácil dar luz a las pupilas apagadas, salud a un cuerpo agonizante, que luz a los espíritus y salud a las almas enfermas. ¿Por qué? Porque el hombre ha perdido de vista el verdadero fin de su vida, y se ocupa de lo transitorio.

El hombre no sabe, o no recuerda, o, recordando, no quiere prestar obediencia a esta santa orden del Señor - y hablo también para los gentiles que me escuchan - de hacer el bien, que es bien en Roma como lo es en

Atenas, en Galia o en Africa, porque la ley moral existe bajo todos los cielos y en todas las religiones, en todo corazón recto. Y las religiones, desde la de Dios hasta la de la moral individual, dicen que la parte mejor de nosotros sobrevive, y que según como haya obrado en la tierra así será su suerte en la otra vida. Fin, pues, del hombre es la conquista de la paz en la otra vida; no las comilonas, la usura, el abuso de la fuerza, el placer, aquí, por poco tiempo, para pagarlos eternamente con muy duros tormentos. Pues bien, el hombre no sabe, o no recuerda, o no quiere recordar esta verdad. Si no la sabe, es menos culpable; si no la recuerda, es bastante culpable, porque hay que tener encendida la verdad, cual antorcha santa, en las mentes y en los corazones; pero, si no la quiere recordar, y, cuando resplandece, cierra los ojos para no verla, aborreciéndola como a la voz de un orador pedante, entonces su culpa es grave, muy grave.

9 Y, no obstante, Dios perdona esta culpa, si el alma repudia su comportamiento malo y se propone perseguir durante el resto de la vida el fin verdadero del hombre, que es conquistarse la paz eterna en el Reino del Dios verdadero. ¿Habéis seguido hasta ahora un camino malo? ¿Abatidos, pensáis que es tarde para tomar el camino recto? ¿Desconsolados, decís: "¡No sabía nada de esto! Ahora me veo ignorante e inhábil"? No. No penséis que es como con las cosas materiales, y que hace falta mucho tiempo y fatiga para rehacer de nuevo, con santidad, lo ya hecho. La bondad del eterno, verdadero Señor Dios, es tal que, ciertamente, no os hace recorrer hacia atrás la vida vivida para colocaros de nuevo en la bifurcación en que vosotros, errando, dejarais el recto sendero para seguir el malo; es tanta que, desde el momento en que decís: "*Quiero* ser de la Verdad", o sea, de Dios, porque Dios es Verdad, Dios, por un milagro enteramente espiritual, infunde en vosotros la Sabiduría, siendo así que ya no sois ignorantes sino poseedores de la ciencia sobrenatural, igual que los que desde años antes la poseen.

Sabiduría es desear tener a Dios, amar a Dios, cultivar el espíritu, tender al Reino de Dios repudiando todo lo que es carne, mundo y Satanás. Sabiduría es obedecer a la ley de Dios, que es ley de caridad, de obediencia, de continencia, de honestidad. Sabiduría es amar a Dios con todo el propio ser, amar al prójimo como a nosotros mismos. Éstos son los dos elementos indispensables para ser sabios con la Sabiduría de Dios. Y en el prójimo están incluidos no sólo los que tienen nuestra misma sangre o raza o religión, sino todos los hombres, ricos o pobres, sabios o ignorantes, hebreos, prosélitos, fenicios, griegos, romanos...».

10 Jesús se ve interrumpido por un grito amenazador de algunos exaltados. Los mira y dice: «Sí. Esto es el amor. Yo no soy un maestro servil. Digo la verdad porque debo hacerlo así para sembrar en vosotros lo necesario para la Vida eterna. Os guste o no, tengo que decíroslo, para cumplir mi deber de Redentor; os toca a vosotros cumplir con el vuestro de personas necesitadas de Redención. Amar al prójimo, pues. *Todo* el prójimo. Con un amor santo. No amarle con deshonesto concubinato de intereses, de forma que es "anatema" el romano, fenicio o prosélito - o viceversa -,

mientras no hay de por medio sensualidad o dinero; y luego, si surgen en vosotros el deseo carnal o de la ganancia, ya no es "anatema"...».

Se oye otra vez el rumor de la gente. Los romanos, por su parte, en su sitio en el atrio, exclaman: «¡Por Júpiter! ¡Habla bien éste!».

Jesús deja que se calme el rumor y prosigue:

«Amar al prójimo como querríamos ser amados nosotros. Porque no nos agrada ser maltratados, vejados, o que nos roben o subyuguen, ni ser calumniados o que nos traten groseramente. La misma susceptibilidad, nacional o individual, tienen los demás. No nos hagamos, pues, recíprocamente, el mal que no quisiéramos recibir nosotros.

Sabiduría es prestar obediencia a los diez preceptos de Dios*:

"Yo soy el Señor tu Dios. No tengas otro Dios aparte de mí. No tengas ídolos, no les rindas culto.

No tomes el Nombre de Dios en vano. Es el Nombre del Señor tu Dios, y Dios castigará a quien lo use sin razón o por imprecación o para convalidar un pecado.

Acuérdate de santificar las fiestas. El sábado está consagrado al Señor, que descansó en sábado de la Creación y le ha bendecido y santificado.

Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas en paz largamente sobre la tierra y eternamente en el Cielo.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No hablarás con falsedad contra tu prójimo.

No desearás la casa, la mujer, el siervo, la sierva, el buey, el asno, ni nada que pertenezca a tu prójimo".

Ésta es la Sabiduría. Quien esto hace es sabio y conquista la Vida y el Reino que no tienen fin. Desde hoy, pues, proponeos vivir según la Sabiduría, anteponiéndola a las pobres cosas de la tierra.

11 ¿Qué decís? Hablad. ¿Decís que es tarde? No. Escuchad una parábola.

Un amo de una viña, al amanecer de un día, salió para contratar obreros para su viña, y ajustó con ellos un denario al día.

Salió de nuevo a la hora tercera, y, pensando que eran pocos los jornaleros contratados, viendo en la plaza a otros desocupados en espera de que los contratara, los tomó y dijo: "Id a mi viña, que os daré lo que he prometido a los otros". Y éstos fueron.

Habiendo salido a la hora sexta y a la hora nona, vio todavía a otros y les dijo: "¿Queréis trabajar para mí? Doy un denario al día a mis jornaleros". Aceptaron y fueron.

Salió, en fin, a la hora undécima. Vio a otros, que, ya declinando el Sol, estaban inactivos: "¿Qué hacéis aquí, tan ociosos? ¿No os da vergüenza estar sin hacer nada todo el día?", les preguntó.

"Nadie nos ha contratado. Hubiéramos querido trabajar y ganarnos el pan. Pero nadie nos ha llamado a su viña".

---

* *Los diez preceptos de Dios* como aparecen en *Éxodo 20, 2-17* y en *Deuteronomio 5, 6-21.*

"Bien, pues yo os llamo a mi viña. Id y recibiréis el salario de los demás". Eso dijo porque era un buen patrón y sentía piedad del abatimiento de su prójimo.

> Llegada la noche, terminados los trabajos, el hombre llamó a su administrador, y dijo: "Llama a los jornaleros y paga su salario, según lo que he fijado, empezando por los últimos, que son los más necesitados, porque no han tenido durante el día el alimento que los otros una o varias veces han tenido, y, además, son los que, agradeciendo mi piedad, más han trabajado; los he observado; licéncialos, que vayan a su merecido descanso y gocen con su familia de los frutos de su trabajo". Y el administrador hizo como el patrón le ordenaba, y dio a cada uno un denario.

Habiendo llegado al final aquellos que llevaban trabajando desde la primera hora del día, se asombraron al recibir también un solo denario, y manifestaron sus quejas entre sí y ante el administrador, el cual dijo: "He recibido esta orden. Id a quejaros al patrón, no vengáis a quejaros a mí". Y fueron y dijeron: "¡No eres justo! Hemos trabajado doce horas, primero en medio del aguazo, luego bajo el sol de fuego, y luego otra vez con la humedad del anochecer, ¡y tú nos has dado lo mismo que a esos haraganes que han trabajado sólo una hora!... ¿Por qué?". Y especialmente uno de ellos levantaba la voz juzgándose traicionado y explotado indignamente.

> "Amigo, ¿y en qué te he perjudicado? ¿Qué he pactado contigo al alba? Una jornada de continuo trabajo y, como salario, un denario. ¿No es verdad?".

"Sí. Es verdad. Pero tú has dado lo mismo a ésos, por mucho menos trabajo...".
"¿Has aceptado este salario porque te parecía bueno?"
"Sí. He aceptado porque los otros daban incluso menos".
"¿Te he maltratado aquí?".
"No, en conciencia no".
"Te he concedido reposo a lo largo de la jornada, y comida, ¿no es verdad? Te he dado tres comidas. Y la comida y el descanso no habían sido pactados. ¿No es verdad?".
"Sí, no estaban acordados".

> "Entonces, ¿por qué los has aceptado?".

"Hombre, pues... Tú dijiste: 'Prefiero así, para evitar que os canséis volviendo a vuestras casas'. No dábamos crédito a nuestros oídos... Tu comida era buena, era un ahorro, era...".
"Era una gracia que os daba gratuitamente y que ninguno podía pretender. ¿No es verdad?".
"Es verdad."

> "Por tanto, os he favorecido. ¿Por qué os quejáis entonces? Debería quejarme yo de vosotros, que, habiendo comprendido que tratabais con un patrón bueno, trabajabais perezosamente, mientras que éstos, que han llegado después de vosotros, habiendo gozado del beneficio de una sola comida - y los últimos de ninguna -, han trabajado con más ahínco, haciendo en menos tiempo el mismo trabajo que habéis hecho vosotros en doce horas. Os habría traicionado si os hubiera reducido a la mitad el salario para pagar también a éstos. No así. Por tanto, coge lo tuyo y vete. ¿Pretendes venir a imponerme en mi casa lo que a ti te parece? Hago lo que quiero y lo que es justo. No quieras ser malo y tentarme a la injusticia. Yo soy bueno".

12 ¡Oh, vosotros todos, que me escucháis! En verdad os digo que el Padre Dios propone a todos los hombres el mismo pacto y les promete la misma retribución. Al que con diligencia se pone a servir al Señor, Él le tratará con justicia, aunque fuere poco su trabajo debido a la muerte cercana. En verdad os digo que no siempre los primeros serán los primeros en el Reino de los Cielos, y que allí veremos a últimos ser primeros y a primeros ser últimos. Allí veremos a hombres no pertenecientes a Israel más santos que muchos de Israel. He venido a llamar a todos, en nombre de Dios. Pero, si muchos son los llamados, pocos son los elegidos, porque pocos desean la Sabiduría. No es sabio el que vive del mundo y de la carne y no de Dios, No es sabio ni para la tierra ni para el Cielo: en la tierra se crea enemigos, castigos, remordimientos, y pierde el Cielo para siempre.

Repito: sed buenos con el prójimo, quienquiera que sea. Sed obedientes, dejando a Dios la tarea de castigar a quien manda injustamente. Sed continentes sabiendo resistir a la sensualidad; honrados, sabiendo resistir al oro; coherentes, calificando de anatema a aquello que se lo merece, y no cuando os parece y luego estrecháis contactos con el objeto que antes habíais maldecido como idea. No hagáis a los demás lo que no querríais para vosotros, y entonces...».

13 «¡Vete, profeta molesto! ¡Nos has fastidiado el mercado!... ¡Nos has arrebatado los clientes!...» gritan los vendedores irrumpiendo en el patio... Y los que habían hecho alboroto en el patio cuando Jesús había empezado a enseñar - no todos fenicios: también hay hebreos, que están en esta ciudad por un motivo que desconozco - se unen a los vendedores para insultar y amenazar, y, sobre todo, para obligar a abandonar el lugar...

Jesús no gusta porque no aconseja en orden al mal... Cruza los brazos y mira, triste, solemne.

La gente, dividida en dos partidos, se enzarza, defendiendo u ofendiendo al Nazareno. Improperios, alabanzas, maldiciones, bendiciones, gritos de: «Tienen razón los fariseos. Eres un vendido a Roma, amigo de publicanos y meretrices», o de: «¡Callad, lenguas blasfemas! ¡Vosotros sois los vendidos a Roma, fenicios del infierno!», «¡Sois diablos!», «¡Que os trague el infierno!», «¡Fuera! ¡Fuera!», «¡Fuera vosotros, ladrones que venís a mercadear aquí, usureros!» etcétera, etcétera.

Intervienen los soldados diciendo: «¡De amotinador nada! ¡Es Él la víctima!». Y con las lanzas echan fuera del patio a todos y cierran el portón.

Se quedan con Jesús los tres hermanos prosélitos y los seis apóstoles.

«¡Pero cómo se os ha ocurrido hacerle hablar?» pregunta el triario a los tres hermanos.

«¡Muchos hablan!» responde Elías.

«Sí. Y no pasa nada porque enseñan lo que gusta al hombre. Pero éste no enseña eso. Y es indigesto...». El viejo soldado mira atentamente a Jesús, que ha bajado de su sitio y está callado, como abstraído.

Fuera, la gente sigue enzarzada. Tanto que, del recinto militar salen otros soldados y con ellos el propio centurión. Instan para que les abran, mientras otros se quedan a rechazar tanto a quien grita: «¡Viva el Rey de Israel!», como a quien le maldice.

El centurión, inquieto, da unos pasos adelante. Arremete coléricamente contra el viejo Aquila: «¿Así tutelas a Roma tú? ¿Dejando aclamar a un rey extranjero en la tierra

dominada?».
El viejo saluda con reciedumbre y responde: «Enseñaba respeto y obediencia y hablaba de un reino que no es de esta tierra. Por eso le odian. Porque es bueno y respetuoso. No he hallado motivo para imponer silencio a quien no iba contra nuestra ley».

El centurión se calma, y barbota: «Entonces es una nueva sedición de esta fétida gentuza... Bien. Dadle a este hombre la orden de marcharse *inmediatamente.* No quiero problemas aquí. Cumplid esto y, en cuanto esté libre el trayecto, escoltadle hasta fuera de la ciudad. Que vaya a donde quiera. A los infiernos, si quiere. Pero que se vaya de mi jurisdicción. ¿Entendido?».

«Sí. Lo haremos».

El centurión da media vuelta, con grandes resplandores de coraza y ondeos de manto purpurino, y se marcha sin siquiera mirar a Jesús.

14 Los tres hermanos dicen a Jesús: «Lamentamos...».

«No tenéis la culpa vosotros. No temáis. No os ocasionará ningún mal, Yo os lo digo...».

Los tres cambian de color... Felipe dice: «¿Cómo es que sabes que tenemos este temor?». Jesús sonríe dulcemente (un rayo de sol en su rostro triste): «Conozco lo que hay en los corazones y en el futuro».
Los soldados se han puesto al sol, a esperar; y no pierden ojo, más o menos solapadamente, mientras hacen comentarios...
«¿Podrán querernos a nosotros, si odian incluso a ese, que no los subyuga?».

«Y que hace milagros, debes decir...».

«¡Por Hércules! ¿Quién de nosotros ha sido el que ha venido a avisar de que estaba el sospechoso y había que vigilarle?».

«¡Ha sido Cayo!».
«¡El cumplidor! Ya hemos perdido el rancho y preveo que voy a perder el beso de una muchacha!... ¡Ah, sí!».
«¡Epicúreo! ¿Dónde está la bella?».
«¡Está claro que a ti no te lo digo, amigo!».
«Detrás del alfarero, en los Cimientos. Lo sé. Te he visto hace unas noches...» dice otro.

15 El triario, como paseando, va hacia Jesús. Se mueve alrededor de Él, mirándole insistentemente. No sabe qué decir... Jesús le sonríe para infundirle ánimo. El hombre no sabe qué hacer... Pero se acerca más.

Jesús, señalando las cicatrices, dice: «¿Son todas heridas? Se ve que eres un hombre valeroso y fiel...».

El viejo soldado se pone como la púrpura por el elogio.
«Has sufrido mucho por amor a tu patria y a tu emperador... ¿No querrías sufrir algo por una patria más grande: el Cielo?; ¿por un eterno emperador: Dios?».

El soldado mueve la cabeza y dice: «Soy un pobre pagano. De todas formas, quién sabe si no llegaré también yo a la hora undécima. Pero, ¿quién me instruye? ¡Ya ves!... Te echan. ¡Éstas heridas sí que hacen daño, no las mías!... Al menos yo se las he devuelto a los enemigos. Pero Tú, a quién te hiere, ¿que le das?».

«Perdón, soldado. Perdón y amor».
«Tengo razón yo. La sospecha sobre ti es estúpida. Adiós, galileo».

«Adiós, romano».

16 Jesús se queda solo, hasta que vuelven los tres hermanos y los discípulos, con comida: los hermanos ofrecen a los soldados; los discípulos, a Jesús. Éstos comen, inapetentes, al sol, mientras los soldados comen y beben alegremente.

Luego un soldado sale a dar una ojeada a la plaza silenciosa. «Podemos ponernos en marcha» grita. «Se han ido todos. Sólo están las patrullas».

Jesús se pone en pie dócilmente. Bendice y conforta a los tres hermanos, y les da una cita para la Pascua en el Getsemaní. Luego sale, encuadrado entre los soldados. Le siguen sus discípulos, apesadumbrados. Y recorren las calles vacías, hasta la campiña.

«Salve, galileo» dice el triario.

«Adiós, Aquila. Te ruego que no hagáis ningún mal a Daniel, Elías y Felipe. Sólo Yo soy el culpable. Díselo al centurión».

«No digo nada. A estas horas ya ni se acuerda de esto. Y los tres hermanos nos proveen bien, especialmente de ese vino de Chipre que el centurión prefiere a la propia vida. Quédate tranquilo. Adiós».

Se separan. Los soldados franquean, de regreso, las puertas, mientras Jesús y los suyos se encaminan por la campiña silenciosa, en dirección Este.

330. Santiago y Juan "hijos del trueno". Hacia Akcib con el pastor Anás.

14 de noviembre de 1945.

1 Jesús va caminando por una zona muy montañosa. No son montes altos, pero es un continuo subir y bajar de collados, y un fluir de torrentes (alegres en esta estación fresca y nueva; límpidos como el cielo; niños como las primeras hojas, cada vez más numerosas, sobre las ramas). Mas, a pesar de que la estación del año sea tan bella y alegre que podría aliviar el corazón, no parece que Jesús esté muy aliviado de espíritu, y menos que Él lo están los apóstoles. Caminan, muy callados, por el fondo de un valle. Solamente pastores y greyes se presentan ante sus ojos. Pero Jesús ni tan siquiera da muestras de verlos.

Lo que capta la atención de Jesús es el suspiro desconsolado de Santiago de Zebedeo, y sus improvisas palabras, fruto de un pensamiento amargo... Santiago dice: «¡Derrotas y más derrotas!... Parecemos como malditos...».

Jesús le pone la mano en el hombro: «¿No sabes que ése es el siño de los mejores?».

«¡Sí, sí! ¡Lo sé desde cuando estoy contigo! Pero, de vez en cuando sería necesario algo distinto - y antes lo teníamos - para confortar el corazón y la fe...».

2 «¿Dudas de mí, Santiago?». ¡Cuánto dolor tiembla en la voz del Maestro!

«¡No, no!...». La verdad es que no es muy seguro el "no".
«Pero dudar, dudas. ¿De qué, entonces? ¿Ya no me amas como antes? ¿Ver que me echan de un lugar, o que se burlan de mi, o, sencillamente, que no me prestan atención en estos confines fenicios, ha debilitado tu amor?». Hay un llanto tembloroso en las palabras de Jesús, a pesar de que no haya sollozos ni lágrimas: es verdaderamente su alma la que llora.

«¡Eso no, Señor mío! Es más, mi amor a ti crece a medida que te veo menos comprendido, menos amado, más postrado, más afligido. Y, por no verte así, por poder cambiar el corazón a los hombres, solícito daría mi vida en sacrificio. Debes creerme. No me tritures el corazón, ya tan afligido, con la duda de que piensas que no te amo. Si no... si no, romperé todos los cánones. Volveré para atrás y me vengaré de los que te causan dolor, para demostrarte que te amo, para quitarte esta duda. Y, si me atrapan y me matan, no me importará lo más mínimo. Me conformaré con haberte dado una prueba de amor».

«¡Oh, hijo del trueno! ¿De dónde tanta impetuosidad? ¿Es que quieres ser un rayo exterminador?». Jesús sonríe por la fogosidad y los propósitos de Santiago.

«¡Al menos, te veo sonreír! Ya es un fruto de estos propósitos míos. ¿Tú que opinas, Juan? ¿Debemos llevar a cabo mi pensamiento para confortar al Maestro, abatido por tantas reacciones contrarias?».
«¡Sí, sí! Vamos nosotros. Hablamos de nuevo. Y si le vuelven a insultar, llamándole rey de palabras, rey hazmerreír, rey sin dinero, rey loco, repartimos palos a diestro y siniestro, para que se den cuenta de que el rey tiene también un ejército de fieles y que estos fieles no permiten burlas. La violencia es útil en ciertas cosas. ¡Vamos, hermano!» le responde Juan (y ahora, tan colérico como se manifiesta, no parece él, que siempre es dulce).

3 Jesús se mete entre los dos, los aferra por los brazos para detenerlos y dice: «¡Pero los estáis oyendo? ¿Y Yo qué he predicado durante tanto tiempo? ¡Sorpresa de las sorpresas! ¡Hasta incluso Juan, mi paloma, se me ha transformado en gavilán! Miradle, vosotros, qué feo está, tenebroso, hosco, desfigurado por el odio. ¡Qué vergüenza! ¡Y os asombráis porque unos fenicios reaccionen con indiferencia, y de que haya hebreos que tengan odio en su corazón, y de que unos romanos me conminen a marcharme, cuando vosotros sois los primeros que no habéis entendido todavía nada después de dos años de estar conmigo, cuando vosotros os habéis llenado de hiel por el rencor que tenéis en el corazón, cuando arrojáis de vuestros corazones mi doctrina de amor y perdón, la echáis afuera como cosa estúpida, y acogéis por buena aliada a la violencia! ¡Oh, Padre santo! ¡Esta si que es una derrota! En vez de ser como gavilanes que se afilan rostro y garfas, ¿no sería mejor que fuerais ángeles que orasen al Padre para que confortara a su Hijo? ¿Cuándo se ha visto que un temporal beneficie con sus rayos y granizadas? Pues bien, para recuerdo de este pecado vuestro contra la caridad, para recuerdo de cuando vi aflorar en vuestra cara el animal-hombre en vez del hombre-ángel que quiero ver siempre en vosotros, os voy a apodar "los hijos del trueno"».

Jesús está semiserio mientras habla a los dos inflamados hijos de Zebedeo. Pero el reproche, al ver el arrepentimiento de ellos, pasa, y, con cara luminosa de amor los estrecha contra su pecho diciendo: «Nunca más, feos de esta forma. Y gracias por vuestro amor. Y también por el vuestro, amigos» dice, dirigiéndose a Andrés, Mateo y los dos primos. «Venid aquí, que quiero abrazaros también a vosotros. ¿No sabéis que, aunque no tuviera nada más que la alegría de hacer la voluntad de mi Padre y vuestro amor, sería siempre feliz, aunque todo el mundo me abofetease? Estoy triste, mas no por mí, por mis derrotas, como vosotros las llamáis; estoy triste por piedad hacia las almas que rechazan la Vida. Bien, ahora estamos todos contentos, ¿no es verdad?, niños grandes, que es lo que sois. Ánimo, entonces. [4]Id donde esos pastores que están ordeñando el rebaño. Pedid un poco de leche en nombre de Dios. No tengáis miedo» dice al ver la mirada desolada de los apóstoles. «Obedeced con fe. Recibiréis leche y no palos, aunque el hombre sea fenicio».

Y los seis se dirigen hacia el hombre indicado, mientras Jesús los espera en el camino. Y ora, entretanto, este Jesús triste al que ninguno quiere... Vuelven los apóstoles con un pequeño cubo de leche, y dicen: «Ha dicho el hombre que vayas allí, que tiene que decirte algo y no puede dejar las cabras a los zagales, porque son antojadizas e imprevisibles».

Jesús dice: «Vamos entonces allí, a comer nuestro pan».

Y suben todos a lo alto de la escarpa, desde donde se asoman, prominentemente, las caprichosas cabras.

[5]«Te agradezco la colodra de leche que me has dado. ¿Qué deseas de mí?».

«Tu eres el Nazareno, ¿verdad? ¿El que hace milagros?».

«Soy el que predica la Bienaventuranza eterna. Soy el Camino para ir al Dios verdadero; la Verdad que se da; la Vida que os vivifica. No soy el hechicero que hace prodigios. Éstos son las manifestaciones de mi bondad y de vuestra debilidad, que tiene necesidad de pruebas para creer. Pero, ¿qué deseas de mí?».

«Mira... ¿Hace dos días estabas en Alejandrocena?».

«Sí. ¿Por qué?».

«Yo también estaba, con mis cabritillos. Cuando he comprendido que iba a producirse una riña, he desaparecido, porque es costumbre suscitarlas para robar lo que hay en los mercados. Son ladrones todos: los fenicios... y también los otros. No debería decirlo, porque soy de padre prosélito y de madre siria, y yo mismo soy prosélito. Pero es la verdad. Bien. Volvamos a lo que estaba diciendo. Me había metido en una caballeriza, con mis animales, esperando a que llegara el carro de mi hijo. Al atardecer, al salir de la ciudad, encontré a una mujer que lloraba con una hijita suya en los brazos. Había recorrido ocho millas para llegar a ti, porque está fuera, en los campos. Le pregunté que qué le sucedía. Es prosélito. Había venido para vender y comprar. Había oído hablar de ti, y le había nacido la esperanza en el corazón. Había ido corriendo a casa, había tomado en brazos a la niña. ¡Pero con un peso se anda despacio! Cuando llegó a los almacenes de los

hermanos, ya no estabas. Ellos, los hermanos, le dijeron: "Le han echado. Pero ayer por la tarde nos dijo que haría de nuevo un alto en Tiro". Yo - también yo soy padre - le dije: "Pues entonces ve a Tiro". Pero ella me respondió: "¿Y si, después de todo lo que ha sucedido, pasa por otros caminos para volver a Galilea?". Le dije: "Mira. O ese confín o el otro. Yo pastoreo entre Rohob y Lesemdán, justamente en el camino que hace de confín entre aquí y Neftalí. Si le veo, se lo digo; palabra de prosélito". Y te lo he dicho».

«Y que Dios te recompense por ello. Iré a ver a esa mujer. [6]Tengo que volver a Akcib».

«¿Vas a Akciba? Entonces podemos ir juntos, si no desdeñas a un pastor».

«No desdeño a nadie. ¿Por qué vas a Akcib?».

«Porque allí tengo los corderos. A no ser que... ya no los tenga...».

«¿Por qué?».

«Porque hay una enfermedad... No sé si ha sido una hechicería o qué. Sé que mi lindo rebaño se me ha enfermado. Por eso he traído aquí las cabras, que están todavía sanas, para separarlas de las ovejas. Aquí estarán con dos hijos míos. Ahora están en la ciudad, para hacer las compras. Vuelvo allá... para ver morir a mis lindas ovejas lanosas...». El hombre suspira... Mira a Jesús y se disculpa: «Hablarte a ti, siendo quien eres, de estas cosas, y afligirte, estando ya afligido de cómo te tratan, es una necedad. Pero las ovejas son afecto y dinero, ¿sabes?, para nosotros...».

«Comprendo. Pero se pondrán buenas. ¿No las has llevado a que las vea una persona entendida?».

«Todos me han dicho lo mismo: "Mátalas y vende sus pieles. No hay otra posibilidad", e incluso me han amenazado si las saco... Tienen miedo de que las suyas se cojan la enfermedad. Así que las tengo que tener encerradas... y aumenta la mortalidad. Son malos, ¿sabes?, los de Akciba...».

Jesús dice simplemente: «Lo sé».

«Yo digo que me las han embrujado...».

«No. No creas esas historias... ¿En cuanto vengan tus hijos te pones en marcha?».

«Inmediatamente. De un momento a otro llegarán. [7]¿Estos son tus discípulos? ¿Son sólo éstos?».

«No. Tengo otros más».

«¿Y por qué no vienen aquí? Una vez, cerca de Merón, me encontré con un grupo de ellos. A la cabeza del grupo había un pastor. Decía serlo. Uno alto, fuerte, de nombre Elías. Fue en octubre, me parece. Antes o después de los Tabernáculos. ¿Ahora te ha abandonado?».

«Ningún discípulo me ha abandonado».

«Me habían dicho que...».

«¿Qué te habían dicho?».

«Que Tú... que los fariseos... En fin, que los discípulos te habían abandonado por miedo, y porque Tú eras un...».

«Demonio. Dilo tranquilamente. Lo sé. Doble mérito para ti, que crees igualmente».

«¿Y por este mérito no podrías?... Quizás estoy pidiendo una cosa sacrílega...».

«Dila. Si es una cosa mala, te lo digo».

«¿No podrías, al pasar, bendecir a mi rebaño?» se le ve lleno de ansiedad al hombre...
«Bendeciré a tu rebaño. A éste...» y alza la mano bendiciendo a las cabritas desperdigadas, «...y al de las ovejas. ¿Crees que mi bendición las salvará?».
«De la misma forma que salvas a los hombres de las enfermedades, podrás salvar a los animales. Dicen que eres el Hijo de Dios. Las ovejas las ha creado Dios. Por tanto son cosas del Padre. Yo... no sabía si era una cosa respetuosa el pedírtelo. Pero, si se puede, hazlo, Señor, y llevaré al Templo grandes ofrendas de alabanza; o, mejor: te lo doy a ti, para los pobres, que será mejor».
Jesús sonríe y calla.

8 Llegan los hijos del pastor. Poco después, Jesús con los suyos y el viejo se ponen en marcha. Dejan a los zagales custodiando las cabras.

Caminan raudos porque quieren llegar pronto a Quedes, para dejarla también enseguida, con intención de tomar la vía que del mar va hacia el interior. Debe ser la misma que recorrieron yendo a Alejandrocena, la que se bifurca a los pies del promontorio. Al menos yo lo entiendo así, por lo que conversan el pastor y los discípulos. Jesús va adelante, solo.

«¿No nos encontraremos con otros problemas?» pregunta Santiago de Alfeo.
«Quedes no depende de aquel centurión. Está fuera de los confines fenicios. A los centuriones basta con no pincharlos, y se desinteresan de religión».
«Y además no nos vamos a detener...».
«¿Vais a aguantar más de treinta millas en un día?» pregunta el pastor.
«¡Sí, hombre! ¡Somos peregrinos perpetuos!».
Caminan ininterrumpidamente... Llegan a Quedes. La atraviesan sin ningún contratiempo. Toman la vía directa. En el mojón está indicada Akciba. El pastor lo señala diciendo: «Mañana llegaremos. Esta noche venís conmigo. Conozco labriegos de estos valles, pero muchos están dentro de los confines fenicios... ¡Bueno!, pues pasaremos los confines. Seguro que no nos van a descubrir inmediatamente... ¡Lo que es la vigilancia!... ¡Mejor sería que vigilasen a los bandidos!...».
El Sol declina, y los valles ciertamente no contribuyen a mantener la luz, menos aún siendo boscosos. Pero el pastor conoce muy bien la zona y va seguro.

9 Llegan a un pueblecito muy pequeño, verdaderamente un puñado de casas.

«Vamos a ver si nos dan posada. Aquí son israelitas. Estamos justamente en los confines. Si no nos reciben, vamos a otro pueblo, que es fenicio».

«No tengo prejuicios, hombre».

Llaman a una casa.
«¿Tú, Anás? ¿Con amigos? Ven, ven, y que Dios sea contigo» dice una mujer muy anciana.
Entran en una amplia cocina alegrada por una lumbre. Alrededor de la mesa está reunida una numerosa familia de todas las edades, pero que hace sitio amablemente a los que, al improviso, acaban de llegar.
«Éste es Jonás. Ésta es su esposa, y sus hijos y nietos y nueras. Una familia de patriarcas fieles al Señor» dice el pastor Anás a Jesús. Y luego, volviéndose hacia el anciano Jonás: «Y éste que está conmigo es el Rabí de Israel, al que deseabas conocer».
«Bendigo a Dios por ser hospitalario y por tener sitio esta noche. Y, pidiendo bendición,

bendigo al Rabí que ha venido a mi casa».
Anás explica que la casa de Jonás es casi una posada para los peregrinos que del mar van hacia el interior.

Se sientan todos en la caliente cocina. Las mujeres sirven a los llegados. El respeto que hay es tal, que incluso paraliza. Pero Jesús resuelve la situación rodeándose, nada más terminar la cena, de los muchos niños presentes, e interesándose por ellos, los cuales en seguida fraternizan. Detrás de ellos, durante el breve espacio de tiempo que separa la cena del descanso, encuentran valor los hombres de la casa y narran lo que han sabido del Mesías, y preguntan cosas nuevas. Jesús, benigno, rectifica, confirma, explica, en serena conversación, hasta que peregrinos y familiares se van a descansar, tras haberlos bendecido Jesús a todos.

331. La fe de la mujer cananea y otras conquistas. Llegada a Akeib.

15 de noviembre de 1945.

1 «¿El Maestro está contigo?» pregunta el viejo campesino Jonás a Judas Tadeo, que entra en la cocina, donde la lumbre ya resplandece para calentar la leche y el lugar, que está un poco frío en estas primeras horas de una bellísima mañana de finales de enero, creo, o primeros de febrero; bellísima, pero bastante punzante.

«Habrá salido a orar. Sale frecuentemente al alba, cuando sabe que puede estar solo. Regresara pronto. ¿Por qué lo preguntas?».

«Lo he preguntado también a los otros, que se han desperdigado para buscarle, porque hay una mujer allí, con mi esposa. Es una del pueblo de allende el confín. La verdad no sabría decir cómo ha podido saber que está aquí el Maestro. Pero lo sabe. Y quiere hablar con Él».

«Bien. Hablará con Él. Quizás es la mujer que Él está esperando, con una hiita enferma. La habrá guiado aquí su espíritu».

«No. Está sola. No tiene hijos consigo. Los pueblos están tan cercanos... por eso la conozco... y el valle es de todos. Yo, además, pienso que para servir al Señor no hace falta ser crueles con los vecinos si son fenicios. Estaré equivocado, pero...».

«El Maestro también dice siempre que tenemos que ser compasivos con todos».

«Él lo es, ¿no es verdad?».

«Lo es».

«Me ha dicho Anás que también esta vez le han tratado mal. ¡Mal, siempre mal!... En Judea, en Galilea, en todos los lugares. ¿Por qué, me pregunto yo, Israel es tan malo con su Mesías? Me refiero a los principales de Israel. Porque el pueblo le ama».

«¿Cómo sabes estas cosas?».

«Vivo aquí, lejos; pero soy un fiel israelita. ¡Basta ir para las fiestas de precepto al Templo para saber todo lo bueno y todo lo malo! Y el bien se

sabe menos que el mal. Porque el bien es humilde y no hace autoalabanza. Deberían proclamarle los que han sido agraciados. Pero pocos son los agradecidos después de recibir una gracia. El hombre acepta el beneficio y lo olvida... El mal, sin embargo, toca fuerte sus trompetas y hace escuchar sus palabras incluso a quienes no quieren oírlas. ¡Vosotros, sus discípulos, no sabéis cuánto abundan en el Templo las críticas y acusaciones contra el Mesías! Los escribas ya sólo tratan de esto en sus lecciones. Yo creo que se han hecho un libro de lecciones sobre cómo acusar al Maestro, y de hechos que presentan como objetos de acusación verosímiles. Y se necesita una conciencia muy recta, firme y libre, para saber resistir y juzgar con cordura. ¿Él está al corriente de todas estas maniobras?».

«De todas. Y también nosotros, más o menos, las conocemos. Pero Él no se intranquiliza. Continúa su obra, y los discípulos o las personas que creen en Él aumentan cada día que pasa».

«Dios quiera que perseveren hasta el final. Pero el hombre es de pensamiento mudable. Y débil... [2]Está viniendo el Maestro hacia la casa, con tres discípulos».

Y el viejo sale afuera, seguido por Judas Tadeo, para venerar a Jesús, que, lleno de majestad, viene hacia la casa.

«La paz sea contigo hoy y siempre, Jonás».

«Gloria y paz contigo, Maestro, siempre».

«Paz a ti, Judas. ¿Andrés y Juan no han vuelto todavía?».

«No. Y no los he oído salir. A ninguno. Estaba cansado y dormía profundamente».

«Entra, Maestro. Entrad. El ambiente está fresco esta mañana. En el bosque debía hacer mucho frío. Ahí hay leche caliente para todos».

Están bebiendo la leche, y - excepto Jesús - mojando en ella unos recios trozos de pan, cuando he aquí que llegan Andrés y Juan, junto con Anás, el pastor.

«¡Ah! ¿estás aquí? Volvíamos para decir que no te habíamos encontrado...» exclama Andrés.

Jesús dirige su saludo de paz a los tres, y añade: «Pronto. Tomad vuestra parte y pongámonos en marcha. Quiero estar, antes de que anochezca, al menos en las faldas del monte de Akcib. Esta noche empieza el sábado».

«¿Y mis ovejas?» pregunta, perplejo, el pastor.

Jesús sonríe y responde: «Estarán curadas después de la bendición».

«¡Pero yo estoy a oriente del monte! Tú vas hacia poniente para ir a ver a esa mujer...».

«Déjalo en manos de Dios y Él a todo proveerá».

[3]Terminado el desayuno, los apóstoles suben por los talegos de viaje, preparándose para partir.

«Maestro... ¿no vas a escuchar a esa mujer que está allí?».

«No tengo tiempo, Jonás. El camino es largo, y además Yo he venido para las ovejas de Israel. Adiós, Jonás. Que Dios te recompense por tu caridad. Mi bendición a ti y a todos tus parientes. Vamos».

El viejo, entonces, se pone a gritar con todas sus fuerzas: «¡Hijos! ¡Mujeres! ¡El Maestro se marcha! ¡Venid!».

Y, como responde a la voz de la clueca que los llama una nidada de

pollitos desperdigados por un pajar, de todas las partes de la casa acuden mujeres y hombres, ocupadas en sus labores o todavía medio dormidos, y niños semidesnudos con su carita sonriente recién salida del sueño... Se apiñan en torno a Jesús, que está en medio de la era, y las madres envuelven en sus amplias faldas a los niños para protegerlos del aire, o los estrechan entre sus brazos hasta que una criada llega con los vestiditos, que en seguida son empleados.

4Pero viene también una que no es de la casa. Una pobre mujer que llora. Se la ve abochornada. Camina encorvada, casi arrastrándose. Llegada cerca del grupo en cuyo centro está Jesús, se pone a gritar: «¡Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David! Mi hija vive malamente atormentada por el demonio, que le hace hacer cosas vergonzosas. Ten piedad, porque sufro mucho y todos se burlan de mi por esto. Como si mi hija tuviera la culpa de hacer lo que hace... Ten piedad, Señor, Tú que lo puedes todo. Alza tu voz y tu mano y ordena al espíritu inmundo que salga de Palma. Sólo tengo a esta criatura, y soy viuda... ¡Oh, no te vayas! ¡Piedad!...».

Jesús, efectivamente, una vez que ha terminado de bendecir a cada uno de los componentes de la familia, después de haber amonestado a los adultos por haber hablado de su venida - ellos se disculpan diciendo: «¡Créenos, Señor, no hemos hablado!» - se marcha, inexplicablemente duro para con la pobre mujer, que se arrastra sobre sus rodillas, tendidos los brazos en actitud de congojosa súplica, mientras dice: «Yo, yo te vi ayer cuando pasabas el torrente, y oí que te llamaban: "Maestro". He venido siguiéndoos, ocultándome entre las matas. Oía lo que iban diciendo éstos. He comprendido quién eres... Y esta mañana, todavía de noche, he venido a ponerme aquí a la puerta como un perrito; hasta que se ha levantado Sara y me ha invitado a entrar. ¡Señor, piedad! ¡Piedad de una madre y de una niña!».

Pero Jesús camina ligero, sordo a toda apelación.

Los de la casa dicen a la mujer: «¡Resígnate! No te quiere escuchar. Ya ha dicho que ha venido para los de Israel...».

Pero ella se pone en pie desesperada, y al mismo tiempo llena de fe, y responde: «No. Suplicaré tanto, que me escuchará». Y se echa a seguir al Maestro suplicando a gritos sin parar. Sus súplicas hacen que salgan a las puertas de las casas del pueblo todos los que están despiertos, los cuales, como los de la casa de Jonás, se ponen a seguir a la mujer para ver en qué termina la cosa.

5Los apóstoles, por su parte, se miran recíprocamente con estupor, y susurran: «¿Pero por qué hace esto? ¡No lo ha hecho nunca!...».

Y Juan dice: «En Alejandrocena ha curado incluso a aquellos dos».

«Pero eran prosélitos» responde Judas Tadeo.

«¿Y esta a la que va a curar ahora?».

«También es prosélito» dice el pastor Anás.

«¡Y cuántas veces ha curado también a gentiles o a paganos? ¿Y la niña romana, entonces?...» dice desconsolado Andrés, que no logra tranquilizarse ante la dureza de Jesús hacia la mujer cananea.

«Yo os digo lo que pasa» exclama Santiago de Zebedeo. «Lo que pasa es que el Maestro

está indignado. Su paciencia se acaba ante tantos asaltos de maldad humana. ¿No veis cómo ha cambiado? ¡Tiene razón! De ahora en adelante se dedicará sólo a los que conoce convenientemente. ¡Y hace bien!».
«Sí. Pero, mientras tanto, ésta viene aquí detrás de nosotros gritando, y la sigue una buena cola de gente. Si quiere pasar inadvertido, ha encontrado la manera de llamar la atención hasta de los árboles...» se queja Mateo.
«Vamos a decirle que la despida... ¡Fijaos aquí qué lindo cortejo tenemos a nuestras espaldas! ¡Si llegamos así a la vía consular, estamos frescos! Y ésta, si no le dice que se marche, no nos deja...» dice, molesto, Judas Tadeo, el cual, además, se vuelve y conmina a la mujer: «¡Calla y vete!». Y lo mismo hace Santiago de Alfeo, solidario con su hermano. Pero ella no se impresiona por las amenazas y órdenes y sigue suplicando.
«Vamos a decirle al Maestro que la eche Él, dado que no quiere concederle lo que pide. ¡Así no se puede seguir!» dice Mateo, mientras Andrés susurra: «¡Pobrecilla!», y Juan repite sin tregua: «No comprendo... no comprendo...». Juan está confundido por el modo de actuar de Jesús.
Mas ya, acelerando el paso, han alcanzado al Maestro, que camina raudo como un perseguido. «¡Maestro! ¡Dile a esa mujer que se vaya! ¡Es un escándalo! ¡Viene gritando detrás de nosotros! ¡Nos señala ante todos! El camino se va poblando cada vez más de gente... y muchos se ponen detrás de ella. Dile que se marche».
«Decídselo vosotros. Yo ya la he respondido».
«No nos escucha. ¡Díselo Tú, hombre! Y además severamente».

[6]Jesús se detiene y se vuelve. La mujer interpreta ello como signo de gracia; acelera el paso y alza el tono, ya agudo, de la voz; su rostro palidece por la aumentada esperanza.

«Calla, mujer. Vuelve a casa. Ya lo he dicho: "He venido para las ovejas de Israel". Para curar a las enfermas y buscar a las perdidas. Tú no eres de Israel».

Pero la mujer ya está a sus pies y se los besa, adorándole, sujetándole fuerte por los tobillos como si fuera una náufraga que hubiera encontrado un escollo de salvación, y gime: «¡Señor, ayúdame! Tú lo puedes, Señor. Dale una orden al demonio, Tú que eres santo... Señor, Señor, Tú eres el amo de todo: de la gracia y del mundo. Todo está sometido a ti, Señor. Yo lo sé. Lo creo. Toma, pues, tu poder y úsalo para mi hija».

«No está bien tomar el pan de los hijos de la casa y arrojarlo a los perros de la calle».

«Yo creo en ti. Creyendo, he pasado de ser perro de la calle a ser perro de la casa. Ya te he dicho que he venido antes del alba a acurrucarme a la puerta de la casa donde estabas, y, si hubieras salido, habrías tropezado en mí. Pero has salido por el otro lado y no me has visto. No has visto a este pobre perro lacerado, hambriento de tu gracia, que esperaba entrar, arrastrándose, adonde Tú estabas, para besarte los pies así, pidiéndote que no le arrojaras de tu presencia...».

«No está bien echar el pan de los hijos a los perros» repite Jesús.
«Pero los perros entran en la habitación donde come el amo con sus hijos, y comen lo que cae de la mesa, o los desperdicios que les dan los de la familia, lo que ya no sirve. No te pido que me trates como a una hija, no te pido que me invites a sentarme a tu mesa; te pido al menos las migas...».

[7]Jesús sonríe. ¡Cómo se transfigura su rostro con esta sonrisa de gozo!...

La gente, los apóstoles, la mujer, le miran admirados... sintiendo que está para suceder algo.

Y Jesús dice: «¡Oh, mujer! ¡Grande es tu fe! Con tu fe consuelas mi espíritu. Ve, pues, y te suceda como quieres. Desde este momento, el demonio ha salido de tu hijita. Ve en paz. Y, de la misma forma que, como perro extraviado, has sabido querer ser perro de casa, sabe ser hija en el futuro, sentada a la mesa del Padre. Adiós».

«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!... Quisiera echarme a correr, para ver a mi Palma amada... ¡Quisiera estar contigo, seguirte! ¡Bendito! ¡Santo!».

«Ve, ve, mujer. Ve en paz».

Y Jesús reanuda su camino, mientras la cananea, más ligera que una niña, regresa corriendo por el mismo camino que había venido; tras ella la gente, curiosa de ver el milagro...

«¿Pero, por qué, Maestro, la has hecho suplicar tanto, si luego la ibas a escuchar?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Por causa tuya y de todos vosotros. Ésta no es una derrota, Santiago. Aquí no me han expulsado, no se han burlado de mí, no me han maldecido... Sirva ello para levantar vuestro espíritu abatido. Yo ya he recibido mi dulcísimo alimento. Y bendigo a Dios por ello. [8]Y ahora vamos a ver a esta otra que sabe creer y esperar con fe segura».

«¿Y mis ovejas, Señor? Dentro de poco tendría que tomar un camino distinto del tuyo para ir a mi pastura...». Pregunta de nuevo el pastor Anás.

Jesús sonríe, pero no responde.

Es bonito andar, ahora que el sol calienta el aire y hace brillar como esmeraldas las hojitas nuevas de los bosques y la hierba de los prados, transformando en engastes los cálices, de las flores para las gotas de rocío que brillan en los aros radiados multicolores de las florecillas del campo. Jesús camina, sonriente. Los apóstoles, en seguida animados de nuevo, le siguen sonrientes...

Llegan a la desviación. El pastor Anás, afligido, dice: «Y aquí tendría que dejarte... ¿Entonces no vienes a curar a mis ovejas? Yo también tengo fe, y soy prosélito... ¿Me prometes, al menos, que vendrás después del sábado?».

«¡Anás! ¿Pero no has comprendido todavía que tus ovejas están curadas desde que alcé mi mano hacia Lesemdán? Ve, pues, tú también a ver el milagro y a bendecir al Señor».

Creo que la mujer de Lot, después de su petrificación en sal*, no sería distinta del pastor, que se ha quedado en la posición en que estaba, un poco encorvado e inclinado, con la cabeza vuelta hacia arriba para mirar a Jesús, un brazo semiextendido a media altura... Parece una estatua. Podría tener debajo el cartel: "El suplicador". Mas luego vuelve en sí, se postra y dice: «¡Bendito! ¡Bueno! ¡Santo!... Pero te había prometido mucho dinero y aquí solamente tengo algunas dracmas... Ven, ven a visitarme después del sábado...».

«Iré. No por el dinero, sino para bendecirte una vez más por tu fe sencilla. Adiós, Anás. La paz sea contigo».

Y se separan...

«Y tampoco ésta es una derrota, amigos. Aquí tampoco se han burlado de mí, ni me han expulsado o maldecido... [9]¡Venga, raudos! Hay una madre esperándonos desde hace días...».

Y la marcha prosigue, con un breve alto en el camino para comer pan y queso y beber en un manantial...

El Sol está en mediodía cuando se ve aparecer la bifurcación del camino.

«Allá en el fondo empieza la escalera de Tiro» dice Mateo. Y se alegra al pensar que la mayor parte del trayecto está ya recorrido.

Apoyada en el mojón romano hay una mujer. A sus pies, en un traspuntín, hay una pequeñuela de unos siete u ocho años. La mujer mira en todas las direcciones: hacia la escalera excavada en el monte rocoso, hacia la vía de Tolemaida, hacia el camino recorrido por Jesús. Y, de vez en cuando, se inclina para acariciar a su niña, para proteger su cabeza del sol con un paño, o cubrirle los pies y las manos con un chal...

«¡Ahí está la mujer! Pero, ¿dónde habrá dormido estos días?» pregunta Andrés.

«Quizás en aquella casa de cerca de la bifurcación. No hay otras casas cercanas» responde Mateo.

«O al raso» dice Santiago de Alfeo.

«No, por la niña» responde su hermano.

«¡Con tal de obtener la gracia!...» dice Juan.

[10]Jesús no habla. Pero sonríe. Todos en fila (Él en el centro, tres de esta parte, tres de la otra), ocupan toda la vía, en esta hora de pausa de viandantes, que se han parado a comer en los respectivos lugares en que los ha sorprendido el

---

* *la mujer de Lot... su petrificación en sal* está contenido en el episodio bíblico de la destrucción de Sodoma, y se encuentra en *Génesis 19, 26.*

mediodía. Jesús sonríe, alto, hermoso, en el centro de la fila. Su rostro está tan radiante que parece como si toda la luz del sol se hubiera concentrado en él. Parece emanar rayos.

La mujer levanta los ojos... Ya están a unos cincuenta metros de distancia. Quizás ha llamado su atención, distraída al oír llorar a su hija, la mirada de Jesús fija en ella. Mira... Se lleva las manos al corazón con un gesto involuntario de ansia, de sobresalto.

Jesús aumenta su sonrisa. Y esa fulgida sonrisa, inefable, debe decirle tantas cosas a la mujer, que, ya sin ansia, sonriente, como si ya fuera feliz, se agacha a coger a su niña y, sosteniéndola en su jergoncillo, con los brazos extendidos, como si se la estuviera ofreciendo a Dios, da unos pasos hacia Jesús. En llegando a los pies de Él, se arrodilla levantando lo más que puede a la niña, que está en posición echada y que mira, extática, el hermosísimo rostro de Jesús.

La mujer no dice ni una palabra. ¿Qué podría decir que fuera más profundo que lo que dice con toda su figura?...

Jesús dice solamente *una* palabra, corta pero poderosa, letificante como el "Fiat" de Dios en la creación del mundo: «Sí». Y apoya la mano sobre el

pequeño pecho de la niña echada.

Entonces la niña, emitiendo un grito de calandria liberada de la jaula, exclama: «¡Mamá!», se sienta de golpe, pasa a poner pie en tierra, abraza a su madre, la cual - ella sí -, exhausta, vacila y está a punto de caerse boca arriba, desmayada por el cansancio, por la cesación del ansia, por la alegría que sobrecarga las ya debilitadas fuerzas del corazón por tanto dolor pasado.

Jesús está atento a sujetarla: una ayuda más eficaz que la de la niñita, que, recargando con su peso los miembros maternos, no es, ciertamente, el más indicado factor para sujetar a su madre sobre las rodillas. Jesús la ayuda a sentarse y le transfunde fuerzas... Y la mira, mientras mudas lágrimas descienden por la cara, cansada y dichosa al mismo tiempo, de la mujer.

11 Luego es el momento de las palabras: «¡Gracias, mi Señor! ¡Gracias y bendiciones! Mi esperanza ha sido coronada... Te he esperado mucho... Pero ahora soy feliz...».

La mujer, superado su semidesmayo, se arrodilla de nuevo, adorando, teniendo delante de sí a la niñita curada y que ahora recibe las caricias de Jesús. Y explica: «Hacía dos años que un hueso de la columna se le consumía, la paralizaba y la llevaba a la muerte lentamente y con grandes dolores. La habíamos llevado a que la vieran médicos de Antioquía, Tiro, Sidón, y también de Cesarea y Panéade. Hemos gastado tanto en médicos y medicinas, que hemos vendido la casa que poseíamos en la ciudad para retirarnos a la de campo. Habíamos despedido a los sirvientes de la casa y nos habíamos quedado sólo con los de los campos. Habíamos puesto en venta los productos que antes consumíamos nosotros... ¡Nada aprovechaba! Te vi. Tenía noticia de lo que hacías en otros lugares. He esperado la gracia también para mí... ¡Y la he obtenido! Ahora vuelvo a casa, aligerada, dichosa... Le daré una alegría a mi esposo... a mi Santiago, que me puso en el corazón la esperanza, narrándome lo que por tu poder sucede en Galilea y Judea. ¡Si no hubiéramos tenido miedo de no encontrarte, habríamos venido con la niña! ¡Pero Tú estás siempre en camino!...».

«Caminando he venido a verte... Pero, ¿dónde has pasado estos días?».

«En aquella casa... Bueno, por la noche, se quedaba sólo la niña. Hay allí una buena mujer, que me la cuidaba. Yo he estado siempre aquí, por miedo a que pasaras de noche».

Jesús le pone la mano sobre la cabeza: «Eres una buena madre. Dios te ama por ello. ¿Ves cómo te ha ayudado en todo?».

«¡Oh, sí, lo he sentido precisamente mientras venía. Había venido de casa a la ciudad con la confianza de encontrarte; por tanto, con poco dinero, y sola. Luego, siguiendo el consejo de aquel hombre, seguí por este lugar. Mandé un aviso a casa y vine... y no me ha faltado nunca nada, ni pan, ni refugio, ni fuerza».

«¿Siempre con ese peso en los brazos? No podías servirte de un carro?...» pregunta enternecido Santiago de Alfeo.

«No. Ella habría sufrido demasiado: hasta morir incluso. En los brazos de su mamá ha venido mi Juana a la Gracia».

Jesús acaricia en el pelo a las dos: «Ahora podéis marcharos. Sed siempre fieles al Señor. El Señor esté con vosotras y con vosotras mi paz».

Jesús reanuda su camino por la vía que conduce a Tolemaida.

«Ésta tampoco es una derrota, amigos. Tampoco aquí me han expulsado, ni se han burlado de mí, ni me han maldecido».

12 Siguiendo la vía directa, pronto se llega al taller del herrador que está al lado del puente. El herrador romano está descansando al sol, sentado contra el muro de la casa. Reconoce a Jesús y le saluda.

Jesús devuelve el saludo y añade: «¿Me dejas estar aquí, para descansar un poco y comer un poco de pan?».

«Sí, Maestro. Mi mujer quería verte... porque le he referido la parte de tu discurso que ella no había oído la otra vez. Ester es hebrea. Pero, siendo romano, no me atrevía a decírtelo. Te la habría mandado...».

«Llámala, entonces». Y Jesús se sienta en el banco que hay contra la pared, mientras Santiago de Zebedeo distribuye pan y queso...

Sale una mujer de unos cuarenta años, turbada, roja de vergüenza.

«Paz a ti, Ester. ¿Tenías deseos de conocerme? ¿Por qué?».

«Por lo que dijiste... Los rabíes nos desprecian a nosotras, casadas con un romano... Pero he llevado a todos mis hijos al Templo, y los varones están todos circuncidados. Se lo dije antes a Tito, cuando me quiso como esposa... Y él es bueno... Siempre me ha dejado libertad de acción con los hijos. Costumbres, ritos, ¡aquí todo es hebreo!... Pero los rabíes, los arquisinagogos, nos maldicen. Tú no... Tú tienes palabras de piedad para nosotras... ¡No sabes cuánto significa eso para nosotras! Es como sentirnos abrazadas por el padre y la madre que nos han repudiado y maldecido, o que se muestran severos con nosotras... Es como volver a poner pie en la casa que hemos dejado y no sentirse extranjeras en ella... Tito es bueno. Durante nuestras fiestas cierra el taller, con gran pérdida de dinero, y me acompaña con nuestros hijos al Templo. Porque dice que sin religión no se puede estar. Él dice que su religión es la de la familia y el trabajo, como antes era la del deber de soldado... Pero yo... Señor... quería hablar contigo por una cosa... Tú dijiste que los seguidores del verdadero Dios deben separar un poco de su levadura santa y meterla en la buena harina para hacerla fermentar santamente. Yo lo he hecho con mi esposo. He tratado, en estos veinte años que llevamos juntos, de trabajar su alma, que es buena, con la levadura de Israel. Pero no se decide nunca... es ya mayor... Querría tenerle conmigo en la otra vida... Unidos por la fe como lo estamos por el amor... No te pido riquezas, bienestar, salud. Lo que tenemos es suficiente, y bendito sea Dios por ello. Pero sí que querría esto... ¡Pide por mi esposo! Que sea del verdadero Dios...».

«Lo será. Puedes estar segura. Pides una cosa santa y te será dada. Has comprendido los deberes de la esposa hacia Dios y hacia su esposo. ¡Si así fueran todas las esposas! En verdad te digo que muchas deberían imitarte. Sigue así y recibirás la alegría de tener a tu Tito a tu lado, en la oración y en el Cielo. 13 Muéstrame a tus hijos».

La mujer llama a la numerosa prole: «Jacob, Judas, Leví, María, Juan, Ana, Elisa, Marco». Y luego entra en la casa y vuelve a salir con una que apenas si sabe andar todavía y con uno de tres meses como mucho: «Y éste es Isaac, y esta pequeñita es Judit» dice terminando la presentación.

«¡Abundancia!» dice riendo Santiago de Zebedeo.

Y Judas exclama: «¡Seis varones! ¡Y todos circuncisos! ¡Y con nombres puros! ¡Sí señora, muy bien!».

La mujer está contenta, y hace elogios de Jacob, Judas y Leví, los cuales ayudan a su

padre «todos los días menos el sábado, el día en que Tito trabaja solo, poniendo las herraduras ya hechas» dice. Elogia también a María y a Ana, «ayuda de su mamá». Pero no deja de elogiar también a los cuatro más pequeños «buenos y sin caprichos. Tito, que ha sido un soldado disciplinado, me ayuda a educarlos» dice mientras mira con mirada afectuosa al hombre, el cual, apoyado en la jamba, con una mano en la cadera, ha escuchado todo lo que ha dicho su mujer, con una franca sonrisa en su rostro claro, y que ahora, al oír la memoria de sus méritos de soldado, rebosa complacencia.
«Muy bien. La disciplina de las armas no repugna a Dios, cuando se cumple con humanidad el propio deber de soldado. Todo consiste en ser siempre moralmente honestos, en todos los trabajos, para ser siempre virtuosos. Tu pasada disciplina, que ahora transfundes en tus hijos, te debe preparar para incorporarte a un más alto servicio: el de Dios. Ahora vamos a despedirnos. Tengo el tiempo justo para llegar a Akcib antes de que se cumpla el ocaso. Paz a ti, Ester, y a tu casa. Sed, dentro de poco, todos del Señor».
La madre y los hijos se arrodillan, mientras Jesús alza la mano bendiciendo. El hombre, como si de nuevo fuera el soldado de Roma ante su emperador, se cuadra, saludando a la romana.

14 Y se ponen en marcha... Después de unos metros, Jesús pone la mano en el hombro de Santiago: «Una vez más aún, la cuarta de hoy, te hago la observación de que ésta no es una derrota, ni es ser expulsado, satirizado o maldecido. ¿Qué dices ahora?».

«Que soy un necio, Señor» dice impetuosamente Santiago de Zebedeo.
«No. Tú, como todos vosotros, sois todavía demasiado humanos. Todas vuestras opciones son las propias de quien está más sujeto a humanidad que a espíritu. El espíritu, cuando es soberano, no se altera ante cualquier soplo del viento, que no siempre puede ser brisa perfumada... Podrá sufrir, pero no se altera. Yo oro siempre porque alcancéis esta soberanía del espíritu. Pero vosotros me teneis que ayudar con vuestro esfuerzo... ¡Bueno, este viaje ha terminado! En él he sembrado lo necesario para prepararos el trabajo, para cuando seáis vosotros los evangelizadores. Ahora podemos iniciar el reposo sabático con la conciencia de haber cumplido nuestro deber. Y esperaremos a los otros... Luego proseguiremos... todavía... siempre... hasta que todo quede cumplido...».

332. La sufrida separación de Bartolomé, que con Felipe vuelve a unirse al Maestro.

17 de noviembre de 1945.

1 Jesús está reunido con los seis en una habitación donde hay yacijas muy míseras, arrimadas unas a otras. El espacio que queda libre apenas si consiente andar de un lado a otro de la estancia. Comen su más que humilde comida sentados encima de los lechos, porque no hay ni mesa ni asientos. Pasa un rato y Juan va a sentarse en el alféizar de la ventana, en busca de sol. Por eso él es el primero que ve a los esperados Pedro, Simón, Felipe y Bartolomé, que vienen en dirección a la casa. Les da una voz y sale

corriendo, seguido por todos. Se queda sólo Jesús, el cual los únicos movimientos que hace son ponerse en pie y volverse hacia la puerta para mirar...

Entran los llegados. Es fácil imaginar la exuberancia de Pedro; también, la reverencia profunda de Simón Zelote. Lo que causa sorpresa es la actitud de Felipe, y especialmente la de Bartolomé. Entran, yo diría que casi con temor, con congoja, y, a pesar de que Jesús les abra los brazos para intercambiar con ellos el ósculo de paz que ya ha dado a Pedro y a Simón, ellos caen de rodillas y se curvan hasta tocar casi con la frente en el suelo, y besan los pies de Jesús. Permanecen así... Y los suspiros ahogados de Bartolomé denuncian que llora silenciosamente sobre los pies de Jesús.

«¿Por qué esta congoja, Bartolmái? ¿No vienes a los brazos del Maestro? ¿Y tú, Felipe, por qué tan temeroso? Si no supiera que sois dos hombres honestos, en cuyo corazón no puede anidar la malicia, tendría que sospechar que sois culpables de algo. Pero no es así. ¡Ánimo, pues! Hace mucho que deseo vuestro beso y ver la límpida mirada de vuestros ojos fieles...».

«También nosotros, Señor...» dice Bartolomé, levantando su cara, en que brillan las lágrimas. «Tú has sido nuestro único deseo. Nos preguntábamos en qué podíamos haberte desagradado para merecer tanta separación. Nos parecía una cosa injustificada... Pero ahora sabemos... ¡Oh, perdón, Señor! Te pedimos perdón. Sobre todo yo, porque Felipe ha estado separado de ti por mí. A él ya le he pedido perdón. Yo, yo sólo culpable, yo, el viejo israelita reticente a renovarse, yo, que te he causado dolor...».

Jesús se inclina y le alza con la fuerza, como alza también a Felipe, y, juntos, los aprieta entre sus brazos, mientras dice: «¿Pero de qué te acusas? No has hecho nada malo. ¡Ningún mal! Y Felipe tampoco. Sois mis amados apóstoles, y hoy me siento verdaderamente feliz de teneros conmigo, de nuevo juntos, para siempre...».

«No, no… [2]Durante mucho tiempo hemos ignorado el motivo por el que, justamente, has desconfiado de nosotros hasta el punto de excluirnos de tu familia apostólica. Pero ahora lo sabemos... y te pedimos perdón, perdón, perdón; yo especialmente. Jesús, Maestro mío...». Y Bartolomé le mira con congoja, con amor, con compasión. Siendo anciano como es, parece un padre mirando a su hijo afligido, examinando su rostro, más afilado a causa de una pena que no había intuido, y en el cual antes no había notado el enflaquecimiento, el envejecimiento... Entonces, nuevas lágrimas gotean en las mejillas de Bartolomé. Y exclama: «¿Pero qué te han hecho? ¿Qué nos han hecho, para hacernos sufrir a todos de este modo? Parece como si un espíritu malo hubiera entrado entre nosotros, para turbarnos, para volvernos tristes, débiles, apáticos, necios... Necios hasta el punto de no comprender que Tú sufrías... Es más, hasta el punto de aumentarte el sufrimiento con nuestras mezquindades, cerrazones, respetos humanos, y con nuestras vejeces, las de nuestro hombre viejo... Sí, el hombre viejo ha triunfado en nosotros, siempre, y tu vitalidad perfecta no nos ha podido renovar nunca. ¡Esto, esto es lo que no me deja tranquilo! No he sabido renovarme, comprenderte, seguirte, con todo mi amor... Te he seguido sólo materialmente... Pero Tú... Tú querías que te siguiéramos espiritualmente...

y te comprendiéramos en tu perfección... para ser capaces de perpetuarte... ¡Oh! ¡Maestro mío! ¡Maestro mío, que un día te marcharás, después de tantas luchas, insidias, desazones, después de tantos dolores, y con el dolor de vernos todavía inmaduros!...». Y Bartolomé reclina su cabeza en el hombro de Jesús y llora, lleno de desolación, compungido por la conciencia de haber sido un discípulo obtuso.

«No te achiques, Natanael. Ves todo esto como una enormidad que te sorprende. Pero tu Jesús sabía que sois hombres... y no pretende nada por encima de cuanto podáis dar. ¡Ah, me daréis todo, absolutamente todo! Mas ahora tenéis que crecer, formaros... Es una obra lenta. Pero sé esperar. Y gozo con vuestro crecimiento. Porque es un crecimiento continuo en mi Vida. Incluso tu llanto, y la concordia de los que estaban conmigo, y la piedad que ha substituido a las intransigencias que constituían vuestra naturaleza, a egoísmos, a avaricias espirituales; incluso vuestra seriedad actual: todo es fase de crecimiento en mí. Ánimo, pues. Queda en paz, porque Yo sé. Todo. Conozco tu honestidad, tu buena fe, tu generosidad, tu sincero amor. ¿Dudar Yo de mi sabio Bartolmái y de Felipe, tan equilibrado y fiel? Sería hacer un agravio a mi Padre, que me ha concedido el contaros entre los más amados. [3]Pero ahora... ¡venga, vamos a sentarnos aquí!, y que quien ya haya descansado se ocupe de los hermanos cansados y hambrientos, ofreciéndoles comida y descanso. Entretanto contad a vuestro Maestro y a los hermanos lo que ellos ignoran».

Y se sienta en su yacija, teniendo consigo, a ambos lados, a Felipe y a Natanael; Pedro y Simón se sientan en la yacija que hay frente a Jesús: unas rodillas contra otras.

«Habla tú, Felipe. Yo ya he hablado. Y tú has sido más justo que yo en este tiempo...».

«¡Oh! ¡Bartolomé! ¡Justo! Sólo había entendido que el hecho de no haber querido que estuviéramos a su lado no era ni animosidad ni cambio voluble del Maestro respecto a nosotros... Intentaba tranquilizarte así... tratando de impedirte que pensaras en cosas que te habrían dado dolor por haberlas pensado, y remordimiento. Yo tenía sólo un remordimiento: haberte retenido la desobediencia al Maestro cuando querías seguir a Simón de Jonás, que iba por Margziam a Nazaret... Después... te veía sufrir tanto en el cuerpo y en el alma, que decía: "¡Mejor hubiera sido dejarle hacer lo que quería! El Maestro le habría perdonado su desobediencia, y Bartolomé no se seguiría envenenando el alma con estas ideas"... Pero tú mismo puedes ver que, si hubieras partido, no habrías tenido nunca la clave del misterio... y quizás tu sospecha sobre la volubilidad del Maestro no habría desaparecido ya nunca. Sin embargo, así...».

«Sí. Sin embargo, así he entendido. [4]Maestro, Simón de Jonás y Simón Zelote - los asalté con mis preguntas para saber muchas cosas o para que me confirmaran muchas otras que ya sabía - me dijeron solamente: "El Maestro ha sufrido *mucho*; tanto, que ha adelgazado y se ha envejecido. Y todo Israel, nosotros los primeros, tenemos la culpa. Él nos ama y perdona. Pero desea no hablar del pasado. Por tanto os aconsejamos que ni preguntéis ni habléis...". Pero yo quiero hablar. Preguntar, no preguntaré. Pero debo hablar. Para que Tú sepas. Porque ninguna cosa presente en el alma de tu apóstol te debe quedar celada. Un día - ya llevaban varios fuera Simón y los otros - vino a verme Micael de Caná. Un poco pariente, muy amigo, compañero de estudios ya desde la infancia... Él, estoy seguro, venía con

buena fe. Por afecto hacia mí. Pero quien le enviaba no tenía buena fe. Quería saber por qué yo me había quedado en casa... mientras que los otros se habían marchado. Y me dijo: "¡Entonces es verdad! Te has separado porque eres un buen israelita y no puedes aprobar ciertas cosas. Y de buena gana te dejan separado los otros, empezando por Jesús de Nazaret, porque están seguros de que no los ayudarías ni siquiera con la complicidad del silencio. ¡Haces bien! Reconozco en ti al hombre de tiempos pasados. Creía que te habías corrompido, que habías renegado de Israel. Haces bien, por tu espíritu y por tu bienestar y el de los tuyos. Porque lo que está sucediendo no será perdonado por el Sanedrín, y serán perseguidos los que hayan participado en ello". Yo le dije: "¿Pero de qué estás hablando? Ya te he dicho que recibí la orden de quedarme en casa por la estación que era. Eso por una parte, y también por si venían peregrinos, para encaminarlos hacia Nazaret, o decirles que esperasen al Maestro para el final de Sabat en Cafarnaúm. ¿Y tú me hablas de separaciones, complicidades, persecuciones! ¡Explícate!...". ¿No es verdad que le dije eso, Felipe?».

Felipe asiente con un gesto. «Entonces» prosigue Bartolomé, «Micael me dijo que se sabía que Tú te mostrabas rebelde al consejo y a la orden de los miembros del Sanedrín, porque seguías teniendo contigo a Juan de Endor y a una griega... Señor te causo dolor, ¿verdad? Pero... tengo que hablar. Te pregunto: ¿Es verdad que estaban en Nazaret?».

«Sí. Es verdad».

«¿Es verdad que partieron contigo?».

«Sí. Es verdad».

«¡Felipe, Micael tenía razón! ¡Pero cómo podía saberlo?».

«¡Pero hombre, si son las serpientes que me pararon a mí, y a Simón, y quién sabe a cuántos más. Son las víboras de siempre» dice Pedro, vehemente.

Jesús, sin embargo, sereno pregunta: «¿No te dijo nada más? Sé totalmente sincero con tu Maestro».

«Nada más. Quería saber por boca mía... Pero yo le mentí a Micael. Dije: "Hasta Pascua estoy en mi casa". Por miedo a que me siguiera, por miedo a que... no sé... Por miedo a peijudicarte... Y entonces comprendí también por qué me habías dejado... Habías sentido que yo era todavía demasiado Israel...». Bartolomé llora de nuevo... «... y dudaste de mí...».

«No. ¡Eso no! En absoluto. En ese momento no se necesitaba tu presencia junto a tus compañeros; sin embargo, eras necesario, como puedes ver, en Betsaida. A cada uno su misión. A cada edad sus fatigas...».

«¡No, no! No me vuelvas a separar por ninguna fatiga, Señor. No tengas en cuenta nada... Tú eres bueno. Pero yo quiero estar contigo. Es un castigo estar lejos de ti... Y yo, necio, incapaz de todo, hubiera podido al menos consolarte, si no podía hacer otra cosa. He comprendido... Has enviado a éstos con los dos... No me lo digas. No quiero saberlo. Pero siento que es así y lo digo. Pues entonces, habría podido, y debido, estar contigo. Pero Tú no me has tomado contigo como castigo por ser tan reacio a hacerme "nuevo". Pero, te juro, Maestro, que lo que he sufrido me ha renovado, y que *jamás* volverás a ver al viejo Natanael».

«Como puedes ver, el sufrimiento ha terminado para todos en alegría.

5 Ahora nos pondremos en marcha, al encuentro de Tomás y Judas. Sin esperar a que vayan al lugar establecido. Luego, con ellos, seguiremos caminando... ¡Hay mucho que hacer!... Mañana nos pondremos en camino. Pronto».

«Y harás bien. Porque el tiempo se pone nórtico. Una desgracia para los cultivos...» dice Felipe.

«¡Pues sí! Las últimas granizadas han quemado en franjas los campos. ¡Sí lo hubieras visto, Señor! Parece como si hubiera pasado el fuego por ciertos lugares. Y lo curioso es que son así verdaderamente: devastaciones en franjas» dice Pedro.

«En vuestra ausencia, ha granizado mucho. Un día, a mitad de la luna de Tébet, parecía un flagelo. Me dicen que en la llanura algunos tienen que volver a sembrar. Hacía más calor antes. Pero, desde entonces, se busca el sol con placer. Se vuelve para atrás... ¡Qué signos más extraños! ¿Qué serán?» pregunta Felipe.

«Sólo efectos de lunaciones. No le des importancia. No son éstas las cosas que deben causar impresión. Además, nosotros iremos hacia la llanura, y la marcha será bonita. Frío, pero no mucho; en cambio, tiempo seco. Entretanto, venid. En la terraza hay buen sol. Estaremos ahí arriba descansando todos juntos...».

333. Con los diez apóstoles hacia Sicaminón.

18 de noviembre de 1945.

1 «Y ahora que hemos complacido también al pastor, ¿qué hacemos?» pregunta Pedro, que está solo con Jesús, mientras que los otros van en grupo unos metros más atrás.

«Volvemos a la vía de la costa, y vamos hacia Sicaminón».

«¿¡Sí!? Creía que íbamos a Cafarnaúm...».

«No es necesario, Simón de Jonás. No es necesario. Has tenido noticias de tu mujer y del niño, y, por lo que se refiere a Judas,... será más sencillo ir a su encuentro».

«Pues precisamente, Señor. ¿No toma el camino del interior, del río y del lago? Es el más corto y resguardado...».

«Pero él no lo tomará. Recuerda que debe prestar atención a los discípulos, y están muy desperdigados en el lado occidental en esta época del año, de nuevo tan fría además».

«Bueno, bien. Si Tú lo dices... Por lo que a mí respecta, me conformo con estar contigo y verte menos triste. Y... no tengo ninguna prisa de encontrar a Judas de Simón. ¡Ojalá no le encontráramos!... ¡Hemos estado tan bien entre nosotros!...».

«¡Simón! ¡Simón! ¿Es ésta tu caridad fraterna?».

«Señor... ésta es mi verdad» dice Pedro con franqueza. Y lo dice con tal ímpetu y tal expresión, que Jesús se tiene que esforzar en no reírse. Pero, ¿cómo se puede amonestar severamente a un hombre tan franco y fiel?

Jesús prefiere guardar silencio, mostrando un excesivo interés por las cuestas que hay a su izquierda; a la derecha, sin embargo, la llanura se abre, cada vez más plana. Detrás de ellos, en grupo, van hablando los otros nueve; Juan parece un "buen pastor" para un cordero que lleva sobre los hombros, quizás un regalo del manadero Anás.

Pasa un rato, y Pedro vuelve a preguntar: «¿Y no vamos a Nazaret?».
«Iremos, sí. A mi Madre le agradará tener noticias del viaje de Juan y Síntica».
«¡Y verte!».
«Y verme».
«¿Al menos a Ella la habrán dejado en paz?».
«Ya lo sabremos».
«Pero, ¿y por qué son tan sañosos? También en Judea hay muchos como, Juan, y no obstante... Es más, se protegen y se ocultan por fastidiar a Roma...».
«Convéncete de que no lo hacen por Juan, sino porque él es un elemento de acusación contra mí».
«¡No le encontrarán nunca! Has hecho bien todo... Mandarnos solos... por mar... primero en una barca una serie de millas, luego, más allá de los confines, en una nave... ¡Oh, todo bien! Espero verdaderamente que se lleven una desilusión».
«Se la llevarán».
«Tengo curiosidad por ver a Judas de Keriot, para astrologar en él un poco, como en un cielo lleno de vientos y signos, y ver si...».
«¡Pero bueno, hombre!...».
«Tienes razón. Es un clavo aquí dentro» y se golpea en la frente.

[2]Jesús, para distraerle, llama a todos los demás y les hace notar la extraña destrucción producida por el granizo y el frío, llegado éste cuando era presumible considerarle ya superado por ese año... Quién dice una cosa, quién otra: todos queriendo ver en ello un signo de castigo divino a la proterva Palestina que no acoge al Señor. Los más doctos citan hechos semejantes, conocidos por las narraciones antiguas; los más jóvenes y menos cultos escuchan admirados y atentos.

Jesús menea la cabeza. «Es efecto lunar y de vientos lejanos. Ya os lo he dicho. En los países septentrionales se ha producido un fenómeno y sufren sus consecuencias regiones enteras».

«¿Pero, por qué, entonces, algunos campos están bien?».
«Así se comporta el granizo».
«¿Pero no podría ser un castigo para los más malos?».
«Podría ser. Pero no lo es. ¡Ay si lo fuera!...».
«Quedaría yerma y desolada casi toda nuestra Patria, ¿no es verdad, Señor?» dice Andrés.
«Pero en las profecías está escrito, a través de símbolos, qué daño va a recibir quien no acoja al Mesías. ¿Es que pueden mentir los Profetas?».

«No, Bartolomé. Lo que está escrito sucederá. Pero el Altísimo es tan bueno, infinitamente bueno, que necesita mucho más de lo que ahora está sucediendo para castigar. Sed buenos también vosotros, sin desear siempre castigos para los duros de corazón y de intelecto. Desead para ellos conversión, no castigo. [3]Juan, pasa el cordero a un compañero, y ven a mirar tu mar desde lo alto de aquellas crestas de arena. Voy Yo también».

En efecto, ahora van por un camino muy cercano al mar, separado de éste sólo por una larga faja de dunas onduladas, en las que ondean finas palmas, o vegetan tarayes de desordenadas frondas, lentiscos y otras plantas de las arenas.

Jesús va con Juan. Pero ¿quién deja a Jesús! Ninguno. Y, pronto, están

todos arriba, bajo el lindo sol que no molesta, frente al mar sereno y riente...

La ciudad de Tolemaida está muy cerca con sus casas blancas.

«¿Vamos a entrar en la ciudad?» pregunta Judas de Alfeo.

«No es necesario. Nos detendremos a comer junto a las primeras casas. Quiero estar esta noche en Sicaminón. Quizás encontramos allí a Isaac».

«¡Cuánto bien hace, ¿eh?! ¿Has oído lo que han dicho Abel, Juan y José?».

«Sí. Pero todos los discípulos son muy diligentes. Por esto bendigo día y noche a mi Padre. Todos vosotros... Mis alegrías, mis paces, mis seguridades...» y los mira con tal amor, que a los diez les suben las lágrimas a los ojos...

Y en presencia de esta mirada de amor cesa mi facultad de ver.

334. También Tomas y Judas Iscariote se unen de nuevo al grupo apostólico.

19 de noviembre de 1945.

[1]El valle del Kisón, a pesar del Sol resplandeciente en el cielo sereno, aparece inclemente, peinado por un viento helado que viene salvando los collados septentrionales y destruyendo los tiernos cultivos, que se estremecen de frío y se arrugan quemados, destinados a morir en sus verdes renuevos.

«¿Pero va a durar todavía mucho este frío?» pregunta Mateo, arrebujándose más todavía en el manto, bajo el cual aparece únicamente un trocito de cara, o sea, los ojos y la nariz.

Con voz ahogada por el manto, que también a él le cubre la boca, le responde Bartolomé: «Quizás el resto de la luna».

«¡Pues estamos apañados! ¡Bueno, paciencia! Menos mal que en Nazaret estaremos en casa hospitalaria... Mientras tanto, pasará».

«Sí, Mateo. Pero para mí ya ha pasado la cosa, viendo a Jesús menos apesadumbrado. ¿No te parece que está más alegre?» pregunta Andrés.

«Lo está. Pero yo... bueno, quiero decir que me parece imposible que se haya consumido tanto por lo que sabemos. ¿No ha habido realmente ninguna otra cosa nueva, que vosotros sepáis?» pregunta Felipe.

«Nada. Nada, nada. Te digo que en los confines siro-fenicios le dieron mucha alegría espíritus creyentes, e hizo esos milagros que te hemos dicho» asegura Santiago de Alfeo.

«Desde hace algunos días está mucho con Simón de Jonás. Y Simón está muy cambiado... ¡Sí! Estáis todos cambiados. No sé... sois más... eso: austeros» dice Felipe.

«¡Eso es que te da esa impresión!... En realidad somos iguales que antes. Claro, ver al Maestro tan apenado por tantas cosas, no ha sido motivo de satisfacción, ni tampoco el oír con qué saña le atacan... Pero le defenderemos. ¡No le harán nada si estamos con Él! [2]Ayer noche le he dicho, después de haber oído lo que decía Hermas, que es un hombre serio y digno de credibilidad: «De ahora en adelante, no debes estar solo. Ya tienes

a los discípulos, que, ya lo ves, actúan, y bien, y aumentan continuamente. Por tanto, nosotros estaremos contigo. No quiero decir que tengas que hacer todo Tú, que ya es hora de aliviarte, hermano mío. Pero Tú estarás con nosotros, entre nosotros, como Moisés en el monte, y nos batiremos por ti, dispuestos, si fuese necesario, a defenderte incluso físicamente. Lo que le ha sucedido a Juan Bautista no te debe suceder a ti". Porque, en fin, si los discípulos del Bautista no se hubieran reducido a dos o tres imbeles, no habría sido apresado. Nosotros, al fin y al cabo, somos doce, y quiero convencerle de que se una, o, por lo menos, de tener a su lado a alguno de los más fieles y enérgicos discípulos. Los que estaban con Juan en Maqueronte, por ejemplo. Hombres de fe y coraje. Juan, Matías y también José. ¿Sabéis que ese joven promete mucho?» dice Judas Tadeo.

«Sí, Isaac es un ángel, pero su fuerza está enteramente en el espirito. José, sin embargo, es fuerte también en el cuerpo. Tiene la misma edad que nosotros».

«Y aprende rápidamente. ¿Has oído lo que ha dicho Hermas? "Si éste hubiera estudiado, sería, además de un justo, un rabí". Y Hermas sabe lo que dice».

«Yo, no obstante... tendría cerca también a Esteban y a Hermas y al sacerdote Juan. Por su conocimiento de la Ley y del Templo. ¿Sabéis lo que significa su presencia frente a los escribas y fariseos? Un control, un freno... Y para la gente vacilante equivale a decir: "¿Veis como no faltan en torno al Rabí, a su servicio y como discípulos, los mejores de Israel?"» dice Santiago de Alfeo.

«Tienes razón. Se lo decimos al Maestro. Ya habéis oído lo que ha dicho ayer: "Vosotros debéis obedecer, pero tenéis también la obligación de abrirme vuestro corazón y decirme lo que juzgáis justo. Para habituaros a saber dirigir en un futuro. Yo, si veo que es como decís, aceptaré vuestros pensamientos"» dice el Zelote.

«Quizás lo hace también para mostramos que nos quiere, visto que estamos todos más o menos convencidos de que somos la causa de su sufrimiento» observa Bartolomé.

«O está realmente cansado de tener que pensar en todo y de ser el único que toma decisiones y asume responsabilidades. Quizás también reconoce que su santidad perfecta es... casi una imperfección, yo diría, respecto a quienes tiene frente a sí: el mundo, que no es santo. Nosotros no somos santos perfectos. Sólo un poquito menos granujas que los otros... y, por tanto, capaces de responder a aquellos que son casi como nosotros» dice Simón Zelote.

«¡Y de conocerlos, debes decir!» aumenta Mateo.

«¡Oh, respecto a esto, estoy seguro de que Él también los conoce! Es más, los conoce mejor que nosotros, porque lee en los corazones. Estoy seguro de ello como de que estoy vivo» dice Santiago de Zebedeo.

«¿Y entonces por qué algunas veces hace lo que hace, buscándose problemas y peligros?» pregunta, desconsolado, Andrés.

«La verdad es que no sé que responder» dice Judas Tadeo encogiéndose de hombros; y con él confiesan lo mismo los otros.

[3]Juan guarda silencio. Su hermano le provoca: «Tú que sabes siempre todo de Jesús - parecéis dos enamorados algunas veces - ¿no te ha dicho

nunca por qué actúa así?».
«Sí. Se lo he preguntado, incluso recientemente. Siempre me ha respondido: "Porque debo hacerlo. Debo actuar como si el mundo estuviera compuesto enteramente de criaturas ignorantes pero buenas. A todos les doy la misma doctrina; así se separarán los hijos de la Verdad de los de la Mentira". Me ha dicho también: "¿Ves, Juan? Esto es como un primer juicio, no universal, colectivo, sino individual. Sobre la base de sus acciones de fe, caridad, justicia, serán separados los corderos de las cabras. Esto continuará después, cuando Yo ya no esté, cuando esté mi Iglesia, durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. El primer juicio de las masas humanas se cumplirá en el mundo, en el lugar en que los hombres actúan con libertad, teniendo frente a sí el Bien y el Mal, la Verdad y la Mentira; como el primer juicio fue dictado en el Paraíso Terrenal, ante el árbol del Bien y del Mal, violado por los que desobedecieron a Dios. Después, en la hora de la muerte de cada uno de los hombres, será ratificado el juicio, ya escrito en el libro de las acciones humanas, por una Mente que no tiene defecto alguno. Por último, el *Gran Juicio*, el *Terrible*, y entonces, nuevamente, en masa, serán juzgados los hombres. Desde Adán al último hombre. Juzgados por aquello que *hayan querido* para ellos, libremente, en la tierra. Ahora bien, si Yo por mí mismo ya seleccionara a quien merece el Milagro, el Amor, la Palabra de Dios, y a quien no la merece - y podría hacerlo por derecho divino y por divina capacidad -, los que quedasen excluidos, aunque fueran verdaderos diablos, gritarían fuerte el día de su juicio individual: 'El culpable es tu Verbo, que no quiso adoctrinarnos'. Mas esto no podrán decirlo... O sea, lo dirán mintiendo una vez más. Y serán juzgados por ello"».

«¿Entonces, no acoger la doctrina es ser un réprobo?» pregunta Mateo.
«Eso no lo sé. No sé si todos los que no crean serán realmente réprobos. Si os acordáis, hablando a Síntica, dio a entender que los que obran con honestidad en la vida no son réprobos, aunque crean en otras religiones. Pero se lo podemos preguntar. Claro que Israel, que tiene conocimiento del Mesías y que ahora cree parcialmente y mal en el Mesías, o que lo rechaza, será severamente juzgado».

4 «El Maestro habla mucho contigo, y sabes muchas cosas que nosotros no sabemos» observa su hermano Santiago.

«Culpa tuya y vuestra. Yo le pregunto con sencillez. Algunas veces pregunto cosas que deben darle una imagen de su Juan como persona muy necia. Pero no me importa dar esta imagen. Me basta con conocer su pensamiento, y tenerlo dentro de mí para hacerlo mío. Deberíais hacer lo mismo vosotros. ¡Pero tenéis siempre miedo!... ¿Y de qué? ¿De ser ignorantes? ¿De ser superficiales? ¿De ser cabezotas? Deberíais tener miedo sólo de estar todavía pobremente preparados cuando Él se marche. Lo dice siempre... y me lo digo siempre, para prepararme a la separación... Pero siento que significará siempre un gran dolor...».

«¡No me lo recuerdes!» exclama Andrés. Y repiten lo mismo los otros, y suspiran.
«Pero, ¿cuándo sucederá? Dice siempre: "Pronto". Pero "pronto" puede ser dentro de un mes o de años. Es muy joven y el tiempo pasa muy rápido... ¿Qué te pasa, hermano? Te estás poniendo muy pálido...» pregunta Judas Tadeo a Santiago.
«¡Nada, nada! Pensaba...» dice pronto Santiago, con la cabeza agachada.
Y Judas Tadeo se inclina para verle bien... «¡Pero si se te saltan las lágrimas! ¿Qué te pasa?...».

«No más que lo que os pasa a vosotros... Pensaba en cuando estemos solos».

5«¡Pero qué le pasa a Simón de Jonás, que se adelanta corriendo y gritando como un somorgujo en día de tempestad?» pregunta Santiago de Zebedeo, señalando a Pedro, que ha dejado a Jesús solo, y que ahora corre, gritando palabras que el viento impide oír.

Aceleran el paso y ven que Pedro ha tomado un senderillo que viene de la ya cercana Seforí (eso dicen los discípulos, mientras se preguntan si va a Seforí por orden de Jesús por aquel atajo). Pero luego, observando bien, ven que los dos únicos viandantes que de la ciudad vienen hacia la vía principal son Tomás y Judas.

«¡Atiza! ¿Aquí? ¿Precisamente aquí? ¡Y qué hacen aquí? De Nazaret, si acaso, tenían que ir a Caná y luego a Tiberíades...» se preguntan varios.

«Quizás venían buscando a los discípulos. Era su misión» dice prudente el Zelote, que siente que la sospecha, cual serpiente despertada, alza su cabeza en el corazón de muchos.

«Vamos a acelerar el paso. Jesús está solo y parece que nos espera...» aconseja Mateo.

Van, y llegan donde Jesús al mismo tiempo que Pedro, Judas y Tomás.

Jesús está palidísimo, tanto que Juan pregunta: «¿Te encuentras mal?». Pero Jesús le sonríe y hace un gesto de negación; mientras tanto, saluda a los dos que han regresado después de tanta ausencia.

Abraza primero a Tomás, pujante y alegre como siempre, pero que se pone serio mirando al Maestro, tan manifiestamente cambiado, y pregunta solícito: «¿Has estado enfermo?».

«No, Toma. En absoluto. ¿Y tú?, ¿has estado bien, contento?».

«Yo sí, Señor. Siempre bien y siempre contento. Sólo me faltabas Tú para hacer beato a mi corazón. Mi padre y mi madre te agradecen el que me hayas mandado un tiempo. Mi padre estaba un poco enfermo, así que he trabajado yo. He estado donde mi hermana gemela y he conocido al sobrinito. Le hemos puesto el nombre que me dijiste. Luego vino Judas, y me ha hecho dar más vueltas que una tórtola en período de amores: arriba, abajo... donde había discípulos. Él ya se había movido, por su propia cuenta, no poco. Pero bueno, ahora te contará él, porque ha trabajado como diez y merece que le escuches».

Jesús le deja y ahora es la vez de Judas, que ha esperado pacientemente y que se acerca franco, desenvuelto, triunfante. Jesús le perfora con su mirada de zafiro. Pero le besa y recibe su beso, igual que con Tomás. Y las palabras que siguen son afectuosas: «¿Y tu madre, Judas, ha estado contenta de tenerte? ¿Está bien esa santa mujer?».

«Sí, Maestro, y te bendice por haberle enviado a su Judas. Quería mandarte unos presentes. Pero, ¿cómo podía llevármelos conmigo acá y allá por montes y valles? 6Puedes estar tranquilo, Maestro. Todos los grupos de discípulos que he visitado trabajan santamente. La idea se va extendiendo cada vez más. Yo he querido personalmente controlar las repercusiones de ella en los más poderosos escribas y fariseos. A muchos de ellos ya los conocía, a otros los he conocido ahora, por amor a ti. He tratado con saduceos, herodianos... ¡Oh, te aseguro que me han machacado bien la dignidad!... ¡Pero, por amor a ti, haré esto y más! He sido desdeñosamente rechazado, he recibido anatemas. Pero también he logrado suscitar simpatías en algunos que tenían prevenciones respecto a ti. No quiero tus elogios. Me

basta con haber cumplido mi deber, y agradezco al Eterno el que me haya ayudado siempre. He tenido que usar el milagro en algunos casos, lo cual me ha dolido, porque merecían rayos y no bendiciones. Pero Tú dices que hay que amar y ser pacientes... Lo he sido, para honor y gloria de Dios y para alegría tuya. Espero que muchos obstáculos queden abatidos para siempre; mucho más si consideramos que por mi honor he garantizado que ya no estaban aquellos dos que creaban tanta sombra. Después me vino el escrúpulo de haber afirmado lo que no sabía con certeza. Y entonces quise verificar para poder tomar las oportunas medidas, para no ser hallado en embuste, lo cual me habría colocado para siempre en situación sospechosa ante los que caminan hacia la conversión... ¡Fíjate! ¡He ido a ver incluso a Anás y a Caifás!... ¡Oh, querían reducirme a cenizas con sus censuras!... Pero yo me he mostrado tan humilde y persuasivo, que al final me han dicho: "Bueno, pues si las cosas están exactamente así... Pensábamos que estaban de otro modo. Los rectores del Sanedrín, que podían conocer la situación, nos habían referido lo contrario y..."».

«No querrás decir que José y Nicodemo han sido unos embusteros» interrumpe el Zelote, que se ha contenido hasta ese momento, pero no más, y está lívido por el esfuerzo hecho.

«¿Y quién ha dicho eso? ¡Todo lo contrario! José me vio cuando salía de donde Anás y me dijo: "¿Por qué estás tan alterado?". Le conté todo. Le dije también que, siguiendo el consejo suyo y de Nicodemo, Tú, Maestro, habías despedido al presidiario y a la griega. Porque los has despedido, ¿no es verdad?» dice Judas mirando fijamente a Jesús con sus ojos de azabache, brillantes hasta la fosforescencia. Parece como si quisiera perforarle con la mirada para leer lo que Jesús ha hecho.

Jesús, que sigue frente a Judas, cercanísimo, dice sereno: «Te ruego que continúes tu narración, que me interesa mucho. Es un relato exacto, que puede ser muy útil».

«¡Ah!, bueno, decía que Anás y Caifás han cambiado de opinión. Lo cual significa mucho para nosotros, ¿no es verdad? ¡Y luego!... ¡Ahora os voy a hacer reír! ¿Sabéis que los rabíes me metieron en medio y me sometieron a otro examen, como si fuera un menor en el paso a la mayoría de edad? ¡Y qué examen! Bien. Los convencí y ya no me entretuvieron más. Entonces me vino la duda y el miedo de haber dicho algo que no fuera verdad. Y pensé tomar conmigo a Tomás e ir de nuevo a donde estaban los discípulos, o donde se podía pensar que se hubieran refugiado Juan y la griega. He estado con Lázaro, con Manaén, en el palacio de Cusa, con Elisa de Betsur, en Béter en los jardines de Juana, en el Getsemaní, en la casita de Salomón del otro lado del Jordán, en Agua Especiosa, donde Nicodemo, donde José...».

«¿Pero no le habías visto?».

«Sí. Y me había asegurado que no había vuelto a ver a esos dos. Pero... ya sabes... yo quería asegurarme... Resumiendo: he inspeccionado todos los lugares en que pensaba que pudiera estar él... Y no creas que sufría por no encontrarle. Sería injusto. Siempre - y Tomás lo puede confirmar - siempre que salía de un lugar sin haberle encontrado y sin haber visto siquiera algún indicio de él, decía: "¡Alabado sea el Señor!", y decía: "¡Oh, Eterno, haz que no le encuentre jamás!". Exactamente así. El suspiro de mi alma... El último lugar fue Esdrelón...[7] ¡Ah, a propósito! Ismael ben Fabí, que está en su

palacio de los campos de Meguiddó, desea invitarte a su casa... Pero yo en tu lugar no iría...».

«¿Por qué? Iré sin falta. También Yo deseo verle. Es más, iremos en seguida. En vez de ir a Seforí, vamos a Esdrelón, y, pasado mañana, que es vigilia de sábado, a Meguiddó, y de allí a la casa de Ismael».

«¡No, no, Señor! ¿Por qué? ¿Piensas que te estima?».

«Pero, si has ido a hablar con él y le has cambiado a favor mío, ¿por qué no quieres que vaya?».

«No fui a hablar con él... Estaba él en las tierras y me reconoció. Pero yo - ¿verdad, Tomás? - quería huir cuando le vi. No pude porque me llamó por el nombre. Yo... sólo puedo aconsejarte que no vayas nunca más donde ningún fariseo, o escriba, o seres semejantes. No es útil para ti. Quedémonos nosotros solos con el pueblo y basta. Incluso Lázaro, Nicodemo, José... será un sacrificio... pero es mejor, para no crear celos, rencores, y dar armas a las críticas... En la mesa se habla... y ellos estudian deslealmente tus palabras. Pero, volvamos a Juan... Yo estaba yendo a Sicaminón, a pesar de que Isaac, que le he visto en los confines de Samaria, me había jurado que desde octubre no le había vuelto a ver».

«Pues Isaac ha jurado una cosa verdadera. Pero esto que aconsejas respecto a los contactos con escribas y fariseos se contradice con lo que has dicho antes. Tú me has defendido... Eso has hecho, ¿no es verdad? Has dicho: "He desmontado muchas prevenciones contra ti". Has dicho esto, ¿no es verdad?».

«Sí, Maestro».

«¿Y entonces por qué no puedo Yo mismo terminar de defenderme? Así que iremos a casa de Ismael. Y tú, ahora, vuelves, y vas a avisarle. Contigo van Andrés, Simón el Zelote y Bartolomé. Nosotros nos detendremos donde los campesinos. Respecto a Sicaminón, venimos de allí. Eramos once. Te aseguramos que Juan no está allí. Y tampoco en Cafarnaúm, o en Betsaida, Tiberíades, Magdala, Nazaret, Corazín, Belén de Galilea, y así sucesivamente en todas las etapas que quizás tenías pensado recorrer para... tu propia seguridad respecto a la presencia de Juan entre los discípulos o en casas amigas».

8 Jesús habla sereno, con tono natural... Y, no obstante, algo debe haber en Él que turba a Judas, el cual, por un instante, cambia de color. Jesús le abraza como para besarle... Y, mientras le tiene así, su mejilla al lado de la de Judas, le susurra quedo: «¡Desdichado! ¿Qué has hecho de tu alma!».

«Maestro... Yo...».

«¡Vete! ¡Que apestas a infierno más que el mismo Satanás! ¡Calla!... Y arrepiéntete si puedes».

Judas... Bueno yo me habría escapado a todo correr. ¡Pero él!... Dice con desfachatez en alta voz: «Gracias, Maestro. Lo que sí que te rogaría, antes de marcharme, sería dos palabras en secreto».

Todos se separan bastantes metros.

«¿Por qué, Señor, me has dicho esas palabras? Me han dolido».

«Porque son la verdad. Quien trata con Satanás se coge el olor de Satanás».

«¡Ah! ¿Es por la nigromancia? ¡Qué miedo me has hecho pasar! ¡Una broma! ¡Sólo una broma de niño curioso! Y me ha servido para conocer a algunos saduceos y perder el

hambre de la nigromancia. Como ves, me puedes absolver con toda tranquilidad. Son cosas inútiles cuando se tiene tu poder. Tenías razón. ¡Venga, Maestro! ¡Es tan leve el pecado!... Grande es tu sabiduría. Pero, ¿quién te lo ha dicho?».
Jesús le mira severamente y no responde.
«¿Pero verdaderamente me has visto en el corazón el pecado?» pregunta un poco atemorizado Judas.
«Y me has dado repugnancia. ¡Vete! Y no digas ni una sola palabra más». Y le vuelve la espalda. Regresa adonde los discípulos y les ordena que cambien de camino. Pero primero despide a Bartolomé, Simón y Andrés, los cuales van hasta donde Judas y se echan a andar a buen paso. Los que se quedan, por el contrario, caminan lentamente, desconocedores de la verdad que sólo Jesús conoce,

Tan desconocedores, que elogian a Judas por su actividad y sagacidad. Y el honesto de Pedro se acusa sinceramente del pensamiento temerario que tenía en el corazón respecto a su compañero...

Jesús sonríe, una sonrisa leve, de persona un poco cansada, como si estuviera abstraído y apenas oyera el charloteo de sus compañeros, que de las cosas saben sólo aquello que su humanidad les permite saber.

335. La falsa amistad de Ismael ben Fabí, y el hidrópico curado en sábado.

11 de septiembre de 1944.

1 Veo a Jesús que va andando rápidamente por una vía de primer orden que el viento frío de una mañana de invierno barre y endurece. Los campos, aquende y allende la vía, apenas presentan una tímida pelusa de gramíneas que ya brotan, un velo de verde en que hay una promesa de futuro pan, pero una promesa que apenas si ha sido pensada. Los surcos umbrosos carecen todavía de este verde bendito; sólo los que están en lugares más soleados tienen ese verdear, tan leve y ya tan festivo porque habla de próxima primavera. Los árboles frutales están todavía desnudos; ni siquiera una yema se hincha en sus obscuras ramas. Sólo los olivos presentan su eterno pardo verde, triste tanto bajo el sol de agosto como bajo este claror de reciente mañana invernal. Y, como ellos, también tienen verde - un verde pastoso de cerámicas acabadas de pintar - las carnosas hojas de las cácteas.

Jesús camina, como sucede a menudo, dos o tres pasos más adelante que los discípulos. Van todos bien tapados con sus mantos de lana. En llegando a un punto, Jesús se para, se vuelve y pregunta a los discípulos: «¿Conocéis bien el camino?».
«El camino es éste. Pero... ¿la casa?... no se sabe, porque está en el interior... Quizás allí, donde aquella mata de olivos...».
«No. Debe estar allá al final, donde aquellos árboles grandes sin hojas...».
«Debería haber un camino para carros...».
En definitiva, no saben nada con precisión. No se ven personas ni por la vía ni por los campos. Van sin rumbo definido, hacia delante, buscando el camino.

Encuentran una pequeña casita de pobres, con dos o tres terrenitos alrededor. Una niña saca agua de un pozo.
«Paz a ti, niña» dice Jesús mientras se detiene en el limen del seto, que tiene una abertura para quien va o viene.
«Paz a ti. ¿Qué quieres?».
«Una información. ¿Dónde está la casa de Ismael el fariseo?».
«Vas mal por aquí, Señor. Tienes que volver a la bifurcación y tomar el camino que va hacia donde se pone el Sol. Pero tienes que andar mucho, mucho, porque tienes que volver allí, a la bifurcación, y luego andar y andar. ¿Has comido? Hace frío y se siente más con el estómago vacío. Entra, si quieres. Somos pobres. Pero tú tampoco eres rico. Te puedes adaptar. Ven». Y llama con voz aguda: «¡Mamá!».

2 Se asoma a la puerta una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años. Su cara es honesta, aunque un poco triste. Lleva en brazos a un niño de unos tres años, medio desnudo.

«Entra. El fuego está encendido. Voy a darte leche y pan».

«No vengo sólo. Tengo conmigo a estos amigos».
«Que entren todos y que la bendición de Dios descienda sobre los peregrinos mis huéspedes».
Entran en una cocina baja y obscura alegrada por un fuego vivo. Se sientan acá o allá en rústicos arquibancos.
«Ahora os preparo... Es pronto... No he puesto en orden nada todavía... Perdonad».
«¿Vives sola?». Es Jesús el que habla.
«Tengo marido e hijos. Siete. Los dos mayores están todavía en el mercado de Naím. Tienen que ir ellos porque mi marido está enfermo. ¡Qué pena!... Las niñas me ayudan. Este es el más pequeño. Pero tengo otro muy poco mayor que él».
El pequeñuelo, ya vestido con su tuniquita, corre descalzo hacia Jesús y le mira con curiosidad. Jesús le sonríe. Ya son amigos.
«¿Quién eres?» pregunta el niño con confianza.
«Soy Jesús».
La mujer se vuelve y le mira atentamente. Se ha quedado ahí, con un pan en las manos, entre el hogar y la mesa. Abre la boca para hablar, pero calla.
El niño continúa: «¿A dónde vas?».
«Voy por los caminos del mundo».
«¿Para qué?».
«Para bendecir a los niños buenos y a sus casas, donde hay fidelidad a la Ley».

3 La mujer hace otra vez un gesto. Luego hace una seña a Judas Iscariote, que es el que está más cerca de ella, Judas se inclina hacia la mujer, y ésta pregunta: «¿Pero quién es tu amigo?».

Y Judas, todo presumido (parece como si el Mesías fuera tal por su mérito y bondad): «Es el Rabí de Galilea, Jesús de Nazaret. ¿No lo sabes mujer?».

«¡Esta vía queda apartada y yo tengo muchas penas!... Pero... ¿podría hablarle?».

«Puedes» dice con entono Judas. Me parece como una persona importante del mundo concediendo audiencia...
Jesús sigue hablando con el niño, que le pregunta si tiene también Él niños.

Mientras la niña vista antes y otra más mayorcita traen leche y avíos de mesa, la mujer se acerca a Jesús. Un momento de pausa y luego un grito ahogado: «¡Jesús, piedad de mi marido!».
Jesús se levanta. La domina con su estatura, pero la mira con tanta bondad, que ella recobra la seguridad. «¿Qué quieres que haga?».
«Está muy enfermo. Hinchado como un odre. No puede ya agacharse y trabajar. No puede descansar porque se ahoga, y se agita... Y nuestros hijos son todavía pequeñitos...».
«¿Quieres que le cure? ¿Pero, por qué lo quieres de mí?».
«Porque Tú eres Tú. No te conocía, pero había oído hablar de ti. La fortuna te ha conducido a mi casa después de haberte buscado yo tres veces en Naím y en Caná. Dos veces estaba también mi marido. Ir en carro le hace sufrir mucho, y, no obstante, te buscaba... Está también fuera ahora, con su hermano... Nos habían comunicado que el Rabí, dejada Tiberíades, iba hacia Cesarea de Filipo. Ha ido allí a esperarte...».

«No he ido a Cesarea. [4]Voy a casa del fariseo Ismael y luego hacia el Jordán...».

«¡Tú, que eres bueno, donde Ismael?».
«Sí. ¿Por qué?».
«Porque... porque... Señor, sé que dices que no hay que juzgar, que hay que perdonar y que tenemos que amamos. No te había visto nunca. Pero he tratado de saber de ti lo más que podía, y rogaba al Eterno poderte escuchar al menos una vez. No quiero hacer nada que te desagrade... Pero, ¿cómo se puede no juzgar a Ismael, y amarle? No tengo nada en común con él, y, por tanto, no tengo nada que perdonarle. Nos sacudimos las insolencias que nos lanza cuando encuentra nuestra pobreza en su camino, con la misma paciencia con que nos sacudimos el barro y el polvo que nos echa cuando pasa rápido con sus carruajes. Pero amarle y no juzgarle es demasiado difícil... ¡Es muy malo! ».
«¿Es muy malo? ¿Con quién?».
«Con todos. Subyuga a sus siervos, presta con usura, y es exigente hasta la crueldad. Sólo se ama a sí mismo. Es el más cruel de la comarca. No lo merece, Señor».
«Lo sé. Dices la verdad».
«¿Y Tú vas allí?».
«Me ha invitado».

«Desconfía, Señor. No lo habrá hecho por amor. *No te puede amar*. Y Tú... no le puedes amar».

«Yo amo también a los pecadores, mujer. He venido para salvar a quien está perdido...».

«Pero a éste no le salvarás. ¡Oh, perdón por haber juzgado! Tú eres sabio... Todo lo que haces está bien hecho. Perdona a mi necia lengua y no me castigues».

«No te castigo. Pero no lo vuelvas a hacer. Ama a los malvados también. No por su maldad, sino porque con el amor es como se obtiene para ellos la misericordia que convierte. Tú eres buena y tienes deseos de serlo más todavía. Amas la Verdad, y la Verdad que te está hablando te dice que te ama porque eres compasiva para con el huésped y el peregrino, según la Ley, y así has educado a tus hijos. Dios será tu recompensa. [5]Yo tengo que ir a casa de Ismael, que me ha invitado para presentarme a muchos amigos suyos que me quieren conocer. No puedo esperar más a tu marido. Has de saber que está regresando. Pero, exhórtale a sufrir todavía un poco y

dile que venga *en seguida* a casa de Ismael. Ven tú también. Le curaré».

«¡Oh, Señor!...» la mujer está de rodillas a los pies de Jesús, y le mira con sonrisa y llanto. Luego dice: « ¡Pero hoy es sábado!...».

«Lo sé. Necesito que sea sábado para decirle a Ismael algo al respecto. Todo lo que Yo hago lo hago con una finalidad clara y sin error. Sabedlo todos, también vosotros, amigos míos que tenéis miedo y querríais que me comportara según las conveniencias humanas para no recibir, de lo contrario, daño. Os guía el amor. Lo sé. Pero tenéis que saber amar mejor a quien amáis. No posponiendo nunca el interés divino al interés de vuestro amado. Mujer, voy y te espero. La paz sea perenne en esta casa en que se ama a Dios y a su Ley, se respeta el vínculo matrimonial, se educa santamente a la prole, se ama al prójimo y se busca la Verdad. Adiós».

Jesús pone la mano en la cabeza de la mujer y de las dos mocitas y luego se agacha para besar a los niños más pequeños, y sale.

Ahora un solecillo de invierno templa el aire crudo. Un muchacho de unos quince años espera con un rústico carro muy desvencijado.

«Sólo tengo esto, Señor. Pero, en todo caso, llegarás antes y con más comodidad».

«No, mujer. Conserva fresco tu caballo para venir a casa de Ismael. Indícame sólo el camino más corto».

El muchacho se pone a su lado y, por campos y prados, van hacia una ondulación del terreno, tras la cual hay una depresión de algunas hectáreas, bien cultivada, en cuyo centro hay una hermosa casa ancha y baja, circundada por una faja de jardín bien cultivado.

«La casa es aquélla, Señor» dice el muchacho. «Si no te hago más falta, vuelvo a casa para ayudar a mi madre».

«Ve, y sé siempre un hijo bueno. Dios está contigo»...

6 ...Jesús entra en la suntuosa casa de campo de Ismael. Gran número de siervos acuden al encuentro del Huésped, ciertamente esperado. Otros van a avisar al amo, y éste sale al encuentro de Jesús haciendo profundas reverencias.

«¡Bien vienes, Maestro, a mi casa!».

«Paz a ti, Ismael ben Fabí. Deseabas mi presencia. Vengo. ¿Para qué querías verme?».

«Para ser honrado con tu presencia y para presentarte a mis amigos. Quiero que lo sean también tuyos. De la misma forma que deseo que Tú seas amigo mío».

«Yo soy amigo de todos, Ismael».

«Lo sé. Pero, ya sabes... Conviene tener amistades en las altas esferas. Y la mía y las de mis amigos son de ésas. Tú - perdona si te lo digo - pasas por alto demasiado a quienes te pueden apoyar...».

«¿Y tú eres de ésos? ¿Por qué?».

«Yo soy de ésos. ¿Por qué? Porque te admiro y quiero tenerte como amigo».

«¡Amigo! ¿Pero sabes, Ismael, el significado que doy Yo a esta palabra? Para muchos, "amigo" quiere decir "conocido"; para otros, "cómplice"; para otros, "siervo". Para mí quiere decir "*fiel a la Palabra del Padre*". Quien no es tal no puede ser amigo mío, ni Yo suyo».

«Pero si quiero tu amistad precisamente porque quiero ser fiel, Maestro. ¿No lo crees?

[7]Mira: ahí llega Eleazar. Pregúntale cómo te he defendido ante los Ancianos. Eleazar, te saludo. Ven, que el Rabí quiere preguntarte una cosa».

Grandes saludos y recíprocas ojeadas indagadoras.

«Di tú, Eleazar, lo que dije del Maestro la última vez que nos reunimos».

«¡Oh, un verdadero elogio! ¡Una defensa apasionada! Ismael habló de ti tanto (como del Profeta más grande que haya venido al pueblo de Israel), Maestro, que sentí apetencia de escucharte. Recuerdo que dijo que ninguno tenía palabra más profunda que la tuya, ni atractivo mayor que el tuyo, y que, si como sabes hablar sabes sujetar la espada, no habrá ningún rey más grande que Tú en Israel».

«¡Mi Reino!... Este Reino no es humano, Eleazar».

«¡¿Pero el Rey de Israel?!».

«Abranse vuestras mentes para comprender el sentido de las palabras arcanas. Vendrá el Reino del Rey de los reyes. Pero no en la medida humana. No respecto a lo perecedero, sino a lo eterno. A él se accede no por florida vía de triunfos ni sobre purpúrea alfombra de sangre enemiga, sino por empinado sendero de sacrificio y por benigna escalera de perdón y amor. *Las victorias contra nosotros mismos nos darán este Reino.* Y quiera Dios que la mayor parte de Israel pueda entenderme. Mas no será así. Vosotros pensáis lo que no es. En mi mano habrá un cetro puesto por el pueblo de Israel. Regio y eterno. Ningún rey podrá ya arrebatárselo a mi Casa. Pero muchos en Israel no podrán verlo sin estremecerse de horror, porque tendrá un nombre atroz para ellos».

«¿No nos crees capaces de seguirte?».

«Si quisierais, podríais. Pero no queréis. ¿Por qué no queréis? Sois ya ancianos. La edad debería haceros comprender y ser justos. Justos incluso con vosotros mismos. Los jóvenes... podrán errar y luego arrepentirse. ¡Pero vosotros! La muerte está siempre muy cerca de los ancianos. Eleazar, tú estás menos envuelto en las teorías de muchos de tus iguales. Abre tu corazón a la Luz...».

[8]Vuelve Ismael con otros cinco pomposos fariseos: «Venid, pues, adentro» dice el amo de la casa. Y, dejado el atrio, rico de sillas y alfombras, entran en una estancia. Traen ánforas y palanganas para las abluciones. Luego pasan al comedor, muy ricamente preparado.

«Jesús a mi lado, entre yo y Eleazar» ordena el amo. Y Jesús, que había permanecido en el fondo de la sala, junto a los discípulos, un poco arredrados y olvidados, debe sentarse en el sitio de honor.

Empieza el banquete, con numerosos servicios de carnes y pescados asados. Vinos y, según me parece, jarabes, o por lo menos aguamieles, pasan una y otra vez.

[9]Todos tratan de hacer hablar a Jesús. Uno, un viejo todo tembloroso, pregunta con voz bronca de decrépito: «Maestro, ¿es verdad lo que se dice, que pretendes modificar la Ley?».

«No cambiaré ni una iota a la Ley. Es más - y Jesús recalca las palabras -, he venido realmente para devolverle su integridad, como cuando le fue dada a Moisés».

«¿Insinúas que ha sido modificada?».

«De ninguna manera. Ha sufrido la suerte de todas las cosas excelsas que han sido

puestas en manos del hombre, nada más».
«¿Qué quieres decir? Especifica».
«Quiero decir que el hombre, por la antigua soberbia o por el antiguo fomes de la triple lujuria, quiso retocar la palabra clara, e hizo de ella una cosa opresiva para los fieles; mientras que para los autores de los retoques no es más que un cúmulo de frases que... bueno, que es para los demás».
«¡Pero, Maestro! Nuestros rabíes...».
«¡Esto es una acusación!».
«¡No frustres nuestro deseo de favorecerte!...».
«¡Ah, ya! ¡Tienen razón cuando te llaman rebelde!».
«¡Silencio! Jesús es mi invitado. Que hable libremente».

«Nuestros rabíes comenzaron su esfuerzo con la santa finalidad de facilitar la aplicación de la Ley. Dios mismo dio comienzo a esta escuela cuando a las palabras de los diez mandamientos añadió explicaciones más detalladas. Para que el hombre no tuviera la excusa de no haber sabido comprender. Obra santa, pues, la de los maestros que desmenuzan para los pequeñuelos de Dios el pan que Dios ha dado al espíritu: *santa si persigue recto fin.* No siempre fue así. Y ahora menos que nunca. Pero, ¿por qué me queréis hacer hablar, vosotros que os ofendéis si os enumero las culpas de los poderosos?».

«¿Culpas? ¿Culpas? ¿No tenemos sino culpas?».
«¡Quisiera que tuvierais sólo méritos!».

«Pero no los tenemos: eso es lo que piensas, y tu mirada lo delata.

10 Jesús, no se logra la amistad de los poderosos criticando. No reinarás. No conoces el arte de reinar».

«No pido reinar a la manera que vosotros creéis. Ni mendigo amistades. Quiero amor. Pero un amor honesto y santo. Un amor que vaya de mí a aquellos a quienes amo, y que se demuestre usando con los pobres lo que predico que se use: misericordia».

«Yo, desde que te oí hablar, no he vuelto a prestar con usura» dice uno.
«Dios te recompensará».
«El Señor me es testigo de que no he vuelto a pegar a los siervos que merecían azotes, desde que me refirieron una parábola tuya» dice otro.
«¿Y yo? ¡He dejado en los campos, para los pobres, más de diez moyos de cebada!» dice un tercero.
Los fariseos se alaban excelsamente.
Ismael no ha hablado. Jesús pregunta: «¿Y tú, Ismael?».

«¡Oh, ¿yo?! *Siempre* he usado misericordia. Sólo debo seguir actuando como siempre».

«¡Bien para ti! Si es realmente así, eres el hombre que no conoce remordimientos».

«¡Ciertamente no!».
Jesús le perfora con su mirada de zafiro.

11 Eleazar le toca en el brazo: «Maestro, escúchame. Tengo un caso especial que someter a tu consideración. Recientemente he adquirido de un pobre desdichado una propiedad; este hombre se ha echado a perder por una

mujer. Me ha vendido la propiedad, pero sin decirme que en ella hay una sierva anciana, su nodriza, ya ciega y medio chiflada. El vendedor no la quiere. Yo... no la querría. Pero, ponerla en plena calle... ¿Qué harías tú, Maestro?».

«¿Tú qué harías, si tuvieras que dar a otro un consejo?».

«Diría: "Quédate con ella, que no va a ser un pan lo que te arruine"».

«¿Y por qué diarias eso?».

«Bueno, pues... porque creo que yo actuaría así y querría que hicieran eso conmigo...».

«Estás muy cerca de la justicia, Eleazar. Haz como aconsejarías, y el Dios de Jacob estará siempre contigo».

«Gracias, Maestro».

Los otros murmuran entre sí.

«¿Qué tenéis que criticar?» pregunta Jesús. «¿No he hablado rectamente? ¿Y éste?, ¿no ha hablado también rectamente? Ismael, defiende a tus invitados, tú que siempre has usado misericordia».

«Maestro, hablas bien, pero... ¡si se actuara siempre así!... Seríamos víctimas de los demás».

«Y es mejor, según tú, que sean los demás víctimas nuestras, ¿no?».

«No digo eso. Pero hay casos...».

«La Ley dice que hay que tener misericordia...».

«Sí, hacia el hermano pobre, hacia el forastero, el peregrino, la viuda y el huérfano. Pero esta vieja que ha venido a parar a los brazos de Eleazar no es su hermana, ni peregrina, forastera, huérfana o viuda. Para él no es nada; ni menos ni más que un objeto viejo del ajuar - no suyo -, olvidado en la propiedad vendida por quien es su verdadero dueño. Por eso Eleazar podría incluso echarla sin escrúpulos de ningún tipo. A fin de cuentas, la culpa de la muerte de la vieja no sería suya, sino de su verdadero amo...».

«...el cual, siendo también pobre, no la puede seguir manteniendo; de forma que también está exento de obligaciones. Así que, si la anciana se muere de hambre, la culpa es de la anciana. ¿No es así?».

«Así, Maestro. Es la suerte de los que... ya no sirven. Enfermos, viejos, incapaces, están condenados a la miseria, a la mendicidad. Y la muerte es lo mejor para ellos... Así es desde que el mundo existe, y así será...».

12 «¡Jesús, ten piedad de mí!». Un lamento entra a través de las ventanas trancadas (porque la sala está cerrada y las lámparas encendidas; quizás por el frío).

«¿Quién me llama?».

«Algún importuno. Haré que le manden afuera. O algún mendigo. Diré que le den un pan».

«Jesús, estoy enfermo. ¡Sálvame!».

«Ya decía yo. Un importuno. Castigaré a los siervos por haberle dejado pasar». Y se levanta Ismael.

Pero Jesús, al menos veinte años más joven que él, y todo el cuello y la cabeza más alto, le sienta de nuevo poniéndole la mano en el hombro mientras ordena: «Quédate ahí, Ismael. Quiero ver a este que me busca. Que entre».

Entra un hombre de cabellos todavía negros. Puede tener unos cuarenta años. Pero está

hinchado como una cuba y amarillo como un limón; violáceos los labios en la boca jadeante. Le acompaña la mujer de la primera parte de la visión. El hombre avanza con dificultad, por la enfermedad y por temor. ¡Se ve tan mal mirado!...
Pero ya Jesús ha dejado su sitio y ha ido hasta el infeliz. Luego le ha tomado de la mano y le ha llevado al centro de la sala, al espacio vacío que hay entre las mesas, colocadas en forma de "u" justo debajo de la lámpara.
«¿Qué quieres de mí?».
«Maestro... te he buscado mucho... desde hace mucho... Nada quiero aparte de salud... por mis hijos y mi mujer... Tú puedes todo... Ya ves mi mísero estado...».
«¿Y crees que te puedo curar?».
«¡Vaya que si lo creo!... Cada paso que doy me hace sufrir... cada movimiento brusco es un dolor para mí... y, no obstante, he recorrido kilómetros para buscarte... y luego, con el carro, te he seguido aún... pero no te alcanzaba nunca... ¡Vaya que si lo creo! Me extraña no estar ya curado desde que mi mano está en la tuya, porque todo en ti es santo, ¡oh, Santo de Dios!».
El pobrecillo resopla como un fuelle por el esfuerzo de tantas palabras. La mujer mira a su marido y a Jesús, y llora.

13 Jesús los mira y sonríe. Luego se vuelve y pregunta: «Tú, anciano escriba (habla al viejo tembloroso que ha hablado el primero), respóndeme: ¿es lícito curar en sábado?».

«En sábado no es lícito hacer obra alguna».
«¿Ni siquiera salvar a uno de la desesperación? No es trabajo manual».
«El sábado está consagrado al Señor».
«¡¿Cuál obra más digna de un día sagrado que hacer que un hijo de Dios diga al Padre: "Te amo y te alabo porque me has curado"?!».
«Debe hacerlo aunque sea infeliz».
«Cananías*, ¿sabes que en este momento tu bosque más hermoso está ardiendo y toda la ladera del Hermón resplandece envuelta en purpúreas llamas?».
El viejecillo pega un salto como si le hubiera mordido un áspid: «Maestro, ¿dices la verdad o estás bromeando?».
«Digo la verdad. Yo veo y sé».
«¡Oh, pobre de mí! ¡Mi más hermoso bosque! ¡Miles de siclos reducidos a ceniza! ¡Maldición! ¡Malditos sean los perros que me le han prendido fuego! ¡Que ardan sus entrañas como mi madera!». El viejecillo está desesperado.
«¡No es más que un bosque, Cananías, y te lamentas! ¿Por qué no alabas a Dios en esta desventura? Éste no pierde madera, que renace, sino la vida y el pan para los hijos, y debería dar a Dios esa alabanza que tú no le das. Entonces, escriba, ¿no me es lícito curar en sábado a éste?».
«¡Maldito Tú, él y el sábado! Tengo otras cosas mucho más graves en que pensar...» y, dando un empujón a Jesús, que le había puesto una mano en el brazo, sale enfurecido, y se le oye dar gritos con su voz bronca para que le traigan su carro.
«¿Y ahora?» pregunta Jesús mirando a los que tiene alrededor. «Y ahora, decidme, ¿es lícito o no?».
Ninguna respuesta. Eleazar agacha la cabeza. Antes había entreabierto los labios, pero vuelve a cerrarlos, sobrecogido por el hielo que reina en la sala.
«Bien, pues voy a hablar Yo» dice Jesús, con majestuoso aspecto y voz tronante, como

siempre cuando está para realizar un milagro. «Voy a hablar Yo. Hablo. Digo: hombre, hágase en ti según crees. Estás curado. Alaba al Eterno. Ve en paz».

---

* *Cananías*. MV pone una nota en el manuscrito original, para explicar que el sonido correspondiente a la "C" lo pronuncian en un modo entre aspirado y prolongado. Por eso lo escribe una vez con "Ch" y otra simplemente con "C". Con la "h" quiere expresar esa aspiración o prolongación del sonido.

El hombre se queda desorientado. Quizás pensaba que iba a volverse de golpe esbelto, como tiempo atrás. Y le da la impresión de no estar curado. Pero... a saber lo que siente... Emite un grito de alegría, se arroja a los pies de Jesús y se los besa.

«¡Ve, ve! Sé siempre bueno. ¡Adiós!».

El hombre sale, seguido de la mujer, la cual hasta el último momento se vuelve a saludar a Jesús.

14 «Pero, Maestro... En mi casa... En sábado...».

«¿No das tu aprobación? Ya lo sé. Por esto he venido. ¿Tú, amigo? No. Enemigo mío. No eres sincero ni conmigo ni con Dios».

«¿Ofendes ahora?».

«No. Digo la verdad. Has dicho que Eleazar no está obligado a socorrer a esa anciana porque no es de su propiedad. Pero tú tenías a dos huérfanos* en tu propiedad. Eran hijos de dos de tus siervos fieles, que se han muerto trabajando, uno de ellos con la hoz en el puño, la otra matada por la excesiva fatiga por haberte tenido que servir - como la exigías para no despedirla -, servirte por ella y por su marido. Tú decías: "He hecho contrato por dos personas que trabajaran, y, para seguirte teniendo, quiero el trabajo tuyo y el del muerto". Y ella te lo ha dado, y ha muerto con el fruto de su concebimiento; porque esa mujer era madre. Y no hubo para ella la piedad que se tiene con la bestia encinta. ¿Dónde están ahora esos dos niños?».

«No lo sé... Desaparecieron un día».

«No mientas ahora. Basta haber sido cruel. No es necesario añadir el embuste para que Dios aborrezca tus sábados, a pesar de su total carencia de obras serviles. ¿Dónde están esos niños?».

«No lo sé. Ya no lo sé. Créelo».

«Yo lo sé. Los encontré una noche de noviembre, fría, lluviosa, oscura. Los encontré hambrientos y temblando, cerca de una casa, como dos perrillos en busca de un pedazo de pan que llevarse a la boca... Maldecidos y despedidos por quien tenía entrañas de perro más que un perro verdadero. Porque un perro habría tenido piedad de aquellos dos huerfanitos. Y ni tú ni aquel hombre la habéis tenido. ¿Ya no te servían sus padres, verdad? Estaban muertos. Los muertos sólo lloran, en sus sepulcros, al oír los sollozos de esos hijos infelices de que los demás no se ocupan. Pero los muertos, con su espíritu, elevan sus llantos y los de sus huérfanos a Dios, y dicen: "Señor, vénganos tú, porque el mundo aplasta cuando ya no le es posible seguir explotando". ¿No te servían todavía los dos pequeñuelos, verdad? Apenas si la niña podía servir para espigar... Y tú los despediste negándoles incluso aquellos pocos bienes que pertenecían a su padre y

* Los *dos huérfanos* son los niños María y Matías, que hemos visto en 298.2/6 y en 299.2/8.

a su madre. Podían morir de hambre y frío como dos perros en un camino de carros. Podían vivir y hacerse el uno ladrón, la otra prostituta. Porque el hambre porta al pecado. ¡Pero a ti qué te importaba?

Hace un rato citabas la Ley como apoyo de tus teorías. ¿Es que la Ley no dice: "No vejéis* a la viuda y al huérfano, porque, si lo hacéis y elevan su voz hacia mí, escucharé su grito y mi furor se desencadenará y os exterminaré y vuestras mujeres se quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos"? ¿No dice eso la Ley? Y entonces, ¿por qué no la observas? ¿Me defiendes ante los demás? ¿Y por qué no defiendes mi doctrina en ti mismo? ¿Quieres ser amigo mío? ¿Y por qué haces lo opuesto de lo que Yo digo? Uno de vosotros va corriendo a más no poder, arrancándose los pelos, por la destrucción de su bosque. ¡Y no se los arranca ante las ruinas de su corazón! ¿Y tú a qué esperas a hacerlo?

15 ¿Por qué queréis siempre creeros perfectos, vosotros a quienes la suerte ha hecho subir? Y, suponiendo que lo fuerais en algo, ¿por qué no tratáis de serlo en todo? ¿Por qué me odiais porque os destapo las llagas? Yo soy el Médico de vuestro espíritu. ¿Puede un médico curar si no destapa y limpia las llagas? ¿No sabéis que muchos - y esa mujer que ha salido es uno de ellos - merecen, a pesar de su pobre apariencia, el primer puesto en el banquete de Dios? No es lo externo, es el corazón, es el espíritu, lo que vale. Dios os ve desde lo alto de su trono. Y os juzga. ¡Cuántos ve mejores que vosotros! Por tanto, escuchad. Como regla comportaos así, siempre: cuando os inviten a un banquete de bodas, elegid siempre el último puesto. Recibiréis doble honor cuando el amo de la casa os diga: "Amigo, ven adelante". Honor de méritos y honor de humildad. Mientras... ¡Oh, triste hora para un soberbio, ser puesto en evidencia y oír que le dicen: "Ve allá, al final, que aquí hay uno que es más que tú"! Y haced lo mismo en el banquete secreto del desposorio de vuestro espíritu con Dios. Quien se humilla será ensalzado y quien se ensalza será humillado.

16 Ismael, no me odies porque te medico. Yo no te odio. He venido para curarte. Estás más enfermo que aquel hombre. Tú me has invitado para darte lustre a ti mismo y satisfacción a los amigos. Invitas a menudo, pero es por soberbia y gusto. No lo hagas. No invites a ricos, a parientes y a amigos. Abre, más bien, la casa, abre el corazón, a los pobres, mendigos, lisiados, cojos, huérfanos y viudas. La única compensación que te darán serán bendiciones. Pero Dios las transformará para ti en gracias. Y al final... ¡oh, al final, qué beata ventura para todos los misericordiosos, que serán retribuidos por Dios en la resurreción de los muertos! ¡Ay de aquellos que acarician solamente una esperanza de ganancia y luego cierran su corazón al hermano que ya no puede ser útil! ¡Ay de ellos! Yo vengaré a los abandonados».

«Maestro... Yo... quiero complacerte. Tomaré de nuevo a esos niños».

* *No vejéis...* es cita de *Éxodo 22, 21-23.*

«No».
«¿Por qué?».
«¡¿Ismael?!...».
Ismael agacha la cabeza. Quiere aparentar humildad. Pero es una víbora a la que se la ha hecho soltar el veneno, y no muerde porque sabe que no lo tiene, pero espera la ocasión para morder...

17 Eleazar trata de instaurar de nuevo la paz diciendo: «Dichosos los que participan en el banquete con Dios, en su espíritu y en el Reino eterno. Pero, créelo, Maestro, a veces es la vida la que supone un obstáculo. Los cargos... las ocupaciones...».

Jesús dice aquí la parábola del banquete*, y termina: «Has dicho los cargos... las ocupaciones. Es verdad. Pero por eso te he dicho al principio de este convite que mi Reino se conquista con victorias sobre uno mismo y no con victorias de armas en el campo de batalla. El puesto en la gran Cena es para estos humildes de corazón que saben ser grandes con su amor fiel que no mide el sacrificio y que todo lo supera para venir a mí. Una hora basta para transformar un corazón. Si ese corazón *quiere.* Y basta una palabra. Yo os he dicho muchas. Y miro... En un corazón está naciendo una planta santa. En los otros, espinos para mí, y dentro de los espinos hay áspides y escorpiones. No importa. Yo voy por mi camino recto. El que me ame que me siga. Yo paso llamando. Los que sean rectos que vengan a mí. Paso instruyendo. Los buscadores de justicia acérquense a la Fuente. Respecto a los otros... respecto a los otros juzgará el Padre santo. Ismael, me despido de ti. No me odies. Medita. Siente que fui severo por amor, no por odio. Paz a esta casa y a sus habitantes. Paz a todos, si merecéis paz».

336. En Nazaret con cuatro apóstoles. El amor de Tomás por María Stma.

20 de noviembre de 1945.

1 Ismael ben Fabí. Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 11 de septiembre de 1944».

2 Jesús con los suyos están de nuevo en la vía que va de la llanura de Esdrelón a Nazaret. Deben haber pernoctado en algún lugar, porque es otra vez por la mañana. Van en silencio durante un tiempo. Primero va Jesús solo delante; luego

---

* *Jesús dice aquí la parábola del banquete,* que no está recogida aquí, pero que puede ser leída en *Lucas 14, 16-24,* texto a que remite MV en una copia mecanografiada.

Jesús con Pedro y Simón (los ha llamado); después todos juntos, hasta una bifurcación que es intersección de la vía de Nazaret con una que va hacia el nordeste. Los montes ya están cercanos por los dos lados.

Jesús indica a los que van hablando que guarden silencio, y dice: «Dividámonos ahora. Yo voy a Nazaret con los hermanos, con Pedro y con
Tomás. Vosotros, dirigidos por Simón Zelote, id, por la vía del Tabor y de las caravanas, a Debaret, a Tiberíades, Magdala, Cafarnaúm; y de allí iréis hacia Merón y os detenéis en casa de Jacob para ver si se ha convertido, y lleváis mi bendición a Judas y Ana. Os alojaréis donde os hospeden con más insistencia. Una noche sólo en cada sitio, porque la noche del sábado nos encontraremos en la vía de Sefet. [3]Pasaré el sábado en Corazín, en casa de la viuda. Pasad a avisarla. Así terminaremos de dar paz al alma de Judas, que se persuadirá de que Juan no está tampoco en estos cobijos hospitalarios...».

«¡Maestro, que yo creo!...».

«Pero siempre conviene que te asegures, para que no tengas que ponerte colorado delante de Caifás y Anás, como no me pongo colorado Yo delante de ti ni delante de ningún otro hombre afirmando que Juan ya no está con nosotros. A Tomás me lo llevo a Nazaret. Así podrá tranquilizarse también respecto a ese lugar, viendo con sus propios ojos...».

«¡Pero yo, Maestro! ¿Qué crees que me puede interesar! Al contrario, siento que no esté ya con nosotros ese hombre. Habrá sido lo que haya sido. Pero, desde que le hemos conocido, ha sido siempre mejor que muchos ilustres fariseos. Me bastaría con saber que no te ha renegado ni causado dolor. Y además... sea que esté en la tierra, sea que le tenga Abraham en su seno, a mí no me interesa. Créeme. Aunque estuviera en mi casa... no sentiría ninguna repulsa. Espero que no pienses que tu Tomás tenga en el corazón más que una natural curiosidad, y ninguna mala intención, ningún estímulo de investigar con más o menos rectitud, ninguna tendencia al espionaje, ni voluntario ni involuntario ni autorizado, ningún deseo de causar daño...».

«¡Tú me ofendes! ¡Estás haciendo insinuaciones! ¡Mientes! ¿Por qué dices eso, si has visto que en todo este tiempo no he tenido sino un único modo santo de actuar? ¿Qué puedes decir de mí? ¡Habla!» Judas está encolerizado, furioso.

«¡Silencio! Tomás me responde a mí. A mí sólo, que soy quien le ha hablado. Creo en las palabras de Tomás. Pero *quiero que se haga así*, y así sea, y ninguno de vosotros tiene derecho a criticar mi modo de actuar».

«No te estoy criticando. Es que la insinuación me ha tocado y...».

«Sois doce. ¿Por qué te ha tocado sólo a ti lo que he dicho a todos?» pregunta Tomás.

«Porque he sido yo el que ha buscado a Juan».

Jesús dice: «También lo han hecho otros compañeros tuyos, y otros discípulos lo harán, y por ello ninguno se considerará ofendido por las palabras de Tomás. No es pecado preguntar honestamente por un condiscípulo. No duele oír palabras como las que han sido dichas, cuando en nosotros no hay sino amor y honestidad; cuando nada remuerde en el corazón y cuando, por no haber sido herido ya el corazón por el diente del remordimiento, nada le hace ultrasensible. ¿Por qué quieres hacer estas protestas en presencia de tus compañeros? ¿Quieres que sospechen pecado

en ti? La ira y la soberbia son dos malas compañeras, Judas. Arrastran al delirio, y uno que delira ve lo que no existe, dice lo que no debería decir... de la misma forma que la avaricia y la lujuria arrastran a acciones culpables con tal de satisfacerse... Líbrate de estas malvadas siervas... Y de momento has de saber que durante estos muchos, muchos días de ausencia tuya ha habido buena concordia entre nosotros, *siempre,* y ha habido obediencia y respeto *siempre.* Nos hemos amado, ¿comprendes?... [4]Adiós, amados amigos. Idos, y *amad*. ¿Comprendéis? Amaos, sed compasivos los unos para con los otros, hablad poco y actuad bien. La paz sea con vosotros».

Los bendice. Mientras ellos van a la derecha, Jesús continúa su camino con los primos y con Pedro y Tomás.

Continúa en medio de un gran silencio, hasta que Pedro salta con un potente y solitario: «¡Sabe Dios!...», puesto como corolario de quién sabe qué larga meditación. Los demás le miran...

Jesús, al quite, desvía otras preguntas diciendo: «¿Estáis contentos vosotros dos de venir a Nazaret conmigo?» y pasa los brazos por los hombros a Pedro y a Tomás.

«¿Y lo preguntas?» dice Pedro con su exuberancia.

Tomás, más tranquilo, pero con su cara regordeta resplandeciente de alegría, añade: «¿No sabes que para mí estar al lado de tu Madre es una dulzura que no encuentro palabras para describírtela? María es mi amor. No estoy consagrado virgen*, y no era contrario a tener una familia; ya había puesto mi mirada en algunas jóvenes, sin decidirme sobre cuál elegir por esposa. ¡Pero ahora... ahora!... ¡Que sí, que mi amor es María! El inasible amor para la carne. ¡Pero la carne muere con sólo pensar en Ella! El letificante amor para el espíritu. ¡Ah!, todo lo que he visto en las mujeres - incluso las más queridas, como mi madre y

---

* *No estoy consagrado virgen:* En el texto original italiano leemos "Non sono vergine" (literalmente: "no soy virgen"). Esta traducción está apoyada principalmente en la expresión de María Stma. en 7.4: "mi farò vergine" (literalmente: "me haré virgen") con el sentido de "me conservaré y consagraré virgen".

Pocas líneas más abajo, MV, en una copia mecanografiada, hace la siguiente observación a las palabras *la carne muere con sólo pensar en Ella: Es opinión de Santos (S. Tomás de Aquino, S. Tomás de Villanueva, S. Buenaventura y otros) que, a pesar de su belleza física, Ella era tan santa, que extinguía en quien la mirase toda concupiscencia, y no sólo eso, sino que virginizaba el espíritu y extinguía la carnalidad de quien a Ella se acercaba.*

mi hermana gemela -, todo lo que de .bueno veo en ellas, lo comparo con lo que veo en tu Madre, y digo dentro de mí: "En Ella habita toda justicia, toda gracia y belleza. Plantío de flores paradisíacos es su espíritu amable... un poema su figura...". ¡Oh, porque nosotros israelitas no osamos pensar en los ángeles y con pávida reverencia observamos a los querubines* del Santo de los Santos!... ¡Qué necios! ¡Y no sentimos luego diez veces más de devotísimo temblor mirándola a Ella! Ella, que - estoy seguro - supera ante

los ojos de Dios toda belleza angélica...».

Jesús mira al enamorado de su Madre, que parece espiritualizarse de tanto como su sentimiento hacia María le muda la expresión bondadosa del rostro. «Bueno, pues unas horas, pocas, estaremos con Ella. Nos detendremos hasta pasado mañana. Luego vamos a ir a Tiberíades, a ver a los dos niños y a tomar una barca para Cafarnaúm».

«¿Y a Betsaida?» pregunta Pedro.

«Al regreso, Simón. Al regreso iremos a Betsaida para recoger a Margziam para el peregrinaje de Pascua»...

5...Y es la noche del mismo día, en Nazaret, en la casita pacífica donde Pedro y Tomás ya duermen. Y se oye el coloquio delicado entre la Madre y el Hijo.

«Todo ha ido bien, Madre mía. Ahora tienen paz. Tus oraciones han ayudado a los peregrinos, y ahora, como rocío en flores agostadas, están curando su dolor».

«¡Quisiera curar el tuyo, Hijo mío! ¡Cuánto debes haber sufrido! Mira. Aquí, en las sienes, tu carne se hunde, y aquí, en las mejillas; una arruga corta tu frente como señal de espada. ¿Quién te ha herido de este modo, corazón mío?».

«El dolor de tener que dar dolor, Mamá».

«¿Eso sólo, Jesús mío? ¿Tus discípulos no te han dado dolor?».

«No, Mamá. Han sido de una bondad de santos».

«Los que estaban contigo... Pero yo me refiero a todos...».

«Como puedes ver, he traído a Tomás para premiarle, y hubiera querido traer también a los que no habían estado aquí la otra vez. Pero tenía que enviarlos a otro lugar, adelante...».

«¿Y Judas de Keriot?».

«Judas está con ellos».

María abraza a su Hijo y reclina la cabeza en su hombro llorando.

«¿Por qué lloras, Mamá?» pregunta Jesús acariciando su pelo.

María guarda silencio y llora. Sólo a la tercera pregunta susurra: «Por el terror que siento... Siempre deseo que te abandone... ¿Peco, no es verdad, deseando

---

* *los querubines* que Salomón hizo colocar en el Santo de los Santos, la parte más interna del Templo, están descritos en *1 Re 6, 23-28*.

esto? Pero es tan fuerte, tan fuerte el miedo que le tengo, por ti...».

«Sólo si desapareciera muriendo cambiarían las cosas. Pero, ¿por qué debería morir?».

«No soy tan mala como para desearlo... ¡Él también tiene una madre! Y tiene un alma... Un alma que todavía puede salvarse. Pero... ¡oh, Hijo mío!... ¿no sería, acaso, un bien para él la muerte?».

Jesús suspira y susurra: «Para muchos sería un bien la muerte...». Y luego, en voz alta: «¿Has sabido algo de la anciana Juana*? ¿Sus campos?...».

«He ido con María de Alfeo y Salomé de Simón después de las granizadas. Pero su trigo,

al haber sido sembrado con retraso, no había nacido todavía y no se ha dañado. Hace tres días volvió María para ver cómo iba. Dice que parece una alfombra. Los campos más lindos de esta tierra. Raquel está bien y la anciana contenta. También María de Alfeo está contenta, ahora que Simón es todo para ti. Mañana le verás. Viene todos los días. Hoy acababa de salir cuando has llegado. ¿Sabes?, ninguno se dio cuenta de nada. Alguno habría hablado, si se hubiera dado cuenta de que estaban aquí. Pero... si verdaderamente no estás cansado, cuéntame su viaje...».
Y Jesús cuenta todo a la Madre atenta, menos su sufrimiento en la gruta de Yiftael.

337. El sábado en Corazín. Parábola sobre los corazones imposibles de labrar. Curación de una mujer encorvada.

21 de noviembre de 1945.

1 Jesús está en Corazín, en la sinagoga, que se va llenando lentamente de gente. Los notables del lugar deben haber insistido para que Jesús este sábado adoctrinase allí. Lo comprendo por las razones que aducen y por las respuestas de Jesús.

«No somos más arrogantes que los judíos o que los de la Decápolis» dicen «y, sin embargo, vas una y otra vez... y vuelves allí a menudo».

«También aquí lo mismo. Con palabras y obras, con mi silencio y mis actos, os he adoctrinado».

«Pero, si somos más duros que los otros, razón de más para insistir...».

«Bien, bien».

---

* A la *anciana Juana*, mencionada aquí, y a su nieta *Raquel,* mencionada algunos renglones después, las hemos visto ya en 309.1/4. A la pequeña Raquel, curada por mérito de Margziam, la veremos también en 338.3.

«¡Claro que sí; que bien! Te dejamos que uses nuestra sinagoga como lugar de adoctrinamiento, precisamente porque juzgamos que está bien hecho. Acepta, pues, la invitación y habla».

2 Jesús abre los brazos - señal de silencio para los presentes - y empieza su discurso, y habla con tono de salmo: una recitación lenta, melodiosa y enfática: «"Arauná respondió a David: 'Que el rey mi señor tome y ofrende como quiera. Ahí están los bueyes para el holocausto, el carro y los yugos de los bueyes como leña; todo, ¡oh rey!, da Arauná al rey'. Y añadió: 'Que el Señor Dios acepte propicio tu voto'. Mas el rey respondió y dijo: 'No será como quisieras. No. Quiero comprar con dinero. No quiero ofrecer al Señor mi Dios holocaustos que me hayan sido regalados' "».

Jesús baja la mirada, pues hablaba con la cara casi vuelta hacia el techo; mira fijamente, agudamente, al arquisinagogo y a los cuatro notables que estaban con él, y pregunta: «¿Habéis comprendido el significado?».

«Esto está en el segundo de los Reyes*, cuando el rey santo compró la era de Arauná...

Pero no comprendemos por qué nos lo has citado. Aquí no hay pestilencia y no se tiene que ofrecer un sacrificio. Tú no eres rey... Bueno, queremos decir: no todavía».

«En verdad, tarda es vuestra mente para comprender los símbolos, e insegura vuestra fe. Si fuera segura, veríais que ya soy Rey como he dicho; si tuvierais intuición despierta, comprenderíais que aquí hay una pestilencia muy grave, más que la que preocupaba a David: tenéis la de la incredulidad que os hace perecer».

«¡Bien! Pues si somos tardos e incrédulos, danos inteligencia y fe y explícanos lo que has querido decir».

«Digo: no ofrezco a Dios los holocaustos forzados, los que se ofrecen por mezquino interés. Y Aquel que para hablar ha venido no acepta el hablar sólo si se le concede: es mi derecho y me lo tomo. Bajo el sol o entre cerradas paredes, encima de los montes o en el fondo de los valles, en el mar o sentado en las orillas del Jordán, en todas partes, tengo el derecho y el deber de adoctrinar y de comprar con mi esfuerzo los únicos holocaustos agradables a Dios: los corazones convertidos y hechos fieles por mi palabra. Aquí, vosotros de Corazín, habéis concedido al Verbo la palabra no por respeto y fe, sino porque tenéis en vuestro corazón una voz que os tortura como carcoma que roe la madera: "Este castigo del hielo es por nuestra dureza de corazón". Y queréis arreglar las cosas. Por la economía, no por el alma. ¡Oh, Corazín pagana y obcecada! Mas no toda Corazín es igual. Para los que no son así, hablaré, con una parábola.

[3]Oíd. Un necio rico llevó a un artista un trozo grande de una substancia blonda como la miel más fina, y le ordenó que lo trabajara para hacer de él una

---

* *está en el segundo de los Reyes*, pero la cita corresponde, en la actual nomenclatura bíblica, a *2 S 24, 22-24.*

ánfora decorada.

"No es un material bueno para ser trabajado" dijo el artista al adinerado.

"¿Ves? Es blando, elástico. ¿Cómo puedo esculpirlo y modelarlo?".

"¿Cómo! ¿No es bueno? Es una resina preciada. Y un amigo mío tiene una pequeña ánfora de esta resina y en ella su vino adquiere un sabor delicioso. La he pagado a precio de oro, para disponer de un ánfora más grande y humillar así a mi amigo jactancioso. Házmela inmediatamente. Si no, diré que eres un artista incapaz".

"La de tu amigo será de alabastro blondo".

"No. Es de este material".

"Será de ámbar fino".

"No. Es de este material".

"Aunque fuera de este material - vamos a suponerlo - habrá adquirido compacidad, dureza, por siglos de antigüedad o con la mezcla de otras substancias solidificantes. Pregúntaselo y vuelve a decirme cómo fue hecha la suya".

"No. Me la ha vendido él mismo, asegurándome que se usa así".

"Pues entonces te ha timado para castigarte por envidiar su bonita ánfora".

"¡Mide tus palabras! Trabaja. Si no, te castigo quitándote el taller; que todo lo que tienes no vale cuanto me cuesta esta estupenda resina".

El artista, desconsolado, se puse manos a la obra. Plasmaba la substancia... Pero ésta se le

quedaba pegada a las manos. Trataba de solidificar un trocito con mástiques y polvos... Pero la resina perdía su transparencia de oro. La ponía junto al horno de fusión esperando que el calor la endureciera... Pero, desesperado, tenía que quitarla porque se licuaba. Mandó por nieve helada a la cima del alto Hermón; metió la resina dentro de la nieve... Se endurecía, seguía siendo bonita, pero ya no se podía modelar. "La voy a modelar con el cincel" dijo. Mas al primer golpe de cincel la resina se hizo pedazos.
El artista, totalmente desesperado, convencido ya de que nada podía hacer apto para ser trabajado a aquel material, intentó una última prueba. Reunió los trozos, los hizo de nuevo líquidos al calor del horno, los volvió a congelar con la nieve, aunque esta vez no demasiado, e intentó trabajar en la masa ligeramente blanda con el cincel y la espátula. ¡Se modelaba!, ¡sí!... Pero, nada más dejar cincel y espátula, volvía a la forma de antes, como si fuera masa de pan en fermentación en la artesa.
El hombre se dio por vencido. Y para huir de las represalias del rico, y de la ruina, durante la noche cargó en un carro a su mujer, a sus hijos, los enseres y los instrumentos de trabajo; y dejó en el centro del taller completamente vacío la masa blonda de la resina con una tira de papel encima con las palabras: "Imposible de labrar". Luego huyó allende los confines...

> 4Yo he sido enviado a labrar los corazones en orden a la Verdad y la Salud. Han venido a mis manos corazones de hierro, plomo, estaño, alabastro, mármol, plata, oro, jaspe, piedras preciosas. Corazones duros, corazones toscos, corazones demasiado tiernos, corazones volubles, corazones endurecidos por las penas, corazones valiosísimos: todo tipo de corazones. Los he labrado a todos. Y a muchos los he modelado según el deseo de Aquel que me ha enviado. Algunos me han herido mientras los trabajaba, otros han preferido romperse antes que dejarse trabajar con toda profundidad. Pero, quizás con odio, conservarán siempre un recuerdo mío.
>
> Vosotros sois imposibles de labrar. Calor de amor, paciencia de instrucción, frío de reprensiones, fatiga de cincel... nada sirve con vosotros. Nada más retirar mis manos, volvéis a ser como erais. Tendríais que hacer una única cosa para ser cambiados: abandonaros totalmente en mí. No lo hacéis. No lo haréis nunca. El Trabajador, desconsolado, os abandona a vuestro destino. Pero, dado que es justo, no os abandona a todos igual. Desconsolado, sabe todavía elegir a los que merecen su amor, y los consuela y bendice.
>
> 5«¡Mujer, ven aquí!» dice señalando a una mujer que está junto a la pared, tan encorvada que parece un signo de interrogación.
>
> La gente ve a dónde señala Jesús, pero no ve a la mujer, la cual, por su conformación, no puede ver a Jesús ni tampoco su mano. «¡Ve, Marta! Que te llama» le dicen varias personas. Y la pobrecita va, renqueando con su bastón, que le llega a la altura de la cabeza.

Ahora está delante de Jesús, que le dice: «Mujer, quédate con un recuerdo de mi paso y con un premio a tu fe silenciosa y humilde. Queda liberada de tu enfermedad» grita al final, poniéndole las manos en la espalda.
Y en seguida la mujer se alza y, derecha como una palma, levanta los brazos y grita: «¡Hosanna! ¡Me ha curado! Ha visto a su sierva fiel y la ha agraciado. ¡Sea alabado el Salvador y Rey de Israel! ¡Hosanna al Hijo de David! ».

La gente responde con sus "¡hosanna!" a los de la mujer, la cual ahora está de rodillas a los pies de Jesús, besándole el borde de la túnica, mientras Él le dice: «Ve en paz y persevera en la fe».

6El arquisinagogo - deben quemarle todavía las palabras dichas por Jesús antes de la parábola - quiere responder con veneno a la reprensión, y, mientras la muchedumbre se abre para dejar pasar a la mujer curada milagrosamente, grita indignado: «Hay seis días para trabajar, seis días para pedir y dar. Venid, pues, en esos días, tanto para pedir como para dar. ¡Venid a recobrar la salud en esos días, sin violar el sábado, pecadores e infieles, corrompidos y corruptores de la Ley!», y trata de empujar a todos afuera de la sinagoga como para arrojar la profanación del lugar de oración.

Pero Jesús, que le ve ayudado en su acción por los cuatro notables de antes y por otros que están repartidos entre la muchedumbre (los cuales dan los signos más manifiestos de estar escandalizados, torturados por el... delito de Jesús), a su vez grita (mientras con los brazos recogidos sobre el pecho, severo, majestuoso, le mira): «¡Hipócritas! ¿Quién de vosotros en este día no ha desatado el buey o el asno del pesebre y le ha llevado a beber? ¿Y quién no ha llevado los haces de hierba a las ovejas del rebaño y no ha extraído la leche de las ubres llenas? ¿Y por qué, si tenéis seis días para hacerlo, lo habéis hecho también hoy, por unos pocos denarios de leche, o por miedo de perder el buey y el asno a causa de la sed? ¿Y no debía soltar Yo a ésta de sus cadenas, después de que Satanás la ha tenido atada durante dieciocho años, sólo porque es sábado? Idos. He podido soltar a esta mujer de su desventura involuntaria; mas no podré jamás soltaros a vosotros de las vuestras, que son voluntarias, ¡oh enemigos de la Sabiduría y de la Verdad!».

La gente buena, de entre los muchos no buenos de Corazín, aprueba y alaba; la otra parte, lívida de rabia, huye, dejando plantado al también lívido arquisinagogo.

También Jesús le deja plantado y sale de la sinagoga, rodeado de los buenos, que siguen circundándole hasta que llega a los campos, lugar donde Él bendice una última vez, para tomar luego la vía de primer orden, junto con los primos y Pedro y Tomás...

338. Judas Iscariote pierde el poder de milagros. La parábola del cultivador.

22 de noviembre de 1945.

1La vía que conduce a Sefet deja la llanura de Corazín para arremeter contra un grupo montañoso bastante notable y muy poblado de árboles. Un curso de agua desciende de estos montes para dirigirse ciertamente al lago de Tiberíades.

Los peregrinos esperan en este puente a que lleguen los otros, los que habían sido enviados al lago de Merón. No esperan mucho. Puntuales a la

cita, vienen ligeros, y se reúnen alegres con el Maestro y los compañeros. Luego refieren cómo se ha desarrollado su viaje, que ha sido bendecido por algunos milagros hechos a turno por «todos los apóstoles» dicen; pero Judas de Keriot corrige: «Menos por mí, que no he logrado hacer nada», y su bochorno al confesarlo es penoso.

«Ya te hemos dicho que era porque estábamos frente a un gran pecador» le responde Santiago de Zebedeo. Y explica: «¿Sabes, Maestro? Era Jacob. Estaba muy enfermo. Te invoca por este motivo. Porque tiene miedo a la muerte y al juicio de Dios. Pero ahora es más avaro que nunca, porque prevé un verdadero desastre para su cosecha, que ha sido completamente destruida por el hielo. Ha perdido toda la simiente de trigo, y no puede sembrar más porque está enfermo, y la sierva, agotada de fatigas y hambre - porque él economiza incluso la harina para el pan, pues tiene miedo a quedarse un día sin comer -, no tiene fuerzas para arar el campo. Nosotros quizás hemos pecado, porque trabajamos todo el viernes, y después de la puesta del Sol, hasta la última luz, e incluso con antorchas y hogueras encendidas para ver -, nosotros aramos una gran extensión de terreno. Felipe, Juan y Andrés saben, y yo también. ¡Lo que hemos currado!... Simón, Mateo y Bartolomé venían detrás de nosotros limpiando las glebas del trigo nacido pero luego muerto. Judas fue, en tu nombre, a pedir un poco de simiente a Judas y Ana, y les prometió nuestra visita de hoy. Se la dieron, y además selecta. Entonces dijimos: "Mañana sembramos". Por este motivo hemos tardado un poco. Porque empezamos al principio de la puesta del Sol. Que el Eterno nos perdone por el motivo por el que hemos pecado. Judas, mientras tanto, estaba al pie de la cama de Jacob para convertirle. Él sabe hablar mejor que nosotros. Al menos eso es lo que dijeron también Bartolomé y el Zelote. Pero Jacob se mostraba sordo a toda razón. Quería la curación porque la enfermedad le cuesta, e injuriaba a la mujer llamándola holgazana. Para calmarle, visto que decía: "Me convertiré si me curo", Judas le impuso las manos. Pero Jacob siguió enfermo como antes. Judas, desconsolado, nos lo dijo. Lo intentamos nosotros antes de irnos a dormir. Pero no obtuvimos el milagro. Ahora Judas sostiene que es porque él, habiéndote disgustado, ha caído en desgracia tuya; y está deprimido. Pero nosotros decimos que es porque teníamos frente a nosotros a un pecador obstinado, que pretende obtener todo lo que quiere, poniendo condiciones y dando órdenes hasta a Dios. ¿Quién tiene razón?».

«Vosotros siete. Es como habéis dicho. [2]¿Y Judas y Ana? ¿Sus campos?».

«Muy dañados. Pero tienen recursos y ya está todo solucionado. ¡Pero ellos son buenos! Ten. Te mandan este donativo y estos alimentos. Esperan verte en alguna ocasión. Lo que entristece es el estado espiritual de Jacob. Habría deseado curarle el alma más que el cuerpo...» dice Andrés.

«¿Y en los otros lugares?».

«¡Oh! En el camino de Debaret, cerca del pueblo, curamos - fue Mateo - a uno que tenía fiebres y que volvía de un médico que le había desahuciado. Nos hospedamos en su casa y la fiebre no volvió desde la puesta del Sol hasta la aurora, y él afirmaba que se sentía bien y fuerte. Luego, en Tiberíades, fue Andrés el que curó a un barquero que se había

roto un hombro cayendo en el puente. Le impuso las manos y el hombro quedó curado. ¡Imagínate el hombre! Nos quiso llevar sin pagar a Magdala y a Cafarnaúm, luego a Betsaida, y allí se ha quedado, porque allí están los discípulos Timoneo de Aera, Felipe de Arbela, Hermasteo y Marcos de Josías, uno de los liberados del demonio cerca de Gamala. Quiere ser discípulo también José el barquero... Los niños, en casa de Juana, están bien. Ya no parecen los mismos. Estaban en el jardín jugando con Juana y Cusa...».
«Los he visto. Yo también he pasado por allí. Seguid».

«En Magdala fue Bartolomé el que convirtió a un corazón vicioso y curó un cuerpo vicioso. ¡Qué bien habló! Explicó que el desorden del espíritu genera desorden en el cuerpo, y que toda concesión a la deshonestidad degenera en pérdida de la tranquilidad, de la salud y al final del alma. Cuando le vio arrepentido y convencido, le impuso las manos y el hombre quedó curado. Querían retenernos en Magdala. Pero nosotros obedecimos: pasada la noche, proseguimos para Cafarnaúm. Allí había cinco que pedían les concedieras una gracia. Y ya estaban para marcharse desconsolados. Los curamos. No vimos a ninguno porque embarcamos de nuevo en seguida para Betsaida, para evitar preguntas de Elí, Urías y sus compañeros. [3]¡En Betsaida!... ¡Cuenta tú, Andrés, a tu hermano!...» termina Santiago de Zebedeo, que era el que hablaba.

«¡Oh! ¡Maestro! ¡Simón! ¡Si vierais a Margziam! ¡No se le reconoce!...».

«¡Maldición! ¿Qué?, ¿es mujer ahora?» exclama y pregunta Pedro.
«¡Pero qué dices, hombre! Un jovencito muy majo, alto, delgado, porque ha crecido mucho... ¡Una cosa maravillosa! Nos costó reconocerle. Está tan alto como tu mujer y yo...».
«¡Hombre, ni yo ni tú ni Porfiria somos palmas! Al máximo se nos podrá comparar con una zarza...» dice Pedro (pero exulta de alegría al oír que su hijo adoptivo se ha desarrollado).

«Sí, hermano. Pero en las Encenias, no más, era todavía un niñito escasamente desarrollado, que apenas si nos llegaba a los hombros. Ahora es verdaderamente un hombre joven, por la estatura, la voz y la gravedad. Ha hecho como esas plantas que no crecen durante años y luego, al improviso, se desarrollan de forma asombrosa. Tu mujer ha estado muy ocupada en alargar túnicas o hacerlas nuevas. Y las hace con dobladillos muy anchos y amplios pliegues en la cintura, porque prevé, con razón, que Margziam seguirá creciendo. Y en sabiduría crece todavía más. Maestro, la humildad de Natanael no te había dicho que durante casi dos meses Bartolomé ha sido maestro del más pequeño y heroico de los discípulos, que se levanta antes del amanecer para llevar a pastar a las ovejas, cortar la leña, sacar agua, encender el fuego, barrer, hacer las compras por amor a su mamá de adopción, y luego, por la tarde y hasta bien de noche, estudia y escribe como un pequeño doctor. ¡Fíjate! Ha reunido a todos los niños de Betsaida y los sábados les imparte pequeñas lecciones evangélicas. Así, los pequeños, excluidos de la sinagoga porque no molesten en las funciones, tienen su jornada de oración como los mayores. Y me han dicho las madres que es bonito oírle hablar, y que los niños le quieren y le obedecen con respeto y se

hacen mejores. ¡Qué discípulo va a ser! ».
«¡Pues fíjate!, ¡fíjate! Yo... estoy emocionado... ¡Mi Margziam! Pero, ya también en Nazaret, ¡eh?: ¡qué heroísmo por... aquella niña! ¿Raquel, verdad?». Pedro se para a tiempo, y se pone como la púrpura por el miedo a haber dicho demasiado.

Por suerte, Jesús viene en su auxilio, y Judas está meditabundo o distraído. O finge estarlo. Jesús dice: «Raquel. Tienes buena memoria. Está curada. Y sus campos producirán mucho trigo. Hemos pasado por allí Yo y Santiago. Mucho puede el sacrificio de un niño justo».

«En Betsaida fue Santiago el que realizó un milagro en aquel pobre lisiado; y Mateo, por el camino, yendo a la casa de Jacob, curó a un niño. Y precisamente hoy, en la plaza de aquel pueblecito que está al pie del puente, Felipe y Juan han hecho curaciones: el primero a un enfermo de los ojos; el segundo, a un niño endemoniado».

4 «Lo habéis hecho todos bien. Muy bien. Ahora vamos a ir hasta aquel pueblo de las laderas. Nos detendremos en alguna casa para dormir».

«¿Y tú, Maestro mío, qué has hecho? ¿Cómo está María? ¿Y la otra María?» pregunta Juan.
«Están bien y os saludan a todos. Están preparando túnicas y cuanto se necesita para el peregrinaje de primavera. Están ya deseando que llegue, para estar con nosotros».
«Susana y Juana y nuestra madre tienen la misma ansia» dice también Juan.
Bartolomé dice: «También mi mujer, con las hijas, quiere ir este año, después de tantos, a Jerusalén. Dice que nunca volverá a ser tan bonito como este año... No sé por qué lo dice. Pero ella sostiene que lo siente en el corazón».
«Entonces seguro que vendrá también la mía. No me lo ha dicho... Pero lo que hace Ana lo hace siempre María» dice Felipe.
«¿Y las hermanas de Lázaro? Vosotros que las habéis visto...» pregunta Simón Zelote.
«Obedecen con sufrimiento a la orden del Maestro y a la necesidad... Lázaro está muy enfermo, ¿verdad, Judas? Casi siempre está en la cama. Pero esperan con mucha ansia al Maestro» dice Tomás.
«Pronto será Pascua e iremos a casa de Lázaro».
«¿Pero Tú qué has hecho en Nazaret y Corazín?».
«En Nazaret he saludado a los parientes y amigos y a los parientes de los dos discípulos. En Corazín he hablado en la sinagoga y he curado a una mujer. Nos hemos detenido donde la viuda. Se le ha muerto la madre. Un dolor y un alivio al mismo tiempo, por los pocos recursos y por el tiempo que la asistencia a la enferma quitaba del trabajo de la viuda, que se ha puesto a hilar por cuenta de terceros. Pero ya no está desesperada. Tiene asegurado lo necesario y se siente satisfecha con eso. José va todas las mañanas donde un carpintero del Pozo de Jacob para aprender el oficio».

5 «¿Son mejores los de Corazín?» pregunta Mateo.

«No, Mateo. Son cada vez peores» confiesa con franqueza Jesús. «Y nos han tratado mal. Los notables, es natural, no el pueblo llano».

«Es un lugar muy poco recomendable. No vuelvas» dice Felípe.
«Sería causa de dolor para el discípulo Elías, y para la viuda y la mujer curada hoy y las otras personas buenas».
«Sí. Pero son tan pocos, que... yo no me ocuparía más de ese lugar. Tú lo has dicho: "Es imposible de labrar"» dice Tomás.

«Una cosa es la resina y otra los corazones. Algo permanecerá, como semilla hundida bajo muchas glebas muy compactas. Tardará mucho en nacer, pero, al final, nacerá. Lo mismo Corazín. Un día nacerá lo que he sembrado. No hay que desmoralizarse ante las primeras derrotas.

6 Oíd esta parábola. Podría ser titulada: "La parábola del buen labrador".

Un rico tenía una grande y hermosa viña. En ella había también higueras de distintas variedades. A la viña se dedicaba un sirviente, experto viñador y podador de árboles frutales, que cumplía con su deber con amor a su señor y a las plantas. Todos los años, el rico, en el mejor período del año, iba reiteradas veces a su viña para ver madurar las uvas y los higos y probar estos frutos cogiéndolos de las plantas con sus manos. Un día, pues, se acercó a una higuera de muchísima calidad, el único árbol de esa calidad que había en la viña. Pero también aquel día, como en los dos años anteriores, la encontró todo follaje y nada fruta. Llamó al viñador y dijo: "Hace tres años que vengo a buscar fruta a esta higuera y no encuentro sino hojas. Se ve que el árbol ha terminado de dar frutos. Córtalo, pues. Es inútil que esté aquí ocupando sitio y ocupando tu tiempo, para después no acabar en nada. Córtala, échala al fuego, limpia de raíces el terreno, y en el lugar suyo planta un arbolito nuevo. Dentro de algunos años dará fruto". El viñador, que era paciente y amoroso, respondió: "Tienes razón. Pero déjame todavía un año. No corto el árbol. Es más, con mayor dedicación aún, le cavaré el suelo de alrededor, lo abonaré, lo podaré. ¡Quién sabe, a lo mejor da todavía fruto! Si después de esta última prueba no da fruto, obedeceré tu deseo y lo cortaré".

Corazín es la higuera que no da frutos. Yo soy el buen Labrador. El rico impaciente sois vosotros. Dejad actuar al buen Labrador».

7 «De acuerdo. Pero tu parábola no concluye. ¿La higuera, al año siguiente, dio fruto?» pregunta el Zelote.

«No dio fruto y fue cortada. Pero el labrador quedó justificado de haber cortado un árbol que todavía era joven y pujante, porque había hecho *todo* su deber. Yo también quiero ser justificado por aquellos a quienes tenga que meter la segur y separarlos de mi viña, donde son árboles estériles o plantas venenosas, cobijos de serpientes, acaparadores de jugos nutritivos, parásitos o elementos tóxicos, que deterioran y dañan a los compañeros discípulos; o bien, que entran sin haber sido llamados, reptando con sus malignas raíces para proliferar en mi viña, rebeldes a todo injerto, venidos sólo para espiar, menoscabar y hacer estéril mi campo. A éstos los cortaré cuando todo haya sido intentado para convertirlos. Por ahora, antes de la segur, alzo las tijeras y el cuchillo del podador, desramo e injerto... Será un trabajo duro, para mí, que lo hago, y para los que lo sufran. Pero hay que hacerlo. Para que se pueda decir en el Cielo: "Ha cumplido todo. Pero ellos, cuanto más los ha podado, cuanto más ha injertado o removido la tierra de alrededor o abonado, con sudor y lágrimas, fatiga y sangre, ellos se han hecho cada vez más estériles y malos"... 8 Hemos llegado al pueblo. Id todos adelante y pedid alojamiento. Tú, Judas de Keriot, quédate conmigo».

Se quedan solos y, en la penumbra de la noche, caminan uno al lado del

otro en el máximo silencio.
Por fin Jesús dice, como hablando consigo mismo: «Y, no obstante, aunque se haya caído en desgracia de Dios por haber infringido su Ley, siempre podemos volver a ser lo que éramos, renunciando al pecado...».
Judas no responde nada.

Jesús sigue: «Y si hemos comprendido que no podemos seguir recibiendo de Dios el poder, porque Dios no está donde está Satanás, con facilidad se puede solucionar, prefiriendo lo que Dios concede a lo que quiere nuestra soberbia».

Judas calla.

Jesús - y ya están a la altura de la primera casa del pueblo -, todavía como hablando consigo mismo, dice: «Y pensar que he sufrido áspera penitencia para que se enmiende y torne al Padre suyo...».
Judas se estremece, levanta la cabeza, le mira... pero no dice nada.
También Jesús le mira... y luego pregunta: «Judas, ¿a quién estoy hablando?».
«A mí, Maestro. Por ti ya no tengo poder. Porque me lo has quitado para aumentárselo a Juan, a Simón, a Santiago, a todos, excepto a mí. ¡No me amas, eso es lo que pasa! Y acabaré por no amarte y por maldecir la hora en que te amé, y me hundí ante los ojos del mundo por un rey imbele que se deja supeditar incluso por la plebe. ¡No esperaba esto de ti!».

«Ni Yo tampoco de ti. Pero nunca te he engañado, ni te he obligado. ¿Por qué, pues, permaneces a mi lado?».

«Porque te amo. No puedo ya separarme de ti. Me atraes y me produces repulsión. Te deseo como el aire que respiro y... me das miedo. ¡Ah, soy un maldito! ¡Estoy condenado! ¿Por qué no arrojas de mí el demonio, Tú que puedes?». La cara de Judas está lívida y descompuesta, enajenada, llena de miedo y odio... Recuerda ya, aunque pálidamente, la máscara satánica del Judas del Viernes Santo.

Y el rostro de Jesús recuerda el del Nazareno flagelado, que, sentado en el patio del Pretorio encima de la artesa puesta boca abajo, mira a los que se burlan de Él con toda su piedad amorosa. Dice, y parece que hay ya un sollozo en su voz: «Porque no hay arrepentimiento en ti, sino solamente ira contra Dios, casi como si Él fuera el culpable de tu pecado».
Judas dice entre dientes una fea imprecación...

9 «Maestro, hemos encontrado lo que buscábamos. Cinco en un sitio, tres en otro, dos en otro, y uno y uno en otros dos. No hemos podido mejor» dicen los discípulos.

«Está bien. Yo voy con Judas de Keriot» dice Jesús.
«No. Prefiero estar solo. Estoy inquieto. No te dejaría descansar...».
«Como quieras... Entonces iré con Bartolomé. Vosotros haced lo que queráis. Entretanto vamos a donde haya más sitio, para poder cenar juntos».

339. La noche pecaminosa de Judas Iscariote.

23 de noviembre de 1945.

[1]Una bonita aurora de primavera pone rosicler el cielo y alegra las colinas. Los discípulos se manifiestan unos a otros su contento por ello, mientras se reúnen a la entrada del pueblo en espera de los rezagados.

«Es el primer día que no hace frío, después de las granizadas» dice Mateo frotándose las manos.

«¡Ya era hora de que llegara! ¡Estamos en la neomenia de Adar!» exclama Andrés.

«¡Bien! ¡Bien! ¡Si hubiéramos tenido que subir a los montes con el fresco de estos días pasados!... » comenta Felipe.

«¿Pero luego a dónde vamos?» pregunta Andrés.

«No sé... De aquí vamos a Sefet o a Meirón. ¿Pero luego...?» le responde Santiago de Zebedeo, y se vuelve a preguntar a los dos hijos de Alfeo: «¿Sabéis vosotros a dónde vamos?».

«Jesús nos ha dicho que quiere ir hacia septentrión; nada más» dice lacónico Judas de Alfeo.

«¿Otra vez? Para la próxima luna tenemos que empezar el peregrinaje de Pascua...» dice no demasiado entusiasta Pedro.

«Tendremos tiempo de sobra» le rebate Judas Tadeo.

«Sí, pero nada de descanso en Betsaida...».

«Pasaremos por allí seguro para recoger a las mujeres y a Margziam» responde Felipe a Pedro.

«Lo que os ruego es que no deis muestras de fastidio, desgana u otras cosas por el estilo. [2]Jesús está muy afligido... Ayer por la noche lloraba. Me le he encontrado llorando mientras preparábamos la cena. No estaba orando afuera, en la terraza, como creíamos. Lloraba» dice Juan.

«¿Por qué? ¿Se lo preguntaste?» dicen todos.

«Sí. Pero sólo me dijo: "Ámame, Juan"».

«Quizás... es por los de Corazín».

El Zelote, que está llegando en ese momento, dice: «El Maestro está viniendo con Bartolomé. Vamos a su encuentro».

Van... pero siguen con lo que estaban comentando: «O es por Judas. Ayer por la noche se habían quedado solos...» dice Mateo.

«¡Ya! Y Judas había declarado antes que estaba inquieto y no quería a ninguno consigo» observa Felipe.

«¡No ha querido estar ni siquiera con el Maestro! ¡Y yo que de tan buena gana habría estado!» suspira Juan.

«¡También yo!» dicen todos los demás.

«Ese hombre no me gusta... O está enfermo o hechizado o loco o endemoniado... Algo le pasa» dice seguro Judas Tadeo.

«Y, sin embargo, creedlo, en el viaje de regreso fue ejemplar. Defendió constantemente al Maestro y los intereses del Maestro como ninguno de nosotros ha hecho nunca. ¡Le vi yo, le oí yo! Espero que no dudéis de mi palabra» afirma Tomás.

«¿Cómo piensas que no te creemos! ¡No, hombre, no, Tomás! Y estamos contentos de que Judas sea mejor que nosotros. Pero ya le ves tú. ¿Es extraño, sí o no?» pregunta Andrés.

«¡Extraño lo es! Pero quizás es que sufre por cosas íntimas... Quizás también porque no

ha hecho milagros. Es un poco orgulloso. ¡Con buena finalidad, claro! Pero para él es importante hacer mucho y ser encomiado...».
«¡Mmm...! ¡Será así! La cosa es que el Maestro está triste. Miradle allí, decidme si asemeja al hombre que conocimos. Pero, ¡vive Dios, que si logro descubrir quién es el que hace sufrir al Maestro... ¡Basta! ¡Yo sé lo que le hago!» dice Pedro.

[3]Jesús, que viene en vivaz conversación con Natanael, los ve y acelera el paso sonriendo. «Paz a vosotros. ¿Estáis todos?».

«Falta Judas de Simón... Creía que estaba contigo, porque en la casa donde dormía me han dicho que han encontrado la habitación vacía y todo en orden...» explica Andrés.

Jesús frunce un momento la frente, agacha la cabeza y se concentra en su pensamiento. Luego dice: «No importa. Vámonos de todas formas. Decid a los de las últimas casas que vamos a Meirón y luego a Yiscala. Si Judas nos busca, que le manden allí. Vamos».
Todos sienten borrasca en el ambiente y obedecen sin rechistar.
Jesús sigue hablando con Bartolomé, adelantado algunos pasos respecto a los demás. Y oigo pasar grandes nombres en lo que dicen, Hil.lel, Yael, Barac; y glorias patrias, que pasan por la mente y las palabras; y comentarios de admiración sobre grandes doctores; y añoranzas en Bartolomé...
«¡Si viviera todavía el Sabio! Hil.lel era bueno. Pero también era fuerte. No se habría dejado turbar. ¡Habría emitido su propio juicio acerca de ti!».
«¡No te lo tomes a pecho, Bartolmái! Bendice al Altísimo que le ha llamado a su paz. El espíritu del Sabio no conoció así la turbación de tanto odio contra mí».
«¡Mi Señor! ¡No sólo odio!...».
«Más odio que amor, amigo. Y así será siempre».
«No estés triste. Nosotros te defenderemos...».
«No me angustia la muerte... sino el ver el pecado de los hombres».
«¡La muerte no!... No hables de muerte. No llegarán a tanto... porque tienen miedo...».
«El odio será más fuerte que el miedo. Bartolomé, después de mi muerte, luego, cuando esté lejos, en el Cielo santo, di a los hombres: "Él, más que por la muerte, sufrió por vuestro odio"...».
«¡Maestro! ¡Maestro! ¡Maestro! ¡No hables así! Nadie te va a odiar hasta el punto de hacer que mueras. Y Tú siempre puedes impedirlo, Tú que eres poderoso...».

[4]Jesús sonríe con tristeza (yo diría: cansado), mientras sube con su paso mesurado el camino montano que conduce a Meirón, y que a medida que se eleva va descubriendo un vasto y bonito panorama sobre el lago de Tiberíades, visible a través de la brecha de una hoz, y sobre colinas cercanas que, en forma de arco, hacen de mampara a la vista del lago de Merón, y luego, más allá del lago de Tiberíades, sobre el altiplano de la Transjordania, hasta los recortados montes lejanos de Aurán, Traconítida y Perea.

Jesús señala, no obstante, en dirección norte-nordeste diciendo: «Después de la Pascua tendremos que ir allá, a la tetrarquía de Filipo; en cuanto tengamos tiempo, para estar de nuevo para Pentecostés en Jerusalén».

«¿Pero no te convendría más hacerlo ahora? Pasando a la Transjordania, hacia el nacimiento del Jordán... volviendo por la Decápolis...».
Jesús se pasa la mano por la frente, con gesto cansado, como cuando uno tiene la mente

ofuscada, y susurra: «¡No sé, no sé todavía!... ¡Bartolomé!...». ¡Cuánto desconsuelo, dolor, invocación hay en la voz!...
Bartolomé se curva un poco, como herido por ese tono extraño y nuevo en Jesús, y dice, congojoso de amor: «¡Maestro? ¿Qué te pasa? ¿Qué quieres del viejo Natanael?».

«Nada, Bartolmái... Tu oración... Por que vea bien lo que hay que hacer... [5]Pero, nos llaman, Bartolmái... Parémonos aquí...». Y se paran junto a un grupo de árboles.

Se ve por la curva del sendero a los otros, en grupo: «Maestro, Judas nos sigue, corriendo a toda velocidad...».

«Bueno, pues le esperamos».
Judas, en efecto, aparece pronto, corriendo... «Maestro... Me he retrasado... Me he quedado dormido y...».
«¿Dónde, si en casa no te he encontrado?» Pregunta extrañado Andrés.
Judas se queda confundido un momento, pero rápidamente se rehace y dice: «¡Oh, siento que mi penitencia haya quedado manifiesta! He estado en el bosque, toda la noche, orando, haciendo sacrificio... Al alba me ha vencido el sueño... Soy una persona débil... Pero el Señor altísimo tendrá compasión de su pobre siervo. ¿No es verdad, Maestro? Me he despertado tarde y todo dolorido».
«Efectivamente, tienes una cara muy deslucida» observa Santiago de Zebedeo.
Judas se echa a reír: «¡Sí! ¡Ya! Pero tengo el alma más contenta. La oración sienta bien. La penitencia da un corazón alegre, y también humildad y generosidad. Maestro, perdona a tu necio Judas...» y se arrodilla a los pies de Jesús.
«Sí. Levántate y vamos».

«Dame la paz con un beso tuyo. Será la señal de que me has perdonado los malos humores de ayer. No deseé estar contigo, es verdad. Pero era porque quería orar...».

«Habríamos podido orar juntos...».

Judas se ríe y dice: «No, no podías orar conmigo esta noche, estar donde yo estaba...».
«¡Ésta sí que es buena! ¿Por qué? ¡Está siempre con nosotros, y nos ha enseñado Él a orar!» dice Pedro asombrado.
Todos se echan a reír. Pero Jesús no se ríe. Fija sus ojos en Judas, que le ha besado y ahora le está mirando con ojos jocosos de punzante malicia, como si le desafiara. Tiene la osadía de repetir: «¿No es verdad que no podías estar conmigo esta noche?».
«No podía. No podía y no podré nunca, en efecto, compartir los abrazos de mi espíritu y mi Padre con un tercero, todo carne y sangre, como eres tú, y en los lugares a donde tú vas. Amo la soledad poblada de ángeles, para olvidar que el hombre es un hedor de carne corrompida por la sensualidad, el oro, el mundo y Satanás».

Judas ya no se ríe ni siquiera con los ojos. Responde serio: «Tienes razón. Tu espíritu ha visto la verdad. [6]¿A dónde vamos ahora?».

«A venerar las tumbas de los grandes rabíes y héroes de Israel».

«¿Qué? ¿Cómo? Pero si Gamaliel no te ama. Pero si los otros te odian» dicen muchos de los presentes.
«No importa. Yo me inclino ante las tumbas de los justos que esperan Redención. Voy a decir a sus huesos: "Pronto Aquel que os espiró vuestro espíritu estará en el Reino de los Cielos, pronto para bajar de allí al extremo Día, para hacer que viváis de nuevo, eternamente, en el Paraíso"».

Caminan, caminan hasta que encuentran el pueblo de Meirón. Bonito, bien cuidado, lleno de luz y de sol, situado entre fértiles colinas y cumbres.
«Detengámonos. Por la tarde iremos hacia Yiscala. Las grandes tumbas están esparcidas por estas pendientes, en espera de su glorioso despertar».

340. El enmendamiento de Judas Iscariote y el choque con los rabíes junto al sepulcro de Hil.lel.

24 de noviembre de 1945.

[1]Dejando el pueblo de Meirón, Jesús, con sus apóstoles, toma un camino, también éste de montaña, que va en dirección noroeste, entre bosques y prados. Sigue subiendo. Quizás han venerado ya algunas tumbas, porque oigo que hablan de ello.

Ahora es precisamente Judas Iscariote el que va delante con Jesús. Se comprende que en Meirón han recibido y dado limosnas. Judas rinde cuentas, diciendo los donativos que han recibido y las limosnas que han dado. Termina diciendo: «Y ahora, aqui, mi donativo. He jurado esta noche que te lo iba a dar para los pobres, como penitencia. No es mucho. Pero no tengo mucho dinero. De todas formas, he convencido a mi madre de que me mande dinero a menudo a través de muchos amigos. Las otras veces que dejaba mi casa era con mucho dinero. Pero esta vez, teniendo que ir por los montes solo, o sólo con Tomás, he tomado lo suficiente para la duración del viaje. Prefiero hacerlo así. La única cosa es que... tendré que pedirte alguna vez autorización para separarme de vosotros durante unas horas para ir donde mis amigos. Ya he dispuesto todo... Maestro, ¿sigo teniendo el dinero yo? ¿Todavía yo? ¿Te fías todavía de mí?».

«Judas, tú solo dices todo. Y no sé el motivo por el que lo haces. [2]Has de saber que para mí nada ha cambiado... porque espero con ello que cambies tú y vuelvas a ser el discípulo que fuiste, y llegues a ser el justo por cuya conversión oro y sufro».

«Tienes razón, Maestro. Pero, con tu ayuda, ciertamente lo seré. Por lo demás... son imperfecciones de juventud. Cosas sin peso. Es más, sirven para poder comprender a los semejantes y para curarlos».

«¡Verdaderamente, Judas, tu moral es muy extraña! Y debería decir más. Nunca se ha visto a un médico que enferme voluntariamente para poder decir después: "Ahora sé curar mejor a los que tienen esta enfermedad". ¿Así que Yo soy un incapaz?».

«¿Quién lo dice, Maestro?».

«Tú. Yo no cometo pecados; por tanto, no sé curar a los pecadores».

«Tú eres Tú. Pero nosotros no somos Tú, y tenemos necesidad de la experiencia para saber hacer...».

«Es tu vieja idea. La misma de hace unas veinte lunas. Sólo que entonces opinabas que Yo debía pecar para ser capaz de redimir. Verdaderamente me sorprende que no hayas tratado de corregir este... defecto mío, según tus modos de juzgar, y de dotarme de esta... capacidad de comprender a los pecadores».

«Estás bromeando, Maestro. Bien, me agrada que bromees. Me causabas pena. Estabas muy triste. Y para mí es doble satisfacción el que sea precisamente yo quien te hace bromear. Pero nunca he pensado en elevarme a ser tu pedagogo. Además, ya ves que he corregido mi modo de pensar; tanto, que digo que esta experiencia es necesaria sólo para nosotros. Para nosotros, pobres hombres. Tú eres el Hijo de Dios, ¿no es verdad? Tienes, por tanto, una sabiduría que, para ser sabiduría, no tiene necesidad de experiencias».

«Bueno, pues, has de saber que la inocencia también es sabiduría, mucho mayor que el bajo y peligroso conocimiento del pecador. Donde la santa ignorancia del mal limitaría la capacidad de guiarse y de guiar, suple el ministerio angélico, que jamás se ausenta de un corazón puro. Cree que los ángeles, aun siendo purísimos, saben distinguir el Bien y el Mal, y conducir al hombre puro que custodian por el sendero recto y hacia actos rectos. El pecado no es aumento de sabiduría. No es luz. No es guía. Jamás. Es corrupción. Es privación de ver. Es caos. De modo que quien lo cometa conocerá su sabor, mas perderá también la capacidad de saber muchas otras espirituales cosas y ya no tendrá a un ángel de Dios, espíritu de orden y amor, que le guíe; sino a un ángel de Satanás, para conducirle por la vía de un desorden cada vez mayor, por el odio insaciable que devora a estos espíritus diabólicos».

3«Y... escucha, Maestro. ¿Si uno quisiera volver a tener la guía angélica? ¿Basta el arrepentimiento, o, por el contrario, el veneno del pecado perdura incluso después de que uno se ha arrepentido y ha sido perdonado?... Ya sabes... uno que se ha dado al vino, por ejemplo, aunque jure no volver a emborracharse, y lo jure con verdadera voluntad de cumplirlo, sigue sintiendo la incitación a beber. Y sufre...».

«Claro. Sufre. Por este motivo uno no se debería hacer nunca esclavo de lo malo. Pero sufrir no es pecar. Es expiar. Como un borracho arrepentido no comete pecado, sino que adquiere mérito, si resiste heroicamente a la incitación y deja de beber vino; así mismo, quien ha pecado y se arrepiente y resiste a todas las incitaciones, adquiere un mérito; y no le falta la ayuda sobrenatural para esta resistencia. Ser uno tentado no es pecado. Es más, es batalla que procura victoria. Y - cree también esto - Dios desea sólo perdonar y ayudar a quien habiendo errado luego se arrepiente...».

Judas está en silencio un rato... Luego, toma la mano de Jesús y la besa, y curvado todavía hacia la mano que ha besado, dice: «Pero yo ayer por la noche me he pasado de la raya. Te he insultado, Maestro... Te he dicho que acabaré odiándote... ¡He dicho estas blasfemias! ¿Pueden acaso serme perdonadas?».

«El mayor pecado es desesperar de la misericordia divina... Judas, Yo he dicho: "Todo pecado contra el Hijo del hombre será perdonado". El Hijo del hombre ha venido para perdonar, salvar, curar, para llevar al Cielo. ¿Por qué quieres perder el Cielo? 4¡Judas! ¡Judas! ¡Mírame! Lávate el alma en el amor que brota de mis ojos...».

«¿Pero no te causo repulsa?».

«Sí... Pero el amor es mayor que la repulsa. Judas, pobre leproso, el mayor leproso de Israel, ven a invocar la salud a Aquel que te la puede dar...».

«Dame la salud, Maestro».
«No. No así. No hay en ti arrepentimiento verdadero y voluntad firme. Hay sólo un conato de amor sobreviviente por mí, por tu pasada vocación. Hay un pulular de sentimiento, pero enteramente humano. No es que sea malo todo esto. Es más, es el primer paso hacia el Bien. Cultívalo, auméntalo, injértalo en lo sobrenatural, haz de ello un verdadero amor por mí, una vuelta verdadera a lo que eras cuando viniste a mí, ¡eso al menos!, ¡eso al menos! Haz de ello, no un latido transitorio, emotivo, de sentimentalismo inactivo, sino un verdadero sentimiento, activo, de atracción al Bien. Judas, Yo espero. Sé esperar. Yo oro. Soy Yo quien suple, en esta espera, a tu ángel disgustado. Mi piedad, mi paciencia, mi amor, siendo perfectos, son superiores a los angélicos, y pueden permanecer a tu lado, en medio de los desagradables hedores de lo que te fermenta en el corazón, para ayudarte...».

5 Judas se estremece, no fingidamente, sino en la realidad. Con labios temblorosos, con voz quebradiza por lo que le estremece, pálido, pregunta: «¿Pero Tú sabes realmente lo que he hecho?».

«Todo, Judas. ¿Quieres que te lo diga o prefieres que te ahorre esta humillación?».

«Pero... bueno, es que no puedo creer...».
«Bien, pues entonces vamos a recorrer hacia atrás el camino y a decirle al incrédulo la verdad. Esta mañana ya has mentido más de una vez, sobre el dinero y sobre cómo has pasado la noche. Tú ayer por la noche has tratado de ahogar con la lujuria todos tus otros sentimientos, todos los odios, los remordimientos. Tú...».
«¡Basta! ¡Basta! ¡Por caridad, no sigas! O huiré de tu presencia».
«Deberías, por el contrario, abrazarte a mis rodillas pidiendo perdón».
«¡Sí, sí! ¡Perdón! ¡Perdón, Maestro mío! ¡Perdón! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Es más fuerte que yo! Todo es más fuerte que yo».
«Menos el amor que deberías tener por Jesús... Pero, ven aquí, para vencerte la tentación y librarte de ella». Y le toma entre sus brazos y llora silenciosas lágrimas encima de la cabeza morena de Judas.

6 Los demás, que están algunos metros más atrás, se han detenido prudentemente y ahora comentan:

«¡¿Veis?! Quizás Judas tiene verdaderamente algún pesar».
«Y esta mañana se ha abierto con el Maestro».
«¡Qué tonto! Yo lo hubiera hecho inmediatamente».
«Serán cosas penosas».
«¡Seguro que no es por mala conducta de su madre! ¡Es una santa mujer! ¿Qué puede ser de penoso?».
«Quizás intereses que van mal...».
«¡No, hombre, no! ¡Él gasta y da, según le parece, con generosidad!».

«¡Bueno! ¡Asuntos suyos! Lo importante es que esté concorde con el Maestro, y parece que es así. Ya llevan mucho tiempo hablando y en paz. Ahora están abrazados... Muy bien».

«Sí, porque es una persona con capacidad y que conoce a mucha gente. Es buena cosa que esté en armonía y con buena voluntad con nosotros, y especialmente con el Maestro».

«Jesús dijo en Hebrón que las tumbas de los justos son lugares de

milagros, o más o menos... En estos lugares hay muchas tumbas de justos. Quizás las de Meirón han hecho un milagro respecto a la turbación de Judas».

«¡Entonces terminará de hacerse santo ahora ante la tumba de Hil.lel! ¿Aquello no es Yiscala?».

«Sí, Bartolomé».

«Pues el año pasado no pasamos por aquí...».

«¡Hombre, claro; como que vinimos por la otra parte!».

Jesús se vuelve y los llama. Se acercan alegres.

«Venid. La ciudad está cerca. Tenemos que cruzarla para encontrar la tumba de Hil.lel. Hagámoslo en grupo» dice Jesús sin explicar nada más, mientras los once miran curiosos con el rabillo del ojo tanto a Él como a Judas. Pero si éste último muestra un rostro pacificado, aunque mustio, Jesús no lo tiene radiante: su expresión es solemne, pero seria.

7 Entran en Yiscala, que es vasta y bonita, y está bien cuidada. Debe haber en ella un floreciente centro rabínico porque veo a muchos doctores reunidos acá o allá, con alumnos a su lado escuchando sus lecciones. Bien se nota el paso de los apóstoles, y especialmente del Maestro, y muchos se ponen detrás del grupo. Alguno sonríe maliciosamente, otros llaman a Judas de Keriot; pero él va al lado del Maestro y ni siquiera se vuelve.

Salen de la ciudad y se dirigen a la casa cerca de la cual está la tumba de Hil.lel.

«¡Qué descaro!».

«¡Es imprudente e irrespetuoso!».

«Nos provoca».

«¡Profanador!».

«¡Díselo, Uziel!».

«Yo no me contamino. Díselo tú, Saúl, que eres sólo alumno».

«No. Se lo decimos a Judas. Ve a llamarle».

El joven llamado Saúl, menudo, pálido, todo ojos y boca, va a donde Judas y le dice: «Ven. Te llaman los rabíes».

«No voy. Me quedo donde estoy. Dejadme».

El joven vuelve y refiere esto a sus jefes.

Entretanto, Jesús, circundado por los suyos, ora con veneración ante el sepulcro de Hil.lel, bien cándido de cal.

Los rabíes se acercan despacio, como serpientes silenciosas, y observan. Dos de ellos, barbudos, ancianos, tiran de la túnica de Judas, el cual, al ponerse a hacer oración ha quedado desprotegido de las parejas de los otros compañeros.

«¡Pero bueno, ¿qué queréis?!» pregunta en voz baja, aunque con resentimiento. «¿Ni siquiera orar se puede?».

«Sólo una palabra. Luego te dejamos en paz».

Simón Zelote y Judas Tadeo se vuelven y se callan los cuchicheadores.

Judas se separa dos o tres pasos y pregunta: «¿Qué queréis?».

No percibo lo que el más viejo le susurra al oído. Pero sí veo bien la reacción de Judas, que, sin mediar reflexión alguna, se separa de repente y dice: «No. Dejadme en paz, ánimas de veneno. No os conozco, no quiero seguiros conociendo».

Una carcajada de burla sale del grupito rabínico, y una amenaza: «¡Atento a lo que haces,

muchacho estúpido!».

«Atentos vosotros. ¡Fuera! Id a decírselo también a los demás. A *todos* los demás. ¿Habéis entendido? Hablad con quien queráis, pero no conmigo, demonios, que es lo que sois» y los deja plantados.

Ha hablado tan fuerte que los apóstoles, atónitos, se han vuelto; Jesús, no, ni siquiera por la carcajada burlona y la promesa: «¡Nos volveremos a ver, Judas de Simón!» que resuena en el silencio del lugar.

Judas vuelve a su sitio; es más, aparta a Andrés, que se había puesto al lado de Jesús, y, casi como para buscar defensa y protección, toma con sus manos un extremo del manto de Jesús.

8La ira, entonces, arremete contra Jesús. Se aproximan, amenazadores, y gritan: «¿Qué haces aquí, anatema de Israel? ¡Fuera! No turbes los huesos del Justo al que no eres digno de acercarte. Se lo diremos a Gamaliel para que seas castigado».

Jesús se vuelve y los mira, uno por uno.

«¿Por qué nos miras así, endemoniado?».

«Para conocer bien vuestras caras y vuestros corazones. Porque no sólo mi apóstol os volverá a ver. Yo también, y entonces querré haberos conocido bien para poderos reconocer en seguida».

«Bien, ¿ya nos has visto? Márchate de aquí. Gamaliel, si estuviera, no lo permitiría».

«El año pasado he estado con él aquí...».

«¡No es verdad, embustero!».

«Preguntádselo. Como es una persona honesta, os dirá que es verdad. Yo amo y venero a Hil.lel, y respeto y honro a Gamaliel. Son dos hombres en los cuales, por su justicia y sabiduría, se pone de manifiesto el origen del hombre, recordando que el hombre ha sido hecho a semejanza de Dios».

«¿En nosotros no, eh?» interrumpen los energúmenos.

«En vosotros está entenebrecido por los intereses y el odio».

«¡Pero le estáis oyendo? ¡En casa ajena así habla y ofende! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, corruptor de los mejores de Israel! Si no, echamos mano a las piedras. Que aquí no está Roma para protegerte, amigo de contubernios con el enemigo pagano...».

«¿Por qué me odiais? ¿Por qué me perseguís? ¿Qué mal os he hecho? Algunos de vosotros han recibido beneficios de mí; todos, respeto. ¿Por qué, pues, sois crueles conmigo?». Jesús se muestra humilde, manso, afligido y amoroso. Les suplica su amor. Ellos toman esto como signo de debilidad y miedo, y acosan: la primera piedra vuela, y roza a Santiago de Zebedeo. Éste, rápido, hace el gesto de reaccionar lanzándola a los agresores. Mientras, todos se apiñan en torno a Jesús. Pero son doce contra aproximadamente un centenar. Otra piedra le da a Jesús en la mano, que está ordenando a los suyos que no reaccionen. La mano, herida en el dorso, sangra: parece ya la herida del clavo...

9Entonces Jesús ya no ora. Se yergue, imponente; los mira, los fulmina con sus miradas. Mas otra piedra hace sangrar a Santiago de Alfeo en la sien. Jesús debe paralizar cualquier otro acto con su poder, para defender a sus apóstoles, los cuales, obedientes, sufren la apedrea sin reaccionar. Y cuando la voluntad de Jesús domina a los viles, Él - su imponencia es *terrífica* - dice con voz de trueno:

«Me voy. Pero sabed que, por lo que hacéis, Hil.lel os habría maldecido. Me voy. Pero recordad que ni siquiera el mar Rojo detuvo a los israelitas en el camino que Dios les había señalado. Todo se allanó y quedó abierto el camino ante la voluntad de Dios que pasaba. Y lo mismo para mí. De la misma forma que ni egipcios ni filisteos ni amorreos ni cananeos ni ningún otro pueblo detuvieron la marcha triunfal de Israel, así vosotros, que sois peores que ellos, tampoco detendréis mi camino ni mi misión: Israel. Recordad que fue cantado al pozo del

agua por Dios dada: "Mana, pozo*, pozo cavado por los príncipes, preparado por los jefes del pueblo, con el dador de la Ley, con los propios bastones". ¡Yo soy aquel Pozo! ¡Aquel Pozo soy Yo! Cavado desde los Cielos por todas las oraciones y la justicia de los verdaderos príncipes y jefes del Pueblo santo, que no sois vosotros. No. No lo sois. Por. vosotros jamás el Mesías habría venido, porque no os lo merecéis. Porque su venida es vuestra ruina. Porque el Altísimo conoce todos los pensamientos de los hombres, y los conoce desde siempre, desde antes de que existiera Caín, del cual procedéis, y Abel, al que asemejo; desde antes de Noé, figura mía; antes que Moisés, que fue el primero en usar mi símbolo; desde antes de que existiera Balaam, que profetizó la Estrella, e Isaías y todos los profetas. Y conoce los vuestros, Dios, y le horrorizan. Siempre le han horrorizado, de la misma forma que siempre ha exultado por los justos por quienes justo era enviarme, y que verdaderamente, ¡oh, sí, verdaderamente!, me han aspirado desde las profundidades de los Cielos para portar el Agua viva para la sed de los hombres. Yo soy la Fuente de Vida eterna. Pero vosotros no queréis beber. Y moriréis».

Y pasa lentamente por entre los paralizados rabíes y alumnos, y sigue su camino, lento, solemne, en un silencio atónito de hombres y cosas.

* *Mana, pozo...* se encuentra en *Números 21, 17-18,* como observa MV en una copia mecanografiada.

ÍNDICE DEL VOLUMEN SEXTO * on line *

364. En el Templo. Oración universal y parábola del hijo verdadero y los hijos bastardos. *

365. Judas Iscariote insidia la inocencia de Margziam. Un nuevo discípulo, hermano de leche de Jesús. En Betania, en la casa de Lázaro, enfermo.

366. Anastática entre las discípulas. Las cartas de Antioquía.

367. El jueves prepascual. Preparativos en el Getsemaní.

368. El jueves prepascual. En Jerusalén y en el Templo.

369. El jueves prepascual. Parábola de la lepra de las casas.

370. El jueves prepascual. En el convite de los pobres en el palacio de Cusa.

371. El jueves prepascual. Por la noche en el palacio de Lázaro.

372. El día de la Parasceve. Despertar en el palacio de Lázaro.

373. El día de la Parasceve. En el Templo.

374. El día de la Parasceve. Por las calles de Jerusalén y en el barrio de Ofel.

375. La cena ritual en casa de Lázaro y el banquete sacrílego en la casa de Samuel.

376. Lección sobre la obra salvífica de los santos, y condena al Templo corrompido.

377. Parábola del agua y del junco para María de Magdala, que ha elegido la mejor parte.

378. La parábola de los pájaros, criticada por unos judíos enemigos que tienden una trampa.

379. Una premonición del apóstol Juan.

380. El amor de los apóstoles, de la contemplación a la acción.

*

381. La parábola del administrador infiel y sagaz. Hipocresía de los fariseos y conversión de un esenio.

382. Un alto en casa de Nique.

383. Discurso sobre la muerte junto al vado del Jordán.

384. El anciano Ananías, guardián de la casita de Salomón.

385. Parábola de la encrucijada y milagros cerca del pueblo de Salomón.

386. Hacia la orilla occidental del Jordán.

387. En Guilgal. El mendigo Ogla y los escribas tentadores. Los apóstoles comparados con las doce piedras del prodigio de Josué.

388. Exhortación a Judas Iscariote, que irá a Betania con Simón Zelote.

389. Llegada a Engadí con diez apóstoles.

390. La fe de Abraham de Engadí y la parábola de la semilla de palma.

391. Curación del leproso Eliseo de Engadí.

392. La hostilidad de Masada, ciudad-fortaleza.

393. En la casa de campo de María de Keriot.

394. Parábola de las dos voluntades y despedida de los habitantes de Keriot.

395. Las dos madres infelices de Keriot. Adiós a la madre de Judas.

396. En Yuttá, con los niños. La mano de Jesús obradora de curaciones.

397. Despedida de los fieles de Yuttá.

398. Palabras de despedida en Hebrón. Los delirios de Judas Iscariote.

399. Palabras de despedida en Betsur. El amor materno de Elisa.

400. En Béter, en casa de Juana de Cusa, la cual habla del daño provocado por Judas Iscariote ante Claudia.

401. Pedro y Bartolomé en Béter por un grave motivo. Éxtasis de la escritora.

402. Judas Iscariote se siente descubierto durante el discurso de despedida en Béter.

403. Una lucha y victoria espiritual de Simón de Jonás.

404. En camino hacia Emaús de la llanura.

405. Descanso en un henil y discurso a la entrada de Emaús de la llanura. El pequeño Miguel.

406. En Joppe. Palabras inútiles a Judas de Keriot y diálogo sobre el alma con algunos Gentiles.

407. En los campos de Nicodemo. La parábola de los dos hijos.

408. Multiplicación del trigo en los campos de José de Arimatea.

409. El drama familiar del Anciano Juan.

410. Provocaciones de Judas Iscariote en el grupo apostólico.

411. Una lección extraída de la naturaleza y espigueo milagroso para una viejecita. Cómo ayudar a quien se enmienda.

412. Elogio del lirio de los valles, símbolo de María. Pedro se sacrifica por el bien de Judas.

413. Llegada a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y disputa con los doctores del Templo.

414. Invectiva contra fariseos y doctores en el convite en casa del Anciano Elquías.

415. Un alto en el camino en Betania.

416. Un mendigo samaritano en el camino de Jericó.

417. Historia de Zacarías el leproso y conversíon de Zaqueo el publicano.

418. Curación del discípulo José, herido en la cabeza y recogido en la casita de Salomón

419. Curaciones en un pueblecito de la Decápolis. Parábola del escultor y de las estatuas.

420. Curación de un endemoniado completo. La vocación de la mujer al amor.

421. El endemoniado curado, los fariseos y la blasfemia contra el Espíritu Santo.

422. El Iscariote, con sus malos humores, ocasiona la lección sobre los deberes y los siervos inútiles.

423. Partida del Iscariote, que ocasiona la lección sobre el amor y el perdón.

424. Pensamientos de gloria y martirio ante la vista de la costa mediterránea.

425. En Cesarea Marítima. Romanos mundanos y parábola de los hijos con destinos distintos.

426. Con las romanas en Cesarea Marítima. Profecía en Virgilio. La joven esclava salvada.

427. Bartolomé instruye a Áurea Gala.

428. Parábola de la viña y del viñador, figuras del alma y del libre albedrío.

429. Con Judas Iscariote en la llanura de Esdrelón.

430. El nido caído y el escriba cruel. La letra y el espíritu de la Ley.

431. Tomás prepara el encuentro de Jesús con los campesinos de Jocanán.

432. Con los campesinos de Jocanán, cerca de Seforí.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN SEXTO

364. En el Templo. Oración universal y parábola del hijo verdadero y los hijos bastardos.
1 de enero de 1946, 6.35 de la mañana.

1Dice Jesús:
«Levántate, María. Vamos a santificar el día con una página del Evangelio. Porque mi Palabra es santificación. Ve, María. Porque ver los días terrenos de Cristo es santificación. Escribe, María. Porque escribir acerca de Cristo es santificación, repetir lo que dice Jesús es santificación, predicar a Jesús es santificación, instruir a los hermanos es santificación. Grande será tu recompensa por esta obra de caridad».

2Jesús ha dejado Rama (visión del 17-12-45) y ya está a la vista de Jerusalén. Mientras anda - como el año pasado - va cantando los salmos prescritos. Muchos, en la vía llena de gente, se vuelven para mirar al grupo apostólico que pasa. Quién saluda con reverencia; quién se limita a echar una ojeada curiosa (éstas son por lo general las mujeres), sonriendo respetuosamente; quién se limita a observar; quién dibuja en sus labios una sonrisita irónica y desdeñosa; quién, en fin, pasa altivo y con evidente malevolencia. Jesús va tranquilo, vestido con una túnica limpia y buena. También Él, como todos, se ha cambiado, para entrar con orden y, diría, con elegancia, en la ciudad santa.
Y también Margziam este año está a la altura de las circunstancias con su ropa nueva. Camina al lado de Jesús, cantando a pleno pulmón, con esa voz suya que la verdad es que es un poquillo áspera porque no es todavía viril. Pero su tono imperfecto se pierde en el coro, lleno, de las voces de sus compañeros, emergiendo sólo, límpido como tintín de plata, en los agudos que emite todavía con voz blanca y segura. Está feliz Margziam...
En un intervalo de los cantos - ya a la vista de la Puerta de Damasco, porque entran por allí para ir inmediatamente al Templo -, mientras esperan a que pase una pomposa caravana que ocupa toda la vía y crea obstrucciones (de forma que los prudentes se detienen en los márgenes), Margziam pregunta: «Señor mío, ¿no vas a decir otra parábola bonita para tu hijo lejano? Querría unirla a los otros escritos que tengo; porque está claro que en Betania vamos a encontrar a sus enviados y sus noticias. Y me consume el deseo de darle una alegría, según le prometí y su corazón y el mío queremos...».
«Sí, hijo mío. Te daré la parábola».
«Pero una que le consuele, que le diga que sigue siendo tu amado...».
«Así lo diré. Y será para mí alegría porque será decir una verdad».
«¿Cuándo la vas a decir, Señor?».
«Inmediatamente. Vamos a ir en seguida al Templo, como es deber, y allí hablaré antes de que se me impida hacerlo».
«¿Y vas a hablar para él?».
«Sí, hijo mío».
«¡Gracias, Señor! Debe ser *muy* doloroso el estar separado así...» dice Margziam, que tiene casi un brillo de llanto en sus ojos negros.
Jesús le pone la mano encima del pelo 3y se vuelve para indicar a los doce que se acerquen y así reprender la marcha. Y es que los doce se habían detenido a oír lo que decían algunos, no sé si creyentes en el Maestro o deseosos de conocerle, que a su vez se habían parado por la misma causa que había detenido a Jesús y a los suyos.

«Ya vamos, Maestro. Estábamos escuchando a éstos. Algunos de ellos son prosélitos que vienen de lejos y preguntaban que dónde podrían acercarse a conocerte» dice Pedro yendo.
«¿Por qué motivo lo desean?».
Y Pedro, ya al lado de Jesús - que está reanundando la marcha - dice: «Porque quieren oír tu palabra, y para ser curados de algunas enfermedades. ¿Ves ese carro cubierto, después de ellos? Dentro hay prosélitos de la Diáspora que han venido por mar o con un largo viaje, movidos a realizarlo además de por el respeto a la Ley por la fe en ti. Los hay de Éfeso, Perge e Iconio, y hay uno, pobre, de Filadelfia, al que han acogido en el carro por piedad los otros, que son mercantes ricos por lo general, pensando propiciarse al Señor».
«Margziam, ve a decirles que me sigan al Templo. Tendrán lo uno y lo otro: salud del alma, con la palabra, y salud para los cuerpos si saben tener fe».
El jovencito va ligero. Pero de los doce se eleva un coro de desaprobación por "la imprudencia" de Jesús, que quiere mostrarse públicamente en el Templo...
«Vamos a propósito, para que vean que no tengo miedo. Para que vean que ninguna amenaza me puede hacer desobedecer al precepto. ¿Pero es que no habéis entendido todavía su juego? Todas estas amenazas, todos estos consejos, amigables sólo en apariencia, tienen la pretensión de hacerme pecar, para poder disponer de un elemento *verdadero* de acusación. No seáis cobardes. Tened fe. No es mi hora».
«¿Pero por qué no vas antes a tranquilizar a tu Madre? Te espera...» dice Judas Iscariote.

«No. Primero voy al Templo, que, hasta el momento señalado por el Eterno para la nueva época, es la Casa de Dios. Mi Madre, esperándome, sufrirá menos de lo que sufriría sabiendo que estoy predicando en el Templo. De esta forma, honraré al Padre y a la Madre, dándole al Primero la primicia de mis horas pascuales, y a la segunda la tranquilidad. Vamos. No temáis. Por lo demás, quien tenga miedo que vaya al Getsemaní, a incubar su miedo entre las mujeres».

Los apóstoles, con la pulla de esta última observación, no hablan más. Se ponen de nuevo en fila, de tres en tres. Sólo en la fila donde está Jesús, la primera, son cuatro, hasta que llega Margziam y la hace de cinco (tanto que Judas Tadeo y el Zelote se ponen detrás de Jesús, dejándole así en el centro entre Pedro y Margziam).

4En la Puerta de Damasco ven a Manahén. «Señor, he pensado que era mejor que me vieran, para disolver toda posible duda sobre la situación. Te aseguro que, aparte de la malevolencia de los fariseos y escribas, no hay nada que sea peligroso para ti. Puedes ir seguro».

«Lo sabía, Manahén. De todas formas, te lo agradezco. Ven conmigo al Templo, si no te es molestia...».
«¡Molestia? ¡Por ti desafiaría al mundo entero! ¡Afrontaría cualquier fatiga! ».
Judas Iscariote barbota algunas palabras. Manahén se vuelve ofendido. Dice con voz segura: «No, hombre. No son "palabras". Le ruego al Maestro que compruebe mi sinceridad».
«No hace falta, Manahén. Vamos».
Siguen adelante entre el atasco de gente. Llegados a una casa amiga, se liberan de los talegos; Santiago, Juan y Andrés los depositan por todos en un atrio largo y obscuro, y luego dan alcance a sus compañeros.

5Entran en el recinto del Templo pasando cerca de la Antonia. Los soldados romanos miran, pero no se mueven. Se susurran algunas cosas. Jesús los observa, para ver si hay

alguno que conozca. Pero no ve ni a Quintiliano ni al mílite Alejandro.
Ya están en el Templo, en medio del hormigueo de gente, poco sagrado, de los primeros patios, donde hay mercaderes y cambistas. Jesús mira y vibra. Se pone pálido. Su andadura severa es tan solemne, que parece aumentar más todavía de estatura.
Judas Iscariote le tienta: «¿Por qué no repites aquel gesto santo? Ya ves... lo han olvidado... De nuevo la profanación ha entrado en la Casa de Dios. ¿No te duele? ¿No te lanzas a defender?». Este rostro moreno y bello, pero irónico y falso (a pesar de todas las artes de Judas para que no aparezca así), toma un aspecto incluso vulpino mientras, un poco agachado, como por reverencial respeto, dice estas palabras a Jesús, escrutándole de abajo arriba.
«No es la hora. Pero todo eso será purificado. ¡*Y para siempre*!...» dice secamente Jesús.
Judas sonríe ligeramente y comenta: «¡¡El "para siempre" de los hombres!! ¡Ya ves, Maestro, que es muy precario!...».
Jesús no le responde, pues trata de saludar desde lejos a José de Arimatea, que pasa seguido por otras personas, envuelto en sus vistosos indumentos.
Recitan las oraciones rituales y luego regresan al Patio de los Gentiles, bajo cuyos pórticos se agolpa la gente.
6Los prosélitos a los que habían encontrado viniendo al Templo han seguido todo este tiempo a Jesús. Han traído con ellos a sus enfermos y ahora los están colocando a la sombra, debajo de los pórticos, cerca del Maestro. Sus mujeres, que los han esperado aquí, se acercan muy despacio. Todas veladas. Pero una está ya sentada, quizás por estar enferma, y las compañeras la llevan al lado de los otros enfermos. Más gente se agolpa alrededor de Jesús. Veo estupor y desorientación en los grupos rabínicos y sacerdotales por la abierta venida y la abierta predicación de Jesús.
«¡La paz sea con todos vosotros que escucháis!
La Pascua Santa trae de nuevo a los hijos fieles a la Casa del Padre. Parece, esta Pascua bendita nuestra, una madre que piensa solícita en el bien de sus hijos, que los llama con fuerte voz para que vengan de todas partes, aplazando todas las ocupaciones por una más importante, la única que es verdaderamente grande y útil: honrar al Señor y Padre. En esto se comprende que somos hermanos; de esto, con testimonio delicado, surge el orden y el compromiso de amar al prójimo como a uno mismo. ¿No nos hemos visto nunca? ¿No sabíamos los unos de los otros? Así es. Pero, si estamos aquí, porque somos hijos de un único Padre que quiere congregarnos en su Casa para el banquete pascual, entonces, aunque no sea con los sentidos materiales, sí ciertamente con la parte superior, sentimos que somos iguales, hermanos, provenientes de Uno solo, y nos amamos, por tanto, como si hubiéramos crecido juntos. Y esta unión de amor nuestra es anticipación de la otra, más perfecta, de que gozaremos en el Reino de los Cielos, bajo la mirada de Dios, abrazados todos por su Amor: Yo, Hijo de Dios y del hombre, con vosotros, hombres hijos de Dios; Yo, Primogénito, con vosotros, hermanos amados sobre toda humana medida, hasta hacerme Cordero por los pecados de los hombres.
Recordemos también, nosotros que gozamos en el momento presente de nuestra fraterna unión en la Casa del Padre, a los que están lejos y también son hermanos nuestros en el Señor y en el origen. Tengámolos en nuestro corazón. Llevemos en nuestro corazón ante el altar santo a los ausentes. Oremos por ellos, recogiendo con el espíritu sus lejanas voces, sus añoranzas de estar aquí, sus anhelos. Y, de la misma forma que recogemos estos conscientes anhelos de los israelitas lejanos, recojamos también los de las almas que

pertenecen a hombres que no saben siquiera que tienen un alma y que son hijos de Uno solo. *Todas las almas del mundo gritan en las prisiones de los cuerpos hacia el Altísimo.* Alzan, en oscura cárcel, su gemido hacia la Luz. Nosotros, que estamos en la luz de la fe verdadera, tengamos misericordia de ellos. [7]Oremos así:
Padre nuestro que estás en los Cielos, sea santificado por toda la humanidad tu Nombre. Conocer tu Nombre es encaminarse hacia la santidad. Haz, Padre santo, que los gentiles y paganos conozcan tu existencia, y que vengan a Dios, a ti, Padre, guiados por la Estrella de Jacob, por la Estrella de la Mañana, por el Rey y Redentor de la estirpe de David, por tu Ungido, ya ofrecido y consagrado para ser Víctima por los pecados del mundo; que vengan como los tres sabios de entonces, de un tiempo ya lejano pero no inoperante, porque nada de lo que tiene algo que ver con la venida de la Redención al mundo es inoperante.
Venga tu Reino a todos los lugares de la tierra: donde se te conoce y ama, y donde aún no se te conoce; y, sobre todo, a los que son triplemente pecadores, los cuales, aun conociéndote, no te aman en tus obras y manifestaciones de luz, y tratan de rechazar y apagar la Luz que ha venido al mundo, porque son almas de tinieblas, que prefieren las obras de tinieblas, y no saben que querer apagar la Luz del mundo es ofenderte a ti mismo, porque Tú eres Luz santísima y Padre de todas las luces, comenzando por la que se ha hecho Carne y Palabra para traer tu luz a todos los corazones de buena voluntad.
Padre santísimo, que todos los corazones de este mundo hagan tu voluntad, es decir, que se salven todos los corazones y no quede para ninguno sin fruto el sacrificio de la Gran Víctima; porque ésta es tu voluntad: que el hombre se salve y goce de ti, Padre santo, después del perdón que está para ser otorgado.
Danos tu ayuda, Señor: *todas* tus ayudas. Ayuda a todos los que esperan, a los que no saben esperar, a los pecadores con el arrepentimiento que salva, a los paganos con la herida de tu llamada que estremece; ayuda a los infelices, a los reclusos, a los desterrados, a los enfermos en el cuerpo o en el espíritu, a todos, Tú que eres el Todo; porque el tiempo de la Misericordia ha llegado.
Perdona, Padre bueno, los pecados de tus hijos. Los de tu pueblo, que son los más graves, los de los culpables de querer estar en el error, mientras que tu amor de predilección ha dado la Luz precisamente a este pueblo. Perdona a los que están afeados por un paganismo corrompido que enseña el vicio, y se hunden en la idolatría de este paganismo pesado y mefítico, mientras que entre ellos hay almas preciadas y que Tú amas porque las has creado. Nosotros perdonamos, Yo el primero, para que Tú puedas perdonar. E invocamos tu protección sobre la debilidad de las criaturas para que libres del Principio del Mal, del cual vienen todos los delitos, idolatrías, culpas, tentaciones y errores, a tus criaturas. Líbralas, Señor, del Príncipe horrendo, para que puedan acercarse a la Luz eterna».
[8]La gente ha seguido atenta esta solemne oración. Se han acercado rabíes famosos, entre los cuales, sujetándose pensativo el barbado mentón, está Gamaliel... Y se ha acercado también un grupo de mujeres, enteramente envueltas en mantos, con una especie de capucha que oculta sus rostros. Y los rabíes se han acercado con desprecio... Y también han venido, reclamados por la noticia de que había llegado el Maestro, muchos discípulos fieles, entre los cuales están Hermas, Esteban y el sacerdote Juan, Y también Nicodemo y José, inseparables, y otros amigos suyos que creo haber visto ya.
Durante la pausa que sigue a la oración del Señor, recogido ahora dentro de sí,

solemnemente austero, se oye a José de Arimatea decir: «¿Y entonces, Gamaliel? ¿No te parece *todavía* palabra del Señor?».
«José, se me dijo: "Estas piedras se estremecerán con el sonido de mis palabras"» responde Gamaliel.
Esteban, impetuosamente, grita: «¡Cumple el prodigio, Señor! ¡Da la orden, y se desarticularán! ¡Gran don sería que se derrumbase el edificio, pero se elevaran en los corazones las murallas de tu Fe! ¡Házselo a mi maestro!».
«¡Blasfemo!» grita un grupo rabioso de rabíes con sus alumnos.
«No» grita a su vez Gamaliel. «*Mi* discípulo habla con palabra inspirada. Pero nosotros no somos capaces de aceptarla porque el Ángel de Dios todavía no nos ha purificado* del pasado con el tizón tomado del Altar de Dios... Y, quizás, ni aunque el grito de su voz» y señala a Jesús «desencajara los quicios de estas puertas, sabríamos creer...». Se recoge un extremo del amplio manto blanquísimo y con él se cubre la cabeza, ocultándose casi el rostro; luego se marcha.

Jesús le mira mientras se va... [9]Luego continúa hablando. Ahora responde a algunos que murmuran entre sí, que se muestran escandalizados y que hacen más visible su escándalo descargándolo sobre Judas de Keriot, con una rociada de protestas que el apóstol encaja sin reaccionar, encogiéndose de hombros y poniendo una cara que de satisfecha no tiene nada.
Jesús dice:
«En verdad, en verdad os digo que los que parecen ilegítimos son hijos verdaderos, y que los que son hijos verdaderos se hacen ilegítimos. Escuchad todos una parábola.
Hubo una vez un hombre que, debido a algunas ocupaciones, tuvo que ausentarse durante largo tiempo de casa, dejando en ella a algunos hijos que todavía eran poco mas que unos niños. Desde el lugar en que se hallaba, escribía cartas a sus hijos mayores para mantener siempre en ellos el respeto hacia el padre lejano y para recordarles sus enseñanzas. El último, nacido después de su partida, se estaba criando todavía con una mujer que vivía lejos de allí, de la región de la esposa, que no era de su raza. Y la esposa murió, siendo pequeño y viviendo lejos de casa todavía este hijo. Los hermanos dijeron: "Dejémosle allí, donde está, con los parientes de nuestra madre. Quizás nuestro padre se olvida de él. Saldremos ganando porque tendremos que repartir con uno menos, cuando nuestro padre muera". Y así lo hicieron. De esta forma, el niño lejano creció con los parientes maternos, ignorando las enseñanzas de su padre, ignorando que tenía un padre y unos hermanos, o, peor, conociendo la amargura de esta reflexión: "Todos ellos me han desechado como si fuera ilegítimo", y tanto se sentía repudiado por su padre, que llegó incluso a creer que ello fuera verdad.
Siendo ya un hombre y habiéndose puesto a trabajar - porque, agriado como estaba por los pensamientos mencionados, aborrecía también a la familia de su madre, a quien consideraba culpable de adulterio -, quiso el azar que este joven fuera a la ciudad donde estaba su padre. Y entró en contacto con él, aunque no

---

* *el Ángel de Dios todavía no nos ha purificado...* es imagen tomada de *Isaías 6, 6-7.*

recordarle que eran "sus" hijos y que, como consecuencia, se acordara de ellos en el testamento -, se ocupaba mucho en dar rectos consejos a los jóvenes a quienes tenía ocasión de conocer en esa tierra en que estaba. El joven se sintió atraído por esa rectitud, que era paterna hacia muchos jóvenes; no sólo se acercó a él, sino que atesoró todas sus palabras, y vino a hacer bueno su agriado ánimo. El hombre enfermó. Tuvo que decidir regresar a su patria. El joven le dijo: "Señor, eres la única persona que me ha hablado con justicia y me ha elevado el corazón. Deja que te siga como siervo. No quiero volver a caer en el mal de antes". "Ven conmigo. Ocuparás el puesto de un hijo del que no he podido volver a tener noticias". Y regresaron juntos a la casa paterna.
Ni el padre ni los hermanos ni el propio joven intuyeron que el Señor hubiera congregado de nuevo a los de una única sangre bajo un único techo.
Mas el padre hubo de llorar mucho por sus hijos conocidos, porque los encontró olvidados de sus enseñanzas, codiciosos, duros de corazón, con muchas idolatrías en sus corazones en vez de creyentes en Dios: la soberbia, la avaricia y la lujuria eran sus dioses, y no querían oír hablar de nada que no fuera ganancia humana. El extranjero, sin embargo, cada vez se acercaba más a Dios; se hacía cada vez más justo, bueno, amoroso, obediente. Los hermanos le odiaban porque el padre quería a ese extranjero. Él perdonaba y amaba porque había comprendido que en el amor estaba la paz.
El padre, un día, disgustado con la conducta de sus hijos, dijo: "Vosotros os habéis desinteresado de los parientes de vuestra madre, y hasta de vuestro hermano. Me recordáis la conducta de los hijos de Jacob hacia su hermano José*. Quiero ir a esas tierras para tener noticias de él. Quizás le encuentro para consuelo mío". Y se despidió, tanto de los hijos conocidos como del joven desconocido, dando a este último una reserva de dinero para que pudiera volver al lugar de donde había venido y montar allí un pequeño comercio.
Llegado a la región de su difunta esposa, los familiares de ella le contaron que el hijo abandonado había pasado a llamarse Manasés**, de Moisés que se llamaba, porque realmente con su nacimiento había hecho olvidar al padre que era justo, pues lo había abandonado.

---

* *la conducta de los hijos de Jacob hacia su hermano José* está narrada en *Génesis 37, 3-28.*

** *Manasés,* en el significado de *Génesis 41, 51* y explicado enseguida y en 508.5.

"¡No me ofendáis! Me habían referido que se había perdido el rastro del niño. Y no esperaba siquiera encontrar aquí a ninguno de vosotros. Pero habladme de él. ¿Cómo es? ¿Ha crecido robusto? ¿Se parece a mi amada esposa que se consumió dándomele? ¿Es bueno? ¿Me ama?".
"Robusto, es robusto, y guapo como su madre, aparte de tener los ojos de un color negro intenso. De su madre tiene hasta la mancha de forma de algarroba en la cadera, y de ti ese estorbo ligero de la pronunciación. Cuando se hizo hombre, se marchó, agriado por su sino, con dudas sobre la honestidad de su madre, y sintiendo rencor hacia ti. Habría sido bueno, si no hubiera tenido este rencor en el alma. Se marchó más allá de los montes y de

los ríos. Llegó a Trapecius para..."
"¿Decís Trapecius? ¿En Sinopio? Seguid, seguid, que yo estaba allí, y vi a un joven con este ligero estorbo en la pronunciación, solo y triste, y muy bueno por debajo de su costra de dureza. ¿Es él? ¡Hablad!".
«Quizás es. Búscale. En la cadera derecha tiene la algarroba saliente y obscura como la tenía tu mujer".
El hombre se marchó a toda velocidad, con la esperanza de encontrar todavía al extranjero en su casa. Había partido ya para regresar a la colonia de Sinopio. El hombre fue detrás... Le encontró. Le hizo acercarse para descubrirle la cadera. Le reconoció. Cayó de rodillas alabando a Dios por haberle devuelto el hijo, y más bueno que los otros, que cada vez se hacían más animales, mientras que éste, en estos meses que habían pasado, se había hecho cada vez más santo. Y dijo al hijo bueno: "Recibirás la parte de tus hermanos, porque, sin ser amado por nadie, te has hecho más justo que todos los demás".
¿No era, acaso, justicia? Lo era. En verdad os digo que son verdaderos hijos del Bien aquellos que, rechazados por el mundo y despreciados, odiados, vilipendiados, abandonados como ilegítimos, considerados oprobio y muerte, saben superar a los hijos crecidos en la casa pero rebeldes a las leyes de ésta. No es el hecho de ser de Israel lo que da derecho al Cielo; ni asegura el destino el ser fariseos, escribas o doctores. La cosa es tener buena voluntad y acercarse generosamente a la Doctrina de amor, hacerse nuevos en ella, hacerse por ella hijos de Dios en espíritu y verdad.
Sabed todos los que me escucháis que muchos, que se creen seguros en Israel, serán substituidos por los que para ellos son publicanos, meretrices, gentiles, paganos y galeotes. El Reino de los Cielos es de quien sabe renovarse acogiendo la Verdad y el Amor».

10 Jesús se vuelve hacia el grupo de los enfermos prosélitos. «¿Sabéis creer en cuanto he dicho?» pregunta con voz fuerte.
«¡Sí! ¡Señor!» responden en coro.
«¿Queréis acoger la Verdad y el Amor?».
«¡Sí! ¡Señor!».
«¿Os quedaríais satisfechos aunque no os diera más que Verdad y Amor?».
«Señor, Tú sabes qué es lo que necesitamos más. Danos, sobre todo, tu paz y la vida eterna».
«¡Levantaos e id a alabar al Señor! Estáis curados en el Nombre santo de Dios».
Y, rápido, se dirige hacia la primera puerta que encuentra, y se mezcla con la muchedumbre que satura Jerusalén, antes de que la emoción y el estupor que hay en el Patio de los Paganos pueda transformarse en aclamadora búsqueda de Él...
Los apóstoles, desorientados, le pierden de vista. Sólo Margziam, que no ha dejado nunca de tenerle cogido un extremo del manto, corre a su lado, feliz, y dice: «¡Gracias, gracias, gracias, Maestro! ¡Por Juan, gracias! He escrito todo mientras hablabas. Sólo me queda añadir el milagro. ¡Qué bonito! ¡Justo para él! ¡Se pondrá muy contento!...».

365. Judas Iscariote insidia la inocencia de Margziam. Un nuevo discípulo, hermano de leche de Jesús. En Betania, en la casa de Lázaro, enfermo.
3 de enero de 1946.

[1]Jesús entra en la verde quietud del Huerto de los Olivos.
Margziam sigue a su lado, y sonríe al pensar en la afanosa carrera que va a pegarse Pedro para alcanzarlos. Dice: «¡Maestro, quién sabe lo que dirá! Y, si hubieras seguido hasta Betania sin pararte aquí, se sentiría verdaderamente desconsolado».
También sonríe Jesús, mirando al jovencito, y responde: «Sí. Me va a sepultar a lamentos. De todas formas, le servirá para otra vez. Así estará más atento. Yo hablaba y él se distraía charlando con unos o con otros...».
«Es que le preguntaban, Señor» dice Margziam para disculpar, sin reírse ya.
«Se hace un gesto delicado de que se responderá después, cuando calle la Palabra del Señor. [2]Acuérdate de esto para tu vida futura. Para cuando seas sacerdote. Exige el máximo respeto en las horas y lugares de instrucción».
«Pero entonces será el pobre Margziam, Señor, el que hable...».
«No importa. Es Dios el que habla por los labios de sus siervos en las horas de su ministerio, y como tal debe ser escuchado con silencio y respeto».
Margziam hace una leve mueca significativa, como comentario de un razonamiento suyo interior.
Jesús, que le observa, dice: «¿No estás convencido? ¿Por qué esa expresión? Habla, hijo, sin temor».
«Señor mío, me preguntaba si Dios está también en los labios y en el corazón de sus sacerdotes de ahora... y... con terror me decía si serían iguales los futuros... Y concluía diciendo que... muchos sacerdotes hacen quedar mal al Señor... He pecado, sin duda... Pero son tan malos y antipáticos, tan secos... que...».
«No juzgues. Pero recuerda esta impresión de disgusto. Tenla presente en el futuro. Y, con todas tus fuerzas, preocúpate de no ser como estos que te desagradan; y que tampoco lo sean los que dependan de ti. Haz servir para el bien incluso el mal que ves. Toda acción y toda cognición deben ser transformadas en bien pasando por un juicio y una voluntad rectos».
«¡Señor, antes de entrar en la casa, que ya se ve, respóndeme a otra cosa! Tú no niegas que el actual sacerdocio sea defectuoso. Me dices a mí que no juzgue. Pero Tú juzgas. Y puedes hacerlo. Y juzgas con justicia. Escucha, Señor, mi pensamiento. Cuando los actuales sacerdotes hablan de Dios y de la religión - siendo la mayoría de ellos como son, y me refiero ahora a los peores -, ¿deben ser escuchados como verdad?».
«Siempre, hijo mío. Por respeto a su misión. Cuando realizan actos de su ministerio, no son el hombre Anás, el hombre Sadoq... Son "*el sacerdote*". Separa siempre del ministerio la pobre humanidad».
«Pero si realizan mal también su ministerio...».
«Dios suplirá. [3]¡Y, además!... ¡Escúchame, Margziam! No hay ningún hombre completamente bueno ni completamente malo. Y ninguno es tan completamente bueno que tenga derecho a juzgar a los hermanos como completamente malos. Tenemos que tener presentes nuestros defectos, contrastar con ellos las buenas cualidades de los que queremos juzgar. Entonces tendríamos una medida justa de juicio caritativo. Yo todavía

no he encontrado un hombre completamente malo».
«¿Ni siquiera Doras, Señor?».
«Ni siquiera él, porque es marido honesto y padre amoroso».
«¿Ni siquiera el padre de Doras?».
«También él era marido honesto y padre amoroso».
«¡Pero nada más que eso, ¿eh?!».
«Sólo eso. Pero en eso no era malo. Por tanto, no era completamente malo».
«¿Y tampoco Judas es malo?».
«No».
«Pero no es bueno».
«No es totalmente bueno, como no es totalmente malo. ¿No estás convencido de lo que digo?».
«Estoy convencido de que Tú eres totalmente bueno, y que estás absolutamente exento de maldad. Tanto, que no encuentras nunca una acusación para ninguno. Esto sí».
«¡Oh, hijo mío! ¡Si pronunciara la primera sílaba de una palabra de acusación, todos vosotros arremeteríais como fieras contra el acusado!... Yo, actuando así, evito que os manchéis con pecado de juicio. Entiéndeme, Margziam. No es que Yo no vea el mal donde lo hay. No es que no vea la mezcla de mal y bien que hay en algunos. No es que no comprenda cuándo un alma sube o baja del nivel en que la puse. No es nada de esto, hijo mío. Es prudencia, para evitar las anticaridades entre vosotros. Y actuaré siempre así. *También en los siglos venideros, cuando tenga que pronunciarme sobre una criatura.* ¿No sabes, hijo, que a veces vale más una palabra de alabanza, de ánimo, que mil reprensiones? ¿No sabes que de cien casos pésimos, señalados como relativamente buenos, al menos la mitad vienen a ser realmente buenos al no faltarles, después de mi benévola palabra, la ayuda de los buenos, que, en caso distinto, huirían del individuo señalado como pésimo? *Hay que sostener a las almas, no hundirlas.* Pero si Yo no soy el primero en sostener, en celar las partes feas, en solicitar para ellas vuestra benevolencia y ayuda, jamás os entregaríais a ellas con activa misericordia. Recuérdalo, Margziam...».
«Sí, Señor... (un fuerte suspiro). Lo recordaré... (otro fuerte suspiro)... Pero es muy difícil ante ciertas evidencias...».
4Jesús le mira fijamente. Pero del jovencito no ve sino la parte alta de la frente porque baja mucho la cara.
«Margziam, levanta la cara. Mírame. Y respóndeme. ¿Qué evidencia es esa que es difícil pasar por alto?».
Margziam se azara... Se pone rojo bajo el color morenito de la piel... Responde: «Pues... son muchas, Señor...».
Jesús insta: «¿Por qué has nombrado a Judas? Porque es una "evidencia". Quizás la que te es más difícil superar... ¿Qué te ha hecho Judas? ¿En qué te ha escandalizado?» y Jesús pone las manos encima de los hombros del muchacho, que ahora está tan colorado que es todo púrpura obscura.
Margziam le mira, con los ojos brillantes... luego se suelta y se marcha gritando: «¡Judas es un profanador!... Pero no puedo hablar... ¡Respétame, Señor!...» y se introduce en el bosque, llorando, en vano llamado por Jesús, que pone un gesto de desconsolado dolor.
5Su voz, de todas formas, ha llamado la atención de los que están en la casa del Getsemaní. Y a la puerta de la cocina se asoma Jonás, luego la Madre de Jesús, detrás las discípulas: María de Cleofás, María Salomé y Porfiria. Ven a Jesús y se echan a andar

hacia Él.
«¡La paz a todos vosotros! ¡Aquí me tienes, Mamá!».
«¿Sólo? ¿Por qué?».
«Me he adelantado. He dejado a los demás en el Templo... Pero estaba con Margziam...».
«¿Y dónde está ahora mi hijo, que no le veo?» pregunta Porfiria un poco inquieta.
«Ha subido allá arriba... Pero ahora vendrá. ¿Tenéis comida para todos? Dentro de poco vendrán los demás».
«No, Señor. Habías dicho que ibas a Betania...».
«Sí, claro... Pero he pensado que convenía hacer esto. Id sin demora por todo lo necesario, y volved sin demora. Yo me quedo con mi Madre».
Las discípulas obedecen sin replicar.
6Se quedan solos Jesús y María, y pasean lentamente bajo los enmarañados ramajes de los árboles, a través de cuyas copas se filtran agujas solares que ponen circulitos de oro en la hierbecilla verde y florida.
«Después de comer iré a Betania con Simón».
«¿Simón de Jonás?».
«No. Con Simón Zelote. Y llevaré conmigo a Margziam...». Jesús calla pensativo. María le observa. Luego pregunta: «¿Te causa sinsabores Margziam?».
«¡No, Mamá, todo lo contrario! ¿Por qué piensas eso?».
«¿Por qué estás pensativo?... ¿Por qué le llamabas con autoridad? ¿Por qué te ha dejado? ¿Por qué se ha separado de ti como vergonzoso? ¡No ha venido siquiera a saludar a su madre ni a mí!».
«El niño ha huido por una pregunta que le he hecho».
«¡Oh!...» el estupor de María es profundísimo. Guarda silencio por un momento y luego susurra, como hablando para sí: «Los dos en el Paraíso* Terrenal huyeron, después del pecado, al oír la voz de Dios... Pero, Hijo mío, hay que tener compasión del niño. Empieza a ser hombre... y quizás... Hijo mío, Satanás muerde a todos los hombres...». Es una María toda compasiva y suplicante...
Jesús la mira y le dice: «¡Cuán madre eres! ¡Cuánto eres "la Madre"! Mas no pienses que el niño ha pecado. Debes pensar que sufre por la quemadura de una revelación. Es muy puro. Es muy bueno... Le llevaré conmigo, hoy. Para que comprenda, sin palabras, que le comprendo. Cualquier palabra sobraría... y no encontraría ninguna para disculpar al profanador de un inocente». Es un Jesús severo en estas últimas palabras.
«¡Hijo! ¡En esto estamos? No te pido nombres. Pero si uno de entre nosotros ha sido capaz de turbar al niño, sólo puede haber sido uno... ¡Hay que ver qué diablo!».
7«Vamos a buscar a Margziam, Mamá. Ante ti no huirá».
Van y le descubren detrás de una mata de espino albar.
«¿Estabas cogiendo flores para mí, hijo mío?» pregunta María mientras se acerca a él y le abraza...
«No. Pero te echaba de menos» dice Margziam con lágrimas en la cara todavía.
«Y yo he venido. ¡Ánimo, sin demora! ¡Que hoy tienes que ir con mi Jesús a Betania! Y debes estar arreglado como conviene».

---

* *Los dos en el Paraíso...* es cita de *Génesis 3, 8*.

La cara de Margziam, ya olvidado de su turbación de antes, se ilumina, y dice: «¿Yo solo

con Él?».
«Y con Simón Zelote».
Margziam, muy niño todavía, da un salto de alegría, sale inmediatamente de su escondite y va a caer en el pecho de Jesús... Está confuso.
Pero Jesús sonríe y le instiga diciendo: «Corre a ver si ha venido tu padre». Margziam se echa a correr, y Jesús observa: «Es un niño todavía, a pesar de ser ya juicioso de pensamiento. Turbar su corazón es un gran delito. Pero pondré una solución» y mientras tanto camina con María hacia la casa.
Pero antes de llegar ya ven a Margziam galopando tras ellos. «Maestro... Madre... Hay personas... personas de las que estaban en el Templo... Los prosélitos... Hay una mujer... Una mujer que quiere verte, Madre... Dice que te conoció en Belén... Se llama Noemí».
«¡Conocí a muchas entonces! Pero vamos...».
8Llegan a la pequeña explanada donde está la casa. Un grupo de personas espera. En cuanto ven a Jesús se postran. Pero, en seguida, una mujer se levanta y corre a arrojarse a los pies de María mientras la saluda con su nombre.
«¿Quién eres? No me acuerdo de quién eres. Levántate».
La mujer se alza, pero, cuando está para hablar, llegan, jadeantes, los apóstoles.
«¡Pero Señor! ¿Por qué? Hemos corrido como locos por Jerusalén. Pensábamos que habías ido a casa de Juana o de Analía... ¿Por qué no has esperado?» preguntan, e informan, confusamente.
«Ahora estamos juntos. Es inútil explicar el porqué. Dejad que esta mujer hable tranquila».
Todos se apiñan para escuchar.
«Tú no te acuerdas de mí, María de Belén. Pero yo recuerdo desde hace treinta y un años tu nombre y tu rostro como nombre y rostro de piedad. Había venido yo también de lejos, de Perge, por el Edicto. Estaba embarazada. Pero esperaba regresar a tiempo. Mi marido enfermó por el camino, y en Belén se debilitó hasta el extremo de que murió. Yo había dado a luz veinte días antes de que muriera. Mis gritos perforaron el cielo y me secaron la leche y la hicieron veneno. Me cubrí de pústulas, y de pústulas se cubrió mi hijo... Nos arrojaron a una gruta a morir... Pues bien... tú, sólo tú, viniste, cautelosa, cada poco tiempo durante toda la luna, a traerme comida y a curar mis llagas, y llorabas conmigo y dabas leche a mi criatura, que si vive es sólo por ti... Corriste el riesgo de que te lapidaran, porque me llamaban "la leprosa"... ¡Oh, mi estrella delicada! Esto no lo he olvidado. Una vez curada, me marché. En Éfeso tuve noticias de la matanza. ¡Te busqué mucho! ¡Mucho! ¡Mucho! No podía pensar que te hubieran matado con tu Hijo en aquella noche tremenda. Pero jamás te encontré. El verano pasado, uno de Éfeso oyó a tu Hijo, supo quién era, le siguió durante un tiempo, fue, acompañado de otros, a los Tabernáculos... Y, cuando volvió, contó. He venido para verte, ¡oh Santa!, antes de morir. Para bendecirte tantas veces cuantas fueron las gotas de leche que diste a mi Juan, en detrimento incluso de tu Hijo bendito...». La mujer llora, en una posición reverencial, un poco inclinada, agarrando con sus manos los brazos de María...
«La leche no se niega nunca, hermana. Y...».
«¡Oh, no! ¡No hermana tuya! Tú, Madre del Salvador. Yo era una pobre mujer sola, lejos de su casa, viuda, con un hijo de pecho y con el pecho agotado como torrente en verano... Sin ti me habría muerto. Me diste todo, y, si pude volver donde mis hermanos, mercaderes de Éféso, fue por ti».

«Éramos dos madres, dos pobres madres, con dos hijos, por el mundo. Tú tenías el dolor de haberte quedado viuda, yo el de tener que ser traspasada en mi Hijo, como decía en el Templo el anciano Simeón. No hice otra cosa sino cumplir con mi deber de hermana dándote lo que tú ya no tenías. 9¿Y tu hijo vive?».
«Está ahí. Tu Hijo santo me le ha curado esta mañana. ¡Bendito sea!» y la mujer se postra ante el Salvador gritando: «Ven, Juan, a dar gracias al Señor».
Se aproxima, dejando a sus compañeros, un hombre de la edad de Jesús, fuerte, de rostro no hermoso pero leal; de hermoso tiene la expresión de sus ojos profundos.
«La paz a ti, hermano de Belén. ¿De qué te he curado?».
«De la ceguera, Señor. Un ojo perdido, el otro próximo a perderse. Era arquisinagogo, pero ya no podía leer los sagrados rollos».
«Ahora los leerás con mayor fe».
«No, Señor. Ahora te leeré a ti. Quiero quedarme como discípulo. Y sin pretender derechos por las gotas de leche extraídas del pecho en que Tú te nutrías. Nada son los días de una luna para crear un vínculo; todo, la piedad de tu Madre entonces y la tuya de esta mañana».
Jesús se vuelve hacia la mujer: «¿Y tú que opinas?».
«Que mi hijo te pertenece doblemente. Acéptale, Señor. Y se cumplirá el sueño de la pobre Noemí».
«De acuerdo. Serás de Cristo. A vosotros: recibid a este compañero en nombre del Señor» dice volviéndose a los apóstoles.
Los prosélitos están exaltados de emoción. Los hombres querrían quedarse también inmediatamente. Todos. Pero Jesús dice con firmeza: «No. Vosotros seguid siendo lo que sois. Volved a vuestras casas, conservad la fe y esperad la hora de la llamada. El Señor esté siempre con vosotros. Podéis marcharos».
«¿Podremos encontrarte todavía aquí?» preguntan.
«No. Como un pájaro que vuela de rama en rama me moveré continuamente. No me encontraréis aquí. No tengo ni itinerario ni morada. Pero, si es justo, nos veremos y me escucharéis. Marchaos. Que se quede la mujer con el nuevo discípulo».
Y entra en casa, seguido por las mujeres y los apóstoles, que comentan con emoción el episodio ignorado hasta ese momento y la caridad profunda de María.

10Y Jesús, con paso raudo, va hacia Betania; a un lado y otro de Él, Simón Zelote y Margziam. Felices de ser ellos dos los preferidos para esta visita.
Margziam, ya completamente tranquilo, hace mil preguntas sobre la mujer que ha venido de Éfeso, pregunta si Jesús sabía ese hecho, etc.
«No lo sabía. El tesoro de bondades de mi Madre es infinito, y lo hace con un silencio tan delicado, que, la mayor parte de las veces, sus buenas acciones quedan secretas».
«Pero es un episodio muy bonito, ¿eh?» dice el Zelote.
«Sí. Tanto que quiero contárselo a Juan de Endor. Maestro, ¿crees que vamos a encontrar sus cartas en Betania?».
«Estoy casi seguro».
«Debería estar también la mujer curada de la lepra» observa el Zelote.
«Sí. Ha observado con fidelidad los preceptos. Pero ya debe haberse cumplido el tiempo de la purificación».

[11]Betania aparece en su llanura elevada. Pasan por delante de la casa en que en otros tiempos había pavos reales, flamencos y grullas. Ahora está abandonada y cerrada. Simón lo observa.
Pero su observación se ve interrumpida por el jovial saludo de Maximino que improvisamente sale por la cancilla. «¡Maestro santo! ¡Qué felicidad en medio de tanto dolor!».
«Paz a ti. ¿Por qué, dolor?».
«Porque Lázaro tiene dolores lancinantes a causa de sus piernas ulceradas. Y no sabemos qué hacer para aliviar ese dolor. Pero viéndote a tí estará mejor, al menos de espíritu».
Entran en el jardín, y, mientras Maximino se adelanta veloz, ellos siguen a paso lento hacia la casa.
Corre afuera María de Magdala con su grito adorador: «¡Rabbuní!». La sigue, más sosegada, Marta. Ambas están pálidas como quien ha sufrido y velado.
«Levantaos. Vamos inmediatamente donde Lázaro».
«¡Maestro, Maestro que todo lo puedes, cúrame a mi hermano!» suplica Marta.
«¡Sí, Maestro bueno! ¡Sufre por encima de sus fuerzas! Se está consumiendo. Gime. Y, claro, morirá si sigue así. ¡Ten piedad de él, Señor!» insta María.
«Tengo toda la piedad. Pero no es para él hora de milagro. Debe ser fuerte, y vosotras con él. Ayudadle a hacer la voluntad del Señor».
«¿¡Quieres decir que deberá morir?!» pregunta, gimiendo, Marta en lágrimas.
Y María, nadando sus ojos en el llanto y la pasión en la voz, la *dúplice* pasión por Jesús y por su hermano: «¡Oh, Maestro, pero de esta forma me impides seguirte y servirte, e impides a mi hermano gozar de mi resurrección. ¿Es que no quieres en casa de Lázaro el júbilo por una resurrección?».
Jesús la mira con una sonrisa buena y perspicaz, y dice: «¿Por una? ¿Sólo una? ¡Pero entonces me creéis muy poca cosa, si creéis que puedo una cosa sola! Sed buenas y fuertes. Vamos. Y no lloréis de esa forma. Le abatiríais con dolorosas conjeturas». Y, Él el primero, se encamina hacia donde está Lázaro, [12]el cual, sin duda para que sea más fácil asistirle, ha sido acomodado en una sala que está junto a la biblioteca, en frente de la sala mayor, dedicada a convites. Maximino señala la puerta, pero deja a Jesús que entre solo.
«¡Paz a ti, Lázaro, amigo mío!».
«¡Oh, Maestro santo! La paz a ti. Para mí, en mis miembros, la paz ya no existe. Y siento abatido mi espíritu. ¡Sufro mucho, Señor! Pronuncia para mí la amada orden: "Lázaro, sal afuera", y me pondré en pie, curado, para servirte...».
«Te daré esa orden, Lázaro. Pero no ahora» responde Jesús abrazándole.
Lázaro está muy delgado, amarillento, visiblemente muy enfermo y muy debilitado, y tiene hundidos los ojos. Llora como un niño al enseñar sus piernas hinchadas, azuladas, con llagas que yo diría varicosas, abiertas en varios puntos. Quizás espera que Jesús, al mostrarle ese destrozo, se conmueva y haga un milagro. Pero Jesús se limita a colocar de nuevo, con delicadeza, sobre las llagas, las vendas untadas de bálsamo.
«¿Has venido para quedarte?» pregunta Lázaro, no sin desilusión.
«No. Pero vendré a menudo».
«¿Cómo? ¿Tampoco vas a celebrar este año la Pascua conmigo? He dicho que me trajeran aquí por ese motivo. Me habías prometido, cuando los Tabernáculos, que ibas a estar mucho conmigo, después de las Encenias...».

«Y estaré. Pero no ahora. ¿Te molesto si me siento aquí en la orilla de tu cama?».
«¡No, no! Todo lo contrario. La frescura de tu mano parece como si mitigara el ardor de mi fiebre ¿Por qué no te quedas, Señor?».
«Porque como a ti te atormentan las llagas, a mí los enemigos. A pesar de que Betania esté considerada dentro de los límites para la Cena, y para todos; para mí, celebrar aquí la Pascua se consideraría pecado. De lo que Yo hago, para el Sanedrín y los fariseos, todo son camellos y vigas...».
«¡Ah! ¡Los fariseos! ¡Es verdad! Pero entonces en una casa mía... ¡Esto al menos!».
«Eso sí. Pero lo diré en el último momento. Por prudencia».
«¡Ah, sí, no te fíes! [13]Te ha ido bien con Juan, ¡eh!, ¿sabes? Ayer ha venido Tolmái con otros y me ha traído cartas para ti. Las tienen mis hermanas. ¿Pero dónde se han quedado Marta y María? ¿No se preocupan de recibirte con honor?». Lázaro está inquieto, como muchos enfermos.
«Tranquilo. Están afuera, con Simón y Margziam. He venido con ellos. Y no necesito nada. Ahora los llamo». Y así es; llama a los que prudentemente se habían quedado afuera.
Marta sale y vuelve con dos rollos y se los entrega a Jesús. María, entre tanto, refiere que el siervo de Nicodemo ha dicho que precede a su señor, que viene con José de Arimatea. Y, contemporáneamente, Lázaro se acuerda de una mujer («que ha llegado ayer en nombre tuyo» dice).
«¡Ah! ¡Sí! ¿Sabes quién es?».
«Nos lo ha dicho. Es hija de un rico de Jericó que hace años fue a Siria, de joven. La llamó Anastásica*, en recuerdo de la flor del desierto. Pero no ha querido revelar el nombre de su marido» explica Marta.
«No es necesario. La ha repudiado. Por tanto, ella es únicamente "la discípula". ¿Dónde está?».
«Duerme. Está cansada. Ha vivido muy mal estos días y estas noches. Si quieres la llamo».
«No. Deja que duerma. Me ocuparé mañana».
[14]Lázaro mira admirado a Margziam, el cual está en ascuas; y es que quisiera saber lo que dicen los rollos. Jesús lo comprende y los abre. Lázaro dice: «¿Cómo? ¿Él lo sabe?».
«Sí. Él y los otros, excepto Natanael, Felipe, Tomás y Judas...».
«¡Has hecho bien en no revelárselo a él!» interviene brúscamente Lázaro. «Tengo muchas sospechas...».
«No soy imprudente, amigo» le interrumpe Jesús. Lee los rollos y luego refiere las noticias principales, o sea, que los dos se han aclimatado, que la escuela prospera y que, si no fuera por el declinar de Juan, todo iría bien. [15]Pero no puede decir nada mas porque se anuncia la llegada de Nicodemo y José.
«¡Dios te salve, Maestro, esta mañana y siempre!».
«Gracias, José. ¿Y tú, Nicodemo, no estabas?».
«No. Pero, sabido que habías llegado, he pensado en venir a casa de Lázaro, casi seguro de que te encontraría. Y José se ha unido a mí».
Hablan alrededor de la cama de Lázaro de los hechos de la mañana. Y él se interesa tanto, que parece aliviado de su sufrimiento.
«¡Y Gamaliel, Señor? ¿Oíste?» dice José de Arimatea.

«Oí».
Nicodemo dice: «Yo, sin embargo, digo: ¡Y Judas de Keriot, Señor? Después de tu partida, me le encontré vociferando como un demonio en medio de un grupo de alumnos de los rabíes. Te acusaba y defendía al mismo tiempo. Estoy seguro

---

* *Anastásica* (más correctamente Anastática) es la *Rosa de Jericó* que encontramos en 360.13/14. Los dos nombres, pertenecientes a la misma persona, son de una planta denominada *flor del desierto.*

de que estaba convencido de actuar bien. Ellos querían encontrarte culpas, ciertamente estimulados por sus maestros. Él rebatía las acusaciones con pasión enardecida. Decía: «Sólo una culpa tiene mi Maestro: hacer resaltar demasiado poco su poder. Deja pasar el momento oportuno. Cansa a los buenos con su excesiva mansedumbre. ¡Rey es, debe actuar como rey! Vosotros le tratáis como a un siervo, porque es manso. Y Él, por ser sólo manso, se destruye. Para vosotros, que sois viles y crueles, no hay otra casa aparte del azote de un poder absoluto y violento. ¡Ah, si pudiera hacer de Él un violento Saúl!"».
Jesús menea la cabeza sin decir nada.
«De todas formas, a su manera, te ama» observa Nicodemo.
«¡Qué hombre más desconcertante! » exclama Lázaro.
«Sí. Bien has dicho. Yo no le entiendo, y hace dos años que estoy con él» confirma el Zelote.
María de Magdala se alza, con majestuosidad de reina, y con su espléndida voz proclama: «Yo le he entendido más que todos: es el oprobio al lado la Perfección. Y no hay nada más que decir», y sale para alguna incumbencia, llevándose consigo a Margziam.
«Quizás María tiene razón» dice Lázaro.
«También lo creo yo» dice José.
16 «¿Y Tú, Maestro, qué dices?».
«Digo que Judas es "el hombre". Como lo es Gamaliel. El hombre limitado junto a Dios infinito. El hombre está tan restringido en su pensamiento, mientras no le airea sobrenaturalmente, que puede acoger una sola idea, incrustarla dentro de sí, o incrustarse en ella, y quedarse así. Incluso contra la evidencia. Terco. Obstinado. Incluso por fidelidad hacia la cosa que más le ha impresionado. En el fondo, Gamaliel tiene una fe, como pocos en Israel, en el Mesías que vislumbró y reconoció en un niño. Y es fiel a las palabras de aquel niño... Y lo mismo Judas. Saturado de la idea mesiánica como la mayor parte de Israel la cultiva, confirmado en ella por mi primera manifestación a él, ve, quiere ver, en el Cristo el rey. El rey temporal y poderoso... Y es fiel a este concepto suyo. ¡Cuántos, incluso en el futuro, se malograrán por una concepción de fe equivocada, terca contra toda razón! ¿Pero qué creéis, que es fácil seguir la verdad y la justicia en todas las cosas? ¿Qué creéis, que es fácil salvarse sólo porque se sea un Gamaliel y un Judas apóstol? No. En verdad, en verdad os digo que es más fácil que se salve un niño, un fiel común, que uno elevado a especial cargo y a especial misión. Generalmente entra, en los llamados a extraordinaria suerte, la soberbia de su vocación, y esta soberbia abre las puertas a Satanás, expulsando a Dios. Las caídas de las estrellas son más fáciles que las de las piedras. El Maldito trata de apagar los astros y se insinúa, se insinúa tortuoso para hacer de palanca contra los elegidos y poder volcarlos. Si miles de hombres caen en los errores comunes, su caída no arrastra nada más que a ellos mismos. Pero si cae uno de los

elegidos para una extraordinaria suerte, y viene a ser instrumento de Satanás en vez de serlo de Dios, su voz en vez de "*mi*" voz, su discípulo en vez de "*mi*" discípulo, entonces la ruina es mucho mayor y puede dar origen incluso a profundas herejías que dañan a un numero sin número de espíritus. El bien que Yo doy a una persona producirá mucho bien si cae en un terreno humilde y que sabe permanecer humilde; pero, si cae en un terreno soberbio o que se hace soberbio por el don recibido, entonces de bien se transforma en mal. A Gamaliel le fue concedida una de las primeras epifanías del Cristo. Debía ser su precoz llamada a Cristo; sin embargo, es la razón de su sordera a mi voz que le llama. A Judas le ha sido concedido ser apóstol: uno de los doce apóstoles entre los millares de hombres de Israel. Debía ser esto su santificación. Pero, ¿qué será?... Amigos míos, el hombre es el eterno Adán... Adán tenía todo. Todo menos una cosa. Quiso ésa. ¡Y si el hombre se queda en Adán! ¡Ah, pero muy a menudo se transforma en Lucifer! Tiene todo menos la divinidad*. Quiere la divinidad. Quiere lo sobrenatural para causar asombro, para ser aclamado, temido, conocido, celebrado... Y, para conseguir algo de eso que sólo Dios puede gratuitamente dar, se agarra fuertemente a Satanás, que es el Simio de Dios y da sucedáneos de dones sobrenaturales. ¡Qué horrenda suerte la de estos que se han transformado en demonios! [17]Os dejo, amigos. Me retiro bastante. Tengo necesidad de recogerme en Dios...».

Jesús, muy turbado, sale... Los que se quedan (Lázaro, José, Nicodemo y el Zelote) se miran.

«¿Has visto cómo se ha turbado?» pregunta en voz baja José a Lázaro.

«Sí, lo he visto. Parecía como si estuviera viendo un espectáculo horrendo».

«¿Qué tendrá en el corazón?» pregunta Nicodemo.

«Sólo Él y el Eterno lo saben» responde José.

«¿Tú no sabes nada, Simón?».

«No. Lo cierto es que hace meses que está muy angustiado».

«¡Dios le proteja! Pero lo cierto es que el odio aumenta».

«Sí, José. El odio aumenta... Creo que pronto el Odio va a vencer al Amor».

«¡No digas eso, Simón! ¡Si debe suceder así, no volveré a pedir la curación! Mejor morir que asistir al más horrendo de los errores».

«De los sacrilegios, debes decir, Lázaro...».

«Y... Israel es capaz de esto. Está maduro para repetir el gesto de Lucifer declarando la guerra al Señor bendito» suspira Nicodemo.

Un silencio penoso se forma, cual mordaza que estrangula todas las gargantas... Declina la tarde en la habitación en que cuatro hombres honestos piensan en los futuros delincuentes.

 Tiene todo menos la divinidad. MV, en una copia mecanografiada, lo explica de la siguiente manera: *La Gracia diviniza al hombre, pero el hombre no es Dios. Viene a ser semejante a Dios por participación, no por una naturaleza igual.*

366. Anastática entre las discípulas. Las cartas de Antioquía.
22 de enero de 1946.

1 Jesús ha dejado Betania junto con los que estaban con Él, o sea, Simón Zelote y Margziam; pero a ellos se ha unido Anastática, la cual, velada toda, camina al lado de Margziam. Jesús va un poco retrasado con Simón. Las dos parejas conversan mientras caminan, cada una por su cuenta y del tema que prefieren.
Dice Anastática a Margziam, continuando un tema ya empezado: «Ardo en deseos de conocerla». Quizás la mujer se refiera a Elisa de Betsur. «Creo que no estaba tan nerviosa cuando mis bodas ni cuando me declararon leprosa. ¿Cómo la voy a saludar?».
Y Margziam, sonriendo dulce y seriamente al mismo tiempo: «¡Con su verdadero nombre! ¡Mamá!».
«¡Pero si yo no la conozco! ¿No es demasiada confidencia? A fin de cuentas, ¿quién soy yo respecto a ella?».
«Lo que yo el año pasado. ¡Bueno, tú mucho más que yo! Yo era un pobre huerfanito sucio, aterrorizado, paleto. Y, a pesar de todo, ella me ha llamado siempre hijo, desde el primer momento, y ha sido para mí una verdadera madre. El año pasado era yo el que estaba tan agitado que temblaba, en espera de verla. Pero luego, sólo con verla, se me paró el temblor. Se pasó del todo el terror que se me había quedado en la sangre desde que había visto con mis ojos de niño, primero, la furia de la naturaleza que había destruido todo de mi casa y de mi familia, y luego... y luego, con estos ojos míos de niño, había podido, había tenido que ver cómo el hombre es una fiera más cruel que el chacal y el vampiro... Temblar siempre... llorar siempre... sentir un nudo aquí, estrecho, duro, doloroso, de miedo, de sufrimiento, de odio, de todo... En pocos meses conocí todo el mal, el dolor y la crueldad que hay en el mundo... Y ya no podía creer que existieran todavía la bondad, el amor, el amparo...».
«¡¿Y cómo es eso?! ¡¿Y cuando el Maestro te tomó consigo?!... ¡¿Y cuando te viste entre esos discípulos suyos tan buenos?!».
«Temblaba todavía, hermana... y odié todavía. Ha hecho falta tiempo para convencerme de no tener miedo... Y más tiempo todavía para no odiar a quien había hecho sufrir a mi alma dándole a conocer lo que puede ser un hombre: un demonio con aspecto de fiera. No se sufre, especialmente cuando uno es niño, sin que haya consecuencias largas... Queda la señal, porque nuestro corazón está todavía tierno y tiene aún el calor materno de los besos; más hambriento de besos que de pan. Y, en vez de besos, ve dar golpes...».
«¡Pobre niño!».
«Sí. Pobre. ¡Muy pobre! No tenía ni siquiera ya la esperanza en Dios ni el respeto por el hombre... Tenía miedo del hombre. Incluso al lado de Jesús y en los brazos de Pedro tenía miedo... Decía: "¿Es posible? No, no durará así. Ellos también se cansarán de ser buenos...". Y suspiraba por llegar donde María. Una mamá es siempre una mamá, ¿no es verdad? Y así fue: cuando la vi, cuando me vi entre sus brazos, dejé de temer. Comprendí que todo el pasado había terminado y que del infierno había pasado al paraíso... El último dolor fue que vi que me olvidaban aparte, solo... Siempre sospechaba algo malo. Y lloré con ganas. ¡Ah! ¡Con qué amor me tomó entonces! No. No he vuelto a llorar añorando a mi madre desde aquel momento, no he vuelto a temblar... María es la dulzura y la paz de los infelices...».

«Y de dulzura y paz tengo necesidad yo...» suspira la mujer.
«Dentro de poco las tendrás. ¿Ves aquella zona verde de allá abajo? Allí la dulzura y la paz, ocultas dentro de la casa del Getsemaní».
«¿Estará también Elisa? ¿Y qué les voy a decir? ¿Qué me dirán?».
«No sé si estará Elisa. Estaba enferma».
«¡¿No se morirá?! ¿Quién me tomaría como hija, en ese caso?».
«No temas. Él ha dicho: "Tendrás madre y casa". Y así será. Vamos a seguir un poco más ligeros. No sé frenarme cuando estoy cercano a María».
Aceleran y ya no oigo lo que dicen.
2El Zelote los ve casi correr por el poblado camino y hace a Jesús esta observación:
«Parecen hermanos. Mira qué buenos amigos son».
«Margziam sabe estar con todos. Es una virtud difícil y muy necesaria para su futura misión. Pongo cuidado en aumentar en él esta oportuna disposición, porque le servirá mucho».
«A él le modelas a tu gusto, ¿verdad, Maestro?».
«Sí. La edad me lo permite».
«Pero también has podido modelar al anciano Juan Félix...».
«Sí. Pero porque se ha dejado abatir y crear de nuevo, completamente, por mí».
«Es verdad. He notado que los más grandes pecadores, cuando se convierten, nos superan en la justicia a nosotros, hombres de relativa culpabilidad. ¡Por qué?».
«Porque su contrición es proporcional a su pecado. Inmensa. Por tanto, los tritura con la muela del dolor y la humildad. "Mi pecado está siempre frente a mí" dice el salmista*. Ello mantiene humilde al espíritu. Es un recuerdo bueno, cuando está unido a esperanza y confianza en la Misericordia. Las medias perfecciones, o incluso menos que medias, muchas veces se detienen porque carecen del acicate del remordimiento de haber pecado gravemente y de tener que

---

* *dice el salmista,* en *Salmo 51, 5.*

expiar, carecen de este acicate que las haga continuar hacía la perfección verdadera. Se estancan como aguas cerradas. Se sienten satisfechas de ser límpidas. Pero hasta el agua más cristalina, si no se depura con el movimiento de las partículas de polvo, de los detritos que el viento le aporta, termina siendo lodosa y putrefacta».
3«¿Y las imperfecciones que dejamos existir y persistir en nosotros son polvo y detritos?».
«Sí, Simón. Todavía tendéis demasiado a estancaros. Tenéis un movimiento casi imperceptible hacia la perfección. ¿No sabéis que el tiempo es veloz? ¿No sabéis que en el espacio que queda deberíais esforzaros por alcanzar vuestra perfección? Si no poseéis la fuerza de la perfección, conquistada con decidida voluntad en este tiempo que queda, ¿cómo podréis resistir a la tempestad que Satanás y sus hijos desencadenarán contra el Maestro y su Doctrina? Llegará un día en que, desconcertados, os preguntaréis: "¿Cómo es que fuimos arrollados, nosotros que estuvimos tres años con Él?". La respuesta está en vosotros, en vuestro modo de actuar. El que más se esfuerce en alcanzar la perfección en este tiempo que queda será más capaz de ser fiel».

«Tres años... Pero, entonces... ¡Oh! ¡Mi Señor!... ¿Entonces te vamos a perder la primavera que viene?».
«Estos árboles tienen ya frutos incipientes. Los comeré maduros. Pero no volveré a probar, después de los frutos de este año, nuevas cosechas... No te abatas, Simón. El abatimiento es estéril. Debes saber esto y poner los medios para confirmarte en la justicia, para poder ser fiel en el momento terrible».
«Sí. Lo haré. Con todas mis fuerzas. ¿Puedo decir esto a los demás? Para que se preparen también ellos».
«Puedes decirlo. Pero sólo quien tenga fuerte voluntad querrá».
«¿Y los otros? ¿Perdidos?».
«No, pero sí duramente probados por su propio acto. Serán como uno que se creía fuerte y se encuentra en el suelo y vencido. Desconcertados. Humillados. *¡Humildes, por fin*! Porque - créelo, Simón -, si no hay humildad, no se avanza. El orgullo es la piedra que Satanás usa como pedestal. ¿Por qué tenerla en el corazón? ¿Es maestro agradable este horrendo ser?».
«No, Maestro».
«Y, no obstante, tenéis en el corazón el punto de apoyo, la tarima para sus lecciones. Estáis penetrados de orgullo. Tenéis orgullo en todo y por todos los motivos. Incluso del hecho de ser "míos". ¡Cortos de inteligencia! ¿No os cura el comparar lo que sois con Aquel que os ha elegido? No es porque os haya llamado por lo que seréis santos. Será por el modo en que hayáis evolucionado después de mi llamada. La santidad es edificio que cada uno eleva por sí mismo. La Sabiduría le puede indicar el método y el proyecto. Pero la obra material os toca a vosotros».
«Es verdad. ¿Pero entonces no nos vamos a perder? ¿Después de la prueba vamos a ser más santos por ser más humildes?...».
«Sí». El "sí" es breve y grave.
«¿Lo dices así, Maestro?».
«Así lo digo».
«Querrías de nosotros santidad antes de la prueba...».
«Eso querría. Y para todos».
«¡Para todos? ¿No seremos iguales en la prueba?».
«No seréis iguales ni antes ni durante ni después de ella... a pesar de que a todos os haya ofrecido la misma palabra...».
«Y el mismo amor, Maestro. Nuestra culpa hacia ti es grande...».
Jesús suspira...

[4]El Zelote, después de un silencio más bien largo, está ya para hablar cuando, casi corriendo, vienen hacia ellos los apóstoles y discípulos que han encontrado a Margziam en las primeras subidas del Getsemaní. Simón guarda silencio. Jesús responde a los saludos de todos, para caminar luego al lado de Pedro en dirección al olivar y a la casa. Pedro informa de que estaban alerta desde el alba; de que Elisa está todavía enferma en casa de Juana; de que la noche anterior habían venido unos fariseos; de que... de que... de que... un haz muy enmarañado de noticias, de las cuales, al final, surge la pregunta: «¿Y Lázaro?», pregunta a la que Jesús responde exhaustivamente. Pedro, muy curioso, no sabe contenerse y pregunta: «¿Y... nada, Señor? Ninguna... noticia...».
«Sí. A su tiempo las sabrás. ¿Dónde están Margziam y la mujer? ¿Ya en la casa?».
«¡No, no! La mujer no se ha atrevido a seguir adelante. Está sentada en un cembo y te

espera. Margziam... Margziam... me ha desaparecido. Habrá ido corriendo a la casa».
«Vamos a acelerar el paso».
Pero, a pesar de acelerar, no llegan a la casa antes de que María con su cuñada, Salomé, Porfiria y las mujeres de Bartolomé y Felipe hayan salido ya, venerantes. Jesús las saluda de lejos, pero se dirige hacia el lugar en que, humilde, está Anastática; la toma de la mano y la conduce hacia su Madre y las mujeres.
«Mira, ésta es la flor de esta Pascua, Madre. Aunque sea sólo una este año, que te signifique delicadeza, puesto que te la traigo Yo».
La mujer se ha arrodillado. María se agacha y la levanta mientras dice: «Las hijas están en el corazón de sus madres, no a sus pies. Ven, hija. Conozcamos nuestras caras como ya se conocen nuestros espíritus. Aquí están las hermanas. Vendrán otras. Que sea una dulce familia, toda ella santidad para la gloria de Dios y amor entre sus miembros».
La discípulas se dan recíprocamente el beso de amor, y reciproca y profundamente se miran. Entran y suben a la terraza de la casa, circundada del glauco de centenares de olivos. Los grupos se separan: Jesús con los hombres; las mujeres, aparte, en torno a la nueva llegada. Regresa Susana, que había ido a la ciudad con su marido. Viene Juana con los niños. Aparece Analía con su cara de ángel. Jairo, mezclado con los discípulos que venían presurosos hacia Jesús, regresa con su hija, la cual va al grupo de las mujeres y se pone junto a María, que la acaricia.
Paz y amor hay en esta reunión de personas. Luego el Sol declina, y Jesús, antes de saludar a los que regresan a sus propias casas o a las casas en que se alojan, reúne a todos en oración y los bendice. Luego los saluda. Se queda solamente con los que prefieren estar estrechos en la casa del Getsemaní o pernoctar debajo de los olivos antes que marcharse. Así pues, se quedan María, María de Alfeo, Salomé, Anastática, Porfiria y otras mujeres; y Jesús, Pedro, Andrés, Santiago y Judas de Alfeo, Santiago y Juan de Zebedeo, Simón Zelote, Mateo, Margziam y otros hombres.
5Pronto consumen la cena. Después, Jesús invita a su Madre y a María de Alfeo a ir con Él y con los discípulos por el olivar silencioso. Quizás las otras tres mujeres irían también de buena gana. Pero Jesús no las llama; es más, dice a Salomé y a Porfiria: «Hablad santas palabras con la nueva hermana y luego acostaos. No nos esperéis. La paz sea con vosotros». Y las tres se resignan a su destino.
Pedro está un poco enfurruñado, y calla mientras todos hablan yendo en grupo, precisamente hacia el futuro peñasco de la agonía. Se sientan en el ribazo. Tienen frente a ellos a Jerusalén, la cual, tras. el ajetreo de la jornada, se aquieta.
«Enciende unas ramas, Pedro» ordena Jesús.
«¿Para qué?».
«Quiero leeros lo que escriben Juan y Síntica. Y has de saber, tú que estás enfadado, que éste es el motivo por el que no he dejado venir a las tres mujeres».
«¡Pero si mi mujer estaba aquella noche!...».
«Pero excluir de las antiguas discípulas sólo a Salomé habría sido feo... Además esto te dará la manera de desahogar tu lengua contando a tu prudente esposa lo que ahora vas a oír».
Pedro, alborozado por el elogio dado a Porfiria y por la concesión de poderla poner al corriente del secreto, pierde de golpe su gesto de enfado, y se dedica a encender una alegre hoguera de la que se elevan llamas derechas, quietas en el ambiente calmo.
6Jesús saca de su cinturón las dos cartas. Las abre. Lee en medio del circulo atento de

once rostros.
«"A Jesús de Nazaret, honor y bendición. A María de Nazaret, bendición y paz. A los hermanos santos, paz y salud. Al bien amado Margziam, paz y caricias.
Lágrimas y sonrisas hay en mi corazón y en mi rostro mientras me siento a escribir esta carta para todos vosotros. Recuerdos, nostalgias, esperanzas y paz del deber cumplido hay en mí. Tengo ante mí todo el pasado que considero de valor, es decir, el que empezó hace doce meses; y un salmo de agradecimiento a Dios, demasiado compasivo con el culpable, brota de mi corazón. ¡Bendito seas, y contigo la Santa que te ha dado al mundo, y la otra madre que recuerdo como la compasión encarnada; y contigo Pedro, Juan, Simón, Santiago y Judas y el otro Santiago, y Andrés y Mateo, y, en fin, el amadísimo Margziam, a quien pongo en mi pecho para bendecirle! ¡Benditos por todo lo que me habéis dado desde el momento en que os conocí hasta el momento en que os dejé, ciertamente no por voluntad mía! Os he sido arrebatado. ¡Que Dios los perdone! ¡Que Dios los perdone! Y que aumente en mí la capacidad de perdonar por mi parte. Por ahora, con su ayuda, junto con Él lo puedo hacer. Pero solo no puedo; no, todavía no podría, porque demasiado quema la herida que me han hecho arrancándome de mi verdadera Vida, de ti, Santísimo. Demasiado quema todavía, a pesar de que tus consuelos sean una lluvia continua y balsámica que desciende sobre mí..."».
7Jesús pasa muchas líneas sin leerlas. Y reanuda: «"Mi vida..."». Pero Pedro, que para ayudar al Maestro a ver ha cogido una rama encendida y la mantiene alzada, estando junto al Maestro y alargando el cuello para ver el escrito, dice: «¡No, no, no es así! ¿Por qué no lees, Maestro? ¡Hay otras cosas entre medias! Soy animal, pero no tanto como para no saber leer despacio. Yo leo: "Tus promesas han superado mis esperanzas..."».
«¡Eres terrible, ¿eh?! ¡Peor que un muchacho!» dice Jesús sonriendo.
«¡Hombre, claro! ¡Ya me estoy haciendo viejo! Por eso tengo más malicia que un muchacho».
«Deberías tener también más prudencia».
«Es buena para los enemigos. Aquí estamos entre amigos. Aquí Juan dice una serie de cosas bonitas de ti. Quiero saberlas. Para saber cómo tendría que hacer yo, cuando me expidieras a otro lugar como una mercancía. ¡Venga, hombre, lee todo! Madre, dile tú también que no es justo darnos las noticias triadas como si fueran pececillos. ¡Saca! ¡Saca todo! Algas, barro, peces pequeños y peces excelentes. ¡Todo! ¡Ayudadme vosotros! Parecéis un conjunto de estatuas. ¡Es que me sacáis de quicio! ¡Y se ríen!».
Ante la agitación de Pedro, que salta acá y allá como un potro encabritado, sacudiendo su rama encendida sin preocuparse de las chispas que le llueven encima, es difícil no reírse. Jesús tiene que ceder para calmarle y poder seguir leyendo.
«"Tus promesas han superado mis esperanzas en ellas. Maestro santo, cuando, aquella triste mañana de invierno, me prometiste que vendrías a consolar a tu discípulo triste, no comprendí el verdadero valor de tu promesa. El dolor y la relatividad del hombre oprimían las facultades del espíritu, de forma que éste era tardo en entender el alcance de tu promesa.
¡Bendito seas, espiritual visitador de mis noches, que no son por eso desolación ni dolor, como pensaba, sino una espera de ti. ¡Oh, gozoso encuentro contigo! La noche - horror de los enfermos, de los desterrados, de los que están solos, de los culpables -, para mí, que soy verdaderamente Félix* haciendo tu voluntad y sirviéndote, se ha convertido en 'la espera de las vírgenes prudentes a que llegue el esposo'. E incluso más tiene mi pobre

alma: la beatitud de ser la esposa que espera a su Amor, que viene a la estancia nupcial para darle todas las veces la alegría del primer encuentro y el éxtasis fortalecedor de la fusión.
¡Oh, Señor y Maestro mío, mientras te bendigo por lo mucho que me das, te ruego que recuerdes las otras dos promesas que me hiciste. La más importante, para este hombre débil en demasía que soy yo, es no mantenerme en vida para la hora de tu dolor. Conoces mi debilidad. No permitas que aquel que por tu amor se ha despojado del odio haya de volver a vestir, por el odio hacia los hombres tus verdugos, el uniforme híspido e hiriente del odio. La segunda es para tu pobre discípulo, igualmente débil en demasía e incompleto en la perfección: ven a mi lado, como dijiste, a la hora de mi muerte. Ahora que sé que para ti no existen distancias, y que ni mares ni montes ni ríos ni voluntad de hombre te impiden dar a quien te ama el consuelo de tu sensible presencia, no dudo poder tenerte cuando expire. ¡Ven, Señor Jesús! Y ven pronto a introducirme en la paz.
8Y ahora que he hablado del espíritu, te daré noticias de mi trabajo.
Tengo muchos discípulos, de todas las razas y países. Para no herir la sensibilidad de unos u otros y dada la ausencia de pedagogos aquí, he dividido los días, de forma que alterno un día a los paganos, uno a los fieles, con mucho provecho. Doy lo que gano a los pobres, y así los atraigo hacia el Señor. He vuelto a tomar mi viejo nombre, no por apego, sino por prudencia. En las horas en que soy del mundo, soy 'Félix'. En las horas en que soy solo de Jesús, soy 'Juan': la gracia de Dios. He explicado a Felipe que el verdadero nombre era Félix y que me llamaban Juan sólo para distinguirme entre los hermanos. Y la cosa no ha creado ningún estupor, dada la facilidad con que cambiamos de nombre o llamamos por sobrenombres.
Espero hacer aquí mucho trabajo, para preparar el camino a los hermanos santos. Si tuviera más fuerzas, querría adentrarme en la campiña para dar a conocer tu Nombre. Quizás pueda al principio del verano o con el frescor del

---

* *Felix*: "Felice" se traduce por "Félix" en español, y "felice" significa en español "feliz" (NdT).

otoño. Basta que pueda y lo haré. El aire puro de Antigonio, estos jardines tan serenos y hermosos, las flores, los niños, las gallinitas, el afecto de los jardineros, y, sobre todo, el grande, sabio, filial afecto de Síntica me hacen mucho bien. Yo diría que he mejorado. No piensa lo mismo Síntica... Bueno, esta opinión suya se manifiesta solamente por los solícitos y continuos cuidados que me dispensa: mi comida, mi descanso, que no coja frío... Pero me siento mejor. ¿Esta sensación no viene, quizás, del deber heroicamente cumplido? Eso dice Síntica. Querría saber si está acertada. Porque el deber es cosa moral, mientras que la enfermedad es cosa carnal.
Y querría saber también si Tú vienes realmente o sólo te me apareces a los sentidos espirituales, aunque de forma tan perfecta que no me dejas distinguir dónde termina la realidad material de tu Presencia.
Maestro amado y bendito, tu Juan se arrodilla pidiéndote tu bendición. A la Madre, a María, a los hermanos santos, paz y bendición. A Margziam un beso para que se acuerde de enviar las santas palabras, pan para los que estamos en tierras lejanas trabajando en la viña del Señor".

Ésta es la carta de Juan... ¿Qué opináis?».
Se cruzan diversas impresiones... Pero la más fuerte de todas es la que se refiere a la presencia de Jesús. Le abruman a preguntas... sobre cómo puede ser, sobre si puede ser, si Síntica ve, etc. etc.
9Jesús hace un gesto de silencio y abre el rollo de Síntica. Lee:
«"Síntica al Señor Jesús con todo el amor de que es capaz. A la Madre bendita, veneración y alabanza. A los hermanos en el Señor, gratitud y bendición. A Margziam el abrazo de su hermana distante.
Juan te ha expuesto, Maestro, nuestra vida. Muy sintéticamente, te ha dicho lo que hace y lo que yo, como mujer, hago. Tengo mi pequeña escuela llena de niñas. Gano mucho espiritualmente, porque las gano para ti, ¡oh mi Señor!, hablando del verdadero Dios a través incluso del trabajo. Esta región, donde tantas razas se han mezclado, es una maraña enredada de religiones. Tan enredada, que... ya no son sino religiones impracticables, deshiladuras de religiones que ya no sirven para nada. En medio, rígida e intransigente, la fe de los israelitas, que con su peso rompe los hilos ya deteriorados de las otras, sin obtener nada.
Juan, teniendo varones, debe actuar con prudencia. Yo, con las niñas, me muevo más libremente. Ser mujer es siempre una inferioridad; tanto, que a las familias de distintas religiones no les importa si las niñas se mezclan en una única escuela. Basta con que aprendan el productivo arte del bordado. Y bendito sea este concepto despreciativo que el mundo tiene de nosotras las mujeres, porque así me permite extender cada vez más mi radio de acción. Los bordados se venden maravillosamente, la fama se difunde, vienen damas de lejos. A todas les puedo hablar de Dios... ¡Ah, los hilos, que, en el telar o en la tela, se transforman en flores, animales, estrellas, también sirven, con sólo quererlo, para encauzar a las almas hacia la Verdad! Conociendo varias lenguas, puedo usar el griego con los griegos, el latín con los romanos, el hebreo con los hebreos; es más, en esta última lengua progreso cada vez más con la ayuda de Juan.
Otro medio de penetración es el ungüento de María. He hecho mucho ungüento nuevo, con las esencias que existen aquí, mezclando en él una porcioncita del originario para santificarlo. Úlceras y dolores, heridas y dolor de pecho desaparecen. Verdad es que yo, mientras unto y vendo, no ceso de repetir los dos Nombres santos: Jesús-María. Es más, haciendo una relación con el significado griego de Cristo, he llamado a este bálsamo 'Ungüento Mirra'. ¿Es así, no? ¿No posee, acaso, la esencia salutífera de la Mirra de Dios que te engendró, Oleo precioso que nos haces reyes? Muchas veces me debo quedar levantada para poder preparar más ungüento. Le rogaría a la Santa que preparase también Ella más, y que me lo mandase para los Tabernáculos, para poderlo mezclar con el otro, hecho por la ínfima sierva de Dios. De todas formas, si no fuera correcto lo que hago, dímelo, Señor, y jamás lo volveré a hacer.
10El amado Juan me ensalza mucho. ¿Qué debería decir yo de él, entonces? Sufre agudamente, pero tiene una fortaleza maravillosa. Si no conociera su secreto, estaría asombrada. Pero desde aquella noche en que, regresando de un enfermo, le descubrí extático y transfigurado, y oí sus palabras y me arrodillé porque intuí que Tú estabas presente ante tu siervo, ya no puedo asombrarme. Quizás algún hermano sí que se asombrará si oye que no deploro el no haber visto yo misma. ¿Por qué debería hacerlo? Todo está bien, todo lo que Tú das es suficiente. Cada uno recibe la parte que merece y que le es necesaria. Bien está, pues, que Juan te tenga en forma visible y yo sólo en el

espíritu.
¿Soy feliz? Como mujer, echo de menos el tiempo en que estaba contigo y María. Pero como alma, soy felicísima, porque sólo ahora te sirvo, mi Señor. Pienso que el tiempo es nada. Pienso que la obediencia es moneda para entrar en tu Reino. Pienso que ayudarte es gracia que supera cuanto la pobre esclava podía soñar, incluso en horas de delirio, y que Tú me has concedido ayudarte. Pienso que, separada ahora, te tendré al final para toda la eternidad. Y canto la canción de Juan cual calandria en primavera por los campos de oro de la Hélade. Mis niñas la cantan porque dicen que es bonita. Yo las dejo cantar al compás del telar, tan semejante al del remo de aquel día lejano, porque pienso que decir tu nombre, Madre, es prepararse a la Gracia.
Juan me ruega que añada la noticia de que te ha enviado un magnífico ciudadano de Antioquía. Se llama Nicolái. Es su primera conquista para tu rebaño. Tenemos mucha confianza en que Nicolái no defraude el concepto que tenemos de él en nuestro corazón. Bendice a tu sierva, Señor. Bendícela, Madre. Bendecidme todos, santos, y tú, niño bendito que creces en sabiduría junto al Señor".
Esto escribe Síntica. Y ha añadido una apostilla sin que Juan lo supiera. Dice: "Juan sólo en el espíritu se manifiesta grande y se refuerza; en lo demás declina, a pesar de todos los cuidados. Tiene muchos proyectos para el principio del verano, pero creo que no podrá llevar a cabo lo que dice. Creo que el invierno ahogará su exigua vida... Pero está en paz. Y se santifica con las obras y el sufrimiento. ¡Manténle la fuerza con tu presencia, mi Señor! Te pido que me sometas a mí a cualquier pena a cambio de este don para tu discípulo. Enviando las presentes con Tolmái a Lázaro, te suplico que les digas a él y a sus hermanas que recordamos su bondad hacia nosotros y que constante y ardientemente oramos por ellos"».
Todos se intercambian de nuevo impresiones.
11 Andrés se inclina para preguntar algo a María, pero se queda sorprendido al ver lágrimas en su cara. «¿Lloras?» pregunta.
«¿Por qué llora? ¿Cómo es eso, Madre!» dicen muchos de los presentes.
«Yo sé por qué llora» dice Margziam.
«¿Por qué llora?».
«Porque Juan ha recordado la muerte del Señor».
«Ya, claro. ¿Es verdad? ¿Y cómo lo sabe, si ya no estaba cuando la predijiste?».
«Porque lo ha sabido de mi boca, para su consuelo».
«¡Mmm! ¿Consuelo!...».
«Sí, consuelo. La promesa de que no esperará mucho a tener el Reino. Él lo merece porque os ha superado en la voluntad y obediencia. Vamos a volver a casa. Vamos a preparar las respuestas para dárselas a Tolmái; tú, Margziam, adjuntarás tus libros».
«¡Ah! ¡comprendo! ¡comprendo! ¡Escribía para ellos!...».
«Sí. Vamos. Mañana iremos al Templo...».

367. El jueves prepascual. Preparativos en el Getsemaní.
23 de enero de 1946.

1 Apenas un principio de aurora. Mas ya los hombres imitan a las aves, que bullen con sus

primeros vuelos y trabajos y cantos del día. La casa del Getsemaní, poco a poco, se va despertando; y se ve precedida por el Maestro, que regresa ya de la oración hecha en las primeras luces del alba, después de una noche entera de oración; pero no entra.
Se va despertando poco a poco el cercano campo de los galileos en la planicie del Monte de los Olivos, y gritos y llamadas van por el aire sereno, atenuados por la distancia, aunque suficientemente netos como para comprender que los píos peregrinos reunidos allí de un momento a otro van a reanudar las ceremonias pascuales interrumpidas la noche anterior.
Se despierta. la ciudad, más abajo. Empieza el clamor que la llena (superpoblada en estos días), con los rebuznos de los burritos (de hortelanos y vendedores de corderos que se apretujan en las puertas para entrar), y con el llanto - ¡qué conmovedor! - de centenares de corderos que, montados en carros, o dentro de bastos más o menos grandes, o simplemente a hombros, se dirigen a su trágico destino, y llaman a las madres... lloran su lejanía, sin saber que deberían llorar la vida que tan precozmente llega a su fin. Y sigue aumentando, sin cesar, el rumor en Jerusalén, por el ruido de los pasos en las calles y las llamadas de una terraza a otra o de éstas a la calle, o viceversa; y el rumor llega, como el de las ondas marinas, atenuado por la distancia, hasta la serena hondonada del Getsemaní.
2Un primer rayo de sol corta el aire en dirección a una exquisita cúpula del Templo, y la inflama toda, como si un sol hubiera descendido a la Tierra, un pequeño sol posado encima de un cándido pedestal, pero bellísimo a pesar de su pequeñez.
Los discípulos y las discípulas miran admirados ese punto de oro. ¡Es la Casa del Señor! ¡Es el Templo! Para comprender lo que era este lugar para los israelitas, basta ver cómo fijan en él sus miradas. Parecen ver relampaguear, entre el rutilar del oro encendido por el Sol, la Faz Santísima de Dios. Adoración y amor patrio, santo orgullo de ser hebreos, aparecen evidentes en esas miradas, más que si hablaran los labios.
Porfiria, que no ha vuelto a Jerusalén desde hace muchos años, vierte incluso lágrimas de emoción, mientras, inconscientemente, aprieta el brazo de su marido, que le está señalando no sé qué con la mano, y se abandona un poco sobre él, como una recién casada, enamorada de su esposo, admirada de él, feliz de ser por él instruida.
Entretanto, las otras mujeres hablan quedo, casi en monosílabas, para consultarse lo que debe hacerse este día. Anastática, todavía sin práctica y un poco ajena a este nuevo ambiente, está ligeramente separada, absorta en sus pensamientos.
3María, que estaba hablando con Margziam, la ve, se acerca a ella y le pasa un brazo alrededor de la cintura: «¿Te sientes un poco sola, hija mía? Bueno, hoy irá mejor. ¿Ves? Mi Hijo está indicando a los apóstoles que vayan a las casas de las discípulas para advertirles que se reúnan y le esperen por la tarde en casa de Juana. Se ve que quiere hablarnos, concretamente a las mujeres; bueno, antes te habrá dado ya una madre. ¡Es buena, sabes? La conozco desde cuando estaba yo en el Templo. Era una madre ya desde entonces para con las más pequeñas de las consagradas. Y comprenderá tu corazón, porque también ella ha llorado mucho. Mi Hijo la curó el año pasado de una melancolía mortal que se había apoderado de ella después de la muerte de sus dos hijos. Te lo digo sólo para que sepas quién es la que de ahora en adelante te va a querer, y a la que tú vas a querer. Pero te digo lo mismo que el año pasado dije a Simón cuando recibía por hijo a Margziam: "Que este afecto no debilite la voluntad de tu corazón de servir a Jesús". Si así fuera, el don de Dios te sería más pernicioso que la lepra, porque apagaría en ti la voluntad buena que un día te dará la posesión del Reino».

«No temas, Madre. En lo que está de mi parte, haré una llama de este afecto para encenderme a mí misma cada vez más al servicio del Salvador. No me gravaré con él, ni gravaré a Elisa, sino que, al contrario, juntas, apoyándonos y estimulándonos recíprocamente en una santa competición, volaremos, con la ayuda del Señor, por sus caminos».

4Mientras están hablando, del campo de los galileos, de la ciudad, de casas esparcidas por las laderas, del suburbio - o quizás es un barrio - que está ligeramente fuera de la ciudad (en una de las dos vías que van de Jerusalén a Betania, y, más exactamente, en la más larga, la que Jesús recorre sólo raras veces), empiezan a llegar discípulos antiguos y recientes; los últimos son: Felipe y su familia, Tomás solo, Bartolomé con su mujer.
«¿Dónde están los hijos de Alfeo, Simón y Mateo?» pregunta Tomás, que no los ve.
Jesús le responde: «Ya van delante. Los dos últimos, a Betania, para avisar a las hermanas de que estén por la tarde en casa de Juana; los dos primeros, a ver a Juana y a Analía, para avisarlas de lo mismo. Nos encontraremos a la ora tercera en la Puerta Dorada. Vamos entretanto a dar la limosna a los mendigos y leprosos. Que Bartolomé se adelante con Andrés, para comprar alimentos para ellos. Nosotros los seguiremos lentamente. Nos detendremos en el barrio de Ofel, junto a la Puerta. Y luego iremos donde los pobres leprosos».
«¿Todos?» dicen poco entusiastas algunos.
«Todos y todas. La Pascua, este año, nos reúne como hasta ahora nunca había sido posible. Vamos a hacer juntos lo que serán los deberes futuros de los hombres y mujeres que trabajen en mi Nombre. 5Ahí viene deprisa Judas de Simón. Me alegro, porque quiero que esté él también con nosotros».
En efecto, Judas viene jadeante. «¿Llego con retraso, Maestro? Culpa de mi madre. Ha venido, en contra de la costumbre y de lo que le había dicho. La he encontrado ayer noche en casa de un amigo de nuestra familia. Y esta mañana me ha entretenido hablándome... Quería venir conmigo, pero yo no he querido».
«¿Por qué? ¿María de Simón no merece, acaso, estar donde tú estás? Es más, lo merece mucho más que tú. Así que ve corriendo a recogerla y luego nos alcanzas en el Templo, en la Puerta Dorada».
Judas se marcha sin poner objeciones. Jesús se pone en camino, delante, con los apóstoles y los discípulos; las mujeres, con María en el centro. detrás de los hombres.

368. El jueves prepascual. En Jerusalén y en el Templo.
24 de enero de 1946.

1No veo la distribución de comida a los leprosos de Hinnón, de los cuales sólo oigo hablar. No creo que se hayan producido milagros entre ellos, porque Simón Pedro dice: «La soledad atroz no les ha dado la gracia de creer y saber dónde está la Salud».
Después la ciudad los recibe por la Puerta que introduce en el bullicioso o poblado barrio

de Ofel.
Después de algunos metros, por la puerta entreabierta de una casa, aparece al improviso, jubilosa, Analía, que hace un acto de veneración al Maestro mientras dice: «Tengo permiso de mi madre para estar hasta la noche contigo, Señor».
«¿No se sentirá molesto Samuel?».
«Ya no existe Samuel en mi vida, Señor. Y gracias sean dadas al Altísimo. Solamente me conceda que no te deje a ti, mi Dios, como me ha dejado a mí». La boca juvenil sonríe heroicamente, mientras un brillo de llanto resplandece en sus ojos castos.
Jesús la mira fijamente y, por toda respuesta, le dice: «Únete a las discípulas», y reanuda el camino.
Pero la anciana madre de Analía, más anciana por los dolores que por la edad, se acerca a su vez, muy inclinada en un saludo devotísimo y rendido, y dice: «La paz a ti, Maestro. ¿Cuándo podría hablar contigo? ¡Estoy muy acongojada!...».
«En seguida, mujer». Y, volviéndose a los que están con Él, ordena: «Quedaos aquí fuera. Voy a entrar un momento en esta casa» y hace ademán de seguir a la mujer.
Pero Analía, desde el grupo de las mujeres, reclama su atención, con una sola palabra: «¡Maestro!», ¡pero cuánto hay en ese palabra! Y junta las manos al decirla, como si suplicara...
«No temas. Ten paz. Tu causa está en mis manos, y también tu secreto» la tranquiliza Jesús. Y luego, raudo, entra por la puerta entreabierta.
Fuera se hacen comentarios sobre este hecho, y curiosidades masculinas y femeninas compiten para saber... saber... saber...
2Dentro se escucha y se llora. Jesús escucha. Apoyado de espaldas contra la puerta, que ha cerrado tras sí en cuanto ha entrado, con los brazos recogidos sobre el pecho, escucha a la madre de la muchacha, que le habla de la volubilidad del novio, el cual habría aprovechado un pretexto para liberarse completamente del vínculo... «De forma que Analía es como una repudiada, y nunca más se casará, porque ha declarado que Tú no apruebas a quien después del repudio vuelve a casarse. Pero no es así. ¡Ella es célibe todavía! No se vende a otro hombre, porque de ningún hombre ha sido. Y él es culpable de crueldad. Y más. Porque le han venido ganas de otras bodas; pero es mi hija la que va a aparecer como culpable, y el mundo la escarnecerá. Haz algo, Señor, porque es por ti por quien sucede esto».
«¿Por mí, mujer? ¿En qué he pecado?».
«¡No, Tú no has pecado! Pero él dice que Analía te ama. Y finge estar celoso. Ayer noche ha venido. Ella había ido a verte. Se enfureció y juró que ya no la querría por esposa. Analía, que llegó en ese momento, le respondió: "Haces bien. Lo único que siento es que vistas la verdad de mentira o de calumnia. Sabes que a Jesús se le ama sólo con el alma. Pero es precisamente tu alma la que se ha corrompido y deja la Luz por la carne, mientras que yo dejo la carne por la Luz. No podríamos ser ya un solo pensamiento, como dos esposos deben ser. Ve, pues, y que Dios te ampare". Ni una lágrima, ¿comprendes? ¡Nada que tocara el corazón del hombre! ¡Mis esperanzas defraudadas! Ella... ciertamente por superficialidad, causa su ruina. 3Llámala, Señor. Habla con ella. Doblégala a la razón. Busca a Samuel. Está en casa de Abraham su pariente, en la tercera casa después de la Fuente de la higuera. ¡Ayúdame! Pero primero habla en seguida con ella...».
«Hablar, hablaré. Pero deberías dar gracias a Dios, que rompe un vínculo humano que está claro que no prometía mucho. Ese hombre es voluble e injusto para con Dios Y para

con su novia...».
«Sí, pero es atroz que el mundo la crea culpable, y que te crea culpable a ti, por el simple hecho de que sea discípula tuya».
«El mundo acusa y luego olvida. El Cielo, por el contrario, es eterno. Tu hija será una flor del Cielo».
«¿Entonces por qué has permitido que viviera? Habría sido una flor sin sufrir la lapidación de las calumnias. ¡Tú que eres Dios llámala, hazla razonar, y luego haz razonar a Samuel...».
«Recuerda, mujer, que ni siquiera Dios puede avasallar la voluntad y libertad del hombre. Ellos, Samuel y tu hija, tienen derecho a seguir lo que sienten que es bueno para ellos. Especialmente Analía tiene derecho...».
«¿Por qué?».
«Porque Dios la ama mas que a Samuel. Porque ella da a Dios más amor que Samuel. ¡Tu hija es de Dios!».
«No. En Israel no es así. La mujer debe casarse... Es mía la hija... Sus esponsales me prometían paz para el futuro...».
«Tu hija estaría en el sepulcro desde hace un año, si Yo no hubiera actuado. ¿Quién soy Yo para ti?».
«El Maestro y Dios».
«Y como Dios y Maestro digo que el Altísimo tiene más derecho que nadie sobre sus hijos, y que mucho va a cambiar en la Religión, y de ahora en adelante podrán las vírgenes ser vírgenes eternamente por amor a Dios . [4]No llores, madre. Deja tu casa y ven con nosotros, hoy. ¡Ven! Ahí afuera está mi Madre y otras madres heroicas que han dado sus hijos al Señor. Únete a ellas...».
«Habla con Analía... ¡Inténtalo, Señor!» gime la mujer entre sollozos.
«De acuerdo. Haré como quieres» dice Jesús. Y, abierta la puerta, llama: «Madre, ven con Analía».
Las dos requeridas van presurosas. Entran.
«Muchacha, tu madre quiere que te diga que lo pienses más. Quiere que hable con Samuel. ¿Qué debo hacer? ¿Qué respuesta me das?».
«Habla con Samuel si quieres. Es más, te suplico que lo hagas. Pero sólo porque querría que se hiciera justo oyéndote. Respecto a mí, ya sabes; te ruego que le des a mi madre la respuesta más verdadera».
«¿Has oído, mujer?».
«¿Cuál es la respuesta?» pregunta con voz quebrada la anciana, la cual al principio de las palabras de su hija creía que ésta se hubiera vuelto atrás y luego ha comprendido que no es así.
«La respuesta es que desde hace un año tu hija es de Dios, y el voto es perenne mientras dura la vida».
«¡Pobre de mí! ¡¿Qué madre hay más infeliz que yo?!».
María suelta la mano de la joven para abrazar a la mujer y decirle dulcemente: «No peques con tu pensamiento y con tu lengua. Dar a Dios un hijo no es una desdicha; antes al contrario, es una gran gloria. Un día me dijiste que tu dolor era el haber tenido sólo una hija, porque querrías haber tenido el varón consagrado al Señor. Tú tienes no un varón sino un ángel, un ángel que precederá al Salvador en su triunfo. ¿Y te vas a considerar infeliz? Mi madre, habiéndome concebido en tarda edad, espontáneamente me consagro

al Señor desde el primer latido mío que oyó en su seno. Y me tuvo sólo tres años. Y yo tampoco la tuve, sino en mi corazón. Pues bien, su paz al morir fue el haberme dado a Dios... ¡Ánimo, ven al Templo a cantar las alabanzas a Aquel que tanto te ama que ha elegido a tu hija como esposa! Ten una verdadera sabiduría en tu corazón. Verdadera sabiduría es no poner límites a la propia generosidad hacia el Señor».
La mujer ha dejado de llorar. Escucha... Luego se decide. Toma el manto y se envuelve en él. Y al pasar por delante de la hija suspira: «Primero la enfermedad, luego el Señor... ¡Se ve que no debía tenerte!...».
«No, mamá. No digas eso. Nunca me has tenido tanto como ahora. Tú y Dios. Dios y tú. Sólo vosotros, hasta la muerte...» y la abraza dulcemente y le pide: «¡Una bendición, madre! Una bendición... porque he sufrido por tener que hacerte sufrir. Pero Dios me quería así...».
Se besan llorando. Luego salen, precedidas por Jesús y María, y cierran la casa; luego se ponen detrás del grupo de las discípulas...
...[5]«¿Por qué entramos por aquí, Señor? ¿No era mejor entrar por la otra parte?» pregunta Santiago de Zebedeo.
«Porque, pasando por aquí, pasamos por delante de la Antonia».
«Y esperas... ¡Ten cuidado, Maestro!... El Sanedrín te espía» dice Tomás.
«¿Cómo lo sabes?» le pregunta Bartolomé.
«Basta reflexionar en el interés de los fariseos para comprender. ¡Me decís que con mil disculpas vienen continuamente a observar lo que hacemos!... ¿Con qué finalidad, si no es buscando de qué acusar al Maestro?».
«Tienes razón. Entonces es mejor no pasar por delante de la Antonia, Maestro. Si los romanos no te ven, pues mejor».
«Y en esta razón está contenido más el asco por ellos que la solicitud por mí, ¿no es verdad, Bartolmái? ¡Qué sabio serías si quitaras de tu corazón estas miserias!» responde Jesús, que sigue de todas formas por su camino sin escuchar a nadie.
Para ir a la Antonia tienen que pasar por el Sixto, donde están el palacio de Juana y el de Herodes, poco separados el uno del otro. Jonatán está en la puerta del palacio de Cusa. En cuanto ve a Jesús, da la voz a los de la casa. Sale inmediatamente Cusa y hace una reverencia. Le sigue Juana, ya preparada para unirse al grupo de las discípulas.
Cusa habla: «He oído que hoy estarás donde Juana. Concede a tu siervo tenerte como invitado en un banquete».
«Sí. Con tal de que me concedas que haga de él un banquete de caridad para los pobres y los infelices».
«Como te parezca, Señor. Ordena y haré lo que Tú quieras».
«Gracias. La paz sea contigo, Cusa».
Juana pregunta: «¿Tienes órdenes para Jonatán? Está a tu disposición».
«Las daré cuando vuelva del Templo. Vamos, porque nos esperan».
Pasan poco después junto al bonito y cruel palacio de Herodes (cerrado como sí estuviera deshabitado). Pasan junto a la Antonia. Los soldados observan el pequeño cortejo del Nazareno.
[6]Entran en el Templo. Mientras las mujeres se detienen en la parte inferior, los hombres prosiguen por el lugar concedido a ellos. Llegan así al sitio donde se presenta a los niños y se purifican las mujeres. Un pequeño grupito de gente acompaña a una joven madre y se detiene para cumplir las ceremonias del rito.

«¡Un pequeñuelo consagrado al Señor, Maestro!» dice Andrés, que observa la escena. «Es, si no me equivoco, la mujer de Cesarea de Filipo*, la del castillo. Pasó

---

* la *mujer de Cesarea de Filipo* es Dorca, con quien ya nos hemos encontrado en 345.3/5; *este fariseo que no me resulta desconocido,* de doce párrafos más abajo, es Jonatán de Uziel, con quien nos habíamos encontrado en 217.2/4.

por delante de mí mientras te esperábamos en la Puerta Dorada» dice Santiago de Alfeo.
«Sí. Está también la suegra y el administrador de Felipe. No nos han visto. Pero nosotros los hemos visto a ellos» añade Judas Tadeo.
Y Mateo añade: «Y nosotros dos hemos visto a María de Simón con un anciano. Pero Judas no estaba. Parecía muy triste la mujer. Miraba afligida a su alrededor».
«Luego la buscaremos. Ahora vamos a orar. Y tú, Simón de Jonás, presenta la ofrenda en el gazofilacio*. Por todos».
Oran largamente. La gente advierte claramente su presencia y unos a otros se señalan al Maestro.
7Un breve altercado, del que sobresale la nota aguda de una voz femenina, hace volver la cabeza a los que oran menos recogidos.
«Si he estado aquí para ofrecer el hijo varón a Dios, puedo quedarme otro poco para ofrecérselo a quien le salvó para el Señor» dice la voz aguda.
Y voces nasales de hombre insisten: «No le es lícito a la mujer detenerse aquí después del rito. Márchate».
«Me iré. Pero detrás de Él».
«Llámale entonces y vete con Él».
«¡Calma! ¡Calma! Dejad que la mujer hable y cuente en qué se basa para decir que el Nazareno ha salvado al niño para Dios» dice una voz despaciosa de hombre.
«¿Y qué interés tienes en ello, Jonatán de Uziel?».
«¡Mucho interés! Aquí hay ciertamente un nuevo pecado. Una nueva prueba. Escúchame, mujer. ¿Cómo te salvó a tu hijo ese hombre? ¿Quieres decírselo a los buscadores tenaces de la verdad?» solicita con hipócrita dulzura este fariseo que no me resulta nuevo.
«¡Sí! Lo digo con gratitud. Estaba desesperada porque el niño me había nacido muerto. Soy viuda, y esta criatura es todo para mí. Él vino y le dio vida».
«¿Cuándo? ¿Dónde?».
«En Cesarea de Filipo. Soy del castillo de Cesarea».
«¡La vida! Habrá sido sólo un repentino desmayo del niño...».
«No. Estaba muerto. Mi madre lo puede decir. Y lo puede decir el administrador del castillo. Vino y le infundió su aliento en la boca y el niño se agitó y lloró».
«¿Y tú dónde estabas?».

---

* Se llamaba *gazofilacio* a un recinto del Templo en que los fieles depositaban las ofrendas de dinero, como será confirmado en 523.8. Mencionado en *Juan 8,20* (aunque las nuevas traducciones dicen *lugar del tesoro*), podría ser la *vasta habitación bien adornada* que nos encontraremos en 506.1.

«En la cama, señor. Acababa de dar a luz».
«¡Qué horror!».
«¡Anatema!».
«¡Impuro!».
«¡Sacrílego!».
«¡Ahora veis si tenía o no razón al preguntar!».
«¡Eres sabio, Jonatán de Uziel! ¿Cómo lo has intuido?».
«Conozco a ese hombre. Le vi violar el sábado en mis tierras de la llanura para quitarse el hambre».
«¡Vamos a expulsarle de aquí!».
«¡Vamos a decírselo a los Príncipes de los sacerdotes!».
«No. Preguntémosle si se purificó. No podemos acusar sin saber...».
«Estáte callado, Eleazar. No te ensucies con una estúpida defensa».
La joven Dorca, implicada en medio, causa de tanto jaleo, rompe a llorar y grita: «¡No le hagáis ningún mal por causa mía!».
8Pero ya algunos exaltados han llegado donde el Señor y le dicen impositivamente: «Ven aquí y responde».
Los apóstoles y discípulos están agitados de ira y temor. Jesús, sereno y solemne, sigue a los que le han llamado.
«¿Reconoces a esta mujer?» gritan mientras le empujan al centro del corro que se ha formado alrededor de Dorca, a la que señalan como si fuera una leprosa.
«Sí. Es una joven viuda y madre de Cesarea de Filipo. Y ésa es su suegra. Y ése es el administrador del castillo. ¿Y entonces...!».
«Ella te acusa de que entraste en su habitación mientras se producía el parto».
«¡No es verdad, Señor! No he dicho eso. He dicho que me reviviste a mi hijo. ¡Y nada más! Quería rendirte honor, y te he perjudicado. ¡Perdón, perdón!».
El administrador de Filipo interviene para ayudarla y dice: «No es verdad. Vosotros mentís. La mujer no ha dicho eso, y yo soy testigo y puedo jurarlo; como también que el Rabí no entró en la habitación, sino que obró el milagro desde la puerta».
«Calla, siervo».
«No. No callaré. Y se lo diré a Filipo, que venera al Rabí más que vosotros, falsos devotos del Dios altísimo».
El altercado pasa de la mujer al terreno religioso y político. Jesús guarda silencio. Dorca llora.
9Eleazar, el invitado justo del banquete de la casa de Ismael, dice: «Creo que se ha aclarado la duda y no tiene ya objeto la acusación; y que el Rabí, justificado, puede libremente marcharse».
«No. Quiero saber si se purificó después de tocar al muerto. ¡Que lo jure por Yehoveh!» grita Jonatán de Uziel.
«No me purifiqué porque el niño no estaba muerto, sino que sólo tenía dificultad para respirar».
«¡Ah, ahora te va bien decir que no resucitó, ¿eh?!» grita un fariseo.
«¿Por qué no haces ostentación como en Quedes?» pregunta otro.
«¡No perdamos tiempo en palabras! Vamos a echarle de aquí y a llevar esta nueva imputación al Sanedrín. ¡Un cúmulo de imputaciones!».
«¿Qué otra?» pregunta Jesús.

«¿Que qué otra! ¿El haber tocado a la leprosa sin purificarte después? ¿Puedes negarlo? ¿Y haber blasfemado en Cafarnaúm, tanto que los más justos te han abandonado? ¿Puedes negarlo?».
«No niego nada. Pero no tengo pecado, porque tú, Sadoq, tú que acusas, sabes por el marido de Anastática que *no estaba leprosa;* tú lo sabes, paraninfo del adulterio de Samuel, tú, embustero con él ante el mundo para favorecer la lujuria de un inmundo, dando el nombre de lepra a lo que no era tal, y condenando a una mujer a la tortura que significa el ser llamado "leproso" en Israel, sólo porque eres cómplice del marido culpable».
El escriba Sadoq, uno de los que estaban en Yiscala y luego en Quedes, herido en pleno centro, se escabulle sin decir nada más. Le siguen los gritos burlones de la gente.
«¡Silencio! Es lugar sagrado» dice Jesús. Y ordena a la mujer y a los que estaban con ella: «Vamos. Venid conmigo a donde me esperan». Y se encamina, severo y majestuoso, seguido por los suyos.
10 Entretanto, la mujer, ante las preguntas de muchos, cuenta una y otra vez, repitiendo siempre: «Mi hijo es suyo y a Él se lo consagro».
El administrador se acerca a Jesús y dice: «Maestro, he referido a Filipo el milagro. Me ha enviado para decirte que te estima. Tenlo presente en las insidias de Herodes... y de los otros. Querría ver también él, y oírte. ¿No vienes hoy a su casa? Te acogería con gusto, incluso en la Tetrarquía».
«No soy ni un histrión ni un mago. Soy el Maestro de la Verdad. Que venga a la Verdad y no le rechazaré».
Están en el patio de las mujeres. «¡Ahí está! ¡Ahí está!» dicen las discípulas a María, que está preocupada por el retraso.
Se reúnen. Jesús quisiera despedirse de los de Cesarea, para ir a buscar a María, madre de Judas; pero Dorca se arrodilla y dice: «Te buscaba yo antes que ella, antes que esa mujer que buscas y que es madre de un discípulo. Te buscaba para decirte: "Este hijo es tuyo. Varón unigénito. Te lo consagro. Tú eres el Dios vivo. Que sea siervo tuyo " ».
«¿Sabes lo que esto significa? Quiere decir consagrar a tu hijo al dolor, perderlo como madre y ganarlo como mártir en el Cielo. ¿Te sientes con fuerzas de ser mártir en tu hijo?».
«Sí, mi Señor. Mártir me habría hecho su muerte, un martirio de una pobre mujer madre. Por ti seré mártir de forma perfecta, grata al Señor».
«¡Pues así sea!... 11 ¡Oh, María de Simón! ¿Cuándo has venido?».
«Ahora. Con Ananías, un pariente mío... Yo también te buscaba, Señor...».
«Lo sé. Y había enviado a Judas a decirte que vinieras. ¿No ha ido?».
La madre de Judas agacha la cabeza y susurra: «Salí inmediatamente después de él para ir al Getsemaní. ¡Pero ya te habías marchado!... He venido rápidamente al Templo... Ahora te encuentro... A tiempo de oír a esta muchacha, ya madre, ¡y tan dichosa!... ¡Cómo desearía poder decirte sus mismas palabras, Señor, respecto a un Judas recién nacido... lleno de dulzura... como uno de estos corderitos...» y, llorando, señala a los corderitos baladores que van hacia los que los han de inmolar. Se envuelve en el manto para esconder su llanto.
«Ven conmigo, madre. Hablaremos en casa de Juana. Éste no es el sitio apropiado».
Las discípulas toman consigo, en medio de ellas, a María, madre de Judas. El pariente Ananías, por su parte, se mezcla con los discípulos. Entre las discípulas también van

Dorca y su suegra. María de Alfeo y Salomé entran en éxtasis haciendo mimos al pequeñuelo.
Se encaminan hacia la salida. Pero, antes de llegar, he aquí que un esclavo romano trae una tablilla encerada a Juana, que la lee y responde: «Dirás que sí. Por la tarde en mi casa, en el palacio».
Y luego es el gorjeo de Yaia y su madre al ver al Salvador: «¡Ahí está el Donador de la luz! ¡Bendito seas, Luz de Dios!» y están rostro en tierra, felices.
La gente se arremolina, pregunta, comprende, aclama.
Y luego es el anciano Matías el que venera y bendice (el hombre que ofreció hospedaje en la noche de tormenta a Jesús y a los suyos cerca de Yabés Galaad).
Luego es el abuelo de Margziam y los otros campesinos. Jesús, después de hablar con Juana, les dice: «Venid conmigo». Y ya se lo ha dicho a Dorca, a Yaia, a Matías.
12 Pero, cerca de la Puerta Dorada, están Marcos de Josías (el discípulo apóstata) y Judas Iscariote hablando animadamente. Judas ve venir al Maestro y se lo dice a su compañero; este, cuando tiene a Jesús detrás, se vuelve. Las miradas se entrecruzan. ¡Qué mirada la de Cristo! Pero el otro ya está sordo ante cualquier santo poder. Para huir antes, casi echa a Jesús contra una columna. Y Jesús no reacciona sino diciendo: «¡Marcos, deténte! ¡Por piedad de tu alma y de tu madre! ».
«¡Satanás!» grita el otro. Y se marcha.
«¡Qué horror!» gritan los discípulos. «¡Maldícele, Señor!». Y el primero en decirlo es Judas Iscariote.
«No. Dejaría de ser Jesús... Vamos...».
«¿Pero cómo, cómo es que se ha vuelto así? ¡Tan bueno como era!» dice Isaac, que parece como traspasado por una flecha de lo apenado que está por el cambio de Marcos.
«Es un misterio. ¡Una cosa inexplicable!» dicen muchos.
Y Judas de Keriot: «Sí. Le dejaba hablar. Todo una herejía. ¡Pero cómo la dice! Casi te persuade. No era tan sabio cuando era justo».
«Debes decir que no estaba tan enajenado cuando estaba endemoniado cerca de Gamala» dice Santiago de Zebedeo.
Y Juan pregunta: «¿Por qué, Señor, cuando estaba endemoniado te causaba menos daño que ahora? ¿No puedes curarle para que no te perjudique?».
«Porque ahora ha recibido dentro de sí a un demonio inteligente. Antes era una posada tomada por la fuerza por una legión de demonios. Pero faltaba en él el consenso de tenerlos. Ahora su inteligencia *ha querido* a Satanás, y Satanás ha puesto en él una fuerza demoníaca inteligente. Contra esta segunda posesión nada puedo. Debería violentar la voluntad libre del hombre».
«¡¿Sufres, Maestro?!».
«Sí. Son mis angustias... mis derrotas... Y si me aflijo es porque son almas que se pierden. Sólo por esto. No por el mal que me hacen a mí».
13 Estando todos parados, a la espera de que el camino quede libre de un atasco de gente y caballerías, forman corrillo. La mirada de la madre de Judas es de una potencia tal, que su hijo le pregunta: «¡Pero bueno!, ¿qué te pasa? ¿Es la primera vez que ves mi cara? Tú es que estás enferma. Tengo que llevarte al médico...».
«¡No estoy enferma, hijo! ¡Ni es la primera vez que te veo!».
«¿Y entonces?».
«Entonces... nada. Lo único es que quisiera que no merecieras jamás estas palabrás del

Maestro».
«Yo ni le abandono ni le acuso. ¡Soy su apóstol!».
Reanudan la marcha, hasta que Jesús se detiene para saludar a Juana y a las discípulas que van con Juana a su casa. Los hombres, todos, van al Getsemaní.
«Podíamos haber ido todos allá. Hubiera querido ver lo que decía Elisa» masculla Pedro.
«Lo verás. Porque será hoy cuando sepa, y de mi boca, que a Anastática se la confío a ella».
«¿Y esta noche banquete?».
«Sí. Ya he dicho a Juana lo que debe hacer».
«¿Qué debe hacer? ¿Cuándo se lo has dicho?» pregunta más de uno.
«Lo veréis. Antes de dejarla. Mientras la saludaba. Vamos sin demora, para estar pronto en el jardín de Juana».

369. El jueves prepascual. Parábola de la lepra de las casas.
25 de enero de 1946.

1 Y en el camino de regreso hacia la casa de Juana, estando un poco aislados en medio de la gente que se aglomera en los caminos y que separa a unos de otros a los componentes de la nutrida comitiva que sigue a Jesús, Pedro, que va con el Maestro y con los dos hijos de Alfeo, pregunta: «Ahora que podemos hablar un poco entre nosotros, Señor, ¿me dices una cosa que estoy pensando desde ayer por la noche?».
«Sí, Simón. Dime de qué se trata y te responderé».
«Ya desde ayer por la noche pienso en la gracia especial que concedes a Juan en Antigonio. ¡Es muy grande esa gracia, ¿eh?! Es una cosa única. ¡Exclusivamente para él! Y la verdad es que Síntica también merece mucho... Y, en fin, hay mucha gente magnífica que... merecería verte... y que no te ve sino cuando está a tu lado. Nosotros, por ejemplo, ¡qué consolados nos habríamos sentido cuando nos has mandado por los caminos! Y hemos atravesado momentos en que una palabra tuya nos habría sacado de la incertidumbre... Pero a nosotros no vienes nunca... ¿Por qué esta diferencia?».
«Concluyendo, ¿tú, Simón mío, estás un poco celoso?...».
«¡No, hombre, no! Pero... Bueno... querría saber tres cosas: ¿por qué a Juan de Endor?; si sólo a él; y si no existe la posibilidad de que un día nos suceda también a nosotros, a mí, por ejemplo, que te vea milagrosamente y sepa de tu boca cómo actuar».
«Te respondo. A Juan porque es un espíritu lleno de buena voluntad, que, no obstante, tiene debilidades, más bien de tipo físico, que podrían derrumbar el edificio de su elevación a Dios, que él ha construido. 2 ¿Ves, amigo mío? El pasado, habiendo estado mucho tiempo sobre nosotros como una costra profundamente radicada, no sólo ha incidido signos indelebles, sino que deja indelebles tendencias en todos los hombres. Mira, por ejemplo, aquella casucha construida al pie del monte. Las aguas del suelo, las que corren monte abajo durante las lluvias, se han filtrado lentamente en ella. Ahora hay sol caliente, y lo habrá durante meses. Pero el moho que ha penetrado en la argamasa estará siempre presente cual manchas de lepra. La casa ha sido abandonada por haber sido declarada leprosa. En otros tiempos menos irrespetuosos la casa habría sido demolida, según la Ley*. ¿Porque le ha acecido este desastre a la pobre casa? Porque los propietarios no se han preocupado de disponer zanjas alrededor para no permitir que las

aguas se estancaran en la base, para desviar, lejos del lado que apoya en el monte, las aguas que bajan. Ahora la casa no sólo es fea, sino que está minada por la humedad. Si un hombre voluntarioso se preocupara de hacer esos trabajos, y luego la limpiara bien, y raspara las paredes y cambiara los

---

** segun la Ley,* sobre la lepra de las casas, que está en *Levítico 14, 33-57.*

adobes enmohecidos por otros nuevos; podría ser usada todavía. Pero, de todas formas, presentaría unas debilidades tales, que en un terremoto sería la primera en derrumbarse. Juan ha estado, durante años, penetrado de los venenos del mal del mundo. Ha puesto los medios, con su voluntad, para desterrarlos de su alma revivida. Pero en la base escondida en la carne, en la parte inferior, han quedado debilidades... El espíritu está fuerte, pero su carne es débil; y la carne se desata incluso en tempestades, cuando sus fómites se juntan con elementos del mundo, capaces de zarandear el *yo*. ¡Juan!... ¡Qué remoción de partículas del pasado por cuanto ha sucedido! Yo le ayudo en la resistencia, en la depuración, en la victoria sobre el pasado que tiende a resurgir; doy consuelo a su excesivo sufrimiento en la manera que puedo. Porque lo merece. Porque es justo ayudar a una voluntad santa que sufre el asalto de toda la iniquidad del mundo. [3]¿Te convences?».

«Sí, Maestro. ¿Y... sólo te muestras a él?».

Jesús sonríe mirando a Pedro, que a su vez le mira desde abajo y parece un niño observando la cara de su padre. Responde: «No sólo a él. También a otros que están lejos construyéndose su santidad, fatigosamente y solos».

«¿Quiénes son?».

«No es necesario saberlo».

Santiago de Alfeo pregunta: «¿Y a nosotros, por ejemplo, cuando estemos solos y - ¡a saber cuánto! - atormentados por el mundo?... ¿no nos vas a ayudar con tu presencia?».

«Tendréis al Paráclito con sus luces».

«De acuerdo... Pero yo... no le conozco... y... creo que no lograré jamás comprenderle. Tú... es otra cosa... Diré: "¡Oh, el Maestro!" y te preguntaré lo que hay que hacer, con la seguridad de que eres Tú...» dice Pedro. Y termina: «¡El Paráclito! ¡Demasiado excelso para este pobre pescador! ¡Quién sabe lo difícil que habla y lo... ligero que es: un soplo que pasa...! No sé si alguno se dará cuenta siquiera... Yo necesito un buen meneo, un grito, para que mi cocota se despierte y pueda entender. ¡Pero, si te me apareces Tú, te veo, y entonces!... Prométeme, o mejor a todos, prométenos que te nos vas a aparecer también a nosotros. ¡Pero así, ¿eh?! De carne y sangre. Que se te vea bien y se te oiga mejor».

«¿Y si lo hiciera para regañar?».

«¡No importa! Al menos - ¿verdad, vosotros dos? -, al menos sabríamos lo que tendríamos que hacer».

Los dos hijos de Alfeo asienten.

«Pues os lo prometo. A pesar de que - creedlo - el Paráclito sabrá hacer que vuestras almas le entiendan. Pero iré Yo a deciros: "Santiago, haz esto o aquello. Simón Pedro, no está bien que hagas esa otra cosa. Judas, fortalécete para estar preparado para esto o para aquello"».

«Muy bien. Ahora estoy más tranquilo. ¡Y ven a menudo, ¿eh?! Porque yo estaré como un pobre niño desamparado que no hará sino que llorar y... hacer cosas no buenas...». Y casi casi Pedro ya se echa a llorar desde ahora...

4Judas Tadeo pregunta: «¿No podrías hacerlo para todos desde ahora? Quiero decir: para los que dudan, para los culpables, los desleales. Quizás un milagro...».
«No, hermano. El milagro hace mucho bien, especialmente el milagro de ese tipo, cuando se da a tiempo y en el lugar oportuno, a personas no maliciosamente culpables. Dado a personas maliciosamente culpables, aumenta su culpabilidad porque aumenta su soberbia. Toman el don de Dios como debilidad de Dios, que les suplicaría a ellos, a los orgullosos, permitir amarlos. Toman el don de Dios como producto de sus grandes méritos. Se dicen a sí mismos: "Dios se humilla conmigo porque soy santo". Entonces es la ruina completa. La ruina, por ejemplo, de un Marcos de Josías, y con él de otros... ¡Ay de aquel que entra por este camino satánico!: el don de Dios se transforma en él en veneno de Satanás. Ser agraciado con dones extraordinarios constituye la prueba más grande y segura del grado de elevación y de voluntad santa en un hombre. Muy frecuentemente, el hombre se embriaga de ello humanamente, y, de espiritual, pasa a ser todo humanidad, y luego baja y se hace satanicidad».
«¿Y entonces por qué los concede Dios? ¡Sería mejor que no los concediera!».
«Simón de Jonás, ¿para enseñarte a andar tu madre te tuvo siempre entre pañales y en brazos?».
«No. Me ponía en el suelo, y me soltaba».
«¡Pero te caerías, ¿no?!».
«¡Una infinidad de veces! Bueno y mucho más porque yo era muy... Bueno, que ya desde pequeño tenía pretensiones de actuar por mí mismo y de hacer todo bien».
« ¡Pero ahora ya no te caes!».
«¡Estaría bueno! Ahora sé que subirme al respaldo de una silla es peligroso, sé que pretender usar los desagües para bajar del tejado al patio es un error, sé que querer volar desde la higuera hasta dentro de la casa, como si fuéramos pájaros, es cosa de locos. Pero de pequeño no lo sabía. Y lo que es un misterio es que no me matara. Pero poco a poco fui aprendiendo a usar bien las piernas y la cabeza».
«Entonces Dios ha hecho bien dándote piernas y cabeza; y tu madre, dejándote aprender sufriendo en ti las consecuencias, ¿no?».
«¡Claro está!».
«Lo mismo hace Dios con las almas. Les da los dones y, como una madre, advierte y enseña. Pero luego cada uno debe razonar por si mismo sobre cómo usarlos».
«¿Y si es un deficiente mental?».
«Dios no da los dones a los deficientes mentales. A éstos los ama, porque son infelices, pero no les da aquello de cuya posesión no tendrían conciencia».
«¿Pero si se los diera y los usaran mal?».
«Dios los trataría según su realidad, es decir, como a personas incapaces y, por tanto, sin responsabilidad. No los juzgaría».
«¿Y si uno es inteligente cuando los recibe y luego se vuelve necio o loco?».
«Si es por enfermedad, no es culpable de no usar el don recibido».
«¿Pero... uno de nosotros, por ejemplo? ¿Josías... O... ¡bueno... u otro!?».
«¡Más le valdría no haber nacido! Mas así se separan los buenos de los malos... Operación dolorosa, pero justa».
5«¿Qué decís de bueno? ¿Nada para nosotros?» preguntan otros apóstoles que, dada la anchura de la calle, pueden reunirse con Jesús.
«Hablábamos de muchas cosas. Jesús me ha dicho una parábola sobre la lepra de las

casas. Luego os la digo yo» responde Pedro.
«¡De todas formas, qué supersticiones, ¿eh?! Dignas de aquellos tiempos. Las paredes no cogen lepra. Los antiguos, ignorantes, aplicaban a vestidos y a paredes propiedades animales. Cosas ridículas y que nos hacen ridículos» dice con aires de sabio Judas Iscariote.
«No son como dices, Judas. Bajo la apariencia - que era como era necesaria para las mentes de aquel tiempo - hay una finalidad grande formada de santas previsiones. Como muchos otros preceptos del viejo Israel. Preceptos orientados a la salud del pueblo. Conservar sano a un pueblo es deber de los legislatores, es honrar a Dios y servirle, porque el pueblo está constituido por criaturas de Dios. No se le debe desatender, de la misma forma que no se desatiende ni a los animales ni a las plantas. Las casas definidas leprosas no tienen, es verdad, la enfermedad carnal de la lepra. Pero tienen defectos de construcción y de ubicación que las hacen malsanas y que se manifiestan con las manchas definidas "lepra de las paredes". Con el paso del tiempo se hacen no sólo malsanas para el hombre, sino peligrosas porque están expuestas a un fácil derrumbamiento. Por eso bien prescribe la Ley, y ordena abandonarlas y reconstruirlas, e incluso destruirlas si, una vez reconstruidas, vuelven a aparecer enfermas».
«¡Hombre, pero un poco de humedad, qué va a hacer? Se seca con braseros».
«Y la humedad no aparece externamente, y el engaño aumenta, La humedad aumenta por dentro y mina, y un buen día se derrumba la casa y sepulta a sus habitantes. ¡Judas, Judas! ¡Mejor tener excesiva vigilancia que ser imprudentes!».
«Yo no soy una casa».
«Eres la casa de tu alma. No dejes que en la casa se filtre el mal y corroa... Vigila por la incolumidad de tu alma. Vigilad todos».
«Vigilaré, Maestro. Pero, dime la verdad, ¿estás impresionado por las palabras de mi madre? Esta mujer está enferma. Ve fantasmas. Tengo que llevarla al médico. Cúramela Tú, Maestro».
«La consolaré. Pero tú eres el único que puedes curarla, calmando su congoja».
«Congoja sin fundamento. Créeme, Señor».
«Mejor así, Judas. Mejor así. Pero tú, con una conducta cada vez más justa, trata de anular esa congoja. Si ha surgido, habrá habido un motivo. Anula incluso el recuerdo de ese motivo, y tu madre y Yo te bendeciremos».
6 «¿Maestro, temías que me pusiera de acuerdo con Marcos de Josías?».
«No temo nada».
«¡Ah! ¡Bien! Porque yo trataba de convencerle. Creo que era mi deber. ¡Ninguno lo hace! ¡Yo tengo celo por las almas!».
«Ten cuidado de que no te ocurra un mal» dice Pedro bondadosamente.
«¿Qué quieres decir?» dice Judas agresivo.
«Nada más que esto: que para tocar algo que quema hay que coger algo que aísle».
«¿Qué, en nuestro caso?».
«¿Qué? Una gran santidad».
«¿Y yo no la tengo, no es verdad?».
«Ni tú, ni yo, ni ninguno de nosotros. Por eso... podríamos quemarnos y quedar marcados».
«¿Y entonces quién se va a ocupar de las almas?».
«Por ahora el Maestro. Después, cuando, según la promesa, tengamos los medios para

poderlo hacer, nosotros».
«Pero, yo quiero actuar antes. Nunca se trabaja demasiado pronto para el Señor».
«Creo que lo que dices está bien, pero también creo que el primer trabajo para el Señor lo tenemos que hacer en nosotros. ¡Ir a predicar santidad a los otros antes que a nosotros mismos?...».
«Eres egoísta».
«En absoluto».
«Sí».
«No».
Empieza la discusión. Interviene Jesús: «Pedro tiene razón en buena parte. Tú también tienes un poco de razón. Porque la predicación se debe apoyar sobre los hechos. Por eso santificarse para poder decir: "Haced lo que digo porque es justo". Y esto apoya lo que dice Pedro. Pero también el trabajar en los espíritus de los demás sirve para formar los propios, porque nos obliga a mejorarnos para no ser objeto de observaciones por parte de los que se hayan de convertir. Mas ya hemos llegado a la casa de Juana... Vamos a entrar a gozar del amor de contarnos entre los obreros del Señor; y a predicar, con los hechos, el tiempo futuro».

370. El jueves prepascual. En el convite de los pobres en el palacio de Cusa.
26 de enero de 1946.

1 «Paz a esta casa y a todos los presentes» es el saludo de Jesús mientras entra en el vasto vestíbulo, muy fastuoso, que está todo iluminado a pesar de ser de día.
Y no son superfluas las lámparas. Y es que, si bien es cierto que es de día, no es menos cierto que afuera hay un sol cegador, en las calles y en las fachadas blancas de cal, mientras que aquí, en este amplio, pero sobre todo largo, corredor vestíbulo, que debe cortar toda la casa, desde el sólido portal hasta el jardín - cuyo verde lleno de sol aparece allá, en el fondo, y parece lejano por un juego de la perspectiva -, debe haber habitualmente una penumbra que, para quien viene de fuera, cegados sus ojos por el intenso sol, es sombra completa. Por eso, Cusa se ha preocupado de que las grandes y numerosas lamparillas de cobre repujado, fijadas a distancias constantes en ambas paredes del vestíbulo, estén todas encendidas, y también la lámpara central (un cuenco grande de alabastro rosa en que están incrustados, en el róseo leve del alabastro, diaspros y otras lascas preciosas y multicolores que, por la luz encendida dentro, resplandecen como si fueran estrellas, proyectando arcoiris sobre las paredes pintadas de azul obscuro, sobre las caras, sobre el suelo de mármol veteado). Y parece como si menudas estrellas se posaran en las paredes, en los rostros, en el suelo, menudas y móviles estrellitas multicolores, porque la lámpara ondea levemente debido a la corriente de aire que recorre el vestíbulo y los tornasoles de las lascas preciosas cambian continuamente de posición.
«Paz a esta casa» repite Jesús mientras se adentra y va bendiciendo sin cesar a los criados, que le hacen una profunda reverencia, y a los invitados, asombrados de estar allí reunidos, en contacto con el Rabí, en un palacio principesco...
2 ¡Los invitados! El pensamiento de Jesús se delinea claramente. El convite de amor querido por Él en casa de la buena discípula es una página del Evangelio traducida en acción. Son mendigos, tullidos, ciegos, huérfanos, ancianos, jóvenes viudas con sus

pequeñuelos agarrados a los vestidos o que maman la escasa leche de su desnutrida madre. La riqueza de Juana ya ha proveído a substituir los vestidos harapientos con vestidos modestos pero limpios y nuevos. Mas si las cabelleras ordenadas, como oportuna medida de aseo, y si los vestidos limpios dan a estos desdichados - a quienes los criados alinean o sujetan para llevarlos al sitio - un aspecto ciertamente menos miserable del que tenían cuando Juana dispuso que fueran a recogerlos a los callejones, a los cruces, a los caminos que conducen a Jerusalén, a aquellos lugares en que su miseria se celaba abochornada o se exponía en busca de limosnas; si ello es así, por el contrario, resultan todavía visibles las penalidades en las caras, las debilidades en los miembros, las desventuras, las soledades en las miradas...
Jesús pasa y bendice. Cada infeliz recibe su bendición. Si la derecha está levantada bendiciendo, la izquierda baja a acariciar temblorosas y canas cabezas de ancianos, o inocentes cabecitas de niños. Recorre así, hacia arriba y hacia abajo, el vestíbulo, para bendecir a todos, incluso a los que entran mientras ya está bendiciendo y, todavía haraposos, se esconden con miedo y empacho en un rincón, hasta que los criados, con modos corteses, los llevan a otro sitio para ser lavados y vestidos con ropa limpia, como los que han llegado antes que ellos.
3Pasa una joven viuda con su nidada de niños... ¡Qué miseria! El más pequeño, completamente desnudo, envuelto en el velo desgarrado de su madre... los más grandecitos sólo con lo indispensable para salvar la decencia; sólo el mayor, un jovencito flaquísimo, lleva un vestido que puede llamarse tal, pero como contrapartida va descalzo. Jesús observa esto, llama a la mujer y dice: «¿De dónde vienes?».
«De la llanura de Sarón, Señor. Leví ya me ha llegado a la mayoría de edad... He tenido que acompañarle al Templo... yo... porque ya no tiene padre» y la mujer llora quedo, ese llanto mudo de quien ha llorado *demasiado.*
«¿Cuándo se te ha muerto tu marido?».
«Ha hecho un año en Sebat. Hacía dos lunas que estaba encinta...» y traga los sollozos para no causar turbación, curvándose toda hacia el pequeñuelo.
«¿El niño tiene entonces ocho meses?».
«Sí, Señor».
«¿Qué hacía tu marido?».
La mujer susurra tan bajo, que Jesús no entiende. Se inclina para oír, diciendo: «Repite sin temor».
«Mi marido trabajaba como herrador en una forja... Pero se enfermó mucho... porque tenía heridas que supuraban». Y termina en voz bajísima: «Era un soldado de Roma».
«Pero ¿tú eres de Israel?».
«Sí, Señor. No me arrojes de tu presencia como impura, como hicieron mis hermanos cuando fui a implorar piedad después de la muerte de Cornelio...».
«¡No tengas esos miedos! ¿Qué haces ahora como trabajo?».
«Soy criada, si me aceptan; espigadora, batanera, bato el cáñamo... hago de todo... para el pan de éstos. Leví ahora va a ponerse a trabajar en el campo... si le aceptan, porque... es bastardo de raza».
«¡Confía en el Señor!».
«Si no hubiera confiado, me habría matado con todos ellos**,** Señor».
«Ve, mujer. Nos veremos aún» y la saluda.
4Juana, entretanto, se ha acercado y está arrodillada, a la espera de que el Maestro la vea.

Él, efectivamente, se vuelve y la ve.
«Paz a ti, Juana. Me has obedecido a la perfección».
«Obedecerte es mi alegría. Pero no he sido la única que te ha procurado "la corte" como Tú querías. Cusa me ha ayudado en *todos* los modos, y Marta y María también. Y Elisa. Quién mandando a los criados por lo necesario y a ayudar a los criados míos a reunir a los invitados, quién ayudando a las siervas y a los siervos de los baños a limpiar a los "bienamados", como Tú los llamas. Ahora, con tu permiso, voy a dar a todos un poco de comida, para que no desfallezcan mientras esperan las viandas».
«Sí, sí, como quieras. ¿Dónde están las discípulas?».
«En la terraza superior, donde he dispuesto que se preparen las mesas. ¿He pensado bien?».
«Sí, Juana. Arriba estarán tranquilos, y también nosotros».
«Sí, yo también he pensado lo mismo. Y es que, además, en ninguna sala habría podido preparar para tantos... Y no quería hacer separaciones para no crear celos y dolor. ¡Las personas desagraciadas tienen una sensibilidad, es más, una dolorabilidad, tan aguda!... Son todo una llaga, y basta una mirada para hacerlos sufrir».
«Sí, Juana. Tienes alma compasiva y comprendes. Que Dios te recompense tu piedad.
5¿Hay muchas discípulas?».
«¡Todas las que están en Jerusalén!... Pero... Señor... yo quizás he pecado... Querría decirte una cosa en secreto».
«Llévame a un lugar solitario».
Van los dos solos a una habitación. Por los juguetes que hay diseminados por todas partes, se intuye que es lugar de juegos de María y Matías.
«¿Entonces, Juana?».
«Mi Señor, sin duda he sido imprudente... Pero el gesto me ha venido tan espontáneo, tan impetuoso... Cusa me ha regañado. Pero la verdad es que ya... Ha venido al Templo un esclavo de Plautina con una tablilla. Ella y sus compañeras preguntaban si era posible verte. He respondido: "Sí, por la tarde en mi casa". Y vendrán... ¿He hecho mal? ¡No por ti!... Por los demás, por los que son *enteramente* Israel... y no amor como Tú. Si he faltado, repararé como convenga... Pero es que deseo tanto que el mundo, *el mundo entero,* te ame, que... que no me he parado a pensar que en el mundo sólo Tú eres Perfección y demasiados pocos tratan de parecerse a ti».
«Has hecho bien. Hoy os predico a todos vosotros con las obras. Y en el futuro una de las cosas que habrán de hacer los que crean en mí será el que entre los creyentes en Jesús Salvador haya gentiles. ¿Dónde están los niños?».
«Por todas partes, Señor» sonríe Juana, ya tranquilizada, y termina: «La fiesta los exalta y corren de un lado para otro como pajarillos felices».
Jesús la deja. Vuelve al vestíbulo, hace un gesto a los hombres que estaban con Él y se encamina hacia el jardín para luego subir a la amplia terraza.
6Una alegre laboriosidad llena la casa desde los subterráneos hasta el tejado. Unos van, otros vienen, con comida o enseres, con fajos de vestidos, con asientos; otros acompañan a invitados o responden a quien pregunta. Todos con alegría y amor. Jonatán, solemne en su función de administrador, incansable, dirige, vigila, aconseja.
La anciana Ester, feliz de ver a Juana tan animada y lozana, ríe en medio de un círculo de niños pobres, y les distribuye unos bollos mientras relata cosas maravillosas. Jesús se detiene un momento a escuchar la conclusión espléndida de uno de estos relatos: «Dios

concedió a la buena Alba de mayo, que nunca se rebelaba contra el Señor por motivo de los dolores que habían sobrevenido a su casa, muchas ayudas, por las que en Alba de mayo pudieron hallar salvación y bien sus hermanitos. Los ángeles llenaban la pequeña masera, terminaban el trabajo en el telar para ayudar a la niña buena, diciendo: "Es nuestra hermana porque ama al Señor y a su prójimo. Tenemos que ayudarla"».
«¡Que Dios te bendiga, Ester! ¡Casi que me paro Yo también a escuchar tus parábolas! ¿Me aceptas?» dice Jesús sonriendo.
«¡Oh, mi Señor! ¡Soy yo quien debe escucharte a ti! ¡Pero para los pequeñuelos basto yo, que soy una pobre vieja ignorante!».
«Tu alma justa es útil también para los adultos. Sigue, sigue, Ester...» y le sonríe mientras se marcha.
7Ya están diseminados por el vasto jardín los invitados y consumen su primer bocado mirando a su alrededor y mirándose recíprocamente con asombro. Hablan, se intercambian comentarios sobre esta inesperada suerte. Pero, cuando ven pasar a Jesús, se ponen en pie si pueden hacerlo y se inclinan adorando.
«Comed, comed. Sentíos con libertad y bendecid al Señor» dice Jesús al pasar, yendo hacia las dependencias de los jardineros, desde las cuales empieza la escalera que por una ventilada rampa conduce a la amplia terraza.
8«¡Rabbuní mío!» grita la Magdalena, saliendo rauda de una habitación, con los brazos cargados de pañales y camisolas para los párvulos. Y su voz aterciopelada de órgano de oro llena el pasaje umbrío, bajo el cual hay festones de rosas.
«María, Dios esté contigo. ¿A dónde vas tan deprisa?».
«¡Tengo a diez bebés que vestir! Los he lavado y ahora voy a vestirlos, y luego te los traeré, frescos como flores. Voy corriendo, Maestro, porque... ¿no los oyes? parecen diez corderitos que balan...» y se marcha corriendo y sonriente, espléndida y serena, con su sencilla y señorial túnica de blanco lino, ceñida a la cintura con un cinturón delgado de plata, y los cabellos recogidos en un moño simple sobre la nuca, sujetos con una cinta blanca anudada a la frente.
«¡Qué distinta de la que estaba en el Monte de las Bienaventuranzas!» exclama Simón Zelote.
9En la primera rampa de las escaleras se cruzan con la hija de Jairo y Analía, que bajan tan veloces que parecen volar.
«¡Maestro!», «¡Señor!» exclaman.
«Dios esté con vosotros. ¿A dónde vais?».
«Por unos manteles. Nos ha mandado la criada de Juana. ¿Vas a hablar, Maestro?».
«¡Por supuesto!».
«¡Entonces corre, Miriam! ¡Vamos a darnos prisa!» dice Analía.
«Tenéis todo el tiempo que queráis para hacer eso que tenéis que hacer. Espero a otras personas. Pero, ¿desde cuándo, niña, te llamas Miriam?» dice mirando a la hija de Jairo.
«Desde hoy. Desde ahora. Me ha puesto este nombre tu Madre. Porque... ¿verdad, Analía? Hoy es un gran día para cuatro vírgenes...».
«¡Oh, sí! ¿Se lo decimos al Señor, o dejamos que sea María la que lo diga?».
«María, María. Ve, ve, Señor, Tu Madre te hablará» y se marchan ágiles, apenas en la flor de su juventud, humanas en sus hermosas formas, angélicas en sus miradas radiantes...

10 Están en la tercera rampa cuando se cruzan con Elisa de Betsur, que baja sosegadamente junto con la mujer de Felipe.
«¡Ah, Señor!» grita esta última. «¡A unos quitas y a otros das!... ¡De todas formas, bendito seas!».
«¿De qué hablas, mujer?».
«Ahora lo sabrás... ¡Qué dolor y qué gloria, Señor! Me mutilas y me coronas».
Felipe, que está al lado de Jesús, dice: «¿Qué dices? ¿De qué hablas? Eres mi mujer, y lo que a ti te pasa me toca también a mí...».
«Lo sabrás, Felipe. Ve, ve con el Maestro».
Jesús, entretanto, le está preguntando a Elisa si está bien curada. Y la mujer, a la cual el gran dolor de los tiempos pasados ha dado una majestad de reina doliente, dice: «Sí, mi Señor. Pues sufrir con la paz en el corazón no es congoja. Y yo ahora tengo la paz en mi corazón».
«Y pronto tendrás más todavía».
«¿Qué, Señor?».
«Ve y vuelve, y lo sabrás».
11 «¡Está Jesús! ¡Está Jesús!». Es el trino de dos niños, que tienen su carita apoyada en la baranda de arabescos que limita la terraza por los dos lados que miran al jardín; y de la baranda penden ramas florecidas de rosas y jazmines (porque la terraza - sobre la cual, en esta hora de sol, está extendido un toldo multicolor - es un vasto jardín pensil).
Todas las personas que en la terraza se mueven de un lado para otro en preparativos se vuelven al oír el grito de María y Matías, y, dejando a medias lo que estaban haciendo, van hacia Jesús, en cuyas rodillas ya están enroscados los dos niños.
Jesús saluda a las numerosas mujeres que se aglomeran. Mezcladas con las que son discípulas en el verdadero sentido de la palabra, o con las esposas, hijas o hermanas de apóstoles y discípulos, están otras menos conocidas, menos íntimas, como la mujer del primo Simón, las madres de los asnerizos de Nazaret, la madre de Abel de Belén de Galilea, Ana de Judas (casa junto al lago Merón), María de Simón, madre de Judas de Keriot, Noemí de Éfeso, Sara y Marcela de Betania (Sara es la mujer a la que curó Jesús en el Monte de las Bienaventuranzas y envió a casa de Lázaro con el anciano Ismael; ahora parece doméstica de María de Lázaro), luego la madre de Yaia, la madre de Felipe de Arbela, Dorca (la joven madre de Cesarea de Filipo) y su suegra, la madre de Analía, María de Bosrá (la curada de lepra que ha venido con su marido a Jerusalén), y otras, y otras... no nuevas para la vista, pero a las que la mente no sabe mencionar con nombre propio.
Jesús se adentra en la vasta terraza rectangular que por un lado mira al Sixto, y va a colocarse al lado de la habitación en que termina la escalera interior - creo - y que asemeja a un hexaedro bajo puesto en el ángulo septentrional de la terraza. Jerusalén se muestra toda, y sus cercanías con ella: una vista estupenda. Todas las discípulas, o mejor: todas las mujeres, dejan de ocuparse de las mesas para juntarse alrededor de Él. Los criados prosiguen sus trabajos.
12 María está al lado de su Hijo. Bajo la luz dorada que se filtra a través del gran toldo extendido sobre buena parte de la terraza, y que se hace luz delicadamente esmeraldina en los lugares en que, para llegar a las caras, debe filtrarse a través de un enredo de jazmines y rosales dispuestos como pérgola, Ella parece todavía más joven y esbelta: una

hermana de las mas jovenes discípulas, apenas un poco mayor, y hermosa, hermosa como la más espléndida de las rosas florecidas en el jardín pensil, en los vastos macetones que lo rodean para contener rosas, jazmines, muguetes, lirios y otras plantas finas.
«Madre, mi mujer ha dicho una serie de cosas que... ¿Qué ha pasado para que mi mujer se pueda considerar mutilada y coronada al mismo tiempo?» pregunta Felipe, que se consume en el deseo de saber.
María sonríe dulcemente mientras le mira y - Ella que es tan poco dada a confidencias - le toma la mano y le dice: «¿Serías capaz de dar a mi Jesús lo que más amas? La verdad es que deberías... porque Él te da a ti el Cielo y el camino para ir».
«Por supuesto, Madre, que sabría... especialmente si lo que le diera tuviera el poder de hacerle feliz».
«Lo tiene. Felipe, también tu otra hija se consagra al Señor. Nos lo ha dicho hace poco a mí y a su madre, en presencia de muchas discípulas...».
«¡¿Tú?! ¡¿Tú?!» pregunta Felipe turbado, señalando con el índice a la gentil muchacha, que se arrima a María casi buscando protección. El apóstol encaja con dificultad este segundo golpe, que le priva para siempre de la esperanza de unos nietos. Se seca el sudor repentino que le ha producido la noticia... vuelve su mirada hacia las caras que tiene alrededor. Lucha... Sufre.
La hija gime: «Padre... tu perdón... y tu bendición...» y cae a sus pies.
Felipe le acaricia mecánicamente los cabellos castaños, despeja su garganta del nudo que la comprime, y, en fin, habla: «Se perdona a los hijos que pecan... Tú no pecas consagrándote al Maestro... y... y... y tu pobre padre sólo puede decirte... decirte: "¡Bendita seas!"... ¡Ah! ¡Hija! ¡Hija mía!... ¡Cuán suave y tremenda es la voluntad de Dios!» y se inclina, la levanta, la abraza, la besa en la frente y en el pelo, llorando... Y luego, teniéndola todavía entre sus brazos, va hacia Jesús y le dice: «Mira, yo la he engendrado, pero Tú eres su Dios... Tu derecho es mayor que el mío... Gracias... gracias, Señor, por la... por la alegría que...» no puede continuar. Cae de rodillas a los pies de Jesús y se agacha para besarle los pies gimiendo: «¡Nunca más, nunca más tendré nietos!... ¡Mi sueño!... ¡La sonrisa de mi ancianidad!... Perdona este llanto, Señor... Soy un pobre hombre...».
«Levántate, amigo mío. Y alégrate de ofrecer las primicias a los jardines angélicos.
13Ven. Ven aquí, entre mí y mi Madre. Oigamos de Ella cómo ha sucedido la cosa, porque te aseguro que por mi parte no tengo ni culpa ni mérito».
María explica: «Poco sé yo también. Estábamos hablando las mujeres entre nosotras y, como sucede a menudo, me preguntaban acerca de mi voto virginal, y también sobre cómo serán las vírgenes del futuro, y sobre qué oficios y glorias preveía para ellas. Yo respondía como sé... Para el futuro preveía para ellas vida de oración, de consuelo de los sufrimientos que el mundo dará a mi Jesús. Decía: "Serán las vírgenes las que sostendrán a los apóstoles, las que lavarán este mundo ensuciado, y lo vestirán con su pureza y con ella lo perfumarán; serán los ángeles que cantarán las alabanzas para cubrir las blasfemias. Y Jesús se sentirá feliz, y otorgará gracias al mundo, y misericordia a estas corderas diseminadas en medio de lobos..." y otras cosas decía. Ha sido entonces cuando la hija de Jairo me ha dicho: "Dame un nombre, Madre, para mi futuro de virgen, porque no puedo conceder el que un hombre goce el cuerpo que fue reanimado por Jesús. Sólo de Él es este cuerpo mío, hasta que no sea la carne del sepulcro y el alma del Cielo"; y Analía dijo: "Yo también he sentido que debo hacer lo mismo. Y hoy estoy más alegre

que las golondrinas, porque se han roto todas las ataduras". Y ha sido también entonces cuando tu hija, Felipe, ha dicho: "Yo también seré como vosotras. ¡Virgen para toda la eternidad!". Su madre se acercó entonces y le hizo considerar que así no se podía tomar una decisión tan importante. Pero ella no cambió de parecer. Y a quien le preguntaba si era un pensamiento ya viejo decía "no", y a quien le preguntaba cómo le había venido decía: "No lo sé. Como una flecha de luz, me ha abierto en dos el corazón y he comprendido con qué amor amo a Jesús"».
La mujer de Felipe dice a su marido: «¿Has oído?».
«Sí, mujer, la carne gime... y debería cantar, porque es su glorificación. Nuestra carne pesada ha engendrado a dos ángeles. No llores, mujer. Tú has dicho antes que Él te ha coronado... Una reina no llora cuando recibe la corona...».
Pero llora también Felipe, [14]y otros muchos lloran, hombres y mujeres, ahora que todos están recogidos aquí arriba. María de Simón llora a lágrima viva en un rincón... María de Magdala llora en otro, manoseando el lino de su túnica y arrancando mecánicamente los hilos del ribete que la adorna. Anastática llora mientras trata de esconder con la mano su cara llorosa.
«¿Por qué lloráis?» pregunta Jesús.
Ninguno responde.
Jesús llama a Anastática y le pregunta de nuevo, y ella: «Porque, Señor, por un goce nauseabundo de una sola noche he perdido el ser una virgen tuya».
«*Todos los estados son buenos, si en ellos se sirve al Señor.* En la Iglesia futura harán falta vírgenes y matronas. Todas útiles para el triunfo del Reino de Dios en el mundo y para el trabajo de los hermanos sacerdotes. [15]Elisa de Betsur, ven aquí. Consuela a esta casi niña...». Y pone con sus propias manos a Anastática entre los brazos de Elisa.
Las observa mientras Elisa la acaricia y la otra se abandona en esos brazos de madre, y luego pregunta: «Elisa, ¿conoces su historia?».
«Sí, Señor. Y me da mucha pena de esta pobre paloma sin nido».
«Elisa, ¿amas a esta hermana?».
«¿Amarla? Mucho. Pero no como hermana. Ella podría ser hija mía. Y ahora que la tengo entre mis brazos me parece volver a ser la madre feliz del tiempo pasado. ¿A quién vas a confiar esta dulce gacela?».
«A ti, Elisa».
«¿A mí?». La mujer desata el círculo de sus brazos para mirar, incrédula, al Señor...
«A ti. ¿No la quieres?».
«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!»... Elisa, de rodillas, se arrastra hasta Jesús, y no sabe, no sabe qué decir, ni cómo, ni qué hacer, para expresar su alegría.
«Levántate. Sé para ella una madre santa, y que ella sea para ti una hija santa, y caminad las dos por el camino del Señor. [16]María de Lázaro, ¿por qué lloras, tú que estabas hace poco tan alegre? ¿Dónde están esas diez flores que me querías traer?...».
«Duermen satisfechos en la limpieza, Maestro... Y yo lloro porque ya jamás tendré esa limpieza de las vírgenes, y mi alma siempre llorará, nunca satisfecha, porque... porque pequé...».
«Mi perdón y tu llanto te hacen más limpia que esas flores. Ven aquí. No llores más. Deja el llanto para quien tenga algo de qué avergonzarse. ¡Ánimo! Ve por tus flores; id también vosotras, esposas y vírgenes. Id a decir a los invitados de Dios que suban. Hay

que despedirlos antes de que cierren las Puertas, porque muchos de ellos viven diseminados por los campos».
Obedecen. En la terraza se quedan solamente: Jesús, donde estaba, acariciando a María y a Matías; Elisa y Anastática, que, un poco más allá están cogidas de la mano, mirándose a los ojos, con una sonrisa embebida en un llanto dichoso; María de Simón, hacia la cual se inclina piadosamente María Stma.; y Juana, que está en la puerta de la habitación y mira titubeante, un poco hacia dentro un poco hacia fuera (hacia Jesús). Los apóstoles y discípulos han bajado, junto con las mujeres, para ayudar a los criados a traer a los tullidos, ciegos, cojos, lisiados, ancianos, por la larga escalera.
17 Jesús, que tenía inclinada su cabeza hacia los dos niños, la alza y ve a María que está atendiendo a la madre de Judas. Se levanta y se acerca a ellas. Pone la mano encima de la cabeza entrecana de María de Simón: «¿Por qué lloras, mujer?».
«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Yo he dado a luz a un demonio! ¡Ninguna otra madre de Israel me igualará en el dolor!».
«María, otra madre, y también por ese motivo tuyo, me ha dicho y dice estas palabras. ¡Pobres madres!...».
«¡Mi Señor! ¿Entonces hay otro que sea como mi Judas, pérfido y desalmado contigo? ¡No puede ser! Él, que te tiene a ti, se ha dado a prácticas inmundas; él, que respira tu aliento, es un lujurioso y un ladrón, y quizás se hará homicida. ¡Mentira es su pensamiento, fiebre su vida! ¡Haz que muera, Señor! ¡Por piedad, haz que muera!».
«María, tu corazón te le hace ver peor de lo que es; el miedo te enajena. Cálmate y razona. ¿Qué pruebas tienes de su actuación?».
«Respecto a ti, nada. Pero es un alud que está descendiendo. Le he sorprendido y no ha podido ocultar las pruebas de... Ahí está... ¡Calla, por piedad! Me mira. Sospecha. Es mi dolor. ¡No hay ninguna madre más desdichada que yo en Israel!...».
María susurra: «Yo... Porque a mi dolor uno el de todas las madres infelices... Porque la causa de mi dolor es el odio no de uno sino de todo un mundo».
18 Jesús va donde Juana, que ha solicitado su presencia. Entretanto, Judas viene donde su madre, a la que María sigue consolando. Y la regaña: «¿Ya has podido manifestar tus delirios? ¿Calumniarme? ¿Estás contenta ya?».
«¡Judas! ¿Hablas así a tu madre?» pregunta, severa, María. Es la primera vez que la veo así...
«Sí, porque estoy cansado de su persecución».
«¡Hijo mío, no es una persecución! Es amor. Dices que estoy enferma. Pero el enfermo eres tú. Dices que te calumnio y que escucho a tus enemigos. Pero tú te haces daño a ti mismo y sigues a personas nefastas que te arrastrarán tras sí, y cultivas su compañía. Porque eres débil, hijo mío, y ellos se han dado cuenta... Escucha a tu madre. Escucha a Ananías, anciano y sabio. ¡Judas! ¡Judas! ¡Piedad de ti, de mí! ¡¡¡Judas!!! ¡¿A dónde vas, Judas?!».
Judas, que está cruzando casi corriendo la terraza, se vuelve y grita: «A donde soy útil y venerado» y baja atropelladamente la escalera, mientras la infeliz madre, asomándose al antepecho, le grita: «¡No vayas! ¡No vayas! ¡Quieren tu ruina! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío!...».
Judas ha llegado abajo, y los árboles le ocultan a la vista de su madre. Se le vuelve a ver un momento en un espacio vacío antes de entrar en el vestíbulo.
«Va... La soberbia le devora» gime su madre.

«Vamos a orar por él, María. Las dos juntas...» dice la Virgen teniendo cogida de la mano a la triste madre del futuro deicida.
19Mientras tanto, empiezan a subir los invitados... y Jesús habla con Juana. «De acuerdo. Que vengan. Sí. Mucho mejor si se han puesto vestidos hebreos, para no chocar con el prejuicio de muchos. Las espero aquí. Ve a llamarlas» y, apoyado a la jamba, observa el aflujo de los invitados, guiados con amorosidad a las mesas por discípulos y discípulas según un orden ya establecido. En el centro está la mesa baja de los niños; luego, a una parte y a otra, todas las otras mesas, paralelas.
Y, mientras ciegos, cojos, lisiados, tullidos, ancianos, viudas y mendigos, imprimidas en sus rostros sus historias de dolores, se colocan, he aquí que traen - delicados como cestos de flores - unos cestos transformados en cunas, e incluso unas pequeñas arquetas, donde duermen satisfechos, colocados encima de almohadones, los lactantes tomados de sus madres mendigas. Y María de Magdala, ya tranquila, se acerca a Jesús presurosa y dice: «Han llegado las flores. Ven a bendecirlas, Señor».
Pero contemporáneamente aparece Juana por la escalera interior y dice: «Maestro, están aquí las discípulas paganas». Son siete mujeres, que vienen con vestidos obscuros y humildes semejantes a los de las hebreas. Todas traen los rostros velados y vienen cubiertas hasta los pies con un manto. Dos son altas y de aspecto majestuoso; las otras, de media estatura. Pero cuando, habiendo venerado antes al Maestro, se quitan el manto, es fácil reconocer a Plautina, a Lidia, a Valeria, a la liberta Flavia (la que escribió las palabras de Jesús en el jardín de Lázaro). Y otras tres desconocidas: una que, a pesar de tener mirada acostumbrada a mandar, se arrodilla y le dice al Señor: «Y que conmigo se postre Roma a tus pies»; otra es una venusta matrona de unos cincuenta años; en fin, una jovencita grácil y serena como una flor del campo.
María de Magdala reconoce a las romanas, a pesar de sus vestidos hebreos, y susurra: «¡¡¡Claudia!!!», con los ojos como platos.
«Yo. ¡Basta ya de oír por palabras ajenas! La Verdad y la Sabiduría deben ser recogidas directamente de la fuente».
«¿Crees que nos reconocerán?» pregunta Valeria a María de Magdala.
«Si no os descubrís nombrándoos, creo que no. Además, os voy a poner en un sitio seguro».
«No, María. A las mesas, a servir a los mendigos. Ninguno podrá pensar que las patricias sean siervas de los pobres, de los ínfimos del mundo hebraico» dice Jesús.
«Bien sentencias, Maestro. Porque la soberbia es innata en nosotros».
«Y la humildad es el signo más claro de mi doctrina. Quien me quiera seguir debe amar la Verdad, la Pureza y la Humildad, debe tener caridad con todos y heroísmo para desafiar la opinión de los hombres y las presiones de los tiranos. Vamos».
«Perdona, Rabí. Esta jovencita es una esclava hija de esclavos. La he rescatado porque es de origen israelita y Plautina la tiene consigo. Pero yo te la ofrezco, porque pienso que es lo correcto. Su nombre es Egla. Te pertenece».
«María, acógela. Luego veremos cómo... Gracias, mujer».
20Jesús va a la terraza a bendecir a los niños. Las damas despiertan mucha curiosidad, pero vestidas y peinadas así a la hebrea, con túnicas casi pobres, no levantan sospechas. Jesús va al centro de la terraza, junto a la mesa de los niños, y ora, ofreciendo por todos el alimento al Señor, bendice y da la orden de empezar la comida. Apóstoles, discípulos, discípulas, damas, son los siervos de los pobres, y Jesús da ejemplo remangándose las

amplias mangas de la túnica roja y ocupándose de "sus" niños, ayudado por Miriam. de Jairo y por Juan. Las bocas de muchos desnutridos trabajan egregiamente, mas todos los ojos se centran en el Señor. Cae la tarde y se recoge el toldo; contemporáneamente, los criados traen lamparas que todavía son superfluas.
Jesús circula entre las mesas. No deja a ninguno sin el consuelo de unas palabras o de una ayuda. Así, pasa varias veces casi rozando a las regias Claudia y Plautina, que, humildes, cortan el pan o acercan el vino a los labios de los ciegos, paralíticos y mancos; sonríe a sus vírgenes, que se ocupan de las mujeres; a las madres discípulas llenas de piedad para con estos pobrecillos; a María de Magdala, dedicada solícitamente a una mesa de personas muy ancianas, la mesa más triste de todas, llena de toses, de temblores, de mandíbulas desdentadas que mascujan y de bocas que babean; y ayuda a Mateo que da unos zarandeos a un niñito al que se le ha atravesado una miga de torta que estaba chupando y mordiendo con sus dientecitos nuevos; felicita a Cusa, quien, llegado al principio de la comida, está trinchando las carnes y sirviendo como un criado experto.
La comida termina. En las caras con color, en los ojos ahora más alegres, se manifiesta la satisfacción de estos pobrecillos.
21 Jesús se inclina hacia un anciano tembloroso y dice: «¿En qué piensas, padre, que sonríes?».
«Pienso que no es un sueño. No, no lo es. Hasta hace poco creía dormir y estar soñando. Pero ahora siento que realmente es verdad. ¿Pero quién te hace tan bueno, que haces tan buenos a tus discípulos? ¡Viva Jesús! » grita para terminar.
Y todas las voces de estos desdichados - y son centenares - gritan: «¡Viva Jesús!».
Jesús va de nuevo al centro y abre los brazos haciendo señal de que guarden silencio y estén quietos, y empieza a hablar, sentado con un niñito encima de sus rodillas.
«Viva, sí, viva Jesús. No porque Yo sea Jesús, sino porque Jesús quiere decir el amor de Dios hecho carne y venido aquí abajo, en medio de los hombres, para que le conozcan y para dar a conocer el amor, que será el signo de la nueva era. Viva Jesús porque Jesús quiere decir "Salvador". Y Yo os salvo. A todos: ricos y pobres, niños y ancianos, israelitas y paganos. A todos. Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser salvados*. Jesús es para todos, no es para éste o para aquél, es de todos; de todos los hombres y para todos los hombres. Para todos soy el Amor misericordioso y la Salvación segura. ¿Qué es necesario hacer para ser de Jesús, y, por tanto, para ser salvados? Pocas cosas, pero *grandes.* No grandes porque sean cosas difíciles como las que hacen los reyes, sino grandes porque exigen que el hombre se renueve para llevarlas a cabo y para ser de Jesús. Por tanto, amor, humildad, fe, resignación, compasión. Esto es. Vosotros, que sois discípulos, ¿qué habéis hecho hoy de grande? Diréis: "Nada. Hemos servido una comida". No. Habéis servido el amor. Os habéis humillado. Habéis tratado como hermanos a desconocidos de todas las razas, sin preguntar quiénes son, si están sanos, si son buenos. Y lo habéis hecho en nombre del Señor. Quizás esperabais de mí grandes palabras, para vuestra instrucción. He querido que hicierais grandes hechos. Hemos empezado el día con la oración hemos socorrido a leprosos y mendigos, hemos adorado al Altísimo en su Casa, hemos comenzado los ágapes fraternos y el cuidado de peregrinos y pobres, hemos servido porque servir por amor es asemejarse a mí, que soy Siervo de los siervos de Dios, Siervo hasta el anonadamiento de la muerte para daros salvación...».

---

* *Y Yo os salvo. A todos: ...Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser*

salvados. Este concepto, que aparece repetidamente en la Obra, y que volveremos a encontrar en 520.5, sirve para justificar ciertas expresiones de impotencia por parte de Jesús, comenzando por la que encontramos en 95.6, hasta la más reciente, de 368.12, y otras más profundizadas que veremos en 503.4/7. Incluso cuando no está cuestionada la *salvación* (como en 455.9, últimos renglones), Jesús puede no ejercitar la propia omnipotencia divina si falta la adhesión de la libre voluntad del hombre.

22 Un fuerte rumor de voces y pasos interrumpe a Jesús. Un grupo exaltado de israelitas está subiendo apresuradamente las escaleras. Las romanas más conocidas, o sea, Plautina, Claudia, Valeria y Lidia, buscan un lugar retirado y se echan el velo. El grupo perturbador irrumpe en la terraza como si buscaran... ¡que se yo que cosa!

Cusa, ofendido, se pone delante de ellos y pregunta: «¿Qué queréis?».

«Nada que se refiera a ti. Buscamos a Jesús de Nazaret, no a ti».

«Aquí estoy. ¿No me veis?» pregunta Jesús dejando en el suelo al niño e irguiéndose majestuoso.

«¿Qué haces aquí?».

«Ya lo veis. Hago lo que enseño, y enseño lo que se debe hacer: el amor a los pobres. ¿Qué os habían dicho?».

«Se han oído gritos de sedición. Y, dado que donde Tú estás hay sedición, hemos venido a ver».

«Donde Yo estoy hay paz. El grito era: "Viva Jesús"».

«Precisamente eso. Se ha pensado, tanto en el Templo como en el palacio de Herodes, que aquí hubiera una conjura contra...».

«¿Quién? ¿Contra quién? ¿Quién es rey en Israel? No es el Templo, ni Herodes. Domina Roma. Y quien piense en proclamarse rey donde Roma impera es un loco».

«Tú dices que eres rey».

«Soy Rey. Pero no de este reino. ¡Demasiado mísero para mí! Demasiado mísero es también el imperio. Soy Rey del Reino santo de los Cielos, del Reino del Amor y del Espíritu. Idos en paz, o quedaos, si queréis, y aprended cómo se entra en este Reino mío. Estos son mis súbditos: los pobres, los infelices, los oprimidos; y también los buenos, los humildes, los caritativos. Quedaos, uníos a ellos».

«Pero siempre estás en banquetes en casas lujosas, entre mujeres guapas y...».

«¡Basta! No se provoca ni se ofende al Rabí en mi casa. ¡Salid!» grita Cusa con voz de trueno.

23 Pero en esto, de la escalera interna, sale al improviso a la terraza una figurita esbelta de joven velada. Corre ligera, como una mariposa, hasta Jesús, y arroja velo y manto; cae a sus pies y trata de besárselos.

«¡Salomé!» grita Cusa, y con él otros.

Jesús se ha retirado tan violentamente, para huir del contacto, que su asiento se vuelca y Él aprovecha para ponerlo entre sí y Salomé como separación. Sus ojos están fosforescentes, son terribles: tanto que dan miedo.

Salomé, frívola y descarada, zalamera al máximo, dice: «Sí, yo. La aclamación ha llegado al Palacio. Herodes envía una embajada para decirte que desea verte. Pero la he precedido. Ven conmigo, Señor. ¡Yo te amo mucho y te deseo mucho! Yo también soy carne de Israel».

«Márchate a tu casa».

«La Corte te espera para tributarte honor».

«Mi Corte es ésta. No conozco otra Corte, ni otros honores» y con la mano señala a los pobres que están sentados a las mesas.
«Te traigo presentes para ella. Aquí tienes mis joyas».
«No las quiero».
«¿Por qué las rechazas?».
«Porque son inmundas y se ofrecen con inmunda finalidad. ¡Vete!».
Salomé se levanta confundida. Mira de refilón al Terrible, al Purísimo que la fulmina con su brazo extendido y su mirada de fuego. Mira furtivamente a todos, y ve burla y náusea en las caras. Los fariseos están petrificados observando la fuerte escena. Las romanas se aventuran a acercarse para ver mejor.
Salomé intenta una última prueba: «Tratas incluso con los leprosos...» dice en tono sumiso y suplicante.
«Son personas enfermas. Tú eres una impúdica. ¡Vete! ».
El último «¡vete!» es tan imperioso que Salomé recoge velo y manto, y, agachada, se arrastra hacia las escaleras.
«¡Ten cuidado, Señor!... Tiene poder... ¡Podría perjudicarte!» susurra Cusa en voz baja.
Pero Jesús responde con voz fortísima, para que todos puedan oír, sobre todo la expulsada. «No importa. Prefiero que me maten antes que aliarme con el vicio. Sudor de mujer lasciva y oro de meretriz son venenos de infierno. Las alianzas viles con los poderosos son pecado. Yo soy Verdad, Pureza y Redención. Y no cambio. Ve. Acompáñala...».
«Castigaré a los criados que la han dejado pasar».
«No castigarás a nadie. Sólo una debe ser castigada. Ella. Y ya lo es. Y que sepa, y sepáis vosotros, que conozco su pensamiento, y me repele. Que vuelva la serpiente a su guarida, que el Cordero vuelve a sus jardines».
24Se sienta. Suda. Guarda silencio. Luego dice: «Juana, da a cada uno el óbolo, para que durante algunos días sea menos triste la vida... ¿Qué más debo hacer con vosotros, hijos del dolor? ¿Qué queréis, que os pueda dar? Leo en los corazones. ¡A los enfermos que saben creer, paz y salud!».
Un instante de pausa y luego un grito... y son muchísimos los que se alzan curados. Los judíos, que habían venido con ánimo de pillar a Jesús en renuncio, se marchan atónitos por el milagro y la pureza de Jesús, y desapercibidos en medio del delirio general de aclamaciones.
Jesús sonríe mientras besa a los niños. Luego despide a los invitados. Pero detiene un momento a las viudas y habla con Juana en favor de ellas. Juana toma nota y las invita para el día siguiente; luego se marchan también ellas. Los últimos en salir son los ancianos...
Se quedan los apóstoles, los discípulos, las discípulas y las romanas. Jesús dice: «Así es y debe ser la unión futura. No hay palabras. Que sean los hechos los que hablen con su evidencia a los espíritus y a las mentes. La paz sea con vosotros».
Se dirige hacia la escalera interior y desaparece seguido por Juana y luego por los demás.
25Al pie de la escalera se topa con Judas: «¡Maestro, no vayas a Getsemaní! Hay enemigos que te buscan allí. Y tú, madre, ¿qué dices ahora?, tú que me acusas. Si no hubiera ido, no me habría enterado de la asechanza que tienden al Maestro. ¡A otra casa! ¡Vamos a otra casa!».
«A la nuestra, entonces. En casa de Lázaro sólo entran los que son amigos de Dios» dice

María de Magdala.
«Sí. Los que ayer estaban en Getsemaní que vengan con las hermanas a la residencia de Lázaro. Mañana tomaremos una serie de medidas».

371. El jueves prepascual. Por la noche en el palacio de Lázaro.
27 de enero de 1946.

1 ¡Ciertamente no brillan por su heroísmo los que siguen a Jesús! La noticia que ha traído Judas es semejante a la aparición de un gavilán en una era llena de pollitos; o de un lobo en el ribazo, cercano a un rebaño. Terror, o por lo menos agitación, se ven en, al menos, nueve décimos de los rostros presentes, y especialmente de los rostros masculinos. Yo creo que muchos tienen ya la impresión del filo de la espada o del azote contra la epidermis, y a decir poco piensan que tendrán que experimentar las mazmorras de las cárceles en espera de juicio. Las mujeres están menos agitadas. Más que agitadas, están preocupadas por los hijos o los maridos y aconsejan a unos o a otros que desaparezcan en pequeños grupos diseminándose por los campos.
María de Magdala arremete contra esta ola de miedo exagerado: «¡Cuántas gacelas hay en Israel! ¿No os da vergüenza temblar de ese modo? Os he dicho que en mi residencia estaréis más seguros que en una fortaleza. Así que venid. Os aseguro, y empeño mi palabra, que no os sucederá nada de nada. Si, además de los que ya ha designado Jesús, hay otros que piensan que estarán seguros en mi casa, que vengan. Hay camas o divanes para una centuria. ¡Vamos, decidid, en vez de acoquinaros! Lo único que ruego a Juana es que ordene a sus criados seguirnos con provisiones. Porque en nuestra casa no hay comida para tantos, y ya es de noche. Una buena comida es la mejor medicina para dar nuevas fuerzas a los pusilánimes». Y no sólo está majestuosa con su túnica blanca, sino que tiene también una buena dosis de ironía en sus espléndidos ojos mientras mira, desde su alta estatura, a este rebaño aterrorizado que se apiña en el vestíbulo de Juana.
«Me encargo en seguida. Podéis marcharos, que Jonatán os seguirá con los criados; y yo iré con él, os lo aseguro, tan sin miedo que voy a llevar conmigo a los niños» dice Juana. Se retira a dar las indicaciones oportunas, mientras los de vanguardia del aterrado ejército asoman cautos la cabeza por el portal, y, viendo que no hay nada temible, se aventuran a salir a la calle y a encaminarse seguidos por los otros.
El grupo virginal va en el centro, inmediatamente después de Jesús, que está en las primeras filas. Detrás... ¡oh, detrás de las vírgenes las mujeres, y luego los más... vacilantes en el coraje, cubiertas sus espaldas por María de Lázaro, que se ha unido a las romanas, decididas a no separarse de Jesús tan pronto! Pero luego María de Lázaro, rauda, va adelante a decir algo a su hermana, y las siete romanas se quedan con Sara y Marcela, que se mantienen también en la retaguardia por orden de María, quien intenta que pasen aún más desapercibidas las siete romanas.
En esto, llega, a paso rápido, Juana, trayendo de la mano a los niños; detrás de ella, Jonatán con los criados cargados de bolsas y cestas. Estos se ponen en la cola de la pequeña multitud que, a decir verdad, pasa desapercibida de todos, porque en las calles pululan grupos dirigidos a las casas o a los campamentos, y la penumbra hace menos reconocibles las caras. Ahora María de Magdala, junto con Juana, Anastática y Elisa, va en primera fila, guiando hacia su residencia, por callejuelas secundarias, a sus huéspedes.

[2]Jonatán camina casi a la altura de las romanas, y les dirige la palabra como si fueran siervas de las discípulas más ricas. Aprovecha Claudia para decirle: «Hombre, te ruego que vayas a llamar al discípulo que ha traído la noticia. Dile que venga aquí. Pero dilo sin llamar la atención. ¡Ve!». El vestido es humilde, pero el modo es, involuntariamente, potente, como de persona habituada a mandar. Jonatán abre mucho sus ojos tratando de ver, a través del velo bajado, quién le habla así. Pero no logra ver sino el centelleo de dos ojos imperiosos. Debe intuir que no es una sierva la mujer que le habla, y antes de obedecer hace una reverencia.
Llega adonde Judas de Keriot, que va hablando animadamente con Esteban y Timoneo, y le tira de la túnica.
«¿Qué quieres?».
«Tengo que decirte una cosa».
«Dila».
«No. Ven atrás conmigo. Te requieren, creo que para una limosna...».
La disculpa es buena y es aceptada con tranquilidad por los compañeros de Judas y con entusiasmo por él, de forma que, ligero, se retrasa junto con Jonatán.
Ya está en la última fila. «Mujer, aquí tienes al hombre que querías» dice Jonatán a Claudia.
«Te quedo agradecida por este servicio» responde ella, que permanece velada. Y luego, dirigiéndose a Judas: «Ten a bien quedarte un momento a escucharme».
Judas, que oye un modo de hablar muy refinado y ve dos ojos espléndidos a través del velo sutil, y sintiéndose quizás próximo a una gran aventura, acepta sin poner dificultad.
[3]El grupo de las romanas se separa. Se quedan, con Claudia, Plautina y Valeria; las otras siguen adelante. Claudia mira alrededor, ve que la callecita en que se han detenido está solitaria, y, con su bellísima mano, aparta el velo y descubre la cara.
Judas la reconoce y, pasado un momento de estupor, se inclina para saludar con una mezcla de gestos judíos y palabra romana: «¡Dómina!».
«Sí. Yo. Yérguete y escucha. Tú amas al Nazareno. Te preocupas por su bien. Eso es correcto. Es una persona virtuosa y se le debe defender. Nosotros le veneramos como *grande* y *justo.* Los judíos no le veneran. Le odian. Lo sé. Escucha y comprende bien, recuerda bien y aplica bien. Quiero protegerle. No como la lujuriosa de poco antes, sino con honestidad y virtud. Cuando tu amor y sagacidad te hagan comprender que se trama contra Él, ven o envía a alguien. Claudia tiene todo el poder sobre Poncio. Claudia obtendrá protección para el Justo. ¿Entiendes?».
«Perfectamente, dómina. Que nuestro Dios te proteja. Iré, si puedo, yo personalmente. Pero, ¿cómo puedo pasar a ti?».
«Pregunta siempre por Álbula Domitila. Es una segunda yo misma, y ninguno se sorprende si habla con los judíos, siendo ella la que se ocupa de mi prodigalidad. Te creerán un cliente. Quizás te humilla...».
«No, dómina. Servir al Maestro y obtener tu protección es un honor».
«Sí. Os pretegeré. Soy mujer. Pero soy de los Claudios. Tengo más poder que todos los grandes de Israel, porque detrás de mí está Roma. Entretanto, ten. Para los pobres del Cristo. Es nuestro óbolo. Pero... quisiera permanecer entre los discípulos esta noche. Procúrame este honor y Claudia te protegerá».
En una persona como el Iscariote, las palabras de la patricia obran prodigiosamente. ¡Sube al séptimo cielo!... Osa incluso preguntar: «¿Pero verdaderamente le vas a

ayudar?».
«Sí. Su Reino merece ser fundado, porque es reino de virtud. Bienvenido sea en oposición a las ruines corrientes que cubren los reinos actuales y me dan asco. Roma es grande, pero el Rabí es mucho más grande que Roma. Nosotros tenemos las águilas en nuestras enseñas y la soberbia sigla. Pero en las suyas estarán los Genios y su santo Nombre. Grandes serán, verdaderamente grandes, Roma y la Tierra, cuando pongan ese Nombre en sus enseñas y esté su signo en los lábaros y en los templos, en los arcos y columnas».
Judas está maravillado, soñante, extático. Sopesa en forma mecánica la pesada bolsa que le han dado, y dice con la cabeza "sí", "sí", "sí", a todo...
«Bien, ahora vamos a alcanzarlos. ¿Somos aliados, no es verdad? Aliados para proteger a tu Maestro y al Rey de los corazones honestos».
Se echa el velo y, ágil, va presurosa, casi corriendo a alcanzar al grupo que la ha adelantado, seguida por las otras y por Judas, que jadea, no tanto por el ritmo veloz, cuanto por lo que ha oído. La residencia de Lázaro está engullendo las últimas parejas de discípulos cuando llegan a ella. Entran rápidamente y el portón se cierra con fragor de cerrojos que el guardián echa.
4Una solitaria lámpara, que lleva la mujer del guardián, a duras penas da claridad al cuadrado vestíbulo, todo blanco, de la residencia de Lázaro. Se comprende que la casa no está habitada, a pesar de que esté bien guardada y mantenida en orden. María y Marta guían a los huéspedes a un vasto salón - reservado para banquetes, ciertamente - de fastuosas paredes cubiertas de preciosos tejidos que dejan ver sus arabescos a medida que van siendo encendidas las lámparas y puestas las luces encima de los aparadores, o de los baúles preciosos colocados junto a las paredes alrededor de la sala, o en las mesas arrimadas a un lado, listas para ser usadas, pero desde hace tiempo ineficientes. María ordena, en efecto, que las lleven al centro de la sala y las preparen con las cosas para la cena con los alimentos que los criados de Juana están ya extrayendo de las bolsas y cestas y poniendo encima de los aparadores.
Judas toma aparte a Pedro y le dice algo al oído.
Veo a Pedro que pone los ojos como platos y sacude una mano como si se hubiera quemado los dedos, mientras exclama: «¡Rayos y ciclones! ¿Pero qué dices?».
«Sí. Mira. ¡Y fíjate! ¡No tener ya miedo, no estar ya tan angustiados!».
«¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Pero qué ha dicho? ¿Que nos protege? ¿Ha dicho eso? ¡Que Dios la bendiga! ¿Pero cuál es?».
«Aquella vestida de color tórtola silvestre, alta, esbelta. Nos está mirando...».
Pedro mira a la alta mujer de cara armónica y seria, de ojos dulces pero imperiosos.
«¿Y... cómo has conseguido hablar con ella? No has tenido...».
«No, no, en absoluto».
«¡Pues tú aborrecías todo contacto con ellos! Como yo, como todos...».
«Sí, pero lo he superado por amor al Maestro. Como también he superado el deseo de truncar las relaciones con mis antiguos compañeros del Templo... ¡Todo por el Maestro! Todos vosotros, y mi madre también, creéis que soy ambiguo. Tú, recientemente, me has echado en cara las amistades que tengo. Pero si no las mantuviera, no sin fuerte dolor, no sabría muchas cosas. No debemos ponernos vendas en los ojos y cera en los oídos por miedo a que el mundo entre en nosotros por los ojos y los oídos. Cuando uno está en una empresa como la nuestra, es necesario vigilar con ojos y oídos más que libres. Vigilar por

Él, por su bien, por su misión, por la fundación de este reino bendito...».
Muchos de los apóstoles y algún discípulo se han acercado y están escuchando, asintiendo con la cabeza; porque, efectivamente, no se puede decir que Judas hable mal. Pedro, honesto y humilde, lo reconoce y dice: «¡Tienes toda la razón! Perdona mis recriminaciones. Tú vales más que yo, eres hábil. Vamos a decírselo al Maestro, a su Madre, a la tuya. Estaba muy angustiada».
«Porque malas lenguas han murmurado... Pero por ahora calla. Después, más tarde. ¿Ves? Se están sentando a la mesa y el Maestro nos hace señales de que vayamos...».
5...La cena es rápida. Las romanas, sentadas en la mesa de las mujeres, entremezcladas con ellas, de forma que precisamente Claudia está entre Porfiria y Dorca, también comen en silencio lo que les ponen, y entre ellas y Juana y María de Magdala se intercambian misteriosas palabras hechas de sonrisas y guiños. Parecen escolaras en vacaciones.
Jesús, después de la cena, ordena que se forme un cuadrado de sillas y que tomen asiento para escucharle. Él se pone en el centro y empieza a hablar en medio de un cuadrado de rostros atentos, de los que sólo los inocentes ojos del hijito de Dorca, que duerme en el regazo de su madre, están cerrados, y están velándose de sueño los de María, que está sentada en las rodillas de Juana, y los de Matías, que se ha acurrucado encima de las rodillas de Jonatán.
«Discípulos y discípulas aquí reunidos en nombre del Señor, o atraídos por un deseo de Verdad, deseo que también viene de Dios, que quiere luz y verdad en todos los corazones, escuchad.
Esta noche se nos concede estar todos juntos, y nos lo procura precisamente la maldad que nos quiere ver separados. Vosotros, de sentidos limitados, no sabéis cuán profunda y vasta es esta unión, verdadera aurora de las que habrán de venir, cuando el Maestro ya no esté entre vosotros físicamente sino con su espíritu. Entonces sabréis amar. Entonces sabréis practicar. Por ahora sois como niños todavía de pecho; entonces seréis como adultos que podréis comer todo tipo de alimentos sin que ello os perjudique; entonces sabréis, como Yo digo, decir: "Venid a mí todos vosotros, porque todos somos hermanos, y Él se ha inmolado por todos".
6¡Demasiados prejuicios en Israel!: cada uno un dardo que lesiona la caridad. Os hablo a vosotros, fieles, porque entre vosotros no hay traidores, ni personas llenas de prejuicios que separan, que se transforman en incomprensión, en obcecación, en odio hacia mí que os señalo los caminos del futuro. Yo no puedo hablar de otra forma. Y de ahora en adelante hablaré menos, porque veo que las palabras son inútiles o casi. Habéis oído palabras capaces de santificaros e instruiros de forma perfecta. Pero poco habéis avanzado, especialmente vosotros, hombres hermanos, porque os gusta la palabra pero no la ponéis por obra. De ahora en adelante, y con una medida cada vez más restringente, os haré realizar lo que tendréis que hacer una vez que el Maestro haya vuelto al Cielo del que viniera. Haré que presenciéis lo que es el Sacerdote futuro. Más que las palabras, observad mis hechos; repetidlos, aprendedlos, unidlos a la enseñanza. Entonces seréis discípulos perfectos.
¿Qué ha hecho hoy el Maestro? ¿Qué os ha hecho hacer y practicar hoy el Maestro? La caridad en sus múltiples formas. Caridad hacia Dios. No la caridad de oración, vocal, de rito solamente; sino la caridad activa que renueva en el Señor, que despoja del espíritu del mundo, de las herejías del paganismo, el cual no está sólo en los paganos, sino también en Israel con las mil costumbres que han desplazado a la verdadera Religión, santa,

abierta, simple como todo lo que de Dios viene. No acciones buenas, o aparentemente buenas, para ser alabados por los hombres, sino acciones santas para merecer la alabanza de Dios.
Todo el que ha nacido muere. Ya lo sabéis. Pero la vida no termina con la muerte. Prosigue de otra forma y eternamente con un premio para quien fue justo, con un castigo para quien fue malvado. Este pensamiento de un juicio cierto no signifique parálisis durante la vida ni a la hora de la muerte; antes bien, acicate y freno: acicate que estimula al bien; freno que contiene de malas pasiones. Sed, por tanto, verdaderamente amantes del Dios verdadero y actuad en la vida siempre con la finalidad de merecerle en la vida futura.
Vosotros que amáis las grandezas, ¿cuál grandeza mayor que haceros hijos de Dios y, por tanto, dioses? Vosotros que teméis el dolor, ¿cuál seguridad de no sufrir mayor que la que os espera en el Cielo? Sed santos. ¿Queréis fundar también un reino en la Tierra? ¿Os sentís hostigados y teméis no lograrlo? Si obráis como santos, lo lograréis. Porque ni la misma autoridad que nos domina podrá impedirlo, a pesar de sus cohortes, porque convenceréis a las cohortes de que sigan la doctrina santa, de la misma forma que Yo, sin coacción, he persuadido a las mujeres de Roma que aquí hay Verdad...».
«¡Señor!...» exclaman las romanas, viéndose descubiertas.
«Sí, mujeres. [7]Escuchad y recordad. Yo manifiesto a mis seguidores de Israel y a vosotras - que no sois de Israel pero tenéis corazón justo - el estatuto de mi Reino.
No motines. No hacen falta. Santificar a la autoridad impregnándola de nuestra santidad. Será un largo trabajo, pero victorioso. Con mansedumbre y paciencia, sin estúpidas prisas, sin desviaciones humanas, sin inútiles sublevaciones, obedeciendo donde obedecer no perjudique a la propia alma, llegaréis a hacer de la autoridad que ahora os domina paganamente una autoridad protectora y cristiana. Cumplid vuestro deber de súbditos para con la autoridad, como cumplís el de fieles para con Dios. Ved en cualesquiera autoridades no a un opresor sino a alguien que eleva, porque os proporciona la manera de santificarle y de santificaros con el ejemplo y el heroísmo.
De la misma forma que sois buenos fieles y ciudadanos, sed buenos maridos, buenas esposas, santos, castos, obedientes, amorosos recíprocamente, unidos para educar a los hijos en el Señor, para ser paternos y maternos incluso con los que estén a vuestro servicio y con los esclavos, porque también ellos tienen alma y carne, sentimientos y afectos como vosotros los tenéis. Si la muerte os arrebata el compañero o la compañera, no queráis, si podéis, desear nuevo matrimonio; amad a los huérfanos también por la parte del compañero desaparecido. Y vosotros, criados, estad sometidos a vuestros señores, y, si son imperfectos, santificadlos con vuestro ejemplo. Tendréis gran mérito a los ojos del Señor. En el futuro, en mi Nombre, no habrá ya amos y siervos, sino hermanos; no habrá ya razas, sino hermanos; no habrá ya oprimidos y opresores que se odien, porque los oprimidos llamarán hermanos a sus opresores.
Amaos vosotros de la misma fe, ayudándoos recíprocamente, como hoy os he puesto a hacer. Pero no os limitéis a la ayuda a los pobres, peregrinos o enfermos, de vuestra raza; abrid los brazos *a todos*, de la misma forma que la Misericordia os abre los brazos a vosotros. El que tenga más que dé a quien no tiene o tiene poco. El que sepa más que enseñe al que no sabe o sabe poco, y que enseñe con paciencia y humildad, recordando que, en verdad, antes de que Yo os instruyera nada sabíais. Buscad la Sabiduría no para prestigio vuestro, sino como ayuda en el camino por las vías del Señor.

Las mujeres casadas que amen a las vírgenes, y éstas a las casadas, y que ambas den afecto a las viudas; todas sois útiles en el Reino del Señor. Los pobres no envidien, los ricos no creen odios oreando sus riquezas y siendo duros de corazón. Preocupaos de los huérfanos, de los enfermos, de los que no poseen una casa. Abrid el corazón antes incluso que la bolsa y la casa, porque si dais, pero con mal garbo, no honráis a Dios, que está presente en todos los desdichados; antes al contrario, le ofendéis.
En verdad, en verdad os digo que no es difícil servir al Señor. Es suficiente con amar. Amar al Dios verdadero, amar al prójimo, quienquiera que sea. En todas las heridas o fiebres que sanéis, Yo estaré. En todas las desventuras que socorráis, Yo estaré. Y todo lo que me hagáis a mí en el prójimo, si está bien, habrá sido hecho a mí; y, si mal, también habrá sido hecho a mí. ¿Queréis hacerme sufrir? ¿Queréis perder el Reino de paz? ¿Queréis no haceros dioses? ¿Sólo por no ser buenos con vuestro prójimo?
8Nunca volveremos a estar todos unidos de esta forma. Vendrán otras Pascuas... y no podremos estar juntos por muchas causas. Respecto a las primeras: una prudencia santa en parte y en parte excesiva - y todo exceso es culpa - que nos hará estar divididos. Respecto a las otras Pascuas, porque ya no estaré entre vosotros... Pero acordaos de este día. Haced en el futuro, y no sólo en Pascua sino siempre, lo que os he hecho hacer. Nunca he sido lisonjero diciéndoos que era fácil pertenecerme. Pertenecerme quiere decir vivir en la Luz y la Verdad, pero comer también el pan de la lucha y de las persecuciones. Ahora bien, cuanto más fuertes seáis en el amor, más fuertes seréis en la lucha y en la persecución.
Creed en mí. En lo que soy realmente: Jesucristo, el Salvador, cuyo Reino no es de este mundo, cuya venida señala la paz a los buenos, cuya posesión quiere decir conocer y poseer a Dios; porque verdaderamente quien me tiene a mí en sí y se tiene a sí en mí está en Dios, y posee a Dios en su espíritu para poseerle después en el Reino celeste para siempre.
La noche ha descendido. Mañana es Parasceve. Id. Purificaos, meditad, cumplid una Pascua santa.
Mujeres de raza distinta, pero de recto espíritu, podéis iros; la buena voluntad que os anima sea para vosotras camino para alcanzar la Luz. En nombre de los pobres, de los que Yo mismo soy uno, os bendigo por la limosna generosa y os bendigo por vuestras buenas intenciones hacia el Hombre que ha venido a traer amor y paz a la tierra. ¡Id! Y tú, Juana, y los demás que ya no temen asechanzas, podéis marcharos también».
9Un rumor de asombro recorre a la asamblea mientras las romanas, reducidas a seis porque Egla se queda con María de Magdala, guardadas en una bolsa las tablillas enceradas que Flavia ha escrito mientras Jesús hablaba, salen después de un saludo colectivo. Tanto es el estupor, que ninguno de los presentes se mueve, excepto Juana, Jonatán y los siervos de Juana, que llevan en brazos a los pequeños durmientes. Pero, cuando el ruido sordo del portón al cerrarse dice que las romanas se han marchado, un clamor sucede al rumor.
«¿Pero quiénes son?».
«¿Cómo entre nosotros?».
«Qué han hecho?».
Y, más que nadie, grita Judas: «¿Cómo tienes noticia, Señor, de la limosna que me han dado?».
Jesús apacigua el tumulto con un gesto y dice: «Son Claudia y sus damas. Y, mientras

que las altas damas de Israel, temiendo la ira de sus consortes, o con el mismo pensamiento y corazón de sus consortes, no se atreven a ser seguidoras mías, las despreciadas paganas, con santa astucia, saben venir a recibir la Doctrina que, aunque por ahora la acepten sólo humanamente, siempre eleva... Y esta niña, que fue esclava, pero de raza judía, es la flor que Claudia ofrece a las filas de Cristo, devolviéndola a la libertad y dándola a la fe de Cristo. Respecto a lo de tener noticia de la limosna... ¡Judas! ¡Todos menos tú podrían hacerme esta pregunta! Tú sabes que veo dentro de los corazones».
«¡Entonces verás que dije la verdad hablando de que había una asechanza y que yo la he disuelto yendo a hablar con... seres culpables!».
«Es verdad».
«Dilo entonces bien fuerte. Que mi madre lo oiga... Madre, soy un muchacho, sí, pero no un truhán... Madre, vamos a hacer las paces. Vamos a comprendernos, a amarnos, unidos sirviendo a nuestro Jesús».
Y Judas va, humilde y amoroso, a abrazar a su madre, que dice: «¡Sí, hijito! ¡Sí, Judas mío! ¡Sé bueno! ¡Sé bueno! ¡Sé siempre bueno, hijo mío! ¡Por ti, por el Señor, por tu pobre mamá!».
10 Entretanto, la sala se ha llenado de agitación y comentarios, y muchos definen imprudente el haber acogido a las romanas y censuran a Jesús.
Judas lo oye. Deja a su madre y acude en defensa del Maestro. Cuenta su coloquio con Claudia y termina: «No es una ayuda despreciable. Antes de recibirla entre nosotros tampoco nos hemos librado de la persecución. Dejémosla actuar. Y tened bien presente que es mejor callar con todo el mundo. Pensad que, si es peligroso para el Maestro, no lo es menos para nosotros el ser amigos de paganos. El Sanedrín, que en el fondo se contiene por miedo hacia Jesús por un temor que les queda a alzar la mano contra el Ungido de Dios, no tendría muchos escrúpulos en matarnos como a perros, a nosotros, que somos unos pobres hombres cualesquiera. En vez de poner esas caras escandalizadas, acordaos de que hace poco erais como gorrionas aterrorizadas; y bendecid al Señor porque nos ayuda, con medios impensados, ilegales si queréis, pero muy fuertes, a fundar el Reino del Mesías. ¡Todo lo podremos si Roma nos defiende! ¡Yo ya no temo! ¡Gran día hoy! Más que por todas las otras cosas, por ésta... ¡Ah, cuando Tú seas la Cabeza! ¡Qué poder tan dulce, fuerte y bendito! ¡Qué paz! ¡Qué justicia! ¡El Reino fuerte y benévolo del Justo! ¡Y el mundo que se acerca a él lentamente!... ¡Las profecías cumpliéndose! ¡Turbas, naciones... el mundo a tus pies! ¡Oh, Maestro! ¡Maestro mío! Tú, Rey; nosotros, tus ministros... En la Tierra paz, en el Cielo gloria... Jesucristo de Nazaret, Rey de la estirpe de David, Mesías Salvador, te saludo y te adoro.» Y Judas, que parece en un rapto de éxtasis, se postra y termina: «En la Tierra, en el Cielo y hasta en los Infiernos tu Nombre es conocido, infinito tu poder. ¿Qué fuerza puede resistirte, Cordero y León, Sacerdote y Rey, Santo, Santo, Santo?» y se queda en actitud de gran reverencia, en esta sala muda de estupor.

372. El día de la Parasceve. Despertar en el palacio de Lázaro.
30 de enero de **1946.**

1 La residencia de Lázaro, transformada esa noche en dormitorio, muestra, diseminados

por todas partes, cuerpos de hombres dormidos. No se ve a las mujeres. Quizás las han conducido a las habitaciones superiores. El alba clara blanquece lentamente la ciudad, penetra en los patios de la casa, provoca los primeros gorjeos tímidos entre las frondas de los árboles plantados para dar sombra a aquéllos y también los primeros arrullos de las palomas que duermen en la armadura del alero. Pero los hombres no se despiertan: cansados y sacios de comida y emociones, duermen y sueñan...
Jesús sale al vestíbulo sin hacer ruido, y de ahí pasa al patio de honor. Se lava en una fuente clara que canta en el centro, dentro de un cuadrado de arrayanes a cuyo pie hay pequeños lirios muy parecidos a los llamados muguetes franceses. Se asea y, también sin hacer ruido, vuelve a donde está la escalera que conduce a los pisos de arriba y a la terraza que corona la casa; sube hasta ella, a orar, a meditar...
Paseando lentamente, va y viene. Sólo le ven las palomas, las cuales, alargando el cuello y haciendo arrullos, parecen preguntarse una a otra: «¿Quién es éste?». Luego se apoya en el antepecho y se queda recogido dentro de sí, inmóvil. En fin, alza la cabeza, reclamada quizás su atención por los primeros rayos del Sol, que se levanta tras las colinas que celan Betania y el valle del Jordán. Jesús mira el panorama puesto a sus pies.
2La residencia de Lázaro se alza sobre una de las tantas elevaciones del suelo que hacen de las calles de Jerusalén, especialmente de las menos bonitas, una ondulación continua. Está casi en el centro de la ciudad, pero ligeramente retirada hacia el suroeste. Construida en una bonita calle que termina en el Sixto, formando con ella una T, domina la ciudad baja. Tiene, en frente, Beceta, Moria y Ofel, y, detrás de éstos, la cadena del monte de los Olivos; en la parte de atrás, perteneciente ya al lugar en que está construida, el monte Sión; mientras que, por el lado sur, la vista se extiende hacia las colinas meridionales, y al Norte, Beceta oculta buena parte del panorama. Pero, allende el valle de Guijón, la cabeza calva del Gólgota emerge amarillenta - siempre lúgubre, incluso con esta luz alegre - bajo el rosicler de la aurora.
Jesús la mira... Su mirada, aunque ahora es más viril y pensativa, me recuerda a aquella de la lejana visión de Jesús a los doce años en la escena de la disputa con los doctores. Ahora, como tampoco entonces, no es una mirada de terror. No. Es una mirada digna, de un héroe que mira al campo de su postrer batalla.
Luego se vuelve a mirar a las colinas del sur de la ciudad y dice: «¡La casa de Caifás!» y, con la mirada, traza todo un itinerario desde aquel sitio hasta el Getsemaní, y luego al Templo, y luego mira más allá de las murallas de la ciudad, hacia el Calvario...
El Sol, entretanto, ha salido del todo y la ciudad se enciende de luz...
3Alguien da vigorosos golpes al portón de la casa, sin dejar intervalo entre uno y otro. Jesús se asoma para ver, pero el alero, muy saliente, y el hecho de que el portón esté muy adentro en los gruesos muros, le impiden ver quién llama. Eso sí, oye en seguida las voces de los durmientes, que se despiertan, mientras alguien cierra con estrépito el portón, abierto por Leví. Luego oye que muchas voces de hombre y de mujer gritan su Nombre... Se apresura a bajar y dice: «Estoy aquí. ¿Qué queréis?».
Los que le llamaban, nada más oírle, toman al asalto la escalera y suben corriendo y hablando alto. Son los apóstoles y los discípulos más antiguos; en medio de ellos, Jonás, el encargado del Getsemaní. Hablan todos a la vez y no se entiende nada.
Jesús debe imponer con violencia que se paren donde están y que guarden silencio, para poderlos calmar; se llega a ellos y dice al instante: «¿Qué sucede?».
Otro alboroto fragoroso, inútil por incomprensible. A las espaldas de los que gritan se

asoman caras de aflicción o estupor, de mujeres y discípulos...
«Hablad de uno en uno. Tú, Pedro, el primero».
«Ha venido Jonás... Ha dicho que eran muchos y que te habían buscado por todas partes. Él ha estado mal toda la noche; luego, a la hora de la apertura de las puertas, ha ido a casa de Juana y ha sabido que estabas aquí. Pero ¿qué hacemos? ¡Tendremos que celebrar la Pascua, digo yo!».
Jonás del Getsemaní refuerza la noticia diciendo: «Sí, me han maltratado incluso. He dicho que no sabía dónde estabas, que quizás no volvías. Pero han visto vuestras túnicas y han comprendido que volvéis al Getsemaní. ¡No me seas causa de daño, Maestro! Siempre te he hospedado con amor. Esta noche he sufrido por ti. Pero... pero...».
«¡No tengas miedo! No te volveré a poner en peligro de ahora en adelante. No volveré a detenerme en tu casa. Me limitaré a ir de paso, durante la noche, a orar... No me lo puedes prohibir...». Jesús se muestra dulcísimo hacia el aterrorizado Jonás del Getsemaní.
4Pero la voz de oro de María de Magdala prorrumpe vehemente: «¿Desde cuándo, hombre, te olvidas de que eres siervo y que es nuestra condescendencia la que te hace usar modos de amo? ¿De quién son la casa y el olivar? Sólo nosotros podemos decir al Rabí: "No vayas a causar daño a nuestros bienes". Pero no lo decimos. Porque sumo bien sería siempre si, por buscarle a Él, los enemigos del Cristo destruyeran incluso los árboles y las paredes, y hundieran los bancales; porque todo habría sido destruido por haber hospedado al Amor, y el Amor nos daría amor a nosotros sus fieles amigos. ¡Que vengan! ¡Que destruyan! ¡Que pisoteen! ¿Y qué! ¡Basta con que Él nos ame y resulte ileso!».
Jonás está entre dos miedos: a los enemigos y a su ardiente ama, y susurra: «¿Y si hacen daño a mi hijo?...».
Jesús le conforta: «No temas, te digo. No volveré a detenerme en tu casa. Puedes decir a quien te lo pregunte que el Maestro ya no se hospeda en el Getsemaní... ¡No, María! Conviene hacerlo así, y déjame que lo haga así. Te agradezco tu generosidad... Pero no es mi hora, ¡no es todavía mi hora! Supongo que serían fariseos...».
«Y miembros del Sanedrín, y herodianos y saduceos... y soldados de Herodes... y... todos... todos... No me logro quitar el temblor del miedo... Pero, ¿ves, Señor, que he venido corriendo a avisarte?... a casa de Juana... luego aquí...». El hombre se preocupa de que se vea que, con el riesgo de su paz, ha cumplido su deber hacia el Maestro.
Jesús sonríe con compasión y bondad y dice: «¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡Que Dios te lo pague! Ahora ve en paz a tu casa. Enviaré a alguien para que te diga a dónde se deben mandar las bolsas, o a que las retire directamente».
El hombre se marcha, y ninguno, excepto Jesús y María Stma., le ahorran reproches o afrentas. Lo que dice Pedro es punzante, mordaz lo de Judas Iscariote, irónico lo de Bartolomé. Judas Tadeo no habla, ¡pero le mira de una manera...! Y el murmullo y las miradas de reproche le acompañan también entre las filas de las mujeres, para terminar con la pulla final de María de Magdala, la cual, a la reverencia del servidor-campesino cuando la saluda, responde: «Referiré a Lázaro que para la comida de la fiesta... vaya a procurarse pollos bien cebados a las tierras del Getsemaní».
«No tengo gallinero, ama».
«Tú, Marcos y María: ¡tres magníficos capones!».
Todos se echan a reír por la salida nerviosa y... significativa de María de Lázaro, que está furiosa por ver el miedo de sus subordinados y por la molestia que sufre el Maestro, privado del tranquilo nido del Getsemaní.

«¡No te inquietes, María! ¡Paz! ¡Paz! ¡No todos tienen tu coraje!».
«¡Ah, no, por desgracia! ¡Si todos tuvieran mi coraje, Rabbuní! ¡Ni lanzas y flechas dirigidas contra mí me harían separarme de ti!».
Un murmullo entre los hombres... María lo recoge y responde solícita: «Sí. ¡Y lo veremos! Y esperemos que sea pronto, si puede servir para enseñaros la valentía. ¡Nada me dará miedo si puedo servir a mi Rabí! ¡Servir! ¡Servir! ¡Y se sirve en las horas de peligro, hermanos! En las otras... ¡En las otras no es servir! ¡Es gozar!... ¡Y al Mesías no se le sigue para gozar!».
Los hombres agachan la cabeza, punzados por esta verdad.
5María hiende las filas y se pone enfrente de Jesús. «¿Qué decides, Maestro? Es Parasceve*. ¿Dónde tu Pascua? Ordena... y, si tanto he encontrado gracia ante ti, concédeme ofrecerte un cenáculo mío y ocuparme de todo...».
«Has hallado gracia ante el Padre de los Cielos, y, por tanto, gracia ante el Hijo del Padre, para el que es sagrado todo movimiento del Padre. Acepto el cenáculo, pero deja que a sacrificar el cordero, al Templo, vaya yo como buen israelita...».
«¿Y si te echan mano?» dicen muchos.
«No me echarán mano. En la noche, en la obscuridad, como acostumbran a hacer los granujas, pueden atreverse; pero no entre la muchedumbre que me venera. ¡No me os hagáis cobardes!...».
«¡Además ahora está Claudia!» grita Judas. «¡El Rey y el Reino ya no están en peligro!...».
«Judas, te ruego que no dejes que se derrumben en ti. No los hostigues dentro de ti. Mi Reino no es de este mundo. No soy un rey como los que están en los tronos. Mi Reino es del espíritu. Si le rebajas a la pequeñez de un reino humano, en ti mismo lo hostigas y lo derrumbas».
«¡Pero Claudia...!».
«Pero Claudia es una pagana. Así que no puede conocer el valor del espíritu. Ya es mucho si intuye y apoya a quien para ella es un Sabio... ¡Muchos en Israel no me juzgan siquiera como sabio!... ¡Pero tú no eres pagano, amigo mío! No hagas que tu encuentro providencial con Claudia se vuelva perjuicio; y no hagas que todos los dones que Dios te da para afirmar tu fe y tu voluntad de servir al Señor se te transformen en ruina espiritual».
«¿Cómo podría suceder, mi Señor?».

---

* *Parasceve* era la *preparación* que se hacía para el sábado, en el cual todas las actividades estaban prohibidas, incluida la de preparar comida. De acuerdo con *Marcos 15, 42*, la Obra valtortiana da el nombre de *parasceve* al día que precede al sábado y que a veces llama *viernes* (como, por ejemplo, en 508.6).
«Fácilmente. No sólo en ti. Si un don, dado como socorro de la debilidad del hombre, en lugar de fortalecerle y aumentar cada vez más su deseo de bien sobrenatural, o incluso simplemente moral, le sirviera para tener más rémoras de apetitos humanos y alejarle del recto camino, por caminos en cuesta abajo, entonces el don se habría transformado en daño. Basta la soberbia para hacer de un don un daño. Basta perder el norte, a causa de algo que exalta, perdiendo, por tanto, de vista el Fin supremo y bueno, para hacer de un don un daño. ¿Estás convencido de esto? El que haya venido Claudia debe darte sólo la fuerza de una consideración. Ésta: si una pagana ha sentido la grandeza de mi doctrina y

la necesidad de que triunfe, tú, y contigo todos los discípulos, debéis sentir todo esto con más fuerza aún, y, como consecuencia, entregaros a ello totalmente. Pero siempre espiritualmente. Siempre... 6Y ahora vamos a decidir. ¿Dónde decís que conviene celebrar la Pascua? Quiero que estéis en paz de espíritu para esta Cena de rito, para oír a Dios, que no se oye en la agitación. Somos muchos. Pero me sería dulce que estuviéramos todos juntos para que pudierais decir: "Celebramos una Pascua con Él". Elegid, pues, un lugar donde podamos decir: "Estábamos unidos, y cada uno oía la voz del otro hermano", a pesar de subdividirnos según el ritual formando grupos que puedan comer el propio cordero».
Quién menciona un lugar, quién menciona otro. Pero las hermanas de Lázaro se salen con la suya. «¡Señor, aquí! Mandamos a alguien por nuestro hermano. ¡Aquí! Hay muchas salas y habitaciones. Estaremos juntos y según el rito. ¡Acepta, Señor! La casa tiene habitaciones con capacidad para, al menos, doscientas personas divididas en grupos de veinte. Y tantos no somos. ¡Danos esta alegría, Señor! Por nuestro Lázaro que está tan triste... tan enfermo...». Las dos hermanas lloran, y terminan: «...que no se puede pensar que coma otra Pascua...».
«¿Qué opináis? ¿Pensáis que se les debe conceder a estas buenas hermanas?» dice Jesús dirigiéndose a todos.
«Yo diría que sí» dice Pedro.
«Yo también» dice Judas Iscariote, y muchos otros.
Quien no habla asiente.
«Encargaos entonces de ello. Nosotros vamos al Templo, a mostrar que quien está seguro de obedecer al Altísimo ni tiene miedo ni es vil. Vámonos. Mi paz para quien queda».
Y Jesús baja el resto de la escalera, atraviesa el vestíbulo Y sale con los discípulos a la calle llena de gente.

373. El día de la Parasceve. En el Templo.
31 de enero de 1946.

1Jesús entra en el Templo. Y, desde sus primeros pasos en él, es fácil comprender el humor de los ánimos hacia el Nazareno: miradas hostiles; órdenes a los miembros de la guardia del Templo de vigilar al «conturbador», órdenes dadas abiertamente, para que todos vean y oigan; palabras de desprecio para los que vienen con Él; incluso empujones voluntarios a los discípulos... En fin, el odio es tal, que los relumbrantes fariseos, escribas y doctores asumen posturas y acciones de mozos de cuerda o peor todavía; y están tan cegados por el rencor, que no piensan que se rebajan mucho, incluso como hombres, actuando así.
Jesús pasa tranquilo, ¡como si ni siquiera se refiriera a Él eso que hacen! Es el primero en saludar, en cuanto ve a algún personaje que, por grado sacro o por poder, es un "superior" del mundo hebreo. Y, si éste no responde al saludo correcto que Jesús le dirige, no por ello Jesús cambia de actitud. Eso sí, su rostro, cuando se vuelve de uno de estos soberbios hacia uno o varios de los muchos humildes que hay, toma un aspecto de sonrisa

dulcísimo. Y muchos son los mendigos y enfermos pobres que ayer ha recogido y que, debido a la suerte imprevista que han tenido, pueden celebrar una Pascua como quizás desde hacía años no celebraban. Ahora, reunidos en grupos, en pequeñas sociedades nacidas espontáneamente, van a comprar los corderos que habrán de ser inmolados, contentos de ser - ellos que eran los despreciados - iguales que los demás, en vestidos y posibilidades. Y Jesús se para, benigno, a escucharlos: sus propósitos, sus narraciones de asombro, sus bendiciones... Ancianos, niños, viudas, enfermos ayer, ahora curados; miserables ayer, andrajosos, hambrientos, despreciados, hoy vestidos, ¡y felices de ser hombres como los demás en estos días de la gran fiesta de los Ácimos!
Las voces - muy variadas: desde las de plata de los pequeñuelos a las temblorosas de los viejos, y, entre estos dos extremos, las voces vibrantes de las mujeres - saludan, acompañan, siguen a Jesús. Llueven los besos en sus vestiduras y en sus manos. Y Jesús sonríe y bendice, mientras sus enemigos, lívidos de rabia por la gran luminosidad de paz que hay en Él, se concomen de ira impotente.
2Capto fragmentos de lo que dicen unos u otros...
«¡Tienes razón! Pero a nada que hagamos nos destrozan» (y un fariseo señala al pueblo que se apiña en torno a Jesús).
...«¡Fijaos! Nos ha recogido, nos ha dado de comer, nos ha vestido, nos ha curado, y muchos, por medio de los discípulos ricos, han encontrado trabajo y asistencia. Pero la verdad es que todo ha venido por Él. ¡Que Dios le salve siempre!» dice un hombre que quizás ayer estaba enfermo y mendigaba.
...«¡Claro, así yo también! ¡Este sedicioso compra a la plebe así, para lanzarla contra nosotros!» gruñe entre dientes un escriba, hablando con un colega.
«Una discípula suya ha tomado mi nombre, y me ha dicho que vaya a su casa después de la Pascua, que me va a llevar a los campos que tiene en Béter. ¿Comprendes, mujer? Yo y mis hijos. Voy a trabajar. Pero, ¿qué es trabajar cuando hay protección y seguridad? ¡Es una alegría! Y mi Leví ya no tendrá que destrozarse trabajando en los cereales, porque la discípula que se hace cargo de nosotros le va a poner en las rosaleras... ¡Vamos, te digo que un juego! ¡El Eterno dé gloria y bien a su Mesías!» dice la viuda de la llanura de Sarón a una israelita de clase más bien rica que la está preguntando.
«¡Oh! ¿Y yo no puedo?... ¿Estáis ya todos situados, todos a los que ayer ha recogido?» dice la mujer rica israelita.
«No, mujer. Hay todavía otras viudas con hijos, y otros hombres».
«Quisiera decirle que si me concede la gracia de ayudarle».
«¡Llámale!».
«No me atrevo».
«Ve tú, Leví mío, a decirle que una mujer quiere hablar con Él...».
El niño va raudo y refiere esto a Jesús.
3Entretanto, un saduceo trata con violencia a un anciano, que pontifica en medio de una masa de gente venida de la Transjordania y que teje el elogio del Maestro de Galilea.
El anciano se defiende diciendo: «¿Qué estoy haciendo de malo? ¿Querías que te alabara a ti? Bastaría con que hicieras lo que hace Él. Pero tú - que Dios te perdone - desprecias las canas y la miseria en vez de amarlas; falso israelita, que no respetas el Deuteronomio teniendo piedad de los pobres».
«¿Estáis oyendo? ¡Éste es el fruto de la doctrina del agitador! Enseña a la plebe a ofender a los santos de Israel».

Le responde un sacerdote del Templo: «Pero la culpa es nuestra si sucede esto. No hacemos más que amenazar, sin traducir en acción las amenazas».
...Jesús, mientras tanto, dice a la mujer de Israel: «Si verdaderamente te comprometes a ser madre de los huérfanos y hermana de las viudas, ve al palacio de Cusa, al Sixto. Di a Juana que te mando Yo. Ve, y fructifique tu tierra como la del Edén por tu piedad, y más aún fructifique tu corazón en un amor cada vez mayor a tu prójimo».
En esto, ve a los miembros de la guardia que arrastran al anciano que había hablado antes. Grita: «¡Qué le hacéis a ese anciano? ¿Qué ha hecho?».
«Ha insultado a los oficiales que le reprendían».
«No es verdad. Un saduceo ha arremetido contra mí porque hablaba de ti a aquellos peregrinos. Y, como ha levantado contra mí su mano, porque soy viejo y pobre, le he dicho que es un falso israelita que pisotea las palabras del Deuteronomio».
«Soltad a ese anciano. Está conmigo. Su boca ha expresado la verdad. No la sinceridad: *la Verdad*. Dios habla por los labios de los niños, pero también por los de los ancianos. Está escrito*: "No desprecies al hombre en su vejez, porque son de los nuestros los que envejecen". Y también: "No desprecies las palabras de los ancianos sabios; antes bien, te sean familiares sus máximas, porque de ellos aprenderás la sabiduría y las enseñanzas de la inteligencia". Y también: "Donde hay ancianos no hables mucho". Recuerde esto Israel, esa parte de Israel que quiere llamarse perfecta, porque en caso contrario el Altísimo sabe cómo desmentirla. Padre, ven a mi lado».
El anciano, de porte señorial, va donde Jesús, mientras los saduecos, afectados por el reproche, se marchan airados.
4«Soy una mujer hebrea de la Diáspora, Rey esperado. ¿Podría servirte como esa mujer que has enviado a Juana?» dice una que me recuerda en todo a la que, de nombre Nique, enjugó** el rostro de Jesús en el Gólgota y obtuvo el Sudario. Pero las hebreas son muy semejantes entre sí, y, pasados ya meses desde aquella visión, podría equivocarme.
Jesús la mira. Ve a una mujer de unos cuarenta años, bien vestida, de maneras francas. Le pregunta: «¿Eres viuda, no es verdad?».
«Sí, y sin hijos. He vuelto hace poco y he adquirido unas tierras en Jericó. Para estar cerca de la Ciudad Santa. Pero ahora veo que Tú eres más grande que ella. Y te sigo. Y te ruego que me recibas a tu servicio. Sé de ti por discípulos. Pero superas lo que ellos cuentan».
«De acuerdo. Concretamente, ¿qué quieres?».
«Ayudarte en los pobres y, según mis posibilidades, hacer que seas amado y conocido. Conozco a muchos de las colonias de la Diáspora, porque he seguido a mi marido en sus actividades comerciales. Dispongo de medios y me basta con poco, así que puedo hacer mucho; y quiero hacer mucho, por tu amor y para sufragio del espíritu de aquel que me tomó, virgen, hace veinte años, y fue para mí dulce compañero hasta el último suspiro. Parecía profetizar cuando moría. Decía: "Cuando muera, entrega a la tumba la carne que te amó, y ve a nuestra patria. Encontrarás al Prometido. ¡Tú le verás! Búscale. Síguele. Es el Redentor y Resucitador, y me abrirá las puertas de la Vida. Sé buena para ayudarme a estar preparado cuando abra los Cielos a los que no tengan ya deudas con la Justicia; y sé buena para merecer encontrarle pronto. Jura que lo harás y que cambiarás en

---

* *Está escrito.* Siguen tres citas de *Eclesiástico 8, 6; 8, 8; 32, 9,* como anota MV en una

copia mecanografiada.

** *enjugó*. Considerando que se refiere a un episodio ya "visto" y escrito, debe entenderse "enjugará", al ser un episodio posterior, que encontraremos en la "Pasión".

fortaleza hacendosa las estériles lágrimas de una viudez. Ten, esposa, a Judit* como ejemplo tuyo, y todas las naciones conocerán tu nombre". ¡Pobre esposo mío! Lo único que pido es que me conozcas Tú...».
«Te conoceré como discípula buena. Ve tú también donde Juana, y que Dios esté contigo»...
5...Pesados como abejas, vuelven al asalto los enemigos de Jesús, mientras Él, inmolado el cordero y habiendo esperado a que fueran inmolados los que habían tomado los discípulos para tener los necesarios para tantos, regresa hacia las murallas del Templo.
«¿Cuándo tienes pensado acabar con estas ostentaciones de rey? ¡Tú no eres rey! ¡Tú no eres profeta! ¿Hasta cuándo vas a abusar de nuestra bondad, hombre pecador, rebelde, causa de mal para Israel? ¿Cuántas veces te tenemos que decir que no tienes derecho a venir aquí como rabí?».
«He venido a inmolar el cordero. No podéis impedírmelo. No obstante, os recuerdo a Adonías y Salomón».
«¿Qué tienen que ver con esto? ¿Qué quieres decir? ¿Eres Tú Adonías?».
«No. Adonías se hizo rey fraudulentamente, pero la Sabiduría velaba y aconsejaba, de forma que fue rey sólo Salomón. Yo no soy Adonías, sino Salomón».
«¿Y Adonías quién es?».
«Todos vosotros».
«¿Nosotros? ¡Atento a lo que dices!».
«Hablo con verdad y justicia».
«Observamos todo los puntos de la Ley, creemos en los profetas y...».
«No. No creéis en los profetas. Ellos me nombran, y vosotros no creéis en mí. No. No observáis la Ley. La Ley aconseja obras justas. Vosotros no las hacéis. Ni siquiera son rectas esas ofrendas que venís a hacer.
Está escrito**: "Inmunda es la ofrenda de quien sacrifica bienes malamente adquiridos". Está escrito: "El Altísimo no acepta los dones de los inicuos, no vuelve su mirada hacia sus oblaciones, ni perdonará sus pecados porque acumulen muchos sacrificios". Está escrito: "Quien ofrece sacrificio con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre". ¡Esto está escrito, Jocanán!
Está escrito: "El pan de los indigentes es la vida de los pobres, quien se lo arrebata es un asesino". ¡Esto está escrito, Ismael!

---

* De *Judit* se habla en Judit 8-16; de *Adoniás y Salom6n* en *1R, desde 1,1 hasta 2,25.*

** *Está escrito* introduce una serie de citas, no todas literales. Agrupamos sus referencias biblicas, anotadas por MV en una copia mecanografiada: *Eclesiástico 34, 18-22; Levítico 21;* 20, 9; 20, 6.
Está escrito: "Quien arrebata el pan del sudor es como si matara al pobre". ¡Esto está escrito, Doras hijo de Doras!

Está escrito: "Quien vierte la sangre y quien quita su jornal al jornalero son hermanos". ¡Esto está escrito, Jocanán, Ismael, Cananías, Doras, Jonatán. Y recordad también que está escrito: "Quienquiera que sea el que cierre sus oídos a los gritos de los pobres, gritará también él y no será escuchado".
Y tú, Eleazar ben Anás, recuerda, y recuerda a tu padre, que está escrito: "Mis sacerdotes han de ser santos y no se contaminarán por ningún motivo".
Y tú, Cornelio, ten presente que está escrito: "Quien maldiga a su padre y a su madre sea muerto", y no es muerte sólo la que procura el verdugo: una muerte mayor espera a los que pecan contra los padres, eterna, tremenda muerte.
Y tú, Tolmé, recuerda que está escrito: "Al que practica la magia le extermino Yo".
Y tú, Sadoq, escriba de oro, recuerda que entre el adúltero y su paraninfo en el adulterio no hay diferencia a los ojos de Dios; y está escrito que quien jura lo falso es consumido por las llamas sin fin. Y di a aquel que lo ha olvidado que quien toma a una virgen y, saciado ya, la separa de sí con acusaciones falsas, recibe condena. ¡No aquí! En la otra vida: por la mentira, el juramento falso, el daño contra la esposa, y por el adulterio.
¿Qué sucede? ¿Huís? ¿Ante el inerme que dice palabras no suyas, sino de aquellos a quienes vosotros citáis como santos en Israel? De forma que no podéis decir que el inerme sea un blasfemo, porque, si lo dijerais, llamaríais blasfemos a los libros sapienciales y a los libros mosaicos, que han sido dictados por Dios. ¿Huís ante el inerme? ¿Son, acaso, piedras mis palabras? ¿O es que despiertan en vosotros, golpeando en el bronce duro de vuestro duro corazón, la conciencia, y la conciencia siente el deber de purificarse - ella y no sólo los miembros - en esta Parasceve, para poder consumir, sin pecado de impureza, el cordero santo? ¡Oh, si así es, gloria al Señor! Porque, os lo digo a vosotros que queréis ser alabados como sabios, verdadera sabiduría es conocerse a sí mismo, reconocer los propios errores, arrepentirse de ellos e ir a los ritos con "verdadera" devoción, o sea, con culto y rito en el alma, y no rito externo...
¡Se han marchado! Vámonos también nosotros, a dar paz a quien nos espera...».

374. El día de la Parasceve. Por las calles de Jerusalén y en el barrio de Ofel.
2 de febrero de 1946.

[1]Salen del Templo, que hormiguea de gente, para sumergirse en el hormigueo de las calles en que todos se mueven presurosos, atareados en los últimos preparativos pascuales; y los que llegan con retraso buscan afanosamente una habitación, un vestíbulo, un sitio cualquiera, y transformarlo en cenáculo para comer el cordero.
Es fácil así encontrarse. También es fácil no reconocerse, en medio de este gentío que se agolpa, agitado continuamente, y que hace pasar ante los ojos caras de todas las edades, de todas las regiones en que hay israelitas y donde la sangre pura de Israel ha contraído, por mezclas de sangre o simplemente por mimetismo, semejanzas con otras razas. De

forma que se ven hebreos que parecen egipcios, y también que, por los labios salientes, las narices chatas y el ángulo facial, parecen cruzamientos con nubienses; otros que, por las caras afiladas, pequeñas, las extremidades gráciles, las miradas perspicaces, delatan su procedencia de las colonias griegas o su mezcla con griegos; mientras que otros, hombres altos y fuertes, de rostros escuadrados, revelan claramente que no son del todo ajenos a los latinos; y hay también muchos que nosotros modernos diríamos que son circasianos o persas, con un vestigio de ojos mongólicos o indios: en los rostros blanquísimos de los primeros, en los rostros aceitunados de los segundos. ¡Un bonito caleidoscopio de caras y vestidos! Los ojos se cansan, tanto que es fácil que al final miren sin ver. Pero lo que a uno le pasa desapercibido otro lo observa. Es, pues, comprensible que lo que le pasa desapercibido al Maestro, siempre un poco absorto dentro de sí cuando le dejan en paz y no le hacen preguntas, lo note uno u otro de los que están con Él. Y los apóstoles, los que van más cerca de Jesús, se señalan unos a otros lo que ven, y cuchichean entre sí una serie de comentarios... muy humanos, respecto a las personas señaladas.

2Jesús capta uno de estos comentarios incisivos, sobre un ex discípulo que pasa con empaque fingiendo no verlos: «¿A quién decís esas palabras?» pregunta.

«A ese mochuelo» dice Santiago de Zebedeo mientras le señala. «Ha hecho como que no nos veía. Y no es el único que lo hace. Pero cuando debías curarle y te buscaba, ¡ah, entonces sabía vernos! ¡A ver si le viene la pústula maligna!».

«¡¡Santiago!! ¿Con estos sentimientos estás a mi lado y te preparas a comer el cordero? Verdaderamente tú eres más incoherente que él. Él se ha separado con franqueza, cuando ha sentido que no podía hacer lo que Yo decía. Tú te quedas, pero no haces lo que digo. ¿No eres entonces más pecador que él?».

Santiago se pone colorado hasta la congestión, y se retira detrás de los compañeros, avergonzado.

«¡Es que duele ver que actúan así, Maestro!» dice Juan, para ayudar a su hermano que ha sido corregido. *«Nuestro* amor se rebela al ver su desamor...».

«Sí, ya. ¿Y pensáis que los vais a llevar al amor de esta forma? Desaires, malas palabras, insultos nunca han llevado a un rival o a uno que piense de forma distinta al punto a donde se querría llevar. Son la dulzura, la paciencia, la caridad - perseverantes a pesar de todas las negativas -, las que al final consiguen. Yo comprendo vuestro corazón, que sufre al no verme amado, y lo compadezco. Pero querría percibiros, veros más sobrenaturales en vuestras acciones y en vuestros medios para hacer que me amen. ¡Ánimo, Santiago, ven aquí! No he hablado para avergonzarte. Comprendámonos, amémonos al menos entre nosotros, amigos míos... ¡Que ya hay mucha incomprensión y dolor para el Hijo del hombre!».

Santiago, tranquilizado, vuelve junto a Jesús.

3Andan un rato en silencio. Luego Tomás interviene bruscamente con una fuerte exclamación: «¡Pero es una verdadera vergüenza!».

«¿El qué?» pregunta Jesús.

«¡Pues la vileza de muchos! Maestro, ¿no ves cuántos fingen que no te conocen?».

«¿Y qué? ¿Cambiará, acaso, su modo de actuar una iota de lo que está escrito acerca de mí? No. Sólo para ellos se cambia lo que se podría escribir. Porque en los libros eternos se podría decir de ellos: "Los discípulos buenos", y se escribirá: "Los que no fueron buenos, aquellos para quienes fue nada la venida del Mesías". Palabra tremenda, ¿sabéis? Peor que la de: "Adán, con Eva, pecó". Porque Yo puedo anular aquel pecado. Pero no

podré anular este de renegar del Verbo Salvador... [4]Vamos a torcer por esta parte. Yo me detengo con los hermanos, con Simón Pedro y Santiago en el barrio de Ofel. Judas de Simón se quedará también. Pero Simón Zelote, Juan y Tomás irán al Getsemaní por las bolsas...».
«Sí, así no se le atravesará el cordero a Jonás» dice Pedro todavía inquieto. Los otros ríen...
«¡Tranquilo, tranquilo! No te asombres de que tenga miedo. Mañana podrías tener miedo tú».
«¿Yo, Maestro? Es más fácil que el mar de Galilea se transforme en vino que no que tenga miedo yo» afirma Pedro con seguridad.
«Sin embargo... la otra noche... Simón... no parecías muy valiente en la escalera del palacio de Cusa» muerde Judas de Keriot, sin mucha ironía pero... siempre con el sarcasmo suficiente como para punzar a Pedro.
«¡Estaba agitado porque... temía por el Señor! No por otra cosa».
«¡Bien! ¡Bien! Esperemos que no tengamos nunca... miedo a quedar mal nosotros, ¿eh?» responde Judas de Keriot dándole una palmada en el hombro, protector y maligno... En otros momentos su modo de actuar habría desencadenado una reacción. Pero Pedro, desde la noche anterior, vive en estado de... admiración por Judas y le soporta en todo.
Jesús dice: «Felipe y Natanael con Andrés y Mateo que vayan al palacio de Lázaro, a decir que estamos yendo».
Se separan estos últimos, y los otros siguen con Jesús. Los discípulos, menos Esteban e Isaac, van con los apóstoles que han sido enviados al palacio.
En el barrio de Ofel, una nueva separación. Los encargados de ir al Getsemaní se encaminan, raudos, junto con Isaac. Esteban se queda con Jesús, los hijos de Alfeo, Pedro, Santiago y Judas Iscariote; y, para no estar parados en el cruce, prosiguen lentamente en la misma dirección de los que van al Getsemaní. Van precisamente por la callecilla que será recorrida por Jesús entre sus torturadores la noche del jueves santo. Ahora, que es hacia mediodía, está vacía de gente. Después de pocos pasos, hay una pequeña placita, con una fuente sombreada por una higuera que abre sus tiernas hojas sobre la balsa del agua quieta.
[5]«Ahí está Samuel de Analía» dice Santiago de Alfeo, que debe conocerle bien. El joven está para entrar en casa con el cordero... Va cargado también con otros alimentos.
«Se ocupa de la cena pascual también para su pariente» observa Judas de Alfeo.
«¿Pero ahora se ha establecido aquí ¿No estaba fuera?» dice Pedro.
«Sí. Se ha establecido aquí. Se dice que tiene relaciones con la hija de Cleofás, el fabricante de sandalias. Tiene mucho dinero esa mujer...».
«¡Ah! ¿Y por qué dice, entonces, que Analía le ha abandonado?» pregunta Judas Iscariote. «¡Es una mentira!».
«El hombre se sirve fácilmente de la mentira. Y no sabe que haciéndolo se mete por el camino del mal. Basta el primer paso, *un paso*, para no poderse ya liberar... Es como el *ajonje*... es un laberinto... una armadija. Una armadija en bajada...» dice Jesús a Judas de Keriot.
«¡Qué pena! ¡Parecía tan bueno el año pasado ese hombre!» dice Santiago de Zebedeo.
«Sí. Yo creía que imitaría a su prometida en cuanto a entregarse totalmente a ti, haciendo así una pareja de esposos ángeles y siervos tuyos. ¡Vamos que lo habría jurado!...» dice Pedro.

«¡Simón mío! No jures nunca sobre el futuro de un hombre. Es la cosa más incierta que hay. Ningún elemento presente en el momento del juramento puede ser fianza de juramento seguro. Hay delincuentes que se hacen santos, y hay justos, o que tienen apariencia de justos, que se hacen delincuentes» le responde Jesús.

6Samuel, entretanto, después de entrar en casa, ha vuelto a salir para ir a la fuente por agua pura... Y ve a Jesús. Le mira con visible desprecio y lanza un insulto; sí, ciertamente es un insulto, pero es en hebreo y no lo entiendo.

Judas Iscariote se lanza repentinamente hacia delante, le coge por un brazo y le da unos meneos como si fuera un árbol del que se quisiera hacer caer la fruta madura: «¿Así hablas al Maestro, pecador? ¡Abajo! ¡De rodillas! ¡Inmediatamente! ¡Pídele perdón, lengua sucia de inmundicia de cerdo! ¡Abajo! ¡O te destrozo!». Es terrible este Judas con esta violencia repentina. Su rostro se altera terriblemente. Inútilmente Jesús trata de calmarle. Hasta que no ve al blasfemo arrodillado en la tierra fangosa que hay alrededor de la fuente, no afloja la presión.

«Perdón» dice entre dientes el malaventurado, que debe sentirse torturado por la tenaza de los dedos de Judas. Pero lo dice mal. Sólo porque se ve forzado.

Jesús responde: «No guardo rencor. Tú sí, a pesar de lo que dices. La palabra es inútil, si no está acompañada del movimiento del corazón. Tú, en el corazón, blasfemas contra mí todavía. Y con doble culpa; porque me acusas y me odias por un motivo que tu conciencia, en lo profundo, te dice que no es verdad, y porque tú eres el único que ha faltado, no Analía, ni tampoco Yo. Pero te lo perdono todo. Ve y trata de volver a ser honesto y grato a Dios. Déjale, Judas».

«Me marcho. ¡Pero te odio! Me has pervertido a Analía y te odio...».

«De todas formas, te consuelas con Rebeca, hija del fabricante de sandalias; y te consolabas con ella ya desde cuando Analía era tu prometida y, estando enferma, pensaba sólo en ti...».

«Me veía ya sin mujer... eso pensaba... y me buscaba esposa... Ahora he vuelto a Rebeca porque... porque... Analía no me acepta» dice Samuel disculpándose, al ver descubiertos sus enjuagues.

Judas Iscariote termina: «...y porque Rebeca es muy rica. Fea como una sandalia destaconada... y vieja como una suela perdida en un sendero... pero rica, eso sí, rica...», y ríe sarcásticamente mientras el otro huye.

«¿Cómo lo sabes?» pregunta Pedro.

«¡Es fácil saber dónde hay vírgenes y dinero!».

«¡Bien! ¿Vamos por esa calle estrecha, Maestro? Esta plaza es un horno de pan. Allí hay sombra y ventilación» suplica Pedro, que está sudando.

7Y caminan, despacio porque esperan a los otros de regreso. La pequeña calle está desierta.

Una mujer se separa de una puerta y viene a postrarse a los pies de Jesús llorando.

«¿Qué te pasa?».

«¡Maestro!... ¿Ya te has purificado?».

«Sí. ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque quería decirte... Pero no te puedes acercar a él. Es todo podredumbre... El médico dice que está infectado. Después de la Pascua voy a llamar al sacerdote... y... Hinnón le recibirá. No me culpes. No lo sabía... Trabajó durante muchos meses en Joppe y me volvió así, diciendo que se había herido. Usé bálsamos y lavados con aromas... Pero

no aprovechaban. Consulté a un herbolario. Me dio polvos para la sangre... Separé a los hijos... separé la cama... porque... me empezaba a dar cuenta. Empeoró. Llamé a un médico. Me dijo: "Mujer, tú sabes tu deber y yo el mío. Esto es herida de lujuria. Sepárale de ti; yo le separaré del pueblo; el sacerdote, de Israel. Tenía que haber reflexionado cuando ofendía a Dios, te ofendía a ti y se ofendía a sí mismo. Ahora que pague". Obtuve el silencio suyo hasta el día siguiente de los Ácimos. Pero, si Tú tuvieras piedad del pecador, y de mí, que todavía le amo, y de los cinco hijos inocentes...».
«¿Qué quieres que te haga? ¿No crees que quien ha pecado es justo que expíe?».
«¡Sí, Señor! ¡Pero Tú eres la Misericordia viviente!». Toda la fe de que una mujer es capaz está presente en la voz, en la mirada, en el gesto de la mujer arrodillada con los brazos extendidos hacia el Salvador.
«¿Y él que tiene en su corazón?».
«Humillación... ¿Qué otra cosa podría tener, Señor?».
«¡Sería suficiente un movimiento sobrenatural de arrepentimiento, de justicia, para obtener piedad!...».
«¿Justicia?».
«Sí. Decir: "He pecado... Mi pecado merece esto y mucho más, y a los que he ofendido les pido misericordia"».
«Yo ya se la he dado. Tú, Dios, dásela. No puedo decirte: entra... Ya ves que no te toco ni siquiera yo... [8]Pero, si quieres, le llamo, y le digo que hable desde la terraza».
«Sí».
La mujer mete la cabeza dentro de la puerta de casa y llama fuerte: «¡Jacob! ¡Jacob! Sube al tejado. Asómate. No temas».
El hombre, pasados unos momentos, se asoma por el antepecho de la terraza. Una cara amarillenta, hinchada; vendados el cuello y una mano... Una ruina tábida de hombre... Mira con los ojos aguosos propios del enfermo de innobles enfermedades. Pregunta:
«¿Quién me requiere?».
«¡Jacob, está aquí el Salvador!...». La mujer no dice nada mas, pero parece como si quisiera hipnotizar al enfermo, infundirle su pensamiento...
El hombre, sea porque siente este pensamiento de ella, sea por un movimiento espontáneo, extiende los brazos y dice: «¡Libérame! ¡Creo en ti! ¡Es horrible morir así!».
«Es horrible faltar al propio deber. ¿No pensabas en ésta, ni en los hijos?».
«Piedad, Señor... Por ellos, por mí... ¡Perdón! ¡Perdón!». Y se deja caer encima del murete, llorando. Las manos, vendadas, sobresalen con todo el brazo, descubierto ahora por haberse subido la manga, con manchas por las ya próximas pústulas, hinchado, repelente... El hombre, así como está, parece una marioneta macabra, un cadáver arrojado allí, ya próximo a la descomposición: da pena y náusea al mismo tiempo.
La mujer llora, todavía en el polvo del suelo, de rodillas.
Jesús parece esperar aún una palabra... que, por fin, baja, entre sollozos: «¡Elevo mi dolor a ti contrito de corazón! Dame al menos la promesa de que ellos no sufrirán hambre... y luego... me marcharé, resignado, a expiar. ¡Y salva mi alma, Salvador bendito! ¡Al menos mi alma! ¡Al menos mi alma!».
«Sí. Te curo. Por los inocentes. Para darte el modo de mostrarte justo. ¿Comprendes? Recuerda que el Salvador te ha curado. Dios, por el modo en que respondas a esta gracia, te absolverá de tus pecados. Adiós. La paz a ti, mujer». Y se marcha, casi corriendo, al encuentro de los que regresan del Getsemaní. Ni siquiera los gritos del hombre, que

siente y ve que se está curando, le detienen, ni tampoco los de la mujer...
«Vamos a torcer por esta callejuela, para no pasar otra vez por allí» dice Jesús después de haberse reunido con los otros.
9Entran por una callejuela miserable, tan estrecha que a duras penas dos pasan de lado, y, sí viene por ella un burro con albardas**,** no queda otra solución sino aplastarse contra la pared como un sello. Hay penumbra, por los tejados que casi se tocan, y soledad, silencio y mal olor. Van en fila, como si fueran frailes, hasta el final de la callejuela miserable. Luego, en una placita llena de muchachos, se reúnen otra vez en grupo.
«¿Por qué has dicho esas palabras a aquel hombre? No las usas nunca...» pregunta curioso Pedro.
«Porque aquel hombre será uno de mis enemigos. Y este pecado agravará el que ya tiene».
«¡¿Y le has curado?!» preguntan todos, estupefactos.
«Sí. Por los pequeñuelos inocentes».
«¡Mmm! Volverá a enfermar...».
«No. De la vida del cuerpo, después del susto y el sufrimiento pasados, tendrá cuidado; no volverá a enfermar».
«Pero dices que pecará contra ti. Yo le quitaba la vida».
«Tú eres un hombre pecador, Simón de Jonás».
«Y Tú demasiado bueno, Jesús de Nazaret» replica Pedro.
Los absorbe una calle central y ya no veo nada más.

10Nota mía.
Reconozco tanto al hombre curado como a Samuel. El primero es el que, en la Pasión, golpea con una piedra a Jesús en la cabeza. Reconozco más que a él a su mujer, doliente ahora como entonces; y la casa, que tiene una puerta sui generis, alta, sobre tres peldaños. Y lo mismo, con la máscara de odio que le transforma, reconozco en Samuel al joven que mata a su madre de una patada, para poder ir a golpear al Maestro con un garrote.

375. La cena ritual en casa de Lázaro y el banquete sacrílego en la casa de Samuel.

3 de febrero de 1946.

1Cuando Jesús entra en el palacio, ve que está invadido por una gran cantidad de personas de servicio que han venido de Betania y se apresuran en los preparativos. Lázaro, echado en un triclinio y con muchos dolores, saluda con una pálida sonrisa a su Maestro, el cual acelera el paso hacia él y se inclina, todo amor, hacia el triclinio, diciendo: «Has sufrido mucho con los bamboleos del carro, ¿no es verdad, amigo mío?».
«Mucho, Maestro» responde Lázaro, tan postrado que con sólo evocar lo que ha sufrido le vuelven de nuevo las lágrimas a los ojos.
«¡Por culpa mía! ¡Perdónarne!».

Lázaro coge una de las manos de Jesús y se la lleva a la cara, frota contra ella el carrillo enflaquecido, la besa, y susurra: «¡No por culpa tuya, Señor! Y estoy muy contento de que celebres conmigo la Pascua... mi última Pascua...».
«Si Dios lo quiere, a pesar de todo, celebrarás muchas otras todavía, Lázaro. Y tu corazón siempre estará conmigo».
«Ha llegado mi fin. Me quieres consolar... pero ya es el fin. Y lo siento...». Llora.
«¿Lo ves, Señor? Lázaro no hace más que llorar» dice Marta compasiva. «Dile que no lo haga. ¡Se agota!».
«La carne tiene también sus derechos. El sufrimiento es penoso, Marta, y la carne llora. Necesita este desahogo. Pero el alma está resignada, ¿no es verdad, amigo mío? Tu alma de justo hace complacientemente la voluntad del Señor...».
«Sí... Pero ahora lloro porque Tú, estando tan perseguido, no vas a poder asistirme en la muerte... Me estremece la muerte, tengo miedo de morir... Si estuvieras Tú, no tendría nada de esto. Me refugiaría en tus brazos... y me dormiría así... ¿Cómo voy a lograr morir sin sentir movimientos contra la obediencia a esta tremenda voluntad?»,
«!Ánimo, hombre! ¡No pienses en estas cosas! ¿Ves? Haces llorar a tus hermanas... El Señor te ayudará tan paternamente que no sentirás miedo. Son los pecadores los que tienen que tener miedo...».
«¿Pero Tú, si puedes, vienes a mi agonía? ¡Prométemelo!».
«Te lo prometo. Esto y más todavía».
«Mientras preparan las cosas, cuéntame lo que has hecho esta mañana...».
Y Jesús, sentado en el borde del triclinio, con una de las enflaquecidas manos de Lázaro entre las suyas, cuenta con pelos y señales todo lo que ha sucedido, hasta que Lázaro, rendido, se adormece; y Jesús no le deja ni siquiera entonces; permanece inmóvil para no disturbar ese sueño reparador, y hace señas de que se haga el menor ruido posible, tanto que Marta, después de traer a Jesús algo de comer, se retira de puntillas, corre la tupida cortina y cierra la robusta puerta. El ruido de la casa, toda en movimiento, se atenúa así para transformarse en un susurro apenas sensible. Lázaro duerme. Jesús ora y medita.
2Pasan las horas así, hasta que María de Magdala viene a traer una lamparilla, porque cae la tarde y ya se cierran las ventanas. «¿Duerme todavía?» susurra.
«Sí. Está muy tranquilo. Le viene bien».
«Hacía meses que no dormía tanto... Creo que mucha de su agitación era el miedo a la muerte. Contigo al lado, no hay miedo... a nada... ¡Qué fortuna para él!».
«¿Por qué, María?».
«Porque te podrá tener a su lado cuando muera. Pero yo...».
«¿Por qué tú no?».
«Porque Tú quieres morir... y pronto. Y yo, ¿quién sabe cuándo moriré? ¡Haz que muera antes de ti,, Maestro! ».
«No, debes servirme mucho tiempo todavía».
«¡Entonces tengo razón al hablar de la fortuna de Lázaro!».
«Todos los amados tendrán su misma fortuna, y más que él».
«¿Quiénes son? ¿Las personas puras, verdad?».
«Los que saben amar totalmente. Por ejemplo tú, María».
«¡Oh, Maestro mío!». María se deja caer al suelo, encima de la estera multicolor que cubre el piso de esta habitación, y ahí permanece en adoración a su Jesús.
Marta, buscándola, introduce la cabeza. «¡Ven, oye! Tenemos que decorar la sala roja

para la cena del Señor».
«No, Marta. Dejad esa sala para los más humildes, para los campesinos de Jocanán, por ejemplo».
«¿Pero por qué, Maestro?».
«Porque cada pobre es otro Jesús y Yo estoy en ellos. Honrad siempre al pobre al que ninguno ama, si queréis ser perfectas. Para mí preparad en el atrio. Teniendo abiertas las puertas de las muchas habitaciones que dan a él, todos me verán por igual, y Yo veré a todos».
Marta, no demasiado satisfecha, objeta: «¡Pero Tú en un vestíbulo!... ¡No es digno para ti!...».
«Ve, ve. Haz lo que te digo. Es dignísimo hacer lo que el Maestro aconseja».
Marta y María salen sin hacer ruido y Jesús se queda, paciente, velando al amigo que descansa.

7Las cenas están en pleno desarrollo: con una poco justa distribución de los invitados, según el punto de vista humano, pero con una visión superior, tendente a dar honor y amor a aquellos que el mundo normalmente no considera.
Así, en la espléndida, regia sala roja, cuya bóveda apoya en dos columnas de pórfido rojo, entre las cuales ha sido colocada la larga mesa, están sentados los campesinos de Jocanán, junto con Margziam e Isaac, más otros discípulos, hasta completar el número adecuado*. En la sala en que tuvo lugar la cena de la noche precedente hay otros discípulos de entre los más humildes. En la sala blanca - un sueño de candor - están las discípulas vírgenes, y con ellas, que son sólo cuatro, están las hermanas de Lázaro y Anastática y otras jóvenes; pero la reina de la fiesta es María, la Virgen por excelencia. En la habitación de al lado, que quizás es una biblioteca - porque está recubierta de altas arcas obscuras que quizás contienen rollos, o los contenían -, están las viudas y las mujeres casadas; presiden el grupo Elisa de Betsur y María de Alfeo. Y así sucesivamente.
Pero lo que impresiona es ver a Jesús en el atrio marmóreo. Es verdad que el gusto señorial de las dos hermanas de Lázaro ha hecho del cuadrado vestíbulo un verdadero salón luminoso, floreteado, más espléndido que una sala. ¡Pero sigue siendo un vestíbulo! Jesús está con los doce; a su lado, Lázaro y con Lázaro Maximino.
Prosiguen las cenas según el rito... Jesús rebosa de alegría por estar en el centro de todos sus discípulos fieles.
4Terminada la cena, bebido el último cáliz, cantado el último salmo, todos los que estaban en las distintas salas afluyen al atrio; pero no caben, dada la presencia de la mesa, que ocupa no poco espacio.
«Vamos a la sala roja, Maestro. Corremos la mesa contra la pared y nos ponemos todos alrededor de ti» sugiere Lázaro, y hace una señal a los criados para que así lo hagan.
Ahora Jesús, sentado en el centro, entre dos columnas de preciado valor, bajo la lámpara rutilante, elevado encima de un pedestal hecho con dos triclinios usados para la cena, parece verdaderamente un rey sentado en el trono en medio de sus cortesanos. La túnica de lino que se ha puesto antes de la cena resplandece como si estuviera confeccionada con hilos preciosos, y parece aún más blanca en el contraste con el rojo mate de las paredes y el rojo brillante de las columnas. Y su rostro es verdaderamente divino y regio mientras habla o escucha a los que tiene alrededor. Los más humildes - a quienes ha

querido tener muy cerca -, sintiéndose amados por los demás fraternalmente, hablan con seguridad, manifestando sus esperanzas y congojas con sencillez y fe.

5¡Pero el más feliz entre tantas personas felices es el abuelo de Margziam! No se separa ni un instante de su nieto, goza mirándole y escuchándole... De vez en cuando, dado que está sentado junto a Margziam, que está de pie, reclina su

---

* *el número adecuado* puede referirse, junto con las expresiones análogas encontradas en 372.6, a la prescripción de *Exodo 12, 4* en el contexto del ritual para la celebración de la Pascua, para la cual remitimos a: *Exodo 12; 13, 1-16; 23, 14-19; 34, 10-28; Levítico* 23, 5-8; *Números 9, 1-14; 28, 16-25; Deuteronomio 16, 1-8; Ezequiel 45, 18-24.*

cabeza cana en el pecho de su nieto, y éste la acaricia.

Jesús ve este gesto varias veces y pregunta al anciano: «¿Padre, tu corazón se siente feliz?».

«¡Muy feliz, mi Señor! Ni siquiera me parece verdad. Sólo quisiera una cosa...».

«¿Cuál?».

«Morir, si fuera posible, en esta paz. Pronto por lo menos. Porque el máximo bien ya lo he recibido. Más no puede tener una criatura sobre la faz de la tierra... Irme... no sufrir más... Marcharme... Como has dicho justamente en el Templo, Señor. "Quien ofrece sacrificios con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre". Lo único que retiene a Jocanán para emular a Doras es el miedo a ti. Está empezando a pasársele el recuerdo de lo que le sucedió al otro. Sus campos prosperan y él los fertiliza con nuestro sudor. ¿No es el sudor, acaso, un bien de los pobres, su propio yo que se exprime en trabajos superiores a sus fuerzas? No nos pega, nos da lo que hace falta para mantenernos fuertes para el trabajo. Pero, ¿no nos explota más que a los bueyes? Decidlo vosotros, compañeros míos...».

Los labriegos de Jocanán - los viejos y los nuevos - asienten.

«¡Mmm! Creo que... Sí, que tus palabras le hacen ser más vampiro que nunca; y a costa de éstos... ¿Por qué las dijiste, Maestro?» pregunta Pedro.

«Porque se las merecía. ¿No es verdad, vosotros de los campos?».

«¡Sí! Los primeros meses... fue bien. Pero ahora... peor que antes» afirma Miqueas.

«El cubo del pozo por su propio peso desciende» sentencia el sacerdote Juan.

«Sí, y el lobo pronto se cansa de aparecer como cordero» incrementa Hermas.

Las mujeres hablan bajo entre sí, compasivas. Jesús, dilatados sus ojos por la compasión, mira a los pobres labriegos, afligido de verse impotente para quitarles este peso.

Lázaro dice: «Había ofrecido sumas locas para conseguir esos campos y dar a éstos la paz. Pero no he logrado hacerme con ellos. Doras me odia. Es semejante en todo a su padre».

«Bueno... pues moriremos así. Éste es nuestro destino. ¡Pero bienvenido será el descanso en el seno de Abraham!» exclama Saulo, otro campesino de Jocanán.

«¡En el seno de Dios, hijo! En el seno de Dios. La Redención se cumplirá, los Cielos se abrirán, y vosotros iréis al Cielo y...».

6Alguien golpea vigorosamente el portón. Los golpes retumban fuerte. Nace la alarma entre los presentes.

«¿Quién es?».

«¿Quién está por la calle la noche de Pascua?».

«¿Soldados?».

«¿Fariseos?».
«¿Soldados de Herodes?».
Pero, mientras la agitación se extiende, aparece Leví, el guardián del palacio: «Perdona, Rabí» dice «hay un hombre que pregunta por ti. Está en la entrada. Parece muy afligido. Es una persona anciana; del pueblo llano, me parece. Pregunta por ti. Y con urgencia».
«¡Hala! ¡No es ésta la noche más adecuada para milagros! Que vuelva mañana...» dice Pedro.
«No. Todas las noches son tiempo de milagros y de misericordia» dice Jesús poniéndose en pie; y desciende de su sitial para ir hacia el atrio.
«¿Vas solo? ¡Voy yo también! » dice Pedro.
«No. Quédate donde estás». Sale al lado de Leví
En el fondo, junto al pesado portón, en el atrio semioscuro - han sido apagadas las lámparas que antes lo iluminaban - hay un anciano. Está muy nervioso. Jesús se acerca a él.
«Deténte, Maestro. Quizás he tocado un muerto y no quiero contaminarte. Soy el pariente de Samuel, el prometido de Analía. Estábamos consumiendo la cena, y Samuel bebía, bebía, bebía... contra lo que es lícito. Pero es que ese joven, desde hace un tiempo, me parece un desquiciado. ¡Es el remordimiento, Señor! Medio borracho y bebiendo más, decía: "Así no me acordaré de que le he dicho que le odio. Porque yo, sabedlo, he maldecido al Rabí". Y me parecía Caín, porque repetía: "Mi iniquidad es demasiado grande. ¡No merezco perdón! ¡Tengo que beber! Beber para no recordar. Porque está escrito que quien maldice a su Dios llevara consigo su pecado y es reo de muerte". Deliraba ya así, cuando ha entrado en la casa un pariente de la madre de Analía para preguntar el porqué del repudio. Samuel, medio borracho, ha reaccionado con malas palabras. El hombre, por su parte, le ha amenazado con llevarle al magistrado por el perjuicio que causa al honor de la familia. Samuel ha sido el primero en darle una bofetada. Se han enzarzado... Yo soy viejo, como también es vieja mi hermana, y viejos son el criado y la criada. ¿Qué podíamos hacer nosotros cuatro, y qué podían hacer las dos niñas, hermanas de Samuel? ¡Podíamos gritar! ¡Podíamos tratar de separarlos! Nada más... Y Samuel ha cogido el hacha con que habíamos preparado la leña para el cordero y le ha dado con ella en la cabeza... No le ha abierto la cabeza porque ha golpeado con el reverso, no con el tajo. Pero el otro ha empezado a tambalearse, borbotando, y se ha caído... Hemos dejado de gritar... para... para que no viniera gente... Nos hemos atrincherado en casa... Aterrorizados... Esperábamos que el hombre volviera en sí echándole agua en la cabeza. Pero sigue borbotando, borbotando. Se va a morir, está claro. En algunos momentos parece ya muerto. Yo, en uno de estos momentos, me he marchado para venir a llamarte. Mañana... quizás antes, los parientes buscarán al hombre. En nuestra casa, porque sabían que había venido. Y le encontrarán muerto... Y matarán a Samuel, según la Ley... ¡Señor! ¡Señor! La deshonra ya ha caído sobre nosotros... ¡Pero esto no! ¡Por mi hermana piedad, Señor! Él te ha maldecido... pero su madre te ama... ¿Qué debemos hacer?».
«Espérame aquí. Voy Yo» y Jesús vuelve a la sala y, desde la puerta, dice: «Judas de Keriot, ven conmigo».
«¿A dónde, Señor?» dice Judas obedeciendo inmediatamente.
«Lo sabrás. Vosotros todos seguid aquí con paz y amor. Volvemos pronto».
[7]Salen de la sala, del vestíbulo, de la casa. Pronto recorren las calles, desiertas y

obscuras. Llegan a la casa fatal.
«¡¿La casa de Samuel?! Por qué...».
«Silencio, Judas. Te he tomado conmigo porque tengo confianza en tu buen sentido».
El viejo se ha dado a reconocer. Entran. Suben al comedor, hasta donde han arrastrado al hombre agredido.
«¡¿Un muerto?! ¡Pero Maestro! ¡Nos contaminamos!».
«No está muerto. ¿No ves que respira?, ¿no oyes los estertores? Ahora le voy a curar...».
«¡Pero tiene un golpe en la cabeza! ¡Aquí ha habido un delito! ¿Quién ha sido?... ¡Y en el día del cordero!». Judas está horrorizado.
«Ha sido él» dice Jesús señalando a Samuel, que está en el suelo, en un rincón, hecho un ovillo, más moribundo que el propio moribundo, con estertores de terror como el otro de agonía, cubierta su cabeza con el extremo del manto, para no ver y no ser visto, mirado por todos con horror, por todos menos por la madre, que al horror por el homicida une la angustia por el hijo culpable y condenado ya de antemano por la férrea ley de Israel.
«¿Ves a dónde conduce un primer pecado? ¡A esto, Judas! Empezó siendo perjuro contra la mujer, luego contra Dios; luego se ha hecho calumniador, embustero, blasfemo, luego se ha dado al vino y ahora es un homicida. Así se cae en el poder de Satanás, Judas. Tenlo siempre presente...». Jesús se muestra terrible mientras señala a Samuel con su brazo extendido.
Pero luego mira a la madre, que, agarrada a una contraventana, apenas si se tiene en pie, temblorosa (parece ya cercana a la muerte), y con tristeza dice: «¡Y así, Judas, se mata, sin más arma que la del delito del hijo, a las pobres madres!... De ella siento compasión. ¡Yo siento compasión por las madres! Yo, el Hijo que no verá compasión hacia su Madre...». Jesús llora... Judas le mira estupefacto...
8Jesús se inclina hacia el moribundo y le pone una mano en la cabeza. Ora. El hombre abre los ojos. Parece como un poco ebrio. Atónito... Pero pronto vuelve en sí.
Hincando los puños contra el suelo, se sienta. Mira a Jesús. Pregunta: «¿Quién eres?».
«Jesús de Nazaret».
«¡El Santo! ¿Por qué aquí junto a mí? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi hermana y su hija? ¿Qué ha sucedido?». Trata de recordar.
«Hombre, tú me llamas santo. ¿Me crees santo entonces?».
«Sí, Señor. Tú eres el Mesías del Señor».
«¿Entonces mi palabra es sagrada para ti?».
«Sí, Señor».
«Entonces - Jesús se yergue, está majestuoso - ...entonces Yo, como Maestro y Mesías, te ordeno que perdones. Has venido aquí y has sido insultado...».
«¡Ah! ¡Samuel! ¡Sí!... ¡El hacha! Le denun...» dice mientras se levanta.
«No. Perdona en nombre de Dios. Te he curado para esto. Nutres afecto por la madre de Analía porque ha sufrido; pues esta de Samuel sufriría más todavía. Perdona».
El hombre se muestra muy elusivo. Mira con claro rencor al que le ha herido. Mira a la madre angustiada. Mira a Jesús, que le domina... No se sabe decidir.
Jesús le abre los brazos y le arrima contra su pecho, diciendo: «¡Por amor a mí!».
El hombre rompe a llorar... ¡Estar entre los brazos del Mesías, sentir su aliento en los cabellos y un beso que desciende al lugar donde estaba el golpe!... Llora, llora...
Jesús dice: «¿Sí, no es verdad? ¿Perdonas por amor a mí? ¡Dichosos los misericordiosos! Llora, llora en mi corazón. ¡Salga con el llanto todo rencor! ¡Completamente nuevo!

¡Completamente puro! ¡Así! ¡Manso, manso como debe ser un hijo de Dios!...».
El hombre levanta la cara y dice entre lágrimas: «Sí. Sí. ¡Tu amor es muy dulce! ¡Tiene razón Analía! Ahora la comprendo... ¡Mujer! ¡No llores más! El pasado es pasado. Nadie sabrá nada por boca mía. Goza de tu hijo, si es que puede darte alegría. Adiós, mujer. Regreso a mi casa» y hace ademán de salir.
Jesús le dice. «Voy contigo, hombre. Adiós, madre. Adiós, Abraham. Adiós, niñas». No dice una sola palabra a Samuel, el cual, a su vez, no encuentra ninguna palabra.
La madre le quita de la cabeza bruscamente el manto, y, como reacción al momento pasado, se abalanza hacia el hijo: «¡Da gracias a tu Salvador, alma dura! ¡Dale gracias, hombre indigno, que no eres otra cosa!...».
«Déjale, déjale, mujer. Su palabra no tendría valor. El vino le tiene alelado y su alma está cerrada. Ora por él... Adiós».
9 Baja las escaleras, alcanza en la calle a Judas y al otro, se libera del anciano Abraham, que quiere besarle las manos, y se pone a andar raudo bajo los primeros rayos de la Luna.
«¿Estás lejos?» pregunta al hombre.
«Al pie del Moria».
«Entonces tenemos que separarnos».
«Señor, me has conservado para los hijos, para mi mujer, para mi vida. ¿Qué debo hacer por ti?».
«Ser bueno, perdonar y callar. Jamás, por ningún motivo, debes decir ni una palabra de cuanto ha sucedido. ¿Lo prometes?».
«¡Lo juro por el sagrado Templo! A pesar de que me duela el no poder decir que me has salvado...».
«Sé un hombre justo y Yo salvaré tu alma. Y esto sí que lo podrás decir. Adiós, hombre. La paz sea contigo».
El hombre se arrodilla, saluda, se separan.
«¡Qué cosas! ¡Qué cosas!» dice Judas, ahora que están solos.
«Sí. Horrendas. Judas, tú tampoco debes hablar».
«No, Señor. Pero, ¿por qué has querido que viniera yo contigo?».
«¿No estás contento de mi confianza?».
«¡Mucho! Pero...».
«Pues porque quería que meditaras sobre esto: a dónde puede conducir la mentira, la avidez de dinero, la crápula y las prácticas inertes de una religión que ha dejado de sentirse, y de practicarse, espiritualmente. ¿Qué era el banquete simbólico para Samuel? ¡Nada! Crápula. Un sacrilegio. Y en él se ha hecho homicida. Muchos en el futuro serán como él, y con el sabor del Cordero en la lengua - y no del cordero nacido de oveja, sino del Cordero divino - irán al delito. ¿Y por qué sucede eso? ¿Cómo sucede? ¿No te lo preguntas? Pues te lo digo igualmente: porque habrán preparado esa hora con muchos hechos precedentes cometidos, primero por desatenciones, por obstinación después. Recuerda esto, Judas».
«Sí, Maestro. ¿Y qué vamos a decir a los demás?».
«Que había uno muy grave. Es verdad».
Tuercen rápidamente por una calle y los pierdo de vista.

376. Lección sobre la obra salvífica de los santos, y condena al Templo corrompido.
4 de febrero de 1946.

1Muchos discípulos y discípulas ya se han despedido y han regresado a las casas que los hospedan, o han tomado de nuevo el camino por el que habían venido.
En la espléndida tarde de este abril ya avanzado, quedan en la casa de Lázaro los discípulos en el verdadero sentido de la palabra, y especialmente los más consagrados a la predicación, o sea, los pastores, Hermas y Esteban, el sacerdote Juan, Timoneo, Hermasteo, José de Emaús, Salomón, Abel de Belén de Galilea, Samuel y Abel de Corazín, Agapo, Aser e Ismael de Nazaret, Elías de Corazín, Felipe de Arbela, José (el barquero de Tiberíades), Juan de Éfeso, Nicolái de Antioquía. De las mujeres, quedan, además de las discípulas más conocidas, Analía, Dorca, la madre de Judas, Mirta, Anastática, las hijas de Felipe. Ya no veo a Miriam de Jairo, ni al propio Jairo (quizás ha regresado a donde estaba hospedado).
Pasean lentamente por los patios, o también por la terraza de la casa. Alrededor de Jesús, que está sentado junto al triclinio de Lázaro, están casi todas las mujeres y todas las antiguas discípulas. Le escuchan mientras habla con Lázaro describiendo los pueblos que han atravesado en las últimas semanas que han precedido al viaje pascual.
2«Has llegado justo a tiempo de salvar al pequeño» comenta Lázaro después de la narración de lo del castillo de Cesarea de Filipo, señalando al lactante que duerme feliz en los brazos maternos. Y Lázaro añade: «¡Es un niño muy bonito! Mujer, ¿me lo dejas ver de cerca?».
Dorca se levanta y, silenciosamente, pero triunfalmente, ofrece a su hijo a la admiración del enfermo.
«¡Un niño muy bonito! ¡Precioso! Que el Señor te lo proteja y le haga crecer sano y santo».
«Y fiel a su Salvador. Si no fuera fiel en el futuro, lo querría muerto, ya ahora. ¡Todo menos que, después de haber sido salvado, sea ingrato con el Señor!» dice Dorca firmemente, y vuelve a su sitio.
«El Señor llega siempre a tiempo de salvar» dice Mirta, madre de Abel de Belén. «El mío no estaba menos cerca de la muerte que el pequeñuelo de Dorca. ¡Y qué muerte! Pero llegó Él... y salvó. ¡Qué hora tan tremenda!...». Mirta palidece todavía al recordarlo...
«Entonces vendrás a tiempo también para mí, ¿no es verdad? Para darme paz...» dice Lázaro acariciando la mano de Jesús.
«¿Pero no estás un poco mejor, hermano mío?» pregunta Marta. «Ya desde ayer te veo mejorado...».
«Sí. Estoy asombrado yo mismo. Quizás Jesús...».
«No, amigo. Es que vierto en ti mi paz. Tu alma está saturada de esta paz, y ello atenúa el sufrimiento de los miembros. Es decreto de Dios que sufras».
«Y que muera. Dilo, dilo. Bien, pues... hágase su voluntad, como Tú enseñas. Desde este momento no volveré a pedir ni curación ni alivio. He recibido tanto de Dios (y mira involuntariamente a María, su hermana), que es justo que con mi docilidad corresponda a lo mucho que he recibido...».
3«Haz mas, amigo mío. Ya es mucho el que uno se resigne y sufra el dolor. Tú, no

obstante, da al dolor un valor mayor».
«¿Cuál, mi Señor?».
«Ofrecerlo por la redención de los hombres».
«Yo soy también un pobre hombre, Maestro. No puedo aspirar a ser un redentor».
«Lo dices tú. Pero estás equivocado. Dios se ha hecho Hombre para ayudar a los hombres. Pero los hombres pueden ayudar a Dios. Las obras de los justos serán unidas a las mías en la hora de la Redención; de los justos muertos ya hace siglos, de los que viven y de los futuros. Tú, ya desde ahora, agrega las tuyas. ¡Es tan hermoso unirse a la Bondad infinita, agregar a ella aquello que podamos ofrecer de *nuestra* bondad limitada, y decir: "Yo también contribuyo, Padre, al bien de los hermanos"! No puede haber amor más grande, hacia el Señor y hacia el prójimo, que este de saber padecer y morir por dar gloria al Señor y salvación eterna a nuestros hermanos. ¿Salvarse uno para sí mismo? Es poco. Es un "mínimo" de santidad. Hermoso es salvar. Darse para salvar. Impulsar el amor hasta convertirnos en hoguera inmoladora para salvar. Entonces el amor es perfecto. Y grandísima será la santidad del generoso».
«¡Qué bonito es todo esto, ¿no es verdad, hermanas mías?» dice Lázaro con embelesada sonrisa en su rostro afilado.
Marta asiente, emocionada, con la cabeza.
4María, que está sentada en un almohadón a los pies de Jesús, en su postura habitual de humilde y ardiente adoradora, dice: «¿Cuesto yo estos sufrimientos a mi hermano? ¡Dímelo, Señor, para que mi congoja sea completa!...».
Lázaro exclama: «No, María, no. Yo... debía morir a causa de ello. No te claves flechas en el corazón».
Pero Jesús, sincero hasta el extremo, dice: «¡Sí, ciertamente! Yo he oído las oraciones de tu buen hermano, y los latidos de su corazón. Pero esto no debe producirte una angustia gravosa; antes bien, debe darte la voluntad de ser perfecta, por lo que cuestas. ¡Y exulta! Exulta porque Lázaro, por haberte arrebatado al demonio...».
«¡No yo! Tú, Maestro».
«...por haberte arrebatado al demonio, ha merecido de Dios un premio futuro, por el que hablarán de él las gentes y los ángeles. Y, lo mismo que para el caso de Lázaro, también de otros, y especialmente de otras, que han arrancado con su heroísmo la presa de las manos de Satanás».
«¿Quiénes son? ¿Quiénes son?» preguntan curiosas las mujeres, y quizás todas esperan ser ellas, una por una.
5María de Judas no habla. Pero mira, mira al Maestro... Jesús también la mira. Podría darle falsas esperanzas. No lo hace. No la mortifica, pero tampoco le infunde falsas esperanzas. Responde a todas: «Lo sabréis en el Cielo».
La siempre angustiada madre de Judas pregunta: «¿Y si una, a pesar de quererlo, no logra el objetivo? ¿Cuál será su destino?».
«El que merece su alma buena».
«¿El Cielo? Pero, Señor, una esposa, una hermana, una madre que... que no lograra salvar a aquellos a quienes ama y los viera condenados, ¿podría tener el Paraíso aun estando en el Paraíso? ¿No crees que esa mujer no tendrá jamás alegría, porque... la carne de su carne y la sangre de su sangre habrán merecido condena eterna? Yo creo que no podrá gozar mientras ve a su amado en atroz pena...».
«Estás en un error, María. La visión de Dios, la posesión de Dios, son fuentes de una

dicha tan infinita, que para los bienaventurados no subsiste ninguna pena. Diligentes y atentos para ayudar todavía a los que pueden ser salvados, no sufren por los que están separados de Dios y, por tanto, de ellos mismos que están en Dios. La comunión de los santos es para los santos».
«Pero si siguen ayudando a los que pueden ser salvados, es señal de que estos que reciben la ayuda no son todavía santos» objeta Pedro.
«Pero tienen voluntad, al menos pasiva, de serlo. Los santos en Dios ayudan incluso en las necesidades materiales para hacer pasar a aquéllos de una voluntad pasiva a una activa. ¿Me comprendes?».
«Sí y no. Te pongo un ejemplo. Si yo estuviera en el Cielo y viera, vamos a suponerlo, un movimiento apenas perceptible de bondad en... digamos Elí el fariseo, ¿qué haría?».
«Echarías mano de todos los medios para aumentar sus movimientos buenos».
«¿Y si no sirviera para nada? ¿Después?».
«Después, una vez condenado, te desinteresarías de él».
«Y si, como sucede ahora, mereciera completamente la condenación, pero le estimase - cosa que no sucederá jamás -, ¿qué debería hacer?».
«En primer lugar has de saber que corres peligro de condenarte tú si dices que jamás le estimarás; en segundo lugar, has de saber que si estuvieras en el Cielo, formando unidad con la Caridad, pedirías por él, por su salvación, hasta el momento de su juicio. Habrá espíritus que serán salvados en el último momento, después de toda una vida de oración por ellos».
6Entra un criado diciendo: «Ha venido Manahén. Quiere ver al Maestro».
«Que venga. Sin duda querrá hablar de cosas serias».
Las mujeres, discretas, se retiran; los discípulos las siguen. Pero Jesús llama a Isaac, al sacerdote Juan, a Esteban y a Hermas, y, de los pastores discípulos, a Matías y a José.
«Conviene que lo oigáis también vosotros que sois discípulos» explica.
Entra Manahén y se inclina.
«La paz a ti» saluda Jesús.
«La paz a ti, Maestro. El Sol se está poniendo. Para ti el primer paso después del sábado, mi Señor».
«¿Has tenido una buena Pascua?».
«¿¡Buena!? ¡Nada bueno puede suceder donde están Herodes y Herodías! Espero haber comido por última vez el cordero con ellos. ¡A costa de la vida, no prolongo mi permanencia con ellos!».
«Creo que cometes un error. Puedes servir al Maestro quedándote...» objeta Judas Iscariote.
«Eso es verdad. Y es lo que hasta ahora me ha retenido. Pero, ¡qué náusea! Podría substituirme Cusa...».
Bartolomé le hace una observación: «Cusa no es Manahén. Cusa es... Sí. Se mueve entre dos aguas. No denunciarla jamas a su señor. Tú eres más franco».
«Eso es verdad. Y es verdad lo que dices. Cusa es el cortesano. Es sensible al hechizo de la realeza... ¡Realeza? ¡¿Qué estoy diciendo?! ¡Del fango regio! Pero se ve rey estando con el rey... Le acongoja la pérdida de la privanza del rey. La otra noche parecía un lebrel apaleado cuando, casi arrastrándose, se presentó ante Herodes, que le había llamado tras haber escuchado las quejas de Salomé, a la que Tú habías arrojado de tu presencia. Cusa estaba en un momento muy escabroso. El deseo de salvarse, a toda costa, incluso quizás

acusándote a ti, criticándote, estaba escrito en su cara. Pero Herodes... Quería sólo reírse a espaldas de la muchacha, de la cual ya ha llegado un momento que siente náuseas, como también de la madre de ella. Y se reía como un desquiciado oyendo tus palabras dichas por Cusa. Repetía: "Demasiado, demasiado dulces todavía, para esa joven... (y dijo una palabra tan indecente que no te la digo). Habría debido pisotear sus entrañas insaciables... ¡Pero se habría contaminado!" y reía. Luego, poniéndose serio, dijo: "Pero... la afrenta, merecida por esa hembra, no se puede permitir para la corona. Yo soy magnánimo (está obsesionado con que lo es, y, dado que nadie se lo dice, pues se lo dice él a sí mismo) y perdono al Rabí, incluso considerando que ha dicho a Salomé la verdad. Pero quiero que venga a la Corte para perdonarle del todo. Quiero verle, oírle y hacerle obrar milagros. Que venga y yo me haré protector suyo". Esto decía la otra noche. Y Cusa no sabía qué responder. No quería decirle que no al monarca. Por otra parte, no podía decirle que sí. Porque Tú, ciertamente, no puedes condescender con los caprichos de Herodes. Hoy me ha dicho a mí: "Tú que vas donde Él... Hazle saber mi voluntad". La hago saber. Pero... ya sé la respuesta. De todas formas dímela, para poder transmitirla».
«¡No!». Un "no" que parece un rayo.
«¿No te crearás un enemigo demasiado fuerte?» pregunta Tomás.
«Y un verdugo también. Pero no puedo responder sino: "no"».
«Nos perseguirá...».
«Dentro de tres días ya no se acordará» dice Manahén encogiéndose de hombros. Y añade: «Le han prometido unas mimas... Llegan mañana... ¡Se olvidará de todo!...».
7Vuelve el doméstico: «Señor - dice a Lázaro -, han venido Nicodemo, José, Eleazar y otros fariseos y jefes del Sanedrín. Quieren saludarte».
Lázaro mira a Jesús interrogativamente. Jesús comprende: «Que vengan. Los saludaré de buena gana».
Poco después entran: José; Nicodemo; Eleazar, aquel justo del banquete de Ismael; Juan, aquel del banquete, ya lejano en el tiempo, del de Arimatea; otro, que oigo que le llaman Josué; otro, Felipe; otro, Judas; el último, Joaquín. Saludos sin fin. Menos mal que la sala es grande... si no, ¿cómo habrían podido meter en ella tantas reverencias y tanto abrir de brazos y tantas ampulosidades? Pero, a pesar de ser grande, se llena tanto, que los discípulos deciden desaparecer. ¡Quizás no dan crédito al hecho de no estar bajo el fuego de tantas pupilas de miembros del Sanedrín! Se quedan solamente Lázaro y Jesús.
«Lázaro, sabemos que estás en Jerusalén. ¡Así que hemos venido!» dice el que tiene por nombre Joaquín.
«Me asombra y me alegra. Ya casi que no recordaba tu cara...» dice un poco irónico Lázaro.
«¡Hombre!... ya sabes... Queríamos venir. Pero... habías desaparecido...».
«¡Lo cual hubiera sido maravilloso! Efectivamente, es muy difícil visitar a un desdichado!».
«¡No! ¡No digas eso! Nosotros... respetábamos tu deseo. Pero ahora que... ahora que... ¿verdad Nicodemo?».
«Sí, Lázaro. Los viejos amigos vuelven. Incluso por el deseo de saber noticias tuyas y de venerar al Rabí».
«¿Qué noticias me traéis?».
«¡Mmm!... Las cosas de siempre... El mundo... Ya ... » miran de reojo a Jesús, que está rígido en su asiento, un poco absorto.

8«¿Y cómo es que estáis todos juntos hoy nada más terminar el sábado?».
«Ha habido una reunión extraordinaria».
«¡¿Hoy?! ¿Pues qué motivo había tan urgente?...».
Los recién llegados miran furtiva y significativamente a Jesús. Pero Él está absorto...
«Muchos motivos...» responden luego.
«¿No tienen que ver con el Rabí?».
«Sí, Lázaro. También con Él. Pero también se ha juzgado un hecho grave, acaecido mientras estábamos todos reunidos en la ciudad por las fiestas...» explica José de Arimatea.
«¿Un hecho grave? ¿Cuál?».
«Un... un error de... juventud... ¡Mmm! ¡En fin! Una grave controversia... porque... Rabí, escúchanos. Estás entre personas honestas. No somos discípulos tuyos, pero tampoco somos enemigos. En casa de Ismael me dijiste que no estaba lejos de la justicia» dice Eleazar.
«Es verdad. Y lo confirmo».
«Y yo te defendí contra Félix en el banquete de José» dice Juan.
«Eso también es verdad».
«Y éstos piensan como nosotros. Hoy hemos sido llamados a decidir... y no estamos contentos de lo que se ha decidido. Porque se han salido con la suya la mayoría, que estaban contra nosotros. Escucha y juzga Tú, que eres más sabio que Salomón».
Jesús los perfora con su profunda mirada. Luego dice: «Hablad».
«¿Estamos seguros de que nadie nos oye? Porque es... una cosa horrenda...» dice el que se llama Judas.
«Cierra la puerta y corre la cortina, y estaremos en una tumba» le responde Lázaro.
9«Maestro, ayer por la mañana dijiste a Eleazar de Anás que no se contaminara por ninguna razón. ¿Por qué se lo dijiste?» pregunta Felipe.
«Porque había que decirlo. Él se contamina, Yo no; los libros sagrados lo dicen».
«Es verdad. Pero ¿cómo sabes que se contamina? ¿Te habló quizás la joven antes de la muerte?» pregunta Eleazar.
«¿Qué joven?».
«La que ha muerto después de la violencia, y con ella su madre. Y no se sabe si las ha matado el dolor o si se han matado, o si las han matado con veneno para que no hablaran».
«Yo no sé nada de esto. Veía el alma depravada del hijo de Anás. Sentía su mal olor. Hablé. Ni sabía ni veía más cosas».
«¿Pero qué ha pasado?» pregunta Lázaro con interés.
«Ha pasado que Eleazar de Anás vio a una joven, hija única de una viuda, y... la atrajo a sí con el pretexto de encargarle un trabajo, porque para vivir hacían labores de costura, y... abusó de ella. La joven murió... tres días después, y con ella la madre. Pero, antes de morir, a pesar de las amenazas recibidas, dijeron todo a su único pariente... Y éste fue donde Anás con la acusación. Pero, no contento todavía, se lo dijo a José, a mí y a otros... Anás ha mandado que le arresten y le metan en la cárcel. De ahí pasará a la muerte, o no volverá a ser libre. Hoy Anás ha querido saber nuestra opinión» dice Nicodemo.
«No lo habría hecho, si no hubiera sabido que nosotros ya estábamos al corriente» masculla entre dientes José.
«Sí... Vamos que con una apariencia de votación, con una simulación de juicio, se ha

decidido sobre el honor y la vida de tres desdichados y sobre la pena para el culpable» termina Nicodemo.
«¿Y entonces?».
«¡Pues entonces! ¡Es natural! Nosotros, que hemos votado por la libertad del hombre y el castigo de Eleazar, hemos sido amenazados y expulsados como personas injustas. ¿Tú qué opinas?».
«Que Jerusalén me produce náuseas, y que en Jerusalén el bubón más fétido es el Templo» dice pausada y terriblemente Jesús. Y termina: «Se lo podéis decir a los del Templo».
«¿Y Gamaliel qué ha hecho?» pregunta Lázaro.
«En cuanto oyó el hecho, se tapó la cara y salió diciendo: "Venga pronto el nuevo Sansón para acabar con los filisteos depravados"».
«¡Bien ha dicho! Pronto vendrá».
Un momento de silencio.
10 «¿Y de Él no se ha hablado?» pregunta Lázaro señalando a Jesús.
«¡Sí, claro! Antes que de ninguna otra cosa. Ha habido quien ha referido que calificaste de mezquino al reino de Israel. Por eso te han tachado de blasfemo; es más, de sacrílego. Porque el reino de Israel viene de Dios».
«¡¿Ah, sí?! ¿Y cómo ha llamado el Pontífice al violador de una virgen, al profanador de su ministerio? ¡Responded!» pregunta Jesús.
«Es el hijo del Sumo Sacerdote. Porque el *verdadero* rey allí dentro es Anás» dice, atemorizado por la majestuosidad de Jesús, Joaquín, que está frente a Él, alto, de pie, con el brazo extendido...
«Sí. El rey de la depravación. ¿Y queréis que no llame mezquino a un País en que tenemos un Tetrarca que es un sucio y un homicida y un Sumo Sacerdote cómplice de un violador y asesino?...».
«Quizás la joven se ha matado o ha muerto de dolor» susurra Eleazar.
«Asesinada, en cualquier caso, por su violador... ¿Y ahora no se hace una tercera víctima con el pariente, encarcelado para que no hable? ¿Y no se profana el altar acercándose a él con tantos delitos? ¿Y no se ahoga la justicia imponiendo silencio a los justos, demasiado escasos, del Sanedrín? ¡Sí, venga pronto el nuevo Sansón, y abata este lugar profanado; extermine para dar nueva salud!... Yo, a punto de vomitar, por la náusea que siento, no sólo llamo mezquino a este País desdichado, sino que me alejo de su corazón lleno de podredumbre, lleno de delitos sin nombre, cueva de Satanás... Me marcho. No por miedo a la muerte. Os demostraré que no tengo miedo. Me marcho porque no ha llegado mi hora y no doy perlas a los puercos de Israel, sino que se las llevo a los humildes, diseminados por las cabañas, por los montes, por los valles de los pueblos pobres. Lugares donde todavía se sabe creer y amar, si alguien lo enseña; lugares donde, bajo las toscas vestiduras hay espíritus. Aquí, por el contrario, las túnicas y mantos sagrados, y más todavía el efod y el racional*, sirven para cubrir inmundas carroñas y para contener armas homicidas. Decid a éstos que en

---

* *el efod y el racional* formaban parte de la vestimenta sacerdotal, descrita en *Éxodo 28; 39, 1-32*. El *racional* era un pectoral en forma de bolsa cuadrada, prendida en el *efod,* que era un indumento. *Efod* era también el nombre de un instrumento de adivinación, como

en *Jueces 8, 24-27*.
nombre del Dios verdadero los consagro a su condena, y, como nuevo Miguel, los arrojo del Paraíso. Y para siempre. Ellos que quisieron ser dioses y son demonios. No necesitan estar muertos para ser juzgados. Ya están juzgados. Y sin remisión».
11 Los miembros del Sanedrín y los fariseos, antes solemnes, se arrinconan de tal forma, ante la tremenda ira de Cristo, que parecen hacerse pequeños. Jesús, por el contrario, parece hacerse un gigante, de tanto fulgor como hay en sus miradas y de tanta impetuosidad como hay en sus gestos.
Lázaro gime: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!»...
Jesús le oye, y, cambiando de tono y aspecto, dice: «¿Qué te sucede, amigo mío?».
«¡No! ¡No con ese aspecto terrible! ¡No eres ya el mismo! ¿Cómo se podrá tener esperanza en la misericordia, si te muestras tan terrible?».
«Y, no obstante, así estaré, y más todavía, cuando juzgue a las doce tribus de Israel. Pero, ten valor, Lázaro. Quien cree en Cristo ya ha sido juzgado...». Se sienta de nuevo.
Un momento de silencio.
Al final, Juan pregunta: «¿Y nosotros, por haber preferido los improperios a mentir en el ejercicio de la justicia, cómo seremos juzgados?».
«Con justicia. Perseverad y llegaréis a donde Lázaro ya ha llegado: a la amistad con Dios».
Se levantan.
«Maestro, nos marchamos. La paz a ti. Y a ti, Lázaro».
«La paz a vosotros».
Varios suplican: «Que lo que se ha dicho quede aquí».
«No temáis. Marchaos. Que Dios os guíe en todos los nuevos actos».
Salen.
Se quedan solos Jesús y Lázaro. Después de un poco, éste dice: «¡Qué horror!».
«Sí. ¡Qué horror!... Lázaro, voy a preparar la partida de Jerusalén. Seré huésped tuyo en Betania hasta el final de los Ácimos*». Y sale...

---

 de los Ácimos, o sea, *de la fiesta de los Ácimos,* que comenzaba con la Pascua y duraba una semana, durante la cual se permitía comer sólo pan ácimo, es decir, no fermentado, como está escrito en *Éxodo 12, 15-20; 13, 3-7*.

377. Parábola del agua y del junco para María de Magdala, que ha elegido la mejor parte.
14 de agosto de 1944.

[1]Comprendo inmediatamente que la figura de la Magdalena ocupa todavía el lugar central, porque lo primero que veo es a ella, vestida con una sencilla túnica de un rosa lila semejante a la flor de la malva. Ningún adorno precioso, los cabellos simplemente recogidos en trenzas sobre la nuca. Parece más joven que cuando era una obra maestra de tocador. No tiene ya los ojos altaneros de cuando era la "pecadora", ni la mirada humillada de cuando escuchaba la parábola de la oveja, ni avergonzada y brillante de llanto de cuando estaba en la sala del Fariseo... Ahora tiene una mirada serena, límpida otra vez como la de un niño, y una sonrisa pacífica resplandece en sus ojos.
Está apoyada en un árbol, cerca del linde de la propiedad de Betania, y mira hacia la calle. Espera. Luego lanza un grito de alegría. Se vuelve hacia la casa y grita fuerte, para ser oída, grita con su espléndida voz pastosa y pasional, inconfundible: «¡Está llegando!... ¡Marta, era como nos habían dicho! ¡El Rabí está aquí!» y corre a abrir la pesada cancilla. No les da a los domésticos el tiempo de hacerlo y sale a la calle con los brazos abiertos, como hace un niño hacia su mamá, y con un grito de amorosa alegría: «¡Rabbuní mío!» (yo escribo "Rabbuní" porque veo que el Evangelio dice eso. Pero todas las veces que he oído a la Magdalena llamarle me ha parecido como si dijera "Rabbumí", con la *eme* y no con la *ene*), y se postra a los pies de Jesús y se los besa entre el polvo de la calle.
«Paz a ti, María. Vengo a descansar bajo tu techo».
«¡Maestro mío!» repite María levantando la cara con una expresión de reverencia y de amor que dice muchas cosas... Es gratitud, bendición, alegría, invitación a entrar y júbilo por el hecho de que entre...
Jesús le ha puesto la mano sobre la cabeza y parece como si la absolviera una vez más.
[2]María se levanta y, al lado de Jesús, vuelve a entrar en el recinto de la propiedad. Entretanto han acudido ya los domésticos y Marta: éstos, con ánforas y copas; Marta sólo con su amor, pero es mucho.
Los apóstoles, sudorosos, beben las frescas bebidas que los criados vierten. Hubieran querido ofrecérselo primero a Jesús, pero Marta se les ha adelantado: ha tomado una copa llena de leche y se la ha ofrecido a Jesús; debe saber que le gusta mucho.
Una vez que los discípulos han apagado su sed, Jesús les dice: «Id a advertir a los fieles. Por la noche hablaré para ellos».
Los apóstoles, dejado apenas el jardín, se diseminan en distintas direcciones.
Jesús se adentra en él entre Marta y María.
«Ven, Maestro» dice Marta. «Mientras llega Lázaro, descansa y repón fuerzas».
Están poniendo pie en una fresca habitación que da al pórtico umbroso, cuando regresa María, que se había alejado a paso rápido. Vuelve con una ánfora de agua, seguida por uno de los domésticos, que trae una jofaina. Pero es María la que quiere lavar los pies a Jesús. Desata sus sandalias polvorientas y se las da al criado para que las traiga limpias, junto con el manto (también se lo ha dado para que le sacuda el abundante polvo). Luego sumerge los pies en el agua, que está un poco rosada por algún aroma que contiene, los seca, los besa. Luego cambia el agua y ofrece agua limpia a Jesús para las manos. Y, mientras espera a que el criado vuelva con las sandalias, acoclada a los pies de Jesús, se los acaricia, y, antes de meterle las sandalias, se los besa una vez más diciendo: «¡Santos pies que tanto habéis andado para buscarme!».
Marta, con un amor más práctico, va a lo humanamente positivo; pregunta: «Maestro, ¿además de tus discípulos, quién va a venir?».
Y Jesús: «No lo sé con exactitud todavía. Pero puedes preparar para otros cinco además

de los apóstoles».
Marta se marcha.
3Jesús sale al fresco del jardín umbroso. Lleva simplemente su túnica azul marina. El manto, cuidadosamente plegado por María, queda encima de un arquibanco de la habitación. María sale al lado de Jesús.
Caminan por paseos bien cuidados, entre parterres floridos, hasta el estanque de los peces, que parece un espejo caído entre el verde. Sólo el zigzagueo argénteo de algún pez y la menudísima lluvia del finísimo surtidor alto y central rompe apenas, acá o allá, el agua límpida. Junto al amplio estanque, que parece un pequeño lago, hay unos lugares para sentarse; de él salen pequeños canales de riego. Más exactamente: creo que uno es el que alimenta el estanque y los otros, más pequeños, son los de desagüe y se utilizan para el riego.
Jesús se sienta en un asiento que está colocado justo contra el borde del estanque. María se sienta a los pies de Jesús, en la hierba verde y bien cuidada. En un primer momento no hablan. Jesús, visiblemente, goza del silencio y del descanso en el fresco del jardín. María se deleita en mirarle.
Jesús juega con el agua cristalina del estanque. Sumerge en ella sus dedos, la peina separándola en pequeñas estelas, y luego deja que toda la mano se sumerja en ese frescor puro. «¡Qué bonita es esta agua límpida!» dice.
Y María: «¿Tanto te gusta, Maestro?».
«Sí, María. Porque es cristalina. Mira, no tiene ni un vestigio de barro. Hay agua, pero es tan pura que parece que no hay nada, casi como si no fuera un elemento, sino espíritu. Podemos leer en el fondo las palabras que se dicen los pececillos...».
«Como se lee en el fondo de las almas puras. ¿No es verdad, Maestro?» y María suspira con una celada nostalgia.
4Jesús oye el suspiro cortado, lee la nostalgia celada con una sonrisa, y medica inmediatamente la pena de María.
«¿Dónde tenemos las almas puras, María? Es más fácil que un monte ande que no que una criatura sepa mantenerse pura con las tres purezas. Demasiadas cosas se mueven y fermentan en torno a un adulto. Y no siempre se puede impedir que entren dentro. Sólo los niños tienen el alma angélica, preservada por su inocencia de las cogniciones que pueden transformarse en fango. Por esto los amo tanto. Veo en ellos un reflejo de la Pureza infinita. Son los únicos que llevan consigo este recuerdo de los Cielos.
Mi Madre es la Mujer de alma de niño. Más aún, es la Mujer de alma de ángel. Cual era Eva cuando salió de las manos del Padre. ¿Te imaginas, María, qué sería la primera azucena florecida en el jardín terrenal? También son muy bonitas estas que hacen de guía a esta agua. ¡Pero la primera que salió de las manos del Creador!... ¡Ah!, ¿era flor o diamante?, ¿eran pétalos o láminas de plata purísima? Pues bien, mi Madre es más pura que esa primera azucena que perfumó el viento. Y su perfume de Virgen intacta llena Cielo y Tierra, y tras él irán los buenos por los siglos de los siglos. El Paraíso es luz*, perfume y armonía. Pero si en él no se deleitara el Padre en contemplar a la Toda Hermosa que hace de la Tierra un paraíso, y si el Paraíso no tuviere en el futuro a la Azucena viva en cuyo seno están los tres pistilos de fuego de la Divina Trinidad, quedarían disminuidos en la mitad la luz, el perfume y la armonía, la alegría del Paraíso. La pureza de la Madre será la gema del Paraíso.
¡Mas el Paraíso es inconmensurable! ¿Qué diríais de un rey que tuviera sólo una gema en

su tesoro?, ¿aunque fuera la Gema por excelencia? Cuando Yo abra las puertas del Reino de los Cielos... - no suspires, María: *para esto he venido* - muchas almas de justos y de niños entrarán, estela de candor, detrás de la púrpura del Redentor. Pero serán todavía pocas gemas para poblar los Cielos, pocos para formar los ciudadanos de la Jerusalén eterna. Y después... cuando los hombres conozcan la Doctrina de verdad y santificación, cuando mi Muerte haya dado de nuevo la Gracia a los hombres, ¿cómo podrían los adultos conquistar los Cielos, si la pobre vida humana es continuo lodo que contamina? ¿Será entonces sólo de los niños el Paraíso? ¡No!, ¡no! Es necesario saber hacerse niños, pero el Reino se abre también para los adultos. Como niños... Ésta es la pureza.

---

* *El Paraíso es luz*. Todos los elementos del discurso, considerados en su contexto, no pueden llevar sino a la siguiente interpretación: *El Paraíso sin la Virgen estaría disminuido a su mitad, no en la bienaventuranza (que consiste en la posesión y contemplación de Dios, y, en cuanto tal,* es *inalterable), sino en la preciosidad del pueblo de los bienaventurados, que son como gemas que, todas juntas, valen lo que la gema por excelencia: la Virgen Stma.*

¿Ves esta agua? Parece muy limpia. Pero, observa: basta con que Yo, con un junco, remueva el fondo, para que se vuelva turbia. Afloran detritos y lodo. Su cristal se pone amarillento y ninguno bebería de ella. Pero si quito el junco, vuelve la paz, y el agua, poco a poco, vuelve a ser cristalina y bonita. El junco: el pecado. Así sucede con las almas. El arrepentimiento, créeme, es lo que depura...».

5 LIega improvisamente Marta, apurada: «¿Estás todavía aquí, María? ¡Y yo agobiada!... Pasa el tiempo. Los invitados vendrán pronto y hay muchas cosas que hacer. Las criadas están con el pan, los domésticos desollando y cociendo las carnes, yo estoy con la vajilla, las mesas y las bebidas. Pero todavía hay que coger la fruta y preparar el agua de menta y miel...».

María medio escucha las quejas de su hermana. Con una sonrisa dichosa sigue mirando a Jesús, sin cambiar de posición.

Marta invoca la ayuda de Jesús: «Maestro, mira cómo sudo. ¿Te parece justo que trajine yo sola? Dile que me ayude». Marta está verdaderamente inquieta.

Jesús la mira con una sonrisa mitad dulce mitad un poco irónica, mejor: un poco de broma.

Marta se inquieta un poco más: «Lo digo de verdad, Maestro. Mira cómo está ociosa mientras yo trabajo. Y está aquí y ve...».

Jesús se pone más serio: «No es ocio, Marta. Es amor. El ocio era *antes.* Y tú lloraste mucho por aquel ocio indigno. Tu llanto puso más alas a mi marcha para salvarla para mí y devolverla a tu honesto afecto. ¿Vas a querer impedirle amar a su Salvador? ¿Preferirías, entonces, verla lejos de aquí para no verte trabajar, pero lejos también de mí? ¡Marta, Marta! ¿Tendré que decirte, entonces, que ésta (Jesús le pone una mano en la cabeza), venida de tan lejos, te ha superado en el amor? ¿Debo decirte, entonces, que ésta, que no conocía ni *una* palabra de bien, es ahora docta en la ciencia del amor? ¡Déjala en su paz! ¡Ha estado muy enferma! Ahora es una convaleciente que se cura bebiendo las bebidas que la fortalecen. Ha vivido muy atormentada... Ahora que se ha liberado de la pesadilla, mira alrededor de sí y hacia dentro de sí, y se descubre *nueva* y descubre un mundo *nuevo.* Déjala que se refuerce con ello. Con esta "novedad" suya debe

olvidar el pasado y conquistarse la eternidad... que no será conquistada únicamente con el trabajo, sino también con la adoración. El que dé un pan a un apóstol o a un profeta recibirá recompensa. Sí. Pero doble recompensa recibirá el que, por amarme, se olvide incluso de comer, porque más grande que la carne habrá tenido el espíritu, que habrá oído voces más fuertes que las de las necesidades - incluso lícitas - humanas. Tú te preocupas de demasiadas cosas, Marta; ella, de una sola. Pero es la que es suficiente para su espíritu y, sobre todo, para su Señor y el tuyo. Deja pasar las cosas inútiles. Imita a tu hermana. María ha escogido la parte mejor, la que no le será arrebatada jamás. Cuando todas las virtudes queden atrás, al no serles ya necesarias a los ciudadanos del Reino, quedará sólo la caridad. La caridad permanecerá siempre. Ella sola. Soberana. Ella, María, ha escogido la caridad, la ha tomado por escudo y bordón, y con ella, como impulsada por alas de ángel, vendrá a mi Cielo».

6Marta agacha su cara avergonzada y se marcha.

«Mi hermana te quiere mucho y se preocupa por darte honor...» dice María para disculparla.

«Lo sé. Y será recompensada por ello. Pero necesita ser depurada de su modo de pensar humano, como se ha limpiado esta agua. ¡Mira cómo se ha aclarado otra vez mientras hablábamos! Marta se depurará por las palabras que le he dicho. Tú… tú por la sinceridad de tu arrepentimiento...».

«No. Por tu perdón, Maestro. No bastaba mi arrepentimiento para lavar mi gran pecado...».

«Bastaba y bastará a las hermanas tuyas que te imiten; a *todos* los pobres enfermos del espíritu. El arrepentimiento sincero es filtro que depura; y el amor es substancia que preserva de todo nuevo emponzoñamiento. Por eso aquellos a quienes la vida hace adultos y pecadores podrán volver a ser inocentes como niños y entrar como ellos en mi Reino. Vamos ahora a la casa. Que Marta no esté demasiado en su dolor. Vamos a llevarle nuestra sonrisa de Amigo y hermana».

7Dice Jesús:

«No hace falta hacer un comentario. La parábola del agua es comentario de la operación del arrepentimiento en los corazones.

Así tienes completo el ciclo de la Magdalena*. De la muerte a la Vida. Es la *más* grande de las resucitadas de mi Evangelio. Resucitó de siete muertes. Nació de nuevo. Ya has visto cómo, cual planta que da flores, ha alzado del lodo el tallo de su nueva flor, cada vez más alto; y luego la has visto florecer para mí, esparcir fragancia para mí, morir para mí. La has visto pecadora, luego mujer sedienta que se acercaba a la Fuente, luego arrepentida, luego perdonada, luego amante, luego piadosa ante el Cuerpo despojado de vida de su Señor, luego sirviendo a mi Madre, amada por ser Madre mía; en fin, penitente ante el umbral de su Paraíso.

Almas que teméis, aprended a no tener miedo de mí leyendo la vida de María de Magdala. Almas que amáis, aprended de ella a amar con seráfico ardor. Almas que habéis cometido errores, aprended de ella la ciencia que prepara para el Cielo.

Os bendigo a todos para ayudaros a subir. Ve en paz».

 El *cielo de la Magdalena,* nombrado también como *Evangelio de la Misericordia,* está constituido por los episodios relacionados en una nota puesta al principio del cielo, en 174. 11.

378. La parábola de los pájaros, criticada por unos judíos enemigos que tienden una trampa.

[1]Poner delante la visión del 14-8-44: la oveja en el redil a los pies del buen Pastor.

6 de febrero de 1946.

[2]Jesús está en Betania (toda fértil y florida en este hermoso mes de Nisán, sereno, puro, como si la creación hubiera sido lavada de toda suciedad). Pero las turbas, que sin duda le han buscado en Jerusalén y que no quieren marcharse sin antes escucharle, para poderse llevar en su corazón su palabra, le dan alcance. Es tanta gente, que Jesús ordena reunirla para poder adoctrinarla. Y los doce con los setenta y dos - que han vuelto a formar ese número, más o menos, con los nuevos discípulos que se han agregado a ellos en estos últimos tiempos - se diseminan por todas partes para llevar a cabo la orden recibida. Entretanto, Jesús, en el jardín de Lázaro, se despide de las mujeres (especialmente de su Madre), que por orden suya vuelven a Galilea acompañadas por Simón de Alfeo, Jairo, Alfeo de Sara, Margziam, el marido de Susana y Zebedeo. Hay saludos y lágrimas. No faltan tampoco muchos deseos de no obedecer, deseos que nacen también del amor al Maestro. Pero más fuerte aún es la fuerza del amor perfecto, por ser enteramente sobrenatural, hacia el Verbo Stmo; y esta fuerza hace que obedezcan aceptando la dolorosa separación.
La que menos habla es María, la Madre de Jesús. Pero su mirada dice más que todas las otras juntas. Jesús, que lee su mirada, la tranquiliza, la consuela, la sacia de caricias, si es que una madre puede ser saciada, y especialmente esta Madre toda amor y congoja por el Hijo perseguido. Y las mujeres al final se marchan, y se vuelven una y otra vez saludando al Maestro, saludando a los hijos y a las afortunadas discípulas judías que todavía se quedan con el Maestro.
«Han sufrido por marcharse...» observa Simón Zelote.
«Pero convenía que se marcharan, Simón».
«¿Prevés días tristes?».
«Turbulentos, por lo menos. Las mujeres no pueden soportar las fatigas como nosotros. Además, ahora que tengo un número casi igual de judías y galileas, conviene que estén separadas. Me tendrán por turnos, y por turnos tendrán la alegría de servirme; y Yo el consuelo de su afecto santo».
[3]La gente, mientras tanto, va aumentando. El pomar que hay entre la casa de Lázaro y la que era del Zelote hormiguea de gente. Hay personas de todas las castas y condiciones; y no faltan fariseos de Judea, miembros del Sanedrín y mujeres veladas.
De la casa de Lázaro salen en grupo, bien juntos alrededor de una litera en que aquél es

transportado, los miembros del Sanedrín que el sábado pascual estaban de visita en casa de Lázaro en Jerusalén, y otros más. Lázaro, al pasar, dedica a Jesús un gesto y una sonrisa feliz. Jesús se lo devuelve mientras se pone al final del pequeño cortejo para ir al lugar donde ya espera la gente.
Los apóstoles vienen a Él, y Judas Iscariote, al que desde hace algunos días se le ve jubiloso, en una fase felicísima, lanza en todas las direcciones las miradas de sus ojos negrísimos y centelleantes, y anuncia al oído de Jesús los descubrimientos que va haciendo.
«¡Mira, hay también sacerdotes!... ¡Mira, mira, está también Simón el del Sanedrín! Y Elquías. ¡Mira qué mentiroso! Hace sólo unos pocos meses decía cosas infernales de Lázaro, y ahora le reverencia como si fuera un dios... Y allí están Doro el Anciano y Trisón. ¿Ves que saluda a José? Y el escriba Samuel con Saulo... ¡Y el hijo de Gamaliel! Y allí hay un grupo de los de Herodes... Y aquel grupo de mujeres tan veladas son, sin lugar a dudas, las romanas; están apartadas, pero ¿ves cómo observan dónde te diriges para poder cambiar de sitio y oírte? Reconozco sus figuras, a pesar de los mantos. ¿Ves? Dos altas, una más bien ancha que alta, las otras de media estatura, pero en la justa proporción. ¿Voy a saludarlas?».
«No. Vienen como desconocidas, como personas anónimas que desean la palabra del Rabí. Debemos considerarlas como tales».
«Como quieras, Maestro. Lo decía por... recordarle a Claudia la promesa…».
«No hay necesidad. Y aunque la hubiera, no nos volveremos nunca pedigüeños, Judas. ¿No es verdad? *El heroísmo de la fe debe formarse en medio de las dificultades*».
«Pero era por... por ti, Maestro».
«Y por tu perenne idea de un triunfo humano. Judas, no te crees ficciones, ni sobre mi modo de actuar futuro ni sobre las promesas recibidas. Tú crees en lo que te dices tú solo. Pero nada podrá cambiar el pensamiento de Dios, que es que Yo sea Redentor y Rey de un reino espiritual».
Judas no replica.
Jesús está en su sitio, con los apóstoles en círculo en torno a Él. Casi a sus pies está Lázaro en su triclinio; poco lejos de Él, las discípulas judías, o sea, las hermanas de Lázaro, Elisa, Anastática, Juana con los pequeños, Analía, Sara, Marcela, Nique. Las romanas, o al menos las mujeres a las que Judas ha señalado como tales, están más atrás, casi en el fondo, mezcladas entre un montón de gente poblana. Los miembros del Sanedrín, fariseos, escribas, sacerdotes, están - es inevitable - en primera fila; pero Jesús les ruega que dejen paso a tres camillas con enfermos, a los cuales hace algunas preguntas, aunque sin curarlos en seguida.
4Jesús, para tomar la idea de su discurso, centra la atención de los presentes en el gran número de pájaros que tienen sus nidos en las frondas del jardín de Lázaro y del huerto en que está reunido el auditorio.
«Observad. Hay pájaros autóctonos y exóticos, de todas las razas y dimensiones. Y, cuando desciendan las sombras, en su lugar, aparecerán las aves nocturnas, que también son numerosas aquí, a pesar de que, sólo por el hecho de no verlas, es casi posible olvidarlas. ¿Por qué hay tantas aves del aire aquí? Porque encuentran de qué vivir felices: sol, paz, abundante comida, lugares de amparo seguros, frescas aguas. Y se congregan, viniendo de oriente y occidente, de mediodía y septentrión, si son migratorias, o permaneciendo fieles a este lugar, si son autóctonas. ¿Qué pensar? ¿Que las aves del aire

superan en sabiduría a los hijos del hombre? ¡Cuántos de estos pájaros son hijos de pájaros ya muertos pero que el año pasado, o más lejos en el tiempo, nidificaron aquí y encontraron el bienestar! Ellos se lo han dicho a sus hijos antes de morir. Han indicado este lugar, y éstos, los hijos, han venido obedientes. Y el Padre que está en los Cielos, el Padre de los hombres todos, ¿no ha dicho a sus santos sus verdades?, ¿no ha dado todas las indicaciones posibles para el bienestar de sus hijos? Todas las indicaciones: las que tienen por objeto el bien de la carne y las que tienen por objeto el bien del espíritu. ¿Mas qué observamos? Vemos que lo que fue enseñado para la carne - desde las túnicas de pieles que Él hizo a Adán y Eva, despojados ya ante sus propios ojos del vestido de la inocencia que el pecado había desgarrado, hasta los últimos descubrimientos que el hombre, por la luz de Dios, ha hecho - se recuerda, transmite y enseña; mientras que lo otro, lo que fue enseñado, mandado, indicado para el espíritu, no se conserva, no se enseña, no se practica».

Muchos del Templo cuchichean. Pero Jesús los calma con un gesto.

5«El Padre, de una bondad que el hombre ni con mucho puede pensar, manda a su Siervo a recordar su enseñanza, a reunir a las aves en los lugares de salvación, a darles exacto conocimiento de aquello que es útil y santo, a fundar el Reino en que toda angélica ave, todo espíritu, encontrará gracia y paz, sabiduría y salvación. Y en verdad, en verdad os digo que, de la misma forma que los pájaros nacidos en este lugar en primavera dirán a otros de otros lugares: "Venid con nosotros, que hay un lugar bueno donde exultaréis con la paz y la abundancia del Señor", siendo así que se verá para el nuevo año nuevos pájaros que afluirán aquí; del mismo modo, de todas las partes del mundo, como dicen los profetas, veremos afluir gran número de espíritus a la Doctrina venida de Dios, al Salvador fundador del Reino de Dios. Pero entre las aves diurnas están mezcladas en este lugar pájaros nocturnos, rapaces, que alteran el orden, capaces de sembrar terror y muerte entre los pajaritos buenos. Éstas son las aves que desde hace años, desde una serie de generaciones, son lo que son, y nada las puede desanidar porque sus obras se hacen en las tinieblas y en lugares impenetrables para el hombre. Éstas, con su cruel mirada, con su vuelo mudo, con su voracidad, con su crueldad, trabajan en las tinieblas, y siembran, ellas inmundas, inmundicia y dolor. ¿A quién podremos compararlas? A cuantos en Israel no quieren aceptar la Luz que ha venido a iluminar las tinieblas, la Palabra que ha venido a adoctrinar, la Justicia que ha venido a santificar. Para ellos he venido inútilmente. Es más, para ellos soy motivo de pecado, porque me persiguen a mí y persiguen a mis fieles. ¿Qué diré entonces? Una cosa que ya he dicho otras veces: "Muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán con Abraham y Jacob en el Reino de los Cielos. Pero los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores"».

6«¿Los hijos de Dios a las tinieblas? ¡Blasfemas!» grita uno de los miembros del Sanedrín que están en contra. Es la primera salpicadura de la baba de los reptiles que han estado demasiado tiempo callados, y que no pueden seguir callados porque se ahogarían en su propio veneno.

«No los hijos de Dios» responde Jesús.

«¡Lo has dicho Tú! Has dicho: "Los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores"».

«Y lo repito. Los hijos de *este* reino. Del reino donde señorean la carne, la sangre, la avaricia, el hurto, la lujuria, el delito. Pero éste no es mi Reino, que es Reino de la Luz. Éste, el vuestro, es el reino de las tinieblas. Al Reino de la Luz vendrán de oriente y

occidente, mediodía y septentrión, los espíritus rectos, incluso los que por ahora son paganos, idólatras, despreciables para Israel. Y vivirán en santa comunión con Dios, habiendo acogido dentro de ellos la luz de Dios, en espera de ascender a la verdadera Jerusalén, donde ya no habrá lágrimas ni dolor, y, sobre todo, donde no hay mentiras. La mentira que ahora gobierna el mundo de las tinieblas y satura a los hijos de ese mundo hasta el punto de que en ellos no cabe ni una pizca de luz divina. ¡Oh! ¡Que vengan los hijos nuevos a ocupar el lugar de los hijos apóstatas! ¡Vengan! ¡Cualquiera fuere su procedencia, Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos!».
«¡Has hablado para insultarnos!» gritan los judíos enemigos.
«He hablado para decir la verdad».
«Tu poder está en la lengua; con ella Tú, serpiente nueva, seduces a las multitudes y las perviertes».
«Mi poder está en la potencia que me viene de ser uno con mi Padre».
«¡Blasfemo!» gritan los sacerdotes.
«¡Salvador!... 7Tú, que yaces a mis pies, ¿qué mal padeces?».
«De niño tuve rota la columna, y desde hace treinta años estoy echado sobre la espalda».
«¡Levántate y anda! Y tú, mujer, ¿qué mal padeces?».
«Mis piernas penden inertes desde que este que me lleva con mi marido vio la luz» y señala a un joven de al menos dieciséis años.
«También tú levántate y alaba al Señor. Y ese niño ¿por qué no va solo?».
«Porque nació idiota, sordo, ciego, mudo. Un amasijo de carne que respira» dicen los que están con el desdichado.
«En el nombre de Dios, recibe inteligencia, palabra, vista y oído. ¡Lo quiero!».
Y, realizado el tercer milagro, se vuelve a los enemigos y dice: «¿Qué decís ahora?».
«Milagros de dudoso valor. Si lo puedes todo, ¿por qué no curas a tu amigo y defensor?».
«La voluntad de Dios es otra».
«¡Ja! ¡Ja! ¡Ya! ¡Dios! ¡Cómoda disculpa! Si te trajéramos nosotros un enfermo, o mejor dos, ¿los curas?»,
«Sí. Si lo merecen».
«Espéranos entonces» y se marchan raudos sonriendo maliciosamente.
«¡Ten cuidado, Maestro! ¡Te están tendiendo alguna trampa!» dicen muchos.
Jesús hace un gesto como queriendo decir: «¡Bah, dejadlos!», 8y se inclina a acariciar a unos niños que poco a poco se han ido acercando a Él dejando a sus padres; algunas madres también se acercan, y llevan a Jesús a los que todavía andan inseguramente o a los lactantes.
«Bendice a nuestras criaturas, Tú, bendito, para que sean amantes de la Luz» dicen las madres.
Y Jesús impone las manos bendiciendo. Ello origina todo un movimiento en la multitud. Todos los que tienen niños quieren la misma bendición, y empujan y gritan para abrirse paso. Los apóstoles, en parte porque están nerviosos por las habituales ruindades de los escribas y fariseos, en parte por compasión hacia Lázaro, en peligro de ser arrollado por la oleada de padres que conducen a los pequeñuelos a la divina bendición, se inquietan, y llaman la atención a unos o a otros gritando, y rechazan a unos o a otros, especialmente a los niños pequeños que han llegado allí solos.
Pero Jesús, dulce, amoroso, dice: «¡No, no! ¡No hagáis eso! No impidáis nunca a los niños venir a mí, ni les impidáis a los padres traérmelos. El Reino es precisamente de

estos inocentes. Ellos serán inocentes del gran Delito, y crecerán en mi Fe. Dejad, pues, que los consagre a ella. Los traen a mí sus ángeles».
Jesús está ahora rodeado por un seto hecho de niños mirándole arrobados, un seto de caritas alzadas, de ojos inocentes, de boquitas sonrientes...
Las mujeres veladas han aprovechado el desorden para dar un rodeo por detrás de la multitud y venir detrás de Jesús, como incitadas por la curiosidad.
9Vuelven los fariseos, escribas, etc. etc., con dos que parecen muy enfermos. Uno, especialmente, gime en su camilla, todo cubierto con el manto. El otro está, al menos aparentemente, menos grave, pero ciertamente muy enfermo porque está en los huesos y respira con dificultad.
«Éstos son nuestros amigos. Cúralos. Éstos están verdaderamente enfermos. Sobre todo, éste», y señalan al que gime.
Jesús baja los ojos hacia los enfermos, luego los alza de nuevo, hacia los judíos. Asaetea a sus enemigos con una mirada terrible. Erguido detrás del seto inocente de niños, que no le llegan ni a la ingle, parece alzarse sobre una macolla de pureza para ser el Vengador, como si de esta pureza sacara la fuerza para serlo. Abre los brazos y grita: «¡Embusteros! ¡Éste no está enfermo! Yo os lo digo. ¡Destapadle! Si no, realmente estará muerto dentro de un instante por este engaño contra Dios».
El hombre salta bruscamente de su camilla gritando: «¡No, no! ¡No descargues tu mano sobre mí! ¡Y vosotros, malditos, quedaos con vuestras monedas!», y arroja una bolsa a los pies de los fariseos y huye a todo correr...
La gente gruñe, ríe, silba, aplaude...
El otro enfermo dice: «¿Y yo, Señor? A mí me han sacado de mi cama con la fuerza y ya desde esta mañana me molestan... Pero no sabía que estaba en manos de tus enemigos...».
«¡Para ti, pobre hijo, salud y bendición!» y le impone las manos abriendo el seto vivo de los niños.
El hombre levanta por un momento la manta que estaba extendida encima de su cuerpo, mira no sé qué... Luego se pone en pie. Aparece desnudo de los muslos hacia abajo. Y grita, grita hasta quedarse ronco: «¡Mi pie! ¡Mi pie! ¿Pero quién eres, quién eres, que devuelves las cosas perdidas?», y cae a los pies de Jesús, y se pone otra vez de pie, se pone de un brinco, en equilibrio inestable, encima de su camilla y grita: «La enfermedad me roía los huesos. El médico me había arrancado los dedos, me había quemado la carne, me había sajado hasta el hueso de la rodilla. ¡Mirad! Mirad las señales. Y me moría de todas formas. Y ahora... ¡Todo curado! ¡Mi pie! ¡Mi pie recompuesto!... ¡Y ya no tengo dolor! Y siento fuerza y bienestar... ¡El pecho libre...! ¡El corazón sano!... ¡Madre! ¡Madre! ¡Voy a llevarte la alegría!».
Hace ademán de echarse a correr. Pero el agradecimiento le detiene. Vuelve de nuevo donde Jesús y besa continuamente los benditos pies hasta que Jesús no le dice, acariciándole en el pelo: «Ve. Ve donde tu madre y sé bueno».
10Luego mira a sus chasqueados enemigos y dice con voz de trueno: «¿Y ahora? ¿Qué debería hacer con vosotros? ¿Qué debería hacer, digo a todos los presentes, después de este juicio de Dios?».
La muchedumbre grita: «¡A la lapidación los ofensores de Dios! ¡A muerte! ¡Basta ya de insidiar al Santo! ¡Malditos seáis!» y agarran terruños, ramas, cantos, ya dispuestos a empezar a apedrear.
Los detiene Jesús. «Ésta es la palabra de la multitud, ésta es su respuesta. La mía es

distinta. Digo: ¡Marchaos! No me ensucio descargando mi mano sobre vosotros. El Altísimo, que es mi defensa contra los impíos, se encargará de vosotros».
Los culpables, en vez de callarse, a pesar de tener miedo de la multitud, tienen el descaro de ofender al Maestro, y echando baba de ira gritan: «¡Nosotros somos judíos y poderosos! Te ordenamos que te vayas. Te prohibimos enseñar. Te expulsamos de aquí. ¡Vete! ¡Vete! Basta ya de ti. Tenemos el poder en nuestras manos y hacemos uso de él, y cada vez más lo haremos, maldito, usurpador...».
Quieren todavía decir más cosas, en medio de un tumulto de gritos, llantos, silbidos, cuando la más alta de las mujeres veladas, que ha avanzado con movimiento rápido e imperioso hasta colocarse entre Jesús y sus enemigos, descubre su rostro. Y, con mirada y voz aún más imperiosos, cae su frase, cortante, más zaheridora que un latigo para los galeotes y que una segur para el cuello: «¿Quién olvida que es esclavo de Roma?». Es Claudia. Vuelve a bajar el velo. Se inclina levemente ante el Maestro. Vuelve a su sitio. Pero ha sido suficiente. Los fariseos se calman de golpe. Uno solo, en nombre de todos, y con un servilismo arrastrado, dice: «¡Dómina, perdona! Pero es que Él turba el antiguo espíritu de Israel. Tú, que eres poderosa, deberías impedirlo; haz que lo impida el justo y valeroso Procónsul. ¡A él vida y larga salud!».
«No son cosas nuestras. Basta con que no altere el orden de Roma. ¡Y no lo hace!» responde desdeñosa la patricia; luego da una seca orden a sus compañeras y se aleja, yendo hacia una espesura de árboles que hay en el fondo del sendero, y tras los árboles desaparece de la escena, para volver a aparecer montada en el carro chasqueante, cubierto, cuyas cortinas han sido echadas por orden de ella.
11 «¿Estás contento de habernos expuesto al insulto?» preguntan volviendo al ataque los judíos, fariseos, escribas y otros compañeros.
La muchedumbre grita indignada. José, Nicodemo y todos los que han dado muestras de amistad - y con éstos, sin unirse a ellos pero con palabras iguales, está el hijo de Gamaliel - sienten la necesidad de intervenir reprochándoles su exceso. La discusión pasa de ser de los enemigos contra Jesús a ser de los dos grupos opuestos, de forma que dejan fuera de la disputa al más relacionado con ella.
Y Jesús guarda silencio, con los brazos cruzados, escuchando. Yo creo que despide fuerza para contener a la multitud, y especialmente a los apóstoles, que de la ira que sienten ven rojo.
«Tenemos que defendernos y defender» grita un judío exaltado; «¡Ya está bien de ver a las turbas siguiéndole hechizadas!» dice otro. «¡Nosotros somos los poderosos! ¡Sólo nosotros! Sólo a nosotros se nos tiene que escuchar y seguir» vocea un escriba; «¡Que se marche de aquí! ¡Jerusalén es nuestra!» se desgañita un sacerdote, rojo como un pavo. «¡Sois pérfidos!»; «¡Estáis más que ciegos!»; «Las turbas os abandonan porque os lo merecéis»; «Sed santos, si queréis ser amados. ¡No se conserva el poder cometiendo vejaciones. El poder se funda en la estima del pueblo hacia quien le gobierna» gritan a su vez los del partido opuesto y muchos de la multitud.
«¡Silencio!» impone Jesús. Y, cuando se hace el silencio, dice: «La tiranía y las imposiciones no pueden modificar ni los sentimientos íntimos ni las consecuencias del bien recibido. Recojo lo que he dado: amor. Vosotros, persiguiéndome, lo único que hacéis es aumentar este amor que quiere compensarme de vuestro desamor. ¿No sabéis, con toda vuestra sabiduría, que *perseguir una doctrina no sirve sino para aumentar su poder,* especialmente cuando corresponde en los hechos a lo que se enseña? Oíd una

profecía mía, vosotros de Israel. Cuanto más persigáis al Rabí de Galilea y a sus seguidores, tratando con esa tiranía de anular su doctrina, que es divina, más próspera y extendida por el mundo haréis a esta doctrina. Cada una de las gotas de los mártires que hagáis, esperando triunfar y reinar con vuestros preceptos y leyes corrompidos e hipócritas, que ya no responden a la Ley de Dios, y cada lágrima de los santos vilipendiados, será semilla de futuros creyentes. Y seréis vencidos cuando creáis que habréis triunfado. Marchaos. Yo también me marcho. Los que me aman que me busquen en los confines de Judea y en Transjordania, o que me esperen allí, porque veloz como relámpago que corre de oriente a occidente será el paso del Hijo del hombre hasta que suba al altar y al trono, como Pontífice y Rey nuevo, y en ellos permanezca, bien firme ante la presencia del mundo, de la creación y de los Cielos, en una de sus muchas epifanías, que solamente saben comprender los buenos».

12 Los fariseos hostiles y sus compañeros se han marchado. Se quedan los otros. El hijo de Gamaliel lucha dentro de sí por acercarse a Jesús, y, al final, se marcha sin decir nada...

«Maestro, no nos odiarás por ser de sus mismas castas, ¿no?» pregunta Eleazar.

«Nunca pronuncio un anatema contra el individuo por el hecho de que la clase sea rea. No temas» responde Jesús.

«Ahora nos van a odiar...» susurra Joaquín.

«¡Honor para nosotros, si nos odian!» exclama Juan, el miembro del Sanedrín.

«Fortalezca Dios a los que vacilan y bendiga a los fuertes. Yo os bendigo a todos en nombre del Señor» y, abiertos los brazos, da la bendición mosaica a todos los presentes. Luego se despide de Lázaro y de las hermanas de éste, de Maximino, de las discípulas, y empieza su marcha...

Las verdes campiñas paralelas al camino que va a Jericó le reciben con su verdor que enrojece ahora por un fastuoso ocaso.

379. Una premonición del apóstol Juan.
7 de febrero de 1946.

1 «¿A dónde vamos?, porque cae ya la tarde» se preguntan entre sí los apóstoles. Y van hablando con circunspección sobre las cosas que han sucedido. Pero no dicen nada alto para no abrumar al Maestro, al que se ve muy pensativo.

Cae la tarde mientras prosiguen detrás del Maestro pensativo. En esto, un pueblo aparece al pie de una cadena de montes muy recortados.

«Quedémonos ahí para pernoctar» ordena Jesús. «Mejor: quedaos ahí; Yo voy a aquellos montes a orar...».

«¿Solo? ¡No, no! ¡No vas solo al Adomín, no! ¡Con todos esos bandidos que te acechan! ¡De ninguna manera!...» dice muy resueltamente Pedro.

«¿Y qué piensas que me van a hacer? ¡No tengo nada!».

«Tienes... a ti mismo. Me refiero a los bandidos más auténticos, a los que te odian. Para ésos es suficiente tu vida. No debes morir como... como... eso... en una mísera emboscada. Y dar a tus enemigos la forma de inventar qué sé yo qué cosa para alejar a las turbas incluso de tu doctrina» rebate Pedro.
«Simón de Jonás tiene razón, Maestro. Serían capaces de hacer desaparecer tu cuerpo y decir que has huido porque te habías visto desenmascarado. O, de... pues de llevarte incluso a un lugar malo, a casa de una meretriz, para poder decir: "¿Veis dónde y cómo ha muerto? En una pelea por una meretriz". Tú has dicho bien: "*Perseguir una doctrina quiere decir aumentar su poder*" y he notado, porque no le he perdido nunca de vista, que el hijo de Gamaliel aprobaba con la cabeza mientras lo decías. Pero decir que *cubrir de ridículo a un santo y su doctrina es el arma más segura para derrumbar la doctrina y para quitar al santo la estima de las turbas,* también es exacto» dice Judas Tadeo.
«Sí. Y no tiene que suceder eso contigo» termina Bartolomé.
«No te prestes al juego de tus enemigos. Piensa que esta imprudencia acarrearía no sólo la anulación de ti, sino también de la Voluntad de quien te ha enviado; y que se vería que los hijos de las Tinieblas habrían derrotado a la Luz, al menos momentáneamente» añade el Zelote.
«¡Sí, hombre! Siempre dices, que han de matarte, y cuando lo dices nos traspasas el corazón. Recuerdo tu reprensión a Simón Pedro y no te digo: "No suceda jamás eso". Pero creo que no soy Satanás sí digo: "Que al menos suceda de forma que signifique glorificación para ti, inequívoco sello de tu Ser santo y condena segura para tus enemigos. Que las multitudes sepan, puedan tener elementos para distinguir y creer". Al menos esto, Maestro. La misión santa de los Macabeos* nunca apareció así tanto como cuando Judas, hijo de Matatías,

---

* *La misión santa de los Macabeos* está narrada en *1 Macabeos 9, 1-22.*

murió como héroe y salvador sobre el campo de batalla. ¿Quieres ir al Adomín? Bien, nosotros contigo. ¡Somos tus apóstoles! Donde estés Tú, la Cabeza, allí hemos de estar nosotros, tus ministros» dice Tomás, y pocas veces le he oído hablar con tanta solemne elocuencia.
«¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Y si te asaltan, tienen que asaltarnos antes a nosotros!» dicen varios.
«¡No nos asaltarán tan fácilmente! Están medicándose la quemazón de las palabras de Claudia y... son astutos, mucho, demasiado. No pasan por alto en su reflexión el hecho de que Poncio sabría a quién castigar por tu muerte. Se han traicionado demasiado a sí mismos, y ante los ojos de Claudia, así que lo meditarán, estudiando trampas más seguras que una vulgar agresión. Quizás nuestro miedo es estúpido. Ya no somos los pobres desconocidos de antes. ¡Ahora está Claudia!» dice Judas Iscariote.
«Bien, bien... Pero no nos sometamos a nosotros mismos a dura prueba. [2]¿Y qué es lo que quieres hacer en el Adomín?» pregunta Santiago de Zebedeo.
«Orar y buscar un sitio para orar todos, en los días futuros, para prepararnos a las nuevas luchas, cada vez más ensañadas».
«¿De nuestros enemigos?».
«También de nuestro *yo*. Tiene mucha necesidad de ser fortalecido».

«¿Pero no has dicho que quieres ir a los confines de Judea y a la Transjordania?».
«Sí. Iré. Pero después de la oración. Iré a Acor, y luego por Doc a Jericó».
«¡No, no, Señor! Son lugares nefastos para los santos de Israel. No vayas allí, no vayas allí. ¡Yo te lo digo, lo percibo! Hay algo en mí que me lo dice. ¡No vayas allí! ¡En nombre de Dios, no vayas!» grita Juan, que parece próximo a salir de sus sentidos, como dominado por una especie de éxtasis terrible...
Todos le miran estupefactos, porque así no le han visto nunca. Pero ninguno se burla de él. Tienen todos la percepción de que están en presencia de un hecho sobrenatural, y, respetuosos, mantienen silencio.
También Jesús calla, hasta que no ve a Juan adquirir de nuevo su aspecto habitual y decir: «¡Oh, mi Señor! ¡Cómo he sufrido!».
«Lo sé. Iremos al Carit. ¿Qué dice tu espíritu?». Me impresiona profundamente el respeto con que Jesús se dirige al inspirado...
«¿Me preguntas esto a mí, Señor? ¿Tú, Sabiduría Stma., al pobre muchacho ignorante?».
«A ti. Sí. *El más pequeño es el más grande cuando, con humildad, comunica con su Señor para el bien de los hermanos*. Habla...».
«Sí, Señor. Vamos al Carit, donde hay hoces seguras para recogerse en Dios, y están cerca los caminos de Jericó y los que van a Samaria. Nosotros bajaremos para reunir a los que te aman y esperan en ti, y los conduciremos a ti, o te conduciremos a ti a ellos, y luego seguiremos nutriéndonos de oración... Y descenderá el Señor a hablar a nuestros espíritus... a abrir nuestros oídos, que oyen al Verbo pero no le comprenden enteramente... y, sobre todo, a invadir nuestros corazones con su fuego. Porque sólo si ardemos sabremos resistir los martirios de la tierra. Porque sólo habiendo sufrido antes el dulce martirio del completo amor podremos estar preparados para sufrir los del odio humano... Señor... ¿qué he dicho?».
«Mis palabras, Juan. No temas. Entonces nos quedamos aquí, y mañana, al alba, iremos a los montes».

380. El amor de los apóstoles, de la contemplación a la acción.
9 de febrero de 1946.

[1]Desde un grupo montañoso, que parece ocupado y concentrado en elevarse cada vez más - y, voy a decirlo así, cada fase de su esfuerzo está marcada por una abrupta cadena de colinas rocosas, de laderas escarpadas, a pico, cortadas por valles estrechos como gigantescos tajos, coronadas por agrestes crestas -, se puede vislumbrar fortuitamente retazos de Mar Muerto, que está situado al sureste del lugar en que se hallan los apóstoles con el Maestro. No se ven ni el Jordán ni su amplio valle, fértil y sereno; ni se ve Jericó ni tampoco otras ciudades. Sólo montes y más montes, que se alzan en dirección a Samaria; y el oscuro Mar Muerto entre dos secciones puntiagudas de monte. Abajo, un torrente en dirección Oeste-Este, que va sin duda al Jordán. Intenso chillar de halcones y graznar de cuervos en el cielo azul vivo; intenso trinar de pájaros bajo las frondas de las agrestes laderas. Y las flautas de los vientos por los desfiladeros, traen olores y sonidos lejanos, que sobrepujan incluso a los cercanos, según que sean aquéllos ligeros o intensos. Algún sonido de cascabeles que sube desde el camino (situado, sin duda, más

abajo). Algún balido de oveja que pasta en las llanuras altas. Algún rumor de aguas goteando de las rocas o resonando en los torrentes. Pero la época del año es buena, seca, templada; las laderas son todo un esmaltado de flores sobre la esmeralda de la hierba, y más flores, en racimos y festones, penden de los troncos y de las frondas. Alegre es el aspecto del lugar.
Muy alegres, sobrenaturalmente alegres, se ven las caras de los trece que están allí reunidos. El mundo ha sido olvidado. Está lejos... Los espíritus han recuperado el equilibrio removido por tantos envites, han podido entrar de nuevo en el halo de Dios, o sea, en la paz. Y la paz se lee en las caras.
2Pero la parada ha terminado, y Jesús lo dice. Pedro, entonces, repite su súplica del Tabor: «¿Por qué no nos quedamos aquí? ¡Es hermoso estar aquí contigo!».
«Porque nos espera el trabajo, Simón de Jonás. No podemos ser sólo personas contemplativas. El mundo nos espera para ser adoctrinado. Los obreros del Señor no pueden estar parados mientras haya campos que sembrar».
«Pero entonces... yo, que sólo cuando me aíslo así es cuando me hago un poco bueno, no voy a poder nunca... ¡El mundo es muy grande! ¿Cómo vamos a arreglárnoslas para trabajarlo todo y, antes de morir, alcanzar el recogimiento en Ti?».
«No, no lo trabajaréis todo. Se requerirán muchos siglos. Y, cuando ya una parte esté trabajada, Satanás entrará en ella para estropear lo realizado. Por eso, será un trabajo continuo hasta el final de los siglos».
«¿Y entonces cómo me las voy a arreglar para prepararme a morir!». Pedro está verdaderamente desconsolado.
Jesús le tranquiliza abrazándole y diciendo: «Tendrás tiempo. No hace falta mucho. Basta un instante de recogimiento perfecto para prepararse a comparecer ante Dios. Pero tú tendrás tiempo de sobra. Además, has de saber que *llevar a cabo la voluntad de Dios es siempre preparación para la muerte en santidad.* Si Dios quiere que seas activo y tú obedeces, te preparas mejor en la acción obediente, que si te encerraras entre las más solitarias rocas a orar y contemplar. ¿Estás convencido de esto?».
«¡Sí, claro! ¡Lo dices Tú! ¿Entonces qué tenemos que hacer?».
«Diseminaros por los caminos de los valles. Reunir a los que estén esperándome, predicar al Señor y la Fe hasta que Yo vaya».
«¿Te quedas solo?».
«¡Pues claro! No temáis. 2Como podéis observar, el mal sirve al bien alguna vez. Aquí los cuervos dieron de comer a Elías*. Nosotros podemos decir que los feroces buitres nos dieron de comer».
«¿Crees que ha habido un movimiento de conversión?».
«No. Pero la caridad, aun siendo movida por la idea de que usando generosidad nos habrían puesto en condiciones de no traicionarlos...».
«¡Pero nosotros no los habríamos traicionado!» exclama Andrés.
«No. Pero ellos, los desdichados bandidos, no lo saben. Nada espiritual obra en ellos, estando - como están - cargados de delitos».
«Señor, decías que la caridad... ¿Qué querías decir?» pregunta Juan.
«Quería decir: la caridad que han practicado hacia nosotros no quedará sin recompensa, al menos en los mejores. La conversión, que no se ha dado ahora, puede producirse lentamente; lentamente pero puede llegar. Por eso os dije: "No rechacéis lo que den". Y lo he aceptado aunque para mí tuviera hedor de pecado».

«Pero Tú ni siquiera lo has probado...».

---

* *Aquí los cuervos dieron de comer a Elías,* como sé lee en *1 R 17, 2-6.*

«Pero no he humillado a los pecadores rechazándolos. Tenían un movimiento inicial de bondad. ¿Por qué destruirlo? ¿Aquel torrente del fondo no nace del manantial que gotea de aquella escarpa? Recordadlo siempre. Es una lección para vuestra vida futura. Para cuando Yo no esté ya con vosotros. Si encontráis maleantes por los caminos de vuestros viajes apostólicos, no seáis como los fariseos, que desprecian a todos y no se preocupan de - estando pervertidos como están - despreciarse antes a sí mismos. Tratad con ellos con amor grande. Quisiera poder decir con "infinito amor". Es más, lo digo. Y ello es posible, a pesar de que el hombre sea "finito y limitado" en sus hechos y acciones.
4¿Sabéis cómo puede poseer el hombre infinito amor? Estando unido a Dios de tal forma que sea una sola cosa con Dios. Entonces verdaderamente, desapareciendo la criatura en el Creador, obra el Creador, que es infinito. Y así deben ser mis apóstoles: una cosa con su Dios, por una potencia de amor abrazada al Origen hasta el punto de fundirse con él. *Convertiréis a los corazones, no por cómo habléis, sino por cómo améis.* ¿Vais a encontrar pecadores? Amadlos. ¿Vais a sufrir por discípulos que se descarríen? Tratad de salvarlos con el amor. Recordad la parábola de la oveja perdida. Esta parábola, durante muchos siglos, será la dulcísima llamada lanzada a los pecadores; mas será también la orden segura dada a mis sacerdotes. Con suma habilidad, con sumo sacrificio, incluso a costa de perder la vida por tratar de salvar un alma, con suma paciencia, habéis de ir buscando a los descarriados para devolverlos al Redil. El amor os producirá gozo. Os dirá: "No temas". Os dará un poder de expansión en el mundo como ni Yo mismo tuve.
El amor de los futuros justos ya no debe ponerse, cual signo exterior, sobre el corazón y en el brazo, como dice el Cantar de los Cantares*; sino que debe ser puesto *en el* corazón. Debe ser el ceprén que impulse al alma a todas las acciones. *Y todas las acciones deben ser sobreabundancia de la caridad,* que no se siente ya satisfecha de amar a Dios o al prójimo sólo mentalmente, sino que salta a la palestra, a luchar contra los enemigos de Dios, para amar a Dios y al prójimo incluso en lo contingente, en acciones incluso materiales, que son vías para acciones más grandes y perfectas que concluyen en la redención y santificación de los hermanos. Por la contemplación se ama a Dios, pero por la acción se ama al prójimo. Estos dos amores no están separados, porque uno solo es el amor, y amando al prójimo amamos a Dios, que nos ordena este amor y que nos ha dado al prójimo por hermano.
5No podréis, ni vosotros ni los sacerdotes futuros, decir que sois mis amigos si vuestra caridad, y la de ellos, no se vuelve toda a la salvación de las almas por las cuales Yo me he encarnado y por las cuales sufriré. Os doy ejemplo de cómo se ama. Y lo que hago Yo debéis hacerlo vosotros y deberán hacerlo los que vendrán

---

* *como dice el Cantar de los Cantares*, en *8, 6.*
después de vosotros. Llega el tiempo nuevo. El del amor. Yo he venido a derramar este fuego en los corazones, y crecerá aún más después de mi Pasión y Ascensión, y os inflamará cuando el Amor del Padre y del Hijo descienda a consagraros al ministerio. ¡Divinísimo Amor! ¿A qué esta tardanza tuya en consumir la Víctima y en abrir los ojos y oídos, en soltar las lenguas y los miembros a este rebaño mío, para que se meta en

medio de los lobos y enseñe que Dios es Caridad y que quien no tiene caridad dentro de sí no es sino una bestia y un demonio? ¡Ven, Espíritu dulcísimo y fortísimo, e inflama la Tierra, no para destruirla sino para purificarla! ¡Inflama los corazones! Haz de ellos otros como Yo, otros Cristos, o sea, ungidos por el amor, obradores por amor, santos y santificadores por amor.
¡Bienaventurados los que aman, porque serán amados; no cesará ni un momento su alma de cantar a Dios, junto con los ángeles, hasta que canten la eterna gloria en la luz de los Cielos. Cúmplase esto en vosotros, amigos míos. Ahora podéis marcharos, y haced con amor lo que os he dicho».

Índice del volumen séptimo on line * *

433. Llegada a Nazaret. Alabanzas a la Virgen. Curación de Áurea. *

434. Trabajos manuales en Nazaret y parábola de la madera barnizada.

435. Comienzo del tercer sábado en Nazaret y llegada de Pedro con otros apóstoles.

436. En el huerto de Nazaret, revelado a apóstoles y discípulas el precio de la Redención.

437- Coloquio de Jesús con su Madre.

438. María Stma. con María de Alfeo en Tiberíades, donde Valeria. Encuentro con Judas Iscariote.

439. María Stma. enseña a Áurea a hacer la voluntad de Dios.

440. Otro sábado en Nazaret. Obstinación de José de Alfeo.

441. Partida de Nazaret. Un incendio de brezos durante el viaje viene a ser eltema de una parábola.

442. Judas Iscariote en Nazaret en casa de María.

443. La muerte del abuelo de Margziam.

444. Las dotes de Margziam. Lección sobre la caridad, sobre la salvación, sobre los méritos del Salvador.

445. Dos parábolas durante una tormenta en Tiberíades. Llegada de Maria Stma. e

impenitencia de Judas Iscariote.

446. Llegada a Cafarnaúm en medio de un cálido recibimiento.

447. En Cafarnaúm unas palabras de Jesús sobre la misericordia y el perdón no encuentran eco.

448. Encuentro de barcas en el lago y parábola sugerida por Simón Pedro.

449, El pequeño Alfeo desamado de su madre.

450. Milagros en el arrabal cercano a Ippo y curación del leproso Juan.

*

451. Discurso en el arrabal cercano a Ippo sobre los deberes de los cónyuges y de los hijos.

452. El ex leproso Juan se hace discípulo. Parábola de los diez monumentos.

453. Llegada a lppo y discurso en pro de los pobres. Curación de un esclavo paralítico.

454. María Stma. y su amor perfecto. Conflicto de Judas Iscariote con el pequeño Alfeo.

455. La Iglesia es confiada a la maternidad de María. Discurso, al pie de Gamala, en pro de unos forzados.

456. Despedida de Gamala y llegada a Afeq. Advertencia a la viuda Sara y milagro en su casa.

457. Discurso en Afeq, tras una disputa entre creyentes y no creyentes. Sara se hace discípula.

458. Una curación espiritual en Guerguesa y lección sobre los dones de Dios.

459. El perdón a Samuel de Nazaret y lección sobre las malas amistades.

460. Fariseos en Cafarnaúm con José y Simón de Alfeo. Jesús y su Madre preparados para el Sacrificio.

461.Confabulación en casa de Cusa para elegir a Jesús rey. El griego Zenón y la carta de Síntica con la noticia de la muerte de Juan de Endor.

462. Discurso y curaciones en las fuentes termales de Emaús de Tiberíades.

463.En Tariquea. Cusa, a pesar del discurso sobre la naturaleza del reino mesiánico, invita a Jesús a su casa. Conversión de una pecadora.

464. En la casa de campo de Cusa, intento de elegir rey a Jesús.
El testimonio del Predilecto.

465. En Betsaida para un encargo secreto a Porfiria.
Apresurada partida de Cafarnaúm.

466. Un alto en la casa de los ancianos cónyuges Judas y Ana.

467. Parábola de la distribución de las aguas. Perdón condicionado para el campesino Jacob. Advertencias a los apóstoles camino de Corazín.

468. Un episodio de enmendamiento de Judas Iscariote, y otros que ilustran su figura.

469. Despidiéndose de los pocos fieles de Corazín.

470. Lección a una suegra sobre los deberes del matrimonio.

471. Encuentro con el levita José, llamado Bernabé, y lección sobre Dios-Amor.

472. Solicitud insidiosa de un juicio acerca de un hecho ocurrido en Yiscala.

473. Curación de un niño ciego de Sidón y una lección para las familias.

474. Una visión que se pierde en un arrobo de amor.

475. Abel de Belén de Galilea pide el perdón para sus enemigos.

476. Lección sobre el cuidado de las almas y perdón a los dos pecadores castigados con la lepra.

477. Coloquio de Jesús con su Madre en el bosque de Matatías.
Los sufrimientos morales de Jesús y María.

478. Coloquio de Jesús con José y Simón de Alfeo, que van a la fiesta de los Tabernáculos.

479. Con Juan al pie de la torre de Yizreel en espera de los campesinos de Jocanán.

480. Parten de Yizreel tras la visita nocturna de los campesinos de Jocanán.

481. Llegada a Engannim. Maquinaciones de Judas Iscariote para impedir una trama de los fariseos.

482. En camino con un pastor samaritano que ve premiada su fe.

483.Polémica de los apóstoles sobre el odio de los judíos. Los diez leprosos curados en Samaria.

484. Alto obligado en las cercanías de Efraím y parábola de la granada.

485. Jesús llega con los apóstoles a Betania, donde ya están algunos discípulos con Margziam.

486. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Reino.

487. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Discurso sobre la naturaleza del Cristo.

488. En el Templo para la fiesta de los Tabernáculos. Partida secreta hacia Nob después de la oración.

489. En Nob. Parábola del rey no comprendido por sus súbditos. Jesús calma el viento.

490. En el campo de los Galileos con los primos apóstoles y encuentro con el levita Zacarías.

491. En el Templo el último día de la fiesta de los Tabernáculos. Sermón sobre el Agua viva.

492. En Betania se evoca la memoria de Juan de Endor.

493. Jesús habla cabe la fuente de En Royel, lugar en que hicieron un alto los tres Sabios.

494. La mujer adúltera y la hipocresía de sus acusadores.

495. Jesús instruye acerca del perdón dé los pecadores, y se despide de sus discípulos en el camino de Betania.

496. Un alto en la casita de Salomón. Improvisa turbación de Judas Iscariote.

497. Simón Pedro atraviesa una hora de abatimiento.

498. Exhortación a Judas Tadeo y a Santiago de Zebedeo después de una disciusión con Judas Iscariote.

499. Fuga de Esebón y encuentro con un mercader de Petra.

500. Reflexiones de Bartolomé y Juan después de un retiro en el monte Nebo.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN SÉPTIMO

433. Llegada a Nazaret. Alabanzas a la Virgen. Curación de Áurea.
9 de mayo de 1946.

1Viniendo de Seforí, se entra en Nazaret por el noroeste, o sea, por la parte más alta y pedregosa. El anfiteatro en que, a escalones, se extiende Nazaret se muestra todo en cuanto se alcanza la cresta del collado, que es el último si se viene de Seforí, y que desciende hacia la pequeña ciudad, por barrancos, con declive más o menos pronunciado. Si reconozco bien el lugar - ha pasado tiempo y muchos lugares de montaña se parecen -, este en que se encuentra Jesús es justamente* el sitio en que sus conciudadanos intentaron lapidarle y Él los detuvo con su poder y pasó en medio de ellos.
Jesús se para a mirar a su ciudad amada y hostil. Una sonrisa de contento le ilumina el rostro. ¡Qué bendición, ignorada e inmerecida por los nazarenos, esta sonrisa divina que se derrama y expande en gracias sobre esta tierra que le recibió de niño y le vio crecer, y donde su Madre nació y vino a ser Esposa de Dios y Madre de Dios!
También los dos primos miran a su ciudad con una visible alegría, aunque la de Judas Tadeo está impregnada de seriedad austera, grave, mientras que la de Santiago es más abierta y dulce, más semejante a la de Jesús.
Tomás, aunque no sea *su* ciudad, tiene la cara que es un luminar de alegría, y dice, señalando hacia la casita de María - del horno salen círculos de humo -: «La Madre está en casa y está haciendo el pan...» y dice estas sencillas palabras con tanto fuego de amor, que parece como si hablara de la propia madre con todo el afecto de un hijo.
El Zelote, más sosegado por la edad y por la educación recibida, sonríe diciendo: «Sí, y su paz ya llega a nuestros corazones».
«Vamos pronto» dice Santiago. «Vamos a pasar por este sendero para llegar sin que casi nos vean los nazarenos. Nos entretendrían...».
«Pero os alejáis de vuestra casa... También vuestra madre deseará veros».
«Puedes estar seguro, Simón, de que nuestra madre está en casa de María. Está allí casi siempre... Y estará, porque están haciendo el pan, y por la niña enferma...».

«Sí, vamos por aquí. Llegaremos al seto de nuestro huerto pasando por detrás del huerto de Alfeo» dice Jesús.
Bajan a buen paso por el sendero: muy inclinado al principio, más suave cuando está ya cerca de la ciudad. Pasan por olivares, luego por pequeñas parcelas ya sin mieses, y pasan muy cerca de los primeros huertos de la ciudad. Y los altos setos de tupidas frondas que rodean a aquellos o hacia los cuales se pliegan las frondas de los árboles pesados de fruta, o los muretes de piedra seca cubiertos

---

* *justamente el sitio* es el del parágrafo 106.4. Al final del periodo, MV añade en el manuscrito original: (*Lucas, cap. IV*).

enteramente por las ramas que cuelgan hacia fuera desde dentro de los huertezuelos, hacen que su tránsito pase inadvertido por las amas de casa, que van y vienen por los huertos, o hacen la colada y tienden la ropa en los pequeños prados que hay cerca de las casas...
2El seto - toda una maraña de espinos durante el invierno, después del enrojecimiento de los pequeños frutos en otoño, o todo un adensarse de hojas durante el verano, después de la floración del espino albar en primavera -, que limita por un lado al huerto de María, ahora está embellecido con una exuberante planta de jazmín y con un ondear de cálices de una flor cuyo nombre desconozco; estas plantas, desde el interior del huerto, extienden sus ramas sobre el seto, de forma que hacen a éste más tupido y hermoso; un curruco canta en su espesura, y del interior del huerto llega el zureo de las palomas.
«También la barrera está resguardada y toda cubierta de ramas en flor» dice Santiago, que ha ido más deprisa y se ha adelantado a mirar la rústica cancilla de detrás del huerto, la que después de años de no servir para nada fue usada para que entrara* y saliera el carrito de Pedro para Juan y Síntica.
«Vamos por el sendero y llamamos a la puerta. A mi Madre le dolería ver estropeada esta barrera» le responde Jesús.
«¡Su huerto cerrado!»** exclama Judas Tadeo.
«Sí. Y Ella es su rosa» dice Tomás.
«El lirio entre los espinos» dice Santiago.
«La fuente sellada» dice el Zelote.
«Mejor: el manantial de agua viva que, brotando con ímpetu del monte hermoso, da a la Tierra el Agua de Vida y surte con su perfumada pureza hacia el Cielo» dice Jesús.
«Dentro de poco estará dichosa viéndote» dice Santiago.
3«Hermano mío, dime una cosa que desde hace tiempo deseo saber. ¿Cómo ves Tú a María? ¿Como Madre o como súbdita? Es madre para ti, pero es mujer y Tú eres Dios...» dice Judas Tadeo.
Como hermana y esposa, como delicia y reposo del Dios y como conforte del Hombre. Yo veo y tengo todo en María, como Dios y como Hombre. Aquella que era la Delicia de la Segunda de la Tríada en el Cielo, Delicia del Verbo y del Padre y del Espíritu, es la Delicia del Dios Encarnado, y lo será del Hombre Dios glorificado».
«¡Qué misterio! ¿Entonces Dios se ha privado dos veces de sus complacencias? En ti y en María, y os ha dado a la Tierra...» medita el Zelote.
«¡Qué amor! Esto es lo que debes decir. El amor impulsó a la Tríada a dar a María y a Jesús a la Tierra» dice Santiago.

* *fue usada para que entrara...,* como se narra en 313.6.

** *huerto cerrado* y las otras imágenes, que en el presente capítulo se aplican a María Stma., están sacadas de: *Cantar de los Cantares 2, 2; 4, 8-12,; 4, 15; 5, 1; 8, 11-12.*

«Y, no por ti que eres Dios, sino por su Rosa, ¿no temió confiarla a los hombres, todos ellos indignos de tutelarla?» pregunta Tomás.

«Toma, el Cantar te responde: "El Pacífico tenía una viña y la confió a los viñadores, los cuales, profanadores azuzados por el Profanador, muchas sumas de dinero habrían dado por poseerla, o sea, todas las seducciones para seducirla, pero la Viña hermosa del Señor se custodió por sí sola, y no quiso dar sus frutos sino al Señor y a Él abrirse y generar el Tesoro sin precio: el Salvador"».

[4]Ya han llegado a la puerta de la casa. Judas de Alfeo comenta, mientras Jesús golpea en la puerta cerrada: «Habría que decir: "Ábreme, hermana mía esposa, amada, paloma, inmaculada"...».

Pero, cuando la puerta se entreabre y aparece el dulce rostro de la Virgen, Jesús dice sólo la más dulce de las palabras, abriendo los brazos para recibirla: «¡Mamá!».

«¡Oh, Hijo mío! ¡Bendito! Entra. ¡La paz y el amor estén contigo!».

«Y a mi Madre y a la casa y a quien en ella está» dice Jesús entrando, seguido por los otros.

«Allí está vuestra madre. Las dos discípulas están con el pan y la colada...» explica María después del saludo recíproco con los apóstoles y sobrinos. Y éstos, discretos, se retiran, para dejar solos a la Madre y al Hijo.

«Aquí me tienes, Madre mía. Estaremos juntos bastante... Qué dulce es el regreso... la casa y, sobre todo, tú, Madre, después de tanto camino en medio de los hombres...».

«Que cada vez te conocen más y, por este conocimiento, se dividen en dos ramas: los que te aman... y los que te odian... Y la rama más gruesa es la última...».

«El Mal siente que pronto va a ser vencido y está furioso... y hace enfurecer... [5]¿Cómo está la niña?».

«Levemente mejor... Pero estuvo a punto de morir... Y sus palabras, ahora que no delira, corresponden, aunque más reservadas, a las que le salían en el delirio. Sería mentir decir que no hemos reconstruido su historia... ¡Pobrecilla!...».

«Sí. Pero la Providencia veló por ella».

«¿Y ahora?...».

«Y ahora... No sé. Áurea no me pertenece como tal niña. Su alma es mía; su cuerpo, de Valeria. Por ahora estará aquí, para olvidar...».

«Mirta la querría».

«Lo sé... Pero no tengo el derecho a actuar sin el permiso de la romana. Tampoco sé si la adquirieron con dinero o si usaron sólo el arma de las promesas... Cuando la romana la solicite...».

«Iré yo por ti, Hijo mío. Es mejor que no vayas Tú... Déjalo en manos de tu Mamá. Nosotras mujeres... seres ínfimos para Israel, no somos tan observadas, si vamos a hablar con los gentiles. ¡Y tu Mamá es tan desconocida para el mundo! Ninguno advertirá la presencia de una hebrea lugareña que, envuelta en su manto, va por las calles de Tiberíades y llama a la casa de una dama romana...».

«Podrías ir a casa de Juana... y allí hablar con la dama...».

«Lo haré así, Hijo mío. ¡Que tu corazón halle alivio, Jesús mío!... Estás muy afligido... Lo comprendo... y quisiera hacer mucho por ti...».
« Y mucho haces, Mamá. Gracias por todo tu que haces...».
«¡Oh! ¡Bien pobre ayuda soy, Hijo mío! Porque no consigo que te amen, ni darte... dicha... mientras se te concede tener un poco de dicha... ¿Qué soy, entonces? Una bien pobre discípula...».
«¡Mamá! ¡Mamá! ¡No digas eso! Mi fuerza me viene de tus oraciones. Pensando en ti descansa mi mente, y ahora el corazón halla conforte estando así, con mi cabeza en tu corazón bendito... ¡Mamá mía!...».
Jesús, sentado en el arquibanco que está junto a la pared, ha arrimado hacia sí a su Madre, erguida al lado de Él, y apoya la frente sobre el pecho de María, la cual, levemente, acaricia sus cabellos... Una pausa toda amor.
6Luego Jesús alza la cabeza y se pone de pie. Dice: «Vamos donde los otros, y donde la niña» y sale con su Madre al huerto.
Las tres discípulas, en el umbral de la habitación donde está la joven enferma, hablan a ritmo rápido con los apóstoles. Pero cuando ven a Jesús se callan y se arrodillan.
«La paz a ti, María de Alfeo, y a vosotras, Mirta y Noemí. ¿La niña duerme?».
«Sí, persiste la fiebre, que la aturde y la consume. Si sigue así, morirá. Su tierno cuerpo no resiste la enfermedad, y la mente se turba por los recuerdos» dice María de Alfeo.
«Sí... y no reacciona porque dice que quiere morirse para no volver a ver romanos...» confirma Mirta.
«Un dolor para nosotras que ya la queremos...» dice Noemí.
«¡No temáis!» responde Jesús mientras se acerca a la entrada de la pequeña habitación y levanta la cortina...
En el lecho que está pegado a la pared, frente a la puerta, se ve la carita enflaquecida, sepultada bajo la masa de los largos cabellos dorados, una carita de nieve, excepto en los pómulos, que presentan un color rojo encendido. Duerme con fatiga, profiriendo entre dientes palabras balbucientes, incomprensibles, mientras, con la mano relajada encima de la cubrecama, hace, de vez en cuando, un gesto como para rechazar algo.
Jesús no entra. La mira con mirada de compasión. Luego llama fuerte: «¡Áurea! ¡Ven! ¡Está aquí tu Salvador!».
La niña se sienta bruscamente en el lecho, le ve y, emitiendo un grito, baja y corre, vestida con una larga y suelta túnica, descalza, hacia Jesús, y se arroja a sus pies diciendo: «¡Señor! ¡Ahora sí que me has liberado!».
«Está curada. ¿Veis? No podía morir, porque antes debe conocer la Verdad». Y a la niña, que le besa los pies, le dice: «¡Arriba! Y vive en paz» y le pone la mano encima de la cabeza ya no febricitante.
Áurea, con su larga túnica de lino, quizás una de la Virgen, tan larga que le forma cola, con los cabellos sueltos como un manto sobre su esbelto cuerpo, con los ojos grises-azules brillantes todavía por la fiebre que acaba de desaparecer y por la alegría que acaba de nacer, parece un ángel.
«Adiós. Nos retiramos al taller mientras vosotras os ocupáis de la niña y de la casa...» dice el Maestro; y, seguido por los cuatro, entra en el viejo taller de José, y se sienta con los suyos en los bancos de carpintero desusados...

434. Trabajos manuales en Nazaret y parábola de la madera barnizada.
10 de mayo de 1946.

1El tosco hogar del taller está encendido, después de tanto tiempo de inactividad, y el olor de la cola hirviendo en un recipiente se mezcla con el típico olor del serrín y las virutas recién sacados, es más, que están saliendo, al pie de uno de los bancos de carpintero.
Jesús trabaja con ahínco unas tablas de madera, que, con la ayuda de la sierra y del cepillo, se transforman en patas de sillas, cajones, etc. Unos muebles, los modestos muebles de la casita de Nazaret, han sido llevados al taller: el hintero, para repararlo; uno de los telares de María; dos taburetes; una escalera de hortelano; un pequeño arquibanco; y la puerta del horno, creo, corroída en la parte de abajo, quizás por los ratones. Jesús trabaja en arreglar lo que el use y el tiempo han consumido.
Tomás, por su parte, con todo un equipo de pequeños instrumentos de orfebre, sacados de su talego, que yace encima de su lecho (colocado, como el del Zelote, contra la pared), trabaja con mano ligera unas láminas de plata. Y el golpeteo de su martillito en el buril, que da sonido de plata, se funde con el vigoroso ruido de los instrumentos de trabajo usados por Jesús.
De vez en cuando intercambian algunas palabras, y Tomás está tan contento de estar allí con el Maestro y en su trabajo de orfebre - y, efectivamente, lo dice -, que durante las pausas del diálogo silba entre dientes muy bajo. De vez en cuando levanta los ojos y piensa, fijando su mirada, absorto, en la pared ahumada de la espaciosa habitación.
Jesús advierte esto y dice: «¿Sacas la inspiración de aquella pared negra, Toma? Verdad es que así la ha puesto el largo trabajo de un justo, pero no me parece que pueda dar motivos a un orfebre...».
«No, Maestro, un orfebre, efectivamente, no puede representar con el metal rico la poesía de la santa pobreza... Pero sí puede, con su metal, representar cosas bellas de la naturaleza, y ennoblecer así el oro y la plata imitando con ellos las flores, las hojas, que hay en la creación. Pienso en esas flores, en esas hojas, y, para recordar exactamente su aspecto, miro fijamente así con los ojos a la pared, pero en realidad veo los bosques y los prados de nuestra Patria, las hojas livianas, las flores que parecen copas o estrellas, la compostura de escapos y frondas...».
«Eres un poeta, entonces, un poeta que canta en el metal lo que otro canta en el pergamino con la tinta».
«Sí. Efectivamente, el orfebre es un poeta que escribe en el metal las bellezas de la naturaleza. Pero nuestra obra, de arte y bella, no vale cuanto la tuya, humilde y santa, porque la nuestra sirve para la vanidad de los ricos, mientras que la tuya sirve para la santidad de la casa y la utilidad del pobre».
«Es como dices, Tomás» dice el Zelote, que se ha asomado a la puerta que da al huerto, con la túnica ceñida, remangado, un viejo mandil delante y en la mano un recipiente con barniz.
Jesús y Tomás se vuelven a mirarle, sonriendo. Y Tomás responde: « Sí, es como digo. Pero quiero que al menos en alguna ocasión el trabajo del orfebre sirva para adornar una... cosa buena, santa...».
«¿Qué?».

«Es un secreto mío. Hace mucho que pienso esto, y, desde que fuimos a Ramá, llevo conmigo un pequeño equipo de orfebre esperando este momento. [2]¿Y tu trabajo, Simón?».
«¡Yo no soy un artífice perfecto como tú eres, Toma! Es la primera vez que tengo el pincel en la mano, y mis tinturas son desiguales, a pesar de que ponga toda mi buena voluntad. Por eso he empezado por las partes más... humildes... para coger algo de práctica... y te aseguro que mi impericia le ha hecho a la niña reírse con ganas. ¡Pero eso me hace feliz! Cada hora que pasa renace a una vida serena, y es lo que se requiere para borrar el pasado y hacerla completamente nueva, para ti, Maestro».
«Ya, pero quizás Valeria no cede...» dice Tomás.
«¿Y qué crees que le puede importar el tenerla o no tenerla? Si la tenía consigo, era sólo para no dejarla sola por el mundo. Y la verdad es que sería una buena cosa el que la niña estuviera a salvo para siempre y en todo, en el espíritu sobre todo. ¿No es verdad, Maestro?».
«Es verdad. Hay que orar mucho por esto. La criatura es sencilla y buena realmente, y educada en la Verdad podría dar mucho. Tiende instintivamente a la Luz».
«¡Claro! No tiene consuelos en la Tierra... y la pobrecita los busca en el Cielo. Yo creo que, cuando tu Buena Nueva pueda ser predicada por el mundo, los primeros que la acogerán, y los más numerosos, van a ser precisamente los esclavos, los que no tienen ningún consuelo humano y se refugiarán en tus promesas para tenerlos... Y yo digo que, si me toca precisamente este honor de predicarte, tendré un especial amor por estos desdichados...».
«Harás bien, Tomás» dice Jesús.
«Sí, pero ¿cómo vas a tomar contacto con ellos?» .
«Seré orfebre para las damas y... maestro para sus esclavos. Un orfebre entra en las casas, o a su casa vienen los siervos de los ricos... y trabajaré... Dos metales: los de la Tierra para los ricos... los de los espíritus para los esclavos».
«Que Dios te bendiga por estos propósitos, Toma. Persevera en ellos...».
«Sí, Maestro».

[3]«Bueno, ahora que ya has respondido a Tomás, ven conmigo, Maestro... a ver mi trabajo y a decirme qué es lo que debo barnizar ahora. Cosas humildes todavía, porque soy un obrero con muy poca habilidad».
«Vamos, Simón...» y Jesús deja sus herramientas y sale con el Zelote...
Vuelven después de un poco de tiempo. Jesús señala la escalera de hortelano: «Pásale el barniz a ésa. El barniz hace impenetrable la madera y la conserva más, además de hacerla más bonita. Es como la defensa y embellecimiento de las virtudes en el corazón humano. Puede ser agreste, tosco... Pero, en cuanto las virtudes le visten, se hace hermoso, agradable. Mira, para obtener una tinta bonita y un servicio real de ella, es necesario tener en cuenta muchas cosas. La primera: tomar con atención lo que se necesita para hacerla. O sea, un recipiente que no tenga tierra o residuos de otras tintas anteriores, aceites buenos y buenos colores, y, con paciencia, mezclar, trabajar, hacer un líquido que no sea ni demasiado denso ni demasiado líquido. No cansarse de trabajar mientras no esté disuelto hasta el más pequeño grumo. Una vez hecho esto, hay que coger un pincel que no pierda las cerdas, que no las tenga ni excesivamente duras ni excesivamente blandas, que esté bien limpio de cualquier tinte precedente. Antes de aplicar el barniz, hay que quitar las asperezas de la madera y los viejos barnices descascarillados y el barro y todo.

Luego, así, con orden, hay que tener mano segura en ir siempre en una dirección, extender con paciencia, mucha paciencia, el barniz. Porque en una misma tabla hay distintas resistencias. En los nudos, por ejemplo, el barniz queda más liso, es verdad, pero en ellos la tintura se fija mal, como si la materia leñosa la rechazara. Al contrario, en las partes blandas de la madera el barniz se fija enseguida, pero las partes blandas generalmente son poco lisas, y entonces pueden formarse pequeñas bolsas, o estrías... Estos casos se deben solucionar extendiendo el color con mano constante. Luego hay, en los muebles viejos, partes nuevas, como este peldaño, por ejemplo. Y, para que no se vea que la pobre escalera está apañada pero que es muy vieja, hay que arreglárselas para que tanto el peldaño nuevo como los viejos resulten iguales... ¡Mira, así!».
Jesús, agachado al pie de la escalera, mientras habla trabaja...
4Tomás, que ha dejado sus buriles para ir a ver, pregunta: «¿Por qué has empezado por la parte de abajo en vez de por la de arriba? ¿No era mejor hacer lo contrario?».
«Parecería mejor, pero no lo es. Porque la parte de abajo es la que está más deteriorada y la que está destinada a deteriorarse más, porque apoya en el suelo. Por ese motivo debe trabajarse varias veces abajo. Una primera mano, luego una segunda, y una tercera si es necesario... y, para no estar ociosos esperando a que la parte de abajo se seque para poder dar una nueva mano, barnizar mientras tanto la parte alta, luego el centro de la escalera».
«Pero al hacerlo uno se puede manchar la túnica y puede estropear las partes barnizadas antes».
«Con cuidado, uno no se mancha y no se estropea nada. ¿Ves? Se hace así. Se recoge la túnica y se está separado. No por asco de la tintura, sino para no dañar la tintura que, por haber sido dada poco antes, es delicada».
Y Jesús, elevados los brazos, barniza ahora la parte alza de la escalera. Y sigue hablando.
«Así se hace con las almas. He dicho al principio que el barniz es como el embellecimiento de las virtudes en los corazones humanos. Embellecimiento y preservación de la madera contra la carcoma, las lluvias y el sol intenso. ¡Mal le irá al amo de casa que no tenga cuidado de las cosas barnizadas y las deje deteriorarse! Cuando se ve que la madera pierde su barniz, sin perder tiempo, hay que poner barniz nuevo. Refrescar la pintura... También las virtudes, puestas en un primer momento de impulso hacia la justicia, pueden deteriorarse o desaparecer del todo, si el amo de la casa no vigila; y la carne y el espíritu, desnudos, a merced de la intemperie y de los parásitos, o sea, de las pasiones y de las disipaciones, pueden sufrir el asalto de estos elementos, perder la túnica que los embellece, terminar siendo... válidos sólo para el fuego. Por tanto, bien sea en nosotros, bien sea en aquellos a quienes amamos como discípulos nuestros, cuando se notan agrietamientos, decoloraciones, en las virtudes colocadas como defensa en nuestro *yo*, es necesario, en seguida, poner remedio con un trabajo asiduo, paciente, hasta el final de la vida, para que uno pueda dormirse en la muerte con una carne y un espíritu dignos de la resurrección gloriosa. Y para que las virtudes sean verdaderas, buenas, hay que empezarlas con una intención pura, valiente, que elimina todo detrito, todo resto de tierra, y trabajar para no dejar imperfecciones en la formación virtuosa, y luego tomar una actitud ni demasiado dura ni demasiado indulgente, porque tanto la intransigencia como la excesiva indulgencia perjudican. Y el pincel, la voluntad, debe estar limpio de las preexistentes tendencias humanas, que podrían hacer vetas en la tintura espiritual con rayas materiales; y uno se debe preparar a sí mismo - o preparar a otros, con oportunas operaciones, trabajosas, es verdad, pero necesarias - para limpiar al

viejo *yo* de toda vieja lepra, para tenerle limpio en orden a recibir la virtud. Porque no se puede mezclar lo viejo con lo nuevo.
Luego empezar el trabajo, con orden, con reflexión. No saltar acá o allá sin un serio motivo. No ir un poco en un sentido y un poco en el otro. Uno se cansaría menos, es verdad. Pero el barniz quedaría irregular. Como sucede en las almas desordenadas. Presentan lugares perfectos, pero al lado de éstos se ven errores, color distinto... Insistir en los puntos resistentes a la tinta, en los nudos, maraña de la materia o de pasiones desordenadas, que están mortificados, sí, por la voluntad (la cual, como un cepillo, los ha alisado fatigosamente), pero que siguen oponiendo resistencia como un nudo tajado pero no destruido. Y a veces engañan, porque parecen ya bien revestidos de virtud, cuando en realidad tienen sólo un velo ligero que cae inmediatamente. Estar atentos a los nudos de las concupiscencias. Haced que encima de ellos, una y otra vez, sea puesta la virtud, para que no reemerjan y afeen el *yo* nuevo. Y en las partes blandas, en las partes tendentes a deformarse que reciben con demasiada facilidad el barniz, pero que lo reciben según su tendencia, con bolsas y rayas, insistir en lijar con la piel de pescado, lijar, lijar, para dar una o más manos de barniz, para que esas partes queden lisas como un esmalte compacto. Y atentos a no sobrecargar. Pretender excesivamente en las virtudes hace que la persona se rebele, se agite y salte al primer choque. No. Ni demasiado ni demasiado poco. Justicia en el trabajo con uno mismo y con las criaturas hechas de carne y alma.
[5]Y si, como en la mayor parte de los casos - porque las personas como Áurea son excepciones y no regla - hay partes nuevas mezcladas con las viejas - y las tienen los israelitas, que de Moisés pasan al Cristo, y los paganos con su mosaico de creencias, que no podrán ser anuladas de repente y emergerán con nostalgias y recuerdos, al menos en las cosas más puras -, entonces son necesarios todavía más ojo y tacto, e insistir hasta que lo viejo se homogeneíce con lo nuevo, haciendo uso de las cosas preexistentes para completar las nuevas virtudes. Por ejemplo, en los romanos hay mucho espíritu de Patria y valor viril. Estas dos cosas son casi mitos. Pues bien, no tratéis de destruirlas, sino inculcad un espíritu nuevo al espíritu patrio: el espíritu de hacer grande también espiritualmente a Roma como centro de cristiandad; y usad la virilidad romana para hacer fuertes en la fe a quienes son fuertes en la batalla. Otro ejemplo: Áurea. El asco de una revelación brutal la impulsa a amar lo puro y a odiar lo impuro. Pues bien, usad estas dos cosas para conducirla a una perfecta pureza, odiando la corrupción como si fuera el romano brutal.
¿Me entendéis? Y haced de las costumbres medios para entrar. No destruyáis brutalmente. No tendríais a mano inmediatamente con qué edificar; substituid, más bien, poco a poco, lo que *no debe* seguir existiendo en un convertido, con caridad, paciencia, tenacidad. Y, puesto que la materia, especialmente en los paganos, predomina, y ellos, aunque estén convertidos, estarán siempre apoyados en el mundo pagano, pues en él viven, insistid mucho en que se preserven de la carnalidad. Detrás de la sensualidad entra todo lo demás. Vigilad en los paganos la exasperación de la sensualidad, la cual, confesémoslo, también está vivísima entre nosotros; y, cuando veáis que el contacto con el mundo abre el barniz que preserva, no sigáis dando pinceladas en lo alto, sino volved a la parte de abajo, manteniendo en equilibrio el espíritu y la carne, lo alto y lo bajo. Pero empezad siempre por la carne, por el vicio material, para preparar a recibir al Huésped que no inhabita en cuerpos impuros con espíritus malolientes por corrupciones carnales... ¿Me entendéis?

Y no temáis corromperos tocando con vuestra túnica lo bajo, lo material, de aquellos cuyo espíritu cuidáis. Con prudencia, para no ser causa de ruina en vez de causa de edificación. Vivid recogidos en vuestro *yo* nutrido de Dios, envuelto en virtud; moveos con delicadeza, especialmente cuando tengáis que ocuparos del sensibilísimo *yo* espiritual de los demás: ciertamente lograréis hacer seres dignos del Cielo incluso de los seres más despreciables».

6«¡Qué parábola más hermosa non has expuesto! Voy a escribirla para Margziam» dice el Zelote.

«Y para mí, que debo ser hecha toda hermosa para el Señor» dice lentamente, buscando las palabras, Áurea, que, descalza, está desde hace un poco de tiempo erguida en la puerta que da al huerto.

«¡Oh! ¡Áurea! ¿Nos estabas escuchando?» pregunta Jesús.

«*Te* estaba escuchando. ¡Es tan bonito! ¿He hecho mal?».

«No, niña. ¿Hace mucho que estás aquí?».

«No. Y lo siento, porque no sé lo que has dicho antes. Me ha mandado aquí tu Madre para decirte que dentro de poco es la hora de la comida. Se va a sacar de un momento a otro el pan del horno. He aprendido a hacerlo yo... ¡Qué bonito! Y he aprendido a blanquear la tela, y sobre el pan y la tela tu Madre me ha dicho otras dos parábolas».

« ¡Ah, sí? ¿Qué ha dicho?».

«Que yo soy como una harina todavía con el salvado, pero tu bondad me depura, tu gracia trabaja en mí y tu apostolado me forma, tu amor me cuece y de harina fea mezclada con mucho salvado pasaré a ser, si dejo que trabajes en mí, harina de hostia, harina y pan de sacrificio, que sirve para el altar. Y en la tela, que era obscura, oleosa, áspera, y que después de mucha jabonera y muchos golpes se ha limpiado y se ha hecho suave, ahora el Sol va a meter sus rayos, y será blanca... Y me dijo que lo mismo hará de mí el Sol de Dios, si yo estoy siempre bajo el Sol y acepto lavaduras y mortificaciones para llegar a ser digna del Rey de los reyes, de ti, mi Señor. 7¡Qué cosas más bonitas aprendo!... Me parece un sueño... ¡Bonito! ¡Bonito! ¡Bonito! Aquí todo es bonito... ¡No me mandes a otro sitio, Señor!».

«¿No irías con gusto con Mirta y Noemí?» .

«Preferiría aquí... Pero... también con ellas. Pero con romanos no, no, Señor...».

«¡Ora, niña!» dice Jesús poniendo su mano en sus cabellos color rubio-miel. «¿Has aprendido la oración?».

«¡Oh! ¡Sí! ¡Es tan bonito decir: "¡Padre mío!" y pensar en el Cielo... Pero... la voluntad de Dios me da un poco de miedo... porque no sé si Dios quiere lo que yo quiero...».

«Dios quiere tu bien».

«¿Sí? ¿Dices eso Tú? Entonces ya no tengo miedo... Siento que me quedaré en Israel... a conocer cada vez más a este Padre mío... Y... a ser la primera discípula de Galia, ¡oh mi Señor!».

«Tu fe será escuchada porque es buena. Vamos...».

Y salen todos. Van a lavarse a la pila que está debajo del manantial, mientras Áurea corre ligera donde María. Y se oyen dos voces femeninas: de palabra ágil la de María; titubeante, como de quien busca las palabras, la otra; y risitas agudas por algún error lingüístico que María corrige dulcemente...

«Aprende pronto y bien la niña» observa Tomás.

«Sí. Es buena y voluntariosa».
«¡Y, además, tu Madre es maestra!... ¡Ni Satanás le opondría resistencia!...» dice el Zelote.
Jesús suspira pero no habla...
«¿Por qué suspiras así, Maestro? ¿No es como he dicho?».
«Lo has dicho muy bien. Pero hay hombres más resistentes que Satanás, que al menos huye de la presencia de María. Hay hombres que están a su lado y que, aun siendo adoctrinados por ella, no mejoran...» .
«¿Pero no nosotros, no?» dice Tomás.
«No vosotros... Vamos...».
Entran en casa y todo termina.

435. Comienzo del tercer sábado en Nazaret y llegada de Pedro con otros apóstoles.

13 de mayo de 1946.

1El sábado es el descanso. Ya se sabe. Descansan los hombres y las herramientas, cubiertas o colocadas con buen orden en sus sitios.

Ahora que el ocaso rojo de un viernes de verano está para cumplirse, María, sentada a la sombra del grande manzano ante su telar más pequeño, se levanta, tapa el telar y, con la ayuda de Tomás, le devuelve a la casa, a su sitio, e invita a Áurea - que, sentada en un pequeño taburete a sus pies, cosía todavía, con mano desmañada, los vestidos que le habían dado las romanas y que María ha adaptados a su talle -, le invita a doblar el trabajo con orden y a poner todo encima de la repisa de su habitación. Y, mientras Áurea lleva a cabo esto, la Madre entra con Tomás en el local laboratorio donde Jesús y el Zelote se dan prisa en poner de nuevo en sus sitios sierras, cepillos, destornilladores, martillos, botes de barniz y de cola, y a barrer el serrín y las virutas de los bancos y del suelo. Del trabajo realizado hasta ese momento sólo quedan dos tablas dispuestas en ángulo, apretadas en el torno para que se solidifique la cola en las junturas (quizás es un futuro cajón), y un taburete barnizado a la mitad; además de quedar el olor agudo de los barnices todavía frescos.

2Entra también Áurea. Va hacia el trabajo de buril de Tomás, se curva hacia él, lo admira y pregunta, curiosita, que para qué sirve, y también, instintivamente coqueta, pregunta que si a ella le quedaría bien.

«Te quedaría bien, pero te queda mejor el ser buena. Éstos son adornos que sólo hacen más hermoso el cuerpo, pero que no sirven para el espíritu; es más, cultivando la coquetería, perjudican al espíritu».

«¿Y entonces por qué lo haces?» pregunta, lógica, la niña. «¿Es que quieres perjudicar a un espíritu?».

Tomás, siempre afable, sonríe ante esta observación y dice: «Perjudica lo superfluo, a un espíritu débil. Pero, para un espíritu fuerte, el adorno se queda en lo que

es, ni más ni menos: un alfiler necesario para tener sujeta la túnica».
«¿Para quién lo haces? ¿Para tu mujer?».
«Yo no tengo mujer ni la tendré nunca».
«Entonces para tu hermana».
«Tiene más de los que necesita».
«Entonces para tu madre».
«¡Pobre anciana! ¿Y qué hace con él?».
«Pero es para una mujer...».
« Sí. Pero que no eres tú».
«¡Ni siquiera lo pienso!... Y además, ahora que has dicho que estas cosas perjudican al espíritu débil, no lo querría. Voy a quitar también esas guarniciones a los vestidos. ¡No quiero perjudicar a lo que es de mi Salvador!».
«¡Eres una niña como se debe! Fíjate, tú, con esta voluntad tuya, has hecho un trabajo más bonito que el mío».
«Lo dices porque eres bueno...».
«Lo digo porque es verdad. [3]Mira: yo he cogido este bloque de plata, lo he reducido a hojas a medida que iba siendo necesario; luego, con el instrumento, o, mejor, con los instrumentos, lo he doblado así. Pero todavía tengo que hacer la parte mayor. Juntar las partes, y de forma natural. Por ahora completas sólo están estas dos hojitas con su florecita unida» y Tomás levanta entre sus gruesos dedos un liviano escapo de muguete, recogido en una hoja que imita a la perfección las naturales. Hace un cierto efecto ver esa cosita, que resplandece con el brillo blanco de la plata pura, entre los dedos fuertes y bronceados del orfebre.
«¡Oh! ¡bonito! Había muchos de éstos en la isla y nos dejaban cogerlos antes de que el Sol saliera. Porque las rubias no debíamos nunca tomar el sol para valer más; a las morenas, sin embargo, las hacían estar fuera, al sol, hasta sentirse incluso mal, para que fueran más morenas. Las... ¿Cómo se dice vender una cosa diciendo que es una cuando en realidad es otra?...».
«Pues... con engaño... con trampa... no lo sé».
«Las engañaban diciendo que eran árabes o del alto Nilo, de donde nace; a una la vendieron como descendiente de la reina Saba».
«¡Nada menos! Pero no las engañaban a ellas, sino a los compradores. Se dice entonces que timaban. ¡Qué gentuza! Una buena sorpresa para el comprador, cuando haya visto descolorirse la... falsa etíope! ¿Estás oyendo, Maestro? ¡Cuántas cosas que nosotros ignoramos!...».
«Estoy oyendo. Pero lo más triste no está en el timo al comprador... sino en el destino de esas muchachas...».
«Es verdad. Almas profanadas para siempre. Perdidas...».
«No. Dios puede siempre intervenir...».
«Respecto a mí lo ha hecho. ¡Tú me has salvado!...» dice Áurea, volviéndose hacia el Señor con su mirada clara, serena. Y termina: «¡Y yo soy muy feliz!» y, no pudiendo ir a abrazar a Jesús, va a ceñir a María con un brazo, apoyando su rubia cabeza en el hombro de la Virgen en un gesto de confiado amor. Las dos cabezas rubias resaltan, con sus distintas coloraciones, contra la pared obscura: un grupo dulcísimo.
Pero María se acuerda de la cena. Se sueltan y se van.
[4]¿Se puede entrar?» dice tras la puerta del taller que da a la calle la voz un poco ronca de

Pedro.
«¡Simón! ¡Abrid!» .
«¡Simón! ¡No ha sabido estar separado!» dice Tomás riendo, mientras se apresura a abrir.
«¡Simón! Era previsible...» dice sonriendo el Zelote.
Pero no es sólo el rostro de Pedro el que se enmarca en el cuadro de la puerta; son todos los apóstoles del lago, todos menos Bartolomé y menos Judas Iscariote. Y con ellos están ya Judas y Santiago de Alfeo.
«¡La paz a vosotros! ¿Pero, por qué habéis venido con este calor?».
«Porque... ya no podíamos estar separados. Han pasado dos semanas y media, ¿sabes! ¿Comprendes! ¡Dos semanas y media que no te vemos!» y Pedro parece decir: «¡Dos siglos! ¡Una enormidad!».
«Pero os había dicho que esperarais a Judas todos los sábados».
«Sí. Pero no ha venido dos sábados... y al tercero venimos nosotros. Allí se ha quedado Natanael, que no está demasiado bien. Si Judas va, le recibirá... Pero ciertamente no irá... Benjamín y Daniel nos dijeron que le habían visto en Tiberíades, pasando por Tiberíades para venir donde nosotros, antes de ir hacia el Hermón grande, y... bueno, ya te diré después...» dice Pedro, cuya palabra ha sido cortada por un tirón de la túnica por parte de su hermano.
«De acuerdo. Luego me dirás... ¡Pero, deseabais tanto descansar, y ahora que podéis reposar os pegáis estas carreras!... ¿Cuándo habéis salido?».
«Ayer al caer de la tarde. Con un lago que era un espejo. Hemos desembarcado en Tariquea para evitar Tiberíades para... para no encontrar a Judas...».
«¿Por qué?».
«Porque, Maestro, queríamos gozar de ti en paz» .
«¡Sois egoístas!».
«No. Él ya tiene *sus* alegrías... ¡En fin! No sé quién le da tanto dinero para gozárselo con... Sí, comprendido, Andrés. Pero deja de tirarme tan fuerte de la túnica. Ya sabes que sólo tengo ésta. ¿Quieres que me vaya con la túnica rasgada?».
Andrés se pone colorado. Los otros se ríen. Jesús sonríe.
«Bien. Hemos bajado a Tariquea también porque... bueno no me regañes... Será el calor, será que lejos de ti me hago malo, será que pensar que él se ha separado de ti para unirse a... ¡Pero bueno, deja ya de arrancarme la manga! ¡Ya ves que sé pararme a tiempo!... En fin, Maestro, será por muchas cosas... Yo no quería pecar, y si veía a Judas lo hacía. Así que me he dirigido a Tariquea. Y al alba nos hemos puesto en camino».
«¿Habéis pasado por Caná?».
«No. No queríamos alargar el viaje... Pero ha sido muy largo de todas formas. Y el pescado se ponía malo... Se lo dimos a la gente de una casa, en cambio de alojamiento durante algunas horas, las más calurosas. Y hemos partido de allí a mitad de tiempo de después de la nona... ¡Un horno!...».
« Os lo podíais haber ahorrado. Yo habría ido pronto...».
«¿Cuándo?».
«Cuando el Sol hubiera salido del León».
«¿Y Tú crees que podíamos estar tanto sin ti? ¡Hombre, desafiamos a mil calores semejantes pero venimos a verte! ¡Nuestro Maestro! ¡Nuestro adorado Maestro!» y Pedro se abraza a su Tesoro de nuevo hallado.
«Y pensar que cuando estamos juntos no hacéis otra cosa sino quejaros del tiempo, de lo

largo que es el camino...».
«Porque somos unos necios. Porque, mientras estamos juntos, no comprendemos bien lo que Tú eres para nosotros... Pero aquí nos tienes. Ya tenemos lugares. Quién en casa de María de Alfeo, quien con Simón de Alfeo, quién con Ismael, quién con Aser y quién con Alfeo, que está aquí cerca. Ahora descansamos y mañana, al caer de la tarde, otra vez en marcha, más contentos».
5«El sábado pasado hemos tenido aquí a Mirta y a Noemí, que habían venido para ver otra vez a la niña» dice Tomás.
«¿Ves como quien tiene la posibilidad de venir, en cuanto puede viene aquí?».
«Sí, Pedro. Y vosotros ¿qué habéis hecho en este tiempo?».
«Hemos pescado... hemos barnizado barcas... reparado redes... Ahora Margziam sale frecuentemente con los mozos, cosa que hace disminuir los improperios de mi suegra contra "el holgazán que hace morir de hambre a su mujer después de traerle un bastardo". ¡Y pensar que Porfiria no ha estado nunca tan bien como ahora que tiene a Margziam, por el corazón y por todo lo demás! Las ovejas, de tres, han pasado a cinco, y pronto serán más... ¡No es poco útil esto para una pequeña familia como la nuestra! Y Margziam con la pesca suple a lo que yo no hago sino muy raramente. Pero esa mujer tiene lengua viperina, a pesar de que su hija la tiene de paloma... Veo que tú también has trabajado...».
«Sí, Simón. *Hemos* trabajado. Todos. Mis hermanos en su casa, Yo con éstos en la mía; para procurar satisfacción y descanso a nuestras madres».
«¡Hombre, también nosotros!» dicen los hijos de Zebedeo.
« Y yo a mi mujer, trabajando en colmenas y viñas» dice Felipe.
«¿Y tú, Mateo?».
«Yo no tengo a quién hacer feliz... y ahora me he hecho feliz a mí mismo, escribiendo las cosas que más me gusta recordar...».
«Entonces lo vamos a referir la parábola del barniz. La he provocado yo, muy inexperto pintor...» dice el Zelote.
«Pero has aprendido pronto el oficio. ¡Fijaos qué bien ha dejado esta silla!» dice Judas Tadeo.
El acuerdo entre ellos es perfecto. Y Jesús, cuya cara aparece más descansada desde que está en su casa, resplandece de alegría por tener en torno a sí a sus queridos apóstoles.
6Entra Áurea y se queda sorprendida en el umbral de la puerta.
«¡Ah, ahí está! ¡Fíjate qué bien está! Pasa por una pequeña hebrea, vestida así».
Áurea se pone roja como la púrpura y no sabe qué decir. Pero Pedro se muestra tan afable y paternal, que en seguida se recobra y dice: «Me esfuerzo en serlo y... con mi Maestra espero serlo pronto... Maestro, voy a decir a tu Madre que están ellos...» y se retira ágil.
«Es una buena muchacha» declara el Zelote.
«Sí. Quisiera que se quedara con nosotros israelitas. Bartolomé, rechazándola, ha perdido una buena ocasión y una alegría...» dice Tomás.
«Bartolomé está muy ligado a las... fórmulas» dice Felipe para disculparle.
«Es su único defecto» observa Jesús.
Entra María...
«La paz a ti, María» dicen los que han venido de Cafarnaúm.
«La paz a vosotros... No sabía que estabais aquí. En seguida me ocupo de vosotros... Entretanto venid...».
«De casa vendrá nuestra madre con bastante comida, y también Salomé. No to preocupes,

María» dice Santiago de Alfeo.
«Vamos al huerto... Se está alzando el viento de la noche y se está bien...» dice Jesús.
Y entran en el huerto. Se sientan acá o allá. Hablan fraternalmente, mientras las palomas zurean disputándose la última comida, que Áurea esparce por el suelo... Luego es el riego de los cuadros florecidos, o simplemente de útiles y bonitas verduras necesarias para el hombre. Quieren hacerlo los apóstoles, alegremente, mientras María de Alfeo, que ha llegado en ese momento, con Áurea y María, preparan la cena para los llegados. Y el olor de los alimentos que chirrían se mezcla con el de la tierra regada, de la misma forma que el gorjeo de los pájaros, que se disputan, presuntuosos, un buen sitio entra las tupidas frondas del huerto, se mezclan con las voces profundas o agudas de los apóstoles...

436. En el huerto de Nazaret, revelado a apóstoles y discípulas el precio de la Redención.

14 de mayo de 1946.

1Y el sábado continúa, propiamente en el sábado. En la espléndida mañana, no pesado aún el aire por el calor, es agradable estar sentados, reunidos fraternal y pacíficamente debajo de la pérgola llena de sombra, o donde el manzano que está al lado de la higuera y del almendro proyecta, con éstos, manchas de sombra, prolongando la de la pérgola en que madura la uva. Es bonito ir y venir paseando por los senderos que hay entre los cuadros, yendo de la colmena hasta el palomar, desde éste hasta la pequeña gruta, y luego, pasando detrás las mujeres - María, María Cleofás, la nuera de ésta: Salomé de Simón, Áurea -, ir hacia los pocos olivos que desde el promontorio se alargan hacia el huerto quieto. Y esto es lo que hacen Jesús y los suyos, María y las otras mujeres. Y Jesús adoctrina incluso sin querer. Y María adoctrina incluso sin querer. Y los discípulos del primero y las discípulas de la segunda están atentos a las palabras de los dos Maestros.
Áurea, sentada en su taburetito habitual a los pies de María, casi acuclillada, está con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas, la cara levantada, con los ojos abiertos completamente y fijos en el rostro de María: parece una niña escuchando una fábula. Pero no es una fábula, es una hermosa verdad. María cuenta las antiguas historias de Israel a la pequeña paganita de ayer, y las otras, aunque conozcan las historias patrias, escuchan también con atención. Porque es muy dulce oír fluir de esos labios la historia de Raquel, la de la hija de Jefté, la de Ana de Elcaná.
2Judas de Alfeo se acerca lentamente y escucha sonriendo. Está detrás de María, que, por tanto, no le ve. Pero la mirada sonriente de María Cleofás a su Judas advierte a María de que alguno está detrás de Ella, y se vuelve: «¡Oh, Judas! ¿Has dejado a Jesús por escucharme a mí, una pobre mujer?».
«Sí. Te dejé a ti para ir con Jesús, porque la primera maestra mía fuiste tú, pero me es dulce alguna vez dejarle a Él para venir contigo, a hacerme niño como cuando era un escolar tuyo*. Continúa, te lo ruego...».
«Áurea quiere su premio todos los sábados. El premio es narrarle aquello que más impresión le haya causado de nuestra Historia (yo se la voy explicando un poco cada día mientras trabajamos)».
También los otros se han acercado... Judas Tadeo dice: «¿Y qué te gusta, niña?».

«Muchas cosas; todo, podría decir... Pero, mucho mucho, Raquel, y Ana de Elcaná, luego Rut... y luego... ¡ah!, es muy bonito Tobit y Tobías con el Ángel, y luego la esposa que ora para ser liberada...».

---

* *cuando era un escolar tuyo*, como en 38.8/9.

«¿Y Moisés no?».
«Me da miedo... Demasiado grande... Y en los profetas me gusta Daniel defendiendo a Susana». Mira a su alrededor y susurra: «...también a mí me ha defendido mi Daniel» y mira a Jesús.
«¡Pero también son bonitos los libros de Moisés!» .
«Sí. Donde enseñan a no hacer las cosas que son feas. Y también donde hablan de aquella estrella que nacerá de Jacob. Yo ahora sé su nombre. Antes no sabía nada. Y mi fortuna es mayor que la de aquel profeta, porque yo la veo, y además de cerca. Ella me ha dicho todo, así que sé también yo» termina con un cierto aire triunfal.
«¿Y la Pascua no te gusta?».
«Sí... pero... también los hijos de los demás tienen mamá. ¿Por qué matarlos? Yo entre el Dios que salva y el que mata, prefiero al primero...».
«Tienes razón... [3]María, ¿no le has contado todavía nada de su Nacimiento?» dice Santiago, señalando al Señor, que escucha y calla.
«Todavía no. Quiero que conozca bien el pasado, antes del presente; para comprender este presente, que tiene su razón de ser en el pasado. Cuando lo conozca, verá que el Dios que te produce miedo, el Dios del Sinaí, es un Dios de amor severo, pero en todo caso amor».
«¡Oh, Madre, dímelo ahora, que me costará menos esfuerzo comprender el pasado cuando sepa el presente, que, por lo que yo sé de él, es muy bonito y hace amar a Dios sin miedo! ¡*Yo necesito no tener miedo*!» .
«La niña tiene razón. Recordad siempre todos esta verdad cuando evangelicéis. Las almas necesitan no tener miedo para ir a Dios con toda confianza. Es lo que Yo me esfuerzo en hacer, y más aún cuando, o por ignorancia o por culpas, están sujetos a temer mucho a Dios. Pero Dios, incluso el Dios que castigó a los egipcios y que te produce miedo, Áurea, es siempre bueno. Mira: cuando quitó la vida a los hijos de los egipcios crueles, tuvo piedad con ellos, los cuales, no creciendo, no se hicieron pecadores como sus padres, y dio tiempo de arrepentirse a sus padres del mal cometido. Así pues, fue una severa bondad. [4]Hay que saber distinguir la verdadera bondad de lo que es sólo debilidad de educación. Cuando Yo era un pequeño infante, fueron asesinados muchos pequeñuelos en el pecho mismo de sus madres. Y el mundo gritó de horror. Pero, cuando el Tiempo ya no exista ni para los individuos ni para la Humanidad entera, comprenderéis, una y mil veces, que fueron afortunados, benditos en Israel, en la Israel de los tiempos de Cristo, aquellos que, por haber sido exterminados en la infancia, fueron preservados del mayor de los pecados, el de ser cómplices de la muerte del Salvador» .
«¡Jesús!» grita María de Alfeo poniéndose en pie, asustada, mirando a su alrededor como si temiera ver salir a los deicidas de detrás de los setos y de los troncos del huerto.
«¡Jesús!» repite mirándole con pena.
«¿Es que ya no conoces las Escrituras, que tanto te asombras de esto que digo?» le pregunta Jesús.

«Pero... Pero... No es posible... No debes permitirlo... Tu Madre...».
«Es Salvadora conmigo, y sabe. Mírala a imítala».
María, en efecto, está austera, regia con su palidez, que es intensa; e inmóvil. Tiene las manos apoyadas en su regazo, apretadas, como en oración; alta la cabeza, la mirada fija en el vacío...
5María de Alfeo la mira. Luego se dirige de nuevo a Jesús: «¡Pero, de todas formas, no debes hablar de este horrendo futuro! Le clavas una espada en el corazón».
«Hace treinta y dos años que está esta espada en su corazón».
«¡Nooo! ¡No es posible! María... siempre tan serena... María...».
«Pregúntaselo a Ella, si no crees en lo que digo».
«¡Sí que se lo pregunto! ¿Es verdad, María? ¿Sabes esto?...».
Y María, con voz blanca pero firme, dice: «Es verdad. Tenía Él cuarenta días cuando me lo dijo un santo... Pero incluso antes... ¡oh!, cuando el Ángel me dijo que, sin dejar de ser la Virgen, concebiría un Hijo, que por su concepción divina sería llamado Hijo de Dios, lo que realmente es; cuando se me dijo esto, y que en el seno de Isabel estéril estaba formado un fruto por milagro del Eterno, no me fue difícil recordar las palabras de Isaías: "La Virgen dará a luz un hijo que será llamado Emmanuel"... ¡Todo, todo Isaías! Y donde habla del Precursor... Y donde habla del Varón de dolores, rojo, rojo de sangre, irreconocible... un leproso... por nuestros pecados... La espada está en el corazón desde entonces, y todo ha servido para hincarla más: el cantar de los ángeles y las palabras de Simeón y la venida de los Reyes de Oriente, y todo, todo...».
«¿Pero, todo, qué otras cosas, María mía? Jesús triunfa, Jesús hace prodigios, le siguen turbas cada vez más numerosas... ¿No es, acaso, verdad?» dice María de Alfeo.
Y María, siguiendo en la misma postura, dice a cada pregunta: «Sí, sí, sí» sin congoja, sin alegría, solamente asiente con serenidad, porque así es...
«¿Y entonces? ¿Qué otro *todo* te clava la espada en el corazón?».
«¡Oh!... Todo...».
6«¿Y estás tan serena? ¿Tan serena? Siempre igual que cuando llegaste aquí, casada, hace treinta y tres años. Y me parece ayer todo este cúmulo de recuerdos... ¿Pero cómo tienes esta fuerza?... Yo... yo estaría como loca... yo haría... no sé lo que haría... Yo... ¡Bueno, que no, que no es posible que una madre sepa esto y esté serena!».
«Antes de ser Madre, soy hija y sierva de Dios... Mi serenidad ¿dónde la encuentro? En hacer la voluntad de Dios. Mi serenidad ¿de qué me viene? De hacer esta voluntad. Si hiciera la voluntad de un hombre, podría sentirme turbada, porque un hombre, aun el más sabio, siempre puede imponer una voluntad errada. ¡Pero la de Dios!... Si Él ha querido que sea Madre de su Cristo, ¿deberé acaso pensar que es un hecho cruel, y perder en este pensamiento mi serenidad? ¿Saber lo que será la Redención para Él, y para mí, también para mí, deberá turbarme con el pensamiento de cómo voy a superar ese momento? ¡Oh! será tremenda...» y María sufre un involuntario sobresalto, como un escalofrío improviso, y cierra las manos como para impedirles temblar, como para orar más ardientemente, mientras que su cara se pone aún más blanca, y los párpados sutiles, con un parpadeo de angustia, se cierran sobre sus dulces ojos garzos. Pero, después de un profundo suspiro de congoja, reafirma su voz y termina: «Pero Él, Aquel que me ha impuesto su voluntad y a quien sirvo con amor confiado, me dará la ayuda para ese momento. A mí, a Él... Porque no puede el Padre dictar designios demasiado fuertes para las fuerzas del hombre; y socorre... siempre... Y nos socorrerá, Hijo mío... nos socorrerá... Él nos socorrerá... y sólo

podrá ser Él, que tiene medios infinitos, el que nos socorra...».
«Sí, Madre. El Amor nos socorrerá, y en el amor nos socorreremos recíprocamente. Y en el amor redimiremos...».
Jesús se ha puesto al lado de su Madre y ahora le pone una mano en el hombro. Ella levanta la cara para mirar a su hermoso y sano Jesús, destinado a quedar desfigurado por las torturas, muerto con mil heridas, y dice: «En el amor y en el dolor... Sí. Y juntos...».
7Ya ninguno dice nada... En círculo - alrededor de los dos Protagonistas principales de la futura tragedia del Gólgota -, apóstoles y discípulas parecen estatuas pensativas...
Áurea se ha quedado petrificada en su taburete... Pero es la primera que se recobra, y, sin ponerse en pie, se arrodilla, de forma que se encuentra justo contra María; le abraza las rodillas y agacha su cabeza y la apoya en su regazo; dice: «¡También por mí todo esto!... ¡Cuánto cuesto y cuánto os amo por lo que os cuesto! ¡Oh, Madre de mi Dios, bendíceme para que no os cueste sin fruto...».
«Sí, hija mía. No temas. Dios también te ayudará a ti, si aceptas siempre su voluntad». Le acaricia los cabellos y las mejillas, y siente éstas empapadas de llanto. «¡No llores! Del Cristo lo primero que has conocido ha sido el destino de dolor, el final de su misión de Hombre. No es justo que, habiendo conocido esto, ignores los momentos primeros de su vida en el mundo. Escucha... A todos les gustará salir de la contemplación amarga, tenebrosa, evocando el dulce momento, todo luz, todo canto, todo hosanna, de su Nacimiento... Escucha...» y María, explicando la razón del viaje a Belén de Judá, ciudad anunciada como ciudad natal del Salvador, dulcemente narra la noche del Nacimiento de Cristo.

437. Coloquio de Jesús con su Madre.
15 de mayo de 1946.

1No sé si es la noche del mismo sábado. Sé que veo a Jesús y a María sentados en el asiento de piedra que hay contra la casa, cerca de la puerta del comedor, del que sale el tenue claror de una lámpara de aceite colocada cerca del umbral, una lámpara que late en el aire con aumentos y disminuciones de luz, como si su luminosidad estuviera regulada por un movimiento respiratorio; es la única luz de esta noche todavía sin Luna. Un mínimo de claror que sale al huerto, alumbrando una estrecha franja de terreno delante de la puerta, para morir en el primer rosal del parterre. Pero ese mínimo es suficiente para iluminar los dos perfiles de los Dos, reunidos en íntimo coloquio en la noche serena llena de perfumes de jazmines y otras flores de verano.
Hablan de los parientes... de José de Alfeo, siempre testarudo, de Simón, no muy valiente en su profesión de fe por estar dominado por el primero de los hermanos, que es autoritario y obstinado en sus ideas como lo era el padre. El gran dolor de María, que quisiera ver a todos sus sobrinos discípulos de su Jesús...

Jesús la consuela; habla de la fuerte fe israelita de su primo, para disculparle: «Es un obstáculo, ¿sabes? Un verdadero obstáculo. Porque todas las fórmulas y preceptos hacen de barrera para la aceptación de la idea mesiánica en su verdad. 2Es más fácil convertir a un pagano, si no es un espíritu totalmente pervertido. El pagano reflexiona y ve la diferencia buena entre *su* Olimpo y *mi* Reino. Pero a Israel... a Israel en su parte más culta... le cuesta trabajo seguir el concepto nuevo...».
«¡Y a pesar de todo es el mismo concepto!».
«Sí. Es el mismo Decálogo, son las mismas profecías. Pero han sido profundamente alterados por el hombre, que los ha tomado de las esferas sobrenaturales donde estaban y los ha bajado al nivel de la Tierra, al ambiente del mundo, los ha manipulado con su humanidad, y los ha alterado... El Mesías, Rey espiritual del gran Reino - que se llama de Israel porque el Mesías *nace* del tronco de Israel, pero que es más justo llamarle de Cristo, porque Cristo centra en sí lo mejor de Israel, actual y pasado, y lo sublima con su perfección de Dios-Hombre -, el Mesías, para ellos, no puede ser el hombre manso, pobre, sin aspiraciones al poder y a la riqueza, obediente para con los que nos dominan por castigo divino; porque en la obediencia hay santidad cuando esta obediencia no debilita la gran Ley. Y por esto se puede decir que su fe trabaja contra la Fe verdadera. 3¿Personas así, tercas y convencidas de ser justas?... Hay muchas... en todas las clases... y también entre mis parientes y apóstoles. Sí, Madre, su cerrazón respecto a creer en mi Pasión está en esto. Sus errores de valoración tienen su origen en esto... Y también su actitud reacia, que se obstina en considerar idólatras a los gentiles, mirando al hombre y no al espíritu del hombre, ese espíritu que tiene *un* solo Origen y al cual Dios querría dar *un* solo Destino: el Cielo. Fíjate Bartolomé... Es un ejemplo. Es óptimo, sabio, está dispuesto a todo para darme honor y consuelo... Pero ante - no digo ya una Áglae o una Síntica, que es una flor respecto a la pobre Áglae, a la que solamente la penitencia le hace cambiar de fango a flor -, ni siquiera ante una muchacha, una pobre muchacha cuyo sino suscita todas las compasiones y cuyo instintivo pudor induce admiración, ni siquiera ante ella cae su repugnancia hacia los gentiles; y ni siquiera mi ejemplo le vence, ni mis palabras sobre que he venido para todos».
«Tienes razón. Es más, precisamente los dos más resistentes son Bartolomé y Judas de Keriot, los dos más doctos, o, por lo menos, el docto Bartolmái, y Judas de Keriot, que no sé exactamente en qué clase se puede colocar, pero que está embebido, saturado del ambiente del Templo. Pero... Bartolmái es bueno y su resistencia todavía se puede disculpar. Judas... no. Ya has oído lo que ha dicho Mateo, que fue a propósito a Tiberíades... Y Mateo es experto de la vida, sobre todo de *esa* vida... Y es apropiada la observación de Santiago de Zebedeo: "¿Pero quién es el que da tanto dinero a Judas?". Porque esa vida cuesta... ¡Pobre María de Simón!».
Jesús hace su típico gesto con las manos, para decir: «Así es...» y suspira. 4Luego dice: «¿Has oído? Las romanas están en Tiberíades... Valeria no me ha comunicado nada. Pero Yo, antes de reanudar mi camino, tengo que saber. Quiero que estés conmigo en Cafarnaúm durante un tiempo, Mamá... Luego regresas aquí. Yo iré hacia los confines siro-fenicios y luego volveré para saludarte antes de bajar hacia Judea, la oveja terca de Israel...».
«Hijo, iré mañana por la noche... Llevaré conmigo a María de Alfeo. Áurea irá a casa de Simón de Alfeo, porque no pasaría sin crítica el que se quedara aquí con vosotros varios

días... Así es el mundo... Y yo iré... La primera etapa, Caná; luego, al alba, partiré para la casa de la madre de Salomé de Simón; después, al caer de la tarde, reanudo la marcha: llegaremos, todavía con luz, a Tiberíades. Iré a la casa del discípulo José, porque quiero ir yo, personalmente, a ver a Valeria, y, si fuera donde Juana, querría ir ella... No. Yo, Madre del Salvador, para Valeria, seré distinta de la discípula del Salvador... y no me dirá no. ¡No temas, Hijo mío!».
«No temo. Pero me aflige tu fatiga».
«¡Oh... para salvar a un alma! ¿Qué es esta nada de unas veinte millas recorridas en un buen período?».
«La fatiga será también moral. Pedir... ser, quizás, humillada...».
«Poca cosa que pasa. ¡Pero un alma permanece!».
«Serás como una golondrina extraviada en la pervertida Tiberíades... Lleva contigo a Simón».
«No, Hijo mío. Nosotras dos solas, dos pobres mujeres... Pero dos madres y dos discípulas, o sea, dos grandes fuerzas morales... No me demoraré. Déjame ir... Únicamente bendíceme».
«Sí, Mamá. Con todo mi corazón de Hijo y con todo mi poder de Dios. Ve y que los ángeles te escolten por el camino».
«Gracias, Jesús. Ahora vamos a entrar. Me tendré que levantar con el alba para preparar todo, para quien parte y para quien se queda. Di la oración, Hijo...».
Jesús se levanta, y también María, y juntos dicen el Pater... Luego entran de nuevo en la casa, cierran la puerta... la luz desaparece y cesa toda voz humana. Queda sólo el viento ligero entre las frondas y el gorgoteo ligero del hilo de agua en la pila...

438. Maria Stma. con María de Alfeo en Tiberíades, donde Valeria.
Encuentro con Judas Iscariote.
16 de mayo de 1946.

[1]Tiberíades está ya a la vista y las dos peregrinas, cansadas, prosiguen mientras desciende el crepúsculo.
«Dentro de poco será de noche... Y estamos todavía en medio de los campos... Dos mujeres solas... Y cerca de una ciudad grande llena de... ¡huy, qué gente! ¡Diablos, la mayor parte diablos!...» dice María de Alfeo mirando asustada a su alrededor.
«No temas, María. Belcebú no nos hará ningún mal. Sólo daña a quien le acoge en su corazón...».
«¡Pero estos paganos le tienen!...».
«En Tiberíades no hay sólo paganos, y entre los paganos también hay justos».
«¡Que no! ¡Que no tienen a nuestro Dios!...».
María no rebate porque comprende que es inútil. La buena cuñada no es sino una de las muchas israelitas que se creen las únicas depositarias de la virtud... por ser israelitas.
Un momento de silencio en que se oye sólo el roce de las sandalias que calzan los pies

cansados y polvorientos.
«Hubiera sido mejor recorrer el camino habitual... Ése le conocíamos... Le recorre más gente... Éste... entre huertas, solitario... desconocido... ¡Bueno, que tengo miedo!».
«¡No, María! Mira. La ciudad está allí, a dos pasos. Y aquí hay huertos tranquilos de los cultivadores de Tiberíades, y allí, a dos pasos, está la orilla. ¿Quieres que vayamos por la orilla? Encontraremos pescadores... Hay que atravesar sólo estas huertas».
«¡No, no! ¡Nos alejamos otra vez de la ciudad! Y además... los barqueros son casi todos griegos, cretenses, árabes, egipcios, romanos...» y parece como si nombrara clases infernales con cada una de estas palabras. María Stma. no puede evitar sonreír tras la sombra de su velo.
Prosiguen. El camino se transforma en una alameda; por tanto, la máxima sombra... y el ápice del miedo para María de Alfeo, que invoca a Yeohveh a cada paso que da, cada vez más lento.
«¡Venga, sé fuerte! ¡Rauda, si tienes miedo!» la anima María, que a cada invocación ha respondido: «¡Maran Athá!».
2Pero María de Alfeo se para del todo y pregunta: «¿Pero por qué has querido venir aquí? ¿Quizás para hablar con Judas Iscariote?» .
«No, María. O, por lo menos, no exactamente para eso. He venido para hablar con la romana Valeria...».
«¡Misericordia! ¿Vamos a su casa? ¡Ah! ¡no! ¡María! ¡No hagas eso! ¡Yo... yo ya no lo acompaño! ¿Pero qué vas a hacer allí? ¡Donde ésas... donde ésas... donde esos reprobados!...».
María Stma. cambia su dulce sonrisa por una expresión seria, y pregunta: «¿Y no recuerdas que Áurea ha de ser salvada? Mi Hijo ha comenzado su liberación. Yo la cumpliré. ¿Así practicas tú el amor hacia las almas?».
«Pero no es de Israel...».
«¡Verdaderamente no has entendido todavía ni una palabra de la Buena Nueva! Eres una discípula muy imperfecta... No trabajas para tu Maestro y me causas mucho dolor».
María de Alfeo agacha la cabeza... Y su corazón, lleno de los prejuicios de Israel, sí, pero congénitamente bueno, prevalece. Rompe a llorar, abraza a María y dice: «¡Perdóname! ¡Perdóname! ¡No me digas que te causo dolor y que no sirvo a mi Jesús! ¡Sí, sí! Soy muy imperfecta, merezco reprensión... Pero no lo volveré a hacer... ¡Voy, voy! Hasta al Infierno, si vas tú a él a arrancar un alma para dársela a Jesús... Dame un beso, María, para decir que me perdonas...».
María la besa y vuelven al camino, ágiles, alentadas de nuevo por el amor...
3Ya están en Tiberíades, hacia el pequeño puerto de los pescadores. Buscan la casita de José, el barquero discípulo... La encuentran. Llaman...
«¡La Madre de mi Maestro! ¡Entra, Mujer! Y Dios esté contigo y conmigo que te recibo en mi casa. Entra también tú y que la paz sea contigo, madre de apóstoles».
Entran, mientras la mujer y la jovencita hija del barquero acuden para saludarlas, seguidas por un grupo de hijuelos más pequeños...
Pronto toman la parca comida, y María de Cleofás, cansada, se retira con los niños de la casa. En la terraza alta, desde la cual se ve el lago - se *oye*, más que verse, porque no hay luna todavía - chocando en la playa con sus olas, se quedan María Stma., el barquero y la mujer de éste, que se esfuerza en hacer buena compañía, pero que en realidad duerme cabeceando contra el pecho.

«¡Está cansada!...» la disculpa José.
«¡Pobrecilla! [4]Las mujeres de casa están siempre cansadas por la noche».
«Sí, trabajan ellas. No son como aquéllas de allí, entregadas a la diversión» dice con desprecio el barquero, señalando a unas barcas iluminadas que se separan de la orilla entre cantos y sonidos. «Ellas salen ahora. Para ellas empieza ahora la fatiga. Cuando las buenas personas duermen. Y perjudican a los que trabajan, porque van a fingir que pescan a los lugares mejores y nos echan a nosotros, que del lago sacamos el pan para la familia...».
«¿Quiénes son?».
«Romanas y sus semejantes. Y en las semejantes mete a Herodías, a su lujuriosa hija y también otras hebreas... Porque tenemos muchas Marías Magdalenas... Quiero decir Marías antes del arrepentimiento...».
«Son infelices...».
«¿Infelices? Infelices nosotros, que no las apedreamos para limpiar a Israel de esas que se han pervertido y nos acarrean las maldiciones de Dios».
Entretanto otras barcas se separan de la orilla y las luces de las barcas de los vividores rojean en el lago.
«¿Sientes qué hedor de resinas! Lo primero se embriagan con el humo, luego hacen el resto en los banquetes. Son capaces de ir a los manantiales calientes de la otra orilla... En las Termas de allí... suceden cosas de Infierno. Regresarán al alba, a la aurora, quizás más tarde... borrachos, tumbados como sacos los unos encima de los otros, hombres y mujeres; los esclavos los llevarán a sus casas, a que se les pase la orgía... ¡Esta noche es que van todas las barcas elegantes, eh! ¡Mira! ¡Mira!... Pero mi ira es más contra los judíos que se mezclan allí, que no contra ellos. ¡Ellos... ya se sabe! Animales sin recato. ¡Pero nosotros!... [5]Mujer, ¿sabes que está aquí Judas el apóstol?».
«Lo sé».
« No da buen ejemplo, ¿sabes?».
«¿Por qué? ¿Va con aquellos?...».
«No... pero... malos compañeros... y una mujer. Yo no le he visto... Ninguno de nosotros le ve así. Pero unos fariseos se han mofado de nosotros diciéndonos: "Vuestro apóstol ha cambiado de maestro. Ahora tiene una mujer y está en buena compañía de publicanos"».
«No juzgues, José, sobre lo que solamente has oído referir. Tú sabes que los fariseos no os aman y que tampoco alaban al Maestro».
«Eso es verdad... Pero la voz circula... y daña...».
«De la misma forma que ha empezado terminará. Tú no peques contra tu hermano. ¿Sabes en qué casa está?».
«Sí. En casa de un amigo, creo. Uno que tiene un almacén de vinos y especias. El tercer almacén del lado de oriente del mercado, después de la fuente...».
[6]«¿Todas las romanas son iguales?».
«¡Más o menos!... Aunque eviten ser vistas, hacen el mal».
«¿Quiénes son las que evitan ser vistas?».
«Las que fueron a casa de Lázaro en Pascua. Están más retiradas... Quiero decir que no siempre van a los banquetes. Pero en todo caso van lo suficiente como para poder decir que son impuras».
«¿Pero hablas así porque estás seguro de ello, o porque tu prejuicio hebreo te hace hablar

así? Examínate de verdad...».
«Bueno... en realidad... no sé... No las he vuelto a ver en las barcas de los inmundos... Pero van en barca de noche por el lago».
«Tú también vas».
«¡Claro! ¡Si quiero pescar!».
«El calor es muy fuerte. Sólo hay alivio en el lago de noche. Son tus palabras mientras cenábamos».
«Es verdad».
«¿Y entonces, por qué no pensar que ellas también van por este motivo por el lago?».
El hombre calla... Luego dice: «Es tarde. Las estrellas dicen que es la segunda vigilia. Me voy a retirar, Mujer. ¿No vienes?».
«No. Me quedo aquí en oración. Saldré pronto. No te asombres si no me ves al alba».
«Eres dueña de hacer lo que quieras. ¡Ana! ¡Venga! ¡Vamos a la cama!» y menea a su mujer, que duerme profundamente. Se marchan.

7 María se queda sola... Se arrodilla y ora, ora, ora... pero no pierde nunca de vista las barcas que surcan el lago, las barcas de los señores, las que navegan llenas de luz, entre flores, cantos e inciensos... Muchas van, van, van hacia oriente, se hacen pequeñas en la lejanía... y el sonido de los cantos ya no llega. Queda, solitaria, una barca, ante Tiberíades, resplandeciente en medio del lago luminoso por la luna menguante. Navega lentamente hacia arriba y hacia abajo... María la observa hasta que la ve volver la proa hacia la orilla.
Entonces se pone de pie y dice: «¡Señor, ayúdame! Haz que sea...» y desciende ágil la pequeña escalera, y entra despacio en una habitación que tiene la puerta entornada... Al blanco claror de la luna es posible distinguir un lecho. María se inclina hacia él y llama: «¡Maria! ¡Maria! ¡Despiértate! ¡Vamos!».
María de Alfeo se despierta y, atónita por el sueño, pregunta mientras se restriega los ojos: «¿Ya es hora de marcharnos? ¡Qué pronto se ha hecho de día!». Está tan adormilada, que ni siquiera comprende que no es luz de alba sino de luna la tenue fosforescencia que entra por la puerta abierta. Pero se da cuenta de esto cuando está fuera, en el pequeño pedazo de tierra cultivada que hay delante de la casa del barquero.
«¡Pero si es de noche!» exclama.
«Sí. Pero vamos a acortar el tiempo y a salir antes de esta ciudad... al menos eso espero. ¡Ven! Por aquí, siguiendo la orilla. ¡Apresúrate! Antes de que la barca toque tierra...».
«¿La barca? ¿Qué barca?» pregunta María. Pero corre detrás de la Virgen, que va muy deprisa por la orilla desierta en dirección al pequeño espigón hacia el que se dirige la barca.
Llegan, jadeantes, unos instantes antes que ésta... María agudiza la mirada. Exclama: «¡Alabado sea Dios! Son ellas. Ahora ven detrás de mí... porque hay que ir a donde vayan ellas... No sé dónde viven...».
«¡Pero María... por piedad!... ¡Nos van a tomar por meretrices!...».

8 La Purísima menea la cabeza y susurra: «Basta con no serlo. ¡Ven!» y la lleva a la penumbra de una casa.
La barca arriba, y, mientras hace las maniobras para abordar, una litera que estaba esperando cerca y que ahora estaban acercando, se detiene. Suben a ella dos mujeres, mientras que otras dos se quedan abajo y van andando al lado de la litera. La litera se pone en movimiento al paso cadencioso de cuatro númidas vestidos con una cortísima

túnica sin mangas que apenas si les cubre el torso...
Y María detrás, a pesar de las protestas medio veladas de María de Alfeo: «¡Dos mujeres solas!... ¡Detrás de ésos! Están medio desnudos... ¡Válgame Dios!...».
Pocos metros de camino y luego la litera se detiene. Baja una mujer, mientras el guía llama a un portal.
«¡Adiós, Lidia!».
«¡Adiós, Valeria! Acaricia a Faustina por mí. Mañana por la noche volveremos a leer en tranquilidad, mientras los otros juerguean...».
El portal se abre, y Valeria, con su esclava o liberta, está ya para entrar.
9María va hacia ella y dice: «¡Señora! ¡Una palabra!» .
Valeria mira a las dos mujeres envueltas en un manto hebreo, muy sencillo y que cubre mucho el rostro, y cree que son unas mendigas. Ordena: «¡Bárbara, da el óbolo!».
«No, señora. No pido dinero. Soy la Madre de Jesús de Nazaret y ésta es mi pariente. Vengo en su Nombre para solicitarte una cosa».
«¡Dómina! Quizás... es que persiguen a tu Hijo...».
«No más de lo habitual. Pero Él querría...».
«Entra, Dómina. No es digno que te quedes en la calle como una mendiga».
«No. Lo digo pronto, si me escuchas en secreto...».
«¡Fuera todos vosotros!» ordena Valeria a la esclava, o quizás liberta, y a los porteros.
«Estamos solas. ¿Qué quiere el Maestro? Yo no he ido por no ser causa de mal para Él en su ciudad. ¿Y Él? ¿No ha venido por no causarme daño ante mi esposo?».
«No. Por consejo mío. A mi Hijo le odian, señora».
«Lo sé».
«Encuentra consuelo sólo en su misión».
«Lo sé».
«No pide honores ni soldados, no aspira a reinos ni a riquezas. Pero hace valer su derecho sobre los espíritus».
«Lo sé».
«Señora... Él debería traerte a aquella niña... Pero, y no te enojes si te lo digo, aquí ella no podría hacer que su espíritu fuera de Jesús. Tú eres mejor que las otras... Pero alrededor de ti... demasiado vivo está el fango del mundo».
«Es verdad. ¿Y entonces?».
«Tú eres madre... Mi Hijo tiene sentimientos de padre para con todos los espíritus. ¿Soportarías tú que tu hija creciera en medio de quienes podrían causar su ruina?...».
«No. Y he comprendido... Bueno, pues... di a tu Hijo estas palabras: "En recuerdo de Faustina, salvada en la carne, Valeria te deja a Áurea para que salves su espíritu...". ¡Es cierto! Estamos demasiado pervertidos como para inspirar confianza a un santo... ¡Señora, ora par mí!» y se retira antes de que María pueda darle las gracias. Se retira, yo diría, llorando...
María de Alfeo se ha quedado de piedra.
«Vamos, María... Mañana al añochecer partimos y al caer de la tarde estaremos en Nazaret...».
«Vamos... La ha cedido como... como una cosa...».
«Para ellos es una cosa. Para nosotras es un alma. Ven. Mira... Ya blanquea el cielo allá en el fondo. Se puede decir que no hay noche en este mes...».
10Van, en vez de por el camino de la orilla, por el que se abre ante ellas no ya en

penumbra. Un camino que va por detrás de una fila de casitas modestas... Cuando están a la mitad del recorrido, de detrás de una esquina sale Judas, visiblemente embriagado; un Judas que viene de quién sabe qué festín, despeinado, arrugadas las vestiduras, el rostro ajado.
«¡Judas! ¿Tú? ¿En este estado?».
A Judas no le da tiempo a fingir que no la conoce, tampoco puede huir... La sorpresa le aclara la mente y le clava donde está, sin reacción.
María se le acerca, venciendo la repugnancia que despierta en ella el aspecto del apóstol, y le dice: «Judas, desgraciado hijo, ¿qué haces? ¿No piensas en Dios? ¿En tu alma? ¿En tu madre? ¿Qué haces, Judas? ¿Par qué quieres ser pecador? ¡Mírame, Judas! No tienes derecho a matar tu alma...» y le toca, tratando de tomarle una mano.
«Déjame tranquilo. Al fin y al cabo soy un hombre. Y... y soy libre de hacer lo que todos hacen. Dile a Él, que te manda para espiarme, que no soy todavía todo espíritu, y que soy joven».
«No eres libre de destruirte. ¡Judas, ten piedad de ti mismo!... Actuando así no serás nunca un espíritu beato... Judas... Él no me ha mandado para espiarte. Él ora por ti, sólo eso, y yo con Él. En nombre de tu madre...».
«Déjame tranquilo» dice Judas con descortesía. Y luego, quizás sintiéndose ruin, corrige: «No merezco tu piedad... Adiós...» y huye...
«¡Qué demonio!... Se lo voy a decir a Jesús» exclama María de Alfeo. «¡Tiene razón mi Judas!».
«Tú no dirás nada a nadie. Orarás por él, eso sí...».
«¿Lloras? ¿Lloras por él? ¡Oh!...».
«Lloro... Me sentía feliz de haber salvado a Áurea... Ahora lloro porque Judas es pecador. Pero a Jesús, que está muy afligido, le llevaremos sólo la noticia hermosa. Y le arrebataremos, con penitencias y oraciones, el pecador a Satanás... ¡Como si fuera hijo nuestro, María! ¡Como si fuera hijo nuestro!... Tú también eres madre, y sabes... Por esa madre infeliz, por esta alma pecadora, por nuestro Jesús...».
«Sí, oraré... Pero no creo que él lo merezca...».
«¡Maria! No digas eso...».
«No lo digo. Pero... es así. ¿No vamos a casa de Juana?».
«No. Iremos pronto a su casa con Jesús...».

439. María Stma. enseña a Áurea a hacer la voluntad de Dios.
20 de mayo de 1946.

[1]Está muy cansada la Virgen cuando vuelve a poner pie en su casa. Pero viene muy feliz. Pregunta en seguida por su Jesús, el cual está todavía trabajando, con las últimas luces del día que ya muere, en la puerta del horno (ya va a colocarla de nuevo en su sitio). Le ha abierto Simón, quien, después del saludo, se retira prudentemente a la sala-taller. A Tomás no le veo. Quizás está fuera.
Jesús deja sus herramientas en cuanto ve a su Madre, y va hacia Ella limpiándose las

manos manchadas de grasa (está suavizando con aceite los goznes y los cerrojos) en su mandil de trabajo. Su recíproca sonrisa parece hacer luminoso el huerto en que va mermando la luz.
«La paz a ti, Mamá» .
«La paz a ti, Hijo».
«¡Qué cansada estás! No has descansado...».
«Desde un alba a un ocaso en casa de José. Pero sin estos grandes calores me habría puesto en camino en seguida para venir a decirte que Áurea es tuya».
«¡¿Sí?!». El rostro de Jesús hasta se hace más joven por esta gozosa sorpresa. Parece un rostro de poco más de veinte años, y, con la alegría, perdiendo esa gravedad que generalmente tienen su rostro y sus gestos, adquiere aún mayor semejanza con el de su Madre, siempre tan serenamente niña en los ademanes y en el aspecto.
«Sí, Jesús. Y he obtenido esto sin ningún esfuerzo. La dama ha aceptado inmediatamente. Se ha conmovido al reconocer que ella, y con ella sus amigas, están demasiado contaminadas para educar a una criatura en orden a Dios. Un reconocimiento muy humilde, muy sincero, verdadero. No es fácil encontrar a alguien que, sin ser forzado a ello, reconozca que es defectuoso».
«Sí, no es fácil. Muchos en Israel no lo saben hacer. Son almas hermosas sepultadas bajo una costra de suciedad. Pero cuando caiga la suciedad...».
«¿Sucederá, Hijo?».
«Estoy seguro. Tienden instintivamente al Bien. Acabarán adhiriéndose. ¿Qué te ha dicho?».
«Pocas palabras... Nos hemos entendido en seguida. [2]Pero bueno será tener aquí en seguida a Áurea. Quiero decirle yo esto; bueno, si Tú quieres, Hijo mío».
«Sí, Mamá. Mandamos a Simón» y llama con fuerte voz al Zelote, que viene en seguida.
«Simón, ve a casa de Simón de Alfeo y di que mi Madre ha vuelto; luego ven con la muchacha y con Toma, que está allí para terminar ese trabajito que le ha rogado hacer Salomé».
Simón se inclina y sale acto seguido.
«Cuenta, Mamá... Tu viaje... tu coloquio... ¡Pobre Mamá, qué cansada estás por causa mía!».
«¡Oh, no, Jesús! Ningún cansancio cuando Tú te sientes feliz...», y María cuenta su viaje y los miedos de María de Alfeo, el alto en el camino en casa del barquero, el encuentro con Valeria; y termina: «Dado que el Cielo lo permitía, he preferido verla a esa hora. Más libre ella, más libre yo, y María Cleofás consolada antes, porque de estar dos mujeres solas por Tiberíades sentía un terror que sólo el amor por ti, el pensamiento de servirte, podía superar...», y María sonríe, recordando las angustias de su cuñada...
Jesús también sonríe. Dice: «¡Pobrecilla! Es la verdadera mujer de Israel, la antigua mujer, reservada, toda ella casa, la mujer *fuerte* según los Proverbios. Pero en la nueva Religión la mujer no será sólo *fuerte* en la casa... Serán muchas las que superarán a Judit y a Yael, siendo heroicas en sí, con un heroísmo propio de la madre de los Macabeos... Y también lo será nuestra María. Pero por ahora... es todavía así... [3]¿Has visto a Juana?».
María ya no sonríe. Quizás teme otra pregunta, sobre Judas. Y responde rápidamente: «No he querido imponer más angustias a María. Hemos estado dentro de casa hasta la mitad entre la nona y la caída de la tarde, descansando, y luego hemos partido... Pensé que pronto la veríamos, en el lago...».

«Has hecho bien. Me has dado la prueba del sentimiento de las romanas hacia mí. Si Juana hubiera intervenido, se hubiera podido pensar que cedían ante la amiga. Ahora vamos a esperar hasta el sábado y, si Mirta no viene, iremos nosotros con Áurea».
«Hijo, yo quisiera quedarme...».
«Estás muy cansada. Lo veo».
«No, no por ese motivo... Pienso que Judas podría venir aquí... Si conviene que en Cafarnaúm haya siempre alguien que le espere para acogerle como amigo, también conviene aquí que haya alguien que le acoja con amor».
«Gracias, Mamá. Tú eres la única que comprende lo que le puede salvar todavía...».
Suspiran los dos por el discípulo causante de dolor...

[4]Regresan Simón y Tomás con Áurea, que corre hacia María. Jesús la deja con su Madre y se dirige a casa con los apóstoles.
«Has orado mucho, hija, y el buen Dios te ha escuchado...» empieza a hablar María.
Pero la niña la interrumpe con un grito de alegría: «¡Me quedo contigo!» le echa los brazos al cuello y la besa.
María devuelve el beso y, teniéndola aún entre sus brazos, dice: «Cuando uno hace un gran favor hay que corresponder, ¿no es verdad?».
«¡Oh, sí! Y yo corresponderé contigo con mucho amor».
«Sí, hija. Pero por encima de mí está Dios. Es Él el que te ha hecho este gran favor, el que te ha concedido esta gracia sin medida, de acogerte entre los miembros de su pueblo, de hacerte discípula del Maestro Salvador. Yo no he sido sino el instrumento de la gracia, pero la gracia ha sido Él, el Altísimo, el que te la ha concedido. ¿Qué vas a dar, pues, al Altísimo para decirle que se lo agradeces?».
«Pues... no sé... Dímelo tú, Madre...».
«Amor, esto sin duda. Pero el amor, para ser tal verdaderamente, debe estar unido al sacrificio, porque si una cosa cuesta tiene más valor, ¿no es verdad?».
«Sí, Madre».
«Bien, pues entonces diría que tú, con la misma alegría con que has gritado: "¡Me quedo contigo!", deberías gritar: "¡Sí, oh Señor!" cuando yo, pobre sierva suya, te diga la voluntad del Señor para ti».
«Dímela, Madre» dice Áurea, aunque poniéndose serio su rostro.
«La voluntad de Dios te confía a dos buenas madres, a Noemí y a Mirta...» .
En los ojos claros de la muchacha brillan gruesos lagrimones, y ruedan luego abajo por su carita rosada.
«Son buenas. Jesús y yo las queremos. A una le ha salvado Jesús al hijo, a la otra yo se lo he alactado. Y tú misma has visto que son buenas...».
«Sí... pero esperaba estar contigo...».
«Hija, no todo se puede tener. [5]Ya ves que yo tampoco estoy con mi Jesús. Os le doy, y estoy lejos, muy lejos de Él, mientras va recorriendo Palestina, predicando, curando, salvando a las jovencitas...».
«Es verdad...».
«Si le quisiera para mí sola, no habrías sido salvada; si le quisiera para mí sola, vuestras almas no serían salvadas. Considera cuán grande es mi sacrificio. Os doy a un Hijo para que sea inmolado por vuestras almas. Por lo demás, yo y tú estaremos siempre unidas, porque las discípulas están y estarán siempre unidas en torno a Cristo, formando una gran familia unida por el amor a Él».

«Es verdad. Y luego... voy a volver aquí, ¿no es verdad? ¿Nos seguiremos viendo?».
«Ciertamente. Mientras Dios lo quiera».
«Y orarás siempre por mí...».
«Oraré siempre por ti».
«Y, cuando estemos juntas, ¿me vas a seguir instruyendo?».
«Sí, hija...».
«¡Ah, yo quería llegar a ser como tú! ¿Podré? Saber, para ser buena...».
«Noemí es madre de un arquisinagogo y discípulo del Señor; Mirta, de un hijo que ha merecido la gracia del milagro y es discípulo bueno. Y las dos mujeres son buenas y sabias, además de personas muy llenas de amor».
«¿Me lo aseguras?».
«Sí, hija».
«Entonces... bendíceme y hágase la voluntad del Señor... como dice la oración de Jesús. La he dicho muchas veces... Es justo que ahora haga lo que he dicho, para obtener el no volver jamás con los romanos...».
«Eres una buena muchacha. Y Dios te ayudará cada vez más. Ven, vamos a decirle a Jesús que la más joven discípula sabe hacer la voluntad de Dios...» y, llevándola de la mano, María vuelve a entrar en casa, con la niña.

440. Otro sábado en Nazaret. Obstinación de José de Alfeo.
21 de mayo de 1946.

1 Un nuevo sábado en Nazaret, o sea, un nuevo comienzo de sábado, porque apenas está empezando la puesta del Sol del viernes, cuando, sudorosas pero contentas, llegan Mirta y Noemí junto con el joven Abel. Se apean de sus burritos - Abel los lleva a otro lugar, ciertamente a algún establo amigo, quizás al de los dos asnerizos de Nazaret, ahora discípulos - y entran por la puerta del taller, abierta para dar ventilación a la amplia habitación, donde hasta poco antes el calor de la rústica chimenea se ha hecho cómplice del gran calor estival.
Tomás está dejando en su sitio los instrumentos y Simón barre el serrín, mientras Jesús limpia cazuelas y cazoletas, de colas y barnices.
«La paz a ti, Maestro, y a vosotros, discípulos» saludan las mujeres, inclinándose mucho ya desde el primer momento en que entran, para, atravesado el taller, terminar postrándose a los pies de Jesús.
«La paz a vosotras. ¡Sois muy fieles! ¡Venir con este calor!».
«¡Oh, nada! Se está tan bien aquí, que se olvida todo. ¿Tu Madre dónde está?».
«Está por allí, terminando una túnica de Áurea. Id si queréis».
Las dos se marchan deprisa con sus alforjas y se oyen sus voces armónicas, más bien bajas, que se funden con la vocecita aún no pulida de Áurea y con la voz argentina de María.
«¡Ahora se sentirán felices!» dice Tomás.
«Sí. Son buenas mujeres» responde Jesús.
«Maestro, Mirta, además de conservar el hijo que tenía, ha adquirido una nueva hija. Y en poco más de un año...» dice el Zelote.

«Sí. En poco más de un año. Hace ya más de un año que María de Lázaro se ha convertido. ¡Cómo pasa el tiempo! Me parece ayer... ¡Cuántas cosas también el año pasado! ¡Aquel hermoso retiro antes de la elección! ¡Luego Juan de Endor! ¡Luego Margziam! Luego Daniel de Naím y luego María de Lázaro y luego Síntica... Pero, ¿dónde estará Síntica? Pienso en ello frecuentemente, y no sé comprender por qué...». Tomás termina monologando consigo mismo, porque Jesús y Simón no le responden; es más, salen al huerto a lavarse para después llegarse donde las discípulas.

2Y se nos reanuda la visión... Regresa Abel de Belén y encuentra todavía a Tomás, que está pensando, delante del lugar donde generalmente trabaja, mientras remueve distraídamente sus finas obras maestras de orfebre.

«¿Has encontrado en qué trabajar?» pregunta el discípulo inclinándose hacia esos objetos finos.

«¡Oh! He hecho felices a todas las mujeres de Nazaret. No habría imaginado nunca que hubiera que arreglar tantas hebillas y brazaletes y collares y lises. Hasta he tenido que rogar a Mateo que me trajera metal de Tiberíades. Me he hecho una clientela... ¡ja! ¡ja! (ríe alegre) como no la tiene ni siquiera mi padre. Verdad es que no pido dinero... ».

«¿Pones tú todo?».

«No. Cobro sólo el valor del metal. El trabajo lo regalo».

«Eres generoso».

«No. Sabio. No estoy ocioso. Doy ejemplo de laboriosidad y de desapego del dinero y... predico... ¡Calla! Creo que actuando así he predicado más, sin decir una palabra, sin haber dicho una palabra en la sinagoga, que si hubiera estado hablando sin parar. Y además... hago práctica. Me he prometido a mí mismo que con el trabajo haré propaganda, cuando tenga que ir a predicar a Jesús en medio de los infieles; me estoy adestrando a ello».

«Eres sabio como orfebre y como apóstol».

3«Me esfuerzo en serlo por amor a Jesús... ¿Así que tú has ganado una hermana? Trátala bien, ¿eh? Es como una palomita de nido; te lo digo yo, que estoy acostumbrado por mi oficio a tratar con las mujeres. Es una ingenua palomita que ha tenido gran miedo del gavilán, y que busca alas maternas y fraternas como defensa. Si tu madre no la hubiera deseado, la habría pedido yo para mi hermana gemela. ¡Un hijo más, un hijo menos! Es muy buena mi hermana, ¿sabes?».

«También mi madre. Se le murió una niña cuando se quedó viuda. Quizás con el dolor de la muerte de su marido la leche se había hecho mala... Yo apenas me acuerdo de esa hermanita... y quizás ni siquiera la recordaría, si me madre no la llorase frecuentemente, y si todas las niñitas pobres de Belén no hubieran tenido derecho a comida y vestidos de nuestra casa en recuerdo de la pequeñuela muerta... Y, como he crecido yo solo con mi madre, he acabado teniendo yo también un gran amor por las niñas pequeñas... Me doy cuenta de que ésta ya no es una niña pequeña... pero la veré como si lo fuera, por su corazón, si es como decís mi madre, Noemí y tú...».

«Puedes estar seguro de ello. Vamos allá...».

4Allá, o sea, en el comedor, están las mujeres, Jesús y el Zelote. Y Mirta, que ha venido ya con una gran esperanza, está conquistando a Áurea, probándole una túnica de lino que ha cosido para la muchacha.

«Te cae muy bien» dice mientras se la quita y la acaricia, y mientras le coloca bien la

túnica que, al meter la nueva, se ha descolocado. «Te cae muy bien. Bueno, todo irá bien. Ya verás, hija mía... ¡Oh, ahí está mi Abel! Acércate, hijo. Ésta es Áurea. ¿Sabes que ahora va a ser nuestra?».
«Lo sé, madre, y estoy contento junto contigo». Mira a la muchacha... la estudia... sus ojos obscuros se quedan fijos y se pierden en los grandes iris de pálido cielo de ella. El examen le satisface. Le sonríe. Le dice: «Nos amaremos en el Señor, que nos ha salvado, y le amaremos a Él y haremos que le amen. Y seré para ti hermano en el espíritu y en el afecto. Lo prometo delante del Maestro y de mi madre» y, con una hermosa sonrisa límpida de joven puro, ya encaminado hacia la alta espiritualidad, le tiende la mano fuerte y morena.
Áurea titubea, pero luego, ruborizándose, pone su mano izquierda en la derecha que le ofrecen, y dice: «Así lo haremos. En el Señor».
Los adultos se sonríen entre sí...
5«Aquí se puede entrar sin llamar a las puertas...».
«¡Ahí está Simón de Jonás! Esta vez no ha resistido la tentación...» ríe Tomás mientras se apresura a ir afuera.
«Sí, no he resistido... ¡La paz a ti, Maestro!». Besa a Jesús y Jesús le besa. «¿Quién puede resistir?». Ve a María y se inclina para saludar, luego prosigue: «Pero, por escrúpulo, hemos pasado por Tiberíades y hemos buscado a Judas. Porque... ¡estamos todos, eh! Los otros están llegando. También Margziam... Bueno, estaba diciendo que hemos pasado por Tiberíades. ¡Mmm!... en fin, buscando a Judas, por si... hubiera pensado, al menos para el cuarto sábado, venir a Cafarnaúm... Habría sido feo que no hubiéramos estado ninguno... Y le hemos encontrado... En fin, bueno, le ha encontrado Isaac, que iba a saludar a Jonatán... Porque Isaac ha terminado por venir a Cafarnaúm a esperarte con no sé cuántos, que se han quedado allí para hacerse más sabios bajo la guía de Hermas y Esteban, de tu hijo, Noemí, y del sacerdote Juan... Pero Isaac debe haber destruido las impaciencias, los resentimientos, las furias, en su larga enfermedad... ¡No reacciona nunca! Aunque le estén dando bofetadas, sonríe... ¡Qué hombre más pacífico! Bien. Nos dijo: "He visto a Judas. No va. No insistáis". Comprendí. Y dije: "¿Te ha respondido mal? Dilo. Soy el jefe y debo saberlo...". "¡Oh, no?" respondió. "No ha respondido mal él, sino *su* mal. Hay que compadecerse de él"... Pues nada, compadezcámosle... Bueno, en definitiva, que estamos aquí. Y bien contentos de... 6Ahí están los otros...».
Y con los otros están también Judas y Santiago de Alfeo, con su madre y los discípulos de Nazaret: Aser, Ismael y Simón de Alfeo, y, cosa rara, también José de Alfeo. Descargan sus bolsas. Natanael ha traído miel. Felipe una cesta pequeña de uva blonda como los cabellos de Áurea. Pedro, pescado marinado, y lo mismo los hijos de Zebedeo. Mateo, que no tiene una casa gobernada por mujeres, y, por tanto, no tiene ninguna cosa buena, ha traído una ánfora llena de tierra y dentro de ella un tronco sutil, que, por las hojas, diría que es un limonero o un naranjo a otra planta de agrios, y explica: «Una primicia... Sólo quien haya estado en Cirene puede tenerlo, y conozco a uno que ha ido a Cirene, uno del fisco, como era yo antes. Ahora ya no trabaja y está en Ippo. He ido para que me diera esta plantita, porque se debe plantar con la Luna nueva. Son frutos buenos, hermosos, y la flor tiene un suave aroma y parece una estrella de cera, una estrella como tu nombre... Aquí tienes» y ofrece la planta a María.
«¡Pero cuánto has trabajado con este peso, Mateo! Te lo agradezco. Mi huerto cada vez es más bonito por vosotros: el alcanfor de Porfiria, las rosas de Juana, tu planta rara,

Mateo, las otras, de flores, que trajo Judas de Keriot... ¡Cuántas cosas bonitas! ¡Qué buenos sois todos con la Madre de Jesús!».
Todos los apóstoles están conmovidos; lo único, se miran con el rabillo del ojo unos a otros cuando María nombra a Judas.
7«Sí. Te quieren. Pero también nosotros» dice serio y todo erguido José de Alfeo.
«¡Ciertamente! Vosotors sois los queridos hijos de Alfeo, pariente mío y de María, que es muy buena. Y me queréis. Pero esto es natural. Somos parientes... Éstos, sin embargo, no son de la sangre, y, no obstante, son como hijos para mí, como hermanos para Jesús, por lo mucho que le aman y por cómo le siguen...».
José comprende la alusión; se aclara la voz buscando las palabras... Las encuentra... Dice: «Ya, claro. Pero si yo no estoy todavía con ellos es porque pienso también en las consecuencias para Él, para ti... y... y... En definitiva, también es amor el mío, especialmente hacia ti, pobre mujer que te quedas sola demasiado tiempo... Y he venido a decir a Jesús que me alegro de que se haya recordado también de las necesidades de su Madre y haya hecho lo que era útil hacer aquí...» y, contento de ser la *"cabeza"* de la parentela y de poder alabar y reconvenir, se digna encomiar a Jesús por todos los trabajos de carpintería, barnizado y otros, hechos en ese mes: «¡Así hay que hacer! ¡Ahora se ve que esta mujer tiene un hijo! Y me alegro de poder decir que reconozco a mi sabio Jesús de Nazaret. ¡Sí, señor, muy bien!».
Y el sabio Jesús de José, el sapientísimo Verbo Divino humillado en una carne, manso y humilde, acoge estas alabanzas mezcladas con los... autorizados consejos de su primo José con una sonrisa tan dulce, que sirve para frenar cualquier intempestiva reacción apostólica en favor de Jesús.
Y José, que ya ha tomado carrerilla, viéndose escuchado de esa manera, no se refrena, sino que prosigue: «Mi esperanza es que de ahora en adelante Nazaret no tenga ya la imagen de una pobre madre abandonada y de un hijo suyo que, imprudente, se sale del sendero común para recorrer caminos poco seguros respecto a las metas y a las consecuencias. Hablaré con mis amigos, con el arquisinagogo... Te perdonaremos... ¡Nazaret se alegrará mucho de volverte a abrir sus brazos como a un hijo que vuelve, y que vuelve como ejemplo de virtud para todos los habitantes; mañana mismo, yo mismo, iré de nuevo contigo a la sinagoga y...».
8Jesús alza la mano, imponiendo silencio, y, sereno pero *bien* decidido, dice: «A la sinagoga, como fiel, ciertamente iré, como he ido los otros sábados. Pero no hace falta que intercedas en favor mío. Por que una hora después de la puesta del Sol me marcharé para evangelizar de nuevo, como es mi deber de obediencia al Altísimo».
¡Oh, una humillación grande para José!... ¡Muy grande!... Toda su mansedumbre se quebranta y vuelve a emerger su hostil intransigencia: «De acuerdo. Pero no me busques cuando necesites algo. Yo he cumplido con mi deber. Tus seguras desventuras no caen sobre mí. Adiós. Aquí sobro, porque no puedo comprenderos a vosotros y vosotros no podéis comprenderme a mí. Me retiro, sin rencor, pero muy afligido... Que el Señor lo proteja como protege a todos los... simples de mente, incompletos... ¡Adiós, María! ¡Sé fuerte, pobre madre!».
«Adiós, José. Pero no es por Él por quien debo ser fuerte, sino por ti. Porque tú eres el que está fuera del camino de Dios, y me causas dolor» dice serena pero segura María.
«¡Lo que pasa es que eres un necio! Y, si no fuera porque ahora eres el jefe de casa, te pegaría, fruto de mi sangre pero no de mi espíritu...» grita María de Alfeo. Y diría más

cosas, pero María le suplica: «¡Calla! Por amor a mí».
«Callo. Sí. Pero... fijaos... ¡que tenga que ver entre mis hijos a un bastardo como ése!...». Entretanto, el bastardo se ha marchado, mientras la buena María de Alfeo descarga todo su peso por este hijo obstinado. Y termina su desahogo en un fuerte llanto, y, en medio de sollozos, manifiesta lo que, dentro de su pena, es su mayor pena: «¡Y a ése no le voy a tener conmigo en el Cielo, no le voy a tener! ¡Le veré en medio de tormentos! ¡Oh, Jesús, haz Tú el milagro!».
«¡Sí, mujer¡ ¡Sí, María! ¡No llores! También tendrá su hora él. La undécima, quizás. Pero la tendrá. Te lo aseguro. No llores...» la consuela Jesús... Y, una vez terminado el llanto, dice a los apóstoles y discípulos: «Venid al olivar mientras las mujeres preparan sus cosas. Vamos a hablar entre nosotros».

441. Partida de Nazaret. Un incendio de brezos durante el viaje viene a ser el tema de una parábola.
22 de mayo de 1946.

1Declina la tarde del v*erdadero* sábado y la vida comienza de nuevo, después del descanso sabático; aquí, en la casita de Nazaret, comienza, después del descanso, con los preparativos para la partida: se colocan provisiones; se dispone la ropa aprovechando bien el espacio dentro de las alforjas - alforjas atadas fuertemente con prietos nudos -; se observan las sandalias (si están bien seguras sus correas de cuero y sus hebillas); se da de beber y comer a los burritos, cerca del seto del huerto... Y saludos, y alguna lágrima entre sonrisas y bendiciones. Promesas de volver a verse pronto... Y el don, inesperado, de Tomás a María: una fíbula - nosotros diríamos un broche -, para tener recogida la túnica en el escote, hecha de tres delgados, livianos, perfectos tallitos de muguete, recogidos en dos hojas, cuya exactitud respecto a las verdaderas resulta del metal tratado por mano maestra.
«Sé, Madre, que no la llevarás. Pero, de todas forma, acéptala. Deseaba hacer esto para ti desde que un día mi Señor habló de ti comparándote a los lirios de los valles... No he hecho nada para tu casa... pero he hecho esto para ti, para que la alabanza de tu Hijo quedara traducida en símbolo, para ti que la mereces más que ninguna otra mujer. Y si no he podido dar al metal la suavidad del tallo vivo y la fragancia de la flor, que mi sincero amor por ti, lleno de veneración, le haga suave como una caricia y le perfume con mi devoción hacia ti, Madre de mi Señor».
«¡Oh, Toma! Es verdad, yo no llevo joyas, porque me parecen cosas vanas; pero esto no es vano: esto es amor de mi Jesús y de su apóstol, y lo recibo con amor. Lo miraré todos los días y pensaré en el buen Toma, que ama tanto a su Maestro, que retiene no sólo la Doctrina suya, sino también sus más humildes palabras sobre las cosas más humildes y sobre las más humildes insignificantes personas. Gracia, Toma. ¡No por el valor, sino por tu amor! Gracias».
Todos observan con admiración la obra perfecta, 2y Toma, todo feliz, saca una cosita aún

más pequeña que ha hecho: tres estrellitas de jazmín con minúsculas hojas y unidas en un círculo sutil. Se lo da a Áurea. «Porque no lo has querido con coquetería, porque has estado aquí mientras el jazmín florece, y para que las estrellitas te recuerden a nuestra Estrella. Pero, pon atención: tú, con tus virtudes, debes perfumar a las flores y ser tú misma una flor, cándida, hermosa, pura, que perfume hacia el Cielo. Si no lo haces así, pido la restitución del broche. Ánimo, no llores... que todo pasa... y... y pronto volveremos a casa de María o Ella vendrá donde nosotros... y...».
Pero Tomás, ante el aumento de las lágrimas de Áurea, siente que es mejor no proseguir. Y sale afligido. Dice a Pedro: «Si hubiera imaginado que... se ponía a llorar más, no le hubiera dado nada... Ese broche le he hecho precisamente para consolarla en este momento... No he acertado...».
3Y Pedro, con la confusión del momento, pierde el control y dice: «Siempre es así en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica enton...». Se da cuenta de que ha hablado, quiere recobrarse, se pone lívido... pero ya no tiene solución...
Tomás comprende y, con bondad, le echa un brazo alrededor del cuello y dice: «No te aflijas, Simón. Sé callar. Y comprendo por qué habéis callado... Por Judas de Simón. Yo, por el Dios de nuestros padres, te juro que lo que involuntariamente he sabido está *olvidado.* ¡No sufras, Simón!...».
«Es que el Maestro no quería...».
«Sin duda tenía todas las razones para hacerlo. No lo tomo a mal».
«Ya lo sé. Pero ¿qué dirá?...».
«Nada, porque no sabrá nada. Fíate de mí».
«¡Ah, no! Yo al Maestro no le ando con ningún subterfugio. He errado, merezco reprensión, y además inmediatamente. No voy a tener paz si no le confieso mi error. Toma, sé bueno, ve a llamarle... Voy al taller. Ve y vuelve con Él. Yo estoy demasiado turbado para hacerlo y los otros lo notarían».
Tomás le mira con admirada compasión y vuelve a la casa para llamar a Jesús: «Maestro, ven un momento. Tengo que decirte una cosa».
Jesús, que estaba saludando a María de Alfeo, le sigue sin dilación: «¿Qué quieres?» pregunta mientras camina a su lado.
«Yo nada. Es Simón el que tiene que decirte algo. Ahí está...».
«¡Simón! ¿Qué te pasa que estás tan turbado?».
Pedro se arroja a los pies de Jesús gimiendo: «¡He pecado! ¡Absuélveme!».
«¿Pecado? ¿En qué? Estabas con nosotros, contento, tranquilo...».
«¡Maestro, te he desobedecido! He hecho mención de Síntica a Toma... Estaba turbado por las lágrimas; él lo estaba más que yo y creía que las había aumentado él... Para consolarle, he dicho: "Siempre sucede esto en las despedidas... Si hubieras visto a Síntica...", ¡y él ha comprendido!...».
Pedro levanta su desencajada cara; su mirada está llena de humillación, de desolación.
«...¡Alabado sea Dios, mi Simón! creía que hubieras hecho cosas mucho más graves que ésta. Y tu sinceridad anula incluso esta cosa. Has hablado sin malicia, has hablado a un compañero tuyo. Toma es bueno y no divulgará...».
«Sí, me lo ha jurado... Pero, ¿ves?, ahora tengo miedo de ser demasiado necio y de no saber custodiar un secreto».
«Hasta ahora lo has hecho».
«Sí, pero fíjate, jamás ni una palabra a Felipe y Natanael, y ahora...».

«¡Vamos, levántate! El hombre es siempre imperfecto. Pero cuando lo es sin malicia no comete pecado. Vigílate. Pero no te aflijas más. Tu Jesús tiene para ti un beso, y ninguna otra cosa. Tomás, ven aquí». Tomás se acerca inmediatamente. «Sin duda has comprendido las razones del silencio, ¿no?».
«Sí, Maestro. Y he jurado respetarlo por mi parte y según mi capacidad. Ya se lo he dicho a Simón...».
«Al necio Simón» suspira Pedro.
«No, amigo. Me has edificado por tu humildad y sinceridad perfectas. Me has dado una *gran* lección y la recordaré. No puedo darla a conocer, por prudencia, y ello me duele, porque pocos de entre nosotros tienen y tendrían la justicia que tú has tenido... Pero, nos están llamando. Vamos».
4En efecto, muchos están ya en la calle. Las tres mujeres - Noemí, Mirta y Áurea - están ya subidas a los burros. María está con su cuñada al lado de Áurea, y la besan de nuevo, y, cuando ven venir a Jesús, besan a las dos condiscípulas; como última cosa, saludan a Jesús, que las bendice antes de ponerse en camino...
María y María Cleofás vuelven a la casa... A la casa, en que quedan, como recuerdo de lo que poco antes había, sillas movidas, vajilla sin recoger... el desorden que sigue a una partida.
María, distraídamente, acaricia el pequeño telar en que enseñaba a Áurea a trabajar... Tiene los ojos brillantes de llanto contenido.
«¡Estás sufriendo, María!» le dice María Cleofás, que llora sin poner esfuerzo por no hacerlo. «¡Le habías tomado cariño!... Vienen aquí... luego se van... y nosotras sufrimos...».
«Es nuestra vida de discípulas. Ya has oído lo que decía hoy Jesús: "Así haréis en el futuro; viendo en todas las criaturas almas fraternal, seréis hospitalarias, sobrenaturalmente hospitalarias, sintiéndoos peregrinas vosotras mismas que a los que acogéis los acogéis como peregrinos. Ayudaréis, ofreceréis descanso, consejo, y luego dejaréis que los hermanos vayan hacia sus destinos sin retenerlos con amor celoso, seguras de que más allá de la muerte os volveréis a encontrar con ellos. Vendrán las persecuciones y muchos os dejarán para ir al martirio. Ni seáis cobardes ni aconsejéis la cobardía. Quedaos en oración en las casas vacías para sostener el coraje de los mártires, serenas para fortalecer a los más débiles, fuertes para estar preparadas a imitar a los héroes. Habituaos a las separaciones, a los heroísmos, al apostolado de la caridad fraterna, ya desde ahora...". Y nosotras lo hacemos. Sufriendo,... ¡es verdad! Somos criaturas de carne... Pero el espíritu goza con una alegría espiritual suya, que es hacer la voluntad del Señor y cooperar a su gloria. Y además... yo soy la Madre de todos... y no debo serlo de uno solo. No lo soy exclusivamente ni siquiera de Jesús... Ya ves que le dejo marcharse sin retenerle... Quisiera estar con Él, eso sí. Pero Él juzga que debo quedarme aquí hasta que me diga: "Ven". Y me quedo aquí. ¿Sus estancias aquí?: mis alegrías de Madre. ¿Mis peregrinaciones con Él?: mis alegrías de discípula. ¿Mis soledades aquí?: mis alegrías de fiel que hace la voluntad de su Señor».
«El Señor es tu Hijo, María...».
«Sí. Pero no deja de ser mi Señor... 5¿Vas a estar aquí conmigo, María?».
«Sí, si me dejas... ¡Está tan triste mi casa las primeras horas en que está vacía de mil hijos!... Mañana ya es otra cosa... Y esta vez... bueno, esta vez lloraría más...».
«¿Por qué, María?».

«Porque ya desde ayer estoy llena de llanto... Soy un aljibe, un aljibe en tiempo de lluvias».
«¿Pero por qué, María?».
«Por José... ayer... ¡Oh! No sé si ir y reprenderle severamente, porque, al fin y al cabo... porque este seno le ha llevado y estos pechos le han amamantado, y no hay primogenitura que sea superior a una madre,... o si no volver a hablarle, jamás, a este bastardo que me nació y que ofende a mi Jesús y a ti y...».
«No harás nada de eso. Serás para él siempre "la mamá". La mamá que se compadece del hijo obstinado, enfermo, descarriado, y le amansa con la bondad y le lleva a Dios con la oración y la paciencia... ¡Venga, ánimo, no llores!... Más bien, ven conmigo. Vamos a orar por él en mi habitación, por los que se marchan, por la joven, para que sufra poco y se forme santamente... Ven, ven, María mía» y la lleva consigo...

6Mientras tanto los peregrinos van siguiendo su camino hacia el sudoeste. Adelante van las mujeres, montadas en sus burritos, los cuales, bien alimentados y descansados, van con un trote alegre, obligando a Margziam y a Abel - que por prudencia están a los lados de Áurea, que monta en silla por primera vez - a ir casi corriendo. Y, si bien la cosa es fatigosa, ello sirve para distraer a la joven del dolor por haberse separado de María. De vez en cuando, para dejar un momento de respiro a los dos jovencitos, Mirta para a su burrito ordenando el alto, y no se vuelve a poner en movimiento sino cuando las alcanza el grupo apostólico. Y, en las paradas, Áurea, al dejar de estar distraída por las peripecias de la equitación, vuelve a ponerse triste...
Margziam, experto en sus dolorosas, dilatadas vicisitudes de huerfanito, recogido por caridad por una madre adoptiva después de haber conocido a María, la consuela diciéndole cómo después uno le coge cariño a la madre adoptiva «exactamente igual que si fuera nuestra mamá», y cuenta sus impresiones, y cuenta cómo María y Matías son felices con Juana, y Anastática con Elisa.
Áurea escucha estas narraciones, y, cuando Margziam termina con estas palabras: «Créeme que *todas* las discípulas son buenas y Jesús sabe a quién confiar a los pobrecillos como nosotros», y Abel remacha: «No debes desconfiar de mi madre, que está muy contenta de tenerte y ha orado mucho en estos días para conseguirte de las manos de Dios», Áurea dice: «Lo creo. Y la quiero... Pero María es María... y debéis comprender...».
«Sí. Pero es que nos duele el verte triste...».
«¡Pero ya no estoy triste como en casa del romano y como en las primeras horas de la liberación!... Me siento sólo... desorientada. Yo hacía años que no recibía caricias... Nadie, hasta María, me había vuelto a hacer caricias, después de tantos años de amos...».
«¡Alma mía! ¡Pero si yo estoy aquí para hacerte caricias! Seré una segunda María para ti. Ven aquí, cerca... Si fueras más pequeña, te llevaría en mi silla, como hacía con mi Abel cuando era niño... Pero ya eres una mujer...» dice Mirta acercándose y tomándole una mano. «Una mujercita, para mí, a la que voy a enseñar muchas cosas; y, cuando Abel se marche lejos, a evangelizar, yo y tú acogeremos a los peregrinos, como dice el Señor, haremos mucho bien en su Nombre. Eres joven, me ayudarás...».
7«¡Fijaos qué luz hay allí, detrás de aquella loma!» exclama Santiago de Zebedeo, que les ha dado alcance.
«¿Se está quemando un bosque?».

«¿O un pueblo?».
«Vamos corriendo a ver...».
Ya ninguno está cansado, porque la curiosidad anula cualquier otra sensación. Jesús los sigue benévolo, dejando el camino para tomar una vereda que sube por una loma. Pronto llegan a la cima...
No es ni un bosque ni un pueblo lo que arde, sino una vasta depresión entre dos elevaciones, poblada de brezos, que resecos por el verano, han prendido fuego quizás por alguna chispa proveniente de los leñadores que han estado trabajando más arriba, talando árboles, y ahora arde: una alfombra de llamas bajas, pero vivas, que se desplaza, después de haber devastado los lugares en que ha prendido primero, en busca de nuevos brezos que quemar. Los leñadores intentan la acción contra el fuego. Pero es inútil. Son pocos y, si trabajan en un lado, el fuego se extiende por otro.
«Si llega al bosque es un desastre. Hay árboles de resinas» sentencia Felipe.
8Jesús, con los brazos cruzados, erguido en el límite de la loma, mira y sonríe mientras piensa...
El contraste entre la luz blanca de la Luna, a Oriente, y la roja de las llamas, a Occidente, es vivo, y mientras que las espaldas de los que miran se presentan llenas de blancura por los rayos lunares, sus rostros se ven intensamente rojos por el reflejo de las llamas, las cuales corren, corren, como agua que crece, se desborda y se extiende por todas partes... Está a pocos metros del bosque el incendio, ya ilumina las pilas de leña colocadas en su límite, y el claror, que cada vez es más vivo, muestra las casitas de un pueblecito que está situado en la cima de la loma por la que sube el fuego.
«¡Pobre gente! ¡Van a perderlo todo!» dicen muchos de los presentes. Y miran a Jesús, que no habla y sonríe...
Pero luego... Jesús abre los brazos y grita: «¡Deténte! ¡Muere! Lo quiero».
Y, como si un moyo de grandes dimensiones bajase a sofocar las llamas, prodigiosamente el fuego deja de llamear y la viva y ágil danza de las lenguas se transforma en carbones rojos, encendidos pero sin llamas, luego el rojo se hace violáceo, gris rojo... algún zigzagueo todavía entre la ceniza... y luego no queda más que la Luna con su plata para dar luz a la floresta.
Al nítido claror, se ve a los leñadores reunirse gesticulando, mirando a su alrededor, hacia arriba... buscando al ángel del milagro...
«Vamos a bajar. Voy a labrar esas almas con este inesperado motivo que me han proporcionado. Nos detendremos en el pueblecillo en vez de en la ciudad. Partiremos al alba. Tendrán un sitio para las mujeres. Para nosotros es suficiente el bosque» dice Jesús, y baja veloz, seguido por los demás.
«¿Pero por qué sonreías así? ¡Parecías dichoso!» pregunta Pedro.
«Lo sabrás por mis palabras».
9Ya están donde el baldío se ha transformado en cenizas, todavía calientes y crujientes bajo las sandalias. La atraviesan. Cuando llegan al centro, al lugar en que la Luna incide de lleno, los leñadores los ven.
«¡Como decía yo! ¡El único que podía haber hecho esto era Él! Vamos a correr a venerarle» grita un leñador, y lo hace arrojándose entre las cenizas a los pies de Jesús.
«¿Por qué crees que he podido hacerlo?».
«Porque sólo el Mesías puede esto».
«¿Y cómo sabes que Yo soy el Mesías? ¿Es que me conoces?».

«No. Pero sólo el Bueno que ama a los pobres puede haber tenido piedad, y sólo el Santo de Dios puede haber mandado al fuego y ser obedecido. ¡Bendito sea el Altísimo, que nos ha enviado a su Mesías! ¡Y el Mesías, que ha llegado a tiempo de salvarnos las casas!».
«Deberíais tener más apremio por salvaros el alma».
«El alma se salva creyendo en ti y tratando de hacer lo que enseñas. Pero como puedes comprender, Señor, la desolación de ser despojados de todo puede hacer débiles a nuestras débiles almas... y llevarlas a dudar de la Providencia».
«¿Quién os ha instruido acerca de mí?».
«Algunos discípulos tuyos... Ahí están nuestras familias... Temiendo que todo el collado prendiese fuego, habíamos dicho que los despertaran... Acercaos... Y luego enviamos a otro hombre para que dijera que había un milagro y que vinieran a ver. Aquí están, Señor. La mía. La de Jacob. Ésta es la de Jonatán; ésta, la de Marco; ésta, la de mi hermano Tobías; y ésta, la de Eleazar; y luego las otras, de los que son pastores y ahora están en los altos montes, en los pastos...».
Es un grupo de unas doscientas cincuenta personas como mucho, comprendidos los numerosos niños, todavía lactantes o poco ha separados del pecho, que lloriquean despertados a la mitad o que duermen, desconocedores del peligro que han corrido.
«La paz a vosotros todos. El ángel de Dios os ha salvado. Alabemos juntos al Señor».
«¡Nos has salvado Tú! ¡Tú, que siempre estás presente donde hay fieles que creen en ti!» dicen muchas mujeres... Y los hombres asienten con gravedad.
«Sí. [10]Donde hay fe en mí, está presente la Providencia. De todas formas, tanto en las cosas del espíritu como en las de la materia, es necesario actuar con continua prudencia. ¿Qué es lo que ha encendido los brezos? Probablemente una chispa que se ha escapado de vuestros fuegos, o una ramita que haya querido encender en el fuego uno de los niños, para divertirse en agitarla y lanzarla hacia abajo, con la despreocupación de su edad. En efecto, es bonito ver una flecha de fuego surcar el aire que obscurece. Pero, ¡ya veis lo que puede causar una imprudencia! Puede causar graves desastres. Una chispa, o una ramita caída entre los brezos secos, ha sido suficiente para hacer arder un valle, y, si el Eterno no me hubiera enviado, todo el bosque se habría transformado en un brasero que habría consumido en medio de una mordaza de fuego vuestros bienes y vuestras vidas. Lo mismo con las cosas del espíritu. Hay que estar continua y prudentemente atentos, para que una flecha de fuego, una chispa, no prendan en vuestra fe y la destruyan, después de un proceso inadvertido de incubación en el corazón, con un fuego deseado por los que me odian y provocado para hacerme pobre en fieles. Aquí, el fuego, detenido a tiempo, se ha transformado de maléfico en benéfico, destruyendo el baldío inútil, que habíais dejado prosperar en el valle, y preparándoos, con su destrucción y con el abono que suponen las cenizas, un terreno que, si sois trabajadores, podréis explotar con útiles cultivos. ¡Pero en los corazones lo que sucede es muy distinto!: cuando se os destruye todo el Bien, ya nada más puede brotar ahí, a excepción de zarzas para cama de demonios.
Recordad esto y vigilad contra las insinuaciones de mis enemigos, que, como chispas infernales, serán lanzadas a vuestros corazones. Cuando llegue, estad preparados para el contrafuego. ¿Y cuál es este contrafuego? Es una fe cada vez más fuerte, una voluntad inquebrantable de ser de Dios. Es un pertenecer al Fuego santo. Porque el fuego no se come al fuego. Ahora bien, si sois fuego de amor al Dios verdadero, el fuego del odio a Dios no podrá perjudicaros. El Fuego del amor vence a cualquier otro fuego. Mi Doctrina

es amor, y quien la recoge entra en el Fuego de la Caridad, y ya no puede ser torturado por el fuego del Demonio.

11 Desde lo alto de aquella loma, mientras veía arder los brezos y oía las palabras que vuestros espíritus dirigían al Señor Dios suyo - más aún que ver vuestras acciones orientadas a apagar las llamas -, Yo sonreía. Y un apóstol mío me ha dicho: "¿Por qué sonríes?". Le he prometido: "Te lo diré hablando a los salvados". Lo hago. Sonreía pensando en que, de la misma forma que las llamas se extendían entre los brezos del valle, en vano agredidos por vuestras maniobras, así se va a extender mi Doctrina por el mundo, en vano perseguida por quien no quiere la Luz. Y habrá luz y purificación y bonificación. ¡Cuántas pequeñas serpientes han perecido entre estas cenizas, y con ellas otros seres dañinos! Vosotros teníais miedo a este valle porque en él había demasiados áspides. Pues podéis ver que ni uno sólo se ha salvado. Igualmente el mundo será liberado de muchas herejías, de muchos pecados, de muchos dolores, cuando me haya conocido y haya sido purificado por el fuego de mi Doctrina. Limpiado y liberado de las plantas inútiles, capacitado para recibir la semilla, enriquecido en frutos santos.
Por esto sonreía... Veía en el fuego que avanzaba un símbolo de la extensión de mi Doctrina por el mundo... Luego la caridad hacia el prójimo, que no ha de separarse nunca de la caridad hacia el Señor, ha devuelto mi pensamiento a vuestras necesidades. Y he bajado la mirada mental desde la contemplación de los intereses de Dios hasta la de los intereses de los hermanos, y he parado el fuego para que en medio de vuestro júbilo alabaseis al Señor. Veis, pues, que mi pensamiento ha subido a Dios, de Él ha bajado, más poderoso aún porque el ensimismamiento con Dios aumenta siempre nuestras facultades, y ha vuelto a subir después, junto con el vuestro, a Dios. De esta forma, por la caridad, he realizado conjuntamente los intereses del Padre y de mis hermanos. Actuad también vosotros de modo semejante en el futuro de vuestra vida.

12 Y ahora, para estas mujeres, os pido un lugar para pasar la noche. La Luna se está poniendo y el incendio ha retardado nuestro camino. Así que no podemos proseguir hasta la ciudad cercana».
«¡Venid! ¡Venid! Hay sitio para todos. ¡Podíamos estar nosotros sin techo! Nuestras casas son vuestras. Son casas de pobres, pero están limpias. ¡Venid! Venid y quedarán bendecidas» gritan todos.
Y lentamente suben la ladera, más bien empinada, hasta llegar al pueblecillo que milagrosamente se ha salvado de la destrucción, para desaparecer después cada uno con quien le da alojamiento...

442. Judas Iscariote en Nazaret en casa de María.
23 de mayo de 1946.

1 Leve, levísimamente rojea oriente con el primer atisbo de aurora, cuando Judas de Keriot llama a la puerta de la pequeña casa de Nazaret.

En la calle sólo hay campesinos, mejor dicho: pequeños propietarios de Nazaret, en dirección a sus viñas u olivares, con sus herramientas de trabajo; y miran con asombro a ese hombre que llama a una hora tan mañanera a la casa de María. Cuchichean.
«Es un discípulo» dice uno, respondiendo al comentario de otro. «Está claro que busca a Jesús de José».
«Es inútil. Ayer noche se ha marchado. Lo he visto yo. Voy a decírselo...» dice otro.
«¡Déjalo! Es Judas de Keriot. No me gusta ese hombre. Nosotros quizás cometemos muchos errores con Jesús y hacemos mal. Pero él, ése, el año pasado ha hecho mucho daño aquí entre nosotros... Quizás nos hubiéramos convertido. Pero él...».
«¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo lo sabes?».
«Yo estaba presente una noche en casa del arquisinagogo y, necio de mí, creí inmediatamente en todo... ¡Ahora... basta! Creo que he pecado».
«Quizás él también se ha dado cuenta de que ha pecado y...».
Se alejan y ya no oigo nada de lo que dicen.
2Judas vuelve a golpear en la puerta. Ha estado pegado a ella, la cara contra la madera, como para evitar ser visto y reconocido. Pero la pequeña puerta no se abre. Judas hace un gesto de contrariedad y se aleja por la callecilla que bordea el huerto. Da la vuelta hacia la parte de atrás de la casa. Da una ojeada por encima del seto al huerto quieto, animado sólo por las palomas.
Judas piensa qué hacer. Habla consigo mismo: «A lo mejor se ha marchado Ella también. No obstante... la habría visto. Bueno y... No. Ayer, al atardecer, oía su voz... Quizás ha ido a dormir donde su cuñada... ¡Uf! Eso es tan latoso como tener una abeja delante de la cara, porque volverán juntas, y yo quiero hablarle estando sola, sin esa vieja como testimonio. Es una lenguaraz y me haría una serie de observaciones. No quiero observaciones yo. Y es astuta, como todas las viejas lugareñas. No aceptaría como buenas mis disculpas, y se lo comentaría a esa ignorante paloma de su cuñada... A ésa estoy seguro de engañarla en todos los sentidos. Es tarda como una oveja... Y debo poner remedio a lo que sucedió en Tiberíades. Porque si habla... ¿Habrá hablado, o habrá guardado silencio? Si ha hablado... es más difícil arreglar las cosas... Pero no habrá hablado... Confunde la virtud con la necedad. Como es la Madre, así es el Hijo... Y los otros actúan mientras ellos duermen. Y la verdad es que tienen razón. ¿Por qué dejarlos aparte si parece que quieren?... Pero, por otra parte, ¿qué es lo que quieren?... Tengo la cabeza tan embarullada... Tengo que dejar de beber y... ¡Ya!, pero es que el dinero tienta, y soy como un potro al que hubieran tenido demasiado tiempo encerrado. ¡Dos años, eh! ¡Más de dos años! Dos años de todas las abstinencias... Pero... entretanto... ¿Qué decía anteayer Elquías? ¡No son malas sus enseñanzas! ¡Ciertamente! Todo es lícito con tal de lograr establecer a Jesús en el trono. ¿Pero si Él no quiere? De todas formas, debo pensar, ciertamente, que, si no triunfamos, todos nosotros vamos a acabar como los seguidores de Teodás o de Judas el Galileo... * Quizás haría bien en separarme porque... bueno porque no sé si lo que ellos quieren es bueno. Me fío poco de ellos... Demasiado cambiados de un tiempo a esta parte... Y si... ¡Qué horror! ¿Ser yo el medio para perjudicar a Jesús? No. Me separo. De todas formas, es amargo haber soñado el reino y volver a ser, ¿qué?... Nada... Pero mejor nada que... Él dice siempre: "aquel que cometa el gran pecado". ¿¡Oye!? ¡No iré a ser yo, eh! ¿Yo? ¿Yo? Antes me ahogo en el lago... Me marcho. Es mejor que me marche. Iré donde mi madre. Le pediré dinero, porque está claro que no puedo pedirles a los miembros del Sanedrín el dinero para marcharme. Me... me ayudan

porque esperan que yo los ayude a salir de la incertidumbre. Una vez que Jesús sea rey, estamos seguros. La

---

* el final de los *seguidores de Teodás o de Judas el Galileo* está recordado en *Hechos 5, 36-37.*

muchedumbre con nosotros... Herodes... ¿quién se va a preocupar de él? Los romanos no, el pueblo tampoco. ¡Todos le odian! Y... y... Pero Jesús es capaz de renunciar nada más ser proclamado rey. ¡Oh! ¡bien! ¡Si Eleazar de Anás me asegura que su padre está preparado para ceñirle rey!... Después ya no puede quitarse el carácter sagrado. En el fondo... yo hago como aquel administrador infiel de su parábola... Recurro a los amigos por mí, sí, es verdad, pero también por Él. Hago, por tanto, servir los medios injustos para... ¡Y, a pesar de todo, no! *Debo* tratar de persuadirle. No estoy convencido de actuar bien haciendo este subterfugio... y... ¡Oh; si pudiera convencerle! ¡Porque sería tan hermoso! Mucho... ¡Sí! Ésta es la mejor idea. Decir todo al Maestro con franqueza. Suplicarle... Si es que María no le ha hablado de Tiberíades... ¿Cómo he dicho que hay que decir a María? ¡Ah! ¡sí! La negativa de las romanas. ¡Maldita mujer aquélla! ¡Si no hubiera ido a donde ella aquella noche, no me habría encontrado con María! ¿Pero quién iba a imaginarse que Maria estuviera en Tiberíades! Y pensar que todos los días anteriores al sábado y durante el sábado y el día siguiente del sábado yo no salía nunca para no ver a ningún apóstol... ¡Necio! ¡Necio! ¿No podía haber ido yo a Ippo, a Guerguesa, a buscar mujeres? ¡No! ¡Precisamente allí! A Tiberíades, por donde los de Cafarnaúm tienen que pasar para venir aquí... Pero todo por causa de las romanas... Tenía la esperanza... No, esto es lo que debo decir para disculparme, pero no es cierto. Es inútil que me lo diga a mí mismo, a mí que sé por qué fui allí: para reunirme con los poderosos de Israel y para gozar, porque estoy bien de dinero. De todas formas... qué pronto se consume el dinero... Dentro de poco ya no voy a tener más... ¡Ja! ¡ja!, contaré algún cuento a Elquías y a los compinches y me darán más...».

3«¡Judas! ¿Estás loco? Te estoy mirando desde hace un rato, desde encima de un olivo. Gesticulas... hablas solo... ¿Te ha hecho daño el sol de Tammuz?» grita Alfeo de Sara, asomándose por una bifurcación de ramas de un gigantesco olivo que está a unos treinta metros del lugar donde está Judas.

Judas se estremece, vuelve la mirada, le ve y barbota: «¡Que te lleve la muerte! ¡Maldito pueblo de espías!». Pero con una sonrisa afable grita: «No. Estoy preocupado porque María no abre... ¿No se encontrará mal? ¡He llamado mucho!...».

«¿Maria? ¡Ya podías llamar! Está con una pobre anciana que se está muriendo. Cuando la han llamado era la tercera vigilia...».

«Pues tengo que hablar con ella».

«Espera. Bajo y voy a avisarla. ¿Pero tienes verdadera necesidad?».

«¡Hombre, digo yo! Estoy aquí desde los primeros rayos del Sol».

Alfeo, solícito, baja del árbol y se aleja a buen paso.

«¡También me ha visto ése ahora! ¡Y está claro que va a volver con la otra! ¡Es que no me sale una a derechas!» y echa una letanía de improperios contra Nazaret, los nazarenos, María de Alfeo, a incluso contra la caridad de María Stma. hacia la moribunda, y contra la propia moribunda...

4No ha terminado todavía y ya la puerta - que desde el comedor introduce en el huerto - se abre. En el umbral aparece una Maria muy pálida y triste.

«¡Judas!», « ¡María!» dicen contemporáneamente.
«Ahora te abro la puerta. Alfeo sólo me ha dicho: "Ve a casa. Hay uno que pregunta por ti", y he venido rápidamente, y mucho más porque la pobre anciana ya no me necesita. Ha terminado de sufrir por un hijo malo...».
Judas, mientras habla María, corre por la callejuela y vuelve a la parte de delante de la casa... María abre.
«La paz a ti, Judas de Keriot. Entra».
«La paz a ti, María».
Judas está un poco titubeante. María está tranquila, pero seria.
«He llamado mucho, esta mañana al amanecer».
«Ayer noche un hijo ha quebrantado el corazón de una madre... Y han venido a buscar a Jesús. Pero Jesús no está. También te lo digo a ti: Jesús no está. Has venido tarde».
«Ya sé que no está».
«¿Cómo lo sabes? Has llegado de reciente...».
«Madre, quiero ser franco contigo, que eres buena: estoy aquí desde ayer...».
«¿Y por qué no has venido? Tus compañeros, en estos sábados, sólo no han venido una vez...».
«¡Ya lo sé! He ido a Cafarnaúm y no los he encontrado».
«No mientas, Judas. *En Cafarnaúm no has estado en todo este tiempo.* Bartolomé ha estado siempre allí y no te ha visto. Y Bartolomé no ha venido hasta ayer. Pero tú ayer estabas aquí. Por tanto... ¿Por qué mientes, Judas? ¿No sabes que la mentira es el primer paso hacia el hurto y el homicidio?... La pobre Ester ha muerto incluso, matada por el dolor causado por la conducta de su hijo. Y Samuel, su hijo, empezó a ser la vergüenza de Nazaret con pequeñas mentiras, que cada vez se iban haciendo más grandes... De ellas a todo lo demás. ¿Quieres imitarle tú, apóstol del Señor? ¿Quieres hacer morir de dolor a tu madre?».
El reproche se verifica con voz baja, y lentamente. ¡Pero cómo incide! Judas no sabe qué replicar. Se sienta de golpe, con la cabeza entre las manos.
5María le observa. Luego dice: «¿Entonces? ¿Para qué querías verme? Mientras asistía a la pobre Ester oraba por tu madre... y por ti... Porque me producís compasión, el uno y la otra, por dos motivos diferentes».
«Entonces, si sientes compasión, perdóname».
«Nunca he tenido rencor».
«¿Cómo?... ¿Ni siquiera por... aquella mañana de Tiberíades?... Mira, estaba así porque la noche anterior las romanas me habían tratado mal, como a un loco y como... traidor del Maestro. Sí, lo confieso. Hice mal en hablar con Claudia. Me he equivocado respecto a ella. Pero lo hago buscando el bien. He causado dolor al Maestro. No me lo ha dicho, pero sé que sabe que he hablado. Seguro que ha sido Juana la que ha avisado. Juana no me ha podido ver nunca, y las romanas me causaron dolor... Para olvidar bebí...».
María reacciona con una expresión de compasión involuntariamente irónica, y dice:
«Pues Jesús, por todo el dolor que gusta todos los días, debería estar borracho todas las noches...».
«¿Se lo has dicho?».
«Yo no aumento la amargura del cáliz a mi Hijo con noticias de nuevas defecciones, caídas, pecados, asechanzas... He callado y callaré».
Judas cae de hinojos, tratando de besar la mano de María, pero ella se retira, sin

descortesía, pero sí muy decidida a no dejarse besar ni tocar.
«¡Gracias, Madre! Tú me salvas. Había venido aquí para esto... y para que me facilitaras el camino de acercarme al Maestro sin reprensiones y vergüenza».
«Yendo a Cafarnaúm para venir con los otros, lo habrías evitado. Era muy sencillo».
«Es verdad... Pero los otros no son buenos, y me han puesto espías para luego amonestarme y acusarme».
«Judas, no ofendas a tus hermanos. ¡Basta de pecar! Tú has espiado, aquí, en Nazaret, patria del Cristo, tú...».
Judas la interrumpe: «¿Cuándo? ¿El año pasado? ¿Ves? Han tergiversado mis palabras. Pero créeme que yo...».
«No sé lo que has dicho ni hecho el año pasado. Hablo de ayer. Tú estás aquí desde ayer. Sabes que Jesús se ha marchado. Así que has indagado. Y no en las casas amigas: de Aser, Ismael, Alfeo, ni donde los pocos que aquí aman a Jesús. Porque, si lo hubieras hecho, habrían venido a decírmelo. La casa de Ester se ha llenado de mujeres, al alba, cuando ella ha muerto. Pero ninguna tenía noticia de ti. Eran las mejores de entre las mujeres de Nazaret, las que me quieren y quieren a Jesús, y se esfuerzan en practicar su Doctrina a pesar de la hostilidad de sus maridos, padres a hijos. Por tanto, tú has indagado entre los enemigos de mi Jesús. ¿Cómo llamas tú a esto? Yo no lo digo. Lo debes decir tú. A ti mismo. ¿Por qué lo has hecho? No quiero saberlo. 6Te digo sólo esto. En mi corazón serán clavadas muchas espadas, clavadas y vueltas a clavar, sin piedad, por los hombres que causan dolor a mi Jesús y le odian. Y una será la tuya, y no será desclavada. Porque el recuerdo de ti, Judas, que no te quieres salvar, de ti que te destruyes, de ti que me produces miedo - no miedo por mí misma, sino por tu alma - no saldrá ya de mi corazón. Una la clavó en mi corazón el justo Simeón, mientras llevaba yo en mi pecho a mi Niño, al Corderito mío santo... La otra... la otra eres tú... La punta de tu espada ya me tortura el corazón. Pero, no sintiéndote satisfecho todavía de producir esta pena en una pobre mujer, esperas a clavar del todo tu espada de verdugo en el corazón de quien no te ha dado sino amor... ¡Pero, estúpida soy pretendiendo de ti piedad, que no la has tenido con tu madre!... Es más, mira: con un solo golpe me atravesarás a mí y a ella, ¡oh hijo desgraciado, al que no salvan las oraciones de dos madres!...».
María habla llorando, y las lágrimas no caen en la cabeza morena de Judas, porque él se ha quedado en el lugar donde ha caído de rodillas, separado de María... Esas lágrimas santas las bebe el enlosado... Y la escena me trae el recuerdo de Áglae, sobre la que, por el contrario, puesto que ella se ceñía a María en un sincero deseo de redención, caían las lágrimas.*
7«¿No encuentras una palabra, Judas? No consigues encontrar en ti la fuerza de un propósito bueno? ¡Oh! ¡Judas! ¡Judas! Pero, dime: ¿Estás contento de tu vida? Examínate, Judas. Sé humilde, sincero contigo mismo lo primero. Y luego con Dios, para ir a Él con tu saco de piedras quitadas de tu corazón y decirle: "Mira, me he quitado estos pedruscos por amor a ti"».
«No tengo... el valor de confesarme a Jesús».
«No tienes la humildad para hacerlo».
«Es verdad. Ayúdame tú...».
«Ve a Cafarnaúm y espérale, con humildad».
«Pero tú podrías...».
«Lo único que podré será decir que se haga lo que mi Hijo hace siempre: tener

misericordia. No soy yo la que adoctrina a Jesús, sino que es Jesús quien adoctrina a su discípula».
«Tú eres su Madre».
«Eso es para mi corazón. Pero, por derecho suyo, Él es mi Maestro. Ni más ni menos que para todas las otras discípulas».
«Tú eres perfecta» .
« Él es el Perfectísimo» .
Judas calla y guarda silencio. Luego pregunta: «¿A dónde ha ido el Maestro?».
«A Belén de Galilea».
«¿Y después?».
«No lo sé».
«¿Pero vuelve aquí?».
«Sí».
«¿Cuándo?» .
«No lo sé».
«¡No me lo quieres decir!».
«No puedo decir lo que no sé. Tú le sigues desde hace dos años. ¿Puedes decir que haya tenido siempre un itinerario seguro? ¿Cuántas veces la voluntad de los hombres le ha obligado a cambios?».
«Es verdad. [8]Me marcharé... Iré a Cafarnaúm».
«El sol está demasiado caliente para ir. Quédate. Eres un peregrino como todos los demás. Y Él ha dicho que las discípulas deben atenderlos».
«Mi vista te es molesta...».

_____

* *Áglae, sobre la que... caían las lágrimas*, como fue narrado en 168.8.
«¡Tu no querer sanar me es doloroso! Sólo eso... Quítate el manto... ¿Dónde has dormido?».
«No he dormido. He esperado al alba para verte sola».
«Entonces estarás cansado. En la habitación grande hay lechos. Los han usado Simón y Tomás. Todavía hay sosiego y frescor allí. Ve y duerme mientras te preparo de comer.
Judas se marcha sin replicar. Y María, sin descansar después de la noche pasada en vela, va a la cocina a preparar el fuego, y al huerto a coger las verduras. Y lágrimas, lágrimas, lágrimas caen silenciosas mientras se agacha hacia el hogar para colocar la leña, o hacia la tierra a coger las verduras, y mientras las limpia con agua en la palangana y las prepara... Y lágrimas caen junto con los granos de trigo mientras da la comida a las palomas, o en la ropa que saca del pilón y tiende al sol... Las lágrimas de la Madre de Dios... de Aquella que, Sin Culpa, no estuvo exenta del dolor y sufrió más que ninguna otra mujer, por ser la Corredentora...

443. La muerte del abuelo de Margziam.
25 de mayo de 1946.

1 Jesús debe haber dejado ya a las mujeres, porque está con los apóstoles, con Isaac y con Margziam. Están bajando las últimas pendientes hacia la llanura de Esdrelón mientras la tarde cae lentamente.
Margziam está muy contento de que el Señor le lleve a donde su querido abuelo. Menos contentos están los apóstoles, que recuerdan el reciente incidente con Ismael.* Pero guardan silencio, serios, para no apenar al jovencito, que se alegra de no haber tocado la miel que Porfiria le ha dado, «porque tenía la esperanza de que el Señor concediera a mi corazón la alegría de ver a mi padre. No sé por qué... pero desde hace un tiempo le tengo siempre presente en el espíritu, como si me llamara. Se lo he dicho a Porfiria y me ha dicho: "Me sucede también a mí lo mismo cuando Simón está lejos". Pero no debe de ser como dice, porque antes nunca me había sucedido».
«Porque antes eras un niño. Ahora eres un hombre y tu pensamiento piensa más» le dice Pedro.
«Tengo también dos quesitos y unas pocas aceitunas. Lo que he podido traer, mío mío, a mi querido padre. Y luego tengo una túnica y un manto de cáñamo. Porfiria los quería hacer para mí. Pero le he dicho: "Si me quieres, hazlos para el anciano". ¡Lleva siempre vestidos tan rotos, y está siempre tan sudoroso con sus vestidos de mala lana!... Sentirá alivio».

---

* *Ismael* podría haber sido escrito por MV por error en vez de *Joacana*, protagonista del incidente narrado en el capítulo 430.

«Pero ya, para empezar, tú lo has quedado sin vestidos frescos, y sudas como una esponja, con esos de lana» le dice Pedro.
«¡No importa! Se ha quedado tantas veces sin comer mi padre para dármelo a mí cuando yo estaba en el bosque... Por fin puedo darle yo también algo. ¡Ojalá pudiera ahorrar y darle lo suficiente para que pudiera rescatarse!».
«¿Cuánto tienes hasta este momento?» pregunta Andrés.
«Poco. Con el pescado he sacado ciento diez didracmas. Pero voy a vender pronto los corderos, y entonces... ¡Si pudiera hacerlo antes del frío fuerte!...».
«¿Le recibís vosotros?» pregunta Natanael a Pedro.
«Sí. No nos vamos a quedar en la miseria si ese pobre anciano toma un bocado de nuestro plato...».
«Y además... Puede hacer algún pequeño trabajo... Venir a Betsaida donde nosotros, ¿verdad Felipe?».
«Claro... Te ayudaremos, Simón, dando esta alegría a nuestro buen Margziam y al anciano...».
2 «Esperemos que no esté Jocanán...» dice Judas Tadeo.
«Iré yo delante para avisar» dice Isaac.
Caminan ligeros bajo la luz de la Luna... Llegados a un determinado punto, Isaac se separa, acelerando más aún el paso, mientras el grupo le sigue más lentamente. Un gran silencio hay en la llanura. Hasta los ruiseñores callan.
Caminan, caminan, hasta que ven dos sombras que corren hacia ellos. «Uno es Isaac, seguro... El otro... puede ser tanto Miqueas como el administrador; son igual de altos...» dice Juan.

Ya están cerca... cerquísima. Y es exactamente el administrador, seguido de Isaac, que está consternado.
«Maestro... Margziam... ¡pobre hijo!... Venid pronto... Tu padre, Margziam, está enfermo... mucho...».
«¡Ay! ¡Señor!...» grita el jovencito, con dolor.
«Vamos, vamos... Sé fuerte, Margziam», y Jesús le toma la mano, echándose casi a correr mientras dice a los apóstoles: «Seguidme vosotros...».
«Sí... Pero con cuidado... Está Jocanán» grita el administrador, ya desde lejos.
3E1 pobre anciano está en casa de Miqueas. Hasta un estúpido puede comprender que está a las puertas de la muerte. Su estado es de completa postración, tiene los ojos cerrados, sus facciones ya aparecen relajadas, como de uno que muere. Está céreo, excepto en los pómulos, donde resiste aún un rojo cianótico.
Margziam se agacha hacia la yacija y llama: «¡Padre! ¡Padre mío! ¡Soy Margziam! ¿Entiendes? ¡Margziam! ¡Yabés! ¡Tu Yabés!... ¡Oh, Señor! Ya no me oye... Ven aquí, Señor... Ven aquí. Inténtalo Tú... Cúrale... Haz que me vea, que me hable... ¿Voy a tener que ver morir así a todos los míos, sin que me den un adiós?...».
Jesús se acerca, se inclina hacia el moribundo, le pone una mano en la cabeza y dice: «Hijo del Padre mío, escúchame».
Como uno que sale de un sueño profundo, el anciano respira hondo y, abriendo los ojos ya vítreos, mira vacilante a las dos caras que están inclinadas hacia la suya. Hace ademán de hablar, pero la lengua está muy entorpecida. Mas debe haber reconocido ahora, porque sonríe y trata de coger las manos de los dos para llevárselas a los labios.
«Padre... había venido... ¡He rezado mucho para venir!... Te quería decir... que pronto tendré lo suficiente... para darte con qué rescatarte... y venir conmigo, a casa de Simón y Porfiria, ¡que son tan buenos, tan buenos con tu Yabés!... y con todos...».
El anciano logra mover la lengua, y a duras penas dice: «Que Dios los recompense, y lo recompense a ti... Pero es tarde... Voy con Abraham... a no sufrir más...». Se vuelve hacia Jesús y, con ansia, pregunta: «Así, ¿no es verdad?».
«Así. ¡Estáte en paz!» y Jesús se yergue, majestuoso, y dice: «Yo, con mi poder de Juez y Salvador, te absuelvo de todo lo que en tu vida hayas podido cometer en culpas u omisiones, y de los movimientos del corazón contra la caridad y hacia quien te ha odiado. De todo de perdono, hijo. ¡Ve en paz!». Jesús ha extendido las manos, altas, encima de la yacija, como si fuera un altar y Él, Sacerdote, estuviera para consagrar la víctima.
4Margziam llora, mientras el viejo sonríe dulcemente susurrando: «Se duerme uno en paz con tu ayuda... Gracias, Señor...», y se abate...
«¡Padre! ¡Padre! ¡Oh! ¡Se muere! ¡Se muere! Hay que darle un poco de miel... tiene la boca seca... Está frío... La miel da calor...» grita Margziam, y trata de rebuscar en el talego con una mano, mientras sujeta con la otra a su abuelo la cabeza, que se hace más pesada.
En el umbral de la puerta han aparecido los apóstoles... y observan mudos...
«Bien, Margziam. Sujeto yo al padre» dice Jesús... y luego, a Pedro: «Simón, ven aquí...».
Y Simón, emocionado, se acerca...
Margziam trata de dar un poco de miel al viejo. Hunde un dedo en el tarro y lo saca cubierto de miel filamentosa, que pone en los labios de su abuelo; y éste vuelve a abrir sus ojos, le mira, le sonríe, dice: «Está buena» .

«La he hecho para ti... y también la túnica fresca de cáñamo...».
El anciano levanta la mano temblorosa y trata de ponerla en la morena cabeza. Dice: «Eres bueno... más que la miel... Y es esto... el hecho de que seas bueno, lo que me hace bien... Pero tu miel... ya no hace falta... Y tampoco la túnica fresca... Ten tú esas cosas... Tenlas tú con mi bendición...».
Margziam cae de rodillas y llora, apoyada la cabeza en la orilla del lecho, gimiendo: « ¡Solo! ¡Me quedo solo! ».
Simón da la vuelta en torno al lecho y, con voz más áspera que nunca, por la emoción, dice, mientras acaricia los cabellos de Margziam: «No... Solo no... Yo te quiero. Porfiria te quiere... Los discípulos... muchos hermanos... Y luego... Jesús... Jesús te quiere... ¡No llores, hijo mío!».
«Tuyo... hijo... sí... dichoso yo... ¡Señor!... Señor...», el anciano gorgotea, hace movimientos bruscos... siente el fin.

5Jesús le rodea con el brazo, le levanta algo, entona lentamente: «Alzo los ojos hacia los montes, ¿de dónde vendrá mi auxilio?» y prosigue con todo el salmo 120.* Luego se para y observa al hombre que se le muere entre los brazos calmado por esas palabras... Entona el salmo 121. Pero dice poco de él, porque en cuanto empieza el cuarto versículo se interrumpe y dice: «¡Ve en paz, alma justa!» y le vuelve a recostar, lentamente, y le baja los párpados con la mano. Una muerte tan serena, que ninguno, excepto Jesús, se ha dado cuenta del tránsito; pero lo comprenden por este acto del Maestro. Inmediatamente se oye un murmullo.
Jesús hace un gesto de silencio. Va donde Margziam, el cual, llorando como está con la cabeza agachada y apoyada en el lecho, no se ha dado cuenta de nada. Jesús se agacha hacia él, le abraza tratando de alzarle y dice: «Él está en paz, Margziam. Ya no sufre. La *mayor* gracia de Dios para con él es ésta: la muerte, ¡y en los brazos del Señor! No llores, hijo amado. Mira cómo está en paz... En paz... Pocos en Israel han recibido el premio de este justo: morir apoyado en el pecho del Salvador. Ven aquí, a mis brazos... No estás solo. Y además, está Dios, y es todo, que lo ama por todo el mundo».

6El pobre Margziam da verdaderamente pena, pero encuentra todavía la fuerza de decir: «Gracias, Señor, por haber venido... Y a ti, Simón, por haberme traído... Y a todos, a todos, gracias... por lo que me habéis dado para él... Pero ya no hace falta... Pero... la túnica sí... Somos pobres... No podemos hacer el embalsamamiento... ¡oh! ¡padre mío! ¡Ni siquiera un sepulcro te puedo dar!... Pero, si os fiáis, si podéis... haced los gastos y os daré en octubre el precio de los corderos y del pescado...».
«¡Oye! ¡Digo yo que todavía tienes un padre! ¡Lo arreglo yo! A costa de vender una barca. Daremos al anciano todos los honores. Lo más difícil es conseguir quién anticipe... y quién dé un sepulcro...».
El administrador dice: «En Yizreel, entre la gente del pueblo, hay discípulos. No negarán nada. Me voy a poner en camino en seguida. Volveré antes de que acabe la hora tercia...».
«Sí, pero... ¿y el Fariseo?».
«No temáis. Haré que sepa que hay un muerto y, por no contaminarse, no saldrá de casa. Me voy...».

---

* *el salmo 120 y el salmo 121* están citados según la numeración de la vulgata. Aumentados en una unidad en la neovulgata, corresponden al *Salmo 121* y al *Salmo 122*. En el manuscrito original, MV escribe 121 y *cuarto* sobre puntos suspensivos.

Y Miqueas y los otros van y vienen, preparando lo necesario para los últimos honores del compañero muerto, mientras Margziam, inclinado hacia su abuelo, llora y le acaricia, y Jesús habla en voz baja con los apóstoles e Isaac.

7Y aquí hago una observación mía. Me ha sucedido a veces que me he visto en semejantes vicisitudes, y frecuentemente he notado que los presentes, con finalidad buena o con actitudes intransigentes no buenas, recriminan a los que se sienten desolados por haber perdido a un pariente. Comparo esto con la dulzura de Jesús, que se compadece del sufrimiento del huérfano y no pretende de él un heroísmo innatural... ¡Cuánto hay que aprender de la más mínima acción de Jesús!....

444. Las dotes de Margziam. Lección sobre la caridad, sobre la salvación, sobre los méritos del Salvador.

30 de mayo de 1946 (Ascensión).

1«¿Dónde has dejado las barcas, Simón, cuando has venido a Nazaret?» pregunta Jesús mientras camina en dirección nordeste, dando la espalda a la llanura de Esdrelón y en dirección al Tabor.

«Las he mandado de nuevo a pescar, Maestro. Pero he dicho que cada tres días estén en Tariquea... No sabía cuánto tiempo me quedaría contigo».

«Muy bien. ¿Quién de vosotros quiere ir a advertir a mi Madre y a María de Alfeo que se agreguen a nosotros en Tiberíades? En casa de José es la cita».

« Maestro... quisiéramos todos. Di Tú quién debe ir y será mejor».

«Entonces Mateo, Felipe, Andrés y Santiago de Zebedeo. Los otros que vengan conmigo a Tariquea. Explicaréis a las mujeres el motivo del retraso. Y decidles que cierren la casa y que vengan. Estaremos juntos durante una luna entera. Marchaos, que aquí está la bifurcación. Y que la paz esté con vosotros». Besa a los cuatro que se separan y reanuda la marcha con los otros.

Pero después de pocos pasos se detiene y observa a Margziam, que camina un poco retrasado, con la cabeza baja. Cuando el jovencito llega a donde Él, Jesús le pasa la mano por debajo del mentón y le fuerza a levantar la cara: dos líneas de llanto hay en el rostro morenito.

«¿Irías con gusto también tú a Nazaret?».

«Sí, Maestro... Pero haz lo que Tú quieras».

«Quiero que te sientas confortado, hijo mío... Ve... corre detrás de aquellos. La Madre te consolará». Le besa y le deja partir. Margziam se echa a correr y pronto alcanza a los cuatro.

2«Es todavía un niño...» observa Pedro.

«Y sufre mucho... Ayer por la noche, que le encontré llorando en un rincón de la casa, me dijo: "Es como si se me hubieran muerto ayer mi padre y mi madre... La muerte del anciano padre me ha abierto de nuevo todo el corazón..."» dice Juan.

«¡Pobre hijo!... Pero ha sido buena cosa el que haya estado presente en esa muerte...» dice el Zelote.

«¡Se había hecho tantas ilusiones de poder hacer algo por el anciano!... Me decía Porfiria que hacía todo tipo de sacrificios para poder reunir el dinero. Ha trabajado en los campos, ha hecho haces de leña para los hornos, ha pescado, no ha comido los quesitos, para venderlos, ni la miel, para venderla... Tenía esa preocupación en su corazón y quería tener consigo al anciano... ¡En fin!» dice Pedro.
«Es un hombre de propósitos serios. No le pesa ni el sacrificio ni el trabajo. Buenas cualidades» dice Bartolomé.
«Sí, es un buen hijo y se contará entre los mejores discípulos. Ya veis con qué disciplina se guía incluso en los momentos más desazonados... Su corazón afligido añoraba a María, pero no ha pedido ir con ella. Ha entendido tan bien lo que es fuerza en la oración, que supera a muchos adultos» dice Jesús.
«¿Tú crees que hace los sacrificios con una finalidad determinada?» pregunta Tomás.
«Estoy seguro de ello».
«Es verdad. Ayer dio la fruta a un viejo diciéndole: "Reza por el padre de mi padre, que se me ha muerto hace poco", y yo le hice esta observación: "Él está en paz, Margziam. ¿No crees válida la absolución de Jesús?". Me respondió: "La creo válida. Pero al ofrecer sufragios* pienso en las almas por las que ninguno reza, y digo: si a mi padre ya no le hace falta, pues que vayan estos sacrificios para aquellos en quien nadie piensa". Y me he sentido edificado» dice Santiago de Alfeo.
«Sí. Ayer se acercó a mí y, echándome los brazos al cuello, porque en el fondo es todavía un niño, me dijo: "Ahora sí que eres mi padre del todo... y te devuelvo lo que tu bondad me había posibilitado ahorrar. Ya no le sirve ese dinero a mi anciano padre,... y tú y Porfiria hacéis mucho por mí...". Yo, conteniendo a duras penas las lágrimas, le respondí: "No, hijo mío. Vamos a usar ese dinero en limosnas para los ancianos pobres o para huerfanitos pobres, y Dios usará tus limosnas para aumentar la paz al pobre anciano". Y Margziam me dio dos besos tan fuertes, que... bueno... que ya no pude contener las lágrimas. Y, Bartolomé, como te está agradecido por haber corrido con los gastos, me decía: _____
* *ofrecer sufragios* es un concepto que se puede extraer de *2 Macabeos 12, 45*. La consideración que sigue revela en Margziam, el más joven de los discípulos, pero también uno de los que "se contará entre los mejores"; la intuición de los frutos de la llamada "comunión de los santos".

"Para mí, el honor dado al anciano no tiene precio. Le voy a decir a Bartolomé que me tenga como criado"».
«¡Pobre hijo! ¡Ni durante una hora! Él sirve al Señor y nos edifica a todos. He honrado a un justo. Podía hacerlo, porque mi nombre es conocido y me es fácil encontrar a alguien que me anticipe. Desde Betsaida me encargaré de saldar la pequeña deuda, en el fondo una menudencia...».
«Sí. Como dinero es poco, porque los de Yizreel han sido generosos. Pero tu amor hacia el condiscípulo no es una menudencia. Porque todo acto de amor tiene un valor grande.
3 Vosotros estáis formándoos en este amor al prójimo, que es la segunda parte del precepto básico de la Ley de Dios, y que en realidad en Israel ha caído mucho en abandono. Los muchos preceptos y ese andarse con tiquismiquis - cosas que han subseguido a la clara, coherente, completa Ley del Sinaí, dentro de su brevedad - han tergiversado la primera parte de ese precepto básico, reduciéndolo a un cúmulo de ritos

exteriores a los que les falta lo que les da el nervio, el valor, la verdad; o sea, falta la *adhesión activa del interior* - con las obras que cumple, con las tentaciones que supera - *a las formas de culto externo*. ¿Qué valor puede tener a los ojos de Dios la ostentación de un culto, cuando luego en el interior el corazón no ama a Dios, no se anonada en un respetuosísimo amor a Dios, cuando no le alaba y admira teniendo amor por las cosas hechas por Él, y en primer lugar por el hombre, que es la obra maestra de la Creación terrestre?

¿Veis dónde se ha producido el error en Israel?: en haber hecho, en un primer momento, de un único precepto dos preceptos, para separar luego netamente, con la decadencia de los espíritus, el segundo del primero, como si fuera una rama inútil. No era una rama inútil, no eran ni siquiera dos ramas: era un único tronco, que ya desde la base se había adornado con las distintas virtudes de los dos amores.

Mirad esa gruesa higuera que ha nacido allá arriba, encima de aquel collado. Nacida espontáneamente, casi en la raíz, o sea, apenas salida de la tierra, se ha formado en dos ramas tan unidas, que las dos cortezas se han fundido; pero cada una de las dos ramas han dado las propias frondas a los lados, en forma tan caprichosa, que ha dado el nombre de "Casa de la higuera gemela" a este pueblecillo que está en este pequeño collado. Ahora bien, si uno quisiera ahora separar los dos troncos, que en el fondo son *un* solo tronco, debería usar la segur o la sierra. Pero, ¿qué haría? Haría morir a la planta, o, si fuera tan hábil que guiara la segur o la sierra de forma que lesionara a uno de los dos troncos solamente, salvaría uno de los dos, pero el otro moriría inexorablemente, y el que quedara, aunque siguiera vivo, estaría semimuerto, y probablemente perdería vigor y no daría ya fruto o lo daría muy escaso.

Lo mismo ha sucedido en Israel. Han querido cortar, separar las dos partes (tan unidas que son verdaderamente una cosa sola); han querido retocar lo que era perfecto. Porque todas las obras de Dios son perfectas, todos los pensamientos, todas las palabras. Por tanto, si Dios en el Sinaí mandó amar a Dios santísimo y al prójimo con un único precepto, está claro que no son dos preceptos que puedan ser practicados con independencia el uno del otro, sino que son un solo precepto. Y, no bastándome nunca la formación de que os hago objeto en esta sublime virtud (la mayor de todas, la que sube con el espíritu al Cielo, porque es la única que subsiste en el Cielo), insisto en ella, que es alma de toda la vida del espíritu, el cual pierde la vida si pierde la Caridad, porque pierde a Dios.

4Oídme. Imaginad que a vuestra puerta vengan un día a llamar dos riquísimos esposos, pidiendo hospitalidad para toda la vida. ¿Podríais decir: "Aceptamos al esposo, pero no queremos a la esposa", sin oír esta respuesta del esposo: "Eso no puede ser, porque no me puedo separar de la carne de mi carne. Si no queréis acogerla, yo tampoco me puedo alojar en vuestra casa, y me voy con todos mis tesoros, de los cuales os habría hecho copartícipes"?

Dios está aunado con la Caridad. Esta es verdaderamente, y más íntima y verdaderamente que dos esposos que se aman intensamente, espíritu de su Espíritu. Es Dios mismo la Caridad. La Caridad no es sino el aspecto más manifiesto, más ilustrativo de Dios. Entre todos sus atributos, es el atributo rey y el atributo origen, porque todos los demás atributos de Dios nacen de la caridad. ¿Qué es la Potencia sino caridad que obra? ¿Qué es la Sabiduría sino caridad que enseña? ¿Qué es la Misericordia sino caridad que perdona? ¿Qué es la Justicia sino caridad que administra? Y podría continuar así para todos los

innumerables atributos de Dios.
¿Y bien?, ¿teniendo en cuenta esto que digo, podéis pensar que quien no tiene la Caridad puede tener a Dios? No le tiene. ¿Podéis pensar que pueda acoger a Dios y no la Caridad, esa Caridad que es única y abraza Creador y criaturas y no se puede tener de ella sólo una mitad, la tributada al Creador, sin tener también la otra mitad, la tributada al prójimo? Dios está en las criaturas. Está en ellas con su señal imborrable, con sus derechos de Padre, de Esposo, de Rey. El alma es su trono; el cuerpo, su templo. Ahora bien, el que no ama a un hermano suyo y le hace objeto de desprecio, hace desprecio, produce dolor, niega su reconocimiento al Amo de la casa de su hermano, al Rey, al Padre, al Esposo de su hermano; y es natural que este gran Ser que es *Todo*, y que está presente en un hermano, en todos los hermanos, haga suya la ofensa infligida al ser menor, a la *parte* del Todo, o sea, a éste o a aquel hombre. Por este motivo os he enseñado las obras de misericordia corporales y espirituales; por esto, os he enseñado a no escandalizar a los hermanos; por esto, os he enseñado a no juzgar, a no despreciar, a no rechazar a los hermanos, ya sean buenos, ya sean no buenos, fieles o gentiles, amigos o enemigos, ricos o pobres.
5Cuando en un tálamo se verifica una concepción, ésta se forma con el mismo acto, ya se produzca en un tálamo de oro, ya se produzca en el mullido de paja de un establo. Y la criatura que se forma en el seno regio no es distinta de la que se forma en el seno de una mendiga. La concepción, el hecho de formar un nuevo ser es igual en todos los puntos de la Tierra, cualquiera que fuere su religión. Todas las criaturas nacen como nacieron Abel y Caín del seno de Eva. Y a la igualdad de la concepción, formación y modo de nacer, de los hijos de un hombre y una mujer en la Tierra, corresponde otra igualdad en el Cielo: la creación de un alma para ser infundida en el embrión, para que el embrión *sea de hombre y no de animal* y lo acompañe desde el momento en que es creada hasta la muerte, y sobreviva a él en espera de la resurrección universal para volver a unirse, entonces, al cuerpo resucitado y recibir con él el premio o el castigo. El premio o el castigo, según las acciones realizadas en la vida terrena.
Porque no os penséis que la Caridad es injusta y que, sólo porque muchos no vayan a ser de Israel o de Cristo, aun siendo virtuosos en la religión que siguen, convencidos de estar en la *verdadera,* vayan a permanecer para toda la eternidad sin premio. Después del fin del mundo, ninguna virtud sobrevivirá, sino la Caridad, o sea, la unión del Creador y de todas las criaturas que vivieron con justicia. No habrá muchos Cielos (uno para Israel, uno para los cristianos, uno para los católicos, uno para los gentiles, uno para los paganos); no los habrá, sino que habrá *un solo Cielo.* Igualmente, habrá un solo premio: Dios, el Creador que se une de nuevo con aquellas criaturas suyas que han vivido en justicia, en las cuales, por la belleza de los espíritus y de los cuerpos de los santos, admirará su propio Ser con alegría de Padre y de Dios. Habrá un solo Señor. No un Señor para Israel, uno para el catolicismo, uno para cada una de las otras religiones.
6Ahora os voy a revelar una gran verdad. Recordadla. Transmitidla a vuestros sucesores. No esperéis siempre a que el Espíritu Santo proyecte luz sobre las verdades, después de años o siglos de obscuridad. Oíd.
Vosotros quizás decís: "Pero entonces, ¿qué justicia hay en el hecho de ser de la religión verdadera, si al final del mundo vamos a ser tratados de la misma manera que los gentiles?". Os respondo: la misma justicia que hay - y es justicia verdadera - para aquellos que aun siendo de la religión santa no serán bienaventurados por no haber vivido

como santos. Un pagano virtuoso, por el solo hecho de haber vivido con virtud escogida, convencido de que su religión era buena, tendrá al final el Cielo. ¿Pero cuándo? Cuando llegue el fin del mundo, cuando de las cuatro moradas de los que han muerto queden sólo dos: el Paraíso y el Infierno. Porque la Justicia en ese momento deberá conservar y dar estos dos reinos eternos, respectivamente a quien del árbol del libre albedrío escogió los frutos buenos y a quien quiso los malos.
¡Pero, cuánta espera antes de que un pagano virtuoso llegue a ese premio!... ¿No consideráis esto? Y esa espera, especialmente desde el momento en que la Redención, con todos los consiguientes prodigios, se verifique, y el Evangelio sea predicado en el mundo, será la purgación de las almas que vivieron con justicia en otras religiones y que no pudieron entrar en la Fe verdadera después de conocerla como existente y efectivamente real. Para ellos el Limbo durante siglos y siglos, hasta el fin del mundo. Para los creyentes que creen en el Dios verdadero y que no supieron ser heroicamente santos, el largo Purgatorio (y para algunos podrá terminar en el fin del mundo). Pero, después de la expiación y la espera, todos los buenos, cualquiera que fuere su procedencia, estarán a la derecha de Dios; los malos, cualquiera que fuere su procedencia, a la izquierda, y luego en el Infierno horrendo; mientras que el Salvador entrará con los buenos en el Reino eterno».
7«Señor, perdona si no te entiendo. Lo que dices es muy difícil... al menos para mí... Dices siempre que eres el Salvador y que redimirás a los que creen en ti. ¿Y entonces los que no creen, o porque no te han conocido por haber vivido antes, o porque - ¡es tan grande el mundo! - no han tenido noticia de ti, cómo pueden ser salvados?*» pregunta Bartolomé.
«Ya te lo he dicho: por su vida de justos, por sus obras buenas, por esa fe suya que consideran *verdadera*».
«Pero no han recurrido al Salvador...».
«Pero el Salvador por ellos, también por ellos, sufrirá. ¿No consideras, Bartolmái, qué gran valor tendrán mis méritos de Hombre Dios?».
«Mi Señor, en todo caso inferiores a los de Dios, a los que, por consiguiente, posees desde siempre».
«Respuesta correcta y no correcta. Los méritos de Dios son infinitos, dices. Todo es infinito en Dios. Pero Dios no tiene méritos, en el sentido de que no ha merecido. Tiene atributos, virtudes propias suyas. Él es el que es: la Perfección, el Infinito, el Omnipotente. Pero para merecer hay que llevar a cabo, con esfuerzo, algo que sea superior a nuestra naturaleza. No es un mérito comer, por ejemplo. Pero puede ser un mérito el saber comer parcamente, haciendo verdaderos sacrificios para dar a los pobres lo que ahorramos. No es un mérito el estar callados, pero lo es cuando lo estamos no replicando contra una ofensa. Y así sucesivamente. Ahora bien, como tú puedes comprender, Dios, que es perfecto, infinito, no tiene necesidad de someterse a esfuerzo. Pero el Hombre Dios puede someterse a esfuerzo, humillando la infinita Naturaleza divina a la limitación humana, venciendo a la naturaleza humana, que no está ausente de Él ni en Él es metafórica, sino que es real, con todos sus sentidos y sentimientos, con sus posibilidades de sufrimiento y muerte, con su voluntad libre.
A nadie le gusta la muerte, especialmente si es dolorosa, precoz e inmerecida. A ninguno le gusta. Y, no obstante, todo hombre debe morir. Por tanto, el hombre debería mirar a la muerte con la misma calma con que ve que termina todo lo que tiene vida. Pues bien, Yo

fuerzo a mi Humanidad a amar la muerte. No sólo esto. He elegido la vida para poder tener la muerte. Por la Humanidad. Por eso, Yo, en mi condición de Hombre-Dios, adquiero esos méritos que en mi condición de

---

* *¿cómo pueden ser salvados?* es una pregunta que substancialmente repite aquella de Síntica que, con la respectiva respuesta de Jesús, hemos hallado en 289.5/6.

Dios no podía adquirir. Y, con ellos, que son infinitos por la forma como los adquiero, por la Naturaleza divina unida a la humana, por las virtudes de caridad y obediencia con las cuales me he puesto en condiciones de merecerlos, por la fortaleza, la justicia, la templanza, la prudencia, por todas las virtudes que he puesto en mi corazón para hacerlo grato a Dios, mi Padre, Yo tendré un poder infinito no sólo como Dios, sino como Hombre que se inmola por todos, o sea, que alcanza el límite máximo de la caridad. Lo que da el mérito es el sacrificio. Cuanto mayor es el sacrificio, mayor es el mérito. Si es completo el sacrificio, completo es el mérito; si perfecto el sacrificio, perfecto el mérito, y utilizable según la santa voluntad de la víctima, a la que el Padre dice: "¡Sea como tú quieres!", porque la víctima le ha amado sin medida y ha amado al prójimo sin medida. Y os digo que el más pobre de los hombres puede ser el más rico y beneficiar a un número sin medida de hermanos, si sabe amar hasta el sacrificio. Os digo que, aunque no tuvierais ni una miga de pan ni un vaso de agua ni un vestido roto, podríais hacer un bien siempre. ¿Cómo? Orando y sufriendo por los hermanos. ¿Hacer un bien a quién? A *todos*. ¿De qué forma? De mil maneras, todas santas, porque si supierais amar sabríais obrar como Dios, y enseñar, perdonar, administrar, y, como el Hombre-Dios, redimir».

8 «¡Oh, Señor, danos esta caridad!» suspira Juan.

«Os la da Dios, porque se da a vosotros. Pero vosotros debéis acogerla y practicarla cada vez más perfectamente. Ningún hecho debe estar para vosotros separado de la caridad. Desde los hechos materiales a los del espíritu. Todo se haga con caridad y por la Caridad. Santificad vuestras acciones, vuestras jornadas; poned la sal en vuestras oraciones, la luz en vuestras acciones. La luz, el sabor, la santificación, es la caridad. Sin ella, nulos son los ritos y vanas las oraciones, falsas las ofrendas. En verdad os digo que la sonrisa con que un pobre os saluda como a hermanos tiene más valor que el saco de monedas que uno puede arrojaros a los pies sólo para ser notado. Sabed amar y Dios estará con vosotros, siempre».

«Enséñanos a amar así, Señor».

«Hace dos años que lo estoy haciendo. Haced lo que me veis hacer y estaréis en la Caridad, y la Caridad estará en vosotros, y tendréis el sello, el crisma, la corona que harán que seáis verdaderamente reconocidos como ministros de Dios-Caridad. Ahora vamos a detenernos en este lugar umbrío. Aquí hay hierba tupida y alta, y los árboles mitigan el calor. Proseguiremos cuando atardezca...».

445. Dos parábolas durante una tormenta en Tiberíades. Llegada de Maria Stma. e impenitencia de Judas Iscariote.

3 de junio de 1946

1 Jesús llega con los suyos a Tiberíades en una mañana borrascosa. Y llega, cabeceando fuertemente las barcas en el lago, que está muy agitado y gris, como el cielo en que corretean nubarrones poco prometedores, por el breve trayecto que une Tariquea a Tiberíades.
Pedro escudriña el cielo y el lago, y ordena a los mozos que pongan las barcas en seguro: «¡Dentro de poco vais a oír qué música! Dejo de ser Simón el pescador, si dentro de poco las avalanchas de agua del cielo y del lago no causan daños. ¿Hay alguien en el lago?» se pregunta a sí mismo, mientras escudriña el agitado mar de Galilea. Y lo ve desierto, recorrido sólo por fuertes olas, cada vez más altas bajo la cada vez más amenazadora bóveda del cielo. Se consuela al verlo vacío, pensando que no causará víctimas humanas. Y sigue más contento al Maestro, que ya camina en medio de las embestidas del viento, tan fuertes que con dificultad avanzan los hombres entre nubes de polvo y en medio de un gran golpeteo de túnicas.
En Tiberíades, en esta parte de Tiberíades, la popular, constituida por familias de pescadores o de obreros menores dedicados a trabajos inherentes a la pesca, hay un intenso ajetreo para guardar en las casas aquellas cosas que podría dañar el temporal: quién corre cargado con las redes, con los remos de las barcas ya puestas en seguro, quién arrastra hasta las casas los instrumentos de trabajo: todo entre silbidos de viento y nubes de polvo y portazos. La otra Tiberíades, la que está más al Norte, la de las construcciones dispuestas a lo largo del lago, la de los hermosos parques que se ven en el arco de la orilla, duerme ociosa. Únicamente algunos criados o esclavos - según sean de israelitas o romanos las casas - se afanan en quitar toldos en lo alto de las terrazas, en retirar las barcas ligeras de recreo, los asientos que están desperdigados por los jardines...
2 Jesús, que ha dirigido sus pasos hacia esta parte, dice a su primo Judas y a Simón Zelote: «Id donde el portero de Juana de Cusa, a ver si alguno de los nuestros ha preguntado por nosotros. Yo espero aquí».
«De acuerdo. ¿Y Juana?».
«La veremos después. Id y haced esto que digo».
Los dos van sin demora, y, mientras los otros esperan su regreso, Jesús manda a éstos, a uno acá a otro allá, a conseguir comida «para ellos y para las mujeres, porque no es justo cargarlo sobre la familia del discípulo» dice Jesús. Y se queda solo, apoyado en la tapia de un jardín del que viene - tan grande es la lucha que sus altos árboles sostienen contra el viento - un ruido de huracán.
Jesús está recogido dentro de sí mismo y en los indumentos (los ha ajustado bien bajo su manto, y el manto se lo ha echado sobre la cabeza, ciñéndolo bien a ella como una capucha, para defenderse del viento, que mete el pelo en los ojos). Y así, lleno de polvo, el rostro semioculto con los extremos del manto, apoyado en una tapia que está casi en la esquina de la calle que se cruza con una bella arteria que va del lago al centro de la ciudad, parece un mendigo en espera de limosnas: Alguno pasa y le mira. Pero, dado que Él no dice nada ni pide nada y está así con la cabeza agachada, ninguno se para a dar nada ni a decir nada. Y, mientras tanto, la borrasca aumenta de intensidad y el rumor del lago crece en violencia llenando ya toda la ciudad con su mugido.
3 Un hombre alto, caminando encorvado para defenderse del viento, también todo

arropado en su manto, que mantiene ceñido bajo la garganta con la mano, viene desde el camino interior hacia este camino litoral. Cuando levanta la mirada del suelo para esquivar una fila de burritos de hortelanos que, dejadas las verduras en los mercados, vuelven a sus huertos, ve a Jesús (y yo veo que el joven es Judas de Keriot).
«¡Oh, Maestro!» dice desde el otro lado, separado por la fila asnal. «Venía precisamente a casa de Juana a buscarte a ti. He estado en Cafarnaúm buscándote, pero...». El último asno ha pasado y Judas se apresura a acercarse al Maestro, y termina lo que estaba diciendo: «...pero en Cafarnaúm no estaba ninguno. He esperado algunos días y luego he vuelto aquí, y todos los días iba donde José y donde Juana a buscarte...».
Jesús le mira con sus ojos penetrantes, y detiene esta avalancha de palabras diciendo solamente: «La paz sea contigo».
«¡Es verdad! ¡Ni siquiera te he saludado! La paz sea contigo, Maestro. ¡Bueno, pero Tú siempre tienes esta paz!».
«¿Y tú no?».
«Yo soy un hombre, Maestro.
«El hombre justo tiene la paz. Sólo el hombre culpable está turbado. ¿Tal eres tú?».
«¿Yo?... No, no, Maestro. Al menos... Bueno, si he de decir la verdad, estar lejos de ti no me ponía feliz... pero eso no era todavía estar sin paz. Era nostalgia de ti, por el afecto que te tengo... Pero la paz es otra cosa, ¿no es verdad?...».
«Sí. Es otra cosa. Las separaciones no lesionan la paz del corazón, *si el corazón del ausente no hace cosas que su conciencia le dice que entristecerían al amado si las supiera*».
«Pero los ausentes no saben... A menos que haya alguien que los informe» .
Jesús le mira y calla.
4«¿Estás solo, Maestro?» pregunta Judas, tratando de desviar la conversación hacia argumentos más banales.
« Estoy esperando a los que he enviado a casa de Juana para preguntar si mi Madre ha venido de Nazaret».
«¿Tu Madre? ¿Traes aquí a tu Madre?».
«Sí. Voy a estar con ella en Cafarnaún durante toda esta luna. Iré con las barcas por los pueblos de la ribera, pero volviendo todos los días a Cafarnaúm. Debe haber muchos discípulos en esta zona...».
«Sí... Muchos...». Judas ha perdido la parlería. Está pensativo...
«¿No tienes nada que decirme, Judas? Estamos los dos solos... ¿No te ha sucedido nada en este tiempo de separación, ningún hecho respecto al cual sientas necesario oír la palabra de tu Jesús?» dice Jesús dulcemente, como para ayudar al discípulo a confesar haciéndole sentir todo su misericordioso amor.
«¿Y Tú conoces algo en mí que necesite tus palabras? Si lo conoces - yo la verdad es que no sé de nada que pueda merecer esas palabras -, habla. Es duro para un hombre el tener que indagar sobre las culpas y los defectos y confesarlos a otro...».
«El que te habla no es *otro* hombre, sino...».
«No. Eres Dios. Lo sé. Por eso mismo, no es ni siquiera necesario que sea yo el que hable. Tú ya conoces...».
«Yo no soy *otro* hombre, te estaba diciendo, sino tu amigo más amoroso; no te digo el Maestro, el superior, sino que te digo: el amigo...».
«Sigue siendo lo mismo. Y sigue siendo fastidiosa la indagación sobre lo que se ha hecho

en el pasado y cuya confesión podría acarrearle a uno una serie de reproches. Aunque la verdad es que más que los reproches duele el hecho de venir a menos en la estima del amigo...».
5«En Nazaret, el último sábado que estuve allí, Simón Pedro dijo a un compañero, sin darse cuenta, una cosa que debía callar. No era una desobediencia voluntaria, no era maledicencia, no era algo que pudiera causar daño al prójimo. Simón Pedro se la había dicho a un corazón honesto y a un hombre serio, el cual, viendo que tenía conocimiento, sin voluntad suya ni de Pedro, de una cosa secreta, juró que no repetiría a otros el secreto. Simón podía tranquilizarse... Pero no se tranquilizó hasta que no me confesó la culpa. Enseguida... ¡Pobre Simón! ¡La llamaba culpa! Pero si en el corazón de los discípulos hubiera sólo culpas como ésa, y mucha, mucha humildad, mucha confidencia, mucho amor, como tiene Pedro, ¡debería proclamarme Maestro de una muchedumbre de santos!...».
«Lo que me quieres decir con esto es que Pedro es santo y yo no. Es verdad. No soy un santo. Arrójame de tu presencia entonces...».
«Lo que no eres es humilde, Judas. La soberbia te destruye. Y no me conoces todavía...» termina Jesús tristísimamente.
Judas siente esta pena y susurra: «¡Perdóname, Maestro!...».
«Siempre. Pero sé bueno, hijo. ¡Sé bueno! ¿Por qué quieres causarte el mal a ti mismo?».
Judas - si son verdaderas o falsas no lo sé - tiene lágrimas en las pestañas y se refugia entre los brazos de Jesús, llorando encima de su hombro.
Y Jesús le acaricia en el pelo susurrando: «¡Pobre Judas! ¡Pobre, pobre Judas, que va buscando su paz, y a quien pueda comprenderle, en lugares donde no puede encontrarlos!...».
«Sí. Es verdad. Tienes razón, Maestro. La paz está aquí... entre tus brazos... Soy un desdichado... Sólo Tú me comprendes y me amas... Sólo Tú... El necio soy yo... Perdóname, Maestro».
«Sí, sé bueno, sé humilde. Si caes, ven a mí y te levantaré. Si te sientes tentado, corre a mí; te defenderé, de ti mismo, de quien te odie, de todo... 6Pero, estáte erguido. Vienen los demás...».
«Un beso, Maestro... Un beso...».
Jesús le besa... y Judas recupera su compostura... Sí, pero - pienso yo - la realidad es que no ha confesado en absoluto sus culpas...
«Hemos tardado mucho porque Juana estaba ya levantada y el portero ha querido avisarla. Vendrá hoy, a venerarte, a casa de José» dice Judas Tadeo.
«¿A casa de José? Si cae toda el agua que el cielo promete, esos caminos serán pantanos. No, está claro que Juana no va a venir ni a esa choza ni por esos caminos. Sería mejor que fuéramos nosotros a su casa...» dice Judas, que ya ha recuperado la seguridad.
Jesús no le responde, pero contesta a su primo preguntando: «¿No nos ha buscado ninguno de los nuestros en casa de Juana?».
«Todavía ninguno».
«De acuerdo. Vamos a casa de José. Los otros nos alcanzarán allí...».
«Para estar seguros de que nuestras madres están en camino, yo iría a su encuentro...» dice Judas de Alfeo.
«Estaría bien. Pero más de un camino trae a Tiberíades. Y quizás no han tomado el principal...».

«Es verdad, Jesús... Vamos...».
7Andan a buen paso, entre los primeros truenos, con su fuerte fragor en las hoces de los collados que rodean casi por completo al lago, y entre los primeros relámpagos que surcan el cielo lívido. Entran en la casa pobre de José, que parece aún más pobre y obscura con el aire borrascoso. Lo único luminoso que hay es el rostro del discípulo y de sus familiares, dichosos de tener en su casa al Maestro.
Pero llegas en mal momento, Señor» dice el barquero disculpándose. «Con este lago no he podido pescar y... tengo sólo verduras...».
«Y tu buen corazón. Pero ya he pensado en ello: ahora van a venir los compañeros con lo que necesitamos. No estés trajinando, mujer... Podemos sentarnos también en el suelo. Hay mucha limpieza. Eres una mujer excelente, lo sé. Y el orden que aquí veo lo confirma».
«¡Oh, mi esposa! ¡Una verdadera mujer fuerte! Mi alegría, nuestra alegría» proclama el barquero, embelesado por el elogio del Señor, que se ha sentado tranquilamente en el borde bajo del hogar apagado, casi en el suelo, y ha puesto entre sus rodillas a un niñito que le observa asombrado.
Los que habían ido a las compras entran bajo el primer chaparrón. En el umbral de la puerta sacuden los mantos y las sandalias para no meter agua y barro en la casa. Es un maremágnum de truenos, relámpagos, lluvia, viento. El fragor del lago hace de acompañamiento a los solos de las centellas y a los aullidos del viento.
«¡Salud! El verano se moja las plumas y remoja el hogar... Después estaremos mejor... Con tal de que no haga daños a las vides... 8¿Puedo ir arriba a mirar el lago? Quiero ver que humor tiene...».
«Ve, ve. La casa es vuestra» responde el discípulo a Pedro.
Y Pedro, sólo con la túnica, sale feliz para fruir con la tempestad. Sube la escalera exterior y se queda en la terraza, refrescándose y dando sus responsos a los de dentro, como si estuviera en el puente de su barca y dirigiera las maniobras.
Los demás están sentados, acá o allá, en la cocina, donde apenas se ve, porque tienen que tener la puerta entornada, por el chaparrón; y por el resquicio entra un hilo de luz verdosa, excepto cuando relumbran breves y cegadores los relámpagos...
Vuelve Pedro, mojado como si se hubiera caído en el lago, y sentencia: «Ahora la tenemos encima de la cabeza. Se aleja hacia Samaria. Va a mojar allí...».
«¡A ti te ha mojado ya! Estás chorreando como una fuente» observa Tomás.
«Sí. Pero estoy muy bien después de tanto calor».
«Pasa, que te va a caer mal estar en la puerta mojado de esa forma» aconseja Bartolomé.
«¡No, hombre, no! Yo soy madera añejada... Ya estaba en el agua y todavía no sabía decir bien "padre". ¡Ah, con qué facilidad se respira!... Pero... el camino... es un río... ¡Si vierais el lago! Está de todos los colores y hierve como una cazuela. Ya no sabe uno siquiera hacia dónde van las olas. Hierven donde están... Pero hacía falta...».
«Sí, hacía falta. Las paredes ya no se enfriaban, de tanto como las calentaba el Sol. 9Mi vid tenía las hojas abarquilladas, polvorientas... Le echaba agua en la base... Pero, ¡ya, ya!... ¿Qué hace un poco de agua cuando todo el resto es fuego?» dice José.
«Más mal que bien, amigo» sentencia Bartolomé. «Las plantas necesitan el agua del cielo, porque beben también con las hojas, ¿eh! Parece que no, pero es así. ¡Las raíces, las raíces! Está bien. Pero también las hojas están para algo y tienen sus derechos...».

«¿No te parece, Maestro, que Bartolomé está proponiendo el tema de una hermosa parábola?» dice el Zelote, incitando a Jesús a hablar.
Pero Jesús, que está arrullando al niñito, que tiene miedo a los rayos, no dice la parábola, sino que asiente diciendo: «¿Y tú cómo la plantearías?».
«Sin duda, mal, Maestro. Yo no soy Tú...».
«Dila como la sepas. Predicar con parábolas os servirá mucho. Acostumbraos. Te escucho, Simón...».
«¡Oh... Tú, Maestro, yo... necio... Pero obedezco. Yo diría esto: "Un hombre tenía una hermosa planta de vid. Pero, no poseyendo aquel hombre una viña, había plantado su vid en el pequeño huerto de su casa, para que trepara hasta la terraza a dar sombra y a dar racimos; y cuidaba mucho a su vid. Pero ésta crecía entre casas, junto al camino: por tanto, el humo de las cocinas y hornos y el polvo que venía del camino subían a molestar a la vid. Y, mientras descendían del cielo las lluvias de Nisán, las hojas de la vid se limpiaban de las impurezas y, no teniendo en la superficie una fea costra de suciedad que lo impidiera, gozaban del sol y del aire. Pero, cuando llegó el verano y el agua dejó de caer del cielo, humo, polvo, excrementos de aves se depositaron en espesos estratos sobre las hojas, mientras el sol, demasiado ardiente, las secaba. El dueño de la vid echaba agua a las raíces que se hundían en el terreno, y por eso la planta no moría; pero vegetaba enfermiza, porque el agua que absorbían las raíces subía sólo internamente, sin que gozaran de ella las míseras hojas. Es más, del suelo tórrido, humedecido con poca agua, subían efervescencias y emanaciones que estropeaban las hojas, manchándolas como por pústulas dañinas. Pero al final vino una gran lluvia del cielo que cayó sobre las hojas, corrió por las ramas, por los racimos, por el tronco, sofocó el ardor de las paredes y del terreno. Pasada la tormenta, el dueño de la vid vio su planta limpia, fresca, gozando y produciendo gozo bajo el cielo sereno". Ésta es la parábola».
«Está bien: [10]Pero ¿el parangón con el hombre?...».
«Maestro, hazle Tú».
«No. Tú. Estamos entre hermanos, no debes temer quedar mal».
«Si es por quedar mal, no lo temo como cosa desdichada. Es más, lo amo, porque sirve para mantenerme humilde. Es que no quisiera decir cosas equivocadas...».
«Te las corrijo Yo».
«¡Oh, entonces! Mira, yo diría: "Así le sucede al hombre que no vive aislado en los huertos de Dios, sino que vive en medio del polvo y del humo de las cosas del mundo, que lo recubren lentamente de una costra, casi desapercibidamente, y su espíritu se hace infecundo, debajo de una costra de humanidad tan espesa, que la brisa de Dios y el sol de la Sabiduría no pueden ya beneficiarle. Y trata inútilmente de poner remedio con un poco de agua, sacada de las prácticas y dada con mucha humanidad a la parte inferior, siendo así que la parte superior no se beneficia... ¡Ay del hombre que no se limpia con el agua del Cielo que limpia las impurezas, que sofoca los ardores de las pasiones, que verdaderamente nutre el *yo* todo". He dicho».
«Bien has dicho. Yo diría también que, a diferencia de la planta, criatura carente de libre albedrío y clavada en la tierra - no libre, por tanto, de ir en busca de lo que la beneficia ni de evitar lo que la perjudica - el hombre puede ir a buscar el agua del Cielo y evitar el polvo, el humo y el ardor de la carne y del mundo y del demonio. Sería una enseñanza más completa».
«Gracias, Maestro. Lo recordaré» responde el Zelote.

11«No somos unos solitarios... Vivimos en el mundo... Por tanto...» dice Judas de Keriot.
«¿Por tanto, qué? ¿Quieres decir que Simón ha hablado como un necio?» le pregunta Judas de Alfeo.
«No digo eso. Digo que, no pudiéndonos aislar..., tenemos que estar, por fuerza, cubiertos de lo que hay en el mundo».
«El Maestro y Simón dicen precisamente que se debe buscar el agua del Cielo para conservarse uno limpio, a pesar del mundo que nos rodea» dice Santiago de Alfeo.
«¡Ya, claro! Pero ¿está siempre preparada el agua del Cielo para limpiarnos?».
«Sí» dice seguro Juan.
«¿Sí? ¿Y dónde la encuentras?».
«En el amor».
«El amor es fuego. Te quema más».
«Es fuego, sí. Pero también es agua que lava. Porque se lleva todo lo que es de la Tierra y da todo lo que es del Cielo».
«...No entiendo esas operaciones. Quita, pone...».
«Sí. No estoy loco. Digo que te quita lo que es humanidad y te da lo que de Dios viene y por tanto es divino. Y una cosa divina no puede sino nutrir y santificar. Día tras día, el amor te purifica de lo que el mundo te ha dado».
12Judas está para rebatir, pero el pequeñuelo que está sobre las piernas de Jesús dice: «Otra parábola, bonita, bonita... para mí...» y esto hace desviar la controversia.
«¿Sobre qué, niño?» pregunta, condescendiente, Jesús.
El niñito mira a su alrededor y halla. Dirige un dedito hacia su madre y dice: «Sobre mamá».
«Una mamá es para el alma y para el cuerpo lo que para estos mismos es Dios. ¿Qué te hace tu mamá? Vela por ti, te cuida, te enseña, te quiere, está atenta a que no te hagas daño, te tiene, como hace la paloma con sus crías, debajo de las alas de su amor. Y se ha de obedecer y querer a la propia mamá, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien. También el buen Dios, y mucho más perfectamente que la más perfecta de las mamás, tiene a sus hijos bajo las alas de su amor, los protege, los instruye, los ayuda, piensa en ellos de día y de noche. Pero también al buen Dios, como y mucho más que a la propia mamá - porque la mamá es el más grande amor de la Tierra, pero Dios es el más grande y eterno amor de la Tierra y del Cielo - ha de obedecérsele y amarle, porque todo lo que hace lo hace por nuestro bien...».
«¿También los rayos?» interrumpe el pequeño, que tiene mucho miedo de ellos.
«También».
«¿Por qué?».
«Porque limpian el cielo, el aire y...».
«¡Y después viene el arco iris!...» exclama Pedro, que, medio fuera y medio dentro, ha escuchado y ha callado. Y añade: «Ven, tortolito que te lo muestro. ¡Mira qué bonito!...».
Y, efectivamente, la luz se aclara porque la tempestad ha pasado, y un amplio arco iris, que empieza en las orillas de Ippo, proyecta su cinta en forma de arco sobre el lago, para desvanecerse tras los montes a espaldas de Magdala.
Van todos a la puerta, pero para ver el lago tienen que descalzarse, porque el patio es un pequeño estanque de agua amarillenta que lentamente mengua. De la tempestad, queda como recuerdo el color amarillento del lago y todavía una agitación de sus aguas que tiende a calmarse. Pero el cielo está sereno y el aire descargado, y las frondas han tomado

de nuevo color.
13Tiberíades recobra vida... Pronto se ve venir a Juana - viene con Jonatán - por el camino aún lleno de agua y barro. Alza su rostro para saludar al Maestro, que está en la terraza, y sube rauda para postrarse, feliz... Los apóstoles hablan entre sí; sólo Judas, a mitad de distancia entre Jesús y Juana por un lado y los apóstoles por el otro, se abstrae como pensativo. Apostaría por que está todo atento a escuchar las palabras de Juana, cuyo pensamiento respecto a Judas no se ha hecho descifrable, porque ha saludado a todos los apóstoles con un único: «La paz a vosotros». Pero Juana habla únicamente de los niños y del permiso que Cusa le ha dado para ir con la barca a Cafarnaúm mientras está el Maestro en la ciudad. Y la sospecha de Judas se calma. Se reúne entonces con los otros compañeros...
Embarradas en los bajos de los vestidos, pero secas en el resto del cuerpo, vese venir a María Stma. y a María de Alfeo, junto con los cinco que han ido a recogerlas. La sonrisa de María, mientras sube por la corta escalera, es más hermosa que el arco iris persistente aún en el cielo.
«¡Tu Madre, Maestro!» avisa Tomás.
Jesús va a su encuentro, y todos los demás con Él. Y se felicitan de que las mujeres no presenten signos de dificultades aparte de un poco de barro en el borde de los vestidos.
«Nos hemos parado en casa de un hortelano cuando han empezado las primeras gotas» explica Mateo. Y pregunta: «¿Hace mucho que nos esperáis?».
«No. Hemos llegado al amanecer».
«Hemos tardado por causa de un necesitado...» dice Andrés.
14«Bien. Ahora que estáis todos y que el tiempo se pone bueno, propondría salir al atardecer para Cafarnaúm» dice Pedro.
María, siempre condescendiente, esta vez dice: «No, Simón. No podemos partir si antes... Hijo mío, una madre me suplicó que Tú, que eres el único que puede hacerlo, convirtieras el alma de su único hijo varón. Yo te lo ruego, escúchame, porque le prometí... Perdónale... Tu perdón...».
« Ya está concedido, María. Ya he hablado yo con el Maestro...» interrumpe Judas Iscariote, creyendo que María habla de él.
«No hablo de ti, Judas de Simón. Hablo de Ester de Leví, nazarena, madre que ha muerto a causa de los comportamientos de su hijo. Jesús, ella murió en la noche que te marchaste. Sus invocaciones dirigidas a ti no eran por ella, pobre madre mártir de un hijo infame, sino por su hijo... porque nosotras las madres es de vosotros, los hijos, y no de nosotras, de quienes nos preocupamos... Ella quiere ver salvo a su Samuel... Pero ahora, ahora que ha muerto, Samuel, víctima del remordimiento, parece enloquecido, y no escucha ningún tipo de razones... Pero Tú puedes, Hijo, sanarle la mente y el espíritu...».
«¿Está arrepentido?».
«¿Cómo quieres que lo esté, si está desesperado?».
«Efectivamente, matar a la propia madre dándole un dolor continuo debe hacerle a uno un desesperado. No se viola impunemente el primero de los mandamientos de amor hacia el prójimo. Madre, ¿cómo quieres que Yo perdone y Dios dé paz al matricida impenitente?».
«Hijo mío, esa madre te pide paz desde la otra vida... Era buena... ha sufrido mucho...».
«La paz será suya...».
«No, Jesús. No puede tener paz un espíritu de madre, si ve a su hijo privado de Dios...».

«Justo es que esté privado».
«Sí, Hijo. Sí. Pero por la pobre Ester... La última palabra fue oración por su hijo... Y me dijo que te lo dijera. Jesús, Ester durante su vida no tuvo nunca una alegría, Tú lo sabes. Dale ésta, ahora que ha muerto; dásela a su espíritu, que sufre por su hijo».
«Madre, he tratado de convertir a Samuel en mis permanencias en Nazaret. Pero mis palabras han sido inútiles, porque en él estaba apagado el amor...».
«Lo sé. Pero Ester ofreció su perdón, sus sufrimientos, porque renaciera el amor en Samuel. Y, ¿quién sabe?, ¿este tormento suyo actual no podría ser amor que está resucitando? Un amor doloroso, y, alguno podría decir, un amor inútil, porque la madre ya no puede gozarlo. Pero Tú, pero yo, sabemos, yo por fe, Tú por conocimiento, que la caridad de los difuntos está atenta y cercana. Ni ignoran lo que sucede en los amados que han dejado aquí ni se desinteresan de ello... Y Ester puede aún gozar de este tardío amor por ella de su hijo ingrato, ahora perturbado por el remordimiento. ¡Oh, mi Jesús, ya sé que este hombre te causa horror por la enormidad de su culpa! ¡Un hijo que odia a su madre! Un monstruo para ti que eres todo amor hacia la tuya. Pero, precisamente porque eres todo amor hacia mí, escúchame. Volvamos juntos a Nazaret, en seguida. No siento el peso del camino, nada me pesa si sirve para salvar un alma...».
«Bien. Has vencido, Madre... [15]Judas de Simón, toma contigo a José y parte para Nazaret. Me llevarás a Samuel a Cafarnaúm».
«¿Yo? ¿Por qué yo?».
«Porque tú no estás cansado. Los otros sí. Durante mucho tiempo han andado, mientras tú descansabas...».
«También he andado yo. He estado en Nazaret, buscándote. Tu Madre to puede decir».
«Tus compañeros han estado en Nazaret todos los sábados y ahora regresan de un largo recorrido. Ve y no discutas...».
«Es que... en Nazaret no me estiman... ¿Por qué me mandas precisamente a mí?».
«Tampoco me estiman a mí, y no obstante voy a Nazaret. No es necesario que le estimen a uno en un lugar para ir a él. Ve y no discutas, te repito».
«Maestro... yo tengo miedo de los dementes...».
«Ese hombre está perturbado por el remordimiento, pero no está loco».
«Tu Madre lo ha dicho...».
«Y Yo lo digo por tercera vez: ve y no discutas. Meditar sobre las consecuencias que puede acarrear el hacer sufrir a una madre sólo podrá hacerte un bien...».
«¿Me estás comparando con Samuel? Mi madre es reina en su casa. Ni siquiera estoy con ella controlándola, ni siéndole gravoso con mi mantenimiento...».

«A las madres no les son gravosas estas cosas: Pero la falta de amor de los hijos, el que sean imperfectos a los ojos de Dios y de los hombres es una roca que las aplasta. Ve, te digo».
«Voy. ¿Y qué le voy a decir a ese hombre?».
«Que venga a verme a Cafarnaúm».

«Si no ha obedecido nunca ni siquiera a su madre, ¿cómo quieres que me obedezca a mí ahora, estando además tan desesperado?».

«¿Y no has comprendido todavía que si te envío es señal de que ya he actuado en el espíritu de Samuel, sacándole del delirio del remordimiento desesperado?».

«Voy. Adiós, Maestro. Adiós, Madre. Adiós, amigos». Y se marcha, sin ningún entusiasmo, seguido por José, que por el contrario está todo contento de ser elegido para

esa misión.
16Pedro, entre dientes, canturrea algunas palabras...
Jesús le pregunta: «¿Qué dices, Simón de Jonás».
«Cantaba una vieja canción del lago...» .
«¿Y cuál es?».
«Es: "¡Siempre así! ¡Le gusta la pesca al agricultor, no le gusta pescar al pescador!". Y en verdad aquí se ha visto que ha tenido más ganas de pescar el discípulo que el apóstol...».
Muchos se echan a reír. Jesús no se ríe, suspira.
«¿Te he apenado, Maestro?» pregunta Pedro.
«No. Pero no critiques siempre».
«Es por Judas por quien está apenado mi hermano» dice Judas de Alfeo.
«Guarda silencio también tú; sobre todo, en lo hondo de tu corazón».
«Pero ¿verdaderamente se ha efectuado ya en Samuel el milagro?» pregunta, curioso y un poco incrédulo, Tomás.
«Sí».
«Entonces es inútil que vaya a Cafarnaúm».
«Es necesario. No he curado del todo su corazón. Samuel tiene que buscar por sí mismo la curación, o sea, el perdón con un arrepentimiento santo. Pero he hecho que de nuevo sea capaz de razonar. Ahora le toca a él obtener el resto con su libre voluntad. Vamos a bajar. Vamos a estar con los humildes...».
«¿No a mi casa, Maestro?».
«No, Juana. Tú podrás venir a verme cuando quieras. Ellos están atados por sus trabajos, así que voy yo a ellos...».
Y Jesús baja de la terraza y sale a la calle seguido por los demás, también por Juana, que está bien decidida a no separarse de Jesús, dado que Jesús no está dispuesto a ir a su casa. Van por entre las casitas pobres, en dirección a lugares cada vez más pobres y periféricos... Y la visión termina así.

446. Llegada a Cafarnaúm en medio de un cálido recibimiento.
4 de junio de 1946.

1No sé si espontáneamente o si es porque alguien la ha avisado, lo cierto es que Porfiria está ya en la pequeña playa de Cafarnaúm cuando llegan las barcas, que son tres en vez de dos, lo cual me hace pensar que alguno se ha adelantado a Cafarnaúm para avisar de que el Maestro llega y para tomar una barca para las mujeres y Margziam. Y con Porfiria están las hijas de Felipe, y Miriam de Jairo, además de la madre de Santiago y Juan. Pero observo con claridad que Porfiria, sin hacer caso de las pequeñas olas del lago - todavía un poco agitado - que recorren el guijarral con su fluir riente y descocado, entra en el agua hasta la mitad de la pierna y se asoma hacia dentro de la barca, a la altura de Margziam, y le besa; le dice: «¡Te querré también por él, por todos te querré, hijo amado!» y lo dice muy conmovida; y en cuanto se detiene la barca y bajan los que estaban en ella, Porfiria abraza a Margziam, no cediendo a nadie la tarea de hacer sentir al jovencito que es *muy* amado.
Va así a reunirse con el grupo de la otra barca, para venerar al Maestro, y poder hacerlo

antes de que los de Cafarnaúm y los muchos discípulos que esperan desde hace bastante la llegada de Jesús se apoderen del Maestro, substrayendo a las discípulas la alegría de tenerle para ellas. Las mujeres están apiñadas en torno al Maestro, y sólo los niños de Cafarnaúm pueden romper este círculo de las discípulas, introduciendo sus cuerpecitos con su propia fuerza entre una y otra mujer para poder llegar a Jesús, que va lentamente hacia la casa.

2Dado que es una hora temprana, hay poca gente por los caminos, la mayor parte mujeres que van al manantial o al mercado rodeadas de la nidada de hijitos; o algún pescador que vuelve, a dejar remos y redes en las barcas para prepararlas para la pesca de la noche. Pero no se ve a ninguna persona importante del lugar, aparte de Jairo, que acude lleno de deferencia a venerar a Jesús y a congratularse, pues ha oído que tiene intención de quedarse algunas semanas, yendo de noche a las ciudades del lago para hablar en ellas por la mañana y volver luego a descansar durante el día a Cafarnaúm. Y es Jairo, por el respeto que infunde a sus paisanos, el que logra primero ponerse al lado de Jesús. Y lo consigue porque aparta a su hija con autoridad de padre. Después de él logran juntarse a Jesús los discípulos más influyentes, aquellos a quienes, por un instintivo impulso de justicia, los otros ceden el primer puesto después de los apóstoles, o sea: el anciano sacerdote Juan (el ex leproso), Esteban, Hermas, Timoneo, Juan el hijo de Noemí, Nicolái y los discípulos ex pastores (todos presentes excepto los dos que han ido hacia el Líbano). Jesús se interesa por los otros, por los ausentes, y pregunta por ellos a sus compañeros. ¿Son todavía fervorosos? ¡Oh, mucho! ¿Descansan en sus casas? No. Trabajan en hacer nuevos discípulos en sus ciudades y en los pueblos cercanos. ¿Y Hermasteo? Hermasteo ha ido por el litoral, bajando hacia su ciudad; va con José, el de Emaús, y quieren hablar del Salvador por toda la costa, y a ellos se han unido los dos amigos Samuel y Abel (para mostrar lo que puede el Señor, pues ellos estaban uno cojo y el otro leproso).
Preguntas y respuestas. Y no basta el camino para agotarlas, como tampoco la casa de Tomás de Cafarnaúm para acoger a tanta gente, que ya se apretuja en torno al Maestro, que ha regresado después de tanta ausencia. Y Jesús decide ir a los campos para estar en medio de todos sin hacer preferencias.

447. En Cafarnaúm unas palabras de Jesús sobre la misericordia y el perdón no encuentran eco.

22 de junio de 1946.

1Es sábado. Eso creo yo, porque veo a la gente reunida en la sinagoga. Pero también podría ser que se hubieran reunido allí huyendo del sol, o para estar más seguros en la casa de Jairo. La gente se apiña, y está atenta a pesar del calor que no logran atenuar ni siquiera las puertas y ventanas, abiertas para crear corrientes de aire. Los que no han podido entrar en la sinagoga se han refugiado, para que no los cueza el gol en la calle, en el umbrío jardín que hay detrás de la sinagoga, el jardín de Jairo, de tupidas enramadas y de frondosos árboles frutales.
Jesús está hablando junto a la puerta que da al jardín, para que le oiga tanto este auditorio

como el de la sinagoga. Jairo está a su lado, atento; los apóstoles, en grupo, cerca de la puerta que da al jardín; las discípulas, con María en el centro, están sentadas bajo una enramada que casi toca la casa; Miriam de Jairo y las dos hijas de Felipe están sentadas a los pies de María.
Por las palabras que llegan a mis oídos - porque Jesús exhorta a la paz y al perdón, diciendo que en corazones turbados no puede penetrar con fruto la palabra de Dios -, intuyo que ha habido algún incidente entre los fariseos de marras y Jesús, y que la gente está inquieta por este motivo.
«No podemos tolerar que se lo insulte» grita alguno de entre la multitud.
«Dejad al Padre mío y vuestro que resuelva. Vosotros imitadme a mí. Tolerad, perdonad. No se persuade a los enemigos respondiendo al insulto con el insulto».
«Pero tampoco con la mansedumbre continua. Te dejas pisotear» grita Judas Iscariote.
«Tú, apóstol mío, no sirvas de escándalo dando un ejemplo de ira y crítica».
«De todas formas, tu apóstol tiene razón. Sus palabras son justas».
«No es justo el corazón que las formula ni el que las escucha. Quien quiere ser discípulo mío debe imitarme. Yo tolero y perdono. Soy manso, humilde y pacifico. Los hijos de la ira no pueden estar conmigo, porque son hijos del siglo y de sus propias pasiones.
¿No recordáis el libro cuarto de los Reyes? En un punto se dice* que Isaías habló contra Senaquerib, que creía que podía atreverse a todo, y le profetizó que nada le salvaría del castigo de Dios. Le compara a un animal al que se pone un anillo en las narices y un freno en los labios para domar su inicuo furor. Y ya sabéis que Senaquerib murió de manos de sus propios hijos. Porque, en verdad, el cruel perece por su propia crueldad; perece en la carne y en el espíritu. Yo no amo** a los crueles, no amo a los soberbios, no amo a los iracundos, a los ambiciosos, a los lujuriosos. No os he dado ni palabra ni ejemplo de estas cosas; antes bien, siempre os he enseñado las virtudes opuestas a estas malas pasiones.
2 ¡Qué bonita es la oración de David, rey nuestro, cuando, santificado de nuevo por el sincero arrepentimiento de las culpas pasadas y por años de sabia conducta, alabó al Señor, manso y resignado ante el decreto de no poder ser él el que erigiera el nuevo Templo! Vamos a decirla juntos dando gloria al Señor Altísimo...».
Y Jesús entona - mientras los que están sentados se levantan y los que están apoyados en las paredes dejan el apoyo para tomar una postura de respeto - la oración de David***.
Luego Jesús sigue, con su tono habitual:
«Hay que recordar siempre que todas las cosas están en las manos de Dios, todas las empresas, todas las victorias. Magnificencia, potencia, gloria y victoria son del Señor. Él concede una u otra cosa al hombre, si juzga que es la hora de concederla para un bien cierto. Pero el hombre no puede reivindicarla. Dios no le concede a David - ya perdonado pero aún necesitado de victoria sobre sí mismo después de los pasados errores - no le concede erigir el Templo: "Has derramado mucha sangre y has hecho demasiadas guerras; no podrás, por tanto, erigir una casa a mi Nombre, habiendo derramado tanta sangre delante de mí. Te nacerá un hijo que será hombre de paz... por eso será llamado el Pacífco... Él edificará la casa a mi Nombre". Esto dice el Altísimo a su siervo David. Esto os digo Yo. ¿Queréis, por ser iracundos, no

---

* *En un punto se dice*, es decir, en *2 R 19, 20-37*, como anota MV en una copia mecanografiada.

** *Yo no amo* debe interpretarse no con referencia a las personas de los pecadores, sino, como se lee en los renglones siguientes, a *estas cosas* y más exactamente a las *malas pasiones*. En este mismo sentido deberían interpretarse ciertas expresiones presentes en la Biblia sobre el *odio de Dios* hacia los pecadores (como en *Sabiduría 14,* 9; *Eclesiástico 12, 6*; *Malaquía 1, 3*), y presentes en la Obra valtortiana (como en 523.9).

*** *la oración de David* está en *1 Crónicas 29, 10-19*, y la cita de unos renglones adelante está en *1 Crónicas 22, 8-10*. MV reseñó ambas referencias: la primera, entre paréntesis, en el texto autógrafo; la segunda, en una copia mecanografiada.
merecer erigir en vuestros corazones la casa al Señor Dios vuestro? Lejos, pues, de vosotros todo sentimiento que no sea de amor. Tened un corazón perfecto, como el que invocaba David para su hijo, constructor del Templo, para que, custodiando mis mandamientos y realizando todas las cosas según lo que os he enseñado, lleguéis a edificar en vosotros la morada de vuestro Dios, en espera de ir vosotros a la suya, eterna y jubilosa. [3]Pásame un rollo, Jairo. Voy a explicarles lo que Dios quiera».
Jairo va adonde están apilados los rollos y toma al azar uno que está en el centro del montón, y, quitándole previamente el polvo, se lo entrega a Jesús, que lo desenrolla y lee: «Jeremías, capítulo 5. "Caminad por las calles de Jerusalén, mirad, observad, buscad por sus plazas a ver si encontráis un hombre que practique la justicia y quiera ser fiel, y Yo tendré misericordia de ella"». (Me dice el Señor: «No continúes. Digo todo el capítulo».)
Jesús, después de leer todo el capítulo, devuelve el volumen a Jairo y se pone a hablar.
«Hijos míos. Habéis oído qué tremendos castigos están reservados a Jerusalén, al Israel que no es justo. Mas no os alegréis de ello. Es nuestra Patria. No os alegréis pensando: "Quizás ya no estaremos". En todo caso está llena de hermanos vuestros. No digáis: "Le está bien empleado, porque es cruel con el Señor" Las desventuras de la Patria, los dolores de los convecinos deben afligir siempre a los justos. No midáis como miden los demás, sino como Dios mide, o sea, con misericordia.
¿Qué debéis hacer, entonces, para con esta Patria, para con estos compatriotas, bien sea que por Patria y compatriotas se entiendan la gran Patria y sus habitantes, toda la Palestina, bien sea que se entienda esta pequeña que es Cafarnaúm, ciudad vuestra, bien sea que se entiendan todos los hebreos o estos pocos, enemigos míos, en esta pequeña ciudad de Galilea? Debéis hacer obras de amor. Hacer lo posible por salvar Patria y compatriotas. ¿Cómo? ¿Quizás con la violencia? ¿Con el desprecio? No. Con el amor, con el paciente amor para convertirlos a Dios.
Habéis oído: "Si encuentro un hombre que practique la justicia, usaré con aquélla misericordia". Trabajad, pues, para que los corazones se acerquen a la justicia y se hagan justos. Verdaderamente, en su injusticia, dicen de mí: "No es Él", y por eso creen que por perseguirme no les vendrá ningún mal. Verdaderamente dicen: "Estas cosas no sucederán nunca. Los profetas han hablado al azar". Y tratarán de llevaros también a vosotros a que digáis lo mismo que ellos.
Los que estáis aquí presentes sois fieles. Pero ¿dónde está Cafarnaúm? ¿Es ésta toda Cafarnaúm? ¿Dónde están los que otras veces veía agolparse alrededor de mí? ¿Entonces la levadura, fermentada la última vez que estuve aquí, ha obrado la destrucción en muchos corazones? ¿Dónde está Alfeo? ¿Dónde, José con sus tres hijos? ¿Dónde, Ageo de Malaquías? ¿Dónde, José y Noemí? ¿Dónde, Leví, Abel, Saúl y Zacarías? ¿Olvidado a

causa de palabras engañosas el claro beneficio recibido? ¿Pero pueden las palabras destruir los hechos?
¡Ya veis! Es sólo un pequeño lugar. En este lugar, donde los agraciados son los más numerosos, el odio ha podido devastar la fe en mí. Sólo veo reunidos aquí a los perfectos en la fe. ¿Podéis pretender que una serie de hechos lejanos y lejanas palabras puedan mantener a todo Israel fiel a Dios? Así debería ser, porque la fe debe ser fe aún sin el soporte de los hechos. Pero no es así. Y cuanto más grande es la ciencia, más baja es la fe, porque los doctos se creen dispensados de la fe simple y franca, que cree por la fuerza del amor y no por el auxilio de la ciencia.
Lo que hay que trasmitir y encender es el amor. Y, para hacer esto, es necesario arder. Estar convencidos, heroicamente convencidos para convencer. En vez de los desaires, como respuesta a los insultos, humildad y amor. E ir con humildad y amor, recordando las palabras del Señor a quien ya no las recuerda: "Temamos al Señor, que nos da la lluvia de la primera y la última estación"».
«¡No nos comprenderían! Es más, nos ofenderían, diciendo que somos unos sacrílegos por enseñar sin tener derecho a hacerlo. ¡No ignoras quiénes son los escribas y los fariseos!...».
«No, no lo ignoro. Aunque lo hubiera ignorado, ahora lo sabría. Pero no importa lo que ellos sean; importa *lo que nosotros somos*. Si ellos y los sacerdotes aplauden a los falsos profetas que profetizan lo que les proporciona una ganancia, olvidando que sólo ha de aplaudirse a las obras buenas que el Decálogo ordena, no por ello mis fieles deben imitarlos, y tampoco deben intranquilizarse y ponerse a mirar como gente vencida. [4]Vosotros debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja...».
«Nosotros no somos el Mal» grita desde el límite con la calle la voz cascada de Elí el fariseo, que trata de entrar mientras va gritando: «¡Nosotros no somos el Mal, alborotador!».
«¡Tú sí que alborotas! ¡Fuera!» dice en seguida el centurión, que debía estar atento allí, junto a la sinagoga, a juzgar por lo rápido de su intervención.
«¿Tú?, ¿tú, pagano, te atreves a imponerme?...».
«Yo, romano, sí. ¡Fuera! El Rabí no te molesta a ti. Tú sí le molestas a Él. No puedes hacerlo».
«Nosotros somos los rabíes, no el carpintero galileo» grita el viejo, más parecido a una hortelana que a un maestro.
«Uno más, uno menos... Los tenéis a cientos, y todos de mala doctrina. El único virtuoso es Éste. Te ordeno que salgas».
«¡¿Virtuoso, eh?! ¡¿Virtuoso uno que trafica con Roma la propia incolumidad?! ¡Sacrílego! ¡Impuro!».
El centurión lanza un grito, y el paso pesado de algunos soldados se mezcla con los estridentes insultos de Elí. «¡Prended a ese hombre y arrojadle afuera!» ordena el centurión.
«¿Yo? ¿Paganos me ponen la mano encima? ¡Pies paganos en una sinagoga nuestra! ¡Anatema! ¡Auxilio! ¡Me están profanando! ¡Me...!».
«Soldados, os ruego que le dejéis marcharse. No entréis. Respetad este lugar y la canicie de este hombre» dice Jesús desde donde está.
«Corno quieras, Rabí».
«¡Ja! ¡ja! ¡Embrollón! Pero lo sabrá el Sanedrín. ¡Tengo la prueba! ¡Tengo la prueba!

Ahora creo en las palabras que nos han sido referidas. Tengo la prueba. ¡Y sobre ti pesa el anatema!».
«Y la espada va a pesar sobre ti, si dices una palabra más. Roma defiende el derecho. No embrolla, vieja hiena, a nadie. El Sanedrín sabrá tus mentiras y el Procónsul mi informe. Voy a redactarlo. Ve a casa y estáte en ella a disposición de Roma» y el centurión, hecha antes una media vuelta perfecta, se marcha, seguido de los cuatro soldados, dejando plantado al palidecido y tembloroso, vilmente tembloroso Elí...
5Jesús reanuda su discurso, como si nada le hubiera interrumpido: «Debéis trabajar tanto cuanto el Mal trabaja, para edificar en vosotros y en torno a vosotros la casa del Señor, como os decía al principio. Hacer, con una gran santidad, que Dios pueda seguir descendiendo a los corazones y a nuestra amada Patria natal, que tan castigada está ya y que no sabe qué nimbo de desventura se está hinchando para ella en el septentrión, en la nación fuerte que ya nos domina y que nos dominará cada vez más, porque las acciones de los ciudadanos son tales, que suscitan la repugnancia del Bonísimo e instigan al fuerte. Y, enojados Dios y el dominador, ¿cómo pretendéis gozar de paz y bien? Sed, sed buenos, hijos de Dios. Haced que en Israel no uno sino una multitud sean buenos, para alejar los tremendos castigos del Cielo. Os he dicho al principio que, donde no hay paz, la palabra de Dios no puede, pacíficamente escuchada, dar frutos en los corazones. Y ya veis que esta reunión no ha sido tranquila y no será fructífera. Demasiada agitación en los corazones... Podéis marcharos. Tendremos todavía unas horas para estar juntos. Y orad, como Yo oro, para que quien nos turba se convierta... Vamos, Madre» y, abriéndose paso entre la multitud, sale a la calle.
6E1í está todavía allí, y, térreo como un muerto, se arroja a los pies de Jesús. «¡Piedad! Me salvaste una vez al nieto. Sálvame a mí, para tener tiempo de convertirme. ¡He pecado! Lo confieso. Pero Tú eres bueno... Roma... ¡Oh, qué me va a hacer Roma?».
«Te va a desempolvar bien el polvo del verano con unos buenos zurriagazos» grita uno, y la gente se ríe mientras Elí emite un grito de agudo dolor, como si ya sintiera los azotes, y gime: «Soy viejo... Enfermo de dolores... ¡Ay de mí!».
«¡La cura hará que se te pasen, viejo chacal!».
«Te vas a rejuvenecer y vas a bailar...».
«¡Silencio!» dice Jesús en tono impositivo a los protagonistas de esta burla. Y al fariseo: «Levántate, ten decoro. Tú sabes que no desciendo a complots con Roma. ¿Qué quieres, pues, que te haga?».
«Es verdad. Sí. Es verdad. Tú no conspiras. Es má6, desprecias a los romanos, los odias, los mal...».
«Nada de eso. No mientas ensalzándome como antes acusándome. Y ten presente que no sería alabanza el decir de mí que odio a éste o a aquél, o maldigo a éste o a aquél: Yo soy el Salvador de todos los espíritus, y ante mis ojos no hay razas ni rostros, sino espíritus».
«¡Es verdad! ¡Es verdad! Pero Tú eres justo y Roma lo sabe, y te defiende por ello. Mantienes tranquilas a las turbas, enseñas el respeto a las leyes y...».
«¿Es acaso un pecado ante tus ojos?».
«¡No! ¡No! ¡Es justicia! Sabes hacer lo que todos deberíamos hacer, porque eres justo, porque...».
La gente hace risitas y cuchichea. No pocos epítetos se oyen, aunque se digan en voz baja: «¡Embustero! ¡Bellaco! ¡Esta misma mañana hablaba de otra manera!» etc.
«Bien, ¿y qué tengo que hacer Yo?».

«¡Ir allí, donde el centurión! ¡Rápido! Antes de que se marche la estafeta. ¿Ves? ¡Ya están preparando los caballos! ¡Piedad!».
7Jesús le mira: pequeño, tembloroso, lívido de miedo, miserable... Le mira atentamente, y con compasión. Sólo cuatro pupilas le miran con compasión: las del Hijo y las de la Madre. Todas las demás son o irónicas o severas o inquietas... Incluso Juan, incluso Andrés tienen mirada dura de severidad desdeñosa.
«Tengo piedad. Pero Yo donde el centurión no voy...».
« Está en buena amistad contigo...».
«Que no».
«Quería decir que te está agradecido por... por motivo del siervo que le curaste*».
«También a ti te curé al nieto, y no me estás agradecido, a pesar de ser israelita como Yo. La merced no crea obligación».
«Sí que la crea. ¡Ay de aquel que no sea agradecido para con...!». Elí comprende que se está condenando a sí mismo y, trabándose, se calla. La gente se burla.
«¡Pronto, Rabí! ¡Gran Rabí! ¡Santo Rabí! ¿No ves que está dando órdenes? ¡Ya se van a marchar! ¿Deseas verme escarnecido?, ¿muerto?».
«No. Yo no voy a recordar una merced. Ve tú y dile: "E1 Maestro te dice que seas compasivo". ¡Ve!».
Elías se echa a trotar, mientras Jesús se dirige hacia su casa, en sentido opuesto.
El centurión debe haber aceptado, porque se ve que desmontan los soldados que ya estaban a caballo, y que le devuelven al centurión una tablilla encerada y se llevan los caballos.
8«¡Qué pena! ¡Venía de maravilla!» exclama Pedro, y Mateo le responde: «Sí. El Maestro debía haber dejado que le castigaran. Tantos golpes como insultos nos propina. ¡Viejo odioso!».
«¡Y así otra vez dispuesto a empezar!» exclama Tomás.
Jesús se vuelve severo: «¿Tengo seguidores o demonios? ¡Marchaos, vosotros que tenéis un corazón sin misericordia! Me resulta penosa vuestra presencia».
Los tres se quedan donde están, petrificados por el reproche.

---

* *por motivo del siervo que le curaste*, capítulo 177. *También a ti te curé al nieto*, capítulo 161.

«¡Hijo mío! ¡Ya tienes mucho dolor! ¡Y yo tengo ya mucha pena! No añadas ésta... ¡Míralos!...» implora María.
Y Jesús se vuelve a mirar a los tres... Tres rostros desolados, con toda la esperanza y el dolor en los ojos.
«¡Venid!» ordena Jesús.
¡Oh, las golondrinas son menos rápidas!
«Que sea la última vez que os oigo decir palabras como ésas. Tú, Mateo, no tienes derecho a decirlas; tú, Tomás, no has muerto todavía para juzgar quién es perfecto creyéndote salvado; y tú, Simón de Jonás, lo que has hecho es como subir fatigosamente a una cima una piedra voluminosa y dejarla rodar hacia abajo. Entiéndeme rectamente lo que quiero decir... Y ahora escuchad. Aquí, en la sinagoga y en la ciudad es inútil hablar. Voy a hablar desde las barcas, en el lago, ahora en un lugar, luego en otro. Prepararéis las barcas, las que hagan falta, e iremos o en las tardes serenas o en las auroras frescas...».

448. Encuentro de barcas en el lago y parábola sugerida por Simón Pedro.
24 de junio de 1946.

1«¿A dónde, Maestro?» pregunta Pedro, que ha ultimado las maniobras y los preparativos de la navegación y está, con su barca, a la cabeza de la pequeña flotilla que, cargada de gente, está dispuesta a seguir al Maestro.
«A Magdala. Se lo prometí a María de Lázaro».
«Bien» responde Pedro, y mueve el timón en el modo adecuado para tomar la dirección requerida, dando bordadas.
Juana - que está en la barca con el Maestro, María Stma., María Cleofás, Margziam, Mateo, Santiago de Alfeo y uno que no conozco -, señalando a las muchas barcas que hay en el lago en el sosegado atardecer estival que aplaca los fuegos del ocaso transformándolos en cascadas de velos violáceos, casi como si del cielo llovieran cascadas de amatistas o de racimos de glicina en flor, dice: «Quizás entre aquéllas están también las barcas de las romanas. Fingir una pesca en estos atardeceres serenos es uno de sus entretenimientos preferidos».
«Pero estarán más hacia el Sur» observa el hombre que no conozco.
«¡No, hombre, Benjamín! Tienen barcas rápidas y expertos barqueros. Suben hasta aquí».
«Para lo que tienen que hacer...» refunfuña Pedro, y prosigue, hablando entre dientes, con la intransigencia del pescador que ve la navegación y la pesca como una profesión, no como un entretenimiento, casi como una religión, enteramente reglada por leyes severas y útiles, y que este hecho de usarla torpemente le parece una profanación: «Con sus inciensos, flores, perfumes y otras cosas demoníacas corrompen las aguas; con sus sonidos, gritos y lenguajes molestan a los peces; con sus lámparas humeantes los espantan; con sus malditas redes, que echan sin miramientos, dañan los fondos y a las crías... Debería estar prohibido. El Mar de Galilea es de los galileos, y que además sean pescadores, no de las prostitutas y de sus compinches... ¡Si fuera yo el amo! Veríais vosotras, fétidas barcas paganas, sentinas flotantes de vicio, alcobas navegantes para traer también a estas aguas de Dios, de nuestro Dios para *sus* hijos, a los vuestros... ¡Oh! ¡Pero mirad! ¡Si se dirigen hacia aquí, precisamente hacia nosotros! ¡Pero habráse visto!... ¡Pero se puede consentir?... ¡Pero...!».
2Jesús interrumpe este discurso acusatorio, en que Pedro da rienda suelta a todo su espíritu de israelita y de pescador, poniéndose rojo, sofocado por la indignación, jadeante como si luchara contra fuerzas infernales, y dice, con una tranquila sonrisa: «Pero es mejor que no seas tú el amo. ¡Por fortuna no lo eres! Por ellos y por ti. Porque a ellos les impedirías seguir un buen impulso, y, por tanto, un impulso imprimido en su espíritu - pagano, estoy de acuerdo, pero por naturaleza bueno -imprimido en su espíritu por la Misericordia eterna que mira a estas criaturas - que no tienen culpa de haber nacido en la nación romana en vez de en la hebrea - con mirada piadosa, precisamente porque las ve tender a lo bueno. Y te perjudicarías a ti mismo, porque cometerías un acto contra la caridad y otro contra la humildad...».

«¿Humildad? No veo... Siendo el amo del lago, me sería lícito disponer de él según mi gusto».
«No. Simón de Jonás. No. Te equivocas. Hasta las cosas que nos pertenecen nos pertenecen porque Dios nos las concede. Por tanto, aunque durante un tiempo limitado se posean, hay que pensar siempre que Uno sólo es el que posee todo y sin limitación alguna en el tiempo ni en la medida. Uno sólo es el Amo. Los hombres... ¡Oh, los hombres son sólo los administradores de pequeñas parcelas de la gran Creación. Pero el Amo es Él, el Padre mío y tuyo y de todos los vivientes. Además, Él es Dios, y, por tanto, son perfectísimos todos sus pensamientos y acciones. Ahora bien, si Dios mira benigno el impulso de estos corazones paganos hacia la Verdad, y no sólo mira sino que favorece este impulso imprimiéndole un movimiento cada vez más fuerte hacia el Bien, ¿no te parece que tú, oh hombre, pretendiendo impedírselo, en el fondo pretendes impedirle a Dios una acción? Y ¿cuándo se impide una cosa? Cuando se la juzga no buena. Tú, por tanto, pensarías esto de tu Dios: que realiza una acción no buena. Ahora bien, si juzgar a los hermanos no es cosa buena (porque todos los hombres tienen sus defectos y una facultad de conocer y juzgar tan limitada, que siete veces de diez yerra su juicio), absolutamente malvado será el juzgar las acciones de Dios. ¡Simón! ¡Simón! Lucifer quiso juzgar un pensamiento de Dios, y lo definió como errado, y quiso ocupar el lugar de Dios, creyéndose más justo que Él. Y ya sabes, Simón, lo que consiguió Lucifer; y ya sabes que todo el dolor que padecemos ha venido por aquella soberbia...».
3«¡Tienes razón, Maestro! ¡Soy un gran desdichado! ¡Perdóname, Maestro!».
Y Pedro, siempre impulsivo, deja la barra del timón para arrojarse a los pies de Jesús. Y en esto la barca, improvisamente abandonada a sí misma, y precisamente en el curso de una corriente, se desvía y ladea tremendamente, en medio de los chillidos de María Cleofás y Juana y los gritos de los de la ligera barca gemela, que ven que se les echa encima la pesada barca de Pedro. Afortunadamente, Mateo puede tomar prontamente el timón, y la barca se estabiliza, después de unos tremendos cabeceos (incluso por el hecho de que, para mantenerla a distancia, los otros han usado los remos, imprimiendo bruscos zarandeos y agitando las aguas).
«¡Hombre, Simón! Una vez lanzaste invectivas contra los romanos, como navegantes de tres al cuarto porque se nos echaban encima. Pero ahora eres tú el que te pones en evidencia... Y además delante de ellos. Mira: están todos de pie en las barcas, observando...» dice Judas Iscariote, provocador, señalando a las barcas romanas, que ya están - en la porción de lago de frente a Magdala - tan cercanas, que se puede ver (a pesar de que los velos violáceos del atardecer se hayan ido entenebreciendo cada vez más, reduciendo la luz).
«Has perdido también una nasa y un cubo, Simón. ¿Quieres que tratemos de pescarlos con los garfios?» dice Santiago de Zebedeo desde otra barca ya cercana, porque, después del incidente, todos se han agrupado en torno a la barca de Pedro.
«¿Pero qué has hecho? ¡No te sucede nunca!» dice y exclama Andrés desde otra barca distinta.
Pedro responde a todos, a uno después de otro, mientras que los otros han hablado casi juntos. «¿Me han visto? ¡No importa! Aunque hubieran visto también mi corazón y... Bien, esto no lo digas, Pedro... Pero has de saber que no me dañas. Lo que me puede mortificar no es una mala maniobra, y además sucedida por una buena causa... ¡No te preocupes, Santiago! Cosas viejas que se han ido al fondo... ¡Ojalá pudiera arrojar

también tras ellas al hombre viejo que resiste en mí! Quisiera perder todo, incluso la barca, pero ser exactamente como el Maestro quiere... ¿Que qué he hecho? Hombre, pues me he mostrado a mí mismo, a mi soberbia - que quiere enseñar incluso a Dios en las cosas del espíritu - que soy un animal incluso para las cosas de la barca... Me viene bien. Me he hecho una parábola yo a mí mismo... Maestro, ¿no es verdad?».
Jesús sonríe asintiendo... Sentado en la popa, sereno, en su sitio habitual, blanco en contraste con el ambiente, que se viste de noche, sus cabellos ondeando levemente con el viento vespertino, destaca en el crepúsculo como un ángel de paz luminosa.
4Las barcas romanas los han alcanzado.
«Tienen naves excelentes y velas perfectas... ¡bueno y unos marineros...! ¡Van veloces como gaviotas! Aprovechan hasta el más mínimo hilo de viento, la más mínima vena de corriente...».
«Los remadores son casi todos esclavos cretenses o nilotas» explica Juana.
«Los marineros del delta son expertísimos, y lo mismo los de Creta. Pero son muy buenos también los de Italia... Superan a Escila y Caribdis... y es suficiente para decir que son excelentes» confirma el desconocido llamado Benjamín.
«¿A dónde vamos, Señor? ¿A Magdala propiamente, o...? ¡Mira! Los de Magdala vienen hacia nosotros...».
En efecto, todas las barcas de este lugar se apresuran a dejar el guijarral y el pequeño puerto, cargadas, terriblemente sobrecargadas, de gente; tanto, que casi tienen el borde al ras del agua. Y se dirigen fatigosamente hacia las barcas de Cafarnaúm.
«No. Vamos a detenernos aquí, aguas adentro en el lago, frente a la ciudad. Hablaré desde la barca...».
«Es que... Esos imprudentes se quieren ahogar. ¡Pero mira, Maestro! Verdad es que el lago está calmo como una lámina de plata... pero el agua es siempre agua... y el peso es peso... y allí... parece como si creyeran que están en tierra, no en agua... Da la orden de que vayan para atrás... Se van a ahogar...».
«¡Hombre de poca fe! ¿Y no recuerdas que, mientras creíste en mi invitación, caminaste sobre el agua como en terreno sólido? Ellos tienen fe. Por tanto, contra las leyes de equilibrio entre peso y densidad, las aguas sujetarán a esas barcas superrepletas».
«Si sucede eso... es verdaderamente una noche de gran milagro...» susurra Pedro encogiéndose de hombros mientras echa la pequeña ancla para detener la barca, la cual, así, se queda en el centro de un nimbo radiado de barcas, parte de Cafarnaúm, parte de Magdala y parte de Tiberíades (y éstas son las de las romanas, que, prudentemente, se ponen detrás de las de Cafarnaúm, hacia el centro del lago).
Jesús vuelve las espaldas a éstas: mira hacia los de Magdala, hacia el vasto y umbrío jardín de María de Lázaro, hacia las casitas que albean en la noche dispuestas a lo largo en la orilla.
5Ya las proas y los remos no rompen el lago; de forma que éste se recompone en paz: una vasta lámina de cristal veteada de plata por la primera claridad de la Luna y sembrada de topacios o rubíes en los lugares en que los fuegos de los faroles o las llamas de las antorchas, colocados en todas las proas, se espejan en el lago.
Las caras parecen extrañas en el contraste de luces rojo-amarillas o de rayos de luna: en parte aparecen nitidísimas, en parte apenas se ve cuáles son; otras parecen partidas en dos, o a lo largo o a lo ancho, sólo con la frente o el mentón iluminados, o con un solo carrillo (una media cara que resalta con anguloso perfil, como si en la otra parte no

hubiera cara); los ojos de algunos rostros brillan, otros parecen cuencas vacías, y lo mismo las bocas (en alguna de las cuales se aprecia una abierta sonrisa en los dientes fuertes, mientras que otras parecen anuladas en las caras en sombra).
Pero, para ver todos a Jesús, la gente pasa muchos faroles de las barcas de Cafarnaúm y Magdala, faroles que se ponen a los pies de Él, en los bancos, colgados de los remos inactivos, o colocados en la madera de la popa y la proa, e incluso dispuestos en racimos en el mástil del que se ha arriado la vela. Así, la barca donde está Jesús resplandece en medio de un círculo de barcas que se han quedado sin lámparas, y Jesús ahora aparece bien visible, iluminado desde todas las partes. Sólo las barcas romanas rojean aún por sus antorchas rojas, que apenas pliegan su llama bajo la brisa ligerísima.
6«¡La paz sea con vosotros!» empieza Jesús, poniéndose en pie, seguro a pesar del leve cabeceo de la barca, y abriendo los brazos para bendecir. Luego prosigue, hablando lentamente, para que le oigan bien todos; y la voz se esparce por el lago silencioso, potente y armoniosa.
«Hace un rato, un apóstol mío me ha propuesto una parábola. Ahora os la propongo Yo a vosotros, porque puede ser útil para todos, dado que todos podéis entenderla. Oídla.
Un hombre, navegando por el lago en una noche serena como ésta y sintiéndose seguro de sí mismo, se figuró que no tenía defectos. Era un hombre expertísimo en las maniobras y, por tanto, se sentía superior a los otros con que se cruzaba en las aguas, de los cuales muchos venían al lago por placer, y por tanto sin esa experiencia que da el trabajo asiduo y realizado para ganarse la vida. Además, era un buen israelita, y, por tanto, se creía posesor de todas las virtudes. Y, en fin, era realmente un buen hombre.
Así pues, en un atardecer en que navegaba seguro, se permitió expresar juicios sobre su prójimo. Según él, un prójimo tan lejano, que ni tenía condición de prójimo: ningún vínculo de nacionalidad ni de oficio ni de fe le unía a aquel prójimo, y, por tanto, él, sin ningún freno de solidaridad nacional, religiosa o profesional, tranquilamente le despreciaba; es más: con dureza. Y se quejaba de no ser el amo del lugar, porque, de haberlo sido, habría arrojado de aquel lugar a ese prójimo suyo; y, en su fe intransigente, casi reprochaba al Altísimo el hecho de conceder a éstos, distintos de él, que hicieran lo que él hacía y que vivieran donde él vivía.
En su barca iba un amigo suyo, un buen amigo suyo, que le quería con justicia, y por eso quería que fuera sabio, un amigo que, cuando era necesario hacerlo, le corregía las ideas no rectas. Aquel atardecer, pues, este amigo dijo al barquero: "¿Por qué estos pensamientos? ¿No es uno el Padre de los hombres? ¿No es Él el Señor del universo? ¿Su sol no desciende, acaso, a todos los hombres para darles calor, y sus nubes no riegan, acaso, los campos de los gentiles igual que los de los hebreos? Y, si hace esto por las necesidades materiales del hombre, ¿no tendrá los mismos cuidados para sus necesidades espirituales? ¿Pretendes sugerir a Dios lo que debe hacer? ¿Quién como Dios?".
El hombre era bueno. En su intransigencia había mucha ignorancia, muchas ideas erradas; pero no había mala voluntad, no había intención de ofender a Dios; antes al contrario, había intención de defender los intereses de Dios. Al oír esas palabras, se arrojó a los pies del sabio y le pidió perdón por haberse expresado como un necio. Tan impetuosamente lo pidió, que por poco no causó una catástrofe haciendo hundirse la barca y perecer a quien en ella iba: porque con el afán de pedir perdón, descuidó el timón, la vela y las corrientes. Por tanto, después del primer error de juicio, cometió un segundo error de mala maniobra, demostrándose a sí mismo que no sólo era un defectuoso juez,

sino también un ineficiente marinero.
Ésta es la parábola. Ahora escuchad. Según vosotros, ¿habrá perdonado Dios a ese hombre o no? Recordad que había pecado contra Dios y contra el prójimo, juzgando las acciones de ambos; y por poco no había sido homicida de sus compañeros. Meditad y responded...».
Y Jesús cruza los brazos y pasa su mirada por todas las barcas, hasta las más lejanas, hasta las romanas (en que se ve, sobresaliendo de los bordes de las barcas, una fila de rostros atentos de patricias y remadores)...
7La gente habla en tono bajo, se consultan unos a otros... un susurro apenas sensible de voces, que se funde con el chapoteo, apenas perceptible, del agua contra el cuerpo de las barcas. El juicio es difícil. De todas formas, la mayor parte opina que el hombre no habrá sido perdonado porque había pecado. No, no habrá sido perdonado, al menos por lo que se refiere al primer pecado...
Jesús oye cómo va aumentando el murmullo de los que opinan esto, y sonríe con la mirada de sus bellísimos ojos, luminosos incluso en la noche como dos zafiros heridos por el rayo de la Luna, cada vez más hermosa y resplandeciente, tanto que muchos deciden apagar antorchas y faroles para quedarse, por toda luz, con la fosforescente luz lunar.
«Apaga también éstas, Simón. Son míseras como chispas, respecto a las estrellas, bajo este cielo lleno de astros y planetas» dice Jesús a Pedro, que está pendiente de oír el juicio de la gente. Y, mientras Pedro alarga los brazos para descolgar los faroles, Jesús, acariciando a su apóstol, le pregunta en voz baja: «¿Por qué esos ojos turbados?».
«Porque esta vez me expones al juicio del pueblo...».
«¿Y por qué lo temes!».
«Porque... es como yo... injusto...».
«¡El que juzga es Dios, Simón!».
«Sí. Pero Tú no me has perdonado todavía y estás esperando su juicio para hacerlo... Tienes razón, Maestro... Soy incorregible... Pero... ¿por qué a tu pobre Simón este juicio de Dios?...».

Jesús le pone la mano en el hombro, y lo hace cómodamente por que Pedro está en el suelo de la barca y Él está erguido encima de la madera de la popa, por tanto altísimo respecto a Pedro. Y sonríe... pero no le responde. Lo que hace es dirigirse a la gente: «¿Entonces? Responded fuerte. Barca por barca».

¡Ay, pobre Pedro! Si Dios le hubiera juzgado según el parecer de los presentes, le habría condenado. Menos tres barcas, todas las demás, incluidas las apostólicas, le condenan. Las romanas no se pronuncian - tampoco les preguntan -, pero es visible que ellas también juzgan digno de condena al hombre, porque desde una a otra barca - son tres - se hacen el gesto del pulgar vuelto hacia abajo.

Pedro levanta sus ojos overos, turbados, hacia el rostro de Jesús, y encuentra una mirada aún más dulce, que fluye de los ojos de zafiro, que fluye como una paz; y ve inclinarse hacia él un rostro resplandeciente de amor, y se siente atraído hacia un lado de Jesús, siendo así que su cabeza entrecana está contra el costado de éste, mientras el brazo del Maestro le estrecha hacia sí abrazándole por los hombros.
8«Así juzga el hombre. Pero Dios no juzga así, ¿oh, hijos míos! Vosotros decís: "No habrá sido perdonado". Yo digo: "El Señor no vio siquiera en él materia de perdón". Porque perdón presupone culpa. Pero aquí no había culpa.

No, no murmuréis meneando la cabeza. Repito: aquí no había culpa. ¿Cuándo se forma la culpa? Cuando hay voluntad de pecar, conocimiento de que se peca y persistencia en querer pecar aun después de haber entendido que una acción es pecado. Todo depende de la voluntad con que uno cumple un acto, sea virtuoso, sea pecaminoso. Incluso cuando uno cumple un acto aparentemente bueno, pero no sabe que está haciendo un acto bueno, sino que, al contrario, cree que está realizando un acto malo, comete pecado como si llevara a cabo un acto malo, y viceversa.
Pensad en un ejemplo. Uno tiene un enemigo y sabe que está enfermo. Sabe que por orden médica no debe beber agua fría; es más, ningún líquido. Va a verle, fngiendo afecto. Le oye quejarse: "¡Tengo sed! ¡Tengo sed!", y, fingiendo piedad, se preocupa solícito de darle agua helada de pozo diciendo: "Bebe, amigo. Te quiero y no puedo verte sufrir de esta manera por el ardor. Mira. He pensado en traerte esta agua tan fresca. Bebe, bebe, que gran recompensa recibe el que asiste a los enfermos y da de beber a los sedientos". Y, dándole de beber, le acarrea la muerte. ¿Creéis que ese acto, bueno en sí por estar constituido de dos obras de misericordia, es bueno ahora, que se verifica con finalidad mala? No lo es.
Otro ejemplo: un hijo que tenga un padre borracho y que, para salvarle de la muerte por la continua bebida, cierre la bodega, quite el dinero a su padre y se imponga, incluso severamente, para que no salga por el pueblo a beber y a destruirse, ¿os parece que falte al cuarto mandamiento sólo por el hecho de regañar a su padre y hacer él de cabeza de familia para con su propio padre? Aparentemente hace sufrir a su padre, y parece culpable. En realidad es un buen hijo, porque su voluntad es buena, tiene voluntad de salvar a su padre de la muerte. Siempre es la voluntad la que da valor a la acción.
Y otro ejemplo: ¿el soldado que mata en guerra es homicida? No, si su espíritu no acepta la masacre y combate porque se ve obligado a ello, pero combate con ese mínimo de humanidad que la dura ley de la guerra y de la subordinación impone.
Por tanto, ese hombre de la barca, que por una buena voluntad de creyente, patriota y pescador, no soportaba a aquellos que, según él, eran unos profanadores, no cometía pecado contra el amor al prójimo, sino que solamente tenía un errado concepto del amor al prójimo. Y no cometía pecado contra el respeto a Dios, porque su resentimiento hacia Dios venía de su espíritu bueno - aunque no equilibrado y luminoso - de creyente. Y no cometía homicidio, porque era por una buena voluntad de pedir perdón por lo que provocaba el que la barca se ladeara. Sabed discernir siempre.
9Dios es Misericordia más que intransigencia. Dios es bueno. Dios es Padre. Dios es Amor. El verdadero Dios es esto. Y el verdadero Dios abre su corazón a todos, a todos, diciendo: "Venid", indicando a todos su Reino. Y es libre de hacerlo, porque es Él el Señor único, universal, creador, eterno.
Os ruego, a vosotros israelitas, que seáis justos. Recordad estas cosas. Que no os suceda que las comprendan los que veis como cosa impura y para vosotros permanezcan incomprensibles. También es pecado el excesivo y desordenado amor a la religión y a la patria, porque se hace egoísmo. Y el egoísmo es siempre razón y motivo de pecado.
Sí. El egoísmo es pecado porque siembra en el corazón una mala voluntad que hace al hombre rebelde a Dios y a sus mandamientos. La mente del egoísta ya no ve a Dios nítidamente, ni tampoco las verdades de Dios. La soberbia exhala sus vapores en el egoísta y empaña las verdades. En la calígine, la mente, que ya no ve la luz clara de la verdad como la veía antes de hacerse soberbia, empieza el proceso de los porqués, y de

los porqués pasa a la duda, de la duda a la indiferencia, no sólo respecto al amor y a la confianza en Dios y en su justicia, sino también respecto al temor de Dios y al temor a su castigo. De ahí la predisposición a pecar, y de ésta se pasa a la soledad del alma que se aleja de Dios, la cual, no teniendo ya la voluntad de Dios como guía, cae en la ley de *su* voluntad de pecador.
¡Muy mala cadena es la voluntad del pecador, uno de cuyos extremos lo tiene en su mano Satanás, mientras que el otro ata a los pies del hombre una bola pesada, para tenerle sujeto, esclavo en el fango, abatido, en tinieblas! ¿Puede entonces el hombre no incurrir en culpas mortales? ¿Puede no incurrir en ellas, teniendo en sí sólo mala voluntad? Entonces, sólo entonces, Dios no perdona. Pero, cuando el hombre tiene algo de buena voluntad y lleva a cabo incluso actos espontáneos de virtud, ciertamente acaba poseyendo la Verdad, porque la buena voluntad conduce a Dios, y Dios, el Padre Stmo. se inclina amoroso, compasivo, indulgente a ayudar, a bendecir, a perdonar a sus hijos que tienen buena voluntad.
Por eso el amor hacia el hombre de aquella barca fue amplio, porque, no queriendo cometer el pecado, no había pecado.
Marchaos en paz, ahora, a vuestras casas. Las estrellas han ocupado todo el cielo y la Luna viste de pureza el mundo. Marchaos obedientes como las estrellas y haceos puros como la Luna. Porque Dios ama a los obedientes y a los puros de espíritu, y bendice a los que ponen en todas sus acciones la buena voluntad de amar a Dios y a los hermanos y trabajar para su gloria y para su utilidad. ¡La paz sea con vosotros!».
Y Jesús, abriendo de nuevo sus brazos, bendice, mientras el círculo de las barcas se aleja, se disgrega, tomando cada uno la propia dirección.
10 Pedro se siente tan feliz, que no piensa en moverse.
Le hace reaccionar Mateo: «¿No te mueves, Simón? Yo no soy muy ducho...».
«Es verdad... ¡Oh, Maestro mío! ¡¿Entonces no me habías condenado?! Y yo tenía mucho miedo...».
«No tengas miedo, Simón de Jonás. Te he tomado conmigo para salvarte, no para perderte. Te he tomado conmigo por tu buena voluntad... ¡Ánimo! Toma el timón y mira a la Polar y ve seguro, Simón de Jonás. Siempre seguro... En todas las travesías... Dios, tu Jesús, estará siempre en pie a tu lado en la proa de tu barca espiritual. Y te comprenderá siempre, Simón de Jonás. ¿Comprendes? Siempre. Y no tendrá que perdonarte, porque podrás incluso caer, como un débil niño, pero no tendrás jamás la mala voluntad de caer... Alégrate, Simón de Jonás».
Y Pedro asiente, asiente, demasiado emocionado como para hablar, sofocado por el amor; y la mano le tiembla un poco en el timón, pero su rostro resplandece de paz, de seguridad, de amor, mientras mira a su Maestro, que está erguido a su lado, allí, en el extremo de la barca, como un cándido arcángel.

449. El pequeño Alfeo desamado de su madre.
25 de junio de 1946.

[1]«Tomad provisiones y ropa para varios días. Vamos a Ippo y de allí a Gamala y Afeq, para bajar a Guerguesa y volver aquí antes del sábado» ordena Jesús, enhiesto en el umbral de la puerta de la casa y acariciando mecánicamente a unos niños de Cafarnaúm que han venido a saludar a su gran Amigo, en cuanto el Sol poniente ha dejado de abrasar tan fuertemente y ha permitido dejar las casas. Y uno de los primeros en hacerlo ha sido Jesús, uno de los primeros de esta ciudad que sale del torpor asfixiante de las horas llenas de sol.
Los apóstoles no parecen muy entusiastas de la orden recibida. Se miran unos a otros y miran al Sol - aún tan despiadado - y tocan los muros de las casas, todavía abrasadores, y tantean con el pie desnudo el suelo y dicen: «Está caliente como un ladrillo sacado del fuego...», dando a entender con toda esta pantomima que es de locos ir por los caminos...
Jesús se separa de las jambas en que apoyaba un poco su cuerpo y dice: «El que no se sienta con fuerzas para venir puede quedarse. No obligo a nadie. Pero no quiero dejar a esta región sin la palabra».
«Maestro... ¡¿cómo se te ocurre eso?! Vamos todos... Lo único... es que nos parecía todavía pronto para estar por ahí...».
«Antes de los Tabernáculos, quiero ir hacia el Norte, es decir, mucho más lejos; y sin barca, por caminos. Por eso *ahora* se debe recorrer esta zona, donde el lago ahorra mucho camino».
«Tienes razón. Voy a preparar las barcas...» y Simón de Jonás va con su hermano y con los dos hijos de Zebedeo y algún discípulo a preparar la partida.
Jesús se queda con el Zelote, sus primos, Mateo, Judas Iscariote, Tomás y los inseparables Felipe y Bartolomé, que preparan sus morrales y llenan las cantimploras, meten panes, fruta... todo lo necesario.
[2]Un mocosuelo gimotea entre las rodillas de Jesús.
«¿Por qué lloras, Alfeo?» pregunta Jesús inclinándose a besarle...
Nada... Un lloriqueo más fuerte.
«Ha visto la fruta y la quiere» dice, con tedio, Judas Iscariote.
«¡Pobrecito! ¡Tiene razón! No se debe pasar ciertas cosas delante de los ojos de los niños sin darles un poco. Ten, hijo. ¡No llores!» dice María de Alfeo, arrancando un racimo de un sarmiento, que ha sido puesto en un cesto con todas las hojas y los racimos todavía prendidos.
«No quiero las uvas...» y llora más fuerte.
«Lo que quiere es el agua con miel» dice Tomás, y ofrece su zaque, diciendo: «A los niños les gusta, y es saludable. También a mis sobrinitos...».
«No quiero tu agua...» y el llanto aumenta más en tono y en intensidad.
«Pero qué quiere entonces?» pregunta entre severo y molesto Judas de Alfeo.
«¡Dos bofetones, eso es lo que quiere?» dice Judas Iscariote.
«¿Por qué? ¡Pobre niño!» pregunta Mateo.
«Porque es un pesado».
«¡Si tuviéramos que liarnos a tortazos con todos los pesados... deberíamos ocupar toda nuestra vida en dárselos!» dice con toda calma Tomás.
«Quizás no se siente bien. Fruta y agua, agua y fruta... hace que duela el cuerpo» sentencia María Salomé, que está entre las discípulas.
«Y ese niño, si come pan, agua y fruta, ya es mucho... ¡Son tan pobres!» dice Mateo, que

conoce por la experiencia de recaudador todas las economías de Cafarnaúm.
«¿Qué te sucede, hijito? ¿Te duele aquí?... Pues no está más caliente de la cuenta...» dice María de Cleofás de rodillas al lado del niño.
«¡Pero mamá, que es un capricho!... ¿No lo ves? Tú mimarías a todos».
«Yo no lo te mimado, Judas mío; te he querido. Y no dabas crédito a tus ojos al ver que te quería hasta el punto de protegerte contra la severidad de Alfeo...».
«Es verdad, mamá... Te he regañado injustamente».
«Ningún mal, hijo. Pero, si quieres ser apóstol, debes saber tener entrañas de madre hacia los fieles. Ten en cuenta que son como niños... y se necesita paciencia de amor hacia ellos...».
«¡Bien dicho, María!» aprueba Jesús.
3«Acabaremos siendo instruidos por las mujeres» murmura Judas Iscariote. «Y quizás hasta por mujeres paganas...».
«Sin duda. Os superarán con mucho, si seguís siendo lo que sois, y tú más que los demás, Judas; ciertamente te superarán todos: los niños, los mendigos, los ignorantes, las mujeres, los gentiles...».
«Acabarías antes si dijeras que seré el aborto del mundo» responde Judas, y se ríe con una risa biliosa.
«Están volviendo los otros... ¿convendrá partir, no?» dice Bartolomé para cortar esta escena que hace sufrir a muchos, a todos de distinto modo.
El llanto del niño toca el punto máximo.
«¡¡Pero bueno!! ¿Qué quieres? ¿Qué te pasa?» le dice, agresivo, Judas Iscariote, dándole un rudo meneo, para separarle de las rodillas de Jesús, a las que el niñito se ha aferrado, y, sobre todo, para descargar su enojo sobre el inocente.
«¡Contigo, Jesús! ¡Contigo!... Te vas... y palos, palos, palos...».
4«¡Ah!... ¡Oh, pobre niño! ¡Es verdad! Desde que se ha vuelto a casar, los del primer marido... son como pordioseros,... como si no hubieran nacido de ella... Los manda a la calle como mendigos y... ¡oh! para ellos no hay pan...» dice la mujer del dueño de la casa, que parece conocer bien los hechos y a sus protagonistas. Y termina: «Haría falta alguien que adoptara a estos tres abandonados...».
«No le digas eso a Simón de Jonás, mujer. Te atraerías un odio mortal de su suegra, que está más irritada que nunca contra él y contra todos nosotros. Esta mañana, una vez más, ha cubierto de insolencias a Simón y a Margziam, y a mí que estaba con ellos...» dice Mateo.
«No se lo diré a Simón... Pero es así...».
«¿Y tú no los tomarías contigo? No tienes hijos...» dice Jesús mirándola fijamente.
«Yo... ¡oh! me gustaría... Pero somos pobres... y además... Tomás... en ese caso, tiene sobrinos... y yo también... y... y...».
«Y te falta, sobre todo, la voluntad de hacer el bien a tus semejantes... Mujer, ayer criticabas como duros de corazón a los fariseos de aquí, criticabas como insensibles a mi palabra a los habitantes de la ciudad... Pero, tú, que hace más de dos años que me conoces, ¿en qué te diferencias?...».
La mujer agacha la cabeza mientras arrebuja la túnica con sus manos... Pero no dice ni una palabra en favor del pequeñuelo, que sigue llorando.
5«Estamos preparados, Maestro» grita Pedro, que está llegando.

«¡Oh, ser pobre!... ¡Y perseguido!...» dice Jesús suspirando y levantando los brazos y moviéndolos con gesto de desconsuelo...
«¡Hijo mío!...» le conforta María, que hasta ese momento había guardado silencio. Y basta esa palabra para consolar a Jesús.
«Id adelante con las provisiones, vosotros. Yo voy con mi Madre hasta la casa del niño» ordena a los que han llegado y a los que ya estaban con Él, y se pone en camino con su Madre, que ha tomado en brazos al niño...
Van hacia el campo.
« ¿Qué le vas a decir, Hijo mío?».
«Mamá, ¿qué quieres que diga a una que no tiene amor en sus entrañas de madre ni siquiera para los que han nacido de su seno?».
«Tienes razón... ¿Y entonces?».
« Y entonces... Vamos a orar, Madre mía».
Van caminando y orando.

6 Una anciana les pregunta: « ¿Lleváis a Alfeo a Meroba? Decidle que ya es hora de que se preocupe de él. A la fuerza tienen que acabar siendo ladrones... y donde caen son como la langosta... Pero mi enfado es contra ella, no contra estos tres pobrecillos... ¡Qué injusta es la muerte! ¿No podía seguir viviendo Jacob y morirse ella? Deberías hacer que muriera; así...».
«Mujer, ¿eres anciana y aún no eres sabia? ¿Y dices esas palabras pudiendo morir en cualquier minuto? Verdaderamente eres tan injusta como Meroba. Arrepiéntete de esto y no peques más».
«Perdón, Maestro... Es que su pecado me hace disparatar...».
«Sí. Te perdono. Pero no vuelvas a decir, ni siquiera dentro de ti misma, esas palabras. Los errores no se reparan con la maldición, sino con el amor. Si muriera Meroba, ¿cambiaría el sino de éstos? Quizás el viudo tomaría otra mujer y tendría hijos de terceras nupcias, y éstos una madrastra... Y, entonces, más grave su suerte».
«Es verdad. Soy vieja y necia. Ahí está Meroba, imprecando ya... Te dejo, Maestro. No quiero que piense que te he hablado de ella. Es una víbora...».
Pero la curiosidad es más fuerte que el miedo a la "víbora", y la viejecita, a pesar de que se distancie de Jesús y María, lo hace muy relativamente, y se agacha a arrancar la hierba del lindazo, que está húmeda por su cercanía a una fuente, para escuchar sin llamar la atención.

7 «¿Estás aquí? ¿Qué has hecho? ¡A casa! Siempre en la calle, como animales vagabundos, como perros sin amo, como...».
«Como hijos sin madre. Mujer, ¿sabes que dan mal testimonio de una madre los hijos que no están pegados a sus faldas?».
«Es porque son malos...».
«¡No. Yo estoy viniendo aquí desde hace treinta meses. Antes, cuando vivía Jacob y durante los primeros meses de viudez, no era así. Luego has tomado otro marido... y con la memoria de las primeras nupcias has perdido también la de tus hijos. Pero ¿qué tienen de distinto respecto al que ahora crece en tu seno? ¿No los llevaste así también a éstos? ¿Acaso no los amamantaste? Mira aquella paloma de allí... Los cuidados que prodiga a aquel pichoncito... a pesar de estar incubando ya otros huevos... Mira aquella oveja de allí. Ya no amamanta al cordero del parto precedente, porque está preñada de nueva prole. Y, no obstante, ¿ves cómo le lame el morrito y deja que ese vivaracho corderito

choque contra su costado? ¿No me respondes? Mujer, ¿tú oras al Señor?».
«Claro. No soy pagana...».
«¿Y cómo puedes hablarle al justo Señor si eres injusta? ¿Y cómo puedes ir a la sinagoga y oír leer los volúmenes, cuando hablan del amor de Dios hacia sus hijos, sin sentir el remordimiento en el corazón? ¿Por qué callas, con ese gesto arrogante?».
«Porque no he solicitado tus palabras... ni sé por qué vienes a molestarme... Mi estado merece respeto...».
«¿Y el de tu alma, no? ¿Por qué no respetas los derechos de tu alma? Sé lo que quieres decirme: que encolerizarte puede poner en peligro la vida del niño que ha de nacer... ¿Y no sientes solicitud por la vida de tu alma? Es más preciosa que la vida de un niño que ha de nacer... Tú sabes... que tu estado puede acabar en la muerte. ¿Y quieres afrontar esa hora con el alma turbada, enferma, injusta?».

«Mi marido dice que Tú eres una persona a la que no hay que escuchar. No te escucho. 8Ven, Alfeo...» y hace ademán de volverse, entre los gritos del niño, que ya sabe que le esperan palos y no quiere separarse de los brazos de María, la cual, suspirando, trata de persuadirla, y se dirige a la mujer diciendo:
«Yo también soy madre y sé comprender *muchas* cosas. Y soy mujer... Sé, por tanto, sentir compasión de las mujeres. Atraviesas una temporada no buena, ¿no es verdad? Sufres y no sabes sufrir... y así te irritas... Hermana mía, escucha. Si yo te diera ahora al pequeño Alfeo, serías injusta con él y contigo. Déjamele unos pocos días, ¡pocos! Verás como, cuando no le veas a tu lado, suspirarás por él... porque un hijo es una cosa tan dulce que, cuando se aleja de nosotras, nos sentimos pobres, heladas, sin luz...».
«¡Pues tómale! ¡Tómale! ¡Ojalá tomases contigo también a los otros dos! Pero no sé dónde están...».
«Me le llevo, sí. Adiós, mujer. Ven, Jesús». Y María se vuelve rápidamente y se aleja, con un sollozo...
«No llores, Mamá».
«No la juzgues, Hijo...».
Las dos frases - compasivas las dos - se entrecruzan. Luego, por un mismo pensamiento, las dos bocas se despegan para proferir las mismas palabras: «Si no comprenden los amores naturales, ¿podrán, acaso, comprender el amor que hay en la Buena Nueva?» y se miran, este Hijo y esta Madre, por encima de la cabecita del inocente, que se abandona ahora confiado y feliz a los brazos de María...
«Tendremos un discípulo más de lo previsto, Mamá».
«Y gozará de días de paz...».
9«¿Habéis visto, eh? Sorda, sorda como un pandero desfondado... ¡Ya os lo había dicho! ¿Y ahora? ¿Y después?».
«Y ahora hay paz. Y después, Dios quiera que haya piedad en algún corazón... ¿Por qué no en el tuyo, mujer? Un vaso de agua dado por amor queda registrado en el Cielo. Y a quien ama a un inocente por amor mío... ¡oh! ¡qué bienaventuranza para los que aman a los pequeñuelos y los salvan del mal!...».
La viejecita se queda pensativa... y Jesús continúa por un atajo que conduce al lago. Y llega al lago. Coge al niñito de los brazos de María, para que Ella pueda subir más cómodamente a la barca. Alza al niño lo más que puede para mostrarle; sonríe luminosamente y dice a los que están ya en las barcas: «¡Mirad! Esta vez sí que vamos a tener una predicación fructífera, porque llevamos con nosotros a un inocente» y sube con

firmeza al tablón, que oscila, y entra en la barca. Se sienta al lado de su Madre, mientras la barca se separa de la orilla para poner en seguida rumbo al sudeste, hacia Ippo.

450. Milagros en el arrabal cercano a Ippo y curación del leproso Juan.
26 de junio de 1946.

1Ippo no está en la orilla del lago, como yo creía al ver las casas que hay en el margen (casi en el extremo sudeste del lago). Me hacen percatarme de ello las palabras de los discípulos. Este núcleo de casas es - yo lo llamaría así - la vanguardia de Ippo, que está más hacia el interior. Como Ostia para Roma o el Lido para Venecia, representa para la ciudad del interior la salida al lago; y la ciudad se sirve de esta salida como vía lacustre de importación y exportación, y también para abreviar los viajes desde esta zona a la orilla opuesta galilea, y, en fin, también como lugar de recreo para los ociosos de la ciudad, y de aprovisionamiento del pescado que le procuran los muchos pescadores del arrabal.
Aquí, donde abordan en un sosegado atardecer en el pequeño puerto natural formado por el lecho de un torrente que ahora está seco; aquí, donde, en el tramo de unos metros, ondea la ola cerúlea del lago - no repelida por el agua del torrente -, hay casas, de mayor o menor tamaño, de hortelanos y pescadores. Éstos explotan las aguas ricas en pesca; aquéllos, la faja de tierra que va desde el litoral hacia el interior, pingüe y húmeda por las aguas cercanas, que se extiende más hacia el Norte y menos hacia el Sur (para terminar pronto en donde empieza la barrancada que entra casi a pico en el lago y desde la cual se arrojaron a éste los puercos del milagro hecho a los gerasenos).
2Dada la hora que es, los habitantes están en las terrazas o en los huertos, y están cenando. Pero, como los huertos tienen setos bajos y también las terrazas tienen pretiles bajos, pronto los habitantes ven la pequeña flota de barcas que toma tierra en el pequeño puerto, y, unos por curiosidad, otros porque conocen a los que llegan, se levantan y salen a su encuentro.
«Es la barca de Simón de Jonás, y la de Zebedeo. Entonces no puede ser sino el Rabí, que viene aquí con sus discípulos» afirma tajantemente un pescador.
«Mujer, coge inmediatamente al niño y sígueme. Quizás es Él. Él le curará. Nos lo trae el ángel de Dios» dice en tono impositivo un hortelano a su mujer, la cual tiene el rostro quemado por las lágrimas.
«Yo, por mí, creo. Recuerdo aquel milagro. ¡Vaya que si lo recuerdo! ¡Todos esos cerdos! Los cerdos que apagan en las aguas el calor de los demonios entrados en ellos... Gran tormento debía ser, si los cerdos, siempre tan desdeñosos de limpieza, se arrojaron al agua...» dice un hombre mientras camina y hace propaganda al Maestro.
«¡Tú lo dices! Sin duda tenía que ser un tormento. Estaba también yo y me acuerdo. Los cuerpos echaban humo, y también el agua. El lago se puso más caliente que cuando las aguas de Hamatha. Y por donde pasaron corriendo quedó abrasado bosque y hierba».
«Yo he ido, pero no he visto nada de particular...» le responde un tercero.
«¿Nada? ¡Entonces es que tienes escamas en los ojos! ¡Mira! Se ve desde aquí. ¿Ves allí? ¿Allí donde está ese río seco? Ve con la vista un poco más adelante y mira si...».

«¡Que no, hombre! Que eso lo han destruido los soldados de Roma, cuando buscaban a aquel granuja en las frías noches de Tébet. Acamparon allí .e hicieron fuego».
«¿Y quemaron todo un bosque para hacer fuego? ¡Mira cuántos árboles faltan allí!».
« ¡Un bosque! ¡Dos o tres encinas!».
«¿Y te parece poco?».
«No. Pero ya se sabe. Para ellos lo nuestro es pajuz. Ellos son los dominadores y nosotros los oprimidos. ¡Ah! ¿Hasta cuándo...?». La discusión pasa del terreno sobrenatural al político.
3«¿Quién me lleva donde el Rabí? ¡Piedad de un ciego! ¿Dónde está? Decídmelo. Le he buscado en Jerusalén, en Nazaret, en Cafarnaúm. Siempre había salido antes de llegar yo... ¿Dónde está? ¡Oh! ¡Piedad de mí!» dice quejumbrosamente un hombre de unos cuarenta años, tanteando en torno a sí con un bastón.
Recoge improperios de los que se llevan el golpe en las piernas o en la espalda, pero ninguno se mueve a piedad, y todos chocan contra él al pasar, sin que una mano se tienda para guiarle. El pobre ciego se para amedrentado y desconsolado...
«¡El Rabí! ¡El Rabí! ¡Ajch-Ajch, il il leee!» (me esfuerzo en transcribir... Es una palabra el grito agudo modulado por las mujeres. ¡Pero es un grito, no una palabra! Tiene más de chillido de ciertas aves que de palabra humana.)
«¡Bendecirá a nuestros hijos!».
«Su palabra hará saltar al fruto que llevo en mi seno. ¡Goza, criatura mía! El Salvador te habla» dice una lozana esposa mientras se acaricia el vientre abultado bajo la suelta túnica.
«¡Quizás a mí me lo hace fecundo! Significaría la alegría y la paz entre yo y Eliseo. He ido a todos los lugares donde se dice que la mujer consigue la fecundidad. He bebido el agua del pozo que hay cerca de la tumba de Raquel y la del regatillo de la gruta donde su Madre le dio a luz... He ido a Hebrón a aplicarme durante tres días la tierra del lugar en donde nació Juan el Bautista... He comido los frutos de la encina de Abraham y he llorado invocando a Abel en el lugar en que fue dado a luz y asesinado... He ensayado todas las cosas santas, todas las cosas milagrosas del suelo y del Cielo, y médicos y medicinas y votos y oraciones y dádivas... pero mi seno no se ha abierto a la semilla, y Eliseo apenas si me soporta. ¡¡Le cuesta no odiarme!! ¡Pobre de mí!» gime una mujer ya ajada.
«¡Ya eres vieja, Sela! ¡Resígnate!» le dicen con una piedad que está mezclada con un leve desprecio y un notorio sentido de triunfo las que pasan con su seno henchido de maternidad o con los lactantes prendidos de sus pingües senos.
«¡No! ¡No digáis eso! ¡Ha hecho resucitar a los muertos! ¿No va a poder dar vida a mis entrañas?».
«¡Paso! ¡Paso! Dejad paso a mi madre enferma» grita un joven que viene sujetando las varas de una improvisada parihuela, sujeta por el otro lado por una niña muy afligida. En la camilla hay una mujer, todavía joven, aunque reducida a un esqueleto amarillento.
«Habrá que hablarle del pobre Juan. Enseñarle el lugar donde está. Es el más infeliz de todos, porque estando leproso no puede ir en busca del Maestro...» dice un hombre añoso que parece influyente.
«¡Antes nosotros! ¡Antes nosotros! Si se adentra hacia Ippo, se acabó. Los de la ciudad se lo cogen y nosotros nos quedamos, como siempre, atrás».
4«¿Pero qué pasa allí! ¿Por qué gritan así las mujeres, allí, en la orilla?».

«¡Porque son estúpidas!».
«No. Son gritos festivos. Corramos...» .
La calle es un río humano que se encanala hacia el guijarral del lago y del torrente, hacia el lugar donde están Jesús y los que le acompañan, bloqueados por los primeros que han llegado.
«¡Milagro! ¡Milagro! ¡Mirad, el hijo de Elisa, desahuciado por los médicos, está curado! El Rabí le ha curado metiéndole saliva en la garganta» .
Los « Ajch-Ajch-il-il-leee» de las mujeres se hacen aún más vibrantes y agudos, mezclados con los fuertes «hosanna» masculinos.
Jesús, a pesar de su estatura, ha sido literalmente excedido. Los apóstoles hacen todo lo que pueden para abrirle paso. ¡Ya, ya! Las discípulas, con María en el centro, se ven separadas del grupo apostólico; el niño, en los brazos de María de Alfeo, llora aterrorizado, y su llanto hace converger en el grupo de las discípulas la atención de muchos; y se oye decir al enteradillo de siempre: «¡Ah, pues si está también la Madre del Rabí y las madres de los discípulos!...».
«¿Cuáles? ¿Quiénes son?».
«La Madre es aquella pálida y rubia vestida de lino; y las otras, aquellas ancianas que llevan una al niño y la otra aquel cesto encima de la cabeza».
«¿Y el niño quién es?».
«¡Hombre, el hijo! ¿No oís que dice "mamá"?».
«¿Hijo de quién? ¿De la anciana? ¡No puede ser!».
«De la joven. ¿No ves que quiere ir con ella?».
«No. El Rabí no tiene hermanos. Lo sé seguro».
5Algunas mujeres oyen esto y, mientras Jesús, moviéndose con dificultad, logra llegar hasta la camilla donde está la enferma a la que han llevado allí sus hijos, y la cura, ellas se dirigen con curiosidad hacia María.
Pero una no es curiosa, una se postra a sus pies y dice: «Por tu maternidad, ten piedad de mí». Es la estéril.
María se inclina hacia ella y le dice: «¿Qué quieres hermana?».
«Ser madre... ¡Un niño!... ¡Uno sólo!... Soy odiada por ser estéril. Yo creo que tu Hijo todo lo puede. Pero tengo una fe tan grande en Él que pienso que, por haber nacido de ti, te ha hecho santa y poderosa como Él. Ahora yo te ruego... por tus delicias de madre te lo ruego: hazme fecunda. Tócame con tu mano y seré feliz...».
«Tu fe es grande, mujer. Pero la fe es para quien tiene derecho a ella: para Dios. Ven, pues, donde mi Jesús...» y la toma de la mano y, con gracia apremiante, pide paso para poder llegar donde Jesús.
Las otras discípulas la siguen por el canal que se abre entre la gente, y lo mismo las mujeres que se habían acercado a María (y aprovechan para preguntar a María de Alfeo quién es el pequeño al que lleva alzado por encima de la multitud).
«Un niño al que su madre ya no le quiere. Ha venido al Rabí a buscar amor...».
«¡¿¡Un niño al que la madre ya no le quiere!?!».
«¿Has oído, Susana?».
«¿Quién es esa hiena?».
«¡Ay! ¡Y a mí que me consume el no tenerlo! ¡Déjame, déjame! ¡Que me bese al menos una vez un hijo!...» y Sela, la estéril, casi arranca de los brazos de María de Alfeo al pequeñuelo, y le estrecha contra su corazón, mientras trata de seguir a María (que ya se

había distanciado de ella en el instante en que Sela dejó la mano de María para coger al pequeño).
6«Jesús, escucha. Hay una mujer que pide una gracia. Es estéril...».
«No incomodes al Maestro por ella, mujer. Sus entrañas están muertas» dice uno que no sabe que está hablando a la Madre de Dios. Y luego, habiendo sido advertido de su error, desconcertado, quiere achicarse y desaparecer, mientras Jesús responde de una vez a él y a la mujer suplicante, diciendo:
«Yo soy la Vida. Mujer, hágase lo que pides» y pone un instante la mano en la cabeza de Sela.
«¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!» grita el ciego de antes, que lentamente ha llegado a la aglomeración de gente y desde el fondo lanza su grito de invocación.
Jesús, que tenía agachada la cabeza para escuchar las palabras de súplica de Sela, la alza de nuevo y mira hacia el punto de donde viene, sincopada como el grito de un náufrago, la voz del ciego.
«¿Qué quieres de mí?» grita.
«Ver. Estoy en las tinieblas».
«Yo soy la Luz. ¡Quiero!».
«¡Ah! ¡Veo! ¡Veo! ¡De nuevo veo! ¡Dejadme pasar! ¡Para besar los pies de mi Señor!».
7«Maestro, has curado a todos aquí. Pero hay un leproso en una cabaña del bosque. Siempre nos ruega que te llevemos a él...».
«¡Vamos! ¡Hala! Dejadme que vaya. ¡No os hagáis daño! Yo estoy aquí para todos... Ánimo, dejad paso. Hacéis daño a las mujeres y a los niños. No me marcho inmediatamente. Estoy aquí mañana, y luego estaré por esta región durante cinco días. Me podréis seguir, si queréis...».
Jesús trata de disciplinar a la multitud, de evitar que por obtener beneficio de su venida se haga daño la gente. Pero la multitud es como una substancia blanduzca que se aparta pero luego vuelve a apretarse en torno a Él; es como una avalancha que, por ley natural, no puede evitar comprimirse a medida que avanza; es como partículas de hierro atraídas por el imán... Y es lento el andar, trabado, fatigoso... Todos sudan, los apóstoles gritan, se sirven de codazos en los pechos y de golpes con los pies en las espinillas para abrir paso... ¡Todo esfuerzo es inútil! Se requiere un cuarto de hora para avanzar diez metros. Una mujer de unos cuarenta años logra, a fuerza de constancia abrirse camino hasta Jesús y le toca en un codo.
«¿Qué quieres, mujer?».
«Ese niño... he sabido que... Yo soy viuda y sin hijos... Acuérdate de mí. Soy Sara de Afeo, la viuda del vendedor de esteras. Acuérdate. Tengo casa en la plaza de la fuente roja. Pero tengo también algunas parcelas de viña y de bosque. Tengo algo que ofrecer a quien se encuentre solo... y me sentiría feliz...».
«Me acordaré, mujer. Que tu piedad sea bendecida».
8Pronto atraviesan el pueblo, más paralelo que vertical al lago, y la campiña, dulce, silenciosa en el crepúsculo que desciende sin hacer sombra nocturna (porque, entre la luz diurna y la nocturna de la Luna, hay sólo un paso imperceptible) los acoge. Van hacia los primeros desniveles del alto cantil que, más hacia el Sur, bordea al lago. En el escalón natural hay grutas, no sé si naturales o intencionadamente excavadas en la roca, muchas tapiadas y blanquedas por fuera (sin duda, sepulcros).

«Hemos llegado. Vamos a detenernos, para no contaminarnos. Estamos cerca de la tumba del vivo, y a esta hora va a aquella peña a recoger las dádivas. Era rico, ¿eh? Nosotros le recordamos. Era también bueno. Pero ahora es un santo. Cuanto más le ha castigado el dolor, más justo se ha hecho. Sabemos cómo sucedió. Se dice que por unos peregrinos a los que dio posada. Iban a Jerusalén, eso decían. Parecían sanos, pero estaban ciertamente leprosos. El hecho es que, después de su paso, primero su mujer y sus criados, luego sus hijos, por último él, se cogieron la lepra. Todos. Los primeros y empezando por las manos los que habían lavado los pies y los indumentos a los peregrinos, por eso decimos que debieron ser ellos causa de todo. Los niños, tres, pronto muertos, pronto. Luego su mujer, más de dolor que de enfermedad... Él... cuando el sacerdote declaró a todos leprosos, se compró este trozo de monte con sus bienes, que ya resultaban inútiles, y mandó que almacenasen provisiones para él y los suyos... criados incluidos, y azadas y picos... y empezó a excavar los sepulcros... y, uno por uno, distribuyó en ellos a todos: a sus hijitos, luego a su mujer, a los criados... Ha quedado él, solo y pobre, porque todo termina con el tiempo... y ya lleva quince años... Y, a pesar de todo, jamás una queja. Era culto: de memoria repite la Escritura. Se la dice a las estrellas, a las hierbas, a los árboles, a los pájaros; a nosotros, que tanto tenemos que aprender de él; y consuela nuestros dolores... él, ¿comprendes?, consuela nuestros dolores. Vienen de Ippo y Gamala, y hasta de Guerguesa y Afeq a escucharle... ¡oh, se ha puesto a predicar la fe en ti! Señor, si los hombres te han saludado con tu nombre de Mesías, si las mujeres te han saludado como al vencedor y rey, si nuestros niños saben tu Nombre y que eres el Santo de Israel, es por el pobre leproso» refiere por todos el hombre añoso que primero ha hablado de Juan.
«¿Le vas a curar?» preguntan muchos.

«¿Y lo preguntáis? Tengo piedad de los pecadores, ¿qué tendré por un justo?... [9]¿Es ese que está viniendo? Allí, entre aquellos matorrales...».
«Sin duda es él. ¡Pero, qué vista tienes, Señor! Oímos rumor, pero no vemos nada...».
Cesa también el rumor. Todo es silencio y espera...
Jesús está bien iluminado. Está solo, un poco adelantado, porque ha dado unos pasos hacia la peña en que están colocadas las provisiones; los demás, en la penumbra de algunos árboles, desaparecen, confundiéndose con los troncos y los matorrales de la gándara. También los niños callan, o por estar dormidos en brazos de sus madres, o por miedo del silencio, de los sepulcros, de las caprichosas sombras que forma la Luna de las plantas y las rocas.
Pero el leproso debe ver, desde su escondite, y ver bien. Debe ver la alta y solemne persona del Señor, todo blanco bajo el blanco de la luna, hermosísimo. Las miradas cansadas del leproso, sin duda, se cruzan con la mirada esplendorosa de Jesús. ¿Qué lenguaje saldrá de aquellas pupilas divinas, grandes, fúlgidas como estrellas?; ¿qué, de la boca entreabierta sonriente de amor?; ¿qué, del corazón, sobre todo del corazón de Cristo? Misterio. Uno de tantos misterios en las relaciones espirituales de Dios y las almas.
Una cosa es clara: el leproso comprende, porque grita: «¡El Cordero de Dios! ¡El que ha venido a sanar todo el dolor del mundo! ¡Jesús, Mesías bendito, Rey y Salvador nuestro, piedad de mí!».
«¿Qué quieres? ¿Cómo puedes creer en el Desconocido y ver en Él al Esperado? ¿Qué soy Yo para ti? ¿El Desconocido...?».
«No. Tú eres el Hijo de Dios vivo. ¿Que cómo lo sé y te veo? No lo sé. Aquí, dentro de

mí una voz ha gritado: "¡Es el Esperado! Ha venido a premiar tu fe". ¿Desconocido? Sí. Nadie conoce el rostro de Dios. Por tanto, eres "el Desconocido" en tu apariencia. Pero eres el Conocido por tu Naturaleza, por tu Realidad: Jesús, Hijo del Padre, Verbo Encarnado y Dios como el Padre. Éste eres, y yo te saludo y te suplico, creyendo en ti».
«¿Y si no pudiera nada y tu fe quedara defraudada?».
«Diría que es la voluntad del Altísimo y seguiría creyendo y amando, esperando siempre en el Señor».
10 Jesús se vuelve hacia la muchedumbre, que escucha el diálogo con el ánimo suspendido, y dice: «En verdad, en verdad os digo que este hombre tiene esa fe que mueve las montañas. En verdad, en verdad os digo que la verdadera caridad, fe y esperanza se prueban en el dolor más que en la alegría; aunque el exceso de alegría supone, a veces, la ruina de un espíritu aún no formado. Es fácil creer y ser buenos cuando la vida no es sino un plácido, si no gozoso, transcurrir de días iguales. Pero el que sabe persistir en la fe, esperanza y caridad, aún cuando enfermedades, miserias, muertes, desventuras, hacen de él un hombre solo, abandonado, evitado por todos, y en sus labios no se oye sino: "Hágase lo que el Altísimo considera útil para mí", en verdad es un hombre que no sólo merece ayuda de Dios, sino que, Yo os lo digo, en el Reino de los Cielos está preparado su lugar y no conocerá espera en la purgación, porque su justicia ha anulado toda deuda de la vida pasada. Hombre, Yo te lo digo: "¡Ve en paz, que Dios está contigo!"».
Se vuelve al decir esto, y extiende los brazos hacia el leproso, le atrae hacia sí casi con su gesto, y, cuando está bien cerca, bien visible, ordena: «¡Quiero! ¡Queda limpio!...», y parece como si la Luna limpiara y arrastrara, con su rayo de plata, las pústulas, las llagas, los nódulos y las costras de la horrenda enfermedad. El cuerpo se reforma y modela en salud.
Es un hombre viejo, de noble aspecto, de delgadez ascética, el que, informado del milagro por los gritos de hosanna de la muchedumbre y no pudiendo tocar a Jesús ni a hombre alguno antes del tiempo prescrito por la Ley, se postra para besar el suelo.
«Levántate. Te traerán una túnica limpia, para que puedas presentarte al sacerdote. Y que sepas caminar siempre limpio de espíritu en la presencia de tu Dios. Adiós, hombre. ¡La paz sea contigo!».
Y Jesús se reúne con la gente y, lentamente, regresa al pueblo para descansar.

ÍNDICE DEL VOLUMEN OCTAVO * on line *

501. Parábola de los hijos lejanos. Curación de dos hijos ciegos del hombre de Petra. *

502. Otro abatimiento en Pedro. Lección sobre las posesiones (divinas y diabólicas).

503. Los apóstoles indagan acerca del Traidor. Un saduceo y la infeliz mujer de un

nigromante. Saber distinguir lo sobrenatural de lo oculto.

504. Margziam preparado para la separación. Regreso a la aldea de Salomón y muerte de Ananías.

505. En el Templo, una gracia obtenida con la oración incesante y la parábola del juez y la viuda.

506. En el Templo, oposición al discurso que revela que Jesús es la Luz del mundo.

507. El gran debate con los judíos. Huyen del Templo con la ayuda del levita Zacarías.

508. Juan será la luz de Cristo hasta el final de los tiempos. El pequeño Marcial-Manasés acogido por José de Seforí.

509. El anciano sacerdote Matán acogido con los apóstoles y discípulos que han huido del Templo.

510. La curación de un ciego de nacimiento.

511. En la casa de Juan de Nob, otra alabanza a la Corredentora. Embustes de Judas Iscariote.

512. Profecía ante un pueblo destruido.

513. En Emaús Montana, una parábola sobre la verdadera sabiduria y una advertencia a Israel.

514. Consejos sobre la santidad a un joven indeciso. Reprensión a los habitantes de Bet-Jorón después de la curación de un romano y una judía.

515. Las razones del dolor salvífico de Jesús. Elogio de la obediencia y lección sobre la humildad.

516. En Gabaón, milagro del mudito y elogio de la sabiduría como amor a Dios.

517. Hacia Nob. Judas Iscariote, tras un momento polémico, reconoce su error.

518. En Jerusalén, encuentro con el ciego curado y palabras que revelan a Jesús como buen Pastor.

519. Inexplicable ausencia de Judas Iscariote y alto en Betania, en casa de Lázaro.

520. Conversaciones en torno a Judas Iscariote, ausente. Llegada a Tecua con el anciano Elí-Ana.

521. En Tecua, Jesús se despide de los habitants del lugar y del anciano Elí-Ana.
*

522. Llegada a Jericó. El amor terreno de la muchedumbre y el amor sobrenatural del convertido Zaqueo.

523. En Jericó. La petición a Jesús de que juzgue a una mujer. La parábola del fariseo y el publicano tras una comparación entre pecadores y enfermos.

524. En Jericó. En casa de Zaqueo con los pecadores convertidos.

525. El juicio sobre Sabea de Betlequi.

526. Curaciones cerca del vado de Betabara y discurso en recuerdo de Juan el Bautista.

527. Desconocimiento y tentaciones en la naturaleza humana de Cristo.

528. En Nob. Consuelo materno de Elisa y regreso inquietante de Judas Iscariote.

529. Enseñanzas a los apóstoles mientras realizan trabajos manuales en casa de Juan de Nob.

530. Otra noche de pecado de Judas Iscariote.

531. En Nob, enfermos y peregrinos venidos de todas partes. Valeria y el divorcio. Curación del pequeño Leví.

532. Preparativos para las Encenias. Una prostituta enviada a tentar a Jesús, que deja Nob.

533. Hacia Jerusalén con Judas Iscariote.

534. Enseñanzas y curaciones en la sinagoga de los libertos romanos. Un encargo para los gentiles.

535. Judas Iscariote llamado a informar a casa de Caifás.

536. Curación de siete leprosos y llegada a Betania con los apóstoles ya reunidos. Marta y María preparadas por Jesús a la muerte de Lázaro.

537. En el Templo en la fiesta de la Dedicación, Jesús se manifiesta a los judíos, que intentan apedrearle.

538. Jesús, orante en la gruta de la Natividad, contemplado por los discípulos ex pastores.

539. Juan de Zebedeo se acusa de culpas inexistentes.

540. La Madre confiada a Juan. Encuentro con Manahén y lección sobre el amor a los animales. Conclusión del tercer año.

PREPARACIÓN A LA PASIÓN DE JESÚS

541. Judíos en Betania de visita.

542. Los judíos en casa de Lázaro.

543. Marta llama a un criado a llamar al Maestro.

544. La muerte de Lázaro.

545. El criado de Betania refiere a Jesús el mensaje de Marta.

546. El día de los funerales de Lázaro.

547. Jesús decide ir a Betania.

548. La resurrección de Lázaro.

549. Sesión del Sanedrín y audiencia en el palacio de Pilato.

550. Misión de amor para Lázaro y contemplación absoluta para su hermana María. Jesús debe huir a Samaria.

551. Los apóstoles son informados, después de un alto donde Nique, del decreto del Sanedrín. Llegada a los confines de Judea.

552. Preparativos y recibimientos en Efraím.

553. Comienzo del sábado en Efraím. Los ladrones del Adomín y la ayuda prestada a tres niños.

554. El sábado en Efraím. Con los apóstoles y los tres niños en una pequeña isla del torrente.

555. Lección nocturna a Simón Pedro sobre el perdón de los pecados y sobre el dolor de los santos y de los inocentes.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN OCTAVO

501. Parábola de los hijos lejanos. Curación de dos hijos ciegos del hombre de Petra.

24 de septiembre de 1946.

1Es una bonita mañana de otoño. Quitando las hojas rojoamarillas que cubren el suelo y recuerdan la época del año, está tan verde la hierba, con alguna florecilla abriéndose en las macollas renacidas con las lluvias de octubre, y hay un aire tan sereno, que circula entre las ramas en parte ya desnudas, que a uno le viene la imagen de un comienzo de primavera. Y mucho más al considerar que las plantas de hojas perennes, que se mezclan con las de hoja caduca, ponen la nota alegre de las nuevas hojitas esmeraldinas nacidas en los extremos de las ramitas, junto a las ramas desnudas de otras plantas; de forma que parece que éstas echan las primeras hojas. Las ovejas salen de los rediles y, balando, se encaminan a los pastos con los corderos de los partos de otoño. El agua de una fuente, puesta a la entrada del pueblo, brilla como líquido diamante bajo el sol que la besa, y, cayendo en la obscura pila, produce todo un centelleo multicolor contra una casita de paredes ennegrecidas por el tiempo.
Jesús se sienta en un murete que limita el camino por un lado, y espera. Los suyos están en torno a Él. También los habitantes del pueblo. Los pastores, por su parte, obligados por el rebaño, para no alejarse demasiado, en vez de subir más arriba, se esparcen a ambos lados del camino, hacia la llanura.
Por el camino que desde el valle sube al Nebo, de momento, no viene nadie.
«¿Y vendrá?» preguntan los apóstoles.
«Vendrá. Y nosotros le esperaremos. No quiero defraudar una esperanza en formación y destruir una futura fe» responde Jesús.
«¿No estáis bien entre nosotros? Hemos dado lo mejor que teníamos» dice un anciano que se calienta al sol.
«Mejor que en otros lugares, padre. Y vuestra bondad recibirá premio de Dios» le responde Jesús.
«Entonces háblanos más. Aquí vienen de vez en cuando cumplidores fariseos y soberbios escribas. Pero no tienen palabras para nosotros. Es justo. Ellos son los separados, por altura, de... todo, y los sabios. Nosotros... ¿Pero no debemos, entonces, conocer nada nosotros porque la suerte nos haya hecho nacer aquí?».
«En la Casa del Padre mío no hay separaciones ni diferencias para los que llegan a creer en Él y a practicar su Ley, que es el código de su voluntad, y ésta es que el hombre viva como justo para recibir eterno premio en su Reino.
2Escuchad. Un padre tenía muchos hijos. Algunos habían vivido siempre en estrecho

contacto con él; otros, por distintas razones, habían estado relativamente más lejos del padre. No obstante, conociendo los deseos paternos a pesar de estar lejos del padre, podían actuar como si éste estuviera presente. Otros, por estar aún más lejos, y haber sido educados, desde el primer día después de nacer, por servidores que hablaban otras lenguas y tenían otras costumbres, se esforzaban en servir a su padre según eso poco que, más por instinto que por conocimiento, sabían que a él le agradaba. Un día, el padre - que no ignoraba que, contrariamente a sus órdenes, sus servidores se habían abstenido de dar a conocer sus pensamientos a esos hijos lejanos, porque en su orgullo consideraban a éstos inferiores, desestimados por el solo hecho de no vivir con su padre - quiso reunir a toda su prole. Y la llamó a su presencia. Pues bien, ¿creéis que juzgó según la línea del derecho humano, y que dio la posesión de los bienes sólo a los que habían estado siempre en su casa, o, cuanto menos, no tan lejanos como para impedirles conocer sus órdenes y deseos? No, él siguió un concepto completamente distinto: observando las obras de los que habían sido justos por amor al padre, al que habían conocido sólo de nombre y habían honrado con todas sus obras, los llamó junto a sí y dijo: "Doble vuestro mérito de haber sido justos, porque lo fuisteis sólo por vuestra voluntad y sin ayudas. Venid en torno a mí. ¡Bien tenéis derecho a ello! Los primeros me han tenido siempre, y cada obra suya estaba reglada por mi consejo y era premiada con mi sonrisa. Vosotros habéis tenido que actuar sólo por fe y amor. Venid. Porque en mi casa está preparado vuestro lugar, está preparado desde hace tiempo, y ante mis ojos no constituye una diferencia el haber estado siempre en casa o el haber estado lejos; lo que tienen diferencia son las acciones, que, cerca o lejos de mí, mis hijos han llevado a cabo".

Ésta es la parábola. Y su explicación es ésta: que escribas o fariseos, que viven en torno al Templo, pueden no estar en el Día eterno en la Casa de Dios, y que muchos que han estado muy lejos de saber siquiera sucintamente las cosas de Dios, podrán estar entonces en su seno. Porque lo que da el Reino es la voluntad del hombre tendida a la obediencia a Dios, y no el cúmulo de prácticas y ciencia.

Haced, pues, cuanto os he explicado ayer. Hacedlo sin un excesivo temor que paraliza, sin el cálculo de evitar con ello el castigo; hacedlo, por tanto, sólo por amor a Dios que os ha creado para amaros y ser amado por vosotros. Y tendréis un sitio en la Casa paterna».

3 «¡Háblanos todavía más!».

«¿Y qué os debo decir?».

«Ayer decías que hay sacrificios más gratos a Dios que el de corderos o machos cabríos, y también que hay lepras más vergonzosas que las de la carne. No he comprendido bien tu pensamiento» dice un pastor, y termina: «Antes de que un cordero tenga un año, y sea el más hermoso del rebaño, sin mancha ni defecto, ¿sabes cuántos sacrificios hay que hacer, y cuántas veces hay que superar la tentación de hacer de él el carnero del rebaño o venderlo para ello? Ahora bien, si durante un año se resiste a toda tentación, y se le cuida y uno se encariña con él, perla del rebaño, ¿sabes lo grande que es el sacrificio de inmolarle sin ganancia y con dolor? ¿Puede haber un sacrificio más grande que ofrecer al Señor?».

«Hombre, en verdad te digo que el sacrificio no está en el animal inmolado, sino en el esfuerzo que has hecho por conservarlo para inmolarlo. En verdad os digo que está llegando el día en que, como dice la palabra inspirada*, Dios dirá:

---

* *como dice la palabra inspirada*: en *Isaías 1, 11; David exclama*: en *Salmo 51, 18-19.*

"No necesito el sacrificio de corderos y machos cabríos" y exigirá un sacrificio único y perfecto. Y desde esa hora todo sacrificio será espiritual. Pero ya está escrito desde siglos cuál es el sacrificio que el Señor prefiere. David exclama llorando "Si Tú hubieras deseado un sacrificio, te lo habría ofrecido, pero no te gustan los holocaustos. El sacrificio a Dios es el espíritu contrito (y Yo añado: obediente y amoroso, porque se puede cumplir también sacrificio de alabanzas y de gozo y de amor, no sólo de expiación). El sacrificio a Dios es el espíritu contrito; al corazón contrito y humillado Tú, oh Dios, no lo desprecias". No. Vuestro Padre no desprecia tampoco al corazón que ha pecado y se ha arrepentido. Y entonces, ¿cómo acogerá el sacrificio del corazón puro, justo, que le ama? Este es el sacrificio más grato. El cotidiano sacrificio de la voluntad humana a la divina que se os muestra en la Ley, en las inspiraciones y en las cosas que suceden cada día. Y así, no es la lepra de la carne la más vergonzosa y la que más excluye de la presencia de los hombres y de los lugares de oración; antes bien, la lepra del pecado. Es verdad que ésta pasa muchas veces ignorada de los hombres. Pero ¿vivís para los hombres o para el Señor? ¿Todo termina aquí o prosigue en la otra vida? Ya lo sabéis vosotros. Entonces, sed santos para no ser leprosos a los ojos de Dios, que ven los corazones de los hombres, y conservaos limpios en el espíritu para poder vivir eternamente».
«¿Y si uno ha pecado fuertemente?».
«Que no imite a Caín, que no imite a Adán y Eva; sino que corra a los pies de Dios y con verdadero arrepentimiento le pida piedad. Un enfermo, un herido va al médico para curarse. El pecador, que vaya a Dios para obtener perdón. Yo...».
4«¿Tú aquí, Maestro?» grita uno que sube por el camino entre muchos otros y bien cubierto con su manto. Jesús se vuelve y le mira. «¿No me reconoces? Soy el rabí Sadoq. De vez en cuando nos encontramos».
«El mundo es siempre pequeño, cuando Dios quiere hacer que se encuentren las personas. Nos encontraremos todavía, rabí. Entre tanto, la paz sea contigo».
El otro no devuelve el saludo de paz, sino que pregunta: «¿Qué haces aquí?».
«He hecho lo que tú estás para hacer. ¿No es sagrado para ti este monte?».
«Tú lo has dicho. Y vengo con mis discípulos. ¡Pero yo soy un escriba!».
«Y Yo soy un hijo de la Ley. Venero, pues, a Moisés como tú le veneras».
«Eso es mentira. Anulas su palabra con la tuya y no apuntas ya a nuestra obediencia, sino a la tuya».
«A la *vuestra* no. Ésa es vuestra, pero no es necesaria...».
«¿No es necesaria? ¡Qué horror!».
«No, no más necesaria de cuanto lo sean en tus vestiduras, para resguardarte de los vientos otoñales, los fluentes y abundantes flecos que adornan el vestido. Es el vestido el que te protege. Igualmente, de las muchas palabras que se enseñan acepto las necesarias y santas, las mosaicas, y no presto atención a las otras».
«¡Samaritano! ¡No crees en los profetas!».
«Vosotros no observáis a los profetas. Si los observarais, no me llamaríais samaritano».
«¡Déjale, Sadoq! ¿Quieres hablar con un demonio?» dice otro peregrino que ha llegado en ese momento con otras personas. Y, volviendo su dura mirada en torno al grupo que envuelve a Jesús, ve a Judas de Keriot y le saluda con sorna.
5Quizás sucedería algún incidente, porque los habitantes del pueblo quieren defender a Jesús. Pero se abre paso, gritando, el hombre de Petra, seguido por un servidor. Tanto él

como el servidor tienen a un niño en los brazos. «Dejadme pasar. Señor, ¿has tenido que esperarme demasiado?».
«No, hombre. Ven a mí».
La gente se abre para dejarle pasar. Va hacia Jesús y se arrodilla, mientras deposita en el suelo a una niñita que tiene la cabeza vendada con lino. El servidor hace lo mismo y pone en el suelo a un niñito de ojos opacos.
«¡Mis hijos, Maestro Señor!» dice, y en la breve frase palpita todo el dolor y la esperanza de un padre.
«Has tenido mucha fe, hombre. ¿Y si te hubiera defraudado? ¿Si no me hubieras encontrado? ¿Si te dijera que no te los puedo curar?».
«No te creería. Y no creería tampoco en la evidencia de no verte. Habría dicho que te habías escondido para probar mi fe, y te habría buscado hasta encontrarte».
«¿Y la caravana? ¿Y tu ganancia?».
«¿Estas cosas? ¿Qué son respecto a ti, que puedes curar a mis hijos y darme una fe segura en ti?».
6«Destapa la cara de la niña» ordena Jesús.
«Tengo tapada su cara porque sufre mucho con la luz».
«Será sólo un instante de dolor» dice Jesús.
Pero la pequeña se echa a llorar desesperadamente y no quiere que le quiten la venda.
«Hace esto porque cree que la vas a atormentar con el fuego como los médicos» explica el padre, luchando por quitar de las vendas las manitas de la niña.
«¡No tengas miedo, niña! ¿Cómo te llamas?».
La niña llora y no responde. Responde el padre por ella: «Tamar, de donde nació; y el niño, Fara».
«No llores, Tamar. No te hago daño. Toca mis manos. No tienen nada en los dedos. Ven encima de mis rodillas. Mientras, curaré a tu hermano, y él te dirá lo que ha sentido. Ven aquí, niño».
El criado le lleva hasta sus rodillas al pobre cieguito, cuyos ojos están apagados a causa del tracoma. Jesús le acaricia la cabeza y le pregunta: «¿Sabes quién soy?».
«Jesús Nazareno, el Rabí de Israel, el Hijo de Dios».
«¿Quieres creer en mí?».
«Sí».
Jesús le pone la mano en los ojos, cubriéndole más de la mitad de la cara. Dice: «¡Quiero! Y que la luz de las pupilas abra la vía a la luz de la Fe». Quita la mano.
El niño lanza un grito, llevándose las manos a los ojos; luego dice: «¡Padre! ¡Veo!». Pero no corre hacia su padre. En su espontaneidad de niño se agarra al cuello de Jesús y le besa en las mejillas, y se queda así, agarrado a su cuello, refugiando su cabecita en el hombro de Jesús para acostumbrar de nuevo las pupilas al sol.
La gente aclama por el milagro, mientras el padre quisiera quitar al niño del cuello de Jesús.
«Déjale. No molesta. Únicamente, Fara, dile a tu hermana lo que to he hecho».
«Una caricia, Tamar. Parecía la mano de nuestra mamá. ¡Cúrate tú también y jugaremos otras veces!».
7La niña, todavía un poco reacia, se deja poner encima de las rodillas de Jesús, el cual quisiera curarla sin tocarle siquiera las vendas. Pero los escribas y sus compañeros gritan: «Es un truco. La niña ve. Una conjura para engañar vuestra buena fe, habitantes de este

lugar».
«Mi hija está enferma. Yo...».
«¡Deja! Tú, Tamar, ahora eres buena y dejas que te quite las vendas».
La niña, convencida, se deja. ¡Qué se ve, cuando la última venda cae! Dos llagas rojas, costrosas, hinchadas, de que gotean lágrimas y pus, están en lugar de los ojos. Un susurro de horror recorre a la gente, y de compasión, mientras la niña se lleva las manitas a la cara para protegerse de la luz, que debe hacerle sufrir horriblemente; en las sienes rojean quemaduras recientes.
Jesús le aparta las manitas y roza ligeramente ese estrago, apoya la mano encima y dice: «Padre, que creaste la luz para alegría de los que viven, y hasta al mosquito le diste pupilas, devuelve la luz a esta criatura tuya, para que te vea y crea en ti, y a partir de la luz de la Tierra entre, con la Fe, en la luz de tu Reino». Quita la mano...
«¡Oh!» gritan todos.
Ya no hay llagas. Pero la pequeña tiene todavía cerrados los ojos.
«Ábrelos, Tamar. No tengas miedo. La luz no te va a hacer daño».
La niña obedece un poco temerosa y abre los párpados, que dejan ver dos vivaces ojitos negros.
«¡Padre mío! ¡Te veo!» y ella también se apoya sobre el hombro de Jesús para acostumbrarse lentamente a la luz.
Alboroto festivo entre la gente, mientras el hombre de Petra se arroja, sollozando de alegría, a los pies de Jesús.
«Tu fe ha tenido su premio. Que desde ahora tu gratitud lleve a tu fe en el Hombre al ámbito más alto: a la fe en el verdadero Dios. Levántate y vamos».
Y Jesús pone en el suelo a la niña, que sonríe feliz; y se despega al niño y se levanta. Los acaricia una vez más y hace ademán de abrir el círculo de gente que se apiña para ver los ojos curados.
8«Deberías pedir también tú la curación para tus ojos velados» dice un discípulo a un viejo, cuyos ojos están tan opacados que deben llevarle de la mano.
«¡¿Yo?! ¡¿Yo?! No quiero que me dé la luz un demonio. Es más: ¡A ti te grito, oh Dios eterno! Escúchame. ¡A mí, a mí las tinieblas absolutas, pero que yo no vea la cara del demonio, de ese demonio, de ese sacrílego, usurpador, blasfemo, deicida! Desciendan las sombras sobre mis ojos para siempre. ¡Las tinieblas, las tinieblas para no verle nunca, nunca, nunca!» Parece un demonio él. En su paroxismo se golpea las cuencas de los ojos como si quisiera hacerlos estallar.
«No temas. No me verás. Las Tinieblas no quieren la Luz, y la Luz no se impone a quien la rechaza. Yo me marcho, anciano. No me verás ya en esta Tierra. Pero, igualmente, me verás en otro lugar».
Y Jesús, con un abatimiento que le acentúa el modo de caminar propio de los que son muy altos, ligeramente echado hacia adelante, se encamina por la bajada. Está tan abatido, que parece ya el Condenado que baja el Moria con la carga de la Cruz... Y los gritos de los enemigos azuzados por el viejo furioso asemejan mucho a los de la muchedumbre de Jerusalén el día de Viernes Santo.
El hombre de Petra, afligido, con la atemorizada niña llorando entre sus brazos, susurra: «¡Por mí, Señor! ¡Por causa mía! ¡Tú, tanto bien a mí! ¡Y yo a ti? He puesto en el baldaquino, sobre el camello, unas cosas para ti. Pero ¿qué son respecto a los insultos que te he procurado? Siento vergüenza de haber venido a ti...».

«No, hombre. Ése es mi pan amargo de cada día. Y tú eres la miel que lo dulcifica. Siempre es más la cantidad de pan que la de miel, pero basta una gota de miel para hacer dulce mucho pan».
«Eres bueno... Pero, dime al menos: ¿qué tengo que hacer para medicar estas heridas?».
«Conserva la fe en mí. Por ahora, como puedas y hasta donde puedas. Dentro de no mucho... sí, mis discípulos irán hasta Petra, y más allá. Entonces sigue su doctrina, porque Yo hablaré en ellos. Y por el momento habla a los de Petra de lo que te he hecho, de forma que, cuando estos que me rodean, y otros, vayan en mi Nombre, no les sea desconocido este Nombre mío».
9 Al pie de la bajada, en la calzada romana, están parados tres camellos. Uno, sólo con la silla; los otros, con el baldaquino. Los vigila un criado.
El hombre va a uno de los baldaquinos y coge unos paquetes: «Aquí tienes» dice mientras se los ofrece a Jesús. «Te serán útiles. No me des las gracias. Yo soy el que tiene que bendecirte por todo lo que me has dado. Si puedes hacerlo con incircuncisos, bendíceme a mí y a mis hijos, Señor» y se arrodilla con los niños. Los criados hacen lo mismo.
Jesús extiende sus manos y ora en voz baja con los ojos fijos en el cielo. «Ve. Sé justo y hallarás a Dios en tu camino, y le seguirás sin nunca más perderle. ¡Adiós, Tamar! ¡Adiós, Fara!». Los acaricia antes de que suban con los criados, uno por camello.
Los animales se alzan al oír el *crrr crrr* de los camelleros, se vuelven y toman el trote por el camino que va hacia el Sur. Dos manitas morenas se asoman por los baldaquinos y dos vocecitas dicen: «¡Adiós, Señor Jesús! ¡Adiós, padre!».
El hombre hace, a su vez, ademán de montar. Se postra y besa la túnica de Jesús, luego monta en la silla y se marcha hacia el Norte.
«Y ahora vamos» dice Jesús, encaminándose igualmente hacia el Norte.
«¿Cómo? ¿Ya no vas a donde querías?» preguntan.
«No. Ya no podemos ir... Las voces del mundo tenían razón... Y ello es porque el mundo es astuto y conoce las obras del demonio... Iremos a Jericó...».
¡Qué triste está Jesús!... Todos le siguen, cargados con los bultos dados por el hombre; abatidos y sin decir palabra...

502. Otro abatimiento en Pedro. Lección sobre las posesiones (divinas y diabólicas).

25 de septiembre de 1946.

1 Acaban de cruzar el vado de Betabara. Al otro lado del río, azul, bastante lleno de agua por haberse nutrido de los afluentes colmados de lluvias otoñales, se ve la otra orilla, la oriental, con muchas personas gesticulantes. En la orilla occidental, sin embargo, donde está Jesús con los suyos, hay sólo un pastor y un rebaño que roza la hierba verde del margen.
Pedro se sienta encima de un resto de murete que se encuentra allí, sin secarse siquiera las piernas, húmedas por el vado. Porque en esta estación del año usan las barcas, es verdad, pero, para que no se enarenen en este lugar de bajo fondo, las usan en la parte más profunda, deteniéndose a dejar bajar a los transbordados en donde ya roza la quilla

con las hierbas sumergidas. Así que el que atraviesa el río debe caminar algunos pasos en el agua.
«¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal?» le preguntan.
«No. Pero no puedo más. En el Nebo esa violencia, y antes en Esebón, y antes en Jerusalén, y antes en Cafarnaúm, y después del Nebo en Caliroe, y ahora en Betabara... ¡Oh!...», agacha la cabeza, la mete entre las manos y llora...
«No te abatas, Simón. No me hagas pobre también de tu coraje, de vuestro coraje» le dice Jesús, yendo a su lado y poniendo una mano sobre la gruesa túnica gris que cubre al apóstol.
«¡No puedo, no puedo ver esto! ¡No puedo verte maltratado de esta manera! Si me dejaras reaccionar... quizás podría. Pero así... Tenerme que contener... y asistir a sus insultos, a tus sufrimientos, como un impotente niño... ¡Oh, se me desgarra todo por dentro y me quedo echo un trapo!... ¡Fijaos vosotros, si es posible verle así! Parece un enfermo, uno que esté muriéndose de fiebres... ¡Parece un culpable perseguido que no encuentra dónde detenerse a tomar un bocado, a beber un trago, a buscarse una piedra para reclinar la cabeza! ¡Esa hiena del Nebo! ¡Esas serpientes de Caliroe! ¡Ese energúmeno que todavía está allí! (y señala la otra orilla). Menos demonio el de Caliroe, a pesar de que sea el segundo sólo del que dices que está dominado por Belcebú. [2]Tengo miedo de los endemoniados, pienso que si los ha atrapado de esa manera Satanás deben haber sido muy malos. Pero... el hombre puede caer sin absoluta voluntad de hacerlo. ¡Sir embargo, los que sin estar poseídos hacen lo que hacen, con toda su razón libre!... ¿No los vas a vencer nunca, dado que no quieres castigarlos? Y ellos... te vencerán...». Y el llanto del fiel apóstol, que se había calmado un poco bajo el fuego de la indignación, vuelve fuerte...
«Pedro mío, ¿y crees que ésos no están endemoniados? ¿Crees que para estarlo hay que estar como aquel de Caliroe y otros que hemos encontrado? ¿Crees que la posesión se manifiesta sólo con los gritos descompuestos, los saltos, los arrebatos de furia, la extravagancia de vivir en las guaridas, los mutismos, los miembros impedidos, la razón entorpecida, de forma que el poseído habla y obra inconscientemente? No. Existen también otras posesiones diabólicas, que, es más, son las más sutiles y potentes, las más peligrosas, porque no ponen obstáculo a la razón ni la debilitan para que no haga cosas buenas, sino que la desarrollan, es más, la aumentan para que sea poderosa en su servicio a aquel que la posee. Dios, cuando posee a un intelecto y lo usa para que le sirva, transfunde en él, en las horas en que está al servicio de Dios, una inteligencia sobrenatural que aumerta en mucho la inteligencia natural del sujeto. ¿Pensáis, por ejemplo, que Isaías, Ezequiel, Daniel, y los otros profetas, si hubieran tenido que leer y explicar esas profecías como escritas por otros, no habrían encontrado las obscuridades indescifrables que en ellas encuentran los contemporáneos? Pues bien, no obstante, Yo os digo que mientras las recibían las comprendían perfectamente. Mira, Simón. Consideremos esta flor que ha nacido aquí, a tus pies. ¿Qué ves en la sombra que envuelve al cáliz? Nada. Ves un cáliz profundo y una pequeña boca y nada más. Mírala ahora que la tomo y la traigo aquí a este aro de sol. ¿Qué ves?».
«Veo pistilos, veo polen, y, en torno a los pistilos, una coronita de pelitos que parecen pestañas y una franjita que adorna el pétalo largo y los dos pequeños, ciliada toda ella con minuciosidad... y veo una gotita de rocío en el fondo del cáliz... y... ¡ah! un mosquito ha bajado a beber dentro y se ha enviscado en la hebra ciliada y ya no es capaz de liberarse...

¡Ah, entonces! Déjame ver mejor. ¡Oh! La hebrita está como recubierta de miel, es pegajosa... ¡Comprendo! Dios lo ha hecho así o para que la planta se nutra, o se nutran los pajarillos viniendo a picar las moscas, o para que se limpie de moscas el aire... ¡Qué maravilla!».
«Pero sin la fuerte luz del Sol no habrías visto nada».
«¡No, claro!».
«Lo mismo ocurre en la posesión divina. La criatura, que por su parte pone únicamente la buena voluntad de amar totalmente a su Dios, el abandono a los deseos de Dios, la práctica de las virtudes y el dominio de las pasiones, es absorbida en Dios y, en la Luz que es Dios, en la Sabiduría que es Dios, todo lo ve y todo lo comprende. Después, cesada ya la acción absoluta, se produce en la criatura un estado en que lo recibido se transforma en norma de vida y de santificación; pero lo que antes parecía tan claro se vuelve obscuro o, mejor, crepuscular. El demonio, perpetuo y torpe remedador de Dios, produce un efecto análogo en los poseídos en la mente, aunque limitado porque sólo Dios es infinito, en sus poseídos que espontáneamente se han entregado a él para triunfar, y les comunica una inteligencia superior pero únicamente dirigida hacia el mal, que mira a causar daño, a herir a Dios y al hombre. Y la acción satánica, encontrando en el alma consentimiento, es continua, siendo así que, por grados, conduce a la total ciencia del Mal. Éstas son las peores posesiones. Nada se ve externamente, por lo cual no se huye de estos endemoniados. Pero existen estas posesiones. Como he dicho varias veces, serán los poseídos de esta manera los que descarguen su mano sobre el Hijo del hombre».
«¿Pero Dios no podría descargar la suya contra el Infierno?» pregunta Felipe.
«Podría. Es el más fuerte».
«¿Y por qué no lo hace para defenderte?».
«Las razones de Dios serán conocidas en el Cielo. Venga, vamos. Y no os deprimáis».
3 E1 pastor, que ha estado escuchando aunque sin aparentarlo, pregunta: «¿Tienes lugar a donde ir? ¿Te espera alguien?».
«No, hombre. Debería ir hasta más lejos de Jericó. Pero no me espera nadie».
«¿Y estás muy cansado, Rabí?».
«Cansado, sí. No nos han concedido alojamiento ni descansos desde el Nebo».
«Entonces... Te quería decir... Yo soy de cerca de Betagla la antigua... Tengo a mi padre ciego y no puedo ir lejos para no dejarle durante varias lunas. Pero el corazón y el rebaño sufren por ello. Si quisieras... Te daría posada. No está lejos. El anciano cree mucho en ti. José, el hijo de José, tú discípulo, lo sabe».
«Vamos».
El hombre no se lo deja decir dos veces. Reúne el rebaño y le pone en camino hacia el pueblo, un pueblo que debe estar al noroeste del lugar en que están ahora. Jesús se pone, con los suyos, detrás del rebaño.
4 «Maestro» dice después de un rato Judas Iscariote, «Betagla seguro que no ofrece ni un comprador de los regalos de aquel hombre...».
«Cuando vayamos a Jericó para ir donde Nique los venderemos».
«Es que... el hombre, éste, es pobre y habrá que compensarle con dinero, y no tengo ni una moneda».
«Tenemos víveres, y muchos. Incluso para algún mendigo. Por ahora no hace falta más».
«Como quieras. Pero hubiera sido mejor que me hubieras mandado adelante. Habría podido...».

«No hace falta...».
«¡Maestro, eso es desconfianza! ¿Por qué ya no nos mandas de dos en dos como antes?».
«Porque os quiero y pienso en vuestro bien».
«No está bien el tenernos tan en el anonimato. Pensarán que... somos indignos, incapaces... Antes nos dejabas ir predicando, haciendo milagros, y éramos conocidos...».
«¿Te dueles de no hacerlo ya? ¿Te hacía bien ir sin mí? Eres el único que se queja de no ir solo... ¡Judas!...».
«¡Maestro, Tú sabes que te amo!» dice seguro Judas.
«Lo sé. Y para que tu espíritu no se corrompa te tengo conmigo. Eres ya el que recoge y distribuye, vende o permuta para los pobres. Esto basta. Y es ya demasiado. Observa a tus compañeros. Ni uno de ellos pide lo que tú pides».
«Pero a los discípulos se lo has concedido... Es una injusticia esta diferencia».
«Judas, eres el único que me llama injusto... Pero te perdono. Ve adelante. Y mándame a Andrés».
Y Jesús aminora el paso, para esperar a Andrés y hablarle aparte. No sé lo que le dice. Sé que Andrés sonríe con su apacible sonrisa y se inclina para besar las manos del Maestro y luego vuelve adelante.
Jesús se queda solo, al final de todos... y, muy cabizbajo, continúa andando y se seca la cara con el extremo de su manto como si sudara. Pero son lágrimas y no gotas de sudor lo que recorre las mejillas enjutas y pálidas.

[5]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 3 de octubre de 1944: "La esposa del saduceo nigromante"».

503. Los apóstoles indagan acerca del Traidor. Un saduceo y la infeliz mujer de un nigromante. Saber distinguir lo sobrenatural de lo oculto.
3 de octubre de 1944.

[1]Y todavía Jesús que sigue andando* incansablemente por los caminos de Palestina. El río está aún a su derecha, y Él camina en el mismo sentido de la bonita agua: azul y resplendente en los lugares donde el Sol la besa; verde-turquí en las orillas, donde la sombra de los árboles se refleja con sus verdes oscuros.
Jesús está en medio de sus discípulos. Oigo a Bartolomé que le pregunta: «¿Entonces vamos realmente hacia Jericó? ¿No temes alguna asechanza?».
«No temo. Llegué a Jerusalén para la Pascua por otro camino y ellos, frustrados, ya no saben dónde prenderme sin llamar demasiado la atención de la gente. Créeme, Bartolomé: para mí hay menos peligro en una ciudad muy poblada que por senderos lejanos. El pueblo es bueno y sincero, pero también es impetuoso. Se amotinaría, si me capturaran estando Yo entre ellos para evangelizar y curar. Las serpientes trabajan en la soledad y en la sombra. Y además... tengo todavía hoy y hoy y hoy para trabajar... Luego... vendrá la hora del Demonio y vosotros me perderéis. Para hallarme de nuevo después. Creed esto. Y sabed creerlo cuando los hechos parezcan desmentirme más que

nunca».
Los apóstoles suspiran, afligidos, y le miran con amor y pena, y Juan emite un gemido: «¡No!», y Pedro le rodea con sus cortos y robustos brazos, como para defenderle, y dice: «¡Oh, mi Señor y Maestro!». No dice nada más. Pero hay mucho en esas pocas palabras.

_____

* *Y todavía Jesús que sigue andando...* está escrito en relación a la "visión" del día anterior, reseñada en el capítulo 419.

«Así es, amigos. Para esto he venido. Sed fuertes. Ya veis cómo voy seguro hacia mi meta, como uno que va hacia el Sol, y sonríe a este Sol que le besa en la frente. Mi Sacrificio será un Sol para el mundo. La luz de la Gracia bajará a los corazones, la paz con Dios los hará fecundos, los méritos de mi martirio harán a los hombres capaces de ganarse el Cielo. ¿Y qué quiero sino esto? Poner vuestras manos en las manos del Eterno, Padre mío y vuestro, y decir: "Mira, conduzco de nuevo a ti a estos hijos. Mira, Padre, están limpios. Pueden volver a ti". Veros arropados en su seno y decir: "Amaos, finalmente, porque el Uno y los otros ansiáis esto, y sufríais agudamente por no haberos podido amar". Ésta es mi alegría. Y cada día que me acerca al cumplimiento de este retorno, de este perdón, de esta unión, aumenta mi ansia de consumar el holocausto para daros a Dios y su Reino».

Jesús está solemne y casi extático mientras dice esto. Anda erguido, con su túnica azul y su manto más oscuro, la cabeza descubierta, en esta hora aún fresca de la mañana. Parece sonreír a una visión - ¡quién sabe cuál! - que sus ojos ven, contra el fondo azul de un cielo sereno. El Sol, que le besa en la mejilla izquierda, enciende más aún su esplendorosa mirada y coloca relumbres de oro en sus cabellos movidos por un leve viento y por su paso, y acentúa el rojo de los labios abiertos para la sonrisa, y parece encender todo el rostro de una alegría que en realidad viene del interior de su adorable Corazón, encendido por la caridad hacia nosotros.

2 «Maestro, ¿puedo decirte una palabra?» pregunta Tomás.

«¿Cuál?».

«Anteayer dijiste que el Redentor, Tú, tendrá un traidor. ¿Cómo podrá un hombre traicionarte a ti, Hijo de Dios?».

«Un hombre, efectivamente, no podría traicionar al Hijo de Dios, Dios como el Padre. Pero éste no será un hombre. Será un demonio en cuerpo de hombre. El más poseído, el más endemoniado de los hombres. María de Magdala tenía siete demonios, y el endemoniado de hace unos días estaba dominado por Belcebú. Pero en éste estará Belcebú y toda su corte demoniaca... ¡Oh, verdaderamente el Infierno estará en ese corazón dándole coraje para vender, como cordero al jifero, el Hijo de Dios a sus enemigos!».

«Maestro, ¿*ahora* este hombre está ya en posesión de Satanás?».

«No, Judas. Pero se inclina hacia Satanás, a inclinarse hacia Satanás quiere decir ponerse en las condiciones de caer en él» (Jesús habla a Judas Iscariote).

«¿Y por qué no viene a ti para curarse de su inclinación? ¿Sabe que la tiene o lo ignora?».

«Si lo ignorara no sería culpable, como lo es, porque sabe que tiende al mal y que no persevera en las resoluciones de salir de él. Si perseverara vendría a mí... pero no viene... El veneno penetra y mi cercanía no le purifica, porque no la desea sino que huye de ella... ¡Éste es, hombres, vuestro error! Cuanta más necesidad tenéis de mí, más huís de mí» (Jesús ha respondido a Andrés).

«¿Pero ha venido a ti alguna vez? ¿Le conoces? ¿Y nosotros le conocemos?».
«Mateo, Yo conozco a los hombres antes incluso de que ellos me conozcan. Y tú lo sabes y éstos lo saben. Yo soy el que os llamé porque os conocía».
«¿Pero nosotros le conocemos?» insiste Mateo.
«¿Podéis no conocer a uno que se acerca a vuestro Maestro? Vosotros sois mis amigos y compartís conmigo el alimento, el descanso y las fatigas. Hasta mi casa os he abierto, la casa de mi Madre santa. Os llevo a mi casa para que el aura que en ella suavemente sopla os haga capaces de comprender el Cielo con sus voces y mandatos. Os llevo a mi casa como un médico lleva a sus enfermos, poco antes resurgidos de una serie de enfermedades, a fuentes saludables que los fortalezcan venciendo los restos de las enfermedades que siempre pueden hacerse de nuevo nocivas. Por tanto, no tenéis desconocimiento de ninguno de los que se acercan a mí».
«¿En qué ciudad le has visto?».
«¡Pedro, Pedro! ».
«Es verdad, Maestro, soy peor que una mujer chismosa. Perdóname. Pero es el amor, ya sabes...».
«Ya sé. Y por esto te digo que no siento aversión por este defecto tuyo. Pero, quítatelo también».
«Sí, Señor mío».
3El sendero, encajonado entre una hilera de árboles y una pequeña acequia, se estrecha, y el grupo se hace más lineal. Jesús va hablando precisamente con Judas Iscariote, al cual da indicaciones para las compras y las limosnas. Detrás, de dos en dos, van los otros. En la cola, solo, Pedro. Piensa. Camina cabizbajo, tan recogido en sus pensamientos, que ni siquiera se da cuenta de que se va quedando distanciado de los otros.
«¡Eh, tú, hombre!» se dirige a él uno que pasa a caballo. «¿Estás con el Nazareno?».
«Sí. ¿Por qué?».
«¿Vais a Jericó?».
«¿Te preocupa saberlo? Yo no sé nada. Sigo al Maestro y no pregunto nada. Dondequiera que vaya, bien hecho está. El camino es el de Jericó, pero no hay que descartar que regresáramos a la Decápolis. ¡Quién sabe! Si quieres saber más, allí está el Maestro».
El hombre espolea y Pedro le hace detrás una mueca curiosa y barbota: «No me fío, mi señorote. ¡Sois todos una masa de perros! No quiero ser yo el traidor. Me juro a mí mismo: "Esta boca quedará sigilada". Esto es» y hace una señal en sus labios como si los cerrara con candado.
El hombre que va a caballo ya ha llegado donde Jesús. Le pregunta. Ello da la manera a Pedro de alcanzar a los otros.
Cuando el hombre se marcha, hace un gesto de saludo a Judas Iscariote. Ninguno lo advierte, menos Pedro, que viene el último, y que parece no aplaudir ese saludo. Toma a Judas de una manga y le pregunta: «¿Quién es? ¿Le conoces? ¿Y por qué?».
«De vista. Es un rico de Jerusalén».
«Tienes amistades encumbradas tú, ¿eh? Bien... si es que es bien. Pero... dime: ¿es ese cara de zorra el que te dice tantas cosas?...».
«¿Qué cosas?».
«¡Hombre, pues las que dices que sabes sobre el Maestro!».
«¿Yo?».
«Sí. Tú. ¿No te acuerdas de aquel atardecer* de agua y barro, cuando la crecida?».

«¡Ah! No, no. ¿Pero piensas todavía en unas palabras dichas en un momento de malhumor?».
«Yo pienso en todo lo que puede perjudicar a Jesús: cosas, personas, amigos, enemigos... Y siempre estoy dispuesto a mantener las promesas que hago a quien quiera perjudicar a Jesús. Adiós».
Judas le mira de forma curiosa mientras se marcha. En su mirada hay estupor, dolor, enojo, y diría incluso más: hay odio.
4Pedro llega donde Jesús y le llama.
«¡Oh! ¡Pedro! ¡Ven!». Jesús le pone un brazo en los hombros.
«¿Quién era ese híspido judío?».
«¿Híspido, Pedro? ¡Si estaba todo liso y perfumado!».
«Tenía híspida la conciencia. Desconfía, Jesús».
«Te he dicho que no es todavía mi tiempo. Y cuando ese tiempo llegue, ninguna desconfianza me salvará... si es que quisiese salvarme. Si Yo quisiera salvarme, hasta las piedras gritarían y me formarían una cadena en torno».
«Será así... Pero, desconfía... ¿Maestro!».
«¿Pedro? ¿Que te sucede?».
«Maestro... tengo una cosa que decirte y un peso en el corazón».
«¿Una cosa? ¿Un peso?».
«Sí. El peso es un pecado. La cosa es un consejo».
«Empieza por el pecado».
«Maestro... yo... yo odio... yo siento repulsa, eso es, si es que no es odio - porque Tú no quieres que haya odios -, por uno de nosotros. Me da la impresión de estar cerca de una hura de donde sale hedor de serpientes en celo... y temo que salgan para dañarte. Ese hombre es una madriguera de serpientes y él mismo está en celo con el demonio».
«¿Cómo lo deduces?».
«Bueno, pues... No sé. Soy rudo e ignorante, pero tonto no soy. Estoy acostumbrado a leer en los vientos y en las nubes... y me ha venido ojo también para los corazones. Jesús... tengo miedo».
«No juzgues, Pedro. Y no sospeches. La sospecha crea quimeras. Se ve lo que no existe».

---

* *aquel atardecer...,* en 481.5/7.

«Dios eterno quiera que no haya nada. Pero yo no estoy seguro».
«¿Quién es, Pedro?».
«Judas de Keriot. Se jacta de tener amistades encumbradas. Incluso hace poco ese mala facha le ha saludado como se saluda a uno bien conocido. Antes no las tenía» .
«Judas es el que recibe y reparte. Tiene posibilidades de tratar con los ricos. Es hábil».
«¡Ya! *Es hábil...* Maestro, dime la verdad, ¿Tú no sospechas?».
«Pedro, te quiero entrañablemente por tu corazón. Pero quiero que seas perfecto, y perfecto no es el que no obedece. Te he dicho: no juzgues y no sospeches».
«Sí pero no me dices...».
«Dentro de poco estaremos cerca de Jericó y nos pararemos a esperar a una mujer que no puede recibirnos en su casa...».
«¿Por qué? ¿Es una pecadora?».
«No. Es una desdichada. Ese hombre a caballo que tanto fastidio te ha dado ha venido a

decirme que la espere. Y la voy a esperar, aunque sé que nada puedo hacer por ella. ¿Y sabes quién ha puesto sobre mis pasos a la mujer y a ese hombre? Judas. Como ves, por motivo honesto conoce a ese judío».
Pedro agacha la cabeza y calla, confuso. Quizás no convencido y curioso todavía. Pero calla.
5Jesús se detiene fuera de los muros de la ciudad, y, cansado, se sienta a la sombra fresca de un sotillo que da sombra a una fuente cabe la cual hay cuadrúpedos abrevándose. Los discípulos se sientan, también esperando. Debe ser una parte muy secundaria de la ciudad, porque, aparte de estos caballos y asnos, sin duda de mercaderes en viaje, no hay gente.
Viene una mujer, toda arropada en un manto oscuro y con el rostro muy cubierto. El velo, tupido y oscuro, baja hasta la mitad de la cara. Viene con ella el hombre de antes, ahora a pie, y otros tres hombres pomposamente vestidos.
«Te saludamos, Maestro».
«Paz a vosotros».
«Ésta es la mujer. Escúchala y concédele lo que desea».
«Si puedo».
«Tú puedes todo».
«¿Lo crees, saduceo?». El saduceo es el que iba a caballo.
«Creo en lo que veo».
«¿Y has visto que puedo?».
«Lo he visto» .
«¿Y sabes por qué puedo?». Silencio. «¿Puedo saber cómo juzgas que puedo?». Silencio. Jesús deja de ocuparse de él y de los otros. Habla a la mujer: «¿Qué quieres?».
«Maestro... Maestro...».
«Habla, pues, sin temor».
La mujer mira oblicuamente a sus acompañadores, los cuales lo interpretan a su manera.
«Esta mujer tiene a su marido enfermo y te pide su curación. Es persona influyente, de la corte de Herodes. Te conviene concederle lo que te pide».
«No por ser influyente, sino por su infelicidad, se lo concederé si puedo. Ya lo he dicho. ¿Qué le pasa a tu marido? ¿Por qué no ha venido? ¿Por qué no quieres que yo vaya a verle?».
Nuevo silencio y nueva mirada oblicua.
«¿Quieres hablarme sin testigos? Ven» . 6Se separan unos pasos. «Habla».
«Maestro... yo creo en ti. Creo tanto, que estoy segura de que sabes todo sobre él, sobre mí, sobre nuestra desgraciada vida... Pero él no cree... Y te odia... Y él...».
«Y él no *puede* sanar porque no tiene fe. No sólo no tiene fe en mí, es que tampoco tiene fe en el Dios verdadero».
«¡Ah! ¡Tú sabes!». La mujer llora desesperadamente. «¡Es un infierno mi casa! ¡Un infierno! Tú liberas a los poseídos. Sabes, por tanto, lo que es el demonio. ¿Pero a este demonio sutil, inteligente, falso e instruido, le conoces? ¿Sabes a qué perversiones conduce? ¿Sabes a qué pecados? ¿Sabes la destrucción que causa en torno a sí? ¿Mi casa? ¿Es una casa? No. Es el umbral del Infierno. ¿Mi marido? ¿Es mi marido? Ahora está enfermo y no se cuida de mí. Pero, incluso cuando estaba fuerte y deseoso de amor, ¿era un hombre el que me abrazaba, el que me tenía, el que me poseía? ¡No! Yo estaba entre las espiras de un demonio, sentía el hálito y la baba de un demonio. Le he querido

mucho, le quiero. Soy su mujer y me tomó la virginidad cuando yo era poco más que niña: tenía poco más de catorce años. Pero, aunque la hora me transportase a aquella *primera hora,* y con ella me recordase las sensaciones intactas del primer abrazo que me hizo mujer, yo, con la parte más elevada de mí lo primero y luego con la carne y la sangre, sentía repulsa, repulsa de horror, cuando me daba cuenta de que él estaba ensuciado de nigromancia. Me parecía que, no mi marido, sino los muertos que él invocaba estuvieran sobre mí, saciándose de mí... Y también ahora, ahora, con sólo mirarle, moribundo y todavía abismado en esa magia, siento repulsión. No le veo a él... veo a Satanás. ¡Oh, dolor mío! Ni siquiera en la muerte estaré con él, porque la Ley lo prohíbe. Sálvale, Maestro. Te pido que le cures para darle tiempo de curarse». La mujer llora angustiosamente.
«Pobre mujer! No, Yo *no puedo* curarle».
«¿Por qué, Señor?» .
«Porque él no quiere».
«Sí. Tiene miedo de la muerte. Sí, sí que quiere».
«No quiere. No es un demente, no es un poseído que no conozca su estado y que no pida la liberación porque no tenga la facultad del pensamiento libre. No es uno que tenga impedida la voluntad. Es uno que *quiere* ser lo que es. Sabe que lo que hace está prohibido. Sabe que está maldecido por el Dios de Israel. Pero persiste. Aunque le curase - y empezaría por el alma - él volvería a su satánico disfrute. Su voluntad está corrompida. Es rebelde. No puedo».
7La mujer llora más fuerte. Se acercan los que la han acompañado. «¿No la complaces en lo que te pide, Maestro?».
«No puedo».
«¿No os lo había dicho? ¿Y las razones?».
«Tú, saduceo, ¿las pides? Te remito al libro de los Reyes*. Lee lo que dijo Samuel a Saúl y lo que dijo Elías a Ocozías. El espíritu del profeta recrimina al rey el haberle molestado llamándole del reino de los muertos. No es lícito hacerlo. Lee el Levítico, si es que ya no te acuerdas de la palabra de Dios, Creador y Señor de todo lo que existe, Tutor de la vida y de los que están en la muerte. Muertos y vivos están en las manos de Dios y no os es lícito arrancárselos de sus manos. Ni por vana curiosidad ni por sacrílega violencia ni por incredulidad maldita. ¿Qué queréis saber? ¿Si hay un futuro eterno? Y decís que creéis en Dios. Si Dios existe, tendrá una corte ¿no? ¿Y qué corte será, sino una corte eterna como Él, compuesta por espíritus eternos? Si decís que creéis en Dios, ¿por qué no creéis en su palabra? ¿No dice su palabra: "No practicaréis adivinación ni observaréis los sueños"? ¿No dice: "Si uno se dirige a los magos y a los adivinos y fornica con ellos, volveré contra él mi rostro y le exterminaré de en medio de su pueblo"? ¿No dice: "No os hagáis dioses de fundición"? ¿Y qué sois vosotros? ¿Samaritanos y perdidos, o sois hijos de Israel? ¿Y qué sois: hombres sin raciocinio o capaces de razonar? Y si, razonando, negáis la inmortalidad del alma, ¿por qué invocáis a los muertos? ¿Si no son inmortales esas partes incorpóreas que animan al hombre, qué otra cosa queda de un hombre después de la muerte? Podredumbre y huesos, blancos huesos emergentes de una gusanera. Y, si no creéis en Dios - tanto como que recurrís a ídolos y señales para obtener curación, dinero, oráculos, como ha hecho este cuya salud pedís -, ¿por qué sí os hacéis dioses de fundición y creéis que ellos os pueden decir palabras más verdaderas, más santas, más divinas que las que Dios os dice? Ahora Yo os doy la misma respuesta que diera Elías a Ocozías:

"Por haber enviado mensajeros a consultar a Belcebú, dios de Acarón, como si no hubiera un Dios en Israel a quien poder consultar, por ello, no bajarás de la cama a que has subido, y ciertamente morirás en tu pecado"».

8«Siempre eres Tú el que insulta y nos ataca. Es una observación que te hago. Nosotros venimos hacia ti para...».

«Para hacerme caer en una trampa. Pero Yo os leo el corazón. ¡Quitaos la máscara, herodianos vendidos al enemigo de Israel! ¡Quitaos la máscara, fariseos falsos y crueles! ¡Quitaos la máscara, saduceos, verdaderos samaritanos! ¡Quitaos la máscara, escribas de palabra contraria a las obras! ¡Quitaos la máscara, todos vosotros violadores de la Ley de Dios, enemigos de la Verdad, cuyos del Mal! ¡Quitáosla, profanadores de la Casa de Dios! ¡Quitáosla, agitadores de las conciencias débiles! ¡Quitaos la máscara, chacales que oléis la víctima en el viento que la ha tocado y seguís esa pista y aguaitáis, esperando la hora propicia para

---

* *Te remito al libro de los* Reyes, es decir: *1 Samuel 28, 15-19; 2 Reyes 1, 16. Lee el Levítico,* en *Levítico 19, 4.26.31; 20, 6.*

matar, y os relaméis los labios ante aquel cuya sangre anticipadamente saboreáis, y soñáis que llegue esa hora!... ¡Oh, chalanes y fornicadores, que vendéis por mucho menos de un puñado de lentejas vuestra primogenitura entre los pueblos! Ya no tendréis bendición, porque otros pueblos se vestirán con la zalea del Cordero de Dios, y verdaderos Cristos serán a los ojos del Altísimo, quien, sintiendo emanar de ellos la fragancia de su Cristo, dirá: "¡Éste es el olor de mi Hijo! Semejante al olor de un florido campo bendecido por Dios. Para vosotros el rocío del Cielo: la Gracia. En vosotros, la copiosidad de la Tierra (los frutos de mi Sangre). En vosotros, abundancia de trigo y de vino (mi Cuerpo y mi Sangre, que daré a los hombres para vida y para recuerdo de mí). Que os sirvan los pueblos y ante vosotros se inclinen las gentes, porque donde esté el signo de mi Cordero estará el Cielo. Y la Tierra está subordinada al Cielo. Dominad a vuestros hermanos, porque los seguidores de mi Cristo serán los reyes del espíritu, teniendo como tienen la Luz, y a esta Luz los otros volverán la mirada esperando en su auxilio. Se inclinen ante vosotros los hijos de vuestra madre: la Tierra. Sí, todos los hijos de la Tierra se inclinarán un día ante mi Signo. Maldito quien os maldice y bendito quien os bendice, porque tanto la bendición como la maldición que recae sobre vosotros a mí viene, a mí, Padre y Dios vuestro". Esto dirá. Esto, fornicadores que pudiendo tener como amada esposa del alma la verdadera fe fornicáis con Satanás y con sus falsas doctrinas. Esto es lo que dirá, asesinos, asesinos de conciencias y asesinos de cuerpos. Aquí hay víctimas vuestras. Y, si bien dos corazones son asesinados, un Cuerpo lo tendréis sólo durante el tiempo de Jonás. Y luego ese Cuerpo, unido a su inmortal Esencia, os juzgará». .

Jesús se muestra terrible en esta invectiva. ¡Terrible! Creo que más o menos se mostrará así en el último Día.

9«¿Y dónde están estos asesinados? ¡Tú deliras! ¡Tú eres un cuyo de Belcebú! Tú fornicas con él y en su nombre obras milagros. Y en nuestro caso no puedes porque tenemos la amistad de Dios».

«Satanás no se expulsa a sí mismo. Yo expulso los demonios. ¿En nombre de quién, entonces?». Silencio. «¡Responded!».

«Pero no merece la pena ocuparse de este endemoniado. Ya os lo había dicho. Vosotros no lo creíais. Oídlo de sus labios. Responde, Nazareno demente. ¿Conoces el

siemanflorás?».
«¡No necesito conocerlo!».
«¿Oís? Una pregunta más: ¿No has estado en Egipto?».
«Sí».
«¿Lo veis? ¿Quién es el nigromante, el satanás? ¡Horror! Ven, mujer. Tu marido es santo respecto a éste. ¡Ven!... Necesitarás purificarte. ¡Has tocado a Satanás!...». Y se marchan con vivos gestos de repulsa y arrastrando a la mujer, que llora.
Jesús, con los brazos cruzados, los sigue con los relámpagos de sus miradas.
10«Maestro... Maestro...». Los apóstoles están aterrorizados, por la violencia de Jesús y por las palabras de los judíos.
Pedro pregunta (incluso un poco agachado al decirlo): «¿Qué han querido decir con esas últimas preguntas? ¿Qué es esa cosa?».
«¿Qué? ¿El siemanflorás?» (¡Eso! ¿Qué chisme es ése?).
«Sí. ¿Qué es?».
«No pienses en ello. Confunden la Verdad con la Mentira, a Dios con Satanás, y en su soberbia satánica piensan que haya que conjurar a Dios con su tetragama, para que condescienda con los deseos humanos. El Hijo habla con el Padre el lenguaje verdadero, y con él, por amor recíproco de Padre e Hijo, se cumplen los milagros».
«¿Pero por qué te ha preguntado si has estado en Egipto?». .
«Porque el Mal se sirve de las cosas más inocuas para sacar de ellas acusaciones contra aquel a quien desea asestar el golpe. Mi estancia infantil en tierra de Egipto estará entre las imputaciones en su hora de venganza. Sabed, vosotros y los futuros, que con el astuto Satanás y sus fieles servidores hay que tener doble astucia. Por esto he dicho: "Sed astutos como serpientes, además de sencillos como palomas". Esto es para poner el mínimo de armas en manos de los demonios. Y, de todas formas, no sirve. Vamos».
«¿A dónde, Maestro? ¿A Jericó?».
«No. Tomaremos una barca y pasaremos de nuevo a la Decápolis. Remontaremos el Jordán hasta la altura de Enón y luego bajaremos a tierra. Después, en las riberas de Genesaret, tomaremos otra barca y pasaremos a Tiberíades, y de allí a Caná y a Nazaret. Tengo necesidad de mi Madre. Y también vosotros. Lo que el Cristo no hace con su Palabra lo hace María con su silencio. Lo que no hace mi poder lo hace su pureza. ¡Oh, Madre mía!».
«¿Estás llorando, Maestro? ¿Estás llorando? ¡Oh, no! ¡Nosotros te defenderemos! ¡Nosotros te queremos!».
«No lloro ni temo por los que me aborrecen. Lloro porque los corazones son más duros que el diaspro y nada *puedo* en muchos de ellos. Venid, amigos».
Y bajan a la orilla y en la barca de uno remontan el río. Todo termina así.

11Dice Jesús:
«Tú y quien te guía meditad mucho mi respuesta a Pedro.
El mundo - y por mundo entiendo no sólo los laicos - niega lo sobrenatural, y, luego, ante las manifestaciones de Dios, está dispuesto a sacar a colación no lo sobrenatural sino lo oculto. Confunden una cosa con la otra. Ahora escuchad: sobrenatural es lo que de Dios viene. Oculto es lo que viene de fuente extraterrena pero no tiene raíz en Dios.
En verdad os digo que los espíritus pueden venir a vosotros. ¿Pero cómo? En dos modos. Por mandato de Dios o por violencia del hombre. Por mandato de Dios vienen ángeles y

beatos y espíritus que ya están en la luz de Dios. Por violencia del hombre pueden venir espíritus sobre los cuales un hombre puede tener mando, por estar sumergidos en regiones más bajas que las humanas, donde todavía hay un recuerdo de Gracia, si ya no hay Gracia activa. Los primeros van espontáneamente, obedeciendo a una sola autoridad: la mía. Y consigo llevan la verdad que quiero que conozcáis. Los otros van por un complejo de fuerzas unificadas: fuerzas del hombre idólatra con fuerzas de Satanás-ídolo. ¿Pueden daros la verdad? No. *Jamás. Jamás en términos absolutos.* ¿Puede una fórmula, incluso habiendo sido enseñada por Satanás, doblegar a Dios a la voluntad del hombre? *No. Dios viene siempre de forma espontánea.* Una oración os puede unir a Él, no una fórmula mágica.

Y si alguno objeta: "Samuel se apareció a Saúl", Yo digo: "No por mérito de la maga, sino por voluntad mía, con la finalidad de hacer reaccionar al rey, rebelde a mi Ley". Algunos dirán: "¿Y los profetas?". Los profetas hablan por conocimiento de la Verdad, que se les infunde o directamente o por ministerio angélico. Otros objetarán: "¿Y la mano que escribió en el banquete del rey Baltasar?". Lean éstos la respuesta de Daniel*: "...tú también te has engreído contra el Dominador del Cielo... celebrando a los dioses de plata, bronce, hierro, oro, madera, piedra, los cuales no ven ni oyen ni conocen, y no has glorificada al Dios en cuyas manos están todos tus respiros y movimientos. Por ello, Él ha mandado el dedo - *espontáneamente mandado,* mientras que tú, rey necio y necio hombre, no pensabas en ello y te preocupabas de llenar tu vientre y engreírte la mente - de esa mano que ha escrito lo que ahí se encuentra".

Sí. Alguna vez Dios os llama con manifestaciones que vosotros consideráis de un médium, y que son en realidad manifestaciones de piedad de un Amor que quiere salvaros. Pero no debéis querer crearlas vosotros. Las que creáis no son nunca sinceras, no son nunca útiles, nunca traen un bien. No os hagáis esclavos de lo que os destruye. No queráis consideraros y creeros más inteligentes que los humildes, que se doblegan ante la Verdad depositada desde hace siglos en mi Iglesia, por el solo hecho de que sois unos soberbios que buscáis en la desobediencia permisos para vuestros ilícitos instintos. Volved a la Disciplina varias veces secular y permaneced en ella: desde Moisés hasta Cristo, desde Cristo a vosotros, desde vosotros al último día, *es ésa y no otra.*

¿Es ciencia esta vuestra? No. La ciencia está en mí y en mi doctrina, y la sabiduría del hombre está en obedecerme. ¿Es curiosidad sin peligro? No. Es contagio cuyas consecuencias sufrís luego. Fuera Satanás si queréis tener a Cristo. Soy el Bueno y no desciendo a convivencia con el Espíritu del Mal. *O Yo o él. Elegid.*

12 ¡Oh "portavoz" mío, di esto a quien hay que decírselo! Es la última voz que se les dirige. Y tú y quien te dirige sed cautos. Las pruebas se transforman en pruebas contrarias en manos del Enemigo y de los enemigos de mis amigos. ¡Tened cuidado! Id con mi paz».

---

 la mano que escribió... la respuesta de Daniel..., en *Daniel 5.*

504. Margziam preparado para la separación. Regreso a la aldea de Salomón y muerte de Ananías.
26 de septiembre de 1946.

1«Levantaos. Nos marchamos. Vamos de nuevo al río. Buscamos una barca. Ve tú, Pedro, con Santiago. Una barca que nos lleve hasta las cercanías de Betabara. Estaremos un día donde Salomón y luego...».
«¿Pero no íbamos a Nazaret?».
«No. Por la noche he decidido. Lo siento por vosotros. Debo volver para atrás».
«¡Qué alegría!» exclama Margziam. «¡Estaré más tiempo contigo!».
«Sí, aunque, pobre niño, a mi lado ves días muy tristes».
«Pues precisamente por eso deseo quedarme contigo. Para darte amor. Es lo único que quiero. No pido nada más».
Jesús le besa en la frente.
«¿Y vamos a pasar otra vez por Betabara?» pregunta Mateo.
«No. Atravesamos el río con la barca de algún pescador».
2Regresan Pedro y Santiago. «Ninguna barca, Maestro, hasta el atardecer... Y... ¿debo decirlo?».
«Dilo».
«Y han pasado por aquí algunos... Deben haber pagado bien o amenazado fuertemente... No creo que encuentres barca tampoco al atardecer... Son unos despiadados...». Pedro suspira.
«No importa. Vamos a ponernos en camino... y el Señor nos ayudará».
La época del año es mala. Llueve. Hay fango. El camino está lodoso. En la orilla, la lluvia se suma al rocío de la noche, abundante a lo largo del río; pero, de todas formas, van por el estrecho realce que orilla el camino, menos fangoso y menos expuesto - debido a una hilera de chopos que protegen mucho - al estilicidio de la lluvia, diminuta pero continua; menos expuesto cuando un soplo de viento no hace caer de golpe todas las gotas de agua retenidas entre las ramas.
«¡Bueno, ya es su tiempo!» dice filosóficamente Tomás, recogiéndose la túnica.
«¡Es su tiempo!» confirma Bartolome, y suspira.
«Ya nos secaremos en algún lugar. No estarán todos... irritados contra nosotros» dice Pedro.
«Y podremos encontrar una barca... ¡No es seguro que no!» añade Santiago de Alfeo.
«Si tuviéramos mucho dinero se encontraría todo. ¡Pero no quiso que fuera a vender a Jericó!» dice Judas de Keriot.
«¡Calla! Te lo ruego. El Maestro está muy afligido. ¡Calla!» suplica Juan.
«Callo. Es más, no hago más que alegrarme de su indicación. Así no se puede decir que yo haya mandado a esos saduceos de cerca de Jericó» y mira a Pedro. Pero Pedro está absorto y no ve ni responde.
Caminan, caminan bajo la lluvia menuda, fina como niebla, en este día grisáceo. De vez en cuando hablan entre sí. Pero las palabras que dicen parecen tanto conclusiones de un diálogo con un invisible interlocutor, que parece como si hablaran consigo mismos.
«Al final tendremos que pararnos en algún lugar».

«Todos los lugares son iguales, porque a todos vienen *ellos*».
«Persecución por persecución, lo mejor es estar en una ciudad: al menos uno no se moja».
«¿Pero a dónde quieren llegar?».
«¡Pobre María! ¡Si supiera!».
«¡Dios Altísimo, protege a tus siervos!», etcétera... Luego se juntan y debaten en voz baja.
Jesús va delante, solo... ¡Solo! Hasta que llegan Margziam y el Zelote.
«Los otros han bajado al guijarral. Para ver si hay barca... Tardaríamos menos. ¿Nos quieres contigo?».
«Venid. ¿De qué hablabais antes?».
«De lo que sufres Tú».
«Y del odio de los hombres. ¿Qué podemos hacer para aliviarte y para frenar el odio?» pregunta el Zelote.
«Para mi dolor está vuestro amor... Para el odio... no hay más remedio que soportarlo... Es una cosa que termina con la vida de la Tierra... y este pensamiento da paciencia y fortaleza mientras se soporta. 3¡Margziam! ¡Niño! ¿Por qué estás turbado?».
«Porque esto me recuerda a Doras...».
«Tienes razón. Ya es tiempo de que te mande otra vez a casa...».
«¡No! ¡Jesús! ¡No! ¿Por qué quieres castigarme por un mal que no he hecho?».
«No es castigar. Es preservar... No quiero que recuerdes a Doras. ¿Qué se alza en ti tras este recuerdo? Responde...».
Margziam llora con la cabeza agachada, luego levanta la cara y dice: «Tienes razón. Mi espíritu no es capaz de ver y perdonar, no es todavía capaz. Pero ¿por qué me alejas de ti? Si sufres, con mayor razón debo estar a tu lado. ¡Tú también me has consolado siempre! Ya no soy ese niño necio que el año pasado te decía: "No me dejes ver tu dolor". Soy ahora un verdadero hombre. ¡Deja que me quede! ¡Señor! ¡Díselo tú, Simón!».
«El Maestro sabe lo que es bueno para nosotros. Y quizás... quiere darte algún encargo... No sé... Estoy diciendo lo que pienso...».
«Es como has dicho. Le habría tenido conmigo, con gran satisfacción, hasta después incluso de las Encenias. Pero... mi Madre está sola allá arriba. El ruido que produce el odio es muy fuerte. Podría temer más de lo necesario. Mi Madre está sola. Y seguro que llora. Irás donde Ella, le llevarás mi saludo y le dirás que la espero para después de las Encenias. Y no digas nada más, Margziam».
«¿Pero si me pregunta?».
«Puedes no mentir diciendo... que la vida de su Jesús está como este cielo de Etanim. Nubes y lluvia, alguna vez borrasca. Pero no faltan los días de sol. Como ayer, como quizás mañana. Callar no es mentir. Háblale de los milagros que has visto. Dile que Elisa está conmigo, que Ananías me ha acogido como un padre. Que en Nob estoy en casa de un buen israelita. Lo demás... sobre lo demás esté el silencio. 4Y luego irás a estar con Porfiria. Y estarás allí hasta que Yo te llame».
Margziam llora más fuerte.
«¿Por qué lloras así? ¿No estás contento de ir donde María? Ayer lo estabas...» dice Simón.
«Ayer sí. Porque íbamos todos. Y además lloro porque tengo miedo de no volver a verte... ¡Oh, Señor, Señor! ¡Ya nunca veré días tan felices como lo han sido estos días!».

«Nos veremos todavía, Margziam. Te lo prometo».
«¿Cuándo? No antes de la Pascua. ¡Es mucho tiempo!». Jesús calla. «¿Verdaderamente no me quieres contigo antes de Pascua?».
Jesús le pone un brazo en los hombros todavía gráciles y le arrima a sí. «¿Por qué quieres saber el futuro? Hoy estamos aquí. Mañana ya no estamos. El hombre - ni el más rico y poderoso - no puede añadir un día a su vida. La vida, y todo el futuro, está en las manos de Dios...».
«Pero para Pascua *debo* ir al Templo. Soy israelita. ¡Tú no puedes hacerme pecar!».
«No pecarás. Y el primer pecado que me debes prometer que no harás nunca es el de la desobediencia. Obedecerás. Siempre. A mí ahora, a quien te hable en mi Nombre después. ¿Lo prometes? Recuerda que Yo, tu Maestro y Dios, he obedecido a mi Padre y obedeceré hasta el... fin de mi tiempo». Jesús se muestra solemne al decir estas últimas palabras.
Margziam, casi hechizado, dice: «Obedeceré. Lo juro. Ante ti y ante el Dios eterno».
Un momento de silencio. Luego el Zelote pregunta: «¿Sube solo?».
«No, por supuesto. Con unos discípulos. Encontraremos otros además de Isaac».
«¿Mandas a Galilea también a Isaac?».
«Sí. Regresará con mi Madre».

5Llaman desde el río. Los tres se mueven, cruzan el camino, van hacia el agua.
«Mira, Maestro. Hemos encontrado. Y no quieren nada. Son parientes de uno al que has hecho un milagro. Pero llevan arena a aquel pueblo. Hay que ir hasta allí a pie. Luego nos toman».
«Que Dios se lo pague. Estaremos al atardecer en casa de Ananías».
Pedro, contento, sube hacia el camino y ve la cara turbada de Margziam. «¿Qué te pasa? ¿Qué ha hecho?».
«Nada malo, Simón. Le he dicho que, cuando llegue al primer sitio donde encuentre discípulos, le voy a mandar a casa. Se ha entristecido por este motivo».
«A casa... Pues es justo... Esta época del año...». Pedro piensa. Luego mira a Jesús y le tira de la manga, haciéndole agacharse hasta la altura de su boca. Le habla al oído: «Maestro, ¿pero por qué le mandas sin esperar?...» .
«Por la época del año, lo has dicho».
«¿Y además?».
«Simón, no quiero encubrirte la realidad. Y además... porque es bueno que Margziam no se envenene el corazón...».
«Tienes razón, Maestro. Envenenarse el corazón... ¡Sí!, es justamente eso lo que acaba sucediendo». Alza el tono de voz: «El Maestro tiene toda la razón. Irás y... nos veremos en Pascua. En fin... llega pronto... Pasado Kisléu... En breve tiempo llega el bonito Nisán. ¡Sí, cierto! Tiene razón...». La voz de Pedro se hace menos segura. Repite lentamente y con tristeza: «Tiene razón...» y, hablándose a sí mismo: «¿Qué habrá sucedido de aquí a Nisán?». Se da con la mano en la frente (es un gesto desconsolado).

6Y caminan, caminan en esta húmeda jornada. No llueve ya hasta que, enfangados hasta las rodillas, montan en cinco pequeñas barcas húmedas y arenosas que bajan de nuevo siguiendo la corriente. Entonces se echa otra vez a llover, y, golpeando la lluvia contra el agua calma del río, que refleja el cielo de nubes cenicientas, dibuja en él muchos círculos que se hacen y deshacen continuamente, formando un juego de tornasoles anacarados. Parece un paisaje desierto. En las márgenes, en los minúsculos lugares fluviales, no se ve

alma viva. La lluvia cierra la casas y hace desiertas las calles. De modo que, cuando con el primer albor echan pie a tierra donde la aldea de Salomón, encuentran silenciosa y vacía la calle, y llegan a la casa sin ser vistos por nadie.
Golpean en la puerta. Llaman. Nada. Sólo zureo de palomas, balidos de ovejas, ruido de lluvia. «No hay nadie. ¿Qué hacemos?».
«Id a las casas del pueblo. Primero a la del pequeño Micael» ordena Jesús.
Y, mientras los apóstoles más jóvenes se marchan ágiles, Jesús y los más ancianos se quedan junto a la casa y observan y comentan.
«Todo cerrado... Incluso la cancilla, bien atada y asegurada. ¡Mira! Incluso hay un clavo grueso. Y las ventanas cerradas como para la noche. ¡Qué tristeza! ¿Y esa quejumbre de ovejas y palomas? ¿Estará enfermo? ¿Qué piensas, Maestro?».
Jesús menea la cabeza. Está cansado y triste...
7Vuelven corriendo los apóstoles. Andrés es el primero en llegar, y grita, todavía unos metros antes: «Ha muerto... Ananías ha muerto... No se puede entrar en la casa porque todavía no está purificada... Desde hace pocas horas está en el sepulcro. Si hubiéramos podido venir ayer... Ahora viene la mujer, la madre de Micael».
«¡¿Pero qué nos persigue?!» dice Bartolomé.
«¡Pobre anciano! ¡Se sentía tan feliz! ¡Estaba tan bien! ¿Pero cómo ha sido? ¿Cuándo se ha puesto enfermo?». Hablan todos al mismo tiempo.
Llega la mujer, la cual, quedándose a una cierta distancia de todos, dice: «Señor, la paz sea contigo. Mi casa está abierta para ti. Pero... no sé si... Yo preparé al muerto. Por eso me mantengo a distancia de ti. Pero te puedo indicar las casas que te recibirán».
«Sí, mujer. Dios te lo pague, y contigo a quien usa piedad con los viandantes. Pero ¿cómo murió el hombre?».
«No sé. No enfermó. Anteayer estaba bien. Sí, seguro. Estaba bien. Micael había venido por la mañana por las dos ovejas para agregarlas a las nuestras. Estaba acordado. Y yo le había llevado a la hora sexta ropa que le había lavado. Estaba sentado a la mesa y comía, completamente sano. Al atardecer, Micael había llevado de nuevo las ovejas. Le había sacado dos ánforas de agua. Y Ananías le regaló dos tortitas que se había hecho para sí. Ayer por la mañana mi hijo vino, para sacar a las ovejas. Estaba cerrado todo, como ahora, y nadie respondió a los gritos del niño. Él empujó la cancilla, pero no logró abrirla. Estaba bien cerrada. Entonces Micael se asustó y vino a mí corriendo. Yo y mi marido acudimos rápidamente, y con nosotros otros. Abrimos la cancilla, llamamos a la cocina... forzamos la puerta... Estaba todavía sentado junto al hogar, con la cabeza reclinada en la mesa, la lámpara todavía cercana, pero apagada como él; a los pies un cuchillo pequeño y una escudilla de madera medio tallada... La muerte le sorprendió así... Sonreía... Estaba en paz... ¡Oh, qué aspecto de justo había tomado su cara! Parecía hasta más guapo... Yo... Hacía poco que me ocupaba de él. Pero le había tomado afecto... y lloro...».
«Ananías está en paz. Tú misma lo has dicho. ¡No llores! ¿Dónde le habéis puesto?».
«Sabíamos que le querías mucho, y entonces le hemos puesto en el sepulcro que Leví se había hecho hacía poco. El único... porque Leví es rico. Nosotros no somos ricos. Allí, al final, al otro lado del camino. Ahora, si quieres, purifcamos todo y...».
«Sí. Tomas las ovejas y las palomas. El resto conservadlo para mí y los míos. Que Yo pueda venir alguna vez. Que Dios te bendiga, mujer. 8Vamos al sepulcro».
«¿Le vas a resucitar?» pregunta asombrado Tomás.
«No. Para él no significaría alegría; donde está es muy feliz. Además, él lo deseaba...».

Pero a Jesús se le ve muy abatido. Parece que todo se une para aumentar su tristeza. En las puertas de las casas, mujeres miran y saludan, y comentan.
Pronto llegan: es un pequeño exaedro construido recientemente. Jesús ora cerca del sepulcro. Luego se vuelve, con humedad de llanto en los ojos, y dice: «Vamos... A las casas del pueblo. En nuestra casita ya no está quien nos esperaba para bendecirnos... ¡Padre mío! La soledad envuelve al Hijo tuyo, el vacío se hace cada vez más grande y más fosco. Los que me aman se marchan, y quedan los que me odian... ¿Padre mío, siempre se haga y sea bendecida tu Voluntad!...».
Vuelven hacia el pueblo. Dos aquí tres allá... entran en las casas de los que no han tocado al muerto, en busca de amparo y de nuevas fuerzas.

505. En el Templo, una gracia obtenida con la oración incesante y la parábola del juez y la viuda.

27 de septiembre de 1946.

1 Jesús está de nuevo en Jerusalén. Una ventosa y grísea Jerusalén invernal. Margziam está todavía con Jesús, y lo mismo Isaac. Hablando, se dirigen al Templo.
Con los doce - hablando con el Zelote más que con los otros, y con Tomás - están José y Nicodemo, que luego se separan, pasan adelante y saludan a Jesús sin detenerse.
«No quieren hacer resaltar su amistad con el Maestro. ¡Es peligroso!» susurra Judas Iscariote a Andrés.
«Yo creo que lo hacen por un pensamiento justo, no por vileza» los defiende Andrés.
«Además, no son discípulos y pueden hacerlo. *Nunca lo han sido*» dice el Zelote.
«¡¿No?! Me parecía...».
«Ni siquiera Lázaro es discípulo, y tampoco...».
«Pero si excluyes y excluyes, ¿quién queda?».
«¿Quién? Los que tienen la misión de discípulos».
«¿Y los otros, entonces, qué son?».
«Amigos. Sólo amigos. ¿Dejan, acaso, sus casas, sus intereses, por seguir a Jesús?».
«No. Pero le escuchan con gusto y le ofrecen ayudas y...».
«¡Si es por eso, también los gentiles lo hacen entonces! Ya viste que en casa de Nique encontramos a personas que se ocuparon de Él. Y esas mujeres seguro que no son discípulas».
«¡No te acalores! Lo decía por decirlo. ¿Te interesa tanto que tus amigos no resulten discípulos? Deberías querer lo contrario, me parece».
«No me acaloro. Ni quiero nada. Tampoco que tú los perjudiques diciendo que son discípulos suyos».
«¿Pero a quién se lo voy a decir? Estoy siempre con vosotros...».
Simón Zelote le mira tan severamente que la risita se hiela en los labios de Judas, el cual considera oportuno cambiar de tema preguntando: «¿Qué querían hoy, que hablaban así con vosotros dos?».

«Han encontrado la casa para Nique. Hacia los huertos. Cerca de la Puerta. José conocía al propietario y sabía que con una buena ganancia habría vendido. Se lo comunicaremos a Nique».
«¡Qué ganas de tirar dinero!».
«Es suyo. Puede hacer de él lo que quiera. Quiere estar cerca del Maestro. Obedece con ello a la voluntad de su esposo* y a su corazón».

_____

* *voluntad de su esposo*, recordada en 373.4.

«Sólo mi madre está lejos...» suspira Santiago de Alfeo.
«Y la mía» dice el otro Santiago.
«Pero por poco. ¿Has oído lo que ha dicho Jesús a Isaac y a Juan y a Matías?: "Cuando volváis en la neomenia de la luna de Sabat, venid con las discípulas, además de con mi Madre"».
«No sé por qué no quiere que Margziam vuelva con ellas. Le ha dicho: "Vendrás cuando te llame"».
«Quizás porque Porfiria no se quede sin ayuda... Si nadie pesca, arriba no se come. Como nosotros no vamos, debe ir Margziam. Está claro que no son suficientes la higuera, la colmena, los pocos olivos y las dos ovejas para mantener a una mujer, vestirla, procurarle de comer...» observa Andrés.

2Jesús, parado, apoyado en la muralla del Templo, los observa mientras se acercan. Con Él están Pedro, Margziam y Judas de Alfeo. Unos pobrecillos se levantan de sus yacijas de piedra, colocadas en el camino que viene hacia el Templo - el que viene de Sión hacia el Moira, no el que de Ofel viene al Templo - y se acercan, quejumbrosos, a Jesús, a pedir una limosna. Ninguno pide curación. Jesús ordena a Judas que les dé unas monedas. Luego entra en el Templo.
No hay mucha gente. Pasada la gran afluencia de las fiestas, cesa la llegada de peregrinos. Sólo quien por serios intereses está obligado a venir a Jerusalén o quien vive en la misma ciudad sube al Templo. Por tanto, los patios y los pórticos, aun no estando desiertos, tienen mucha menos gente, y parecen más grandes, y más sagrados, al tener menos ruido. También - arrimados a las murallas por la parte del Sol, de un pálido Sol que se abre paso entre las nubes cenicientas - son menos numerosos los cambistas y los vendedores de palomas y otros animales.
Después de orar en el Patio de los Israelitas, Jesús vuelve atrás y se arrima a una columna. Observa... y es observado.

3Ve que vuelven, ciertamente del Patio de los Hebreos, un hombre y una mujer que, aunque no lloren abiertamente, muestran un rostro más apenado que si lloraran. El hombre intenta consolar a la mujer, pero se ve que también él está muy acongojado. Jesús se separa de la columna y va a su encuentro. «¿Qué os hace sufrir?» les pregunta con sentimiento de piedad.
El hombre le mira, asombrado por el interés. Quizás le parece incluso indelicado, pero la mirada de Jesús es tan dulce que le desarma. De todas formas, antes de expresar lo que constituye su dolor, pregunta: «¿Cómo es que un rabí se interesa de las penas de un simple fiel?».
«Porque este rabí es tu hermano, hombre; tu hermano en el Señor, y te ama como el mandamiento dice».
«¡Tu hermano! Soy un pobre labriego de la llanura de Sarón, hacia Dora. Tú eres un

rabí».
«El dolor es para los rabíes como para todos. Sé lo que es el dolor y quisiera consolarte». La mujer retira un momento su velo para mirar a Jesús y susurra a su marido: «Díselo. Quizás puede ayudarnos...».
4«Rabí, nosotros teníamos una hija. La tenemos. Por ahora la tenemos todavía... Y la hemos casado decorosamente con un joven que un común amigo nos garantizó como buen marido. Son esposos desde hace seis años, y de su desposorio han tenido dos hijos. Dos... porque después cesó el amor... Tanto que ahora el marido quiere el divorcio. Nuestra hija llora y se consume. Por eso hemos dicho que todavía la tenemos, porque dentro de poco morirá de dolor. Hemos intentado todo para convencer al hombre. Y hemos orado mucho al Altísimo... Pero ninguno de los dos nos ha escuchado... Hemos venido aquí en peregrinación por esto, y hemos estado aquí durante todo el curso de una luna. Todos los días al Templo; yo en mi lugar, la mujer en el suyo... Esta mañana un criado de mi hija nos ha traído la noticia de que el marido ha ido a Cesarea para mandarle a ella desde allí el libelo de divorcio. Y ésta es la respuesta que han tenido nuestras oraciones...».
«No hables así, Santiago» suplica la mujer en voz baja. Y termina: «El Rabí nos maldecirá como blasfemos... Y Dios nos castigará. Es nuestro dolor. Viene de Dios... Y, si ha descargado su mano sobre nosotros, es señal de que lo hemos merecido» termina con un sollozo.
«No, mujer. Yo no os maldigo. Y Dios no os va a castigar. Yo os lo digo. Como también os digo que no es Dios el que os da este dolor, sino el hombre. Dios lo permite para prueba vuestra y para prueba del marido de vuestra hija. No perdáis la fe y el Señor os escuchará».
«Es tarde. Nuestra hija ya ha sido repudiada y mancillada, y morirá...» dice el hombre.
«Nunca es tarde para el Altísimo. En un instante y por una oración que persiste puede cambiar el curso de los acontecimientos. Desde la copa a los labios la muerte tiene todavía tiempo de introducir su puñal a impedir que quien acercaba a sus labios el cáliz beba. Y ello por intervención de Dios. Yo os lo digo. Volved a vuestros lugares de oración y perseverad todavía hoy, mañana y pasado mañana, y, si sabéis tener fe, veréis el milagro».
«Rabí, Tú quieres consolarnos... pero en este momento... No se puede, y Tú lo sabes, anular el libelo una vez entregado a la repudiada» insiste el hombre.
«Ten fe, te digo. Es verdad que no se puede anular. ¿Pero sabes si tu hija lo ha recibido?».
«De Dora a Cesarea no es largo el camino. Mientras el siervo venía hasta aquí, seguro que Jacob ha vuelto a casa y ha echado a María».
«No es largo el trayecto. ¿Pero estás seguro de que lo ha recorrido? ¿Un acto de voluntad superior al hombre no puede haber detenido a un hombre, si Josué con la ayuda de Dios detuvo el Sol? ¿Vuestra oración insistente y confiada, hecha con buen fin, no es, acaso, un acto santo de voluntad opuesto a la mala aspiración del hombre? ¿Y Dios - puesto que le pedís una cosa buena a Él, vuestro Padre - no os ayudará deteniendo el camino del demente? ¿No os habrá ayudado ya quizás? Y, aunque el hombre se obstinara todavía en ir, ¿podría hacerlo si vosotros os obstináis en pedir al Padre una cosa justa? Os digo: id y orad hoy, mañana y pasado mañana, y veréis el milagro».
«¡Vamos, Santiago! El Rabí sabe. Si dice que vayamos a orar es señal de que sabe que es

una cosa justa. Ten fe, esposo mío. Siento que surge en mí, donde tenía tanto dolor, una gran paz, una esperanza fuerte. Dios te lo pague, Rabí que eres bueno, y te escuche. Ruega también Tú por nosotros. Ven, Santiago, ven» y logra convencer a su marido, el cual la sigue después de saludar a Jesús con el habitual saludo hebreo de "la paz sea contigo", al que responde Jesús con la misma fórmula.
«¿Por qué no les has dicho quién eres? Habrían orado con más paz» dicen los apóstoles, y añade Felipe: «Voy a decírselo».
Pero Jesús le retiene diciendo: «No quiero. Efectivamente, habrían orado con paz, pero con menos valor y con menos mérito. Así su fe es perfecta y será premiada».
«¿De verdad?».
«¿Pensáis, acaso, que miento engañando a dos infelices?».
5Mira a la gente que se ha congregado, unas cien personas, y dice:
«Escuchad esta parábola, que os expresa el valor de la oración constante.
Conocéis lo que dice el Deuteronomio* sobre los jueces y magistrados. Deberían ser justos y misericordiosos, escuchando con ecuanimidad a quien a ellos recurriera, pensando siempre en juzgar como si el caso que deben juzgar fuera suyo personal, sin tener en cuenta donativos o amenazas, sin deferencia hacia los amigos culpables y sin dureza hacia aquellos que estuvieran enemistados con los amigos del juez. Pero, si son justas las palabras de la Ley, no son igualmente justos los hombres, ni saben obedecer a la Ley. Así, se ve que la justicia humana es frecuentemente imperfecta, porque raros son los jueces que saben conservarse puros de corrupción, misericordiosos, pacientes tanto con los ricos como con los pobres; tanto con las viudas y los huérfanos como con aquellos que no lo son.
En una ciudad había un juez muy indigno de su oficio, obtenido por medio de poderosos parentescos. Era sobremanera desigual al juzgar, propendiendo siempre a dar la razón al rico y al poderoso, o a quien tenía recomendación de ricos y poderosos; o hacia el que le comprase con grandes donativos. No temía a Dios y se burlaba de las quejas del pobre y del que era débil por estar sólo y carecer de fuertes defensas. Cuando no quería escuchar a quien tenía tan claras razones de victoria contra un rico, que no se le podía contradecir en manera alguna, él hacía que le alejaran de su presencia y le amenazaba con arrojarle a la cárcel. La mayoría sufrían sus violencias y se retiraban vencidos, resignados a la derrota aun antes de tramitar la causa.
Pero en aquella ciudad había también una viuda cargada de hijos. Debía recibir una fuerte suma de un hombre poderoso por unos trabajos que su difunto esposo

---

* *dice el Deuteronomio,* en *Deuteronomio 16, 18-20.*

había llevado a cabo para él. Ella, movida por la necesidad y el amor materno, había tratado de que el rico le diera esa suma que le habría permitido saciar el hambre de sus hijos y vestirlos durante el invierno que se acercaba. Pero, habiéndose hecho vanas todas las presiones y súplicas dirigidas al rico, fue al juez.
El juez era amigo del rico, el cual le había dicho: "Si me das la razón, un tercio de la suma es tuyo". Por tanto, se mostró sordo a las palabras de la viuda, que le rogaba: "Ríndeme justicia respecto a mi adversario. Tú ves que lo necesito. Todos pueden decir si tengo derecho a esa suma". Permaneció sordo y mandó a sus ayudantes que la alejaran de su presencia.

Pero la mujer volvió: una, dos, diez veces; por la mañana, a la hora sexta, a la hora nona, al atardecer... incansable. Y le seguía por la calle gritando: "Hazme justicia. Mis hijos tienen hambre y frío y no tengo dinero para comprar harina y vestidos". Allí estaba, en la puerta de la casa del juez cuando éste regresaba para sentarse a la mesa con sus hijos. Y el grito de la viuda - "hazme justicia con mi adversario, que tengo hambre y frío, yo y mis criaturas" - penetraba hasta dentro de la casa, hasta el comedor, hasta el dormitorio por la noche, insistente como el grito de una upupa: "¡Hazme justicia, si no quieres que Dios te castigue! Hazme justicia. Recuerda que la viuda y los huérfanos son sagrados para Dios, y ¡ay de quien los pisotee! Hazme justicia si no quieres un día sufrir lo que nosotros sufrimos. ¡Nuestra hambre! Nuestro frío te lo encontrarás en la otra vida, si no haces justicia. ¡Pobre de ti!".
El juez no temía a Dios ni tampoco al prójimo. Pero estaba cansado de ser molestado siempre; de ver que era objeto de risas por parte de toda la ciudad por la persecución de la viuda, y también objeto de crítica. Por eso, un día se dijo a sí mismo: "Aunque no tema a Dios ni tema las amenazas de la mujer ni lo que piense la gente de la ciudad, a pesar de ello y para poner fin a tanta molestia, voy a escuchar a la viuda y le haré justicia obligando al rico a pagar. Me basta con que me deje de perseguir y se me quite de en medio". Y, convocado el amigo rico, dijo: "Amigo mío, no puedo seguir complaciéndote. Cumple con lo deber y paga, porque ya no soporto ser molestado por causa tuya. He dicho". Y el rico tuvo que desembolsar la suma según justicia.
6Ésta es la parábola. Ahora os toca a vosotros aplicarla.
Habéis oído las palabras de un hombre inicuo: "Para poner fin a tanta molestia voy a escuchar a la mujer". Y era un inicuo. ¿Y Dios, el Padre lleno de bondad, va a ser inferior al juez malo? ¿No hará justicia a aquellos hijos suyos que saben invocarle día y noche? ¿Les hará esperar tanto el don, que su alma abatida deje de orar? Os digo que prontamente les hará justicia, para que su alma no pierda la fe. Pero antes hay que saber orar, sin cansarse después de las primeras oraciones, y saber pedir cosas buenas. Y también fiarse de Dios diciendo: "Pero hágase lo que tu Sabiduría ve más útil para nosotros".
Tened fe. Sabed orar con fe en la oración y con fe en Dios vuestro Padre. Y Él os hará justicia contra lo que os oprime, sean hombres o demonios, sean enfermedades a otras desventuras. La oración perseverante abre el Cielo, y la fe salva al alma, cualquiera que sea el modo en que la oración sea escuchada y exaudida. Vamos».
Y se encamina hacia la salida. Ya está casi fuera de la muralla cuando, alzando la cabeza para observar a los pocos que le siguen y a los muchos indiferentes u hostiles que le miran de lejos, exclama con tristeza: «¿Pero cuando vuelva el Hijo del Hombre encontrará en la Tierra todavía fe?» y, suspirando, se ciñe más estrechamente su manto y camina a grandes pasos hacia el arrabal de Ofel.

506. En el Templo, oposición al discurso que revela que Jesús es la Luz del

mundo.
28 de septiembre de 1946.

1Jesús está todavía en Jerusalén. No dentro de los patios del Templo. Está en una vasta estancia bien adornada, una de las tantas que hay, diseminadas, dentro del recinto amurallado, que es tan grande como un pueblo.
Ha entrado en ella hace poco. Todavía va andando al lado del que le ha invitado a entrar, quizás para protegerle del viento frío que sopla en el Moira; detrás de Él van los apóstoles y algunos discípulos. Digo "algunos" porque, además de Isaac y Margziam, está Jonatán y - mezclados entre la gente que también entra detrás del Maestro - aquel levita, Zacarías, que pocos días antes* le había dicho que quería ser su discípulo, y también otros dos que ya he visto con los discípulos, y cuyo nombre ignoro. Pero entre éstos, benévolos, no faltan los consabidos, los inevitables e inmutables fariseos. Se paran casi en la puerta, como si se hubieran encontrado allí por azar para discutir de negocios (¡entre tanto están ahí para oír!). Vivamente esperan los presentes la palabra del Señor.
Él mira a este grupo de distintas nacionalidades (es cosa visible; y no todas palestinas, aunque sí de religión hebraica). Mira a este grupo de personas, muchas de las cuales, quizás, mañana se esparcirán por las regiones de que provienen y llevarán a ellas su palabra diciendo: «Hemos oído al Hombre del que dicen que es nuestro Mesías». Y no les habla - a ellos que ya están instruidos en la Ley - de la Ley, como hace muchas veces cuando comprende que tiene ante sí ignorancias o fes debilitadas; sino que habla de sí mismo, para que le conozcan.

Dice: «Yo soy la Luz del mundo y quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida». Y calla, tras haber enunciado el tema del discurso que va a desarrollar, como hace habitualmente cuando está para pronunciar un gran discurso. Calla para dar tiempo a la gente de decidir si el argumento les interesa o no; y dar también tiempo de irse, a aquellos a quienes el tema propuesto no les interesa. De los presentes no se marcha nadie; es más, los fariseos que estaban en la puerta, ocupados en una conversación forzada y

---

* *pocos días antes,* en 490.9.

2Cuando todo rumor ha cesado, Jesús repite la frase dicha antes, con voz aún más fuerte a incisiva, y prosigue:
«Yo, siendo el Hijo del Padre que es el Padre de la Luz, soy la Luz del mundo. Un hijo siempre asemeja al padre que le engendró, y tiene su misma naturaleza. Igualmente Yo asemejo a Aquel que me ha engendrado, y tengo su naturaleza. Dios, el Altísimo, el Espíritu perfecto e infinito, es Luz de Amor, Luz de Sabiduría, Luz de Potencia, Luz de Bondad, Luz de Belleza. Él es el Padre de las Luces y, quien vive de Él y en Él, al estar en la Luz, ve. Y es deseo de Dios que las criaturas vean. Él ha dado al hombre el intelecto y el sentimiento para que pudieran ver la Luz - o sea, verle a Él - y comprenderla y amarla. Ha dado al hombre los ojos para que pudiera ver lo más bello de entre lo creado, lo que constituye la perfección de los elementos, aquello por lo cual es visible la Creación y que es una de las primeras acciones de Dios Creador y lleva el signo más visible de su Creador: la luz, incorpórea, luminosa, beatífica, consoladora, necesaria, como necesario es el Padre de todos, Dios eterno y altísimo.
Por una orden de su Pensamiento, Él creó el firmamento y la tierra, o sea, la masa de la

atmósfera y la masa del polvo, lo incorpóreo y lo corpóreo, lo ligerísimo y lo pesado. Pero ambas cosas todavía pobres y vacías. Informes todavía por estar envueltas en las tinieblas. Vacías todavía de astros y de vida.
Mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, para hacer de ellos dos cosas hermosas, útiles, adecuadas para la prosecución de la obra creadora, el Espíritu de Dios - que aleteaba por encima de las aguas y era todo uno con el Creador que creaba y con el Inspirador que impulsaba a crear, para poder no sólo amarse a sí mismo en el Padre y en el Hijo sino también amar a un número infinito de criaturas, llamados astros, planetas, aguas, mares, florestas, árboles, flores, animales que volasen, que zigzagueasen, que se arrastrasen, que corrieran, que saltaran, que treparan, y, en fin, amar al hombre, *la más perfecta de las criaturas*, más perfecto que el Sol por tener el alma además de la materia, la inteligencia además del instinto, la libertad además del orden; al hombre semejante a Dios por el espíritu, semejante al animal por la carne; al semidiós que viene a ser dios por participación y por gracia de Dios y voluntad propia; al ser humano que queriendo puede transformarse en ángel; al amadísimo de la Creación sensible, para el cual, aun sabiéndolo pecador, desde antes de que el tiempo existiera preparó el Salvador, la Víctima, en el Ser amado sin medida, en el Hijo, en el Verbo, por el que todo ha sido hecho -, mas para dar a la tierra y al firmamento su verdadera fisonomía, decía, he aquí que el Espíritu de Dios, aleteando en el cosmos, grita, y es la primera manifestación de la Palabra: "Sea la luz", y la luz es, buena, salutífera, potente durante el día, tenue durante la noche, pero imperecedera mientras dure el tiempo.
Del océano de maravillas que es el trono de Dios, el seno de Dios, Dios saca la gema más bella, la luz, que precede a la gema más perfecta, que es la creación del hombre, en el cual no está una joya de Dios, sino que está Dios mismo, con su soplo espirado en el barro para hacer de éste una carne y una vida y un heredero suyo en el Paraíso celeste, donde Él espera a los justos, a los hijos, para gozarse en ellos y ellos en Él.
Si al principio de la creación Dios quiso la luz sobre sus obras, si para hacer la luz se sirvió de su Palabra, si Dios a los más amados dona su semejanza más perfecta, la luz - luz material jubilosa e incorpórea, luz espiritual sabia y santificadora -, ¿podrá no haber dado al Hijo de su amor aquello que Él mismo es? En verdad, a Aquel en quien *ab aeterno* Él se complace, el Altísimo le ha dado todo, y ha querido que de ese todo la Luz fuera primera y potentísima, para que sin esperar a subir al Cielo los hombres conocieran la maravilla de la Tríade, aquello que hace cantar a los beatos coros de los Cielos, cantar por la armonía del maravillado júbilo que les viene a los ángeles del hecho de mirar a la Luz, o sea, a Dios, a la Luz que llena el Paraíso y hace beatos a todos los que lo habitan. Yo soy la Luz del mundo. ¡Quien me sigue no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida! De la misma manera que la luz en la tierra informe consintió la vida a las plantas y a los animales, mi Luz consiente a los espíritus la Vida eterna. Yo (la Luz que Yo soy) creo en vosotros la Vida y la mantengo, la aumento, os creo de nuevo en ella, os transformo, os llevo a la Morada de Dios por caminos de sabiduría, de amor, de santificación, Quien tiene en sí la Luz tiene en sí a Dios, porque la Luz es una con la Caridad y quien tiene la Caridad tiene a Dios. Quien tiene en sí la Luz tiene en sí la Vida, porque Dios está donde su dilecto Hijo es recibido».
3«Dices palabras sin razón. ¿Quién ha visto lo que es Dios? Ni siquiera Moisés vio a Dios, porque en el Horeb, en cuanto supo quién hablaba detrás de la zarza que ardía, se cubrió el rostro; y tampoco las otras veces pudo verle entre los rayos cegadores. ¿Y Tú

dices que has visto a Dios? A Moisés, que sólo le oyó hablar, le quedó un esplendor en el rostro. Pero Tú, ¿qué luz tienes en tu cara? Eres un pobre galileo de cara pálida como la mayoría de vosotros. Eres un enfermo, cansado y enjuto. Verdaderamente, si hubieras visto a Dios y Él te amara, no estarías como uno que está próximo a la muerte. ¿Pretendes dar la vida Tú que ni para ti mismo la tienes?», y menean la cabeza compadeciéndole con ironía.

«Dios es Luz y Yo sé cuál es su Luz, porque los hijos conocen a su padre y porque cada uno se conoce a sí mismo. Yo conozco al Padre mío y sé quién soy Yo soy la Luz del mundo. Soy la Luz porque mi Padre es la Luz y me ha engendrado dándome su Naturaleza. La Palabra no es distinta del Pensamiento, porque la palabra expresa lo que el intelecto piensa. Y, además, ¿ya no conocéis a los profetas? ¿No os acordáis de Ezequiel y, sobre todo, de Daniel?* Describiendo a Dios, visto en la visión, en el carro de los cuatro animales, dice el primero: "En el trono estaba uno que por el aspecto parecía un hombre y *dentro* de él y en torno a él vi una especie de electro, como la apariencia del fuego, y hacia arriba y hacia abajo de sus caderas vi como una especie de fuego que resplandecía en torno;

---

* *¿No os acordáis de Ezequiel y, sobre todo, de Daniel?*, en *Ezequiel* 1, 26-28 y en *Daniel 7, 9-10.*

como el aspecto del arco iris cuando se forma en la nube en día de lluvia: tal era el aspecto del resplandor de en torno". Y dice Daniel: "Yo estaba observando hasta que fueron alzados unos tronos y el Secular de los días se sentó. Sus vestiduras eran blancas como la nieve, sus cabellos como la cándida lana; vivas llamas era su trono, las ruedas de su trono fuego a llamaradas. Un río de fuego fluía rápido delante de él". Así es Dios, y así seré Yo cuando venga a juzgaros».

4 «Tu testimonio no es válido. Te das testimonio a ti mismo. Por tanto, ¿qué valor tiene tu testimonio? Para nosotros no es verdadero».

«Aunque dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Pero vosotros no sabéis ni de dónde vengo ni a dónde voy. Vuestra sabiduría es lo que veis. Yo, sin embargo, conozco todo lo que al hombre le es desconocido, y he venido para que también vosotros lo conozcáis. Por esto he dicho que soy la Luz, porque la luz hace conocer lo que celaban las sombras. En el Cielo hay luz, en la Tierra reinan mucho las tinieblas y celan las verdades a los espíritus, porque las tinieblas odian a los espíritus de los hombres y no quieren que conozcan la Verdad y las verdades, para que no se santifiquen. Y para esto he venido, para que tengáis Luz y, por tanto, Vida. Pero vosotros no me queréis acoger. Queréis juzgar lo que no conocéis, y no podéis juzgarlo porque está muy por encima de vosotros y es incomprensible para todo aquel que no lo contemple con los ojos del espíritu, y un espíritu humilde y nutrido de fe. Pero vosotros juzgáis según la carne. Por eso no podéis estar en el juicio verdadero. Yo, por el contrario, no juzgo a nadie; basta que pueda abstenerme de juzgar. Os miro con misericordia, y oro por vosotros, para que os abráis a la Luz. Pero, cuando tengo realmente que juzgar, mi juicio es verdadero, porque no estoy solo, sino que estoy con el Padre que me ha enviado, y Él ve desde su gloria el interior de los corazones. Y como ve el vuestro ve el mío. Y si viera en mi corazón un juicio injusto, por amor a mí y por el honor de su Justicia, me lo advertiría. Mas Yo y el Padre juzgamos de una única manera; por tanto, somos dos y no Yo solo los que juzgamos y testificamos. En vuestra Ley está

escrito* que el testimonio de dos testigos que afirman lo mismo debe ser aceptado como verdadero y válido. Yo, pues, doy testimonio de mi Naturaleza, y conmigo el Padre que me ha enviado testifica lo mismo. Por tanto, lo que digo es verdad».

5«Nosotros no oímos la voz del Altísimo. Tú lo dices, que es tu Padre...».

«Él habló de mí en el Jordán...».

«Bien, pero no estabas solo Tú en el Jordán. También estaba Juan. Pudo hablarle a él. Era un gran profeta».

«Con vuestros propios labios os condenáis. Decidme: ¿quién habla por los labios de los profetas?».

«El Espíritu de Dios».

«¿Y para vosotros Juan era profeta?».

«Uno de los mayores, si no el mayor».

_____

* *está escrito*, en *Deuteronomio 19, 15.*

«¿Y entonces por qué no habéis creído en sus palabras y no creéis? Él me indicaba como el Cordero de Dios venido a cancelar los pecados del mundo. A quien le preguntaba si era el Cristo, decía: "No soy el Cristo, sino el que le precede, porque existía antes de mí y yo no le conocía, pero el que me tomó desde el vientre de mi madre y me ha investido en el desierto y me ha mandado a bautizar me ha dicho: 'Aquel sobre el que verás descender el Espíritu es el que bautizará con el Espíritu Santo y en fuego' ". ¿No os acordáis? Pues muchos de vosotros estabais presentes... ¿Por qué, pues, no creéis en el profeta que me indicó habiendo oído las palabras del Cielo? ¿Debo decir al Padre mío que su Pueblo ya no cree en los profetas?».

«¿Pero dónde está el padre tuyo? José, el carpintero, duerme desde hace años en el sepulcro. Tú ya no tienes padre».

«Vosotros no me conocéis a mí ni conocéis a mi Padre. Pero, si quisierais conocerme, conoceríais también a mi verdadero Padre».

«Eres un endemoniado y un embustero. Eres un blasfemo, pues que quieres sostener que el Altísimo es tu Padre. Y merecerías el castigo de la Ley*».

Los fariseos y otros del Templo gritan amenazadores, mientras la gente los mira con torva mirada, en defensa del Cristo.

Jesús los mira sin añadir palabra alguna, y sale de la estancia por una puertecita lateral que da a un pórtico.

507. El gran debate con los judíos. Huyen del Templo con la ayuda del levita Zacarías.

30 de septiembre de 1946.

1Jesús entra otra vez en el Templo con apóstoles y discípulos. Y algunos apóstoles, y no

sólo apóstoles, le hacen la observación de que es imprudente entrar. Pero Él responde: «¿Con qué derecho podrían negármelo? ¿Estoy condenado acaso? No, por ahora todavía no lo estoy Subo, pues, al altar de Dios como todo israelita que teme al Señor».
«Pero tienes intención de hablar...».
«¿Y no es éste el lugar donde habitualmente se reúnen los rabíes para hablar? Estar fuera de aquí para hablar y adoctrinar es la excepción, y puede representar un descanso que se ha tomado un rabí, o una necesidad personal. Pero el lugar en que todos apetecen enseñar a los discípulos es éste. ¿No veis en torno a los rabíes gente de todas las nacionalidades, que se acercan a oír al menos una vez a los célebres rabíes? Al menos para poder decir al regresar a su tierra natal: "Hemos oído a un maestro, a un filósofo hablar según el modo de Israel". Maestro para los que ya son o tienden a ser hebreos; filósofo para los que son gentiles en el verdadero sentido

---

* *de la Ley*, como en *Levítico 24, 15-16.*

de la palabra. Y los rabíes no se desdeñan de ser escuchados por éstos, porque esperan hacer de ellos prosélitos. Sin esta esperanza, que si fuera humilde sería santa, no estarían en el Patio de los Paganos, sino que exigirían hablar en el de los Hebreos, y, si fuera posible, en el Santo mismo, porque, según su juicio sobre sí mismos, son tan santos que sólo Dios es superior a ellos... Y Yo, Maestro, hablo donde hablan los maestros. Pero ¡no temáis! No es todavía su momento. Cuando sea su momento os lo diré, para que fortalezcáis vuestro corazón».
«No lo dirás» dice Judas Iscariote.
«¿Por qué?».
«Porque no lo podrás saber. Ninguna señal te lo indicará. No hay señal. Hace casi tres años que estoy contigo y siempre te he visto amenazado y perseguido. Es más, antes estabas solo, mientras que ahora tienes detrás de ti al pueblo que te ama y que es temido por los fariseos. Así que eres más fuerte. ¿Por qué cosa esperas comprender el momento?».
«Por lo que veo en el corazón de los hombres.
Judas se queda un momento desorientado, luego dice: «Y tampoco lo dirás porque... al dudar de nuestro valor, nos eximirás de ello».
«Por no afligirnos, calla» dice Santiago de Zebedeo.
«También. Pero seguro que no lo dirás».
«Os lo diré. Y hasta que no os lo diga, cualquiera que fuese la violencia y el odio que vierais contra mí, no os asustéis. Son cosas sin consecuencias. [2]Seguid adelante. Yo me quedo aquí a esperar a Manahén y a Margziam».
A regañadientes, los doce y quien está con ellos se adelantan.
Jesús vuelve hacia la puerta para esperar a los dos; es más, sale a la calle y tuerce hacia la Antonia.
Unos legionarios, parados al pie de la fortaleza, le señalan - unos a otros se lo señalan - y hablan entre sí. Parece que hay un poco de discusión, luego uno dice más fuerte: «Yo se lo pregunto», y se separa yendo hacia Jesús. «¡Salve, Maestro! ¿Vas a hablar también hoy ahí dentro?».
«Que la Luz te ilumine. Sí. Hablaré» .
«Entonces... ten cuidado. Uno que sabe nos ha advertido. Y una que te admira ha ordenado vigilar. Estaremos cabe el subterráneo de oriente. ¿Sabes dónde está la

entrada?».
«No lo ignoro. Pero está cerrada por las dos partes».
«¿Tú crees?». El legionario ríe con una breve sonrisa, y en la sombra de su yelmo los ojos y dientes brillan haciéndole más joven. Luego, cuadrándose, saluda: «¡Salve, Maestro? Acuérdate de Quinto Félix».
«Me acordaré. Que la Luz te ilumine».
Jesús se echa a andar de nuevo y el legionario regresa al sitio de antes y habla con sus conmilitones.
«¿Maestro, hemos tardado? ¡Eran muchos los leprosos!» dicen juntos Manahén - vestido sencillamente de marrón obscuro - y Margziam.
«No. Habéis tardado poco. De todas formas, vamos; los otros nos esperan. ¿Manahén, has sido tú el que ha avisado a los romanos?».
«¿De qué, Señor? No he hablado con nadie. Y no sabría... Las romanas no están en Jerusalén».
De nuevo están junto a la puerta de la muralla y, como si estuviera por azar, está allí cerca el levita Zacarías.
«La paz a ti, Maestro. Quiero decirte... Trataré de estar siempre donde ti aquí dentro. Y no me pierdas de vista. Y, si hay tumulto y ves que me marcho, trata de seguirme siempre. ¡Te odian mucho! No puedo hacer más... Compréndeme...».
«Que Dios te lo pague y te bendiga por la piedad que tienes por su Verbo. Haré lo que dices. Y no temas, que ninguno sabrá de tu amor por mí».
Se separan.
«Quizás ha sido él el que se lo ha dicho a los romanos. Estando ahí dentro, habrá sabido...» susurra Manahén.
[3]Van a orar, pasando entre la gente, que los mira con diferentes sentimientos, y que se reúne luego detrás de Jesús cuando, terminada la oración, Él vuelve del patio de los Hebreos.
Fuera ya de la segunda muralla, Jesús hace ademán de pararse, pero un grupo mixto de escribas, fariseos y sacerdotes, le rodea. Uno de los magistrados del Templo habla por todos.
«¿Estás todavía aquí? ¿No comprendes que no te aceptamos? ¿No temes siquiera el peligro que te amenaza? Vete. Ya es mucho si te dejamos orar. No te permitimos ya más que enseñes tus doctrinas».
«Sí. Vete. ¡Vete, blasfemo!».
«Sí, me voy, como queréis. Y no sólo fuera de estos muros. Me voy a marchar, estoy ya marchándome, más lejos, a donde ya no podréis ir. Y llegarán horas en que me buscaréis también vosotros, y ya no sólo para perseguirme, sino también por un supersticioso terror de una acción contra vosotros por haberme echado; por una ansia supersticiosa de ser perdonados de vuestro pecado para obtener misericordia. Pero os digo que ésta es la hora de la misericordia, la hora de hacerse amigos del Altísimo. Pasada esta hora, será inútil todo remedio. Ya no me tendréis, y moriréis en vuestro pecado. Aunque recorrierais toda la Tierra y lograrais alcanzar astros y planetas, no me encontraríais, porque a donde Yo voy vosotros no podéis ir. Ya os lo he dicho. Dios viene y pasa. El sabio le acoge con sus dones cuando pasa. El necio le deja marcharse y ya no vuelve a encontrarle. Vosotros soy de abajo, Yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, Yo no soy de este mundo. Por eso, una vez que Yo haya regresado a la morada de mi Padre, fuera de este mundo

vuestro, ya no me encontraréis y moriréis en vuestros pecados, porque ni siquiera sabréis alcanzarme espiritualmente con la fe».
«¿Te quieres matar, demoniado? Claro que, entonces, en el Infierno donde bajan los violentos nosotros no podremos alcanzarte, porque el Infierno es de los condenados, de los malditos, y nosotros somos los benditos hijos del Altísimo» dicen algunos.
Y otros aprueban, diciendo: «Seguro que se quiere matar, porque dice que a donde Él va nosotros no podemos ir. Comprende que ha sido descubierto y que ha fallado el intento, y se quita la vida sin esperar a que se la quiten, como al otro galileo* falso Cristo».
Y otros, benévolos: «¿Y si fuera realmente el Cristo y realmente volviera a Aquel que le ha enviado?».
«¿A dónde? ¿Al Cielo? ¿No está allí Abraham y piensas que va a ir Él? Antes tiene que venir el Mesías».
«Pero Elías fue raptado al Cielo en un carro de fuego».
«En un carro, sí. Pero al Cielo... ¿quién lo asegura?».
Y el contraste continúa mientras fariseos, escribas, magistrados, sacerdotes, judíos al servicio de sacerdotes, escribas y fariseos, van siguiendo a Cristo por los amplios pórticos como una jauría de perros acosa a la salvajina levantada.
4Pero algunos, los buenos de la masa hostil, aquellos a quienes verdaderamente mueve un deseo honesto, se abren paso hasta llegar a Jesús y le hacen esa ansiosa pregunta que tantas veces se ha oído hacer, o con amor o con odio: «¿Quién eres Tú? Dínoslo, para que sepamos obrar en consecuencia. ¡Di la verdad en nombre del Altísimo!».
«Yo soy la Verdad misma y no uso nunca la mentira. Yo soy el que siempre os he dicho que soy, desde el primer día que he hablado a las muchedumbres, en todo lugar de Palestina; el que aquí he dicho que soy, varias veces, cerca del Santo de los Santos, cuyos rayos no temo porque digo la verdad. Todavía me quedan de decir muchas cosas, y de juzgar en mi día y respecto a este pueblo, y, aunque parezca para mí cercano ya el atardecer, sé que las diré y que juzgaré a todos, porque así me lo ha prometido el que me ha enviado, que es veraz. Él ha hablado conmigo en un eterno abrazo de amor, diciéndome todo su Pensamiento, para que Yo lo pudiera expresar con mi Palabra al mundo, y no podré callar, ni nadie podrá hacerme callar hasta que haya anunciado al mundo todo aquello que he oído al Padre mío».
«¿Y todavía blasfemas? ¿Sigues llamándote Hijo de Dios? ¿Y quién piensas que te va a creer? ¿Quién crees que va a ver en ti al Hijo de Dios?» le dicen los enemigos, gesticulando casi con los puños delante de la cara, pareciendo, a causa del odio, personas trastornadas.
Apóstoles, discípulos y la gente bienintencionada los rechazan, formando como una barrera de protección para el Maestro. El levita Zacarías, lentamente, con movimientos atentos para no llamar la atención de los energúmenos, se acerca a Jesús, a Manahén y a los dos hijos de Alfeo.
5Ya están en el final del pórtico de los Paganos, porque la marcha es lenta entre las corrientes contrarias, y Jesús se detiene en su sitio habitual, en la última columna del lado oriental. Se para. Del lugar donde hasta los paganos están no pueden expulsar a un verdadero israelita, so pena de soliviantar a la muchedumbre,

---

* el *otro galileo* podría ser el personaje que será recordado en *Hechos 5, 37.*

cosa que los farsantes evitan hacer. Y allí empieza a hablar otra vez, respondiendo a sus

ofensores y con ellos a todos: «Cuando elevéis al Hijo del hombre...».
Gritan los fariseos y escribas: «¿Quién crees que te va a elevar? Mísero es el país que tiene por rey a un charlatán desquiciado y a un blasfemo aborrecido por Dios. Ninguno de nosotros te alzará, puedes estar seguro. El resto de luz que te queda te lo hizo comprender a tiempo, cuando fuiste tentado*. ¡Sabes que nunca podremos hacerte nuestro rey!».
«Lo sé. No me elevaréis a un trono, pero me elevaréis. Y, alzándome, creeréis que me estáis bajando. Pero precisamente cuando creáis que me habéis bajado, seré alzado. No sólo en Palestina, no sólo en todo el Israel esparcido por el mundo, sino en todo el mundo, incluso en las naciones paganas, incluso en los lugares todavía ignorados por los doctos del mundo. Y seré elevado no durante una vida de hombre, sino durante toda la vida de la Tierra, y la sombra del dosel de mi trono se irá extendiendo cada vez más sobre la Tierra hasta cubrirla por entero. Sólo entonces volveré y me veréis. ¡Me veréis!».
«¿Pero estáis oyendo que forma demente de hablar? ¡Le elevaremos bajándole y le bajaremos alzándole! ¡Un loco! ¡Un loco! ¡Y la sombra de su trono sobre toda la Tierra! ¡Más grande que Ciro! ¡Más que Alejandro! ¡Más que César! ¿Dónde pones a César? ¿Crees que te va a dejar tomar el imperio de Roma? ¡Y permanecerá en el trono durante todo el tiempo del mundo! ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!». Con su ironía dan bofetadas, más: latigazos, peor que con un flagelo.
6Pero Jesús deja que hablen. Alza la voz para ser oído en medio del clamor de quien se ríe y de quien defiende, y que llena el lugar con rumor de mar agitado.
«Cuando levantéis al Hijo del hombre, comprenderéis quién soy y que no hago por mí mismo nada, sino que digo aquello que mi Padre me ha enseñado y hago lo que Él quiere. Y el que me ha enviado, ciertamente, no me deja solo, sino que está conmigo. De la misma manera que la sombra sigue al cuerpo, lo mismo está el Padre detrás de mí, vigilante y, aunque invisible, presente. Está detrás de mí y me conforta y ayuda y no se aleja, porque hago siempre lo que a Él le agrada. Dios, por el contrario, se aleja cuando sus hijos no obedecen sus leyes e inspiraciones. Entonces se marcha y los deja solos. Por eso muchos en Israel pecan. Porque el hombre, abandonado a sí mismo, difícilmente se conserva justo y fácilmente cae en las espiras de la Serpiente. Y en verdad, en verdad os digo que por vuestro pecado de resistencia a su Luz y Misericordia Dios se aleja de vosotros y dejará vacío de sí este lugar y vuestros corazones; y lo que con llanto dijo Jeremías en sus profecías y lamentaciones se cumplirá exactamente. Meditad esas palabras proféticas, y temblad. Temblad y entrad otra vez en vosotros mismos con espíritu bueno. Oíd no las amenazas, sino aún la bondad del Padre que advierte a sus hijos mientras todavía les es concedido reparar y salvarse. Oíd a Dios en las palabras y en los hechos y, si no queréis creer en mis palabras, porque el viejo Israel os ahoga, creed al menos en el viejo Israel. En él gritan los profetas los peligros y las calamidades

---

* *fuiste tentado*, como se explica en 464.19.

de la Ciudad Santa y de toda nuestra Patria, si no se convierte al Señor su Dios y no sigue al Salvador. Ya pesó sobre este pueblo la mano de Dios en los siglos pasados. Pero el pasado y el presente no serán nada respecto al tremendo futuro que le espera por no haber querido acoger a Aquel al que Dios ha enviado. Ni en rigor ni en duración es comparable lo que espera al Israel que repudia al Cristo. Yo os lo digo, adelantando la mirada a través de los siglos: como árbol tronchado y arrojado a un vortiginoso río, así será la raza hebraica alcanzada por el anatema divino. Tenaz, tratará de detenerse en las orillas en uno

a otro punto; siendo exuberante, brotarán de él vástagos y raíces. Pero, cuando ya crea que ha arraigado, volverá contra él la violencia de la riada y ésta volverá a arrancarlo, romperá sus raíces y vástagos y el árbol irá más allá, a sufrir, para arraigar y ser de nuevo arrancado y vagar de nuevo. Y nada podrá darle paz, porque la riada que hostigará será la ira de Dios y el desprecio de los pueblos. Sólo arrojándose a un mar de Sangre viva y santificante podría hallar paz. Mas evitará esa Sangre, porque, a pesar de las palabras de solicitación que ésta le dirigirá, le parecerá - Caín del Abel celeste - oír la voz de la sangre de Abel».

Otro amplio rumor que se propaga por el vasto recinto como rumor de olas. Pero en este rumor faltan las voces ásperas de los fariseos y escribas, y de los judíos a ellos subyugados. Jesús aprovecha para tratar de marcharse.

7Pero algunos que estaban lejos se acercan a Él y le dicen: «Maestro, escúchanos. No todos somos como ellos (y señalan a los enemigos), pero nos es costoso seguirte, incluso porque tu voz está sola contra una gran abundancia de voces que dicen lo contrario de lo que dices Tú. Y las cosas que dicen ellos son las que hemos oído a nuestros padres desde que éramos niños. Pero tus palabras nos inducen a creer. ¿Cómo lograremos, pues, creer completamente y tener vida? Estamos como atados por el pensamiento del pasado...».

«Si os establecéis en mi Palabra como si renacierais ahora, creeréis completamente y seréis mis discípulos. Pero es necesario que os despojéis del pasado y aceptéis mi doctrina, que no borra todo el pasado, sino que mantiene y vigoriza lo santo y sobrenatural del pasado y quita lo superfluo humano, y coloca la perfección de mi doctrina donde ahora están las doctrinas humanas, que siempre son imperfectas. Si venís a mí, conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres».

«Maestro, es verdad que te hemos dicho que estamos como atados por el pasado. Pero este vínculo no es cautiverio ni esclavitud. Nosotros somos descendencia de Abraham. En las cosas del espíritu. Porque con "descendencia de Abraham", si no nos equivocamos, se quiere significar descendencia espiritual contrapuesta a la de Agar, que es descendencia de esclavos. ¿Cómo es que dices, entonces, que seremos libres?».

«Os hago la observación de que también era descendencia de Abraham* Ismael y los hijos de él. Porque Abraham fue padre de Isaac y de Ismael».

«Pero impura, porque era hijo de una mujer esclava y egipcia».

---

* *descendencia de Abraham,* como en *Génesis 16; 17.*

«En verdad, en verdad os digo que no hay más que una esclavitud, la del pecado. Sólo el que comete pecado es un esclavo, y esta esclavitud ninguna moneda la rescata. Hacia un amo implacable y cruel. Una esclavitud que incluye la pérdida de todos los derechos a la libre soberanía en el Reino de los Cielos. El esclavo, el hombre hecho esclavo por una guerra o por desgracias, puede caer en manos de un buen amo. Pero siempre es precaria su buena posición, porque el amo puede venderle a otro amo, cruel. El esclavo es una mercancía y nada más. A veces sirve como moneda para saldar una deuda. Y ni siquiera tiene el derecho a llorar. El criado, sin embargo, vive en la casa de su señor, si bien sólo mientras éste no le despide. Pero el hijo se queda siempre en la casa de su padre y el padre no piensa en echarle. Sólo por su libre voluntad puede salir. Y en esto está la diferencia entre esclavitud y servidumbre y entre servidumbre y filiación. La esclavitud encadena al hombre, la servidumbre le pone a servicio de un señor, la filiación le coloca para siempre, y con igualdad de vida, en la casa del padre. La esclavitud aniquila al

hombre, la servidumbre lo somete, la filiación le hace libre y feliz. El pecado hace al hombre esclavo del amo más cruel y sin término: Satanás. La servidumbre, en este caso la antigua Ley, hace al hombre temeroso de Dios, como de un Ser intransigente. La filiación, o sea, el ir a Dios junto con su Primogénito, conmigo, hace del hombre un ser libre y feliz, que conoce la caridad de su Padre y en ella confía. Aceptar mi doctrina es ir a Dios junto conmigo, Primogénito de muchos hijos preferidos. Yo romperé vuestras cadenas - basta con que vengáis a mí para que las rompa -, y seréis verdaderamente libres y coherederos conmigo del Reino de los Cielos. 8Sé que sois descendencia de Abraham. Pero aquel de vosotros que trate de hacerme morir ya no honra a Abraham sino a Satanás, y sirve a éste como fiel esclavo. ¿Por qué? Porque rechaza mi palabra; de forma que mi palabra no puede penetrar en muchos de vosotros. Dios no fuerza al hombre a creer, no le fuerza a aceptarme; pero me envía para que os indique cuál es su voluntad. Y Yo os refiero lo que he visto y oído al lado de mi Padre. Y hago lo que Él quiere. Pero aquellos de vosotros que me persiguen hacen lo que han aprendido de su padre y lo que él sugiere».

Como paroxismo que resurge después de una pausa del mal, la ira de los judíos, fariseos y escribas, que parecía muy calmada, se despierta violenta. Se van introduciendo como una cuña en el círculo compacto que aprieta a Jesús, y tratan de llegarse a Él. La masa de gente se mueve con vaivén de fuertes y contrarias ondas, como contrarios son los sentimientos de los corazones. Gritan los judíos, lívidos de ira y de odio: «El padre nuestro es Abraham. No tenemos ningún otro padre».

«El Padre de los hombres es Dios. El mismo Abraham es hijo del Padre universal. Pero muchos repudian al Padre verdadero a cambio de uno que no es padre, pero que lo eligen como tal porque parece más poderoso y dispuesto a contentarlos en sus deseos desordenados. Los hijos hacen las obras que ven hacer a su padre. Si sois hijos de Abraham, ¿por qué no hacéis las obras de Abraham? ¿No
las conocéis? ¿Os las debo enumerar* como naturaleza y como símbolo? Abraham obedeció yendo al país que le fue indicado por Dios, y es figura del hombre que debe estar preparado para dejar todo e ir a donde Dios le envíe. Abraham fue condescendiente con el hijo de su hermano y le dejó elegir la región preferida, y es figura del respeto a la libertad de acción y de la caridad que debemos tener para con nuestro prójimo. Abraham fue humilde después de la predilección de Dios y le honró en Mambré, y se sintió siempre nada respecto al Altísimo, que le había hablado; es figura de la postura de amor reverencial que el hombre debe tener siempre hacia su Dios. Abraham creyó en Dios y le obedeció incluso en las cosas más difíciles de creer y penosas de cumplir, y por el hecho de sentirse seguro no se hizo egoísta, sino que oró por los de Sodoma. Abraham no buscó un pacto con el Señor queriendo un premio por sus muchas obediencias, sino que, al contrario, para honrarle hasta el fin, hasta el máximo límite, le sacrificó su amadísimo hijo...».

«No lo sacrificó».

«Le sacrificó su amadísimo hijo, porque verdaderamente su corazón ya había sacrificado durante el trayecto, con su voluntad de obedecer, que fue detenida por el ángel cuando ya el corazón del padre se partía estando para partir el corazón de su hijo. Mataba al hijo por honrar a Dios. Vosotros le matáis a Dios el Hijo por honrar a Satanás. ¿Hacéis, pues, vosotros las obras de aquel a quien llamáis padre? No, no las hacéis. Tratáis de matarme a mí porque os digo la verdad tal y como la he oído de Dios. Abraham no hacía eso. No

trataba de matar la voz que venía del Cielo, sino que la obedecía. No, vosotros no hacéis las obras de Abraham, sino las que os indica vuestro padre».

9«No hemos nacido de una prostituta. No somos espurios. Has dicho, Tú mismo lo has dicho, que el Padre de los hombres es Dios, y nosotros además somos del Pueblo elegido, y pertenecemos a las castas distinguidas de este Pueblo. Por tanto, tenemos a Dios como único Padre».

«Si reconocierais a Dios como Padre en espíritu y en verdad, me amaríais, porque Yo procedo y vengo de Dios; ciertamente no vengo de mí mismo, sino que es Él el que me ha enviado. Por eso, si verdaderamente conocierais al Padre, me conoceríais también a mí como Hijo suyo y hermano y Salvador vuestro. ¿Pueden los hermanos no reconocerse? ¿Pueden los hijos de Uno solo no conocer el lenguaje que se habla en la Casa del único Padre? ¿Por qué, entonces, no comprendéis mi lenguaje y no toleráis mis palabras? Porque Yo vengo de Dios y vosotros no. Vosotros habéis abandonado el hogar paterno y habéis olvidado el rostro y el lenguaje de Aquel que lo habita. Habéis ido voluntariamente a otras regiones, a otras moradas, donde reina otro, que no es Dios, y donde se habla otro idioma. Y quien allí reina impone que, para entrar, uno se haga hijo suyo y le obedezca. Y vosotros lo habéis hecho y seguís haciéndolo. Vosotros abjuráis, renegáis del Padre Dios para elegiros otro padre. Y éste es Satanás. Vosotros tenéis

---

* *las debo enumerar,* con referencia a lo que se lee en *Génesis 12; 13; 15; 18; 22.*

como padre al demonio y queréis llevar a cabo lo que él os sugiere. Y los deseos del demonio son de pecado y violencia, y vosotros los acogéis. Desde el principio era homicida, y no perseveró en la verdad porque él, que se rebeló contra la Verdad, no puede tener en sí amor a la verdad. Cuando habla, habla como lo que es, o sea, como mentiroso y tenebroso, porque verdaderamente es mentiroso y ha engendrado y ha dado nacimiento a la mentira tras haberse fecundado con la soberbia y nutrido con la rebelión. Toda la concupiscencia está en su seno, y la escupe a inocula para envenenar a las criaturas. Es el tenebroso, el menospreciador, el rastrero reptil maldito, es el Oprobio y el Horror. Desde hace muchos siglos sus obras atormentan al hombre, y las señales y frutos de ellas están ante las mentes de los hombres. Y, no obstante, a él, que miente y destruye, le prestáis oídos, mientras que si hablo Yo y digo lo que es verdad y es bueno no me créis y me llamáis pecador. ¿Pero quién de entre los muchos que me han conocido, con odio o amor, puede decir que me ha visto pecar? ¿Quién puede decirlo con verdad? ¿Dónde, las pruebas para convencernos a mí y a los que creen en mí de que soy pecador? ¿Contra cuál de los diez mandamientos he faltado? ¿Quién, ante el altar de Dios, puede jurar que me ha visto violar la Ley y las costumbres, los preceptos, las tradiciones, las oraciones? ¿Quién de entre todos los hombres podrá hacerme mudar el rostro por haber sido convencido, con pruebas seguras, de pecado? Ninguno puede hacerlo. Ningún hombre y ningún ángel. Dios grita en el corazón de los hombres: "Es el Inocente". De esto estáis todos convencidos, y, vosotros que me acusáis, más todavía que estos otros, que vacilan acerca de quién entre Yo y vosotros tiene razón. Mas sólo el que es de Dios escucha las palabras de Dios. Vosotros no las aceptáis a pesar de que resuenen en vuestras almas día y noche, y no las escucháis porque no sois de Dios».

10«¿Nosotros, nosotros que vivimos para la Ley y en la más minuciosa observancia de los preceptos para honrar al Altísimo, no somos de Dios? ¿Y Tú osas decir esto? ¡¡¡Ah!!!». Parecen ahogarse del horror, como si fuera un dogal. «¿Y no hemos de decir

que eres un endemoniado y un samaritano?».
«No soy ni lo uno ni lo otro, sino que honro a mi Padre, aunque vosotros lo neguéis para vilipendiarme. Pero vuestro vilipendio no me aflige. No busco mi gloria. Hay quien se preocupa de ella y juzga. Esto os digo a vosotros que me queréis denigrar. Pero a los que tienen buena voluntad les digo que quien acoja mi palabra, o ya la haya acogido, y la sepa custodiar, no verá la muerte por los siglos de los siglos».
«¡Ah! ¡Ahora vemos claro que por tus labios habla el demonio que te posee! Tú mismo lo has dicho: "Habla como mentiroso". Lo que acabas de decir es palabra mentirosa, por tanto es palabra demoniaca. Abraham murió y murieron los profetas. Y dices que el que guarde tu palabra no verá la muerte por los siglos de los siglos. ¿Entonces Tú no vas a morir?».
«Moriré sólo como Hombre, para resucitar en el tiempo de Gracia, pero como Verbo no moriré. La Palabra es Vida y no muere. Y quien acoge en sí la Palabra tiene en sí la Vida y no muere para siempre, sino que resucita en Dios porque Yo le resucitaré».
«¡Blasfemo! ¡Loco! ¡Demonio! ¿Eres más que nuestro padre Abraham, que murió, y que los profetas? ¿Quién te crees ser?».
«El Principio que os habla».
Se produce un pandemónium. Y, mientras esto sucede, el levita Zacarías empuja a Jesús insensiblemente hacia un ángulo del pórtico, ayudado en ello por los hijos de Alfeo y por otros que quizás colaboran, sin quizás saber siquiera bien lo que hacen.
11 Cuando Jesús está bien arrimado al muro y tiene delante de sí la protección de los más fieles, y un poco se calma el tumulto también en el patio, dice con su voz incisiva y hermosa, tranquila incluso en los momentos más agitados: «Si me glorifico a mí mismo, no tiene valor mi gloria. Todos pueden decir de sí lo que quieran. Pero el que me glorifica es mi Padre, el que decís que es vuestro Dios, si bien es tan poco vuestro que no le conocéis y no le habéis conocido nunca ni le queréis conocer a través de mí, que os hablo de Él porque le conozco. Y si dijera que no le conozco para calmar vuestro odio hacia mí, sería un embustero como lo sois vosotros diciendo que le conocéis. Yo sé que no debo mentir por ningún motivo. El Hijo del hombre no debe mentir, si bien el decir la verdad será causa de su muerte. Porque si el Hijo del hombre mintiera, ya no sería verdaderamente Hijo de la Verdad y la Verdad le alejaría de sí. Yo conozco a Dios, como Dios y como Hombre. Y como Dios y como Hombre conservo sus palabras y las acato. ¡Israel, reflexiona! Aquí se cumple la Promesa. En mí se cumple. ¡Reconóceme en lo que soy! Vuestro padre Abraham suspiró por ver mi día. Lo vio proféticamente por una gracia de Dios, y exultó. Y vosotros en verdad lo vivís...».
«¡Cállate! ¿No tienes todavía cincuenta años y pretendes decir que Abraham te ha visto y que Tú le has visto?», y su carcajada de burla se propaga como una ola de veneno o de ácido corrosivo.
«En verdad, en verdad os lo digo: antes de que Abraham naciera, Yo soy».
«¿"Yo soy"? Sólo Dios puede decir que es, porque es eterno. ¡No Tú! ¡Blasfemo! ¡"Yo soy"! ¡Anatema! ¿Eres, acaso, Dios para decirlo?», le grita uno que debe ser un alto personaje porque acaba de llegar y ya está cerca de Jesús, dado que todos se han apartado con terror cuando ha venido.
«Tú lo has dicho» responde Jesús con voz de trueno.
Todo se hace arma en las manos de los que odian. Mientras el último que ha preguntado al Maestro se entrega a toda una mímica de escandalizado horror y se quita violentamente

la prenda que cubre su cabeza, y se alborota el pelo y la barba y se desata las hebillas que sujetan la túnica al cuello, como si se sintiera desfallecer del horror, puñados de tierra, y piedras (usadas por los vendedores de palomas y otros animales para tener tensas las cuerdas de los cercados, y por los cambistas para... prudente custodia de sus arquetas, de las que se muestran más celosos que de la propia vida) vuelan contra el Maestro, y naturalmente caen sobre la propia gente, porque Jesús está demasiado dentro, bajo el pórtico, como para ser alcanzado, y la gente impreca y se queja...

12 Zacarías, el levita, da - único medio para hacerle llegar hasta una puertecita baja, escondida en el muro del pórtico y ya preparada para abrirse - un fuerte empujón a Jesús; le empuja hacia la puerta a la par que a los dos hijos de Alfeo, Juan, Manahén y Tomás. Los otros se quedan afuera, en el tumulto... Y el rumor de éste llega debilitado a la galería que está entre unos poderosos muros de piedra que no sé cómo se llaman en arquitectura. Están construidos con técnica de ensamblaje, diría yo, o sea, con piedras anchas y piedras más pequeñas, y encima de éstas, sobre las pequeñas, las anchas, y viceversa. No sé si me explico bien. Oscuras, fuertes, talladas toscamente, apenas visibles en la penumbra producida por estrechas aspilleras puestas arriba a distancias uniformes, para ventilar y para que no sea completamente tenebroso este lugar, que es una angosta galería que no sé para lo que sirve, pero que me da la impresión de que da la vuelta por todo el patio. Quizás había sido hecha como protección, como refugio, para hacer dobles y, por tanto, más resistentes los muros de los pórticos, que forman como cinturones de protección para el Templo propiamente dicho, para el Santo de los Santos. En fin, no sé. Digo lo que veo. Olor de humedad, de esa humedad que no se sabe decir si es frío o no, como en ciertas bodegas.

«¿Y qué hacemos aquí?» pregunta Tomás.

«¡Calla! Me ha dicho Zacarías que vendrá, y que estemos callados y parados» responde Judas Tadeo.

«¿Pero... podemos fiarnos?».

«Eso espero».

«No temáis. Ese hombre es bueno» consuela Jesús.

Afuera, el tumulto se aleja. Pasa tiempo. Luego, un rumor sordo de pasos y una pequeña luz trémula que se acerca desde profundidades obscuras.

«¿Estás ahí, Maestro?» dice una voz que quiere ser oída pero teme que la oigan.

«Sí, Zacarías».

«¡Alabado sea Yeohveh! ¿He tardado? He tenido que esperar a que corrieran todos hacia las otras salidas. Ven, Maestro... Tus apóstoles... He podido decirle a Simón que vayan todos hacia Betesda y que esperen. Por aquí se baja... Poca luz. Pero camino seguro. Se baja a las cisternas... y se sale hacia el Cedrón. Camino antiguo. No siempre destinado a buen uso, pero esta vez sí... y esto lo santifica...».

Bajan continuamente en medio de sombras quebradas sólo por la llamita tembleteante de la lámpara, hasta que un claror distinto se vislumbra en el fondo... y detrás el claror del verde, que parece lejano... Una verja - tan maciza y apretada que es casi puerta - termina la galería.

«Maestro, te he salvado. Puedes marcharte. Pero, escúchame: no vuelvas durante un tiempo. No podría servirte siempre sin ser notado; y... olvida, olvidad *todos* este camino, y a mí que os he guiado aquí» dice Zacarías, moviendo unos artificios que hay en la pesada verja, y entreabriendo ésta lo indispensable para dejar salir a las personas. Y

repite: «Olvidad, por piedad hacia mí».
«No temas. Ninguno de nosotros hablará. Dios esté contigo por tu caridad». Jesús alza la mano y la pone encima de la cabeza agachada del joven.
Sale, seguido de sus primos y de los otros. Se encuentra en un pequeño espacio llano - casi no caben todos -, agreste, con zarzas, frente al Monte de los Olivos. Un senderito de cabras baja entre las zarzas hacia el torrente.
«Vamos. Subiremos luego a la altura de la puerta de los Ovejas y Yo con mis hermanos iré a casa de José, mientras vosotros vais a Betesda por los otros y venís. Iremos a Nob mañana al anochecer después del ocaso».

508. Juan será la luz de Cristo hasta el final de los tiempos.
El pequeño Marcial-Manasés acogido por José de Seforí.
7 de octubre de 1946.

1La casa de José no es la de José de Arimatea, sino la de un viejo galileo de Seforí, amigo de los hijos de Alfeo y especialmente de los mayores, porque era amigo, quizás también un poco pariente, del viejo y ya difunto Alfeo. Y, si no me equivoco, está también muy relacionado con los hijos de Zebedeo por el comercio del pescado seco, que desde el lago de Genesaret se lleva a la capital junto con los otros productos de Galilea estimados por los galileos desarraigados que están en Jerusalén. Esto es lo que deduzco de lo que hablan los dos hijos de Alfeo y Juan y Tomás.
Jesús, sin embargo, está un poco detrás, con Manahén, al que da el encargo de ir donde José de Arimatea y donde Nicodemo con el ruego de que vayan a verle. Manahén ejecuta esto en seguida. Jesús se reúne todavía un momento con los tres para recomendar una vez más que sean prudentes en lo que dicen "por amor hacia el levita que los ha puesto a salvo", luego se separa y con pasos largos se echa a andar por un caminucho... 2Pero pronto le da alcance Juan.
«¿Por qué has venido?».
«No podíamos dejarte así solo... y he venido yo».
«¿Y crees que podrías defenderme tú solo contra tantos?».
«No estoy seguro. Pero al menos moriría antes de ti. Y eso me bastaría».
«Morirás mucho tiempo después de mí, Juan. Pero no te sientas contrariado por ello. Si el Altísimo te deja en el mundo es para que le sirvas y sirvas a su Verbo».
«Pero después...».
«Después servirás. ¡Cuánto deberías vivir para servirme como nuestros dos corazones querrían! Pero incluso después de muerto me servirás».
«¿Cómo lo voy a hacer, Maestro mío? Si estoy contigo en el Cielo te adoraré. Pero no podré servirte en la Tierra una vez que la haya dejado...».
«¿Estás seguro? Bueno pues te digo que me servirás hasta mi nueva venida, hasta la

venida final. Muchas cosas aridecerán antes de la última hora, cuales ríos que se secan y pasan a ser tierra polvorienta y pedruscos secos, habiendo sido bonito curso de agua azul y saludable. Pero tú serás todavía río con el sonido de mi palabra y el reflejo de mi luz. Serás la suprema luz que quede para recuerdo de Cristo. Porque serás luz enteramente espiritual, y los últimos tiempos serán lucha de tinieblas contra luz, de carne contra espíritu. Los que sepan perseverar en la fe encontrarán fuerza, esperanza, confortación, en lo que dejarás después de ti y que será todavía tú mismo... y que, sobre todo, será todavía Yo mismo, porque Yo y tu nos queremos, y donde tú estás Yo estoy y donde Yo estoy tú estás. Prometí a Pedro que la Iglesia, que tendrá como cúspide y como base mi Piedra, no será desarticulada por el Infierno, con sus repetidos y cada vez más feroces asaltos; mas ahora te digo que aquello que será todavía Yo mismo, y que tú dejarás como luz para quien busca la Luz, no será destruido, a pesar de que el Infierno trate - y tratará - de cancelarlo usando todos los modos. Te digo más: incluso aquellos que crean en mí imperfectamente, porque aun recibiéndome a mí no recibirán a mi Pedro*, acudirán siempre a tu faro, como barquichuelos sin piloto y sin brújula que se dirigen hacia una luz en medio de *su* tempestad, porque luz quiere decir todavía salvación».
«¿Pero qué es lo que dejaré, Señor mío? Yo soy... pobre... ignorante... Tengo sólo el amor...».
«Eso es lo que dejarás: el amor. Y el amor hacia tu Jesús será palabra. Y muchos, muchos, incluso entre aquellos que no pertenezcan a mi Iglesia, que no sean de iglesia alguna, pero que busquen luz y consuelo, movidos por el aguijón de su espíritu insatisfecho y por la necesidad de compasión en las penas, irán a ti y me encontrarán a mí».
«Quisiera que los primeros en encontrarte fueran estos crueles judíos, estos fariseos y escribas... Pero no sirvo para tanto...».

«No entra cosa alguna donde ya hay llenura. Pero no te desalientes. Tú... [3]Bueno, ya estamos donde José. Llama. Vamos a entrar».
Es una casa estrecha y alta. Al lado tiene un almacén bajo y maloliente de mercancías apiladas; y, al lado de éste, un patio, obscuro a causa de las paredes que se alzan por encima de él, un patio con aspecto casi de posada (como eran entonces las posadas): pórticos para las mercancías, cuadras para los burros, cuartitos, o grandes estancias, para los huéspedes. Aquí hay un patio malamente adoquinado; un pilón, dos cuadras bajas y obscuras, un rústico cobertizo que hace de pórtico, adosado a la casa y con una portezuela que da al almacén. Al lado de éste está la casa que he dicho, vieja, obscura, con una puerta alta y estrecha que se abre sobre tres peldaños de piedra consumida por el uso. Juan llama a la puerta y espera hasta que un ventanillo se abre y una cara

---

* *...no recibirán a mi Pedro...* En una copia mecanografiada MV anota: *Alude a los futuros protestantes*.

rugosa de anciana escruta desde la penumbra: «¡Oh, Juan! Abro en seguida. Dios sea contigo» dice la boca que pertenece a esa cara rugosa, y la puerta se abre con mucho ruido de cerrojos.
«No estoy solo, María. Está conmigo el Maestro».
«La paz también a Él, honor de Galilea. Y feliz el día que trae los pies del Santo a la casa de un verdadero israelita. Entra, Señor. Voy inmediatamente a avisar a José. Está haciendo las últimas entregas, porque el ocaso viene solícito en el triste Etanim».

«Déjale con su trabajo, mujer Nos vamos a detener hasta mañana».
«Gran alegría para nosotros. Te esperábamos desde hacía tiempo. Y, también, hace días tu hermano José ha mandado a alguien para pedir noticias tuyas. Pero mi marido te explicará mejor. Pues aquí puedes estar... Te dejo, Señor, porque estoy ultimando el pan. Antes del ocaso debe estar cocido. Para cualquier cosa que quieras, Juan sabe dónde encontrarme».
«Ve en paz. No nos hace falta nada, aparte de hospedarnos».
4Se quedan solos durante un tiempo. Luego una carita de tez morena se asoma por la cortina que separa de un pasillo la habitación, y da una ojeada, tímida y curiosa al mismo tiempo.
«¿Quién es ese niño?» pregunta Jesús a Juan.
«No lo sé, Señor. No estaba las otras veces. La verdad es que desde que estoy contigo, aquí, por el padre mío, no he vuelto. Ven aquí, niño».
El niño se acerca con pasos cortos.
«¿Quién eres?».
«No te lo digo».
«¿Por qué?».
«No quiero que se me digan cosas feas. Si las dices te contesto, y José no quiere».
«¡Ésta si que es nueva! Maestro, ¿qué piensas Tú?», y Juan ríe, divertido por las razones del hombrecito.
También Jesús sonríe, pero alza la mano y acerca hacia sí al niño. Le observa. Luego dice: «¿Y tú sabes quién soy?».
«¡Sí que lo sé! Eres el Mesías. El que hará todo el mundo suyo, y entonces no se les dirá cosas feas a los niños como yo».
«¿No eres de Israel, verdad?».
«Soy circunciso... Hizo mucho daño... Pero, pero hacía daño también el hambre y... el no tener ya a mi mamá... y a nadie... Pero todavía hace daño el oír que se... que nos...» habiendo perdido toda la intrepidez inicial, llora.
«Debe ser algún huérfano extranjero, Juan. José debe haberle recogido por compasión y circuncidado...» explica Jesús a Juan, que está asombrado de las razones y del llanto. 5Y Jesús levanta al niño a pulso y se le pone encima de las rodillas. «Dime tu nombre, niño. Yo te quiero. Jesús quiere a todos los niños y especialmente a los huerfanitos. Yo también tengo uno, que se llama Margziam y que...».
«Yo también así, porque yo (la pequeña voz se hace susurro apenas perceptible) porque yo soy romano...».
«¡Te lo había dicho! ¿Y eres huérfano, verdad?».
«Sí... De mi padre no me acuerdo. De mi mamá, sí. Murió cuando yo ya era grande... y me quedé solo, y ninguno me quería consigo. Desde Cesarea a pie, detrás de los viandantes, después de que el patrón se marchó otra vez, lejos. Y mucha hambre. Y, si decía el nombre, palos... Porque se comprendía por el nombre, ¡¿eh?! Luego vine aquí, durante una fiesta, y tenía hambre. Entré en los establos con una caravana y me escondí entre la paja, para comer el pienso y las algarrobas de los asnos. Y un burro me mordió y grité y vinieron y me querían pegar. Pero José dijo: "No, Él lo ha hecho* y dice que se haga lo que É1 hace. Tomo al niño y le haré israelita". Y me tomó consigo y me cuidó junto con María. Me puso otro nombre, porque el mío... Pero mi mamá me llamaba Marcial...», y las lágrimas vuelven a gotear.

«Y Yo te llamaré Marcial, como tu mamá. Es muy bueno lo que ha hecho José contigo. Debes quererle mucho».
«Sí. Pero más a ti. Lo dice él. Dice siempre: "Si un día te encuentras con Jesús de Nazaret, el Mesías, ámale con todo tu ser, porque es por Él por quien estás salvado del error". Maria decía allí, a la criada, que estaba en casa el Mesías, y he venido para ver al que me había salvado».
«No sabía que José hubiera hecho esto. Era tan... celoso... Jamás habría pensado que pudiera... ¡Pobre José! Celoso y desencantado de sus hijos. No han respetado su pelo blanco».
«Lo sé. Pero, ¿ves?, quizás en este niño se renueva... y olvida. Dios le compensa así la obra hecha con el niño. ¿Cómo te llamas ahora?».
«Con un feo nombre. No me gusta aunque sólo sea porque empieza como el mío: ¡Me llamo Manasés!... Pero Maria, que comprende, me llama "Man"». Y el niño lo dice con una carita tan acongojada, que Jesús y Juan no pueden contenerse la sonrisa.
Pero Jesús, para consolarle, explica: «Manasés es un nombre que para nosotros tiene un dulce significado. Quiere decir: el Señor me ha hecho olvidar todo dolor. José te lo ha puesto queriendo significar que tú le vas a hacer olvidar todos sus dolores. Y lo harás, niño, para mostrarle agradecimiento. Tú mismo, con el nuevo nombre, te dices que el Señor te ha amado tanto que te ha dado un nuevo padre, una madre y una casa. ¿No es verdad?».
«Sí. Explicado así, sí... Pero José dice que debo olvidar también mi casa. ¡No quiero olvidar a mi mamá!».
Jesús mira a Juan, y Juan mira al Maestro, y por encima de la cabecita morena hay toda una conversación de miradas...

_____

* *Él lo ha hecho...* se refiere a cuando Jesús recogió al huérfano Yabés, luego llamado Margziam, dando así un ejemplo a seguir.

«No se debe olvidar a la propia mamá, niño. José se ha explicado mal, o mejor: tú has comprendido mal. Sin duda quería decir que debes olvidar todo el dolor de tu pasado, el dolor de tu casa, porque ahora tienes ésta y tienes que ser feliz».
«¡Ah, así sí! Y María es buena y me hace feliz. Ahora me está haciendo las tortas. Voy a ver si están hechas y te las traigo también a ti», y se desliza hasta el suelo desde las rodillas de Jesús y corre afuera de la habitación. El ruido de los piececitos descalzos se pierde en el largo pasillo.
«¡Esta tendencia persiste siempre, incluso en los mejores de nosotros! ¡Pretender lo imposible! ¡Son más severos que Dios los hijos de su pueblo! ¡Pobre niño! ¿Se puede, acaso, pretender que un hijo olvide a la madre porque ahora sea circunciso? Se lo voy a decir a José».
«No tenía ninguna noticia de que hubiera hecho esto. Mi padre, como muchos galileos, baja aquí durante las fiestas. Y no me ha hablado, como no sabiendo la cosa... [6] ¡Ah!, oigo la voz de José...».
Jesús se pone en pie y Juan hace lo mismo, preparados ambos para saludar con los debidos honores al jefe de la casa, que entra y a su vez hace profundas reverencias para terminar arrodillándose a los pies de Jesús.
«Álzate, José. He venido. Ya lo ves».

«Perdona si te he hecho esperar. ¡El viernes es siempre un gran día! A ti la salud, Juan. ¿Tienes noticias de Zebedeo?».
«No, desde los Tabernáculos. Ahí le vi».
«Pues ahora sabes que está bien, y lo mismo Salomé. Noticias frescas, de esta mañana, con la última carga de pescado. Y también a ti, Maestro, te puedo decir que todos tus parientes están bien en Nazaret. Al día siguiente del sábado, el que ha venido partirá. Si queréis enviar noticias... ¿Estáis solos?».
«No. Dentro de poco estarán aquí los otros...».
«¡Bien! Hay sitio para todos. Ésta es una casa fiel. Siento que María haya estado ocupada con el pan y yo con las ventas. Dejados así solos... No te hemos dado el honor ni ofrecido la compañía que corresponden al huésped. ¡Y *gran* huésped!».
«Un hijo de Dios como tú, José. Todos iguales, los que siguen la Ley de Dios».
«¡No, no! Tú eres Tú. No soy un necio como estos judíos. ¡Tú eres el Mesías!».
«Por voluntad de Dios. Pero por voluntad mía y deber soy hijo de la Ley como tú».
«Los que te calumnian no saben decir ni hacer lo que ahora dices y siempre haces».
«Pero tú haces mucho de lo que enseño. [7]He visto al niño, José...».
«¡Ah!, ¿le has visto? ¡Ha venido! ¡Sabe que no quiero! Por ti... me agrada. Pero podías no haber sido Tú...».
«¿Y entonces? ¿Qué habría sucedido?».
«Que... ¡bueno, que no me gusta!».
«¿Por qué, José? ¿Por no recibir alabanzas? Tu idea es encomiable, pero el niño podría pensar que te avergüenzas de mostrarle...».
«¡Y es verdad!».
¿Es verdad? ¿Por qué? Explícame esto».
«Pues mira, el niño no ha nacido hebreo de hebreos, ni siquiera de prosélitos, y ni siquiera de mujer hebrea y padre gentil. Es hijo de dos romanos, libertos de casa de un romano que estaba en Cesarea Marítima y que había tenido consigo al niño mientras estuvo allí. Pero, cuando partió, no se ocupó de él y se quedó solo. Los hebreos, naturalmente, no le acogieron. Los romanos... Tú sabes lo que son los romanos..: ¡Y además *esos* romanos de Cesarea! El niño, mendigando...».
«Sí, lo sé. Llegó aquí y tú le acogiste. Dios ha escrito tu acción en el Cielo».
«¡Y hecho de él un circunciso! Y le he cambiado el nombre. ¡El suyo! ¡Pagano! ¡Idólatra! Pero no quiero que esté a la vista de la gente y que recuerde su pasado».
«¿Por qué, José?» pregunta dulcemente Jesús, y continúa: «El niño sufre por esto. Se acuerda de su madre. ¡Es comprensible!».
«Pero también es comprensible mi deseo de no ser criticado por haber acogido a un...».
«A un inocente. Solamente esto, José. ¿Por qué temes el juicio de los hombres cuando un juicio más alto, el divino, sanciona tu acto como santo? ¿Por qué te avergüenzas, por respeto humano o temor a represalias, de una acción buena? ¿Por qué quieres dar al niño una muestra de doblez como la que surge de haberle cambiado el nombre, de ahogar el pasado buscando, por miedo, evitar un daño? ¿Por qué quieres inculcar en el niño el desprecio hacia su padre y su madre? Mira, José, has hecho una acción digna de alabanza, pero la cubres de polvo con estas... ideas imperfectas. Has imitado un gesto mío. Has acogido mis palabras. Esto está bien. ¿Pero por qué no haces perfecta mi imitación cumpliendo abiertamente la obra y diciendo: "Sí, el niño era romano, y yo no me he espantado de ello, porque es hijo del Creador como nosotros. Lo único, he querido que

estuviera dentro de nuestra Ley y le he circuncidado"? En verdad... la verdadera circuncisión está llegando y la nueva incisión se hará en el corazón de los hombres, de donde será extirpado el anillo estrangulador de la ternaria concupiscencia; así que, si... bueno si el niño hubiera seguido en su ingenuidad hasta ese momento... Pero no quiero reprenderte por esto. Has hecho bien, tú hebreo, haciéndole hebreo. Pero déjale su nombre. ¡Cuántos Marciales, Cayos, Félix, Cornelios, Claudios, etc. serán del Cristo y del Cielo! Puede estar él también entre ellos, el niño que no sabe de hebreos ni de gentiles, el niño que llegará a la eterna mayoría de edad cuando la verdadera y nueva Ley quede fundada con el nuevo Templo y con los nuevos sacerdotes, y no como tú crees, sino examinado por Dios y hallado digno de su verdadero Templo. Déjale con el nombre que su madre le dio. Es una caricia materna todavía para él. Comprendo lo que has querido decir llamándole Manasés, pero déjale Marcial. Y a quien te pregunte puedes decirle: "Sí, es Marcial; casi como el discípulo del Cristo, al que le dio el nombre María". Sé valiente en el bien, José. Y serás grande, muy grande».
«Maestro... como Tú quieras. No quiero causarte desagrado. ¿Y crees que... he hecho bien también como hombre?».
«Has hecho bien. Tu dolor te ha hecho bueno. Por lo cual, es bueno todo lo que has hecho, y también esto».
Unos golpes en la puerta de la calle interrumpen la conversación.

509. El anciano sacerdote Matán acogido con los apóstoles y discípulos que han huido del Templo.

8 de octubre de 1946.

1Pedro entra y cae en el mismo estado de abatimiento en que cayó en el Jordán después de vadear en Betabara: se relaja derrengado en el primer asiento que encuentra y mete la cabeza entre las manos. Los otros no están tan abatidos. Pero turbados, pálidos, yo diría: desconcertados, lo están todos; unos más, otros menos. Los hijos de Alfeo, Santiago de Zebedeo y Andrés no responden casi al saludo de José de Seforí y de la mujer de éste (la cual llega con una anciana criada y con pan caliente y alimentos varios). Margziam presenta signos de haber llorado. Isaac acude hacia Jesús y le toma la mano y se la acaricia susurrando: «Igual que en la noche de la matanza... Y otra vez salvo. ¡Oh, mi Señor, hasta cuándo? ¿Hasta cuándo podrás salvarte?». Éste es el grito que abre las bocas, y todos, confusamente, hablan, refiriendo los maltratos, las amenazas, los miedos sufridos...
2Otro golpe en la puerta. «¡¿Oye no nos habrán seguido?! ¡Ya había dicho yo que vinieramos en pequeños grupos!...» dice Judas Iscariote.
«Hubiera sido mejor, sí. Los tenemos siempre pisándonos los talones. Pero ya...» dice Bartolomé.
José, aunque con pocas ganas, va personalmente a mirar por el ventanillo mientras su mujer dice: «Desde la terraza podéis bajar a las cuadras y de allí al huerto de atrás. Os lo voy a mostrar...». Pero, mientras se encamina, su marido exclama: «¡El Anciano José!

¡Qué honor!» y abre la puerta y deja entrar a José de Arimatea.
«Paz a ti, Maestro. Estaba y he visto... Saliendo yo del Templo profundamente asqueado, Manahén me ha encontrado. Y no poder intervenir, no poder hacerlo, para serte más útil y... ¡Oh!, ¿estás también tú aquí, Judas de Keriot? Tú podrías hacerlo, tú que eres amigo de tantos. ¿No sientes el deber de hacerlo, tú que eres su apóstol?».
«Tú eres discípulo...».
«No. Si lo fuera, le seguiría como le siguen otros. Soy un amigo suyo*».
«Es lo mismo».

---

* *un amigo suyo*, como en 505.1, donde se explica la diferencia entre *discípulos y amigos* de Jesús.

«No. También Lázaro es amigo suyo, y no querrás decir que es discípulo...».
«En el alma, sí».
«Todos los que no son diablos son discípulos de su palabra, porque la sienten palabra de Sabiduría».
La pequeña disputa entre José y Judas de Keriot se agota, mientras José de Seforí, comprendiendo ahora - no antes - que algo malo ha sucedido, pregunta a éste o a aquél con interés y muestras de dolor. «¡Hay que decírselo a José de Alfeo! ¡Eso hay que decirlo! Y encargaré... ¿Qué quieres, José?» pregunta, volviéndose al Anciano, que le ha tocado el hombro para preguntarle algo.
«Nada. Sólo quería felicitarte por tu buen aspecto. Éste es un buen israelita. Fiel y justo en todo. ¡Sí, yo lo sé! De él se puede decir que Dios le ha probado y conocido...».
Otra llamada a la puerta. Los dos Josés se dirigen juntos hacia ella para abrirla, y veo que José de Arimatea se inclina para decirle al oído algo al otro, que reacciona con un gesto de viva sorpresa y se vuelve un momento a mirar hacia los apóstoles. Luego abre la puerta.
3Nicodemo y Manahén entran, seguidos de todos los pastores-discípulos presentes en Jerusalén, o sea, de Jonatán y de los que fueron discípulos de Juan el Bautista. Luego, con ellos, está el sacerdote Juan junto con otro muy anciano, y Nicolái. Y, al final de todos, Nique con la jovencita que le ha sido confiada por Jesús, y Analía con su madre. Se quitan el velo que esconde sus caras y aparecen sus rostros turbados.
«¡Maestro! ¿Pero qué te está sucediendo? Lo he sabido... antes por la gente que por Manahén... La ciudad está llena de estas voces, como una colmena de zumbidos. Y los que te aman te buscan con solicitud en los lugares donde piensan que estás. Claro, también han ido a tu casa, José... Yo misma estaba yendo a las casas de Lázaro... ¡Esto es demasiado! ¿Cómo te has salvado?».
«La Providencia ha velado en defensa de mí. No lloren las discípulas; antes bien, bendigan al Eterno y fortalezcan el propio corazón. Y, a todos vosotros, gracias y bendiciones. No está del todo muerto el amor en Israel. Y ello me consuela».
«Sí. Pero no vayas más al Templo, Maestro. Durante mucho no vayas. ¡No vayas!». Las voces son unánimes al decir estas palabras, y el angustioso "no vayas" retumba entre las robustas paredes de la vieja casa con voz de suplicante advertencia.
El pequeño Marcial, escondido en alguna parte, siente ese rumor y, curioso, acude y mete la carita en la fisura de la cortina. Y al ver a María va donde ella y se refugia entre sus brazos por temor a la reprensión de José de Seforí. Pero José está demasiado intranquilo y ocupado en escuchar a uno o a otro, en aconsejar, en aprobar, etc. como para ocuparse de

él, y le ve sólo cuando el niño - al que la anciana María ha dicho algo - va donde Jesús y, echándole los brazos al cuello, le besa. Jesús le ciñe con un brazo y le arrima a sí, mientras responde a los muchos que le dicen lo que creen que sea mejor hacer.
«No. No me muevo de aquí. A casa de Lázaro, que me esperaba, id vosotros a decir que no puedo. Yo, galileo y amigo de años de la familia, me quedo aquí hasta el ocaso de mañana. Y luego... pensaré a dónde ir...».
«Siempre dices esto, y luego vuelves allá. Pero ya no te dejaremos ir. Yo al menos. Verdaderamente te he creído perdido...» dice Pedro, y dos lágrimas se le forman de nuevo en la comisura de sus ojos abombados.

4«Nunca he visto una cosa así. Y ya basta. Esto me ha hecho decidirme. Si no me rechazas... Estoy ya demasiado viejo para el altar, pero para morir por ti valgo todavía. Y moriré, si hace falta, entre el vestíbulo y el altar, como el sabio Zacarías*; o como Onías, defensor del Templo y del Tesoro, moriré fuera del sagrado recinto al que he consagrado mi vida. ¡Pero Tú me abrirás un lugar más santo! ¡No, no puedo seguir viendo la abominación! ¿Por qué mis viejos ojos han tenido que ver tanto? ¡La abominación vista por el Profeta está ya dentro de los muros, y sube, sube como un movimiento de aguas que la riada empuja para sumergir a una ciudad! ¡Sube, sube! Invade los patios y los pórticos, supera los escalones, penetra más adelante. ¡Sube! ¡Sube! ¡Choca ya contra el Santo! ¡La ola fangosa lame ya las piedras que pavimentan el sagrado lugar! ¡Ensombrece los exquisitos colores! ¡Ensucia ya el pie del Sacerdote! ¡Moja la túnica! ¡Empapa el efod! ¡Vela las piedras del racional y ya no se pueden leer las palabras! ¡Oh! ¡Oh! Las ondas de la abominación suben hasta el rostro del Sacerdote Sumo y lo embadurnan, y la Santidad del Señor está debajo de una costra de fango, y la tiara es como un tejido caído en un pantano lodoso. ¡Fango! ¡Fango! ¿Pero sube desde fuera, o es que desde lo alto del Moria rebosa y cae sobre la ciudad y sobre todo Israel? ¡Padre Abraham! ¡Padre Abraham! ¿No querías encender allí el fuego del sacrificio para que resplandeciera el holocausto del corazón fiel? ¡Ahora, donde debía haber fuego, brota lodo a borbotones! Isaac está en medio de nosotros y el pueblo le inmola. Pero si pura es la Víctima... si pura es la Víctima... emponzoñados están los sacrificadores. ¡Anatema sobre nosotros! ¡Encima del monte el Señor verá la abominación de su pueblo!... ¡Ah!», y el viejo, que está con el sacerdote Juan, cae abatido al suelo, se cubre la cara y rompe en un desolado llanto de anciano.
«Te le traía... Hace mucho que quiere... Pero hoy, después de lo que ha visto, nadie podía retenerle... El anciano Matán (o Natán) tiene frecuentemente espíritu profético, y si bien la vista de sus pupilas se vela cada vez más, la de su espíritu cada vez más se ilumina. Acepta a mi amigo, Señor» dice el sacerdote Juan.
«No rechazo a nadie. Álzate, sacerdote, y alza el espíritu. En lo alto no hay fango. Y el fango no toca a quien sabe estar arriba».
El viejo se alza (pero, lleno de reverencia, antes de hacerlo, toma el borde extremo de la túnica de Jesús y lo besa).

---

* *como el sabio Zacarías; o como Onías*, en *2 Crónicas 24, 17-22,; 2 Macabeos 4, 30-35; La abominación vista por el Profeta*, en *Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11; encender allí el fuego del sacrificio*, en *Génesis 22, 1-18*.

5Las mujeres, especialmente Analía, todavía lloran en su velo, conmovidas. Las palabras del anciano aumentan su llanto. Jesús las llama y ellas, desde su rincón, van cabizbajas

hasta el Maestro. Si Nique y la madre de Analía saben reprimir el llanto y tenerle casi celado, la joven discípula solloza abiertamente, sin contención respecto a quienes la observan no con el mismo sentimiento.
«Perdónala, Maestro. Te debe la vida y te ama. No soporta pensar que te dañen. Y además se ha quedado tan... sola y tan... triste después de que...» dice la madre.
«¡No, no es por eso! ¡No, no es por eso! ¡Señor! ¡Maestro! ¡Salvador mío! Yo... Yo...». Analía no logra hablar, parte por los sollozos, parte por vergüenza, o por otros motivos.
«Ha temido represalias porque es discípula. Sin duda es por eso. Muchos se marchan por ese motivo...» dice Judas Iscariote.
«¡No! ¡Menos todavía por eso! Tú no comprendes nada, hombre, o es que prestas tu pensamiento a otros. Pero Tú, Señor, sabes por qué lloro. Mi temor ha sido que hubieras muerto y que no te hubieras acordado de la promesa*...» termina en suspiro, después de haber dicho con fuerza las primeras palabras, al rebelarse a la insinuación de Judas.
Jesús le responde: «Nunca olvido. No temas. Ve a tu casa tranquila a esperar la hora de mi triunfo y de tu paz. Ve. De un momento a otro se pondrá el Sol. Retiraos, mujeres. Y la paz sea con vosotras».
«Señor, no querría dejarte...» dice Nique.
«La obediencia es amor».
«Es verdad, Maestro. Pero por qué no yo también como Elisa?».
«Porque tú me eres útil aquí como ella en Nob. ¡Ve, Nique, ve! Que algunos hombres acompañen a las mujeres para que no sean importunadas».
6Manahén y Jonatán se preparan a obedecer. Pero Jesús para a Jonatán preguntándole: «¿Entonces vuelves a Galilea?» .
«Sí, Maestro. El día después del sábado. Me manda mi patrón».
«¿Tienes sitio en el carro?».
«Voy solo, Maestro».
«Entonces llevarás contigo a Margziam y a Isaac. Tú, Isaac, sabes lo que debes hacer; y tú también, Margziam...».
«Sí, Maestro» responden los dos, Isaac con su pacífica sonrisa, Margziam con un temblor de llanto en la voz y en los labios.
Jesús le acaricia y Margziam, olvidando todo comedimiento, se deja caer sobre su pecho y dice: «¡Dejarte... ahora que te persiguen todos!... ¡Oh, Maestro mío! ¡No volveré a verte!... Has sido todo mi Bien. ¡Todo he encontrado en ti!... ¿Por qué me mandas irme? ¡Déjame morir contigo! ¿Qué crees que me importe ya la vida, si no te tengo a ti?».
«Te digo a ti lo que le he dicho a Nique. La obediencia es amor».

---

* *promesa*, pedida y obtenida en 156.5/6.

7«¡Me voy! ¡Bendíceme, Jesús!». Jonatán se marcha con Manahén, con Nique y las otras tres mujeres. También los otros discípulos se marchan en pequeños grupos.
Sólo cuando la habitación - antes muy llena - casi se vacía, se nota la falta de Judas de Keriot. Y muchos se sorprenden, porque estaba allí poco antes y no ha recibido ningún encargo.
«Habrá ido a comprar para nosotros» dice Jesús para impedir comentarios, y sigue hablando con José de Arimatea y Nicodemo, que son los únicos que, junto con los once apóstoles y Margziam, se han quedado. Margziam está al lado de Jesús con la avidez de

disfrutar de Él estas últimas horas. Así, Jesús está entre Margziam, jovencito, y Marcial, niño, morenitos, delgaditos, igualmente infelices en su niñez a igualmente recogidos en nombre de Jesús por dos buenos israelitas.
José de Seforí y su esposa se han eclipsado prudentemente para dejar libre al Maestro.
8Nicodemo pregunta: «¿Quién es este niño?».
«Es Marcial. Un niño que José ha tomado como hijo».
«No lo sabía».
«Nadie, o casi nadie, lo sabe».
«Muy humilde, ese hombre. Otro habría sacado a relucir su acción» observa José.
«¿Tú crees?... Marcial, ve a enseñarle la casa a Margziam...» dice Jesús. Y, una vez que los dos se han marchado, sigue hablando: «Estás en un error, José. ¡Qué difícil es juzgar con justicia!».
«Pero, Señor, recoger a un huérfano, porque está claro que es un huérfano, y no jactarse de ello, es humildad».
«El niño, lo dice su nombre, no es de Israel...».
«¡Ah, ahora entiendo! Hace bien entonces en tenerle oculto».
«Pero ha sido circuncidado...».
«No importa... Ya sabes... También Juan de Endor estaba circuncidado... y fue para ti ocasión de censura. José, que además es galileo, podría tener problemas, a pesar de la circuncisión. Hay muchos huérfanos también en Israel... La verdad es que con ese nombre... y con el aspecto...».
«¡Hay que ver: sois todos "Israel", incluso los mejores; incluso cuando hacéis el bien no comprendéis y no sabéis ser perfectos! ¿No entendéis todavía que Uno solo es el Padre de los Cielos, y que todas las criaturas son hijas suyas? ¿No entendéis todavía que el hombre puede recibir un único premio o un único castigo, que sean verdaderamente premio o castigo? ¿Por qué haceros esclavos del miedo a los hombres? ¡Ah!, esto es el fruto de la corrupción de la Ley divina, tan trabajada, tan oprimida por leyezuelas humanas, que se llega a ofuscar y a obscurecer incluso el pensamiento del justo que la practica. ¿Acaso en la Ley mosaica - y, por tanto, divina -, o en la premosaica - únicamente moral, o surgida por inspiración celeste - está escrito que el que no era de Israel no podía entrar a formar parte de él? ¿No se

lee en el Génesis*: "Cumplidos ocho días, todo niño varón que esté entre vosotros sea circuncidado; tanto el nacido en casa como el comprado, *aunque no sea de vuestra estirpe*, sea circuncidado"? Esto estaba escrito. Cualquier otro añadido es vuestro. Se lo he dicho a José y os lo digo a vosotros. Pronto ya no tendrá excesiva importancia la circuncisión antigua. Una nueva, y más verdadera, será aplicada, y en parte más noble. Pero mientras la primera siga, y vosotros, por fidelidad al Señor, la apliquéis al varón nacido de vosotros, o adoptado por vosotros, no os avergoncéis de haberlo hecho en carne de otra estirpe. La carne es del sepulcro, el alma es de Dios. Se circuncida la carne al no poder circuncidar lo que es espiritual. Pero la señal santa resplandece en el espíritu. Y el espíritu es del Padre de todos los hombres. Meditad en esto».
9Un momento de silencio. Luego José de Arimatea se levanta y dice: «Me marcho, Maestro. Ven mañana a mi casa».
«No. Es mejor que no vaya».
«Entonces a la mía, a la casa que está en el camino que del monte de los Olivos va hacia

Betania. Allí hay paz y...».
«Tampoco. Iré al monte de los Olivos. Para orar... Pero mi espíritu busca soledad. Os ruego que me consideréis disculpado».
«Como quieras, Maestro. Y... no vayas al Templo. La paz a ti».
«La paz a vosotros».
Los dos se marchan...
«¡Yo quisiera saber a dónde ha ido Judas!» exclama Santiago de Zebedeo. «Yo diría que donde los pobres. ¡Pero está aquí la bolsa!».
«No haced caso... Vendrá...».
Vuelve María de José con unas lámparas, porque la luz ya no rompe el espesor de la plancha de mica puesta como lucernario en la espaciosa habitación. Y vuelven los dos chicos.
«Estoy contento de dejarte con uno que tiene casi mi nombre. Así, cuando le llames a él, te acordarás de mí» dice Margziam.
Jesús le estrecha contra sí.
Vuelve también Judas - le ha abierto la criada -. Entra seguro de sí, sonriente, atrevido.
«Maestro, quería ver... La tempestad está calmada. He acompañado a las mujeres... ¡Qué miedosa esa jovencita! No te he dicho nada porque me lo habrías impedido, y quería ver si había peligro para ti. Pero ya ninguno piensa en ello. El sábado vacía las calles».
«Bueno, bien. Ahora vamos a estar aquí en paz y mañana...».
«¡No querrás ya ir al Templo!» gritan los apóstoles.
«No. A nuestra sinagoga, donde hay buenos galileos fieles».

---

 se lee en el Génesis, en *Génesis 17,12.*

510. La curación de un ciego de nacimiento.
10 de octubre de 1946.

1 Jesús sale junto con sus apóstoles y José de Seforí en dirección a la sinagoga. El día alegra, terso y sereno, cual promesa de primavera, después de días de viento y nubes llenas de invierno. Así que muchos de Jerusalén están en las calles: unos, camino de las sinagogas; otros, volviendo de éstas o de otros lugares; otros, con la familia y con la intención de salir de la ciudad para disfrutar del sol del campo. Por la puerta de Herodes, visible desde la casa de José de Seforí, se ve salir a la gente buscando alegres entretenimientos fuera de las murallas, al aire libre. Una zambullida en el verde del campo, en la amplitud, en la libertad; fuera de las calles, angostas entre las altas casas. Creo que la cintura agreste que rodeaba a Jerusalén era espontáneamente estimada por los habitantes de la ciudad, que querían conciliar la medida del sábado con su deseo de aire y sol (tomados por los caminos y no sólo en las solanas de las casas).

Pero Jesús no va hacia la puerta de Herodes. Es más, vuelve las espaldas a esta puerta para dirigirse al interior de la ciudad. Pero, habiendo recorrido sólo unos pocos pasos por la calle más ancha - en la cual desemboca la callecita donde se encuentra la casa de José de Seforí -, Judas de Keriot le señala la presencia de un joven que viene en dirección contraria, tentando la pared con un bastón, hacia arriba la cabeza carente de ojos, con el típico modo de andar de los ciegos. Sus vestidos son pobres, pero limpios, y debe ser una persona conocida por muchos de los habitantes de Jerusalén, porque más de uno le señala, y algunas personas se acercan a él y le dicen: «Hombre, hoy has confundido el camino. Todos los caminos del Moria están ya atrás. Ya estás en Beceta».
«Hoy no pido limosna de dinero» responde el ciego con una sonrisa, y sigue andando, sonriente todavía, hacia el norte de la ciudad.
2«Maestro, obsérvale. Tiene los párpados soldados. Es más, yo diría que no tiene párpados. La frente se une a las mejillas sin ninguna oquedad, y parece como si debajo no estuvieran los globos de los ojos. El pobre ha nacido así. Y así morirá, sin haber visto una sola vez la luz del Sol ni el rostro de los hombres. Ahora, dime, Maestro: para recibir este castigo tan grande, sin duda pecó; pero, si es ciego de nacimiento, como lo es, ¿cómo pudo pecar antes de nacer? ¿Será que pecaron sus padres y Dios los castigó haciéndole nacer así?».
También los otros apóstoles e Isaac y Margziam se arriman a Jesús para escuchar la respuesta. Y, acelerando el paso, como atraídos por la altura de Jesús, que domina al resto de la gente, acuden dos jerosolimitanos de aspecto educado y que estaban un poco detrás del ciego. Con ellos está José de Arimatea, que no se acerca, sino que, adosándose a un portal elevado sobre dos escalones, mira a todas las caras observando todo.
Jesús responde. En el silencio que se ha formado, se oyen nítidamente las palabras: «No han pecado ni él ni sus padres más de lo que pecan todos los hombres, y quizás menos; porque frecuentemente la pobreza es un freno para el pecado. No. Ha nacido así para que en él se manifiesten - una vez más - el poder y las obras de Dios. Yo soy la Luz que ha venido al mundo, para que aquellos del mundo que han olvidado a Dios, o han perdido su imagen espiritual, vean y recuerden, y para que aquellos que buscan a Dios o son ya de Él se vean confirmados en la fe y en el amor. El Padre me ha enviado para que, en el tiempo que todavía se le concede a Israel, complete el conocimiento de Dios en Israel y en el mundo. Así que debo llevar a cabo las obras de Aquel que me ha enviado, como testimonio de que puedo lo que Él puede, porque soy Uno con Él; y para que el mundo sepa y vea que el Hijo no es desemejante del Padre y crea en mí en lo que Yo soy. Después llegará la noche, en la cual ya no se puede trabajar; la tiniebla. Y el que no se haya grabado mi signo y la fe en mí, ya no podrá hacerlo en las tinieblas y en medio de la confusión, el dolor, la desolación y destrucción que cubrirán a estos lugares y aturdirán los espíritus con la agitación producida por las angustias. Pero mientras estoy en el mundo soy Luz y Testimonio, Palabra, Camino y Vida, Sabiduría, Poder y Misericordia.
3Ve, pues, llégate donde el ciego de nacimiento y tráemele aquí».
«Ve tú, Andrés. Yo quiero quedarme aquí y ver lo que hace el Maestro» responde Judas señalando a Jesús, que se ha agachado hacia el camino polvoriento, ha escupido en un montoncito de tierrilla y con el dedo está mezclando la tierra con la saliba y formando una pelotita de barro, y que, mientras Andrés, siempre condescendiente, va por el ciego, que en este momento está para torcer hacia la callecita donde está la casa de José de Seforí, se la extiende en los dos índices y se queda con las manos como las tienen los

sacerdotes en la Santa Misa, durante el Evangelio o la Epístola. Pero Judas se retira de su sitio diciendo a Mateo y a Pedro: «Venid aquí, vosotros que tenéis poca estatura, y veréis mejor». Y se pone detrás de todos, casi tapado por los hijos de Alfeo y por Bartolomé, que son altos.
Andrés vuelve, trayendo de la mano al ciego, que se esfuerza en decir: «No quiero dinero. Dejadme que siga mi camino. Sé dónde está ese que se llama Jesús. Y voy para pedir...». «Éste es Jesús, éste que está enfrente de ti» dice Andrés deteniéndose delante del Maestro.
Jesús, contrariamente a lo habitual, no pregunta nada al hombre. En seguida le extiende ese poco de barro que tiene en los índices, sobre los párpados cerrados, y le ordena: «Y ahora ve, lo más deprisa que puedas, a la cisterna de Siloé, sin detenerte a hablar con nadie».
El ciego, embadurnada la cara de barro, se queda un momento perplejo y abre los labios para hablar. Luego los cierra y obedece. Los primeros pasos son lentos, como de uno que esté pensativo o se sienta defraudado. Luego acelera el paso, rozando con el bastón la pared, cada vez más deprisa (para lo que puede un ciego, aunque quizás más, como si se sintiera guiado...).
Los dos jerosolimitanos ríen sarcásticamente, meneando la cabeza, y se marchan. José de Arimatea - y me sorprende el hecho - los sigue, sin siquiera saludar al Maestro, volviendo sobre sus pasos, o sea, hacia el Templo, siendo así que por esa misma dirección venía. Así, tanto el ciego como los dos como José de Arimatea van hacia el sur de la ciudad, mientras que Jesús tuerce hacia occidente y le pierdo de vista, porque la voluntad del Señor me hace seguir al ciego y a los que le siguen.
4Superada Beceta, entran todos en el valle que hay entre el Moria y Sión - me parece que he oído otras veces llamarle Tiropeo - y le recorren todo hasta Ofel; orillan Ofel; salen al camino que va a la fuente de Siloé, siempre en este orden: primero, el ciego, que debe ser conocido en esta zona popular; luego los dos; último, distanciado un poco, José de Arimatea.
José se para cerca de una casita miserable, semiescondido por un seto de boj, que sobresale rodeando el huertecillo de la mísera casa. Pero los otros dos van hasta la misma fuente y observan al ciego, que se acerca cautamente al vasto estanque y, palpando el murete húmedo, introduce en la cisterna una mano y la saca rebosando de agua, y se lava los ojos, una, dos, tres veces. A la tercera aprieta también contra la cara la otra mano, deja caer el bastón y lanza un grito como de dolor.
Luego separa lentamente las manos y su primer grito de pena se transforma en un grito de alegría: «¡Oh! ¡Altísimo! ¡Yo veo!», y se arroja al suelo como vencido por la emoción, las manos puestas para proteger los ojos, apretadas contra las sienes por ansia de ver, por el sufrimiento de la luz, y repite: «¡Veo! ¡Veo! ¡Ésta es entonces la tierra! ¡Ésta es la luz! Ésta es la hierba que conocía sólo por su frescura...». Se levanta y, estando encorvado, como uno que lleva un peso, su peso de alegría, va al arroyo que se lleva el agua que sobra, y mira cómo fluye brillante y risueño, y susurra: «Y esto es el agua... ¡Claro! Así la sentía entre los dedos (introduce la mano en ella), fría y que no se sujeta. Pero no te conocía... ¡Ah, hermosa, hermosa! ¡Qué hermoso es todo!». Levanta la cara y ve un árbol... Se acerca a él, le toca, alarga una mano, acerca hacia sí una ramita, la mira, y ríe, ríe, y da sombra a los ojos con la mano y mira al cielo, al Sol, y dos lágrimas descienden de los párpados vírgenes abiertos para contemplar el mundo... Y baja los ojos hacia la

hierba, donde una flor ondea en la cima de su tallo, y se ve a sí mismo, reflejado en el agua del arroyo, y se mira y dice: «¡Así soy yo?», y observa, asombrado, a una tórtola que ha venido a beber un poco más allá, y a una cabrita que arranca las últimas hojas de un rosal agreste, y a una mujer que viene hacia la fuente con un hijito contra su pecho. Y esa mujer le recuerda a su madre, a su madre de desconocido rostro, y, alzando los brazos al cielo, grita: «¡Bendito seas, Altísimo, por la luz, por la madre, y por Jesús!», y se echa a correr, dejando en el suelo su bastón, ya inútil...
Los dos no han esperado a ver todo esto. En cuanto han visto que el hombre veía, han ido raudos hacia la ciudad. José, sin embargo, se queda hasta el final, y, cuando el ciego que ya no es ciego pasa por delante de él como una flecha para entrar en el dédalo de callejuelas del popular barrio de Ofel, deja a su vez su lugar y vuelve sobre sus pasos, hacia la ciudad, muy pensativo...

5El barrio de Ofel, siempre ruidoso, ahora está se puede decir alborotado: unos corren hacia la derecha, otros hacia la izquierda; preguntas, respuestas.
«Pero le habréis confundido con otro...».
«Te digo que no. Le he preguntado: "¿Pero eres realmente tú, Sidonio, llamado Bartolmái?", y él me ha dicho: "Lo soy". Quería preguntarle cómo sucedió, pero se fue corriendo».
«¿Dónde está ahora?».
«Donde su madre, sin duda». .
«¿Quién? ¿Quién le ha visto?» preguntan nuevos llegados.
«Yo. Yo» responden varios.
«¿Y cómo ha sucedido?».
«...Yo le he visto correr sin bastón, con dos ojos en la cara, y he dicho: "¡Mira! Así sería Bartolmái si..."».
«Te digo que estoy temblando a más no poder. Entrando, ha dicho: "¡Madre, te veo!"».
«Una gran dicha para los padres. Ahora podrá ayudar al padre y ganarse su pan...».
«¡Esa pobre mujer se ha sentido mal de la alegría! ¡¡Una cosa!! ¡Una cosa! Yo había ido a pedir un poco de sal y...».
«Vamos, deprisa, a oírselo a él...».
José de Arimatea se encuentra aprisionado en medio de este jaleo y, no sé si por curiosidad o si por espíritu de imitación, sigue la corriente y acaba en un callejón que no tiene salida, que si prosiguiera iría al Cedrón, donde la gente se apiña y sobrepuja con sus voces el frufrú de las aguas del torrente, engrosado por las lluvias de otoño. Y José llega allí cuando, por otra callecita que desemboca en ésta, vienen los dos de antes con otros tres: un escriba, un sacerdote y otro que no identifico por el indumento. Se abren paso con arrogancia y tratan de entrar en la casa abarrotada de gente.
La casa es: una cocina grande, negra como el alquitrán, con un rincón aislado por un rústico tabique de tablas, tras el cual hay una yacija y una puerta que da a otro cuarto que tiene una cama más grande; una puerta, abierta en la pared opuesta, deja ver un huertecito de pocos metros cuadrados. Eso es todo.

6El ciego curado habla arrimado a la mesa, respondiendo a los que le preguntan, que son todos gente pobre como él, población modesta de Jerusalén, de este barrio que es quizás el más pobre de todos. Su madre, en pie al lado de él, le mira y llora secándose los ojos en su velo. El padre, un hombre ajado por el trabajo, se manosea la barba con su mano trémula. Entrar en la casa es imposible hasta para la prepotencia judía y doctoral, y los

cinco tienen que escuchar desde fuera las palabras del curado.
«¿Que cómo se me han abierto? Ese hombre que se llama Jesús me ha ensuciado los ojos con tierra mojada y me ha dicho: "Ve a lavarte en la fuente de Siloé". He ido, me he lavado y se han abierto los ojos y he visto».
«¿Pero cómo es que has encontrado al Rabí? Siempre decías que eras un desdichado porque nunca le encontrabas, ni siquiera cuando pasaba siempre por aquí para ir a casa de Jonás al Getsemaní. Y hoy, ahora que no se sabe nunca dónde está...».
«¡Hombre! Ayer al anochecer vino un discípulo suyo y me dio dos monedas: Me dijo: "¿Por qué no tratas de ver?". Le dije: "He buscado, pero no encuentro nunca a ese Jesús que hace los milagros. Le busco desde que curó a Analía, de mi mismo barrio, pero si voy acá Él está allá...", y él me dijo: "Yo soy un apóstol suyo y lo que yo quiero lo hace. Ven mañana a Beceta y busca la casa de José el galileo, el del pescado seco, José de Seforí, cerca de la puerta de Herodes y del arco de la plaza, por la parte oriental, y verás que antes o después Él pasa por allí o entra en la casa, y yo le señalaré tu presencia". Dije: "Pero mañana es sábado". Quería decir que Él no haría nada en sábado. Me dijo: "Si quieres curarte, es el día, porque después dejamos la ciudad, y no sabes si podrás volver a encontrarle". Yo insistí: "Sé que le persiguen. Lo he oído en las puertas de la muralla del Templo, donde voy a pedir limosna. Por eso digo que ahora que le persiguen así menos todavía querrá ser perseguido y no curará en sábado". Y él: "Haz lo que te digo y en sábado verás el Sol". Y he ido. ¿Quién no habría ido? ¡Si lo dice un apóstol suyo! También me dijo: "A mí es al que más escucha, y vengo expresamente porque me inspiras compasión y porque quiero que resplandezca su poder ahora que le han ultrajado. Tú, ciego de nacimiento, harás que resplandezca. Sé lo que digo. Ven y verás". Y he ido. No había llegado todavía a la casa de José, cuando un hombre me ha tomado de la mano, pero por la voz no era el de ayer, y me ha dicho: "Ven conmigo, hermano". No quería ir. Creía que me quisiera dar pan y dinero, o quizás vestidos, y le decía que me dejara seguir mi camino porque había sabido dónde encontrar al llamado Jesús; y el hombre me ha dicho: "Éste es Jesús, este que está delante de ti". Pero yo no he visto nada, porque era ciego. He sentido dos dedos embadurnados en tierra mojada que me tocaban aquí y aquí, y he oído una voz que me decía: "Ve rápido a Siloé y lávate y no hables con nadie". Y lo he hecho. Pero estaba desalentado, porque esperaba ver en seguida, y casi he creído que hubiera sido una broma de jóvenes sin corazón, y casi no quería ir. Pero he sentido dentro una especie de voz decir: "Ten esperanza y obedece". Y entonces he ido a la fuente y me he lavado y he visto». Y el joven se detiene, extático, y piensa de nuevo en la alegría de su primer momento de ver...
7«¡Que salga ese hombre! ¡Queremos hacerle una serie de preguntas!» gritan los cinco. El joven se abre paso y sale a la puerta.
«¿Dónde está el que te ha curado?».
«No sé» dice el joven, al cual un amigo le ha susurrado: «Son escribas y sacerdotes».
«¿Cómo que no lo sabes? Decías ahora que lo sabías. ¡No mientas a los doctores de la Ley y al sacerdote! ¡Ay de aquel que trate de en gañar a los magistrados del pueblo?».
«Yo no engaño a nadie. Ese discípulo me dijo: "Está en esa casa" y era verdad, porque yo estaba cerca cuando me han tomado de la mano y conducido donde Él. Pero, dónde está ahora, no lo sé. El discípulo me dijo que se marchaban. Podría haber salido ya por las puertas».
«¿Pero a dónde iba?».

«¡¿Y yo qué sé?! Irá a Galilea... ¡Teniendo en cuenta cómo le tratan aquí!...».
«¡Necio e irrespetuoso! ¡Ten cuidado de cómo hablas, hez del pueblo! Te he dicho que digas por qué camino iba».
«¿Y cómo queréis que lo sepa si estaba ciego? ¿Puede un ciego decir por dónde va otro?».
«Está bien. Síguenos».
«¿A dónde queréis llevarme?».
«A los jefes de los fariseos». .
Por qué? ¿Qué tienen que ver conmigo? ¿Acaso me han curado ellos para que tenga que agradecérselo? Cuando estaba ciego y pedía limosna, mis manos no sentían nunca sus monedas; mi oído, nunca su palabra compasiva; mi corazón, nunca su amor. ¿Qué tengo que decirles? Sólo á uno debo decir "gracias", después de a mi padre y a mi madre, que durante tantos años me han amado siendo un desdichado. Y es a este Jesús que me ha curado amándome con su corazón, como mis padres con el suyo. No voy donde los fariseos. Me quedo aquí con mi madre y mi padre, a gozar de ver su rostro y ellos mis ojos que han nacido ahora, después de tantas primaveras desde aquella en que nací pero no vi la luz»
«No tantas palabras. Ven y síguenos».
«Que no! Que no voy! ¿Habéis, acaso, enjugado alguna vez una lágrima de mi madre, abatida por mi desventura, o una gota de sudor de mi padre, agotado por el trabajo? ¿Ahora puedo hacerlo yo con mi vista. ¿Debería, acaso, dejarlos y seguiros?».
«Te lo ordenamos. No eres tú el que ordena, sino el Templo y los jefes del pueblo. Si la soberbia de estar curado te ofusca la mente para recordar que mandamos nosotros, nosotros te lo recordamos. ¡Vamos! ¡Camina!».
«¿Pero por qué tengo que ir? ¿Qué queréis de mí?».
«Que declares sobre esta cosa. Es sábado. Obra llevada a cabo en sábado. Debe registrarse, por el pecado. Pecado tuyo y de ese diablo».
«¡Diablos, vosotros! ¡Pecado, vosotros! ¿Y voy a ir a declarar contra el que me ha hecho un bien? ¡Vosotros estáis borrachos! Al Templo iré. Para bendecir al Señor. Y nada más que eso. Durante muchos años he estado en la sombra de la ceguera. Pero los párpados cerrados han creado tiniebla sólo para los ojos. El intelecto ha estado igual en la luz, en gracia de Dios, y me dice que no debo dañar al único Santo que hay en Israel». .
«¡Basta! ¿No sabes que hay castigos para quien se opone a los magistrados?».
«Yo no sé nada. Aquí estoy y aquí me quedo. Y no os conviene hacerme ningún daño. Ya veis que todo Ofel está de mi parte».
«¡Sí! ¡Sí! ¡Dejadle! ¡Ventajistas! Dios le protege. ¡No le toquéis! ¡Dios está con los pobres! ¡Dios está con nosotros! ¡Explotadores, hipócritas!». La gente grita y amenaza, con una de esas espontáneas manifestaciones populares, que son las explosiones de indignación de los humildes contra quien los oprime, o de amor hacia quien los protege. Y gritan: «¡Ay de vosotros si agredís a nuestro Salvador! ¡Al Amigo de los pobres! Al Mesías tres veces Santo. ¡Ay de vosotros! No hemos temido la ira de Herodes ni la de los Gobernadores, cuando ha hecho falta. ¡No tememos las vuestras, viejas hienas de mandíbulas desdentadas! ¡Chacales de uñas desmochadas! ¡Inútiles prepotentes! Roma no quiere tumultos y no importuna al Rabí porque Él es paz. Pero a vosotros os conoce. ¡Marchaos! ¡Fuera de los barrios de los oprimidos por vosotros con diezmos superiores a sus fuerzas, para tener dinero para saciar vuestros apetitos y realizar torpes comercios.

¡Descendientes de Jasón! ¡De Simón! ¡Torturadores de los verdaderos Eleazares, de los santos Onías*. ¡Vosotros que pisoteáis a los profetas! ¡Fuera! ¡Fuera!». El tumulto se enciende, cada vez más fiero.

8 José de Arimatea, aplastado contra un murete, espectador de los hechos, hasta ahora atento pero inactivo, con una agilidad insospechable en un viejo - y menos todavía estando tan arrebujado en túnicas y mantos -, salta al murete y, en pie, grita: «¡Silencio, ciudadanos! ¡Escuchad a José el Anciano!».

Una, dos, diez cabezas se vuelven en la dirección del grito. Ven a José. Gritan su nombre. Debe ser muy conocido el de Arimatea y debe gozar del favor del pueblo, porque los gritos de indignación se transforman en gritos de alegría: «¡Está José el Anciano! ¡Viva él! ¡Paz y larga vida al justo! ¡Paz y bendición al benefactor de los indigentes! ¡Silencio, que habla José! ¡Silencio!».

Con dificultad se hace silencio, y durante unos momentos se oye el susurro del Cedrón al otro lado de la callejuela. Todas las cabezas - habiendo ya olvidado todos el objeto que antes los hacía mirar en dirección opuesta: hacia los cinco desdichados e inconsiderados que han suscitado el tumulto - se dirigen hacia José.

«Ciudadanos de Jerusalén, hombres de Ofel, ¿por qué permitís que os cieguen la sospecha y la ira? ¿Por qué faltar al respeto y a las costumbres, vosotros que siempre habéis sido tan fieles a las leyes de los padres? ¿De qué tenéis miedo? ¿Acaso de que el Templo sea un Mólek que no devuelva lo que recibe? ¿Acaso de que vuestros jueces sean todos ciegos, más que vuestro amigo, ciegos en el corazón y sordos respecto a la justicia? ¿No es, acaso, costumbre el que un hecho prodigioso sea declarado, escrito y conservado por quien deba hacerlo para las crónicas de Israel? Dejad, pues, incluso por honor del Rabí a quien amáis, que el curado milagrosamente suba a declarar la obra por Él realizada. ¿Todavía titubeáis? Bien, pues yo me hago garante de que nada malo le sucederá a Bartolmái. Y sabéis que no miento. Como a un hijo amado de mi corazón le escoltaré hasta allá arriba, y os le traeré aquí después. Creed en mí. Y del sábado no hagáis un día de pecado con la rebelión contra vuestros jefes».

---

* *Jasón... Simón... Eleazares... Onías...,* de *2 Macabeos 4-6.*

«¡Es como dice! No debemos. Podemos creerle. Es un justo. En las buenas deliberaciones del Sanedrín siempre su voz está presente». La gente intercambia sus ideas y al final grita: «¡A ti sí, lo confiamos nuestro amigo!». Y, dirigiéndose al joven: «¡Ven! No temas. Con José de Arimatea estás tan seguro como con tu padre y más», y se abre para que el joven pueda ir donde José, que ha bajado de su púlpito improvisado; y, mientras pasa, le dicen: «Vamos también nosotros. ¡No temas!».

José, ricamente vestido de espléndida lana, pone una mono en un hombro del joven y se pone en camino. La túnica cenizosa y gastada del joven, su pequeño manto, van rozando contra la amplia túnica rojo obscura y el pomposo manto aún más obscuro del anciano miembro del Sanedrín. Detrás, los cinco; después de éstos, muchos, muchos de Ofel...

9 Ya están en el Templo, tras haber atravesado las calles centrales llamando la atención de muchos. Y la gente recíprocamente se señala al que antes era ciego, diciendo: «¡Pero si es el que pedía limosna ciego! ¡Y ahora tiene ojos! Bueno, quizás es uno que se le parece. No. Es él, sin duda, y le llevan al Templo. Vamos a oír», y la fila aumenta cada vez más, hasta que los muros del Templo se tragan a todos.

José guía al joven a una sala - no es el Sanedrín - donde hay muchos fariseos y escribas.

Entra. Y con él entran Bartolmái y los cinco. A los lugareños de Ofel los echan para atrás reteniéndolos en el patio.
«Aquí está el hombre. Yo mismo os le he traído, pues, sin ser visto, he asistido a su encuentro con el Rabí y a su curación. Y os puedo decir que fue totalmente casual por parte del Rabí. El hombre, le oiréis también vosotros, fue conducido - o mejor: invitado a ir - donde estaba el Rabí, por Judas de Keriot, a quien conocéis. Y yo he oído, y también estos dos que están conmigo han oído porque estaban presentes, cómo fue Judas el que tentó a Jesús de Nazaret en orden al milagro. Ahora aquí declaro que si hay que castigar a uno no es ni al ciego ni al Rabí, sino al hombre de Keriot, que - Dios ve si miento al decir lo que mi intelecto piensa - es el único autor del hecho, en el sentido de que lo ha provocado con intencionada maniobra. He dicho».
«Lo que dices no anula la culpa del Rabí. Si un discípulo peca, no debe pecar el Maestro. Y Él ha pecado curando en sábado. Ha realizado obra servil».
«Escupir en el suelo no es hacer obra servil. Y tocar los ojos de otro no es hacer obra servil. Yo también le toco al hombre y no creo pecar».
«Él ha realizado un milagro en sábado. En esto está el pecado».
«Honrar el sábado con un milagro es gracia de Dios y su bondad. Es su día. ¿No puede, acaso, el Omnipotente celebrarlo con un milagro que haga resplandecer su poder?».
«No estamos aquí para escucharte a ti. Tú no eres el encausado. Al que queremos interrogar es a ese hombre. [10]Responde tú. ¿Cómo has obtenido la vista?».
«Ya lo he dicho. Y éstos me han oído. El discípulo de ese Jesús ayer me dijo: "Ven y haré que te cures". Y fui. Y he sentido ponerme barro aquí y una voz que me decía que fuera a Siloé a lavarme. Lo he hecho y veo».
«¿Pero tú sabes quién te ha curado?».
«¡Claro que lo sé! Jesús. Ya os lo he dicho» .
«¿Pero sabes exactamente quién es Jesús?».
«Yo no sé nada. Soy un pobre y un ignorante. Y hasta hace poco estaba ciego. Esto es lo que sé. Y sé que Él me ha curado. Y, si lo ha podido hacer, sin duda, Dios está con Él».
«¡No blasfemes! Dios no puede estar con quien no observa el sábado» gritan algunos. Pero José y los fariseos Eleazar, Juan y Joaquín observan: «Tampoco puede un pecador hacer esos prodigios».
«¿Acaso estáis seducidos también vosotros por ese poseído?».
«No. Somos justos. Y decimos que, si Dios no puede estar con quien realiza obras en sábado, tampoco puede el hombre sin Dios hacer que un ciego de nacimiento vea» dice con calma Eleazar. Y los otros asienten.
«¿Y al demonio dónde lo dejáis?» gruñen los malévolos.
«No puedo creer, y tampoco vosotros lo creéis, que el demonio pueda realizar obras que tengan la virtud de hacer alabar al Señor» dice el fariseo Juan.
«¿Pero quién le alaba?».
«El joven, sus padres, todo Ofel, y yo con ellos, y conmigo todos los que son justos y temen santamente a Dios» rebate José.
Los malévolos, cortados, no sabiendo qué objetar, arremeten contra Sidonio, llamado Bartolmái: «¿Tú qué dices del que te ha abierto los ojos?».
«Para mí es un profeta. Y más grande que Elías con el hijo de la viuda de Sarepta. Porque Elías hizo que el alma volviera al niño*. Pero este Jesús me ha dado lo que nunca había perdido, porque no lo había tenido nunca: la vista. Y si me ha hecho los ojos, así, en un

instante y con nada, excepto un poco de barro, mientras que en nueve meses mi madre con carne y sangre no había logrado hacérmelos, debe ser tan grande como Dios, que con barro hizo al hombre».
«¡Fuera! ¡Fuera! ¡Blasfemo! ¡Embustero! ¡Vendido!», y echan afuera al hombre como si fuera un réprobo.
11«Ese hombre miente. No puede ser verdad. Todos pueden decir que uno que ha nacido ciego no se puede curar. Será uno que asemeja a Bartolmái, y preparado por el Nazareno... o... Bartolmái no ha estado nunca ciego».
Ante esta sorprendente afirmación, José de Arimatea reacciona sin vacilar: «Que el odio ciegue se sabe desde los tiempos de Caín; pero que vuelva necia a la gente no se sabía aún. ¿Os parece lógico que uno llegue a la madurez de la juventud fingiéndose ciego por... esperar un presumible hecho estrepitoso y muy futuro? ¿O que los padres de Bartolmái no conozcan a su hijo o se presten a esta

---

* *Elías hizo que el alma volviera al niño*, como se narra en *1 Reyes 17, 17-24.*

mentira?».
«El dinero lo puede todo. Y son pobres».
«El Nazareno es más pobre que ellos».
«¡Mientes! Sumas de sátrapa pasan por sus manos».
«Pero no se paran en ellas ni un instante. Son de los pobres esas sumas; usadas para el bien, no para el engaño».
«¡Cómo le defiendes! ¡Y eres uno de los Ancianos!».
«José tiene razón. La verdad hay que decirla independientemente del cargo que un hombre ocupe» dice Eleazar.
12«Corred a llamar al ciego. Y traedle otra vez aquí. Y que otros vayan donde los padres y los traigan aquí» grita Elquías (ha abierto de par en par la puerta y ha dado la orden a algunos que estaban afuera esperando). Y su boca está casi recubierta de baba, de tanto como le ahoga la ira.
Unos corren en una dirección, otros en otra. El primero que vuelve es Sidonio, llamado Bartolmái, sorprendido y molesto. Le encajan en un rincón y le miran al igual modo que una jauría de perros acecha a la caza... Luego, después de un buen rato, llegan los padres de él, rodeados de gente.
«Entrad vosotros. ¡Los demás, afuera!».
Los dos entran asustados, y ven a su hijo allí, en el fondo, sano pero en situación de arresto. La madre, gimiendo, dice: «¡Hijo mío! ¡Y debía ser día de fiesta para nosotros!».
«Escuchadnos. ¿Es vuestro hijo este hombre?» pregunta rudamente un fariseo.
«¡Sí que es nuestro hijo! ¿Quién creéis que puede ser, sino él?».
«¿Estáis completamente seguros?».
El padre y la madre están tan asombrados de la pregunta, que antes de responder se miran.
«¡Responded!».
«Noble fariseo, ¿cómo piensas que un padre y una madre puedan engañarse respecto a su hijo?» dice humildemente el padre.
«¿Pero... podéis jurar... sí, que por ninguna suma os ha sido pedido decir que éste es vuestro hijo, mientras que es uno que le asemeja?».
«¿Pedido decir? ¿Y quién habría sido? ¿Jurar? ¿Mil veces, y por el altar y el Nombre de

Dios, si quieres!». Es una afirmación tan segura que desalentaría hasta al más obstinado. ¡Pero los fariseos no se desalientan! Preguntan: «¿Pero vuestro hijo no había nacido ciego?».
«Sí. Así había nacido. Con los párpados cerrados y, debajo, el vacío, la nada...».
«¿Y cómo es que ahora ve, tiene los ojos y, sobre ellos, abiertos los párpados? ¡No querréis decir que los ojos pueden nacer así, como flores en primavera, y que un párpado se abre exactamente como el cáliz de una flor!...» dice otro fariseo, y se ríe sarcásticamente.
«Sabemos que este hombre es verdaderamente nuestro hijo desde hace casi treinta años, y que nació ciego; pero no sabemos cómo es que ahora ve, ni tampoco quién le ha abierto los ojos. Y... ¿por qué no le preguntáis a él? No es un idiota ni un niño. Tiene ya sus buenos años. Preguntadle y os responderá».
«Vosotros mentís. Él, en vuestra casa, ha contado cómo ha sido curado y por quién. ¿Por qué decís que no sabéis?» grita uno de los dos que habían seguido siempre al ciego.
«Estábamos tan atónitos por la sorpresa, que no hemos oído» se justifican los dos.
13Los fariseos se vuelven hacia Sidonio, llamado Bartolmái: «Acércate. ¡Y da gloria a Dios, si es que puedes! ¿No sabes que quien lo ha tocado los ojos es un pecador? ¿No lo sabes? Bueno, pues ya lo sabes. Te lo decimos nosotros, que lo sabemos».
«¡Bueno...! Será como decís vosotros. Yo si es pecador no lo sé. Sé sólo que antes estaba ciego y ahora veo, y bien nítido».
«Pero ¿qué te ha hecho? ¿Cómo te ha abierto los ojos?».
«Ya os lo he dicho y no me habéis escuchado. ¿Queréis oírlo otra vez? ¿Por qué? ¿Es que queréis haceros discípulos de Él?».
«¡Necio! Sé tú discípulo de ese hombre. Nosotros somos discípulos de Moisés. Y de Moisés sabemos todo, y que Dios le habló. Pero de este hombre no sabemos nada, ni de dónde viene ni quién es, y ningún prodigio del Cielo le señala como profeta».
«¡Aquí precisamente está lo increíble! Que no sabéis de dónde es y decís que ningún prodigio le señala como justo. Pero Él me ha abierto los ojos y ninguno de nosotros de Israel había podido hacerlo jamás, ni siquiera el amor de una madre y los sacrificios de mi padre. Pero hay una cosa que sabemos todos, tanto yo como vosotros, y es que Dios no presta oídos al pecador, sino a aquel que tiene temor de Dios y hace su voluntad. No se ha oído nunca que ninguno, en todo el mundo, haya podido abrir los ojos a un ciego de nacimiento; pero este Jesús lo ha hecho. Si no viniera de Dios, no habría podido hacerlo».
«Has nacido enteramente en el pecado, eres deforme en el espíritu igual y más de lo que lo fuiste en el cuerpo, ¿y te las das de poder enseñarnos a nosotros? ¡Fuera, maldito aborto, y hazte diablo con tu seductor! ¡Fuera! ¡Fuera todos, plebe necia y pecadora!», y echan afuera a hijo, padre y madre, como si fueran tres leprosos.
14Los tres se marchan raudos, seguidos por los amigos. Pero, llegado afuera de la muralla, Sidonio se vuelve y dice: «¡Para vosotros la perra gorda! Decid lo que queráis. La verdad es que yo veo, y alabo a Dios por ello. Y diablos seréis vosotros, no el Bueno que me ha curado».
«¡Calla hijo! ¡Calla ¡Basta que no nos perjudique!...» gime la madre.
«¡Oh, madre! ¿El aire de aquella sala te ha envenenado el alma, a ti que en mi dolor me enseñabas a alabar a Dios y ahora en la alegría no le sabes dar gracias y temes a los hombres? Si Dios me ha amado tanto, y te ha amado tanto, que nos ha dado el milagro, ¿no sabrá defendernos de un puñado de hombres?».

«Nuestro hijo tiene razón, mujer. Vamos a nuestra sinagoga a alabar al Señor, dado que del Templo nos han echado. Y vamos raudos, antes de que termine el sábado...».
Y, acelerando el paso, desaparecen por los caminos del valle.

511. En la casa de Juan de Nob, otra alabanza a la Corredentora. Embustes de Judas Iscariote.

11 de octubre de 1946.

1 Jesús está en Nob. Y debe ser desde hace poco, porque está organizándose y dividiendo en tres grupos de cuatro personas a sus doce para distribuirlos en las casas. El se queda con Pedro, Juan, Judas Iscariote y Simón Zelote, mientras que Santiago de Zebedeo tiene a cargo el grupo compuesto por Mateo, Judas de Alfeo y Felipe, y Bartolomé está a la cabeza del tercero, y los que a él están sujetos son Santiago de Alfeo, Andrés y Tomás.

«Iréis a donde han ofrecido recibiros, después de cenar. Volveréis aquí por la mañana y os diré lo que tenéis que hacer. En las horas de las comidas estaremos juntos. Recordad lo que os he dicho muchas veces: que también con el modo de vivir y convivir entre vosotros y con quien os recibe debéis predicar mi Doctrina. Sed, pues, sobrios, pacientes, honestos en vuestras palabras, en vuestras acciones, en vuestras miradas, de manera que la justicia emane de vosotros como un perfume. Ya veis cómo los ojos del mundo están siempre sobre nosotros, para calumniarnos o para estudiarnos, y también por veneración. Pero éstos son los menos entre los muchos ojos que nos observan. Y, no obstante, de estos pocos debemos tener sumo cuidado, porque sobre su fe carga el trabajo del mundo, para desmoronarla, y todo sirve al mundo como arma para destruir el amor de los buenos hacia mí, y, como consecuencia, hacia vosotros. No ayudéis, pues, al mundo con un modo de vida no santo, y no hagáis, siendo para ellos objeto de escándalo, más pesada la fatiga de los que deben defender su fe de las insidias de mis adversarios. El escándalo deja desorientadas a las almas, las aleja, las debilita. ¡Ay de aquel apóstol que sea escándalo para las almas! Peca contra su Maestro y contra su prójimo, contra Dios y contra el rebaño de Dios. Me fío de vosotros. No hagáis que a mi dolor, que es mucho, se una otro dolor que me venga de vosotros».

«No temas, Maestro. De nosotros no recibirás dolor, a menos que Satanás nos extravíe a todos» dice Bartolomé.

2 Entra Anastática, que está en la cocina con Elisa, y dice: «La cena está preparada, Maestro. Baja mientras está caliente. Te repondrás».
«Vamos». Y Jesús se levanta y sigue a la mujer hacia abajo por la pequeña escalera que desde la habitación de arriba - donde están preparadas ya unas camas modestas - baja hasta el huertecito. Y de éste entra en la cocina, alegrada por un fuego vivo.
Está el anciano Juan junto al fuego, y Elisa ajetreada con las cosas de comer. Ella se vuelve con una sonrisa materna a mirar a Jesús cuando entra, y se apresura a volcar en

una bandeja grande el trigo o cebada cocidos en la leche (esto ya lo he visto hacer a María de Alfeo en Nazaret antes de la partida de Juan y Síntica). «Mira. He tenido siempre presente que María Cleofás me dijo que te gustaba. Y había reservado la mejor miel para hacerlo también para Margziam... Siento que el niño no haya venido...».
«Nique ha querido que se quedara, junto con Isaac, dado que mañana a la aurora salen, y ella aprovecha el carro hasta Jericó para llevar a cabo la misión que ya sabes...».
«¿Qué misión, Maestro?» pregunta interesado Judas Iscariote.
«Una misión muy femenina. Criar a un niño. Lo único que el niño no necesita leche, sino fe, porque es un niño en el espíritu. Pero la mujer es siempre madre, y sabe hacer estas cosas. ¡Y una vez que ha comprendido!... Vale cuanto el hombre. Y con la superioridad de la fuerza de su dulzura materna».
«¡Qué bueno eres con nosotras, Maestro!» dice Elisa acariciándole con la mirada.
«Soy veraz, Elisa. [3]Nosotros de Israel, y no sólo nosotros, estamos acostumbrados a ver a la mujer como si fuera un ser inferior, a pensar en ella así. No. Si está sujeta al hombre, como es justicia, si en ella recae más el castigo por el pecado de Eva, si su misión está destinada a desarrollarse entre velos y penumbras, sin gestos ni gritos llamativos, si todo en ella sucede como celado bajo un entrecielo, no por ello es menos fuerte o menos capaz que los hombres. Incluso sin traer a la memoria a las grandes mujeres de Israel, Yo os digo que hay mucha fuerza en el corazón de la mujer. En el corazón. Como para nosotros, varones, en la mente. Y os digo que está para cambiar la posición de la mujer respecto a las tradiciones, como respecto a muchas otras cosas. Y ello será justo, porque de la misma manera que Yo para los hombres todos, así, una Mujer obtendrá en modo especial para las mujeres gracia y redención*».
«¿Una mujer? ¿Y, según Tú, cómo va a redimir una mujer?» y Judas de Keriot se ríe.
«En verdad te digo que Ella ya está redimiendo. ¿Tú sabes lo que es redimir?».
«¡Claro que lo sé! Es liberar del pecado».
«Sí. Pero liberar del pecado no serviría de mucho, porque el Adversario es eterno y volvería a insidiar Pero del Jardín terrenal una voz surgió, la Voz de Dios, diciendo: "Pondré enemistad entre ti y la Mujer... Ella te aplastará la cabeza y tú acecharás su calcañar". Nada más que una asechanza, porque la Mujer tendrá, tiene en sí, aquello que vence al Adversario. Y redime, por tanto, desde que existe. Redención ya presente, aunque celada. Pero pronto se manifestará al mundo, y las mujeres se fortalecerán en Ella».
«Que Tú redimas... de acuerdo. Pero una mujer que pueda... No lo acepto, Maestro».
«¿No recuerdas a Tobías? ¿Su cántico?**».

---

* *obtendrá gracia y redención,* no por propio mérito exclusivo, sino porque, come se leerá luego, *tiene en sí aquello que vence al Adversario,* es decir, tiene en sí a Jesús-Rendentor, como *un Tabernáculo en el que está Dios.* El *tabernáculo* representa bien la imagen de la Madre que contiene al Hijo, de quien viene a ser - y esta vez por propio mérito exclusivo - socia hasta el punto de ser llamada *Corredentora y Madre de los redimidos.*

** *Su cántico*, que está en *Tobías 13*, y cuya parte citada empieza en el versículo *13*.
«Sí. Pero habla de Jerusalén».
«¿Tiene, acaso, ya Jerusalén un Tabernáculo en que esté Dios? ¿Puede Dios asistir desde

su gloria a los pecados que se consuman dentro de las murallas del Templo? Otro Tabernáculo era necesario, y que fuera santo, y que fuera estrella que recondujera los errantes al Altísimo. Y esto se da en la Corredentora, que por los siglos de los siglos exultará de ser la Madre de los redimidos. "Tú brillarás con luz espléndida. Todos los pueblos de la Tierra se postrarán ante ti. Las naciones llegarán a ti desde lejos, llevando dones, y adorarán en ti al Señor... Invocarán tu gran nombre... Los que no te escuchen estarán entre los malditos, y benditos aquellos que se adhieran a ti... Serás feliz en tus hijos, porque ellos serán los benditos reunidos con el Señor". El verdadero cántico de la Corredentora. Y ya en el Cielo lo cantan los ángeles, que ven... La Jerusalén nueva y celeste comienza en Ella. ¡Oh, sí, esto es verdad! Y el mundo la ignora. Y la ignoran los ofuscados rabíes de Israel...». Jesús se sumerge en sus pensamientos...

4«¿Pero de quién habla?» pregunta Judas Iscariote a Felipe, que está a su lado.

Antes de que Felipe responda, Elisa, que está poniendo en la mesa queso y aceitunas negras, dice, más bien con dureza: «De su Madre habla. ¿No lo comprendes?».

«Nunca he sabido que sea nombrada por los profetas como mártir... Se habla únicamente del Redentor, y...».

«¿Y piensas que existe sólo la tortura de la carne? ¿Y no sabes que esa cosa no es nada, para una madre, respecto a la de ver morir a un hijo? ¿Tu mente - no hablo de tu corazón, no sé qué latido tiene -, tu mente de que te jactas no te dice que un sinfín de veces una madre se sometería a la tortura y a la muerte con tal de no oír un gemido del hijo? Hombre, tú eres hombre y conoces el saber. Yo sé ser mujer y madre; no sé otra cosa. Pero te digo que eres más ignorante que yo, porque ni siquiera conoces el corazón de tu madre...».

«¡Me ofendes!».

«No. Soy anciana y te aconsejo. Haz sagaz tu corazón y evitarás llanto y castigo. Haz eso, si puedes».

Los apóstoles, especialmente Judas de Alfeo, Santiago de Zebedeo, Bartolomé y el Zelote, se miran de reojo disimuladamente y agachan la cabeza para ocultar la sonrisita que aflora en sus labios por las francas palabras de Elisa al apóstol que se cree perfecto. Jesús sigue absorto y no oye nada.

Elisa se vuelve a Anastática y dice: «Ven. Mientras terminan de comer vamos a preparar otras dos camas, porque tres son pocas» y hace ademán de querer salir.

«¡Elisa, no dejaréis la vuestra, ¿no?!» exclama Pedro. «No está bien. Yo y Juan podemos dormir en las tablas. Estamos acostumbrados».

«No, Simón. Hay cañizos y esteras. Están guardados. Ahora los montamos en los caballetes». Sale con la otra.

A los apóstoles, cansados y con el calorcito de la cocina, casi se les cae la cabeza. Jesús, apoyados el codo en la mesa y la cabeza en la mano, piensa.

5Un golpe en la puerta. Tomás, que es el más cercano, se levanta para abrir. Exclama: «¡¿Tú, José?! ¡¿Y con Nicodemo?! ¡Entrad! ¡Entrad!».

«Paz a ti, Maestro, y a los que están en esta casa. Vamos a Ramá, Maestro; Nicodemo me ha invitado a ir allí. Pasando, hemos dicho: "Detengámonos a saludar al Maestro". Queríamos saber si... te habían importunado más, visto que han ido a casa de José a buscarte. Te han buscado ya por todas partes, después de que has curado a aquel ciego. Es verdad que no han paseado fuera de las murallas. No han movido una silla, para no profanar el sábado. Y por eso se creen puros. Pero, para buscarte, para seguir a Bartolmái,

han recorrido mucho más del máximo».
«¿Y cómo lo han sabido, si el Maestro no ha hecho nada en la calle?» pregunta Mateo.
«¡Eso! Ni siquiera nosotros hemos sabido si estaba curado. Hemos ido a la sinagoga y luego a saludar a Nique y a Isaac y a Margziam, que se quedan donde ella. Y luego, después del ocaso, rápidamente hemos venido aquí» dice Pedro.
«Vosotros no lo habéis sabido. Pero los enviados de los fariseos sí. Vosotros no to habéis visto, pero yo sí. Dos de ellos estaban presentes cuando el Maestro tocó los ojos al ciego. Desde horas antes estaban esperando».
«¿Y eso? ¿Por qué?» pregunta Judas de Keriot con aire de inocente.
«¿A mí me lo preguntas?».
«Es una cosa extraña. Por eso lo pregunto».
«Cosa más extraña es que de un tiempo a esta parte donde está el Maestro hay siempre espías».
«Los buitres van donde está el despojo; los lobos, donde el rebaño».
«Y los ladrones, donde un cómplice les señala una caravana. Es como has dicho».
«¿Qué quieres insinuar?».
«Nada. Completo tu proverbio aplicándolo a los hombres. Porque Jesús es hombre; y hombres son sus trasechadores».
6«Cuenta, José, cuenta...» dicen muchos de los presentes.
«Si el Maestro quiere... he venido para contar».
«Habla» dice Jesús.
Y José narra minuciosamente todo lo que ha observado. Pero omite el detalle de que fue Judas el que habló al ciego del domicilio de Jesús.
Los comentarios son muchos, furiosos, doloridos, según los corazones. Y Judas de Keriot es el más - en apariencia - afligido e inquieto. Contra todos, y especialmente contra el ciego imprudente que ha venido a ponerse en el sendero de Jesús en día de sábado, confiando en la conocida bondad del Maestro...
«¡Pero si has sido tú el que se lo has señalado! Estaba cerca de ti y he oído» dice Felipe asombrado.
«Señalar no quiere decir ordenar hacer».
«¡Ah, te creo, que no te habrías permitido dar órdenes al Maestro!...» dice Judas Tadeo.
«¿Yo? ¡Nada que ver! Se lo he señalado sólo para pedir explicación».
«Sí. Pero señalar, a veces, es también tentar a hacer. Y esto lo has hecho» rebate Judas Tadeo.
«Eso lo dices tú, pero no es verdad» afirma Judas con desfachatez.
«¿Que no es verdad? ¿Estás completamente seguro? ¿Seguro como de vivir, de no haber hablado nunca de Jesús al ciego, de no haberle sugestionado para que se dirigiera a Jesús, y, estás seguro, naturalmente, de no haberle inducido a hacerlo inmediatamente, antes de que Jesús dejara la ciudad?» pregunta José de Arimatea.
«¡Por supuesto! ¿Y quién ha hablado a ese hombre? Yo seguro que no. Estoy siempre con el Maestro, día y noche, y si no con Él con los compañeros...».
«Creía que lo habías hecho ayer, cuando saliste con las mujeres» dice Bartolomé.
«¡Ayer? Tardé menos en ir y volver que una golondrina volando. ¿Como hubiera podido buscar al ciego, encontrarle y hablar con él en tan poco tiempo?».
«Quizás te encontraste con él...».
«¡Jamás le había visto!».

«Entonces ese hombre es un mentiroso, porque ha afirmado que tú le habías dicho que viniera, y dónde, y cómo hacer las cosas; y le habías garantizado que Jesús le prestaría oídos y...» dice José de Arimatea.
Judas le interrumpe con violencia: «¡Basta! ¡Basta! ¡Merece volverse ciego otra vez por todas las mentiras que dice! Yo, y puedo jurarlo por el Santo, no le conozco nada más que de vista, y nunca he hablado con él».
«Verdaderamente basta así. Tu alma está en regla, Judas de Keriot, que no temes a Dios porque sabes que tus obras son santas. Dichoso tú... que no temes nada» le dice José, mirándole con severidad, con unos ojos que perforan.
«No temo, no, porque no tengo pecado».
«Todos pecamos, Judas. ¡Y poco aún es si sabemos arrepentirnos después de los primeros pecados y no aumentarlos en número y en maldad!» dice Nicodemo, que hasta ahora no ha hablado. 7Y luego se vuelve hacia el Maestro y dice: «Lo penoso es que José de Seforí ha sido amenazado con ser expulsado de la sinagoga, si vuelve a hospedarte, y Bartolmái ya ha sido expulsado. Iba a ella con su padre y su madre, pero unos fariseos le esperaban y le negaron la entrada, y le anatematizaron».
«¡Esto ya es demasiado! ¿Hasta cuándo, Señor...?» gritan muchos de los presentes.
«¡Calma! ¡Calma! No pasa nada. Bartolmái está en el camino del Reino. ¿Qué ha perdido, pues? Está en la Luz. ¿No es, entonces, más hijo de Dios que antes? ¡Oh, no confundáis los valores! ¡Calma! ¡Calma! No iremos tampoco a casa de José... Lo que siento es que Isaac piensa llevar allí a mi Madre y a María de Alfeo... Pero, en todo caso, serían pocas horas, porque ya hay uno que ha proveído a ello» . Se dirige a Juan de Nob: «Padre, ¿tienes miedo del Sanedrín? Ya ves lo que cuesta dar posada al Hijo del hombre... Eres anciano. Eres un fiel israelita. Podrías ser expulsado de la sinagoga en tus últimos sábados. ¿Serías capaz de soportarlo? Habla con sinceridad, y Yo, si temes, me iré. Una cueva quedará en los montes de Israel para el Hijo de Dios...».
«¿Yo, Señor? ¿A quién crees que puedo temer, sino a Dios? No tengo miedo de la boca del sepulcro - es más, la miro como a cosa amiga -, ¿y crees que puedo tener miedo de la boca de los hombres? Sólo temería el juicio de Dios si, por miedo a los hombres, alejara de mí a Jesús, ¡el Cristo de Dios!».
«De acuerdo. Eres un hombre justo... Me quedaré aquí... cuando no esté en las ciudades cercanas, como tengo pensado hacer todavía otra vez».
«Ve a Ramá y vienes a mi casa, Señor» dice Nicodemo.
«¿Y si te perjudica?».
«¿Acaso no te invitan, por mala fe, los fariseos? ¿No podría hacerlo yo, para profundizar en tu corazón?».
«Sí, Maestro. Vamos a Ramá. Mi padre se alegrará mucho, si está en casa. Y, si no está, como sucede a menudo, encontrará tu bendición a su regreso» suplica Tomás.
«El primer lugar al que iremos será Ramá, mañana...».
8«Maestro, nosotros te dejamos. Tenemos afuera las cabalgaduras y estaremos en Ramá antes del final de la segunda vigilia. La Luna pone blancos los caminos, como de pálido sol. Adiós, Maestro. La paz sea contigo» dice Nicodemo.
«La paz a ti, Maestro... y, escucha un consejo bueno de José el Anciano. *Sé un poco astuto. Vigila alrededor de ti. Abre los ojos y cierra la boca. Haz, y no digas nunca antes lo que quieres hacer...* Y no vengas a Jerusalén durante un tiempo; y, si vienes, no vayas al Templo sino el tiempo necesario para orar. ¿Me comprendes? Adiós, Maestro. La paz a

ti». José ha remarcado mucho las palabras que subrayo, y, mientras las decía, miraba intensamente a Jesús; ya simplemente su mirada era un aviso.
Salen al huertecito, blanco de luna. Desatan dos robustos asnos que estaban atados al tronco del nogal; suben a la silla y se marchan por el camino desierto y blanco...
Jesús vuelve a la cocina con los suyos...
«Pero ¿qué habrá querido decir aquí al final?».
«Y ¿cómo se habrán enterado ésos?».
«¿Qué le harán a José de Seforí?».
«Nada. Palabras. Sólo palabras. No penséis ya más en ello. Son cosas pasadas y sin consecuencias. Vamos. Decimos la oración y nos separamos para la noche. "Padre nuestro..."».
Los bendice, los mira mientras se marchan. Luego sube, con los cuatro con que se ha quedado, a la habitación donde están las camas.

512. Profecía ante un pueblo destruido.
12 de octubre de 1946.

[1]No sé en qué lugar está Jesús. Es claro que entre montes. En un sitio destruido o por algún cataclismo o por una operación bélica y después abandonado. Y me inclinaría a pensar que por esto último, porque las ruinas de las casas muestran también señales de llamas en las bóvedas protegidas del agua y que aún pueden verse entre la maraña de las zarzas, hiedras y otras plantas trepadoras o parásitas, nacidas por todas partes. Las anchas hojas vellosas de una planta cuyo nombre desconozco, pero que he visto también en Italia, cubren por entero los restos - parecen un montecito de pronunciada pendiente - de una construcción. Más allá, una pared permanece enhiesta y sola contemplando el resto de la casa caída; está invadida por alcaparras y parietaria; y, por el antepecho de ojos de lo que era una terraza, cuelga una clemátide que ondea al viento sus ramas cual cabellera suelta. Otra casa derrumbada en el centro, pero que tiene en pie aún las paredes exteriores, parece un enorme jarrón de flores que, en vez de cabillos contiene árboles, nacidos espontáneamente en la cavidad en que antes había habitaciones. Otra, que, escalonadamente, está en parte en pie, parece un altar preparado para un rito y ornado todo de verde. Dominando estas ruinas, un chopo, delgado y derecho como arista de espada, parece preguntar al cielo el porqué de una catástrofe de tanta magnitud. Y, entre casa y casa, entre montón y montón de escombros, obstinados árboles frutales ya silvestres, ensilvecidos, que aventajan a la otra vegetación o son aventajados por ella, nacidos de frutos caídos - árboles retorcidos, o erguidos, o rastreros, o nacidos en una abertura de una pared o en un pozo agotado -, parecen un bosque hechizado. Y pájaros y palomas, que salen de entre las quebraduras de las ruinas, se lanzan ávidos a los lugares cercanos donde antes había ciertamente campos arados, y ahora sólo hay una maraña de veza dura - reseca por el sol, y que abre sus vainas para dejar caer las semillas y luego volver a nacer en primavera - de cizañas, de joyos. Las palomas apartan con feroces aletazos a los pájaros más pequeños, que buscan algún que otro granito de mijo o algún

cañamón, nacidos quién sabe de qué lejana semilla que durante años y años se ha perpetuado, con siembra espontánea, en los campos no cultivados. Y los pájaros se vengan, especialmente los reñidores, arrancando las gráciles espigas de mijo desmedrado, y llevándoselas a sus nidos, volando con dificultad, muy sesgados por el peso y el estorbo de la panoja.

2Jesús no tiene consigo sólo a los apóstoles, sino también a un buen grupo de discípulos, entre los cuales a Cleofás y Hermas de Emaús, hijos del viejo arquisinagogo Cleofás, y a Esteban. Y hay también hombres y mujeres: como si hubieran venido desde algún pueblo a invitar a Jesús para que fuera al suyo, o como si le hubieran seguido después de que ya hubiera estado allí. Y Jesús, cruzando el lugar destruido, se detiene a mirar a menudo, y se para del todo cuando desde el lugar más alto puede dominar esa maraña de escombros y vegetales en que la vida está representada solamente por las palomas (un día, ciertamente, domésticas; ahora otra vez agrestes y feroces). Contempla, cruzados los brazos, la cabeza un poco agachada; y, cuanto más mira, más triste y pálido se pone.

«¿Por qué te quedas aquí, Maestro? El lugar te aflige, se ve. No te pares a contemplarlo. Me arrepiento de haberte hecho pasar por aquí, pero es un camino mucho más corto» dice Cleofás de Emaús.

«No miro lo que vosotros veis».

«¿Qué, entonces, Señor? ¿Será que ves el hecho pasado? Fue pavoroso, sin duda. Éste es el sistema de Roma...» dice el otro de Emaús.

«Y esto debería mover a reflexión... 3Observad todos. Aquí había una ciudad, no grande pero sí bonita. Hecha más de casas señoriles que de casas humildes. Y estos lugares que ahora son bosques agrestes eran de ricos. Y de ricos eran estos campos ahora estériles, cubiertos de zarzas, joyos, ortigas... Entonces había pingües árboles frutales y campos llenos de mieses. Y las casas eran bonitas en aquel entonces, con jardines llenos de flores, y pozos y fuentes en las que se bañaban las palomas y jugaban los niños. Eran felices todos los habitantes de este lugar. Y la felicidad no los hizo justos. Se olvidaron del Señor y de sus palabras... ¡Y ya veis! Ya no hay casas ni flores ni fuentes ni mieses ni frutos. Quedan sólo las palomas; y, ya no felices como entonces, en vez de disponer del trigo dorado y el comino - entonces los buscaban ávidas y de ellos se saciaban -, batallan ahora por conseguir unas pocas vezas ásperas, unos joyos amargos. ¡Y hay fiesta, si encuentran todavía una espiga de cebada renacida entre los espinos!...

Y, mirando, ya no veo las palomas... Veo caras, caras... muchas de las cuales no han nacido todavía... Veo ruinas, ruinas, y zarzas y lambrusca, y vezas silvestres que cubren tierras de la Patria... Y todo esto porque no se ha querido acoger al Señor. Oigo llantos de niños extenuados, más infelices que estos pájaros, a los que todavía Dios provee de un mínimo de ayuda para vivir, mientras que esos niños carecerán de toda ayuda, incluidos en el castigo general, y languidecerán en el pecho seco de sus madres, moribundas de inanición y dolor y espanto sin nombre. Y oigo los lamentos de las madres ante sus hijos muertos de hambre en su pecho. Y los lamentos de las esposas que ya no tienen esposo; de las vírgenes capturadas para placer de los vencedores; de los hombres encaminados hacia las cadenas tras haber conocido toda suerte de humillación de guerra; y de viejos que han vivido hasta ver cumplida la profecía de Daniel*.

Y oigo la voz incansable de Isaías en el soplo de este viento entre las ruinas, en el quejido de las palomas entre los escombros: "Con palabras extrañas, con lengua extranjera hablará el Señor a este pueblo, al cual ha dicho: 'Aquí está mi reposo. Dad reposo al

fatigado; éste es mi alivio' ". Pero ellos no han querido escuchar. No. No han querido, y el Señor no puede hallar reposo en su pueblo. El cansado, que se ha cansado recorriendo sus comarcas, enseñando, curando, convirtiendo, consolando, no encuentra descanso sino persecución; no encuentra alivio, sino

---

* *la profecía de Daniel,* que está en *Daniel 9; la voz de Isaías* es la de *Isaías 28,* y las tres citas que de Isaías siguen corresponden a los versículos *11-12, 15, 16-19.*

insidia y traición. Perfectamente uno es el Hijo con el Padre. Y, si la Verdad os ha enseñado que hasta un vaso de agua dado a un hombre tendrá su recompensa, porque todo acto de misericordia hecho al hermano a Dios mismo se le hace, ¿qué castigo habrá para aquellos que hasta la piedra del sendero como almohada le niegan al Hijo del hombre, y el manantial montano que brota por bondad del Creador, y el fruto olvidado en la rama por estar enfermo o verde, y la espiga substraída a las palomas, y tienen ya preparado el lazo para estrangular el aire en la garganta y con el aire la vida?

4¡Oh, desventurado Israel, que has perdido en ti la justicia y que has perdido la misericordia de Dios!

Y de nuevo se oye la voz de Isaías en el viento del atardecer, más tremenda que el grito del pájaro de muerte, casi tan tremenda como la que sonó en el Jardín terrenal para la condena de los dos culpables, y - ¡oh, tremenda cosa! - ¡y no está unida esta voz del Profeta a la promesa de un perdón, como entonces, como entonces! No. No hay perdón para los que intentan burlarse de Dios, para los que dicen: "Hemos hecho alianza con la muerte, hemos estrechado un pacto con el infierno. Los flagelos, cuando vengan, no nos vendrán a nosotros, porque hemos puesto nuestras esperanzas en la Mentira y ella, que es poderosa, nos protege".

Oíd, oíd cómo repite Isaías lo que oyó al Señor: "Yo pondré, como fundamento de Sión, una piedra angular, elegida, preciosa... Juzgaré sopesando, haré justicia midiendo; y el granizo destruirá la esperanza en la Mentira, y las aguas arrasarán las protecciones, y será destruida vuestra alianza con la muerte, dejará de existir vuestro pacto con el infierno. Cuando pase, violento, el flagelo, os arrastrará tras sí; cada vez que pase os arrastrará, cada hora, y sólo los castigos os harán comprender la lección".

¡Desventurado Israel! Como estos campos - en que subsiste sólo la veza pobre y el amargo joyo, y donde ya no hay trigo - será Israel*; y la tierra que no aceptó al Señor no tendrá pan para sus hijos, y los hijos que no quisieron acoger al cansado pasarán, castigados, enrudecidos, como galeotes amarrados al remo, a ser esclavos de aquellos a quienes despreciaron como inferiores. Dios verdaderamente trillará al pueblo soberbio bajo el peso de su justicia, y lo ahogará con la agramadera de su juicio...

Esto es lo que veo en estas ruinas. ¡Ruinas! ¡Ruinas! A Septentrión, a Mediodía, a Oriente y Occidente, y, sobre todo, en el centro, en el corazón, donde la ciudad culpable será transformada en putrefacta fosa...».

Y lágrimas lentas descienden por el pálido rostro de Jesús, que levanta el manto para taparse la cara y deja descubiertos sólo los ojos, dilatados por la dolorosa visión.

Y reanuda la marcha, mientras los que están con Él van bisbiseando apenas, helados de espanto...

 (así) *será Israel*, de cuyo futuro, profetizado *tremendo* en 507.6, vuelve a hablarse aquí y se volverá a hablar en 513.3/5 y en 525.12/14.

513. En Emaús Montana, una parábola sobre la verdadera sabiduria y una advertencia a Israel.
14 de octubre de 1946.

1La plaza de Emaús. Está llena de gente. Abarrotada. Y, en el centro de la plaza, Jesús a duras penas se mueve, pues está muy rodeado, muy oprimido por los que le asedian. Jesús está entre el hijo del arquisinagogo y el otro discípulo; alrededor, con la hipotética intención de protegerle, los apóstoles y los discípulos; entre éstos y aquéllos, propensos a introducirse por todas partes, como lagartijas entre la maraña de un tupido matorral, muchos niños.
¡Es maravilloso el atractivo que ejercía Jesús sobre los pequeñuelos! Jamás hay un lugar donde, conocido o desconocido, no se vea inmediatamente rodeado por los niños, felices de pegarse a sus vestiduras; más felices aún, si Él los roza con la mano haciéndoles una caricia llena de amor, aunque al mismo tiempo hable severamente a los adultos; felicísimos, si se sienta en un asiento, en un murete, en una piedra, en un tronco derribado o incluso en la hierba: entonces, teniéndole a su altura, pueden abrazarle, apoyar la cabecita en su hombro o en sus rodillas, introducirse por debajo del manto para hallarse dentro del círculo de sus brazos como pollitos que hubieran encontrado la más amorosa y protectora de las defensas. Y siempre Jesús los defiende de los desafueros de los adultos, del imperfecto respeto de éstos hacia Él: un respeto que, ausente por muchos y más serios motivos, quiere mostrarse celoso alejando a los pequeñuelos del Maestro...
También ahora lo que habitualmente dice Jesús resuena para defensa de sus pequeños amigos: «¡Dejadlos! ¡No molestan! ¡No son, ciertamente, los niños los que causan molestias y dolor!».
Jesús se agacha hacia ellos, con una sonrisa resplandeciente que le rejuvenece, siendo así que le da casi el aspecto de un hermano mayor suyo, benigno cómplice de algunos de sus inocentes pasatiempos, y susurra: «Estad en calma, estad muy callados: así no os echan y estamos juntos todavía otro rato».
«¿Y nos cuentas una parábola bonita?» dice el más... audaz.
«Sí. Toda para vosotros. Luego hablo a vuestros padres. Escuchad todos, porque lo que sirve para los pequeños sirve también para los hombres.
2Un hombre un día fue convocado por un gran rey, que le dijo: "He sabido que eres merecedor de un premio, porque eres sabio y honras tu ciudad con el trabajo y la ciencia. Ahora bien, no te voy a dar una cosa, sino que te voy a conducir a la sala de mis tesoros, de forma que elegirás lo que quieras y yo te lo daré. Así, juzgaré también si eres como la fama te describe".
Y, contemporáneamente, el rey, acercándose a la terraza que rodeaba su atrio, echó una mirada a la plaza que estaba delante del palacio real. Vio pasar a un niñito vestido pobremente, un niño que ciertamente pertenecía a una familia pobrísima, y quizás era huérfano o mendigo. Se volvió hacia sus criados y dijo: "Id donde ese niño y traédmelo". Y los criados fueron, y volvieron con el niño, que temblaba por estar en presencia del rey.

A pesar de que los dignatarios de la corte le decían: "Inclínate, saluda, di: 'Honor y gloria a ti, mi rey. Doblo mi rodilla ante ti, poderoso al que la Tierra exalta como al ser mayor que ningún otro' ", el niño no quería inclinarse y decir esas palabras, y los dignatarios, escandalizados, le daban fuertes meneos y decían: "¡Oh, rey, este niño paleto y sucio es un oprobio en tu morada! Permite que le echemos de aquí y le pongamos en medio de la calle. Si anhelas tener a tu lado a un niño, iremos a buscártelo entre los ricos de la ciudad, si es que estás cansado de los nuestros, y te lo traeremos. ¡Pero no este paleto, que no sabe siquiera saludar!...".

El hombre rico y sabio, que antes se había humillado con cien reverencias serviles, profundas, como hallándose ante el altar, dijo: "Tus dignatarios tienen razón. Por la majestad de tu corona, debes impedir que no se tribute a tu sagrada persona el homenaje que le corresponde", y, diciendo estas palabras, se postraba otra vez, hasta besar el pie del rey.

Pero el rey dijo: "No. Quiero tener a este niño conmigo. Y no sólo eso, sino que quiero conducirle a él también a la habitación de mis tesoros, para que elija lo que quiera; yo se lo daré. ¿Acaso no me es concedido, por el hecho de ser rey, hacer feliz a un pobre niño? ¿No es, acaso, súbdito mío como todos vosotros? ¿Acaso tiene la culpa de ser infeliz? No, ¡viva Dios que, al menos una vez, quiero hacerle feliz! Ven, niño, y no tengas miedo de mí" y le tendió la mano y el niño la tomó con sencillez y le dio en ella un beso espontáneo. El rey sonrió. Así que, entre dos filas de dignatarios inclinados en actitud de reverencia, por alfombras purpúreas con motivos de flores de oro, se dirigió hacia la estancia de los tesoros, llevando a la derecha al hombre rico y sabio y a la izquierda al niño ignorante y pobre. Y el manto regio contrastaba mucho con el vestidito deshilachado y los piececitos descalzos del pobre niño.

Entraron en el aposento de los tesoros, cuya puerta había sido abierta por dos grandes de la corte. Era una estancia alta, redonda, sin ventanas. Pero la luz llovía a través del techo, que era todo él una enorme lastra de mica. Una luz que a pesar de ser suave hacía lucir los bullones de oro de las arcas y las cintas purpuradas de muchos rollos colocados encima de altos y ornados ambones; rollos pomposos, con baqueta preciosa, cierre y marbete ornados de piedras brillantes. Obras raras, que sólo un rey podía poseer. Y, descuidado encima de un ambón de austero aspecto, obscuro, bajo, un rollo pequeño, retorcido alrededor de un palito blanco, atado con un basto cordón, lleno de polvo, como es propio de una cosa descuidada.

El rey, señalando a las paredes, dijo: "Ved, aquí están todos los tesoros de la Tierra, y otros aún más grandes que los tesoros terrestres. Porque aquí están todas las obras del ingenio humano, y hay también obras que proceden de fuentes sobrehumanas. Id, tomad lo que queráis". Y se puso en el centro de la estancia, con los brazos cruzados, observando.

El hombre rico se dirigió primero a las arcas; alzó las tapas, con ansia cada vez más febril. Oro en barras y oro en joyas, plata, perlas, zafiros, rubíes, esmeraldas, ópalos... centelleo en todas las arcas... gritos de admiración a cada apertura... Luego se dirigió a los ambones y, al leer el título de los rollos, nuevos gritos de admiración brotaban de sus labios. En fin, el hombre, encendido por el entusiasmo, se volvió hacia el rey y dijo: "¿Tienes un sin par tesoro, y las piedras igualan en valor a los rollos y éstos a aquéllas! ¿Realmente puedo elegir libremente?".

"Lo he dicho. Como si todo te perteneciera".

El hombre se arrojó al suelo, rostro en tierra, y decía: "¡Yo te adoro, gran rey!". Se levantó y corrió primero a las arcas y luego a los ambones y tomó de éstos y de aquéllas las mejores cosas que vela.
El rey, que había sonreído tras la barba una vez al principio, al ver la fiebre con que el hombre corría de una arca a otra, y luego otra vez al verle arrojarse al suelo adorando, y que sonreía por tercera vez al ver con qué codicia y con qué regla y preferencias elegía gemas y rollos, se volvió hacia el niño, que se había quedado a su lado, y le dijo: "¿Y tú no vas ahí a elegir las piedras bonitas y los rollos de valor?".
El niño meneó la cabeza para decir que no.
"¿Y por qué?".
"Porque no sé leer los rollos, y respecto a las piedras... no conozco su valor. Para mí son piedrecitas normales y nada más".
"Pero te harían rico...".
"No tengo padre ni madre ni hermanos. ¿De qué me serviría ir a mi refugio con un tesoro en mi pecho?".
"Pero podrías comprarte con ello una casa...".
"Seguiría viviendo en ella solo".
"Vestidos".
"Seguiría teniendo frío, porque falta el amor de mis padres".
"Alimentos".
"No podría saciarme con los besos de mi madre, ni comprarlos a ningún precio".
"Maestros, y aprender a leer...".
"Eso me gustaría más. Pero, ¿y qué leer?".
"Las obras de los poetas, de los filósofos, de los sabios... y las palabras antiguas y las historias de los pueblos".
"Son cosas inútiles, vanas o pasadas... No merece la pena".
"¡Qué niño más estúpido!" exclamó el hombre, que ya tenía los brazos cargados de rollos, y el cinturón y la túnica en la delantera hinchados de gemas.
El rey sonrió una vez más tras la barba. Y, tomando al niño en brazos, le llevó a las arcas y, hundiendo la mano en las perlas, en los rubíes, en los topacios, en las amatistas, haciendo caer todo esto como lluvia llena de brillos, le incitó a que cogiera.
"No, rey, no quiero. Quisiera otra cosa...".
El rey le llevó a los ambones y leyó estrofas de poetas, episodios de héroes, descripciones de países.
"¡Leer es más bonito! Pero no es eso lo que yo querría...".
"¿Y entonces qué? Habla y yo te lo daré, niño".
"No creo, rey, que puedas hacerlo, a pesar de tu poder. No es nada de aquí abajo...".
"¡Ah, quieres obras no terrestres! Mira, entonces: aquí están las obras dictadas por Dios a sus siervos. Escucha" y leyó páginas inspiradas.
"Esto es mucho más bonito. Pero para entenderlo hay que saber primero bien el lenguaje de Dios. ¿No hay un libro que lo enseñe, que nos haga comprender qué es Dios?".
El rey hizo un gesto de estupor y se cortó su sonrisa, pero apretó contra su corazón al niño.
El hombre, por el contrario, se rió burlonamente y dijo: "Ni los mayores sabios saben lo que es Dios, ¿y tú, niño ignorante, quieres saberlo? ¡Si quieres hacerte rico con eso!...".
El rey le miró severo, mientras el niño respondió: "Yo no busco riquezas; busco amor, y

un día me dijeron que Dios es Amor".
El rey le llevó al ambón de austero aspecto donde estaba el pequeño rollo, atado con una cuerdecita y empolvado. Lo tomó, lo desenrolló y leyó las primeras líneas: "El que sea pequeño venga a mí, y Yo, Dios, le enseñaré la ciencia del amor. En este libro está contenida, y Yo... .
"¡Esto es lo que quiero! Y conoceré a Dios. Y, teniéndole a Él, tendré todo. Dame este rollo, rey, y seré feliz".
"¡Pero si no tiene valor en dinero! ¡Ese niño es realmente estúpido! No sabe leer y coge un libro. No sabe y no se quiere instruir. Es pobre y no coge tesoros".
"Yo me esforzaré en poseer el amor y este libro me lo enseñará. ¡Bendito seas, oh rey, porque me das algo con lo que ya puedo no sentirme ni huérfano ni pobre!".
"Al menos adórale, como he hecho yo, si crees que ahora por él eres feliz".
"Yo no adoro al hombre, sino a Dios que le ha hecho tan bueno".
"Este niño es el verdadero sabio de mi reino, oh hombre que usurpas la fama de sabio. El orgullo y la codicia te han embriagado hasta el punto de que has substituido la adoración a Dios por la adoración a la criatura. Y eso por el hecho de que la criatura te daba piedras y obras humanas. Y no has pensado que tienes las gemas, y yo las he tenido, porque Dios las ha creado, y tienes los rollos raros, donde está el pensamiento del hombre, porque Dios ha dado al hombre el intelecto. Este pequeño, que tiene hambre y frío, que está solo, que ha sufrido el azote de todos los dolores, que estaría disculpado y sería disculpable si se embriagase con la vista de las riquezas, pues mira: sabe dar a Dios un justo gracias por haber hecho bueno mi corazón, y sólo busca la única cosa necesaria: amar a Dios, conocer el amor para tener las verdaderas riquezas aquí y después. Hombre, yo he prometido que te daría lo que eligieras. La palabra del rey es sagrada. Vete, pues, con tus piedras y tus rollos: piedrecitas multicolores y... paja de humano pensamiento. Y vive temblando por los ladrones y las polillas: los primeros, enemigos de las gemas; las segundas, de los pergaminos. Y deslúmbrate con los vanos resplandores de esas lascas; desazónate con el sabor dulzón de la ciencia humana, que es sólo sabor y no alimento. Márchate, pues. Este niño se quedará a mi lado, y juntos nos esforzaremos en leer este libro que es amor, o sea, Dios. Y no veremos brillos vanos de frías gemas, ni el sabor de paja, dulzón, de las obras de humano saber. No. Los fuegos del Espíritu Eterno nos darán, ya desde aquí, el éxtasis del Paraíso y poseeremos la Sabiduría, más fortalecedora que el vino, más alimenticia que la miel. Ven, niño. A ti la Sabiduría te ha mostrado su rostro, para que la anhelases como esposa veraz".
Y, expulsado el hombre, tomó consigo al niño y le instruyó en la divina Sabiduría, para que fuera, en la Tierra, un justo y un rey digno de la sagrada unción, y un ciudadano del Reino de Dios después de la vida.
Ésta es la parábola, prometida a los niños y propuesta a los adultos.
3 ¿Os acordáis de lo que dice Baruc*?: "¿Por qué, oh Israel, estás en tierra enemiga, envejeces en un país extranjero, estás contaminado con los muertos, y eres del número de los que bajan al abismo?". Y responde: "Porque has abandonado la fuente de la Sabiduría. Si hubieras caminado por el camino de Dios, habrías vivido en paz y para siempre".
Escuchad, vosotros que demasiado frecuentemente os quejáis - porque sobremanera la patria ya no es nuestra, sino del dominador - de estar exiliados a pesar de vivir en la patria; os quejáis de esto y no sabéis que, respecto a lo que os espera en el futuro, esto es como una gota de posca respecto al cáliz inebriativo que se da a los condenados y que,

vosotros lo sabéis, es amargo como ninguna otra bebida.
El pueblo de Dios sufre porque ha abandonado la Sabiduría. ¿Cómo podéis poseer prudencia, fuerza, inteligencia; cómo podéis siquiera saber dónde se hallan, para poder saber consiguientemente las cosas menores, si ya no bebéis en las fuentes de la Sabiduría? Su Reino no es de esta Tierra, sino que es la misericordia de Dios la que concede su fuente. Ella está en Dios. Es Dios mismo. Y Dios abre su seno para que descienda a vosotros.
Y bien, ¿acaso ahora Israel, que tiene, o ha tenido - y cree tener todavía, con la necia soberbia de los despilfarradores que han derrochado y que se creen todavía ricos y, creyéndose tales, exigen atenciones, y en realidad recogen solamente compasión o burla - Israel, que tiene o ha tenido riquezas, conquistas, honores, posee ya el único verdadero tesoro? No. Y pierde también los otros, porque el que pierde la Sabiduría pierde la capacidad de ser grande. De error en error va el que no conoce la Sabiduría. E Israel conoce muchas cosas, incluso demasiadas, pero ya no conoce la Sabiduría.

---

* *lo que dice Baruc,* es decir *Baruc 3,* del cual siguen tres citas, que corresponden a los versículos *10-13, 20-21, 26-28.*

4Bien dice Baruc: "Los jóvenes de este pueblo vieron la luz, habitaron en la tierra, pero no saben el camino de la Sabiduría ni conocen sus senderos, y sus hijos no la han recibido y ella se ha alejado". ¡Se ha alejado de ellos! ¡Los hijos no la han recibido! ¡Proféticas palabras!
Yo soy la Sabiduría que os habla. Las tres cuartas partes de Israel no me acoge. Y la Sabiduría se aleja, y se alejará más, y le dejará sólo... ¿Qué harán entonces los que se creen gigantes y, por tanto, capaces de forzar al Señor a ayudarlos, a servirlos? ¿Gigantes útiles a Dios para fundar su Reino? No. Yo con Baruc digo esto: "Para fundar el Reino verdadero de Dios, Dios no eligirá a estos soberbios, y los dejará perecer en su necedad" fuera de sus senderos. Porque, para subir al Cielo con el espíritu y comprender las lecciones de la Sabiduría, se necesita un espíritu humilde, obediente y, sobre todo, un espíritu que sea *todo amor*, ya que la Sabiduría habla su lenguaje, o sea, habla el lenguaje del amor, pues es Amor. Para conocer sus senderos se requiere una mirada clara y humilde, libre de la ternaria concupiscencia. Para poseer la Sabiduría hay que comprarla con las monedas vivas: las virtudes.
Esto no lo tenía Israel, y Yo he venido a explicar la Sabiduría, a guiaros a su camino, a sembrar en vuestro corazón las virtudes. Porque Yo todo lo conozco y lo sé, y he venido a enseñárselo a Jacob mi siervo y a Israel, mi dilecto. He venido a la Tierra a conversar con los hombres, Yo, Palabra del Padre, a tomar de la mano a los hijos del hombre, Yo, Hijo de Dios y del hombre, Yo, Camino de la Vida. He venido para introduciros en la estancia de los tesoros eternos, Yo, a quien todo le ha sido dado por el Padre mío. He venido, Yo, Amador eterno, a tomar a mi Esposa, la Humanidad a la que quiero elevar a mi trono y a mi tálamo para que esté conmigo en el Cielo; y a introducirla en la estancia de los vinos para que se embriague con la verdadera Vid de la cual los sarmientos extraen la Vida.
Pero Israel es esposa holgazana y no se levanta de la cama para abrir a Aquel que ha venido. Y el Esposo se marcha. Pasará. Está para pasar. Después, Israel le buscará en vano, y encontrará no la misericordiosa caridad de su Salvador, sino los carros de guerra de los dominadores, y será aplastado y soltará soberbia y vida, después de haber querido

aplastar incluso a la misericordiosa voluntad de Dios.
5¡Oh, Israel, Israel, que pierdes la verdadera Vida por conservar una falaz ilusión de poder! ¡Oh, Israel, que crees salvarte y quieres salvarte por caminos que no son de Sabiduría, y que te pierdes vendiéndote a la Mentira y al Delito, náufrago Israel que no te aferras al fuerte cable lanzado para tu salvación, sino a los despojos de tu quebrantado pretérito; y la tempestad te lleva a otro lugar, a alta mar, en un mar aterrador y sin luz! ¡Oh Israel, ¿de qué te vale salvar tu vida, o presumir de salvarla, durante una hora, un año, un decenio, dos, tres decenios, a costa de un delito, y luego perecer eternamente? La vida, la gloria, el poder, ¿qué son? Burbuja de agua sucia en la superficie de un aguazal usado por los lavanderos; iridiscente no porque esté hecha de gemas, sino por la grasienta suciedad que con el nitro se hincha para formar bolas vacías destinadas a estallar sin que nada quede, aparte de un círculo en el agua limosa cargada de los sudores humanos. Una sola cosa es necesaria, oh Israel, poseer la Sabiduría. A costa incluso de la vida. Porque la vida no es la cosa más preciosa. Y más vale perder cien vidas que perder la propia alma».
Jesús ha terminado en medio de un silencio de admiración. Trata de abrirse paso y marcharse... Pero reclaman su beso los niños; y su bendición los adultos. Y sólo después de éstas, despidiéndose de Cleofás y Hermas de Emaús, puede marcharse.

514. Consejos sobre la santidad a un joven indeciso. Reprensión a los habitantes de Bet-Jorón después de la curación de un romano y una judía.

17 de octubre de 1946.

1Y Jesús está todavía en medio de montes, seguido por gente, además de por los apóstoles y discípulos; entre éstos, ahora se encuentran también algunos discípulos ex pastores (quizás los han encontrado en algún pueblecillo por el que hayan pasado).
Jesús está subiendo desde un valle hacia un monte, por una calzada que orilla con sus recodos la ladera de éste, y que es, sin duda, una calzada romana, por la inconfundible pavimentación, y por la buena manutención, cosas ambas que únicamente pueden encontrarse en las calzadas construidas y mantenidas por los romanos. Algunas personas transitan por ella, dirigidas hacia el valle, o desde el valle hacia este grupo montañoso que está coronado en sus cimas con pueblos o ciudades. Y alguno, al ver a Jesús y a los que le siguen, pregunta que quién es, y se pone a la zaga del grupo; otros simplemente observan; y otros menean la cabeza sonriendo maliciosamente.
Una patrulla de soldados romanos los alcanza con paso trabajoso y tintineo de armas y corazas. Se vuelven y miran a Jesús, el cual, dejando la calzada romana, está para meterse por un camino... hebreo que se dirige hacia una cima en que hay un pueblo. Un camino pedregoso y fangoso - ha llovido -, donde el pie o patina en las piedras o se hunde en las pozas. Los soldados, que ciertamente van a la misma ciudad, después de un pequeño alto, vuelven a ponerse en movimiento, y la gente se ve obligada a echarse a un lado para ceder el paso, en este camino tan estrecho, a la patrulla que pasa rígidamente escuadrada.

Algún insulto surca, sibilante, el aire, pero la disciplina de estar en columna prohíbe a los soldados responder parejamente.
Ya están otra vez cerca de Jesús, que se ha hecho a un lado para dejarlos pasar, y que los mira con su mirada mansa, que parece bendecir y acariciar con la luz de los iris zafirinos. Y las caras ceñudas de los soldados se aclaran con un asomo de sonrisa que no es de escarnio, sino que, al contrario, es respetuosa como un saludo.
Pasan. La gente reanuda la marcha detrás del Rabí, que va delante de todos.
2Un joven se separa de la gente y llega hasta el Maestro. Le saluda con respeto. Jesús devuelve el saludo.
«Quisiera preguntarte una cosa, Maestro».
«Habla».
«Una mañana, después de la Pascua, coincidió que te escuché en un monte cercano a las hoces del Carit. Y desde entonces he pensado que... podía contarme yo también entre los llamados por ti. Pero antes de venir he querido saber muy bien lo que es necesario hacer y lo que se debe no hacer. Y preguntaba a tus discípulos cada vez que me encontraba con ellos. Quién me decía una cosa, quién otra. Y yo dudaba, y estaba muy asustado porque en una cosa todos concordaban, quién con más intransigencia, quién con menos: en la obligación de ser perfectos. Yo... soy un pobre hombre, Señor, y la perfección es sólo de Dios... Te oí por segunda vez... y Tú mismo decías: "Sed perfectos". Y he sentido desaliento. Por tercera vez, hace pocos días, en el Templo. Y, a pesar de que te mostraras riguroso, no me pareció que fuera imposible el llegar a serlo, porque... ni siquiera yo sé por qué, cómo explicármelo o explicártelo, pero me parecía que, si fuera una cosa imposible, o si el hecho de querer serlo, como querer ser dioses, fuera muy peligroso, Tú, que quieres salvarnos, no nos lo propondrías. Porque la presunción es pecado. El querer ser dioses es el pecado de Lucifer. Pero quizás hay una manera de serlo, de venir a serlo, sin pecar, y es siguiendo tu Doctrina, que, no cabe duda de ello, es de salud. ¿Es como digo?».
«Es como dices. ¿Y entonces?».
«Pues que seguí preguntando a unos o a otros. Y, habiendo sabido que estabas en Ramá, fui. Y, desde entonces, con permiso de mi padre, te he seguido. Y... bueno, pues que, cada vez más, quisiera ir contigo...».
«¡Pues ven! ¿Qué temes?».
« No lo sé... No lo sé siquiera yo... Pregunto, pregunto... Pero siempre, mientras que escuchándote a ti me parece fácil y decido ir, después, reflexionando, y, peor: preguntando a unos o a otros, me parece demasiado difícil».
«Te voy a decir cómo sucede: es una insidia del demonio para impedir que vengas. Te asusta con fantasmas, te confunde, te hace preguntar a personas que, como tú, tienen necesidad de Luz... ¿Por qué no has venido a mí directamente?».
«Porque... tenía... no miedo, pero... ¡Nuestros sacerdotes y rabíes! ¡Tan duros y soberbios! Y Tú... No me atrevía a acercarme a ti. ¡Pero en Emaús ayer!... Creo haber entendido que no debo tener miedo. Y ahora estoy aquí, para preguntarte esto que quisiera saber. Un apóstol tuyo, hace poco, me dijo: "Ve y no temas. También es bueno con los pecadores". Y otro: "Hazle feliz con tu confianza. Quien confía en Él le halla más dulce que una madre". Y otro: "No sé si me equivoco, pero te digo que te dirá que la perfección está en el amor". Esto es lo que han dicho tus apóstoles, más dulces que los discípulos, al menos algunos; aunque no todos, porque entre los discípulos hay algunos

que parecen eco de tu voz, aunque éstos son demasiado pocos, y entre los apóstoles hay algunos que... asustan a un pobre hombre, como soy yo. Uno me dijo, con una sonrisa no buena: "¿Quieres ser perfecto? No lo somos nosotros, que somos sus apóstoles, ¿y quieres serlo tú? Es imposible". Si no hubieran hablado los otros, habría huido desanimado. Pero pruebo por última vez... y, si Tú también me dices que es imposible...».
3«Hijo mío, ¿podría haber venido Yo a proponer cosas imposibles a los hombres? ¿Quién crees que ha sido el que ha puesto en tu corazón este deseo de ser perfecto? ¿Tu propio corazón?».
«No, Señor. Creo que has sido Tú con tus palabras».
«No estás lejos de la verdad. Pero, respóndeme a otra cosa. ¿Para ti mis palabras qué palabras son?».
«Justas».
«De acuerdo. Pero quiero decir: ¿palabras de hombre o más que de hombre?» .
«Tú hablas como la Sabiduría, y más dulce y claro todavía. Por eso digo que tus palabras son más que de hombre. Y no creo equivocarme, si he comprendido bien lo que decías en el Templo. Porque me pareció que en esa ocasión decías que eres la Palabra de Dios misma, y por eso hablas como Dios».
«Has comprendido bien y es como dices. ¿Y entonces quién te ha puesto en el corazón el deseo de perfección?».
«Me lo ha puesto Dios, por medio de ti, su Palabra».
«Así pues, ha sido Dios. Ahora piensa: si Dios dice a los hombres, conociendo sus capacidades: "Venid a mí. Sed perfectos", es señal de que el hombre, si quiere, puede serlo. Ésta es una palabra antigua. La primera vez la escuchó Abraham como una revelación, una orden, una invitación: "Yo soy el Dios omnipotente. Camina en mi presencia. Sé perfecto". Dios se manifiesta para que el Patriarca no tenga dudas sobre la santidad de la orden ni sobre la verdad de la invitación. Ordena caminar en su presencia porque el que camina en la vida convencido de hacerlo bajo la mirada de Dios no cumple malas acciones. Consiguientemente, se pone en condiciones de poder hacerse perfecto como Dios invita a serlo».
«¡Es así! ¡Es justamente así! Si Dios lo ha dicho, es porque se puede. ¡Oh, Maestro, cómo se comprende todo cuando hablas Tú! Pero, entonces, ¿por qué tus discípulos, y también ese apóstol, ofrecen una idea tan... amedrentadora de la santidad? ¿Es que no creen que sean verdaderas esas palabras, ni las tuyas? ¿O es que no saben caminar en la presencia de Dios?».

«No pienses en lo que es. No juzgues. 4Mira, hijo. Algunas veces, su propio anhelo de ser perfectos y su humildad les hace temer el no poder llegar a serlo nunca».
«¿Pero entonces el deseo de perfección y la humildad son obstáculos para que uno sea perfecto?».
«No, hijo. El deseo y la humildad no son obstáculos. Es más, hay que esforzarse en que sean profundos, aunque ordenados. Están ordenados cuando uno no tiene prisas impulsivas, postraciones injustificadas, dudas y desconfianzas como

---

* *Abraham como una revelación,* que es la de *Génesis 17, 1.*

las de creer que, dada la imperfección del ser, el hombre no puede llegar a ser perfecto. Todas las virtudes son necesarias, y necesario es un vivo deseo de alcanzar la justicia».

«Sí. Esto me lo decían también aquellos a los que preguntaba. Me decían que es necesario tener las virtudes. Pero unos me decían que era necesaria una, otros otra, y todos sostenían la absoluta necesidad de tener una, que ellos consideraban virtud indispensable para ser santos. Ello me causaba miedo, porque ¿cómo se puede poseer todas las virtudes en forma perfecta, hacerlas nacer juntas como un ramo de flores distintas? Se necesita tiempo... ¡y la vida es tan breve! Tú, Maestro, explícame cuál es la virtud indispensable».
«Es la caridad. Si amas, serás santo, porque del amor al Altísimo y al prójimo provienen todas las virtudes y todas las obras buenas».
«¿Sí? Así es más fácil. La santidad, entonces, es amor. Si tengo la caridad, tengo todo... La santidad está hecha de esto».
«De esto y de otras virtudes. Porque la santidad no es ser sólo humildes, o sólo prudentes, o sólo castos, etc. Sino que es ser virtuosos. 5Fíjate, hijo mío, cuando un rico quiere preparar una comida, ¿encarga, acaso, un solo plato? Otro ejemplo: cuando uno quiere preparar un ramo de flores para ofrecerlo como obsequio, ¿toma, acaso, una sola flor? No, ¿no es verdad? Porque, aunque pusiera en las mesas montones y montones de un solo manjar, los comensales le criticarían como huésped inepto, preocupado sólo de mostrar sus posibilidades de compra, pero no de mostrar su finura de señor atento a los gustos distintos de sus invitados y que quiere que cada uno de ellos, con un alimento u otro, no sólo se sacie, sino que se deleite. Y lo mismo el que hace un ramo de flores. Una sola flor, por grande que sea, no hace un ramo. Pero muchas flores lo hacen, y con los distintos colores y aromas satisfacen al ojo y al olfato y hacen alabar al Señor. La santidad, que debemos considerar como un ramo de flores ofrecido al Señor, debe estar hecha de todas las virtudes. En un espíritu predominará la humildad, en otro la fortaleza, en otro la continencia, en otro la paciencia, en el otro el espíritu de sacrificio o de penitencia: todas éstas son virtudes nacidas a la sombra del árbol regio y perfumadísimo del amor, cuyas flores predominarán siempre en el ramo; pero todas las virtudes componen la santidad».
«¿Y cuál debe ser cultivada con más esmero?».
«La caridad. Te lo he dicho».
«¿Y luego?».
«No hay un método, hijo mío. Si amas al Señor, Él te dará sus dones, o sea, se manifestará a ti, y entonces las virtudes que tratas de hacer crecer robustas crecerán bajo el sol de la Gracia».
«En otras palabras, ¿en el alma amante es Dios el que actúa grandemente?».
«Sí, hijo. Es Dios el que actúa grandemente, dejando que el hombre ponga por su parte su libre voluntad de tender a la perfección, sus esfuerzos en rechazar las tentaciones para mantenerse fiel a su propósito, sus luchas contra la carne, el mundo, el demonio, cuando le asaltan. Y ello para que su hijo tenga mérito en la santidad».
«¡Ah, eso! Entonces es muy acertado decir que el hombre está hecho para ser perfecto como Dios quiere. Gracias, Maestro. Ahora sé. Y ahora haré. Y ora por mí».
«Te tendré en mi corazón. Ve y no temas el que Dios pueda dejarte sin ayuda».
El joven, contento, se separa de Jesús...
6Ya están cerca del pueblo. Bartolomé y Esteban se llegan donde Jesús para contarle que, mientras hablaba con el joven, uno de Bet-Jorón, pariente de Elquías el fariseo, ha venido a rogarles que le lleven enseguida donde su esposa, que está agonizando.

«Vamos. Hablaré después. ¿Sabéis dónde está?».
«Ha dejado con nosotros a un criado. Está detrás, con los demás».
«Decidle que venga. Vamos a acelerar el paso».
El criado acude. Es un viejo robusto, y está consternado. Saluda y mira con curiosidad a Jesús, que le sonríe y le pregunta: «¿De qué muere te ama?».
«De... Tenía que tener un niño. Pero se le ha muerto dentro y su sangre se ha corrompido. Delira como una loca y tiene que morir. Le han abierto las venas para hacer bajar la fiebre. Pero la sangre está toda envenenada y tiene que morir. La han sumergido en la cisterna para apagar el ardor. Está bajo mientras está en el agua helada; luego es más fuerte que antes, y tose y tose... y tiene que morir».
«¡Mira tú éste! ¡Con esas curas!» gruñe entre dientes Mateo.
«¿Desde cuándo está enferma?».
7El criado está para responder, cuando llega corriendo por la bajada el jefe de la patrulla romana. Se para delante de Jesús.
«¡Salve! ¿Tú eres el Nazareno?». .
«Lo soy ¿Qué quieres de mí?».
Los que siguen a Jesús acuden creyendo quién sabe qué...
«Un día un caballo nuestro dio un golpe a un niño hebreo y Tú le curaste* para impedir que los hebreos armaran una algarabía contra nosotros. Ahora las piedras hebreas han hecho caer a un soldado, y yace en el suelo con una pierna rota. No puedo detenerme. Estoy de servicio. Ninguno en el pueblo quiere tenerle. No puede andar. No puedo llevármelo tirando de él con la pierna rota. Sé que no nos desprecias, como hacen todos los hebreos».
«¿Quieres que cure al soldado?».
«Sí. Curaste también al siervo del Centurión y a la hija de Valeria. Salvaste a Alejandro de la ira de tus compatriotas. Estas cosas se saben, en las capas altas y en las bajas».
«Vamos donde el soldado».
«¿Y mi ama?» pregunta descontento el criado.
«Después».

---

* *Tú le curaste*, en 115.1/2.

Y Jesús va detrás del suboficial, que devora el camino con sus largas piernas musculosas y libres de estorbos de vestiduras. Pero, aun caminando así, delante de todos, encuentra la manera de decir alguna palabra a quien le sigue inmediatamente, que es Jesús, y dice: «Hace tiempo estaba con Alejandro. Él te... Hablaba de ti. El azar te acerca a mí en este momento».
«¿El azar? ¿Por qué no decir Dios, el verdadero Dios?».
El soldado calla unos momentos y luego dice, de forma que sólo oiga Jesús: «El Dios verdadero sería el hebreo... Pero no se atrae nuestro amor. ¡Si es como los hebreos! Ni siquiera de un herido tienen compasión...».
«El verdadero Dios es el Dios de los hebreos, como lo es también de los romanos, de los griegos, de los árabes, de los partos, escitas, iberos, galos, celtas, líbicos y de los hombres hiperbóreos. ¿Hay un solo Dios! Pero muchos no le conocen. Otros le conocen mal. Si le conocieran bien, serían todos, unos para con otros, como hermanos, y no habría atropellos, odios, calumnias, venganzas, actos de lujuria, hurtos y homicidios, adulterios y mentiras. Yo conozco al verdadero Dios y he venido para darle a conocer».

«Se dice - nosotros tenemos que tener bien abiertos los oídos para referir al Centurión, y éste a su vez al Procónsul -, se dice que Tú eres Dios. ¿Es verdad?». El soldado se muestra muy... preocupado mientras dice esto; mira a Jesús bajo la sombra del yelmo y parece casi asustado.
«Lo soy».
«¡Por Júpiter! ¿Entonces es verdad que los dioses bajan a conversar con los hombres? ¡Haber recorrido el mundo detrás de las enseñas y venir aquí, ya viejo, a encontrar a un dios!».
«A Dios. Único. No a un dios» corrige Jesús.
Pero el soldado está anonadado por la idea de preceder a un dios... No dice nada más... piensa. 8Piensa, hasta que, justo a la entrada del pueblo, encuentran a la patrulla, parada, en torno al herido, que gime en el suelo.

«¡Ahí tienes!» dice muy concisamente el suboficial.

Jesús se abre paso y se acerca. La pierna - ya hinchada y lívida - tiene una fea rotura, con el pie girado hacia dentro. El hombre debe sufrir mucho, y, al ver que Jesús extiende una mano, suplica: «¡Hazme poco daño!».

Jesús sonríe. Apenas toca con la punta de los dedos en el lugar donde el círculo lívido del traumatismo señala la fractura. Y luego dice: «¡Levántate!».

«Tiene otra rotura más arriba, en la cadera» explica el suboficial, queriendo decir, sin duda: «¿No tocas esa?».

Justo en ese momento, llega un habitante de Bet-Jorón: «¡Maestro, Maestro! ¡Te malempleas con paganos y mi mujer se muere!».
«Ve y tráemela, si times fe en mí».

«Maestro, no se la puede dominar. Está desnuda y no se puede vestir. Está como loca y se rasga los vestidos. Está moribunda y no se tiene en pie».
«Ve y tráemela, si no eres inferior en la fe a estos gentiles».
El hombre se marcha descontento.

9Jesús mira al romano que está tendido a sus pies: «¿Y tú sabes tener fe?».
«Yo sí. ¿Qué tengo que hacer?».
«Levantarte».
«Mira, Camilo, que...» está diciendo el suboficial. Pero el soldado está ya de pie, ágil, sano.
Los israelitas no aclaman. No es un hebreo el curado. Es más, parecen descontentos, o, por lo menos, su cara expresa crítica contra el gesto de Jesús. Pero los soldados no lo están. Desenvainan las anchas dagas y las levantan en el aire plomizo, después de haberlas golpeado contra los escudos como para hacer ruido de fiesta. Jesús está en medio del círculo de armas blancas.
El suboficial le mira. No sabe como expresarse, ni qué hacer, él, hombre al lado de un dios, él, pagano al lado de Dios... Piensa y juzga que al menos debe hacer a Dios lo que haría al César. Y ordena el saludo militar al emperador (yo al menos creo que es así, porque oigo que resuena un «¡Ave!» potente, mientras las dagas refulgen poniéndose casi horizontales en lo alto del brazo extendido). Y, no contento todavía, el suboficial dice en voz baja: «Ve tranquilo incluso de noche. Los caminos... todos vigilados. Servicio contra los bandidos. Estarás seguro. Yo...». Deja de hablar. Ya no sabe qué más decir.
Jesús le sonríe y dice: «Gracias. Ve y sé bueno. Incluso con los bandidos sé humano. Fiel a tu servicio, pero sin crueldad. Son unos infelices. Y tendrán que rendir cuentas de sus

acciones a Dios».
«Lo seré. ¡Salve! Quisiera volver a verte...».
Jesús le mira muy fijamente. Luego dice: «Volveremos a vernos. En otro monte». Y repite: «Sed buenos. Adiós».

Los soldados reanudan su camino. 10 Jesús entra en el pueblo. Recorre pocos metros y, hacia Él y los que le siguen, ve venir a un grupo numeroso y vociferador (comentan cosas a gritos). Y del grupo se adelantan un hombre y una mujer - el hombre de antes - y se inclinan delante de Jesús: la mujer, de rodillas; el hombre, sólo inclinado.
«Levantaos y alabad al Señor. Pero tengo que decirte a ti, hombre, que tu conciencia no es clara. Has venido a mí por egoísmo, no por amor a mí y por fe en mí. Y has dudado de mi palabra. ¡Y sabes quién soy! Luego has tenido un pensamiento no bueno, porque me paraba a curar a un gentil; de la misma forma que todo el pueblo había obrado mal negándose a acoger al herido. Por un exceso de misericordia y para tratar de hacer bueno tu corazón, te he curado a tu esposa sin entrar en tu casa. No lo merecías. Lo he hecho para que veas que no es necesario que Yo vaya para actuar; basta con que quiera. Pero, en verdad os digo, a todos vosotros, que aquellos a los que despreciáis son mejores que vosotros y saben creer en mi poder más que vosotros. Levántate, mujer. Tú no eres culpable, porque no razonabas. Ve, y que sepas creer de ahora en adelante por gratitud al Señor».
La expresión de los habitantes del pueblo se enfría y se hace altiva ante el reproche de Jesús; le siguen amoscados hasta la plaza, donde se detiene a hablar, visto que el arquisinagogo no le invita a entrar en la sinagoga y que ninguna casa se abre para el Maestro.

11 «Cuando Dios está con los hombres, ellos pueden todo contra la desventura, contra cualquier tipo de desventura. Cuando Dios, por el contrario, no está con los hombres, ellos no pueden nada contra la desventura. Esta ciudad, en sus crónicas*, recuerda esto más de una vez. Dios estaba con Josué y Josué derrotó a los reyes cananeos, y en este camino Dios le ayudó a destruir a los enemigos de Israel "lanzando del cielo sobre ellos grandes piedras, y fueron más los que murieron por las piedras del granizo que a filo de espada" se lee en el libro de Josué. Dios estaba con Judas Macabeo, que se asomó a este monte con su pequeño ejército a mirar al ejército poderoso de Serón, jefe de los ejércitos sirios, y Dios confirmó las palabras del caudillo de Israel con una victoria estrepitosa.

Pero la condición necesaria para tener a Dios con nosotros es moverse por un motivo de justicia. "En las batallas la victoria no depende del número, sino de la ayuda que viene del Cielo" dice Judas Macabeo. En todas las cosas de la vida, el bien viene no del patrimonio, de la potencia o de otra causa, sino de la ayuda que viene del Cielo. Y viene porque se pide ayuda para cosas buenas; "por nuestras vidas y nuestras leyes", sigue diciendo Judas Macabeo. Pero cuando se recurre a Dios para un fin malvado o impuro, vano es invocar su ayuda. Dios no responderá, o responderá con castigos en vez de con bendiciones.

Esta verdad está demasiado olvidada ahora en Israel. Se quiere que Dios ayude y se le invoca para fines no buenos. No se practican las virtudes, y se observan los mandamientos no con verdadera observancia; o sea, de ellos se hace aquello que puede ser visto o alabado por los hombres. Pero distinto es lo que sucede detrás de la apariencia. Yo vengo a decir: sed sinceros en vuestras obras, porque Dios ve todas las cosas. Inútiles

son los sacrificios y vanas las oraciones hechos por pura ostentación cultual, mientras se tiene el corazón lleno de pecado, de odio, de malos deseos.
12Bet-Jorón, no hagan tus habitantes lo que Abdías dice de Edom. Edom, creyéndose seguro, se permitía avasallar a Jacob y exultar por las derrotas de éste. No hagas lo mismo, ciudad sacerdotal. Toma el volumen de Abdías** y medita en él. Medita. Medita. Medita. Y modifica tu camino. Sigue la justicia, si no quieres conocer días de horror. No te salvará entonces ni el estar en esta cima, ni el estar, aparentemente, al margen de los caminos de la guerra. Veo en ti a muchos que no tienen a Dios consigo y que no quieren la presencia de Dios. ¿Murmuráis? Yo os digo la verdad. He subido hasta aquí para decírosla. Para salvaros todavía.
¿Nuestro nombre no era uno sólo? ¿No era todo Israel? ¿Por qué, entonces, se ha dividido y ha tomado dos nombres? ¡Oh! Esto verdaderamente me recuerda el

---

**en sus crónicas,* que, para las partes citadas aquí, están en *Josué 10, 8-11; 1 Macabeos 3, 13-24.*

** *el volumen de Abdías,* que es el más corto de los libros proféticos: un solo capítulo de 21 versículos; *el matrimonio de Oseas,* en *Oseas 1; dice el profeta,* en *Oseas 2, 1-2.* matrimonio de Oseas con la mujer de prostituciones y a los hijos que de su fornicación nacieron. ¿Pero qué dice el profeta? "El número de los hijos de Israel será como la arena del mar... Y entonces en vez de decirles: 'No sois mi pueblo' se les dirá: 'Sois los hijos del Dios vivo'. Y los hijos de Judá y de Israel se reunirán y eligirán a un solo jefe y desbordarán la Tierra, porque grande es el día de Yizreel".
¿Por qué criticáis, entonces, a Aquel que debe reunir todo y hacer un solo pueblo, un gran pueblo, único como único es Dios; por qué le criticáis el que ame a todos los hijos del hombre, porque todos son hijos de Dios, y el que deba hacer hijos del Dios vivo también a aquellos que actualmente asemejan a muertos? ¿Podéis juzgar mis acciones y su corazón y el vuestro? ¿De dónde os viene la luz? La luz viene de Dios. Pero si Dios me envía a mí con el encargo de reunir a todos bajo un solo cetro, ¿cómo podéis tener vosotros una luz verdaderamente divina que os muestre las cosas contrariamente a como las ve Dios? Y es así: veis lo contrario de lo que ve Dios.
No murmuréis. Es verdad. Estáis fuera de la justicia. Pero aún más que vosotros lo están los que os seducen a la injusticia. Y serán doblemente castigados. Me acusáis de contubernio con el enemigo, con el dominador. Leo vuestros corazones. ¿Vosotros no tenéis contubernio con Satanás haciéndoos seguidores de los que combaten al Hijo del hombre, al Enviado de Dios? Por eso me odiáis. Pero conozco el rostro de quienes os instilan el odio.
Como está escrito en Oseas, Yo he venido con las manos cargadas de regalos, y el corazón de amor; he tratado de atraeros con los más dulces modos para suscitar vuestro amor hacia mí. He hablado a mi pueblo como el esposo a la esposa, ofreciéndole eterno amor y paz, y justicia y misericordia. Queda un tiempo todavía para evitar que el pueblo que me rechaza y los jefes que agitan al pueblo - Yo los conozco -, se queden sin rey, príncipe, sacrificio y altar. Pero en la guarida, donde más fuerte es el odio y más fuerte será el castigo, se trabaja para comprar las conciencias y encaminarlas al delito. ¡Oh, en verdad, los que desvían y descarrían a las conciencias serán juzgados siete veces siete más severamente que los descarriados!

Vamos. He venido y he hecho un milagro, y os he dicho la verdad para manifestaros quién soy Yo y convenceros de mi realidad. Ahora me marcho. Si de entre vosotros hay uno sólo justo, que me siga, porque triste es el futuro de este lugar donde anidan las serpientes para seducir y traicionar».
Y Jesús se vuelve y vuelve a tomar el camino por el que ha venido.
13 «¿Por qué, Rabí, les has hablado así? Te odiarán» le preguntan los apóstoles.
«No busco conquistar amor negociando acuerdos, ni mintiendo».
«¿Pero no hubiera sido mejor no venir?».
«No. Es necesario no dejar duda alguna».
«¿Y a quién has convencido?».
«A ninguno. Por ahora, a ninguno. Pero pronto alguien dirá: "No podemos maldecir a nadie por haber sido avisados y no actuar". Y, si reprochan a Dios el haberlos castigado, su reproche será como una blasfemia» .
«Pero a quién querías aludir diciendo...».
«Preguntádselo a Judas de Keriot. Él conoce a muchos de este lugar y conoce sus astucias».
Todos los apóstoles miran a Judas.
«Sí. Este lugar está casi en estado de servidumbre respecto a Elquías. Pero... no creo que Elquías...», las palabras mueren en los labios de Judas, que, levantando la mirada de su cinto - se lo estaba colocando para aparentar normalidad -, encuentra la mirada de Jesús. Una mirada tan centelleante y penetrante que parece incluso magnética. Agacha la cabeza y termina: «Pero, eso sí, es un pueblo soberbio y odioso, que se merece a quien le domina. Cada uno tiene lo que se merece. Ellos tienen a Elquías. Nosotros a Jesús. Y el Maestro ha hecho bien haciéndoles saber que no ignora. Ha hecho muy bien».
«No cabe duda de que son malos. ¿Habéis visto? ¡Ni siquiera un saludo después del milagro! ¡Ni siquiera una limosna! Nada» observa Felipe.
«Pues yo siento temor cuando el Maestro los desenmascara así» suspira Andrés.
«Hacerlo o no hacerlo es igual. Le odian igualmente. ¡Quisiera volver a Galilea!» dice Juan.
«¡A Galilea, claro!» suspira Pedro, y baja la cabeza muy pensativo.
Detrás, los que han seguido a Jesús y no le dejan, comentan, comentan junto con los discípulos.

515. Las razones del dolor salvífico de Jesús. Elogio de la obediencia y lección sobre la humildad.

18 de octubre de 1946.

1 Pero poco puede estar Jesús con sus pensamientos. Juan y su primo Santiago, luego

Pedro y Simón, le alcanzan y atraen su atención hacia el panorama que desde lo alto del collado se ve. Y, quizás con intención de distraerle, porque está visiblemente muy triste, evocan hechos acontecidos en esas zonas que se muestran a sus ojos. El viaje hacia Ascalón... la casa de los campesinos de la llanura de Sarón, donde Jesús devolvió la vista al anciano padre de Gamala y Jacob... el retiro de Jesús y Santiago en el Carmelo... Cesarea Marítima y la jovencita Áurea Gala... el encuentro con Síntica... los gentiles de Joppe... los ladrones de cerca de Modín... el milagro de las mieses en casa de José de Arimatea... la ancianita espigadora... Sí, son cosas, todas ellas, que tienen la intención de alegrar... pero que contienen, para todos o para Él sólo, un hilo de llanto y un recuerdo de dolor. Se dan cuenta de ello los propios apóstoles, y susurran: «Verdaderamente en todas las cosas de la Tierra uno encuentra un dolor. Es lugar de expiación...».
Pero, justamente, Andrés, que se ha unido al grupo junto con Santiago de Zebedeo, observa: «Es ley justa para nosotros, pecadores, pero para Él ¿por qué tanto dolor?».
Surge una benévola discusión, y continúa también cuando, atraídos por las palabras de los primeros, que hablan en tono alto, se unen al grupo todos los otros. Menos Judas Iscariote, que está muy enfrascado con algunas personas modestas – a las cuales está enseñando -, imitando al Maestro en la voz, en el gesto, en el concepto. Pero es una imitación teatral, pomposa, a la cual le falta el calor del convencimiento. Y los que le escuchan se lo dicen, incluso sin rodeos, lo cual pone nervioso a Judas, que les echa en cara el ser obtusos y el que no comprenden nada por eso. Y Judas declara que los deja porque «no conviene arrojar las perlas de la sabiduría a los cerdos». Pero se detiene, porque esta gente modesta, mortificada, le ruega que sea indulgente, confesándose « inferiores a él como un animal es inferior a un hombre»...
Jesús está distraído de lo que dicen en torno a Él los once, para escuchar lo que dice Judas; y, ciertamente, no le alegra lo que oye... pero suspira y calla. [2]Hasta que Bartolomé le hace participar directamente. Somete a su consideración los distintos puntos de vista acerca de la razón de por qué Él, inocente sin pecado, debe sufrir.
Bartolomé dice: «Yo sostengo que esto sucede porque el hombre odia al bueno. Hablo del hombre culpable, o sea, de la mayoría. Esta mayoría comprende que, comparada con quien está libre de pecado, resaltan aún más su culpabilidad y sus vicios, y por rabia se venga haciendo sufrir al bueno».

«Yo, sin embargo, sostengo que sufres por el contraste entre tu perfección y nuestra miseria. Aunque ninguno te despreciara en ningún modo, igualmente sufrirías, porque tu perfección debe sentir una dolorosa repulsa de los pecados de los hombres» dice Judas Tadeo.
«Yo, por el contrario, sostengo que Tú, no careciendo de humanidad, sufres por el esfuerzo de deber dominar con tu parte sobrenatural los impulsos de tu humanidad contra tus enemigos» dice Mateo.
«Yo, que sin duda me equivoco porque soy un ignorante, digo que sufres porque tu amor es rechazado. No sufres por no poder castigar como tu lado humano puede desear, sino que sufres por no poder beneficiar como querrías» dice Andrés.
«Y yo sostengo que sufres porque debes padecer todo el dolor para redimir todo el dolor. No predominando en ti una a otra naturaleza, sino estando igualmente estas dos naturalezas tuyas en ti, fundidas, con un perfecto equilibrio, para formar la Víctima perfecta (tan sobrenatural, que puede ser válida para aplacar la ofensa hecha a la Divinidad; tan humana, que puede representar a la Humanidad y conducirla nuevamente

a la pureza inmaculada del primer Adán, para anular el pasado y generar una nueva humanidad; recrear una humanidad nueva, conforme al pensamiento de Dios, o sea, una humanidad en que esté realmente la imagen y la semejanza de Dios y el destino del Hombre: la posesión, el poder aspirar a la posesión de Dios, en su Reino), debes sufrir sobrenaturalmente, y sufres, por todo lo que ves hacer y por lo que te rodea - podría decir - con perpetua ofensa a Dios, y debes sufrir humanamente, y sufres, para cercenar las tendencias de nuestra carne envenenada por Satanás. Con el sufrimiento completo de tus dos perfectas naturalezas, anularás completamente la ofensa a Dios, la culpa del hombre» dice el Zelote.
Los demás guardan silencio. Jesús pregunta: «¿Y vosotros no decís nada? ¿Cuál es, según vosotros, la definición más apropiada?» .
Unos dicen una, otros otra. Sólo callan Santiago de Alfeo y Juan.
«¿Y vosotros dos? ¿No aprobáis ninguna de ellas?» dice Jesús para moverlos a hablar.
«No. Sentimos en todas algo de verdad, o mucho de verdad. Pero sentimos también que falta la verdad más verdadera».
«¿Y no sabéis encontrarla?».
«Quizás yo y Juan la hemos encontrado. Pero nos parece casi una blasfemia el decirla, porque... Somos unos buenos israelitas y tememos tanto a Dios, que casi no podemos pronunciar su Nombre. Y el pensar que, si el hombre del pueblo elegido, el hombre hijo de Dios, no puede pronunciar casi el Nombre bendito y crea nombres substitutivos para nombrar a su Dios, el que pueda Satanás osar perjudicar a Dios nos parece pensamiento blasfemo. Y, no obstante, sentimos que el dolor es siempre activo contra ti porque Tú eres Dios y Satanás te odia. Te odia como ningún otro. Tú encuentras el odio, hermano mío, porque eres Dios» dice Santiago.
«Sí, encuentras el odio porque eres el Amor. No es que los fariseos, o los rabíes, o éste o aquél, o por éste o por aquél, se alcen para hacerte sufrir. Sino que es el Odio el que inviste de sí a los hombres y los lanza contra ti, lívidos de odio, porque con tu amor arrancas demasiadas víctimas al Odio» dice Juan.
«A las muchas definiciones les falta todavía una cosa. Buscad la razón más verdadera. La razón por la cual he...» anima Jesús.
Pero ninguno la encuentra. Piensan, piensan. Se rinden, diciendo: «No la encontramos...».
«¡Es tan simple! Está siempre ante vosotros. Resuena en las palabras de nuestros libros, en las figuras de nuestras historias... ¡Ánimo, buscad! En todas vuestras definiciones hay algo de verdad, pero falta la primera razón. Buscadla no en nuestros días, sino en el pasado más lejano, antes de los profetas, antes de los patriarcas, antes de la creación del Universo...».
Los apóstoles están pensativos... pero no hallan la razón.
Jesús sonríe. Luego dice:
«Pues, si recordarais mis palabras, encontraríais la razón. Pero no podéis recordar todo todavía. Eso sí, un día recordaréis.
3Escuchad. Remontemos juntos el curso de los siglos, hasta más allá de los límites del tiempo. Vosotros sabéis quién fue el que dañó el espíritu del hombre. Satanás, la Serpiente, el Adversario, el Enemigo, el Odio. Llamadlo como queráis. Pero ¿por qué le dañó? Por una gran envidia: la de ver al hombre destinado al Cielo del que él había sido expulsado. Deseó para el hombre el mismo destierro que él había recibido. ¿Por qué había sido expulsado? Por haberse rebelado contra Dios. Esto lo sabéis. ¿Pero en qué? En

la obediencia. En el principio del dolor hay una desobediencia. Y entonces, ¿no es también necesariamente lógico que lo que restablezca el orden, que es siempre alegría, sea una obediencia perfecta? Obedecer es difícil, especialmente si se trata de una materia grave. Lo difícil produce dolor a aquel que lo lleva a cabo. Pensad, pues, si Yo, al que el Amor solicitó si quería devolver la alegría a los hijos de Dios, no tendré que sufrir infinitamente, para llevar a cabo la obediencia al Pensamiento de Dios. Yo, pues, debo sufrir para vencer, para *borrar* no uno o mil pecados, sino el propio *Pecado por excelencia* que, en el espíritu angélico de Lucifer o en el que animaba a Adán, fue y será siempre, hasta el último hombre, pecado de desobediencia a Dios.
Vosotros, hombres, debéis obedecer limitadamente a eso poco - os parece mucho pero es muy poco - requerido por Dios, que, en su justicia, os pide solamente aquello que podéis dar. Vosotros, de lo que Dios quiere, conocéis solamente lo que podéis cumplir. Pero Yo conozco todo su Pensamiento, respecto a los grandes y pequeños acontecimientos. Yo no tengo puestos límites en el conocimiento ni en la ejecución. El amoroso sacrificador, el Abraham divino, no exime a su Víctima e Hijo suyo. Es el Amor no satisfecho y ofendido el que exige reparación y ofrecimiento. Y, aunque viviera millares de años, nada sería, si no consumara el Hombre hasta la última fibra; de la misma forma que nada habría sido, si ab aeterno no hubiera dicho Yo "sí" al Padre mío, disponiéndome a obedecer como Dios Hijo y como Hombre, en el momento que mi Padre considerara bueno.
La obediencia es dolor y es gloria. La obediencia, como el espíritu, no muere nunca. En verdad os digo que los verdaderos obedientes serán dioses, aunque después de una lucha continua contra sí mismos, contra el mundo y contra Satanás. La obediencia es luz. Cuanto más se es obediente, más luminoso se es y más se ve. La obediencia es paciencia, y, cuanto más se es obediente, más se soportan las cosas y a las personas. La obediencia es humildad, y, cuanto más obediente se es, más humilde se es para con nuestro prójimo. La obediencia es caridad porque es un acto de amor, y, cuanto más obediente se es, más numerosos y perfectos son los actos. La obediencia es heroísmo. Y el héroe del espíritu es el santo, el ciudadano de los Cielos, el hombre divinizado. Si la caridad es la virtud en que uno encuentra a Dios Uno y Trino, la obediencia es la virtud en que soy hallado Yo, vuestro Maestro. Haced que el mundo os reconozca como discípulos míos por una obediencia absoluta a todo lo santo.
4Llamad a Judas. Tengo que decirle algo también a él...».
Judas acude. Jesús señala al panorama que se estrecha a medida que bajan, y dice: «Una pequeña parábola para vosotros, futuros maestros de espíritu. Cuanto más subáis por el camino de la perfección, que es arduo y penoso, más veréis. Antes veíamos las dos llanuras, filistea y de Sarón, con sus muchos pueblos y campos y árboles frutales, e incluso un azul lejano, que era el gran mar, y el Carmelo verde allá en el fondo. Ahora no vemos más que un poco. El horizonte se ha estrechado, y se seguirá estrechando, hasta desaparecer en el fondo del valle. Lo mismo sucede con quien desciende en el espíritu en vez de subir. Su virtud y sabiduría se van haciendo cada vez más limitadas, y restringido su juicio hasta quedar anulado. En ese momento, un maestro de espíritu ha muerto en orden a su misión. Ya ni discierne ni guía. Es un cadáver y, de la misma manera que se ha corrompido, puede corromper. La bajada, a veces, es estimulante, casi siempre lo es, porque abajo hay satisfacciones de los apetitos. También nosotros bajamos al valle en busca de descanso y alimento. Pero, si ello es necesario para nuestro cuerpo, no es necesario satisfacer los apetitos de la carne y la desgana del espíritu, bajando a los valles

de la sensualidad moral y espiritual. Sólo en un valle se concede poner pie: en el de la humildad. Y es porque a éste el mismo Dios desciende a raptar al espíritu humilde para elevarle hasta Él. Quien se humilla será enaltecido. Cualquier otro valle es letal, porque aleja del Cielo».
«¿Me has llamado para esto, Maestro?».
«Para esto. Has hablado mucho con los que te preguntaban».
«Sí, y no merece la pena; son más duros de mente que los mulos».
«Y Yo he querido expresar un pensamiento donde todo quede reflejado. Para que puedas nutrir tu espíritu».
Judas le mira confundido. No sabe si es un don o un reproche. Los otros, que no se habían percatado de la conversación de Judas con los seguidores, no comprenden que Jesús está reprendiendo a Judas por su soberbia.
5Y Judas prefiere prudentemente llevar la conversación por otros derroteros, así que pregunta: «¿Maestro, Tú que piensas? ¿Esos romanos, y lo mismo el hombre de Petra, que han tenido un contacto muy limitado contigo, podrán llegar alguna vez a tu doctrina? ¿Y aquel Alejandro? Se marchó... No volveremos a verle. Y éstos lo mismo. Se diría que en ellos hay una instintiva búsqueda de la verdad, pero están sumergidos hasta el cuello en el paganismo. ¿Lograrán alguna vez concluir alguna cosa buena?».
«¿Quieres decir encontrar la Verdad?».
«Sí, Maestro».
«¿Y por qué no iban a lograrlo?».
«Porque son pecadores».
«¿Sólo ellos son pecadores? ¿Entre nosotros no hay pecadores?».
«Muchos, lo admito. Pero precisamente lo que yo digo es que si nosotros, nutridos de sabiduría y verdad ya desde hace siglos, somos pecadores y no conseguimos hacernos justos y seguidores de la Verdad que representas, ¿cómo podrán hacerlo ellos, si están saturados de impurezas?».
«Todos los hombres, cualquiera que fuera el punto del que partieran, pueden llegar a alcanzar y poseer la Verdad, o sea, a Dios. Cuando no hay soberbia de la mente ni depravación de la carne, sino sincera búsqueda de la Verdad y de la Luz, pureza de finalidad y anhelo de Dios, una criatura está ciertamente en el camino de Dios».
«Soberbia de la mente... y depravación de la carne... Maestro... entonces...».
«Continúa tu pensamiento, que es bueno».
Judas elude continuar, y dice: «Entonces ellos no pueden alcanzar a Dios, porque son unos depravados».
«No era eso lo que querías decir, Judas. ¿Por qué has amordazado tu pensamiento y tu conciencia? ¡Oh, qué difícil es que el hombre suba a Dios! Y el obstáculo mayor está en sí mismo, que no quiere confesar y reflexionar sobre sí mismo y sus defectos. Verdaderamente también Satanás es calumniado muchas veces, cargándole a él toda causa de ruina espiritual. Y más calumniado aún es Dios, al cual se le cargan todos los hechos que suceden. Dios no viola la libertad del hombre. Satanás no puede prevalecer contra una voluntad asentada en el Bien. En verdad os digo que setenta veces sobre cien el hombre peca por su voluntad. Y - no se considera esto, pero es así - y no se restablece de su pecado porque evita el examinarse, y a pesar de que la conciencia, con imprevisto impulso, se yergue dentro de él y grita las verdades que él no ha querido meditar, el hombre ahoga ese grito, borra esa figura que, severa y dolorosa, se yergue delante de su

intelecto, modifica con esfuerzo su pensamiento influido por la voz acusadora, y no quiere decir, por ejemplo: "Pero entonces nosotros, yo, no podemos alcanzar la Verdad, porque tenemos soberbia de la mente y corrupción de la carne". Sí, en verdad, en nuestro pueblo no se camina hacia la senda de Dios, porque en nuestro pueblo hay soberbia de la mente y corrupción de la carne. Una soberbia que es verdaderamente imitadora de la satánica, tanto que se juzgan u obstaculizan las acciones de Dios cuando son contrarias a los intereses de los hombres y de los partidos. Y este pecado hará de muchos de Israel réprobos eternos».
«Bueno, pero no somos todos así».
«No. Todavía hay espíritus buenos, en todos los niveles; más numerosos entre los humildes del pueblo que entre los doctos y ricos, pero los hay. Mas ¿cuántos son?, ¿cuántos, respecto a este pueblo de Palestina al que desde hace casi tres años evangelizo y favorezco, y por el cual me consumo? Hay más estrellas en una noche nubosa que en Israel espíritus deseosos de venir al Reino mío».
«¿Y los gentiles, esos gentiles, irán?».
«No todos, pero sí muchos. Incluso entre mis propios discípulos algunos no perseverarán hasta el final. ¡Pero no nos preocupemos de los frutos que, podridos, caen de la rama! Tratemos, hasta cuando se pueda, de impedir que se pudran, con la dulzura, con la firmeza, con la recriminación y el perdón, con la paciencia y la caridad. Luego, si dicen "no" a Dios y a los hermanos que quieren salvarlos, y se arrojan en los brazos de la Muerte, de Satanás, y mueren impenitentes, bajemos la cabeza y ofrezcamos a Dios nuestro dolor por no haberle podido alegrar con esa alma, salvándosela. Todos los maestros tienen experiencia de estas derrotas; las cuales también son útiles, para mantener mortificado el orgullo del maestro de almas y probar la constancia de éste en el ministerio. La derrota no debe cansar la voluntad del educador de espíritus. Es más, debe impulsarle a hacer más, y mejor, en el futuro».
6«¿Por qué has dicho al decurión que le vas a volver a ver en un monte? ¿Cómo puedes saberlo?».
Jesús mira a Judas con una mirada larga y extraña, mezcla de tristeza y sonrisa juntas, y dice: «Porque será uno de los que estén presentes en mi exaltación, y dirá al gran doctor de Israel una severa palabra verdadera. Y desde ese momento comenzará su seguro camino hacia la Luz. Pero ya estamos en Gabaón. Que Pedro vaya con otros siete a anunciarme. Voy a hablar en seguida, para despedir a los que me han seguido desde los pueblos cercanos. Los demás permanecerán conmigo hasta después del sábado. Tú, Judas, estáte con Mateo, Simón y Bartolomé».
(No he reconocido en el decurión* a ninguno de los soldados presentes en la Crucifixión. Pero debo decir también que centrada en la observación atenta de mi Jesús, no me di mucha cuenta de ellos. Eran, para mí, un grupo de soldados encargados de hacer ese servicio. Nada más. Y además, cuando habría podido observarlos mejor porque "todo estaba consumado", había una luz tan no luz que sólo las caras muy familiares podían ser reconocidas. De todas formas, por las palabras de Jesús pienso que es ese soldado que dice a Gamaliel algunas palabras que no recuerdo y que no puedo verificar, porque estoy sola y no puedo pedir a nadie que me dé el cuaderno de la Pasión).

516. En Gabaón, milagro del mudito y elogio de la sabiduría como amor a Dios.
22 de octubre de 1946.

1En primavera, verano y otoño, Gabaón, construida en el copete de un suave y bajo otero aislado en medio de una llanura fertilísima, debe ser una ciudad graciosa, ventilada y de bellísimo panorama. Sus cases blancas se esconden casi entre el verde de los árboles - de todas clases - de hoja perenne, que están mezclados con árboles desnudos ahora por la estación del año, pero que en la estación buena deben transformar el otero en una nube de pétalos ligeros y, más tarde, en exuberancia de frutas. Ahora, con el tono gris del invierno, muestra las laderas listeadas de desnudas vides y grises por los olivos, y con manchas de árboles frutales, desnudos, de obscuros troncos; a pesar de lo cual, es bonita y aparece ventilada, y la mirada descansa en la ladera del monte y en la arada llanura.

---

* *decurión* es el *jefe de la patrulla romana, o suboficial,* encontrado en 514.7/9; *centrada en la observación atenta de mi Jesús,* en la escena de la Crucifixión, escrita precedentemente pero colocada después, en el ciclo de la "Pasión".

Jesús se dirige hacia una cisterna grande o pozo, que me recuerda un poco el de la samaritana, o también En Rogel y, más todavía, los depósitos cercanos a Hebrón. Hay allí mucha gente: quiénes se apresuran a tomar mucha agua para el sábado, que ya está cerca, quiénes concluyen los últimos tratos, quiénes, habiendo terminado ya sus ocupaciones, se entregan al descanso del sábado (entre éstos, los ocho apóstoles, que anuncian al Maestro y ya han tenido éxito, porque veo que traen a enfermos y se congregan mendigos y otras personas vienen de sus casas).
Cuando Jesús llega a donde está el pilón, se forma un murmullo que se transforma en un grito unánime: «¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Está entre nosotros el Hijo de David! ¡Bendita la Sabiduría, que viene al lugar donde fue invocada!».
«Benditos vosotros, que la sabéis acoger. ¡Paz! Paz y bendición». Y en seguida se dirige hacia los enfermos y los tullidos (por desgracias o enfermedades), hacia los indefectibles ciegos o que están en camino de serlo, y los cura.
2Hermoso es el milagro de un mudito. La madre se lo presenta llorando. Jesús le cure con un beso en la boca. Y él usa las palabras que la Palabra le da para gritar los dos nombres más bonitos: «¡Jesús! ¡Mamá!». Y de los brazos de su madre, que le tenía alzado por encima de la gente, se arroja a los brazos de Jesús, se abraza a su cuello, hasta que Jesús le devuelve a la madre feliz. Ella explica a Jesús cómo este hijo suyo primogénito, destinado desde antes que naciera, en el corazón de los padres, para ser levita, podrá serlo ahora que no time defectos: «No le había pedido al Señor, junto con mi esposo Joaquín, para mí, sino para que sirviera al Señor. Y no he pedido para él la palabra para que me llamase madre y me dijera que me quiere. Sus ojos y sus besos ya me lo decían. La pedía para que pudiera, como cordero sin defecto, ser consagrado enteramente al Señor y alabar su Nombre».

A lo cual Jesús responde: «El Señor oía la palabra de su alma, porque Él, como una madre, hace de los sentimientos palabras y actos. Pero bueno ha sido tu deseo y el Altísimo lo ha acogido. Ahora esfuérzate en educar a tu hijo para la alabanza perfecta, para que sirva siempre con perfección al Señor».
«Sí, Rabí. Pero dime Tú qué es lo que debo hacer».
«Haz que ame al Señor Dios con todo su ser, y espontáneamente florecerá en su corazón la alabanza perfecta, y perfecto será en su servicio a su Dios».
«Bien has hablado, Rabí. La Sabiduría está en tus labios. Te ruego que nos hables a todos» dice un gabaonita de aspecto señorial que se ha abierto paso hasta Jesús y le ha invitado a la sinagoga. Sin duda es el arquisinagogo.
3 Jesús se dirige hacia ella, seguido de todos, y dado que es imposible hacer que entren todos los de la ciudad, más los que ya estaban con Él, acepta el consejo del jefe de la sinagoga de hablar desde la terraza de su casa, contigua a la sinagoga. Una casa ancha y baja, fajada por dos lados por el verde tenaz de una espaldera de jazmines. Y la voz de Jesús, potente y armoniosa, se expande en el aire apacible de la tarde que declina, y se propaga por la plaza y por las tres calles que en ella desembocan, mientras un pequeño mar de cabezas está con la cara alzada escuchando.
«La mujer de vuestra ciudad que ha deseado la palabra para su hijo, no por un deseo de oír de los labios de su hijo dulces palabras, sino para que fuera hábil para servir a Dios, me recuerda otras palabras, ya lejanas, brotadas de los labios de un gran hombre en esta misma ciudad. A éstas, como a las de la mujer de esta ciudad, Dios ha asentido, porque en ambos ha visto una petición de justicia, una justicia que debería estar en todas las oraciones para que encontraran acogida de parte de Dios y gracia. ¿Qué es necesario durante la vida para obtener luego el premio eterno, la verdadera Vida sin fin en una bienaventuranza sin fin? Es necesario amar al Señor con todo el propio ser, y al prójimo como a uno mismo. Y ésta es la cosa más necesaria para tener a Dios por amigo y obtener de Él gracias y bendiciones. Cuando Salomón*, hecho rey después de la muerte de David, asumió de hecho el reino, subió a esta ciudad y ofreció un gran sacrificio de víctimas. Y en esa noche se le apareció el Altísimo y le dijo: "Pídeme lo que desees de mí". Gran benignidad por parte de Dios. Gran prueba por parte del hombre. Porque a todo don le corresponde una gran responsabilidad por parte de quien lo recibe, responsabilidad que es tanto mayor cuanto mayor es el don. Y ésta es una prueba del grado de formación alcanzado por el espíritu. Si un espíritu favorecido por Dios, en lugar de perfeccionarse, desciende hacia la materialidad, ha fallado la prueba y muestra con esto su no formación, o su parcial formación. Hay dos cosas que son índice del valor espiritual del hombre: su modo de comportarse en la alegría y el modo de comportarse en el dolor. Sólo el que está formado en la justicia sabe ser humilde en la gloria, fiel en la alegría, agradecido y constante aun después de haber obtenido algo, aun cuando no desea ya nada más. Y sólo el que es realmente Santo sabe ser paciente y seguir siendo amante de su Dios cuando las penal se ensañan con él».
4 «¿Maestro, puedo preguntarte una cosa?» dice uno de Gabaón.
«Habla».
«Todo lo que dices es verdad. Y, si he comprendido bien, quieres decir que Salomón superó la prueba felizmente. Pero luego pecó. Ahora dime: ¿por qué Dios le favoreció tanto si luego iba a pecar? Sin duda, e1 Señor conocía el futuro pecado del rey. ¿Y entonces por qué le dijo: "Pídeme lo que quieras"? ¿Fue un bien o un mal?».

«Siempre un bien, porque Dios no cumple acciones malas».
«Pero has dicho que a todo don corresponde una responsabilidad. Ahora bien, habiendo Salomón pedido y obtenido la sabiduría...».
«Tenía la responsabilidad de ser sabio y no lo fue, quieres decir. Es verdad. Y te digo que ciertamente esta falta suya respecto a la sabiduría fue castigada, y con justicia. Pero el acto de Dios de concederle la sabiduría que había pedido fue bueno. Y bueno fue el acto de Salomón de pedir la sabiduría y no otras cosas materiales. Y, puesto que Dios es Padre y es Justicia, en el momento del error buena parte de error lo perdonó, teniendo presente que el pecador en el pasado

---

* *Cuando Salomón...,* como se narra en *2 Crónicas 1, 3-12; 1 Reyes 3, 4-15; iba a pecar,* como se narra en *1 Reyes 11, 1-13.*

había amado la Sabiduría más que a ninguna otra cosa o criatura. Un acto habrá disminuido el otro acto. Una buena acción hecha antes del pecado permanece, y vale para el perdón, pero cuando el pecador después del pecado se arrepiente.
Por esto os digo que no dejéis pasar la ocasión de llevar a cabo buenas acciones, para que sean como monedas para pagar vuestros pecados (cuando, por gracia de Dios, de ellos os arrepentís). Las acciones buenas - aunque parezcan pasadas, y por tanto se pueda pensar equivocadamente que ya no fermentan en nosotros y crean nuevos estímulos y fuerzas para cosas buenas - están siempre activas, aunque sólo sea con el recuerdo que resurge desde el fondo de un alma humillada y suscita una añoranza del tiempo en que la persona era buena. Y la añoranza es, a menudo, un primer paso por el camino del regreso a la Justicia. Yo he dicho que incluso un vaso de agua dado con amor a un sediento no queda sin premio. Un sorbo de agua no es nada, en cuanto al valor material, pero la caridad le hace grande. Y no queda sin premio. A veces el premio puede ser volver al Bien que se forma con el recuerdo de esa acción, de las palabras del hermano sediento, de los sentimientos del corazón de aquella ocasión, de ese corazón que daba de beber en nombre de Dios y por amor. Y entonces Dios, por sucesión de recuerdos, vuelve, como un sol que renace después de la noche obscura, para resplandecer en el horizonte de un pobre corazón que lo perdió y que, hechizado por su inefable Presencia, se humilla y grita: "¿Padre, he pecado! Perdona. Te amo de nuevo".

5 E1 amor a Dios es sabiduría. Es la sabiduría de las sabidurías, porque el que ama conoce todo y posee todo. Aquí, mientras cae la tarde y el viento vespertino hace tiritar a los cuerpos arropados y agita las antorchas que habéis encendido, no os repito lo que ya sabéis: los puntos del libro sapiencial donde está escrito cómo Salomón obtuvo la sabiduría, y la oración* que hizo para obtenerla. Pero, para memoria mía, para ir por sendero seguro, para tener luz de guía, os exhorto a meditar con vuestro arquisinagogo esas páginas. El Libro de la Sabiduría debería ser un código de vida espiritual. Como una mano materna debería guiaros - e introduciros en él - al perfecto conocimiento de las virtudes y de mi doctrina. Porque la Sabiduría me prepara los caminos y hace de los hombres - "de corta vida a incapaces de entender los juicios y las leyes, siervos e hijos de siervas de Dios" - los dioses del Paraíso de Dios.
Buscad, sobre todo, Sabiduría para honrar al Señor y oír que Él, en el día eterno, os dice: "Porque has estimado sobre todo esto y no riqueza, bienes, gloria, larga vida, ni triunfo sobre los enemigos, te sea concedida la Sabiduría", o sea, Dios mismo, porque el Espíritu de Sabiduría es Espíritu de Dios. Buscad, sobre todo, la Sabiduría santa, y Yo os digo que

todas las demás cosas os serán dadas, y en un modo en que ninguno de los grandes del mundo puede procurárselas. Amad a Dios. Preocupaos sólo de amarle. Amad al prójimo vuestro para honrar a Dios. Consagraos al servicio de Dios, a su triunfo en los corazones. Convertid a quien no

_____

* *la oración*, que está en *Sabáduría 9.*

es amigo de Dios, convertidlo al Señor. Sed santos. Acumulad las obras santas para defensa vuestra contra las posibles debilidades del ser creado. Sed fieles al Señor. No critiquéis ni a los vivos ni a los muertos. Pero esforzaos en imitar a los buenos, y, no para alegría vuestra terrena, sino para alegría de Dios, pedid al Señor gracias y os serán dadas. Vamos. Mañana oraremos juntos y Dios estará con nosotros».
Y Jesús los bendice y los despide.

517. Hacia Nob. Judas Iscariote, tras un momento polémico, reconoce su error.
24 de octubre de 1946.

1El viento húmedo y frío peina los árboles del otero y empuja en el cielo cúmulos de nubes cenicientas. Arrebujados en sus gruesos mantos, Jesús y los doce y Esteban bajan de Gabaón al camino que conduce hacia la llanura. Hablan entre sí mientras Jesús, absorto en uno de sus silencios, está lejos de lo que le rodea. Y ahí está, hasta que, llegados a un cruce a media ladera - es más, casi al pie del otero -, dice: «Tomamos esta dirección y vamos a Nob».
«¿Cómo? ¿No vuelves a Jerusalén?» pregunta Judas Iscariote.
«Nob y Jerusalén es casi una sola cosa para quien está habituado a caminar mucho. Pero prefiero estar en Nob. ¿Lo lamentas?». ,
«¡Oh! ¡Maestro! Por mí, acá o allá... Más bien lo que lamento es que en un lugar tan propicio para ti hayas figurado tan poco. Hablaste más en Bet-Jorón, que ciertamente no se mostraba amiga tuya. Deberías hacer lo contrario. ¡Vamos, eso me parece! Tratar de atraer cada vez más a ti las ciudades que sientes propicias, hacer de ellas... contraarmas para las ciudades dominadas por enemigos tuyos. ¿Sabes qué valor, tener de tu parte las ciudades cercanas a Jerusalén? Al fin y al cabo, Jerusalén no es todo. También pueden contar los otros lugares y hacer pesar su voluntad sobre el sentir de Jerusalén. Los reyes generalmente son proclamados en ciudades fidelísimas; consumada la proclamación, las otras se resignan...».

«Cuando no se rebelan, y entonces hay luchas fraticidas. No creo que el Mesías quiera empezar su reinado con una guerra interna» dice Felipe.
«Yo quisiera una sola cosa: que hubiera comenzado en vosotros con visión precisa. Pero

vosotros no veis todavía con precisión... ¿Cuándo vais a comprender?».

[2]Sintiendo que quizás es una reprensión lo que está para venir, Judas Iscariote pregunta otra vez: «¿Y por qué aquí, en Gabaón, has hablado tan poco?».
«He preferido escuchar y descansar. ¿No comprendéis que Yo también necesito descanso?».
«Hubiéramos podido quedarnos y darles esta satisfacción. Si estás tan cansado, ¿por qué te has puesto de nuevo en camino?» pregunta afligido Bartolomé.
«No son mis miembros los que están cansados. No necesito quedarme para darles reposo. Es mi corazón el que está cansado y necesita descanso. Y Yo descanso donde encuentro amor. ¿Creéis, acaso, que sea insensible a tanto odio?, ¿que los rechazos no me causen dolor?, ¿que las conjuras contra mí me dejen insensible?, ¿que las traiciones de quien se finge amigo, y es un espía de mis enemigos, puesto a mi lado para...?».
«¡Jamás suceda eso, Señor! Y no debes siquiera sospecharlo. ¡Hablando así, nos ofendes!» protesta Judas Iscariote, con una apasionada irritación, que es superior a la de todos los demás; en efecto, todos protestan diciendo: «Maestro, nos afliges con estas palabras. ¡Dudas de nosotros!». Y Santiago de Zebedeo, impulsivo, exclama: «Me despido de ti, Maestro, y vuelvo a Cafarnaúm. Con el corazón roto. Pero me marcho. Y si no es suficiente Cafarnaúm, me iré con los pescadores de Tiro y Sidón, iré a Cintium, iré no sé a dónde. Pero tan lejos, que sea imposible que puedas pensar que te traiciono. ¡Dame tu bendición como viático!».
Jesús le abraza, diciendo: «Paz, apóstol mío. Son muchos los que se dicen amigos míos, no sois sólo vosotros. Te afligen, os afligen mis palabras. ¿Pero en qué corazones deberé derramar la congoja y buscar consuelo, sino en los de mis amados apóstoles y discípulos de confianza? Busco en vosotros una parte de la unión que he dejado para unir a los hombres: la unión con el Padre mío en el Cielo; y una gota del amor que he dejado por amor a los hombres: el amor de mi Madre. Las busco como apoyo mío. ¡Oh, la ola amarga rebasa mi corazón, el peso inhumano oprime al Hijo del hombre!... La Pasión mía, la Hora mía, se hace cada vez más plena... ¡Ayudadme a soportarla y a cumplirla... porque es muy dolorosa!».
Los apóstoles se miran conmovidos por el dolor profundo que vibra en las palabras del Maestro, y no saben hacer otra cosa sino pegarse a Él, acariciarle, besarle... y son simultáneos los besos de Judas a la derecha y de Juan a la izquierda, en el rostro de Jesús, que baja los párpados celando los ojos mientras Judas Iscariote y Juan le besan...

[3]Reanudan la marcha, y Jesús puede terminar su pensamiento interrumpido: «En medio de tanta congoja mi corazón busca lugares donde halla amor y descanso; donde, en vez de hablar a secas piedras o a engañosas serpientes o a distraídas mariposas, puede escuchar las palabras de otros corazones y consolarse porque las siente sinceras, amorosas, justas. Gabaón es uno de estos lugares. No había ido nunca. Pero he encontrado allí un campo arado y sembrado por magníficos obreros de Dios. ¡Ese arquisinagogo! Ha venido hacia la Luz, pero era ya espíritu luminoso. ¿Lo que puede hacer un buen siervo de Dios! Gabaón, ciertamente, no está exenta de los manejos de los que me odian. Allí también intentarán acusaciones malignas y corrupciones. Pero tiene un arquisinagogo que es un justo, y los venenos del mal pierden su substancia tóxica en esa ciudad. ¿Creéis, acaso, que me resulte agradable el tener siempre que corregir, censurar, a incluso reprender? Mucho más dulce me resulta poder decir: "Tú has comprendido la Sabiduría. Sigue por tu camino y sé santo", como he dicho al arquisinagogo de Gabaón».

«¿Vamos a volver, entonces?».
«Cuando el Padre hace que encuentre un lugar de paz, lo saboreo y bendigo al Padre mío. Pero no he venido para esto. He venido a convertir para el Señor los lugares culpables y lejanos de Él. [4]Vosotros mismos veis que podría estar en Betania y no estoy allí».
«También por no perjudicar a Lázaro».
«No, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que Lázaro es amigo mío. Por tanto, por este motivo, sería vano que Yo pusiera frenos a mi deseo de confortación. Es por...».
«Por las hermanas de Lázaro, por María en particular».
«Tampoco, Judas de Simón. Hasta las piedras saben que la lujuria de la carne no me turba. Observa que, entre las muchas acusaciones que me han sido lanzadas, la primera en caer ha sido ésta, porque hasta mis más sañudos adversarios han comprendido que sostenerla era desenmascarar su habitual inclinación a la mentira. Ninguna persona honesta habría creído que Yo era un sensual. La sensualidad puede tener atractivo sólo para los que no se nutren de lo sobrenatural y aborrecen el sacrificio. Pero, para el que se ha consagrado al sacrificio, para el que es víctima, ¿qué atractivo crees que puede tener el placer de una hora? El gozo de las almas víctimas está enteramente en el espíritu, y, si visten una carne, ésta no es más que un vestido. ¿Tú crees que los vestidos que llevamos tienen sentimientos? Lo mismo es la carne para los que viven de espíritu: un vestido, nada más. El hombre espiritual es el verdadero superhombre, porque no es esclavo de los apetitos, mientras que el hombre material es un no-valor, según la dignidad verdadera del hombre, porque tiene en común con el animal demasiados apetitos, y es incluso inferior a él, superándolo, haciendo del instinto vinculado al animal un vicio degradante».
Judas, perplejo, se muerde los labios; luego dice: «Sí. Y además ya no podrías perjudicar a Lázaro; dentro de poco la muerte le pondrá al margen de todo peligro de venganzas... ¿Y entonces por qué no vas a Betania más a menudo?».
«Porque no he venido para gozar, sino para convertir. Ya te lo he dicho».
«Pero... ¿Te es motivo de gozo el tener contigo a tus hermanos?».
«Sí. Pero también es verdad que no tengo parcialidad hacia ellos. Cuando tenemos que dividirnos para buscar sitio en las casas, no se quedan conmigo generalmente, sino que sois vosotros los que os quedáis. Y esto es para demostraros que, para los ojos y la mente de quien se ha consagrado a la redención, la carne y la sangre no tienen valor, sino que solamente tiene valor la formación de los corazones y su redención. [5]Ahora vamos a ir a Nob y de nuevo nos distribuiremos para dormir. Y, una vez más, Yo te tendré conmigo, y tendré también a Mateo, a Felipe y a Bartolomé».
«¿Es, acaso, que somos los menos formados? ¿Yo, especialmente, a quien siempre retienes a tu lado?».
«Tú lo has dicho, Judas de Simón».
«Gracias, Maestro. Ya me había dado cuenta» dice con ira mal reprimida Judas Iscariote.
«Y, si te has dado cuenta, ¿por qué no te esfuerzas en formarte? ¿Crees, acaso, que por no causarte una mortificación Yo pudiera mentir? Y, además, estamos entre hermanos, y no deben ser objeto de menosprecio las deficiencias de otro, o de abatimiento el ser amonestado delante de los demás, que ya saben, unos de otros, en qué falta cada uno de los hermanos. Ninguno es perfecto, Yo os lo digo. Pero incluso las imperfecciones de unos y otros, tan penosas de verse y de soportarse, deben ser motivo para mejorarse uno a sí mismo y no aumentar así la recíproca desazón. Créeme, Judas, que, aunque tu vea como realmente eres, ninguno, ni siquiera tu madre, te quiere como Yo te quiero, ni se

esfuerza ninguno como tu Jesús en hacerte bueno».
«Ya, pero me reprendes y humillas, y en la presencia de un discípulo».
«¿Es la primera vez que te llamo la atención en orden a la justicia?». Judas calla.
«¡Responde, te digo!» dice Jesús imperiosamente.
«No».
«¿Y cuántas veces lo he hecho públicamente? ¿Puedes decir que te he puesto en evidencia? ¿O debes decir que te he cubierto y defendido? ¡Habla!».
«Me has defendido, es verdad. Pero ahora...».
«Pero ahora es por tu bien. El que acaricia a un hijo culpable, le deberá vendar después las llagas, dice el proverbio. Y dice otro proverbio que el caballo no domado se hace intratable; y el hijo abandonado a sí mismo, un tarambana».
«¿Pero es que soy para ti un hijo?» pregunta Judas, mientras su cara alisa el ceño fruncido.
«Si te hubiera generado no podrías serlo más. Y me dejaría arrancar las entrañas para darte mi corazón y hacerte como quisiera...».
Judas tiene uno de sus recobros... y, sincero, verdaderamente sincero, se arroja a los brazos de Jesús y grita: «¡No te merezco! ¡Soy un demonio y no te merezco! ¡Eres demasiado bueno! ¡Sálvame, Jesús!», y llora, realmente llora con un llanto entrecortado por el jadeo, llanto de corazón turbado por cosas no buenas y por un contraste de éstas con el remordimiento de haber causado dolor a quien le ama.

518. En Jerusalén, encuentro con el ciego curado y palabras que revelan a Jesús como buen Pastor.

25 de octubre de 1946.

1 Jesús, que ha entrado en la ciudad por la puerta de Herodes, está cruzándola en dirección hacia el Tiropeo y el barrio de Ofel. .
«¿Vamos al Templo?» pregunta Judas Iscariote.
«Sí».
«¡Cuidado con lo que haces!» advierten muchos.
«Estaré allí sólo el tiempo de la oración».
«Te van a salir al paso».
«No. Vamos a entrar por las puertas de septentrión y saldremos por las de mediodía, y no tendrán tiempo de organizarse para hacerme algún daño. A menos que esté siempre detrás de mí uno que me vigile e informe».
Ninguno replica, y Jesús prosigue hacia el Templo, que aparece, en lo alto de su colina,

casi espectral bajo la luz verde amarillenta de una plomiza mañana de invierno, en la que el Sol nacido es sólo un recuerdo que se obstina en mantenerse presente tratando de abrir una brecha en la densa masa de nubes. ¡Esfuerzo vano! El alegre lucir de la aurora ha quedado reducido al reflejo mate de un amarillo irreal, no extendido, sino agrupado en manchas que contienen también tonalidades de plomo veteado de verde. Y, debajo de esta luz, los mármoles y el oro del Templo aparecen sin brillo, tristes, yo diría: lúgubres, como ruinas que aún despuntan en una zona de muerte.
Jesús lo mira intensamente mientras sube hacia la muralla. Y mira las caras de los viandantes matutinos. Son, por lo general, gente humilde: hortelanos, pastores con los animalitos que han de ser matados, criados o amas de casa dirigidos a los mercados. Y todos se alejan silenciosos, arrebujados en los mantos, un poco encorvados para defenderse del viento más bien frío de la mañana. También los rostros parecen más pálidos de como son normalmente los de esta raza. Es la luz extraña la que los pone así, verdosos o casi perlinos, con el fondo de los mantos de colores, que, verdes o de vivo color violado o amarillos intensos, no son, ciertamente, adecuados para proyectar reflejos róseos en las caras. Alguno saluda al Maestro, pero no se detiene. No es la hora propicia. Todavía no hay mendigos lanzando sus quejumbrosos gritos en los cruces y debajo de las amplias bóvedas que, cada poco, cubren las calles. La hora y el período del año contribuyen a la libertad - para Jesús - de caminar sin obstáculos.
Ya están en las murallas. Entran. Van al atrio de los Israelitas. Oran mientras un sonido de trompetas - diría que son de plata por su timbre - anuncia algo que es, sin duda, importante, y se esparce por la colina; y, mientras un perfume de incienso se esparce suavemente, sobrepujando todos los otros olores menos agradables que puedan percibirse en la cima del Moria, o sea: el perpetuo - diría: natural - olor a carne de animales degollados y consumidos por el fuego; el olor a harina quemada; el olor a aceite ardiendo: olores éstos que se detienen siempre ahí arriba, más o menos fuertes, pero que siempre están presentes, por los continuos holocaustos.
Se marchan siguiendo otra dirección, y empiezan a ser notados por los primeros que vienen al Templo, por gente que pertenece al Templo, por los cambistas y vendedores, que están montando sus mesas o recintos. Pero son demasiado pocos; y la sorpresa es tal, que no saben reaccionar. Entre sí intercambian palabras de estupor: «¡Ha vuelto!», «No ha ido a Galilea, como decían», «¿Pero dónde estaba escondido, si no se le ha encontrado en ninguna parte?», «Quiere realmente desafiarlos», «¡Qué necio!», «¡Qué santo!», etcétera, según la disposición de cada uno.
2 Jesús está ya fuera del Templo y baja hacia la calle que lleva a Ofel. En esto, se topa con el ciego de nacimiento, curado hace poco, el cual, cargado de cestas llenas de manzanas olorosas, camina alegre, bromeando con otros jóvenes igualmente cargados, que van en sentido opuesto al suyo.
Quizás al joven le pasaría inadvertido el encuentro, dado que desconoce el rostro de Jesús y el de los apóstoles. Pero Jesús no desconoce la cara del que fue curado milagrosamente. Y le llama. Sidonio, llamado Bartolmái, se vuelve y mira interrogativamente al hombre alto y majestuoso - a pesar de ir vestido humildemente - que le llama por el nombre dirigiéndose hacia una callejuela.
«Ven aquí» ordena Jesús.
El joven se acerca sin dejar su carga. Mira a Jesús. Cree que desea comprar manzanas. Dice: «Mi jefe las ha vendido ya. Pero tiene más todavía, si quieres. Son bonitas y

buenas. Traídas ayer de los pomares de Sarón. Y, si compras muchas, tienes un importante descuento, porque...».
Jesús sonríe mientras alza la derecha para poner freno a la locuacidad del joven. Y dice: «No te he llamado para comprar las manzanas, sino para alegrarme contigo y bendecir contigo al Altísimo, que te ha concedido su favor».
«¡Oh, sí! Yo lo hago continuamente, por la luz que veo y por el trabajo que puedo realizar, ayudando a mi padre y a mi madre, por fin. He encontrado un buen jefe. No es hebreo, pero es bueno. Los hebreos no me querían por... porque saben que he sido expulsado de la sinagoga» dice el joven, y pone las cestas en el suelo.
«¿Te han expulsado? ¿Por qué? ¿Qué has hecho?».
«Yo nada. Te lo aseguro. El Señor es el que lo ha hecho. En sábado, el Señor hizo que me encontrara con ese hombre que se dice que es el Mesías, y Él me curó, como ves. Por eso me han expulsado».
«Entonces el que te curó no te ha hecho en todo un buen servicio» prueba Jesús.
«¡No digas eso, hombre! ¡Esto que dices es una blasfemia! Ante todo, me ha mostrado que Dios me ama, luego me ha dado la vista... Tú no sabes lo que es "ver", porque has visto siempre. ¡Pero uno que no había visto nunca! ¡Oh!... Es... Con la vista se tienen juntamente todas las cosas. Yo te digo que cuando vi, allá en Siloé, reí y lloré, pero de alegría ¿eh? Lloré como no había llorado en el tiempo de la desventura. Porque entendí entonces cuán grande era ella y cuán bueno era el Altísimo. Y, además, puedo ganarme la vida, y con trabajo decoroso. Y, además... - esto es lo que, más que todo, espero que me conceda el milagro recibido -, además, espero poder encontrar al hombre al que llaman Mesías y a su discípulo que me...».
«¿Y qué harías entonces?».
«Quisiera bendecirle. A Él y a su discípulo. Y quisiera decirle al Maestro, que tiene que venir realmente de Dios, que me tome a su servicio».
«¿Cómo? Por causa suya estás anatematizado, con fatiga encuentras trabajo, puedes ser incluso más castigado, ¿y quieres servirle? ¿No sabes que están perseguidos todos aquellos que siguen al que te curó».
«¡Ya lo sé! Pero É1 es el Hijo de Dios. Eso se dice entre nosotros. A pesar de que aquellos de arriba (y señala al Templo) no quieran que se diga. Y ¿no merece la pena dejarlo todo para servirle a Él?». .
3«¿Crees, entonces, en el Hijo de Dios y en su presencia en Palestina?».
«Lo creo. Pero quisiera conocerle, para creer en Él no sólo en la mente, sino con todo mi ser. Si sabes quién es y dónde se encuentra, dímelo, para ir donde Él, verle, creer completamente en él y servirle».
«Ya le has visto, y no tienes necesidad de ir donde Él. El que ves y te habla en este momento es el Hijo de Dios».
Y - no podría afirmarlo con plena seguridad - me ha parecido que al decir estas palabras Jesús ha tenido casi una brevísima transfiguración, adquiriendo un aspecto bellísimo y, diría, esplendoroso. Yo diría que, para premiar y confirmar en su fe a este humilde creyente que cree en Él, ha descubierto, durante el tiempo que dura un destello, su belleza futura (quiero decir la que asumirá después de la Resurrección y conservará en el Cielo, su belleza de criatura humana glorificada, de cuerpo glorificado y hecho uno con la inefable belleza de su Perfección). Un instante, digo. Un destello. Pero el rincón semiobscuro donde se han refugiado para hablar, bajo el arco de la calleja, se ilumina

extrañamente con una luminosidad que emana de Jesús, el cual, lo repito, adquiere una grandísima hermosura.
Luego todo vuelve a ser como antes, excepto el joven, que ahora está en el suelo, rostro en tierra, y que adora y dice: «¡Yo creo, Señor, mi Dios!».
«Levántate. He venido al mundo para traer la luz y el conocimiento de Dios y para probar a los hombres y juzgarlos. Este tiempo mío es tiempo de opción, de elección y de selección. He venido para que los puros de corazón e intención, los humildes, los mansos, los amantes de la justicia, de la misericordia, de la paz, los que lloran y los que saben dar a las distintas riquezas su valor real y preferir las espirituales a las materiales encuentren aquello que su espíritu anhela; y para que los que eran ciegos - porque los hombres habían alzado gruesos muros para impedir el paso de la luz, o sea, impedir el conocimiento de Dios - vean, y los que se creen con vista se queden ciegos...».
4«Entonces Tú odias a una parte grande de los hombres y no eres bueno como dices ser. Si tu fueras, buscarías que todos vieran, y que quien ya viera no se quedara ciego» interrumpen algunos fariseos, que han llegado al improviso por la calle principal y, cautamente, se han acercado con otros a espaldas del grupo apostólico.
Jesús se vuelve y los mira. ¡Ciertamente ya no está transfigurado en dulce belleza! Es un Jesús bien severo el que fija en sus perseguidores sus miradas de zafiro. Su voz ya no tiene la nota de oro de la alegría, sino que es broncínea, y, cual sonido de bronce, es incisiva y severa en la respuesta: «No soy Yo el que quiere que no vean la verdad los que actualmente combaten contra ella. Son ellos mismos los que levantan delante de sus pupilas un muro de adoquines para no ver. Y se hacen ciegos por su libre voluntad. Y el Padre me ha enviado para que esta división tenga lugar, y sean verdaderamente conocidos los hijos de la Luz y los de las Tinieblas, los que quieren ver y los que quieren hacerse ciegos».
«¿Acaso estamos nosotros también entre estos ciegos?».
«Si lo fuerais y trataseis de ver, no seríais culpables. Pero es porque decís: "Vemos", y luego no queréis ver, por lo que pecáis. Vuestro pecado permanece porque no tratáis de ver aun siendo ciegos».
«¿Y qué tenemos que ver?».
«El Camino, la Verdad, la Vida. Un ciego de nacimiento, como era éste, con su bastoncito puede en todo caso encontrar la puerta de su casa e ir por ella, porque conoce su casa. Pero si le llevaran a otros lugares, no podría entrar por la puerta de la nueva casa, porque no sabría dónde estaría y se chocaría contra las paredes.
5El tiempo de la nueva Ley ha llegado. Todo se renueva y un mundo nuevo, un nuevo pueblo, un nuevo reino surgen. Ahora los del tiempo pasado no conocen todo esto. Conocen *su* tiempo. Son como ciegos llevados a una ciudad nueva, donde está la casa regia del Padre, pero cuya ubicación no conocen. Yo he venido para guiarlos e introducirlos en ella y para que vean. Pero soy Yo mismo la Puerta por la cual se pasa a la casa paterna, al Reino de Dios, a la Luz, al Camino, a la Verdad, a la Vida. Y soy también Aquel que ha venido a reunir el rebaño que había quedado sin guía, y a conducirle a un único redil: el del Padre. Yo soy la puerta del Redil, porque soy al mismo tiempo Puerta y Pastor. Y entro y salgo como y cuando quiero. Y entro libremente, y por la puerta, porque soy el verdadero Pastor.
Cuando uno viene a dar a las ovejas de Dios otras indicaciones, o trata de descaminarlas llevándolas a otras moradas y a otros caminos, no es el buen Pastor; es un pastor ídolo. Y

el que no entra por la puerta del redil, sino que trata de entrar por otra parte saltando el recinto, no es el pastor, sino un ladrón y un asesino que entra con intención de robar y matar, para que los corderos de que se han apoderado no emitan voces de lamento y no atraigan la atención de los guardianes y del pastor. También entre las ovejas del rebaño de Israel tratan de introducirse falsos pastores para desviarlas de los pastos y alejarlas del Pastor verdadero. Y entran dispuestos incluso a arrancarlas del rebaño con violencia, y, si llega el caso, están dispuestos a matarlas y a dañarlas de muchas maneras, para que no hablen y no le manifiesten al Pastor las astucias de los falsos pastores, ni griten invocando la protección de Dios contra sus adversarios y los adversarios del Pastor.
Yo soy el Buen Pastor y mis ovejas me conocen, y me conocen los eternos porteros del verdadero Redil. Ellos me han conocido y han conocido mi Nombre, que han manifestado para que Israel lo conociera; me han descrito y han preparado mis caminos, y, cuando mi voz se ha oído, el último de ellos me ha abierto la puerta y ha dicho al rebaño que esperaba al verdadero Pastor, al rebaño que estaba agrupado en torno a su cayado: "Aquí tenéis a Aquel de quien he dicho que viene después de mí. Uno que me precede porque existía antes de mí y yo no le conocía. Pero para esto, para que estéis preparados a recibirle, he venido a bautizar con agua, para que fuera manifestado en Israel". Y las ovejas buenas han oído mi voz y, cuando las he llamado por el nombre, han venido solícitas y las he llevado conmigo, como hace un verdadero pastor al que conocen las ovejas, que le reconocen por la voz y le siguen a dondequiera que vaya. Y, cuando ha sacado a todas, camina delante de ellas, y ellas le siguen porque aman la voz del pastor. Por el contrario, no siguen a un extranjero; antes bien, huyen lejos de él porque no le conocen y le temen. Yo también camino delante de mis ovejas para señalarles el camino y hacer frente, Yo el primero, a los peligros y señalárselos al rebaño, al cual quiero guiar a mi Reino y ponerlo a salvo».

6 «¿Acaso Israel ya no es el reino de Dios?».
«Israel es el lugar desde donde el pueblo de Dios debe elevarse hasta la verdadera Jerusalén y hasta el Reino de Dios».
«¿Y el Mesías prometido, entonces? Ese Mesías que afirmas que eres, ¿no debe, pues, hacer a Israel triunfante, glorioso, dueño del mundo, sometiendo a su cetro todos los pueblos, y vengándose, sí, vengándose ferozmente de todos los que lo han sometido desde que es pueblo? ¿Entonces nada de esto es verdad? ¿Niegas a los profetas? ¿Llamas necios a nuestros rabíes? Tú...».
«El Reino del Mesías no es de este mundo. Es el Reino de Dios, fundado sobre el amor. No es otra cosa. Y el Mesías no es rey de pueblos y ejércitos, sino rey de espíritus. Del pueblo elegido vendrá el Mesías, de la estirpe real, y, sobre todo, de Dios, que le ha generado y enviado. Por el pueblo de Israel ha comenzado la fundación del Reino de Dios, la promulgación de la Ley de amor, el anuncio de la buena Nueva de que habla el profeta*. Pero el Mesías será Rey del mundo, Rey de los reyes, y su Reino no tendrá límite en el tiempo ni confin en el espacio. Abrid los ojos y aceptad la verdad».
«No hemos entendido nada de tu desvarío. Dices palabras sin nexo. Habla y responde sin parábolas: ¿Eres o no eres el Mesías?».
«¿Y no habéis entendido todavía? Os he dicho que soy Puerta y Pastor por esto. Hasta ahora ninguno ha podido entrar en el Reino de Dios, porque estaba murado y no tenía salidas. Pero ahora he venido Yo y está hecha la puerta para entrar en él».

---

* *de que habla el profeta,* es decir, *Isaías 61, 1.*

«¡Oh! Otros han dicho que eran el Mesías, y luego han sido descubiertos como bandidos y rebeldes, y la justicia humana ha castigado su bellaquería. ¿Quién nos asegura que no eres como ellos? ¡Estamos cansados de sufrir y hacer sufrir al pueblo el rigor de Roma, por mérito de embusteros que se dicen reyes y hacen que el pueblo se levante en rebelión!».
«No. No es exacta vuestra frase. Vosotros no queréis sufrir, eso es verdad. Pero que el pueblo sufra no os duele. Tanto es así, que al rigor de quien domina unís vuestro rigor, oprimiendo con décimos insoportables y otras muchas cosas al pueblo modesto. ¿Que quién os asegura que no soy un malandrín? Mis acciones. No soy Yo el que hace pesada la mano de Roma; al contrario, la aligero, aconsejando a los dominadores humanidad, a los dominados paciencia. Al menos estas cosas».
Mucha gente - ya mucha gente se ha congregado, y crece cada vez más, tanto que obstaculizan el paso por la calle grande y, por tanto, todos van a confluir en la callejuela, bajo cuyas bóvedas las voces retumban - aprueba diciendo: «¡Bien dicho lo de los décimos! ¡Es verdad! A nosotros nos aconseja sumisión y a los romanos piedad».
7Los fariseos, como siempre, se envenenan por las aprobaciones de la muchedumbre, y se muestran aún más mordaces en el tono con que se dirigen a Cristo. «Responde sin tantas palabras y demuestra que eres el Mesías».
«En verdad, en verdad os digo que lo soy. Yo, sólo Yo, soy la Puerta del redil de los Cielos. Quien no pasa por mí no puede entrar. Es verdad. Ha habido otros falsos Mesías, y más que habrá. *Pero el único y verdadero Mesías soy Yo*. Todos los que hasta ahora han venido, presentándose como tales, no lo eran; eran sólo ladrones y salteadores. Y no sólo aquellos que se hacían llamar, de parte de unos pocos de su misma forma de ser, Mesías, sino también otros que, sin darse ese nombre, exigen una adoración que ni siquiera al verdadero Mesías se le da. Quien tenga oídos para oír que oiga. De todas formas, observad: ni a los falsos Mesías ni a los falsos pastores y maestros las ovejas los han escuchado, porque su espíritu sentía la falsedad de su voz, que quería aparecer dulce y, sin embargo, era cruel. Sólo los cabros los han seguido para ser sus compañeros en sus fechorías. Cabros salvajes, indómitos, que no quieren entrar en el Redil de Dios, bajo el cetro del verdadero Rey y Pastor. Porque esto, ahora, se da en Israel: que Aquel que es el Rey de los reyes viene a ser el Pastor del rebaño, mientras que, en el pasado, aquel que era pastor de rebaños vino a ser rey, y el Uno y el otro vienen de la misma raíz, de la raíz de Iesaí, como está escrito en las promesas y profecías.
Los falsos pastores no han pronunciado palabras sinceras ni sus acciones han sido consoladoras. Han dispersado y torturado al rebaño, o lo han abandonado a los lobos, o lo han matado para sacar provecho vendiéndolo y así asegurarse la vida, o le han quitado los pastos para hacer de ellos moradas de placer y bosquecillos para los ídolos. ¿Sabéis cuáles son los lobos? Son las malas pasiones, los vicios que los mismos falsos pastores han enseñado al rebaño, practicándolos ellos los primeros. ¿Y sabéis cuáles son los bosquecillos de los ídolos? Son los propios egoísmos, ante los cuales demasiados queman inciensos. Las otras dos cosas no necesitan ser explicadas, porque son hasta demasiado claras estas palabras mías. Pero que los falsos pastores actúen así es lógico. No son sino ladrones que vienen para robar, matar y destruir, para llevar fuera del redil a pastos

traicioneros, o conducir a falsos apriscos, que en realidad son mataderos. Pero los que pasan por mí están en seguro y podrán salir para ir a mis pastos, o volver para venir a mis descansos, y hacerse robustos y pingües de substancias santas y sanas. Porque he venido para esto. Para que mi pueblo, mis ovejas, hasta ahora flacas y afligidas, tengan la vida, y vida abundante, y de paz y alegría. Y tanto quiero esto, que he venido a dar mi vida porque mis ovejas tengan la Vida plena y abundante de los hijos de Dios.

8 Yo soy el Pastor bueno. Y un pastor, cuando es bueno, da la vida por defender a su rebaño de los lobos y de los salteadores; por el contrario, el mercenario, que no ama a las ovejas sino al dinero que gana por llevarlas a pastar, se preocupa sólo de salvarse a sí mismo y de salvar la pequeña suma que lleva en el pecho, y, cuando ve venir al lobo o al salteador, huye, aunque luego vuelva para tomar alguna oveja que el lobo haya dejado medio muerta, o que haya sido desperdigada por el salteador, y matar a la primera para comérsela, o vender la segunda como suya, aumentando así su suma, para decir luego al amo, con falsas lágrimas, que ni siquiera una de las ovejas se ha salvado. ¿Qué le importa al mercenario si el lobo adentella y desperdiga a las ovejas, y el salteador hace saqueo de ovejas para llevarlas al carnicero? ¿Acaso veló por ellas mientras crecían, acaso trabajó esforzadamente para ponerlas robustas? Pero el que es amo y sabe cuánto cuesta una oveja, cuántas horas de trabajo, cuántos desvelos, cuántos sacrificios, las quiere y les presta cuidado, a ellas que son su bien. Pero Yo soy más que un amo. Yo soy el Salvador de mi rebaño y sé cuánto me cuesta la salvación de una sola alma; por tanto, estoy dispuesto a todo con tal de salvar a un alma. Esa alma me ha sido confiada por el Padre mío. Todas las almas me han sido confiadas, con el mandato de que salve un grandísimo número de ellas. Cuantas más logre arrancar a la muerte del espíritu, más gloria recibirá mi Padre. Por tanto, lucho para liberarlas de todos sus enemigos, o sea, de su *yo*, del mundo, de la carne, del demonio, y de mis adversarios, que me las disputan para producirme dolor. Yo hago esto porque conozco el pensamiento del Padre mío. Y el Padre mío me ha enviado a hacer esto porque conoce mi amor por Él y por las almas. También las ovejas de mi rebaño me conocen a mí y conocen mi amor, y sienten que estoy dispuesto a dar mi vida para darles la alegría.

Tengo otras ovejas. Pero no son de este Redil. Por tanto, no me conocen en lo que Yo soy, y muchas ignoran mi existencia a ignoran quién soy Yo. Ovejas que a muchos de nosotros parecen peor que cabras salvajes y son consideradas indignas de conocer la Verdad y de poseer la Vida y el Reino. Y, sin embargo, no es así. El Padre desea también éstas; por tanto, tengo que acercarme también a éstas, darme a conocer, hacer conocer la buena Nueva, guiarlas a mis pastos, reunirlas. Y éstas también escucharán mi voz porque acabarán amándola. De manera que habrá un solo Redil y un solo Pastor, y el Reino de Dios quedará reunido en la Tierra, ya preparado para ser transportado y acogido en los Cielos, bajo mi cetro, mi signo y mi verdadero Nombre.

¡Mi verdadero Nombre! ¡Sólo Yo lo conozco! Mas cuando el número de los elegidos esté completo y, entre himnos de alborozo, se sienten a la gran cena de bodas del Esposo con la Esposa, entonces mi Nombre será conocido por mis elegidos que por fidelidad a él se hayan santificado, aunque haya sido sin conocer toda la extensión y profundidad de lo que era estar signado por mi Nombre y ser premiados por su amor a él, ni cuál era el premio... Esto es lo que quiero dar a mis ovejas fieles. Lo que constituye mi propia alegría...».

9 Jesús recorre, con una mirada brillante de llanto extático, los rostros dirigidos hacia él, y

una sonrisa le tiembla en los labios, una sonrisa tan espiritualizada en su rostro espiritualizado, que se siente estremecer la muchedumbre, que intuye el rapto de Cristo a una visión beatífica, y su deseo de amor de verla cumplida. Vuelve a su estado normal. Cierra un instante los ojos, celando así el misterio que ve su mente y que los ojos podrían dejar transparentar demasiado, y prosigue:
«Por esto me ama el Padre, ¡oh pueblo mío, o rebaño mío! Porque por ti, por tu bien eterno, doy la vida. Luego la tomaré de nuevo. Pero primero la daré para que tengas la vida y a tu Salvador como vida de ti mismo. Y la daré de forma que tú te nutras de ella, transformándome de Pastor en pasto y fuente que darán alimento y bebida, no durante cuarenta años como para los hebreos del desierto, sino durante todo el tiempo de exilio por los desiertos de la Tierra. Nadie, en realidad, me quita la vida. Ni los que amándome con todo su ser merecen que la inmole por ellos, ni los que me la quitan por un odio desorbitado y un miedo estúpido. Nadie podría quitármela si por mí mismo no consintiera en darla y si el Padre no lo permitiera, invadidos los dos por un delirio de amor hacia la Humanidad culpable. Por mí mismo la doy. Y tengo el poder de tomarla de nuevo cuando quiera, pues no es conveniente que la Muerte prevalezca contra la Vida. Por esto el Padre me ha dado este poder; es más, el Padre me ha mandado hacer esto. Y por mi vida, ofrecida e inmolada, los pueblos serán un único Pueblo: el mío, el Pueblo celeste de los hijos de Dios, separándose en los pueblos las ovejas de los cabros y siguiendo las ovejas a su Pastor al Reino de la Vida eterna».
10 Y Jesús, que hasta ahora ha hablado fuerte, se vuelve, en voz baja, a Sidonio, llamado Bartolmái, que ha estado durante todo este tiempo delante de Él con su canasta de manzanas olorosas a los pies, y le dice: «Has olvidado todo por mí. Ahora, ciertamente, te castigarán y perderás el trabajo. ¿Lo ves? Yo te traigo siempre dolor. Por mí has perdido la sinagoga y ahora vas a perder al patrón...».
«¿Y qué me importa todo eso si te tengo a ti? Sólo Tú tienes valor para mí. Dejo todo por seguirte. Basta que me lo concedas. Deja sólo que lleve esta fruta a quien la ha comprado y luego estoy contigo».
«Vamos juntos. Después iremos a casa de tu padre. Porque tienes un padre y debes honrarle pidiéndole su bendición».
«Sí, Señor. Todo lo que quieras. Pero enséñame mucho porque no sé nada, nada de nada, ni siquiera leer y escribir, porque era ciego».
«No te preocupes de eso. La buena voluntad te enseñará».
Y se encamina para volver a la calle principal, mientras la masa de gente hace comentarios, confronta pareceres, discute incluso, insegura entre las distintas opiniones, que son siempre las mismas: ¿es Jesús de Nazaret un poseído o un santo? La gente, en desacuerdo, discute mientras Jesús se aleja.

519. Inexplicable ausencia de Judas Iscariote y alto en Betania, en casa de Lázaro.
28 de octubre de 1946.

[1]Jesús despide a los discípulos Leví, José, Matías y Juan - no sé dónde los ha encontrado - y les confía el neodiscípulo Sidonio, llamado Bartolmái. Esto sucede en las primeras casas de Betania. Y los discípulos pastores se van con el nuevo llegado y con otros siete hombres que tenían con ellos. Jesús los mira mientras se marchan. Luego se vuelve, a mirar a sus apóstoles, y dice: «Ahora vamos a esperar aquí a Judas de Simón...».
«¡Ah! ¿Te has dado cuenta de que se ha marchado?» dicen asombrados los otros.
«Creíamos que no te hubieras percatado. La gente era mucha, y has estado hablando todo el tiempo, primero con el joven y después con los pastores...».
«Desde el primer momento, he visto que se había alejado. Nada me pasa inadvertido. Por este motivo he entrado en las casas amigas diciendo que manden a Judas a Betania, si preguntara por mí...».
«Dios quiera que no» refunfuña, entre dientes, el otro Judas.
Jesús le mira, pero hace ademán de no haber notado la frase, y continúa, hablando a todos porque los ve a todos del parecer de Judas Tadeo (las caras, a veces, hablan mejor que las palabras): «Será bueno este descanso en espera de su regreso. Aliviará a todos. Luego iremos hacia Tecua. El tiempo está frío pero la tendencia es a cielo sereno. Evangelizaré esa ciudad. Luego subiremos de nuevo pasando por Jericó, e iremos a la otra orilla. Me han dicho los pastores que muchos enfermos me buscan y les he enviado el mensaje de que no emprendan el viaje, sino que me esperen en estos lugares».
«Pues vamos, sí» suspira Pedro.
«¿No estás contento de ir donde Lázaro?» pregunta Tomás.
«Estoy contento».
«¡Lo dices de una manera!...».
«No lo digo por Lázaro. Lo digo por Judas...».
«Eres pecador, Pedro» advierte Jesús.
«Lo sé. Pero... él, Judas de Keriot, que se marcha, que es impertinente, que es un tormento, ¿no lo es?» salta Pedro, que ya no aguanta más.
«Lo es. Pero si él lo es, tú no debes serlo. Ninguno de nosotros debe serlo. [2]Recordad que Dios nos pedirá cuentas - digo: *nos pedirá* porque a mí antes que a vosotros Dios Padre me ha confiado ese hombre - de lo que hayamos hecho para redimirle».
«¿Y esperas lograrlo, hermano? No puedo creerlo. Tú, esto sí que lo creo, Tú conoces el pasado, el presente y el futuro. Y, por tanto, no puedes engañarte respecto a ese hombre. Y... bueno, es mejor que no diga lo demás».
«Efectivamente, saber callar es una gran virtud. Pero debes saber que el prever más o menos exactamente el futuro de un corazón no dispensa a nadie de perseverar hasta el final para apartarlo de la ruina. No caigas tú también en el fatalismo de los fariseos, que sostienen que lo que está destinado debe cumplirse y nada impide el cumplimiento de lo que está destinado; razón con la cual avalan también sus culpas y avalarán el último acto de su odio hacia mí. Muchas veces Dios está esperando el sacrificio de un corazón - que supera sus náuseas y sentimientos de desdén, sus antipatías, incluso justificadas - para arrancar a un espíritu del pantano en que se está hundiendo. Sí, Yo os lo digo. Muchas veces Dios (el Omnipotente, el Todo) espera a que una criatura (una nada), haga o no haga un sacrificio, una oración, para signar o no signar la condena de un espíritu. Nunca es tarde, nunca es demasiado tarde para intentar y esperar salvar un alma. Y os daré pruebas de ello. Incluso a las puertas de la muerte, cuando tanto el pecador como el justo que por él se aflige, están próximos a dejar la Tierra para ir al primer juicio de Dios,

siempre es posible salvar y ser salvados. Entre la copa y los labios, dice el proverbio, siempre hay lugar para la muerte. Y Yo digo: entre la extrema agonía y la muerte hay siempre tiempo para obtener un perdón, para uno mismo o para aquellos que queremos que sean perdonados».
Ni una palabra de réplica de ninguno.
3Jesús, que ya ha llegado a la pesada cancilla, da una voz a un doméstico para que le abran. Entra. Pregunta por Lázaro.
«¡Oh, Señor! ¿Ves? Vuelvo de recoger hojas de laurel y alcanfor y bayas de ciprés, y otras hojas y frutos olorosos, para hervirlo con vino y resinas y con ello hacerle baños a mi señor. Su carne se cae a pedazos y no se soporta el hedor. Has venido, pero no sé si te dejarán pasar...». Por miedo a que el aire oiga, el doméstico apaga su voz en un susurro: «Ahora, que ya no se puede ocultar que tiene las llagas, las dueñas rechazan a todos... por miedo. Ya sabes... a Lázaro le quieren realmente pocos... Y muchos, por muchos motivos gozarían si... ¡Oh, no quiero pensar en lo que es el miedo de toda la casa!».
«Hacen bien ellas. Pero no temáis. No sucederá esta desventura».
«Pero... curarse, ¿podrá? Un milagro tuyo...».
«No se curará. Pero servirá para glorificar al Señor».
El doméstico se siente defraudado... ¡Jesús, que cura a todos y que aquí no hace nada!... De todas formas, se limita a emitir un suspiro como única manifestación de lo que piensa. Luego dice: «Voy donde las dueñas de la casa a anunciarte».
Jesús se ve rodeado por los apóstoles, que están interesados en las condiciones de Lázaro, y que se quedan consternados cuando Jesús habla de ellas. 4Pero ya vienen las dos hermanas. Su florida y distinta belleza parece empañada por el dolor y la fatiga de las velas prolongadas. Pálidas, alicaídas, demacradas, cansados los ojos que en otro tiempo - en ambas - eran radiantes; sin anillos ni pulseras, vestidas con dos vestidos ceniza obscuro, parecen más siervas que señoras. A cierta distancia de Jesús, se arrodillan, ofreciéndole sólo llanto. Un llanto resignado, mudo, que desciende como de una fuente interna, y que no puede pararse.
Jesús se acerca. Marta alarga los brazos susurrando: «Apártate, Señor. En verdad, tememos ser ya pecadoras contra la ley sobre la lepra.* ¡Pero no podemos, oh Dios, no podemos provocar un decreto de esa clase contra nuestro Lázaro! Pero tú no te acerques, porque, no tocando sino llagas, estamos contaminadas. Sólo nosotras. Porque hemos apartado a todos los demás, y todo nos lo dejan en la puerta y nosotras tomamos las cosas, y lavamos, y quemamos, en la habitación contigua a la de nuestro hermano. ¿Ves nuestras manos? Están corroídas de la cal viva que usamos para los vasos que tenemos que devolver a los criados. Pensamos con ello que somos menos culpables», y llora.
María de Magdala, que hasta este momento ha guardado silencio, gime a su vez: «Tendríamos que llamar al sacerdote. Pero... Yo, yo soy la más culpable porque me opongo a esto y digo que no es la terrible enfermedad maldita en Israel. ¡No es, no es! Pero nos odian tanto, y tantos, que dirían que lo es. ¡Por mucho menos, Simón, tu apóstol, fue declarado leproso!».
«No eres sacerdote ni médico, María» dice, entre accesos de llanto, Marta.
«No lo soy Pero tú sabes lo que he hecho para estar segura de lo que digo. 5Señor, he ido y he recorrido todo el valle de Hinnón, todo Siloán, todos los sepulcros cercaos a En Rogel. Vestida de sierva, velada, con la luz de las auroras, cargada de víveres y aguas con

substancias medicinales, vendas y vestidos. Y daba, daba. Decía que era un voto por mi amado. Era verdad. Pedía sólo poder ver las llagas de los leprosos. Deben haber pensado que estaba loca... ¡¿Alguien, acaso, quiere ver esos horrores?! Pero yo, puestos mis presentes en los bordes de las rocas, pedía ver. Y ellos arriba, yo más abajo; ellos asombrados, yo con repugnancia; llorando ellos, llorando yo... ¡he mirado, mirado, mirado! He visto cuerpos cubiertos de escamas, de costras, de llagas; caras corroídas, cabellos blancos y más duros que cerdas, ojos que eran huras de podredumbre, carrillos que dejaban ver los dientes, calaveras en cuerpos vivos, manos reducidas a garras de monstruos, pies como ramas nudosas, hedores, horrores, podredumbre. ¡Oh, si pequé adorando la carne, si gocé con los ojos, con el olfato, con el oído, con el tacto, de lo hermoso, de lo perfumado, de lo armonioso, de lo suave y liso, oh, te aseguro que los sentidos se han purificado ya con la mortificación de esto que he conocido! Los ojos, contemplando aquellos monstruos, han olvidado la belleza seductora del hombre; los oídos, con esas voces ásperas, que ya no son humanas, han expiado el pasado gozo de voces viriles; y se ha estremecido mi carne, y se ha rebelado mi olfato... y todo resto de culto a mí misma ha muerto, porque he visto lo

---

* *la ley sobre la lepra*, a la que se hace referencia en varias ocasiones a lo largo de la Obra, está en *Levítico 13; 14.*

que somos después de la muerte... Pero he traído conmigo esta certeza: que Lázaro no está leproso. Su voz no está lesionada, sus cabellos y todo el vello están intacto, y las llagas son distintas. ¡No es! ¡No es! Y Marta me aflige porque no cree, porque no conforta a Lázaro en el sentido de no creerse contaminado. ¿Ves? Ahora, que sabe que estás aquí, no quiere verte para no contaminarte. ¡Los miedos tontos de mi hermana le privan incluso de tu consuelo!...».

La naturaleza vehemente la lleva a la cólera. Pero, viendo que su hermana rompe a llorar desoladamente, su vehemencia cesa en seguida y abraza a Marta y la besa, y le dice: «¡Manta, perdón! ¡Perdón! ¡El dolor me hace injusta! ¡Es el amor con que os amo a ti y a Lázaro el que querría convenceros! ¡Pobre hermana mía! ¡Pobres mujeres, eso es lo que somos!».

«¡Venga, ánimo! ¡No lloréis así! Necesitáis paz y compasión recíproca, por vosotras y por él. Y Lázaro no está leproso, os lo digo Yo».

«¡Oh, ven a verle, Señor! ¿Quién mejor que tú puede juzgar si está leproso?» suplica Marta.

«¿No te he dicho que no lo está?».

«Sí. ¿Pero cómo puedes decirlo, si no le ves?».

«¡Marta! ¡Marta! Dios te perdona porque sufres y eres como uno que delira. Tengo compasión de ti y voy a ver a Lázaro; le destaparé las llagas y...».

«¡¡¡Y las curarás!!!» grita Marta poniéndose de pie.

«Ya te he dicho otras veces que no puedo hacerlo... Pero os daré la paz de saber que estáis en regla con la ley sobre los leprosos. [6]Vamos...».

Y abre la marcha hacia la casa, haciendo señas a los apóstoles de no seguirle.

María se adelanta corriendo, abre una puerta, corre por un pasillo y de éste abre otra puerta, que da a un pequeño patio interior, anda pocos pasos y entra en una habitación estorbada por barreños, vasijas, ánforas, vendas... Un olor que es mezcla de aromas y de descomposición penetra en las narices. Hay una puerta frente a la de antes, y Maria la

abre y, con una voz que quiere ser radiante de alegría, grita: «Aquí está el Maestro. Viene a decirte que tengo razón, hermano mío. ¡Animo, sonríe, que está entrando el amor nuestro y nuestra paz!», y se agacha hacia su hermano, le incorpora en las almohadas, le besa, sin hacer caso del olor que a pesar de todos los paliativos emana de su cuerpo llagado; y está todavía agachada para colocarle cuando ya el dulce saludo de Jesús suena en la habitación, que, envuelta en una luz mortecina, parece iluminarse por la presencia divina.
«Maestro ¿no tienes miedo?... Estoy...».
«¡Enfermo! Nada más que eso. Lázaro, las normas han sido dadas, muy amplias y severas, por un comprensible sentido de prudencia. Mejor exagerar en prudencia que en imprudencia, en ciertos casos como los de enfermedades contagiosas. Pero tú no eres contagioso, pobre amigo mío, no estás contaminado. Tanto, que no creo faltar a la prudencia respecto a los hermanos si te abrazo y te beso así» y, tomando el cuerpo consumido, besa a Lázaro.
«¡Tú eres realmente la Paz! Pero todavía no has visto. Maria está destapando el horror. Soy ya un muerto, Señor. No sé cómo mis hermanas pueden resistir...».
Yo tampoco sabría cómo, pues verdaderamente son espantosas y repugnantes las llagas que han salido a lo largo de las varices de las piernas. Las espléndidas manos de María trabajan suaves en ellas, mientras con su voz maravillosa responde: «Tus males son rosas para tus hermanas. Rosas espinosas porque tú sufres, sólo por ello. ¿Ves, Maestro? ¡La lepra no es así!».
«No es así. Es una enfermedad muy mala la que te consume, pero no es causa de peligro. ¡Cree en tu Maestro! Tapa, María. Ya he visto».
«¿Y... no vas a tocar?» dice Marta suspirando, tenaz en la esperanza.
«No hace falta. No por repulsa, sino para no hurgar en las llagas».
Marta se agacha, sin insistir más, hacia una palangana donde hay vino o vinagre aromatizado, y sumerge unos paños, que luego pasa a su hermana. Lágrimas mudas caen en el líquido rojizo...
María venda las míseras piernas y extiende de nuevo las mantas sobre los pies, ya inertes y amarillentos como los de un muerto.
7 «¿Estás solo?».
«No. Con todos, menos con Judas de Keriot, que se ha quedado en Jerusalén, y vendrá... Es más, si ya estoy lejos, le mandáis a Betabara. Allí estaré. Y que me espere allí».
«Te vas a marchar pronto...».
«Y volveré pronto. Dentro de poco es la Dedicación. En esos días estaré contigo».
«No podré honrarte para las Encenias...».
«Estaré en Belén para ese día. Necesito volver a ver mi cuna...».
«Estás triste... Lo sé... ¡Y no poder hacer nada!...».
«No estoy triste. Soy el Redentor... Pero, tú estás cansado. No luches contra el sueño, amigo mío».
«Era por tributarte honor...».
«Duerme, duerme. Luego nos veremos...», y Jesús se retira sin hacer ruido.
«¿Has visto, Maestro?» pregunta Marta afuera, en el patio.
«Sí, ya he visto. Mis pobres discípulas... Yo lloro con vosotras... Pero, en verdad, os digo en confianza que mi corazón está mucho más llagado que vuestro hermano. Está comido por el dolor mi corazón...» y las mira con una tristeza tan viva, que las dos olvidan su

dolor por el de Él, y, no pudiendo abrazarle por ser mujeres, se limitan a besarle las manos y la túnica y a querer servirle como hermanas afectuosas.
Y le sirven en una salita y le envuelven en amor.
Las voces fuertes de los apóstoles se oyen más allá del patio... Todas, menos la voz del discípulo malo. Jesús escucha y suspira... Suspira esperando pacientemente al fugitivo.

520. Conversaciones en torno a Judas Iscariote, ausente. Llegada a Tecua con el anciano Elí-Ana.

29 de octubre de 1946.

1 Son todavía once cuando toman de nuevo el camino. Once caras pensativas y desazonadas en torno al rostro triste de Jesús. Él se despide de las hermanas; luego, después de un momento de reflexión, antes de cruzar la cancilla, ordena a Simón Zelote y a Bartolomé: «Quedaos aquí. Os reuniréis conmigo en Tecua, en casa de Simón, o en la casa de Nique en Jericó, o en Betabara; eso si él viene. Y... servid a la caridad. ¿Entendéis?».
«Ve tranquilo, Maestro. No iremos contra el amor al prójimo en ningún modo» asegura Bartolomé.
«Cualquiera que fuera la hora en que él llegue, partid en seguida».
«En seguida, Maestro. Y... gracias por la confianza que tienes en nosotros» dice el Zelote.
Se besan y, mientras un doméstico cierra la cancilla y Jesús se aleja, los dos que se han quedado vuelven hacia la casa junto con las hermanas.
Jesús delante, solo; detrás Pedro, entre Mateo y Santiago de Alfeo; detrás Felipe, con Andrés, Santiago y Juan de Zebedeo; últimos, silenciosos como los demás, van Tomás y Judas Tadeo. Tampoco habla Pedro. Sus dos compañeros intercambian algunas, pocas palabras, pero él, que va entre los dos, no habla. Va taciturno, cabizbajo. Parece tejer un mudo coloquio con las piedras y las hierbas que pisa.
2 También los dos últimos tienen una actitud casi igual. Lo único es que - mientras que Tomás parece sumido en la contemplación de una ramita de sauce a la que va quitando una a una las hojas, y mirando a cada hoja que separa como si estudiara su color glauco por un lado y argénteo por el otro, o los filamentos de la nervadura - Judas Tadeo mira fijamente y recto frente a sí; no sé si mira al horizonte que, superada una cima, se abre a una claridad vaporosa de llanura a la luz de la aurora, o si mira sencillamente a la cabeza rubia de Jesús, que ha echado hacia atrás el extremo del manto, como para gozar del tenue sol de diciembre.
Coinciden en el mismo momento el final de la ocupación de Tomás y el final de la contemplación del horizonte, o del Maestro, por parte de Judas Tadeo. Este último baja los ojos y vuelve la cabeza para mirar a su compañero, mientras Tomás, reducida su ramita a delgada vara, alza los ojos para mirar a Judas Tadeo: una mirada aguda y, al mismo tiempo, buena y triste, que encuentra una mirada igual.
«¡Así es, amigo! ¡Exactamente así!» dice Tomás como concluyendo una conversación.
«Sí, es así. Y mi dolor es muy grande... Para mí es también amor de familia...».
«Comprendo. Pero... Tú tienes en el corazón un tormento de afecto. ¿Pero, yo? Tengo un

remordimiento que me atormenta. Y eso es peor todavía».
«¿Un remordimiento, tú? No tienes motivos de remordimiento. Eres bueno y fiel. Jesús está contento de ti, y nosotros en ti no tenemos nunca motivo de escándalo. ¿Cómo es que te viene esa sensación de remordimiento?».
«De un recuerdo. El recuerdo del día en que decidí seguir al nuevo Rabí que había aparecido en el Templo... [3]Yo y Judas estábamos cerca el uno del otro, y admiramos la acción y las palabras del Maestro. Y decidimos buscarle... Yo estaba aún más decidido que Judas; casi le moví yo. Él dice lo contrario, pero es así. Mi remordimiento es haber insistido para que viniera... Le he traído un permanente dolor a Jesús. Pero yo sabía que Judas era estimado por muchos y pensaba que podría ser útil. Necio como todos, que no saben pensar sino en un rey de Israel mayor que David y Salomón, pero sólo un rey... un rey como Él dice que nunca será, ¡ansiaba que entre los discípulos estuviera éste que podía servir!... Yo esperaba esto. Y sólo ahora comprendo, y cada vez más, la justa actuación de Jesús, que no le recibió en seguida y que incluso prohibió buscarle... ¡Te digo que tengo un remordimiento!, ¡un remordimiento!... Ese hombre no es bueno».
«No es bueno. Pero no te crees remordimientos. Aquello no lo hiciste con malicia. Por tanto, te digo que no tienes culpa».
«¿Estás totalmente seguro? ¿O lo dices por consolarme?».
«Lo digo porque es verdad. Toma, no pienses más en el pasado. No sirve para borrarle...».
«Es como dices. Pero, piensa esto: si por causa mía mi Maestro sufriera desgracias... Tengo el corazón lleno de angustia y de sospechas. Soy un pecador porque juzgo al compañero, y con juicio no piadoso. Y soy pecador porque debería creer en las palabras del Maestro... Él disculpa a Judas... Tú... ¿crees eso de tu hermano?».
«Lo creo en todo menos en eso. Pero, no desfallezcas. Todos nosotros tenemos el mismo pensamiento. Incluso Pedro, que se consume tanto, lucha por pensar de ese hombre todo lo bueno; y Andrés, que es más manso que un corderito; y Mateo, el único de entre nosotros que no tiene horror a ningún pecador o pecadora; y el tan amoroso y puro Juan, que tiene la feliz fortuna de no temer ni al mal ni al vicio, porque está tan colmado de caridad y de pureza que no le cabe sitio para recibir otra cosa; y mi hermano, me refiero a Jesús, que ciertamente tiene otros pensamientos junto a éste, pensamientos por los que ve la necesidad de tener a Judas... hasta haber agotado todo intento de hacerle bueno».
«Sí. Pero... ¿cómo terminará? Él tiene muchas... No tiene... Bueno, ya me entiendes sin que hable. ¿A qué punto llegará?».
«No lo sé... Quizás se separe de nosotros... Quizás se quede a esperar a ver quién es más fuerte en esta lucha entre Jesús y el mundo hebreo...».
«¿Y otras cosas? ¿No crees que él ya en este momento sirve a dos señores?».
«Esto es seguro».
«¿Y no temes que pueda servir a los más numerosos, de forma que dañe totalmente al Maestro?».
«No. No le amo. Pero no puedo pensar que él... Al menos por ahora, no. Pero sí temería esto si llegara el día en que el favor de la muchedumbre abandonara al Maestro. Como estoy seguro de que, si el pueblo en aclamación le consagrara rey y caudillo nuestro, Judas abandonaría a todos por Él. Es un oportunista... ¡Que Dios le retenga, y proteja a Jesús y a todos nosotros!...».
[4]Los dos se dan cuenta de que han aminorado mucho el paso. Ven que se han distanciado

mucho de los compañeros. Así que, dejando de hablar, se ponen a andar rápidos para llegar donde ellos.
«¿Pero qué hacíais?» pregunta Mateo. «E1 Maestro os requería...».
Tomás y Judas Tadeo siguen hacia Jesús con paso presuroso.
«¿De qué hablabais entre vosotros?» pregunta Jesús mirándolos fijamente a los ojos.
Los dos se miran. ¿Decir? ¿No decir? Vence la sinceridad. «De Judas» dicen al mismo tiempo.
«Lo sabía. Pero quería poner a prueba vuestra sinceridad. Me habríais causado dolor, si hubierais mentido... De todas formas, no habléis ya más de él; especialmente, de *esa* manera. Hay muchas cosas buenas de las que hablar. ¿Por qué descender siempre a considerar lo que es muy, demasiado, material? Isaías dice*: "Dejad al hombre que tiene el espíritu en las narices". Yo os digo: dejad de analizar a este hombre y preocupaos de su espíritu. El animal que hay en él, su monstruo, no debe atraer vuestras miradas ni vuestros juicios; más bien, tened amor, un amor doloroso y activo, por su espíritu. Liberadle del monstruo que le tiene sujeto. ¿No sabéis...?».
Se vuelve para llamar a los otros siete: «Venid aquí todos. Os viene bien lo que os voy a decir, porque todos tenéis los mismos pensamientos en vuestro corazón... ¿No sabéis que aprendéis más a través de Judas de Keriot que a través de cualquier otra persona? Muchos Judas encontraréis, y poquísimos Jesús, en vuestro ministerio apostólico. Los Jesús serán dulces, buenos, puros, fieles, obedientes, prudentes, no ambiciosos. Serán bien pocos... Pero cuántos, ¡cuántos Judas de Keriot encontraréis vosotros y vuestros seguidores y sucesores por los caminos del mundo! Y, para ser maestros y saber, debéis pasar por este aprendizaje... Él, con sus defectos, os muestra al hombre como es; Yo os muestro al hombre como debería ser. Dos ejemplos igualmente necesarios. Vosotros, conociendo bien al uno y al otro, debéis tratar de transformar al primero en el segundo... Mi paciencia sea vuestra norma».
5«Señor, yo he sido un gran pecador. Sin duda, yo también seré muestra. Pero quisiera que Judas, que no es tan pecador como lo fui yo, se convirtiera como me convertí yo. ¿Es soberbia decir esto?».
«No, Mateo, no es soberbia. Diciéndolo, rindes honor a dos verdades. La primera es que veraz es la sentencia que dice: "La buena voluntad del hombre obra milagros divinos". La segunda es que Dios te ha amado infinitamente, ya desde

---

* *Isaías dice*, en *Isaías 2, 22*.

antes de que pensaras en ello, y lo hacía porque no desconocía tu capacidad de heroísmo. Tú eres el fruto de dos fuerzas: tu voluntad y el amor de Dios. Y digo antes tu voluntad, porque sin ella vano habría sido el amor de Dios. Vano, inoperante... ».
«¿Pero sin nuestra voluntad no podría Dios convertir?» pregunta Santiago de Alfeo.
«Ciertamente. Pero luego se requeriría, en todo caso, la voluntad del hombre para persistir en la conversión obtenida milagrosamente».
«Entonces en Judas no ha habido esta voluntad ni la hay, ni antes de conocerte ni ahora...» dice impetuosamente Felipe. Algunos ríen, otros suspiran.
Jesús es el único que defiende al apóstol ausente: «¡No digáis eso! La ha tenido y la tiene. Pero la funesta ley de la carne, a intervalos, la supera. Es un enfermo... Un pobre hermano enfermo. En todas las familias está el débil, el enfermo, aquel que es el dolor, la angustia, el peso de la familia. Y, a pesar de ello, ¿no es, acaso, al hijito de salud frágil al

que más quiere la madre? ¿No es el hermanito desdichado el más servido por sus hermanos? ¿No es él al que el padre ofrece el bocado selecto, quitándoselo de su propio plato, para darle una alegría, para no darle a entender que es un peso y no hacerle, por tanto, pesada su enfermedad?».
«Es verdad. Es justamente así. Mi hermana gemela era frágil en su primera edad. Yo había tomado toda la robustez. Pero el amor de toda la familia la socorrió, tanto que ahora es una floreciente esposa y madre» dice Tomás.
«Pues haced con vuestro hermano espiritual débil lo que haríais con un hermano carnal débil. Yo no voy a pronunciar palabras de recriminación. Vosotros no sois más que Yo. Vuestro paciente amor es la recriminación más fuerte, una recriminación contra la que no se puede reaccionar. En Tecua voy a dejar a Mateo y a Felipe para que esperen a Judas... El primero ha de acordarse de que fue pecador; el segundo, de que es padre...».
«Sí, Maestro. Lo recordaremos».
«En Jericó, si todavía no está con nosotros, dejaré a Andrés y a Juan, que han de recordar que no todos han recibido con igual medida los dones gratuitos de Dios... 6Pero... id donde aquel anciano mendigo que va por el camino con paso vacilante. La ciudad está a la vista. Con la limosna podrá procurarse pan».
«Señor, no podemos. Judas se ha marchado con la bolsa...» dice Pedro. «Y las hermanas no nos han dado nada».
«Tienes razón, Simón. Están como aturdidas por el dolor, y nosotros también. No importa. Tenemos un poco de pan. Somos jóvenes y estamos fuertes. Vamos a dárselo al anciano, para que no se caiga por el camino».
Hurgan en los talegos, recogen pequeños pedazos de pan, se los dan al ancianito, que los mira asombrado.
«¡Come, come!» anima Jesús. Y le da de beber de su zaque mientras le pregunta a dónde va.
«A Tecua. Mañana hay un gran mercado. Pero desde ayer no comía».
«¿Estás solo?».
«Más que solo... Mi hijo me ha echado...». Oír esta voz senil rompe el corazón.
«Dios te abrirá las puertas de su Reino si sabes creer en su misericordia».
«Y en la de su Mesías. Pero mi hijo no tendrá Mesías, porque no puede tener al Mesías él, que le odia tanto como para odiar al padre suyo porque ama al Mesías».
«¿Por eso lo ha echado?».
«Por eso. Y para no perder la amistad de algunos que persiguen al Mesías. Ha querido mostrarles que su odio supera al de ellos, tanto que supera incluso la voz de la sangre».
«¡Qué horror!» dicen todos.
«Sería más horroroso si yo tuviera los mismos pensamientos que mi hijo» dice con vehemencia el viejecito.
«¿Pero quién es éste? Si no he comprendido mal, debe ser uno que tiene poder y voz...» dice Tomás.
«Hombre, no será un padre el que diga el nombre del hijo culpable porque sea despreciado. Tengo que decir que tengo hambre y frío, yo que con mucho trabajo había aumentado el bienestar de la casa para hacer feliz a mi hijo varón. Pero no más que esto. Piensa que yo soy uno de Judea, y él uno de Judea, y que, por tanto, somos iguales por la raza y distintos por el pensamiento. Lo demás no hace falta».
7«¿Y no le pides nada a Dios, tú que eres un justo?» pregunta dulcemente Jesús.

«Que toque el corazón de mi hijo y le conduzca a creer lo que yo creo».
«Pero para ti, enteramente para ti, ¿no pides nada?».
«Encontrar al que para mí es el Hijo de Dios. Para venerarle y luego morir».
«Pero si mueres ya no le verás más. Estarás en el Limbo...».
«Poco tiempo. ¿Eres un rabí, no es verdad? Veo muy poco... La edad... y el mucho llorar, y también el hambre... Pero veo los flecos de tu cinturón... Si eres un buen rabí, y así me lo parece, debes sentir tú también que el tiempo ha llegado, quiero decir el tiempo del que habló Isaías*. Y está para llegar la hora en que el Cordero cargará sobre sí todos los pecados del mundo y sobrellevará todos nuestros males y dolores, y será traspasado e inmolado para que nosotros seamos sanados y estemos en paz con el Eterno. Y entonces también los espíritus tendrán paz... Lo espero confiando en la misericordia de Dios».
«¿No has visto nunca al Maestro?».
«No. Le oí hablar en el Templo en las fiestas. Pero yo soy bajo, y todavía más bajo me hace la edad, y, como he dicho, veo poco. Por eso, si voy entre la gente el de delante no me deja ver, y si estoy lejos no veo, por eso mismo, porque estoy lejos. ¿Querría verle! ¿Al menos una vez!».
«Le verás, padre. Dios te concederá esta alegría. ¿Y en Tecua tienes a dónde ir?».
«No. Estaré debajo de un pórtico o en un portal. Ya estoy acostumbrado».

---

* *el tiempo del que habló Isaías,* en *Isaías 52, 7-15; 53, 1-12* (especialmente desde el versículo *6*).

«Ven conmigo. Conozco un buen israelita. Te acogerá en nombre de Jesús, el Maestro galileo».
«Pero Tú también eres galileo. Se percibe por cómo hablas».
«Sí... ¿Estás cansado? Bueno, pero ya hemos llegado a las primeras casas. Pronto descansarás y tendrás con qué reponer tus fuerzas».
8 Jesús se inclina para decir a Pedro algo. Pedro, a su vez, se separa y va a decir a los otros lo que ha dicho Jesús (no lo capto). Luego, con los hijos de Alfeo y con Juan, acelera el paso, entrando en la ciudad. Jesús le sigue con los otros, adecuando el paso al del pobre viejecito, que ya no habla (está muy agotado, de forma que acaba quedándose detrás, con Andrés y Mateo). La ciudad parece vacía. Es el mediodía y muchos están en las casas comiendo.
Recorridos pocos metros, vuelve Pedro: «Ya está hecho, Señor. Simón le recibe porque Tú le traes, y te da las gracias por haber pensado en él».
«¡Bendigamos al Señor! Todavía hay justos en Israel. Este anciano es uno, y Simón otro. Sí, hay todavía personas buenas, misericordiosas, fieles al Señor. Y esto compensa muchas amarguras, y hace esperar que la justicia divina se mitigará por estos justos».
«¡Hombre, pero... un hijo que echa de casa a su padre por no perder la amistad de algún poderoso fariseo!».
«¿A tanto puede llegar el odio por ti? ¡Estoy indignado!» dice Felipe.
«¡Veréis mucho más que esto!» responde Jesús.
«¿Más! ¿Qué puede ser más que un padre echado de casa porque no te odia? ¡Es enorme el pecado de ese hombre!...».
«Más enorme será el pecado de un pueblo contra su Dios... Pero, vamos a esperar al anciano...».
«¿Quién será su hijo?».

«¡Un fariseo!», «¡Uno del Sanedrín!», « Un rabí». Las opiniones son distintas.
«Un desdichado. No indaguéis. Hoy ha arremetido contra su padre. Mañana arremeterá contra mí. Así pues, veis que el pecado de Judas, el hecho de haberse alejado así, como un hijo díscolo, no es nada comparado con esto. Y, no obstante, oraré por este hijo ingrato, por este hebreo ofensor de Dios. Para que se enmiende. Haced vosotros lo mismo... 9Ven, padre, ¿cómo te llamas?».
«Elí-Ana. ¡Nunca he sido una persona feliz! Se me murió mi padre antes de nacer yo; mi madre, dándome a luz. La madre de mi madre, que me crió, me dio por nombre los dos nombres, unidos, de mi padre y de mi madre».
«Verdaderamente eres un Elí, y tu hijo es igual que Finnes*» dice Felipe, que no se resigna ante un pecado de esa naturaleza.

_____

* *Elí, ...Finnes*, de los cuales se habla en *1 Samuel 1, 3; 2, 12-17.22-34; 3, 1-18; 4, 4-18*. Debe observarse que el nombre *Finnes* (mejor: *Finees*) se ha trasformado en *Pincás, o Pinjás,* en las modernas versiones de la Biblia.

«Dios no lo quiera, hombre. Finnes murió pecador. Murió cuando cogieron el arca. Para su alma y para todo Israel, estas cosas serían una desventura» responde el viejecito.
«Escucha. Ésta es casa amiga. Lo que le pido lo obtengo. Es de un cierto Simón, hombre justo ante los ojos de Dios y de los hombres. Te recibe por amor mío, si aceptas el lugar» dice Jesús antes de llamar a la puerta.
«¿Tengo, acaso, posibilidad de elegir? Invocaré las bendiciones del Cielo para quien me dé el pan y el amparo de la caridad. Pero quiero trabajar. Ser siervo no es una vergüenza, pecar sí lo es».
«Se lo diremos a Simón» dice con una sonrisa de compasión Jesús, mientras mira al viejecito, reducido a nada por las penalidades y el dolor moral.
10Abren la puerta: «Entra, Maestro. La paz sea contigo y con quien te acompaña. ¿Dónde está este hermano mío que me traes? Para que pueda darle el beso de paz y bienvenida» dice un hombre de unos cincuenta años.
«Éste es. Que el Señor te lo pague».
«Ya me ha recompensado: te tengo a ti como huésped. No te esperaba y no puedo honrarte como quisiera. Pero oigo que tienes intención de volver por aquí dentro de unos días. Bueno, pues estaré preparado para recibirte como conviene».
Ahora están en una habitación donde hay unas palanganas humeantes preparadas para las abluciones. El viejecito está acobardado, contra la puerta. Pero el dueño de la casa le agarra de la mano y le lleva a que se siente. Quiere descalzarle - y lo hace - él mismo, y servirle como si fuera un rey, y luego ponerle sandalias nuevas, mientras el viejecito dice:
«¿Por qué? ¿Pero por qué? ¡Yo he venido a servir y tú me sirves! No es justo».
«Es justo, hombre. No puedo seguir al Rabí porque mi casa requiere mi asistencia. Pero, como último discípulo del Maestro santo, busco la forma de poner en práctica sus palabras».
«Tú le conoces bien. Verdaderamente le conoces, porque eres bueno. Muchos en Israel le conocen, pero ¿con qué? Con los ojos y con el odio. Por tanto, no le conocen. A una mujer se la conoce sólo cuando ya de ella nada se ignora y se la posee enteramente. Lo mismo sucede con Jesús de Nazaret, que no conozco con los ojos, pero que conozco más

que muchos, porque yo creo que en Él está la Sabiduría. Pero tú le conoces con plenitud: de vista y de doctrina».
El hombre mira a Jesús, pero no dice nada.
El viejecito prosigue: «He dicho a este rabí que quiero trabajar...».
«Sí, sí. Encontraremos un trabajo para ti. Ahora de momento ven a la mesa. Maestro, tus discípulos vendrán dentro de poco. ¿Podemos sentarnos a la mesa aunque no hayan venido, o prefieres esperarlos?» .
«Preferiría esperarlos. Pero si tienes que trabajar...».
«¡Oh, Maestro! Sabes que para mí es una alegría obedecer el más mínimo de tus deseos».
El viejecito tiene en este momento una primera sospecha acerca de la identidad del Hombre que le ha socorrido en el camino, y le mira, le mira... luego mira a sus compañeros... un atento examen... y se mueve en torno a ellos... [11]Entran los hijos de Alfeo con Juan. Jesús los llama por el nombre.
«¡Oh, Dios Altísimo! ¡Pero entonces... Tú eres Tú!» exclama el viejecito y se arroja al suelo venerando.
El estupor suyo no es inferior al de los demás ¡Es tan extraño ese modo de reconocimiento del Maestro! Tanto, que Pedro le pregunta: «¿Qué de especial hay en estos nombres, tan comunes en Israel, para hacerte comprender que estás frente al Mesías?». .
«Porque conozco a Judas. Va siempre a casa de mi hijo y...» el viejecito se detiene, turbado por haber nombrado a su hijo...
«Pero yo no te he visto nunca, hombre» dice Judas Tadeo poniéndose bien delante de él, agachado para estar cara a cara muy cerca.
«Yo tampoco te conozco. Pero un Judas, discípulo del Cristo, va frecuentemente a casa de mi hijo, y he oído hablar de un Juan, de un Santiago y de un Simón amigo de Lázaro de Betania, y de muchas otras cosas... ¡Oír tres nombres conocidos como de los discípulos más íntimos del Maestro, y Él tan bueno!... ¡Bueno, pues he comprendido! Pero ¿dónde está el otro Judas?».
«No está. Pero es verdad, has comprendido. Soy Yo. El Señor es bueno, padre. Deseabas verme y me has visto. Bendigamos las misericordias de Dios... No te apartes, Elí-Ana. Estabas a mi lado cuando para ti era un viandante y nada más. ¿Por qué quieres alejarte de mí, ahora que sabes que soy la Meta? ¡No sabes cuánto me ha consolado tu corazón! No lo puedes saber. Yo, no tú, soy el que más ha recibido... Cuando tres cuartos de Israel, y más, me odian hasta llegar al delito, cuando los débiles se alejan de mi camino, cuando las espinas de la ingratitud, del rencor, de la calumnia me hieren por todas partes, cuando no puedo encontrar alivio en el pensamiento de que mi Sacrificio será salud para Israel... encontrar uno como tú, oh padre, es recibir compensación por el dolor... Tú no sabes... Ninguno conocéis las tristezas, cada vez más profundas, del Hijo del hombre. Tengo sed de amor... y demasiados corazones son manantiales secos a los que inútilmente me acerco... Pero, vamos...».
Y, teniendo cerca al viejecito, entra en la habitación donde están ya preparadas las mesas.

Índice del volumen noveno * on line *

556. Otro sábado en Efraím. Intolerancias de Judas Iscariote. Palabras a los samaritanos sobre el tiempo nuevo.
*

557. Llegan de Siquem los parientes de los tres niños arrebatados a los bandoleros.

558. Con la comitiva que regresa a Siquem. Parábola de la gota que excava la roca.

559. En Efraím, peregrinos de la Decápolis y misión secreta de Manahén

560. En las cercanías de Gofená, coloquio durante la noche con José de Arimatea, Nicodemo y Manahén.

561. El saforim Samuel, de sicario a discípulo.

562. Habladurías en Nazaret

563. Falsos discípulos en Siquem. Curación en Efraím del esclavo mudo de Claudia Prócula.

564. El hombre de Jabnia y el final de Hermasteo. Reprensión a los samaritanos que carecen de caridad.

565. Jesús conforta a Samuel, turbado por Judas de Keriot. Lecciones de las abejas y de la vela plegada por el torbellino. *

566. En Efraím el día de la llegada de la Madre de Jesús con Lázaro y las discípulas.

567. Parábola de la tela desgarrada. Milagro a la mujer parturienta. Judas Iscariote, sorprendido robando, es censurado por Jesús.

568. Comienzo del viaje por Samaria partiendo de Efraím en dirección a Silo.

569. En Silo, la parábola de los malos consejeros.

570. En Lebona, la parábola de los mal aconsejados.

571. Llegada a Siquem y recibimiento.

572. En Siquem, la última parábola sobre los consejos dados y recibidos.

573. Partida para Enón después de un tira y afloja entre Judas Iscariote y Elisa, que se quedan en Siquem.

574. En Enón, rescatado y acogido el pastorcillo Benjamín. Hacia Tersa.

575. Mal recibimiento en Tersa. Extremo intento de redimir a Judas Iscariote.

576. Encuentro con el joven rico en el camino hacia Doco.

577. Tercer anuncio de la Pasión. Maria de Alfeo evoca la figura de José. La insensata petición de los hijos de Zebedeo.

578. Encuentro con discípulos y hombres de relieve conducidos por Manahén. Llegada a Jericó.

579. Judíos desconocidos refieren las acusaciones recogidas por el Sanedrín. Alegoría dirigida a Jerusalén.

580. Delaciones de Judas Iscariote y profecías sobre Israel. Milagros en el camino de Jericó a Betania.

581. En Betania en la casa de Lázaro.

582. La víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Ofrenda extrema por la salvación de Judas Iscariote.

583. Víspera del sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Despedida de las discípulas. El desdichado nieto de Nahúm.

584. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Parábola de las dos lámparas y parábola viva del pequeño deforme sanado. El futuro de la Humanidad.

585. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. Judíos y peregrinos en Betania. El Sanedrín ha decidido.

586. El sábado anterior a la entrada en Jerusalén. La cena en Betania. Judas de Keriot ha decidido.

587. El adiós a Lázaro.

588. Judas Iscariote con los Jefes del Sinedrín.

589. De Betania a Jerusalén, predisponiendo a los apóstoles en orden a la Pasión inminente.

590. El llanto ante Jerusalén y la entrada triunfal en la Ciudad Santa.

591. Por la noche en Getsemaní. Los apóstoles llamados de nuevo a la realidad después de la embriaguez del triunfo.

592. Lunes santo. Consuelo a la madre de Analía y encuentro con el soldado Vital. La higuera estéril y la parábola de los viñadores pérfidos. La autoridad de Jesús y el bautismo de Juan.

593. El lunes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

594. Martes santo. Lecciones sacadas de la higuera agostada. El tributo de César y la resurreción de los cuerpos.

595. El martes por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

596. Miércoles santo. El mayor de los mandamientos y el óbolo de la viuda. Los discursos sobre los escribas y fariseos, sobre el Templo nuevo, sobre los últimos tiempos.

597. El miércoles por la noche en el Getsemaní con los apóstoles.

598. Jueves Santo. Preparativos de la Cena pascual. La manifestación del Padre y el homenaje de los Gentiles.

599. La llegada al Cenáculo y el adiós de Jesús a su Madre.

600. La última Cena pascual.

PASIÓN Y MUERTE DE JESÚS

601. Introducción.

602. Hacia el Getsemaní con once apóstoles. La agonía y el prendimiento.

603. Reflexiones sobre la agonía del Getsemaní y premisa acerca de los otros dolores de la Pasión.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN NOVENO

556. Otro sábado en Efraím. Intolerancías de Judas Iscariote.
Palabras a los samaritanos sobre el tiempo nuevo.
17 de enero de 1947.

1Debe ser otro sábado porque los apóstoles están de nuevo reunidos en la casa de María de Jacob.
Los niños siguen con ellos, al lado de Jesús, junto al hogar. Y es esto precisamente lo que hace decir a Judas Iscariote: «Ya de momento ha pasado una semana, y los parientes no han venido», y se ríe, meneando la cabeza.
Jesús no le responde. Acaricia al segundogénito.
Judas pregunta a Pedro y a Santiago de Alfeo: «¿Y decís que habéis recorrido los dos caminos que llevan a Siquem?».
«Sí, pero ha sido una cosa inútil, si se considera bien. Está claro que los bandidos no pasan por los caminos asiduamente transitados, especialmente ahora que las patrullas romanas los recorren continuamente» responde Santiago de Alfeo.
«¿Y entonces por qué habéis ido por esos caminos?» acucia Judas Iscariote.
«¡Pues ya ves!... Para nosotros ir acá o allá es igual. Así que, hemos ido por ésos».
«¿Y nadie ha sabido daros razón?».
«No hemos preguntado nada».
«¿Y cómo querías saber, entonces, si habían pasado o no? ¿Acaso llevan enseñas, o dejan rastros las personas cuando van por un camino? No creo. Si así fuera, al menos los amigos ya nos habrían encontrado. Sin embargo, desde que estamos aquí, nadie ha venido», y se ríe con sarcasmo.
«Nosotros no sabemos el motivo por el que nadie haya venido. El Maestro sabe, nosotros no sabemos. Las personas - no dejando rastro de su paso los que, como nosotros, se retiran a un lugar ignorado por la gente - no pueden venir, si no se les revela el lugar del refugio. Ahora bien, nosotros no sabemos si nuestro hermano ha dicho esto a los amigos» dice pacientemente Judas de Alfeo.
«¿Y pretendes creer, y hacer creer, que no se lo ha dicho al menos a Lázaro y a Nique?».
Jesús no habla. Toma a un niño de la mano y sale...
«No pretendo creer nada. Pero, aunque fuera como dices, todavía no puedes juzgar, y ninguno de nosotros puede, los motivos de la ausencia de los amigos...».
«¡Son fáciles de entender estos motivos! Ninguno quiere problemas con el Sanedrín, y mucho menos los que tienen riquezas y poder. ¡Nada más que eso! 2Nosotros somos los únicos que sabemos meternos en los peligros».
«¡Sé justo, Judas! El Maestro no nos ha forzado a ninguno a estar con Él. ¿Por qué te has quedado si te asusta el Sanedrín?». Es Santiago de Alfeo el que le hace esta observación.
«Y, si quieres, en cualquier momento te puedes marchar. No estás encadenado...» interrumpe el otro Santiago, hijo de Zebedeo.
«¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera! Aquí estamos y aquí nos quedamos. Todos. El que hubiera querido se hubiera debido marchar antes. Ahora no. Me opongo yo, si no se opone el Maestro» dice, lenta pero tajantemente, Pedro, dando un puñetazo en la mesa.
«¿Y por qué? ¿Quién eres tú para mandar en lugar del Maestro?» le pregunta con

violencia Judas Iscariote.
«Un hombre que razona no como Dios, como hace Él, sino como hombre».
«¿Tienes sospechas de mí? ¿Me crees un traidor?» dice Judas intranquilo.
«Tú lo has dicho. No es que piense que lo seas voluntariamente. Pero, ¡eres tan... irreflexivo, Judas, y tan voluble! Y tienes demasiados amigos. Y te gusta demasiado sobresalir, en *todo*. Tú, no, no sabrías guardar silencio. O para rebatir a algún malintencionado, o por mostrar que eres el Apóstol, hablarías. Por tanto, aquí estás y aquí te quedas; así, ni perjudicas a nadie ni te creas remordimientos».
«Dios no constriñe la libertad del hombre ¿y pretendes hacerlo tú?».
«Pretendo hacerlo. Pero, oye, dime: ¿acaso te llueve en la cabeza?, ¿te falta el pan?, ¿te sienta mal este aire?, ¿te ofende la gente? Ninguna de estas cosas. La casa es sólida, aunque no sea rica; el aire es bueno; comida no te ha faltado nunca; la gente te tributa cortesía. Y entonces ¿por qué estás tan inquieto, como si estuvieras en una galera?».
«"Dos pueblos no puede soportar mi alma, y el tercero, al que aborrezco, no es ni siquiera un pueblo: los del monte Seír, los filisteos y el pueblo necio que habita en Siquem". Te respondo con las palabras* del Sabio. Y con razón pienso así. ¡Tú observa si estos pueblos nos estiman!».
«¡Mmm! La verdad es que no me parece que los otros, el tuyo y el mío, sean mucho mejores. Nos hemos llevado pedradas en Judea y en Galilea, en Judea todavía más que en Galilea, y en el Templo de Judea más que en ningún otro lugar. A mí no me parece que hayamos sido maltratados ni en tierras de filisteos ni aquí ni en otros lugares...».
«¿Dónde, en otros lugares? No hemos ido a otros lugares, por suerte. Pero, aunque hubiera habido que ir a otros lugares, no habría ido, y en el futuro no iré. [3]No quiero contaminarme más».
«¿Contaminarte? No es eso lo que te afecta, Judas de Simón. No quieres enemistarte con los del Templo. Eso te duele» dice con serenidad Simón Zelote, que se ha quedado en la cocina con Pedro, Santiago de Alfeo y Felipe. Los otros se han marchado uno tras otro con los dos niños, y han ido donde el Maestro: una fuga meritoria porque ha sido por no faltar a la caridad.
«No. No es por eso. Es porque no me gusta perder mi tiempo y ofrecer la sabiduría a los necios. ¡Fíjate! ¿De qué ha servido tomar con nosotros a Hermasteo? Se marchó y no ha vuelto. José dice que se separó de él diciendo que volvería para la Fiesta de las Tiendas. ¿Tú le has visto? Es un renegado...».

---

* *las palabras*, que están en *Eclesiástico 50, 25-26.*

«No sé por qué no ha vuelto, ni juzgo. Pero te pregunto: ¿acaso es el único que ha abandonado al Maestro; es más, que se ha hecho enemigo suyo? ¿No hay renegados entre nosotros, judíos, y entre los galileos? ¿Puedes sostenerlo?».
«No. Es verdad. Pero... bueno, yo me siento incómodo aquí. ¡Si se supiera que estamos aquí! ¡Si se supiera que tratamos con los samaritanos hasta el punto de entrar en sus sinagogas en sábado! Él quiere hacerlo... ¡Ay si se supiera! La acusación estaría justificada...».
«Y el Maestro, condenado. Quieres decir esto. Pero si ya lo está. Lo está antes de que se sepa. Es más, ha sido condenado tras haber resucitado a un judío en Judea. Se le odia y se le tacha de samaritano y amigo de publicanos y meretrices. Desde siempre condenado. ¡Y

tú esto lo sabes mejor que ningún otro!».
«¿Qué quieres decir, Natanael? ¿Qué quieres decir? ¿Qué tengo que ver yo con esto? ¿Qué puedo saber más que vosotros?». Está agitadísimo.
«¡Pero muchacho, si tienes el aspecto de una rata rodeada de enemigos! Y tú no eres una rata, ni nosotros estamos aquí armados con bastones para capturarte y matarte. ¿Por qué te turbas tanto? Si tu conciencia está en paz, ¿por qué te inquietas por palabras inocentes? ¿Qué ha dicho Bartolmái como para agitarte de ese modo? ¿No es, acaso, verdad que *nadie* mejor que nosotros, sus apóstoles, que dormimos próximos a Él y con Él vivimos, puede saber y testificar que no estima al hombre samaritano, al hombre publicano, al hombre pecador, a la mujer meretriz, *sino a sus almas*, y que solamente de éstas se preocupa, y que solamente por sus almas - y sólo el Altísimo sabrá cuán grande será el esfuerzo del Purísimo para acercarse a lo que nosotros, hombres y pecadores, llamamos "inmundicia" - va con samaritanos, publicanos y meretrices? ¿Muchacho, no entiendes ni conoces todavía a Jesús! Tú menos que los mismos samaritanos, filisteos, fenicios y todos los que tú quieras» dice Pedro con tristeza en las últimas palabras.
Judas se calla, y también los otros.
4Vuelve la anciana y dice: «Están en el camino los de la ciudad. Dicen que es la hora de la oración del sábado y que el Maestro había prometido hablar...».
«Voy a decirlo, mujer. Tú di a los de Efraím que ahora vamos» le responde Pedro, y sale al huerto para avisar a Jesús.
«¿Tú qué haces? ¿Vienes? Si no quieres venir, vete, márchate antes de que tu postura de rechazo le aflija» dice el Zelote a Judas.
«Voy con vosotros. ¿Aquí no se puede hablar! Parece como si yo fuera el mayor de los pecadores. Todas mis palabras se malentienden».
Jesús, volviendo a la cocina, impide cualquier otra palabra.
Salen al camino y se unen a los de Efraím. Entran con ellos en la ciudad. No se detienen hasta llegar frente a la sinagoga, ante cuya puerta está Malaquías, que saluda e invita a entrar.
No aprecio diferencia alguna entre el lugar de oración samaritano y los que he visto en otras regiones: las mismas lámparas; los mismos ambones o estantes, y encima de ellos los volúmenes enrollados; el sitio del arquisinagogo o de quien enseñe en vez de él. Si acaso, aquí hay muchos menos rollos que en otras sinagogas.
«Hemos hecho ya nuestras oraciones mientras te esperábamos. 5Si quieres hablar... ¿Qué volumen pides, Maestro?».
«No necesito ninguno. Además, no tendrías lo que quiero explicar*» responde Jesús, y luego se vuelve hacia la gente y empieza su discurso:
«Cuando Ciro, rey de los persas, repatrió a los hebreos para que reedificaran el Templo de Salomón, destruido hacía cinco decenios, fue reconstruido el altar sobre sus bases, y en éste ardió el holocausto diario mañana y noche, y el extraordinario del primer día de cada mes y de las solemnidades consagradas al Señor o los holocaustos de las ofrendas individuales. Después, tras la primicia indispensable e inderogable del culto, pusieron manos a la obra, en el segundo año del regreso, en lo que se podría llamar el marco del culto, la exterioridad de él, cosa no culpable porque, en todo caso, estaba hecha para honrar al Eterno, pero no indispensable. Porque el culto a Dios es amor a Dios, y el amor se siente y consuma con el corazón, no, ciertamente, con las piedras escuadradas y las maderas preciosas, el oro y los perfumes. Todo esto es exterioridad, orientada más a

satisfacer el propio orgullo nacional o ciudadano que no a honrar al Señor.
Dios quiere un Templo de espíritu. No se contenta con un Templo de muros y mármoles vacío de espíritus llenos de amor. En verdad os digo que el templo del corazón limpio y amoroso es el único que Dios estima, el único en que establece su morada con sus luces; y que las disputas que mantienen divididas las regiones y las ciudades acerca de las bellezas de éste o aquel lugar de oración son estúpidas. ¿Para qué, rivalizar en riqueza y adornos de las casas donde se invoca a Dios? ¿Puede, acaso, lo finito satisfacer cumplidamente al Infinito, aunque fuera algo finito diez veces más hermoso que el Templo de Salomón y que todos los palacios juntos? Dios, el Infinito que no puede ser contenido por ningún espacio, que no puede ser honorado por suntuosidad material alguna, halla en el corazón del hombre el único lugar digno de honorarle como corresponde, y puede - es más, quiere - ser contenido por el corazón del hombre; porque el espíritu del justo es un templo sobre el cual aletea, entre los perfumes de amor, el Espíritu de Dios, y pronto será un templo en el que el Espíritu haga auténtica morada, Uno y Trino como es en el Cielo.
Y está escrito que, en cuanto los obreros hubieron echado los cimientos del Templo, fueron los sacerdotes con sus ornamentos y las trompetas, y los levitas con los címbalos, según las ordenanzas de David, y cantaron que "a Dios ha de alabársele porque es bueno y eterna es su misericordia". Y el pueblo exultaba. Pero muchos sacerdotes, jefes, levitas y ancianos lloraban con grandes gemidos pensando en el Templo que fue. Mas no se podían distinguir las voces de llanto de

---

* *lo que quiero explicar* está en *Esdras 3*. Los samaritanos no admitían otros libros de la sagrada Escritura aparte de los cinco de Moisés, llamados Pentateuco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio.

las de júbilo, pues eran muy confusas. Y también se lee que hubo pueblos vecinos que molestaron a los que edifcaban el Templo, para vengarse de que los constructores los hubieran rechazado cuando se habían ofrecido a edificar con ellos, porque ellos también buscaban al Dios de Israel, al Dios único y verdadero. Y estas perturbaciones interrumpieron la marcha de las obras hasta que no plugo a Dios hacerlas proseguir. Esto se lee en el libro de Esdras.

6 ¿Cuántas y cuáles lecciones aporta el fragmento que he referido? Éstas, además de la ya citada, acerca de la necesidad de que el culto sea sentido por el corazón, y no hacerlo profesar a piedras, maderas, vestiduras, címbalos y cantos de donde el espíritu está ausente. Que la falta de amor recíproco es siempre causa de retraso y perturbación, aunque se trate de una finalidad buena de por sí. Dios no está donde no hay caridad. Es inútil buscar a Dios si antes uno no se coloca en la condición de poder encontrarle. Dios se halla en la caridad. Aquel o aquellos que se establecen en la caridad encuentran a Dios, sin tener ni siquiera que llevar a cabo una penosa búsqueda. Y quien tiene consigo a Dios, tiene ya consigo el éxito en todas sus empresas.

En el salmo que brotó del corazón de un sabio*, después de la meditación en los penosos hechos que acompañaron a la reconstrucción del Templo y las murallas, está escrito: "Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan en ella los constructores; si el Señor no custodia la ciudad y la protege, en vano la custodian los defensores".

Ahora bien, ¿cómo podrá edificar Dios la casa, si sabe que sus moradores no le tienen en su corazón porque no aman a sus vecinos? ¿Y cómo protegerá a las ciudades y

dará fuerza a los defensores, si no puede estar en ellas, pues que con el odio que profesan a sus vecinos están privadas de Él? ¡Oh, pueblos, ¿ha producido algo el estar divididos por barreras de odio?! ¿Os ha hecho más grandes, más ricos, más felices? Jamás es productivo el odio, ni el rencor; jamás es fuerte quien está solo; jamás es amado quien no ama. Y no vale, como dice el salmo, levantarse antes del alba para ser grandes, ricos y felices. Tome cada uno el descanso como alivio del dolor de la vida, por que el sueño es don de Dios de la misma forma que lo es la luz y todas las cosas de que el hombre goza; tome cada uno su descanso, pero tenga en el sueño y en la vigilia como compañera la caridad, y sus obras prosperarán, y prosperarán su familia y sus intereses y, sobre todo, prosperará su espíritu y conquistará la regia corona de los hijos del Altísimo y herederos de su Reino.

7 Se ha dicho que, mientras el pueblo elevaba gritos de júbilo, algunos lloraban con fuertes gemidos porque recordaban y añoraban el pasado; pero no se podían distinguir las diferentes voces en medio del tumulto de los gritos.

¡Hijos de Samaria! ¡Y vosotros, apóstoles míos, hijos de Judea y Galilea! Hoy también hay quien exulta y quien llora mientras el nuevo Templo de Dios se eleva

---

* *un sabio* es Salomón, y las citas corresponden al *Salmo 127, 1-2.*

sobre cimientos eternos. También ahora hay quien obstaculiza las obras y quien busca a Dios donde Dios no está. También ahora hay quien quiere edificar según el orden de Ciro y no según el de Dios, es decir, según el orden del mundo y no según las voces del espíritu. Y también ahora hay quien llora con necia y humana añoranza un pasado inferior, un pasado que no fue bueno ni sabio, hasta el punto de provocar la indignación de Dios. También ahora tenemos todas estas cosas, como si siempre estuviéramos en la nebulosidad de los tiempos remotos y no en la luz del tiempo de la Luz.
Abrid vuestro corazón a la Luz, llenaos de Luz para ver al menos vosotros, a quienes Yo-Luz hablo. Es el tiempo nuevo. Todo se reedifica en él. Mas ¡ay de aquellos que no quieran entrar y obstaculicen a los que edifican el Templo de la nueva fe, del que Yo soy Piedra angular y al cual entregaré la totalidad de mí mismo para hacer de argamasa para las piedras, y así el edificio se alce santo y fuerte, admirable en los siglos, vasto como la Tierra, a la que cubrirá entera con su luz! Digo *luz*, no sombra, porque mi Templo será de espíritus y no de materias opacas. Piedra para él, Yo con mi Espíritu eterno; piedras, todos aquellos que sigan mi palabra y la nueva fe, piedras incorpóreas, encendidas, santas. Y la luz se extenderá sobre la Tierra, la luz del nuevo Templo, y cubrirá a ésta de sabiduría y santidad. Afuera quedarán sólo aquellos que con impuro llanto lloren y añoren el pasado porque les era fuente de ganancias y honores sólo humanos.

8 ¡Abríos al tiempo y al Templo nuevos, oh hombres de Samaria! En ellos todo es nuevo, y las antiguas separaciones y fronteras en lo material, en el pensamiento y en el espíritu, *ya no existen.* Cantad, porque está para terminar vuestro exilio de la ciudad de Dios. ¿O acaso gozáis sintiéndoos como desterrados, como leprosos para los otros de Israel? ¿Es que, acaso, gozáis sintiéndoos como personas expulsadas del seno de Dios? Porque vosotros sentís esto, vuestras almas lo sienten, vuestras pobres almas oprimidas en estos cuerpos vuestros, y sobre las cuales permitís que domine vuestro pensamiento arrogante, que no quiere decir a otros hombres: "Nos hemos equivocado, pero, como ovejas descarriadas, volvemos al Redil". Ya está mal el que no queráis manifestárselo a otros

hombres, pero, al menos, acceded a decírselo a Dios. Aunque ahoguéis el grito de vuestra alma, Dios oye el gemido de ella, que se siente infeliz de estar exiliada de la casa del Padre universal y santísimo.
Escuchad las palabras del salmo gradual*. Ciertamente sois vosotros peregrinos que desde hace siglos vais hacia la alta ciudad, hacia la verdadera Jerusalén, la celeste. De allí, del Cielo, vuestras almas descendieron para animar una carne, y es al Cielo adonde anhelan regresar. ¿Por qué queréis sacrificar vuestras almas, exheredarlas del Reino? ¿Qué culpa tienen ellas de haber

---

* *gradual* es el *Salmo 122*, al que se alude aquí. Los salmos graduales (120-134), o cantos de las ascensiones, eran cantados por los peregrinos que iban a Jerusalén para subir al Templo. Más abajo se alude al *Salmo 126*.

descendido a cuerpos concebidos en Samaria? Vienen de un único Padre y tienen el mismo Creador que tienen las almas de Judea y Galilea, de Fenicia y la Decápolis. Dios es el fin de todo espíritu. Todo espíritu tiende a este Dios, aun cuando idolatrías de todo tipo, o herejías funestas, cismas, o falta de fe lo mantengan en una ignorancia del Dios verdadero, ignorancia que sería absoluta si el alma no tuviera, incancelable en ella, un embrional recuerdo de la Verdad y una anhelo de ella. ¡Oh, haced crecer este recuerdo y anhelo! Abrid las puertas a vuestra alma. ¡Que la Luz entre, que entre la Vida, y la Verdad! ¡Que quede abierto el Camino! Que todo entre a chorros luminosos y vitales, como los rayos del Sol y las olas y los vientos de los equinoccios, para hacer desarrollarse del embrión el árbol que se yergue y se acerca cada vez más a su Señor. ¡Salid del exilio! Cantad conmigo: "Cuando el Señor hace volver de la cautividad, el alma parece soñar por la alegría. Se llena de sonrisas nuestra boca; nuestra lengua, de júbilo. Ahora se dirá: 'El Señor ha hecho cosas grandes para nosotros' ". Sí, el Señor os ha hecho cosas grandes y seréis inundados de alegría.

9 ¡Oh, Padre mío, por ellos te ruego como por todos! ¡Haz volver, oh Señor, a estos nuestros prisioneros, a estos que, para ti y para mí, están atados con las cadenas del obstinado error! ¡Condúcelos de nuevo, oh Padre, como torrente que desemboca en el gran río, al gran mar de tu misericordia y de tu paz! Yo y los que me sirven, con lágrimas, sembramos en ellos tu verdad. Padre, haz que en el tiempo de la gran mies podamos, todos nosotros tus siervos en la enseñanza de tu Verdad, cosechar con alegría en estos surcos que ahora parecen sólo sembrados de tríbulos y plantas venenosas, el trigo selecto de tus graneros. ¡Padre! ¡Padre! Por nuestras fatigas, lágrimas, dolores, sudores, muertes, que fueron y serán compañeros de nuestra siembra, haz que podamos ir a ti llevando, como manojos de mieses, las primicias de este pueblo, las almas renacidas a la Justicia y Verdad para tu gloria. ¡Amen!».

10 El silencio, que impresionaba incluso (tan absoluto como era con una muchedumbre tan numerosa que llenaba la sinagoga y la plaza de delante de ésta), se ve hendido por un bisbiseo que va aumentando hasta transformarse primero en susurro, luego en ruido, luego en aclamaciones de júbilo. La gente gesticula, comenta y aclama...
¡Qué distinto es esto, respecto al epílogo de los discursos en el Templo! Malaquías dice por todos: «Sólo Tú puedes decir así la verdad, sin ofender y humillar. ¡Tú eres verdaderamente el Santo de Dios! Ora por nuestra paz. Estamos endurecidos por siglos de... creencias y por siglos de afrentas. Y debemos romper esta dura corteza nuestra. Sé indulgente».

«Más que eso: amo. Tened buena voluntad y la corteza se romperá por sí sola. Venga a vosotros la Luz».
Se abre paso y sale, seguido de los apóstoles.

557. Llegan de Siquem los parientes de los tres niños arrebatados a los bandoleros.

18 de enero de 1947.

1 Jesús se encuentra solo en la islita que está en medio del torrente. En la orilla, pasado el torrente, juegan los tres niños y bisbisean en voz baja como para no turbar la meditación de Jesús. De vez en cuando, el más pequeño da un gritito de alegría al descubrir una piedrecita de bonito color o una tierna flor; los otros le hacen callar diciendo: «¡Calla! Jesús está rezando...», y prosigue el bisbiseo mientras las manitas moruchas construyen con la arena pequeños cubos y conos que, en la imaginación infantil, serían casas y montañas.
Arriba el Sol resplandece, hinchando cada vez más las yemas en los árboles y abriendo capullos en los prados. El chopo tiembla con sus hojas verdegrises, y los pájaros, engarbados, regatean, con quiebros de amor o de rivalidad que terminan unas veces en canto, otras en chillido de dolor.
Jesús ora. Sentado en la hierba, amparado por una mata de juncos que hay entre Él y el sendero de la orilla, está absorto en su oración mental. En algunas ocasiones alza los ojos para observar a los pequeños que juegan en la hierba, luego los baja de nuevo y se recoge otra vez en sus pensamientos.
2 Veloces pasos entre las plantas de la orilla y la irrupción de Juan en la islita ponen en fuga a los pájaros, que alzan velocísimos el vuelo desde la cima del chopo, poniendo fin así a su carrusel con un chirrido producido por el miedo.
Juan no ve inmediatamente a Jesús, tapado por los juncos; un poco desorientado, grita: «¿Dónde estás, Maestro?».
Jesús se pone en pie mientras los tres niños gritan desde la orilla opuesta: «¡Allí está! ¡Detrás de las hierbas altas!».
Pero Juan ha visto ya a Jesús y va donde Él. Dice: «Maestro, han venido los parientes, los parientes de los niños. Y con muchos de Siquem. Han ido donde Malaquías, y Malaquías los ha llevado a la casa. Yo he venido a buscarte».
«¿Judas dónde está?».
«No lo sé, Maestro. Ha salido nada más llegar Tú aquí, y no ha vuelto. Estará por la ciudad. ¿Quieres que le busque?».
«No, no hace falta. Quédate aquí con los niños. Quiero hablar antes con los parientes».
«Como quieras, Maestro».
Jesús se marcha. Juan va donde los niños y se pone a ayudarlos en la gran empresa de hacer un puente sobre un imaginario río hecho con largas hojas de caña puestas en el suelo simulando el agua...

[3]Jesús entra en la casa de María de Jacob, que está en la puerta esperándole y que le dice: «Han subido a la terraza. Los he llevado allí para ofrecerles descanso. Pero, ahí viene Judas deprisa, viene del pueblo. Voy a esperarle y luego preparo un refrigerio a los peregrinos, que están muy cansados».
También Jesús espera a Judas en la entrada, un poco obscura respecto a la luz exterior. Judas no ve inmediatamente a Jesús y, al entrar, dice altaneramente a la mujer: «¿Dónde están los de Siquem? ¿Es que ya se han marchado? ¿Y el Maestro? ¿Nadie le llama? Juan...». Ve a Jesús y cambia de tono diciendo: «¡Maestro! Cuando lo he sabido de pura casualidad, he venido corriendo... ¿Estabas ya en casa?».
«Estaba Juan, y me ha buscado».
«Yo... yo también habría estado, pero en la fuente me invitaron algunos a explicarles algunas cosas...».
Jesús no responde nada. No abre la boca, si no es para saludar a los que le están esperando, sentados parte en los muretes de la terraza y parte en la habitación que da a ella, los cuales, en cuanto le han visto, se han levantado respetuosos.
Jesús, después del saludo colectivo, saluda a algunos por el nombre, con el estupor contento de éstos, que dicen: «¿Te acuerdas todavía de nuestros nombres?». Deben de ser los habitantes de Siquem.
Y Jesús responde: «De vuestros nombres, de vuestras caras y de vuestras almas. ¿Habéis acompañado a los parientes de los niños? ¿Son ésos?».
«Son ésos. Han venido a recogerlos y nos hemos unido a ellos para agradecerte tu piedad para con esos hijitos de mujer samaritana. ¡Sólo Tú sabes hacer estas cosas!... Tú eres siempre el Santo que hace solamente obras santas. Nosotros también te hemos recordado siempre. Y ahora, sabiendo que estabas aquí, hemos venido. Para verte y decirte que te agradecemos el que nos hayas elegido como refugio tuyo y el que nos hayas amado en los hijos de nuestra sangre. [4]Pero escucha a los parientes».
Jesús, seguido por Judas, se dirige a ellos y los saluda nuevamente, invitándolos a hablar.
«Nosotros - no sé si lo sabes - somos los hermanos de la madre de los niños. Y estábamos muy enojados con ella porque, estúpidamente y contra nuestro consejo, quiso esa boda infeliz. Nuestro padre fue débil respecto a la única hija de entre su numerosa prole; tanto que también nos enojamos con él, y, durante años, entre nosotros hubo silencio y separación. Luego, sabiendo que la mano de Dios pesaba sobre la mujer y que en su casa había miseria - porque una unión impura no tiene la defensa de la bendición divina - tomamos con nosotros de nuevo, en nuestra casa, a nuestro anciano padre, para que no tuviera otro dolor aparte de la miseria en que se consumía la mujer. Luego ella murió. Lo supimos. Tú habías pasado hacía poco tiempo y se hablaba de ti entre nosotros... Y nosotros, venciendo el enojo, ofrecimos al hombre, a través de éste y éste (dos de Siquem), tomar con nosotros a los niños. Eran mitad sangre nuestra. Dijo que prefería muertos a todos de mala muerte, antes que que vivieran por nuestro pan. ¡No tuvimos ni a los niños ni, ni siquiera, el cuerpo de nuestra hermana, para que recibiera sepultura según nuestros ritos! Y entonces le juramos odio, a él y a su sangre. Y el odio cayó sobre él como una maldición, tanto que de libre le hizo siervo, y de siervo... un muerto que acabó sus días como un chacal en un maloliente cuchitril. Nunca lo habríamos sabido, porque hacía mucho que todo había muerto entre nosotros. [5]Y cuando hace ocho noches vimos aparecer en nuestro patio a esos bandoleros, mucho temimos; sólo eso. Y luego, al saber

por qué habían aparecido, el enojo - no el dolor - nos mordió como un veneno, y nos apresuramos a despedir a los bandidos ofreciéndoles una buena recompensa para tenerlos como amigos, y nos quedamos asombrados al oírles que ya se habían cobrado y que no querían más».
Judas rompe al improviso el silencio atento de todos con una irónica carcajada, y grita: «¡Su conversión! ¡Verdaderamente total!».
Jesús le mira con severidad; los demás, con asombro. El que estaba hablando prosigue: «¿Y qué más podías pretender de ellos? ¿No es ya mucho haber ido guiando al zagal y desafiando peligros, sin pretender la merced? Desgraciada vida requiere desgraciada costumbre. Seguro que no fue abundante el botín que sacaron de ese necio muerto como un vagabundo. No fue abundante. Y apenas suficiente para quienes deben suspender sus rapiñas durante diez días al menos. Tanto nos asombró su honestidad, tanto, que les preguntamos que qué voz les había hablado inculcando esta piedad. Y así supimos que un rabí les había hablado... ¡Un rabí! Sólo Tú. Porque ningún otro rabí de Israel podría hacer lo que Tú has hecho. Una vez que se marcharon, preguntamos mejor al amedrentado zagal y supimos con más exactitud las cosas. En un principio sabíamos sólo que el marido de nuestra hermana se había muerto y que los niños estaban en Efraím con un justo; y luego, que este justo, que era rabí, había hablado con ellos. Inmediatamente pensamos que eras Tú. Llegados a Siquem al rayar el alba, nos asesoramos con éstos, porque todavía no estábamos decididos respecto a hacernos cargo de los niños o no. Pero éstos nos dijeron: "¿Cómo! ¿Y vais a hacer que el amor del Rabí de Nazaret por esos niños haya sido inútil? Porque seguro que es Él, no lo dudéis. Es más, vamos todos donde Él porque su benignidad para con los hijos de Samaria es grande". Y, dejando arregladas nuestras cosas, hemos venido. 6 ¿Dónde están los niños?».
«Junto al torrente. Judas, ve a decirles que vengan».
Judas va.
«Maestro, es un duro encuentro para nosotros. Esos niños nos recuerdan todas nuestras angustias. Todavía dudamos si hacernos cargo de ellos. Son hijos del más fiero enemigo que jamás tuvimos en el mundo...».
«Son hijos de Dios. Son inocentes. La muerte anula el pasado y la expiación obtiene perdón, por parte de Dios también. ¿Queréis ser más severos que Dios?, ¿más crueles que los bandidos?, ¿más obstinados que ellos? Los bandidos querían matar al zagal y quedarse con los niños: matar al zagal, por precavida defensa; quedarse con los niños, por compasión humana hacia los indefensos. El Rabí habló y ellos no mataron, y condescendieron incluso en guiar hasta vosotros al zagal. ¿Voy a tener que conocer la derrota con corazones rectos, habiendo derrotado al delito?...».
«Es que... somos cuatro hermanos y ya hay treinta y siete niños en nuestra casa...».
«¿Y donde encuentran alimento treinta y siete gorrioncillos, porque el Padre de los Cielos les procura el grano, no van a encontrarlo cuarenta? ¿O es que el poder del Padre no va a procurar el alimento a otros tres, es más: a cuatro, hijos suyos? ¿Tiene un límite esta divina Providencia? ¿Va a zozobrar el Infinito por hacer más fecundos vuestras semillas, árboles y ovejas, para que sean siempre suficientes el pan, el aceite, el vino, la lana y la carne para vuestros hijos y otros cuatro pobres niños que se han quedado solos?».
«¡Son tres, Maestro!».
«Son cuatro. También es huérfano el zagal. ¿Podríais, si se os apareciera Dios aquí, sostener que vuestro pan está tan justo, que no se podría dar de comer a un huérfano? La

piedad hacia el huérfano está prescrita en el Pentateuco...».
«No podríamos sostenerlo, Señor. Es verdad. No vamos a ser inferiores a los bandidos. Daremos pan, ropa y alojamiento también al zagal. Por amor a ti».
«Por amor. Por *todo* el amor. A Dios, a su Mesías, a vuestra hermana, a vuestro prójimo. ¡Éstos son el obsequio y perdón que habéis de dar a vuestra sangre! No un frío sepulcro para sus cenizas. Perdón y paz. Paz para el espíritu del hombre que pecó. Pero no sería sino un falso perdón, sólo externo; y no significaría en absoluto paz para el espíritu de la difunta que es hermana vuestra y madre de los niños, si a la justa expiación de Dios se uniera, dando penoso tormento, el conocimiento de que sus hijos siendo inocentes, expían su pecado. La misericordia de Dios es infinita. Pero unid a ella la vuestra para dar paz a la difunta».
«¡Lo haremos! ¡Lo haremos! Ante nadie se habría doblegado nuestro corazón, pero ante ti sí, Rabí, que has pasado un día entre nosotros sembrando una semilla que no ha muerto ni morirá».
«¡Amén! 7Ahí están los niños...» Jesús los señala - se dirigen hacia la casa - indicando el ribazo del torrente. Los llama.
Y ellos sueltan las manos de los apóstoles y van corriendo y gritando: «¡Jesús! ¡Jesús!». Entran, suben la escalera, están ya en la terraza... se detienen, atemorizados, ante tantos extraños que los miran.
«Ven, Rubén, y tú, Eliseo, y tú, Isaac. Éstos son los hermanos de vuestra mamá, y han venido por vosotros para uniros a sus hijos. ¿Veis qué bueno es el Señor? Igual que la paloma aquella de María de Jacob que vimos que anteayer daba de comer a una cría no suya sino de su hermano muerto. Él os recoge y os da a éstos para que os cuiden y ya no seáis huérfanos. ¡Ánimo, saludad a vuestros parientes!».
«El Señor esté con vosotros, señores» dice tímidamente el mayor, mirando al suelo. Y los dos más pequeños hacen coro.
«Éste es muy parecido a su madre, y también éste; éste, sin embargo (el mayor), es igual que su padre» observa uno de los parientes.
«Amigo mío, no creo que seas tan injusto, que hagas diferencias de amor por una semejanza de cara» dice Jesús.
«¡No! Eso no. Observaba... y pensaba... No quisiera que tuviera del padre también el corazón».
«Es un niño tierno todavía. En sus palabras sencillas se transparenta un amor por su madre bastante más vivo que cualquier otro amor».
8«Pero los mantenía mejor de lo que creíamos. Están vestidos y calzados con decoro. Quizás había hecho fortuna...».
«Yo y mis hermanos tenemos la ropa nueva porque Jesús nos ha vestido. No teníamos ni sandalias ni manto. En todo estábamos como el pastor» dice el segundo, que es menos tímido que el primero.
«Te compensaremos todo, Maestro» responde uno de los parientes, y añade: «Joaquín de Siquem tenía las dádivas de la ciudad. Pero añadiremos más dinero todavía...».
«No. No quiero dinero. Quiero una promesa. Vuestra promesa de amor a estos que he arrebatado a los bandoleros. Las ofrendas... Malaquías, tómalas para los pobres que tú conoces, y cuenta entre ellos a María de Jacob, porque bien pobre es su casa».
«Como quieras. Si son buenos, los querremos» .
«Lo seremos, señor. Sabemos que hay que serlo para volvernos a encontrar con nuestra

mamá y remontar el río hasta el seno de Abraham, y no soltar el hilo de nuestra barca de las manos de Dios para que no nos arrastre la corriente del demonio» dice Rubén todo de corrido.
«Pero, ¿qué dice el niño?».
«Una parábola que me han oído a mí. La dije para consolar su corazón y darles a sus espíritus una guía. Y los niños la han guardado en su memoria y la aplican en todas sus acciones. Familiarizaos con ellos mientras hablo a estos de Siquem...».
9«Maestro, una cosa todavía. Lo que nos asombró en los bandidos fue el ruego de que dijéramos al Rabí que tenía consigo a los niños que los perdonara si se habían tomado mucho tiempo para ir; que se considerara que a ellos no les estaban abiertos todos los caminos y que la presencia de un niño en su grupo había impedido largas marchas por las angosturas escabrosas».
«¿Has oído, Judas?» dice Jesús a Judas Iscariote, que no replica.
Luego Jesús se aísla con los de Siquem, que le arrebatan la promesa de una visita, aunque sea breve, antes del ardor del verano. Y, entretanto, le cuentan a Jesús cosas de la ciudad, y cómo se acuerdan de Él los que fueron curados en el alma o en el cuerpo.
Mientras, Judas y Juan se dedican a estrechar los vínculos entre los niños y sus familiares...

558. Con la comitiva que regresa a Siquem. Parábola de la gota que excava la roca.

21 de enero de 1947.

1Jesús va andando por un camino solitario; delante de Él, los parientes de los niños; a su lado, los de Siquem. Están en una zona desierta. No se ve ningún centro habitado. A los niños los han montado en unos burritos cuyos ramales lleva un pariente, cuidando del niño. Los otros burritos, libres de caballeros porque los de Siquem han preferido ir a pie para estar cerca de Jesús, preceden al grupo de los hombres, en manada y rebuznando de vez en cuando de alegría por volver al establo sin peso alguno, en un espléndido día, entre lindazos orlados de hierba nueva en la que de vez en cuando hunden sus ollares para saborear un bocado y luego, con ambladura juguetona, caracolean y dan alcance a sus compañeros cabalgados, lo cual hace reír a los niños.
Jesús habla con los de Siquem o escucha sus conversaciones. Es patente que los samaritanos se sienten orgullosos de tener con ellos al Maestro, y sueñan más de lo que conviene; tanto, que dicen a Jesús, señalando los montes altos que están a la izquierda de quien camina hacia el Norte: «¿Ves? Mala fama tienen el Ebal y el Garizim. Pero, para ti al menos, son mucho mejores que Sión. Y serían totalmente buenos si Tú quisieras, eligiéndolos como morada tuya. Sión es siempre guarida de los Jebuseos. Y los de ahora son para ti todavía más enemigos que los antiguos para David*. Él, porque hizo uso de la

violencia, tomó la ciudadela; pero Tú, que no haces uso de la violencia, no reinarás allí. Nunca. Quédate aquí con nosotros, Señor, que nosotros te honraremos».
Jesús responde: «Decidme: ¿me habríais amado si con violencia os hubiera querido conquistar?».
«Verdaderamente... no. Te queremos precisamente porque eres todo amor».
«¿Por esto, entonces, por el amor, reino en vuestros corazones?».
«Así es, Maestro. Pero es porque hemos acogido tu amor. Ellos, los de Jerusalén, no te aman».

«Es verdad. No me aman. 2Pero, vosotros que sois todos muy expertos en el comercio, decidme: cuando queréis vender, comprar y ganar, ¿acaso os desalentáis porque en ciertos lugares no os estimen?, ¿o, más bien, realizáis igualmente vuestros negocios preocupándoos sólo de hacer buenas compras y ventas, sin tener en cuenta si del dinero que ganáis está ausente la estima de quien con vosotros ha comprado o vendido?».
«Sólo nos preocupamos del negocio. Poco nos importa si al negocio le falta la estima de quien trata con nosotros. Terminado el negocio, terminado el contacto. La ganancia queda. El resto... no tiene valor».

---

* *David* en la toma de Jerusalén, narrada en *2 Samuel 5, 6-10; 1 Crónicas 11, 4-9.*

«Bueno, pues, Yo también, Yo, que he venido a actuar los intereses del Padre mío, me debo preocupar sólo de esto. Que luego, en donde actúo estos intereses, encuentre estima o burla o frialdad, eso a mí no me preocupa. En una ciudad comercial, no con todos se gana, no con todos se hacen compras y ventas; sino que, aunque se trate con uno sólo, si se saca una buena ganancia, se dice que ese viaje no ha sido inútil, y se vuelve una y otra vez. Porque lo que la primera vez no se obtiene sino con uno se obtiene con tres la segunda, con siete la cuarta, con muchos las otras. ¿No es así? Yo, respecto a las conquistas para el Cielo, hago como vosotros para vuestros negocios: insisto, persevero, encuentro que es suficiente la pequeña - en cuanto al número - pero grande - una sola alma salvada es ya una cosa grande -, grande compensación conseguida con mi esfuerzo. Cada vez que voy allí y supero - por conquistar, como Rey del espíritu, aunque sólo sea a un súbdito - todo lo que puede ser una reacción del Hombre, no digo, no, que haya sido inútil el que haya ido, ni que hayan sido inútiles los dolores o las fatigas; al contrario, digo que las burlas, injurias y acusaciones han sido santas, dulces, deseables. No sería un buen conquistador si me detuviera ante los obstáculos representados por graníticas fortalezas».
«Pero necesitarías siglos para superar estos obstáculos. Tú... eres un hombre y no vivirás siglos. ¿Por qué perder tu tiempo donde no te aceptan?».
«Viviré mucho menos. Es más, pronto ya no estaré con vosotros. Dejaré de ver albas y ocasos, en cuanto hitos de días que surgen y días que concluyen, y los contemplaré únicamente como bellezas de la Creación y alabaré por ellos al Creador que los hizo y que es Padre mío; dejaré de ver el florecimiento de las plantas y la maduración de los cereales, y no tendré necesidad de los frutos de la tierra para mantenerme en vida, porque, una vez que haya vuelto a mi Reino, me nutriré de amor. Pero, a pesar de todo, derribaré esas muchas fortalezas fuertemente cerradas que son los corazones de los hombres.

3Observad esa piedra de ahí, bajo aquel manantial, en la ladera del monte. El manantial

es muy sutil. Yo diría que, más que fluir, gotea: una gota que lleva cayendo quizás siglos en aquella roca que sobresale de la ladera del monte. Y la piedra es bien dura. No es caliza friable ni blando alabastro. Es basalto durísimo. Y, sin embargo, fijaos cómo en el centro de la piedra convexa, y a pesar de serlo, se ha formado una minúscula balsa, no mayor que el cáliz de un nenúfar, pero sí suficiente para reflejar el cielo azul y dar de beber a los pájaros. ¿Esa concavidad en la roca convexa, acaso la ha hecho el hombre para engastar una gema azul en la piedra obscura y poner en ella un cuenco refrescante para los pájaros? No. El hombre no se ha ocupado de ello. Quizás, durante el transcurso de los muchos siglos en que los hombres vamos pasando por delante de esta roca excavada por una gota secular con su inexorable y rítmico trabajo, nosotros somos los primeros en observar este basalto negro con su turquesa líquida en el centro, y admiramos su belleza, y alabamos al Eterno por haber querido que existiera para delectación de nuestros ojos y refrigerio de los pájaros que anidan por aquí cerca.

Pero, decidme: ¿acaso la primera gota que brotó por debajo del saliente basáltico situado encima de la roca, y que cayó desde esa altura sobre esta piedra, fue la que excavó el cuenco que refleja el cielo, el Sol, las nubes y las estrellas? No. Millones y millones de gotas, una tras otra, una tras otra, se han ido sucediendo, brotando como una lágrima allá arriba, bajando tornasoladas a golpear contra la piedra, y, con una nota de arpa al morir en ella, han ido rebajando, en medida inmensurable por su pequeñez, la materia dura. Y así siglos y siglos, con el movimiento de los granos en un reloj de arena, marcando el tiempo: tantas gotas por hora, tantas en el curso de una vigilia, tantas entre el alba y el ocaso, tantas de una a otra neomenia, y de Nisán a Nisán, y de siglo a siglo. Resistente la piedra, persistente la gota.

El hombre, que es soberbio y, por tanto, impaciente y ocioso, habría arrojado maceta y uñeta después de los primeros golpes, diciendo: "Esto no se puede excavar". La gota ha excavado. Era lo que debía hacer; aquello para lo que fue creada. Y ha rezumado, una gota tras otra, durante siglos, hasta excavar la piedra. Y no se ha detenido luego diciendo: "Ahora se encargará el cielo de alimentar el cuenco que yo he excavado, con el rocío y las lluvias, la escarcha y las nieves". No, ha seguido cayendo; y ella sola llena el minúsculo cuenco en el tiempo del calor veraniego o del rigor invernal. Mientras que las lluvias, violentas o suaves, fruncen la pileta, pero no pueden embellecerla ni ensancharla ni ahondarla, pues ya está colmada y es ya útil y hermosa. El manantial sabe que sus hijas, las gotas, van a morir en la pequeña cavidad, pero no las retiene; al contrario, las mueve a ir hacia su sacrificio, y para que no estén solas y se pongan tristes les envía nuevas hermanas, de manera que la que muera no esté sola, y se vea perpetuada en otras.

[4]Yo también, siendo el primero en golpear, en golpear cien, mil veces contra las fortalezas duras de los duros corazones, y perpetuándome en mis sucesores - a los cuales enviaré hasta el final de los siglos - abriré en ellas hendeduras, y mi Ley entrará como un sol a dondequiera que haya criaturas. Y si luego éstas no quieren la Luz y cierran las hendeduras que el inexhausto trabajo haya abierto, Yo y mis sucesores no tendremos culpa de ello ante los ojos del Padre nuestro. Si ese manantial se hubiera abierto otro canal al ver la dureza de la roca y hubiera goteado más allá, donde hay terreno herboso, decidme vosotros si tendríamos esa gema brillante, y los pájaros ese límpido refrigerio».

«Ni siquiera se le hubiera visto, Maestro»; «como mucho... un poco de hierba un poco más tupida incluso en verano habría indicado el sitio donde el hilo de agua goteaba»; «o incluso, habiéndose podrido las raíces por la continua humedad, menos hierba que en

otras partes»; «y fanguillo; nada más; por tanto, un goteo inútil».
«Vosotros lo habéis dicho. Un inútil, al menos ocioso, goteo. Yo también, si se diera el caso de que prefiriera únicamente aquellos lugares donde los corazones están dispuestos a acogerme por justicia o simpatía, llevaría a cabo un trabajo imperfecto; porque trabajaría, sí, pero sin fatiga, es más, con mucha satisfacción del *yo*, con un complaciente compromiso entre el deber y el gusto. Ya no pesa trabajar donde a uno le rodea el amor y donde el amor hace dúctiles a las almas que uno debe labrar. Pero, si no hay fatiga, no hay mérito, y tampoco hay mucho beneficio porque pocas conquistas se hacen si uno se limita a aquellos que ya están en la justicia. No sería Yo, si no tratase de redimir - primero en orden a la Verdad, luego en orden a la Gracia - a todos los hombres».
5«¿Y piensas lograrlo? ¿Qué vas a poder hacer, más de lo que has hecho ya, para convencer a tus adversarios de lo que dices? ¿Qué, si ni siquiera la resurrección del hombre de Betania ha valido para que los judíos digan que eres el Mesías de Dios?».
«Me queda por hacer algo aún mayor, mucho mayor que lo hecho».
«¿Cuándo, Señor?».
«Con la Luna llena de Nisán. Poned atención entonces».
«¿Habrá una señal en el cielo? Se dice que cuando naciste el cielo habló con luces, cantos y estrellas extraños».
«Es verdad. Para decir que la Luz había venido al mundo. En Nisán habrá señales en el cielo y en la tierra. Parecerá el fin del mundo a causa de las tinieblas, el temblor y el bramido de rayos y terremotos, en el firmamento y en las entrañas abiertas de la Tierra. Pero no será el final; antes al contrario, será el principio. Cuando vine, el Cielo dio a luz para los hombres al Salvador, y, por ser acto de Dios, la paz fue compañera del acontecimiento. En Nisán será la Tierra la que, con voluntad propia, dará a luz para sí al Redentor, y, por ser acto de hombres, la paz no será su compañera, sino que lo que habrá será una horrenda convulsión. Y entre el horror del momento de este mundo y del infierno, la Tierra abrirá su seno bajo las saetas encendidas con el fuego de la ira divina, y expresará a gritos su voluntad, demasiado ebria como para conocer su alcance, demasiado endemoniada como para evitarla. Cual desquiciada parturienta, creerá estar destruyendo el fruto considerado maldito, y no comprenderá que, al contrario, lo estará elevando a lugares en que jamás será alcanzado por dolor ni asechanza algunos. El árbol, el nuevo árbol, desde entonces extenderá sus ramas por toda la Tierra, durante todos los siglos, y el que ahora os habla será reconocido, con amor u odio, como verdadero Hijo de Dios y Mesías del Señor. Y ¡ay de aquellos que le reconozcan sin querer confesarle y sin convertirse a Él!».
6«¿Dónde sucederá esto, Señor?».
«En Jerusalén. Ciertamente es la ciudad del Señor».
«Entonces nosotros no estaremos presentes porque en Nisán la Pascua nos retiene aquí. Somos fieles a *nuestro* Templo» .
«Mejor sería que fuerais fieles al Templo vivo que no está ni en el Moria ni en el Garizim, sino que, siendo divino, es universal. Pero sé esperar vuestra hora, la hora en que amaréis a Dios y a su Mesías en espíritu y verdad».
«Nosotros creemos que Tú eres el Cristo. Por eso te amamos».
«Amar es dejar el pasado para entrar en mi presente. No me amáis todavía con perfección».
Los samaritanos se miran de refilón y callan. Luego uno dice: «Por ti, por ir donde ti, lo

haríamos. Pero no podemos, aunque quisiéramos, entrar donde están los judíos. Tú esto lo sabes. Los judíos no nos aceptan...».
«Ni vosotros a ellos. Pero estad tranquilos, que dentro de poco ya no habrá dos regiones, ni dos Templos, ni dos modos de pensar opuestos. Habrá un único pueblo, un único Templo, una única fe para todos los que deseen la Verdad. [7]Ahora os dejo. Los niños ya están consolados y distraídos, y para mí es largo el camino de regreso a Efraím para llegar antes de que desciendan las tinieblas. No os intranquilicéis. Vuestros gestos podrían llamar la atención de los pequeños, y no conviene que se den cuenta de que me marcho. Seguid vuestro camino. Yo voy a estar aquí. Que el Señor os guíe por los senderos de la Tierra y por los senderos de su Camino. Idos».
Jesús se acerca al monte y deja que se alejen. Lo último que se percibe, de la caravana que vuelve a Siquem, es la alegre risa de un niño, una risa que se propaga por los silencios del camino montano.

559. En Efraím, peregrinos de la Decápolis y misión secreta de Manahén.
22 de enero de 1947.

[1]La noticia de que Jesús está en Efraím, quizás por jactancia de los propios habitantes de la ciudad, quizás por otros motivos por mí ignorados, debe haberse difundido porque ya son muchos los que vienen a buscarle: la mayor parte, enfermos; alguna persona afligida por algo o que tiene deseos de verle. Comprendo esto porque oigo a Judas Iscariote decir a un grupo de peregrinos venidos de la Decápolis: «El Maestro no está. Pero estamos yo y Juan y es lo mismo. Decid, pues, qué deseáis y nosotros lo haremos».
«Pero jamás podréis enseñar lo que Él enseña» objeta uno.
«¡Piensa que nosotros somos otro Él! Recuerda esto siempre. Pero si quieres oír al Maestro en persona vuelve antes del sábado y márchate después del sábado. El Maestro ahora es un verdadero maestro. Ya no habla en todos los caminos, en los bosques o encima de las peñas como un errante, y a todas horas como un siervo. Habla aquí, el sábado, como le corresponde. ¡Y hace bien! ¡Para lo que le ha servido agotarse de fatigas y amor!».
«Pero nosotros no tenemos la culpa de que los judíos...».
«¡Todos! ¡Todos! ¡Judíos y no judíos! Todos habéis sido, y seréis, iguales; Él, todo a vosotros; vosotros, nada a Él. Él, dar; vosotros, no dar: ni siquiera el óbolo que se da al mendigo».
«Tenemos dádivas para Él. Míralas, si no nos crees».
[2]Juan, que ha estado todo este tiempo callado, pero con visible sufrimiento y mirando a Judas con ojos de súplica y reproche (o, mejor: de amonestación), ya no sabe contenerse, y, mientras Judas alarga la mano para tomar las dádivas, él le para poniéndole una mano en el brazo, y le dice: «No, Judas, esto no. Tú sabes cuál es la orden del Maestro» y se dirige a los peregrinos; dice: «Judas se ha explicado mal y vosotros habéis comprendido mal. No es eso lo que quería decir mi compañero. Lo que nosotros - yo, mis compañeros, vosotros, todos - debemos dar por lo mucho que el Maestro nos da es sólo una ofrenda de sincera fe, de amor fiel. Cuando peregrinábamos por Palestina, Él aceptaba vuestras

dádivas porque eran necesarias para nuestro camino y porque encontrábamos a muchos mendigos en él, o veníamos a enterarnos de situaciones ocultas de miseria. Ahora, aquí, no tenemos necesidad de nada - alabada sea por ello la Providencia -, y tampoco encontramos mendigos. Quedaos con vuestras dádivas y dádselas en nombre de Jesús a personas desdichadas. Éstos son los deseos del Señor y Maestro nuestro, y las órdenes que ha dado a nuestros compañeros que van evangelizando por las distintas ciudades. Y, si tenéis enfermos entre vosotros, o a alguno que tenga verdadera necesidad de hablar con el Maestro, pues decidlo, que yo voy y le busco donde se aisla en oración porque su espíritu tiene grandes deseos de recogerse en el Señor».
Judas murmulla entre dientes algo, pero no se opone abiertamente. Se sienta junto a la lumbre como desinteresándose de la cosa.
«Verdaderamente... no tenemos grandes necesidades. Pero hemos sabido que estaba aquí y hemos cruzado el río para venir a verle. De todas formas, si hemos hecho mal...».
«No, hermanos. No es ningún mal amarle y buscarle, incluso no sin incomodidades y esfuerzo. Y vuestra buena voluntad recibirá recompensa. Voy a decirle al Señor que habéis venido. Él seguro que viene. Pero, aun en el caso de que no viniera, yo os traería su bendición». Y Juan sale al huerto para ir a buscar al Maestro.
«¡Deja! Voy yo» dice Judas imperiosamente, y se levanta y sale afuera raudo. Juan le ve marcharse, pero no objeta nada.
Entra de nuevo en la cocina, donde están, bastante estrechos, los peregrinos. Pero casi inmediatamente les propone: «¿Qué os parece si vamos al encuentro del Maestro?».
«Y si Él no quisiera...».

«¡No deis a un malentendido más importancia de la que tiene, os lo ruego! [3]Vosotros sabéis cuáles son las razones de nuestra presencia aquí. Son los demás los que obligan al Maestro a estas medidas de discreción. Ciertamente, no es la voluntad de su corazón, que siempre guarda los mismos sentimientos de afecto para todos vosotros».
«Lo sabemos. Los primeros días que siguieron a la lectura del decreto se dieron a buscarle afanosamente en la Transjordania y en los lugares donde pensaban que pudiera estar. En Betabara, Betania, Pel.la, Ramot Galaad, a incluso más allá. Y sabemos que lo mismo hicieron en Judea y Galilea. Las casas de sus amigos han estado muy vigiladas, porque... si bien es cierto que son muchos sus amigos y discípulos, muchos son también los que no son amigos y creen servir al Altísimo persiguiendo al Maestro. Luego, en seguida, la búsqueda ha cesado, y ha corrido la voz de que estaba aquí».
«¿Pero vosotros por quién lo habéis sabido?».
«A través de discípulos suyos».
«¿Mis compañeros? ¿Dónde?» .
«No. Ninguno de ellos. Otros. Nuevos, porque no los hemos visto nunca ni con el Maestro ni con discípulos antiguos. Es más, nos extrañó el que Él hubiera mandado a unos desconocidos con el encargo de decir dónde estaba; pero también pensamos después que quizás lo hubiera hecho porque los judíos no conocían a los nuevos como discípulos».
«Yo no sé lo que os dirá el Maestro, pero por mi parte os digo que de ahora en adelante no debéis fiaros sino de los discípulos conocidos. Sed prudentes. Todos los habitantes de esta nación saben lo que le sucedió al Bautista...».
«¿Crees que...?».
«Si Juan, odiado sólo por una*, fue capturado y muerto, ¿qué no le sucederá a Jesús, a

quien odian por igual el Palacio y el Templo, fariseos, escribas, sacerdotes y herodianos? Así que estad muy atentos para no tener luego remordimientos... Pero, ahí viene. Vamos a su encuentro».

4Es plenamente de noche. Una noche sin Luna, aunque clara de estrellas. No podría decir la hora que es, pues no veo la posición de la Luna ni su fase. Veo sólo que es una noche serena. Todo Efraím ha desaparecido bajo el velo negro de la noche. El torrente también, y ahora no es sino una voz; sus espumas y reflejos han quedado totalmente anulados bajo la bóveda verde de los árboles de las orillas, que son obstáculo incluso para esa luz no luz que viene de las estrellas.
Un pájaro nocturno se lamenta en algún lugar. Luego se calla a causa de un rumor de ramajes y crujir de cañas, un rumor proveniente de la parte de la montaña y que se va acercando a la casa siguiendo el torrente. Luego una forma alta y robusta surge de la orilla por el sendero que sube hacia la casa. Se detiene un poco como para orientarse. Pasa al ras de la pared, tanteándola con las manos; encuentra la puerta. La roza, pero sigue adelante. Dobla, aún tanteando, la esquina de la casa. Llega a la pequeña puertecita del huerto. La palpa, la abre, la empuja, entra. Ahora va al ras de las paredes que dan al huerto. En llegando a la puerta de la cocina, vacila; pero luego continúa hasta la escalerita externa. Sube ésta a tientas. Se sienta - sombra obscura en la sombra - en el último escalón. Pero, por el Oriente, el color del cielo nocturno - un entrecielo obscuro percibido como tal sólo por estar tachonado de estrellas - empieza a cambiar de tonalidad, a tomar un color que el ojo logra percibir como tal: un color ceniciento obscuro de pizarra, que parece bruma densa y humosa y es - no otra cosa - el claror del alba que avanza: se produce lentamente el cotidiano milagro nuevo de la luz que regresa.

---

* *sólo por una*, es decir, Herodías, como en 266.3 y en 270.5.

La persona, acurrucada en el suelo, toda aovillada y cubierta con el manto obscuro, se mueve, ahora se desovilla, alza la cabeza, echa un poco hacia atrás el manto. Es Manahén. Está vestido como un hombre cualquiera, con una gruesa túnica marrón y un manto igual; es una tela basta, de trabajador o peregrino, sin franjas ni hebillas ni cinturones. Un cordón de lana trenzada sujeta la túnica a la cintura. Se pone en pie. Se desentorpece. Mira al cielo, donde la luz avanza y ya permite ver lo que hay alrededor.
5Una puerta, abajo, se abre chirriando. Manahén se asoma, sin hacer ruido, para ver quién sale de casa. Es Jesús, que suavemente cierra de nuevo la puerta y se dirige hacia la escalera. Manahén se retira un poco y carraspea para llamar la atención de Jesús, que alza la cabeza y se detiene a media escalera.
«Soy yo, Maestro. Soy Manahén. Ven, ven, que tengo que decirte algo. Te esperaba...» susurra Manahén, y se inclina saludando.
Jesús sube los últimos escalones: «Paz a ti. ¿Cuándo has venido? ¿Cómo? ¿Por qué?» pregunta.
«Creo que apenas había pasado el galicinio cuando he puesto pie aquí. Pero en los matorrales, allá al fondo, estaba desde la segunda vigilia de ayer».
«¡Toda la noche al raso!».
«No había otra solución. Tenía que hablar contigo a solas. Tenía que conocer el camino para venir, y la casa, sin ser visto. Por eso vine de día y me metí entre la espesura allá

arriba. Vi aquietarse la actividad en la ciudad. Vi a Judas y a Juan volver a casa. Es más, Juan pasó casi a mi lado con su carga de leña. Pero no me vio porque yo estaba bien adentro en la espesura. Vi, mientras hubo luz para ver, a una anciana entrar y salir, y vi que lucía la lumbre en la cocina, y que Tú bajabas de aquí arriba ya en pleno crepúsculo. Y vi que cerrabais la casa. Entonces vine con la luz de la Luna nueva y estudié el camino. Entré incluso en el huerto. Aquella puertecita es menos útil que si no estuviera. Oí que hablabais. Pero tenía que hablarte a solas. Me marché para volver a la tercera vigilia y estar aquí. Sé que normalmente te levantas a orar antes de que se haga de día. Y esperaba que también hoy lo hicieras. Alabo al Altísimo porque haya sido así».

6«¿Pero cuál es el motivo de tener que verme con tanta incomodidad?».

«Maestro, José y Nicodemo quieren hablar contigo, y han pensado hacerlo eludiendo todo tipo de vigilancia. Han intentado ya otras veces hacerlo, pero Belcebú debe ayudar mucho a tus enemigos. Han tenido que renunciar siempre a venir, porque ni su casa ni la de Nique dejaban de ser vigiladas. Es más, la mujer iba a haber venido antes que yo. Es una mujer fuerte y se había puesto en camino, ella sola, a través del Adomín. Pero la siguieron y la pararon en la Cuesta de la Sangre*. Ella, para no revelar el lugar en que estabas y para justificar las provisiones que llevaba en su cabalgadura, dijo: "Subo adonde un hermano mío

---

* *Cuesta de la Sangre: Llamaban "Cuesta de la Sangre"* - observa MV en una copia mecanografiada - *a un punto del monte Adomín por los delitos que en ese lugar llevaban a cabo los bandoleros.*

que está en una gruta arriba en los montes. Si queréis venir, vosotros que enseñáis sobre Dios, haríais una obra santa porque está enfermo y tiene necesidad de Dios". Y con esta argucia los convenció de que se marcharan. Pero ya no se atrevió a venir aquí y fue verdaderamente donde uno que dice que está en una gruta y que Tú le has confiado a ella».

«Es verdad. Pero, ¿y cómo ha hecho Nique para decírselo a los otros?».

«Yendo a Betania. Lázaro no está, pero sí las hermanas. Está María. ¿Y María es acaso mujer que se encoja por alguna cosa? Se vistió como quizás no lo hizo Judit para ir donde el rey, y fue a la vista de todos al Templo junto con Sara y Noemí, y luego a su palacio de Sión. Y desde allí envió a Noemí donde José con las cosas que había que decir. Y, mientras... taimadamente los judíos iban o mandaban a alguien donde ella para... honrarla, y así podían verla como señora en su casa, Noemí, anciana y vestida modestamente, iba a Beceta, donde el Anciano. Nos pusimos, entonces, de acuerdo en mandarme a mí aquí; a mí, al nómada que no levanta sospechas si se le ve cabalgar a rienda suelta de una a otra residencia de Herodes; mandarme aquí, a decirte que la noche del viernes al sábado José y Nicodemo, yendo uno desde Arimatea y el otro desde Rama, antes del ocaso, se encontrarán en Gofená y te esperarán allí. Conozco el lugar y el camino, y vendré aquí al atardecer para guiarte. De mí te puedes fiar. Pero fíate sólo de mí, Maestro. José advierte que ninguno tenga noticia de este encuentro nuestro. Por el bien de todos».

«¿También por el tuyo, Manahén?».

«Señor... yo soy yo. Pero no tengo bienes e intereses familiares que tutelar, como José».

«Esto confirma lo que digo, que las riquezas materiales son siempre un peso... Pero puedes decir a José que ninguno tendrá noticia de nuestro encuentro».

«Entonces puedo marcharme, Maestro. El Sol ya ha salido y podrían levantarse tus discípulos» .
«Bien, márchate, y que Dios esté contigo. Es más, te voy a acompañar para mostrarte el punto donde nos encontraremos la noche del sábado...».
Bajan sin hacer ruido y salen del huerto. Y, en seguida, están abajo, en las orillas del torrente.

560. En las cercanías de Gofená, coloquio durante la noche con José de Arimatea, Nicodemo y Manahén.

23 de enero de 1947.

1Es un camino muy dificultoso el que ha tomado Manahén para guiar a Jesús al lugar donde le esperan. Es un camino todo él montano, estrecho, pedregoso, entre espesuras y bosques. La luz de una clarísima Luna en su primera fase a duras penas se abre paso entre la maraña de las ramas. A veces desaparece por completo y Manahén la suple con antorchas ya preparadas, que ha llevado consigo en bandolera como armas bajo el manto. Él delante y Jesús detrás, caminan en silencio en medio del gran silencio de la noche. Dos o tres veces algún animal salvaje, corriendo por los bosques, hace un rumor semejante a sonido de pasos, y ello hace que Manahén se detenga receloso. Pero, aparte de esto, ninguna otra cosa turba el camino, ya de por sí muy fatigoso.
«Maestro, aquello de allí es Gofená. Ahora torcemos por aquí. Cuento trescientos pasos y estaré en las grutas donde esperan desde la puesta del Sol. ¿Te ha parecido largo el camino? Pues hemos venido por atajos que creo que mantienen la distancia legal».
Jesús hace un gesto como queriendo decir: «No se podía hacer de otra manera».
Manahén, atento a contar sus pasos, se calla. Ahora están en un pasaje rocoso y pelado, que asemeja a una caverna en subida entre las paredes del monte que casi se tocan. Se diría que la fractura - tan extraña es - la produjo algún cataclismo, una enorme cuchillada en la roca del monte que hubiera cortado a éste al menos un tercio desde la cima. Arriba, por encima de las paredes cortadas a pico, por encima del rumor agitado de las plantas nacidas en el borde del enorme tajo, brillan las estrellas; pero la Luna no baja aquí, a esta sima. La luz humosa de la antorcha despierta a algunas aves de rapiña, que gañen agitando las alas en los bordes de sus nidos entre las grietas.
2Manahén dice: «¿Ahí es!», e introduce en una brecha de la pared rocosa un grito semejante al quejido de un voluminoso búho.
Del fondo viene una luz rojiza por otro pasillo rocoso que está cerrado por encima, como un zaguán. José aparece: «¿El Maestro?» pregunta, al no ver a Jesús, que está un poco

atrás.
«Estoy aquí, José. Paz a ti».
«A ti, la paz. ¡Ven! Venid. Hemos encendido fuego para ver sierpes y escorpiones y combatir el frío. Yo voy delante».
Se vuelve y, por las ondulaciones del sendero que va entre las entrañas del monte, los guía hacia un lugar iluminado con lumbre. Allí está Nicodemo, alimentando el fuego con ramajes y enebros.

«La paz también a ti, Nicodemo. Aquí estoy, con vosotros. [3]Hablad».
«Maestro, ¿nadie se ha percatado de que venías aquí?».
«¿Quién se hubiera podido dar cuenta, Nicodemo?».
«¿Tus discípulos no están contigo?».
«Conmigo están Juan y Judas de Simón. Los otros evangelizan desde el día siguiente del sábado hasta el ocaso del viernes. Pero he salido de casa antes de la hora sexta diciendo que no se me esperara antes del alba siguiente al sábado. Ya es demasiado habitual en mí ausentarme durante varias horas, como para que ello pueda suscitar sospechas en alguno. Estad, por tanto, tranquilos. Tenemos todo el tiempo que queramos para hablar sin preocupación alguna de ser sorprendidos. Este... es lugar propicio».
«Sí. Madrigueras de serpientes y buitres... y de bandidos cuando viene el tiempo bueno, cuando estos montes se llenan de rebaños. Pero ahora los bandidos prefieren otros lugares en que puedan abalanzarse más rápidamente sobre apriscos y caminos de caravanas. Sentimos haberte traído hasta aquí, pero es que de aquí nosotros podremos marcharnos por caminos distintos; sin llamar la atención de nadie. Porque, Maestro, la atención del Sanedrín está apuntada hacia los lugares donde hay sospecha de que te estiman».
«Bueno, en esto disiento de José. A mí me parece que ya somos nosotros los que vemos sombras donde no las hay Y también me parece que, desde hace algunos días, se ha calmado mucho la cosa...» dice Nicodemo.
«Te engañas amigo. Te lo digo yo. Se ha calmado en cuanto que ya no existe el estímulo de buscar al Maestro, porque ya saben dónde está. Por eso le vigilan a Él y no a nosotros. Por eso le he recomendado que no dijera a nadie que nos íbamos a ver. No fuera que hubiera alguno dispuesto... a cualquier cosa» dice José.

[4]«No creo que los de Efraím...» objeta Manahén.
«No, los de Efraím no, y ningún otro de Samaria. Sólo por actuar de forma distinta a como actuamos nosotros, los de la otra parte...».
«No, José. No es por ese motivo. Es porque ellos no tienen en su corazón esa maligna serpiente que tenéis vosotros. Ellos no temen ser despojados de ninguna prerrogativa. No tienen que defender intereses sectarios ni de casta. No tienen nada, aparte de una instintiva necesidad de sentirse perdonados y amados por Aquel al que sus antepasados ofendieron y al que ellos siguen ofendiendo al permanecer fuera de la Religión perfecta. Y permanecen fuera porque, siendo orgullosos ellos y siéndolo vosotros, no se sabe, por ambas partes, deponer el rencor que divide y tender la mano en nombre del único Padre. Claro que, aunque ellos tuvieran tanta voluntad como para eso, vosotros la demoleríais, porque no sabéis perdonar, no sabéis decir, hollando toda necedad: "El pasado ha muerto porque ha surgido el Príncipe del Siglo futuro, que a todos recoge bajo su Signo". Yo, en efecto, he venido y recojo. Pero vosotros, ¡oh, vosotros consideráis siempre maldito incluso aquello que Yo he considerado merecedor de ser recogido!».
«Eres severo con nosotros, Maestro».

«Soy justo. [5]¿Podéis, acaso, decir que en vuestro corazón no me censuráis por ciertas acciones mías? ¿Podéis decir que aprobáis mi pareja misericordia hacia judíos y galileos y hacia samaritanos y gentiles, o incluso más amplia para con éstos y los grandes pecadores, precisamente porque ellos la necesitan mayormente? ¿Podéis decir que no pretenderíais de mí gestos de violenta majestad para manifestar mi origen sobrenatural y, sobre todo, fijaos bien, y, sobre todo, mi misión de Mesías *según vuestro concepto del Mesías*? Decid sinceramente la verdad: aparte de la alegría de vuestro corazón por la resurrección de vuestro amigo, ¿no habríais preferido, antes que esta resurrección, que Yo hubiera llegado a Betania apuesto y cruel, como nuestros antiguos respecto a los amorreos y los de Basán, y como* Josué respecto a los de Ay y Jericó, o, mejor aún, haciendo caer con mi voz las piedras y los muros sobre los enemigos, como las trompetas de Josué hicieron respecto a las murallas de Jericó, o haciendo caer del cielo sobre los enemigos gruesas piedras, como sucedió en el descenso de Beterón también en tiempos de Josué, o, como en tiempos más recientes, llamando a celestes jinetes que corrieran por los aires, vestidos de oro, armados de lanzas, formados en cohortes, y que hubiera movimiento de escuadrones de caballería, y asaltos por una y otra parte, y agitación de escudos, y ejércitos con yelmos y espadas desenvainadas, y lanzamiento de dardos para aterrorizar a mis enemigos? Sí, habríais preferido esto porque, a pesar de que me améis mucho, vuestro amor es todavía impuro, y la seducción - en cuanto a desear lo no santo - se la proporciona vuestro pensamiento de israelitas, *vuestro viejo pensamiento.* El que tiene Gamaliel igual que el último de Israel, el que tiene el Sumo Sacerdote, el Tetrarca, el labriego, el pastor, el nómada, el hombre de la Diáspora. El pensamiento fijo del Mesías conquistador. La pesadilla de quien teme ser *aniquilado* por Él. La esperanza de quien ama a la Patria con la violencia de un humano amor. El suspiro de quien está oprimido por otras potencias en otras tierras. No es culpa vuestra. El pensamiento puro como había sido dado por Dios acerca de lo que Yo soy se ha ido cubriendo, a lo largo de los siglos, de estratos de escorias inútiles. Y pocos saben, con sufrimiento, restituir a la idea mesiánica su pureza inicial. Ahora, además - estando ya cercano el tiempo en que será dado el signo que Gamaliel espera, y todo Israel con él, y llegando ya el tiempo de mi perfecta manifestación -, Satanás trabaja para hacer más imperfecto vuestro amor y más torcido vuestro pensamiento. *Llega su hora.* Yo os lo digo. Y, en esa hora de tinieblas, incluso los que actualmente ven o están solamente un poco privados de vista, resultarán ciegos del todo. Pocos, muy pocos, en el Hombre abatido reconocerán al Mesías. Pocos le reconocerán como *verdadero Mesías,* precisamente porque será abatido, como le vieron los profetas. Yo quisiera, por el bien de mis amigos, que *supieran verme y conocerme mientras es de día para poder también reconocerme desfigurado y verme en las tinieblas de la hora del mundo...* [6]Pero decidme ahora lo que queríais decirme. La hora avanza rápida y vendrá el alba. Lo digo por vosotros, porque Yo no temo encuentros peligrosos».

---

* *como*: siguen comparaciones con las gestas narradas en: *Números 21, 21-35; Deuteronomio 2, 26-37; Josué 6-8; 10; 2 Macabeos 5, 1-4.*

«Pues lo que te queríamos decir era que alguien debe haber dicho dónde estás, y que este alguien ciertamente no somos ni yo ni Nicodemo ni Manahén ni Lázaro y sus hermanas ni Nique. ¿Con quién más has hablado del lugar elegido para refugio tuyo?».

«Con ninguno, José».
«¿Estás seguro?».
«Seguro».
«¿Y has dado orden a tus discípulos de que no hablaran de ello?» .
«Antes de partir no les hablé del lugar. Llegado a Efraím, di orden de que fueran evangelizando y de actuar en representación mía. Y estoy seguro de su obediencia».
«Y... ¿estás Tú solo en Efraím?».
«No. Estoy con Juan y Judas de Simón. Ya lo he dicho. Él, Judas, porque leo tu pensamiento, no puede haberme perjudicado *con su irreflexión*, porque nunca se ha alejado de la ciudad y en esta época no pasan por ella peregrinos de otros lugares».
«Entonces... Ha sido Belcebú en persona el que ha hablado. Porque en el Sanedrín se sabe que estás allí».
«¿Y entonces? ¿Cuáles han sido las reacciones del Sanedrín ante este movimiento mío?».
«Varias, Maestro. Muy distintas unas de otras. Hay quien dice que es lógico: dado que te han proscrito en los lugares santos, no te quedaba otra solución que refugiarte en Samaria. Otros, sin embargo, dicen que esto revela de ti lo que eres: un samaritano de alma, más que si lo fueras de raza; y que ello es suficiente para condenarte. Bueno y todos están muy contentos de haberte podido reducir al silencio y de poder señalarte ante las masas como amante de samaritanos. Dicen: "Ya hemos ganado la batalla. Lo demás será un juego de niños". Pero, haz que eso no sea verdad. Te lo rogamos».
«No será verdad. Dejad que hablen. Los que me aman no se turbarán por las apariencias. Dejad que el viento cese del todo. Es viento de tierra. Luego vendrá el viento del Cielo y se abrirá el entrecielo apareciendo la gloria de Dios. 7¿Tenéis algo más que decirme?».
«Respecto a ti, no. Vigila, sé cauto, no salgas de donde estás. Y decirte que te tendremos informado...».
«No. No hace falta. Permaneced donde estáis. Pronto tendré conmigo a las discípulas y - esto sí - decid a Elisa y a Nique que se unan a las otras, si quieren. Decídselo también a las dos hermanas. Siendo ya conocido el lugar donde me hallo, los que no temen al Sanedrín pueden ya venir y experimentar recíproca consolación».
«No pueden venir las dos hermanas hasta que Lázaro no regrese. Salió con gran pompa. Toda Jerusalén ha sabido que se marchaba a sus propiedades lejanas, y no se sabe cuándo va a volver. Pero su criado ha vuelto ya de Nazaret y ha dicho - también tenemos que decirte esto - que tu Madre estará aquí con las otras antes de que concluya esta luna. Ella está bien, y también María de Alfeo. El criado las ha visto. Pero tardan un poco porque Juana quiere venir con ellas y no puede hacerlo hasta el final de esta luna. 8Y también... como amigos fieles, aunque... imperfectos como dices, si nos lo permites, quisiéramos ofrecerte una ayuda...».
«No. Los discípulos que están evangelizando traen cada vigilia de sábado cuanto necesitan ellos y cuanto necesitamos nosotros los que estamos en Efraím. Más no hace falta. El obrero vive de su salario. Eso es justo. Lo demás sería superfluo. Dádselo a algún necesitado. Lo mismo he impuesto a los de Efraím y a mis propios apóstoles. Exijo que a su regreso *no tengan ni una moneda de reserva* y que toda dádiva sea repartida por el camino, tomando para nosotros lo mínimo indispensable para la frugalísima comida de una semana».
«¿Por qué, Maestro?».
«Para enseñarles el desapego de las riquezas y el dominio espiritual sobre las

preocupaciones del mañana. Y por esto y por otras buenas razones mías de Maestro, os ruego que no insistáis».
«Como quieras. Pero nos apena el no poder servirte».
«Llegará la hora en que lo haréis... [9]¿No es ya aquella la primera luz del alba?» dice volviéndose hacia Oriente, o sea, hacia el lado opuesto a aquel por el que ha venido, e indicando un tímido claror que aparece lejano a través de una abertura.
«Lo es. Tenemos que dejarnos. Yo vuelvo a Gofená, donde he dejado la cabalgadura, y Nicodemo, por esta otra parte, bajará hacia Berot, y desde allí a Ramá, terminado el sábado».
«¿Y tú, Manahén?».
«Bueno, yo iré abiertamente por los caminos descubiertos que van hacia Jericó, donde ahora está Herodes. Tengo el caballo en una casa de gente pobre que por una limosna no sienten repulsa de nada, ni siquiera de un samaritano como creen que soy Pero por ahora sigo contigo. En la bolsa tengo comida para dos».
«Entonces nos despedimos. [10]Para la Pascua nos veremos de nuevo».
«¡No! ¡No querrás ya arriesgarte a esa prueba!» dicen José y Nicodemo. «¡No lo hagas, Maestro!».
«Verdaderamente sois malos amigos porque me aconsejáis el pecado y la cobardía. ¿Cómo, reflexionando sobre el gesto que pongo, podríais amarme? Decidlo. Sed sinceros. ¿A dónde habría que ir para adorar al Señor en la Pascua de los Ácimos? ¿Al monte Garizim? ¿O no debería, más bien, presentarme ante el Señor en el Templo de Jerusalén, como deben hacer todos los varones de Israel en las tres grandes fiestas anuales? ¿Habéis olvidado que ya se me acusa de no respetar el sábado, a pesar de que - Manahén lo puede testificar -, hoy sin ir más lejos, Yo, secundando vuestro deseo, de noche haya recorrido un camino que armonizara vuestro deseo y la ley sabática?».

---

* *al monte Garizim,* donde los samaritanos tenían su Templo, opuesto al de Jerusalén (*Deuteronomio 1l, 26-32; 27, 11-13; Josué 8, 30-35; 2 Macabeos 6, 1-2*).

«Nosotros también hemos estado en Gofená por este motivo... Y ofreceremos un sacrificio para expiar una involuntaria transgresión por un motivo ineluctable. ¡Pero Tú, Maestro!... Te van a ver inmediatamente...».
«Si no me vieran ellos, Yo me encargaría de que me vieran».
«¡Buscas tu destrucción! Es como si te mataras...».
«No. Vuestra mente está muy envuelta en sombras. No es como quererme matar. Es únicamente obedecer a la voz del Padre mío que me dice: "Ve. Es la hora". Siempre he buscado conciliar la Ley con las necesidades, incluso el día que tuve que huir de Betania y refugiarme en Efraím porque todavía no era la hora de ser capturado. El Cordero de Salvación sólo puede ser inmolado en la Pascua de los Ácimos. ¿Podréis pretender que, si eso he hecho respecto a la Ley, no lo haga respecto a la orden del Padre mío? Ahora marchaos, y no os aflijáis de esa manera. ¿Para qué he venido, sino para ser proclamado Rey de todas las gentes? Porque eso quiere decir "Mesías", ¿no es verdad? Sí, quiere decir eso. Y "Redentor" también quiere decir eso. Pero la verdad del significado de estos dos nombres no corresponde con lo que vosotros os imagináis. [11]De todas formas, os bendigo, implorando que un rayo celeste descienda sobre vosotros junto con mi

bendición. Porque os quiero y porque me queréis. Porque quisiera que vuestra justicia fuera plenamente luminosa. Y es que no sois malos pero sois, también vosotros, "viejo Israel" y no tenéis la voluntad heroica de despojaros del pasado y haceros nuevos. Adiós, José. Sé justo. Justo como aquel que durante muchos años fue para mí tutor y fue capaz de realizar toda renovación para servir al Señor su Dios. Si él estuviera aquí entre nosotros, ¡cómo os enseñaría a saber servir a Dios con perfección; a ser justos, justos, justos! ¡Pero justo es que esté ya en el seno de Abraham!... Para no ver la injusticia de Israel. ¡Oh, santo siervo de Dios!... Nuevo Abraham - de corazón traspasado pero de voluntad perfecta -, él no me habría aconsejado la cobardía, sino que me habría dicho las palabras que usaba cuando alguna realidad penosa pesaba sobre nosotros: "Levantemos el espíritu. Encontraremos la mirada de Dios y olvidaremos que son los hombres los que causan el dolor. Y hagamos todas las cosas que nos significan un peso como si el Altísimo nos las presentase. De esta manera santificaremos hasta las más pequeñas cosas y Dios nos amará". Eso habría dicho, incluso animándome a sufrir los más graves dolores... *Nos habría animado...* ¡Oh, Madre!...».
Jesús suelta a José - le tenía abrazado - y, agachando la cabeza, permanece en silencio, contemplando, sin duda, su ya cercano martirio y el de su pobre Madre...
Luego alza la cabeza y abraza a Nicodemo diciendo: «La primera vez que viniste* a mí como discípulo oculto te dije que para entrar en el Reino de Dios y tener el Reino de Dios en vosotros era necesario que renacierais en espíritu y vuestro amor por la Luz fuera mayor del que por ella tenga el mundo. Hoy, y quizás es la última vez que nos encontramos en secreto, te repito las mismas palabras. Renace en tu espíritu, Nicodemo, para poder amar la Luz que soy Yo, y

_____
* *viniste*, en 116.4/11.

Yo more en ti como Rey y Salvador. Ahora marchaos. Que Dios esté con vosotros».
12 Los dos Ancianos se marchan por la parte opuesta a aquella por la que ha venido Jesús. Cuando ya el ruido de sus pasos se ha alejado, Manahén, que había ido hasta la entrada de la gruta para verlos marcharse, vuelve y dice con cara muy expresiva: «¡Al menos una vez serán ellos los que infrinjan la medida sabática! ¡Y no se sentirán tranquilos hasta que no regularicen su deuda con el Eterno con el sacrificio de un animal! ¿No sería mejor para ellos sacrificar su tranquilidad declarándose abiertamente "tuyos"? ¿No sería eso más grato al Altísimo?».
«Ciertamente lo sería. Pero no los juzgues. Son masa que fermenta despacio. Pero, en su momento, ellos, cuando muchos que se creen mejores caigan, se erguirán contra todo un mundo» .
«¿Lo dices por mí, Señor? Quítame la vida, antes que permitir que reniegue de ti».
«Tú no me renegarás. Pero en ti hay elementos distintos de los suyos para ayudarte a ser fiel».
13 «Sí. Yo soy... el herodiano. O sea, era el herodiano. Porque, de la misma manera que me he apartado del Consejo, me he apartado del partido desde que lo veo ruin e injusto - como los otros - respecto a ti. ¡Ser herodiano!... Para las otras castas es poco más que pagano. No digo que seamos unos santos. Es verdad que no lo somos. Hemos incurrido en impureza por una finalidad impura. Hablo como si fuera todavía el herodiano de antes de ser tuyo. Somos, por tanto, doblemente impuros, según el juicio humano: porque nos hemos aliado con los romanos y porque lo hemos hecho buscando nuestro propio

beneficio. Pero, dime, Maestro, Tú que siempre dices la verdad y no te abstienes de decirla por temor a perder un amigo. Entre nosotros, que nos hemos aliado con Roma para... gozar todavía de efímeros triunfos personales, y los fariseos, jefes de los sacerdotes, escribas, saduceos, que se alían con Satanás para destruirte a ti, ¿quién es más impuro? Yo, ya ves que, ahora que he visto que el partido de los herodianos se pone contra ti, los he dejado. No digo esto para que me alabes, sino para manifestarte cómo pienso. ¡Y ellos - hablo de los fariseos y sacerdotes, escribas y saduceos - creen que sacan un beneficio de esta inesperada alianza de los herodianos con ellos! ¡Desdichados! No saben que los herodianos lo hacen para ganar méritos ante los romanos y, por tanto, mayor protección de éstos, y, después... definidos y terminados la causa y el motivo que los une ahora, abatir a los que ahora toman como aliados. Éste es el juego recíproco de los unos y los otros. Todo está basado en el engaño. Y esto me repugna de tal manera, que me he independizado del todo. Tú... Tú apareces como un gran fantasma amedrentador. ¡*Para todos*! *Y* eres también el pretexto para el sucio juego de los intereses de los distintos partidos. ¿El motivo religioso? ¿El sagrado desdén hacia "el blasfemo", como te llaman? ¡Todo engaños! El único motivo es, no la defensa de la Religión, no el sagrado celo por el Altísimo, sino *sus intereses, ávidos, insaciables.* Me dan asco como cosa inmunda. Y quisiera... quisiera que fueran más valerosos los pocos que no son inmundicia. ¡Ya me es gravoso llevar una vida doble! Quisiera seguirte sólo a ti, pero te sirvo así más que si te siguiera. Siento este peso... Pero dices que será pronto... Como...
14¿Pero realmente serás inmolado como el Cordero? ¿No es lenguaje figurado? La vida de Israel está tejida con símbolos y figuras...».
«Y quisieras que conmigo fuera así... No, mi caso no es una figura».
«¿No lo es? ¿Estás completamente seguro? Yo podría... Muchos podríamos repetir antiguos gestos haciendo que te ungieran. como Mesías, y podríamos defenderte. Bastaría una palabra para que surgieran a millares los defensores del verdadero Pontífice santo y sabio. Ya no hablo de un rey terreno, porque ya sé que tu Reino es enteramente espiritual. Pero, dado que humanamente fuertes y libres no lo seremos ya nunca, pues, al menos, que sea tu santidad la que gobierne y dé nueva salud al corrompido Israel. Nadie - Tú lo sabes - aprecia al actual sacerdocio o a quienes te sostienen. ¿Quieres esto, Señor? Ordena y yo actuaré».

«Ya has avanzado mucho en tu pensamiento, Manahén. Pero todavía estás tan lejos de la meta como la Tierra del Sol. Yo seré Sacerdote, y lo seré eternamente, Pontífice inmortal, en un organismo que vivificaré hasta el final de los siglos. Pero no seré ungido con el óleo de la alegría, ni proclamado y defendido con actos violentos - expresión de la voluntad de un puñado de fieles - que llevarían a la Patria a una escisión más feroz aún y a hacerla más esclava que nunca. ¿Y crees que una mano de hombre puede ungir al Cristo? En verdad te digo que no. La verdadera Autoridad que me ungirá Pontífice y Mesías es la de Aquel que me ha enviado. Nadie, aparte de Dios, podría ungir a Dios como Rey de reyes y Señor de señores para toda la eternidad».
«¡¿Entonces nada?! ¡¿Nada que hacer?! ¡Oh, mi dolor!».
«Todo. Amarme. En eso se resume todo. Amar no a la criatura que lleva por nombre Jesús, *sino a lo que Jesús es*. Amarme con la humanidad y con el espíritu, de la misma forma que Yo os amo con el Espíritu y la Humanidad para estar conmigo más allá de la Humanidad. 15Mira qué hermosa aurora. La luz tímida de las estrellas no llegaba hasta aquí dentro; pero la luz segura del Sol, sí. Lo mismo sucederá en los corazones de

aquellos que lleguen a amarme con justicia. Vamos afuera, al silencio del monte, exento de voces humanas enronquecidas de intereses. Mira aquellas águilas. Mira cómo se alejan con amplios vuelos en busca de presa. ¿Vemos las presas? Nosotros, no; pero las águilas sí, porque el ojo del águila es más poderoso que el nuestro y, desde arriba, donde se cierne en vuelo, ve un amplio horizonte y sabe elegir. Yo también. Lo que vosotros no veis Yo lo veo. Y, desde arriba, donde aletea mi espíritu, sé elegir a mis dulces presas. No para despedazarlas, como hacen los buitres y las águilas, sino para llevarlas conmigo. ¿Seremos así felices allí, en el Reino del Padre mío, nosotros, que nos hemos querido!...».
Y Jesús, que, hablando, ha salido a sentarse al sol a la entrada de la caverna, teniendo a su lado a Manahén, le arrima ahora hacia sí y calla y sonríe contemplando quién sabe qué visión...

561. El saforim Samuel, de sicario a discípulo.
5 de febrero de 1947.

1 Jesús está solo, todavía en la caverna. Una lumbre resplandece dando luz y calor, un fuerte olor de resinas y ramajes se esparce, entre chasquidos y chisporroteos, por el antro. Jesús se ha retirado al fondo, a una concavidad en cuyo suelo hay ramajes secos; allí está meditabundo. La llama, de vez en cuando, ondea y merma y aumenta, alternativamente, debido a rachas de viento que enfilan la espesura de las plantas para introducirse silbando en la caverna, que resuena como una bocina. No es un viento continuo: cesa, luego se levanta de nuevo, como las olas de un mar en momentos de ola larga. Cuando silba fuerte, impulsa las cenizas y hojas secas hacia el estrecho pasillo rocoso por el que Jesús ha ido a la gruta más grande, y la llama se pliega hasta lamer el suelo en aquella dirección; luego, cuando cesa la racha de viento, la llama se eleva de nuevo, todavía ondulante, para resplandecer otra vez enhiesta. Jesús no hace caso. Medita.
Luego, al sonido del viento se une el de la lluvia, que golpea, primero rala, luego más densa, contra el follaje de las plantas. Un verdadero turbión transforma pronto los senderos de las laderas en ruidosos torrentes. Y ahora es la voz del agua la que predomina porque el viento lentamente calla. La luz, muy relativa, del crepúsculo borrascoso, y la del fuego, que, terminada la frasca, rojea, pero sin llama, apenas dan claridad a la caverna, cuyos rincones ya están totalmente en sombra. A Jesús, que está vestido de obscuro, ya no se le distingue; a duras penas, si levanta la cara - la tiene agachada, sobre las rodillas dobladas -, se ve un blancor que contrasta con la pared obscura.
2 Fuera de la gruta, en el sendero, ruido de pasos y palabras entrecortadas por jadeo, propias de uno cansado y agitado. Luego una sombra oscura que chorrea agua por todas partes se proyecta en el vacío de la entrada.
El hombre, porque es un hombre, y de barba tupida y negra, emite un «¡oh!» de alivio y arroja al suelo la prenda - empapada de agua - que cubre su cabeza, sacude el manto y monologa: «¡Mmm! ¡Bien vas a tener que sacudirlo, Samuel! ¡Parece que se hubiera caído en la hoya de un batanero! ¿Y las sandalias? ¡Barcas! ¡Barcas en el fondo del río! ¡Estoy mojado hasta los huesos! ¡Fíjate qué regueros de los pelos! Parezco un canalón

roto que suelte agua por mil agujeros. ¡Pues bien empezamos! ¿Será que Belcebú está de su parte y le defiende? ¡Mmm! ¡La recompensa es alta... pero...!».
Se sienta dejándose caer sobre una piedra cercana al fuego, cuyos tizones, terminada ya la llama, rojean formando esos dibujos extraños que constituyen la última vida de la leña quemada, y trata de reavivarlo soplando. Se quita las sandalias y trata de secarse los pies fangosos con algunas partes del manto que están menos mojadas que el resto. Pero se seca con agua. Su esfuerzo sirve sólo para quitar el barro de los pies y pasarlo al manto. Sigue monologando: «¡Malditos sean ellos, él y todos! Y he perdido incluso la bolsa. ¡Claro! Mucho es ya que no haya perdido la vida... "Es el camino más seguro" dijeron. ¡Ya! ¡Pero ellos no lo recorren! ¡Si no hubiera visto esta llama! ¿Quién la habrá encendido? Algún desgraciado como yo. Pero ¿dónde estará ahora? Allí hay un agujero... Quizás otra gruta... ¿No serán bandoleros! ¡Pero... qué tonto! ¿Qué me van a robar, si no tengo ni una perra? Bueno, no importa. Este fuego es más que un tesoro. ¡Si tuviera algo de ramulla para reavivarlo! Me quitaría y me secaría la ropa. ¡Digo yo, ¿no?! ¡No tengo otra cosa hasta el regreso!...».

3«Si quieres ramulla, amigo, aquí hay» dice Jesús sin moverse de su sitio.
El hombre, que estaba vuelto de espaldas respecto a Jesús, se sobresalta por esa voz imprevista; se pone inmediatamente en pie y se vuelve. Parece muy asustado. «¿Quién eres?» pregunta abriendo desmesuradamente los ojos para tratar de ver.
«Un viandante como tú. He sido Yo el que ha encendido el fuego, y me alegro de que te haya servido de guía». Jesús se acerca con un haz de leña en los brazos y lo deja caer al lado del fuego. Dice: «Reaviva la llama antes de que la ceniza cubra todo. No tengo ni yesca ni eslabón, porque el que me los prestó se ha marchado después de la puesta del Sol». Jesús habla en tono amistoso, pero no se acerca hasta el punto de que el fuego le ilumine. Al contrario, vuelve a su rincón y permanece allí, más envuelto que antes, en su manto.

4El hombre, mientras, se agacha para soplar en las hojas que ha arrojado al fuego, y está ocupado en eso hasta que la llama resurge. Ríe mientras sigue echando ramas cada vez más gruesas que reaniman la llama. Jesús se ha vuelto a sentar en su sitio y le observa.

«Ahora tendría que desnudarme para secar la túnica. Prefiero estar desnudo antes que mojado como estoy. Pero ni puedo quitármela. Se ha venido abajo un trozo de ladera y me he visto debajo de una cascada de tierra y agua. ¡Ah, ahora estoy bien! ¡Fíjate! He roto la túnica. ¡Maldito viaje! ¡Si, al menos, hubiera transgredido el sábado! Pero no. Hasta la puesta del Sol he estado parado. Después... ¿Y ahora cómo me apaño? Para salvarme he soltado la bolsa, que se habrá caído hacia el valle o se habrá quedado enratada en algún matorral, ¡a saber dónde?...».
«Aquí tienes mi túnica. Está seca y caliente. A mí me basta con el manto. Tómala. Estoy sano. No temas».
«Y también eres bueno. Un buen amigo. ¿Cómo agradecértelo?».
«Queriéndome como a un hermano».
«¡Queriéndote como a un hermano? Pero si no me conoces. ¿Querrías mi estima aunque fuera un malvado?».
«La querría para hacerte bueno».
El hombre, que es joven, más o menos de la edad de Jesús, agacha la cabeza y reflexiona. Tiene la túnica de Jesús en sus manos, pero no la ve. Piensa. Y, instintivamente, se la pone sobre la piel desnuda (y es que se ha quitado todo, incluso la túnica de debajo).

5Jesús, que había vuelto a su rincón, pregunta: «¿Cuándo has comido?».
«A la hora sexta. Hubiera debido comer al llegar al pueblo, abajo en el valle. Pero he perdido el camino, la bolsa y el dinero».
«Mira. Tengo aquí todavía algo de comida. Debía servirme para mañana. Pero tómalo. A mí no me pesa el ayuno».
«Pero... si tienes que andar, necesitarás fuerzas...».
«No voy lejos. Sólo a Efraím...».
«¡¿A Efraím?! ¿Eres samaritano?».
«¿Sientes repulsa? No soy samaritano».
«Efectivamente... tu acento es galileo. ¿Quién eres? ¿Por qué no muestras tu cara? ¿Necesitas ocultarte por algún delito? No te voy a denunciar».
«Soy un viandante, lo he dicho antes. Mi Nombre no te diría nada, o te diría demasiado. Y, además, ¿qué es el nombre? Si te ofrezco una túnica para tu cuerpo aterido, un pan para tu hambre y, sobre todo, mi piedad para tu corazón, acaso necesitas saber mi Nombre para sentir el alivio de la ropa seca, la comida y el afecto? Pero, si quieres darme un nombre, llámame "Piedad". No tengo nada vergonzoso que me obligue a ocultarme. Pero no por ello no me denunciarías, porque tu corazón tiene dentro un pensamiento no bueno y los malos pensamientos dan frutos de malas acciones».
El hombre se sobresalta y va donde Jesús, pero de Jesús se ven solamente los ojos, y, además, velados por los párpados semicerrados.
«Come, come, amigo. No hay otra cosa que hacer».
6El hombre se acerca de nuevo al fuego y come lentamente, sin decir nada. Está pensativo. Jesús está todo aovillado en su rincón. El hombre va reponiéndose. El calor de la hoguera, el pan y la carne asada que Jesús le ha dado le ponen contento. Se levanta, se estira, extiende desde una punta de roca hasta una gruesa escarpia oxidada - a saber quién, y cuándo, la clavó allí - el cordón que llevaba como cinto y tiende encima, para que se sequen, túnica, manto y gorro; sacude las sandalias, las acerca a la llama a la que alimenta generosamente.
Jesús parece estar adormilado. El hombre también se sienta, y piensa. Luego se vuelve y mira al Desconocido. Pregunta: «¿Duermes?».
Jesús responde: «No. Pienso y oro».
«¿Por quién?».
«Por todos los necesitados, de todas las clases. ¡Y son muchos!» .
«¿Eres un penitente?».
«Soy un penitente. La Tierra tiene mucha necesidad de penitencia, para que los débiles en ella reciban la fuerza para rechazar a Satanás».
«Es como has dicho. Hablas como un rabí. Sé distinguir porque soy saforim*. Estoy con el rabí Jonatán ben Uziel. Soy su discípulo preferido. Y ahora, si el Altísimo me asiste, me apreciará todavía más. Todo Israel alabará mi nombre».

---

* *saforim* debería significar *escriba*, es decir doctor de la Ley; pero aquí podría significar *alumno que aspira a serlo*. En efecto, él se declara "discípulo" de un rabí, y, más adelante, dice que mientras el rabí enseña él se pone "a sus pies", justamente como solían hacer los alumnos. También en 594.4 parece que los *saforimes* fueran distintos de los *doctores*.

Jesús no replica.

7El otro, pasado un rato, se alza y va a sentarse al lado de Jesús. Dice, mientras se alisa con la mano el pelo, que casi lo tiene ya seco, y ordenándose la barba: «Oye, has dicho que vas a Efraím. Pero ¿vas por azar o es que estás allí?».
«Vivo en Efraím».
«¡Pero has dicho que no eres samaritano!».
«Lo repito: no soy samaritano».
«¿Y quién puede vivir allí si no...? Oye, se dice que en Efraím se ha refugiado el Rabí de Nazaret, el proscrito, el maldito. ¿Es verdad?».
«Es verdad. Jesús, el Cristo del Señor, está allí».
«¡No es el Cristo del Señor! ¡Es un embustero! ¡Un blasfemo! ¡Un demonio! Es la causa de todos nuestros males. ¡Y no surge un vengador de todo el pueblo que le derribe!» exclama, fanático de odio.
«¿Acaso te ha hecho algún mal, que hablas de Él con tanto odio en la voz?».
«A mí no. Sólo le vi una vez, en los Tabernáculos, y en medio de un gentío tal, que me costaría reconocerle. Porque aunque sea discípulo del gran rabí Jonatán ben Uziel, hace poco que estoy definitivamente en el Templo. Antes... no podía por muchas razones, y sólo cuando el rabí estaba en su casa estaba a sus pies bebiendo justicia y doctrina. Pero tú... me has preguntado si le odio, y he sentido una celada reprensión en tus palabras. ¿Es que eres un seguidor del Nazareno?».
«No lo soy. Pero cualquiera que sea justo condenará el odio».
«El odio es santo cuando va contra un enemigo de Dios y de la Patria. El Rabí nazareno es eso. Destruirle y odiarle es santo».
«¿Destruir al hombre o a la idea que representa y la doctrina que proclama?».
«¡Todo! ¡Todo! No se puede destruir una de esas cosas si se pasa por altro otra. En el hombre está su doctrina y su idea. O se abate todo o no sirve para nada. Cuando se abraza una idea se abraza conjuntamente al hombre que la representa y a su doctrina. Esto lo sé porque lo experimento respecto a mi maestro. Sus ideas son las mías; sus deseos, leyes para mí».
«Efectivamente, un buen discípulo actúa así. Pero hay que saber distinguir si es bueno el maestro, y seguir sólo a un maestro bueno. Porque no es lícito perder la propia alma por amor hacia un hombre».
«Jonatán ben Uziel es bueno».
«No. No lo es».
«¿Qué dices? ¿Me dices a mí eso estando aquí solos y pudiendo matarte para vengar a mi maestro? Ten en cuenta que soy robusto».
«No tengo miedo. No tengo miedo de la violencia. Y no tengo miedo ni aun sabiendo que, si arremetes contra mí, *no voy a reaccionar».*
8«¡Ah, ahora entiendo! Eres un discípulo del Rabí, un "apóstol". Él llama así a sus discípulos más fieles. Y vas donde Él. Quizás el que estaba contigo era un compañero tuyo y estás esperando a algún otro compañero».
«Espero a alguien, sí».
«¿Al Rabí!».
«No hay necesidad de que le espere. Él no necesita mi palabra para ser curado de su enfermedad: no tiene ni el alma ni el cuerpo enfermos. Espero a una pobre alma envenenada, delirante, para curarla».
«¡Eres un apóstol! Porque se sabe que Él los manda a evangelizar, ya que Él tiene miedo

de ir desde que ha sido condenado por el Sanedrín. ¡Por eso tú tienes sus doctrines! No reaccionar contra el que ofende es una de sus doctrinas».
«Es una de sus doctrines porque enseña el amor, el perdón, la justicia, la mansedumbre. Ama a los enemigos y no sólo a los amigos. Porque lo ve todo en Dios».
«Si me encontrara... si, como espero, le encuentro, no creo que a mí me ame. ¡Sería un necio! Pero no puedo hablar contigo, que eres un apóstol suyo. Y me arrepiento de haber dicho lo que he dicho, porque se lo referirás a Él».
«No hay necesidad. Pero, en verdad te digo que te amará; es más, que *te ama,* a pesar de que vayas a Efraím para tenderle una trampa y entregarle al Sanedrín, que ha prometido un cuantioso premio al que haga eso».
«¿Eres... profeta o tienes espíritu pitón? ¿Te ha comunicado Él su poder? ¿Eres un maldito tú también? ¡Y yo he aceptado tu pan, tu túnica! ¡Te has comportado conmigo como amigo! Está escrito: "No alzarás tu mano contra el que te ha hecho el bien". ¡Y tú esto has hecho! Porque, si sabías que yo... ¿Quizás para impedirme actuar? Bueno pues, si contigo voy a ser clemente por haberme dado pan, sal, fuego y vestido, y faltaría contra la justicia haciéndote un mal, no voy a ser clemente con tu Rabí, porque a Él no le conozco y no me ha hecho el bien sino el mal».
«¡Desdichado! ¿No te das cuenta de que deliras? ¿Cómo puede uno que no conoces haberte hecho el mal? ¿Cómo puedes respetar el sábado si no respetas el precepto de no matar?...».
«Yo no mato».
«Materialmente, no. Pero no hay diferencia entre quien mata y quien pone la víctima en las manos del que mata. Respetas la palabra de un hombre, que dice que no se debe perjudicar a quien te ha hecho un bien, y luego no respetas la palabra de Dios y, tendiendo una trampa, por un puñado de monedas, por un poco de honor, el sucio honor de haber sabido traicionar a un inocente, te preparas a cometer un delito...».
«No lo hago sólo por las monedas y el honor, sino por hacer una cosa grata a Yeohveh y beneficiosa para la Patria. [9]Repito el gesto de Yael y Judit*». Está más exaltado que antes.
«Sísara y Holofernes eran enemigos de nuestra Patria. Eran invasores. Eran crueles. ¿Pero qué es el Rabí de Nazaret? ¿Qué invade? ¿Qué usurpa? Es pobre y no quiere riquezas, es humilde y no quiere honores, es bueno, bueno con todos. Los que se han visto agraciados por Él se cuentan a millares. ¿Por qué le odiáis?

---

* *el gesto de Yael* (contra Sísara) en *Jueces 4, 17-22*, y *Judit* (contra Holofernes) en *Judit 12, 10-20; 13.*

¿Tú por qué le odias? No te es lícito hacer el mal a tu prójimo. Sirves al Sanedrín. Pero ¿será el Sanedrín el que te juzgue en la otra vida, o será Dios? ¿Y cómo te juzgará? No te digo que te vaya a juzgar por haber matado al Cristo, pero sí te digo que te juzgará por haber matado a un inocente. Tú no crees que el Rabí de Nazaret sea el Cristo, y por eso, por tu idea de que no lo es, no se te imputará este delito. Dios es justo y no juzga como culpa el acto llevado a cabo sin plena advertencia. No te juzgará, por tanto, por haber matado al Cristo, porque para ti Jesús de Nazaret no es el Cristo. Pero sí que te acusará de haber matado a un inocente. Porque tú sabes que es inocente. Te han envenenado, embriagado con palabras de odio; pero no lo estás tanto como para no entender que Él es inocente. Sus obras hablan en su favor. Vuestro miedo - más el de los maestros que el

vuestro de discípulos - teme y ve lo que no existe; es el miedo de quienes temen que Él los suplante. ¡No temáis, que Él os abre los brazos para deciros: "Hermanos"! No envía soldados contra vosotros. No os maldice. Lo único que quisiera sería salvaros, salvaros a vosotros, a los grandes y a los discípulos de los grandes, de la misma forma que quiere salvar al último de Israel; a vosotros más que al ínfimo de Israel, más que al niño que todavía no sabe lo que es el odio y el amor. Porque vosotros tenéis más necesidad de ser salvados que los ignorantes y los niños, porque *sabéis, y pecáis sabiendo.* ¿Tu conciencia de hombre, si la despojas de las ideas que en ella han metido, si la depuras de los venenos que te hacen delirar, te puede decir que Él es culpable? ¡Dilo! Sé sincero. ¿Acaso le has visto un solo día faltar contra la Ley, o aconsejar que se falte contra ella? ¿Le has visto pendenciero, ávido, lujurioso, calumniador, duro de corazón? ¡Habla! ¿Le has visto, acaso, irrespetuoso para con el Sanedrín? Vive como un proscrito por obedecer al veredicto del Sanedrín. Podría lanzar un grito y toda Palestina le seguiría para marchar contra los pocos que le odian, y, sin embargo, aconseja a sus discípulos paz y perdón. Podría - le la misma manera que da vida a los muertos, vista a los ciegos, movimiento a los paralíticos, oído a los sordos, liberación a los endemoniados, porque ni el Cielo ni el Infierno son insensibles a su voluntad - podría fulminaros con el rayo divino y liberarse así de sus enemigos. Y, sin embargo, ruega por vosotros y os cura a vuestros parientes, os cura el corazón, os da pan, vestidos, fuego. [10]*Porque Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo, Aquel que tú buscas para recibir la recompensa prometida a quien le entregue al Sanedrín y ganarte los honores de liberador de Israel*. Yo soy Jesús de Nazaret, el Cristo. Aquí me tienes. Préndeme, pues. Como Maestro y como Hijo de Dios te libero y te absuelvo de la obligación y del pecado de no alzar o de haber alzado la mano contra quien te ha favorecido».

Jesús se ha levantado quitándose de la cabeza el manto, y extiende las manos como para ser capturado, atado. Pero con su altura - y, habiéndose quedado sólo con la túnica interna, corta y ceñida, con el manto obscuro pendiéndole de los hombros, y bien erguido, parece incluso más esbelto -, con sus ojos clavados en el rostro de su perseguidor, el reflejo móvil de las llamas que le encienden puntos luminosos en sus cabellos sueltos y hacen brillar sus grandes pupilas dentro del círculo zafíreo de los iris, y con esa majestad suya y lealtad sin miedo, infunde más respeto que si estuviera rodeado de un ejército que le defendiera.

El hombre está como hechizado... paralizado de estupor. Sólo al cabo de un rato logra susurrar: «¡Tú! ¡Tú! ¡Tú!». Parece como si no supiera decir nada más.

Jesús insiste: «¡Captúrame, pues! Quita esa inútil cuerda extendida para sostener una túnica sucia y desgarrada, y ata mis manos. Te seguiré como un cordero sigue al matarife. Y no te voy a odiar porque me lleves a la muerte. Ya te lo he dicho. Es el fin el que justifica la acción y transforma su naturaleza*. Para ti Yo soy la ruina de Israel y tú crees salvar a Israel matándome. Para ti Yo soy responsable de todo delito, y, por tanto, sirves a la justicia eliminando a un malhechor. No eres, pues, más culpable que el verdugo que ejecuta una orden recibida. ¿Quieres inmolarme aquí en el sitio? Ahí, a mis pies, está el cuchillo con el que te he rebanado la comida. Cógelo. Puede transformarse, de hoja que ha servido para el amor a mi prójimo, en cuchillo de sacrificador. Mi carne no es más dura que la carne de cordero asado que mi amigo me había dejado para que saciara mi hambre y que Yo te he dado a ti, enemigo mío, para saciar tu hambre. Pero tienes miedo de las patrullas romanas, que arrestan al que mata a un inocente y que no permiten que

nosotros administremos la justicia porque nosotros somos los súbditos y ellos los dominadores. Por eso no te atreves a matarme y luego ir adonde los que te han enviado, con el Cordero degollado cargado sobre tus hombros cual mercancía que hace ganar dinero. Bueno, pues deja aquí mi cadáver y ve a advertir a tus amos. Porque tú tanto has renunciado a esa soberana libertad de pensamiento y voluntad que el propio Dios deja a los hombres, que no eres un discípulo, sino un esclavo. Y sirves, rendidamente sirves, *a tus amos*; hasta llegar al delito, los sirves. Pero no eres culpable. Estás "envenenado". Tú eres esa alma envenenada que Yo esperaba. ¡Ánimo, pues! La noche y el lugar son propicios para el delito. ¡Mejor dicho: para la redención de Israel! [11]¡Oh, pobre niño! ¡Dices palabras proféticas sin saberlo! Verdaderamente mi muerte significará redención, y no de Israel solamente, sino de toda la Humanidad. Y Yo he venido para ser inmolado. Ardo en deseos de serlo para ser Salvador. De todos. Tú, saforim del docto Jonatán ben Uziel, ciertamente conoces Isaías. Pues mira, tienes delante de ti al Varón de dolores. Y si no lo parezco, si no parezco aquel que fue visto también por David**, con los huesos descubiertos y dislocados, si no soy como el leproso visto por Isaías, es porque no veis mi corazón. Soy todo una llaga. Vuestro desamor y odio, vuestra dureza e injusticia me han llagado y quebrantado por

---

* *te lo he dicho.* Introduciendo así la afirmación sobre el fin *que justifica la acción y transforma su naturaleza*, Jesús quiere corroborar lo que ya había sido dicho sobre el caso de su interlocutor (el cual pensaba matarle porque no creía que fuera el Mesías y porque estaba instigado por otros y convencido de obrar bien) sin querer afirmar un principio moral, que, no obstante, encontraremos, en cierto sentido, formulado y aclarado en 580.3.

** *David (Salmo 22), Isaías (Isaías 52, 13-15; 53, 1-12):* prefiguran a Jesús en el Varón de dolores, como se dice aquí y en otros lugares; por ejemplo, en 361.5, 382.7, 520.7.

entero. ¿Y no tenía escondido mi rostro mientras me vejabas por ser lo que realmente soy: el Verbo de Dios, el Cristo? ¡Pero soy el hombre avezado a padecer! ¿Y no me juzgáis como hombre castigado por Dios? ¿Y no me sacrifico porque quiero hacerlo para, con mi sacrificio, devolveros la salud? [12]¡Ánimo! ¡Descarga tu mano! Mira: no tengo miedo y tú tampoco debes tenerlo: Yo porque soy el Inocente y no temo el juicio de Dios; Yo porque, ofreciendo mi cuello para tu cuchillo hago que se cumpla la voluntad de Dios, anticipando un poco mi hora para bien vuestro. También cuando nací anticipé la hora por amor a vosotros, para daros la paz antes de su tiempo. Pero vosotros, de esta ansia mía de amor, hacéis arma para negar... ¡No temas! No invoco para ti el castigo de Caín ni los rayos divinos. Oro por ti. Te amo. Nada más. ¿Soy demasiado alto para tu mano de hombre? ¡Así es! ¡Es verdad! El hombre no podría asestar golpe alguno contra Dios si Dios no se pusiera voluntariamente en las manos del hombre. Pues bien, Yo me arrodillo ante ti. El Hijo del hombre está delante de ti, a tus pies. ¡Descarga el golpe, pues!».

Y Jesús, efectivamente, se arrodilla y ofrece a su perseguidor el cuchillo sujetándolo por la hoja. El hombre retrocede susurrando: «¡No!,¡No!».

«¡Ánimo! Un momento de valor... ¡y serás más célebre que Yael y Judit! Mira, oro por ti. Lo dice Isaías: "... y oró por los pecadores". ¿No vienes todavía? ¿Por qué te alejas? ¡Ah!, ¿es porque temes no ver cómo muere un Dios? Pues mira, voy ahí, al lado del fuego. El fuego no falta nunca en los sacrificios. Forma parte de ellos. Mira, ahora me ves bien».

Se ha arrodillado cerca del fuego.
«¡No me mires! ¡No me mires! ¡Oh! ¿A dónde huyo para no ver tu mirada?» grita el hombre.
«¿A quién? ¿A quién quieres no ver?».
«A ti... y tampoco mi delito. ¡Verdaderamente mi pecado está frente a mí! [13]¿A dónde, a dónde huir?». El hombre está aterrorizado...
«¡A mi corazón, hijo! Aquí, en estos brazos cesan las pesadillas y los miedos. Aquí hay paz. ¡Ven! ¡Ven! ¡Hazme feliz!». Jesús se ha levantado y ahora alarga los brazos. El fuego los separa. Jesús centellea con el reflejo de las llamas.
El hombre cae de rodillas, se cubre el rostro y grita: «¡Piedad de mí, oh Dios! ¡Piedad de mí! ¡Borra mi pecado! ¡Quería matar a tu Cristo! ¡Piedad! ¡Ah, no puede haber piedad para un delito de esta naturaleza! ¡Estoy condenado!». Llora rostro en tierra, convulso por los sollozos, y gime: «Piedad», e impreca: «¡Malditos!»...
Jesús da la vuelta a la llama y va donde él; se agacha, le toca en la cabeza, le dice: «No maldigas a los que te pervirtieron. Te han procurado el mayor de los bienes: el que Yo te hablara, así, y te tuviera así, entre mis brazos».
Le ha tomado de los hombros y le ha levantado. Se ha sentado en el suelo y le ha acercado a su corazón. El hombre se relaja sobre las rodillas de Jesús, con un llanto menos delirante. Pero ¡qué llanto tan purificador! Jesús acaricia su cabeza morena mientras le deja calmarse.
El hombre, al fin, alza la cabeza y, cambiada su cara, gime: «¡Tu perdón!».
Jesús se inclina y le besa en la frente. [14]El hombre le echa los brazos al cuello y, reclinada su cabeza sobre el hombro de Jesús, llora y narra, quisiera narrar, cómo le habían persuadido a que cometiera el delito. Pero Jesús no deja que lo haga, diciéndole: «¡Calla! ¡Calla! No ignoro nada. Cuando has entrado te he conocido, respecto a lo que eras y a lo que querías hacer. Habría podido alejarme de allí y evitarte. Me he quedado allí para salvarte. Salvado estás. El pasado ha muerto. No lo evoques ya».
«Pero... ¿te fías así? ¿Y si pecara de nuevo?».
«No, no pecarás de nuevo. Lo sé. Tú estás curado».
«Sí, estoy curado, pero son muy astutos; no me mandes otra vez con ellos».
«¿Y a dónde vas a ir que ellos no estén?».
«Contigo, a Efraím. Si ves lo que hay en mi corazón, verás que no te estoy tendiendo una trampa, sino que sólo hay una súplica de ser protegido».
«Lo sé. Ven. Pero te advierto que allí está Judas de Keriot, que está vendido al Sanedrín y es un traidor del Cristo».
«¡Divina Misericordia! ¡¿También sabes eso?!». El estupor alcanza su punto máximo.
«*Sé todo*. Él cree que Yo no lo sé. Pero sé todo. Y sé también que tú estás tan convertido, que *no* hablarás a Judas ni a ningún otro de esto. Pero piensa que si Judas sabe traicionar a su Maestro, ¿qué no sabrá hacer en perjuicio tuyo?».
El hombre piensa durante un largo rato. Luego dice: «¡No importa! Si no me rechazas, me quedo contigo; al menos durante un tiempo, hasta la Pascua, hasta que vuelvas a reunirte con tus discípulos. Yo me uniré a ellos. ¡Oh, si es verdad que me has perdonado, no me rechaces!».
«No te rechazo. [15]Ahora vamos allá. Esperaremos sobre esas hojas a que llegue la mañana. Al amanecer iremos a Efraím. Diremos que el azar nos ha unido y que vienes

con nosotros. Es la verdad».
«Sí, es la verdad. Al amanecer estará seca mi ropa y te devolveré tu túnica...».
«No. Deja ahí esa ropa. Son un símbolo: el hombre que se despoja de su pasado y viste el nuevo uniforme. La madre de Samuel, el antiguo, cantó* jubilosa: "El Señor da la muerte y la vida, conduce a la morada de los muertos y de ella hace regresar". Tú has muerto y has renacido. Vienes de la morada de los muertos a la verdadera Vida. Deja la indumentaria que ha estado en contacto con los sepulcros llenos de inmundicia. ¡Y vive! Vive para tu verdadera gloria: servir a Dios con justicia, poseerle eternamente».
Se sientan en la concavidad de la roca, donde están amontonadas las hojas, y pronto el silencio desciende, porque el hombre, cansado, se duerme con la cabeza relajada sobre el hombro de Jesús, que sigue orando.

---

* *cantó,* en *1 Samuel 2, 6.*

16 ...Y en una hermosa mañana de primavera llegan frente a la casa de María de Jacob, por el sendero del torrente, que está poniéndose otra vez cristalino después del aguacero, y canta más fuerte por el mayor nivel del agua, y brilla bajo el sol, enmarcado entre las luminosas orillas todavía brillantes de lluvia.
Pedro, que está en la puerta, da un grito y corre al encuentro de ellos. Se abalanza sobre Jesús - el cual está bien arropado en su manto - y le abraza. Dice: «¡Oh, Maestro mío bendito! ¡Qué triste sábado me has hecho pasar! No me decidía a marcharme sin haberte visto antes. ¡Si me hubiera marchado con la incertidumbre en el corazón y sin tu despedida, habría estado toda la semana atolondrado!».
Jesús le besa sin liberarse del manto. Pedro está tan atento a contemplar a su Maestro, que no advierte la presencia del extraño que le acompaña. Pero, entretanto, también los demás han llegado, y Judas de Keriot exclama: «¡Tú, Samuel!».
«Yo. El Reino de Dios está abierto a todos en Israel. He entrado en él» responde seguro el hombre.
Judas se ríe extrañamente, pero no replica.
La atención de todos converge hacia el que ha venido nuevo. Pedro pregunta: «¿Quién es?».
«Un nuevo discípulo. El azar ha hecho que nos encontráramos. O sea, Dios ha hecho que nos encontráramos, y, como persona enviada a mí por el Padre mío, le he acogido, y lo mismo os digo a vosotros: acogedle. Y, dado que hay gran fiesta cuando uno entra a formar parte del Reino de los Cielos, dejad las bolsas y los mantos, vosotros que estabais para salir, y vamos a estar juntos hasta mañana. 17 Ahora déjame, Simón, porque le he dado mi túnica y, estando aquí parado, el aire de la mañana muerde mis carnes».
«¡Ya decía yo! ¡De esa manera, Maestro, te vas a enfermar!».
«Yo no quería, pero Él quiso», se disculpa el hombre.
«Sí. Le había pillado una avalancha y se había salvado por su voluntad. Y, para que nada de ese penoso momento perdurase en él, y viniera a nosotros sin suciedades, le he dicho que dejara donde nos hemos encontrado su túnica desgarrada y sucia, y le he vestido con la mía» dice Jesús, y mira a Judas de Keriot, el cual repite su risita extraña de antes, la misma también de cuando Jesús ha dicho que se hace una gran fiesta cuando uno entra a

formar parte del Reino de los Cielos. Luego entra en casa sin demora para irse a vestir. Los otros se acercan al nuevo y le dan el saludo de la paz.

562. Habladurías en Nazaret.
6 de febrero de 1947.

1«Y yo os digo que sois todos unos necios si creéis ciertas cosas. Necios y más ignorantes que los carneros llanos, que, al estar mutilados, ni siquiera conocen las reglas del instinto. Van por las ciudades una serie de hombres calificando de anatema al Maestro; y otros llevando órdenes que no pueden, ¡no pueden, por el Dios verdadero!, no pueden venir de Él. Vosotros no le conocéis. Yo le conozco. ¡Y no puedo creer que haya cambiado de esa forma! ¡Pues que vayan! ¿Vosotros decís que son discípulos suyos? ¿Pero quién los ha visto alguna vez con Él! ¿Decís que una serie de rabíes y fariseos han dicho sus pecados? ¿Pero quién ha visto sus pecados! ¿Le habéis oído alguna vez hablar de cosas obscenas? ¿Le habéis visto alguna vez en pecado? ¿Entonces? ¿Cómo pensáis que, si fuera pecador, Dios le movería a hacer esas obras tan grandes? Necios, necios os digo, torpes, ignorantes como patanes que ven por primera vez a un histrión en un mercado y creen verdadero lo que el histrión finge. Así sois vosotros. Observad si los sabios y los que tienen inteligencia abierta se dejan seducir por las palabras de los falsos discípulos, que son los *verdaderos enemigos* del Inocente, de nuestro Jesús ¡al que vosotros no sois dignos de tener por hijo! Observad si Juana de Cusa - ¡oye, que digo la mujer del administrador de Herodes! -, la princesa Juana, se aleja de María. 2Observad si... ¿Hago bien en decirlo?... Sí, hago bien, porque no hablo por hablar, sino para convenceros a todos... ¿Habéis visto, la pasada luna, ese carro tan bonito que vino al pueblo y fue a pararse delante de la casa de María? ¿Sabéis ya? Ese que tenía un toldo tan bonito como una casa. Bueno, pues ¿sabéis quién venía en el carro? ¿Sabéis quién bajó del carro para ir a postrarse ante María? Lázaro de Teófilo, Lázaro de Betania. ¿Os dais cuenta? ¡El hijo del primer magistrado de Siria, el noble Teófilo, casado con Euqueria de la tribu de Judá y de la familia de David! El gran amigo de Jesús. El hombre más rico e instruido de Israel, respecto a nuestras historias y a las de todo el mundo. El amigo de los romanos. El benefactor de todos los pobres. En fin, *el resucitado de la muerte después de cuatro días de estar en el sepulcro.* ¿Ha abandonado él, acaso, a Jesús por creer lo que dice el Sanedrín? ¿Vosotros decís que es porque le ha resucitado? No. Es porque *sabe quién es el Cristo que es Jesús.* ¿Y sabéis qué vino a decir a María? Que estuviera preparada porque él la iba a acompañar a Judea. ¿Os dais cuenta? ¡Él, Lázaro, como si fuera el siervo de María! Yo sé esto porque estaba allí cuando entró y la saludó arrodillándose en el suelo, sobre las pobres losas de la pequeña habitación, él, vestido como Salomón, acostumbrado a las alfombras, ahí, en el suelo, besando el extremo de la túnica de la Mujer nuestra y saludándola: "Te saludo, María, Madre de mi Señor. Yo, tu siervo, el último de los siervos de tu Hijo, vengo a hablarte de Él y a ponerme a tus

órdenes". ¿Comprendéis? Yo... me conmoví tanto... que, cuando me saludó también a mí llamándome "hermano en el Señor", ya no supe decir ni una palabra. Pero Lázaro comprendió, porque es inteligente. Y durmió en el lecho de José, mandando adelante a los sirvientes a esperarle en Seforí. Porque iba a sus tierras de Antioquía. Y dijo a las mujeres que estuvieran preparadas porque para el final de esta luna pasará a recogerlas para evitarles la fatiga del viaje. Y Juana se unirá a la caravana con su carro para llevar a las discípulas de Cafarnaúm y Betsaida. [3]¿Todo esto no os dice nada?».
Por fin el buen Alfeo de Sara toma respiro en medio del remolino de gente que hay en medio de la plaza. Y Aser a Ismael, y también los dos primos de Jesús, Simón y José -más abiertamente Simón, más reticentemente José -, le ayudan aprobando todo lo que ha dicho.
José dice: «Jesús no es bastardo. Si tiene necesidad de hacer saber algo, tiene aquí parientes dispuestos a hacerse embajadores suyos. Y tiene discípulos fieles y poderosos, como Lázaro. Lázaro no ha hablado de eso que dicen otros».
«Y nos tiene también a nosotros. Antes éramos burreros, pero ahora somos sus discípulos, y también servimos para decir: "Haced esto o aquello"» dice Ismael.
«Pero la condena que pende de la puerta de la sinagoga la ha traído un enviado del Sanedrín y lleva el sello del Templo» objetan algunos.
«Eso es verdad. Pero ¿y qué? ¿Va a ser ésta la única cosa por la que nosotros - que tenemos fama en todo Israel de saber captar lo que realmente es el Sanedrín y, por tanto, somos despreciados como cosa poco buena - vamos a considerar sabio al Templo? ¿Es que ya no conocemos a los escribas y fariseos y a los jefes de los sacerdotes?» rebate Alfeo.
«Es verdad. Alfeo tiene razón. [4]Yo he decidido bajar a Jerusalén para saber a través de *verdaderos* amigos cómo están las cosas. Y lo haré mañana mismo» dice José de Alfeo.
«¿Y te vas a quedar allí?».
«No. Regreso. Luego volveré a bajar para la Pascua. No puedo estar mucho tiempo lejos de casa. Es un esfuerzo que me impongo. Pero para mí es un deber hacerlo. Soy el cabeza de familia y sobre mí pesa la responsabilidad de la presencia de Jesús en Judea. Yo insistí en que fuera allá... El hombre yerra en sus juicios. Creía que fuera un bien para Él. Sin embargo... ¡Que Dios me perdone! Y debo, al menos, seguir de cerca las consecuencias de mi consejo, para confortar a mi Hermano» dice José de Alfeo con su lento y grave modo de hablar.
«En otros tiempos no hablabas así. Es que tú también estás seducido por las amistades de los grandes. Tus ojos están llenos de brumas» dice un nazareno.
«No son las amistades de los grandes lo que me seduce, Eliaquim. Lo que me convence es la conducta de mi Hermano. Si me equivoqué y ahora cambio, muestro que soy un hombre justo. Porque errar es propio del hombre, pero ser obstinados lo es del animal».
[5]«¿Y dices que vendrá Lázaro en persona? ¡Pues querríamos verle! ¿Cómo es uno que regresa de la muerte? Estará ofuscado, como asustado. ¿Qué dice de su permanencia entre los muertos?» preguntan muchos a Alfeo de Sara.

---

* *insistí*, en 478.5/11.

«Está como yo y vosotros. Alegre, con vitalidad, tranquilo. No habla del otro mundo.

Como si no recordara. Pero sí recuerda su agonía».
«¿Por qué no nos has avisado de que estaba en el pueblo?».
«¡Ya, claro! ¡Para que hubierais invadido la casa! Me retiré también yo. Se requiere un poco de delicadeza, ¡¿no?!».
«Pero, cuando vuelva, ¿no será posible verle? Avísanos. Está claro que serás como siempre el guardián de la casa de María».
«¡Claro! Tengo la gracia de estar cerca de Ella. Pero no voy a avisar a nadie. Apañáoslas vosotros. El carro se ve, y Nazaret no es Antioquía, ni tampoco Jerusalén como para que pase desapercibida una mole tan grande. Montad guardia y... arreglaos vosotros. De todas formas, esto es una cosa vana. 6Más bien, haced que al menos su ciudad no tenga fama de necia por creer en las palabras de los enemigos de nuestro Jesús. ¡No creáis, no creáis!; ni a quien dice que es un Satanás, ni a quien os anima a rebelaros en su nombre. Un día sentiríais el remordimiento. Y si luego el resto de Galilea cae en la trampa y cree en lo que no es verdad, pues peor para ella. Adiós. Me marcho porque cae la tarde...». Y se marcha, contento de haber defendido a Jesús.
Los otros se quedan discutiendo entre sí. Pero, aunque estén divididos en dos campos y el más numeroso sea, por desgracia, el de los crédulos, acaba imponiéndose la idea propuesta por los pocos amigos de Cristo, que es la de esperar, a agitarse y a acoger calumnias o invitaciones a la rebelión, a que lo hagan las otras ciudades galileas, que - dice Aser, el discípulo - «más astutas que Nazaret, por ahora se ríen en la cara de los falsos enviados».

563. Falsos discípulos en Siquem. Curación en Efraím del esclavo mudo de Claudia Prócula.

7 de febrero de 1947.

1La plaza principal de Siquem. En ella pone una nota de primavera el follaje nuevo de los árboles, que en doble fila a lo largo del cuadrado de las paredes de las casas bordean aquélla formando como una galería. El Sol juguetea con las hojas tiernas de los plátanos, dibujando un bordado de luces y sombras en el terreno. El pilón que hay en el centro de la plaza es una superficie de plata bajo el sol. Gente conversando en corrillos acá o allá y hablando de sus negocios.
Algunos - dan la impresión de ser forasteros porque todos se preguntan quiénes son - han entrado en la plaza. Observan y se acercan al primer grupo que encuentran. Saludan. Los saludan (con estupor). Pero, cuando dicen: «Somos discípulos del Maestro de Nazaret», toda desconfianza desaparece, y hay quien va a avisar a los otros grupos, mientras que los que se han quedado dicen: «¿Os manda Él?».
«Él. Una misión muy secreta. El Rabí corre grave peligro. Ya nadie le aprecia en Israel, y Él, que es tan bueno, dice que al menos vosotros sigáis siéndole fieles».
«¡Pero si es lo que queremos! ¿Qué debemos hacer? ¿Qué quiere de nosotros?».

«¡Bueno, Él sólo quiere amor! Porque se fía *demasiado* de la protección de Dios. ¡Y con lo que se dice en Israel! ¿No sabéis que se le acusa de satanismo e insurrección? ¿Sabéis lo que significa esto? Represalias de los romanos contra todos. ¡Nosotros, que ya somos tan infelices, vamos a sufrir aún más atropellos! Y represalias de condena por parte de los santos de nuestro Templo. Cierto que los romanos... 2Incluso por *vuestro* bien deberíais rebelaros, convencerle de que se defienda, defenderle, ponerle casi, y sin el casi, en la imposibilidad de que le capturen y cause un mal sin querer hacerlo. Convencedle de que se retire al Garizim. Donde está ahora, está todavía demasiado expuesto, y no aquieta las iras del Sanedrín ni las sospechas de los romanos. ¡El Garizim sí que tiene el derecho de asilo! Es inútil decírselo a Él. Si se lo dijéramos, nos maldeciría por aconsejarle la cobardía. Pero no es así. Es amor. Lo nuestro es prudencia. Nosotros no podemos hablar. ¡Pero vosotros! Os ama. Ha preferido ya vuestra región a las otras. Organizaos, pues, para recibirle. Porque, al menos, sabréis con precisión si os ama o no. Si rechazara vuestra ayuda, sería signo de que no os ama, y entonces bien estaría que se marchara a otro lugar. Porque, habéis de creerlo - y lo decimos con dolor porque le amamos - su presencia es un peligro para quien le da alojamiento. Aunque es cierto que vosotros sois mejores que todos los demás y no miráis los peligros. De todas formas, es justo que si arriesgáis las represalias romanas, pues que, al menos, lo hagáis por correspondencia de amor. Nosotros os aconsejamos por el bien de todos».
«Es como decís. Y haremos lo que decís. Iremos donde Él...».
«¡Sed cautos! ¡Que no se dé cuenta de que os lo hemos sugerido nosotros!».
«¡No temáis! ¡No temáis! Lo haremos bien. ¡Seguro! Dejaremos claro que los despreciados samaritanos valen como cien, como mil judíos y galileos para defender al Cristo. 3Venid. Entrad en nuestras casas, vosotros, emisarios del Señor. ¡Será como si entrara Él! ¡Hace mucho que Samaria espera el amor de los siervos de Dios!».
Se alejan llevando en medio, como en triunfo, a estos que creo no equivocarme si los defino como emisarios del Sanedrín. Y dicen: «Ya vemos que nos ama, porque en pocos días es el segundo grupo de discípulos que nos envía. Y hemos hecho bien tratando con amor a los primeros, ¡y también mostrándonos tan buenos con Él en orden a los hijitos de esa mujer nuestra muerta! Él ya nos conoce...».
Se alejan contentos.

4Toda Efraím se echa a la calle para ver el insólito hecho de un cortejo de carros romanos cruzándola. Son muchos carros y literas cubiertas, flanqueadas por esclavos, precedidas y seguidas por legionarios. La gente intercambia gestos significativos y bisbisea. El cortejo, llegado al camino que se desvía hacia Betel y Ramá, se separa en dos partes. Se quedan parados un carro y una litera con una escolta de soldados; el resto prosigue.
Las cortinas de la litera se descorren un instante y una mano adornada con gemas, blanca, de mujer, hace una señal al jefe de los esclavos para que se acerque. El hombre obedece sin decir nada. Escucha. Se acerca a un grupo de mujeres curiosas. Pregunta: «¿Dónde está el Rabí de Nazaret?».
«En aquella casa. Pero a esta hora normalmente está en el torrente. Allí hay una pequeña isla. Hacia aquellos sauces. Donde está aquel chopo. Allí pasa orando días enteros».
El hombre vuelve y refiere. La litera se pone de nuevo en movimiento. El carro permanece donde está. Los soldados siguen a la litera hasta las orillas del torrente y

cortan el camino. Sólo la litera va, costeando el curso de agua, hasta la altura de la isla, la cual, avanzando la estación climática, se ha poblado mucho de vegetación; es ahora una espesura impenetrable dominada por el tronco y la copa argéntea del chopo. Una orden y la litera cruza el pequeño curso de agua, entrando en ella los portadores, que llevan vestimentas cortas. Baja Claudia Prócula con una liberta, y Claudia hace a un esclavo negro de la escolta de la litera una señal de seguirla. Los otros vuelven a la orilla.

5Claudia, seguida por los dos, se adentra en la corta islita, en dirección hacia el chopo que descuella en el centro. Las altas hierbas ahogan el ruido de los pasos. Llega casi al lugar donde está Jesús, absorto, sentado al pie del árbol. Le llama mientras avanza ella sola; contemporáneamente, con un gesto imperioso, clava en el lugar en que estaban a los dos fieles que la acompañan.

Jesús alza la cabeza y, al ver a la mujer, se pone en pie en seguida. La saluda, pero permaneciendo erguido contra el tronco del chopo; no muestra ni estupor, ni molestia o enfado por la intrusión.

Claudia, después del saludo, va al grano sin rodeos: «Maestro, han venido a mí, mejor dicho: a Poncio, algunos... Yo no hago largos discursos. Pero, dado que te admiro, te digo, como habría dicho a Sócrates si hubiera vivido en sus días, o a cualquier otro hombre virtuoso perseguido injustamente: "yo no puedo mucho, pero lo que me sea posible lo haré". Y, entretanto, escribiré a donde pueda para otorgarte protección y también... poder. Viven entronizados, o en los puestos altos, muchos que no te merecen...».

«Dómina, no te he pedido ni honores ni protección. El verdadero Dios te premie tu pensamiento. Pero da tus honores y tus protecciones a quien los ambicione. Yo no tiendo a eso».

«¡Ah, esto es lo que quería! ¡Tú eres, entonces, verdaderamente el Justo que yo presentía! ¡Y los otros, tus indignos calumniadores! Se han presentado a nosotros y...».

«No hace falta que hables, dómina. Yo sé».

«¿Sabes también que se dice que por tus pecados has perdido todo poder y que por eso vives aquí segregado?».

«También lo sé. Y sé que esta última cosa te ha resultado más fácil de creer que la primera. Porque tu mente pagana tiene capacidad de discernir el poder humano o la bajeza humana de un hombre; pero no puedes todavía comprender lo que es el poder del espíritu. Estás... desilusionada de tus dioses, que en vuestras religiones aparecen en continuas controversias y con un muy lábil poder sujeto a fáciles interdicciones por contrastes de unos con otros. Y tienes la misma idea del Dios verdadero. Pero no es así. Como era cuando me viste la primera vez curar a un leproso, así soy ahora, y así seré cuando parezca completamente destruido. 6Ése es tu esclavo mudo, no es verdad?».

«Sí, Maestro».

«Dile que se acerque» .

Claudia lanza una voz y el hombre se acerca y se postra en tierra entre Jesús y su ama. Su pobre corazón de salvaje no sabe a quién venerar más. Tiene miedo de que, si venera más al Cristo que a su ama, ésta le castigue. Pero, a pesar de todo, mirando primero suplicantemente a Claudia, repite el gesto llevado a cabo en Cesarea*: toma el pie desnudo de Jesús entre sus gruesas manos negras y, arrojándose rostro en tierra, se pone el pie encima de la cabeza.

«Dómina, escucha. Según tú, ¿es más fácil conquistar solos un reino o hacer renacer una

parte del cuerpo que ya no existe?».
«Conquistar un reino, Maestro. La fortuna ayuda a los audaces. Pero nadie, o sea, sólo Tú, puede hacer renacer a un muerto y dar nuevos ojos a un ciego».
«¿Y por qué?».
«Porque... Porque Dios puede hacer todo».
«¿Entonces para ti Yo soy Dios?».
«Sí... o, al menos, Dios está contigo».
«¿Puede Dios estar con un malvado? Hablo del verdadero Dios, no de vuestros ídolos, que son delirios de quien busca aquello que siente que existe, sin saber lo que es, y se crea fantasmas para apagar el ansia de su alma».
«Yo diría que no. No. Diría que no. Nuestros mismos sacerdotes pierden el poder en cuanto caen en culpa».
«¿Qué poder?».
«Pues... el de leer los signos del cielo y los oráculos de las víctimas, el vuelo y el canto de las aves. Ya sabes... los augures, los arúspices...».
«Sé. Sé. ¿Y entonces? Mira. Y tú alza la cabeza y abre la boca, oh hombre al que un cruel poder humano privó de un don de Dios. Y por voluntad del Dios verdadero, único, Creador de cuerpos perfectos, recibe lo que el hombre te quitó». Ha metido su dedo blanco en la boca abierta del mudo.
La liberta, curiosa, no sabe contenerse en su sitio y se acerca para mirar. Claudia está muy agachada observando.
Jesús quita el dedo y grita: «Habla, usa la parte renacida para alabar al Dios verdadero».

---

* *el gesto lleuado a cabo en Cesarea,* en 426.9.
Y, imprevisto como toque de trompeta de un instrumento mudo hasta ese momento, gutural pero neto, responde un grito: «¡Jesús!», y el negro cae a tierra llorando su alegría, y lame, verdaderamente lame, los pies desnudos de Jesús, como podría hacer un perro agradecido.
«¿He perdido mi poder, dómina? A quienes insinúan esto, dales esta respuesta. Y tú álzate y sé bueno, pensando en lo mucho que te he amado. Te he llevado en mi corazón desde el día de Cesarea. Y contigo a todos los que son como tú. Considerados mercancía, considerados menos que los animales, cuando en realidad sois hombres, iguales que César en cuanto a la concepción y quizás mejores que él en cuanto a la voluntad del corazón... [7]Puedes retirarte, dómina. No hay más que decir».
«Sí que hay más. Lo que hay es que yo había dudado... Lo que hay es que yo, con dolor, casi creía en lo que se decía de ti. Y no sólo yo. Perdónanos a todas, menos a Valeria, que siempre ha tenido un único pensamiento; más aún, que cada vez progresa más en ese pensamiento. Y también otra cosa: que aceptes mi don: este hombre - ahora que habla, ya no podría servirme - y mi dinero».
«No. Ni lo uno ni lo otro» .
«¡Entonces no me perdonas!».
«Si perdono incluso a los de mi pueblo, doblemente culpables de no conocerme en lo que soy, ¿no iba a perdonaros a vosotros, vacíos de toda cognición divina? Mira, he dicho que no aceptaba ni el dinero ni al hombre. Ahora tomo dinero y hombre, y con el dinero emancipo al hombre. Te devuelvo tu dinero porque compro a este hombre. Y le compro para devolverle a la libertad, para que vaya a sus tierras y diga que está en la Tierra Aquel

que ama a todos los hombres, y que cuanto más infelices los ve más los ama. Ten tu bolsa».
«No, Maestro. Es tuya. El hombre es libre de todas formas. Es mío. Te le he donado. Tú le liberas. No es necesario dinero para eso».
«Bueno, pues... ¿Tienes un nombre?» pregunta al hombre.
«Le llamábamos Calixto, por chanza. Pero cuando fue tomado...».
«No importa. Conserva ese nombre. Y hazlo *verdadero* haciéndote hermosísimo en tu espíritu. Ve. Sé feliz, porque Dios te ha salvado».
¿Marcharse! El negro no se cansa de besar y decir: «¡Jesús! ¡Jesús!», y vuelve a ponerse el pie de Jesús en la cabeza, y dice: «Tú. Mi único Amo».
«Yo. Tu verdadero Padre. Dómina, te encargarás de él para que vuelva a su tierra. Usa el dinero para eso. Y el resto que se le dé a él. Adiós, dómina. No acojas nunca las voces de las tinieblas. Sé justa. Y que sepas conocerme. Adiós, Calixto. Adiós, mujer».
Y Jesús pone fin al coloquio. Cruza de un solo salto el torrente, por la parte opuesta a donde está parada la litera, y se adentra entre los matorrales, los sauces y las cañas.
8Claudia llama a los portadores de la litera. Pensativa, sube a ella. Pero si Claudia calla, la liberta y el esclavo emancipado hablan por diez, y hasta los legionarios pierden su estatuaria disciplina ante el prodigio de una lengua renacida. Claudia está demasiado pensativa como para ordenar silencio. Semiechada en la litera, hincado el codo en los almohadones, apoyada la cabeza en la mano, no oye nada. Está absorta. Ni siquiera se da cuenta de que la liberta no está con ella, sino que habla como una urraca con los portadores mientras Calixto habla con los legionarios, los cuales, si bien mantienen las filas, no mantienen el silencio. ¡Demasiada emoción para hacerlo!
Desandando el camino, llegan a la bifurcación para Betel y Ramá; la litera deja Efraím para reunirse con el resto del cortejo.

564. El hombre de Jabnia y el final de Hermasteo. Reprensión a los **samaritanos que carecen de caridad.**
7 de febrero de 1947.

1Deben haber pasado algunos días. Lo digo porque veo que los cereales, que en las últimas visiones eran apenas un palmo de altos, después del último aguacero y el hermoso sol consecutivo, están altos y anuncian ya la espiga. Un viento leve cimbrea estos cereales de tallos aún tiernos. Y la brisa juguetea con las frondas tiernas de los más precoces árboles frutales, que, apenas caída la flor, o mientras ésta revuela todavía y cae, han abierto ya las hojitas de esmeralda clara, tiernas, brillantes, hermosas como todo lo que es virgen y nuevo. Más remolonas, las vides están aún desnudas y nudosas, pero en los retorcidos cordones de sus sarmientos, que se entrelazan unos con otros de uno a otro tronco de que brotaron, las yemas han roto ya la funda obscura que las contenía, y, aún cerradas, muestran ya el vello gris-plata que es el nido de las futuras pámpanas y de los nuevos zarcillos, y las leñosas y serpeantes hileras de los viñedos parecen suavizarse con

una gracia nueva.
El Sol, ya caliente, empieza su obra colorativa y destiladora de vegetales aromas y, mientras pinta de tonos más vivos lo que tan sólo ayer era más pálido, calienta y, por tanto, extrae de los terrones, de los prados en flor, de los campos de cereales, de las huertas y pomares, de los bosques, de las tapias, de la ropa tendida para secarse... los distintos matices de olores, para crear una única sinfonía que permanecerá durante todo el verano hasta apagarse en un violento tufo de mostos en las tinas, donde las uvas pisadas se transforman en vino.
Un intenso canto de pájaros entre las ramas, un vehemente balar de carneros y machos cabríos entre los rebaños. Cantos de hombres en las laderas. Voces risueñas de niños. Sonrisas de mujeres. Es primavera. La naturaleza ama. Y el hombre goza del amor de esta naturaleza que mañana le hará más rico. Y goza de sus amores, que se avivan en este despertar sereno. Y más amada le parece la esposa. Más protector parece el hombre a su consorte. Más amados a ambos, los hijos que, sonrisa y trabajo ahora, serán mañana, en la vejez, sonrisa aún y protección para los ancianos que declinan.
2Jesús pasa por los campos, que suben y bajan siguiendo los desniveles del monte. Está solo. Vestido de lino, porque dio a Samuel su última túnica de lana. Pero lleva también un manto ligero, de un azul marino más bien vivo, echado sobre uno de los hombros y puesto, sin ceñirlo, en torno al cuerpo, recogido luego con un brazo a la altura del pecho; el extremo echado sobre el brazo ondea levemente con el viento suave que barre el suelo. Pasa. Donde hay niños se inclina a acariciar sus cabecitas inocentes y a escuchar sus pequeñas confidencias, a admirar lo que, como si se tratara de un tesoro, corren a enseñarle.
Una niñita, tan pequeña que todavía tropieza al correr, y que se enreda en la tuniquita, demasiado larga para ella, heredada quizás del hermanito que la precedió en el nacimiento, llega - toda ella una sonrisa que le enciende los ojos y le descubre los diminutos incisivos entre los labiecitos rosados - con un ramo de mayas, un grueso ramo sujeto con las dos manos - grueso cuanto pueden llevar esas manitas tan tiernas y menudas - y alza su trofeo diciendo: «¡Toma! Es tuyo. A mamá después. ¡Un beso, aquí!», y da palmas delante de la boca con las manitas, ya liberadas de su ramito, que Jesús ha tomado con palabras de admiración y agradecimiento; y está con la cabeza vuelta hacia arriba, puesta de puntillas sobre sus piececitos descalzos, hasta casi perder el equilibrio en el vano intento de alargar su minúsculo cuerpecito hasta la cara de Jesús, que ríe y la toma en brazos, y que ahora va, con ella acurrucada allá arriba como un pajarito en un alto árbol, hacia un grupo de mujeres que sumergen telas nuevas en las cristalinas aguas de un río para tenderlas luego al sol a blanquearse.
Las mujeres, agachadas antes hacia el agua, se levantan y saludan. Una dice sonriendo: «Tamar te ha incomodado... Pero llevaba cogiendo flores aquí desde el amanecer con la secreta esperanza de verte pasar. Y no me ha dado ni siquiera una, porque antes quería dártelas a ti».
«Las aprecio más que a los tesoros de los reyes. Porque son inocentes como los niños y han sido ofrecidas por una inocente como las flores». Besa a la niña, la pone en el suelo y se despide de ella: «Descienda a ti la gracia del Señor». Saluda a las mujeres y prosigue su camino, saludando a los agricultores o a los pastores que, desde los campos o los prados, le saludan.
3Parece dirigirse hacia abajo, hacia el lado que lleva a Jericó. Pero luego vuelve atrás y

toma otro sendero que sube de nuevo hacia los montes situados al norte de Efraím. Aquí el suelo, bien expuesto al aire y al sol y al abrigo de los vientos del Norte, tiene cereales aún más hermosos. El sendero, que va entre dos campos, presenta a un lado árboles frutales a distancias casi constantes, y los botones - parecen perlas - de los próximos frutos pueblan ya las ramas.
Una calzada que baja del Norte hacia el Sur corta el sendero. Debe ser una vía bastante importante, porque en el punto de intersección hay uno de esos hitos usados por los romanos. Éste tiene escrito en la cara septentrional: «Neapoli» y debajo de este nombre (que está esculpido bien grande, con los caracteres lapidarios de los latinos, fuertes como ellos mismos), mucho más pequeño y apenas incidido en el granito: «Siquem»; en la cara occidental: « Silo-Jerusalén» ; y en la orientada a mediodía: «Jericó». En la cara oriental no hay ningún nombre.
Pero se podría decir que, si no hay nombre de ciudad, sí lo hay de desventura humana. Porque en el suelo, entre el hito y la fosadura que bordea el camino (como en todas las calzadas mantenidas por los romanos, excavada para desagüe en tiempos de lluvias), hay un hombre, contraído, verdadero amasijo de andrajos y huesos, quizás muerto.
4Jesús, cuando advierte su presencia entre las hierbas de la cuneta, exuberantes por los chaparrones primaverales, se agacha hacia él, le toca y le llama: «Hombre, ¿qué te sucede?».
Un gemido es la respuesta. Pero el amasijo se mueve, se desenvuelve, y un rostro caquéctico, de un color de muerte, aparece; y dos ojos cansados, dolientes y lánguidos miran estupefactos a Aquel que está inclinado sobre su miseria. Trata de sentarse hincando en el suelo las manos esqueletadas; pero está tan débil, que sin la ayuda de Jesús no podría.
Jesús le ayuda y le apoya la espalda contra el mojón. Le pregunta: «¿Qué te sucede? ¿Estás enfermo?».
«Sí». Un «sí» debilísimo.
«¿Cómo te has puesto en viaje tú solo, en este estado? ¿No tienes a nadie?».
El hombre hace un gesto afirmativo. Pero está demasiado débil como para responder.
Jesús mira a su alrededor. No hay nadie en los campos. Es un lugar del todo desierto. Al Norte, casi en la cima de una colina, un montoncito de casas; al Oeste, sobre el verdor de la ladera, que, subiendo otras prominencias se va transformando de campos en prados y bosques, unos pastores con un rebaño de inquietas cabras.
Jesús baja otra vez los ojos hacia el hombre. Pregunta: «¿Si te sujetara, crees que podrías ir a aquel pueblo?».
El hombre menea la cabeza y dos lágrimas ruedan por sus mejillas, tan ajadas que son rugosas como por ancianidad, cuando en realidad su barba de azabache demuestra que es joven todavía. Reúne las fuerzas para decir: «Me han echado... Miedo de la lepra... No estoy... Y muero... de hambre». Jadea por debilidad. Se mete un dedo en la boca y extrae una masa informe verdosa: «Mira... he masticado trigo... pero es hierba todavía».
«Voy donde aquel pastor. Te voy a traer leche tibia. Vuelvo enseguida». Y, casi corriendo, se dirige hacia el rebaño, a unos doscientos metros más arriba respecto a la calzada».
Llega donde ese pastor, le mira, señala hacia el hombre. El pastor se vuelve y mira. Parece titubear respecto a si acceder o no a la petición de Jesús. Luego se decide. Coge de su cinturón la escudilla de madera que lleva colgada, como todos los pastores, y ordeña a

una cabra. Da a Jesús la escudilla, colma. Y Jesús baja cuidadosamente la ladera, seguido por un niño que estaba con el pastor.

5Ya está de nuevo junto al hambriento. Se arrodilla a su lado, le pasa un brazo por detrás de los hombros para sujetarle y le acerca la taza, con la leche todavía espumosa, a los labios. Le da de beber en pequeñas dosis. Luego pone la taza en el suelo y dice: «Por ahora así. Todo de una vez te haría daño. Deja que tu estómago se reanime absorbiendo lo que te he dado».

El hombre no protesta. Cierra los ojos y calla, observado por el niño con gran estupor. Pasado un rato, Jesús ofrece de nuevo la taza para un sorbo más largo, y esto lo repite, con pausas cada vez más breves, hasta que la leche se termina. Devuelve la taza al niño y se despide de él.

El hombre se reanima lentamente. Trata, con movimientos todavía inseguros, de aviarse un poco. Expresa una sonrisa de gratitud mirando a Jesús, que se ha sentado en la hierba a su lado. Se disculpa: «Te estoy haciendo perder tiempo».

«¡No te aflijas! Nunca es tiempo perdido el usado en amar a los hermanos. Cuando estés mejor, hablaremos».

«Estoy mejor. Me vuelve el calor a los miembros, y la vista... Creía que iba a morir aquí... ¡Pobres hijos míos! Había perdido toda esperanza... ¡Y hasta ahora había tenido mucha!... Si no hubieras venido Tú, me habría muerto... así... en un camino...».

«Habría sido muy triste. Es verdad. Pero el Altísimo ha mirado a su hijo y le ha socorrido. Descansa un poco».

El hombre obedece durante un rato. Luego abre de nuevo los ojos y dice: «Me siento revivir. ¡Si pudiera ir a Efraím!».

«¿Por qué? ¿Te espera allí alguien? ¿Eres de allí?».

«No. 6Soy de los campos de Jabnia, cerca del mar Grande. Pero fui a Galilea, siguiendo la orilla, hasta Cesarea. Luego fui a Nazaret. Porque estoy enfermo aquí (se da unos golpecitos en el estómago). Es un mal que ninguno sabe curar y que no me deja trabajar la tierra. Soy viudo. Y con cinco hijos... Uno de nuestra zona - porque soy natural de Gaza, nacido de padre filisteo y madre sirofenicia -, uno de los nuestros, que era seguidor del Rabí galileo, vino donde nosotros con otro, para hablar de este Rabí. Yo también escuché. Y cuando me cogí esta enfermedad dije: "Soy siro y filisteo, inmundicia para Israel. Pero Hermasteo decía que el Rabí de Galilea tiene tanta bondad como poder. Yo lo creo. Voy donde Él". Así que, en cuanto mejoró el tiempo, dejé a mis hijos con la madre de mi mujer, recogí mis pocos ahorros, porque muchos ya los había consumido con la enfermedad, y fui a buscar al Rabí. Pero de viaje el dinero termina pronto, especialmente cuando no se puede comer de todo... y uno, cuando los dolores le impiden andar, tiene que alojarse en una posada. En Seforí vendí el asno, porque no tenía ya dinero para mí y para dar lo que debiera dar al Rabí. Pensaba que, una vez curado, podría comer de todo por el camino y volver pronto a casa. Y allí rehacerme con el trabajo en mis campos y en los de otros... Pero el Rabí no está en Nazaret, ni en Cafarnaúm. Me lo dijo su Madre. Me dijo: "Está en Judea. Búscale en casa de José de Seforí en Beceta, o en el Getsemaní. Te sabrán decir dónde está". Volví sobre mis pasos, a pie. El mal progresaba... y el dinero disminuía. En Jerusalén, adonde me habían mandado, encontré a los hombres, pero no al Rabí. Me dijeron: "Hace mucho que le han expulsado. El Sanedrín le ha maldecido. Ha huido y no sabemos dónde está". Yo... me sentí morir... como hoy, más incluso que hoy. Fui por las ciudades y los campos, preguntando a todo el mundo. Ninguno sabía nada.

Alguno se solidarizaba con mi llanto, muchos me golpearon. Un día que me había puesto a mendigar fuera de las murallas del Templo, oí a dos fariseos que decían: "Ahora que se sabe que Jesús de Nazaret está en Efraím...". No perdí tiempo. Vine hasta aquí, débil como estaba, mendigando un pan, cada vez más andrajoso y con más aspecto de enfermo. Y, no conociendo bien estos lugares, me equivoqué de camino... Hoy vengo de allí, de aquel pueblo. Hacía dos días que sólo chupaba unos hinojos silvestres, masticaba raíces y trigo en verde. Me han creído leproso por mi palidez y me han echado a pedradas. Sólo pedía un pan y la indicación del camino hacia Efraím... Aquí me he caído... Pero querría ir a Efraím. ¡Estoy ya tan cerca de la meta! ¿Pero va a ser posible que no la toque? Yo creo en el Rabí. No soy israelita. Pero tampoco Hermasteo lo era y Él le amaba igualmente. ¿Pero es posible que el Dios de Israel asiente su mano sobre mí para vengarse de las culpas de quien me generó?».

«El Dios verdadero es padre de los hombres. Justo, pero bueno. Premia a quien tiene fe y no hace pagar a los inocentes las culpas no propias. [7]Pero ¿por qué has dicho que, cuando oíste que se desconocía el lugar de morada del Rabí te sentiste morir más que hoy?».

«¡Hombre, porque dije: "Le he perdido antes incluso de haberle encontrado"!».

«¡Ah, por tu salud!» .

«No. No sólo por mi salud, sino porque Hermasteo decía de Él cosas que me parecía que si yo le hubiera conocido habría dejado de ser inmundicia».

«¿Entonces crees que es el Mesías?».

«Lo creo. No sé bien qué es el Mesías, pero creo que el Rabí de Nazaret es el Hijo de Dios».

Jesús sonríe luminosamente mientras pregunta: «¿Y estás seguro de que, si es eso que dices, te escucha favorablemente a ti, que eres incircunciso?».

«Estoy seguro porque lo decía Hermasteo. Decía: "Él es el Salvador de todos. Para Él no hay hebreos o idólatras, sino sólo criaturas a quienes salvar, porque el Señor Dios le ha enviado para esto". Muchos se reían. Yo creí. Si puedo decirle: "Jesús, ten piedad de mí", Él me concederá lo que le voy a pedir. ¡Si eres de Efraím, llévame a Él! Quizás Tú eres uno de sus discípulos...».

[8]Jesús sonríe cada vez más y aconseja: «Pues prueba a pedirme a mí que Yo te cure...».

«Tú eres bueno, hombre. A tu lado hay mucha paz. Sí, eres bueno; como... como el propio Rabí. Y no dudo que te haya concedido el poder de hacer milagros. Porque, para ser tan bueno como eres, necesariamente tienes que ser discípulo suyo. A todos los que se me han manifestado como discípulos suyos, los he encontrado buenos. Pero no te ofendas si te digo que podrás, no digo que no, curar los cuerpos, pero no las almas. Y yo quisiera también la curación del alma, como fue el caso de Hermasteo. Hacerme justo... Y eso sólo puede hacerlo el Rabí. Yo, además de un enfermo, soy un pecador. No quiero curarme físicamente para luego morirme un día, con una muerte también del alma. Quiero vivir. Hermasteo decía que el Rabí es Vida del alma y que el alma que en Él cree vive para siempre en el Reino de Dios. Llévame donde el Rabí. ¡Anda, hazme este favor! ¿Por qué sonríes? ¿Quizás porque piensas que soy audaz pretendiendo una curación sin poder dar un donativo? Mira, cuando esté curado podré seguir cultivando la tierra. Tengo unas frutas espléndidas. Que vaya el Rabí en el tiempo de la fruta madura y le pagaré con una hospitalidad todo lo larga que Él quiera».

«¿Quién te ha dicho que el Rabí quiera dinero? ¿Hermasteo?».

«No. Al contrario, él decía que el Rabí tiene compasión de los pobres y a los pobres es a

quienes socorre antes. Pero eso es habitual con todos los médicos y... y, en fin, con todos».
«Con Él, no. Te lo aseguro. Y te digo que si sabes llevar tu fe hasta pedir aquí el milagro, y creerlo posible, lo tendrás» .
«¿Dices la verdad?... ¿Estás seguro de eso? Bueno, claro, si eres un discípulo suyo, no puedes mentir ni errar. Y, aunque me duela no ver al Rabí... quiero obedecerte... Quizás Él, dado que le persiguen... no quiere ser visto... no se fía ya de nadie. Tiene razón. Pero no seremos nosotros los que le hundamos. Serán los verdaderos hebreos... Pero, bueno, yo digo aquí (se pone de rodillas con dificultad): "¡Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí!"».
«Hágase en ti como tu fe merece» dice Jesús con su gesto de dominio sobre las enfermedades.
9E1 hombre queda como deslumbrado, o sea, recibe como una luz improvisa. Comprende - no sé si por una apertura del intelecto o si por una sensación física o si por las dos cosas - quién es el que tiene delante, y emite un grito tan agudo, que el pastor, que había bajado hacia la calzada quizás para ver, acelera el paso.
El hombre está echado en el suelo con el rostro entre la hierba. Y el pastor, señalándolo con el cayado, dice: «¿Está muerto? ¡No basta la leche cuando uno está acabado!», y menea la cabeza.
El hombre oye esto y se alza, fuerte, sano. Grita: «¿Muerto? ¡Estoy curado! He resucitado. Él me ha hecho esto. Ya no siento ni desfallecimiento por hambre ni dolor por enfermedad. ¡Estoy como en los días de mi boda! ¡Oh, Jesús bendito! ¡¿Y cómo no te he reconocido antes?! ¡Tu piedad habría debido sugerirme tu nombre! ¡La paz que sentía a tu lado! He sido un necio. ¡Perdona a tu pobre siervo!», y se arroja de nuevo al suelo, adorando.
El pastor deja plantadas a sus cabras y se marcha corriendo, dando saltos, hacia el pueblecillo.
10Jesús se sienta al lado del hombre que ha sido curado y dice: «Me hablabas de Hermasteo como de un muerto. Por tanto, conoces su final. Sólo quiero una cosa de ti: que vengas conmigo a Efraím y que narres su final a quien está conmigo. Luego te mandaré a Jericó, donde una discípula, para que te ayude en el viaje de regreso».
«Si quieres, iré. De todas formas, ahora que estoy sano, no tengo miedo a morir por el camino. Hasta la hierba me puede nutrir, y no resulta vergonzoso extender la mano, porque he consumido mi dinero no en crápulas sino por un justo fin».
«Lo quiero. Le dirás que me has visto y que la espero aquí. Que ya puede venir. Nadie la importunará. ¿Sabrás decir esto?».
«Sabré decirlo. Pero ¿por qué te odian, siendo tan bueno?».
«Porque muchos hombres tienen dentro de sí un espíritu que los posee. Vamos».
Jesús se pone en camino hacia Efraím. El hombre le sigue seguro. Sólo la gran delgadez queda como recuerdo de la enfermedad y de las penurias pasadas.
Entretanto, del pueblo bajan gesticulando y hablando alto muchas personas. Llaman a Jesús. Le dicen que se pare. Jesús no les presta oídos; al contrario, acelera el paso. Y ellos... detrás...
De nuevo está en los aledaños de Efraím. Los cultivadores que se preparan ya para volver a sus casas, pues el ocaso empieza, saludan a Jesús, y miran al hombre que va con Él.

11 Por una trocha aparece Judas de Keriot. Al ver al Maestro, se sobresalta por la sorpresa. Pero Jesús no se muestra sorprendido en absoluto. Lo único que hace es decirle al hombre: «Éste es un discípulo mío. Háblale de Hermasteo*».
«¡Bien, lo digo brevemente! Era incansable en predicar al Cristo, incluso después de que - así lo quiso - se separó de su compañero para quedarse con nosotros. Decía que nosotros tenemos más necesidad que todos los demás de conocerte, Rabí, y que él quería darte a conocer en su patria, y que regresaría a tu lado cuando en todos los pueblos, hasta en los más pequeños, hubiera predicado tu Nombre. Vivía como un penitente. Si alguna persona compasiva le daba un pan, la bendecía en tu nombre; si le tiraban piedras, se retiraba, pero bendiciéndolos también. Se nutría de fruta silvestre o de moluscos marinos que arrancaba de los escollos o sacaba de la arena. Muchos le llamaban "loco". Pero, en el fondo, ninguno le odiaba. Al máximo, le arrojaban de su presencia como a un signo de mal agüero. Un día le encontraron muerto en un camino, muy cerca de la zona de donde soy yo, en el camino que entra en Judea, casi en el confín. Nunca se ha sabido la causa de la muerte. Pero se dice que le mató uno que no quería que se predicara al Mesías. Tenía una herida grande en la cabeza. Se dijo que le había atropellado un caballo. Pero yo no lo creo. Extendido sobre el camino, sonreía. Sí, verdaderamente parecía sonreír a las últimas estrellas de la más serena noche de Elul y a los primeros rayos de sol de la mañana. Le encontraron unos hortelanos que iban, con las primeras luces, a la ciudad con sus verduras, y cuando pasaron a retirar mis pepinos me lo dijeron. Fui corriendo a ver. Tenía una expresión muy serena».

---

* *Hermasteo*, cuya desaparición había sido interpretada por Judas Iscariote (en 556.3) como defección.

«¿Has oído?» pregunta Jesús a Judas.
«He oído. ¿Pero Tú no le habías dicho que te serviría y que viviría una larga vida?».
«No le dije eso exactamente. El tiempo transcurrido te empaña la mente. Pero ¿acaso no me ha servido evangelizando en lugares de misión?, ¿y acaso no tiene una vida larga? ¿Qué vida es más larga que la que conquista el que muere sirviendo a Dios? Larga y gloriosa».
Judas se ríe con esa risita extraña que tanto me molesta, y no replica.
12 Mientras tanto, los del pueblecito se han unido a muchos de Efraím y hablan con ellos señalando hacia Jesús.
Jesús ordena a Judas: «Acompaña a este hombre a casa y ocúpate de que se reponga del todo. Se marchará después del sábado, que ya comienza».
Judas obedece. Jesús se queda solo. Anda lentamente, inclinándose a observar tallitos de trigo que empiezan a tener un empiece de espiga.
Unos hombres de Efraím le preguntan: « Bien hermoso este trigo, ¿no?».
«Sí. Pero no es distinto del de otras regiones».
«Claro, Maestro. ¡Es trigo también! Por fuerza tiene que ser igual».
«¿Lo creéis así? Entonces el trigo es mejor que los hombres. Porque basta con que sea sembrado con el arte conveniente para que dé el mismo fruto aquí, en Judea, en Galilea o, digamos, en las llanuras de las riberas del Mar Grande. Los hombres, sin embargo, no dan el mismo fruto. Y también la tierra es mejor que los hombres porque cuando se le confía una semilla es buena para ésta, sin hacer diferencias si es una semilla de Samaria o

de Judea».
«Eso es así. ¿Pero por qué dices que la tierra y el trigo son mejores que los hombres?».
«¿Que por qué?... [13]Hace poco, un hombre ha pedido por piedad un pan a las puertas de un pueblo. Y, creyendo la gente de ese lugar que era judío, ha sido rechazado; ha sido rechazado con piedras y con el grito de "leproso", que él ha creído que se lo aplicaban a su delgadez pero que en realidad lo decían por su procedencia. Y ese hombre ha estado a punto de morir de hambre en un camino. Por tanto, la gente de ese pueblo, esos de allí que os han mandado a preguntarme y que querrían acercarse a la casa donde estoy para ver al que ha sido curado milagrosamente, tienen menos bondad que el trigo y la tierra: porque no han sabido - a pesar de que Yo, a quien ven desde hace tiempo, haya aplicado en ellos un buen trabajo - dar el mismo fruto que ha dado ese hombre, que no es ni judío ni samaritano, que no me había visto ni oído nunca, pero que ha acogido las palabras de un discípulo mío y ha creído en mí sin conocerme; y porque tienen menos bondad que la tierra, pues han rechazado al hombre por ser de otra sangre. Ahora quisieran venir para satisfacer su hambre de curiosidad, ellos, que no supieron satisfacer el hambre de un hombre desfallecido. Decid a esa gente que el Maestro no va a satisfacer esa curiosidad inútil. Y aprended todos la gran ley del amor, sin el cual no podréis *nunca* ser mis seguidores. No es el amor por mí. No es sólo eso lo que salvará vuestras almas, sino el amor a mi doctrina. Y mi doctrina enseña el amor fraterno sin distinciones de raza ni de patrimonio. Márchense, pues, esos duros de corazón que han apenado mi Corazón, y arrepiéntanse si quieren que los ame. Porque - recordad esto todos -, si es verdad que soy bueno, también lo es que soy justo; si no hago distinciones y os amo como a los otros de Galilea y Judea, eso no debe producir en vosotros el estúpido orgullo de pensar que sois los preferidos, ni debe daros licencia para hacer el mal sin temer mi censura. Yo alabo o censuro, como lo requiere la justicia, a mis parientes y a los apóstoles, al igual que a cualquier otro ser humano; y en mi reproche hay amor, porque lo hago porque quiero la justicia en los corazones para poder, un día, conceder el premio a quien la haya practicado. Marchaos y referid esto. Y que la lección produzca fruto en todos».
Jesús se arrolla en el manto y se echa a andar raudo hacia Efraím, dejando plantados a sus interlocutores, que se marchan, más bien mohínos, a transmitir las palabras del Maestro a la gente de ese pueblecito que no tuvo piedad.

565. Jesús conforta a Samuel, turbado por Judas de Keriot.
Lecciones de las abejas y de la vela plegada por el torbellino.
10 de febrero de 1947.

[1]Sigue estando Jesús. Va lentamente, sólo y absorto, hacia la zona espesa del bosque que está al oeste de Efraím. Del torrente sube un frufrú de aguas, de los árboles descienden cantos de pájaros. La luz del sol primaveral y vivo es dulce bajo la trabazón de las ramas;

silencioso, el camino por la exuberante alfombra herbosa. Los rayos solares crean una móvil alfombra de aros y estrías dorados sobre el verdor de las hierbas, y alguna flor todavía rociada, alcanzada de lleno por un pequeño disco de luz y rodeada toda de sombra, resplandece como si sus pétalos fueran preciosas lascas.
Jesús sube, sube hacia el promontorio que sobresale como un balcón sobre el vacío subyacente; un balcón en que se alza una encina colosal, y del que penden flexibles ramas de zarzas silvestres o de escaramujo, hiedras y clemátides, que, no hallando sitio o apoyo en el lugar en que han nacido, demasiado angosto para su exuberante vitalidad, se vuelcan hacia el vacío como una melena desordenada y suelta, y extienden sus ramas esperando poder asirse a algo. Ya está Jesús a la altura de este promontorio. Se dirige hacia su punta más prominente, apartando la maraña de matas. Una bandada de pajarillos huye con aleteo y trino provocados por el miedo.
2Jesús se para y observa al hombre que le ha precedido allí arriba y que, prono sobre la hierba, casi en el límite del promontorio, hincados los codos sobre el suelo, la cara apoyada en las manos, mira al vacío, hacia Jerusalén. El hombre es Samuel, el ex discípulo de Jonatán ben Uziel. Está pensativo. Suspira. Menea la cabeza... Jesús mueve unas ramas para llamar su atención, y, habiendo visto que su intento ha sido vano, coge una piedra que estaba entre la hierba y la echa a rodar hacia abajo por el sendero.
El ruido de esta piedra que al bajar choca una y otra vez hace reaccionar al joven, que se vuelve sorprendido y diciendo: «¿Quién está aquí?» .
«Yo, Samuel. Me has precedido en uno de mis lugares preferidos para la oración» dice Jesús, saliendo de tras el robusto tronco de la encina asentada en el límite del senderillo que conduce allí. Y lo hace como si hubiera llegado en ese momento.
«¡Oh, Maestro! Lo siento... Te dejo en seguida el sitio» dice, y se apresura a levantarse y a recoger el manto (se lo había quitado y se lo había extendido debajo, en el suelo).
«No. ¿Por qué? Hay sitio para los dos ¡Es tan bonito este lugar! ¡Tan aislado y solitario y suspendido en el vacío, con tanta luz y tanto horizonte delante! ¿Por qué quieres dejarlo?».
«Pues... para dejarte orar libremente...».
«¿Y no podemos hacerlo juntos, o incluso meditar, hablando entre nosotros, elevando el espíritu en Dios... y olvidando a los hombres y sus faltas pensando en Dios nuestro Padre y Padre bueno de todos aquellos que le buscan y aman con buena voluntad?».
Samuel pone un gesto de sorpresa cuando Jesús dice «olvidar a los hombres y sus faltas...». Pero no replica. Se vuelve a sentar.
3Jesús se sienta a su lado, en la hierba. Le dice: «Estáte aquí sentado. Estemos aquí juntos. Mira qué limpio está hoy el horizonte. Si tuviéramos ojos de águila, podríamos ver el blancor de los pueblos de las cimas de los montes que forman corona en torno a Jerusalén. Y, quién sabe, quizás veríamos un punto reluciente como una gema, en el aire, un punto que nos haría palpitar el corazón: las cúpulas de oro de la Casa de Dios... Mira. Allí está Betel. Se ven albear las casas. Y allí, más allá de Betel, está Berot. ¡Qué aguda astucia la de los antiguos habitantes de ese lugar y de los aledaños! Pero salió bien, aunque el engaño no sea nunca un arma buena. Salió bien porque los puso al servicio del verdadero Dios. Conviene siempre perder los honores humanos por conquistar la cercanía con lo divino. Aunque aquellos honores humanos eran muchos y de valor, mientras que la cercanía con lo divino es humilde y desconocida. ¿No es verdad?».
«Sí, Maestro, así es, como Tú dices. En mi caso ha sido así».

«Pero estás triste, a pesar de que el cambio debería hacerte feliz. Estás triste. Sufres. Te aíslas. Miras hacia los lugares que has dejado. Pareces un pájaro cautivo que, atrapado entre las barras de su prisión, mirase con mucha añoranza hacia el lugar de sus amores. No te digo que no lo hagas. Eres libre. Puedes marcharte y...».
«Señor, ¿hablas así porque Judas te ha hablado mal de mí?».
«No. Judas no me ha hablado. *A mí no me ha hablado. Pero a ti, sí*. Y estás triste por ese motivo. Y por ese motivo te aíslas con un sentimiento de desánimo».
«Señor, si sabes estas cosas sin que nadie te las haya dicho, sabrás también que si estoy triste no es por un deseo de dejarte o por un arrepentimiento de haberme convertido, ni por nostalgia del pasado... y tampoco por miedo a los hombres, por un miedo que se me trata de provocar, a sus castigos. 4Estaba mirando allí, es verdad; miraba hacia Jerusalén, pero no por ganas de volver. Me refiero a no por ganas de volver para lo que era antes. Porque claro que sueño con volver allí como un israelita - como todos nosotros - que desea entrar en la Casa de Dios y adorar al Altísimo; y no creo que Tú me puedas reprender por eso».
«Yo soy el primero que, en mi dúplice Naturaleza, sueño con ese altar, y quisiera verle rodeado de santidad como corresponde. Como Hijo de Dios, todo aquello que para Él es honor es para mí suave voz; como Hijo del hombre, como Israelita y, por tanto, Hijo de la Ley, veo el Templo y el altar como el lugar más sagrado de Israel, el lugar en que nuestra humanidad puede acercarse a lo divino y perfumarse con esa aura que rodea al trono de Dios. Yo no anulo la Ley, Samuel. Para mí es sagrada porque la ha dado mi Padre. Yo la perfecciono e introduzco las partes nuevas. Como Hijo de Dios, puedo hacerlo. Para esto me ha enviado el Padre. Vengo para fundar el Templo espiritual de mi Iglesia, contra el cual ni hombres ni demonios prevalecerán. Pero las tablas de la Ley tendrán necesariamente un puesto de honor en él, porque son eternas, perfectas, intocables. Ese "no hagas eso ni ese pecado" contenido en esas tablas, que comprenden en su lapidaria brevedad todo lo necesario para ser justos ante los ojos de Dios, no resulta anulado por mi palabra. ¡Al contrario!, Yo también os repito esos diez mandamientos. La única cosa es que os digo que los pongáis por obra *con perfección*, o sea, no por miedo a la ira de Dios contra los transgresores, sino por amor a vuestro Dios, que es Padre. Yo vengo a poner vuestra mano de hijos en la de vuestro Padre. ¡Cuántos siglos hace que esas manos están separadas! El castigo separaba. Y la Culpa separaba. Pero, habiendo venido el Redentor, el pecado está para ser anulado. Caen las barreras. Sois de nuevo los hijos de Dios».
«Es verdad. Tú eres bueno y das ánimos. Siempre. Y sabes las cosas. Por lo cual no te voy a manifestar mi angustia. 5Lo que sí que te pregunto es esto: ¿por qué los hombres son tan perversos, tan insensatos y necios?; ¿cómo, qué artes tienen para podernos sugestionar tan diabólicamente en orden al mal?; y nosotros ¿cómo somos tan ciegos, que no vemos la realidad y creemos en las mentiras?; ¿y cómo podemos transformarnos tanto en demonios?; ¡¿y persistir estando a tu lado?! Yo miraba allí, y pensaba... sí, pensaba en cuántos regueros venenosos salen de allí para turbar a los hijos de Israel. Pensaba que cómo puede la sabiduría de los rabíes desposarse con tanta maldad, con una maldad que altera las cosas para hacer caer en trampas. Pensaba, sobre todo, esto, porque...». Samuel, que había hablado fogosamente, se detiene y agacha la cabeza.
Jesús termina la frase: «...porque Judas, mi apóstol, es como es, y me causa dolor a mí y se lo causa a quienes me rodean o vienen a mí, como tú has venido. Lo sé. Judas trata de

alejarte de aquí y se burla de ti y te hace insinuaciones...».
«No sólo a mí. Sí, envenena mi alegría de haber entrado en la justicia. Me la envenena con tanto arte, que me veo aquí como un traidor, de mí mismo y tuyo. De mí, porque me engaño creyendo ser mejor, cuando en realidad voy a ser la causa de tu ruina. Yo, efectivamente, no me conozco todavía... y podría, al encontrarme con los del Templo, ceder en mi propósito y ser... ¡Oh, si lo hubiera hecho ahora, habría tenido el atenuante de que no te conocía en lo que Tú eres!, porque de ti sabía lo que se me decía para hacer de mí un maldito. ¡Pero si lo hiciera ahora! ¡Qué maldición caerá sobre el que traicione al Hijo de Dios! Yo estaba aquí... pensativo, sí. Pensaba a dónde huir para ponerme al amparo de mí mismo y de ellos. Pensaba huir a algún lugar lejano, para unirme a los de la Diáspora... Lejos, lejos, para impedirle al demonio hacerme pecar... Tu apóstol tiene razón en desconfiar de mí. Él me conoce, porque, conociendo a los Jefes, nos conoce a todos nosotros... Y tiene razón en dudar de mí. Cuando dice: "¿Pero no sabes que Él nos dice que seremos débiles? ¡Imagínate, nosotros que somos los apóstoles y que llevamos con Él tanto tiempo! ¿Y tú, que estás emponzoñado con el viejo Israel y que acabas de llegar, y, además, que has llegado en unos momentos que a nosotros nos hacen temblar, crees que vas a tener la fuerza de mantenerte justo?". Tiene razón». El hombre, descorazonado, agacha la cabeza.
6«¡Cuántas tristezas saben darse los hijos del hombre! En verdad, Satanás sabe usar esta tendencia de ellos para sumirlos en el terror y separarlos de la Alegría que sale a su encuentro para salvarlos. Porque la tristeza del espíritu, el miedo al mañana, las preocupaciones son siempre armas que el hombre pone en manos de su adversario, el cual le aterroriza con los mismos fantasmas que el propio hombre se crea. Y hay otros hombres que, en verdad, se alían con Satanás para ayudarle a aterrorizar a los hermanos. Pero, hijo mío, ¿es que no hay un Padre en el Cielo?, ¿un Padre que de la misma forma que dispone, providente, para este tallito herbáceo esta fisura en la roca - esta fisura llena de tierra, hecha de forma que la humedad del rocío, deslizándose por la piedra lisa, se recoja en ese surco estrecho para que el tallito pueda vivir y florecer con esta florecilla diminuta cuya belleza no es menos admirable que la del gran Sol que resplandece en el cielo: ambos obra perfecta del Creador -, un Padre que, de la misma forma que prodiga su cuidado para con el tallito de una hierba nacida en una roca, tendrá cuidado - ¿cómo no? - de un hijo suyo que *quiere firmemente servirle*? ¡Oh, en verdad, Dios no defrauda los *buenos* deseos del hombre, porque es Él mismo el que los enciende en vuestros corazones. Es Él, providente y sabio, el que crea las circunstancias para favorecer el deseo de sus hijos, y no sólo para eso, sino también para enderezar y perfeccionar un deseo de honrarle que va por caminos imperfectos, para que sea un deseo de honrarle por caminos justos. Tú estabas entre éstos. Creías, querías, estabas convencido de honrar a Dios persiguiéndome a mí. El Padre vio que en tu corazón no había odio a Dios, sino un deseo de darle gloria quitando de este mundo a Aquel del que te habían dicho que era enemigo de Dios y corruptor de almas. Y entonces creó las circunstancias para exaudir tu deseo de dar gloria a tu Señor. Y, ya ves, ahora estás entre nosotros. ¿Y vas a pensar que te va a abandonar Dios ahora que te ha traído aquí? Sólo si tú le abandonas podrá sobrepujarte la fuerza del mal».
«Yo no lo quiero. ¡Es sincera mi voluntad!» proclama el hombre.
«¿Y entonces de qué te preocupas? ¿De la palabra de un hombre? Déjale que hable. Él piensa con su pensamiento. El pensamiento del hombre es siempre imperfecto. 7De todas

formas, me ocuparé de esto».
«No quiero que le reprendas. Me basta con que me asegures que no pecaré».
«Te lo aseguro. No te sucederá *porque tú no quieres* que te suceda. Porque, mira, hijo mío, no te valdría el ir a la Diáspora, y ni siquiera el ir a los extremos confines de la Tierra, para preservar tu alma del odio al Cristo y del castigo por ese odio. Muchos en Israel no se mancharán materialmente con el Delito, pero no serán menos culpables que los que me condenen y ejecuten la sentencia. Contigo puedo hablar de estas cosas porque tú ya sabes que todo está dispuesto para esto. Sabes los nombres y conoces los pensamientos de los que están más enfurecidos contra mí. Tú lo has dicho: "Judas nos conoce a todos porque conoce a todos los Jefes". Pero si es verdad que él os conoce, también lo es que vosotros, menores - porque sois como estrellas menores en torno a los astros mayores -, sabéis igualmente lo que se trabaja y cómo se trabaja y quién trabaja, y qué complots se hacen y qué medios se planean... Por eso, puedo hablar contigo. No podría hacerlo con los otros... Otros no saben lo que sé padecer y compadecer...».
«Maestro, ¿y cómo es que conociendo así las cosas te muestras tan...?... [8]¿Quién sube por el sendero?». Samuel se levanta para ver. Exclama: «¡Judas!».
«Sí, soy yo. Me han dicho que había pasado por aquí el Maestro. Y, sin embargo, te encuentro a ti. Entonces me vuelvo y te dejo con tus pensamientos» y se ríe con esa risita suya tan insincera, que es más lúgubre que el lamento de una lechuza.
«Estoy aquí también Yo. ¿Me requieren en el pueblo?» dice Jesús apartándose de detrás de Samuel y mostrándose.
«¡Ah, Tú! ¡Entonces estabas en buena compañía, Samuel! Y también Tú, Maestro...».
«Sí, es siempre buena la compañía de uno que abraza la justicia. Me buscabas para estar conmigo, ¿no? Ven. Aquí hay sitio para ti. Y también para Juan, si estuviera contigo».
«Él está abajo, bregando con otros peregrinos».
«Entonces, si hay peregrinos, tendré que ir».
«No. Van a estar todo el día de mañana. Juan los está distribuyendo en nuestras camas para mientras estén. [9]Se siente feliz de hacerlo. Cierto es que todo lo hace contento. Verdaderamente os parecéis. Y no sé como podéis estar contentos siempre y con todo, con las cosas más... enojosas».
«¡Ésa es la misma pregunta que iba a hacerle yo cuando has llegado!» exclama Samuel.
«¡Ah, sí? Entonces tú tampoco te sientes feliz, y te asombra el que otros, en condiciones aún más... difíciles que las nuestras, puedan sentirse felices» .
«Yo no me siento infeliz. No me refiero a mí. Mi pregunta es: de qué fuente proviene la serenidad del Maestro, que, no ignorando su futuro, no se turba por nada».
«¡Pues, hombre, de la fuente celeste! ¡Es natural! ¡Él es Dios! ¿Acaso lo dudas? ¿Puede un Dios sufrir? Él está por encima del dolor. El amor del Padre es para Él como... un vino embriagador. Como es también para Él un vino embriagador la convicción de que sus acciones... significan la salvación del mundo. Y... bueno ¿puede tener las reacciones físicas que tenemos nosotros, humildes seres humanos? Eso es contrario al buen sentido. Si Adán, cuando era inocente, no conocía ningún tipo de dolor, ni lo hubiera conocido nunca si hubiera permanecido inocente, Jesús, el... Superinocente, la criatura... no sé si llamarla increada, pues que es Dios, o creada porque tiene padres... ¡Oh, Maestro mío, cuántas cuestiones insolubles para los que vengan! Si Adán era ajeno al dolor por su inocencia, ¿cómo se puede pensar que Jesús vaya a sufrir?».
Jesús tiene agachada la cabeza. Ha vuelto a sentarse en la hierba. Su pelo hace de velo

para su rostro, por eso no veo su expresión.
Samuel, en pie, frente a Judas, que también está de pie, rebate: «Pero si debe ser el Redentor, debe *realmente* sufrir. ¿No recuerdas a David y a Isaías?».
«¡Los recuerdo! ¡Los recuerdo! Pero ellos, aun viendo la figura del Redentor, no veían la ayuda inmaterial que el Redentor tendría para ser... digámoslo así - ¿por qué no? -, torturado y no sentir dolor».
«¿Cuál? Una criatura podrá amar el dolor, o sufrirlo con resignación, según la perfección de su justicia. Pero siempre lo sentirá. Si no... si no lo sintiera... no sería dolor».
«Jesús es Hijo de Dios».
«¡Pero no es un fantasma! ¡Es verdadera Carne! La carne sufre si es torturada. ¡Es verdadero Hombre! El ánimo del hombre sufre si es ofendido o despreciado».
«La unión suya con Dios elimina en Él estas cosas propias del hombre».
10 Jesús levanta la cabeza y dice: «En verdad te digo, Judas, que sufro y sufriré como todo hombre, y *más* que los demás hombres. Pero puedo, a pesar de ello, tener la santa y espiritual felicidad de aquellos que han obtenido la liberación de las tristezas de la Tierra por haber abrazado la voluntad de Dios como única esposa suya. Puedo eso porque he superado el concepto humano de la felicidad, la inquietud de la felicidad, esa felicidad como los hombres la imaginan. Yo no voy tras eso que, según el hombre, constituye la felicidad, sino que pongo mi alegría precisamente en aquello que está en el polo opuesto de lo que el hombre persigue como felicidad. Las cosas de las que el hombre huye, las cosas que el hombre desprecia, porque están consideradas como peso y dolor, representan para mí la cosa más dulce. Yo no miro a la hora concreta, sino a las consecuencias que esa hora puede crear en la eternidad. Mi episodio cesa, pero su fruto permanece. Mi dolor acaba; sus valores, no. ¿Y para qué me serviría a mí una hora de eso que se dice "ser felices" en la Tierra, una hora alcanzada tras haberla perseguido durante años y lustros, si luego esa hora no puede venir conmigo a la eternidad como gozo; si debiera gozarla Yo solo, sin hacer partícipes de ese gozo a aquellos a quienes amo?».
«¡Pero si Tú triunfaras, nosotros, tus seguidores, tendríamos parte en tu felicidad!» exclama Judas.
¿Vosotros? ¿Y qué sois vosotros respecto a las multitudes pasadas, presentes, futuras, a las que mi dolor dará la alegría? Yo veo más allá de la felicidad terrena; adelanto mi mirada, más allá de la felicidad terrena, hasta lo sobrenatural. Veo que mi dolor se transforma en gozo eterno para una multitud de criaturas. Y abrazo el dolor como la fuerza más poderosa para alcanzar la felicidad perfecta, que consiste en amar al prójimo hasta el punto de sufrir para darle la alegría, hasta el punto de morir por él».
«No comprendo esta felicidad» proclama Judas.
«No eres sabio todavía; si no, la comprenderías».
«¿Y Juan lo es? ¡Es más ignorante que yo!».
«Humanamente, sí. Pero posee la ciencia del amor».
«De acuerdo. Pero no creo que el amor impida a los palos ser palos y a las piedras ser piedras y producir dolor en la carne golpeada por ellos. Siempre dices que amas el dolor porque para ti es amor. Pero cuando realmente te capturen y te torturen - en el caso de que eso sea posible - no sé si seguirás pensando así. Reflexiona mientras puedas evitar el dolor. ¡Será terrible, eh! ¡Si los hombres logran capturarte... no se van a andar con contemplaciones contigo!».
Jesús le mira. Está palidísimo. Sus ojos, bien abiertos, parecen ver, tras el rostro de Judas,

todas las torturas que le esperan, y, a pesar de todo y a pesar de la tristeza que reflejan, permanecen mansos y dulces y, sobre todo, serenos: dos ojos límpidos de inocente en paz. Responde: «Lo sé. Sé también lo que tú no sabes. Pero espero en la misericordia de Dios. Él, que es misericordioso con los pecadores, lo será también conmigo. No le pido no sufrir, *sino saber sufrir.* 11Y ahora vámonos. Samuel, adelántate un poco y avisa a Juan de que pronto estaré en el pueblo».
Samuel hace una reverencia y se marcha con paso ágil.
Jesús empieza a bajar. El sendero es tan estrecho, que deben caminar uno detrás del otro. Pero esto no impide a Judas hablar: «Te fías demasiado de ese hombre, Maestro. Ya te he dicho quién es. Es el más exaltado y exaltable de los discípulos de Jonatán. La verdad es que ya es tarde. Te has puesto en sus manos. Samuel es un espía a tu lado. ¡Y Tú, que más de una vez, y más que Tú los otros, habéis pensado que lo fuera yo...! Yo no soy un espía».
Jesús se para y se vuelve. Dolor y majestad se funden en su cara y en su mirada, que se clava en el apóstol. Dice: «No. No eres un espía. *Eres un demonio.* Has robado a la Serpiente su prerrogativa de seducir y engañar para separar de Dios. Tu comportamiento no es ni piedra ni palo, pero me hiere más que los golpes de las piedras o de los palos. ¡Oh, en mi atroz padecimiento nada superará a tu comportamiento en capacidad de dar martirio al Mártir!». Jesús se tapa la cara con la manos, como para esconder su horror, y se echa a correr sendero abajo.
Judas grita detrás de Él: «¡Maestro! ¡Maestro! ¿Por qué me das este dolor? Ese falso verdaderamente te ha dicho calumnias... ¡Escúchame, Maestro!».
Jesús no escucha. Corre, vuela ladera abajo. Pasa sin detenerse al lado de los leñadores o pastores que le saludan; pasa, saluda, pero no se para. Judas se resigna a callar...
12Están casi abajo cuando se cruzan con Juan, que, con su claro rostro, luminoso con su serena sonrisa, estaba subiendo hacia ellos. Trae de la mano a un niñito que gorjea chupando un panal de miel.
«¡Maestro, aquí estoy! Hay personas de Cesarea de Filipo. Han sabido que estás aquí y han venido. Pero, ¡qué extraño, ninguno ha hablado y todos saben dónde estás! Están descansando. Están muy cansados. He ido a pedir a Diná leche y miel porque hay un enfermo. Le he puesto en mi cama. No tengo miedo. Y el pequeño Anás ha querido venir conmigo. No le toques, Maestro, que está todo pegajoso de miel», y ríe el buen Juan, que tiene ya numerosas marcas de dedos y gotas de miel en la túnica.
Ríe tratando de tener atrás al niño, que querría ir a ofrecer a Jesús su panal medio chupado y que grita: «¡Ven! ¡Hay muchos panales para ti!».
«Sí, están recogiendo los panales donde Diná. Yo lo sabía. Sus abejas han enjambrado hace poco» explica Juan.
13Se ponen en camino otra vez. Llegan a la primera casa, donde todavía se oye el *tam, tam* que usan, no sé exactamente por qué, los apicultores. Racimos de abejas - parecen voluminosas piñas de un extraño tipo de uva - penden de algunas ramas y algunos hombres los recogen para llevarlos a las nuevas colmenas. Más allá, en las colmenas ya aprestadas, un salir y entrar de abejas, incansables, zumbadoras.
Los hombres saludan. Una mujer viene con unos maravillosos panales y se los ofrece a Jesús.
«¿Por qué te privas tú de ellos? Ya has dado a Juan...».

«Mis abejas han dado copioso fruto. No me resulta gravoso ofrecerlo. Pero, bendice los nuevos enjambres. Mira, están recogiendo el último. Este año se han duplicado nuestras colmenas».
Jesús va hacia las minúsculas ciudades de las abejas y, una a una, las bendice alzando la mano en medio del zumbido de las obreras, que no se detienen en su trabajo.
«Están del todo jubilosas y agitadas. Casa nueva...» dice un hombre.
«Y nuevas bodas. Realmente parecen mujeres preparando la fiesta nupcial» dice otro.
«Sí, pero las mujeres hablan más que trabajan. Éstas, sin embargo, trabajan calladas, y trabajan incluso en días de festejo de bodas. Trabajan sin pausa para crearse su reino y sus riquezas» responde un tercero.
«Trabajar sin pausa en la virtud es lícito; es más, debe hacerse. Trabajar sin pausa por lucro, no. Esto lo pueden hacer sólo aquellos que no saben que tienen un Dios al que hay que honrar en el día suyo. Trabajar en silencio es un mérito que todos deberíamos aprender de las abejas. Porque en el silencio se hacen santamente las cosas santas. Sed vosotros en la justicia como vuestras abejas, incansables y silenciosos. Dios ve. Dios premia. La paz a vosotros» dice Jesús.
14Se queda solamente con sus dos apóstoles. Entonces dice: «Y especialmente a los que trabajan para Dios les propongo como modelo a las abejas. Ellas depositan en lo recóndito de la colmena la miel formada en su interior con el infatigable trabajo en corolas sanas. Su esfuerzo ni siquiera parece esfuerzo, al estar lleno de buena voluntad. Y así vuelan - puntos de oro - de flor en flor, y luego entran cargadas de extractos, a elaborar su miel en lo recóndito de las celdillas. Habría que saber imitarlas. Elegir enseñanzas, doctrinas, amistades sanas, capaces de ofrecer extractos de verdadera virtud; y luego saber aislarse para elaborar, a partir de aquello que solícitamente se ha recogido, la virtud, la justicia, que son como la miel extraída de muchos elementos sanos (entre los cuales no es la última la buena voluntad, sin la cual esos extractos recogidos acá o allá para nada sirven). Saber humildemente meditar, en lo recóndito del corazón, sobre las cosas buenas que hemos visto y oído, sin envidias por el hecho de que haya, además de abejas obreras, abejas reinas: de que haya alguien más justo que ese que medita. Todas las abejas son necesarias en la colmena, tanto las obreras como las reinas. ¡Ay de ellas, si todas fueran reinas! ¡Ay, si todas fueran obreras! Morirían las unas y las otras. Porque las reinas no tendrían, si faltaran las obreras, alimento para procrear; y las obreras dejarían de existir si las reinas no procrearan. No se envidie a las reinas, que también ellas tienen sus penalidades y su penitencia. El Sol lo ven sólo una vez, en su único vuelo nupcial. Antes y después, para ellas, sólo y siempre, existe la clausura entre las paredes ambarinas de la colmena. Cada uno tiene su misión, y cada misión es una elección, y cada elección es un honor, sí, pero también una carga. Y las obreras no pierden tiempo en vuelos inútiles o peligrosos hacia flores enfermas o venenosas. No intentan la aventura. No desobedecen a su misión, no se rebelan contra el fin para el que han sido creadas. ¡Oh, admirables, pequeños seres! ¡Cuánto enseñáis a los hombres!...». Jesús, sumiéndose en una meditación suya, calla.
15Judas, de repente, se acuerda de que tiene que ir a no sé dónde y se marcha casi corriendo. Se quedan Jesús y Juan. Éste mira a Jesús sin que se note; es una mirada atenta, de amorosa angustia. Jesús alza la cabeza y se vuelve un poco, de forma que encuentra la mirada escrutadora del Predilecto. Su rostro se aclara mientras le arrima a sí. Juan, abrazado así, caminando, pregunta: «¿Judas te ha causado un nuevo dolor, no es

verdad? Y debe haber turbado también a Samuel».
«¿Por qué? ¿Te ha hablado de eso?».
«No. Pero lo he captado. Ha dicho sólo: "Generalmente, conviviendo con uno que es verdaderamente bueno, nos hacemos buenos. Pero Judas no lo es, a pesar de que viva con el Maestro desde hace tres años. Está corrompido en la profundidad de su ser. Tan lleno está de maldad, que la bondad de Cristo no penetra en él". Yo no he sabido qué decir... porque es verdad... [16]Pero ¿por qué es así Judas? ¿Es posible que no cambie nunca? Y todos recibimos las mismas lecciones... y cuando vino no era peor que nosotros...».
«¡Juan mío! ¡Mi dulce niño!». Jesús le besa en esa frente suya tan despejada y pura, y, entre los cabellos rubios y ligeros que se alzan en su parte más alta, le susurra: «Hay criaturas que parecen vivir para destruir el bien que hay en ellas. Tú eres pescador y sabes lo que le sucede a la vela bajo la presión de un torbellino. Tanto se baja hacia el agua, que vuelca casi la barca y se vuelve peligrosa para ésta, de forma que a veces es necesario amainarla y prescindir de esa ala que lleva al nido, porque la vela, cuando está a merced del torbellino deja de ser ala para ser lastre que lleva al fondo, a la muerte en vez de a la salvación. Pero si el indomable soplo del torbellino se aplaca, aunque sólo fuera durante breves instantes, la vela en seguida vuelve a ser ala que veloz corre hacia el puerto conduciendo a la salvación. Esto es lo que sucede con muchas almas. Basta con que el torbellino de las pasiones se aplaque para que esa alma plegada y casi sumergida por el... por lo que no es bueno, vuelva a sentir aspiraciones hacia el Bien».
«Sí, Maestro. Pero y... dime... ¿llegará alguna vez Judas a tu puerto?».
«¡Oh, no me hagas mirar al futuro de uno de aquellos a quienes más aprecio! ¡Tengo delante de mí el futuro de millones de almas para las que será inútil mi dolor!... Tengo delante de mí *todas* las repugnancias del mundo... La náusea me estremece profundamente. La náusea de todo este bullir de cosas inmundas que como un río cubre la Tierra y la cubrirá con aspectos diversos, pero en todo caso horrendos para la Perfección, hasta el final de los siglos. ¡No me hagas mirar! ¡Deja que calme mi sed y me consuele en un manantial sin sabor a corrupción, y que olvide la podredumbre verminosa de demasiados mirándote sólo a ti, mi paz!», y le besa otra vez, entre las cejas, sumiendo su mirada en los límpidos ojos del virgen y amoroso...
[17]Entran en casa. En la cocina está Samuel, partiendo leña para ahorrarle a la anciana el esfuerzo de encender el fuego.
Jesús le dice a la mujer: «¿Duermen los peregrinos?».
«Creo que sí. No oigo ningún ruido. Ahora voy a llevar esta agua a las caballerías. Están en la leñera».
«Lo hago yo, madre. Mejor, ve tú donde Raquel. Me ha prometido queso fresco. Dile que se lo pagaré el sábado» dice Juan cargándose con dos artesas colmadas de agua.
Se quedan solos Jesús y Samuel. Jesús se acerca a él, el cual, agachado hacia el fuego, está soplando para que se encienda la llama. Le pone una mano en los hombros y dice: «Judas nos ha interrumpido allí arriba... Quiero decirte que te voy a mandar con mis apóstoles para el día después del sábado. Quizás lo prefieres...».
«Gracias, Maestro. Siento perder tu compañía. Pero en tus apóstoles te veré también. Y prefiero, sí, estar lejos de Judas. No me atrevía a pedírtelo...».
«De acuerdo. Queda decidido. Y ten piedad de él. Como la tengo Yo. Y no digas a Pedro ni a nadie...».
«Sé guardar silencio, Maestro».

«Después vendrán los discípulos. Allí están Hermas y Esteban, y también Isaac, dos sabios y un justo; y muchos otros. Te encontrarás bien, entre hermanos verdaderos». «Sí, Maestro. Tú comprendes y auxilias. Eres verdaderamente el Maestro bueno», y se inclina para besar la mano de Jesús.

Índice del volumen décimo * on line *

604. Los procesos. Las negaciones de Pedro. Consideraciones sobre Pilato.

605. Desesperación y suicidio de Judas Iscariote. Habría podido salvarse todavía si se hubiera arrepentido.

606. Jesús y María son la antítesis de Adán y Eva. Judas Iscariote es el nuevo Caín. La verdadera evolución del hombre es la de su espíritu.

607. Juan va a recoger a la Madre.

608. La vía dolorosa del Pretorio al Calvario.

609. La crucifixión la muerte y el descendimiento.

610. Angustia de María en el Sepulcro y unción del Cuerpo de Jesús.

611. Cierran el Sepulcro. El regreso al Cenáculo.

612. La noche del Viernes Santo. Lamento de la Virgen. El velo con el Rostro del Redentor.

613. La Pasión de Jesús y María y la Compasión de Juan.

614. El día del Sábado Santo.

615. La noche del Sábado Santo. *

GLORIFICACIÓN DE JESÚS Y MARÍA.

616. La mañana de la Resurrección. Oración de María.

617. La Resurrección.

618. Jesús resucitado se aparece a su Madre.

619. Las pías mujeres al pie del Sepulcro.

620. Consideraciones sobre la Resurrección. *

621. Aparición a Lázaro.

622. Aparición a Juana de Cusa.

623. Aparición a José de Arimatea, a Nicodemo y a Manahén.

624. Aparición a los pastores.

625. Aparición a los discípulos de Emaús.

626. Llegada de los paganos y alusiones a otras apariciones.

627. Aparición a los apóstoles en el Cenáculo.

628. El regreso de Tomás y su incredulidad.

629. Aparición a los apóstoles, esta vez con Tomás. Jesús habla sobre el sacerdocio y los futuros sacerdotes.

630. Enseñanzas a los apóstoles enviados al Getsemaní.

631. Enseñanzas a los apóstoles enviados al Gólgota y luego al Cenáculo.

632. Apariciones a varias personas en distintos lugares.

633. Aparición en la orilla del lago y otorgamiento de la misión a Pedro.

634. Enseñanzas a los apóstoles y a numerosos discípulos en el monte Tabor. Margziam consolado.

635. Lección sobre los Sacramentos y predicciones sobre la Iglesia.

636. La Pascua suplementaria.

637. El adiós a la Madre antes de subir al Padre. Todo lo tenemos por María.

638. Últimas enseñanzas en el Getsemaní, despedida y ascensión al Padre.

639. Elección de Matías.

640. La venida del Espíritu Santo. Fin del ciclo mesiánico.

641. Pedro celebra la Eucaristía en una reunión de los primeros cristianos.

642. María Stma. se establece en el Getsemaní con Juan, que le predice la Asunción.

643. María Stma. y Juan en los lugares de la Pasión.

644. Institución del "domingo". Gradual conversión de Gamaliel. Las dos sábanas.

645. El proceso y la lapidación de Esteban. Los caminos opuestos de Saulo y Gamaliel hacia la santidad.

646. Sepultura de Esteban y comienzo de la persecución.

647. Gamaliel se hace cristiano.

648. Pedro se despide de María Stma. después de un coloquio con Juan.

649. El beato tránsito de María Stma.

650. Gloriosa asunción de María Stma.

651. Sobre el tránsito, la asunción y la realeza de María Stma.

652. Para despedida de la Obra.

Maria Valtorta

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO
REVELADO

VOLUMEN DÉCIMO

Glorificación de Jesús y Maria.

616. La mañana de la Resurrección. Oración de María.
1 de abril de 1945.

[1]Las mujeres reanudan sus labores con los ungüentos, que durante la noche, con el fresco del patio, se han solidificado para formar una manteca densa.
Juan y Pedro piensan que es conveniente ordenar el Cenáculo, limpiando las piezas de la vajilla y luego poniendo todo como si hubiera acabado de terminar la Cena.
«Él lo dijo» dice Juan.
«También había dicho: "¡No durmáis!". Había dicho: "No seas soberbio, Pedro. ¿No sabes que la hora de la prueba está a las puertas?". Y... y dijo: "Me negarás..."». Pedro llora de nuevo, mientras dice con desmesurado dolor: «¡Y le he negado!».
«¡Basta, Pedro! Al presente, eres de nuevo tú. ¡Basta de ese tormento!».
«Jamás, jamás bastará. Aunque me hiciera tan viejo como los primeros patriarcas, aunque viviera los setecientos o los novecientos años de Adán y de sus primeros descendientes, jamás dejaría de tener este tormento».
«¿No esperas en su misericordia?».
«Sí. Si no creyera en ello, sería como el Iscariote: un desesperado. Pero aunque Él de hecho me perdona desde el seno del Padre a donde ha vuelto, *yo no me perdono.* ¡Yo! ¡Yo! Yo que dije: "No le conozco", porque en ese momento era peligroso conocerle, porque sentí vergüenza de ser discípulo suyo, porque tuve miedo a la tortura... Él iba a la muerte y yo... pensé en salvar mi vida. Y para salvarla le rechacé, como una mujer en pecado rechaza el fruto de su seno, peligroso de tener al lado, después de darle a luz y antes de que regrese su marido, desconocedor de los hechos. Soy peor que una adúltera... peor que...».
[2]Entra, atraída por los gritos, María Magdalena. «No grites de ese modo. María te oye. ¡Está verdaderamente agotada! No tiene ya fuerzas para nada. Todo le hace daño. Tus gritos inútiles y descomedidos le traen de nuevo el tormento de lo que fuisteis...».
«¿Ves? ¿Ves, Juan? Una mujer puede imponerme silencio. Y tiene razón. Porque nosotros, los varones consagrados al Señor, hemos sabido sólo mentir o huir. Las mujeres se han comportado como es debido. Tú, poco más que una mujer por tu gran juventud y pureza, has sabido permanecer. Nosotros, nosotros, los fuertes, los varones, hemos huido. ¡Oh, cómo debe despreciarme el mundo! ¡Dímelo, dímelo, mujer! ¡Tienes razón! Pon tu pie en esta boca que ha mentido. En la suela de la sandalia hay quizás algo de su Sangre. Y sólo esa Sangre, mezclada con el barro del camino, puede dar un poco de perdón, un poco de paz a este hombre que abjuró. ¡Debo empezar a acostumbrarme al desprecio del mundo! ¿Qué soy yo? ¡Decidlo, venga: ¿qué soy?!».
«Una gran soberbia» responde tranquila la Magdalena. «¿Dolor? También dolor. Pero, créeme, de diez partes de tu dolor, cinco - por no ofenderte diciendo seis - son del dolor de ser un hombre que puede ser despreciado. ¡Y verdaderamente yo te voy a despreciar, si sigues sólo gimiendo y entregándote a histerias, justo como hace una mujer necia! Lo hecho hecho está. Y no son los gritos descomedidos lo que lo reparan y lo borran. Lo único que hacen es llamar la atención y mendigar una compasión no merecida. Sé viril en tu arrepentimiento. No grites. Haz. [3]Yo... tú sabes quién era yo... Pero, cuando comprendí que era más despreciable que el vómito, no me entregué a convulsiones. Hice. Públicamente. Sin indulgencias conmigo misma y sin pedir indulgencia. ¿Que el mundo me despreciaba? Tenía razón. Me lo había merecido. ¿Que el mundo decía: "Un nuevo capricho de la prostituta"? ¿Que calificaba con nombre blasfemo mi seguimiento de Jesús? Tenía razón. El mundo se acordaba de mi conducta precedente, y esa conducta

justificaba todo pensamiento. ¿Y bien? ¿Qué? El mundo tuvo que convencerse de que María la pecadora ya no existía. Con los hechos he convencido al mundo. Haz tú lo mismo, y calla».
«Eres severa, María» objeta Juan.
«Más conmigo que con los demás. Lo reconozco. No tengo la mano suave de la Madre. Ella es el Amor. Yo... ¡Oh, yo! He quebrantado mi carnalidad con el azote de mi voluntad. Y más que lo haré. ¿Tú crees que *me he perdonado el haber sido la Lujuria*? No. Pero sólo me lo digo a mí. Y me lo seguiré diciendo siempre. Consumida moriré en este secreto, doloroso recuerdo de haber sido la corruptora de mí misma, en este inconsolable dolor de haberme profanado y de no haberle podido dar a Él otra cosa sino un corazón pisoteado... ¿Ves?... he trabajado más que todas en los bálsamos... Y con más coraje que las otras le quitaré la mortaja... ¡Oh, Dios, cómo estará ya! (María de Magdala, sólo de pensarlo, se pone pálida). Y le cubriré con nuevos bálsamos, quitando los que, sin duda, estarán completamente podridos en sus llagas sin número... Lo haré porque las otras parecerán convólvulos después de un aguacero... Pero siento el dolor de hacerlo con estas manos mías que tantas caricias lascivas han dado; de acercarme a su santidad con esta carne mía manchada... Quisiera... quisiera tener la mano de la Madre Virgen para llevar a cabo la última unción... ».
María ahora llora quedo, sin convulsiones. ¡Qué distinta de la Magdalena teatral que siempre nos presentan! Es el mismo llanto silencioso que tuvo el día de su perdón en la casa del fariseo*.
4«¿Dices que... las mujeres tendrán miedo?» le pregunta Pedro.
«No miedo... Pero se turbarán ante su Cuerpo, que estará ya descompuesto... hinchado... negro. Y además, esto es seguro, tendrán miedo de los soldados que están de guardia».

---

* *en la casa del fariseo,* en 236.
«¿Quieres que vaya yo? ¿Yo con Juan?».
«¡Eso no! Nosotras vamos *todas.* Porque, de la misma forma que estuvimos *todas ahí arriba,* justo es que *todas* estemos en torno a su lecho de muerte. Tú y Juan quedaos aquí. ¡Ella no se puede quedar sola!...».
«¿No va Ella?».
«¡No la dejamos ir!».
«Está convencida de que va a resucitar... ¿Y tú?».
«Yo, después de María, soy la que más cree. Siempre he creído que así pudiera ser. Él lo decía. Y Él no miente nunca... ¡Él!... ¡Oh, antes le llamaba Jesús, Maestro, Salvador, Señor... Ahora, ahora le siento *tan grande,* que no sé, no me atrevo ya a darle un nombre... ¿Qué le diré cuando le vea?...».
«¿Pero crees firmemente que va a resucitar?...».
«¡Vaya, otro! ¡Diciéndoos una y otra vez que creo y oyéndoos decir una y otra vez que no creéis, voy a acabar no creyendo tampoco yo! He creído y creo. He creído y le he preparado desde hace ya tiempo la túnica. Y para mañana, porque mañana es el tercer día, la traeré aquí ya lista...».
«Pero si dices que estará negro, hinchado, feo...».
«Feo nunca. Feo es el pecado. ¿Negro?... ¡Pues sí, estará negro! ¿Y qué? ¿Lázaro no estaba ya descompuesto? Y, no obstante, resucitó. Y recuperó la integridad de su carne. ¡Pero... sí, lo digo!: ¡Callaos, incrédulos! También mi razón humana me dice dentro:

"Está muerto y no resucitará". Pero mi espíritu, "su" espíritu - porque he recibido de Él un nuevo espíritu - grita (y parecen toques de trompetas de plata): "¡Resucita! ¡Resucita! ¡Resucita!". ¿Por qué me zarandeáis como a una barquichuela contra el arrecife de vuestras dudas? ¡Yo creo! ¡Creo, mi Señor! Lázaro, lleno de aflicción, ha obedecido al Maestro y se ha quedado en Betania... Yo, que sé quién es Lázaro de Teófilo, un fuerte, no un lebrato miedoso, puedo medir su sacrificio de permanecer en la sombra y no junto al Maestro. Pero ha obedecido. Más heroico en esta obediencia que si, con armas, hubiera arrancado a Jesús de las manos de los soldados. Yo he creído y creo. Y aquí estoy. En espera, como Ella. Pero, dejadme que me vaya. El día nace. En cuanto se vea lo mínimo indispensable, iremos al Sepulcro...».

Y la Magdalena se va, con su rostro quemado por el llanto, pero siempre fuerte.

5Entra de nuevo donde María.

«¿Qué le pasaba a Pedro?».

«Una crisis de nervios. Pero se le ha pasado».

«No seas dura, María. Pedro sufre».

«También yo. Y ya ves que no te he pedido ni tan siquiera una caricia. A él ya le has medicado tú... Yo, sin embargo, lo que pienso es que solamente tú, Madre mía, necesitas bálsamo. ¡Madre mía, santa, amada! Pero, ánimo... mañana es el tercer día. Estaremos aquí dentro, cerradas, nosotras dos: sus enamoradas: Tú, la Enamorada santa; yo, la pobre enamorada... Pero, como puedo, lo soy con todo mi ser. Y le esperaremos... A ellos, a los que no creen, los dejaremos cerrados allí, con sus dudas. Y aquí voy a poner muchas rosas... Hoy mandaré que se lleven el arca... Ahora pasaré por el palacio y daré esta indicación a Leví. ¡Fuera todas estas cosas horribles! No debe verlas nuestro Resucitado... Muchas rosas... Y tú te pondrás una túnica nueva... No debe verte así. Te peinaré, te lavaré esta pobre cara que el llanto ha desfigurado. Eterna niña, yo te haré de madre... ¡Tendré, sí, la bienaventuranza de dispensar cuidados maternos a una criatura más inocente que un recién nacido! ¡Mi querida María!» y, con su exuberancia afectiva, la Magdalena estrecha contra su pecho la cabeza de María, que está sentada; y besa a María, la acaricia, le coloca detrás de las orejas los livianos mechones de pelo desordenados, le enjuga, con el lino de su túnica, las lágrimas, esas lágrimas que María sigue, sigue incesantemente vertiendo...

6Entran las mujeres con lámparas y ánforas y recipientes de anchas bocas. María de Alfeo trae un mortero grande y recio. «No se puede estar fuera. Hace un poco de viento y apaga las lámparas» explica.

Se ponen en un lado. Encima de una mesa, estrecha pero larga, colocan todas sus cosas. Luego dan un último toque a sus bálsamos, mezclando en el mortero, en un polvo blanco que sacan a puñados de un saquito, la ya de por sí densa manteca de las esencias. Mezclan trabajando con ahínco. Luego llenan un recipiente de amplia boca. Lo ponen en el suelo. Repiten con otro la misma operación. Perfumes y lágrimas caen sobre las resinas.

María Magdalena dice: «No era ésta la unción que esperaba poderte preparar». Porque es la Magdalena la que, más experta que las otras, ha estado regulando y dirigiendo la composición del perfume (tan intenso que deciden abrir la puerta y entreabrir la ventana que da al jardín, que apenas empieza a vestirse de claridad).

Todas, después de la observación que la Magdalena ha hecho en voz baja, lloran más fuerte.

Han terminado. Todos los recipientes están llenos.
Salen con las ánforas vacías, el mortero que ya no hace falta y muchas lámparas. En la pequeña habitación quedan sólo dos lámparas, temblorosas (parecen llorar también con el titileo de sus luces)...
Entran de nuevo las mujeres y cierran la ventana, porque el amanecer está fresco. Se ponen los mantos y toman consigo unos talegos grandes, donde colocan los recipientes del bálsamo.
7María se levanta y busca su manto. Pero todas se arremolinan en torno a Ella convenciéndola de que no vaya.
«No te tienes en pie, María. Hace dos días que no tomas alimento. Un poco de agua sólo».
«Sí, Madre. Lo haremos pronto y bien. Y volveremos en seguida» .
«No temas. Le embalsamaremos como a un rey. ¡Ya ves qué bálsamo tan valioso hemos hecho! ¡Y cuánto!...».
«Y no dejaremos parte o herida alguna sin ungir. Y con nuestras manos le colocaremos en su lugar. Somos fuertes, y somos madres. Le pondremos como a un niño en su cuna. Los otros no tendrán que hacer nada más que cerrar su lugar».
Pero María insiste: «Es mi deber» dice. «Siempre le he cuidado yo. Sólo en estos tres años que ha estado en el mundo he cedido a otros la función de cuidarle cuando estaba lejos de mí. Ahora que el mundo le ha rechazado y negado, de nuevo es mío; y yo de nuevo soy su sierva».
Pedro, que con Juan se había acercado a la puerta, al oír estas palabras se aparta. Huye a algún rincón escondido para llorar por su pecado. Juan permanece junto a la jamba de la puerta. Pero no dice nada. Quisiera también ir él, pero hace el sacrificio de quedarse con la Madre.
8María Magdalena lleva a María a su silla. Se arrodilla delante de Ella, abraza las rodillas de María, alza hacia Ella su rostro doliente y enamorado y le promete: «Él, con su Espíritu, todo lo sabe y todo lo ve. Pero a su Cuerpo, con besos, le expresaré tu amor, tu deseo. Yo sé lo que es el amor. Sé qué aguijón, qué hambre significa amar, qué nostalgia de estar con quien para nosotros es nuestro amor. Y esto sucede también en los amores viles, que parecen oro y son en realidad fango. Si, además, la pecadora puede saber lo que es el amor santo a la Misericordia viviente, a quien los hombres no han sabido amar, entonces ella puede comprender mejor qué es tu amor, Madre. Tú sabes que *sé* amar. Y sabes que Él dijo, en aquel atardecer de mi verdadero nacimiento, en las orillas de nuestro lago sereno: "María *sabe amar mucho*". Ahora este amor mío exuberante, como agua que rebosa de un pilón vencido, como rosal en flor que sobrepasa un muro y de él pende, como llama que, encontrando yesca, más se enciende y aumenta, se ha derramado en Él por entero, y de Él-Amor ha sacado nueva fuerza... ¡Oh, mi potencia de amar no ha podido substituirle en la Cruz!... Pero lo que por Él no he podido hacer - y padecer y sangrar y morir en vez de Él, en medio de las burlas de todos, dichosa, dichosa, dichosa de sufrir en vez de Él; y, estoy segura de ello, el estambre de mi pobre vida habría sido consumido más por el amor triunfal que por el patíbulo infame, y de las cenizas habría germinado la nueva, cándida flor de la nueva vida pura, virginal, ignorante de todo lo que no es Dios -, todo esto que no he podido hacer por Él, por ti puedo hacerlo todavía..., Madre a la que amo con todo mi corazón. Confía en mí. Yo que supe acariciar tan dulcemente sus pies santos en la casa de Simón el fariseo, ahora, con esta alma que cada

vez más se abre a la Gracia, sabré aún más dulcemente acariciar sus miembros santos, medicar las heridas, embalsamarle, más con mi amor, más con el bálsamo sacado de mi corazón exprimido por el amor y el dolor, que no con el ungüento. Y la muerte no hincará su diente en esa carne que tanto amor ha dado y tanto amor recibe. Huirá la Muerte. Porque el Amor es más fuerte que ella. El Amor es invencible. Y yo, Madre, con amor, con tu perfecto amor, con mi total amor, embalsamaré a mi Rey de Amor».
María besa a esta apasionada que, por fin, ha sabido encontrar a quien tanta pasión merece. Y cede ante sus ruegos.
9Las mujeres salen llevando consigo una lámpara, de forma que en la habitación queda sólo una. La última en salir es la Magdalena, después de un último beso a la Madre, que se queda.
La casa está del todo obscura y silenciosa, y el camino todavía obscuro y solitario.
Juan pregunta: «¿Verdaderamente no queréis que vaya con vosotras?».
«No. Puedes hacer falta aquí. Adiós» .
Juan vuelve donde María. «No han querido que fuera con ellas...» dice quedo.
«No te atormentes. Ellas donde Jesús. Tú, conmigo. Juan, vamos a orar un poco juntos. ¿Dónde está Pedro?».
«No lo sé. Por la casa. Pero no le veo. Está... Le creía más fuerte... También yo siento dolor, pero él...».
«Él tiene *dos* dolores; Tú, uno sólo. Ven. Vamos a orar también por él». Y María recita lentamente el *Pater noster.*
Luego acaricia a Juan: «Ve donde Pedro. No le dejes solo. Ha estado tanto en las tinieblas, durante estas horas, que no soporta siquiera la leve luz del mundo. Sé el apóstol de tu hermano zozobrante y angustiado. Comienza por él tu predicación. En tu camino - y será largo - encontrarás siempre a hombres semejantes a él. Con tu compañero empieza el trabajo...».
«¿Y qué diré?... No sé... Todo le hace llorar...» .
«Recuérdale el precepto de amor de Jesús. Dile que quien solamente teme no conoce todavía suficientemente a Dios, porque Dios es Amor. Y si te dice: "Yo he pecado", respóndele que Dios ha amado tanto a los pecadores, que por ellos ha enviado a su Unigénito. Dile que amor es la respuesta a tanto amor. Y el amor infunde confianza en el bonísimo Señor. Esta confianza aleja el temor a su juicio, porque con ella reconocemos la Sabiduría y Bondad divinas, y decimos: "Yo soy una pobre criatura. Pero Él lo sabe. Y me da a Cristo como garantía de perdón y columna en que apoyarme. Mi miseria queda vencida por mi unión con Cristo". Es en el nombre de Jesús en el que todo se perdona... Ve, Juan. Dile eso. Yo me quedo aquí, con mi Jesús...». Juan sale cerrando tras sí la puerta, mientras María acaricia el Sudario.
10María se pone de rodillas, como la noche anterior, cara a Cara con el velo de la Verónica. Y ora, y habla con su Hijo. Fuerte para dar fuerza a los demás, cuando está sola se pliega bajo el peso de la quebrantadora cruz. Y, á pesar de ello, de cuando en cuando, como una llama liberada del estorbo del celemín, su alma se alza hacia una esperanza que en Ella no puede morir; es más, que con el paso de las horas va aumentando. Y manifiesta su esperanza también al Padre; su esperanza y su súplica.

11(Aquí usted puede poner, tal y como está, porque no tiene cambios, la oración del año

pasado, el lamento de esta alba pascual, del 21 de febrero de 1944).

21 de febrero de 1944.

12«¡Jesús, Jesús! ¿No vuelves todavía? Tu pobre Mamá ya no resiste sabiendo que estás muerto allí. Hablaste y ninguno te comprendió. ¡*Pero yo sí te he comprendido*! "Destruid el Templo de Dios y Yo lo reconstruiré en tres días". Éste es el principio del tercer día. ¡Oh, mi Jesús! No esperes al final del día para volver a la vida, a tu Mamá, que *necesita* verte vivo para no morir recordándote muerto; que *necesita* verte hermoso, sano, triunfante, para no morir recordándote en ese estado en que te dejaron.

13¡Oh, Padre! ¡Padre! ¡Dame a mi Hijo! Que yo le vea de nuevo Hombre y no cadáver, Rey y no condenado. Sé que después volverá contigo al Cielo. Pero yo le habré visto curado de tanto mal; fuerte, después de tanta debilidad; triunfador, después de tanta lucha; Dios, después de tanta humanidad padecida por los hombres. Y me sentiré feliz aun perdiéndole de mi lado. Sabré que está contigo, Padre Santo, sabré que para siempre está fuera del Dolor. Pero ahora no puedo, no puedo olvidar que está en un sepulcro, que está allí, matado por tanto dolor como le han causado, no puedo olvidar que Él, mi Hijo-Dios, está agregado a la suerte de los hombres en la obscuridad de un sepulcro, Él, tu Viviente.

Padre, Padre, escucha a tu sierva. Por aquel "sí"... No te he pedido nunca nada por mi obediencia a tus designios; era tu Voluntad, y tu Voluntad era la mía; nada debía exigir por el sacrificio de la mía a ti, Padre Santo. ¡Pero ahora, pero ahora, por aquel "sí" que dije al Ángel mensajero, oh Padre, escúchame!

Él está libre de las torturas, porque todo lo ha consumado con la agonía de tres horas después de las vejaciones de la mañana. Pero yo llevo tres días en esta agonía. Tú ves mi corazón y sientes sus latidos. *Nuestro* Jesús dijo que no caía una pluma de ave sin que Tú la vieras; que no moría una flor en el campo sin que Tú consolaras su agonía con tu sol y tu rocío. ¡Oh, Padre, yo muero de este dolor! Haz conmigo como con el ave al que recubres con nuevas plumas, como con la flor a la que calientas y das de beber compasivo. Yo muero de frío por el dolor. Ya no tengo sangre en las venas. En el pasado, toda se hizo leche para nutrir a tu Hijo e Hijo mío; ahora se ha hecho por entero llanto, porque ya no tengo Hijo. Me lo han matado, matado, Padre. ¡Y Tú sabes de qué manera!

14¡Estoy exangüe! He derramado mi sangre con Él en la noche del Jueves, en el Viernes funesto. Tengo frío como una persona desangrada. Ni tengo ya Sol, porque Él ha muerto, mi Sol santo, el Sol mío bendito, el Sol nacido de mi seno para alegría de su Mamá, para salud del mundo. Ni siento refrigerio, porque ya no le tengo a Él, la más dulce de las fuentes para su Madre, que bebía su palabra, que con la presencia de Él saciaba su sed. Soy como una flor en arena desecada.

Muero, muero, Padre santo. No me da miedo morir, porque Él también ha muerto. Pero... ¿y estos pequeñuelos?, ¿el pequeño rebaño de mi Hijo?, tan débiles, tan asustadizos, tan volubles... ¿qué será de ellos, si nadie los sostiene? No soy nada, Padre; pero, para los deseos de mi Hijo, soy como un cuerpo de ejército. Defiendo, defenderé su Doctrina y su herencia como una loba defiende a sus lobeznos. Yo, cordera, me haré loba para defender lo que pertenece a mi Hijo y, por tanto, lo que te pertenece a ti.

15Tú lo has visto, Padre. Hace ocho días esta ciudad ha despojado sus olivos, sus casas, sus jardines, a los propios habitantes, y se ha quedado ronca gritando: "Hosanna al Hijo

de David. Bendito el que viene en el nombre del Señor". Y, mientras Él pasaba sobre alfombras de ramas, de vestidos, de telas, de flores, los habitantes de la ciudad, unos a otros, se señalaban a Jesús y decían: "Es Jesús, el Profeta de Nazaret de Galilea. Es el Rey de Israel". Y, cuando aún no se habían ajado esas ramas y la voz estaba todavía ronca de tanto grito de alabanza, transformaron su grito en acusaciones y maldiciones y en peticiones de condena a muerte; de las ramas arrancadas para la exaltación hicieron palos para golpear a tu Cordero, y le conducían a la muerte. *Si todo esto han hecho mientras Él estaba en medio de ellos* y les hablaba y les sonreía y los miraba con esa mirada suya que diluye el corazón y que hasta hace estremecerse a las piedras si en ellas recae, y los favorecía y adoctrinaba, ¿*qué harán cuando Él haya vuelto a ti*?
Sus discípulos - ya lo has visto -, uno le ha traicionado, los otros han huido. Bastó que le golpearan para que huyeran como cobardes ovejas, y no han sabido estar a su lado mientras moría. Uno sólo, el más joven, ha permanecido. Ahora viene el anciano. Pero ya ha sabido abjurar una vez. Cuando Jesús no esté ya aquí mirándole, ¿sabrá permanecer en la Fe?
16Yo no soy nada, pero en mí hay un poco de mi Hijo, y mi amor cubre de plenitud mi flaqueza y la anula. Me hago así útil para la causa de tu Hijo, para su Iglesia, que no encontrará nunca paz y que necesita echar raíces profundas para no ser desarraigada por los vientos. Yo seré la que la cuide. Como hortelana diligente, velaré para que crezca fuerte y derecha en su amanecer. Luego no me preocupará morirme. Pero no puedo vivir si sigo más tiempo sin Jesús.
¡Oh, Padre que abandonaste al Hijo por el bien de los hombres, pero que luego le confortaste, porque ciertamente le has recibido en tu seno después de la muerte, no me dejes más tiempo en este abandono. Yo lo padezco y lo ofrezco por el bien de los hombres. Pero consuélame, ahora, Padre. ¡Padre, piedad! ¡Piedad, Hijo mío! ¡Piedad, divino Espíritu! ¡Acuérdate de tu Virgen!».

1 de abril de 1945.
17Después, prosternada, María parece orar con su postura, además de con su corazón: es verdaderamente un pobre ser abatido: parece esa flor muerta de sed de que ha hablado. No advierte tan siquiera la sacudida de un breve pero violento terremoto que hace gritar y huir al dueño y a la dueña de la casa, mientras Pedro y Juan, pálidos como muertos, arrastran sus pasos hasta la entrada de la habitación. Pero, al ver a María tan absorta en su oración, olvidada, lejana de todo lo que no es Dios, se retiran y cierran la puerta y vuelven, atemorizados, al Cenáculo.

17. La Resurrección.
1 de abril de 1945.

[1]Vuelvo a ver* la letificante y potente resurrección de Cristo.
En el huerto todo es silencio y titileo del rocío. Encima, un cielo que va adquiriendo color zafiro cada vez más claro, habiéndose despojado ya de su negroazul recamo de estrellas, que durante toda la noche había estado velando al mundo. El alba rechaza, de Oriente a Occidente, estas zonas todavía obscuras, como hace la ola durante la marea alta, cuando ésta va avanzando y cubriendo el obscuro litoral y substituyendo el gris negro de la húmeda arena y del arrecife por el azul del agua marina.
Algunas estrellitas se resisten todavía a morir, y parpadean, cada vez más débilmente bajo la onda de luz blanco-verdosa del alba, láctea con tonalidades cenizosas, como las frondas de los olivos soñolientos que hacen de corona a aquel montículo poco lejano. Y naufragan luego, sumergidas por la ola del alba, como tierra sobrepujada por el agua. Y ya hay una menos... y luego otra menos... y otra, y otra: el cielo va perdiendo sus rebaños de estrellas... Ya sólo, en el extremo Occidente, hay tres; luego, dos; luego una, que sigue contemplando ese prodigio cotidiano que es el surgimiento de la aurora.
Y cuando un hilo rosicler dibuja una línea sobre la seda turquesa del cielo oriental, un suspiro de viento acaricia las frondas y las hierbas, diciendo: "Despertaos. El día resucita". Pero sólo despierta a frondas y hierbas, que, bajo sus diamantes de rocío, se estremecen, con un leve susurro acompañado de arpegios de gotas que caen; los pájaros todavía no se despiertan entre las tupidas ramas de un altísimo ciprés que parece dominar como un señor en su reino; ni en la enredada maraña de un seto de laurel que protege de la tramontana.
[2]Los soldados *que están* de guardia, aburridos, enfriados, en varias posturas, vigilan el Sepulcro, cuya puerta ha sido reforzada, en los bordes, con una gruesa capa de argamasa, como si fuera un contrafuerte. Sobre el fondo blanco opaco de la argamasa resaltan las anchas rosetas de cera roja del sello del Templo, estampadas junto a otros sellos directamente en la argamasa fresca.
Los soldados deben haber encendido un pequeño fuego durante la noche, porque hay en el suelo ceniza y tizones mal quemados; y deben haber jugado y comido, porque hay todavía restos de comida diseminados, y pequeños huesos limpios, usados, sin duda, para algún juego semejante a nuestro dominó o a nuestro infantil juego con canicas, jugados sobre un rudimentario trazado dibujado en el sendero. Luego se han cansado y han abandonado todo para buscar posturas más o menos cómodas, según fuera para dormir o para velar.

---

* *Vuelvo a ver,* porque ya había sido vista y descrita más concisamente (véase nota en 587.13) el 21 de febrero de 1944.

[3]En el cielo, que ahora presenta en el Oriente un área enteramente rosada que se va extendiendo cada vez más por el cielo sereno - donde todavía no hay rayos de sol -, aparece, procedente de profundidades desconocidas, un meteoro lleno de resplandor. Y el meteoro baja - bola de fuego de irresistible resplandor - seguido de una estela rutilante, que quizás no es más que el recuerdo de su fulgor en nuestra retina. Baja velocísimo hacia la Tierra, esparciendo una luz tan intensa, fantasmagórica, aterradora dentro de su belleza, que la rosada de la aurora queda anulada, superada por esta incandescencia

blanca.
Los soldados alzan, estupefactos, la cabeza (incluso porque con la luz llega un estampido potente, armónico, solemne, que llena con su sonido toda la Creación). Viene de profundidades paradisíacas. Es el aleluya, el gloria angélico, que sigue al Espíritu del Cristo en su regreso a su Carne gloriosa.
El meteoro se abate contra la piedra que inútilmente cierra el Sepulcro. La arranca de cuajo, la echa al suelo. Paraliza, por el terror y el fragor, a los soldados puestos como carceleros del Dueño del Universo. Y, a su regreso a la Tierra, al igual que había producido un terremoto cuando huyó de la Tierra, el Espíritu del Señor produce un nuevo terremoto. Entra en el obscuro Sepulcro, el cual, con esta indescriptible luz, se llena de claridad; y mientras la luz permanece suspendida en el aire inmóvil, el Espíritu se reinfunde en el inmóvil Cuerpo bajo la mortaja.
Todo esto (la aparición, el descenso, la entrada, la desaparición de la Luz de Dios) ha sido rapidísimo: no en un momento, sino en una fracción de momento.

4El «Quiero» del divino Espíritu a su fría Carne no tiene sonido. Lo dice la Esencia a la Materia inmóvil. Pero ningún oído humano percibe esa palabra. La Carne recibe ese imperativo y obedece con un profundo respiro... Durante unos momentos, nada más. Debajo del sudario y de la sábana, la Carne gloriosa se recompone vestida de eterna belleza, se despierta del sueño de la muerte, regresa de la "nada" en que estaba, vive después de haber estado muerta. Ciertamente el corazón se despierta y da su primer latido, impulsa en las venas la helada sangre que quedaba y, inmediatamente, crea la medida total de sangre en las arterias vaciadas, en los pulmones inmóviles, en el cerebro entenebrecido, y aporta nuevo calor, salud, fuerza, pensamiento.
Otro instante, y se produce un repentino movimiento bajo la pesada sábana. Tan repentino, que, desde el instante en que Él mueve las manos cruzadas, hasta el momento en que aparece, majestuoso, en pie, lleno de resplandor con su vestido de inmaterial materia, sobrenaturalmente bello y majestuoso, con una gravedad que le transforma y eleva sin anularle su identidad, la vista casi no tiene tiempo de captar los momentos sucesivos. Y ahora la vista le admira. ¡Qué distinto de como la mente recuerda! Pulcro, sin heridas ni sangre; sólo resplandeciente, con el resplandor de la luz que mana a chorros de las cinco llagas y rezuma por todos los poros de su epidermis.

5Cuando da el primer paso - y, al moverse, los rayos que irradian las Manos y los Pies le aureolan de haces de luz: desde la Cabeza, nimbada con un halo constituido por las innumerables pequeñas heridas de la corona, que ya no manan sangre sino sólo fulgor, hasta el borde del vestido -, cuando, abriendo los brazos que tenía juntos en el pecho, descubre la zona de luminosidad vivísima que pasa a través del vestido encendiéndolo con un sol a la altura del Corazón, entonces realmente es la "Luz" que ha tomado cuerpo. No la pobre luz de la Tierra, no la pobre luz de los astros, no la pobre luz del Sol. Es la Luz de Dios: todo el fulgor paradisíaco reunido en un solo Ser, un fulgor que le da sus inconcebibles azules como pupilas, sus fuegos de oro como cabellos, sus candores angélicos como vestido y colorido, y todo lo que constituye - y no es descriptible con palabra humana - el supraeminente ardor de la Stma. Trinidad, que anula con su potencia ardiente todo fuego del Paraíso absorbiéndolo en sí para generarlo nuevamente en cada instante del Tiempo eterno, Corazón del Cielo que atrae y difunde su sangre, las innumerables gotas de su sangre incorpórea: los bienaventurados, los ángeles, todo lo que constituye el Paraíso: el amor de Dios, el amor a Dios; todo esto es la Luz que es el Cristo

Resucitado, que constituye el Cristo Resucitado.

6Cuando se mueve, viniendo hacia la salida, y el ojo puede ver más allá del fulgor, entonces aparecen ante mi vista dos luminosidades hermosísimas (sólo como estrellas comparadas con el Sol): una hacia dentro y otra hacia afuera de la puerta, postradas en acto de adoración a su Dios que pasa envuelto en su luz, espirando beatitud con su sonrisa; y sale. Abandona la fúnebre gruta y vuelve a pisar la tierra, la cual se despierta de alegría y resplandece toda en su rocío, en los colores de las hierbas y los rosales, en las infinitas corolas de los manzanos que se abren por un prodigio al recibir los primeros rayos del Sol, que las besan, y ante la presencia del Sol eterno que bajo ellas camina. Los soldados se han quedado paralizados donde estaban... Las fuerzas corrompidas del hombre no ven a Dios, mientras que las fuerzas puras del universo - las flores, las hierbas, los pájaros - admiran y veneran al Poderoso, que pasa nimbado con su propia Luz y rodeado de un nimbo de luz solar.
Su sonrisa, la mirada que deposita en las flores, en las frondas, o que se alza al cielo sereno, hace aumentar la belleza de todo: y más suaves, y teñidos de un esfumado, sedoso colorido rosáceo, aparecen los millones de pétalos que forman una espuma florecida sobre la cabeza del Vencedor; y más vivos aparecen los diamantes del rocío; y más azul el cielo, que refleja sus Ojos refulgentes; y más festivo el Sol, que pone pinceladas de alegría en una nubecita movida por una brisa ligera que viene a besar a su Rey con fragancias arrebatadas a los jardines y caricias de pétalos sedosos.
Jesús alza la Mano y bendice. Luego, mientras cantan más fuerte los pájaros y más intensamente el viento perfuma, desaparece de mi vista, dejándome en un gozo que borra hasta los más leves recuerdos de tristezas y sufrimientos y las más leves vacilaciones sobre el mañana...

618. Jesús resucitado se aparece a su Madre.
21 de febrero de 1944.

1María ahora está postrada rostro en tierra. Parece un pobre ser abatido. Parece esa flor de que ha hablado, esa flor muerta a causa de la sed.
La ventana cerrada se abre con un impetuoso golpeo de las recias hojas, y, bajo el primer rayo del Sol, entra Jesús.
María, que se ha estremecido con el ruido y que alza la cabeza para ver qué ráfaga de viento ha abierto la ventana, ve a su radiante Hijo: hermoso, infinitamente más hermoso que cuando todavía no había padecido; sonriente, vivo, más luminoso que el Sol, vestido con un blanco que parece luz tejida. Y le ve avanzar hacia Ella.
María se endereza sobre sus rodillas y, uniendo las manos sobre el pecho, dice con un singulto que es risa y llanto: «Señor, mi Dios». Y se queda arrobada, contemplándole con su rostro lavado todo en lágrimas, pero sereno ahora, sosegado por la sonrisa y el éxtasis.
2Pero Él no quiere ver a su Madre de rodillas como una sierva. Y la llama tendiéndole las Manos, cuyas heridas emanan rayos que hacen aún más luminosa su Carne gloriosa: «¡Mamá!». Y no es esa palabra afligida de los coloquios y despedidas anteriores a la Pasión, ni el lamento desgarrado del encuentro en el Calvario y de la agonía. Es un grito de triunfo, de alegría, de liberación, de fiesta, de amor, de gratitud. Y se inclina hacia su

Madre, que no osa tocarle, y le pone sus Manos bajo los codos doblados, la pone en pie, la aprieta contra su Corazón y la besa.
¡Oh, entonces María comprende que no es una visión, sino que es su Hijo *realmente resucitado;* que es su Jesús, el Hijo que sigue amándola como Hijo! Y, con un grito, se le arroja al cuello y le abraza y le besa, riendo y llorando. Le besa en la Frente, donde ya no hay heridas; en la Cabeza, que ya no está despeinada ni sangra; en los Ojos fúlgidos; en las Mejillas ahora sanas; en la Boca que ya no está hinchada. Y luego toma sus Manos y besa los dorsos y las palmas, en las radiosas heridas. Y, con un impulso repentino, se agacha a sus Pies, retira el vestido resplandeciente que los cubre, y los besa.
3Luego se levanta, le mira, no se atreve...
Pero Él comprende y sonríe. Retira levemente su vestido en la parte del pecho y dice: «¿Y esta llaga, Mamá, no la besas; esta que tanto te ha hecho sufrir y que sólo tú eres digna de besar? Bésame en el Corazón, Mamá. Tu beso me borrará el último recuerdo de todo lo que significa dolor, y me dará ese gozo que todavía le falta a mi Gozo de Resucitado».
Y toma entre sus manos la cara de su Madre y apoya los labios de Ella en los labios de la herida del Costado, de donde manan chorros de luz vivísima. El rostro de María, sumergido en ese torrente de rayos, aparece aureolado por esa luz.
Ella besa, besa, mientras Jesús la acaricia. No se cansa de besar. Parece un sediento que ha pegado su boca a la fuente y de la fuente esté bebiendo esa vida que se le escapaba.
4Ahora Jesús habla.
«Todo ha terminado, Mamá. Ya no tienes que llorar por tu Hijo. La prueba está consumada. La Redención se ha producido.
Mamá, gracias por haberme concebido, criado, ayudado en la vida y en la muerte.
He sentido llegar a mí tus oraciones, que han sido mi fuerza en el dolor, mis compañeras en mi viaje por este mundo y más allá de este mundo; tus oraciones han estado conmigo en la Cruz y en el Limbo. Eran el incienso que precedía al Pontífice que iba a llamar a sus siervos para llevarlos al templo que no muere: a mi Cielo. Tus oraciones han venido conmigo al Paraíso, precediendo como voz angélica al cortejo de los redimidos guiados por el Redentor, para que los ángeles estuvieran preparados para saludar al Vencedor que volvía a su Reino. El Padre y el Espíritu Santo las han oído y visto, y han sonreído como a la flor más hermosa y al más dulce canto nacidos en el Paraíso. Las han conocido los Patriarcas y los nuevos Santos, los nuevos, *primeros*, ciudadanos de *mi* Jerusalén. Y Yo te traigo el "gracias" de ellos, Mamá, junto con el beso de tus padres y su bendición, y la de tu esposo de alma, José.
¡Todo el Cielo entona su hosanna para ti, Madre mía, Mamá Santa! Un hosanna que no muere, que no es falso como el que hace unos días la gente entonó para mí.
5Ahora voy al Padre con mi figura humana. El Paraíso debe ver al vencedor en esa figura de Hombre con que ha vencido al Pecado del Hombre. Pero luego regresaré. Tengo que confirmar en la Fe a quien no cree todavía y necesita creer para llevar a otros a creer; debo fortalecer a los pequeños, que tendrán necesidad de mucha fortaleza para resistir al mundo.
Luego subiré al Cielo. Pero no te dejaré sola. Mamá, ¿ves ese velo? Aun dentro de mi abatimiento, he irradiado poder milagroso para ti, para darte ese consuelo. Y para ti cumplo otro milagro. Tú me tendrás, en el Sacramento, real como cuando me llevabas

dentro de ti.
Nunca estarás sola. En estos días lo has estado. Pero mi Redención requería *también* este dolor tuyo. Mucho ha de añadirse continuamente a la Redención, porque mucho será creado continuamente en el orden del Pecado. Llamaré a todos mis siervos a esta coparticipación redentora. Y tú eres aquella que, por si sola, hará más que todos los santos juntos. Por eso, se requería *también* este largo abandono.
A partir de ahora, ya no. Ya no estoy escindido del Padre. Tú ya no estarás escindida del Hijo. Y, teniendo al Hijo, tienes a la Trinidad nuestra. Tú, Cielo viviente, serás portadora de la Trinidad en la Tierra, en medio de los hombres, y santificarás a la Iglesia, tú, Reina del Sacerdocio y Madre de los Cristianos.
Luego Yo vendré a recogerte. Y ya no seré Yo en ti, sino que serás tú en mí, quien, en mi Reino, haga más hermoso el Paraíso.
6Ahora me marcho, Madre. Voy a hacer feliz a la otra María. Luego subo al Padre. Luego vendré a quien no cree.
Mamá, tu beso por bendición, y mi Paz a ti por compañía. Adiós».
Y Jesús desaparece en el sol, que desciende a chorros del cielo matutino y sereno.

619. Las pías mujeres al pie del Sepulcro.
2 de abril de 1945.

1Entretanto las mujeres, dejada ya la casa, caminan, sombras en la sombra, muy cerca del muro. Durante un rato guardan silencio, bien arrebozadas y medrosas por tanto silencio y soledad. Luego, recobrando los ánimos a la vista de la calma absoluta que hay en la ciudad, se reúnen en grupo y encuentran el valor para hablar.
«¿Estarán abiertas ya las puertas?» pregunta Susana.
«Claro que sí. Mira allí el primer hortelano que entra con las verduras. Va al mercado» responde Salomé.
«¿Nos dirán algo?». Es también Susana la que hace esta pregunta.
«¿Quién?» pregunta la Magdalena.
«Los soldados, en la puerta Judicial. Por esa puerta... entran pocos y, menos todavía, salen... Crearemos recelos...».
«¿Y qué? Nos mirarán. Verán a cinco mujeres que van hacia el campo. Podríamos ser también personas que después de la Pascua regresan a sus pueblos».
«Pero... Para no llamar la atención de algún malintencionado, ¿por qué no salimos por otra puerta y luego volvemos siguiendo el muro bien pegadas a él?...».
«Alargamos el camino».
«Pero estaremos más seguras. Pasamos por la puerta del Agua...».
«Yo que tú, Salomé, pasaría por la puerta Oriental. ¡Así sería más larga la vuelta que tendrías que dar! Tenemos que darnos prisa y volver pronto». La que habla tan resueltamente es la Magdalena.
«Entonces otra, pero no la puerta Judicial. Esto sí, mujer...», le ruegan todas.
«De acuerdo. 2Pero entonces pasamos por casa de Juana. Nos insistió en que la advirtiéramos. Si hubiéramos ido directamente, hubiéramos podido no pasar por su casa,

pero, dado que queréis dar una vuelta más grande, pues vamos donde ella...».
«¡Sí! ¡Sí! Incluso por los soldados que están allí de guardia... Ella es conocida y se la teme...».
«Yo sugeriría también pasar por casa de José de Arimatea. Es el dueño del sitio».
«¡Claro, y ahora formamos un cortejo para no llamar la atención! ¡Pero qué hermana más temerosa tengo! Mira, Marta, más bien hacemos esto: yo me adelanto y observo; vosotras venís detrás con Juana; si hay peligro, me pongo en medio del camino, de forma que me veáis; en ese caso, regresamos. Pero, os aseguro que los soldados, al ver esto - ya lo he previsto yo (y enseña una bolsa llena de monedas) - nos dejarán hacer todo».
«Se lo decimos también a Juana. Tienes razón».
«Entonces marchaos. Y yo también».
«¿Vas sola, María? Voy contigo» dice Marta, temerosa por su hermana.
«No. Tú ve donde Juana con María de Alfeo. Salomé y Susana te esperan cerca de la puerta por la parte de fuera de las murallas. Y luego venís por la vía principal todas juntas. Adiós». Y María Magdalena corta otros posibles comentarios yéndose rauda con su bolsa de bálsamos y sus monedas en el pecho.
Va tan rápida, que parece volar por el camino, que se hace más alegre con el primer rosicler de la aurora. Pasa la puerta Judicial para ahorrar tiempo. Y nadie la para...

3Las otras la ven alejarse. Luego vuelven las espaldas a la bifurcación de calles en que estaban y toman otra, estrecha y obscura, que luego se abre, ya cerca del Sixto, para formar una calle más ancha y abierta, donde hay hermosas casas. Se separan: Salomé y Susana siguen por esa misma calle; Marta y María de Alfeo llaman al portón herrado, y se ponen delante de la pequeña ventana - un ventanillo - entreabierta por el portero. Entran y van donde Juana, la cual, ya levantada y vestida toda de un morado obscurísimo que resalta aún más su palidez, está trabajando también con unos bálsamos, junto con la nodriza y una criada.
«¿Habéis venido? Dios os lo pague. Pero, si no hubierais venido, habría ido yo... En busca de consuelo... Porque, después de ese tremendo día, muchas cosas se han alterado. Y, para no sentirme sola, debo ir a apoyarme en esa piedra y llamar y decir: "Maestro, soy la pobre Juana... No me dejes sola también Tú..."».
Juana llora quedo, pero con mucha desolación, mientras Ester, la nodriza, hace vistosos gestos indescifrables detrás de Juana mientras le coloca el manto.
«Yo me marcho, Ester» .
«¡Dios te dé consuelo!».
Salen del palacio para unirse a las compañeras. Es en este momento cuando se produce el breve y fuerte terremoto, que hace cundir el pánico de nuevo entre los jerosolimitanos, aterrorizados todavía por los hechos acaecidos el viernes. Las tres mujeres vuelven sobre sus pasos precipitadamente, y se quedan en el amplio vestíbulo, en medio de las criadas y criados que gritan a invocan al Señor, temerosas de nuevos temblores de tierra...

4...La Magdalena, sin embargo, está ya en la entrada del caminito que lleva al huerto de José de Arimatea cuando la sorprende el potente estampido, potente pero armónico, de este signo celeste. Al mismo tiempo, en la luz levemente rosada de la aurora que va avanzando en el cielo - donde todavía en el Occidente resiste una tenaz estrella - y que va poniendo melado el aire hasta ahora levemente verdoso, se enciende una gran luz, que desciende como si fuera un globo incandescente, brillantísimo, cortando en zigzag el aire sereno.

Pasa muy cerca de María de Magdala (casi hace que se caiga al suelo). Ella se pliega un poco susurrando: «¡Mi Señor!», y luego, como un tallito tras el paso del viento, se endereza de nuevo y, más veloz, corre hacia el huerto.
Entra en él rápidamente: va hacia el sepulcro de roca como un pájaro perseguido en busca de su nido. Pero, a pesar de toda su prisa, no puede estar allí cuando el celeste meteoro hace de palanca y de llama en la argamasa con que está sellada y reforzada la pesada piedra; ni cuando, con fragor final, la puerta de piedra cae produciendo una vibración que se une a la del terremoto, el cual, a pesar de ser breve, es de una violencia tal, que echa por tierra a los soldados como muertos.
María, al llegar, ve a estos inútiles carceleros del Triunfador arrojados al suelo como un haz de espigas cortadas. María Magdalena no relaciona el terremoto con la Resurrección, sino que, al ver ese espectáculo, cree que se trata del castigo de Dios contra profanadores del Sepulcro de Jesús, y cae de rodillas diciendo: «¡Ay, se lo han llevado!». Está verdaderamente desolada. Llora como una niña que hubiera venido a buscar a su padre, con la seguridad de encontrarlo, y se hubiera encontrado vacía la casa.
5Luego se alza y se marcha corriendo en busca de Pedro y Juan. Y, dado que ya sólo piensa en avisar a los dos, no se acuerda de ir al encuentro de las compañeras, ni se acuerda de detenerse en el camino, sino que, veloz como una gacela, vuelve a pasar por el camino recorrido antes, atraviesa la puerta Judicial y corre desalada por las calles, que ahora tienen un poco más de gente, para toparse contra el portón de la casa amiga y golpearlo y empujarlo furiosamente.
Le abre la dueña. «¿Dónde están Juan y Pedro?» pregunta jadeante y angustiada María Magdalena.
«Allí», y la mujer señala hacia el Cenáculo.
María de Magdala entra y, nada más entrar, enfrente de los dos asombrados apóstoles, dice (y en su voz, mantenida baja por piedad hacia la Madre, hay más angustia que si hubiera gritado): «¡Se han llevado del Sepulcro al Señor! ¡Quién sabe dónde le habrán puesto?», y por primera vez se tambalea y vacila y, para no caerse, se agarra donde puede.
«¿Cómo! ¿Qué dices?» preguntan los dos.
Y ella, jadeante: «Yo me adelanté... para comprar a los soldados que estaban de guardia... para que nos permitieran embalsamar. Ellos están allí como muertos... El Sepulcro está abierto, la piedra por el suelo... ¿Quién? ¿Quién habrá sido? ¡Venid! Vamos corriendo...».
Pedro y Juan se encaminan. María los sigue a algunos pasos de distancia. Luego vuelve, agarra a la dueña de la casa, la zarandea con violencia movida de su amor previsor y le dice junto a la cara con voz sibilante: «Que no se te ocurra dejar pasar a *nadie* donde está Ella (y señala la puerta de la habitación de María). Recuerda que *yo* mando en ti. Obedece y calla». Y, dejándola verdaderamente sobrecogida, da alcance a los apóstoles, que con paso veloz van hacia el Sepulcro...
6...Entretanto, Susana y Salomé, en llegando a las murallas, habiendo dejado a sus compañeras, se ven sorprendidas por el terremoto. Atemorizadas, se refugian debajo de un árbol, y se quedan allí, con el dilema de si ir hacia el Sepulcro o si huir hacia la casa de Juana: pero el amor vence al miedo y van hacia el Sepulcro.
Entran, todavía turbadas, en el huerto, y ven a los soldados, como muertos... Ven una gran luz salir del Sepulcro abierto. Aumenta su turbación, y termina haciéndose completa cuando, cogidas de la mano para infundirse recíprocamente ánimos, se asoman a la

entrada y, en la obscuridad de la gruta sepulcral, ven a una criatura luminosa y hermosísima, dulcemente sonriente, saludarlas desde el sitio donde está: apoyada en la parte derecha de la piedra de la unción, cuyo gris volumen, detrás de tanto incandescente esplendor, se desvanece. Caen de rodillas, aturdidas por el estupor.
Pero el ángel les habla dulcemente: «No tengáis miedo de mí. Soy el ángel del divino Dolor. He venido para experimentar la dicha de su final: ya no existe el dolor del Cristo ni su anonadamiento en la muerte. Jesús de Nazaret, el Crucificado al que vosotras buscáis, ha resucitado. ¡Ya no está aquí! Vacío está el lugar en que había sido colocado. Exultad conmigo. Id. Decidle a Pedro y decid a los discípulos que ha resucitado y que os precede hacia Galilea. Allí le veréis todavía, aunque por poco tiempo, según ha dicho».
Las mujeres caen rostro en tierra y, cuando lo alzan, huyen como si un castigo las persiguiera. Están aterrorizadas y susurran: «¡Ahora moriremos! ¡Hemos visto al ángel del Señor!».
Ya en pleno campo se calman un poco, y se consultan recíprocamente. ¿Qué hacer? Si dicen lo que han visto, no las creerán; si dicen que vienen de allí, pueden ser acusadas por los judíos de haber matado a los soldados que estaban de guardia. No, no pueden decir nada; ni a los amigos ni a los enemigos...
Atemorizadas, enmudecidas, vuelven por otro camino hacia casa. Entran y se refugian en el Cenáculo. Ni siquiera piden ver a María... Y allí piensan que lo que han visto ha sido un engaño del Demonio. Siendo, como son, humildes, juzgan que «no puede ser que a ellas les haya sido concedido ver al enviado de Dios. Es Satanás el que ha querido atemorizarlas para alejarlas de allí».
Llorar y oran como dos niñas asustadas por una pesadilla...
7...El tercer grupo, el de Juana, María de Alfeo y Marta, visto que nada nuevo sucede, se decide a ir al lugar donde, sin duda, están las compañeras esperando. Salen a las calles, donde ya hay gente, gente asustada que habla del nuevo terremoto y lo relaciona con los hechos del viernes y ve incluso lo que no existe.
«¡Mejor, si están todos asustados! Quizás también lo estén los soldados de la guardia y no pongan objeciones» dice María de Alfeo. Y van raudas hacia las murallas.
8Pero, mientras ellas van allá, al huerto han llegado ya Pedro y Juan, seguidos por la Magdalena. Y Juan, más rápido, es el primero en llegar al Sepulcro. Los soldados ya no están. Tampoco está ya el ángel.
Juan se arrodilla, temeroso y afligido, en la entrada totalmente abierta; se arrodilla para hacer un acto de veneración y para captar algún indicio de las cosas que ve. Pero sólo ve, en el suelo, los paños de lino, puestos en un montón encima de la Sábana. «¡Pues verdaderamente no está, Simón! Es como lo había visto María. Ven, entra, mira».
Pedro, jadeando por la gran carrera realizada, entra en el Sepulcro. Por el camino había dicho: «No me voy a atrever a acercarme a ese sitio». Pero ahora sólo piensa en descubrir dónde puede estar el Maestro. E incluso le llama, como si pudiera estar escondido en algún rincón obscuro.
La obscuridad, en esta hora matutina, es todavía fuerte en el profundo Sepulcro cuya única fuente de luz es la pequeña abertura de la puerta, en la que proyectan sombra ahora Juan y la Magdalena... Y Pedro tiene dificultad para ver, de forma que tiene que ayudarse con las manos... Toca, temblando, la mesa de la unción y la siente vacía...
«¡No está, Juan! ¡No está!... ¡Ven también tú! Yo he llorado tanto, que casi no veo con esta poca luz».

Juan se pone de pie y entra. Mientras Juan hace esto, Pedro descubre el sudario, colocado en un rincón, bien doblado; y, dentro del sudario, cuidadosamente enrollada, la sábana.
«Verdaderamente se lo han llevado. Los soldados estaban no por nosotros sino para hacer esto... Y nosotros les hemos dejado actuar. Marchándonos, lo hemos permitido...».
«¡Oh! ¿Dónde le habrán puesto!».
«Pedro... Pedro... ahora sí que ya no hay nada que hacer».
Los dos discípulos salen abatidos por completo.
«Vamos, mujer. Díselo tú a su Madre...».

«Yo no me marcho. Me quedo aquí... Alguno vendrá... No, no me voy... Aquí hay todavía algo que de Él. Tenía razón su Madre... Respirar el aire donde Él ha estado es el único consuelo que nos queda».
«El único consuelo... Ahora tú también te percatas de que esperar era una quimera...» dice Pedro.
María ni siquiera responde. Se deja caer al suelo, justo junto a la entrada, y llora mientras los otros se marchan lentamente.
9Luego levanta la cabeza y mira adentro, y, a través de las lágrimas, ve a dos ángeles, sentados el uno en la cabecera y el otro en los pies de la piedra de la unción. Está tan aturdida la pobre María, en su más fiera batalla entre la esperanza que muere y la fe que no quiere morir, que los mira alelada, sin asombro siquiera. Ya no tiene sino lágrimas la mujer fuerte que con heroísmo ha resistido todo.
«¿Por qué lloras, mujer?» pregunta uno de los dos luminosos muchachos (porque su aspecto es el de dos hermosísimos adolescentes).
«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde le han puesto».
María habla con ellos sin miedo. No pregunta: «¿Quiénes sois?». Nada. Ya nada le causa estupor. Todo lo que puede asombrar a una criatura ella ya lo ha sufrido. Ahora es sólo un ser quebrantado que llora sin fuerzas y sin reserva.
El jovencito angélico mira a su compañero y sonríe. Y el otro también. Y, resplandeciendo de júbilo angélico, ambos miran afuera, hacia el huerto del todo florecido por los millones de corolas que se han abierto con el primer sol en los tupidos manzanos del pomar.
10María se vuelve para ver a quién miran. Y ve a un Hombre, hermosísimo, al que no sé como puede no reconocer inmediatamente. Un Hombre que la mira con piedad y le pregunta: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A. quién buscas?». Es verdad que es un Jesús velado por su propia piedad hacia la criatura, a la que las demasiadas emociones han agotado y podría morir a causa de la repentina alegría; pero de verdad me pregunto cómo puede no reconocerle.
Y María, entre sollozos: «¡Se me han llevado al Señor Jesús! Había venido a embalsamarle en espera de que resucitara... He tenido recogido todo mi coraje y mi esperanza, y mi fe, en torno a mi amor... y ahora ya no le encuentro... No, más bien he puesto mi amor en torno a la fe, a la esperanza y al coraje, para defenderlos de los hombres... ¡Pero todo es inútil! Los hombres me han robado a mi Amor, y con Él me han arrebatado todo... ¡Oh, mi señor, si eres tú el que se lo ha llevado, dime dónde le has puesto! Y yo iré por Él... No se lo diré a nadie... Será un secreto entre tú y yo. Mira: soy la hija de Teófilo, la hermana de Lázaro, pero estoy de rodillas delante de ti suplicándote, como una esclava. ¿Quieres que te compre su Cuerpo? Lo haré. ¿Cuánto quieres? Soy rica. Puedo darte tanto oro y gemas como pesa su Cuerpo. Pero devuélvemele. No te

denunciaré. ¿Quieres golpearme? Hazlo. Haciéndome verter sangre, si quieres. Si sientes odio hacia Él, descárgalo sobre mí. Pero devuélvemele. ¡Oh, mi señor, no me hagas pobre de esta manera, con esta indigencia! ¡Piedad de una pobre mujer!... ¿Por mí no quieres? Por su Madre, entonces. ¡Dime! Dime dónde está mi Señor Jesús. Soy fuerte. Le tomaré entre mis brazos y le llevaré como a un niño a lugar seguro. Señor... señor... ya lo ves... hace tres días que la ira de Dios se descarga sobre nosotros por lo que se hizo al Hijo de Dios... No añadas la Profanación al Delito...».
«¡María!». Jesús aparece radioso al llamarla. Se revela con su esplendor triunfante.
«¡Rabbuni!». El grito de María es verdaderamente "el gran grito" que cierra el ciclo de la muerte. Con el primero, las tinieblas del odio fajaron a la Víctima con vendas fúnebres; con el segundo, las luces del amor aumentaron su esplendor. Y María, al emitir este grito que llena el huerto, se alza y, presurosa, va a los pies de Jesús, a esos pies que quisiera besar.
Jesús, tocándola apenas con la punta de los dedos en la frente, la separa: «¡No me toques! No he subido con esta figura todavía a mi Padre. Ve donde mis hermanos y amigos y diles que subo al Padre mío y vuestro, a mi Dios y a vuestro Dios, y luego iré donde ellos». Y Jesús, absorbido por una luz irresistible, desaparece.
11 María besa el suelo donde Él estaba y corre hacia la casa. Entra como un rayo - la puerta está entornada para dejar paso al amo de la casa, que se dirige hacia la fuente -, abre la puerta de la habitación de María y se deja caer en el corazón de Ella, gritando: «¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado!», y llora llena de dicha.
Y, mientras acuden Pedro y Juan y del Cenáculo vienen las asustadas Salomé y Susana y escuchan lo que la Magdalena dice, también vuelven de la calle María de Alfeo y Marta y Juana, las cuales, con respiro entrecortado, dicen que ellas también han estado allí, y que han visto a dos ángeles que decían ser el Custodio del Hombre Dios y el Ángel de su Dolor, y que les han dado la orden de decir a los discípulos que había resucitado. Y, al ver que Pedro menea la cabeza, insisten diciendo: «Sí. Han dicho: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado, como dijo estando todavía en Galilea. ¿No os acordáis? Dijo: 'El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los pecadores y ser crucificado. Pero al tercer día resucitará' "».
Pedro menea la cabeza diciendo: «¡Demasiadas cosas en estos días! Os han ofuscado».
La Magdalena alza la cabeza del pecho de María y dice: «¡Le he visto! Le he hablado. Me ha dicho que sube al Padre y luego viene. ¡Qué hermoso estaba!», y llora como nunca ha llorado, ahora que ya no ha de torturarse a sí misma para hacer fuerza contra la duda procedente de todas partes.
Pero Pedro, y también Juan, se quedan muy dudosos. Se miran y sus ojos dicen: "¡Imaginación de mujeres!".
Entonces también Susana y Salomé se atreven a hablar. Pero la misma, inevitable diferencia en los detalles de los soldados, que primero están como muertos y luego ya no están; y de los ángeles, que en un momento son uno y en otro dos, y que no se han mostrado a los apóstoles; y de las dos versiones sobre el hecho de que Jesús va allí o que precede a los suyos hacia Galilea... esto hace que la duda, es más, la persuasión de los apóstoles crezca cada vez más.
12 María, la Madre dichosa, calla, sujetando a la Magdalena... No comprendo el misterio de este silencio materno.
María de Alfeo dice a Salomé: «Vamos a volver allá nosotras dos: Vamos a ver si

estamos todas borrachas...», y se marchan rápidas.
Las otras se quedan - comedidamente no tomadas en consideración por los dos apóstoles - junto a María, que guarda silencio, absorta en un pensamiento que cada uno interpreta a su manera y que ninguno comprende que es un éxtasis.
Vuelven las dos mujeres ya más bien ancianas: «¡Es verdad! ¡Es verdad! Le hemos visto. Nos ha dicho junto al huerto de Bernabé: "Paz a vosotras. No temáis. Id a decir a mis hermanos que he resucitado y que vayan dentro de unos días a Galilea. Allí estaremos todavía un tiempo juntos". Esto ha dicho. María tiene razón. Hay que decírselo a los de Betania, a José, a Nicodemo, a los discípulos más leales, a los pastores. Hay que ir, hay que hacer, hacer... ¡Oh! ¡Ha resucitado!...», lloran todas, felices.
«No estáis en vuestros cabales, mujeres. El dolor os ha ofuscado. La luz os ha parecido ángel; el viento, voz; el Sol, Cristo. Yo no os critico. Os comprendo, pero sólo puedo creer en lo que he visto: el Sepulcro abierto y vacío, y los soldados que habían substraído el Cadáver y habían huido».
«¡Pero si lo dicen los propios soldados, que ha resucitado! ¡Si la ciudad está toda revuelta, y los príncipes de los sacerdotes están locos de ira, porque los soldados, huyendo aterrorizados, han hablado! Ahora quieren que digan lo contrario y los pagan por hacerlo. Pero ya se sabe. Y, si los judíos no creen en la Resurrección, *no quieren creer,* muchos otros creen...».
«¡Mmm! ¡Las mujeres!...». Pedro se encoge de hombros y hace ademán de marcharse.
13 Entonces la Madre, que sigue teniendo sobre su corazón a la Magdalena (que llora como un sauce bajo un aguacero por su desmesurada dicha), besándole sus rubios cabellos, alza su rostro transfigurado y dice una breve frase: «Realmente ha resucitado. Yo le he tenido entre mis brazos y he besado sus Llagas», y luego reclina otra vez su cabeza sobre los cabellos de la apasionada y dice: «Sí, la dicha es mayor aún que el dolor. Y no es más que un granito de arena respecto a lo que será tu océano de dicha eterna. ¡Oh, bienaventurada que por encima de la razón has hecho hablar al espíritu!».
Pedro ya no osa negar... y, con uno de esos virajes del Pedro antiguo, que ahora vuelve a aflorar, dice, y grita, como si de los otros y no de él dependiera el retraso: «Pues entonces, si es así, hay que comunicárselo a los otros; a los que están dispersos por los campos... buscar... hacer... ¡Venga, moveos! Si realmente fuera allí... al menos que nos encuentre», y no se da cuenta de que todavía está confesando que no cree ciegamente en la Resurrección.

620. Consideraciones sobre la Resurrección.
21 de febrero de 1944.

1 Dice Jesús:
«Las oraciones ardientes de María anticiparon algo mi Resurrección.
Yo había dicho: "Al Hijo del hombre le matarán, pero al tercer día resucitará". Había muerto a las tres de la tarde del viernes. Tanto si calculáis los días por su nombre como si calculáis las horas, no era el alba dominical la que debía verme resucitar. En cuanto a horas, mi Cuerpo había estado sin vida treinta y ocho, en vez de setenta y dos; en cuanto a días, habría debido, al menos, llegar la tarde de este tercer día para decir que había

estado tres días en la tumba.
Pero María anticipó el milagro. Como cuando con su oración abrió los Cielos algunos años antes respecto a la época fijada para dar al mundo su Salvación, así ahora Ella obtiene la anticipación de algunas horas para dar consuelo a su corazón agonizante.
2Y Yo, al rayar el alba del tercer día, baje como sol que desciende, y con mi fulgor derretí los sellos humanos, tan inútiles ante el poder de un Dios; con mi fuerza hice palanca para volcar la piedra inútilmente vigilada; con mi aparición creé un fulgor que echó por tierra a los tres veces inútiles soldados que habían sido puestos de guardia para custodia de una muerte que era Vida y que ninguna fuerza humana podía impedir que lo fuera.
Mucho más potente que vuestra corriente eléctrica, mi Espíritu entró como espada de Fuego divino a dar calor a los fríos restos mortales de mi Cadáver, y al nuevo Adán el Espíritu de Dios le sopló la vida, diciéndose a sí mismo: "Vive. Lo quiero".
Yo, que había resucitado a los muertos cuando no era sino el Hijo del hombre, la Víctima designada para cargar con las culpas del mundo, ¿no iba a poder resucitarme a mí mismo, ahora que era el Hijo de Dios, el Primero y el último, el Viviente eterno, Aquel que tiene en sus manos las llaves de la Vida y la Muerte? Y mi Cadáver sintió que la Vida volvía a Él.
Mira: respiro profundamente, como un hombre que se despierte después del sueño producido por una enorme fatiga. Y todavía no abro mis ojos. La sangre vuelve a circular, todavía poco rápida, en las venas, y devuelve el pensamiento a la mente. ¿Y venía de tan lejos! Mira: como en un hombre herido y sanado por una fuerza milagrosa, la sangre vuelve a las venas vacías, llena el Corazón, da calor a los miembros del Cuerpo, y las heridas se cierran, desaparecen cardenales y llagas, la fuerza vuelve. ¡Y estaba tan herido! Interviene la Fuerza y Yo quedo curado, me despierto, vuelvo a la Vida. Estuve muerto. ¡Ahora vivo! ¡Ahora me pongo en pie!
Me quito la mortaja, aparto de mí la capa de ungüentos. No los necesito para aparecer como Belleza eterna, como eterna Integridad. Me visto con vestiduras que no son de esta Tierra, sino que las ha tejido quien es mi Padre, Él, que teje la seda de las virginales azucenas. Estoy vestido de esplendor. Mi adorno son las llagas, que ya no rezuman sangre sino que irradian luz, esa luz que será el gozo de mi Madre y de los bienaventurados, y el terror, la visión insoportable de los malditos y de los demonios en la Tierra y en el último día.
3E1 ángel de mi vida de hombre y el ángel de mi dolor están postrados delante de mí y adoran mi Gloria. Están mis dos ángeles. Uno, para gozarse en la visión de su Custodiado, que ahora ya no tiene necesidad de la angélica defensa. El otro, que ha visto mis lágrimas, para ver mi sonrisa; que ha visto mi batalla, para ver mi victoria; que ha visto mi dolor, para ver mi dicha.
4Y salgo al huerto lleno de capullos de flores y rocío. Y los manzanos abren sus corolas para formar un arco florecido sobre mi cabeza de Rey. Las hierbas hacen de alfombra de gemas y de corolas a mi pie, que vuelve a pisar la Tierra redimida después de haber sido alzado sobre ella para redimirla. Me saluda el primer sol, y el viento dulce de abril, y la leve nube que pasa, rosácea como mejilla infantil, y los pájaros entre las frondas. Soy su Dios. Me adoran.
Paso entre los soldados desvanecidos, símbolo de las almas en pecado mortal, *que no*

oyen el paso de Dios.
¡Es Pascua, María! ¡Esto sí que es el "Paso del Ángel de Dios"! Su Paso de la muerte a la vida. Su Paso para dar Vida a los que creen en su Nombre. ¡Es Pascua! Es la Paz que pasa por el mundo. La Paz ya sin el velo de la condición de hombre; libre, completa en su restablecida eficiencia de Dios.
5Y voy donde mi Madre. Muy justo es que vaya. Lo fue para mis ángeles, mucho más lo es para aquella que, además de custodiadora mía y consuelo mío, fue la que me dio la vida. Antes incluso de volver al Padre con mi figura humana glorificada, voy a mi Madre. Voy con el fulgor de mi figura paradisíaca y de mis Gemas vivas. Ella me puede tocar, Ella puede besarlas, porque es la Pura, la Hermosa, la Amada, la Bendita, la Santa de Dios.
El nuevo Adán va donde la nueva Eva. El mal entró en el mundo a través de la mujer, y la Mujer lo ha vencido. El Fruto de la Mujer ha desintoxicado a los hombres de la baba de Lucifer. Ahora, *si ellos quieren, pueden salvarse.* Ha salvado a la mujer que tan frágil quedó después de la mortal herida.
6Y después de a la Pura - a la que por derecho de santidad y maternidad es justo que vaya el Hijo-Dios - me presento a la mujer redimida, a la que es cabeza, representante *de todas las femeniles criaturas* a que he venido a liberar de la presa de la lujuria. Para que les diga a ellas que se acerquen a mí para curarse; que tengan fe en mí; que crean en mi Misericordia que comprende y perdona; que para vencer a Satanás, que atormenta su carne, miren a mi Carne adornada con las cinco heridas.
No dejo que ella me toque. Ella no es la Pura, que puede tocar sin contaminar al Hijo que vuelve al Padre. Mucho debe purificar todavía con la penitencia. Pero su amor merece este premio. Ella *ha sabido resucitar por su voluntad* del sepulcro de su vicio; estrangular a Satanás, que la tenía apresada; desafiar al mundo por amor a su Salvador; ha sabido despojarse de todo lo que no fuera amor; ha sabido ser sólo amor que se consume por su Dios. Y Dios la llama: "María". Oye cómo responde: "¿Rabbuní!". En ese grito está su corazón.
A ella, que lo ha merecido, le doy el encargo de ser la mensajera de la Resurrección. Y una vez más sufrirá el escarnio, leve escarnio, como si delirara. Pero no le importa nada a María de Magdala, a María de Jesús, el juicio de los hombres. Me ha visto resucitado, y ello le produce una alegría que calma todo otro sentimiento.
¿Ves cómo amo a quien fue culpable, *pero quiso salir de la culpa*? Ni siquiera es a Juan al primero que me aparezco. Me aparezco a la Magdalena. Juan había recibido ya de mí el grado de hijo. Podía recibirlo, porque era puro y podía ser hijo no sólo espiritual, sino también dador y receptor - a la Pura y de la Pura de Dios - de los cuidados o necesidades que están ligados a la carne.
Magdalena, la resucitada a la Gracia, tiene la primera visión de la Gracia Resucitada.
7Cuando me amáis hasta el punto de vencer todo por mí, Yo tomo vuestra cabeza y vuestro corazón enfermos entre mis manos traspasadas y espiro en vuestro rostro mi Poder. Y os salvo, os salvo, amados hijos. Y de nuevo aparecéis hermosos, sanos, libres, felices; volvéis a ser los amados hijos del Señor; hago de vosotros los portadores de mi Bondad en medio de los indigentes seres humanos, aquellos que les dais a ellos testimonio de mi Bondad, para convencerlos de ella y de mí.
Tened, tened, tened fe en mí. Tened amor. No temáis. Que os infunda seguridad en el

Corazón de vuestro Dios todo lo que ese Corazón ha padecido para salvaros.
T tú, pequeño Juan, sonríe después de haber llorado. Tu Jesús ya no sufre. Ya no hay ni Sangre ni heridas, sino que hay luz, luz, luz y alegría y gloria. Que mi luz y mi alegría estén en ti hasta que llegue la hora del Cielo».